



Éste es un libro descomunal, propio de un verdadero filólogo. El autor, el falangista navarro García Serrano, se afanó en recopilar todas las palabras y expresiones propias de la guerra y de los años anteriores y de documentar su origen: «gudari», «requeté», «checa», «píldoras del doctor Negrín», «quinta del SEU», «la Parrala», «Quinto Regimiento», «faicistas», «CTV», «incautar», «Socorro Rojo», «comité», «ensaladilla nacional», «boina», «nacional-seminarista», «comisario», «provisionales», etcétera. Vocablos políticos y militares, modernos y decimonónicos, corrupciones del árabe y del alemán, siglas y anagramas...

Hasta cuatrocientos cincuenta y dos. Todas las palabras que usaron los combatientes de los dos bandos, perfectamente explicadas, incluso con citas de autoridad. García Serrano empieza a raspar una palabra y, como un prestidigitador, saca una lección de historia, una anécdota y un libro antiguo.

Un trabajo de chinos que, por supuesto, fue ignorado por los académicos de la época, aunque alcanzó una gran difusión popular, cuando se publicaron las entradas sueltas en la prensa y cuando apareció el libro en 1964. Desde entonces, lo han editado la Editora Nacional, Planeta y, por último, Homolegens.



Rafael García Serrano

Diccionario para un macuto

ePub r1.1

Titivillus 24.09.18

Título original: *Diccionario para un macuto*

Rafael García Serrano, 1964

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



A Francisco Franco,

el General de mi juventud.

Y a todos los que entonces quisieron

una España nueva, la quisieran

como la quisieran y desde donde la

quisieran.

«El clima político y espiritual (?) que todo lo envolvía puede definirse y entenderse con un pequeño vocabulario de dieciséis palabras, machaconamente repetidas en la Prensa roja. Helas aquí: comité, patrullas, antifascismo, pueblo, control, incautación, cumplimentada, incontrolado, derrotismo, alta traición, preventorios, campo de trabajo, espionaje, *Catalunya*, cementerio y marxista».

José María Fontana, *Los catalanes en la Guerra de España*.

«Devorábamos, salpicando la conversación de tacos y expresiones nuevas. Nacía un argot de guerra, y lo creábamos nosotros allí, en la cueva del cuartel, entre la alarma de una ciudad y las coplas patrióticas».

(La fiel infantería).

VEINTICINCO AÑOS DESPUÉS, O CUARENTA,

O CUARENTA Y TRES, A ELEGIR

(Prólogo a esta tercera edición)

La primera edición de este *Diccionario para un macuto* vio la luz con motivo del XXV Aniversario de la Victoria —algunos de ustedes recordarán que hubo una Victoria que cumplía sus primeros veinticinco abriles, nunca mejor dicho, en el año 1964— que oficialmente se llamó XXV Aniversario de la Paz española, sin duda por deshidratar la conmemoración; y ahora vengo a caer en la cuenta de que esta tercera edición, agotadas con éxito relativamente vertiginoso las dos primeras, y abandonadas las posibilidades de explotación del éxito a medias por mi desidia y a medias por la famosa involución que ya nos iba devolviendo a la Edad Media todavía en vida de algunos castísimos y torpes políticos de Franco, va a coincidir con los quince años, la niña bonita, de la primera. También conviene observar que en estos últimos quince años la Victoria, aquella Victoria, ha muerto y está más enterrada que las siete llaves que cerraron para siempre el sepulcro del Cid.

El Ejército español, por las manos mágicas, intelectuales y caballerescas del Gran Capitán, se inventó aquella implacable máquina de vencer que fue durante dos siglos la Infantería Española. ¿Alguien se ha parado a pensar cuál hubiera sido la suerte de nuestra bandera en Cavite y Santiago de Cuba nada más que con disponer de dos docenas de submarinos Peral? A un hallazgo extranjero —aquellas libélulas de los hermanos Wright— le encontraron aplicación militar, antes que nadie, una buena patrulla de locos militares españoles, los Kindelán, Ortiz Echagüe, Herrera, Barrón y Arrillaga, que acababan de enamorarse del aire. El primer puente aéreo de la Historia lo estableció entre Tetuán y Sevilla el entonces general jefe del Ejército de África, Francisco Franco, ayudado por Kindelán. El bombardeo en picado fue cosa nuestra y de Nuestra Gran Guerra, igual que las primitivas columnas del verano y del otoño iniciales obtendrían una valoración universal con el marchamo americano de la *task force*. El más insólito bombardeo de la historia de la Aviación lo llevaron a cabo José María Osborne y el marqués de Paradas, del Aéreo Club sevillano. Un hermano del primero, que aguantaba con un puñado de hombres las tarascadas rojas en un pueblecito de Sevilla, les pidió auxilio. Como no tenían bombas —cuenta en su divertido y sencillo volumen de memorias militares

Combate sobre España el capitán José Larios, duque de Lerma— cargaron su avioneta con sandías, las cuales, al ser arrojadas a mano y con ira producían un silbido precursor del de los Stukas, y además reventaban con tal calidad y profusión de tonalidades rojas y pepitas negras, que el cerco fue levantado por retirada del enemigo. Hay

momentos en que el ánimo no se inclina a la metódica observación de los hechos, ni mucho menos a extraer de ella las lógicas consecuencias.

Del mismo modo nuestro Ejército se sacó del caletre las Compañías de Propaganda, los bombardeos de pan blanco —no reclamo el de flores porque creo que D'Annunzio se nos adelantó en Viena—, el cohete que enviaba a las trincheras de enfrente la muestra de un rancho con el que ni podían soñar los pobres milicianos, la guerra musical y dialéctica en los frentes paralizados y fortificados con la abrumadora pesadez subterránea de la G.M.I, que fue la absoluta negación del arte militar, y Queipo de Llano le sacó ventaja a Orson Welles en los efectos que pueden conseguirse con el diestro uso de un micrófono: la guerra psicológica se la inventó don Gonzalo en aquellos angustiosos días de las calores sevillanas. Del mismo modo surgió la táctica llamada de las bolsas y la improvisación de los «pichis» para hacer frente a «la bien pagá» (la Aviación Roja) de las primeras semanas. O el truco del *fogueteiro*, como verá quien lea.

Pues a todas estas grandes y menudas invenciones, nuestro Ejército debe ahora añadir otra colosal, asombro del mundo, pasmo de historiadores, éxtasis de pacifistas profesionales, milagro de generosidad, novena maravilla, portento sin igual, único, sin precedente conocido ni imaginable sucesión: entregar su Victoria a manos llenas al enemigo vencido, sin que entrase en fuego, incluso de acuerdo con la ley vigente hasta el advenimiento del orden constitucional, ni un piquete de peones camineros.

No me quejo. Relato, hago constar y certifico que yo al menos no estoy de acuerdo. Porque los que han malbaratado la Victoria, los que la han puesto a la venta en el Rastro, los que la han violado en un solar de las afueras o en el diván de un salón de Moncloa, son los míos —eran los míos—, los vencedores. Me refiero a la minoría selecta dada al chau-chau y amiga de la capona. Esos son los que han arrastrado sus banderas, sus muertos, sus recompensas meritísimas por el lodo de la traición. No así los vencidos, que al aceptar el maná están en lo suyo y cumpliendo con su deber. «La vejez es una enfermedad», parece que dijo el joven general De Gaulle refiriéndose al anciano Pétain de Vichy, camino de la isla de Yeu. Sirvió de escudo a su Patria en la desventura y de cabeza de turco a la soberbia y la inoperancia de la *grande muette* cuando su guerra 39-45 le fue ganada por los anglosajones y unos cuantos españoles rojillos. De nada han servido en nuestro caso —salvo honrosas excepciones— los que ni supieron ser escudo ni cabeza de turco, ganados por la molicie, la facilidad, el desentrenamiento del riesgo, la confianza en «eso lo arregla el viejo en dos patadas» y la escasa capacidad de calcular el instante preciso para ser «los señores de la hora» en un momento histórico que no hubiera requerido sangre. Seniles, podridos, débiles, ni siquiera sobornados; simplemente pobres ancianos, tristes enfermos. No me atrevería a maldecirlos, y calculo que los que piensen como yo, tampoco. Bastante castigo deben soportar al ver sus jetas pálidas, sus bocas amargadas, sus ojos muertos a la hora

de afeitarse, o sus pechos refulgentes —de frac o gran uniforme— en los espejos de los grandes palacios en los ojos amados y familiares.

Cuatrocientos cincuenta y dos vocablos se reúnen en este volumen — amén de bastantes más derivados, parientes y prójimos—; para algunos esperaba aumentar su riqueza de datos con la mucha que me proporcionaron mis lectores, de uno u otro bando, y aún quedan en mis ficheros entre doscientas cincuenta y trescientas papeletas que esperan ilusionadamente darse un garbeo ante los ojos de quienes sientan hacia el tema, en verdad curioso, tanta simpatía y dedicación como yo.

Quede claro que mantengo en todos sus términos la dedicatoria de las dos primeras ediciones. Siempre intenté comprender y amar al enemigo, dentro de un orden, porque sabía que luego, con suerte, habríamos de vivir juntos. (Quien lea el prólogo primero se dará cuenta de ello, y una característica que generalmente señalaron los críticos a toda mi obra sobre la Gran Guerra de Liberación, fue precisamente ésta.)

Acaso vea aparecer un segundo tomo de este *Diccionario para un macuto* con el nuevo material acumulado en años de trabajo y generosidad, si hay futuro, que yo más bien creo que no. En todo caso debo advertir que así como el vencedor debe respetar al vencido y acercarlo a su victoria, así el vencido está obligado a luchar hasta el fin de sus días, sin esperar regalos ni loterías ni piñatas. Y eso es lo que pienso hacer con mi máquina de escribir o como buenamente pueda, que hay quien lucha sentado y no lo hace mal del todo hasta que le dan en el sitio preciso.

Y entonces se oye: «¡Premio al caballero!», lo cual resulta honroso y consolador para el muerto que sabe que no le ultimó ni un político ni un perjuro.

R.G.S.

Madrid, 19 de julio de 1979.

(A los cuarenta y tres años del Alzamiento del pueblo de Navarra a las órdenes del general Mola, con cuya primera columna, mandada por el coronel laureado García Escámez, me alisté como falangista en busca de la Victoria y de la Revolución para topar al fin —¿al fin, general No Importa?— con la derrota y la más increíble reacción.)

PRÓLOGO

Las palabras viven por su cuenta mucho más de lo que nos parece, y en más de una ocasión, diccionario en mano, no podríamos entender ni un poco de lo que por ahí se habla, sobre todo si nos atuviésemos solamente a las acepciones legales de las palabras, a su precio fijo; esto sirve también para lo que se escribe, aunque ésta sea una fase posterior, por regla general. De modo que sin una especie de «mercado negro» entre las palabras y nosotros, iba a ser muy difícil el arreglo.

Palmar, como ustedes saben, es una elegante, sencilla, despreocupada manera de decir algo tan tremendamente patético como esto: morir. «Palmó como un ángel», se dice de quien supo dar el paso definitivo con dignidad varonil. He visto escrito este verbo infinidad de veces, lo mismo en novelas que en memorias o relatos técnicos. Casi todo el mundo lo entrecomilla, como si fuese una expresión de puro argot. Lo entrecomillan generales y novelistas. Incluso un escritor muy importante, gran conocedor de la gramática y la filología, llega a más; llega a confundir este infinitivo con otro muy distinto, y así escribe empalmar por palmar, y dándole, claro, él mismo significado a que me vengo refiriendo. Pues bien, palmar está en el *Diccionario de la Lengua Española* editado por la Academia, al menos en las ediciones de 1925 y de 1956, que son las que he consultado, con esta clara significación: morir.

Pero, en cambio, quien acuda a ese *Diccionario* no encontrará entre las acepciones de la palabra bollo ninguna que convenga a uno de los sentidos en que más se utiliza popularmente, esto es, en el sentido de *jarana, tango, cacao, tomate, follón, jaleo, ensalada, fregado, baile*, etcétera; incluso *juerga*. En mi trabajo cito a Sender, que escribe en una triste y bella novela marroquí —Imán—: «Hay juerga en Anual», para que todos entendamos que lo que hay en Anual es el combate de Anual, él bollo de Anual, él fregao de Anual, el tango de Anual, el tomate de Anual, y así sucesivamente.

Es bonito rastrear estas palabras, seguir su pista, encontrar o no su nacedero; ver lo que hay en su nuevo sentido de poético, de práctico, de acomodación militar, de fantástica invención, de metáfora prodigiosa reducida a la vulgar calderilla de un diálogo entre soldados. Quien tenga paciencia hallará aquí palabras, expresiones, ti-mitos de moda, vocablos con secreto, frases con recámara, locuciones que no son nada sin el retintín de una época, voces comodín que sirven para mil usos, y también simples y sencillas voces que a todos nos dicen lo mismo, pero que, además, a los hombres de aquél tiempo nos cuentan al oído algo como un suplemento confidencial de emociones, de asperezas y también de gozos y esperanzas. No hay quien ignore el significado de la palabra *mulo*, por ejemplo, o *tabaco*, pero tampoco hay quien sepa, de no haber estado allí, ¡o que estas dos palabras —entre otras— evocan a los

hombres que ya doblamos el cabo de la madurez, y desde luego es imposible, sin haber cruzado a paso ligero aquellos años batidos por el dolor, la inclemencia y la gloria, saber qué demonios quiere decirse con *perezsalitis*, *abatallonarse*, *besugo*, *el negus*, *mecaguenfrancia*, *marisco*, *cafetera* o *raspa* .

Mi libro es, pues, testimonial, pero calculo que entretenido, y a ratos —o a ráfagas— un tanto poético, y no por mi gracia, sino por la de mis viejos camaradas. Ya se sabe que los hombres sencillos son los que más inventan, y hay más poesía, más ternura y más originalidad en el diálogo de dos campesinos que en los versos de muchos poetas profesionales. Siempre me acordaré de aquel ribero que un día vino a verme a mi pabellón del Hospital, desde el suyo, que estaba enfrente. Habíamos estado juntos en Somosierra, nos cruzamos en Huesca, y luego cada cual tiró por su lado, hasta encontramos de nuevo en el Hospital, que era lo corriente. Me dijo que venia a despedirse.

—¿Te vas ya? —le pregunté innecesariamente.

—Si —me contestó—; tengo quince días de permiso y luego me vuelvo a la riñica.

La *riñica* era la batalla del Ebro. Había sido herido nada más empezar, un par de semanas después de Santiago del 38; curó pronto, descansó quince días y murió en la *riñica* aquel tremendo otoño. Nunca oí nada ni tan hermoso, ni tan caritativo, ni tan resignado, ni tan familiar, ni tan fino a la hora de aludir a la más dura batalla de una guerra bien áspera y dolorosa de por sí.

Bien pudiera ocurrir que aquel breve diálogo de despedida haya dado origen, al cabo de cinco lustros, a la justificación de este propósito casi cumplido que desde hace años es empeño terco y urgente de mi pluma, y desde siempre intendencia indispensable para mi temática.

El propósito de recoger con piedad y comprensión, con amor y camaradería, con alegre y generosa memoria, el lenguaje de mis amigos muertos y de mis enemigos muertos; él recordar él idioma de mis amigos muertos y de mis enemigos muertos, el que ellos heredaron de otras empresas, el que resucitaron y el que crearon y que hoy, en gran parte, se ha fundido, como un poderoso afluyente militar y revolucionario, en el río del idioma.

Me gusta recordar su lengua diaria, precisa, irónica, desvergonzada, el vehículo cordial del impropio y del laude, de la pena y del gozo, aquel que nos llevaba al insulto de trinchera a trinchera, pero que también nos llevaba al diálogo.

A veces se oía una voz surgida de cualquiera de las dos líneas:

—¡Eeeh...! ¿Hay alguno de Olite por ahí?

Y casi siempre había alguno de Olite o de Salou, de Crevillente o de Villagarcía, de Écija o de Sudanell, de Pola o de Arévalo, de Bujaraloz o de Don Benito, del mismo pueblo del preguntón, y entonces se ponían los dos a hablar de cómo pintaba la uva ese año, de si el trigo venía bueno o no, de «dale recuerdos a la Fulana», de que los frutales traían un cosechón borracho, y uno pensaba en lo hermoso que sería el día en que aquellos dos del mismo pueblo se sentasen a comer en la misma mesa el pan y el vino y la fruta de aquel trigo, de aquellas vides, de aquellos árboles de los que entonces hablaban, en compañía de aquellas mujeres de las que daban y tomaban noticia, y también en paz y gracia de Dios.

Este vocabulario aquí apacentado, este rebañito de palabras que tanto triscan en mi redil literario, esta junta de vocablos reunida con paciencia y amor, quiero llamarla, llanamente, *Diccionario para un macuto*, porque es un libro informal, nada erudito, un libro para andar por el cuartel, el campamento, la cantina; para hacer memoria —con buen café, amigos— y también para que el que quiera saber algo elemental referido a aquel tiempo, lo sepa. Me agrada que en él —siquiera sea mínimamente— estén representadas las canciones de aquellos mozos y su vario, consolador y ofensivo mensaje. El romancero de los camiones, de los vagones de ganado, de las largas marchas y del dulce y lento tedio de los soldados. También las coplas atroces de Mingo Revulgo. Y todo lo que me fue viniendo a la memoria, tal y como llegó, porque si bien un diccionario debe de ser riguroso, ordenado y metódico, quien quisiera aplicar tales virtudes al contenido de un macuto, loco sería, o ignorante, porque hasta el famoso cajón de sastre es algo prusiano si se le compara con él batiburrillo enloquecedor que cabe en un buen macuto. Esta misma razón me inclinó a no alistar las palabras por orden alfabético, sino al hilo del relato, como fueron brotando de lo hondo de los recuerdos, de lo bueno de las lecturas, de lo entrañable de las conversaciones, de lo caritativo de tantos y tantos amigos o enemigos —ya viejas y desbordadas codificaciones— conocidos o desconocidos, que me ayudaron con sus cartas, sus llamadas y sus consejos cuando alguno de estos vocablos fue publicado en la Prensa.

Séame permitido ahora agradecer el desvelo de muchos lectores que me defendieron valerosamente contra ciertos ataques públicos y gallardos, y que no supieron nunca cómo yo me tenía que defender de otros ciertos ataques, más altos, menos gallardos, como de gente que ataca por oficio. Lo mucho que interesó al público aquella serie de artículos, me compensa de algunas amarguras que, a pesar de su inesperado y hasta sorprendente origen, no alcanzarán jamás a entristecer mi pluma, que pretende servir y conservar la serena y esperanzada alegría de unos hombres para los que, o ratos, parece escrito aquel verso inmortal:

«...dar el alma y la vida a un desengaño»

Recibí cartas maravillosas, que conservo, y puñaladas traperas, que he olvidado. Un lector, que ocultó su nombre con una discreción para mi emocionante e imperdonable, me envió un famoso y raro libro por el

que yo piaba cuanto podía; y un caballero intelectual, satisfecho y retórico, opinó que yo era un «ultra» —y eso ¿qué es?— y que había que acabar con mis artículos y hasta con mis modestos medios de subsistencia. El caballero es liberal, claro; yo, no tanto. Pero, en cambio, yo confío en que alguien todavía consulte este *Diccionario* por entretenerse cuando las Obras Completas del ilustre pensador abastezcan un excusado de escasa clientela, porque de no ser así habrá para pocas veces.

Y si digo —sinceramente— que agradezco las cartas y las puñaladas traperas, porque ambas demuestran la vitalidad de un tema, suplico ser creído porque estoy diciendo la pura verdad. También me complace decir que algunas de las papeletas de este Diccionario han sido recogidas y estudiadas por un especialista alemán, Heinrich Ruppert, que prepara un libro sobre su tesis, ya publicada (*Beitrag zu einer Untersuchung des gegenwärtigen politischen Wortschatzes in Spanien*). Que no sé lo que quiere decir, pero que aquí hace muy bonito y como muy culto.

Tampoco sería justo silenciar que la primera idea de este libro nació en Roma, allá por 1947, al leer un pequeño y delicioso vocabulario militar, *Naja Parla*, debido a la pluma de Monelli, tan buen escritor y periodista con la camisa negra como con la túnica liberal. Ni tampoco que una pensión literaria de la Fundación March me permitió asistir a un capítulo importante de este trabajo, que consistió en ir comprando libros de aquél tiempo, en los que la guerra aparece viva, virulenta, con un realismo de lenguaje tomado, precisamente, del idioma de los soldados. Estos libros, por la dichosa ley de la oferta y la demanda, están hoy en precios un tanto inasequibles a los jornaleros más o menos distinguidos del periodismo, que seguimos estando fatalmente pagados en todos nuestros estamentos, salvo honrosas excepciones. Como la de aquel pío colega que poco menos que me llamó caimán en su semanario, por haber conseguido la pensión March.

He procurado que ni un sólo vocablo o expresión quede huérfano del texto que lo autorice como es debido, y que además lo ambiente, lo sitúe en su época, en su aroma, en su ya lejano gesto. Y si alguna vez fallo, lo digo, y hasta solicito socorro con vistas al futuro. Cada palabra ha sido, al tiempo, como un resorte que ha puesto en marcha los recuerdos, y algunos se levantaron así, como fantasmas, del mismísimo subconsciente, con perdón. De modo que todo un mundo de anécdotas sencillas y humanas —demasiado humanas, quizá, algunas—, se entrecruza con el de los hechos históricos, vistos sin el menor engolamiento. Declaro que este libro es de simple entretenimiento, que no tiene mensaje y que está escrito con un indecible amor. Y que lo he pasado teta al escribirlo.

Acaso alguien encuentre una cierta reiteración en los nombres de los autores y obras citadas. Lo he preferido así, en lugar del acostumbrado aparato técnico, con siglas, abreviaturas y llamadas a pie de texto, a fin de capítulo o a índice biobibliográfico, primero porque a mi,

personalmente, me marean esos sistemas tan eficaces, pero que me suenan a checa erudita y perturban mi modo apasionado de leer; y segundo, porque la única manera de mostrar mi gratitud a lo que aprendí en tantos hermosos, documentados, raros o curiosos libros, consiste en colocar sus títulos y los nombres de sus autores en el tronco mismo del relato.

A todos debo gran merced —y también a muchos otros que leí sin saber aprovecharlos—, pero no quiero que pasen sin especial citación en mi orden del día algunos de estos excepcionales guías que tan bien me han conducido en mis viajes por el tiempo pasado, motor del nuevo, alma del futuro.

Primero que nadie, José María Iribarren, a quien he saqueado en todos sus libros, pero singularmente a través de su biografía del general Mola, y a quien he de agradecer, además, los datos e historias que me ha contado generosamente en breves contactos pamploneses. Después, o mejor dicho, *ex aequo*, como precisan los cronometradores del ciclismo, el alférez Francisco Caveró y Caveró, estampillado, autor de *Con la Segunda Bandera en el frente de Aragón*, el más expresivo libro que conozco entre los testimoniales y autobiográficos, el relato en que mejor se respira el aire de la Cruzada, su imbatible alegría en medio del dolor. Este pequeño, curioso y ejemplar libro nos da el retrato exactísimo de una generación y de su circunstancia. El autor advertía en su prólogo que su obra no era una novela de guerra, por dos razones:

«Primera, porque es un relato de hechos rigurosamente ciertos. Tal vez haya restado valor a la narración, pero sólo verás en ella —le dice al lector— lo que yo vi con mis propios ojos.

«Segunda razón: porque, contra lo tradicional en tales novelas, yo no condeno la guerra. Reconozco que tiene sus molestias, pero se compensan sobradamente».

Este espíritu deportivo —con el que se puede no estar de acuerdo, pero siempre en posición de saludo— tiene tanto más mérito cuanto que Caveró escribió libro y prólogo durante una enfermedad. «Enfermedad —dice— que aprovecho para hilvanar estas cuartillas. Luego, Dios dirá; tal vez pueda escribir otro libro». Dios dijo que convaleciera, que volviese al frente y que allí muriera, por El y por España, de cara al enemigo y a la sombra de su bandera.

Abundan, entre otras, las referencias a Luys Santa Marina, mi jefe y maestro; a Joaquín Arrarás, de quien tanto aprendo en cada lectura; a Ernesto Giménez Caballero y a su libro militar *La Infantería Española*, obra de cabecera mientras trabajé en esto que ahora tienes en tus manos, amigo lector; a don Manuel Aznar, alto tutor militar; al general Mola —cuyos libros son un testimonio excepcional y cuya memoria cada vez tiene más sólido cimiento en mi corazón—; a José María Fontana, de cuyos *Catalanes en la Guerra de España* nunca me hartaré; del general Sagardia, con quien mi suerte no quiso que llegara a servir; de Tomás

Borrás, experto máximo en zona roja; del capitán periodista José Asenjo; de Oscar Solís; de Gironella —reputado novelista y execrable historiador—; de Ramón J. Sender, para quien mi admiración será siempre poca, involuntario mentor de mis primeros pasos literarios, a quien desde aquí, a donde esté, envié mi reconocimiento; de mis amigos y camaradas Antonio Valencia, Ángel Ruiz Ayúcar, Salvador Vallina, Juan Cepas, Gárate, Eduardo Crespo, Govantes, Liaño, Pérez de Sevilla y Manfredi Cano; de toda aquella patrulla de periodistas militares que simbolizo en el viejo «Tebib», de la estirpe de los africanos; de Gabriel Araceli y de José María Pemán, y cito juntos al caballero que se cubre con seudónimo tan galdosiano y al polifacético escritor andaluz porque así me parece que respiro el viento salino de Cádiz, y veo, incrustado en el Episodio Nacional de la Cruzada, aquel Pemán de los cuarteles generales, las crónicas de guerra y los discursos con la camisa azul, la boina roja y la estrella de provisional al pecho. De Héctor Colmegna, cuyo estupendo libro llegué a conocer gracias a la generosidad de Ramón Navarro, capitán de complemento en la Primera Bandera de Navarra, la de Carlos Ruiz, cuya historia recoge el médico argentino; de Ricardo Fernández de la Reguera, cabo ceriñolo; de Barea, de Jesús Hernández, de Enrique Castro —a quien saludé en Madrid con ocasión del XXV Aniversario de la Victoria que trajo la Paz—, de Hugh Thomas, de Bolloten, de rojos y azules, de blancos y negros, de frías lagartijas, de calurosos caimanes, de todo.

Y los versos prodigiosos de José R. Camocho, falangista, sargento de morteros; o los del teniente legionario José Antonio Cortázar; o los textos del poeta Maciá Serrano, un jefe del Tercio; o la gracia realista de Edgar Neville, cuya colección de novelas titulada *Frente de Madrid* es ejemplar en todos los sentidos, incluso en el de ser un libro olvidado y silenciado precisamente por lo que dice, por cómo lo dice y por lo irrefutablemente que lo dice. Y los versos y las prosas de Agustín, Conde de Foxá, y ya está todo dicho. Y de mi buen Tomás Salvador, y de Ernesto Hemingway, paisano, amigo y maestro, y de Lojendio, Pérez Madrigal, Maíz, los Giménez-Arnau, Lucio del Alamo, David Jato, Casariego, general Redondo, Juanita Zavala, García de Pruneda —que ha escrito, sin duda, la más bella novela de nuestra Guerra— y de tantos y tantos otros que harían esta lista interminable.

Gracias a todos estos amigos o enemigos —en definitiva, amigos todos, porque entre todos hicimos lo que había que hacer— creo que he podido honorablemente, a través de una simple junta de vocablos, dar la impresión de lo que aquella nuestra Guerra fue, tal y como fue, y no como algunos quisieran que hubiera sido para que sonase mejor la campanilla de su particular caja registradora. No soy objetivo, pero sí leal; y amo a mis antiguos enemigos como a mí mismo, y hasta procuré defenderlos justamente de algunos de sus amigos y aliados que, como algunos de los amigos y aliados que nos disfrutamos en el campo nacional, fueron, son y serán nuestros peores enemigos.

Finalmente, estoy convencido de que este libro tendrá muchos errores. Pido, de antemano, perdón por ellos, y pienso que, si Dios quiere, ya los iré salvando con la ayuda de Él y si la buena gente me echa una manita.

Gracias

R.G.S.

Madrid, 31 de mayo de 1964.

Diccionario

MACUTO

M A C U T O

Almirante no conoce esta voz, y tampoco el *Diccionario Enciclopédico de la Guerra*. Nuestra madre Academia dice así:

«*Macuto*. (Voz caribe.) m. Mochila del soldado».

La definición es perfecta por cuanto toca a su sentido militar, aunque un tanto incompleta, porque mochila, según la tropa, los montañeros y los alpinistas, es lo que se carga en las espaldas, la casa a cuestras, el armario ambulante de quien hace la guerra, que también, claro, escala montañas y llanea a buen paso.

Almirante sostiene que mochila podría ser voz indiana si no estuviese comprobado el uso del vocablo —en el lenguaje castrense— antes del Descubrimiento de América.

Macuto es, principalmente, la bolsa de costado, el piso de soltero de los combatientes —en el que todo, bueno o malo, cabe—, y en él se guardaba lo más heterogéneo. En él cabía toda sorpresa y se almacenaba de todo: hilo, papel de cartas, vieja correspondencia, retratos, libros, un par de mudas, recambios, latas de conserva, cigarrillos, útiles de aseo. En fin, la llamada monda.

Del macuto de un amigo tuve ocasión de escribir que era una caja de pasmos, un saco sin fondo, y que, en los casos de fregado de garabatillo, el Alto Mando se sacaba la reserva estratégica precisamente de aquel macuto; pero esto último, claro, era una exageración.

El desván de un macuto era, para los organizados, la funda metálica de la careta antigás. Y su consulado activo y urgentísimo, cualquiera de los bolsillos del uniforme, por así decirlo, del combatiente.

Una radiografía de un macuto nos darla, en todo caso, el estado de salud, física y moral, de su propietario, así como sus vinculaciones con un posible impuesto sobre la renta.

PARCHE

Trozo de tela negra en el que iban bordadas —o prendidas, si eran de hojalata— las estrellas de los oficiales provisionales o de aquellos jefes y oficiales habilitados para el mando inmediatamente superior. El parche caracterizó principalmente a los oficiales provisionales, que también se llamaron estampillados, sin duda por el aire de sello que tenía el parche sobre el pecho. Decir parche o estampilla, tanto daba, y a estas alturas uno no sabe si lo de estampillados se derivó de la estampilla o al revés. ¡La eterna cuestión!

El parche, como todo cuanto permanece bajo banderas, estaba perfectamente reglamentado, y su fecha de nacimiento como tal distintivo militar es de lo más vieja guardia dentro de la guerra, pues aparece en el Decreto número 94 de la Junta de Defensa Nacional, firmado en Burgos el día 4 de septiembre de 1936 por el general presidente, don Miguel Cabanellas. Este decreto convoca cursos de aptitud para el grado de alférez, aunque todavía no se le añade al grado el apellido que más tarde habría de ser glorioso: provisional. En cuanto al parche, oído: «El distintivo del cargo se hará ostensible en una tira de color negro y dimensiones de siete por trece centímetros, en la que se colocarán las divisas y se unirán al uniforme en el costado izquierdo de la guerrera y a la altura del segundo botón superior de la misma».

El color negro, según algunos, era anticipo del luto. Quizá por esto comenzaron más tarde las fantasías, de modo que los de la Mehala, los Cazadores y muchos del Cuerpo de Ejército Marroquí, inscribían su estrella en una circunferencia de color negro y luego pegaban el total a un parche de color verde, al que se consideraban con perfecto derecho. La fantasía, carísimos hermanos, es imprescindible en la guerra. En cuanto al tamaño del parche, se acató y se cumplió por todos aquellos que se tenían por la flor y nata del prusianismo ibérico, pero el resto, acogido a la venerable e histórica fórmula de «se acata, pero no se cumple», hizo de su capa un sayo, o por lo menos acomodó su parche al tamaño rectangular que le pareció más elegante. Los reglamentos de uniformidad son profusamente saboteados en campaña desde que Caín le arreó a su hermano Abel.

Al parche o estampilla también se le llamó el paño, pero mucho menos, por razones evidentes.

En uno de los hospitales donde me tocó estar había una monja muy joven y monísima. Los más ilustrados la llamaban la Hermana San Sulpicio, y de ellos solamente los que estaban con el ánimo más en el otro mundo que en éste dejaron de soñar con la venturosa suerte de don Ceferino Sanjurjo, eso sí, con todos los respetos.

Pero los más ilustrados y los menos ilustrados, los de nuestra sala y los de todas las demás salas y pabellones, coincidían en decirle a la Hermana:

—Sor Emilia...

—¿Qué quiere?

—Usted debería llevar el parche...

—¿Por qué?—se sorprendía la hermanita, aunque viéndolas venir.

—Porque usted es en monjío tan provisional como nosotros en el Ejército.

Se espantaba la Hermana de oírlo. Se espantaba siempre. Se espantaba mucho, pero también sonreía dulce, resignada, lejanamente.

Un capitán muy amigo nos reprendió un par de veces por lo que él consideraba una osadía, pero el más osado en la broma era precisamente el más bueno de todos, así es que le quitó importancia al caso con teología y toda la pesca. Era un tipo de una vez, bueno particular y oficialmente. Las monjas lo adoraban y los curas se lo disputaban para que les ayudase la misa. Era opinión general que debería haberse estampillado de páter, porque entonces hubiera acabado la guerra habilitado de obispo. Con estas y otras retóricas el tiempo pasaba y un buen día la Hermana desapareció de nuestra sala. Como el hospital era grande supusimos que habría ido a parar a cualquier otro servicio. Todos hablábamos con nostalgia de ella. También el capitán. Un par de semanas después le dieron el alta al capitán. Lo despedimos con una merendola.

Al día siguiente, a la tardada, llegó el tipo bueno muerto de risa.

—¿Sabéis a quién he visto en el paseo?

—Si no lo dices...

—A la monja del parche, a la provisional. Iba de paisano.

—¡No!

—Sí. Y, además, iba con el capitán.

—¿Con el capitán?

—Sí, es su novio. Se casan. Ella no había hecho votos, ni nada.

—¿Has bebido?

Nos echó la alentada, muy digno.

—Ni pizca, ya lo oléis.

—Tendrás el estómago sucio.

—He estado hablando con ellos. Ella estaba muy colorada. El algo nervioso, pero entero. Les felicité, también en vuestro nombre. El capitán me dijo que ya me haría cargo de por qué no nos había dicho nada. Yo le dije que sí, que me hacía cargo. Después se fueron hacia el café.

Se quedó pensando en algo que hasta aquel momento no había visto claro.

—Si vierais —nos dijo— lo mal que se manejaba sor Emilia con zapatos de tacón alto. Pobrecilla, todavía no los conduce bien.

Esta es la historia de la monja del parche que se casó con el capitán. Después no he vuelto a saber de la pareja.

ATILANO

Patronímico que jamás oí a secas, sino con el debido acompañamiento de impropiedades y precisiones. Cada vez que se nombraba a Atilano se hacía una referencia —por cierto, nada sutil— a su mujer, a su madre o a sus propias y nefandas costumbres. Atilano es el gran coco de la batalla de Teruel —frío aparte—, y hay diversas opiniones sobre su origen. Ricardo Fernández de la Reguera, el gran novelista, dice en *Cuerpo a tierra*, al hablar de la lucha en torno a Teruel: «Sonaba el nombre del comandante Morato y se pronunciaba con deje casi supersticioso el del capitán Atilano, un artillero enemigo, cuya ubicuidad parecía prodigiosa —si se hubiera de creer a los soldados—, pues se le endilgaba el mando de todas y cada una de las baterías del frente. Apenas estallaba un proyectil en cualesquiera de las innumerables posiciones, los soldados exclamaban: «¡Ya está ahí el m... de Atilano!»

El mismo Reguera —que fue soldado de mi compañía, «ceriñolo» de los antiguos— recuerda la copla que entonces se hizo famosa:

En el cielo manda Dios;

en España manda Franco,

y en el pueblo de Campillo,

los riñones de Atilano.

Lo de Campillo fue horroroso. Atilano, es decir, el doce cuarenta, escarbaba en las ruinas del pueblo con una constancia de perro vagabundo, y de paso arreaba a las posiciones sobre la carretera de Valencia. Allí estábamos nosotros, y si bien técnica y objetivamente reconocíamos las muchas virtudes de aquellas piezas rusas, desde un punto de vista personal nos remontábamos con la espalda al aire hasta la impureza de su octavo apellido, si es que tenía apellidos, y también decíamos pestes del Plan Quinquenal. Malo era el proyectil en sí, pero creo que aún asustaba más el vuelo pesado y zumbón de la espoleta. El tal Atilano me secó la boca con frecuencia. En *La fiel Infantería* le aludo un par de veces, siempre con arreglo a protocolo. Recuerdo con espanto una tarde infinita —y eso que oscurecía pronto— bajo las pezuñas de Atilano y también su cálida y pestilente alentada. Esa tarde me mataron un sargento de mi sección, el sargento Blanco, y la Compañía tuvo varias bajas. ¿Os acordáis, Juanjo de Carlos, Tizón, Laserna? Me parece reconocer en *Cuerpo a tierra* el relato brutal, realista, implacable, de aquellos días, y concretamente de aquella tarde. La he vuelto a vivir releendo la novela de Ricardo Fernández de la Reguera, y no es nada agradable. Para consolarme del mal trago pensé que en cierto modo era lógico que el enemigo bombardease una tal concentración de novelistas en el pueblo de Campillo.

CAÍDO

Muerto en combate. La palabra comenzó a adquirir popularidad, en este sentido, antes de la guerra. Aunque la maravillosa oración de Sánchez Mazas se titulaba *Oración por los muertos de la Falange*, a todos nos gustaba más hablar de nuestros caídos que de nuestros muertos. Puede que esto se debiese a la novedad y también a que el gran momento romano influía en nuestros jóvenes corazones. Los noticiarlos *Luce* con el ceremonial ante las madres de los *caduti* inclinaban nuestro vocabulario claramente.

Tras su consagración popular, hecha de piedra y dolor en todos los pueblos españoles, la palabra recibió solemne confirmación al verse utilizada oficialmente en las denominaciones de Día de los Caídos y Valle de los Caídos. En tiempos de la guerra algunos llamaban a los muertos o caídos, presentes, y hacía un poco raro oír un discurso en el que el orador decía esto o lo otro sobre el sacrificio de «nuestros presentes». Yo le pregunté a un seuista madrileño que estaba de guardia en la provincial del Sindicato, pocos días después de la Liberación, por un querido camarada del cual no tenía noticias, y el muchacho me contestó:

—Ese está presente desde noviembre del treinta y seis.

La palabra caído tiene rango y emoción, y a los que doblamos el cabo de los cuarenta nos llena la memoria de los amigos que se quedaron

eternamente jóvenes. La palabra es a la vez sencilla y grave, y resiste con entereza el uso indebido, el floripondio hipócrita y hasta la calderilla sentimental. Es moneda eterna y dura que no puede sufrir desgastes. Así, caer equivale a morir.

Alguien cerró la puerta de un despacho, del que salía enfadado, murmurando con indignación:

—¿Y para esto hemos caído un millón de españoles?

Ea verdad que todos morimos un poco con los que entonces murieron sobre nuestra tierra y también que por ellos alentamos. De todos modos, la frase resulta un tanto excesiva, aun en el caso de que el protestante tuviese toda la razón. Por otra parte, los fines de una guerra suelen variar según el punto de vista del que los considera. José María Iribarren cuenta de dos viejos estelleses que andaban de muy mal humor porque a causa de la guerra en curso no iba a haber vacas aquel año. Las vacas son la gran afición del pueblo estellés, que las corre y las torea en conjunto, individualmente y por estamentos: los mozos, las mozas, los niños, los hombres y hasta los ancianos. Los dos viejos de Iribarren conversaban:

»—¿Sabes lo que se dice?

»—¿Qué?

»—Que este año no va a haber fiestas.

»—¿Que no va a haber vacas? ¿Y pa eso hemos mandau los hijos a la guerra?»

CALOYO

Sin duda por ser un tierno recental, un corderito recién nacido, y hasta un corderillo que muere al nacer, el caloyo fue a parar a la legión de los términos militares con el significado de quinto, de bisoño, de recién llegado. Por la parte de Navarra, exactamente en Aézcoa y en Pamplona, caloyo es tanto como «jovenzuelo, inexperto, cándido», dicho con un cierto aire despectivo. Por este lado también se acomoda a la psicología del veterano.

He encontrado una referencia decimonónica por la que se ve que ya entonces se utilizaba este término en la jerga castrense. «Puesto en marcha el tren —escribe Barado en *La vida militar*, aludiendo concretamente a unos quintos del 73—, a su monótono traqueteo uniose el rasguear de las guitarras y los gritos y las canturrias de los caloyos. Todos estábamos poseídos de un alegre aturdimiento. Saludábamos a coro el nombre de las poblaciones, echábamos requiebros a las mozas y

decíamos jactanciosas frases a los que nos contemplaban desde las márgenes de la vía».

¿Quién no ha sido caloyo legítimo en alguna ocasión? ¿Quién no sabe por experiencia lo que hacían los de la quinta del 73? ¿Quién no se ha visto de tierno corderillo que va al degolladero?

HARKA

En Marruecos se llamó así a una agrupación irregular indígena puesta bajo las órdenes de un jefe europeo, y también a los irregulares del bando contrario. Las crónicas de aquel tiempo distinguen harkas amigas y harkas enemigas. La lealtad de los harkeños dependía mucho de las condiciones verdaderamente excepcionales que reuniese su jefe, y quizá por eso todas las harkas han llevado apellido: la harka Muñoz Grandes, la harka Varela, etc. Los harkeños —creo— cobraban en duros de plata y recibían su parque muy poco antes de entrar en fuego, porque en más de una ocasión nadie podía estar seguro de hacia qué lado dispararían si se les daba el tiempo suficiente para pensarlo. Fueron tropas legendarias, guerrilleras, y calculo que su modo de operar se anticipó bastante al de los modernos comandos. Se escribe jarca, jarka, harca y harka. Personalmente me agrada la última forma, porque esa k parece vestir con candora al vocablo.

En nuestra guerra hubo una curiosa harka, por cierto de lo más europea que se conoce, la «de los que aguantaron en Oviedo, la alegre y temida harka de Aranda, bomba de mano y bigote a la borgoñona». Yo conocí a algunos de esta harka en la Academia de Ávila, allá en noviembre y diciembre de 1937, y aún veo ante mí los fabulosos e insolentes bigotazos de Gallarza y la cara larga y guasona de Alberti, y hasta los rostros de otros a los que mi desdichada memoria no pone apellido. A uno de éstos me lo habría de encontrar once o doce años después en Caracas, y por cierto que aún continuaba movilizado. Esta harka de Aranda estaba constituida por un puñado de «indígenas» falangistas, voluntarios desde el primer día, y con decir que se lucieron en la defensa de Oviedo ya es bastante para expresar lo bien que lucharon. A uno de ellos le oí canturrear en el figón de la Academia, nada menos que en un recodo de los claustros de Santo Tomás:

Mí harka, galopa

y corta el viento,

etc...

Porque el humor y las ganas de chiste no les faltaron nunca, ni siquiera al beber colonia en los momentos más apretados del sitio de Oviedo. Esto no es que fuese una costumbre, sino que cuando se agotó el vino y

también el coñac y ya no quedaba ni una gota de aguardiente, alguien encontró un par de garrafrones de colonia. Y según contaba un viejo periodista, no resultaba mala bebida, siempre que hubiese algo de sed y buena voluntad, cosas que allí sobraban. Gallarza puso de moda los bigotes a la borgoñona y bastantes más los usaron un cierto tiempo.

En Ávila les escuché coplas del asedio y, sobre todo, una que ya sonaba a liberación:

¿Qué «ye» aquello que «reluz»

en el alto de Olivares?

«Ye» la Falange de Oviedo

y un tabor de Regulares.

Se cantaba con la misma música que esta otra copla de zona roja:

¿Qué es aquella luz que asoma

por lo alto de aquel cerro?

Pues son nuestros milicianos

que vienen abriendo el fuego.

La harka de Aranda se dispersó al liquidarse el frente Norte. Como la mayor parte eran chicos del S.E.U., fueron a parar a las Academias de Provisionales. Estuvieron en fuerzas de choque y en banderas de Falange y buscaban el Cuerpo de Ejército de Galicia como quien busca el hogar. Aquella gran unidad era como una prolongación de su casa y del olor de la pólvora primera. Eran unos tíos de verdad, los de la harka de Aranda.

Oscar Pérez Solís, en *Sitio y defensa de Oviedo*, la define como una «especie de Tercio que se nutría con falangistas alentados, y eran unos chiquillos muchos de ellos, por un ansia de aventuras gloriosas que se manifestaba hasta en sus maneras pintorescas y graciosamente estrafalarias». Varias veces alude a su heroísmo a lo largo de su relato, y nunca deja de asomar la sonrisa entre la sangre. Recuerda a la harka de Aranda como «la unidad más bulliciosa y pintoresca de todas las de voluntarios formadas en Oviedo..., mozos algo chiflados, pero valientes hasta la temeridad. Y un poco aficionados a empinar el codo y a cazar volátiles o lo que se terciara».

Lo mismo pegaban tiros que celebraban la liberación del Alcázar con desfile, gaitas y trinque.

En la novela de Jesús Evaristo Casariego, *La ciudad sitiada*, hay unas páginas muy hermosas dedicadas a la harka:

«Mención especial merece —por su bravura y su colorido— una unidad, especialísima y voluntaria, denominada «La Harka». Nació porque a los ocho días de haber comenzado el sitio, el capitán Santiago se aburría en su despacho, y pensando sacudirse el aburrimiento, medio en broma, medio en serio, puso un anuncio a la entrada del largo y oscuro pasillo del cuartel de Santa Clara. Pedía voluntarios para organizar una Compañía de vanguardia, que se iba a llamar «La Harka»... Eran muchachos inexpertos en cosas de guerra, pero decididos a todo, impulsados por arraigadas convicciones patrióticas y por la sangre caliente de una raza audaz y aventurera... «La Harka» no tardó en ser famosa por el valor que derrochaba y por el pintoresquismo de algunos de sus miembros. Uno de ellos se dejó larga y puntiaguda perilla, bigotes rizados y melena, y adornó su cabeza, erguida y magnífica, con un viejo chambergo ladeado. Le llamaban D'Artagnan. Otro adquirió, no se sabe de dónde, unas enormes y sonoras espuelas mejicanas «para montar en cólera», como le decían los amigos. Con arreglo a tales personajes, se hicieron un himno, con una musicuilla ramplona y monótona, mezcla extraña del folklore asturgalaico y de *Los tres cerditos* :

Ea, ea, ea, ea,

los de la Harka,

los de la Harka,

ea, ea, ea,

los de la Harka

estamos aquí.

Turu-ru-turu-ru-ru.

»Con frecuencia se les veía desfilan por las calles de Oviedo con su vestimenta varia y multicolor, con sus grandes cobertores en bandolera, hacia las posiciones del cinturón. La gente los aplaudía con admiración y cariño».

Que me perdone el capitán Casariego este saqueo a su novela, pero no he resistido a la tentación de copiar algo de lo mucho y bueno que en ella hay. La harka de Oviedo zumbó la pandereta de lo lindo, y eso, ya se sabe, siempre se paga con sangre: un setenta por ciento de bajas en el balance final lo atestiguan así. En la harka ganó su Medalla Militar mi amigo y camarada Arias de Velasco, el único director de periódico que la posee, al menos que yo sepa. Actualmente dirige *La Nueva España*, precisamente en Oviedo.

Eran asturianos riñonudos aquellos chicos, los de Aranda y Caballero, y en unidades paralelas también destacaron otros periodistas como Ricardo Vázquez-Prada, que dirige *Región*, y el propio Casariego, carlista de cepa. Todos siguieron fielmente su estrella, algunos la alcanzaron sobre el pecho y muchos se situaron para siempre cerca de la más alta estrella del cielo asturiano, aunque el viaje lo iniciaran en Teruel o en el Ebro, en los campos levantinos o en Espadán. En ésta:

¡Santa María,

en el cielo hay una estrella

que a los asturianos guía!

Me gusta saludaros desde aquí, amigos, vivos o muertos, vecinos de Santa María, Madre de Dios.

LEER EL PERIÓDICO

No debe entenderse la expresión literalmente. La guerra siempre se presta a la metáfora, y éste es uno de los casos. El general Mola describe así en *Dar Akobba* el despertar de un campamento:

«Los campamentos tienen todos el mismo despertar: ganado que reclama su ración más o menos imperiosamente; hombres que van, saltan la trinchera en busca de un discreto matojo, y hombres que vuelven después de haberlo encontrado; carrasperas, toses, alguno que otro estornudo, sacudimiento de mantas, apaleo de tiendas, maldiciones, tal cual discusión, y en cuanto sale el sol, si no hay otro quehacer, a «leer el periódico». Esto de leer el periódico no es precisamente enterarse de lo que dice la Prensa llegada uno o varios días antes, nada de eso; leer el periódico en esta ocasión quiere decir: sentarse cómodamente al sol, quitarse la guerrera y la camisa, coger ésta con las dos manos cuidadosamente extendida y examinarla con detenimiento, un poco en alto para ver mejor, hasta exclamar: “¡Ya veo uno! ¡Oh, ladrón...!” Luego un imperceptible chasquido bajo la presión de las uñas de los pulgares, y a examinar de nuevo...».

Leer el periódico equivale, pues, a despiojarse, y la metáfora nace del gesto con que se despliega la camisa, de la atención con que se busca la noticia, en este caso, el piojo.

«Me voy a leer el periódico», he oído decir en las líneas, y la verdad es que no con esa misma intención ya debidamente autorizada, sino más bien con aquella otra, anterior en el buen orden campamental, a la que don Emilio alude cortésmente cuando habla de la «busca de un discreto matojo».

MILICIANOS DE LA CULTURA

Sucedió cuando el cerco de Oviedo. Desde los parapetos nacionales se observaba un cercano trincherón enemigo que iba a volar con la primera mina utilizada por la gente de Aranda. Era una mañana de calma, y como si se hubiese pactado una tácita paz, apenas si se oía un disparo en todo el frente. Los observadores derivaron hacia el aspecto humano de la cuestión. En el trincherón se veía un centinela descuidado. Aquel hombre confiaba en la extraña tregua de la mañana y no hacía nada por ocultarse. Miraba las casas, el Naranco, las torres de la catedral, quizá la ventana con macetas de la novia. Los observadores sabían que era debajo de aquel hombre, más o menos, donde iba a reventar la mina.

Cuando la mina cumplió con su obligación, los observadores vieron al centinela elevarse por los aires, quedar suspendido un momento como si se hubiese agarrado a un celeste e invisible clavo y, finalmente, caer sobre el suelo con golpe sordo y seco, y borrararse entre la tierra y el humo. Luego se comentaron algunos detalles técnicos en torno a la explosión de la mina, y al rato los observadores avanzados y la guarnición de la trinchera nacional vieron con asombro que el centinela rojo se ponía en pie, vacilante, agobiado por un peso enorme. Le vieron sacudirse el polvo, que no era poco, dar unos pasos hacia los restos de su defensa y antes de saltar a cubierto —nadie, por otra parte, intentó darle gusto al dedo—, volverse con ademán colérico hacia la línea nacional, cerrar el puño y gritar lleno de dolorida pesadumbre:

—¡Cabrones! ¿Ye esa la cultura que vos enseña Franco?

«La Turca» tenía otra idea de la cultura. «La Turca», al parecer, era griega, como Venus, que no fue mala pájara. «La Turca» gobernaba un acreditado establecimiento donde las hijas de la dulzura expendían encanto a duro y dos duros pieza. Si se entraba por un portal, durito; si por el otro, que olía menos a zotal, dos pesos. «La Turca» era lista, fea y discreta, y su industria, próspera, acreditada y popular.

Lástima que, como bien se dice en *La Celestina*, «a los alegres, serenos é claros soles, nublados oscuros é pluvias vemos suceder». Es como si el bachiller Fernando de Rojas hubiese guipado el porvenir y adivinase el nublado que se cernía sobre el establecimiento más o menos otomano. El nublado fue la alegre tropa de una de las tres mejores divisiones del Ejército nacional. La tropa estaba de descanso por el fin de la campaña del Norte. Era linda y acogedora la ciudad, bueno el vino, jovial el humor, ruidosa la compañía, juguetón el ánimo y propicia la noche. El regocijo alcohólico tiró la casa por la ventana, sin la menor metáfora, literalmente. (Ruego al distinguido público que tome la expresión como procedente de un acta notarial, no del chaleco de un poeta.) El

escándalo fue gordo, grande la desolación, y se cuenta que al contemplar aquella Itálica, «La Turca», con serena virtud, dijo:

—Me iré a Miranda. Los italianos son mucho más cultos.

Con estos dos breves ejemplos quiere decirse que cada cual usa la cultura como le conviene, de modo que nada tiene de extraño el hecho de que los rojos apareciesen, de cara al mundo, como los más piadosos defensores de la cultura que parió madre. Es achaque muy común a este siglo. Hay gente que desde la cuna está defendiendo la cultura y la civilización, de modo que Ferrer, el «Campesino», Lumumba y Fidel Castro son aptos para hacer el bestia con licencia de caza, que ya encontrarán las bendiciones de la cultura, los cultos y los civilizados que los defiendan. De este modo puede explicarse aquel arrebató cultural que impulsaba a los milicianos de la cultura a incendiar retablos e incunables, y a los comisarios de la cultura a prodigar el fusilamiento, la checa y la prisión como una especie de cursillos o misiones pedagógicas. Para esta gente, la Siberia es la perfecta Universidad, el *alma mater* del nuevo humanismo, y Salamanca, Oxford o la Sorbona no pasan de ser simples excrecencias medievales. Los comisarios de la cultura, los milicianos de la cultura y los defensores de la cultura, que eran multitud en zona roja, hasta el punto de que no habla manera de andar sin pisar cultura, les enseñaban a los soldados a cantar *Los cuatro muleros*, también algunas cancioncillas de Alberti y, desde luego, versos de Neruda. Si, además de esto, se acreditaba una cierta blandura de cadera, mejor que mejor. Fue aquel un mundo de delicias para los redactores del *N.Y.T.*

Desde entonces, siempre que oigo hablar en ciertos sitios de la defensa de la cultura, elijo un lugar seguro, algo elevado, con agua abundante, flancos cubiertos, retaguardia firme, accesos batidos, y me parapeto en él.

LA GLORIOSA

Los comunistas llamaban así a la aviación roja durante nuestra guerra. El adjetivo se sustantivizó en los titulares de los periódicos, que fueron los inventores de la denominación, sin duda arrebatados por las resonancias revolucionarias de la palabra. La «Gloriosa» fue, por antonomasia, la revolución de septiembre en el siglo XIX, y la «Gloriosa» fue, en el XX, la Aviación roja hasta el último momento. El 10 de marzo de 1939, una emisora bermella radió la siguiente parrafada: «Madrileños: la Gloriosa, que en los frentes de batalla hizo honor a su nombre, luchando contra los aparatos alemanes e italianos, hoy cumple, también, con su deber luchando contra los comunistas, que a toda costa quieren hacer de España una colonia extranjera».

¡A buena hora, mangas verdes!

Reconozcamos que en este caso el vocablo fue unánimemente aceptado por ambas partes, de modo que también en zona nacional se le llamaba la «Gloriosa» a la Aviación enemiga, pero en aras de la objetividad, digamos que con cierto retintín. Los madrileños franquistas, o simplemente escépticos, la llamaban «el arco-iris», porque aparecía en el cielo después de la tormenta.

LA BIEN PAGÁ

Otro de los remoquetes que se le colgaron a la Gloriosa, esto es, a la aviación roja. La canción estaba muy en boca al tiempo de estallar la guerra, como *Mi jaca*, *Rocío*, *Mari-Cruz*, y de este modo fue a parar hasta las alas republicanas. En zona roja, lo primero que hicieron los antimilitaristas profesionales fue darse cuenta de que los militares ganaban muy poco, así es que decidieron subirse el sueldo, que en el caso de los milicianos rasos se fijó en dos duritos por jornada de trabajo y barba. Sin duda que para merecer el mote que nos ocupa la aviación roja descubrió, antes que nadie, las zonas estratosféricas de la nómina, y por eso se ganó el sobrenombre, casi pornográfico, de «la bien pagá». Encontré el recuerdo de todo esto en un curioso y divertido libro que aconsejo a todos mis amigos: *Una historia del cuplé*, de Ángel Zúñiga. «Miguel (de Molina) cantaba, para presentarse, *María Jesús*, *La Bien Pagá* —así se le llamaba a la aviación republicana—, *La Tarara* y *Los Piconeros*».

DOLOR DE GARGANTA

O dicho de otra manera, miedo. Calculo yo que la expresión será más antigua, pero también puede ser que naciese con el Tercio en su versión siglo XX, ya que su fundador era hombre de ingenio pronto y zumbón, como buen gallego. En la biografía que de Millán Astray escribió el general De Silva, se lee:

«Más importante que las palabras que pronuncia Millán Astray es el acento que pone al decirlas; asombra su vehemencia y su gallardía.

»—Antes de que salgáis de este despacho (su propio despacho, en el que se hallan los primeros voluntarios para el Tercio), tengo que haceros una observación: el que se arrepienta de formar parte de la Legión, sea por miedo o por otras razones, que diga al médico ahora, al pasar a reconocimiento: “Tengo dolor de garganta”. Con esto es suficiente para quedar en libertad. Las “otras razones” fueron pronto olvidadas, de modo que el dolor de garganta quedó como un delicado eufemismo para nombrar al miedo. En su novela *La legión desnuda*, el jefe legionario Antonio Maciá Serrano, un capitán poeta, al eterno estilo español, hace

referencia a esta misma escena, más literariamente y encajando el dolor de garganta en la acepción que deberla popularizarse:

«Cuando iba a tocarle el turno a “el Risita”, de nuevo se levantaba el teniente coronel (Millán Astray) para decir:

»—¡Ah, se me olvidaba! Legionarios: el que se arrepienta de entrar, el que tenga miedo a morir, que diga al médico ahora, al pasar reconocimiento: “Que le duele la garganta”. Con ello basta para quedar en libertad».

Alistarse, en tiempo de guerra, siempre da miedo, y casi siempre se vence este miedo que no es más que una calleja oscura y delgada que desemboca en la ancha y solitaria plaza del miedo de verdad, el que viene después, que también suele vencerse, aunque a veces hay que rendirle algún tributo. «Se aprovechó el pequeño alto para dar tiempo a que se incorporaran los individuos que hablan quedado en cuclillas a ambos lados del camino, porque es de advertir que el peligro de los tiros actúa como enérgico laxante», escribe Mola en su relato de *Dar Akobba*, y también este otro: «Se dio la orden de avance, que tardó poco más de un minuto en ser cumplida, pues sabido es que cuando el hombre va a meterse en peligro le acucia la necesidad de dejar libre de líquido la vejiga».

A cualquier otro testimonio puramente novelístico que certificase las extrañas consecuencias fisiológicas del dolor de garganta, he preferido para esta papeleta el testimonio profesional y objetivo de un militar tan bravo, experimentado e inteligente como el general Mola. Nadie ve y cuenta tan bien la guerra y sus emociones, sus grandezas y sus miserias, como quienes la dirigen y conocen desde todos los puntos de vista. Lo demás, de verdad, es literatura.

A veces alguien estaba cabizbajo, pálido y mudo antes del asalto. Un camarada que tenía la suerte de conservar saliva, preguntaba:

—¿Qué te pasa?

—Me duele la garganta —podía ser la respuesta.

Pero en estos casos ya no quedaba ni el consuelo de pasar reconocimiento, así es que semejantes anginas se curaban con aguantiformo.

RASPA

Emblema de herido. «Póngame las raspas finas», le decían los elegantes al sastre cuando se encargaban —si había tiempo y de qué— uniformes para la jura como alféreces calentitos. Algunos más meticulosos

precisaban: «las raspas de sardina», pero con las raspas bastaba y sobraba. Recuerdo como raspas impresionantes en el brazo izquierdo las de Millán, Várela, Carlos Ruiz, Orozco y las de un coronel que vi hace años y que me parece que mandaba el regimiento de Ultonia. Cuando a alguien le herían por vez primera, en cuanto llegaba al hospital casi pensaba antes en la raspa que en el reconocimiento médico. La raspa, claro, daba categoría.

SAHARIANA

Hacia mucho calor y aquel oficial de tropas coloniales italianas se echó los faldones de la camisa por fuera de los pantalones para aliviar de sudor su cintura. La camisa era una señora camisa, con sus grandes bolsillos y sus hombreras. Puede que a ese mismo oficial se le antojase, ya que andaba en cualquier puesto poco protocolario de Libia o lugar semejante, atarse la camisa así dispuesta con el cinturón del correaje o con otro menos militar, y de este modo —calculo— nació la sahariana.

Supongamos que el asistente de ese oficial fuese sastre —¿por qué no había de serlo, el tío?— y que se metiera en faena sobre la marcha: con igualar los faldones de la camisa para que perdieran su vergonzoso aire íntimo y añadirle además un par de amplios bolsillos, el oficial y su asistente se encontraron con que había nacido la sahariana de las arenas del desierto como la mismísima Venus —que en aquel puesto hubiera sido muy bien recibida— nació de la espuma de las olas.

A la sahariana se le notaba su origen camiserero en que era prenda indicadísima para llevarla directamente sobre el pellejo o sin más intermediario que la camiseta; en realidad era una camisa leve y elegantemente «guerrerrizada», que se había jerarquizado sin perder ni un pelo de su primitiva, fresca y cómoda condición, y la prueba es lo bien que iba remangada. La sahariana nunca fue una guerra informal, que es lo que ha llegado a ser. Cuando la guerra de Abisinia, esta delicada invención se adoptó oficialmente por las tropas coloniales de Italia en su versión caqui, y de Abisinia pasó a España con los primeros voluntarios italianos.

Aquí gustó un disparate, según se sabe, y estuvo muy de moda entre la joven oficialidad nacional a partir de la primavera del 37, aunque su gran momento va de la de 1938 hasta el final de la guerra. Luego, ya digo, mucho después de ésta, empezaron a echarle cosas encima y debajo, de modo que en la actualidad ya casi se ha reinventado la guerrera. Escribe Pérez de Sevilla a propósito del capitán de Flechas, Gambardella: «Usaba unas saharianas de sello especial; él fue el primero a quien vimos con esta prenda militar, que tuvo su origen en la campaña de Abisinia». Monelli, autor de *Naja parla*, un vocabulario italiano de este tipo, sostiene que es anterior.

CARA AL SOL

Las tres primeras palabras del Himno de la Falange, y también su título popular, su nombre más íntimo y extenso, entraron pronto, con sentido propio, a formar parte del tesoro coloquial de la tropa. Sus significados fueron diversos.

Quedar cara al sol equivalía a morir en combate. La expresión a tanta distancia puede parecer enfática, pero entonces resultaba natural:

—Luis se quedó cara al sol nada más desplegar...

Dejar cara al sol, tenía otro sentido más triste y sucio: fusilar. Daba pena y vergüenza que tan hermosas palabras pudieran emplearse así.

Estar cara al sol quería decir estar en el frente, en primera línea, en la vanguardia. Las cartas, coplas y crónicas ingenuas que solían llenar aquel espacio que todos los periódicos destinaban a correo de los combatientes, aparecen repletas de frases semejantes a ésta: «Aquí estamos cara al sol desde el primer día del Alzamiento», o «A España se la defiende como nosotros, cara al sol», y así hasta el infinito.

Giraldo, un día que llovía a chorros, le dijo a un camarada que llegó tarde a relevarle la centinela:

—Yo, aquí, cara al sol, y tú, tocándote los cojones en la chabola.

El mismo Giraldo vaticinaba el futuro de un joven oficial que era valiente con exceso y que, además, estaba absolutamente loco:

—Ese va a quedarse cara al sol antes de un mes.

Se equivocó en el plazo. Aquel oficial duró hasta Rusia.

Supongo que, además de la fuerza emotiva de la expresión, contribuyó a popularizarla el hecho de que la guerra comenzase en verano; en un cálido, ardiente, largo y terrible verano.

MASCOTA

Nunca son de desdeñar los objetos y las personas portafortunas. Creo que en las unidades militares, a conciencia o de modo tácito, siempre ha habido mascotas. Por otra parte, la influencia del Tercio en la vida militar española de los últimos tiempos es evidente. Eran famosos, y aún lo son, los barrocos carneros y los arrogantes machos cabrios de algunas Banderas legionarias. Me aseguran que una Bandera de Falange tuvo una vaca por mascota, y es cierto que otra castellana, de

Palencia, creo, llevaba por delante de sus formaciones a un hermoso cerdito tocado de boina negra. Naturalmente, le llamaban don Inda, y sospecho que sin malicia especial, casi cariñosamente, porque puestos a insultar sabían hacerlo mejor y más seriamente. El propio don Inda, tan acostumbrado a la caricatura a lo largo de su agitada vida política, hubiera reído ante aquel suculento y marcial cuto con la boina picuda al filo de los ojillos.

La 2ª Bandera de la Legión —la de Somosierra, San Marcial y Huesca— se dejó en Pamplona su mascota. Era un morito bronceado de como diez años, a quien los legionarios habían recogido abandonado en Targuist. El morito se llamaba Juan, Juanito, según decía, y su verdadero nombre era el de Mohamed ben Amasen; Juan Juanito, explicaba el rapaz, sólo era su patronímico desde que le «echaron el agua española», cristiano acontecimiento que ocurrió en Valladolid, bajo el patrocinio del comandante de la Bandera y siendo su madrina una señorita de aquella ciudad. Llamar el «agua española» a la del Jordán, me parece una calificación histórica de primer orden. El agua española regó América. Juan Juanito Mohamed, cuando la Bandera estuvo en Somosierra, se metió en jarana, y de cara a Irún los legionarios, por prudencia, lo dejaron en Pamplona. Mascota o no, la cuestión es que la Bandera quedó reducida a polvo entre San Marcial e Irún, y que sus heroicos restos aún dieron quehacer en Huesca, y luego en la famosa Móvil, la brigada que constituía la reserva de todo el frente de Aragón. La moda de las mascotas también caló hondo, pero conviene advertir que nunca los perros fueron considerados como mascotas. Los perros, en las unidades, son algo más que una mascota. El perro es un camarada, un amigo, un tipo que meneaba el rabo al compás de nuestras alegrías y lo esconde entre las patas cuando también los demás andamos mustios o atacados de miedo. Los perros siempre se hacen muy amigos de los cocineros, y en esto son mucho más listos que los demás soldados. Yo evoqué al perro de mi última unidad en *La Fiel Infantería*:

«Ramón aspiró el humo y el viento, de espaldas, le trajo olor a fogata, a chabola, a tropa parada. Veía el puesto de mando centrado por la casetilla donde dormía el comandante, donde estaba el teléfono y donde a la mañana se había dicho la misa. Correteaba el perro sin nombre, que acudía a cada chascar de los dedos, a cada “Toma, chucho”. Andaba de medio lado, con el hocico alerta, los ojillos vivales y el rabo tieso, porque no era una tarde animada. El frente en reposo le caía como un bálsamo y sacaba, jugueteando, su repertorio de gracias. “Dame la pata. La otra. A echar. Anda, muérete”. Pero si se avivaba el fuego ponía el rabo a media asta y languidecía como una damisela. Era un perro más bien ginebrino, pero tan sinceramente amable que podía serle perdonada su invencible timidez. El y el cocinero del comandante se habían declarado incompatibles con la guerra y, sin embargo, algo los ataba al batallón: a uno quizá las leyes disciplinarias y el afán de hacerse con una bicicleta. Al perro, el buen rancho o esas manos cariñosas que le acariciaban los días de murria. Las horas de soledad triste, con el mundo a las espaldas, que bien sabía endulzarlas el chucho dando saltitos enternecedores, brincos de júbilo, diciendo a fuerza de cabriolas: “Alégrate, hombre, que todo pasa, que ya llega la hora de

reírse, que pronto se acabará esto o, por lo menos, mira, piensa que en la chabola hay una conversación agradable o una estupenda brisca”. Perro sin amo, con corazón de cantinera folletinesca. Decididamente no era un perro legionario, pero se podía pasear con él y charlar y hasta entendía las palabrotas y ladraba ceñudo a un tiempo con el mal humor de los soldados. Buen amigo, perro, leal camarada».

Víctor de la Serna, aquel prodigioso escritor cuya pluma, cada día, uno echa más en falta a la hora de tomar tono, recogió esta anécdota en una de sus crónicas de guerra, fechada en Villarcayo, el 26 de octubre de 1936:

«Un jefe que, de pronto, no se acuerda que está hablando con un rústico que apenas maneja las cien palabras precisas para ser soldado de veinte quilates:

»—Oye, muchacho, ¿cuánta gente hay en aquel monte?

»—Veinte hombres.

»—¿Y en aquel otro?

»—Una falange. Treinta y ocho hombres.

»—¿Es que tiene más cota?

»—¡Quiá! No señor. Un perro chiquitín».

El Cuerpo de Ejército de Galicia llevaba como mascota a una osa cazada en los montes asturianos por los hombres de Aranda. Se llamaba «Ursula», que es lo lógico. Pero la mascota individual más curiosa que he conocido la llevaba un requeté cuarentón encima del hombro. La mascota se llamaba «Concha». Era una gallina roya, guapetona, cariñosa —como corresponde— y con pinta de ponedora, aunque la austeridad de la vida militar le impidiese ejercer. «Concha» picoteaba amablemente la oreja de su amo y hasta tiraba viajes a la boca de aquel ribero guasón. «Concha» murió en Somosierra. «Concha» no pudo superar una breve crisis de intendencia. Su amo la ayudó a bien morir. «Concha» murió en la cazuela. Descanse en paz, la pobre. Era la alegría de su amo, y lo fue hasta último el momento y aun después. Siempre fiel.

CHILABA

Especie de poncho marroquí, de capote manta marroquí. Entre la chilaba, el poncho y el capote manta existen unas relaciones familiares indudables que a los historiadores del traje corresponderá investigar. Los colores de la chilaba han merecido el elogio de Giménez Caballero, «esos tejidos burielados, neviscados de lana —tan bellos, tan genuinos—

que nuestras mujeres deberían utilizar para los trajes invernales». Más de una siguió el consejo y de este modo aquella chilaba, que era un viejo recuerdo, pasó a mejor vida en aras de un capricho femenino.

La chilaba fue también trofeo de guerra en las campañas marroquíes. Mola recuerda que «la gente se hartó de coger chilabas, porque es costumbre entre los indígenas quitárselas a los muertos y lucirlas como trofeo de guerra». Este tic militar de los regulares afligió igualmente a los paisas, incluso por razones de intendencia personal e intransferible. La manera de llevar la chilaba esclarecía mucho la personalidad del usufructuario de la prenda, sobre todo en el caso de los europeos que formaban en Regulares, Mejala o Tiradores. Usada en corto, al estilo de los montañeses o yeblís —de *yebel*, monte—, hacía más veterano, más despreocupado, y al tiempo favorecía la soltura de movimientos. Otros preferían arrastrar la chilaba con una elegante indolencia que participaba por igual del moro notable, del torero que arrastra el capote al dar la vuelta al ruedo y del donjuán que iza bandera de combate al paso de una chica guapa. Por todo lo cual puede deducirse que en el frente se usaba en corto y en la retaguardia en largo; pero la verdad es que cualquier deducción sería apresurada, e inadmisibles la generalización. Cada cual llevaba la chilaba a su aire y hasta me atrevería a afirmar, modificando un cómodo y moderno refrán, que «no hay cosa más sana que llevar cada cual su chilaba como le dé la gana». A veces adquiría un acento simbólico, por ejemplo, cuando alguien decía:

—El Movimiento en Cádiz lo empezó Varela con dos bombas de mano y su chilaba.

Creo que queda claro de qué parte, entonces, caía el acento.

CARRERAMAR

Voz de mando que automáticamente nos ponía en directa sin pasar por las velocidades intermedias. En realidad, se escribe «Carrera, mar», pero hace mucho más bonito ver las dos palabras reunidas, como si también ellas formasen un todo armónico, igual que la escuadra, el pelotón, la sección, la compañía, el batallón, el regimiento, etc. En las *Directivas Circunstanciales de Orden Táctico y de Tiro, arregladas a las exigencias del momento de la actual campaña, para orientación de la enseñanza en las Academias de Alféreces Provisionales* (Burgos, 1937; Imprenta Aldecoa), esta voz de mando viene citada en el artículo 48, orden de combate, que dice: «Para reunir la escuadra se mandará: A reunirse. Mar (Carrera. Mar.). Los hombres se dirigen al lugar donde se halla el cabo y forma en hilera».

La dichosa voz cayó en gracia; primero a los oficiales instructores, luego a los brigadas monitores, que en algunas Academias eran técnicos

de la Legión Cóndor, los cuales la emplearon con frecuencia como la voz de salida que lanzaba a un cadete cogido en falta a un frenético trote. Era, pues, como una versión olímpica del castigo corporal. Uno mismo, por orden superior, castigaba su propio cuerpo por lo que bien podía ser una simple culpa del cuerpo o, lo que es peor, del alma. Era la ceniza, el cilicio, las disciplinas de la vida militar. Del trote individual se pasó al colectivo, y a distancia resultaba muy gracioso. En los descansos se comentaba:

—Chico, hoy el brigada Sergio nos ha dado una carreramar que ya me vea, todavía tengo la lengua fuera.

De este modo una voz de mando preventiva, con su correspondiente ejecutiva a la cola, pasó a ser una locución popularísima:

—Te voy a dar una carreramar de baldarte.

—Y cuando llegó la vigilancia nos pegamos una carreramar de padre y muy señor mío.

Como, además, la palabreja ofrecía incontables facilidades para la versificación de urgencia, inmediatamente pasó al cancionero:

Cuando sale la segunda,
cuando sale la segunda
para el campo de instrucción,
todas las chicas bonitas,
todas las chicas bonitas
nos miran desde el balcón;
chiquita, por favor,
no nos mires al pasar,
porque perdemos el paso,
porque perdemos el paso
y nos dan carreramar...

Daba gusto cantarlo y sentir el pie izquierdo sobre los acentos y saberse acompañado por los mejores amigos, que allí estaban, y por muchos otros que allí no estaban. Recuerdo haber leído posteriormente en Maurois algo que encaja a la perfección con las sensaciones que entonces me acosaban un tanto desordenadamente: «Este rigor, esta

disciplina, me proporcionaba alegrías que volví a encontrar más tarde en el regimiento, cuando desfilábamos ante la bandera al son de una marcha militar. La conciencia de pertenecer a un orden inteligente es un placer estético, y creo que los músicos de orquesta lo experimentan como los alumnos del Liceo y los soldados».

Había también otro estribillo, siempre a base de chicas que miraban al pasar —que si que miraban, palabra, y mucho—, que decía así:

Si les haces caso

vas a perder el paso;

te van a castigar

—corre, corre, corre—

con carreramar.

Algunas peripecias en torno a la carreramar las conté en *La Fiel infantería*, novela, a la cual remito al curioso lector, no sin suplicarle que me disculpe por la autocita. La autocita y el autostop están muy en boga. Además, señores y amigos, si no me cito yo, quién me va a citar, con eso de que unos me encuentran muy de derechas y otros muy de izquierdas. Son las cosas que pasan cuando uno continúa fiel a sí mismo y a su tiempo. Ya ven, a mi me encanta ser leal.

REFUGIO

Al principio no había mucha aviación en ninguno de los dos bandos, pero la más abundante, dentro de la escasez, era la roja. Por otra parte, el distinguido anticomunista de urgencia señor Malraux y Pierre Cott, marxista *de nativitate*, tomaron muy a pecho, y con éxito, la tarea de nutrirla. Fueron dos opulentas nodrizas de la muerte.

Cuando la aviación atacaba, el personal de la parte de abajo buscaba refugio a la buena de Dios. Yo he visto quien se creía seguro a la sombra de un banco del parque de Soria, y sé de otro que se tumbó bajo las tripas de un camión cargado de municiones. Las acequias cubiertas y algunas alcantarillas eran muy solicitadas, y conozco un diplomático que aguantó su primer bombardeo en Leganés, un día de noviembre del 36, precisamente en la más maloliente de todas ellas. Tanto él como unos cuantos periodistas que allí se cobijaron salieron de su escondite totalmente rebozados, y no de «Varón Dandy». Los rojos arrearón fuerte y con insistencia, porque buscaban a Mola, que estaba dirigiendo el ataque desde un observatorio situado en el pueblo, y el diplomático y los periodistas ni siquiera se enteraron del jardín en que se hablan metido hasta que pasó el peligro. De donde se infiere sin malicia —como

dice la copla— que cuando el miedo aprieta, ni las indicaciones de la pituitaria se respetan. Luego, ya es otro cantar.

A las columnas del Sur la aviación enemiga empezó a castigarlas a la altura de Llerena, y a partir de ese momento ya no tuvieron paz. Sánchez del Arco recuerda que cuando «alcanzaban un pueblo cuyas casas tenían más de un techo, se respiraba con tranquilidad. Los pueblos fueron clasificados, por el ingenio de Javier Parladé, en monotechos, bitechos y pluritechos».

En realidad, éstos fueron los primeros refugios: los sótanos de las casas, las iglesias, las bodegas, las cuevas, los edificios más sólidos, y conforme aumentó la potencia de las bombas y piojearon los bombarderos, el mando —y los Ayuntamientos— se apresuraron a aprovechar todo lo que se pudiese para dar tranquilidad a la población civil. El aguantoformo servía de mucho. José María Iribarren cuenta de un sótano en Talavera. El sótano tenía las arcadas de ladrillo, y la gente lo consideraba más o menos como luego se consideró el bunker de la Cancillería berlinesa. Iribarren apunta con melancólica amargura:

«Yo les hubiera dicho: las bombas atraviesan cuatro pisos, y como las casas de Talavera sólo cuentan con uno, todavía les quedan tres por atravesar. Pero callé. ¿Para qué iba a quitarles la ilusión de creerse seguros bajo la bovedilla? El miedo es cosa subjetivísima. Puede haber quien se sienta seguro bajo la cúpula de un paraguas... Yo por entonces me decía:

»—Si nos da..., ¡mala suerte! Estaría de Dios.

»Por fortuna, algo se me había pegado de vivir junto a Mola».

A los refugios de las ciudades, profusamente anunciados, se bajaba con lo mejor que en casa se tenía. Las señoras llevaban maletines o bolsas con las joyas de la familia, con el dinero y con los recuerdos que siempre se quieren tener a mano. He visto a una señora subir de nuevo a un cuarto piso porque se le había olvidado una pequeña imagen de la Virgen del Pilar. La aviación sobre las ciudades repugnaba a los combatientes, acostumbrados a recibirla en campo abierto, y la primera vez que se pasaba por semejante experiencia hacia falta echar mano de todas las reservas de vergüenza y de lo que hay que tener, para ir al paso hasta el refugio y dar la preferencia a todo el mundo, porque lo decoroso era que los combatientes entraran los últimos, si entraban, y tranquilizando *urbi et orbi*. Después, uno se quedaba dormido en el hotel en plena alarma, e incluso no se despertaba, como nos pasó a unos cuantos que dormíamos, camino de Teruel, en un hotel de Zaragoza, que tenía encima una sirena de lo más aparatosa.

El frente nacional, salvo las lógicas excepciones, nunca se dedicó con exceso a la fortificación, y a un actual jefe del Ejército, que entonces andaba de alférez provisional, le he oído decir, recordando aquellos tiempos, que «el refugio en el frente era una construcción apta sólo

para grupos raciales muy diferenciados, hebreos, piernas y chaqueteros».

Hecho a esta moral, Pedro Gómez Aparicio se asombraba de los refugios del frente separatista. «No hablo —dice— de los construidos en ciudades y pueblos. Me refiero a los anejos a campamentos y posiciones, como los del Urculu, de más de cuarenta metros de profundidad, soberbiamente embovedados y que se ramificaban en varias direcciones; como los del Calamúa, en el sector de Elgóibar, donde cabía cómodamente un batallón entero; como los del aeródromo de Dima, abiertos en la roca; como los del alto de Barázar, verdadera galería minera, con dos bocas que entre si se comunicaban a través de un dédalo de túneles, reforzados con armaduras de gruesos árboles y para cuyo acceso había sido construida una carreteruela...»

Valencia cuidó sus refugios como nadie. «Eran refugios nuevos —cuenta Gabriel Araceli—, construidos por el procedimiento de "cielo abierto", para lo cual se procedía primeramente a efectuar una excavación sobre la que se ejecutaba luego toda la obra, con sus capas de cemento armado, bóvedas y revestimiento de viguería y tierras. Exteriormente se remataban sobria, pero modernamente, con sus dos entradas cerradas por verjas de hierro, grandes letreros indicadores y algunas flores y enredaderas que alegraban la severidad del ladrillo».

Lo cual, las cosas como son, es bonito.

FUERA BOINAS

Íbamos avanzando entre los trigales, lo cual es muy poético. Los uniformes caquis se perdían en los trigos, pero las camisas azules destacaban bastante y no digamos las boinas rojas. La incipiente y moscona aviación de los primeros días no nos dejaba parar. Era una aviación escasa, pero dueña del aire; no muy potente, pero con una táctica de mosquito, de tábano, que acababa por enloquecer. Las boinas rojas eran como amapolas en los trigales, sí señor, pero al que se hubiese atrevido a soltarnos la metáfora quizá le hubiera sucedido algo desagradable, porque, efectivamente, las boinas rojas eran como amapolas en un trigal, y los pilotos cipayos lo sabían muy bien y gracias a esa circunstancia nos localizaban con cierta facilidad, de modo que en cuanto comenzaba a oírse el zumbido de un motor, los oficiales tocaban los pitos y se oían voces:

—¡Avión! ¡Cuerpo a tierra!

Y también una voz recién acuñada:

—¡Fuera boinas!—que sonaba mucho más dramáticamente que el «¡Fuera gorros!» cuartelero.

Los requetés se quitaban la boina y generalmente se la metían en el colco, tanto para no correr el riesgo de olvidarse de recogerla como para preservarla de porquería evitable. Esto en el caso de que se quitasen la boina, porque no escaseaban los que decían que quitársela era una tontería, y que una vez puesta la boina lo mejor era no quitársela ni para morir, ni siquiera para ser enterrados, y hoy que reconocer que muchos de los que así opinaban se salieron con la suya y no les pesó.

A este glorioso género de caballeros cubiertos pertenecía aquel requeté que no se quitaba la boina ni con los pitidos del teniente, ni con los aviones que segaban amapolas, ni con el ejemplo de sus compañeros, ni con las voces del brigada, ni con ningún género de razonamientos. A todo oponía un terco silencio. El siempre se quedaba en pie, con la boina roja bien puesta dándole sombra en los ojos y con el fusil alerta, de modo que más que un soldado parecía un cazador dispuesto a tumbar al pajarraco en cuanto que se le pusiese a tiro. Diríase que salía a aviones como quien sale a codornices, y hasta echábase de menos el perro.

En medio de la psicosis antiaérea y enmascaradora que provocó en todos nosotros la abundancia de aviación enemiga, su postura era radical, irritante y hermosa. Cubríamos los camiones con verdaderos jardines; el ingenio de los jefes fingía cañones de madera junto a los que se disparaban cohetes de procesión, fiesta de toros y llegada de personaje, para que desde el aire se imaginasen una adecuada reacción; se instalaban los famosos «guardaguñas» y, en fin, se procuraba por todos los medios evitar los impactos materiales y psicológicos de la aviación enemiga.

Pero aquel requeté ribereño no daba su brazo a torcer. El teniente habló con él. Le expuso una serie de razones, le dijo que no era mengua del valor el quitarse la boina, le dijo que se exponía no sólo a morir tontamente, sino a hacer que muriesen del mismo modo sus amigos y camaradas...

—¡Bah!—le respondió con un estoicismo natural—, morir... A última hora, bien confesadico y bien comulgadico, ¡a jodela!

Luego la aviación pesó más y nadie necesitaba de órdenes para saber qué demonios debía de hacer en tal caso. Las pasadas eran breves y malísimos tragos, de cuya angustia se acordaban los anónimos autores de esta copla:

Soldadito, soldadito,

ya vienen los aviones,

Son los nuestros, ¡viva Cristo!,

¡arriba los corazones!

Es indudable que mientras no se identificaba la filiación de los aparatos, las dudas eran mortales, según se ve, y a veces después de la identificación también se pasaban sustos, y bien gordos.

GUARDAGUJAS DE AVIACIÓN

Desde el frente de Somosierra enviaba algunos artículos a *Arriba España* de Pamplona, el primer diario falangista, fundado por mi maestro y amigo don Fermín Yzurdiaga, que dirigía Ángel María Pascual —un escritor del que convendría editar ya la obra completa, para conocimiento exacto del pensamiento, político de toda una generación—, y estos artículos llevaban la coletilla de unas *Notas Menores*. Si alguna vez tropiezan con un artículo de esos, tírenlo a la basura, pero lean las notas menores. Es curioso lo pedante que puede ser uno a los diecinueve años. Una de estas notas, fechada el 24 de agosto del año I de la Era Triunfal, para que nadie dude, dice así: «Un nuevo oficio en la milicia. Con el fin de avisar el cuerpo a tierra cuando un avión enemigo vuela sobre nuestro campamento, el mando coloca un vigía provisto de un silbato. El silbido rápido y cortado nos lanza a las trincheras. El silbido largo nos saca otra vez a la tertulia. Sucede que a veces el vigía se descuida, y entonces el que ha divisado el avión canta:

Señor jefe de la estación,

toque usted el pito...

»Pero lo más gracioso es el nombre de este novísimo oficio. La gracia española lo ha bautizado así: "guardagujas de aviación».

Ni me acordaba del nombre, pero ahora, al reencontrarlo, hasta veo la cara que ponía «el Insurreto» cada vez que había que meterse en los zanjones. Particularmente, lo que no me hace la menor gracia es eso de «la gracia española» con que terminé aquella lejana nota. ¡Qué le voy a hacer!

IMPEDIMENTA

El marqués de Santa Cruz, que de esto de la milicia sabía un rato largo —y si no que se lo pregunten a Federico de Prusia—, recordaba que «el general Montecculini, en sus Memorias, dice muy graciosamente que el bagaje de ninguna manera se explica tan bien como con el significado latino: "impedimenta». Esto es, lo que impide, lo que estorba, lo que dificulta la acción.

La impedimenta general o la particular de cada soldado es lo que embaraza la rapidez de su marcha, la agilidad de una maniobra y hasta sus posibilidades de sobrevivir en un combate. Muchos de los soldados de Cortés, y más que nada los chapetones de Pánfilo de Narváez, perecieron en la Noche Triste por salvar la dorada impedimenta de su parte en el tesoro de Moctezuma. En Bailén y en Vitoria les pasó algo parecido a muchos *grognards* napoleónicos, y a más de un «arrigular» le mojaron la oreja por empeñarse en llevar auestas una máquina de coser. A la hora del ataque, la impedimenta debe quedar atrás, como tantas otras cosas. Lo que la impedimenta vale en ciertas ocasiones quedó bien claro en aquello que les soltó Prim a los voluntarios catalanes cuando los Castillejos: «Soldados: Vosotros podéis abandonar esas mochilas, porque son vuestras, pero no podéis abandonar, etc., etc...»

De todos modos, es muy difícil conseguir que un soldado renuncie a su pequeño bagaje, y de este modo las mochilas, los macutos y las bolsas de costado se hinchan como mongolfieres a fuerza de atesorar cosas que ya ni se recuerdan. Los hay muy austeros en cuestión de bagaje, pero son los menos. Cuenta Mola que el coronel Serrano «llevaba por toda impedimenta un maletín de mano en el que guardaba cuidadosamente uno o dos mazos de puros, un par de pañuelos, otro de calcetines, una toalla y un frasco de colonia “La Carmela”». ¿Para qué más?

Un voluntario casado y algo pájaro se las prometía muy felices cuando el descanso de las Brigadas al liquidar el frente Norte. Las cosas no le rodaron demasiado bien por la cariñosa y natural vigilancia a que estuvo sometido por su mujer, que además manifestaba bien a las claras el orgullo con que iba junto a su marido. Así se lo encontraron en la terraza del Iruña, unos camaradas de unidad, ante los cuales había expuesto su programa mínimo de diversiones en cuantas conversaciones tuvieron de cara al descanso. Los amigos le saludaron:

—¿Qué hay, hombre; qué haces?

—Ya veis, chicos —contestó el fracasado vivalavirgen con una discreta melancolía—. Aquí, con la impedimenta...

METER EL CONVOY

Frase muy corriente en los tiempos de las campañas de Marruecos. La operación que comportaba solía ser penosa, dura y a veces complicada.

«Los legionarios han rebasado la guerrilla, y los batallones, tres, diez, despliegan y avanzan en la lejanía, mientras una pequeña columna de Intendencia se abre paso entre la bruma de las explosiones hacia la

montaña. El convoy. Es el convoy. Los legionarios avanzan, saltan, armados los machetes». Escribe Sender en *Imán*.

Y más adelante dice: «Allá abajo aniquilaron al 36 ayer. Pero hoy entrará el convoy. Si no entra podría esto convertirse en un nuevo Anual. Tiene que «meterse» el convoy en T. Un designio oculto, pero palpitante en cada mano trémula, en cada mirada sombría, lo dice. Debe entrar el convoy con agua, con cartuchos abundantes, con pan y carne y azúcar para que no se repita en T. la tragedia de R.»

Esta cotidiana manera de llevar la comida y la herramienta a las lejanas posiciones, era feroz, y se hacía angustiosa cuando alguna guarnición estaba cercada. Entonces el problema del agua sobrepasaba a todos. Quizá por eso, Beorlegui, uno de los más fabulosos capitanea que haya tenido el Tercio, solía entrar en las posiciones cercadas con una sandía en alto, dejándose siempre libre una mano, bien para la pistola o para la granada, y más habitualmente para la garrota. No tengo noticia de que a sus sandías las calasen a tiros, pero al botijo que utilizaba le atizaron candela más de una vez mientras el propio Beorlegui bebía. Beorlegui se limitaba a encargar a su asistente que comprase otro y por un honesto sentido del orden los iba numerando en la panza con pintura roja y negra. La lidia de los botijos de Beorlegui hacia enana la de los reyes godos.

La palabra convoy, nutricia y heroica, se hace familiar cuando alguien lo pide en la mesa, solicitando de este modo que le pasen el aceite y el vinagre. La palabra convoy, dicho así, deja de oler a campamento y a gaba, a pólvora y a sudor, a miedo y a hogueras, para traernos un aroma galdosiano a casa de patrona con mesa redonda y chistes de cuerpo de guardia o tren de viajeros.

Me acuerdo que de pequeños —y sin duda por nuestra explicable ignorancia del inglés— solíamos decir: «En el Gayarre (o en el *Euslcal*) dan una de convoys», por decir que daban una de *cowboys*, ya que habíamos oído campanas sin precisar su origen. El detalle carece de importancia, pero a mí, particularmente, me hace más simpática la palabra, y ambos términos se unen por el tiroteo, de manera que no andábamos tan descaminados.

El último gran convoy africano lo metieron en nuestras costas del Sur los mismos hombres que tanto habían luchado por España en aquellas tierras. El convoy que Francia metió en Algeciras desde Ceuta llevó a España armas y pertrechos, el pan de la guerra, pero también la refrescante sandía de una paz futura, justa y larga. El «Dato» sabe algo de esto. Se llamó el Convoy de la Victoria.

Agustín de Foxá, en *Madrid de corte a cheka*, rememora un curioso episodio de aquella guerra civil sin declarar que hubo en todas las ciudades españolas entre febrero y julio del 36. Habla un falangista con otro: «Yo estuve en el entierro del guardia civil, cuando mataron al pobre Andrés Sáenz de Heredia. Los obreros disparaban desde los

andamios de las obras. Asaltamos los tranvías y las casas en construcción. ¡Qué tiroteo armamos entre el yeso y los ladrillos! Pero todos seguimos. Cuando llegamos al cementerio y dejamos en tierra el ataúd, un capitán de Regulares, que iba al lado mío, acordándose sin duda de África, me dijo: “Hemos metido al convoy”».

Convoy difícil de meter el que metió un amigo mío en la Academia. Fue que él y un compinche se escaparon a la ciudad después de la lista de retreta. Mi amigo era —y por fortuna es, aunque ya pachucho— un hombre dado a las aventuras sentimentales. Por causa de una de ellas fue su escapatoria. El compinche había escapado también por su cuenta, aunque sus razones eran distintas y ni siquiera él sabría explicarlas. Entre su amor a la libertad y su pasión por los jugos de la vida podría estar la cosa. Ya de regreso, todavía con la miel en los labios, el tenorio encontró al compinche en apuros. Le habla dado pelea. Se lo llevó a rastras a la Academia, sorteó la vigilancia, los centinelas, la imaginaria y finalmente tumbó al trompa en el camastro.

A la mañana siguiente explicaba en instrucción:

—Derroché talentos tácticos hasta la hernia, pero metí el convoy.

MUERTO POR HEMORRAGIA

Delicado eufemismo democrático equivalente a «asesinado por el Frente Popular». La muerte también tiene su burocracia, de modo que en los Madriles monstruosamente goyescos del año 36 —y lo que colgó, que fue bastante— se montaron archivos para la pulcra clasificación de los asesinados. Este era un refinamiento legalista que todavía da frío. «Aquella oficina —escribe Foxá— funcionaba perfectamente. A las seis de la mañana los automóviles de limpieza recogían los muertos. Los clasificaban, los amontonaban en los depósitos. Colocaban junto a la fotografía un trocito del traje que llevaba y las iniciales de la camisa, y lo reseñaban al dorso —ojos claros, nariz aguileña, boca grande—. Para guardar las apariencias legales de una democracia, los médicos extendían la papeleta de defunción. Diagnosticaban siempre: “Muerto por hemorragia”. Y era verdad».

Los demócratas son así, siempre dicen su verdad.

NARANJERO

Sin duda por su talla corta y también por el aspecto de su refrigerador, que le daba el aire de un trabuco cosido a perdigonazos gigantescos, aquel fusil ametrallador ligero que tanto se usó en nuestra guerra fue

bautizado con el nombre de naranjero. Calculo que, en términos científicos, quizá conviniese definirlo como un subfusil, pero no es cosa de meterse en líos por cuestiones de precisión. Los naranjeros daban tono, y quizá por eso se utilizaron mucho en las escoltas. Buenos cordones y buenos naranjeros definían a las escoltas de categoría. El naranjero más popular fue el «Schmeisser» —más o menos, ése es su nombre—, y aún había quien completaba su armamento de escolta con una pistola del nueve largo, de las de culatín, capaz también de disparar tiro a tiro o en ráfagas, sin que le faltase el detalle de una muñequera de cuero adornada con balas.

Lo de fardar mucho armamento es achaque común a guerras civiles, revoluciones y, en general, a cualquier eclosión de violencia en la que participen los hombres civiles a través de sus propias organizaciones. Don Benito Pérez Galdós ya habló de un tipo famoso, que cualquier español cuarentón ha tratado personalmente: «Todas cuantas armas portátiles se conocen, llevábalas él sobre sí, lo cual indicaba que era voluntario realista. Fusil sostenido a la espalda con tirante, sable, machete, bayoneta, pistolas en el cinto, hacían de él una armería en toda regla. Calzaba botas marciales con espuelas, a pesar de no ser de a caballo; más este accesorio solían adoptarlo cariñosamente todos los militares improvisados de uno y otro bando».

El sujeto descrito por Galdós vive y colea por las páginas de *El terror de 1824*, y también se le vio circular por cualquiera de las dos zonas en tiempos de la guerra de España, más a retaguardia que a vanguardia, claro, y de modo singular en los primeros meses. Por otra parte, nadie puede negar el cariño purísimo que los alféreces provisionales de Infantería sentíamos hacia las espuelas. Las espuelas nos volvían locos, eran como nuestras sirenas militares, y esto, que entonces no lo hubiéramos reconocido nunca, ahora, a la vuelta de los años, nos conmueve y lo contamos con ternura y humor, como se cuenta una peripecia sentimental de la juventud, pero sin que dejen de sonarnos en los oídos las rodajas de plata, o de una hojalata decorosa y limpia, de aquellas espuelas un tanto fanfarronas que los más aficionados no se quitaban nunca, ni siquiera cuando estaban en el hospital con un remo averiado. Me acuerdo de haber envidiado a un camarada porque su madrina chilena le envió unas espuelas de hueso capaces de taponarle la boca, bien meneadas, al mismo Wagner.

Con las escoltas se exageró un poco, incluso un bastante, al principio y al final de la guerra. Hasta un jefe de milicias de bachillerato se puso escolta, nada menos que con naranjeros y cornetín. Por cierto, que un día, recién liberado Madrid, se oyó un sorprendente toque de atención en la sala del cine «Avenida» donde se proyectaban documentales de la campaña. Las luces se encendieron. La gente estaba alerta, lógicamente desconectada con los usos y costumbres de la zona nacional, entre los que no figuraba, claro está, el de tocar el cornetín de órdenes en los cines. Ya a sala encendida, sonó el toque de firmes, y cuando todo el mundo estuvo cuadrado entró a ocupar su butaca en delantera de entresuelo el citado jefe de milicias de bachillerato, seguido de su

escolta. Ojeó distraídamente el patio de butacas, hizo un gesto amable con la mano para autorizar a la gente a sentarse y se reanudó la proyección.

Confieso que, por haber hecho eso a los quince años, yo hubiera dado cualquier cosa. Me imagino que el jefe de mi historia no ha sido nunca lo que se llama un tímido.

PAGANOS

Casi resulta divertido recordarlo, pero este vocablo circuló mucho por la zona nacional. Los paganos éramos los falangistas y a veces yo me imaginaba con toga, coronado de rosas y vengas de adorar a los dioses junto a un ramillete de vestales. La más pía, inquisitiva y moralizadora derecha, la flor y nata de lo reaccionario, se inventó aquello de la paganía de la Falange por razones evidentemente políticas, y a los comunistas, tan preocupados siempre por la pureza del dogma, esta acusación clarificadora les agradó mucho. «Los falangistas son patriotas, pero muy poco católicos y desde luego medio rojos», se proclamaba en corrillos sesudos. «Los falangistas son panteístas». Al primero que soltó esta majadería casi le levantan un monumento. Se hablaba de todo lo falangista, en ciertos conciliábulos enternecedores y venerables, con un tono socarrón, esquinado y algunas piadosas muchachas lo hacían siempre con retintín, que una de ellas pronunciaba «retantán».

—¿Qué dirá el poeta azul? —le oí decir a poco de acabar la guerra en el estreno de *Cui-Ping-Sing*.

Ponían tal acento en lo de azul, que uno se estremecía de pavor al ver lo que sospechaban de todos los que se vestían de azul.

Una vez comí en casa de unos señores amigos justo la víspera de incorporarme como alférez al frente de Teruel, donde se repartía candela por todo lo alto. Mis amigos me ofrecieron una comida opípara y el regalo de su conversación, amenizada, además, con la inteligente polémica que en tomo al tema de la paganía de la Falange sostenían — desde posiciones totalmente opuestas— dos ilustres sacerdotes: deán el uno y canónigo el otro. Como a mí lo de las vestales siempre me ha tirado mucho —y también lo del Falerno, el Chipre, la hidromiel y la ambrosia; a base de extraseco, claro—, no tuve el menor inconveniente en reconocer que si bien no todos los falangistas eran paganos porque, desgraciadamente, se nos habían infiltrado muchos elementos de derechas, sí éramos paganos garantizados todos los de la Vieja Guardia, precisamente fieles devotos de los cultos mítricos, a los que tenía mucho gusto de invitar al señor deán que estaba proponiendo, ante el escándalo de su frívolo colega, una especie de misiones para catequizarnos. También le dije que solamente nuestra condición de

adoradores de Júpiter explicaba la actitud de algunos círculos responsables del extranjero, pero que, en cambio, quienes pagaban por nosotros, en este sentido, eran, por ejemplo, combatientes tan contrastadamente católicos como nuestros hermanos del Requeté, a lo cual el señor deán me respondió que eso era cierto y que al plantear yo la cuestión me honraba a mi mismo, y que él creía que a todos los requetés les deberían hacer nobles pontificios, propuesta con la que me mostré absolutamente de acuerdo. Entonces el canónigo me explicó por qué no eran nobles pontificios todos los requetés.

—Mire usted, Rafael, le aseguro que la culpa no es de Su Santidad. Su Santidad ama a España como nadie.

—Eso he oído decir siempre —le dije.

—Ponga la mano en el fuego y échese a dormir, yo le garantizo que no se quema.

—No es necesario. Gracias.

—En los asuntos de España no hay responsabilidad para Su Santidad. Si las cosas no van como deberían ir, la culpa es del Secretario de Estado, que es masón.

Solté una carcajada oceánica, interminable, pero que fue parva en comparación con la que me vi obligado a soltar unos meses después. El canónigo se llenó de santa indignación, pero el deán —yo creo que por jugar al bien informado— insistía.

Sin llegar a tan inocente suposición, sí había algo en el aire respecto a determinadas actitudes. La comisión carlista que fue al entierro de S.M. el Rey don Alfonso Carlos, recibió, presidida por Fal Conde, la visita de Monseñor Weis, antiguo preceptor del último Emperador de Austria. El cronista puntualiza:

«Con las miradas le dijimos:

»—A la orden, Monseñor. Los carlistas de España, que saben aguantar bascas de indignación ante ciertos elevados señores, saben también entusiasmarse ante prelados como vos. Monseñor. Vos, Monseñor, seríais en España un obispo tradicionalista. A la orden, Monseñor».

En fin, yo quería decir que aquellos pocos e ingenuos españoles que hace un siglo llegaron a rezar por la conversión de un Pontífice, hubieran resultado ácratas en comparación con los pobladores de ciertas guaridas entre financieras, políticas y piadosas que llegaron a florecer en el tiempo de mi juventud y que hoy hacen sonreír a todo el mundo, incluso a la del «retantán», que casó con mozo bravo, de una centuria navarra, y no lo encontró ni tan pagano, ni con tanto olorcillo a

azufre, ni tan azul, al menos en determinados aspectos, porque ya van por el noveno hijo.

La acusación, como tal, llegó a prender, de modo que muchos trataron de defenderse, de convencer, de demostrar que eran a la vez falangistas y católicos, lo cual era ingenuo y conmovedor. Copio una de esas cartas o crónicas que desde la línea llegaban a las páginas de los periódicos. Escribe Antonio Tolosa, falangista de la Tercera Centuria de la Quinta Bandera de Navarra. Cuenta una mañana de febrero de 1937 en las posiciones que daban frente al Muneta y a la hondonada de Éibar. El capellán del Tercio de Lácar lea había dicho la santa misa. Su propio capellán les platicó. «Ciento cincuenta falangistas... nos acercamos a comulgar. Nuestro capitán es el primero que se acerca, luego los tenientes, clases, los soldados, todos vamos desfilando recogido el semblante, la postura devota. Toda la centuria hemos cumplido con nuestro deber pascual. ¿Somos o no somos católicos?»

Guardaban a Cristo desde los parapetos, pero no sabían mucha teología, yo diría que ninguna. Guardaban a la Virgen Santísima desde los parapetos, pero no habían leído a Maritain, y quien sabe si por eso mismo guardaban a Cristo y a la Virgen Santísima desde los parapetos, y marchaban junto al Cristo Capitán de los de Lácar, y rezaban cada noche por sus enemigos y hubieran corrido a gorrazos a muchos de los que hablan y escriben y dicen bobadas sobre lo difícil que es ser católico no siendo muy intelectual, chiflado de Bergman y algo amigo de los comunistas y, desde luego, muy admirador de todos los que escupen en la bandera, en la memoria de los muertos y hasta en el plato en que comen. Así eran los paganos de aquellos años; así esos ciento cincuenta paganos con camisa azul. ¿Cuántos de ellos llegarían a Bilbao? ¿Cuántos de ellos se fueron a cenar con Cristo antes de entrar en la Constantinopla de Napoleonchu?

Recuerdo tres frases agudas que me hicieron reír, las tres publicadas en una sección polémica del primer diario falangista y las tres relacionadas con este problema:

—¿Pero cuándo empiezan los cursos en el Seminario de Friburgo?

—Hijo mío, sé bueno, que viene el Panteísmo.

—En las trincheras de Teruel preocupa extraordinariamente estos días el panteísmo y Fichte es ya una obsesión.

Después de todo, nuestra risa era más cristiana que cualquier acusación sobre nuestra tremenda paganía. Y bien que nos reíamos.

(De los cuentos de vestales ya hablaremos; palabra).

BARATO

Día cómodo, jornada apacible, dentro siempre de lo relativo.

«Aquella tarde reinaba en el campamento buen humor —recuerda Mola, en *Dar Akobba* —. Ocho horas de fuego, a ratos muy intenso, a cambio de un muerto y dos heridos, era para estar contentos. La jornada había salido “barata”; faltaba únicamente que la noche transcurriera tranquila para poder descansar».

Uno de los capítulos de esta dramática narración se llama *Días baratos*: Por contraposición. Lo caro es lo sangriento, la operación dura, la densidad de bajas.

—En Caballa nos lo pusieron caro —decía un herido del Ebro.

Y si una operación que en su planteamiento parecía sencilla y barata se endurecía de improviso, quien tuviera resuello para comentarlo, pontificaba:

—Esto se está poniendo caro.

En la plaza de Talavera de la Reina —noviembre del 36— contaba un capitán de Regulares del tabor de Rodrigo:

—Hasta aquí vinimos dando gritos, con guerra barata. En el Manzanares se está poniendo cara.

Dentro del mismo sentido, digamos comercial, de la guerra, también se hablaba de días y operaciones que salían de balde. Cuenta Gregorio Corrochano en *Cuando suene el clarín*:

«Un general, hecho a la guerra y en la guerra, el glorioso Sanjurjo, me dijo más de una vez cuando salíamos de operaciones: “Hoy nos sale esto de balde. No se ven buitres. No habrá tiros”».

AMETRALLADORAS

Nombre que se ganaron y no a pulso precisamente, las milicianas. Ello fue debido al número de bajas que causaron en sus propias filas por procedimientos totalmente ajenos a los que pudiéramos considerar clásicos en el arte militar. El nombrecito nació en la zona roja y entre sus honestos y valerosos soldados. En la zona nacional a las milicianas se las llamaba de otra manera.

APUNTARSE PARA SUPERVIVIENTE

Expresión con la que el soldado decía en broma lo que pensaba en serio; esto es, su esperanza de salvar todos los peligros y llegar a ver la paz. En la milicia uno siempre se está apuntando para algo: para reconocimiento, para examinarse de cabo, para permiso, para esto o lo otro. Hay quintos a los que se lea hace apuntarse para recibir carta. Son bromas clásicas, como la de ese sargento que se acerca a uno que no come rancho y le pregunta que si le gusta o no, y el pipiolo, conmovido, dice que no, que el rancho no le gusta, a lo cual el sargento responde ordenando a uno de los camareros:

—Eh, tú, ¡apunta a este chico para huevos fritos! No faltaba más, que no le gusta el rancho...

El recluta, entonces, mira al sargento como a una madre.

Los estoicos y los fanfarrones desdeñaban esto de apuntarse para supervivientes, y su frase favorita era esta otra:

—¡Total, desde el 18 de julio vivimos de propina...!

En una representación del Tercio solicitaron especialistas. El sargento iba investigando lista en mano.

—Domingo López... ¿Especialidad?

—Ametrallador.

—Juan López...

—Carros.

—Esteban Leal...

—Acemilero.

Le llegó el turno a un veterano. Había subido de Marruecos a Navarra pasando por Somosierra. Estuvo en San Marcial, en Huesca; marchó a la Universitaria, tomó parte en la ofensiva de Vizcaya y en la batalla de Brunete y alcanzó Gijón, Teruel, las operaciones de Aragón... Toda una historia.

—Antonio Luján... ¿Especialidad?

—Superviviente.

Llevaba razón Luján; al menos por el momento, porque la batalla del Ebro comenzaba en aquellos días.

TURISTA

El que pasa por la guerra como invitado, y también el frescales que sin tener ni pizca de cobarde, la evita llevado en aras de una pasión cualquiera. Creo que en la División Azul hubo turista que puso una peluquería en Riga, y otro, enlace por más señas, que se fue con su moto, así como despistado, hasta cerca de Atenas. Cuando le echaron el alto al pie de la Acrópolis, se limitó a excusarse:

—¡Ya me parecía a mí que en aquel cruce cogí a la derecha y abajo, en lugar de tirar para la izquierda y arriba!

Y pidió gasolina para ir volviendo al frente.

Otro caso de turista es el de aquel a quien lo recibían las autoridades alemanas como si fuese el hijo del general, hasta que se enteró alguien y se le acabó el cuento. También éste tenía sus argumentos de descargo:

—Si yo no les decía que fuese el hijo del general. Si lo que yo les decía es que el general me quiere como a un hijo. ¡Esto del idioma es un barullo!

Turistas son los componentes de las comisiones que llevan regalos al frente, los políticos que pasan de visita y arengan una miaja, los periodistas y, en general, todos aquellos que por una u otra razón conviven unas horas con los de primera línea, o unos días, incluso hasta meses, pero sin el compromiso oficial u obligación. Por amor al arte. El turista está, pero puede dejar de estar en cuanto se le antoje. Cuando el turista se pone pesado el combatiente se lo sacude como puede. Liaño cuenta que en la Ciudad Universitaria usaban el «fuego de contrapelmazos». Así llamaban ellos al que organizaban para oxearlos. Turistas es también el que después de haber estado con todas las de la ley en el sitio de los tiros busca o encuentra otro acomodo mejor, aunque siempre en el frente. Un amigo que me visitaba en el hospital me abría su corazoncito. Era un tipo con agallas, de los que salieron de Pamplona y no pararon hasta Gijón, pasando una a una, por todas las tormentas de aquel año y pico. El hombre me decía:

—Ahora estoy de turista en un Cuartel General, y es una maravilla. Veo la guerra como un cuadro, igual que en la galería de las batallas de El Escorial, como en el cajón de arena. El hecho de que nos ase la artillería o nos defequen los bueyes, es lo de menos. La trinchera es peor.

«La amistad que me une al general Serrano, los deseos naturales de ser útil en algo mientras se publicaba mi destino al Grupo de Larache y la novedad para mí de asistir a una operación de guerra en concepto de turista, fueron causas que me impulsaron a solicitar del general en jefe autorización para incorporarme al Estado Mayor de la columna

Serrano», cuenta el general Mola, que venía del fuego y a él iba, aprovechando sus vacaciones para no separarse de la hoguera.

El turismo bélico tiene gloriosos y antiquísimos antecedentes. He aquí lo que puede leerse en las *Aventuras del capitán Alonso de Contreras*:

«Senté plaza en la compañía del capitán Mejía, y caminando con nuestras jornadas, estando ya cerca de Flandes, mi cabo de escuadra a quien yo respetaba como al Rey, me dijo una noche que le siguiera, que era orden del capitán, y nos fuimos del Ejército. pues no era amigo de pelear; cuando amaneció estábamos a cinco leguas del Ejército; le pregunté dónde íbamos, y supe que a Nápoles, y con esto me cargó la mochila y me llevó a Nápoles, donde estuve con él algunos días, hasta que me vi en una nave que iba a Palermo».

El cabo de escuadra era un desertor; Alonso de Contreras, que primero se dio un garbeo y luego se embarcó para seguir combatiendo, era un anticipo de otros turistas que, más o menos, hicieron como él siglos más tarde.

PERIODISTAS

Quizá mereciera la pena haber incluido este sustantivo en la órbita de aquel otro con que en los frentes suele definirse a toda visita ajena a la vida íntima de los visitados: turistas. Pero la verdad es que sería injusto, tanto en lo que se refiere a los cronistas, oficiales o no, como a los corresponsales de guerra. No sé si esta distinción entre cronistas y corresponsales es ortodoxa o heterodoxa, pero semejante asunto me trae al fresco; y cuando no me traiga, con preguntárselo a mi amigo Enrique de Aguinaga voy listo e instruido. Llamo cronista al que ve la guerra desde los grandes cuarteles generales, y corresponsal al que la vive más en su humanidad que en su previsión estratégica, más en la anécdota del combatiente de filas que en las cartas geográficas, o en los comentarios políticos, históricos, técnicos o económicos. El cronista está en la estrategia; el corresponsal, en la táctica. Por así decirlo: un cronista puedo citar impunemente a Aníbal, pero si un corresponsal cita a Aníbal es porque ayer bebió con él en la chabola o porque vio cómo le cascaban al descrestar un cerrete.

Nuestra guerra concitó un interés periodístico por encima del cupo habitual en cualquier guerra, incluso de una de esas guerras que estallan cuando el mundo vive en total paz y que son casi, desde un punto de vista informativo y literario, como una increíble ventana abierta al horror del que todos esperan librarse, pero que a todos guata contemplar, (¡Dios mío, cómo se vienen a la memoria las verdes lomas de Biriattou, repletas de gente dominguera que merendaba viendo la guerra de España!). A las dos zonas en que se dividió nuestro territorio acudieron corresponsales de todo el mundo y de todos los tipos de

servicios informativos, incluidos los de espionaje, como en el caso de Koestler, enviado a Sevilla por el Komintern bajo la apariencia de corresponsal de un diario británico.

Iribarren los recuerda en Burgos, en Valladolid, en Ávila. En esta última ciudad el Cuartel General de Mola estaba instalado en el palacio de Benavites. Allí habla un «museo taurino (cabezas disecadas de toros célebres, vitrinas con los alamares oxidados de Pepe-Hillo, de Machaquito, de Bombita; el capotillo de Reverte y las muletas de Belmonte, entre cuadros, abanicos y estoques). En este cuarto se ha instalado la oficina de Prensa, y los corresponsales extranjeros pueden darse un hartazgo de *españolada*».

En una guerra se quema mucha pólvora y se derrama mucha sangre, pero también se consumen ríos de tinta y de celuloide emulsionado. Desde el famoso Reynolds Packard a Ebba Monck, desde Barcini a Monelli, desde Sandro Sandri a Correia Marques, la flor y nata del periodismo universal cayó sobre Burgos, Salamanca y Sevilla. Al otro lado también fue gente muy buena. Un sujeto que estuvo en ambos bandos, Arthur Koestler, cuyo camino de Damasco, si es que lo hay, pasa por España, destaca en zona roja a dos periodistas extraordinarios: Malraux y Hemingway. Malraux es hoy una pobre especie de ministro de derechas, para cuyo viaje no necesitaba alforjas. Hemingway, que en la paz del Señor espera la resurrección de la carne seguro que para volver a las riberas del Irati, también comprendió buena parte de sus errores. El tercer grande se llamaba Miguel Koltsov, corresponsal de *Pradva*. En 1942, Stalin le aplicó la máxima censura. Esto es, lo purgó de un tiro en la nuca que, entre comunistas, es una especie de ejercicio crítico. Koltsov cuenta en su *Diario de guerra* su participación activa en el asedio del Alcázar.

Mola hacía rabiar a los fotógrafos. «Todo lo que era de aficionado a la fotografía lo era de reacio a que lo retratasen».

«—¿Me voy a retratar como Companys?», le decía a su secretario para excusarse, y también que el retratarse le gafaba; que en África lo retrataron y en seguida le dieron por muerto; que para una vez que se retrató de director general de Seguridad de la Monarquía, vino la República al poco tiempo, y que la última vez que se retrató fue el día de su boda. «Inútil es decir —añadía el cronista (de *L'Écho de Paris*)— que el general es un modelo de maridos que adora a su mujer, pero en esta ocasión tuvo un rasgo de humor matrimonial muy corriente entre españoles».

Puede que el humor fuese también por lo que se estaba celebrando en aquel momento: nada menos que la noticia calentita de la liberación del Alcázar de Toledo.

Iribarren, con su honestidad tudelana, consigna sin comentarios mis observaciones en Talavera de la Reina, mientras se luchaba encarnizadamente en torno a Madrid: «Vi que muchos corresponsales

de guerra escribían sus crónicas sobre la mesa del café, aprovechando los relatos de los que regresaban de la lucha. No obstante, todos ellos empezarían así el artículo: «Desde la orilla del Manzanares he podido presenciar la batalla...»

La batalla hay que verla desde atrás. El combate es lo único que puede verse desde delante. Por falta de estos distingos se organizaban muchos alborotos. Me acuerdo que un día vino muy indignado al hospital un chico que acababa de ver al «Tebib Arrumi» comiendo en las «Pocholas»; su indignación era porque aquel mismo mediodía la radio daba una crónica del «Tebib» fechada en ya no me acuerdo qué frente, pero desde luego de Aragón. El «Tebib» era cronista oficial del Cuartel General, y Terminus —cosa que el chico hospitalizado no podía saber— estaba en aquel momento en Pedrola, a unas tres horas de coche del paseo de Valencia. Merecían la pena esas tres horas para comer allí, y si no que se lo pregunten a Sainz Rodríguez, que tenía su Ministerio en Vitoria y comía o cenaba con mucha frecuencia en Pamplona. Ahora bien, exagerar es otra cosa.

Exagerar, por ejemplo, es lo que hace un corresponsal italiano en *Linea Siegfred*, la novela de J.A. Giménez Arnau, durante una visita a la famosa valla alemana en tiempo del *drôle de guerre* :

«En aquel momento la gente corría hacia la puerta, los periodistas asomaron también y vieron en el aire las nubecillas de los antiaéreos, que perseguían un invisible avión.

»—Deben ser prácticas —comentó Miguel—. Si no, hubiesen dado la alarma.

»Una criada anunció a Luigi Baldasini que la conferencia le esperaba, y con asombro de todos el periodista, la cabina abierta, empezó así:

»—¿Taquígrafo? Bien. Les telefono en plena primera línea. Oigan los disparos...

»Y puso al aire el micrófono en la dirección de los antiaéreos, mientras que suplicaba a Piero:

»—Ricci, ven un momento.

»Y otra vez al teléfono, dijo:

»—Les va a hablar Piero Ricci, que está conmigo. Él les contará.

»Piero, con su eterna, sonrisa, declamó:

»—Nos están asando. Es algo espantoso, pero la cosa vale la pena porque está llena de belleza.

»Devolvió el auricular a su colega y éste comenzó a dictar la crónica. Camino del comedor, Miguel dijo a Piero:

»—Es grotesco.

»—Déjale, hombre —repuso tranquilamente Ricci—. ¿Vas a robar a los que están tranquilos en la Redacción la ilusión de creer que mañana harán una nota necrológica sobre el compañero caído en el frente?»

Puede ser que este tipo de exageraciones aconsejase a Mola anotar marginalmente en el manuscrito de su fiel secretario: «¡Ojo! Cuidado con los periodistas». (Y en otro lugar): «No se meta usted con los periodistas». En cuanto a Franco, también tenía su consejo pronto para cronistas de guerra. El propio «Tebib» lo cuenta en una de sus crónicas, publicada en *Heraldo de Aragón* allá por octubre de 1937:

«Al pasar (el Caudillo) por junto a mi observa que en mis manos hay un bloc y un lápiz... Sonríe tolerante y, a flor de labio, me espeta: “Tebib”, “Tebib”. ¡Cuidado con la fantasía!»

Lo que más irritaba en vanguardia era la facilidad con que algunos cronistas o corresponsales —más aquéllos que éstos— hacían correr a los rojos.

—Yo no sé qué pintamos aquí con las ametralladoras, pudiendo arreglar el asunto con un buen par de máquinas de escribir —protestaban muchos al leer la Prensa.

Del Arco, veterano periodista de Marruecos, reconocía: «Existe una perniciosa propensión en los que escribimos de guerra a presentar al enemigo como cosa despreciable, y esto puede hacer creer a algunos que los rojos nos regalan las victorias. Toledo —proseguía ya en plena aplicación de su argumento— lo hemos comprado».

Calculo que en zona roja pasaba tres cuartos de lo mismo, y aún aseguraría que más, por el simple recuerdo de ciertos periódicos que entonces leí y por la buena memoria que guardo de tantas horas pasadas ojeando las colecciones de *El Sol* y *La Voz*, en aquellos tiempos en que yo vivía en *Arriba*. Con los muertos causados al Ejército Nacional por las linotipias rojas en los seis primeros meses de guerra, se hubiera podido convertir el continente africano en una sacramental. El mismo Del Arco alude a las consecuencias de la prosa sanguinaria: «Los saltos del Alberche están dominados por los soldados de Saliquet, y Madrid —todo lo que en este nombre significamos ahora— comprende que la guerra no se gana solamente con los micrófonos y rotativas».

La Prensa, de todos modos, también gana sus batallas, y de las que gana el micrófono ya sabemos mucho por don Gonzalo. El capitán Haya concedía importancia a la Prensa como parque de municiones e intendencia del ánimo, lo cual admiró al coronel Ruggero Bonomi, que en *Viva la muerte* hace una brillante descripción de la carlinga de Haya,

llena de bombas, de fusiles, de pistolas y de periódicos, porque «el capitán Haya hace de todo: bombardea, ametralla tropas, aprovisiona a los sitiados (de Santa María de la Cabeza), arroja periódicos de propaganda».

Para un buen corresponsal de guerra las dificultades no están en la vanguardia, en cuya zona suele moverse con relativa libertad, sino a la hora de presentar sus despachos al censor. La censura militar salvaguarda cosas demasiado importantes para ceder ante presiones puramente informativas o literarias; pero también se pasa, como recuerda con mucha gracia el general Jorge Vigón en su biografía de Mola: «Todavía llega Mola (al fuerte de Guadalupe) a tiempo de ver allí algunos cadáveres (de los patriotas fusilados por separatistas y comunistas) e hizo aquella tarde fotografías, que como demostración gráfica de la brutalidad de los rojos, envió a algunos periódicos para su publicación, dándose el caso de que la censura militar, ignorando quién fuera el autor, prohibiese —con visible exceso de celo— su publicación. Noticia útil para ilustración de la historia de la censura».

Los antiguos corresponsales de la guerra de Marruecos, otros periodistas más jóvenes hecho al barud en la gaba democrática —que consumió la trilita por toneladas— y los propios soldados, fueron los primeros en describir lo que ocurría en aquel sofocante verano del 36.

Los veteranos gozaban de la confianza de los jefes militares por razones de vieja camaradería, hartamente explicable, y en muchos casos fecundísima, como en la relación de Mola con «Garcilaso», corresponsal de *Diario de Navarra* en Marruecos. Cuenta el general que en los días de Dar-Akobba entró en su tienda y encontró «sobre la mesa una hojita, arrancada de un carnet de notas, que textualmente decía: «Se siente orgullo de ser español cuando hay quien hace lo que usted ha hecho en esta posición». Y firmaba: «Garcilaso, director de *Diario de Navarra*, que ha venido a estrechar su mano». Algunos años después el general y el viejo periodista —en cuyas crónicas leía yo de niño las emociones de la guerra de África y también la interminable relación de nombres de navarros que allí estaban y de los que el corresponsal daba puntual y familiar noticia— habrían de encontrarse de nuevo, esta vez en Pamplona, allá en los abriles del 36. Uno de los enlaces de Mola, Félix Maíz, apunta en su curioso e importante diario de la conspiración, titulado *Alzamiento en España*, esta nota: «Don Raimundo García, “Garcilaso”». De sus actuaciones dentro de la organización del Movimiento yo no puedo decir palabra. Hablará el general Mola. Atestiguarán Navarra, Madrid, Barcelona, África, Lisboa, San Juan de Luz...».

Uno veía a Del Arco con su poncho gris y su gorra inglesa a cuadros junto al general Varela, aquella tarde en Seseña, con la misma envidia que si viese a Pedro Antonio de Alarcón junto a Ros de Olano y otro tanto pasaba con Pemán y Juan Ignacio Luca de Tena, aunque éstos no ejerciesen literalmente funciones periodísticas. ¡Qué buenos ratos proporcionaban cronistas y corresponsales! Recuerdo algunas crónicas

de don Manuel Aznar sobre la batalla de Aragón que a mí me parecía que estaban como llenas de sol. ¿Quién no leyó los apuntes que Víctor de la Serna escribía en Villarcayo o en Sigüenza, con los pipis o con los aviadores? ¿Y aquella crónica de Joaquín Arrarás sobre la entrada en el Alcázar? Así, de cualquier manera, a vuela pluma, yo he sido fiel lector del «Tebib», de Carlos Trujillo, de Luis Armiñán, de don Pedro Gómez Aparicio, de «Jokintxo», de Alberto Martín Fernández, del pobre Manolo Casanova hasta que lo pescaron los rojos en el frente de Madrid, de Manuel Halcón, qué sé yo, y de muchos más que mi cabeza no censa en este momento, con la prisa en los dedos, quemándome. Alberto Martín Fernández se firmaba «Spectator», y Sánchez del Arco se dobló como «Justo Sevillano». Recuerdo, también, un «Javier de Navarra».

Con algunos de ellos conviví unas semanas, y casi no me atrevía ni a mirarlos —porque siempre he sido un tímido de tomo y lomo—, en la toma de contacto con el frente de Madrid. Allí conocí a Manuel Augusto García Viñolas, que me mostró el periodismo como un panorama deslumbrador, mágico, y que me hablaba de Roma junto a la plaza de toros donde murió Joselito. Yo pertenecía al grupo de los chicos que comenzaban a escribir desde sus centurias, como Carlos Valcárcel, y el oír sus historias a los periodistas profesionales me sonaba igual que escuchar chismorreos de la guerra de Troya al enviado especial griego, señor Homero. Desde entonces sé muchos cuentos sobre Abisinia, el Chaco y la primera guerra mundial.

Era rara la unidad de voluntarios —y esto no excluye a las restantes— donde no brotara un pequeño Bernal Díaz para uso del periódico de su pueblo. Si algún día dispongo de tiempo y un secretario, me gustará hacer una antología de aquellos crónicas frescas, nacidas del asombro, dignificadas por la presencia de la muerte, meditadas en clamorosa soledad, muchas veces testamentarias, en las que asomaba el alma de una juventud como pocas veces se ha visto. A mi me divertían enormemente las que publicaban en *Arriba España* un camarada que tenía el gusto de firmar así: «El barón de Legarregui», que era el nombre de la posición donde vivió durante la parada de Vizcaya. Desde ahora anticipo que esta antología será un *best-seller* y también algo así como un purgante para cretinos y objetivos de cualquier tiempo.

Cronistas y corresponsales imprimieron carácter a los éxitos editoriales de la zona nacional. Ya para noviembre comenzaron a verse los primeros volúmenes que trataban de nuestra guerra, y creo que abrió marcha un libro de Joaquín Pérez Madrigal: *Augurios, estallido y episodios de la guerra civil (Cincuenta días con el Ejército del Norte)*, un relato tan veraz como directo y sencillo. Foxá evoca los escaparates de aquel Burgos de finales de 1936: «En las librerías, volúmenes de la guerra: *La defensa del Alcázar, La gesta heroica de España en la conquista de Madrid*».

Aquella patrulla periodística, que si no escribía sobre el tambor es porque nunca tuvo tambores a mano, dio muy buena gente, y desde luego la mitad o más de los periodistas que hoy andan entre los

cuarenta y el medio siglo se formó en ella. Pegaban sus tiros y luego se ponían a contar lo sucedido, en general tan voluntariamente lo uno como lo otro. Aquellos colegas de Oviedo, que pasaban de la redacción al combate sin tocar baranda, están a la cabeza de la lista junto con el diario *El Alcázar*, y ningún ejemplo mejor que el de los muchachos de *Lucha*, de Teruel, cuyo director fue Clemente Pamplona. Combatiente y escritor, gravísimamente herido, dado por muerto en la confusión que siguió al asalto de Teruel, tuvo justos funerales de tinta de imprenta en gran parte de la Prensa extranjera, que se hizo lenguas del valor de aquellos periodistas que fabricaban sus propias informaciones a bombazos a mano. Clemente tendría entonces veinte añitos y ninguna angustia vital, ni cósmica, ni gaitas, dicho sea melodiosamente, por no soltarlo con más fluidez, y desde luego sin ganas de molestar a los exquisitos, los delicados y los que llamó al orden Laurencia, la chiquita de *Fuenteovejuna*.

Los nombres más rimbombantes de la nómina literaria y periodística cayeron sobre Madrid en calidad de corresponsales. Eran gentes ávidas de emociones y con ganas de contarlas: los menos de ellos, con objetividad, porque la guerra de España metía pasión en la cara del perfecto jugador de póquer; los más, con su criterio anticipadamente formado, como, por ejemplo, Matthews, que ya entonces daba la lata. Los comunistas supieron utilizar a muchos babiecas ilustrados y mover sus peones en los arrabales de la grey periodística, como aquel Otto Katz, citado por Koestler, que «conducía a Delegaciones parlamentarias británicas a través de una España «potemkinizada» y les explicaba que las iglesias quemadas y derruidas de Cataluña habían sido destruidas por obra de bombardeos aéreos que nunca habían tenido lugar». Naturalmente, las Delegaciones parlamentarias británicas cumplían con su deber y se lo tragaban todo.

También tragaban lo suyo algunas otras comisiones británicas, como por ejemplo aquella compuesta por dos periodistas inglesas que entraron en contacto con el comandante Lara, de la FAI, ese prodigioso tipo, contrafigura real de otro, creado para *Las dos barajas*, por Ángel Ruiz Ayúcar. Rafael Lara vaticinaba: «Supongo que quieren llevarse una impresión de primera mano de lo que es un jefe de la FAI, para luego poder estremecer a sus lectores con el relato. Se van a salir con la suya. Esta noche voy a llevarlas a un reservado, donde van a tener música, baile y bebidas para derribar a un buey. Lo que ocurrirá luego dudo de que se atrevan a contárselo nunca a sus lectores».

Lara acertó un pleno. Tres páginas más allá, las periodistas, con cara de vomitadas, se encontraron en el comedor de un hotel madrileño de lujo, frente a frente. Desde la Universitaria llegaba el rumor del combate. Decidieron fumarse la crónica. «No había ocurrido nada. Porque lo de aquella noche ninguna de las dos se atrevería a contarlo nunca».

Por aquellos años estaba de moda ser de los amigos de la U.R.S.S., viajar por el «Intourist» y creer en el comunismo. (La lista actualizada

de los amigos de la U.R.S.S. durante los «felices treinta» llenaría de rubor a muchos bonzos de la intelectualidad.) Todo ello hacia chiquito el pie, y los corresponsales siguieron también las aguas de la propaganda soviética. Haber estado en Madrid daba patente de intelectual a los más cretinos, y con escalofriante cinismo lo recuerda el impagable Koestler: «“Creo que lo vi a usted en Madrid” era una frase muy corriente en las reuniones celebradas entre los distintos miembros de las fracciones izquierdistas europeas. García Lorca se convirtió en el poeta más leído de Europa, y el pulpo frito, en el manjar preferido de las clases cultas».

Estos corresponsales de la élite internacional siempre han sido un poco como el cuerpo diplomático, cuyos miembros se sienten muy unidos entre sí, lleven el uniforme que lleven, y a unos y a otros les gusta estar juntos y hacer rancho aparte. De eso se quejaba Barea, que los pastoreaba a todos desde la Telefónica, al ver la vida que llevaban:

«Convites en el bar del Gran Vía, convites en el bar Miami, convites en el bar del hotel Florida. Aparte de algunos “veteranos” de Madrid, embebidos en el trabajo, tales como George Seldes y Josephine Herbst, los periodistas y los escritores extranjeros se movían en el círculo de ellos, con una atmósfera suya, rodeados de un coro de hombres de las Brigadas Internacionales, de españoles ansiosos de noticias y de prostitutas atraídas por el dinero abundante y fácil».

Dos lugares escapan a la precisa lista de bares: el bar Chicote, con la entrada protegida por sacos terreros, y el del hotel Gaylord. Pasaba con Chicote lo que con el *ABC*, que los locales madrileños conservaban la etiqueta, pero el vino quedaba del otro lado. Chicote era el punto de cita de los barbianes del periodismo y también de más gente. Hemingway sitúa en Chicote una escena de su comedia *Quinta columna* y otras varias en el hotel Florida. Un colega de Mathews, don Heriberto, porque uno supone que el mismo no sería capaz de tanto humor, bendecía con los líquidos de la escupidera a los clientes de Chicote. Les iba bien, para qué voy a decir otra cosa, y pienso que aquel tipo era de los nuestros sin saberlo, y me hubiera gustado darle la mano y hasta una ayudita en especie para el hisopo.

En cuanto al bar del hotel Gaylord la cosa era más seria, puesto que aquel hotel era el del mando ruso. Allí iban muchos periodistas a recibir órdenes y a llevar rumores o a inventarlos. El camarada Karkov de *Por quién doblan las campanas* —contrafigura de Koltsov, que presumía de cínico— tiene una idea muy concreta y soviética sobre aquella alegre tropa de los corresponsales:

«—... ¡Habría que fusilar a todos los periodistas!», sugiere en la víspera de la ofensiva roja hacia La Granja.

John Dos Passos, Ehrenburg, Malraux y Hemingway, que llevaba de secretario al matador yanqui Sidney Franklin, son quizá los nombres más sonoros e importantes de una larguísima lista de la que muchos quisieran borrarse. Hasta un hermanito de Kennedy anduvo

barzoneando su piedad por los Madriles. Nadie faltó a la cita. Y Madrid se moría a chorros bajo el terror. Unos cientos de metros más allá, Ríos Capapé recibía en la Ciudad Universitaria a los corresponsales que operaban en zona nacional. Desde la Telefónica, donde estaba la censura militar roja, quizá vieses alguna vez una pequeña comitiva de periodistas recorriendo las líneas nacionales. Quién sabe si no bebieron un trago a la salud de sus colegas, casi a la mano e increíblemente distantes.

La copa es una buena amiga del corresponsal y a veces una aliada. Koestler, al pasar por Lisboa camino de Sevilla con sus papeles falsificados de corresponsal británico, confiesa que se «sentía tan conmovido por convidar con algunas copas al marqués de la Vega de Anzo, con dinero del Comintern, que momentáneamente me olvidé de todas mis preocupaciones. Antes de terminar la velada —prosigue— se abrió una suscripción en la que discretamente se pedían fondos para los hospitales del general Franco; yo mismo hube de contribuir con aquellos mismos fondos del Comintern». Sus banqueros no eran parvos; para empezar, además de lo gastado, llevaba doscientas esterlinas en la cartera, lo cual también explica la vocación roja de algunos caballeros y el entusiasmo con que nos atacaban la Prensa liberal, libre y democrática del ancho mundo. ¡Qué hijos de Satanás!, con perdón. En cuanto a las preocupaciones que le atosigaban a Koestler, eran las de saber qué demonios le iba a pasar si en Sevilla descubrían que su calidad de informador no se ajustaba exactamente a la de un honesto corresponsal de guerra: «¿Me fusilarían? Legalmente no podían hacerlo, pero en una guerra civil tal vez sí —cuenta en *La escritura invisible* con evidente desparpajo—. Estos pensamientos me llevaron a preguntarme, asombrado, si realmente yo era un espía o no. Desde luego que era un agente pagado, que viajaba con documentos falsos; pero, por otra parte, no trabajaba para ninguna organización militar, sino tan sólo para un departamento de propaganda, aunque éste, claro está, pertenecía al Comintern».

Esto es como cuando Don Juan Tenorio se arrodilló ante un confesor y le dijo:

—No es que tenga nada de qué arrepentirme, pero es que siento algo como escrupulillos...

La solución que Koestler dio a sus penas no deja de abundar entre los hombres que viven en medio del dolor y de la muerte, ajenos a veces a la tragedia, simples científicos de la noticia: «Antes de tomar el tren en Barreiro compré dos litros de vino tinto que me procuraron algún valor». La noche del 7 de noviembre se bebió de lo lindo entre los corresponsales situados en la Telefónica. Uno de ellos, cuenta Barea, «dormía su whisky estrepitosamente. Alguien le había echado encima una manta gris, y sus dos pies, enormes, calzados con zapatos de gruesas suelas, sobresalían quietos y erectos como los pies de un cadáver». A otro, dice, «le rellené con coñac, como se rellena una botella vacía..., vomitó y se quedó dormido».

Todo un panorama. Menos mal que, para compensar, pronto tendría aquel departamento la cotidiana visita de «una figura elegante rematada por un halo de cabellos rubios, que se movía en la oficina oscura y revuelta con el movimiento de caderas que sólo conocíamos del cine». Era Martita Gelhorn, que escribía para dos millones de lectores de *Colliers*, una revista que, si no me equivoco, ya falleció; y si me equivoco, de verdad que lo siento mucho. A Marta Gelhorn está dedicado un libro importante y enemigo: *Por quién doblan las campanas*. Luego caso con Hemingway, y también divorció.

El corresponsal ama la vida con el frenesí del soldado un rato después de haberla despreciado tranquilamente. Esto le lleva, en algunos casos, a exagerar. Conozco ciertas revanchas de este tipo que ruborizarían al sevillano aquel que fue expulsado de París en 1922 por inmoral; al menos si me atengo a la versión que de sus farras en Salamanca me dio un corresponsal extranjero al que vi en Roma doce años después, que también aprovechaba sus vertiginosas marchas desde el frente Norte a Biarritz —para telefonar su crónica de cada día— con fines gozosamente utilitarios, que iban desde el pequeño contrabando de divisas a la muchacha, el champán por torrentes y otras variantes muy divertidas de la juerga tipo *bette époque*. El corresponsal, también a veces, sufre intoxicaciones de valor que le conducen, en frase aguda del «Tebib», a un «estado de heroicidad», como aquel de cierto cagatintas al que nombraron cabo honorario de un batallón de Cazadores cuando se iniciaron las operaciones de reconquista de Annual. Es el propio «Tebib» quien lo cuenta, y por cierto con mucho garbo. «Al pasar por frente a Sidi-Hamed-el Hach, sonaron un par de «pacos», y el jefe del batallón mandó, con buen sentido, aclarar las filas y dispuso que una sección estableciese servicio de flanqueo por el borde de la loma, no lejana a la carretera; no volvió a sonar un tiro y el batallón y su flanqueo siguió el avance tranquilamente. Cerca de Nador represaba yo con el Estado Mayor de Federico Berenguer. La operación había terminado victoriosamente hacía cuatro horas y nos trasladábamos al campamento muy jubilosos. Súbitamente nos tropezamos con el flanqueo del batallón de cazadores, y entre los flanqueadores vimos al arrogante periodista, cabo honorario, que con cautela teatral avanzaba, hecho todo ojos y con el fusil entre las dos manos, dispuesto a soltarle un tiro al lucero del alba que se le presentase... El general Berenguer, que tiene sus ribetes de humorista, al ver al cronista en la bizarra actitud, paró ante él su caballo y, amablemente, exclamó:

»—¿Qué hay, don Antonio? A ver si salta algún conejillo, ¿no?»

Contrasta esta actitud con la honesta y discreta manera de no molestar que empleó Manuel Halcón para advertir a su equipo —del que formaba parte Fernández de Córdoba, que es quien lo cuenta— sobre la necesidad de retirarse. Se habla armado un follón en la línea que visitaban, y en estos casos tanto periodistas como turistas, y más en grupo, son un estorbo. Halcón dijo sencillamente:

«—Vámonos de aquí, que no hemos venido a ganarnos la laureada».

El corresponsal de guerra es el notario de la historia que bulle, que se cuece, que pringa, que pilpilea en la gran paellera de la actualidad. Estaba Mola en la cota 330, puesto de mando de Cayuela, cuando nuestra infantería trepó hasta lo alto de Santa Lucía y Urrutuchumendi. Mola, entusiasmado, le dijo a Solchaga:

—¡Es maravilloso! ¡No cabe nada igual!

Entonces se adelantó el corresponsal de guerra de *Stampa* —¿no era Xandro Sandri?— y dio fe en rigurosa posición de firmes:

—Mi general. He visto batirse en todo el mundo toda clase de Ejércitos en toda clase de guerras. No hay infantería como la española. Esto asalto que acabamos de ver, jamás lo he visto en ninguna campaña, a nadie.

«Desde mi puesto de mando —escribe el general Sagardía— veo Teruel: cómo atacan los rojos a los nuestros, las explosiones que hunden edificios; en una palabra, la tragedia que parte se ve y parte se adivina. Se acercan a mí unos periodistas extranjeros y les enseño el panorama: Teruel, al fondo, que resiste todavía, y mis fuerzas preparadas para el ataque; a las pocas horas los vi pasar a esos mismos periodistas muertos, transportados en camillas; esa es la guerra: de la vida a la muerte a veces no hay nada».

Eran Shespshanks, de *Reuter*; Bradish Johnson, de la revista *Spur*; Neil, de *Associated Press*, y el corresponsal del *Times*, herido. Justo es decir que a uno y otro lado, indistintamente, los corresponsales de guerra murieron con decoro en el cumplimiento de su misión. Recuerdo una noche en Teruel en que supimos que les habían cascado a cuatro de ellos, de los cuales murieron tres. Los tres anteriormente citados.

Mi teniente dijo:

—¡Sí, sí, turistas...!

Y a mí me supo a bueno y antes de ir a reforzar una avanzadilla les hicimos un pequeño réquiem de coñac. Creo que también a ellos les hubiera gustado.

OJALATERO

«Aplicase —dice el Diccionario de la Academia— al que, en las contiendas civiles, se limita a desear el triunfo de su partido».

En nuestra guerra se utilizó más para definir genéricamente a los estrategas de tertulia, que tan pronto vaticinaban grandes victorias como temblaban ante los fieros males que derivaban fulminantemente de cualquier descalabro, real o imaginario, sufrido por nuestras tropas. Así, en el primer caso decían: «Hemos avanzado tanto que vamos a tomar tal sitio»; y en el segundo: «Parece que han retrocedido».

José María Iribarren da pistas precisas sobre el término en dos de sus libros—*Vocabulario navarro* y *El porqué de los dichos*— y yo no hago más que transcribir reverentemente lo que leo en el primero de ellos, basado en el agua pura de Almirante:

«Durante la primera guerra civil, los combatientes carlistas llamaban ojalateros a los cortesanos de Don Carlos que, lejos del combate, pronunciaban muy a menudo: «¡Ojalá ganen!», «¡Ojalá ataquen y ganemos!». La palabra fue inventada, según parece, por el oficial carlista Carlos O'Donnell. Luego se aplicó a los emboscados y a los estrategas de retaguardia. En la segunda guerra civil esta palabra cundió mucho, y la aplicaban los carlistas no sólo a los emboscados, sino a los combatientes cuando estaban de permiso o apartados del frente. En el libro de Santiago María Palacio *El Batallón de Guemica. Recuerdos e intimidades de la campaña del Norte 1873-1876*, Barcelona, 1917, hay un capítulo que se titula *De ojalateo*, donde se describe cómo se divertían en Guernica cuando gozaba de permisos».

En nuestra guerra la palabra fue de uso corriente, aunque no dio el de de pecho como en tiempos anteriores. A veces la he oído aplicar en el sentido de derrotista, quizá porque el ojalatero tenía cierta tendencia a verlo todo negro en cuanto asomaba su oreja la dificultad. En el sitio de Gerona, los hombres de Álvarez de Castro llamaron a los derrotistas «agonizantes». García-Rodríguez escribe: «Bautizaron los defensores con este nombre a los pesimistas que propalaban la especie de ser imposible y baldía la resistencia». Los más deliciosos tipos de ojalateros están en Galdós, que se complacía mucho en pintarlos. Los ojalateros de Galdós tienen un entronque familiar con los arbitristas, porque hay que ver qué cosas imaginan para favorecer a la causa. Sin que venga muy a cuento, recuerdo ahora una frase de José Antonio Giménez Arnau que dice, más o menos, que los españoles somos mahometanos en el deseo —¡ojalá!— y cristianos en su satisfacción —¡gracias a Dios!—. Almirante opina: «Excusado es decir que en la carrera militar, donde todo es acción, no puede, o mejor no debe existir un ojalatero».

ACEMILERO

La famosa maldición del acemilero a su mulo —«Permita Dios que te mueras y nazcas acemilero» o algo así— expresa, mejor que nada, la pésima opinión que de su propia vida tienen esos amables, trabajadores y útiles hidalgos. El acemilero, según el comandante Sáez de Govantes,

«es un peón, un aprendiz de guerrero. Hasta desprecia las armas para convertirse en la más insignificante pieza de la jerarquía bélica. Y detrás, el mulo, cansado y con las orejas derrotadas. Los dos saben, eso sí, de senderos y de distancias. Y de llegar, llegar como sea, siempre».

El trabajo del acemilero es increíblemente duro, y según el *Diccionario Enciclopédico de la Guerra*, sus plazas, en determinadas unidades, se cubren con soldados a los que hay que castigar de algún modo, en cuyo caso, y esto es cosa mía, los mulos son tan castigados como los soldados. En la Cuarta Bandera de la Legión, el páter Huidobro, su capellán, «muchas veces... se consagraba a los acemileros (que eran los de peor condición de la Bandera y que velaban cuando los demás descansaban)... y aprovechaba las noches hablándoles de Dios... escribiendo las cartas... a sus familiares, añadiendo a las mismas buenos consejos, con lo que conseguía emocionar a los mismos legionarios, que lloraban enternecidos al escuchar después la lectura de cartas tan sentidas». Tal testimonió el teniente Parra al P. Peiró. El acemilero es persona de valor, porque además de aguantar el fuego que le corresponda ha de aguantar a los mulos, que tampoco son una bobada en cuanto a generadores de peligro. El acemilero, corrientemente, es su propio general, y se bandea a solas muy lejos del mando que pueda vigilarle, estimularle o aún reprenderle. Por esto tiene más mérito. «Vale más uno cuando sabe que le miran», escribió no sé si Hugo o uno de los Dumas, y esto es cosa bien sabida por los soldados. El ojo del jefe engorda el valor. Pues el acemilero suele tener buena dosis de valor sin el ojo del jefe para alimentarlo, sin que ni siquiera sueñe con la propuesta.

De héroe y de mártir lo clasifica Govantes, y de buen camarada de sus mulos —salvo las naturales, cotidianas y explicables irritaciones— casi todos los tratadistas. ¿Pero es que uno no se irrita también a diario con sus compañeros de trabajo, con sus amigos y sus jefes? En medio de un espantoso descarrilamiento «un acemilero —que dormía Placidamente con los mulos encargados a su custodia, y que lo único que vio es que se abría la puerta y que los mulos saltaban a la vía— llegó corriendo hasta la cabeza del tren. Traía un pañuelo desplegado en la mano y gritaba a pleno pulmón: “¡Alto el tren; que se han caído mis tres mulos!”».

El resto de la catástrofe no le importaba tanto como los tres mulos que el Ejército le había confiado. Encontré esta anécdota en uno de los libros mejores, más sanos y divertidos que produjo nuestra guerra: lo escribió, nada menos que en 1938, el alférez provisional Francisco Cavero y Cavero, y se titula *Con la Segunda Bandera en el frente de Aragón*. Pocas veces se hallará retratado con tanta fidelidad el ambiente y el tono de nuestra guerra. En ese mismo relato se cuenta la hazaña de dos acemileros de la sexta Compañía de la Segunda Bandera —Elías Pola y Pascual Irache— que al subir munición al antitanque se lo encontraron abandonado por *k.o.* de sus servidores. «Unos segundos hurgaron, infructuosamente, todas las ruedas y tornillos del mecanismo, tan desconocido para ellas como una caldera marina. Al fin, lo inesperado. El cañón que dispara; y allá van mis acemileros por el aire,

por obra y gracia del culatazo que no esperaban. Pero se pusieron en pie y miraron.

»—¡Si le *himos arreao* !

»—¡Que sabemos, que sabemos!

»Corroborando sus gritos jubilosos el tanque ardía. Y volvieron al arma; pero ya como técnicos que no fían todo a la casualidad. Uno de ellos hacía puntería mirando por el ánima del cañón; el otro cargaba y disparaba. Hasta tres tanques inutilizaron. Y cuando, en un claro del combate, me acerqué a felicitarles y a bromear con ellos, hicieron cinco o seis disparos en mi honor. Elías preguntaba ingenuo:

»—¿Nos lo dejarán *pa nusotros* , mi alférez...?»

El cañón no se lo dieron, pero Caveró los destinó a un mortero del 45 que llevaba en su Compañía. Algo es algo. Y por si fuera poco, Pascual y Elías hicieron gemir a las prensas, pues su hazaña cayó en seguida entre las devoradoras garras de los periodistas de vanguardia. El acemilero también hace de cosario entre la posición y la inmediata retaguardia, y muchos soldados esperan su llegada lo mismo que la del furriel, el cartero o los tíos del rancho.

«Estaban encargados de subir desde los depósitos de Intendencia a las posiciones todos los víveres, correspondencia y paquetes, los acemileros. Estos requetés —escribe Casariego en *Flor de hidalgos* — que cuidaban de los mulos, dormían por lo general en la representación que la Unidad tenía cerca de los depósitos, subían al amanecer, arreando el ganado y cantando alegres coplas. Algunas veces «ocurría que se les caía el vino»; la energía de los oficiales solía acabar con esas fatales “caídas”».

A veces los acemileros se transformaban en sanitarios y los mulos que subieron munición cargan de regreso —para no perder el viaje— con los heridos. En la artola, uno puede sentirse como en su casa si el mulo sabe andar y, sobre todo, sí el acemilero da el consuelo elemental que necesita un hombre herido: un poco de esperanza y unas migajas de tabaco. Si así ocurre, el acemilero se transforma en un ser angelical y tan bien hablado que hay quien después de oírle, por ejemplo, una serie de razonados discursos dirigidos al mulo y a sus venturosos padres, piensa que ese hombre debe ingresar, lo antes posible, no sólo en la Real Academia de la Lengua, sino también en la Asociación de la Palabra Culta y las Buenas Costumbres, que para asuntos relacionados con el lenguaje os muy mirada.

MADRINA

Ente real y no tangible que se manifestaba a través de la correspondencia, pero cuyo coeficiente de eficacia estaba en razón directa de su generosidad, traducida en el número de paquetes que enviase a su ahijado. A las madrinas de guerra se les exigía un cierto humor, constancia epistolar y numerosas visitas a las tiendas de comestibles. El tabaco, las manoplas, los calcetines de lana, los guantes y los pasamontañas, así como los jerseys, eran siempre muy bien venidos, pero si además llegaban dulces o chorizo, chocolate o latas de aceitunas o anchoas rellenas, botellines de vermú y otras delicadezas por el estilo, la recepción alcanzaba tonos poemáticos.

La madrina de guerra fue una institución que prosperó a velocidades increíbles. Las mejores madrinas se encontraban en los alrededores de las novias de los amigos y también en las extranjeras entusiastas. Uno podía pedir madrina a través de cualquier periódico, pero hubo un semanario que fue como el Boletín Oficial de los madrinazgos: *Domingo*, que entonces se editaba en San Sebastián. Tomar madrina de las listas de *La Ametralladora*, un semanario de humor que dirigía Mihura y en el que Tono era la estrella, era correr el riesgo de mantener una activa correspondencia con un guasón de cualquier unidad vecina o con un barbado humorista de la retaguardia.

La madrina de guerra no tenía nada que ver con el amor, hasta el punto de que el noviazgo era compatible por ambas partes con la correspondencia obligada a madrinas o ahijados, pero tampoco le hacía ascos. Hubo bodas entre madrinas y ahijados; sin embargo, la estadística proclama que no en suficiente número como para hacer peligrosa o impopular la institución. Aquel «Poli» de la película *La fiel Infantería*, el soldado de las madrinas, que personificaba Tony Leblanc, era un tipo corriente entonces, y he conocido algún vivalavirgen que vivía muy bien a base de mantener correspondencia con chicas sudamericanas, inglesas y rumanas, sin descuidar las del naciente Eje. Junto a él me he fumado puros habanos llegados desde la mismísima Cuba en envío personal y directo. El hombre calzaba botas de huaso chileno a costa de una muchacha de Valparaíso, se aliviaba el frío con un poncho de pura lana mendocina que le envió una morocha de Buenos Aires, y nunca le faltó el regalo universal. Yo le recordaba la vieja canción popular e infantil, que calculo que todos hemos cantado:

Morena mía, ponte a servir

y lo que ganes dámelo a mí;

para tabaco, para papel,

para cerillas para encender.

Mi vivalavirgen no lo entendía. El fumaba rubio hecho y usaba lindos y prácticos encendedores. Tampoco hubiera entendido, más adelante, aquella orden que prohibió esta institución entre los soldados italianos de la G. M. II. Encuentro el dato en *Italia fuera de combate*, el

espléndido y patético reportaje de Ismael Herráiz: «Por la fuerza arrolladora del mismo éxito, Lili Marlén fue la madrina de guerra de los soldados italianos a quienes una orden superior prohibía esa clase de bautismo lirico-práctico con vistas a los calcetines de lana y a la cajetilla».

Personalmente, tuve tres madrinas, lo cual es no tener ninguna. También tuve que dejarlo, porque a la segunda carta ya estaba enamorado como un animal; alguna vez, incluso antes de la primera carta. Este sentimiento frenaba mucho el sentido utilitario que más o menos subconscientemente iba implícito en la relación de ahijado y madrina. El amor, ya se sabe, es una lata. Pero no una lata de melocotón en almíbar.

BARBA ELÉCTRICA

«Los legionarios de un general que ha dado pruebas de un gran coraje, hasta llegar a la temeridad —escribe Cantalupo—; el general al que sus legionarios han bautizado con el sobrenombre de “Barba eléctrica”, se hallaban impacientes por ponerse en marcha y atacar, pero debieron obedecer al movimiento general de repliegue».

«Barba eléctrica», si no me equivoco, fue el apodo que ganó entre la tropa, supongo que por su barba nerviosa, y fascista, a lo Italo Balbo, el general Bergonzoli, muy popular por aquellas calendas. Hay alguna canción del romancero de guerra en la que se alude. Mandaba la *Littorio* ya en Guadalajara: «En la carretera —anota Jorge Vigón— resiste la *Littorio*, no sin que sea preciso a su general vencer alguna flaqueza que se produce en la línea de combate». Fue hecho prisionero en la G.M. II, en África, y no sé si leí en alguna parte que había muerto valerosamente en el cautiverio. Los ingleses —el duelo en aquel momento era italo-inglés— le llamaban también «Barba eléctrica», porque sus soldados aseguraban que por allí despedía chispas, y además «Manojo de cables de alta tensión». En *Los zorros del desierto*, un espléndido reportaje sobre la aventura del Afrika Korps, se lee: «Nadie conocía con exactitud las razones por las cuales “Manojo de nervios de alta tensión” era tan popular en toda la longitud de los frentes de combate. Pero así era. En la marcha victoriosa de los ingleses hacia Cirenaica, la captura de “Barba eléctrica” era motivo de apuestas y de lances casi deportivos».

El general Bergonzoli. «audaz comandante en jefe Italiano», era «tema de innumerables anécdotas en Londres y en El Cairo», y se escurrió como un pez en la retirada hacia Bengasi. Lo hizo prisionero el teniente James Clark, que con esa acción ganó la *Military Cross*.

«¡Fue en Bengasi, yo lo capturé!... Cuando le apunté con mi M.P. a través de la ventana de mi *Fiat*, me dijo: «Hoy se han anticipado ustedes mucho. ¿Qué ha pasado?» Tenía un aspecto cansado... Le preguntamos

cómo había conseguido escabullirse tantas veces. “Barba eléctrica”, dijo: “En diciembre, cuando ustedes cercaron Bardia, yo y un grupo de mis oficiales atravesamos las líneas de ustedes durante la noche. Durante el día nos escondimos en cuevas. Necesitamos cinco días para llegar a Tobruk. Cuando Tobruk cayó pude arrastrarme hasta Derna, hacia el Oeste. Y cuando fue ocupada por los australianos, recorrí la carretera de la costa hasta Bengasi. Ahora me han pillado, pero es que esta vez fueron ustedes más rápidos”».

LA UNA MENOS VEINTE

No es necesario romperse la cabeza para averiguar por qué razón se llamaba así al famoso cañón ruso de calibre doce cuarenta. En el reloj barojiano, aquel tan oportuno y amargamente citado por don Pío, todas las horas herían y la última mataba. En este reloj militar de hora única, inmutable y terrible, casi todas las andanadas de la una menos veinte herían, y la última, para el que así fuese, mataba. Lo que se dice una gracia, y eso sin contar la espoleta. Tenía el doce cuarenta un son muy particular. Cervero lo recuerda al hablar de un relevo en el frente de Madrid regado con «una lluvia de obuses del doce cuarenta (“una menos veinte” en el argot del frente). Esas molestísimas granadas que explotan de todas partes, y que al reventar parecen dejar en libertad un ciento de gatos cada una». En fin, otra manera de nombrar al tal de Atilano.

CACHAVA

Con tan legítima y académica voz se designó al bastón que por regla general llevaban en el frente los oficiales y los jefes, lo mismo en la guerra de montaña, donde tenía una aplicación práctica e inmediata, que en cualquier otro tipo de guerra. En las trincheras servía de entretenimiento. Sobre estos simples bastones remito al lector atento a un capítulo del pequeño y hermoso libro de Ernesto Giménez Caballero, *La infantería española*, donde encontrarán cuanto apetezca en torno al tema, y entre otras, esta frase genial: «Fue curioso que donde la ley de recogida de armas cortas menos pudo aplicarse fuese en el frente. Por la sencilla razón de que casi nadie las portaba encima». Gece eleva las cachavas a la categoría de símbolos del Ejército nacional, porque significaban el afán de marcha de marcha, de avance, frente a las tercas consignas del Ejército rojo.

«El tipo de bastón, *snoob* de la oficialidad de vanguardia, no alardeaba de armas, que a veces ni las llevaba», ha escrito Pérez de Sevilla, que se conoce el tema al dedillo. El bastón, ya a última hora, encontraba siempre el refuerzo de las naranjitas, aquellas bombas italianas, o de las señoritas de Lafitte, que tanto ruido metieron. Hay quien ha utilizado la

cachava como *última ratio* en un combate a la bayoneta, y si no, por ejemplo, que se lo pregunten a unos cuantos oficiales del Tercio de Navarra, allá por la raya de Asturias. ¿Verdad, Juanito Zabala? A la cachava se le tenía un amor profundo, y lo que más molestaba era perderla o que se la birlaran a uno. Parecía como si la propia suerte fuera ligada al bastón propio. Claro que a la suerte hay que darle un empujoncito. Tomás Salvador, en Rusia, vio a un capitán español combatir con una vara en la mano por todo armamento, si bien detrás suyo tenía a su asistente que manejaba una ametralladora rusa de disco como si fuera el mismísimo dios Marte».

Se compraban las cachavas en un descanso, en cualquier talabartería de un pueblo o de una ciudad, y estoy seguro de que en los lugares donde hubo Academias de Provisionales, alguien hizo su agosto a fuerza de vender cachavas, unas gruesas como ases de basto, otras ligeras, indolentes y fortísimas. Iba en gustos. Siempre había algún soldado que sabía tallarlas y que las llenaba de inscripciones, a fuego lento, como un buen asado, desde el «Viva mi dueño» flamencón e irónico, hasta las siglas que mejor expresasen las particulares devociones de su propietario, o bien sus iniciales o cualquier capricho de fantasía. He conocido una cachava llamada *Amelia* con dos estrellas de seis puntas muy bien puestas. Algunas lucían los emblemas del Arma o Cuerpo de su feliz poseedor o el distintivo divisionario, y no faltó quien la utilizase como libro mayor de una donjuanesca contabilidad. Pérez de Sevilla anota que él vio espinazos mondos y lirondos de paraguas, y añade: «El bastón era normalmente adminículo de oficial, báculo en la noche, cayado en la escalada y arma de singular contundencia para cuando convenía. Señalizador de objetivos y desbrozador de zarzales y jaras en el avance, servía de pértiga en el paso de los arroyos, para bromear con los compañeros y también para no meterse las manos en los bolsillos». A veces se utilizaba con cierto sentido retórico como un aperitivo del Código, puede que como una decisiva arenga, como lo hizo, según cuenta José María García-Rodríguez, el coronel Recas, que contuvo a los desmandados «repartiendo bastonazos en la plaza de la Escandalera. Fue en febrero de 1937. Y yo lo vi».

La cachava resultaba muy natural y pastoril en aquel Ejército de campesinos que fue, en su origen, el Ejército de Franco.

CANADIENSE

Distinguía a los jefes del Estado Mayor y a los generales. No hay que romperse la cabeza para suponer dónde nació y por qué razones. Era impermeable y la piel de su interior le desbordaba por el cuello como la espuma de una caña mal tirada. Nunca la vi ni en un soldado ni en un alférez, y sólo los capitanes muy elegantes y con posibles se atrevían a usarla, aunque a los ojos de la tropa aquello era como una profanación de los más altos derechos castrenses. Yo me compré una muchos años después de la guerra y eso cuando fui al extranjero como corresponsal,

que si no, ni se me pasa por la cabeza. Creo haber visto una foto del general Solchaga, en plena ofensiva de Vizcaya, con canadiense y pantalones de golf. Fue la prenda de los que jamás se salen de la uniformidad, porque si se salen de la uniformidad resulta que están creando uniformidad.

JUGAR A LA RANA

Ignoro si en el sentido que aquí se le da a esta expresión la frase tuvo o no amplitud nacional, dentro de un Arma, se entiende. Jugar a la rana, en este caso, sería tanto como tirar con cañones sobre un blanco pequeño y difícil. Pero no me resisto a la tentación de copiar el párrafo que me ha provocado estas dudas. «Recuerdo cómo unos meses antes del asedio —porque Belchite fue primera línea y espolón avanzado del frente desde primeros de agosto de 1936—, cuando la artillería roja del Mojón del Lobo era una molestia crónica para el pueblo, ofreció (el Alcalde) cinco duros a la pieza nuestra que metiese un proyectil por la pequeña tronera de los túneles que había hecho el enemigo para proteger sus cañones y tirar con cierta seguridad.

»Los artilleros se entusiasmaron y estaban deseando hacer fuego sobre el Mojón o, como ellos llamaban, jugar a la rana».

Pertenecen estas líneas al libro titulado *Belchite*, en el que el capitán De Diego y los tenientes Quintana y Royo relatan la dramática aventura del asedio de aquella plaza. Pero no crear *suspenses* innecesarios, diré que, según se precisa en la narración, los jugadores de rana se salieron con la suya y con los cinco duros. Todo lo demás que allí ocurrió es pura Historia.

HULE

En el *Glosario ilustrativo de ciertas palabras, términos y frases usadas en la corrida*, que en el curioso colofón del libro de Ernesto Hemingway *Muerte en la tarde*, puede leerse: «Hule. Tela encerada; en jerga, mesa de operaciones».

Por su parte, José María Cossío, la más alta autoridad en materia taurina, aunque con algunas desviaciones heresiarcas como, por ejemplo, la de preferir Pope Luís Vázquez a Manolete, define: «Hule. Enfermería. Expresiva alusión al hule que en las plazas de toros cubría la mesa de operaciones». Queda claro, pues, lo que significa eso de ir al hule.

En cuanto a Nuestra Señora la Academia, se limita a recoger como expresión tauromáquica la de «haber hule: haber heridas o muerte de algún torero o picador».

El mundo de los toros ha prestado muchas palabras, giros y expresiones al lenguaje cotidiano y, por supuesto, al argot militar, donde el sustantivo hule tiene el mismo significado que el que hasta ahora le venimos dando, y también, por extensión, el de barullo, combate, sangre. Si alguien dice: «Va a haber hule», lo mismo puede ser que prevea la batalla del Ebro o que olfatee una mano de bofetadas a la puerta de una taberna.

Agustín de Foxá coloca en la glorieta de Cuatro Caminos dos pequeños ejércitos en presencia: los falangistas que van a vender *Arriba*, y los social-comunistas que van a tratar de que no se venda, o bien de vender el *Mundo Obrero*, «contra la canalla fascista». Estas cosas siempre acaban malamente. «La glorieta de los Cuatro Caminos era una especie de plaza de Cibeles proletaria. Tenía en el centro una fuente de rocas artificiales y un sanatorio para obreros al fondo, que recordaba el edificio de Correos. Campaneando entró una ambulancia de la Cruz Roja. Y se acercó a Pedro, Campillo.

»—Hoy va a haber “hule”».

«¿Habrá “hule” aquí?», se pregunta Gabriel Araceli ante la Capitanía General de Valencia, cinco minutos después de enterarse de que el Ejército de África se había alzado en armas. Pero es Gironella quien precisa más el sentido militar del vocablo, aunque sea cuando describe a los componentes de las columnas llamadas «Hierro» y «Fantasma» que, como se sabe, tuvieron por madre a los presos comunes del penal de Ocaña: «Estos presos exaltados por la reciente encerrona y por el alcohol se mostraban también reacios a toda disciplina y parecían esperar con ansia el momento de la pelea, a la que llamaban “hule». Luego no fue para tanto. La contrapartida nos la da Caveró: «Los oficiales subalternos íbamos y veníamos de las posiciones al pueblo en los ratos de ocio. No debíamos hacerlo, porque los rojos no tenían hora fija para desencadenar sus fortísimos ataques, pero a mi por lo menos, me acompañó la suerte como siempre, y estuve en los parapetos siempre que había «hule» y aún me sobraron muchas horas para tertuliear con el Páter y con «Baena», el médico de la Me-hal-la, que cree que sabe el árabe y no se le entiende ni en castellano».

FUERZA

Tropa. Desde las viejas crónicas militares hasta la expresión tan corriente hoy de fuerzas armadas, un tanto reiterativa, siempre ha servido esta palabra para designar al conjunto de un Ejército o a sus

distintas partes. A menos que una centuria, a menos que una falange, se refería L.I. cuando contaba:

—Me dormí y perdí la fuerza.

Iba en la primera centuria de Navarra, mandada por Gerardo Lastra y llevaba encima una buena dosis de fatiga: cinco días sin dormir, las naturales emociones de quien salta de los libros a la guerra, así, por sorpresa; una fantástica zarabanda de marchas y contramarchas a pie y en camión, y un pisto de paisajes, sucesos y aventuras. La centuria se lanzó en la noche del 24 de julio de 1936 a buscar la espalda del enemigo. Aquellos ciento y pico bisoños de Pamplona y de la Ribera atravesaron el puerto de Somosierra con sigilo, filtrándose entre las líneas rojas. Marchaban sin decir ni pío, casi sin respirar, como de puntillas, almohadillando cualquier objeto que pudiese producir el menor escándalo, desde el plato a la cantimplora, pasando por los cascos flamantes y las bombas de mano; marchaban de uno en uno, en una fila muda y terca que mantenía su contacto perfectamente gracias a que cada uno de los voluntarios se agarraba a la cartuchera trasera del que le precedía. El sueño es algo aproximadamente invencible, dulce y amigo; L.I. no pensó en dormirse, pero el sueño se lo llevó a tomar copitas mientras L.I. pensaba que estaba tan fresco como un churrero al amanecer. L.I. marchaba con la mano derecha por delante, firmemente agarrado a una cartuchera invisible que él sentía entre sus dedos, y solamente se despertó al tropezar con una piedra y caer al suelo y ver su mano desoladoramente vacía.

Entonces se dio cuenta de que hacía un buen rato que andaba dormido y suelto, y dijo lo de que en el sueño había perdido la fuerza, tanto a vanguardia como a retaguardia. La fuerza de retaguardia —de su retaguardia, claro—, la de los sonámbulos que dependían de su cartuchera, se espabiló con el susto tanto como él o más. Era como de pelotón y pico la fuerza perdida, y sus componentes debieron sentirse tan vivos, independientes, nerviosos y solitarios como un rabo de lagartija recién cortado.

Para acabar el cuento, les diré que el rabo de lagartija encontró a la lagartija, y que al amanecer se batió la fuerza con el decoro, la precisión, el empuje y la serenidad de los veteranos. Ese día, ya de Santiago, se comenzó a llamar a la primera centuria de Navarra la «de la noche y el silencio».

ESTAFETA POSTAL

El asunto epistolar no se resuelve en las guerras tan fácilmente como parece. Si se repasasen ahora las colecciones de periódicos de ambas zonas, se observaría que los primeros meses de campaña fueron una orgía informativa en cuanto al movimiento de tropas se refiere. Con

alocuciones, arengas, cartas y versitos, los voluntarios llenaban los periódicos de direcciones y cuando comenzó a ponerse de moda aquella dulce institución llamada madrina de guerra, cualquier persona medianamente experta hubiese podido reconstruir el despliegue de los ejércitos en presencia simplemente con dar un vistazo a las secciones más sentimentales de los periódicos, revistas y semanarios. Y se hizo. Al menos por nuestra gente. Lo cuenta Bertrán y Musita, catalán de pro, creador del S.I.F.N.E. (Servicios de Información de la Frontera del Nordeste de España) y autor de un interesante libro con ese título. A través del «Buzón del Miliciano» de *Solidaridad Obrera* de Barcelona y de comunicaciones personales sorprendidas, el S.I.F.N.E., tras «pacientísima lectura, durante meses, pudo entregar al Estado Mayor una relación ordenada de las fuerzas que guarnecían el frente de Aragón».

Los avances de las columnas de julio y agosto iban jalonados por una serie de telegramas en los que cada uno de los componentes de la fuerza comunicaba a sus padres y familiares el lugar donde estaba, la amplitud de la maniobra, el éxito alcanzado —en esto, al menos, se era discreto, porque nadie alcanzaba más que triunfo— y el inmediato objetivo, de modo que la estrategia y la táctica se hacían tan entrañables como una felicitación onomástica terminada con «muchos besos vuestro quique». Las cartas eran memoriales, cronicones, relatos bélicos y no sólo por dentro. Ya conté yo en otra parte aquel remite de un camarada mió: «Columna de García Escámez, Batallón Sicilia, número 8, enlaces de Rada, frente de Somosierra», y para que no quedase ninguna duda, con letra cuidada, clara, un primor de letra, esto otro:

«Ala derecha».

En realidad, a mi camarada le faltó muy poco para dibujar un plano en el remite junto al estadillo de la columna, y puede que alguno, de buena fe, lo hiciese. Las estafetas postales se organizaron con el final de la guerra del verano, la llamada guerra michelín, y suprimieron toda anarquía. En realidad, de anarquía epistolar no quedó más que la copla famosa que cantaban los combatientes de ambos bandos:

Si me quieres escribir

ya sabes mi paradero:

en el frente de Vizcaya

primera línea de fuego.

La copla era inalterable en los versos primero, segundo y cuarto. El tercero lo acomodaba el cantamañanas de turno según su ubicación en la geografía militar, y si era preciso rapar silabas para que pegase, se rapaban, igual que la preposición iba a hacer gárgaras por idénticas razones: «En el frente Somosierra», etc. Se destinaba la copla a muchachas dubitativas en beneficio de los donjuanes que cambiaban

frecuentemente de parapeto. Modificar la dirección era sencillo, según observará el curioso lector.

DE BIGOTE

A lo mejor se presentaba un superior para enterarse sobre el terreno de la marcha de los acontecimientos:

—¿Cómo va el asunto?

—De bigote, mi capitán.

El informe no podía ser más breve y al tiempo diríase que criptográfico, aunque en realidad no lo era, porque todo el mundo, supongo que el enemigo también, sabía que si algo estaba de bigote era que estaba peliagudo. La expresión, según supongo, pertenece al más castizo africano; la he encontrado dos o tres veces en los recuerdos marroquíes del general Mola, por cierto referida siempre al general Serrano Orive, a quien él da como popularizador o creador de la expresión, o al menos de su agravada variante. Hablando de lo mal dadas que venían las cosas en el verano del 24, cuenta Mola:

«El día 6 marché a Ceuta. La primera persona con quien topé al dejar el tren fue el general Serrano Orive, al que acompañaba su inseparable cigarro puro. Saludo cordial, abrazo apretado y el comentario de rigor: aquello se estaba poniendo de «bigote negro».

Como todos los vocablos o expresiones del africano típico, su significado depende un poco del tono que se le imprima al usarlo.

«Era éste (el citado general Serrano Orive) hombre bueno, inteligente y valeroso, un tanto mal hablado, aunque con gracia, sin que jamás sus inofensivos sapos y culebras rozaran los linderos del mal gusto; hizo célebres entre otras, la frase del “bigote negro”, que igual aplicaba a ensalzar la belleza de una mujer hermosa como a expresar que la jornada se presentaba o había sido pródiga en tiros».

Otro caso:

«El coronel C. ha detenido mi coche:

»—¿Dónde diriges tus pasos, “Tebib”?

»—Voy en busca de “mi crónica”, coronel. ¿Sabes tú en qué lugar podría encontrarla?

»—Mal día es hoy. Ya habrás visto por esos caminos la actividad de la jornada, y de sobra sabes que cuando en los caminos hay movimiento, en el frente escasea.

»—Así es, “Sidi”; he visto el ir y venir, he tenido que orillar convoyes, que apartar mi carrito para dar paso a baterías. Se ve que preparáis un festejo “de bigote”».

Como se ve, en cualquier caso, lo mismo si el frente se endurece que si se cruza una mujer bonita, lo del bigote es material para hombres de pelo en pecho.

Hablando del asalto nos decía en Ávila un capitán alemán, con quince años de Galicia en las espaldas:

«—Ahí si les quiero imprudentes y les alabo el bigote».

ABISINIO

Para cualquiera, evidentemente, abisinio es el natural de Abisinia y aquí paz y después gloria; pero hubo un tiempo en que se podía ser abisinio sin necesidad de haber nacido en los dominios de Haile Selassie. Uno ha conocido abisinos de Barcelona, de Torrejón, de Zaragoza y de Sevilla; vamos, de toda España. Abisinos fueron, por ejemplo, André Malraux, actual ministro de De Gaulle; Koetsler, anticomunista de urgencia y talento; el señor Roosevelt, de infausta memoria, y hasta el mínimo señor Albornoz, del que sólo nos acordamos algunos incorregibles sentimentales.

Fue aquí, en España, cuando las cosas se iban enconando cada día más, donde se comenzó a llamar abisinos a los enemigos de Italia con ocasión del conflicto ítalo-etíope. En Nápoles se cantaba *Facceta nera*, y las sanciones se acordaban en Ginebra poco menos que al compás de la *Internacional*. En los cines se aplaudía o se silbaba a Mussolini a la hora de los documentales. Ya entonces comenzaban a levantarse en Europa y en América aquellas polvaredas que ahora tienen enlodado al mundo blanco y occidental. Puede que Spaak entienda al Duce y hasta piense que aquellos polvos trajeron estos Congos, digo por ejemplo.

Foxá define graciosamente, en *Madrid, de Corte a cheka*, el nacimiento de nuestros abisinos: «Los republicanos y masones de la tertulia (del “Acuárium”) hablaban por entonces de la guerra ítalo-abisinia, simpatizando con el Negus. Se daba el caso paradójico de que *El Liberal*, *El Heraldo* y *El Socialista* defendieran a un Emperador teocrático».

Así, de una manera lógica y natural, primero fueron abisinos los partidarios españoles del Negus que en febrero del 36 poblaron el censo

electoral del Frente Popular y luego, por extensión sangrienta y dolorosa, todos los robaperas del mundo antifascista, que se escalonó en contra de los «rebeldes» y de los «facciosos».

Al estallar nuestra guerra se llamó abisinios desde el primer día a los milicianos y luego a todo el complejo enemigo, de modo que yo recuerdo a un bondadoso moro de Regulares que empujaba no muy delicadamente hacia su retaguardia a un caballero nórdico, rubio, blanco, de ojos azules, que pertenecía a una Brigada Internacional. El caballero nórdico trataba de convencer al morángano de que él no era un prisionero, sino más bien un pasado.

El regular, socarrón, chaparro, con rasgos negroides en los pómulos, la nariz y la gruesa boca —amén de la color que le tiraba a oscura—, una barbita de chivo viejo, plateada y rala, se mostraba escéptico en materia de pasados y no lo quitaba los ojos de encima al caballero nórdico: unos ojos menudos y brillantes de tirador. El regular arreaba dulcemente al caballero nórdico —rubio, blanco, de ojos azules— con la culata de su fusil, y al tiempo le repetía con paciencia infinita y una voz agudilla, coránica y monótona:

—Tú no «istar» pasado; tú «istar bisinio».

Tenía razón el mojamé, como inmediatamente pudo comprobarse.

Los moritos sentían un especial odio hacia los «bisinios» no españoles. Caveró cuenta: «Por eso fue un acierto que los de la Me-hal-la subieran por delante, porque cada uno lo hizo por su lado, escondiéndose como sólo ellos saben. Y cazaron a los desprevenidos “rogelios”». Me figuré su júbilo al encontrarse con “internacionales”». Porque habéis de saber que los extranjeros son su presa favorita. Y suelen decirles al comprobar su extranjerismo:

»—Marrano; ¡tú estar, bisinio doble!»

Muchos «bisinios dobles» quedaron tendidos en los Pueyos de Larrés.

Lo de bisinio cayó en gracia y aún es actual.

En la Armada se llamaban abisinios, y puede que aún se llamen, a ciertos gorros de faena dotados de orejeras: «Los que estábamos cerca —dice Marrero en *Todo avante*— sentimos que la explosión nos arrancaba de la cabeza los “abisinios”...»

EL NEGUS

Haile Selassie, naturalmente, que todavía ejerce.

Pero, ¿por qué demonios llamábamos «el Negus» a un solitario aparato enemigo que nos sobrevolaba en Somosierra, generalmente en tareas de observación? Lo pintoresco del caso es que en casi todos los frentes, de manera simultánea, hubo un Negus por aquellos tiempos. ¿Qué relación secreta, subconsciente, podían encontrar los soldados de aquel verano entre un avión y el entonces derrotado y ambulante Emperador de Abisinia, pasto de fotógrafos y caricaturistas de todo el mundo a causa del paraguas con que apareció en las primeras informaciones gráficas, allá por 1935? ¿Acaso su condición de Jefe de los Abisinios nos llevaba a designar con su nombre a las modestas águilas de los «bisinios»? M. Morales, autor de *La guerra civil en Guipúzcoa*, escribe a propósito de experiencias inmediatamente anteriores a su participación en ella: «... Los trimotores de la Lape volaban impunes sobre nuestras tropas; otro había oscuro, rápido, al que llamábamos “El Negus”, y el caso era que nos lanzaban bomba tras bomba, sin que contra ellos pudiéramos hacer nada». Morales andaba por el León.

Los dos últimos carnavales solanescos de la anteguerra española estuvieron llenos de máscaras zarrapastrosas que encontraban barato y socorrido disfrazarse de Negus, para lo cual, claro, bastaba con una sábana y un paraguas, amén de una barba verbenera. El Negus, en su versión aérea, solía ser un «Breguet» o un avión de la Lape. A veces arrojaba paquetes de periódicos. A mi me tocó ir a recoger un paquete de estos y de este modo pude enterarme, antes que nadie, de que hablamos sido desalojados de Somosierra, de que andábamos a tiros con nuestros oficiales, de que las vanguardias rojas estaban en Burgos y de que las calles de Burgos aparecían cubiertas de caballos muertos, como en las corridas de toros anteriores al peto. Me llevé un suato mortal.

AEROPLANO

«Por todos estos montes he trotado yo lo mió con el brazo enyesado en uno de esos aparatos que llamaban “aeroplanos”» —dice el protagonista de *La tierra prometida*, de José Antonio Giménez-Arnau, al avistar la costa de Altea desde el barco en que regresa a España tras veinte años de exilio.

Aquel artilugio de alambre que soportaba un brazo tendido sobre él — con la misma efectiva e indiferente profesionalidad con que el diván de *madame* Recamier sostenía a su delicada dueña— era aparatoso porque sí y llamaba la atención de las gentes con su escandalosa arquitectura sanitaria. Resultaba de primero asociar su estructura alámbrica con el fuselaje de uno de aquellos «Breguet» del tiempo de la nana que todos habíamos visto al comienzo de la guerra, y así, los heridos que lo llevaron fueron, popularmente hablando, heridos de avión o heridos de aeroplano, tanto aquí como allí, por emplear una terminología felizmente superada. Me imagino que la expresión nacería en la gaba

marroquí, sobre la cual se empleó por vez primera el avión como arma de combate.

—¿Qué quieres? —le oí decir a un meridional refiriéndose a su vendaje—. Me han salido telarañas debajo del sobaco izquierdo.

Los heridos de aeroplano tenían que saber latín a la hora de abrir y cerrar puertas, y más que nada tener mucho ojo en las de ida y vuelta y en las giratorias. Era incómodo de verdad el aparatillo, y sólo un alma llena de estoico optimismo estaba capacitada para verle el lado bueno:

—La ventaja de esto —me explicaba aquel verdadero santo— consiste en que cuando nos convidan al teatro vamos siempre a palco o a platea, y compensa...

TRINCHERA

La trinchera fue una prenda militar que alcanzó gran popularidad civil. La trinchera estuvo muy de moda en los años conocidos por los «felices veinte». El mundo civil y el mundo militar han sostenido siempre amplias relaciones, y uno y otro se influyen en todos los aspectos, lo mismo en el lenguaje que en la ciencia, la moral o la moda. Esta verdad se hizo más patente con el servicio obligatorio. Durante nuestra guerra estuvo muy en el candelero una frase graciosa que se refería a esta mutua influencia y que ponía en solfa a militares y paisanos: «Hay que militarizar a los civiles y civilizar a los militares», se decía resumiendo un tanto desgarradamente la necesidad de orden y disciplina y también la de flexibilidad en el ejercicio del mando.

La cazadora, la alpargata y la abarca navarra fueron aportaciones civiles y un tanto campesinas al vestuario militar en distintas épocas. La corbata, puesta en uso por los croatas que sirvieron en muchos Ejércitos europeos como mercenarios a lo largo de los siglos XVI y XVII, fue una aportación militar a la moda civil, y lo mismo le pasó al frac posteriormente. Corbata deriva de croata. El sincorbatismo tiene su origen en la abierta camisa legionaria, que habría de inspirar la prenda esencial —yo diría única— del uniforme falangista, y recuerdo que algunos escritores españoles e italianos proclamaron el sincorbatismo como un símbolo de los nuevos tiempos allá por el año 1938. Eran exageraciones, evidentemente, pero que hacían bonito, y más entonces. La canadiense en nuestra guerra, y el comando con su variación del «monty» así llamado por utilizarlo constantemente el mariscal Montgomery en la guerra mundial segunda, constituyeron importantes tributos militares a la moda civil de estos últimos lustros. ¿Quién no conoce el origen pastoril y montañés, vasco puro, de la boina que cubrió las cabezas de los requetés y miqueletes, y en su versión más cotidiana, es decir, en color negro, la testa de muchos de los voluntarios de las

Banderas navarras, y que ahora, dando la vuelta al mundo, ha venido a descender sobre nuestros paracaidistas?

La trinchera, según la Academia, tercera acepción, es un «sobretudo impermeable que trae su nombre de haberlo usado algunas tropas durante la guerra 1914-1918», precisamente en las trincheras, medio defensivo que califica y singulariza aquella enorme batalla de desgaste. La trinchera más elegante que yo he visto la lucía Robert Taylor en *El puente de Waterloo* y con esta referencia sabrán exactamente qué era una trinchera muchas de las personas que no alcanzaron a conocerla. Solía ser de color caqui clarito y llevaba hombreras dobles y un cinturón con anillas metálicas para colgar de ellas algunos importantes accesorios del utillaje habitual del soldado y el oficial. Se abrochaba con botones de cuero, en forma de media esfera, que recordaban mucho los prehistóricos balones con lengüeta a los que cabeceaban impertérritos Yermo y Quincoces. Tenía amplios bolsillos con el fin de servir de almacén y archivo al combatiente, pues ya se sabe que éste se complace en llevarlos repletos tanto de chocolate, tabaco, o alguna petaca para licor, amén de la cura individual, como de cartas, fotos, pequeños libros de entretenimiento, papel de escribir y otros adminículos muy necesarios en toda república bien organizada. Lo del licor es más cosa de anglosajones, porque ese capítulo, en España, está de sobra resuelto con el vino y con la bota, sin que esto implique desdén hacia el coñac, el buen aguardiente o el simple matarratas. Mis pequeñas investigaciones cinematográficas me permiten asegurar que la trinchera la pusieron de moda los Ejércitos ingleses y norteamericanos, exclusivamente, entre otras cosas, porque era una prenda demasiado cara para la economía del resto de los Ejércitos entonces en litigio. Una clarísima desviación de la trinchera es el impermeable que visten ahora nuestros oficiales, así como los soldados de los regimientos de Montaña y los paracaidistas, aunque a mí me parece que en este caso se advierte en el corte una especie de cruce con la candora típica de nuestras fuerzas indígenas y de algunas compañías de los Cazadores de África. La candora era la prenda favorita del general Mola y soñaba con que la vistieran todos nuestros pipis. La mayor parte de las fotos de Mola en nuestra guerra lo han sorprendido con la candora puesta y la «Leika» colgada al cuello. Lo curioso es que Mola era alérgico a ser fotografiado y un entusiasta tremendo de la fotografía, siempre que la tirase él. Más de un grupo de soldados perpetuó al virofijador durante sus visitas a la vanguardia.

La trinchera nace, pues, en los mismos años en que nace la generación que por razón de edad habría de soportar el peso de nuestra guerra. ¿Quién no ha llevado trinchera en los años del bachillerato? Los depósitos militares, en el principio, y luego los fabricantes en general lanzaron la prenda en los «felices veinte», de cabo a rabo, y aún coleaban trincheras entre la vestimenta de nuestra guerra. La trinchera es una palabra grave en esta generación, y la aprendimos a un tiempo de los «pollos peras» —también llamados «pijaítos» y «lugarteranos», la verdad es que no sé por qué—; de labios de nuestra madre en «La gran ciudad de Londres», almacenes de Pamplona, donde nos regalaban cromos en colores con el reglamento de fútbol, y en nuestras primeras lecturas de actualidad. Las trincheras de *Sin novedad en el frente* más

nos alegraron que nos entristecieron la adolescencia —de donde se infiere sin malicia que la propaganda antimilitarista y antibelicista da el volquetazo muy rápidamente—, hasta el punto de que jugábamos a la guerra en los pasillos del Instituto y en las troneras del Redín (con mucho cuidado de lo que se pisa, como le dijo D’Ors a Cela), a base de tirabeques que disparaban garbanzos. El garbanzo era el proyectil reglamentario —unánimemente aceptado por la convención estudiantil— porque era lícito apuntar a la cara; para tranquilidad retrospectiva de quien se interese, advertiré que nos cubríamos los ojos con unas caretas de mica. Lucíamos nuestros verdugones con el mismo orgullo que los estudiantes alemanes sus tajos duelísticos. Un aula escalonada, justo la de francés, nos servía de campo de entrenamiento y asaltábamos líneas de pupitres.

Los «pollos pera» llevaban la trinchera lo más sucia posible. Cuanto más porquería se contabilizaba, más elegante resultaba el tipo. Supongo que esto era una derivación de su utilidad militar. Los *tommies*, con la trinchera puerca, proclamaban su permanencia en las trincheras, y esta especie de certificado castrense se transformó al llegar la paz en un aval de dandysmo. En las guerras siempre hay un momento en el que el ir «compuesto» de guarro hace chiquito el pie. También en la nuestra, y a ese propósito, recuerdo un estupendo artículo de Manuel Halcón, en el que se refería a un tipo que a fuerza de grasa presumía de valeroso. Hasta manchas de sangre reseca llevaba en la pernera del pantalón. A alguien que le admiraba le dijo un compinche: «Sí, lo conozco, es uno de los carniceros de mi división». Este era el artículo, más o menos. Lo que si se daban eran los tipos elegantes y los tipos que gustaban más de un cierto y natural desaliño. Los que se afeitaban a diario y los que preferían dejarse la barba. Entre los jefes ilustres, Varela y Martín Alonso eran los más elegantes. Los guantes de Varela se hicieron tan famosos como el capote de don Agustín, aunque por distintas razones.

Bueno, a lo que estamos. La musa popular, que siempre muerde donde puede y generalmente con razón, improvisó una letrilla sobre la música de *Valencia*, que entonces se cantaba mucho, a propósito de llevar sucia la trinchera. Decía así:

Trinchera,

es la prenda más cochina

que llevan los «pollos pera»;

trinchera,

se la pone mi criada

cuando friega la escalera, etc., etc.

«Estar en las trincheras» fue frase corriente en nuestra guerra y equivalía a estar en el frente, aunque si nuestra guerra se caracterizó

por algo, a excepción de episodios aislados y maravillosos, fue por su movilidad, por su ligereza, por la finura de su maniobra, por su infatigable movimiento. En este sentido vale recordar la escasa voluntad que los soldados nacionales pusieron casi siempre en las obras defensivas, por contraste con el enemigo, cuya consigna, desde el primer día, fue aquella tan famosa: «Fortificar es vencer».

«La vida de trinchera es aburridísima —escribe Caveró—. Es como vivir en un pueblo sin poder salir al campo. Es una sensación parecida a la que todos hemos sentido de niños, cuando aún no teníamos edad de ir al colegio, ni nos dejaban salir solos y nos moríamos de tedio, encerrados en casa, entre juguetes que acababan por molestarnos».

Hay una canción —¿y sobre qué no la hay?—, entonces popularísima, que decía:

Ahora estoy en las trincheras,

dando la cara a la muerte;

si muero sólo lo siento,

madrecita de mi vida,

porque no volveré a verte.

En fin esto es lo que hay sobre la trinchera que todos vestimos en nuestra infancia. Al menos esto es lo que yo sé.

VISTA, SUERTE Y AL TORO

Cualquiera sabe que éste es el lema de la escuadrilla Azul, o sea, la de García Morato. Circulan por ahí dos o tres versiones diferentes en torno al origen de este lindo y agudo *slogan* combatiente, pero la real, sin duda, es la que da en *Guerra en el aire* el propio García Morato.

Morato era un Cid celeste, el último Bayardo y su fama pesaba en los corazones enemigos hasta tal punto que al despegar los aviadores rojos no se decían: «Suerte», sino que se auguraban: «Ojalá no te encuentres con Morato».

«Ocurrió del siguiente modo —dice aquel legendario piloto—. Un aviador, perteneciente a otro a otro grupo, no hacía más que pedirme que le permitiera pasar al nuestro. Bromeando le dije que no se lo permitiera hasta que averiguase cuál era nuestro lema, ya que por no tener ninguno tenía la seguridad de que no podría averiguarlo. Día tras día fue pasando de un piloto a otro, preguntando a todos por mi lema. Por fin, alguien, cansado de sus preguntas incesantes, le dijo con gran

secreto que el lema era: “Vista, suerte y al toro.” Aquella noche, el piloto en cuestión vino a mi con una expresión radiante en la cara, exclamando: “Volaré con usted; ya conozco su lema”». Le pregunté cuál era y al decírmelo me gustó tanto, que no sólo le acepté como piloto de mi escuadrilla, sino que también adopté aquella frase como lema de ella. Estaba de acuerdo con nuestra profesión. Era una frase usada por los toreros al entrar en el ruedo a afrontar la inseguridad de su suerte. Nunca sabían si saldrían de allí con vida. Mucho dependía de su suerte, de su vista y de su decisión. Nosotros los pilotos teníamos que afrontar una situación similar».

La avutarda, el halcón y el mirlo se lanzaban al ataque sobre un cielo azul y debajo se leía: «Vista, suerte y al toro». Desconozco el nombre del claro ingenio que aplicó la frase taurina a la caza de guerra, y bien que lo siento. Lo que sí es cierto es que en la aviación abundaban los ingeniosos, porque me parece recordar que muchos de los lemas de grupos y escuadrillas eran francamente acertados, elegidos con elegancia y tino, fulgurantes y eficaces, llenos de una suave y brava ironía. Me gustaría que quien los tenga apuntados, o en su corazón, los dijese. Sería una antología de gracia y buen gusto. ¿No fue el lema del 6.º Grupo de Bombarderos algo así como «El 6.º... laran lará»?

Las pavas se acogían al folklore de Imperio Argentina y en su fuselaje se leía: «Echale guindas». «Pita tanto, tanto pita», con históricas resonancias, era la divisa del A-G-28, y no será necesario explicar quiénes se batían bajo este mote: «Semos los de la cerveza». «Vista suerte y al... tura» era el lema de otro grupo, no sé si de caza o bombardeo. Un macho cabrío, montado en una bomba, en ademán de picador, con pica y todo proclamaba: «Ni son... ni están» y otros que también pilotaban «Capronis» respondían: «Ni aquí tampoco».

Había buen humor, ya lo creo.

BESUGOS

Delicada, democrática, poética manera de llamar a los asesinados. Se les sacaba de su casa, de la checa o de un radio comunista, por la noche. Se les pegaba un tiro en un solar o junto a una tapia, no muy lejos, para que ningún liberal se herniase con el trabajo.

«Al amanecer —escribe Agustín de Foxá— estaban rígidos, acartonados. Se llenaban de hormigas la boca del muchacho, caído de bruces sobre su sangre seca.

»En la lechería cercana, la «señá» Remigia comentaba el hallazgo:

»—Pues hoy hay tres besugos en el solar de Maudes. Y debe ser gente gorda porque mis chicos anduvieron “pa” allá enredando y dijeron que tenían los dientes de oro».

Como presiento que alguien puede decirme que este testimonio, además de literario es parcial, daré otro de don Arturo Barea, que el hombre no era dudoso:

«Las ejecuciones (en Madrid) habían atraído mucho más público del que yo hubiera imaginado. Había familias enteras con sus chicos, excitados y aún llenos de sueño. Milicianos cogidos del brazo de muchachas, novias o mujeres, y bandadas de chiquillos. Todos yendo paseo de las Delicias abajo, todos en la misma dirección. A la entrada del mercado y de los mataderos, en la glorieta, se agolpaba un verdadero gentío. Mientras carros y camiones cargados de legumbres iban y venían, piquetes de milicianos se mezclaban con los curiosos y pedían la documentación a quien se les antojaba.

»Detrás de los mataderos había una larga pared de ladrillo y una avenida con arbolillos resecos, no agarrados aún en la tierra arenosa bajo el sol despiadado. La avenida corría a lo largo del río y el paisaje era árido y frío con la desnudez del canal de cemento, de la arena y de los parches de hierba seca, amarilla.

»Los cadáveres yacían entre los arbolillos. Los curiosos iban de un lado a otro y hacían observaciones humorísticas; un comentario piadoso hubiera provocado sospechas».

Este es el testimonio. ¡Mierda!

TAPADERA

Tapadera, cafetera, tartera, puchero, orinal, son mote carinosos aplicados al casco militar. Los cascos grises de acero comenzaron a usarse en tiempos de la República. La primera vez que los vi fue con ocasión de una visita que giró a las fuerzas de Pamplona el entonces Ministro de la Guerra, señor Gil Robles. Al señor Gil Robles le hicimos un saludo no muy cortés junto a la esquina de casa Baleztena, pero a continuación nos largamos a ver a la tropa con sus flamantes tapaderas allá por la Vuelta del Castillo, frente al casco gris, antiguo y militar de la Ciudadela.

Aunque generalmente todo el mundo hablaba mal del casco, la verdad es que todo el mundo pasó por su luna de miel con el casco. Los primeros días hubo quien no se lo quitaba ni para dormir, y esto no por razones defensivas, sino por satisfacción estética. En las fuerzas de choque y en las unidades de voluntarios, el casco nunca estuvo muy de moda, entre otras cosas porque cada cual prefería cubrirse el cogote

con la prenda de cabeza propia: el gorrillo, el tarbús o la boina. Conoció a un voluntario, sin embargo, que al casco lo llamó padre y como a tal lo honraba. Tenía sus motivos.

Me parece que fue por los alrededores de Villavieja, en Somosierra, donde guardiaciviles rojos nos arreaban desde la torre de la iglesia. Respondíamos al fuego parapetados tras una cerca de piedra. Había ya algunos heridos, y de repente se oyó un grito y se desplomó muerto un requeté. El requeté no dijo ni pío. El que gritó fue su hermano al verlo caer. El requeté muerto tenía el casco puesto y traspasado por la visera delantera como si aquello fuese de papel, un orificio de entrada en la frente y otro de salida un poco más arriba de la nuca. Lo taparon con una manta. La manta era corta y le asomaban los pies y su hermano se quedó junto a él y en seguida comenzó a disparar de nuevo. El muerto tenía la cabeza casi apoyada en la base de la cerca, de modo que al muerto le costó poco trabajo, en el momento de incorporarse a medias, reclinarla en uno de aquellos pedruscos y exclamar mientras se la palpaba tenazmente con ambas manos:

—¡Hostia...! ¡Cómo duele la cabeza!...

Según explicaron los técnicos, la bala penetró con tal energía que perforó sin apenas deformarse la viserilla delantera del casco, que actuó de freno; cuando el proyectil chocó con el cráneo de aquel voluntario, encontró que el hueso ribereño era más resistente que el acero, de modo que fue resbalando sobre él y bajo la piel, como por un túnel, hasta encontrar facilidades de salida por la parte de la nuca. Así resucitó un hombre para bien de los suyos y beneficio de los fabricantes de aspirina.

En los días iniciales había un cierto afán de enmascararse el casco con yerbas y también de llenarlo de inscripciones alusivas: «Arriba España», «Viva Cristo Rey», «Aquí te espero», «Viva mi dueño», etc., etc.

«Algunos adornaban el casco con yerbas paganas, que les daban un aire muy de olímpicos en combate. Y casi todos ilustraban con texto la viserilla: “Cara al sol”, “Patria, Pan, Justicia”, “Viva la muerte”. Leyendas raspadas con navaja en el esmalte, con letra torpe, al lado de yugos y flechas y bajo cruces».

El casco se utilizó como es debido y también de cafetera, de ensaladera, de fuente de postre, de bacía y hasta de plato. Los cascos españoles eran muy buenos, aunque bailaban un poco en el cogote. En *Cuerpo a tierra*, escribe Ricardo Fernández de la Reguera: «También se les proveyó (a los soldados de la división 54), de cascos italianos. Parecían de hojalata. Al mes ya los hablan cambiado por los resistentes cascos alemanes. Al mes pudieron comprobar que, alemanes y todo, una bala “a derecho” los pasaba como mantequilla. Quedaron dos en batallón. Y en seguida la antonomasia; “el alferez del casco” y “el cabo del casco”. El cabo era Augusto. Aguantó unos días la molestia y el mote. “¡No sé

por qué cargo con esta basura!", pensó de pronto. Y le arreó al casco una patada».

Del mismo modo que en los campos de España se concentraron combatientes de todo el mundo, también hubo cascos de todas las razas. Entre los rojos predominaron los franceses, aquellos que hicieron famosos los *poilus bleu horizon*, rematados en una especie de cresta que evocaba al gallo galo se mirase por donde se mirase la cosa. Había quien embarraba cuidadosamente el casco para evitar reflejos delatores y otros lo cubrían con una funda de arpillera. No faltaron oficiales que alardeaban de no llevarlo nunca, porque, como muy bien dice Pérez de Sevilla, «además de que pesaba, no se discurría nada bien debajo de él y el no llevarlo era indicio de despreocupación ante el esquirlazo en la cabeza. Lo que todo ello era de buen tono».

Pura los esquirlazos el casco iba que de maravilla y también para los pedruscos volantes que levantaba la artillería. Me hablaron de un estampillado que descubrió la utilidad del casco en retaguardia, hasta tal punto que solamente lo usaba en sus descansos zaragozanos, que solía pasar casi en sesión continua en la sala de un famoso cabaré. Este muchacho, según propia confesión, temía mucho más los botellazos de Zaragoza que las infinitas esquirlas del frente. Desde cierto punto de vista no pensaba mal, porque él bailó todas las noches que pudo sin recolectar ni un mal chichón.

Los cascos y las esquirlas del primer bombazo que cayó cerca eran los *souvenirs* que más a mano teníamos. En muchas casas de hoy se ven pantallas hechas con cascos de ayer y quizá bajo su luz estudia un buen mozo que por su fortuna nada sabe de la guerra. A veces los viejos cascos sirven para que los niños jueguen a desfilar por el pasillo y entonces se les nota contentos; a los cascos y a los niños.

SUAI-SUAI

Moruno, africano. Despacio, con calma, poquito a poco. Mola escribe que «el Raisuni..., ante los apremios, seguro en su refugio de Tasarot, se limitaba a recomendar calma, mucha calma, pues, según decía, con suai-suai, la protección de Dios y los buenos oficios de Muley Abd-es-Selam, todo iríase arreglando. El caso es que cuando él hacia la guerra por su cuenta y riesgo, jamás mostró tener tanta paciencia».

—¿Cómo va tu asunto? —le preguntaban a un herido.

—Suai-suai —se quejaba.

—¿Cómo va tu asunto? —le preguntaban al mismo herido, ya en franca convalecencia, con saliditas a la calle y todo.

—Suai-suai, pero con esperanzas —sonreía—. Ayer le mandé unas flores y esta tarde viene conmigo al cine.

PULGARCITOS

El buen humor granadino —y resultaba heroico tener buen humor en la Granada del asedio— bautizó así a los componentes de un batallón de voluntarios que llevaba el nombre de Hernán Pérez del Pulgar. Lo que no sé es si esta batallón era de los de primera línea o de los de Acción Ciudadana, esto es, de gentes maduras que ejercían funciones de guarnición y vigilancia. Por supuesto que en las ciudades cercadas poca diferencia debía de haber entre unos y otros.

CANDELA

Tanto como estacazo, palo y sus equivalentes. Arrimar candela es expresión muy legítima que viene a decir lo mismo que dar un pie de paliza. Candela es palabra que va en la mochila de la tropa, y de ella pasó a las fuerzas indígenas en los campos de Marruecos, según se desprende de la lectura de este parrafito de Mola: «La oficialidad comentaba con satisfacción el inesperado telegrama, que corría de mano en mano; la tropa se consagró a las ya sabidas manifestaciones de entusiasmo; no pocos indígenas, cogiendo sus fusiles, corrieron a la trinchera a tirar sobre las guardias enemigas, diciéndoles: “¡Toma candela, moro montaña!... ¡Toma candela!”...».

PEREZSALITIS

Enfermedad típica del frente cordobés o granadino, y no sé si, en general, de todo el frente cubierto por el Ejército del Sur. El vocablo surgió en los primeros días de la guerra y tuvo mucha fortuna.

«Está con la perezsalitis» o «tiene la perezsalitis», se decía de alguien que había sido tocado por la artillería roja. Tan oportuna palabra derivaba del apellido de un experto jefe artillero que se puso al servicio del enemigo, y no dejaba de encerrar un gracioso y noble reconocimiento de su pericia, que es lo bueno y lo decente.

SÓLO SE MUERE UNA VEZ

En el Credo Legionario, compuesto de doce escalofriantes artículos, hay uno, el que hace el número diez, que dice: «El espíritu de la muerte: el morir en combate es el mayor honor. No se muere más que una vez. La muerte llega sin dolor y el morir no es tan horrible como parece. Lo más horrible es morir siendo un cobarde».

Desde luego, para aceptar estas afirmaciones con todas sus consecuencias hace falta tener un corazón de buen tamaño. Durante nuestra guerra el «no se muere más que una vez» se repitió infinitas veces y en mil tonos distintos. Popularmente sonaba mucho tal y como va en la cabecera de esta papeleta. Incluso la «Pasionaria» hizo una fructífera incursión en el Credo Legionario para lanzar su famosa arenga: «Más vale morir de pie que vivir de rodillas», o algo por el estilo, y es que lo que resulta retórica militarista empleado por quienes no son cipayos de Moscú, es pura razón del pueblo si quien lo larga obedece a Krustchev o a cualquiera de los zares y profetas que le antecieron en el Presidium. ¡Las cosas!

Claro está que antes de la guerra ya se utilizaba, digamos militarmente, tan decisiva consigna. Un poco antes del Alzamiento, un miembro del Consejo Foral de Navarra excitaba a la rebelión. Era don Benedicto Barandalla, «gran estampa de requeté, vehemente, impulsivo, corajudo. Apenas estalló el Movimiento —cuenta Iribarren—, se puso al frente de doscientos mozos y revivió con su partida las hazañas de los guerrilleros... Barandalla decía entonces, con su prosodia barranquesa: «Tenemos que seguir la línea de *conduta* que nos *trasaron* nuestros abuelos. Navarra tiene que enseñar los dientes. Y todos, ¿eh?, todos dispuestos a derramar la última gota de la sangre. ¡Qué diablos! Una vez sólo se muere, y *pa* morir hemos *nasido* ».

El buen humor hizo presa de la frase, que, por otra parte, era tomada con heroica seriedad. Se podía decir «sólo se muere una vez» ante una buena comida de esas que hacen temer el estallido a la hora de los postres, o en el momento de pisar a fondo el acelerador para ganar unas horas al permiso superagotado, y también en el trance de disputarle una novia o un plan a otro caballero que hubiera llegado antes.

Cuentan de un alférez que se mostraba un tanto abatido por la difícil situación militar en que se veía su unidad. Otro alférez, animoso y chungón, le dijo:

—Animo, hombre; sólo se muere una vez.

Y el primero, levantando la cabeza, dejó asomar un brillo de humor cartesiano a los ojos y respondió con rapidez:

—Toma, chico; pues por eso...

FANFA

Apócope de fanfarrón. Ahora es casi de uso general, pero entonces no lo era tanto. El tal apócope debe tener un origen navarro, ya que Iribarren lo recoge en su *Vocabulario*. Es palabra que conozco desde siempre, lo cual puede servir de apoyo a esta tesis. El fanfa no es un sujeto al que pueda cargarse todo cuanto la Academia carga al fanfarrón. Hay una cierta ternura chungona en el manejo de la palabra, como la hay en el estribillo:

Y son, y son, y son unos fanfarrones,

que cuando van por la calle

van robando corazones.

La majeza de los fanfas se calibra por la jota que puso de moda en los años 35 y 36, Raimundo Lanas, aquel muchacho de Cintruénigo que anunciaban los carteles como «el ruiseñor navarro»:

Cojo mi vara y mi carro

y voy por la carretera;

no hay venta en que no me pare

ni moza que no me quiera.

Pienso que el éxito de esta jota —número obligado en los descansos del frente, en las correrías por los bares y tabernas y en rondas de todo género— radicaba en el hecho de que subconscientemente todo soldado se sentía un tantico retratado en ella. ¿Quién no sueña beber en todas las ventas y ser amado por todas las muchachas?

Si los de la unidad vecina presumían más de la cuenta, se decía cariñosamente: «Son unos fanfas». Decir que eran unos fanfarrones ya suponía extraer harina de otro costal.

—Es bastante fanfa, pero buen chico —dijo Giraldo de un camarada que quiso echar instancia al Alto Mando para que le cambiasen sus tres Medallas Militares colectivas por una individual.

CHATO

Se llamó así a un biplano, monoplaça, dotado el tío con cuatro ametralladoras de procedencia rusa y alistado en la Aviación roja. El ingenio soviético había trabajado sobre el «Curtiss». Los chatos dieron

que hablar, y no es extraño que un infante —harto de ellos— les aplicase un refrán nacido para otros menesteres: «Todos los aviones enemigos son esto y lo otro mientras no demuestren lo contrario, y los chatos, aunque lo demuestren».

CRÉDITO FACIAL

En realidad, no es más que un crédito bancario dado por la cara, fiando toda la garantía en la honestidad de un rostro. El crédito facial fue una lógica y maravillosa consecuencia de la mutua confianza que imperó en la zona nacional. Gracias a él pudieron vivir muchos refugiados y bastantes de ellos hasta acertaron a crear, con base en el crédito facial, diversos tipos de industria, con frecuencia alejados del círculo laboral en que se movían antes de la guerra.

Fontana atribuye la invención del crédito facial al «señor Alacreu, director del Banco de España en Tarragona, refugiado en San Sebastián». En principio, el señor Alacreu trabajó por la implantación del crédito facial para sus paisanos y aseguró a la Banca «que ni uno sólo de los créditos dejaría de ser reembolsado con sus intereses». Calculo que el crédito facial nació al mismo tiempo para todos los refugiados de distintas regiones. Fontana apunta con legítimo orgullo: «Alacreu tuvo razón y acertó plenamente. Ni uno solo de los créditos faciales quedó sin devolver, ya que aquellas deudas fueron consideradas, por todos, como de honor».

La expresión se popularizó mucho y entró en la sangre del lenguaje con su exacto sentido y también con otro, chungón, que se aplica a los caraduras. A más de un frescales que abusaba del cuento se le decía:

—¿Pero es que tú crees que vas a vivir siempre del crédito facial?

Y de este modo se negaba el pago de la próxima ronda, que además casi nunca era la última.

PAQUETE

Castigo. Enfermedad venérea. Envío sustancioso. Si a uno lo empaquetan es tan malo como sí uno coge un paquete —y conste que en esto ya no están las cosas como estaban, gracias a Fleming—, pero en cambio siempre es delicioso, y más en el frente, recibir un paquete.

He aquí, pues, una palabreja que en la milicia vale por tres. A cualquier ciudadano, por propios méritos, por mala pata y hasta porque esté enfilado, le pueden empaquetar —que también vale por arrestar— o

meter un paquete, en cuyo caso es correcto decir que le metieron un tubo, o que le entubaron, e incluso, más desenfadadamente, que le metieron un cuerno, con perdón, o bien que le encornaron.

—Me corneó, me pateó y se me meó encima —se quejaba un estampillado de un comandante.

El otro paquete podía tener, aparte de las puramente sanitarias o morales, otras consecuencias peores, o al menos tan dolorosas, según se desprende de aquella actitud del médico de su Bandera, que tanto sorprendió a Peter Kemp:

«En cierta ocasión me desconcertó al mandar a un soldado al pelotón de castigo durante quince días por haber pedido ser mandado al hospital, debido a sufrir blenorragia.

»—¡Condenado gandul!—exclamó—. ¿Quién ha oído hablar de mandar a un hombre al hospital simplemente porque tiene purgaciones?»

Uno piensa que tanto había de disciplinario como de penitenciario en la actitud del teniente Larrea. Quince días de pelotón saldan las cuentas pecadoras del mismísimo marqués de Sade.

Durante cierto tiempo yo fui llamado el alferez del paquete, aunque por distintas razones, como pueden atestiguar el comandante Hernández, hoy general; el capitán Lasa, los tenientes de Carlos y Laserna y el alferez Tizón. Ello era debido a la frecuencia con que mi tía Petra me enviaba a orillas del Turia los más apabullantes paquetes que uno podía imaginar, porque contenían *delicatessen* de las que nunca se ven en el frente, salvo espejismos; la botellita de vermú, las aceitunas aliñadas, las anchoas rellenas, las frutitas de «Maxi», la lata de gambas, la botella de champán...

Desde el extranjero, muchas tías Petra enviaban a zona roja paquetes de víveres para familiares y amigos. Pero estos paquetes nunca llegaban —sin duda, para compensar lo fácilmente que se conseguían otros—, ya que la Administración de Correos mandaba al supuestamente feliz recipiendario un aviso que decía: «Como conocemos sus sentimientos republicanos, esperamos ceda este envío a nuestro glorioso Ejército popular. Si no está conforme, puede pagar a recogerlo de tal a tal hora en tales oficinas, ventanilla número cual».

Unas señas muy precisas, unas señas que no tenían pierde, pero ¿quién era el guapo?

Finalmente, por una confidencia, conozco otro significado de la palabra paquete, aunque no con caracteres tan definidos que permitan honestamente su generalización.

Sucedió que un amigo mío, A.O., falangista en un «bou» y legionario raso primero, cabo del Tercio luego y oficial de Regulares después,

anduvo con su unidad por un pueblo levantino, descansando entre combate y combate. Era primavera, lo cual explica muchas cosas, entre otras la prisa con que mi amigo asediaba a una chavalita algo alegre. La muchacha, sin duda, había oído cantar aquella copla que era como el más alto ejemplo de *fair play* que jamás haya dado un tenorio de vanguardia:

No llores, niña, no llores;

no llores ni pases pena,

que a eso de los nueve meses

has de tener una nena.

De modo que la niña resistía victoriosamente los últimos ataques de mi amigo, y cuando se sentía desfallecer le llegaban fuerzas de refresco con esta dulce y serena réplica, digna de la pluma del bachiller Francisco de Rojas:

—Sí, sí, pero luego vosotros os vais, ¿y quién se queda con el paquetito?

SANJURJOS

Nombre que recibieron los legionarios de una Bandera del Tercio formada en Zaragoza, mucho antes de que el Tercio llegase a semejantes alturas de la geografía militar de aquel tiempo. Con esto trata de indicarse que esta Bandera —cuyos servicios fueron excelentes— salió al campo en los primeros días del Movimiento. La iniciativa de aquel banderín de enganche se debió a algún antiguo jefe u oficial africano que andaba por la capital aragonesa. Llevó el nombre de Sanjurjo en homenaje al general navarro muerto en accidente de aviación cuando, desde Estoril, se dirigía a Burgos en una avioneta que pilotaba otro navarro, Ansaldo.

Yo no tengo noticia de que esta Bandera fuese contabilizada entre las fuerzas de África; pero se trata de una impresión puramente particular. Al parecer, se engancharon en la unidad muchos sindicalistas y anarquistas aragoneses. En zona nacional se habló del complot de la alpargata, refiriéndose a una pequeña y abortada conspiración mediante la cual algunos de los soldados de esta Bandera trataron de ponerse de acuerdo con sus antiguos camaradas. La contraseña de los comprometidos iba —según se dijo— en la suela de las alpargatas. Sus antiguos camaradas venían en las columnas catalanas de Durruti, Ascaso y el comandante Pérez Farrás, aquel militar «superescamot». De semejante historia no conozco más que el rumor. He oído que la Bandera se portó bien, cosa que no me extraña, porque su oficialidad

era de la mejor casta, y los sindicalistas y anarquistas aragoneses tampoco eran moco de pavo.

«También su artillería (la de los rojos) hizo algunos disparos, y ante nuestra vista estropeó a tres o cuatro “sanjurjos” de una sección que venía a relevarnos», apunta en su libro Francisco Cavero.

FRENTE POPULAR

La sagrada fórmula que el comunismo se inventó para aumentar su clientela —y que aún puede estar de moda en el mundo actual— tuvo desde el primer momento un éxito retórico, porque la etiqueta sonaba bien. El conglomerado de tontos útiles, intelectuales sin público, compañeros de viaje, burgueses ambiciosos o resentidos, socialistas millonarios y demás bagaje averiado. encontraba en la historia esa del Frente Popular las razones necesarias para justificarse, y de paso garantizaba el dominio comunista en las combinaciones electorales, con lo cual todos quedaban contentos. En los atroces meses que precedieron a nuestra guerra —singularmente desde febrero del 36— se llamó también Frente Popular a la vanguardia de las señoras un tanto excesivas, entonces no tan en auge como ahora.

—Fíjate, hermano, qué frente popular se gasta esa señora...

Para entendemos: Sofía Loren, Gina Lollobrigida, Jane Mansfield, Diana Dors, Emma Penella, Anita Eckberg y la misma delicada Liz Taylor, están muy bien de frente popular.

Esa mirada que Indro Montanelli atribuye a los italianos, que admiran a las mujeres «como compradores de vacas lecheras en el mercado», se fija galantemente en el frente popular. Posiblemente el mejor frente popular de aquella época en que las mujeres se mostraban más bien como arcaicos liberales en materia política —justo el tiempo en que nacen los frentes populares— fuese el de la adorable Mae West, pionera, si bien se mira, en cierto opulento sentido.

Por eso, cuando alguna vez se oiga lo de «¡viva el frente popular!», antes de soltar el garrotazo convendrá precisar a qué se refiere el demagogo: si a una candidatura o a una intención de candidato con fines puramente sentimentales.

LA EMISORA DEL QUESO

Así llamaban los rojos a Radio Burgos, y estaban en su derecho, aunque ellos no supiesen catar las excelencias de aquel queso informativo que

cada día alimentaba a todos los españoles en general, y de un modo singularísimo a los de la zona del caviar. El queso noticiable sabía a montuno, como fabricado por un ejército de campesinos y pastores, y era fresco, fragante y auténtico, como de muy buena leche.

Radio Burgos resultó tan simbólica desde el primer día —y esto también le pasó a Radio Sevilla—, que fueron muchos los lugares bautizados con su nombre en la parcela enemiga o en la neutral. Cualquier sitio más o menos público tildado vagamente de afecto a los rebeldes pasaba a llamarse Radio Burgos o Radio Sevilla. En Barcelona llamaban Radio Sevilla a una horchatería de la rambla de Cataluña. En Lea Escaldes (Andorra) se llamaba Radio Burgos a un barecito donde acudían a escuchar los partes y noticias nacionales tanto los andorranos simpatizantes como gentes nuestras que andaban huidas, a la espera de ocasión, dinero o amparo para llegarse al puente internacional de Irún. Radio Burgos de Andorra era una lonja de socorros, consejos y hasta trucos destinados a favorecer a los nacionales. Luego tomó este nombre como una condecoración, y ahora se llama aquel local «Bar Burgos». En su cristalería aparece la fina silueta de las torres de la catedral burgalesa. Cada vez que he pasado por Andorra he dedicado mis aperitivos, mis cafetitos y mis copetines a la mayor gloria de la caja registradora del «Bar Burgos». Me parecía algo tan justo, que más de una vez, por mejor quedar, pedía las copas dobles. Quien no es agradecido no es bien nacido, ya lo habrán oído decir ustedes.

DESENFILARSE

Situarse fuera de la vista o del fuego enemigo, y también de la vista y del fuego, al alimón; esto último es privilegio de los buenos tácticos y una verdadera bendición de Dios, muy difícil de alcanzar. Cualquier cristiano busca la desenfilada por instinto, pero si a ello se añade una dosis de prudente raciocinio, miel sobre hojuelas.

Mola recuerda a unos conductores de convoy «que venían bastante deprimidos, al punto de que tan pronto una bestia era herida la abandonaban, procurando desenfilarse, y así el camino se hallaba regado de alpargatas, mantas, gorros, maletas, cubas, ollas, bastes y hasta Irrigadores (por lo menos yo vi uno)». Sucedió en los alrededores de Taguesut.

Por natural extensión, desenfilarse es tanto como emboscarse. Dos amigos se encuentran en zona nacional. Uno de ellos viene del otro lado. El que pregunta es Gabriel Araceli, en *Valencia, 1936*:

»—¿Qué ha sido de tu vida durante estos años de guerra?

»—He estado desenfilado mientras he podido y cuando me llamaron a las quintas fui destinado a Madrid, al Ejército del Centro...».

Coger fila a uno es tanto como enfilarle, mirarle con malos ojos, tener prejuicios respecto a él.

Personalmente yo me desenfilé con alguna brillantez en ciertos exámenes de griego. Era una prueba escrita. Vigilaba el aula universitaria un joven sacerdote que había tomado muy a pecho su misión. Como buen táctico, se había situado en un observatorio tan feliz, que su simple control le garantizaba la victoria frente a cualquier intento ofensivo de aquella colección de cebollos más o menos helenizantes que componíamos el grupo de víctimas. No nos dejaba movernos, nos tenía con la panza en el suelo, por así decirlo, y sin poder alzar la vista. Nosotros éramos una plaza sitiada desde un corro de montañas, y al otro lado de las líneas enemigas se movía con rapidez una fuerza que volaba en nuestro socorro. Pero si nosotros no rompíamos el cerco no nos sería posible el triunfo. Era necesario enlazar con aquellos valerosos y sapientísimos camaradas que en un lugar cercano a los retretes de la Facultad —según precisaba una confidencia— nos esperaban con la traducción a punto. (Diré que el trabajo de la Segunda Sección fue citado en la orden de! día.)

Yo tenía la pleura inundada y un puntito en el vértice izquierdo, así que estaba sometido a un régimen de sobrealimentación. Mis toses, por otra parte, resultaban naturalmente convincentes. Puse mi mejor cara de Greco y me fui hacia el dominante observatorio. Pedí permiso para hecer pis y de paso para comerme un bocadillo. Me fue negado, pero insinué que, dadas mis condiciones físicas, bien pudiera ocurrir que me desmayase de debilidad y como consecuencia que rompiese aguas en el aula. El enemigo me autorizó a aliviarme, aunque fuertemente convoyado por un bedel. El bedel, que era amiguete desde antes de la guerra, me dijo en la puerta de los urinarios:

—Bueno, calculo que sabrás hacerlo solo —y me esperó en la puerta.

En los vespasianos me fueron entregadas seis copias de la traducción. Luego envié al bedel por un bocadillo, que me sirvió ostentosamente en el aula. Fue un hermoso bocadillo, con barra de tercera. Para entonces yo había distribuido cinco copias entre mis desasosegados corderitos, que me miraron como los de la harka de Aranda a los mariscos que asomaban por el Naranco. Aquel día ganamos una buena e inútil batalla, al menos en lo que a mí respecta, porque el aprobar griego nunca me ha servido para nada.

Lo único que quería señalarles con esta historia, es la importancia de actuar desenfilado cuando se opera cerca de un observatorio de primer orden.

REENGANCHE

Término militar de arriba abajo, el reenganche es el acto voluntario mediante el cual un soldado prorroga su compromiso de servicio, el premio en metálico que esto merece y también el distintivo que en algunos cuerpos luce sobre su uniforme el que se ha reenganchado.

Por extensión, tan burlona como significativa, los soldados llaman reenganche a la ración suplementaria que puede corresponder a quien la solicite después de que todos comieron el rancho, y siempre a cuenta de lo que haya sobrado. Se lee en *Cuerpo a tierra*: «Al “Barbas” había que verlo comer. Era un tragantón formidable. Engullía el rancho a velocidad prodigiosa, listo siempre para el reenganche».

El reenganche es como una madre. El reenganche es sabroso como una muchachita guapa. El reenganche tiene más calorías que el rancho y sus vitaminas son tan gordas, fuertes y poderosas como los caballos de la Granja Poch.

Sigue el relato de Fernández de la Reguera a propósito del «Barbas»:

«Se servía el último y acababa, indefectiblemente, el primero.

»—¿Quién quiere reenganche? ¡Venga, valientes!

»Después se lo contaba a Guzmán:

»—¡Huy, huy, huy, cómo me he hinchado! Me he puesto a repartir y... ¡Ahí va! ¡A ver, venga!, para todos igual, no se admiten protestas. Lo mismo me da uno que otro. ¡Venga ese plato! ¿Quién quiere reenganche? A ver, valientes, pedir por esa boca. No os preocupéis por mi. ¿Veis? Para mi los huesos. Y todos tan contentos, y me arreé unos pedazos de carne como montañas. ¡Olé mis talentos!»

En la cola del reenganche siempre han florecido los picaros, los tragaldabas y los claros ingenios. Los que ya saben manera se reenganchan de rancho, de permiso, y nunca me olvidaré de aquel que me confesaba: «Fue de maravilla. Yo ya me marchaba y me reenganchó la dueña. ¡Veintitrés añitos!».

Mi amigo S., que al decir de sus camaradas de centuria dominaba como nadie esa técnica, coincidió conmigo en la cola de un pésame. Se me acercó solícito y me dijo:

—Hola, Rafa. ¿Qué, hay reenganche de duelo?

ABATALLONARSE

Reflexivo de origen legionario para calificar a cualquier unidad o soldado del Tercio que sintiera demasiado apego a la buena vida, pereza da la acción o no brillara esplendorosamente en la maniobra frente al enemigo. Abatallonarse es agrisarse, hundirse en la vulgaridad, renunciar a la gloria. Calculo que el verbo nació en el mismo momento en que el Tercio ganaba su esplendorosa fama a lo largo de los combates de Marruecos. Es voz que aún está en activo, pero que desde el punto de vista de su origen se acabó en la guerra de España, donde los batallones de reclutas no dieron jamás lugar a un vocablo menospreciante. Los batallones de Infantería operaban por riguroso turno de rotación junto a las unidades de choque y a las de voluntarios falangistas y carlista. «Ya, en el Ejército español, todo es Tercio», cuenta don Manuel Aznar que le dijo un general en su puesto de mando, y esta opinión era compartida por la mayoría de los combatientes, cosa que es natural, y también por los expertos de toda índole, cosa que ya es más difícil.

—La vida le abatallona a uno mucho —me dijo un amigo tristemente después de contarme que había renunciado a darle una bofetada a un chupatintas moquiliquí, que mandaba mucho en su oficina, por el santo temor de perder su pan y el de sus hijos.

TANQUETA

Pequeño carro italiano que alcanzó gran popularidad, sobre todo en los primeros meses de la guerra. Recuerdo haber visto tanquetas por vez primera en el frente de Madrid. Me parece que disponían de dos ametralladoras y un lanzallamas. Las ametralladoras, pongo por caso, iban a proa, y el lanzallamas a popa; de modo que cuando la tanqueta quería echar la alentada o su equivalente, tenía que dar media vuelta. El refranero militar definía: «La tanqueta italiana, dos ametralladoras y un lanzallamas». Algunos las llamaban latas de sardinas. Y no solamente en España. *Naja parla*, de Monelli, relata cómo los soldados italianos de la G.M. II llamaban así en Libia «a los carros ligeros, muchos de ellos veteranos de las campañas de Etiopía y España». Sin duda, con las tanquetas también se llevaron el mote a otros frentes.

PACO

Del sonido que produce el disparo cercano y seco —pac, pa-có, pa-cum— deriva el nombre de paco que se aplica al tirador que hace fuego en estas condiciones. El paco suele ser un hombre solitario, paciente y astuto, con alma de cazador furtivo. Los moros paqueaban admirablemente de día y de noche. Con una fusila, un puñado de higos, una buena provisión de cartuchos y un cacho de peña donde camuflarse,

todo el tiempo les parecía poco para dedicarse a este sangriento y arriesgado deporte.

«—¿Qué es un *paco*?

»—Un fusil y detrás un moro».

Lo dice el jefe legionario Maciá Serrano en la novela *La legión desnuda*.

«*Don Paco Peña* —nombre etopéyico— avisó discretamente de su presencia con una bala cuidadosamente dirigida», escribe Luys Santa Marina. Y Mola anota: «La noche transcurrió tranquila como nunca, y tranquilo se deslizó el amanecer del día 29, pues incluso el pelmazo de Don Perpetuo Constante —un *paco* que nos trajo de cara durante todo el asedio— no dio señales de visa ni aun cuando se formó para distribuir el café, que era su hora favorita».

El *paco* moro y el *paco* peña fueron harto famosos en África, y en cierto modo nosotros, chavales entonces, hacíamos contra-paqueo en los tiros al blanco de fiestas y verbenas, donde unos soldaditos de hojalata caqui atacaban a la bayoneta a unos moros ocultos entre las chumberas. Por tres tiros, diez céntimos, uno podía poner en movimiento la batalla en la que indefectiblemente triunfaban los nuestros. Mientras tanto, sobre la gaba, se contra-paqueaba de manera más eficaz.

«A la izquierda de nuestra guerrilla un soldado americano combate festivo —cuenta Franco en su libro de memorias africanas— entre un grupo de piedras y a cada disparo siguen sus gritos de alegría. Ha colocado su sombrero en las peñas más altas y él, desde la derecha, disimulado entre dos piedras, está a la caza. El sombrero ha recibido varios balazos y cada agujero que le producen es contestado desde su rendija por el americano, que va tumbando con su procedimiento a los cercanos *pacos*».

Del mismo modo que un insignificante tábano es capaz de enloquecer a un elefante, un buen par de *pacos* pueden marear a un regimiento o al menos alterarle el sistema nervioso.

Desde África, la táctica del *paqueo* pasó a la jungla del asfalto celtibérico y los tejados de las casas españolas y los porches de las plazas mayores y las enramadas de los jardines con cisnes, palomares y estatuas de poetas, se poblaron de *pacos* cada dos por tres. Los que saben de baile flamenco —esto es, los actores de Hollywood, los íntimos del duque de Windsor y algún catalán que otro— dicen que el momento culminante del baile en este siglo es aquel en que la Pastora echó los brazos por alto. Habrá que precisar la fecha del acontecimiento para ver si coincide con alguna tormenta revolucionaria, y tan gracioso y elegante gesto no es más que un reflejo entre litúrgico y candombo de la actitud general de la calle, donde los ciudadanos circulaban con ambos brazos en alto y a paso de banderillas, obligados a marchar de esa guisa por los constantes *paqueos* y *contra-paqueos*.

»—Yo qué voy a ser rojo; yo soy banderillero», dijo un gitano harto de levantar los brazos en los primeros días del Movimiento.

Los pacos madrileños fueron, en el verano del 36, como el fuego último del cuartel de la Montaña, hoguera que se apagaba con un heroico chisporroteo; como las avanzadillas de las columnas que bajaban desde Navarra y Castilla hacia la sierra del Guadarrama. En general, sirvieron de pretexto para iniciar los registros domiciliarios y los paseos.

«En las cercanías de la plaza de Antón Martín todo el barrio de Lavapiés estaba revuelto. En muchos tejados sonaban disparos. Los milicianos estaban cazando tiradores —«pacos» los llamaban— sobre los tejados y a través de las buhardillas. Alguien contaba que en la calle de la Magdalena habían matado a tres falangistas». Lo curioso de este párrafo de Arturo Barca (*La llama*) es su pequeña sorpresa ante la palabra paco, sobre todo teniendo en cuenta que Barea, según parece, anduvo de sargento en África algo antes del desembarco de Alhucemas. Lo cuenta en el segundo tomo de su trilogía *La forja de un rebelde*. Debió ser un sargento muy de retaguardia. De otra manera es imposible que eso del paco le cogiese de nuevas.

Bajo el solazo riojano, en los tejados de Logroño, hacíamos contrapaqueo el lunes 20 de julio. Prácticamente éste fue el bautismo de fuego de la columna de García Escámez, llamada la del 19. De las casas nos subían vino fresco y chorizo, y también limonada. Tiros aparte, aquello era como una excursión fantástica en la que, si bien las montañas se cambiaban en tejados, la merendola permanecía, y eso es muy de considerar.

HUEVO FRITO

Cuando me evacuaban de Cella camino de Zaragoza, me encontré con un compañero bastante viejales y muy simpático. Llevaba una estrella pequeña en la boina, igual que yo, y le tuteé desde el primer momento. También le dije unas cuantas cosas bastante graciosas porque a mí me entra la gracia con las ansias de la muerte; las cosas que le dije eran para comentar algunos detalles de la evacuación. Conmigo iba otro alférez. Este alférez, cuyo nombre no recuerdo, no hacía más que darme codazos. Cuando el viejales simpático encendió un pitillo vi, al resplandor de la cerilla, que su estrella era de ocho puntas y estuve a punto de desmayarme.

Luego me dijo el alférez:

—Ya te estaba advirtiéndote yo que el tío llevaba el huevo frito.

—Pero es que era de paloma, hermano —comenté todavía con el susto.

Lo de confundir las estrellas, en los primeros momentos, fue achaque común. Se cuenta que los milicianos de guarnición en Peguerinos le ofrecieron al alcalde rojo el grado de comandante. Por entonces los bermellos todavía usaban las estrellas. No habían inventado las barras que, en cambio, utilizaban aún los requetés. El alcalde, hombre prudente y ambicioso, preguntó:

—¿Cuántas estrellas lleva un comandante?

—Una —le contestaron.

—¿Y un capitán?

—Tres.

—Pues yo, capitán.

Le hicieron capitán, a su gusto, pero luego le sacaron una copleja. O bien los nacionales, al enterarse, pusieron en solfa el episodio. Eso no lo sé; la letrilla decía:

Alcalde de Peguerinos,

¡no seas tan animal!

Pudiendo ser comandante,

te quedaste en capitán.

El huevo frito es el nombre familiar que se da a la estrella de ocho puntas. Debo confesar paladinamente que nunca me tropecé un huevo frito con mejor sabor. Aquel comandante de mi particular historia era de Sanidad y se olvidó del tuteo y de los comentarios. Supongo que, vivo o muerto, estará en los altares.

También se llama huevo frito al rosetón o escarapela que suelen llevar los profesores de las Academias y Escuelas Militares. Y a la Laureada, aunque quizá por otras razones. En *Feria de restos* cuento mi visita a la A.G.M. de Zaragoza y hago notar: «Si no fuese por el emblema del profesorado —“huevo frito”, en el lenguaje de los caballeros alumnos—, muchos de los jefes y oficiales podrían pasar por cadetes».

MANTECADOS

En cualquier país del área del aceite, dos huevos fritos constituyen un desayuno; tres huevos fritos, otro desayuno, pero más fuerte. En nuestro país, lleno de matices originales, la pareja de huevos fritos cambia de nombre la totalidad de la designación en cuanto a la milicia se refiere, y lo mismo ocurre con el trio, de modo que dos huevos fritos, o sea, las dos estrellas de ocho puntas que caracterizan la bocamanga de un teniente coronel, reciben el nombre de mantecados. «Fulano está a dos dedos de los tres mantecados», dice un viejo amigo cuando consulta la escalilla de su Arma o Cuerpo. Técnicos de la lexicografía de cuarto de banderas, compañía, tienda y barracón, me aseguran que las nuevas promociones aplican indistintamente, y sin diferenciar grados, lo de mantecados o huevos fritos. Dicho sea en honor a la verdad, esa pureza de aplicación yo no la he conocido nunca, pero tampoco la pongo en duda.

CANDORA

«Mira qué gabardina más rara lleva Mola», me dijo un amigo no recuerdo bien si en Leganés o en Carabanchel; pero, de todos modos, un día en que la aviación enemiga nos breó de lo lindo.

—Ni gabardina ni nada —aclaró un sargento europeo de Regulares que por allí andaba—. Lo que lleva el general es una candora.

La candora es, según Giménez Caballero, una «especie de gabardina caqui sin cuello y de manga ancha, abierta por en medio y ceñida con el correaje. Maravillosa para las marchas en el polvo y para enmascarse en los barbechos, los secarrales, los pedregales, los eriazos, las cárcavas y monegros. Y para cabalgar». El mismo Ernesto la liga con la «alcandora» o «aljuba», que hechas de sirgo, llevaban nuestros adalides medievales y nuestros guerreros de romances fronterizos. Era la variante morisca del «brial o ciclatón castellano».

La candora vino a España con las fuerzas moras del Protectorado, con los Regulares, los de la Mehala y la Harka, con las compañías indígenas de Cazadores de África, y también con los Tiradores de Ifni; pero quien le dio aire internacional fue Mola, que la usaba mucho. Hay montones de fotos en las que se ve a Mola con la candora y con su «Leika» y sus prismáticos colgando del cuello. «El general realizó en el mes de agosto (de 1936) bastantes viajes a Torquemada. donde se entrevistaba con el general Saliquet en el Ayuntamiento. Se encargó una candora —escribe Iribarren—, especie de gabardina corta que le gustaba mucho y con la que pensaba vestir a sus soldados. El día que la estrenó le dijo, bromeando, a un amigo que aquella prenda, a más de resultar muy práctica, tenía la ventaja de volverle a uno *candoroso*».

Hubiera sido un acierto llevar a la práctica este propósito del general. Y lo que no puede negarse es que algunos chaquetones impermeables y

mimetizados que hoy usan los comandos de diversos países recuerdan en su corte a la candora. Yo me agencié una en mi batallón ceriñolo. Pero me desapareció en el hospital, y fue tan llorada por mi como, algún tiempo después, otros objetos de los que normalmente van debajo de la candora; por ejemplo, las costillas, la pleura y demás menudencias de esa zona. Sin las tales puedo pasarme, pero a la candora la he echado mucho de menos.

CAPOTE MANTA

El que no haya robado un capote manta, que tire la primera piedra; y también puede tirarla aquel a quien no le hayan robado nunca su capote manta, sobre todo en los primeros días de nuestra guerra —pongamos meses—, cuando escaseaban. Al final también se robaban capotes mantas, pero era por mantener la tradición y por espíritu deportivo. El último capote que robé en mi vida fue en el otoño de 1959, cuando rodábamos en Lérida *La Fiel Infantería* y empezaron a echarse las nieblas y los fríos en torno a la vieja posición roja del Tosal de Moredilla. Lo digo por si Ricardo Sanz, jefe de producción de «Ágata», lo ha echado de menos. Está en mi casa; pero no pienso devolverlo por razones sentimentales. Procedía de una partida comprada en la casa del Valenciano en el Rastro, porque los capotes manta ya no los utiliza más que el cine. Uno lamenta personalmente que el capote manta sea una simple prenda de guardarropía, tanto por lo que pueda encerrar el hecho de indicativo simbólico como porque era práctico —digan lo que digan— y porque calentó nuestra juventud militar. Me robaron el primer capote manta en Somosierra, y allí mismo me repuse del robo con otro robo, quizá por aquello de que la mancha de la mora con otra verde se quita.

«Lo que fueron la bota navarra y la alpargata para el calzado de invierno y verano —escribe Giménez Caballero en su libro *La Infantería española* —, resultó el capote manta para el abrigo: la prenda más antigua, magnífica, evocadora e hispánica. Se podría afirmar que el capote manta era la tradición española hecha prenda». La estupenda erudición del maestro Ernesto sitúa el origen del capote manta en el sayo ibérico, «que ya se llevó en Numancia y se introducía por la cabeza», y lo liga con la «poenula» de los celtas, para que así resulte de base celtibérica, que es lo bueno, a través de la «guasapa» con «cucullus», esto es, capucha, de donde procede la casulla, «que es un divino capote manta de la liturgia introducido por la cabeza y con manga recortada». Lo emparenta con el hábito medieval, con la anguarina de nuestros pastores y con la chilaba marroquí, que nace en España en tiempos de los moros españoles. Este es el árbol genealógico del capote manta según Ernesto Giménez Caballero, y a mi me parece perfecto.

El *Diccionario* de la Academia señala en la voz capote dos modalidades militares y otra que lo puede ser. Una, capote a secas, «especie de

gabán ceñido al cuerpo y con largos faldones, que usan los soldados de Infantería como prenda de abrigo en las marchas». Se conoce que si no es en marcha no se nota el gris. Dos, capote de montar, «prenda de uniforme que usan, para su abrigo a caballo, las plazas montadas del Ejército», y tres, capote de monte, «manta de jerga o paño con una abertura guarnecida de cuello en el centro para socar la cabeza, y a veces con botones para cerrar los costados». ¿No es lo mismo el capote de monte que el capote manta? Pues se le parece mucho. Monte, manta; capote monte, capote manta, capote de echarse al monte a la española. ¿Por qué no figura el capote manta en el *Diccionario*? Varios académicos lo han usado, y a fe que algunos de ellos con mucho garbo. Así, que yo recuerde —y pido perdón por las ausencias, si las hay—, el general duque de la Torre, el marqués de Lucha de Tena, Pemán, Sanchiz, aunque don Federico prefirió siempre una ruda y blanca pelliza de piel de cordero; Pedro Lain Entralgo y Cela. De los electos, Eugenio Montes, Sánchez Mazas y Sainz Rodríguez. A Pemán lo recuerdo por Talavera de la Reina; a Luca de Tena, en el cuartel general de Varela; a Eugenio, en *Arriba España*, de Pamplona, igual que a Laín Entralgo; la cabeza de Eugenio, menuda y aguileña, asomaba por el cuello del capote con un ademán mixto de cóndor y monje; y a Sainz Rodríguez de verlo en fotografía, cuando un periódico publicó la noticia de que habla sido nombrado Jefe Nacional de la Falange, con nota laudatoria del acierto que tal designación suponía. La verdad es que el cargo de Sainz Rodríguez era el de Jefe Nacional de Educación o algo así; fue antes de constituirse el primer Gobierno nacional en aquel Burgos bullicioso, tan repleto de capotes manta militares y políticos. El periódico rectificó su error como pudo y santas pascuas. A Sánchez Mazas lo vi con capote manta me parece que en un noticiario en el que contaba su evasión de un campo rojo en los últimos momentos de la ofensiva nacional en Cataluña. Ya sería bonito que los académicos de capote llevaran el capote manta al *Diccionario*, siquiera sea por gratitud a lo mucho que les abrigó.

El *Diccionario Enciclopédico de la Guerra*, importante obra en curso de publicación, señala los siguientes capotes: de centinela, de montar, manta y ruso. Del capote manta dice: «Manta con una abertura en medio para pasar la cabeza. Es prenda que, sobre no ser de mucho abrigo, embaraza la marcha y los movimientos». El juicio sobre la capacidad térmica del capote manta es puramente subjetivo, y no tanto, aunque algo sí, el que se expresa sobre esa especie de particular sabotaje a la holgura de movimientos del usuario. Nada añade sobre su próxima historia, pero no es difícil rastrearla. Su color caqui fija el nacimiento del capote manta en las fechas de la modernización del vestuario militar, tarea emprendida durante la Dictadura. De todas maneras, por lo menos en África, ya se usaba algo antes, según se desprende de la lectura de un párrafo de *Imán*, en el que Sender enumera el equipo individual: «La manta terciada, zurrón con el paquete de curación, el vaso, el plato, la funda del jergón individual liada a la espalda, la mochila con el equipo de invierno y las tres mudas, los fuertes zapatones, el capote manta, pesado como un hábito de fraile,

y luego el correaje con las cartucheras llenas, el machete de nuevo modelo, el fusil».

El Tercio también llevaba capote, pero de color verdoso y creo recordar que abierto. Para remachar en el clavo bucéé en mi pequeño archivo militar fotos de África, pero todas las que tengo son calurosas, de manera que de capote ni tanto así. En la última edición del *Diario de una Bandera* se ve a Franco con típico capote manta. Luego husmeé en testimonios gráficos de la sublevación de Jaca; pero aquellos soldados de diciembre llevaban tabardo, al menos en los documentos que he visto. Vi salir tropas de Pamplona con destino a Jaca, pero mi memoria falla; no las veo ni con tabardo ni con capote. Claro está que lo llevaban, pero yo no podría jurarlo. En unas maniobras celebradas durante el primer bienio, me parece que en León, unos cuantos jefes que rodean al presidente del Consejo y ministro de la Guerra, señor Azaña, llevan capote manta. Azaña, en la foto, mira por el anteojo de antena, pero no ve la que se le viene encima.

El capote manta es típico de nuestra guerra, donde, con todos sus inconvenientes, no embarazó demasiado la agilidad del Ejército nacional, aunque es cierto que en épocas de calor y también de marcha acelerada, siempre quedaba tras de la tropa una estela de capotes manta abandonados. Pero los comodones han existido siempre. De la misma manera se abandonarían abrigos de visón. Al capote manta lo sustituyó una fórmula intermedia entre el capote ruso y el alemán, y a éste, que sí que era una lata, le dio la puntilla el tres cuartos actual. De modo que es muy posible que el capote manta fuese una prenda poco práctica desde el punto de vista de la utilidad militar, pero de lo que nadie duda es de que el capote manta era una envoltura casi telúrica. Abrigarse con el capote manta equivalía a una anticipación de la muerte, pero al tiempo daba el calor misterioso, grato y reconfortante de la vida. Sentir el capote manta sobre el pecho y la espalda, escurriéndose por las caderas, apretándose a las piernas, era como meter el cuerpo en la tierra para hartarse de dormir hasta el juicio final —donde ya se sabe que tocarán diana—, pero también era como hundirse en el regazo de la madre o en la cuna donde uno durmió de niño. El capote manta participaba de la casulla, la manta del pastor, el sayal del fraile, la cama de matrimonio y el tabardo medieval. El capote manta, en alguna rama de su árbol, enlazó con la manta de los indígenas americanos y tuvo un niño llamado poncho. El capote manta es el padre del poncho, y uno, dentro de él, se sentía algo gaucho, sobre todo a la hora de asar la carne de una vaca cazada entre líneas. El capote manta tenía una línea tosca, campesina y noble. Los fantásticos sabían echárselo hacia atrás, y de este modo casi lea caía como una chilaba. Cuando escaseó la tela caqui, cualquier costurera no muy hábil era capaz de improvisar, con un par de mantas rayadas o a cuadros, de Palencia o de donde fuesen, un capote manta de los buenos. A mí me hicieron uno en la Sección Femenina de Pamplona que me hacía chiquito el pie. Era gris, con raya blanca: una maravilla. Los había con cuello de piel. El cuello de piel otorgaba a los capotes un aire legionario, elegante

y despreocupado. Esto se reforzaba abriéndolo por la parte delantera. Así lo llevó Franco toda la guerra, y también en África.

Ángel Ruiz Ayúcar da muchas precisiones sobre la cuestión en una estupenda novela, *Las dos barajas*: «Encima del uniforme llevaba un capote manta, prenda poco amada por los soldados, dado lo mal que sienta, aunque se reconocía que era práctica, pues igual sirve de abrigo que de manta, característica muy importante cuando hay que dormir sobre el terreno. El ingenio garboso de los combatientes había resuelto el problema dando un corte por delante al capote; lo que le convertía en una capa bastante airosa. Si se la completaba con un forro blanco (una manta de cama servía muy bien para el efecto) y con un cuello de piel, tomado de un abrigo pasado de moda, se obtenían resultados francamente satisfactorios. La prenda que resultaba no figuraba en ningún reglamento de uniformidad, pero como de general para abajo la usaba todo el mundo, en especial el cuerpo de oficiales, tomó carta de naturaleza en el Ejército nacional, con igual derecho que la cazadora de cuero, la canadiense o la pelliza».

El capote manta tenía un olor montaraz, humano, equidistante del tomillo y de la jara y del cuero seco de las botas o del blando cuero de las abarcas. También olía a sudor, y también olía a pies. Olía a leña verde, a humo denso, a tierra mojada, a polvo; en fin, olía a soldado por todas partes. El capote manta era casi como una tienda de campaña individual, y cuando uno echaba la capucha sobre su sesera se sentía como un castellano en su castillo después de haber bajado el puente levadizo, incomunicado con el exterior, encerrado en sí mismo, metido en su hogar, dueño de sí, cerca de la familia, junto al fuego y la comida caliente. El capote manta era, para hablar con exactitud, como la casa de uno, del mismo modo que el macuto era la despensa, y el armario, y hasta el desván. En combinación con una manta, resultaba ya un lujo increíble, casi un vicio, algo tan voluptuoso como una patricia romana de la decadencia y no faltaba quien lo decía, pero más a lo burro. Si se le echaban encima las cartucheras o el correa, abrigaba más y dificultaba menos los movimientos. Se adornaba con flechas y aspas de Borgoña, y los gallegos se colocaron en el capote el famoso marisco que los distinguía.

El capote manta era la prenda ideal para dar el parte meteorológico en las madrugadas heladoras o batidas por el agua:

—Mi sargento, ¡qué mañana para destetar hijos de puta!

MADROÑO

Este y no otro es el nombre verdadero de lo que la gente, por lo general, llamaba la borla o borlita —amén de otras denominaciones menos ortodoxas—, refiriéndose al madroño colgante que remataba con tanto

aire el gorro cuartelero. Ahora han desaparecido de la calle los gorrillos y las borlas, aventados por la necesaria modernidad, y uno se limita a recordar aquí hasta qué punto caracterizaron nuestra guerra. Si un sombrerero avisado se inventó aquel *slogan* perfecto: «Los rojos no llevaban sombrero», con la intención de combatir el sinsombrerismo creciente, no hay que inventar nada para asegurar que lo que los rojos no llevaron fue borlita en el gorro. Se caparon el gorro porque vieron en el madroño un signo de marcialidad y militarismo. El gorrillo de Franco —y también el capote manta— fueron prendas un tanto emblemáticas del vestuario nacional, como la camisa azul y la boina roja lo fueron de una clara postura política y militar que cubría por sí misma los fines históricos de la guerra. Creo que nunca he visto una caricatura de Franco —a favor o en contra— sin el gorrillo y la borla.

He aquí dos testimonios, uno desde zona nacional y el otro desde roja, a propósito del madroño y su significado:

Escribe Ruiz Ayúcar lo que va viendo en su primera incursión por zona nacional, Lara, el agente doble de *Las dos barajas*: « Se cruzaron con una patrulla de falangistas que, formados de a tres, con los fusiles colgados al hombro y las mantas terciadas se internaban en el monte, en dirección al frente. Uno de ellos llevaba un banderín con los colores rojo y negro, casi igual que el de la F.A.I. De la punta de sus gorros colgaba graciosa la clásica borla del soldado, que en la zona roja se habla suprimido, cualquiera sabía por qué. El balanceo de aquellas borlas marcaba una notable diferencia entre los combatientes de ambos bandos. Las borlas resultaban más alegres».

Gabriel Araceli, en *Valencia, 1936*, cuenta cómo interrogaba sobre Miaja a un amigo suyo que venía de Madrid:

«—Le veía —me contesta— cuando subía y bajaba desde su coche, hasta el despacho; lleva cazadora de paño caquí y bastón y cubre su calva con un gorro cuartelero, sin borla, claro.

»—¿Sin borla? ¿Por qué?—pregunto, extrañado.

»—¿No lo sabías? La borla en los gorros es signo de fascismo y los rojos arrancaron todas en los primeros tiempos; así, todos los gorros cuarteleros rojos no llevan borla y en eso se distinguen de los nacionales».

El madroño, como el sutás del gorro, podía ser de varios colores, pero el más popular de todos era el rojo de la Infantería. Se podía llevar madroño y sutás dorado, verde, rojo, azul, verde y oro, rojinegro, plata y blanco, así de memoria, y puede que alguno se me escape. Esta especie de micropompa cromática era todo lo que quedaba de aquel fasto variopinto que caracterizó a los uniformes hasta la G.M. I. Así se alegraba, de manera cordial e incluso totémica, la severidad de los uniformes caquis. Todavía se ven el gorrillo y el madroño sobre las testas legionarias, que lo llevan con garbo excepcional, «Graciosamente

inclinado hacía la derecha o a la izquierda», como creo que ordenaba no se qué reglamento. Los legionarios siempre llevaron el gorrillo, y por consiguiente el madroño, con excepcional estilo. En la guerra de África los moros enemigos les llamaban, según cuenta Maciá Serrano en *La Legión desnuda*, «los del “bujannú”, los del madroño, por la borla colorada que colgaba del gorrillo ladeado». Esto de llevar el gorro ladeado no entraba en algunas cabezas, y hasta el propio Hitler se sorprendió con ello a cuenta de los divisionarios azules, aunque luego uniese la inclinación del gorro con la entereza del corazón en una célebre frase. El gorrillo —isabelino— y el madroño volvieron a nosotros después de un eclipse, allá por 1911, para sustituir a los gorros redondos, como de Telégrafos o Correos o Anatole France, que se usaban hasta entonces. Hallé la noticia en la sección *Pamplona hace cincuenta años*, que publica el *Diario de Navarra*.

Los africanos explicaban muy bien eso de que el gorro cayese por estribor. En uno de los capítulos de *Tras el águila del César* lo puntualiza Luys Santa Marina. El capítulo se titula *Cómo aprendí a poner el gorro a la derecha*, y dice así:

«Los veteranos miraban burlones mi gorro, derecho, con la borla justo en medio de la frente, y sonreían.

»—¿Por qué le pones así?

»—¡No lo sé! ¡Qué más da!

»—Puede que dé algo. Acaso le cambies.

»Nuevas sonrisas. Todos llevábanlo caído hacia el lado diestro, con la borla fuera de la cabeza.

»A los pocos días, en el parapeto, una bala le entró por junto a la borlita y salió por atrás. Me sacó raya en el pelo.

»—Ahora modificarás la *toilette*, pues viste prácticamente que el madroño sirve a los mojamés de objetivo, y esos diablos pocas veces la yerran.

»Y reían».

Como se ve. La puntería enemiga influye en la manera de ponerse el gorro y también en el modo de encender cigarros, por aquello de que los *boers* se cepillaban al tercer inglés que encendía con la misma cerilla. ¡Qué había de suceder si unos andaban escasos de lumbre y otros sobrados de puntería y ganas de darle al dedo!

El madroño iba delante de nuestros ojos, descarado y gracioso, como el cabo de gastadores de nuestra propia juventud. Ahora el madroño voló y también la juventud. Descansen en paz ambas, que bien lo necesitan.

CAZADORA

Prenda civil, cuyo origen desconozco, que tuvo su bautismo de fuego en la guerra de España.

La cazadora, como prenda urbana, comenzó a ponerse de moda allá por los años últimos de la II República. En el campo norteño ya se usaba antes. A mí me compraron en casa una cazadora de ante que era un verdadero bombón. Como para eso de formar entre los pioneros de la moda siempre he sido un tanto vergonzoso, me la puse muchas veces debajo de la chaqueta, como una especie de superjersey, cosa que desesperaba a mi madre; hasta que un día me guardé mis rubores en el bolsillo y decidí lucir el talle. Aquel día salí de clase a las dos de la tarde. Las clases habían comenzado a las nueve de la mañana. Yo estaba levantado desde las seis, y a las diez y veinte, mientras Julio César atravesaba el Rubicón de la mano del señor Chamorro, me había tomado las once; de modo que mi corazón piaba nada más que de pensar en el comedor de San Bernardino, 1, y en el trabajo que la chacha hubiese realizado en la cocina bajo la supervisión de mi madre. Entonces pió también mi boca y me puse a silbar una cancioncilla en boga. Sentí que me golpeaban suavemente en el hombro. Aquella era una triste señal, muy corriente en los felices tiempos de la libertad y la democracia; pero como yo estaba en plenos dominios del fuero universitario, no me alarmé. Una voz solemne, con un deje entre dictatorial y burlón, me advirtió:

—Joven, en la Universidad no se silba.

Era don José Ortega y Gasset.

Sinceramente, yo creo que si no llega a ser por la cazadora, que me hacía destacar, don José no se fija en mi concierto. De todos modos, no volví a ponerme libremente la cazadora hasta la guerra.

La cazadora arrebató a las gentes de mi tierra, y de manera singular a las de la Montaña. Se veían muchas cazadoras a cuadros en las bacas de los autobuses que iban desde Pamplona hacia la Regata. Los primeros meses de la guerra dieron testimonio de su utilidad, y pronto comenzaron a verse cazadoras de todo género: de gabardina o trinchera, de cuero forrado con borrego, de paño azul o caqui, con botones o con cremallera. La cremallera tuvo muchos partidarios. Sáenz de Tejada pintaba a los requetés con cazadora a cuadros de vivos colores.

En la zona roja también pegó mucho, y las más famosas fueron las de cuero. Es raro el relato de zona roja que no ligue el terror a la cazadora, ya desde los primeros días. El marqués de la Cadena anota en un diario que recoge su estancia en el San Sebastián de los píos

catolicarras y los piadosos marxistas: «Abrimos la puerta. Frente a ella dos guardias rojos, que penetran en el recibimiento, con su inevitable cazadora y su arma larga». Los anarquistas la usaron mucho. El arquetípico Lara vestía así: «Su atuendo era del estilo de los demás. Sobre la cazadora se veía la bandolera que sostenía la pistola. Al cuello llevaba anudado un pañuelo rojo y negro, emblema de la F.A.I... A pesar de la cazadora, del pañuelo y del correa, parecía uno de los antiguos señoritos que frecuentaban el local». Hasta tal punto la cazadora, a los ojos nacionales en zona roja, imprimía carácter, que muchos la utilizaban como enmascaramiento de su ideología. Esto le sucedió a aquel Gumersindo, modelo de burgués bien vestido, a quien canta en un curioso libro titulado *Las catacumbas de la radio*, Domingo Fuenmayor:

No es clámide, ni túnica, ni piel de oso ni hopa;

ni armadura luciente, ni de buen fraile ropa,

ni levita romántica, ni chupa salmantina,

ni del gran Pedro Crespo la sesuda anguarina,

ni del sietemesino la menguada esclavina.

Ni la cota de malla, ni la férrea coraza...

¿Qué será, Dios de dioses?, se pregunta la raza.

No es el chic parisino, la elegancia romana,

la gracia versallesca, la arrogancia espartana...

Es algo melancólico, de la estirpe es el fin:

¡¡Es como un juboncillo hecho de calcetín!!

¡Qué jornada tan triste, tan desconsoladora!

(Hasta don Gumersindo viste ya cazadora).

También en las banderas de Falange se llevó muchísimo, y la prueba es que, desde los primeros días, los establecimientos del ramo se gastaron muy buenos cuartos en anunciar las cazadoras como vestimenta óptima para la vida militar. En *Arriba España* (20 de octubre de 1936) veo un anuncio a una columna —propio, ¿no?— que coge toda la plana y nada menos que de salida: «Falangistas: la cazadora uniforme que vosotros preciséis podéis adquirirla en los acreditados establecimientos LA FAVORITA, Carlos III, 5. y en LA CREACION, Zapatería, 38, Pamplona».

La proclamación oficial de la cazadora como prenda militar se celebró en el Tercio, allá por febrero de 1938. En las memorias de Peter Kemp, *Legionario en España*, puede leerse: «Al día siguiente (del primero de

febrero) recibimos uniformes nuevos, antecesores del uniforme de combate del Ejército británico: cazadora verde, de sarga, pantalones del mismo color y material, recogidos sobre los tobillos, y botas de media caña. Conservamos nuestras camisas de cuello abierto y los gorros. También se nos entregaron gruesos y amplios capotes verdes para reemplazar a los viejos que llevábamos».

Debe observarse a través de esta nota que fue en España donde nació el uniforme que ahora visten casi todos los Ejércitos del mundo.

Naturalmente, la cazadora ha vuelto a nosotros como un *boomerang* lanzado en 1938, pero con todas las bendiciones extranjeras, que son las que nos pirrian. Del mismo modo ha vuelto la boina a la testa de nuestros soldados. Montgomery tomó la boina de los requetés, se la puso como un jubo en carnavales, segurita y como en broma; y la llevó a la portada del *Life* y al corazón de los aliados. Incluso los «paracas» ingleses la llevan roja, igual que los requetés, y hasta con una especie de coleta, como los toreros. La boina nos ha vuelto del mismo modo que esas que los chavales saben lanzar al aire con efecto y que regresan a su base tras marcar una curva graciosa. Yo también sabía hacerlo. Lo malo es que nuestra boina ha vuelto negra, y uno piensa con todos los respetos en lo hermosa que hubiera sido la boina roja para remate del uniforme de los legionarios paracaidistas de Alcalá, soldados de Infantería tan aficionados al cielo como aquellos requetés que brincaban de la tierra al regazo de Dios Padre con la misma alegría del que salta las tapias de un huerto donde hay fruta fresca, dulce y abundante.

MECAGOENFRANCIA

Los países que demostraron amistad desde el primer momento a la España nacional fueron Portugal, Italia, Alemania y Guatemala. El Gobierno francés se volcó por los rojos en cuanto sonó el primer tiro y aún antes. Esto, y aquellos letreros de «Café con vistas a la guerra de España», que exhibieron algunos establecimientos de la frontera cuando el avance de Beorlegui hacia Irún, bordeando el Bidasoa; y los aviones de Pierre Cot, y los infinitos asesinatos cometidos por Marthy, Thorez y demás gentuza del comunismo gabacho, y las señales que desde Biriattou se hacían a la artillería roja y, en fin, una porción de asuntos del mismo pelaje, le restaron simpatías a nuestra vecina en la zona nacional. Popularmente Francia tenía la culpa de muchas de nuestras desventuras —asunto que también es defendible desde el punto de vista histórico— y los poetas del parapeto lo sabían y lo cantaban, como aquel Fernando Fernández que envió una gavilla de jotas navarras al *Arriba España* de Pamplona (5 de mayo de 1937, cara a Vizcaya, contraataques por Bermeo), de la cual extraigo ésta, tan ingenua y sincera:

España, jardín de flores,

combatimos por la Causa
de lo que son responsables
esos canallas de Francia.

Yo no sé qué avisgado comerciante se sacó el invento de la cabeza, pero desde aquí levanto mi tapa craneana en honor de su ingenio. Puso en una tira o pasador las siguientes banderas: la Nacional, la de Falange, la del Requeté, la de Italia, la de Portugal, la de Alemania, la de Guatemala, y a partir de aquel momento no hubo ciudadano que no se colocara aquel distintivo en la solapa o en el uniforme. Sobre el uniforme quedaba particularmente bien. Condecoraba en un tiempo en que no habla condecoraciones. Estaba en los escaparates alternando con lo mejor de lo mejor. «Había gorros y gorras de todas clases, sutás dorado, verde, verde y oro, rojo, rojinegro, blanco, cordones de ayudante, cordones de mando con bellotas áureas, estrellas de plata y oro, insignias, flechas, lises, distintivos, galones. También medallas. Estaba la de Sufrimientos, el meticuloso bordado de una laureada y una M.M. colectiva —“se admiten encargos”, rezaba un cartelito—, otras que no conocía, el clásico “mecagoenfrancia”, y la M.M. y la Laureada de verdad, y aquello sí que eran dos pasquines de alivio, el durazo de plata y el huevo frito».

Cuando alguien llegaba del frente y veía aquello, lo primero que hacía era decir:

—Es majo.

—Sí, ¿verdad?

Luego venía la pregunta:

—Oye, ¿dónde venden eso?

Se le indicaba.

—¿Y cómo lo pido?

—Basta con que digas: «Buenas, deme un “mecagoenfrancia”, por favor».

PISTOLO

Soldado de Infantería. La denominación viene del siglo XIX, no figura en el *Diccionario* de la Academia ni en el de Almirante, y desconozco su origen. Se utiliza muy moderadamente, y casi siempre por militares

profesionales, que conservan la palabra entre las tradiciones de cuartel. Alguna vez la he oído, pero empleada en un sentido más general, casi como quien dice quinto. En los tristes tiempos de la guerra de clases militar, la palabra se utilizaba como una piedra para descalabrar infantes. Mola hace referencia a este tiempo al que aludo, en su obra *El pasado, Azaña y el porvenir*, con una pequeña nota autobiográfica a través de la cual recuerda su primera guarnición: «En Logroño, en 1907, existían tres regimientos: uno, de Infantería; otro, de Artillería, y un tercero, de Ingenieros. Los oficiales de unos y otros ni tan siquiera se trataban. Los facultativos despreciaban a los que no lo eran y se repudiaban entre sí; los infantes odiaban a los facultativos. Estos, con sus innecesarios cinco años de estudios y con sus títulos más innecesarios aún, se creían pozos de ciencia; los otros se sentían humillados, de peor condición».

En esto, sin duda, pensaba aquel sargento de Ingenieros que cita Barado en *La vida militar*:

«Hallábase en cierta ocasión un sargento instruyendo a los reclutas, y de improviso le preguntó a uno:

»—Dime, tú, ¿por qué se rompe la marcha con el pie izquierdo?

»El quinto no supo qué contestar, y entonces añadió el sargento, con tono grave:

»—Los soldados de Ingenieros pertenecen a un cuerpo científico y deben saber el por qué de todo lo que hacen. Eso de aprender por rutina se deja para los pistolas».

GABA

Los relatos marroquíes están llenos de este sustantivo que no figura en los vocabularios oficiales. La gaba es el clásico monte bajo en su versión norteafricana. Sobre la gaba han dormido y han muerto hombres de varias generaciones españolas. «Remontamos el río — escribe Mola—, en seguida senda estrecha y gaba espesa». La gaba es desesperante, monótona, chaparra —claro—, continua, y los soldados de *Imán* precisan muy bien su opinión sentados sobre ella.

»—¿Qué se va a esperar? —dice uno rascándose el pecho— de una tierra como ésta, que no cría gorriones?»

La gaba, como los rifeños, era propensa al fuego, de puro reseca y hostil que se mostraba a veces. Mola lo recuerda: «La marcha hubiera sido más feliz de no haber provocado los batallones de cabeza algunos incendios que nos metieron en preocupación por lo seca que estaba la gaba, el vientecillo que corría y la imposibilidad de salir de la senda».

Hombre de gaba equivale a hombre probado, a veterano, a sujeto de pelo en pecho. El que es hombre de gaba tiene su valor acreditado. Esta expresión también fue utilizada en nuestra guerra y no hay duda de que formaba parte del regalo coloquial de los africanos.

LATA DE SARDINAS

Que tripas llevan pies, por sabido se da, y no hay ser razonable que lo ponga en duda. De este modo, cuanto se eche a la tripa repercutirá en la buena marcha de los pies, en su ligereza y decisión. En este sentido las sardinas en aceite fueron, dentro de las conservas, el alimento que con más constancia contribuyó a la manutención del soldado nacional en sus jornadas difíciles y durante las operaciones. Podía apostarse —y jugar con momio— que a la hora de repartir el rancho en frío había muchas más posibilidades de recibir latas de sardina que de caviar, e incluso que de carne o calamares. La guerra de Liberación huele a lata de sardinas, de tal manera, que decir pestes de las sardinas daba veteranía y hacía más lindo el pie. «Por cierto que yo no tenía ni idea de lo enorme que es la producción de latas de sardinas —escribe Solís en *Sitio y defensa de Oviedo*—. ¡Dios de los cielos, las que me tuve que tragar!» Algunos, con gesto de fingida y modesta discreción, las apartaban de la ración de entremeses de los restoranes como diciendo:

—Por favor, no me hable usted de la guerra.

Claro que también había pájaros que te soltaban:

—Chico, con esto de dormir tanto sobre el santo suelo, ahora es que no acertaría a dormir en cama.

Y se iban de permiso y volvían diciendo que, efectivamente, la cama ya no estaba hecha para ellos, que habían dormido en el santo suelo, pero la verdad es que habían dormido sobre el mullido colchón como niños fatigados, y que arrancarles de entre las sábanas era aún más difícil que arrancar a sus unidades de la posición que se les hubiese confiado.

La lata de sardinas era como una premonición de la orden de ataque, como su heraldo, y repartir latas de sardina era como repartir participaciones de hule: «En mil tonos se cantan irónicas alabanzas al rancho en frío, a las sardinas y al chusco de pan; alimentos que indican marchas, operaciones, y obligado sostén de nuestros estómagos en cuanto suenan los tiros», escribe M. Morales.

Si hubiera que calificar a nuestra guerra con esa especial adjetivación que usan los ingleses para algunas de las suyas, la Guerra de las Rosas, por ejemplo, la verdad es que nosotros, menos poéticamente, tendríamos que llamar a la nuestra la Guerra de las Sardinas.

Luis de Diego, cuya pluma ve las cosas tan bien y tan certeramente como un buen gaviero, escribió en *Arriba*: «Si en nuestra Patria fuéramos como es debido en materia de agradecimientos, habría en España un monumento grande, bien emplazado y tal vez rodeado de...

gatos: un monumento a la lata de sardinas, que tanta parte tuvo en la victoria de la guerra de Liberación. No me cabe en la cabeza que esta idea no se le baya ocurrido a nadie, que yo sepa —ni siquiera a Rafael García Serrano—, hasta ahora». (Le doy las gracias a Luis por el alto concepto que le merece mi imaginación.)

Es una buena y alegre idea, digna del humor de los soldados, que también saben reír. Quizá por eso pensó José Vicente Puente en escribir una novela —que aún nos debe— titulada precisamente *Sardinas en lata*, por referirse al gigantesco e inagotable tema de nuestra Cruzada. La lata de sardinas aparece por todas partes. En *Provisional*, de Juan Cepas, por ejemplo: «Antonio, mientras tanto, había sacado una lata de sardinas de una bolsa que colgaba de su costado y la abría con cuidadosa parsimonia, evitando que se derramara el aceite del interior y sin romper la tapa de estaño que iba enrollando en una llave mohosa». El aceite era de valor inestimable, alimentaba lo suyo y servía para muchas cosas: «Mario y Antonio se repartían una lata de sardinas. La mochila, flojo el fuelle, en un último aliento. Mario comía voraz, con hambre impaciente, y Antonio se aplicaba a la cara dividida entre grietas de intemperie y picaduras de viruela, el aceite de las sardinas. Así curaba el aire frío de las noches pasadas allá detrás, en el Alto».

En los dominios bélicos de la sardina yo no digo que el sol no se ponga, pero le cuesta un rato: «Se reparte queso en tubos y sardinas en aceite, con pan negro, es la comida típica en África», escribe Paul Carell en *Los zorros del desierto. Historia del Afrika Korps*.

Hace tiempo encontré, en una revista de los seuistas madrileños, una breve antología de poemas de José R. Camacho, que fue en nuestra guerra sargento de morteros y poeta, además de falangista, según se deduce del tono. Esto de ser falangista, poeta y sargento, se daba mucho por aquellas calendas. De aquella breve antología, que hace esperar muchos y gentiles poemas —¿dónde están?—, elijo la *Soleá de la sardina*, que con sólo tres versos nos levanta un lejano mundo de recuerdos:

¡Y aquella cena de anoche

con el agua y la sardina,

y la sardina de postre!

Ahí queda eso.

CELO

Más de un veterano de África diría: celo, igual a escasez o ausencia de elementos adecuados para realizar lo que el Mando determina. En

nuestro Ejército, por desgracia, ha sido bastante frecuente que las órdenes escritas llevasen una coletilla conmovedora: «Supla usted con su reconocido celo la falta de material». Lo grande es que el «reconocido celo» solía ser un motor de muchos caballos y una musa de primera. Personalmente, uno sospecha que el «reconocido celo» y la «genial improvisación que caracteriza a nuestra raza» son dos muletillas para justificar a los que no quieren preparar el éxito con la terca, larga y cotidiana paciencia laboral. El celo, a veces, ha servido para disimular fracasos. En un documento de nuestra guerra de la Independencia, se lee: «Así es que la Junta Suprema que ya ha manifestado al público cuando la rendición de la inmortal Zaragoza, que mide los servicios no por el éxito, sino por el celo y los sacrificios», etc., etc., hasta llegar a un ascenso a teniente general.

Hay que reconocer, sin embargo, que el celo hizo maravillas en algunas ocasiones, y, sobre todo, en los primeros instantes de la guerra de Liberación, cuando no había, en cuestión material, nada de nada ni con qué comprarlo. De este modo se inventaron los bombardeos aéreos a mano, casi de artesanía, y más tarde una decisión personal de Mola transformó en torpedos aéreos los proyectiles del quince y medio, sólo con cambiarles la espoleta y atacarles una hélice. Cuenta Iribarren que «las bombas arrojadas por Sandino contra el Santuario de la Pilarica, al no estallar, sirvieron de preciado modelo, gracias ni cual pudimos fabricarlas a millares». En algunos frentes se suplía la poca densidad de armas automáticas con cierta desvergonzada y valerosa gracia que consistía en fingir la voz de máquinas y fusam con cacerolas, paelleras, platos y otros objetos de cocina. Las baterías de la alimentación se movilizaron para la guerra, y sus servidores participaban por igual del genio de Edison, del de Stokowsky y del de Marte. Daba gusto. A los siete y medio se les ponía poco menos que panza arriba para suplir el vano sueño de una artillería antiaérea, pero lo más normal era tirar a los aviones enemigos con los cohetes y bombas de las fiestas. En este sentido no había queja; como julio, agosto y septiembre son meses de mucha feria, los pirotécnicos estaban bien provistos y la alegre cohetería de los encierros, las procesiones y las noches de romería y verbena, sirvió para defender las ermitas de Cristo.

En el «Cervera», según cuentan los hermanos Giménez-Arnau, se escuchaban diálogos tan llenos de reconocido celo como éste:

«—Don Félix. Tengo ya listas dos dotaciones para dos de mis cuatro cañones; pero no se de dónde sacar los apuntadores.

»—¡Pero, hombre! Usted se ahoga en un vaso de agua. Pregunte si hay algún cazador, y los cuatro primeros que vayan saliendo, los convierte usted en apuntadores inmediatamente. ¿Cree usted que hay mucha diferencia entre darle a una codorniz y derribar un avión?»

El mismo oficial que tan bien resolvió la pega —Ozámiz— anduvo luego al mando de un «bou», que, como a su tiempo veremos, fue otra solución marinera a base de reconocido celo. Este «bou» se llamaba el

«Tritonia», y a raíz de sufrir un cruento ataque aéreo, al que no pudo responder más que con fusiles, resignación y palabrotas, fue artillado contra aviones. El «Tritonia» lucía unos antiaéreos preciosos. «Hay en ellos —advierten los autores de *La guerra en el mar*— el pequeño detalle de que son de madera; pero de lejos parecen de verdad. Desde ese día los zafarranchos de combate a bordo del «Tritonia» se hacen en la siguiente forma: Aparece un avión rojo. Inmediatamente se va el maquinista al lado del cañón con un mazo de cohetes y empieza a dispararlos con un buen ritmo. Los cohetes producen en el aire un ruido del demonio. A proa se coloca otro individuo que toca en un acordeón pasodobles para enardecer el ánimo de los tripulantes, y aunque el enemigo dice que no se asusta, porque sabe que el cañón es de madera, cosa que le dicen por telefonía cada vez que le atacan, es lo cierto que al «Tritonia» le tienen cierto respeto».

El reconocido celo entregó capotes, armas, moral y victorias. Falló en la cuestión de los pantalones cortos. Andrés P. de Osaba se hizo eco en Somosierra del mucho calor que pasábamos y también de lo incómodos que eran aquellos pantalones, un tanto prusianos y dieciochescos, repletos de botones a babor y estribor de las pantorrillas. De modo que en un rasgo de reconocido celo se agenció una navaja y cortó sus pantalones hasta dejarlos en un tamaño que equidistaba del usado por un delantero centro bilbaíno y cualquier soldado pudoroso del Ejército colonial inglés. Y con este invento se paseó una buena mañana para hacer un enlace, provocando en nuestras líneas admiración y contento. Ya estábamos todos a la caza de tijeras, navajas y hasta cuchillas de afeitar, cuando una orden superior nos paralizó. Minutos después le era facilitado a Andrés otro pantalón prusiano, con su correspondiente y reglamentaria dosis de botones a babor y estribor de las pantorrillas. Aquella vez el celo no sirvió de nada.

MAULA

Sujeto escurridizo y deleznable que lo mismo rehúsa el fuego que la escoba. Cuando se las apaña para que barra otro, en lugar de hacerlo él, la cosa puede tener gracia. No la tiene en este otro caso que recuerda Sender en *Imán*:

«Algunos, ya sin poder aguantar más, sacaban de noche las piernas por encima del parapeto, hasta que les daban un tiro. Los vendaban, y a la tienda, a dormir como rentistas. Además la ración de agua era mayor. El médico andaba loco: “¿Cómo es posible que os den en las piernas si no asomáis más que la nariz?”. “Rebotes”, decían. Pero se enteraron, sumariaron a los maulas y se acabó aquella martingala».

Asenjo recuerda que una vez en el campo su Bandera, los maulas y «combinistas» abandonaban el botiquín «para trasladarse a las cantinas a ahogar en vino sus terribles dolencias».

El maula, según saben los naturalistas de caqui, es el único animal sin celo.

TRIMOTORES

Piojos, sí, señor: quizá llamados así porque, como los trimotores, eran lentos —en comparación con la caza, que podría ser la pulga—, tenaces, implacables, ofensivos y eficacísimos en el cumplimiento de su deber.

El elogio de las altas virtudes del piojo está hecho en *Tras el águila del César*, donde Luys Santa Marina resume científicamente sus observaciones sobre esta fauna: «Yo creo que a las pulgas debía llamárselas mojamés, porque, como ellos, atacan, toman el olivo... y aparecen en otro lado, y a los piojos, legionarios, porque noblemente luchan, no ceden y mueren en su puesto...». Todo el mundo declaró la guerra a los piojos, pero los piojos la ganaron. Nadie podía con ellos; a veces ni la desinsectación reglamentaria. En *Cuerpo a tierra* se da una idea de esta lucha dramática entre el soldado y el piojo:

«Guzmán abandona la lucha al cabo de un mes. Llega la noche y aún está matando piojos. Tiene las uñas llenas de sangre, doloridas de despanzurrar parásitos. Acude al expeditivo recurso de quemarlos con cerillas, con la mecha del encendedor. Los piojos siguen proliferando. Y al fin los deja. Lleva encima muchos millares. Por las noches, sobre todo a la hora de dormir, se encarnizan con él. Los va estrujando entre los dedos. Hasta que el sueño acude. Siente cómo los últimos piojos que ha cogido escurren entre el índice y el pulgar de ambas manos. Hace un esfuerzo desesperado y los parásitos siguen deslizándose entre sus dedos fofos, paralizados por el sopor de la duermevela».

A las pulgas, sobre todo si procedían de Regulares, se les llamaba tanques. Estos tanques eran feroces y gordos, y, teniendo en cuenta el diverso estilo táctico, su maestría y seguridad operativas eran dignas de compararse con las de la famosa mosca pontevedrense, descubierta, analizada, estudiada y clasificada por el doctor Fernández Flórez, que le culpa de provocar intensas corrientes emigratorias en la circunscripción de su mando.

El piojo concedía cierta veteranía, molestaba mucho y era una indecente guarrada, pero también acompañaba y entretenía. Despiojarse al sol, en determinadas circunstancias, puede ser un placer de dioses, y la caza de piojos y liendres por costuras, dobladillos y recovecos de la ropa, un ejercicio apasionante, tan entretenido y social como una gran cacería. Había aficionados a matar el piojo de manera personal, como en un duelo romántico, y el chasquido del animalito, al reventar entre las uñas de los pulgares, les sonaba a Wagner; otros eran partidarios de asarlos vivos, de acabarlos a la plancha sobre la tapa de una caja de betún, a la que se caldeaba con una vela. También este procedimiento resultaba

musical, pero menos; por así decirlo, lo primero era como asistir personalmente a los festivales de Bayreuth; lo segundo, como escuchar *El ocaso de los dioses* en pianola.

Había piojos con una crucecita en el lomo, y un amigo decía que esos eran de los nuestros, y que más nos valiera respetarlos, pero yo calculo que hablaba en broma. Este chico utilizaba un procedimiento muy particular para despiojarse, y consistía el tal en ponerse un hermoso jersey de punto gordo y cuello alto y vuelto. Decía que todos los piojos se le pasaban, de cualquier parte donde se alojasen, al jersey, singularmente a la gola. Entonces mi amigo se quitaba el jersey y lo hervía en una lata. Otras veces dejaba que el jersey emigrase por su cuenta.

Al piojo se le dedicaron coplas, himnos, versos, improprios y discursos. Hace tiempo que trato de recordar la letra de un himno que le «sacaron» en el frente de Madrid, con música de *Valencia*:

¡Piojos de Ciudad Universitaria,

de la mejor calidad...!

Luego decía algo respecto a la igualitaria condición a que nos reducía el ataque del piojo —ante el cual, como ante la muerte, todos los hombres son iguales—, y así se hacía rimar calidad con general. Rastreo este himno hace la tira de años, y no encuentro quién me facilite la letra. Todos la recuerdan, todos se ríen, todos comienzan por los dos primeros versos, y luego se arriman al tralaralá y acaban diciendo: «Un día de éstos me echo a pensar, me la escribo y te telefono». Pero ni lo piensan, ni lo recuerdan, ni la escriben, ni, en consecuencia, me telefonan.

Sin embargo, este tema de la igualdad de los hombres soldados ante la furia del piojo, fue una constante lírica y filosófica que impregnó de hondo sentido cristiano el cancionero de las trincheras. Gironella cita una estrofa de otro himno al piojo, que dice:

Tu crueldad nada respeta

y hostilizas con furor

desde el último trompeta

hasta el jefe del sector.

PLUMA

Mientras hacía los primeros trabajos preparatorios de una biografía de Carlos María Rodríguez de Valcárcel, encontré hace poco entre sus

papeles el borrador de un artículo, no sé aún si publicado o no, calculo que sí, escrito mientras cursaba de observador aéreo en plena guerra. El artículo se titula *La Falange de Madrid*, y al referirse a la Milicia de 1933 dice:

«—Mañana, a las doce, en el Prado. La falange de Fulano, de venta; la escuadra de Zutano, de protección. Itinerario: Alcalá-Sol-Montera-Gran Vía-Cibeles. Llevad la “pluma”».

»Así, escuetamente, militarmente, se nos señalaba el objetivo, la maniobra y los medios de actuación. Medios que —preciso es confesarlo— no eran ni la pistola ni la bomba, sino simplemente “la pluma”, es decir, una porra de cable de acero rematada por una bola maciza».

Arma contundente, pues, la porra o pluma, que siempre intervino mucho en política y que es casi seguro que desciende de la maza de Hércules, o más modestamente, de uno de sus parientes pobres, el as de bastos, carta fundamental, por cierto, en el porrazo, un juegucito que hizo las delicias de mi infancia. Quizá aquellas inocentes partidas de porrazo fueron una especie de funesto augurio generacional, porque dudo mucho de que haya generaciones tan batidas, contrabatidas y señoreadas por la porra como las que habrían de intervenir posteriormente en la guerra civil española. Ambos bandos se sacudieron por calles y plazas en los tristes días de la preguerra, y desde los finales de la Monarquía, ambos bandos aguantaron sobre sus lomos, por turno y aun al alimón en más de un caso, las porras de la autoridad, que nunca fueron tan precisas, violentas y atléticas como con los famosos guardias de Asalto de la República.

Las porras individuales eran ilegales y guerrilleras, y cada cual se las fabricaba como podía. Las hubo de goma y también de plomo, y estaban en todos los despliegues políticos de todos los partidos y partidillos, y en los días de apremio no faltaban los que reforzaban el parque con badilas y badiles, manos de almirez, tenazas, patas de silla, cogedores y otros objetos por el estilo. Las reinas de las porras eran las de los guardias de Asalto, y si entre los colegiales de Eton y Cambridge es tradicional hacerse con el casco de un *bob*, en la desventurada España de aquellos años fue casi tradición entre los estudiantes de un frente u otro hacerse con la porra de un guardia de Asalto, y no por razones de coleccionismo, estética o, digamos, paso del Ecuador, sino por enriquecimiento del arsenal propio. Las porras están en la crónica política de aquel tiempo, en las secciones de sucesos y en los discursos parlamentarios. Apostaría a que no hay ni un día en que no aparezca la palabra porra en una de las tres parcelas informativas que acabo de citar. Las porras se escondían en sitios muy reservados, sin duda confiando, a la hora de los cacheos, en el pudor que caracteriza al hombre español. Agustín de Foxá cuenta que su hermano Jaime fue el autor de un himno a la porra. La música era la de *El huésped del Sevillano*, la zarzuela de Juan Ignacio Luca de Tena y el maestro

Guerrero. Copio aquí aquella parte de la letra, que puede leerse en *Madrid, de Corte a cheka*:

Porra de plomo
de hermosa vista
que al socialista
haces huir,
y en Santa Engracia
o en él Estrecho
si das derecho tienes que herir.
Nunca te ocultes en los jaleos
y en los cacheos dóblate bien,
pues aunque sea
de plomo o goma
cuesta la broma
cerca de un mes.

La broma, claro, se descontaba en la Cárcel Modelo o en cualquiera de sus numerosas sucursales.

EL LECHERO

Nombre que se daba en el Madrid asediado al cañón nacional que abría fuego matutino. «Sonó una explosión en el extremo más lejano de la calle. El bombardeo de la mañana —el “lechero”, como le llamábamos con doble sentido— había acudido puntual, como todos los días», anota Barea.

Otros le llamaban «el churrero», y en ambos casos la denominación tiene gracia. Lo malo para el que aguantaba es que el churrero repartía churrazos, no churros, pequeños churros, dorados churros, calentitos churros.

No tengo ninguna prueba a la mano, pero creo recordar que en más de una ciudad asediada —Oviedo, Huesca, Córdoba, Granada— se llamaba de manera idéntica o semejante al cañón rojo que hacía de despertador,

y es de suponer que otro tanto ocurriese en zonas de frente estabilizado. La quietud y la costumbre suelen coincidir en la adjetivación.

JABATO

A la vista salta que es un buen nombre para un valiente. El jabalí es duro de pelar, terco y bravo, de manera que sus cachorros, los jabatos, tienen a quien parecerse. Decir de un hombre que es un jabato vale tanto como hacerle uno de los máximos elogios que puede aspirar a oír. «Sin embargo (¡qué de amarguras en este “sin embargo”!), los soldados estaban contentos. Se los oía reír y cantar. Los enardecía su propio valor. Peleaban codo a codo con los legionarios de una bandera famosa por sus hazañas. Los legionarios no ocultaban su admiración: “Sois unos jabatos”».

No me extraña que lo dijese, porque los legionarios de la Segunda Bandera, la de Cervera, se referían —*Cuerpo a tierra*, Ricardo Fernández de la Reguera— a los ceriñolos de mi batallón. Para que este juicio sea objetivo deberé añadir que el loor lo ganaron cuando lo de Zuera, y que yo no estuve en aquel jaleo. Pero de todos modos, también para ser objetivo, añadiré que a mi la objetividad me trae floja la pluma.

El uso no ha conseguido que la palabra pierda virulencia y categoría poética. He aquí un legionario de la Bandera Negra, la Primera, visto por Luya Santa Marina, que estuvo allí:

Igual que en Carnaval las serpentinas

las granadas lanzaba, nervioso, ágil.

Semidesnudo, sin chambergo, aullando

de entusiasmo, los moros acosaba

cual a piezas en una cacería,

bello y terrible bajo el sol rojizo.

Iba el primero de la línea,

cuando una bala de arbaia

le detuvo rompiéndole la frente. —¡Qué jabato

pierdo!— su Capitán con pena dijo.

También en *Tras el Águila del César* hay un poema que arranca:

Dame limosna, hermano. Fui un jabato

de la Bandera Negra, la primera...

Cuando el desastre del 21, la gente se volvía loca en Melilla aclamando al Tercio, y así está recogido este delirio en el extraño, hermoso y terrible libro de Luys Santa Marina:

«Aquella tarde iban cuatro por una calle céntrica. Por dondequiera les aclamaban:

»—¡Viva el Tercio!

»—¡Vivan los hombres de verdad!

»—¡Bien por los jabatos!»

La Primera Bandera lleva los jabalíes en su heráldica de combate. Después, con su jefe, pasaron al emblema de mando del Tercio, y luego al guión del Caudillo. Todo el mundo sabe que el jefe de la Primera Bandera fue el comandante Francisco Franco. Los legionarios de la Primera Bandera eran conocidos por los jabatos. ¿Arrancará de ahí su sentido encomiástico? Con esta palabra consagraba Mola en su Cuartel General de Valladolid la categoría militar de mis paisanos. José María Iribarren lo cuenta:

«El 27 de agosto, legionarios y soldados navarros asaltaban las faldas del monte San Marcial.

»A cosa de las seis de aquella tarde, Mola salió de su despacho alborozado.

»—Esos navarros son unos jabatos. Han asaltado las trincheras enemigas del monte San Marcial; cortaron a hachazos las alambradas de la primera zanja, la tomaron con bombas de mano, han seguido avanzando y están ahora en la segunda trinchera, frente al enemigo, que lo tienen a pocos pasos. Solchaga me dice que mañana irán a por la tercera. Han igualado en arrojo a los legionarios. Tienen 150 bajas, muy pocas para lo que supone echarse monte arriba contra las ametralladoras».

Y Jorge Vigón comenta el comentario: «Decir que los habían igualado no era decir bastante, porque se habían comportado con una bravura sin par».

NARANJITAS

Las bombas de mano marca «Breda», de fabricación italiana. Su tamaño, su forma y su color determinaron que algunos flamencos las llamasen así, cariñosa, plural y multitudinariamente. Eran muy bonitas, y convenientemente descargadas y vacías servían de tabaquera o de monedero. Se puso de moda regalarlas a las chicas, y cualquier económicamente débil estaba en condiciones de quedar como un rajá ante su madrina a base de una «Breda» llena de lagrimitas dulces, confites o peladillos. En este sentido también eran ofensivas e incluso solían causar abundantes destrozos. Digan lo que digan, bien manejadas hacían su avío. Había partidarios furibundos de las naranjitas, y éstos acostumbraban a llenarse los bolsillos, el macuto o el colco con un racimo de «Bredas», y ¡hala!, a quien Dios se la dé, San Pedro se la bendiga. Para mejor parecerse a las naranjas, también había que morderlas. Los muy partidarios de la ensalada les llamaron también tomates, y es lógico.

HIPUCAMA

Palabra especialmente inventada para definir al jefe de la checa que estaba en el casón de la calle madrileña de San Lorenzo.

En *Checas de Madrid* lo relata Tomás Borrás:

«—¡Hipucama! ¡Es un hipucama!

»—¿Qué quiere decir?

»—Como el tío es la mezcla de todo lo peor, su nombre es una síntesis: Hi... pu... ca... ma... La primera sílaba de las tres injurias peores».

Fue justamente aclamado el inventor y hasta se le concedió el Premio Nobel de la celda en que yacía junto a sus camaradas.

Giraldo manejaba con astucia un insulto que desconcertaba mucho, sobre todo si no se tenía un diccionario a mano. Giraldo lo empleaba más con los amigos que con los enemigos, porque a la hora de homerizar prefería atenerse a las normas clásicas y no apartarse de ellas ni un tanto así. Si Giraldo pedía tabaco y no se lo daban, decía:

—Valiente cuatezón estás hecho.

Cuatezón era el que le molestaba el sueño, el que le birlaba el periódico, el que no se prestaba a alguno de sus caprichos, el productor de pequeñas contrariedades o simples molestias.

Yo le pregunté un día:

—Bueno, ¿qué demonios quieres decir con eso?

Giraldo me guiñó el ojo con malicia y dijo:

—Son cosas de mi pueblo...

Pero le brillaban los ojos de tal manera que en la primera ocasión me lancé sobre el *Diccionario* con avidez casi masoquista. Y el grave oráculo habló:

«Cuatezón, na. (Del mejic. cuatezón, motillón.) ad. Mej. Dícese del animal que debiendo tener cuernos por su especie, carece de ellos».

MONITOR

La verdad es que esta palabra la había manejado poco en mi vida —y casi siempre en francés, a causa de mi afición a las lecturas napoleónicas—, pero de repente me comenzó a sonar de manera inolvidable. Primero, a causa de una página que publicaba con cierta frecuencia *Arriba España*, página de cuya confección estuve encargado un par de meses. Luego, con los monitores de la Academia de Alféreces. Había monitores nacionales, con la estrella de seis puntas, y monitores alemanes, con el grado de brigadas. Los monitores nacionales eran alumnos distinguidos del curso anterior, a los que se pedía que se quedasen otro más en la Academia para servir de guías a los pipiolos. Los monitores alemanes pertenecían a la Legión Cóndor, y eran instructores expertos y duros, o los que se recuerda con mucho cariño. Los tres de mi compañía se llamaban Sergio, Heinkel y «King-kong». Bueno, «King-kong» no se llamaba así, pero así lo llamábamos todos. Trabajaron fuerte con nosotros y con ellos hicimos amistad en las frías mañanas de Ávila. ¿Qué habrá sido de los brigadas Sergio, Heinkel y «King-kong» en las desventuras que luego se abatieron sobre su Patria? ¿Habrán muerto con el sol de la victoria en los ojos, o en el largo invierno de Rusia, o quizá en aquel otoño que comenzó en Túnez y fue madurando en Italia, península arriba? ¿Vivirá alguno de ellos? ¿Dónde?

¡Qué lejano aquel tiempo en que marchábamos juntos por la carretera de Arévalo y juntos cantábamos las mismas canciones, a veces en distinto idioma! Una vez los vi marcar el paso de la oca cuando volvían de la Academia a su alojamiento. En general, no conocían del español más que aquella parcela básica con la que tenían bastante para adiestrarnos en el orden cerrado y en la parte más rigurosa del abierto, que prácticamente todos conocíamos con bastante decoro. Con los que chapurreaban el castellano no era difícil entenderse, sobre todo si además se defendían en inglés o en francés, siquiera fuese modestamente. Lo difícil era hallar un camino para la mutua comprensión cuando andaban mal de español, bien de francés —¡ah!,

pero no querían hablarlo— y bien de inglés; porque entonces solía ocurrir que la parte contraria, supiese o no el inglés, se negaba a utilizarlo, mitad por patriotismo, mitad por broma. Para superar estas contingencias se inventaba cada cual una especie de lengua mixta y elementalmente común, algo así como un papiamento totalitario, con palabras sueltas en alemán, italiano y español castizo, amén de mímica y lluvia de infinitivos. «*Picola fraulien* estar pidiendo *krieg*, mi brigada», podía oírse en el «Rhin», café de Ávila, no río sangriento. No faltaba quien pensara que todos los monitores tudescos hablaban el español perfectamente y eran, no brigadas, sino brillantísimos oficiales especializados en información. Alguno puede que hubiera en esas condiciones.

Creo que no en todas las Academias de provisionales hubo monitores germanos, pero en la de Ávila puedo asegurar que sí, y también en la de Granada. Monitores y alumnos estábamos de acuerdo en algunas cosas fundamentales y diferíamos en algunas otras. Personalmente, nunca tragué que desdeñasen la rumba y la carioca por cuestiones racistas, y que, en cambio, les volviese locos el zamparse un montón de huevos fritos regados con el dulce vino de Málaga. Encontraba poca consecuencia entre ambas actitudes, porque si ellos hallaban justificada y razonable su actitud coreográfico-racista, deberían haber comprendido que a mí me pareciese tan heresiarca como Lutero el hecho de beber Málaga con los huevos fritos; tan disparatado como para ellos imaginar a Sigfrido y Brunilda marcándose *El manisero*. Pero no hubo manera de que aceptasen la comparación.

Los veo en aquella tarde de enero, en la estación de Ávila, con un sol destemplado y frío. Veo al gordo capitán del Camino de las Damas y a los brigadas Sergio, Heinkel y «King-kong» y a los de las otras compañías. El tren se puso en marcha, y en los vagones y en los andenes se oía el himno de la Academia. Saludábamos desde las ventanillas. Los vi quedarse en rígida posición de saludo hasta que desaparecimos de su vista. Nunca más los volví a ver, y ahora los recuerdo casi con el fuego apagado.

REMIGIOS

Nombre popular que se aplicó a los milicianos rojos, y cuyo origen está en la emisión humorística que Joaquín Pérez Madrigal se inventó para la incipiente Radio Nacional, allá en Salamanca o en Burgos. El feliz título aquel «El miliciano Remigio pa la guerra es un prodigio», dio la vuelta al ruedo en la España nacional, y se susurraba en la roja en cuanto se podía. Ya entonces, en una justa medida, se reconoció el valor de los remigios. Un artículo publicado en *El Noticiero*, de Zaragoza, el 13 de mayo de 1938, decía:

«“Remigio” es, simplemente, carne de cañón. Pero “Remigio” sigue combatiendo, resistiendo, dejándose matar».

Un remigio era también un soldado desastrado, del cual se burlaban sus camaradas:

—¡Pero hombre, alíñate un poco, que eres el miliciano Remigio!

FAJÍN

El fajín o la faja es el distintivo de nuestros generales y también de los miembros del Estado Mayor o de los diplomados. El color rojo caracteriza el fajín de los primeros y el azul el de los segundos. Alcanzar el fajín es la culminación de la carrera militar, y uno se explica perfectamente aquella decidida voluntad que animaba a don Juan Prim, de quien es una frase que ha quedado para siempre en la paremiología castrense: «O faja o caja». La faja ha pasado por épocas de escasa popularidad a consecuencia de la demagogia antimilitarista de la derecha y la izquierda. El tópico reinaba por doquier: «A los generales españoles —escribe Mola en *El pasado, Azaña y el porvenir*— se les ha venido pintando por la intelectualidad como prototipos de la incapacidad y de la incultura; la misma oficialidad establecía con cierta fruición cierta afinidad entre la faja y la cincha, sin pensar que lucir aquella es la suprema aspiración de todo militar profesional».

Tanto simboliza la faja o fajín, y más en determinadas circunstancias, que hasta los antimilitaristas más rimbombantes de nuestro país suspiraban en la primavera de 1936: «¿Pero a qué esperan los caballeros de la faja?». Si esto era así —y no hay quien lo mueva—, a nadie puede extrañar que un curita navarro le escribiese en los primeros meses de la guerra una carta al capellán de la escolta de Mola, encargándole el cumplimiento de ciertas devociones tan suyas como particulares. El párrafo más sustancioso de esta carta, publicada por José María Iribarren, dice así: «Y de mi parte bésele el fajín al general Mola con el mismo afecto y veneración que se besa el Cordón de San Francisco, la correa de San Agustín, el Rosario de Santo Domingo, el escapulario del Carmelita, la cogulla de Son Benito...».

Cuando mi suegro ascendió a general, mi mujer y yo decidimos regalarle una faja con la colaboración romántica de nuestros hijos. Así es que fuimos a una tienda de efectos militares, y una vez allí le dije al dependiente:

—Una faja de general, por favor...

—Pase por aquí, mi coronel —me respondió el tío—, y que sea enhorabuena.

En un solo instante comprendí la frase de Prim, palabra.

EL BOTAS

Así fue llamado el Presidente del Consejo del Gobierno Provisional de la República y primer Presidente de la misma, don Niceto Alcalá Zamora, abogado y orador. Fue un mote que se propagó por todo el país a velocidades de vértigo y que a todos divirtió, excepto a los republicanos de derechas y durante algún tiempo a los de Izquierda Republicana.

Agustín de Foxá recuerda cómo las gentes del gran mundo «buscaban incesantes la palabra breve y tajante que lo ridiculizara para siempre. Niceto I, el Bobo de Coria o don Nicéforo». Esto es lo que se lee en la página 99 de *Madrid, de Corte a cheka*. En la página 107, a la vuelta del primer verano democrático, ya dan con *le mot just*, precisamente en una cena de gala ofrecida por la Embajada de Portugal. Los fotógrafos tiraron el magnesio a borbotones, y el señor Alcalá Zamora, con ademán diplomático, llamó a monseñor Tedeschini para retratarse con él en compañía de sus ministros y séquito. Si hubiera podido, también hubiese llamado a San Vicente Ferrer. Para entonces ya habían ardido iglesias y conventos,

«¡Cómo entonaba el cuadro con su sotana de tonos violetas y el pectoral de brillantes! Así, además, se tranquilizaba a los católicos.

»—¡Un segundo!

»El fogonazo les hizo cerrar los ojos. Tenían manchas de color en la mirada, deslumbrada durante unos segundos.

»En aquella fotografía aparecía por primera vez don Niceto luciendo unas botas de elástico. Y la aristocracia, que hacía meses buscaba un nombre agudo y expresivo para ridiculizarle, le encontró al fin: “El Botas”. En adelante, y para siempre, toda España le llamarla así».

Una de las pocas unanimidades de aquella España, tan escindida de arriba abajo y de derecha a izquierda, fue la del regocijo con que se aplicó este mote. Desde los anarquistas a los requetés, desde los monárquicos a los socialistas, desde los primeros discípulos del Kremlin a los piadosos de la Masonería, que capitaneaba don Diego Martínez Barrio, ni un solo español dejó de utilizar el mote, incluso en los momentos más solemnes, para referirse al primer Presidente de la II República española. La *Historia de la Cruzada* sostiene que el inventor del remoquete fue Indalecio Prieto, que así aludía «a las elásticas que habitualmente calzaba» nuestro pobre, rencoroso, didáctico y atribulado Kerenski. «*El Socialista* —se lee en la obra de Arrarás— se complacía en sacar en sus caricaturas estas prendas, en las que todos velan una mortificación para el Presidente de la República». No faltó

quien le denominase «el tonto de Priego». Hubo una carrera de remoquetes con participación de todos los equipos, que eran muchísimos. El retrato que su amigo Miguel Maura traza de don Niceto en *Así cayó Alfonso XIII*, escalofría. Le hace un implacable y hasta cruel *strip-tease*. Zamacois refiere en *El asedio de Madrid* que cierta mañanita republicana aparecieron sobre el carro de la diosa Cibeles un par de botas y una maleta, jeroglífico con que su autor invitaba al Presidente de la República a marcharse.

Elementos tan intelectuales como tozudos del error —se equivocaron casi siempre— preferían llamarlo, según recuerda Madariaga, «don Alfonso en rústica», que no estaba mal. ¡Allá se iban el monarca y su ministro en punto a marionetismo político y conocimiento de las martingalas constitucionales! Don Alfonso era mejor porque, al menos de cuando en cuando, se saltaba la Constitución, cosa que siempre es de agradecer. También he oído llamar a don Alfonso «Fernando VII y medio». Se lo oí a un alcalde de Pamplona, republicano de la Dictadura, y también a varios fieles del dictador.

PEPINO

Una manera como otra cualquiera de designar los proyectiles de artillería de cualquier calibre. El impacto del pepino, tanto si era perforante, explosivo o rompedor, resultaba un pepinazo como una casa. Uno no sabe exactamente qué fue primero: si el huevo o la gallina, y algo semejante sucede con la voz pepino y la voz ensalada. ¿Se llamaban pepinos los regalos artilleros por el aquel de que se distribuyen en medio de una ensalada, o se llama ensalada al combate porque los pepinos provocan una fulminante asociación de ideas? ¡Vaya usted a saber!

Para cantar el valor del coronel Beorlegui, un valor fresco, alegre, contagioso, le oí decir a uno de los voluntarios que con él combatieron en los ásperos días del verano de Guipúzcoa:

—Nos freían a pepinazos. No se podía pasar por la plaza de Oyarzun y el coronel se la cruzaba tan campante, con un paraguas abierto y animándonos: «Chiquitos, para el sirimiri basta con esto». Y levantaba el paraguas. Otra vez se puso a aprender a montar en bicicleta, mientras desde los fuertes nos largaban si Dios tenía qué en materia de pepinos.

¡Ya largarían, ya, desde Guadalupe y San Marcos!

CARNE

Hacer carne es tanto como causar fuerte número de bajas al enemigo. Por supuesto, y también sufrirlas. Mola ordena en Dar-Akobba batir una trinchera donde se ocultan unos cuantos buenos tiradores moros: «Ante las violentas ráfagas, la trinchera no daba señales de vida; mas en cuanto se suspendía el fuego para observar sus efectos volvían a aparecer las cabezas rapadas y hasta alguno de sus ocupantes se permitía temerarias exhibiciones. Al cabo de un rato, el buen humor fue desapareciendo y con él la intensidad del fuego (enemigo).

»—¡Siga, Castillo, siga!—grité, convencido de que hacíamos carne».

Los Tercios del Gran Capitán, los primeros Tercios, utilizaban el sustantivo entre sus gritos de combate: «¡Santiago, Santiago! ¡España, España! ¡Cierra, cierra! ¡Carne, carne! ¡A sangre, a sangre! ¡A fuego, a fuego! ¡A saco, a saco!»

Con alguna mayor melancolía también figuraba en la ordenanza comunista, cuando el Quinto Regimiento trataba de frenar la retirada roja ante el avance de las columnas del Sur: «¡Milicianos! No olvidéis que el silbido de las balas no mata. No olvidéis que de cada mil disparos de fusil sólo uno hace carne. No olvidéis, sobre todo, que en una guerra no sirve de nada el intentar salvarse corriendo. Las balas van más de prisa que los que corren».

Afirmación esta última que acaso haga nacer una amarga sonrisa entre algunos de los *recordmen* en la prueba Talavera-Casa de Campo, donde las cosas cambiaron.

«Le ha hecho carne» o «lleva carne» se decía del que iba malherido. Al abrir la escotilla de la bodega del «Cabo de Palos», fondeado como prisión flotante en el puerto de Valencia, los marineros de Kronstand del «Sánchez Barcáiztegui» se frotaban las manos de guato:

«A la vista de tanto cautivo, uno de ellos, con feroz alegría, exclamó:

»—¡Aquí ai que hay carne!

»No se dirigía a nadie en particular, pero un teniente alto, vigoroso, de cara aniñada y el pelo rizado y abundante —el teniente Navarro—, encarándose con el que nos increpara, le contestó con aire retador:

»—¡Si queréis carne, id al Guadarrama!»

Lo cuenta Gabriel Araceli en *Valencia 1936*, así como la paliza que cobró el teniente por su respuesta, y que de momento le salvó de mayores males. También a veces los rojos se referían a grito pelado —en los diálogos de vanguardia— a su abundancia de carne. Pero éste, claro, es otro asunto.

TELESCOPIO

Pequeña chulería óptica destinada a designar un ojo.

Los soldados de la escuadra protagonista de *Se ha ocupado el kilómetro 6 ...* —novela de Cecilio Benítez de Castro, la primera de todas al estallar la paz—, se encuentran, ya al borde de la victoria del Ebro, en un instante de particular desánimo. A uno de ellos sus camaradas le llaman Lolita.

«Tardo mucho en darme cuenta de que Lolita se sorbe las lágrimas y de que arruga hasta la inverosímil su cara grandota y fea.

»—¿Qué tienes?

»Me mira. Desvía las pupilas y pretende sonreír. Sus cejas pobladas se pliegan sobre sí mismas y sus narizotas se encogen. Luego arruga la boca en un gesto difícil y se lleva las grandes manos al ojo. Se hurga.

» —Nada... Una condenada piedra que se me ha metido en el telescopio. ¡Qué asco!

»No insisto. ¿Para qué?...».

Un soldado llora y el otro no insiste en sus preguntas. Ambos piensan en el camarada que murió esa misma tarde. El que no insiste morirá mañana. Y a Lolita, seguro, volverá a meterse una condenada piedra en el telescopio.

«—Fíjate cómo me han puesto los telescopios. En cuarenta y ocho horas no me bajará la hinchazón», diagnostica uno que acaba de ser «hábilmente interrogado» por los del SIM, en *Checas de Madrid*.

DE DEDO

En los apresurados, dramáticos y venturosos primeros días —¡tan llenos de esperanzas!—, los jefes de columna, los de compañía y hasta los de sección, disparaban su dedo sobre el voluntario que ofreciese un mayor aspecto de inteligencia decidida, y le decían:

—Tú, sargento.

—Tú, cabo vas a ser.

—Tú harás de oficial.

Estas designaciones se confirmaban con el bautismo de fuego o bien se venían abajo con ocasión de ese mismo bateo. A los días iban llegando más voluntarios y era necesario improvisar nuevos mandos; así es que los jefes elegían entre los veteranos de unas jornadas sus cabos, sargentos y alféreces. Estos nombramientos se llamaron de dedo, o del dedo, y los nombrados eran alféreces de dedo, o sargentos de dedo, o cabos de la misma procedencia. También hubo —de dedo— una urgente asimilación *sur champ*. A nosotros nos preguntaron en un talud del ferrocarril Madrid-Burgos:

—Vamos a ver. Vosotros, en lo vuestro, ¿qué sois?

Pico, un santanderino bueno, templado, jovencísimo, contestó:

—Yo, jefe de centuria.

Arteche dijo modestamente:

—Yo, jefe de escuadra.

Casi ruboroso me limité a informar con laconismo:

—Escuadrista.

—¿Cómo?

—Raso —aclaré.

A Pico lo hicieron alférez y murió unas semanas después en lo de Sigüenza. A Arteche lo hicieron cabo y dio su quehacer, y sobrevivió felizmente y ahora es comandante de Aviación. A mí me dejaron en lo que era. Tengo el pálpito de que mi carrera militar se frustró en aquel instante, como también sé que hubo más de un voluntario que fantaseó sobre su grado, siempre para arriba, por supuesto, y luego demostró que se había quedado corto, porque su corazón aún era más grande que su vanidad, su fantasía o su ambición. Cualquiera ha conocido jefes locales de milicias, con categoría de bandera, procedentes de pueblos donde no había más falangistas que el mismo jefe local de milicias, o adelantados de requeté puramente imaginativos; pero lo bueno del caso, por lo general, era que los tales funcionaban después como si toda su vida la hubiesen dedicado al mando de tropas en campaña. Claro que también se daban casos de pinchar. Incluso, como uno que me sé, después de haber arengado a sus «bravos muchachos». Tiempo después se reía él de su arenga junto a sus bravos muchachos, pero no sin pasar antes un purgatorio de chanzas. Recuerdo de un famoso pelotari que llevó una centuria al frente con tres flechas al pecho. Al llegar dijo:

—Estas flechas me han servido hasta ahora. Pero aquí ya no soy más que un soldado raso con ciertas facilidades para el lanzamiento de granadas.

Y se quitó las flechas de jefe de centuria y fue un buen soldado.

La gente de aquellos meses era lo que se dice superior, incluido un frescales que se hacía pasar por jefe de las Milicias de Renovación Española en una provincia célebre porque el único derechista conocido era un anarquista de acción, pero muy devoto de la Virgen del Pilar.

La expresión era válida en ambas zonas. Ramón Barreiro escribe: «Los “monos” se tornan variadísimos uniformes; profusión de tenientes y capitanes pueblan las calles, plazas, cafés, bares, cines, etc., etc. Son los oficiales del “dedo”. Madrid los titula así porque, por lo visto, el procedimiento para nombrarlos es ir señalando con el índice: Tú, teniente; tú, capitán...».

PIPI

Recluta, quinto, novato. Indudablemente, tan tierna y maternal voz se deriva del verbo pipiar, «dar voces a las aves cuando son pequeñas». Aunque el vocablo es genérico en cuanto a todo recluta se refiere, tiene un mayor valor usual referido exclusivamente a la Infantería. «Los pipis de infantería» es frase que no se cae de la boca de los demás, a veces con cariñoso desdén, con compasiva arrogancia, y siempre con amor y admiración. A los legionarios de José Asenjo Alonso, cuenta el capitán periodista, sus propios compañeros les «llenaban de motes: pipis, paisas, pipiolos y cuantos pudieran encerrar menosprecio por nuestro carácter de novatos». Y Caverro recuerda cierta chabola del monte Ragún, un día helador: «Hube de contentarme con una chabola construida ya (“obra de pipis”, según el despectivo comentarlo de Cuenca), en la que entraba el frío por los cuatro costados».

Peter Kemp, que antes de alistarse en el Tercio anduvo con el Requeté y con un batallón de línea por los Carabancheles de 1936, precisamente a las órdenes de Miguel Javier Urmeneta, después Alcalde de Pamplona, los describe: «Los hombres eran reclutas —pipis, como se les llama en la jerga del Ejército— de las comarcas occidentales de Extremadura, donde el batallón tenía su parque. Eran soldados admirables, animados y dispuestos, tranquilos ante el peligro, sin desmayar nunca bajo la incesante tensión del combate callejero».

Nunca se es más pipi que con el uniforme recién estrenado, cuando aún guardan las prendas evidentes señales de almacenaje. Quizá por eso puede recordar así Tomás Salvador la jura de divisionarios en Grafenwöhr:

«Las guerreras, de paño verde, eran muy buenas. Algunas tenían un cuello de terciopelo precioso. Eran las más buscadas. Generalmente, todo el equipo era tan nuevo que daba asco. Hasta los veteranos del

Pingarrón y los legionarios del Batallón de Ceuta, que había traído Esparza, parecían pipis antes de jurar bandera».

Puede que pipi no sea más que una abreviatura de pipiolo.

CAFÉ

La cosa sucedió bajo los cedros de Ketama, luego de las maniobras del 36 en el Llano Amarillo, después del desfile final y antes de la dislocación de seis banderas del Tercio, diez tabores de Regulares, seis de la Mehala, siete Batallones de Infantería, diez escuadrones de Caballería, seis baterías y los correspondientes servicios. El Alto Comisario presidía un solemne rancho de despedida.

¡Ah!, se me olvidaba: era el 12 de julio.

De las largas mesas ocupadas por la oficialidad venía una marea de voces jóvenes y alegres. Gritaban: «¡Café!». Y ellos mismos se contestaban: «¡Siempre café!» o «¡Café para todos!».

Según se relata en la *Historia de la Cruzada*, el Alto Comisario preguntó:

—¿Pero por qué esos locos piden ya el café, si aún estamos en los entremeses?

Desde el punto de vista del buen orden gastronómico, no le faltaba razón al Alto Comisario, pero la verdad es que aquellos gritos significaban algo muy distinto. Café, para los iniciados —y allí eran muchos—, quería decir: C-amaradas, A-rriba F-alange E-spañola, Este café —¡qué buen café, qué buena leche!— era ya bastante popular en toda España. Fue, por decirlo así, el primer café nacional.

Días más tarde, en la noche de un sábado al domingo, también había café en Pamplona, al otro extremo de la conspiración. Prácticamente todo estaba decidido, y quién más quién menos ya se había mojado el trasero en las aguas del Rubicón, pero hasta la madrugada no sonarían las cometas y los tambores con la más celeste diana que se recuerda. José María Iribarren, que estaba junto a Mola, evoca aquellos instantes: «En los salones (de la Comandancia) consumían su anhelo entre cafés, humazo y emoción. Se gastó el general más de ciento cincuenta pesetas en cafés».

A partir de aquel momento, el café lo mismo fue rojo que nacional. El café se transformó en un objetivo militar, y en virtud de nuestra buena raíz antirretórica nadie decía: «Ahora vamos a tomar San Sebastián», sino que, con un tono más familiar y entrañable, se proponían las cosas de otra manera: «Ahora vamos a tomar café en San Sebastián». Este

cafetismo estratégico encerraba dentro de sí decisiones verdaderamente espartanas a uno y a otro lado de la línea. ¡Cuánta gente murió en los dos bandos por tomar café aquí o allá!

En una crónica del «Tebib», fechada en Alcorcón (6 de noviembre del año de salvación), se lee: «Las gentes nuestras ya no pueden con su impaciencia. Hoy no se oía en los cuarteles generales, como en los parapetos, más que un horrísono griterío que decía: «¡A la Puerta del Sol! ¡A la Puerta del Sol! ¡Queremos tomar café en Madrid...!» Ha costado un verdadero triunfo a los jefes de las unidades contener a los soldados en la línea descrita». Por su parte, Cavero precisa: «La Imposible era una posición roja, clavada en la misma línea de nuestras avanzadas, y así llamada porque por su situación —la establecieron cuando Durruti llegó con sus primeras hordas, en pretensión de “tomar café en Zaragoza”— se consideraba inaccesible». Por cierto que Fuenmayor señala que la intención de aquellos aficionados al café era más concreta, «aquellos imbéciles... iban a tomar café en el despacho del general Cabanellas, en la plaza fuerte de Zaragoza».

Quien consagró oficialmente el cafetismo fue Napoleonchu Aguirre, el cual, montado en su caballo blanco, anunció un día: «Vamos a tomar café a Vitoria». Aquel café se le quedó en recuelo amargo gracias al puñado de hombres que en Villarreal cerró las puertas de Vitoria a la invasión rojoseparatista. Recuerdo que conviene dedicar a ciertos seres que no han asimilado la experiencia y quieren repetirla en vano bajo el amparo de signos sacros que manejan sacrílegamente. En el único sitio que estos seres toman café —como sus antecesores— es en los pesebres que el Kremlin habilita para cipayos de todo pelaje, religioso, intelectual o manicomiable.

Lo de tomar café en una u otra ciudad fue una dulce manía de rojos y nacionales, pero los que nos quedamos con la cafetera fuimos nosotros, aunque el café lo hemos repartido entre todos, entonces y ahora. Era ésta una frase tan corriente que yo me permití inventar la crónica que hubiera podido escribir cualquier memo del *New York Times*, pongo por ejemplo de periódico tan solemne e importante como tontorrón, a fuerza de oír lo de tomar café. «La guerra —decía aquel hipotético imbécil—, la guerra la hacen los españoles por tomar café».

Entre las canciones de aquellos años destaca ésta, que todos conocen, digo yo:

Yo te daré,

te daré, niña hermosa,

te daré una cosa,

una cosa que yo sólo sé:

¡Café!

Entre el «yo sólo sé» y el «café» quedaba un buen margen de ilusiones. Antes o después, la canción se adentraba por la ría de Villagarcía, precisamente una mañanica en la que cualquiera adivina el caballo del conde Olinos a las orillas del mar.

AFRICANO

Militar formado en África y preferentemente en Marruecos. Los políticos, escritores, historiadores, periodistas, eruditos o estudiosos que sintieron y expresaron su vocación africana, se llaman en cambio, africanistas. Los africanos fueron la flor y nata de nuestra oficialidad, los mejores dotados de inteligencia, corazón y espíritu militar, y yo diría que hasta de aventura, como si también una misteriosa Antinea les hubiese cucado el ojo. El aire de los africanos era contagioso, proselitista y tornaba como de águila algunos corazones que en la península languidecían en la gorrionera. El aire africano define, unge, imprime carácter: «Ya se le han pegado a Varela plenamente —escribe Pemán— el sol de África a su piel de muchacho airoso y alegre, y el estilo “africano”, inconfundible, a su espíritu y mentalidad. Desde Escipión el adjetivo “africano” es para el guerrero algo más que una añadidura: es perfil y definición».

Hay una manera de combatir a la africana, y cualquiera lo entenderá con este pequeño párrafo tomado de la biografía del Padre Huidobro: «Franco, que poseía mejores elementos de información que todos sus subordinados y colaboradores, comprendió que en el desarrollo de la guerra se habla operado un cambio muy hondo, y que los combates “a la africana” había que darlos por concluidos».

Se había llegado al Manzanares.

Hay incluso un lenguaje de los africanos que un excelente periodista llamaba el africano básico y único, porque apenas consta de cincuenta o cien palabras, que tienen, en cambio, cien mil significados distintos, según el tono, el retintín o la circunstancia en que se pronuncien. De los africanos salió lo mejor de nuestro Ejército y también —¿por qué no?— el tipo humanísimo, curioso y divertido. Me contaba uno de éstos que cuando él estaba convaleciente en Sevilla —le habían arreado un tiro gordo en alguna de las operaciones del 24—, cierta noche se animó más que de costumbre en unión de dos camaradas, de modo que alquilaron un taxi y después de raptar un guardia de la porra se fueron con él a tomar unos chatos a Córdoba, donde lo dejaron, no sin antes repostar de guardia a fin de no llegar con las manos vacías a Granada, en cuya histórica ciudad abandonaron al guardia cordobés a cambio de uno granadino, con el que rindieron viaje en Sevilla. A esta operación le llamaban «traslado de autoridades».

Años más tarde, los africanos hicieron en serio el más amplio y trascendente «traslado de autoridades» que conoce la Historia de España. Dios los bendiga.

EL PICHI

Remoquete con que los voluntarios del Alto del León bautizaron a un cañón antiaéreo de fortuna, de aquellos que hubo que improvisar en los primeros días. A ellos les hizo mucha falta, porque fueron quizá los más breados por la incipiente Gloriosa. Supongo que el nombre se derivó de la popularidad, todavía en vigencia, del famoso chotis de *Las Leandras*, aquella delicada obrita que supuso el clímax estético de las bellas artes bajo la democracia. «Por entonces —escribe José María Iribarren— un coronel aragonés remitió a Mola el diseño de un cañón antiaéreo. Lo único que entonces había hacer: un soporte metálico con el que poder proyectar hacia el cielo la boca de un cañón de 7,5. Uno de aquellos artefactos se llevó al Alto del León. Los soldados le llamaban “el Pichi”, y por el mes de octubre tuve ocasión de verlo; el ramaje enmascarador parecía cubrirlo de laureles». El arma prosperó. Daba confianza. Era estimulante. De modo que su denominación pasó casi al lenguaje técnico. Recordando aquellos días, escribe Jorge Vigón: «Quien llegó a tener un “Pichi” —un tubo de cañón de 7,5, montado sobre un armatoste de hierro pesadísimo— se hizo la ilusión de que tenía un cañón antiaéreo; cuando no, se lo procuró utilizando unos monstruosos cohetes».

Por la parte del Guadarrama se ayudaba a localizar el objetivo:

El avión trae píldoras,

trae píldoras, trae píldoras,

el avión trae píldoras, trae píldoras para el León.

Y el cabrón tirábalas,

tirábalas, tirábalas,

y el cabrón tirábalas,

tirábalas al barracón.

Lo demás ya era cuenta del Pichi. El Pichi, el chulo que castiga...

LA MALETA DE CRISTO

No

sé si la expresión llegó a popularizarse o no —yo apenas si la he oído—, pero me consta que en el Tercio de Navarra, fino donde los hubiera, llamaban la maleta de Cristo, con una mezcla sencilla de respeto y buen humor, a aquella en que el Páter llevaba el altar portátil y los ornamentos sagrados. El origen de la expresión creo que es el siguiente:

Había entre los requetés de una sección un tipo que era extraordinariamente alto, tanto que a la hora de desplegar aquellos dos pelotones eran indefectiblemente localizados por el enemigo antes que ninguno otro, y gracias, claro, a la estatura de aquel buen mozo. El alférez, los sargentos, los cabos y los requetés estaban deseando que el intrépido gigantón pasase a alguna zona militar algo más alejada de la que ellos mismos ocupaban, así es que poco pudieron, poco no pudieron, al fin lo largaron de camillero, donde no dio resultado porque perdía los palos. Alguien dijo: «Claro, es que los confunde con palillos». En estas sucedió que el Páter necesitaba asistente y echó mano del mozallón. Días después, en pleno tomate, hubo de cruzar el flamante asistente junto a un camino en el que hacían fuego, parapateados tras de las cercas campesinas, sus antiguos compañeros de sección. El hombre iba cargado con la maleta del altar y los ornamentos. Ya se sabe lo que son estas cosas. Todos comenzaron a meterse con él y con su nuevo puesto y a preguntarle que cómo le iba en la retaguardia, y tanto le hartaron que el asistente se detuvo, se alzó todo lo alto que era, enarboló la impedimenta eclesiástica y amenazó:

—¡O sus calláis o sus arreo un maletazo con la maleta de Cristo!

Y ahí empezó la broma.

EL GUA

Como es sabido, así llamaron los madrileños del asedio a la plaza de Bilbao, punto que atraía con especial predilección a los proyectiles de la artillería nacional. Es posible que la plaza de Bilbao recibiese —sin culpa ni provocación— más de un pepinazo honestamente destinado al observatorio de la Telefónica. Por estas mismas razones, la Gran Vía fue rebautizada por aquel tremendo y valeroso humor de toda la población madrileña con el nombre de avenida de los Obuses, y también, que hay variantes, con el de la avenida del 15,5. Oficialmente su nombre era muy gordo: Avenida de la URSS, aunque la gente decía de Rusia. ¿O era de Rusia y la gente decía de la URSS?

A propósito del guá escribía en *ABC* mi querido e ilustre condiscípulo el profesor Alonso Zamora, en un espléndido trabajo titulado *Una mirada*

al hablar madrileño, lo siguiente: «Por ejemplo, a la plaza de Bilbao se le dio durante la guerra el nombre de “El guá”, por la frecuencia con que caían en su recinto los proyectiles. La imagen se extrajo del juego infantil de las canicas o bolas».

En mi tierra, a las canicas o bolas se les llama bolos, o al menos así era en mi infancia, y al gua el chulo, que deriva del vasco *zulo*, agujero pequeño. A más de uno de los voluntarios del coronel Beorlegui, en los tiempos de Oyarzun, le he oído referirse al bombardeo constante de los fuertes de Guadalupe y San Marcos, que batía aquellos andurriales, y de modo preferente el pueblo de Oyarzun, y aún más, la plaza.

—Todos los pepinazos van a caer al mismísimo chulo —comentaban, refiriéndose a la plaza de Oyarzun.

Y éste era el paisaje —como ya recordarán— por el que Beorlegui se paseaba con un simple paraguas o en su alegre intento de aprender a montar en bicicleta.

BARBA

Espera, aburrimiento, lata. A veces tardaba en llegar el relevo a una posición incómoda, peligrosa o simplemente antipática —por cualquier extraña razón—, y la gente decía:

—Ya está bien, menuda barba...

A uno le podía salir la barba esperando que llegase la precisa munición, y aguantar una barba de padre y muy señor mío cuando la madrina había dicho por teléfono: «Bajo en cinco minutos». En este caso, las barbas con vino eran menos, de modo que uno trasladaba su base al bar más próximo.

La barba fue también un hecho real y muy de moda. Antes de la guerra yo no había visto a ningún joven con barba, si se exceptúa a Paulino Garagorri, que estudiaba en mi Facultad. Pero en los mismos primeros días de la guerra aquellos afortunados camaradas cuya potencia capilar les permitía ya ese dispendio, acordaron dejársela hasta la entrada en Madrid, que a lo que juzgábamos los de Somosierra, habría de ser por el Pacífico y los Cuatro Caminos, aunque, como es bien sabido, otra cosa tasó el sastre. Hubo entonces muchas promesas: una, la de las barbas, que era cómoda, romántica y sencilla de cumplir, y que además hacía muy bien a la hora de los permisos. Otra que tampoco ofrecía mayores dificultades frente a Buitrago y la Rocosa, porque era la famosa promesa del romance: «Ni con su mujer folgar».

«¡Aquel julio romántico! —evoca Iribarren—, por ser romántico tuvo hasta el síntoma —tan consustancial al romanticismo— de las

exuberancias capilares. Porque julio, que fue el mes de los monos azules y de los buzos color mostaza con pistolón a la cadera, fue (¿os acordáis?) el tiempo de las barbas floridas y el bigote corrido a la patilla, a lo Zumalacárregui. ¡Aquellos voluntarios barbudos en los que la sonrisa se hacía blanca y buena!... ¡Aquellos falangistas nazarenos que, al igual de los voluntarios que acompañaron a Bourmont a tierras portuguesas, juraron no cortarse pelo ni barba hasta la victoria definitiva!...».

¡Qué hermosas, qué rizadas, qué torrenciales barbas las del capitán Lastra, el teniente Tomé, el alférez Salinas, el alférez Picó, Villayandre, Herráiz, García Catalán, Asín y otros muchos! ¡Y qué envidia nos daban a los que no la conseguíamos ni a tiros! «Manolo era un niño que se aupaba un poco para parecer adolescente. Intentó dejarse la barba por coquetería de combatiente, y no le podía crecer sino aorros», escribe Francisco Cossío de su hijo, muerto a los diecinueve años en Quijorna, el pararrayos falangista de Brunete. La muerte de Manolo dio origen a un libro titulado así, *Manolo*, que es lo mejor que ha escrito Francisco Cossío y, desde luego, uno de los que más hondamente calaron en aquel tiempo y después.

Los hermanos carlistas prefirieron seguir a Zumalacárregui, enlazando las patillas al bigote, y no a don Carlos o a don Alfonso Carlos, pero aun así también consiguieron fantásticas riquezas capilares. La barba más ilustre de aquellos días, blanca y bien cuidada, era la del general Cabanellas, a quien, cuando entró en Pamplona, el día de Santiago, le confundieron con el Regente. La barba más dramática fue la del coronel Moscardó a la salida del Alcázar. El cristóforo del Tercio de Lácar o Montejurra, la barba al pecho, era como un fornido Greco, un Greco leñador, campesino y andarín. Luego, a lo largo de la guerra, la moda de la barba se extinguió, sin más eventuales resurrecciones que las exigidas por las circunstancias, porque más de una vez no había tiempo ni para afeitarse. Esto solía coincidir con el empeño enemigo en afeitarle a uno.

Parece ser que la abundancia de pelo tiene su importancia en determinados momentos. Sansón podría hablar de esto, y más Dalila, y no estaría mal hacer una encuesta sobre el asunto entre los visigodos, de ser habidos. Las melenas de Sansón y las de Wamba dieron su juego, y las barbas cuentan mucho, sobre todo a la hora de mesarlas, en la historia de aquel sin par caballero que fue don Rodrigo Díaz de Vivar. Las barbas desaparecieron con la guerra europea. El último florecimiento de las barbas, su postrer primavera, parece que puede señalarse en las trincheras de los *poilus*. Sus barbas eran tan honestas como las de don Ramón del Valle Inclán, aunque menos literarias y grandiosas. La barbita fascista tuvo su importancia, pero ya existían en ella ciertos elementos de jardinería, de modo que resultaban a la verdadera barba lo mismo que un jardín inglés a las selvas amazónicas. Conocí a un periodista de los fascios que en el año 45 se afeitó la barba que había lucido por América, Abisinia, España y diversos frentes europeos. Fue como cortarse su coleta guerrera, y en el momento de la

dolorosa ceremonia dijo: «Si tuviese un heredero le diría dos cosas: no te dejes nunca la barba, y cuando veas un fusil hazte caca sobre el cerrojo».

Los bosques mandibulares han vuelto a crecer al amparo de Sartre, aunque por razones más vinculadas al desaliño —y aun a la hediondez vital— que a la virilidad. La única barba noble de la postguerra última fue la de Hemingway, y nació de un eczema. Ahora cuenta mucho, y con repercusiones universales, la barba de Fidel Castro. La calle está llena de antepasados, tantas barbas se ven.

PLATO ÚNICO

Fórmula mixta de impuesto moral y económico que vino a subrayar ante la alegre y pantagruélica retaguardia nacional la existencia de la guerra, y esto va dicho con la mejor intención del mundo. Se implantó el día 16 de julio de 1937, según recuerda autorizadamente, en *Memorias de un soldador locutor*, Fernández de Córdoba. No tengo ni idea de su fórmula fiscal y administrativa, pero sí sé que en todos los hogares se cumplía con puntual y emocionante regularidad, aunque, eso sí, con cierto refunfuño acompañado de un barroquismo culinario. La misma orden estableció el llamado Día sin Postre, y no hizo más que confirmar algo que venía practicándose desde el primer invierno de la guerra, aunque sin una reglamentación idéntica para toda la España liberada. O bien se le dio una periodicidad semanal en contra de la que tuviera anteriormente. Lo digo por lo que sigue.

En *La agonía de Madrid*, diario de Adelardo Fernández Arias, escrito en la capital desde el 23 de octubre de 1936 hasta el 9 de febrero de 1937, al final de las notas correspondientes al 6 de noviembre —¡madre, qué día!— se lee: «Hoy, primer viernes de noviembre, dedicado al Corazón de Jesús, se ha inaugurado en Sevilla el sistema del “plato único”, que dos veces al mes se servirá para aliviar a muchos necesitados. En Burgos, como en el resto de la España “nacional”, comenzará a regir desde el próximo día 15. También en Burgos se ha creado un batallón de voluntarios que se está instruyendo para colaborar con el Ejército “nacional”».

Al revolver viejos periódicos encuentro un anuncio que dice así:

«*Día del plato único*. Hoy, 1 de abril de 1937. En cumplimiento de la disposición recientemente publicada modificando el menú en el *Día del plato único*, se advierte a los industriales interesados que podrán dicho día servir a los dientes uno de los tres platos siguientes: *Verdura* (del tiempo), *Pescado* (merluza o pescadilla), *Carne* (en el almuerzo *Cocido* y en la comida *Parrilla*), *Postres* (en el almuerzo, *Pastelería* o *Fruta*, y en la comida *Flan* o *Fruta*). Se previene a todos los industriales la

obligación en que se encuentran de no servir más que un solo plato. Todo incumplimiento de esta disposición será severamente sancionado».

Este anuncio con diversas variantes de menús, lo he localizado los días primeros de mes y los días quince, de modo que me atrevo a suponer que la cuaresma nacional tenía sus vigiliias de dos en dos semanas. En una novela sobre nuestra guerra se da a entender que el plato único era cuestión diaria, pero como en la misma novela se atribuye el mando de una bandera del Tercio a un coronel, la cosa queda bastante desvirtuada en cuanto a documentación.

Durante la primera Guerra Mundial, Hoover, que años después sería Presidente de los Estados Unidos, se encargó de la administración de los víveres americanos bajo este lema: «Los víveres ganarán la guerra; no debéis despilfarrarlos», y estableció días sin carne y fabricó bombones sin azúcar y pan sin trigo.

Aquello de «el par de huevos que sean tres» se puso muy de moda en los tiempos del plato único, y hubo un restorán muy famoso que encargó una vajilla especial —algo así como El Escorial de las vajillas— para atender a sus clientes en los días señalados por la ley. Se inventaron entonces guarniciones sencillamente orgiásticas para acompañar el menú burocrático, que no tenía nada de espartano, por así decirlo, y ni siquiera aquel «huevo repujado» que soñaban los detenidos en una checa roja, sobrepasaba, en punto a rica imaginación, la de algunos hosteleros de la zona nacional, aunque éstos, para fortuna de sus clientes, traducían sus fantasías en suculentas realidades.

No faltaron espíritus progresivos, insobornables y liberales que consideraban el plato único como un ataque totalitario al libre albedrío o poco menos. Los tales decían: «El Estado no tiene por qué meterse en mi cocina por muy difíciles que sean las circunstancias». Los tales estaban tan seguros de la victoria, que no recordaban cómo otro Estado —tan distinto al campamental que entonces nacía— se habla metido, un inolvidable 13 de julio, en algo más que en la cocina de los hombres honrados.

CANTINERO

Propietario, empresario o arrendador de la cantina, claro está; los hay sedentarios y nómadas. Los primeros abundan en los tiempos de paz; los otros, ya se sabe. La cantina de los antiguos cuarteles solía regentarla algún veterano, generalmente ligado a la unidad que allí tuviese su hogar, y según el *Diccionario Enciclopédico de la Guerra*, «algún brigada o sargento, con frecuencia el maestro de banda».

«La cantina —escribe Barado en su gran lienzo de costumbres militares del pasado siglo— es un cuchitril ni muy limpio ni bien alumbrado, en el

que se expenden ciertos alimentos y bebidas; especie de figón donde, como es de suponer, abundan los fritos, escabeches y fiambres y donde no faltan todos aquellos aperitivos que están al alcance del soldado».

Estas cantinas comenzaron a morir con las reformas militares de la Dictadura, los Hogares del Soldado, y calculo yo que apenas si quedan, con el concepto moderno de la vida militar y el triunfo de los bares, que piden claridad y limpieza a chorros. De la cantina de Barado a las instalaciones semejantes en los cuarteles de Lérida, por ejemplo, va la misma distancia que del candil al neón; y en Lérida mismo, en la vieja Seo, que fue cuartel desde Felipe V hasta hace unos años, todavía se veían, entre los andamiajes restauradores, restos de una cantina a la antigua usanza, con palmeras, campamentos africanos y vítores a las banderas del Tercio que por allí anduvieron durante la Cruzada. También había, pintados, emblemas y ardorosas muchachas de enormes ojos y ricas curvas.

Grandes y pequeños recuerdan a los cantineros con afecto, y así Mola les dedica en *Dar Akobba* un cántico humanísimo y sencillo: «Ben Karrich había progresado bastante, era ya un poblado de relativa importancia, con edificaciones nuevas, fuentes, comercios de baratijas y cantinas, ¡muchas cantinas! Ser propietario de una cantina constituía entonces la aspiración suprema de esa legión de aventureros, los cantineros, que tras las tropas en campaña marchaban con su cesta de golosinas, su saco de cajetillas de tabaco y la garrafa inagotable de Valdepeñas. ¡Cuán desagradecidos hemos sido con ellos! Los españoles, tan dados a homenajes, jamás hemos rendido uno, aunque modesto, al cantinero; ese ser anónimo, humilde, liberal y heroico que tantas veces sació nuestra sed en la línea de fuego y tantas otras nos facilitó el cigarrillo que había de servir de sedante a los nervios excitados. ¡El cantinero! Comerciante de ínfima categoría, que entregado a la protección de Dios y a la benevolencia de los hombres, impelido por la justa ambición de unas pesetas con que aliviar su miseria, solía hallar las más de las veces traidora muerte en el recodo de un camino, sin derecho siquiera a la piadosa formalidad de que su cadáver fuera identificado para anotar la defunción en el Registro Civil. ¡Pobres cantineros! Repito: ¡cuán desagradecidos hemos sido con ellos!»

Como se ve, la aspiración del cantinero nómada era la de convertirse en cantinero sedentario en cualquier sitio, civil o militar, que estuviese cerca de la tropa. Cusachs lo pintó vestido de paisano, con una gorra militar sin emblemas, el barrilito con grifo a la espalda, un cesto repleto de provisiones y un insondable macuto. Los pies, calzados con la alpargata valenciana. En Lérida he conocido un viejo cantinero que supo ascender a capitalista entre los tiros de nuestra guerra; a él alude Emilio Romero en un capítulo de *La paz empieza nunca*: «Zazurca se había prestado a ser cantinero de primera línea en aquella Lérida que tenía la guerra dentro. Y ahora que el cerco ya se había levantado, tras la batalla del Ebro, por la ofensiva relámpago del Ejército nacional por Cataluña, Zazurca había levantado su bar y era el máximo centro de reunión de la ciudad». Lo curioso es que Zazurca, sin duda por recordar

sus buenos tiempos, fue luego el cantinero oficial en el rodaje de *La fiel Infantería*, alternando, cuando trabajaban los chicos de Montaña, con la cantina móvil del regimiento, que era un prodigio de baratura.

Los cantineros siempre se la han jugado, en todas las guerras, y no por la gloria, sino por el oro, que también tiene su mérito. Se metían por los lugares más inverosímiles, atravesaban batidos e incluso se arriesgaban a cruzar por zonas hostiles.

Iba Mola en coche, fusil en mano, dispuesto a vender cara su vida ante una partida que merodeaba por Yebel Hebib cuando —dice— «nos dimos de narices con unos cuantos cantineros españoles que, arreando a sus bestias, marchaban a buen paso en dirección contraria, tan tranquilos, tan a la buena de Dios y canturreando. Tal fue mi sorpresa al encontrarles por aquellos peligrosos andurriales que hice parar el coche y les pregunté:

»—¿A dónde diablos van ustedes?

»—Al Fondak y “aluego” a Tetuán —repuso el que venía en cabeza guiando la recua.

»—Pero me parece que hacen un disparate. ¿Saben que se exponen a un susto gordo por aquí?

»El más viejo de ellos, que por cierto era andaluz, me contestó:

»—¡Ca! No hay de qué. Y a una mala, como dicen en mi tierra: más “cornás” da el hambre.

»No niego que ante aquella respuesta experimenté algo que debió ser muy parecido a lo que sintió el insigne Alarcón al encontrar en su camino a las dos inglesitas que al día siguiente leerían en el álbum de la Flechère la impertinente fanfarronada a propósito de su visita al Mont-Blanc».

Lo cual casa muy bien con lo que añade el ya citado *Diccionario Enciclopédico* : «En época de guerra es tradicional la figura del cantinero, hombre que, por lo general, no tiene nada que perder y sí algo que ganar, y que seguía a las tropas, estableciendo sus tenderetes en los campamentos y vivaques para facilitar al soldado, no siempre a bajo precio, el vaso de vino a horas extraordinarias y esas cien bagatelas, unas útiles y otras superfluas, que no tiene otra posibilidad de adquirir».

El encarecimiento de las mercancías viene impuesto por lo único que el cantinero, en algunos casos, tiene que perder, que es su vida. Asenjo retrata hombres, razones y peligros en torno al negocio de la cantina: «De treinta a cuarenta millones de pesetas ingresan mensualmente en la Delegación de Hacienda de Melilla, y no hay que decir que una buena parte de esas pesetillas se quedan en el término comprendido desde la

Posada del Cabo Moreno y el fuerte de Rostrogordo, más gordo cada día, tomando la ciudad de extremo a extremo. Hagan ustedes un pequeño cálculo: unos sesenta mil soldados, cinco mil jefes y oficiales y asimilados y unos dos mil periodistas gastando a cuenta del periódico; jefes y periodistas, “solteros en comisión” y alejados de la familia. El negocio es seguro. Con tres paquetes de velas, unas cajas de “cigarros bastos”, unas latas de conserva mal conservada y unos cuantos kilos de “vino en polvo”, se pasa de simple cantinero a potentado. En el Marruecos francés todo esto se halla más restringido y limitado. La rebeldía de los moros no es causa de tan pingües negocios. Allí suelen combatir por su sola cuenta.

»Pero el cantinero es algo más simpático y distinto al negociante, al que no hay quien separe de Melilla. Aquel empieza su trabajo acompañando a las tropas, con el riesgo consiguiente de que una bala cierre su comercio a media puerta o asta. Si la venta es próspera, alquila un caballejo, y con él recorre las posiciones, internándose algunas veces en las propias líneas enemigas. Es frecuente en Marruecos encontrar hombres de estos tendidos en un charco de sangre en mitad de un camino, al que los moros han quitado, además de la vida, sus provisiones y cabalgadura. Del alquiler del caballo asciende a la pequeña tienda en el campamento, hecha con cajones de cerveza y chapas arrancadas de latas de petróleo. De cantinero de posición no es difícil llegar a provisionista del Ejército, con magnífica tienda abierta en un campamento general, en colaboración de unos cuantos cabos furrieles, cargo éste por el que es preciso pasar para llegar a ser capitalista.

»El negociante, de otro linaje social, aunque no moral, no corre ningún riesgo en la guerra. No ha oído nunca un tiro, ni jamás vio una alambrada. Su radio de acción no pasa de los centros burocráticos de los Regimientos y Representaciones de los cuerpos combatientes, y alardea de tener gran influencia en Comandancia general, donde no le conoce nadie. Es galante y obsequioso, y en su boca siempre hay una insinuación, un halago para los méritos y virtudes del presunto sobornado. Unas muestras de artículos, unos bombones para los chicos, el ofrecimiento de su magnífico coche es el comienzo de su labor de atracción. Hace gala de tutearse con oficiales del Ejército, a los que acompaña a juergas y comilonas cuando dejan el frente, de los que aguanta las más pesadas bromas. Se las da de conocer las “mejores mujeres” de la ciudad galante, y él sabe siempre qué esposa se divierte mientras su marido lucha en el campo y hasta los “líos” que ocurren en los matrimonios mal avenidos...». La cita es larga, pero merecía la pena, ¿verdad?

El cantinero suple, en la parte lícita, al padre y a la madre, al amigo y a la ciudad distante. Da agua como la samaritana, aunque la samaritana lleve contador en ese caso, y presta algún dinerillo o abre créditos en espera del giro o de las sobras. Pone a los hombres en condiciones de soñar y de zurcir, de escribirle a la novia y de echar un pitillo, y está con la tropa antes y después del fuego, y muchas veces en el fuego mismo.

«Esta última noche duermen poco los legionarios —escribe el comandante Franco—. La alegría reina y la invasión de los cantineros con sus explosivas bombonas nos ocasiona abundantes borracheras. Hay que atajar el mal. Anochecido se cierran las cantinas y se decomisa el aguardiente, pero el campamento no descansa; mientras unos cantan, otros sueñan en la nueva empresa con fantásticas hazañas».

Así era la víspera de un ataque del Tercio, de la primera operación en que iba a tomar parte la Primera Bandera.

En las grandes posiciones africanas, la cantina era como la plaza mayor del pueblo, y algunos cantineros llevaban mucha abundancia de género e incluso muestras, de más o menos valor, de un género que en la guerra escasea mucho. Las cantinas de *Imán* son tremendas y reales: «Algunos, al entrar, tropiezan con el arco de la puerta y tiembla toda la barraca con crujidos de madera y de lata. Las cantinas están hechas con pedazos de cajas y bidones de gasolina despedazados. Jirones de tienda de campaña, más lata insegura. Algunos pedazos de granada —cascos de enormes botellas de hierro— aseguran la techumbre contra el viento. El dueño de la cantina es un cojo con traza de náufrago de zarzuela, que no se sabe a punto fijo si es padre, esposo o empresario de la Blanca. Esta apenas sale del mostrador, donde atiende a los mejores clientes».

La Blanca, efectivamente, podría ser la hija, la mujer o la pupila del cantinero, pero también la legendaria cantinera. Yo no he conocido cantineras, de manera que me atengo a lo literario, porque sólo vi unas en una Bandera del Tercio, creo que la segunda, la que pasó por Somosierra, San Marcial, Irún y Huesca en los tres primeros meses de la guerra. Me parece que estas mismas cantineras fueron las que vio Iribarren junto a Mola: «Detrás de las secciones trotaban chicuelos, hijos de legionarios y a zancadas —la pantorrilla al aire— iba la cantinera, renegrida y feroz como una loba».

La cantinera es una figura romántica, más embellecida por la imaginación del artista que por la dura realidad. El siglo XIX se ocupó mucho de la cantinera, quizá porque tomaron gran auge en las guerras de la Revolución, que luego habría de continuar el Imperio. Madame Sans-Gêne es un poco la reina de las cantineras, y dudo mucho de que sobre los campos de batalla haya habido cantineras del tipo de Sofía Loren, que es la que ha hecho ahora —y cómo— el papel de Catalina Hübscher, porque alguien las hubiera retirado muy pronto de unos peligros para hacerlas caer en otros. Del mismo tiempo es otra, citada por Solís en *Los guerrilleros de 1808*:

«Los hijos de Cardona, hombres, mujeres y niños, prestaron su auxilio a los heridos, y hasta los condujeron en hombros sin miedo a las balas, a pesar de haber caído herida una mujer, la vivandera del regimiento de Iberia, Fabiana Palomera».

El realismo español se manifiesta con gallardía en el retrato que Barado hace de «la Chata», una cantinera que debió de ser famosa cuando la primera guerra carlista o algo después:

«Hembra bigotuda, morena, de ojos negros y pequeños, párpados con ribete rojo, pecosa de viruelas, más bien alta que baja y con ademanes verdaderamente hombrunos, era “la Chata”, como suele decirse una real moza. Lucía muy ricas joyas y unos muy floreados pañuelos de Manila, que daban idea del buen estado de su peculio, y movía el miriñaque con marcial vaivén. Trataba de tú a la gente joven y conocía a fondo la terminología militar, la jerga cuartelera y hasta el lenguaje de oficio. Conocía también la historia de algunos jefes de “las regimientas” y batallones y las flaquezas y ridiculeces de sus mitades. Era compasiva y blanda, cualidades que le valieron amistades y disgustos, y que dieron al traste con sus ahorros. Historia viviente de una generación, arca de su grandeza y de sus chismes, vive sólo en la mente de los que la conocieron, pasó ya al mundo de los recuerdos... ¡Séale ligera la tierra!»

«La Chata» pudo ser como la Blanca; resucitar en «la Chata» del Marruecos legionario, citada por Maciá Serrano, junto a sus compañeras la Lola, «la Cuerpo-Bueno» y «La Churra». Las cantineras que yo he visto en instrucción eran mujerucas que acudían a ganar unas pesetas vendiendo churros, bocadillos, gaseosas y vino, y eran las mismas mujeres que les venden a los niños caramelos, cacahuetes y chicle. No puedo negar que si bien no inspiraron pasiones, sí dieron motivo a la estrofa de una canción de cadetes:

En las canastillas

hay muchos bocadillos.

Churros, hay la mar;

¡churros, churros, churros!

¿Quién quiere comprar?

La G.M. II ha resucitado a las cantineras en forma actualísima, como una de las misiones encomendadas a las fuerzas auxiliares femeninas. El cine nos ha puesto en contacto con las cantineras americanas. Nuestros soldados de Rusia recuerdan las cantinas y las cantineras de Grafenberg. Tomás Salvador trincó con sus camaradas y aún lo evoca: «En las cantinas, dejando caer la tarde entre cascadas de dorada cerveza y canciones sentimentales, se podía uno enterar de cuanto ocurría en el campamento, desde los caballos muertos de epizootia en las cuadras hasta los blancos obtenidos por la Artillería en los polígonos, pasando por las calaveradas de algunos voluntarios... Las reuniones corrientemente empezaban en las cantinas a las siete de la

tarde, después de la cena. Se podía beber cerveza y un vino amarillo que decían del río Rhin.

»Los oficiales tenían unas salas y la tropa otra, pero corrientemente estaban mezclados. Los españoles tenían una forma turbulenta de divertirse a gritos, pero las cantineras decían que eran buenos muchachos y, sobre todo, muy generosos».

La cantina se transforma en bar, y durante nuestra guerra la Intendencia nacional se inventó unos camiones ambulantes que iban vendiendo de todo por los frentes, unos zocos motorizados que recorrían las zonas de etapa y llegaban como podían hasta las unidades desplegadas en la zona avanzada. Es curioso conocer el repertorio de artículos previstos para un mes y diez mil hombres y saber que se presuponen cincuenta compradores de cuerdas y clavijas para guitarra y bandurria, capítulo por donde a la cantina le rebrota el romanticismo de las viejas cantineras. El «Tebib» vio en Vizcaya un trasto de éstos: «Vemos repartir el rancho de las seis y media de la tarde y nos despista la notoria diversidad de apetito de los muchachotes. Mientras unos llenan sus platos-cazuelas de cinc hasta los bordes, otros apenas si aceptan el vaso de café.

»—No les extrañe. Estos zagales son unos sibaritas, y ¡arman cada merendola! ¿Ven ustedes aquella camioneta? Pues en ella está la madre del cordero. ¡Hoy se han hinchado!

»La camioneta dice en un cartelón: “Cooperativas militares para el frente”. Van cargados de todo género de artículos para comer, beber y arder. Latas de melocotón, salchichón, chorizos de Pamplona, lechugas, naranjas, cerezas, queso, salmón, aceitunas, huevos duros, etc. Lo suficiente para cientos de banquetes campestres. Por cuatro cuartos, los requetés han adquirido un arsenal de provisiones supletorias y se han dado la gran cuchipanda».

El cantinero más ilustre es aquel que ganó una batalla, precisamente la de Ceriñola que, como se sabe, fue precedida de una marcha sobre una tierra calcinada por el sol, sin un árbol, sin un río, sin una fuente. La sed mataba a los hombres. «Murieron de sed cuarenta y siete alemanes y una mujer así mismo alemana». Los tudescos, recién arrebatados a su tierra verde y fresca, se negaron a seguir. Entonces, cuando los tipos se habían tumbado en el suelo, dispuestos a dejarse matar, llegó Medina y le dijo a su gran amigo Gonzalo de Córdoba:

«—Señor, barruntando esto traigo aquí cuatro carretas cargadas de cuero de muy buen vino y de bizcochos».

Después que todos bebieron y recobraron el ánimo, el Gran Capitán se volvió a su fiel soldado y le dijo:

»—Medina, vos sois el vencedor de esta batalla».

El cantinero, por así decirlo, la ganó aun antes de que empezase. Y no es mala batalla para honrar a toda una profesión.

SACO TERRERO

Vulgar saco de arpillera que se llena de tierra y sirve de defensa. Dicho así, parece que no tiene la menor importancia, pero tampoco la tendría el decir que un hombre vestido de uniforme es un soldado, y, sin embargo, suele serlo. Los sacos terreros son el panorama habitual de los batallones de línea, el elemento básico de las trincheras. Si el perro es el mejor amigo del hombre, el saco terrero es uno de los buenos amigos del soldado. Tras de los sacos terreros no es difícil el descanso; fuera de los sacos terreros también se puede descansar, pero ese descanso suele ser el eterno descanso.

No obstante su aspecto sólido, serio y conservador, los sacos terreros han servido para que Mingo Revulgo, llamado a filas, haga su poquito de humor. Cuando se fundó el Tercio hubo su miajita de pitorreo entre los soldados veteranos a cuenta de los legionarios bisoños, que aún no habían entrado en fuego. Es el propio Franco quien lo narra:

«Al mediodía nos destacan en ayuda de la otra columna. Cuando llegamos, el auxilio no es necesario, y al regresar aquella noche al campamento escuchamos la copla que la ironía hace cantar a los soldados:

¿Quiénes son esos soldados

de tan bonitos sombreros?

El Tercio de Legionarios

que llena sacos terreros...

»“Esto es demasiado; para esto no hemos venido por segunda vez a Marruecos”, dice un oficial. Nadie está satisfecho; en el semblante de nuestro jefe se nota también gran contrariedad; aconsejo templanza. ¡Ya llegará el día! Pero interiormente todos nos descorazonamos. ¿Qué será de nuestro Credo?»

Realmente estas impaciencias, como comprobará cualquiera que sepa un poco de Historia contemporánea, eran prematuras. Los del Tercio llevaban nada más que un saco terrero, precisamente en el corazón, motor de toda ofensiva o defensiva, en modo tal que a la hora de avanzar parecía hacerlo con la misma tranquilidad que si estuviesen apaciblemente parapetados, y a la hora de resistir, aguantaban tras de una mata de habas como si anduvieran metidos entre cemento. También se daba el caso de algunos legionarios que llevaban el saco terrero a la

espalda, pero eso era ya cuestión de que se hubiesen ganado a pulso un buen paquete.

Con decir: «Es un saco terrero», el soldado calificaba estéticamente a una mujer que no tenía que agradecer a Dios un buen palmito.

OBJETIVO

Punto sobre el que se tira o finalidad de una operación. A la hora de aguantar la tormenta, el buen ánimo de la tropa inventó aquello de que «más vale estar en el objetivo que en los alrededores del objetivo», parvo consuelo cuando la artillería o la aviación se conocían bien la papeleta, porque entonces tanto el objetivo como sus alrededores quedaban literalmente talados. «Mario volvió triste; le habían mandado con los mulos a la venta. De allí tenía que coger un camión y traer mantas de Cerezo, y a un tiempo la correspondencia. Pero en la venta, que era bombardeada a todas horas, le sorprendió la aviación. Mario era de los que decían:

»—Más vale estar en el objetivo que en los alrededores del objetivo.

»La metralla hizo carne abundante, casi en el objetivo, por una vez».

Este es un triste ejemplo de ese constante fracaso que caracteriza a toda paremiología...

Menos mal que tengo a mano algunos ejemplos más alegres respecto a la utilización de esta palabra, en su sentido de finalidad o propósito:

—Me voy a Burgos con veinticuatro horas.

—¿Objetivo?

—Baldomeras, hermano; vermú con ginebra y un baño caliente.

Hay canciones que expresan el disparatado, risueño y un tantico liviano objetivo de una colectividad de muchachos metida en la más trágica faena casi desde su lactancia. Recuerdo que antes que nada venían el autorretrato y la filiación:

Yo soy de la segunda compañía

y me gustan las chicas un horror;

si puedo me emborracho cada día

y me juego la vida con valor.

Era una gentil fanfarronada, por lo menos en una de sus afirmaciones, aunque bien disculpable en aquella parte de una generación que maduró vertiginosamente para lo bueno y lo malo al atroz calor de la guerra, que exalta muchas virtudes, pero que no suele ser escuela de buenas costumbres. Es lo que pensaba el enlace de Juan Cepas (*Provisional*) viendo a su alférez: «Estas guerras sacan a los críos de sus nidos y los hacen hombres a porrazos. Buena escuela, y mala también». Creo que esta cancioncilla sobre una melodía mejicana muy popular entonces y requisada para marcha *manu militari*, nació en los primeros días de diciembre de 1937, en el convento de Santo Tomás de Ávila, durante un alto de estudios por la tarde gris, quizá en alguna de las celdas o puede que en la cantina, situada en un zaguán que unía el ascético claustro con las compañías, antiguas habitaciones de novicios. Los objetivos del bardo de turno se resumían con breve eficacia:

Romper filas siempre yo quisiera,

ir al cine, beber y pasear;

ver la novia que alegre me espera

y a quien yo quisiera poder abrazar.

¿El bardo de turno no fue alguno de los chicos de la harka de Aranda, que por aquellos días se graduaban de alféreces? ¿No fue Galarza? Algunos ponían besar en lugar de abrazar, y realmente, ¿por qué no iban a decirlo así? Otros cambiaron el orden de factores del segundo verso de la estrofa con una total alteración del producto: «Ir al cine, pasear y beber», lo cual provocaba el uso obligado de otros infinitivos más toscos, urgidos y groseros, aunque de alta y noble estirpe italiana, amatoria y militar, y si no que se acuda a los Tercios de Gonzalo de Córdoba y a sus sucesores del tiempo aquel de «España mi natura, Italia mi ventura y Flandes mi sepultura», que fueron los celtiberizadores del suavísimo *godere* italiano.

NO PASARÁN

El *slogan* es de origen francés y se remonta a la defensa de Verdún por las tropas de Pétain, cuando el gran soldado terminó su proclama al Ejército con esta frase: *Ils ne passeront pas!* El hecho de que no pasasen dio a la consigna un valor universal y una enorme popularidad.

El barniz de cultura gálica que siempre distinguió a nuestros progresistas, menos amantes de la Revolución francesa que de su inmediato derivado, el café de camareras, se puso de manifiesto una vez más al utilizar este *slogan*, primero en los momentos iniciales del ataque a Madrid, y luego en todas partes. El lema sirvió para carteles, canciones y para cubrir con sus nueve letras todos los muros

disponibles. En cierto modo, garantizaba una posición más defensiva que ofensiva, lo cual no deja de ser curioso. Por la costumbre de la requisita y el garbeo, los del Agit-prop atribuyeron la frasecita a la «Pasionaria». César Falcón, un *valet* de la gacetilla comunista, escribe en su libro *Madrid*: «Las palabras de Dolores han quedado fijas para siempre en la consigna “¡No pasarán!”. En todas las mentes lucen estas dos palabras con una claridad precisa, radiante, guiando la voluntad de lucha y de victoria. El pueblo tiene desde ahora mismo un norte seguro».

Y por si fuera poco, insiste: «La consigna de “Pasionaria” corre de boca en boca. Se ha convertido en el “santo y seña” del antifascismo. La repiten las patrullas de vigilancia, los que guardan los locales obreros, los que trabajan, los que esperan turno para el combate; hombres y mujeres, niños, cuantos van a defender la libertad de España».

El coplero Tapia tocaba el arpa:

¡No pasarán por los llanos!...

¡No pasarán de la Sierra!...

¡No pasarán por el Tajo!...

¡No pasarán de Oropesa!...

¡No pasarán de Mangada!...

¡No pasarán de Perea!...

¡No pasarán de Pinares!...

¡No pasarán de Sigüenza!...

¡Qué parapetos dos de ellos!

«Trincheras, nidos de ametralladoras, emplazamientos artilleros — escribe Pedro Gómez Aparicio en su excelente crónica de la campaña de Vizcaya, *¡A Bilbao!* —, refugios antiaéreos de decenas de metros de profundidad, sólidos edificios de cemento transformados en fortalezas, como el famoso casino de Archanda, del que los rojos trataron de hacer un segundo Alcázar toledano...; nada se olvidó por convertir en realidad posible el “¡No pasarán!” que decoraba las fachadas de todos los domicilios bilbaínos y hasta el último de los caseríos montañeros».

También las tropas nacionales emplearon alguna vez —*sur le champ*— esta consigna, como puede verse en el párrafo que sigue, tomado de *Belchite*, un relato del capitán De Diego y de los tenientes Quintana y Royo, que allí estuvieron:

«Tiembla la pared que les resguarda cuando contestan todos:
“¡Arriba!”.

»Al último herido le cae un hilillo de sangre que se limpia mezclándola con sus lágrimas.

»El oficial pretende explicar:

»—Para facilitar los bombardeos de nuestra Aviación sin que nos cause bajas, vamos a retirarnos unos metros hacia atrás. Al dejar momentáneamente estas ruinas empapadas de sangre aragonesa, jurad conmigo, de nuevo, ante la horda: ¡NO PASARAN!

»Y al oír quien mandaba aquellos hombres sus gritos frenéticos, sintió ganas de llorar: de rabia, de emoción, de alegría».

La teórica del no pasarán tuvo, con expresa citación o sin ella, maravillosos ejemplos prácticos en el Alcázar, Oviedo, Quijorna, Villarreal de Álava, el Santuario, Huesca, Teruel, Alcubierre, La Lora, en infinitas posiciones ya olvidadas y sin nombre, y esto independientemente de que se pasase o no. Tampoco faltó su dosis musical, a cargo de un chotis que el maestro Guerrero compuso en San Sebastián y que me parece que se titulaba *Ya hemos pasao*. En el estribillo se citaba, para el retuque, la dichosa consigna. Calculo que fue en el momento de liberarse Madrid cuando se hizo público, y su primera intérprete fue Celia Gámez.

LA MOTORIZADA

Grupo de acción del partido socialista, directamente vinculado a Indalecio Prieto y muy influido por los cipayos comunistas. Su cuartel general estaba en Pelayo, 53, Madrid. Dio mucho juego en el turbulento período que siguió a la victoria del Frente Popular en las elecciones de febrero de 1936, intervino en el asesinato de Calvo Sotelo y creo que posteriormente sirvió de base a alguna de las unidades del Ejército rojo. Una de sus misiones fundamentales era impedir que nadie turbase las digestiones de don Indalecio, y cumplían. El propio Prieto dice: «Muchachos de la “motorizada”, respaldados contra los muros de la Plaza de Toros, protegían mi retirada con el fuego de sus pistolas ametralladoras».

Esta retirada tuvo lugar en Ecija y los atacantes eran socialistas de Largo Caballero. Sucedió antes de la guerra, en los idílicos meses que la precedieron bajo la paz democrática. También ha escrito Prieto: «Por su extraordinaria movilidad se dio el nombre de la “Motorizada” a un grupo de muchachos de la Juventud Socialista Madrileña, casi todos

pertenecientes al Sindicato de Artes Blancas, que en octubre de 1934 dieron pruebas de gran temple».

Desconocía el origen de este nombre hasta que leí *Guerra sin frentes*, de Vicente Reguengo, el cual, tras de contar las tropelías democráticas que la tropilla de Prieto protagonizó en Cuenca con ocasión de la segunda vuelta electoral —en la que fundamentalmente se trataba de impedir gubernativamente que José Antonio saliera diputado—, dice:

«Nosotros también disponíamos nuestro regreso (a Madrid) y nos despedimos del gobernador (de Cuenca); pero al hacerlo del secretario de éste, nos felicitó por "nuestra victoria motorizada", y de esta manera nos quedó la denominación a las milicias prietistas de "La motorizada", por la que en adelante fue siempre conocida».

Lo de «victoria motorizada» era debido a que los prietistas requisaron un buen número de coches para mejor ejercer el terror en la provincia. Cualquier anticipación respecto a Rommel sería pura coincidencia. El jefe de la Motorizada fue Enrique Puente, y Largo Caballero la define así: «Organización particular armada al servicio de Prieto para atemorizar a los tímidos en la querrela que sostenía con elementos del Partido y de la Unión». Puente fue el encargado de llevar a Méjico el botín conocido como «el tesoro del Vita».

FAILANGISTAS

La ingeniosa reacción española, cuyo sentido del humor tiene sus raíces más hondas en el revés de las hojas de calendario y en las envolturas de caramelos ilustradas con chistes baturros, encontró por excepción esta feliz e inteligente palabra para expresar sus recelos ante la bandera roja y negra, el uso del vocablo camarada y, sobre todo, ante algunos aspectos de la política social y económica que propugnaba la doctrina falangista. Calculo que la ingeniosa reacción española ya se habrá quedado más tranquila, por desgracia.

Personalmente, la palabra me sonaba a hermosa y legionaria y a muchos les pasó igual, de modo que el intento ofensivo que llevaba implícito fracasó porque a veces fue adoptada orgullosamente por aquellos mismos a quienes trataba de herir. Esto no es nada nuevo en la Historia, desde Flandes a nuestros días. La inclusión de la I en la primera sílaba de falangista, para que así se escuchasen próximos ecos de la FAI —¡oh, la FAI!—, era como ver a los anarquistas catalanes que marcaron el paso en la Primera Bandera de la Legión, en el momento de entrar en fuego por algo más que por una represalia de clase o por el culto activo y puro de la diosa Anarquía.

En la utilización de la palabreja con aire menospreciante, coincidieron, como en tantas otras cosas, los reaccionarios de ambos bandos, es

decir, los comunistas y los otros. Incluso Hugh Thomas atribuye la invención a los socialistas de la primavera del 36, hartos, según él, de que «los pistoleros de los dos grupos (FE y FAI-CNT) continuasen trabajando al unísono, especialmente contra los socialistas, los cuales solían llamar a la Falange con desprecio la “FAI-lange”».

Creo que los socialistas pudieran haberse sentido molestos porque no se les dejase a ellos la exclusiva del pistolero, ya que lo empleaban masivamente para su particular guerra civil, Largo contra Prieto, Prieto contra Largo, a la que atribuye Madariaga la responsabilidad de la catástrofe española; pero, desde luego, insisto en que el remoquete que nos ocupa es posterior.

EL CHULO DEL CANTÁBRICO

El crucero nacional «Almirante Cervera» se hizo a la mar en los últimos días de julio de 1936 desde su base de El Ferrol. Su dotación normal era de casi setecientos hombres. Al salir de operaciones militares, su tripulación no llegaba a doscientos hombres, parte de los cuales no sabían del mar sino que mojaba, que era bueno para ciertas enfermedades siempre que se tomase con moderación y que donde terminaba solía haber unas chicas tomando el sol en traje de baño. En estas condiciones —y con casi toda la Armada en manos de los potemquines—, para el día 14 de agosto el crucero «Cervera», el «Cervera», ya era temido y honrado en todo el Cantábrico.

Reproduzco un párrafo del diario de navegación del alférez de navío Laviga, tras el que estaban Ricardo y José Antonio Giménez Arnau: «Hemos encontrado unos periódicos de Gijón en que se nos llama “El chulo del Cantábrico” y se nos dedica toda clase de insultos».

Semejante apelativo nunca se pudo aplicar a ninguna unidad de la flota roja. Por el contrario, el «José Luis Díez», conocido y rapidísimo destructor de la Armada de Kronstand-Cartagena, se ganó a pulso el arnichesco remoquete de «Pepe el del puerto», por aquella apacible tendencia que mostró en el Cantábrico, Mediterráneo y cachos del Atlántico a entablerarse con la popa en los muelles. O la proa, o la amura, que en semejantes cuestiones a nada le hizo ascos, y más bien se mostraba de un generoso eclecticismo. El tipo renunció a la guerra influido por la carta constitucional entonces felizmente agonizante.

AGUANTOFORMO

Resignación metafóricamente embotellada y puesta al alcance de quien la haya menester. Su uso, por fuerza interno, revela un corazón tan ancho como la plaza mayor de un pueblo. No hay reducto mejor contra

dolores físicos y morales, si de verdad se es capaz de destapar la botella. Eusebio Alonso, cabo cuando el 2 de mayo de 1808, la destapó a modo: «Acuda usted mi teniente, a quien pueda tener remedio, pues no soy el que me he quejado ni llamado. Yo no llamo más que a la muerte, que espero conforme, porque muero por mi Rey y en mi oficio».

El aguantoformo puede obrar maravillas, según certificaba en una de sus crónicas marruecas de *ABC*, Tomás Borrás: «Zeluán... Allí le hablan cortado un brazo a Fernando Primo de Rivera, poniéndole un pañuelo empapado en colonia en la boca. A otros les operaron con un cuchillo y anestesia del vocablo "Ánimo". Allí Casa Davalillos, el pundonoroso, mandó poner este estupendo letrero en el muro: "Prohibido quejarse"». El mismo autor, acaso recordase este relato algunos años más tarde, cuando escribía para *Checas de Madrid* el consuelo que administraba a uno de sus compañeros, un médico detenido en la del S.I.M.:

»—¿Tú crees que no sufro yo?... Si me dejase llevar de lo que me duele, darla gritos más espantosos que los que oímos a los que torturan. Hay una medicina, la que me receté yo; tómala a grandes dosis.

»—¿Qué medicina es?

»—Aguantoformo».

Delicado, melancólico, casi elegiaco aguantoformo, el que brota a chorretadas de este poemita:

¡Madre, si muero soltero,
ya tendrán mis camaradas
los hijos por los que muero!

Poemita que escribió José R. Camacho, precisamente en la línea de fuego.

LEÑA

No hay necesidad de entrar en explicaciones. Dar o recibir leña es igual, todo el mundo sabe lo quiere decir. Lo que no es igual es el dar leña que recibirla. Satisface mucho más el darla. En algunos lugares equivale a garrote, bastón, cayada; y digo yo si de ahí vendrá la cosa. Si alguien dudase sobre el retintín especial con que se pronunció esta palabra, le remitiré a una copla carlista que data de la segunda guerra civil:

Les «quitamos» un cañón

y del otro la cureña;

y el otro no les «quitemos»

porque había mucha leña.

Con lo cual, supongo, hasta las gentes de mal oído sabrán entonarse debidamente a la hora de decir leña. No hay orejón que resista la transparencia de la copla.

RICINAZO

El aceite de ricino fue incorporado a las luchas políticas italianas por los fascistas de la *ante-marcia*. Como suele ocurrir con algunas canciones, e incluso himnos, del enemigo, al cabo del tiempo el ricino fue aceptado universalmente por tirios y troyanos, y si ricino daban los fascistas a los comunistas, con ricino respondían los comunistas a los fascistas. Idéntico sentido de intercomunicación tiene el que los aliados cantasen *Lili Marlen*, o eso de que no haya manera de oír cantar a un divisionario azul el himno de los tanquistas rusos sin que se le llenen los ojos de lágrimas.

También en España se utilizó el ricino, antes de la guerra y durante la guerra. Incluso la revista *Jerarquía* mantuvo una pequeña sección polémica que se titulaba, si mal no recuerdo. «El vaso de ricino — para quien lo beba reviente».

El ricinazo era muestra del grado de exasperación a que habían llegado las cosas, y también fue, en las Banderas de Falange, un sistema de castigo. Conozco alguien que estuvo a punto de tomarse una jícara de ricino porque en medio de la nieve y del frío se le ocurrió decir que iba a largarse de la Bandera para ir hacia Málaga, donde se combatía al sol; en busca de los tiros, pero también del buen tiempo. Las cosas estuvieron serias y la aceitera destapada, pero mediaron los buenos oficios de la plana mayor y todo quedó en pagar tres días de café y copa. Una fortunita.

CENEQUE

Pan de munición y más concretamente el que a cada soldado le corresponde a la hora de comer. Siempre ha llevado fama de bueno y a mí me ha sabido a gloria, pero me da el pálpito que no es voz muy generalizada, porque contra lo que creen los finos, yo soy muy objetivo y no me dejo llevar de la pasión. Es voz de germanía. La he oído y la he usado en mi infancia, y a veces Bene, el novio de mi chacha, que hacía

la mili en el Regimiento de Almansa, me daba a probar ceneque, que me gustaba más que el retorcido o el sobado de mi tierra.

Es voz que oí y usé en Somosierra, entre mis paisanos, los requetés, los soldados y los falangistas, que junto a tropas de Burgos, Vitoria y Logroño, mandaban Escámez y Rada, aquellos dos inolvidables jefes. «Ceneque» le pusimos de mote a Nicolás A., un carlista de Pamplona — el primero que se dejó crecer las patillas al modo del tío Tomás— puede que por las excelentes cualidades que desplegaba no sólo en el servicio, sino también a la hora de buscar elementos para el consuelo de nuestros estómagos, así como por su corazón mollar y migoso. «Algunos — escribe Gómez Aparicio— se reenganchan porque gracias a Dios el apetito es excelente. Uno, con un ceneque de pan en la mano y el plato lleno hasta los bordes en la otra, se asoma al parapeto y grita:

»—¿Gustáis, rojillos?...

»Suenan una detonación a guisa de respuesta».

Por lo que sé utilizaron esta palabreja —tan tierna y guatona— muchos de los que estuvieron en contacto con unidades navarras, razón por la cual he acudido en demanda de apoyo al *Vocabulario Navarro* de José María Iribarren, donde encuentro que chusco o ceneque equivale a pan de munición según la jerga cuartelera, y precisamente en Pamplona y Estella, que siempre han tenido guarnición y que en las luchas del siglo XIX fueron plazas importantísimas y hasta simbólicas para ambos contendientes. ¿Nacería en aquel tiempo, tan desventurado y militar, el ceneque? ¿Nacería entonces el confortante, sólido y hermosísimo chusco, amoroso padre que nos mataba las hambres y nos daba gas, por aquello de que tripas llevan pies, y porque uno ya procuraba que aun en los peores momentos no le faltase al chusco o ceneque algún material de adorno que le llenase de algo más que miga o buenas intenciones?

Yo no lo sé. El *Diccionario Enciclopédico de la Guerra* no habla ni del chusco ni del ceneque, y a mi me da pena. Almirante, tampoco. El *Diccionario* de la Academia llama ceneque a dos clases diversas de pan, y chusco a lo que tiene gracia, donaire y picardía, y en segundo término, a un pedazo de pan, mendrugo o panecillo; de manera que la Academia, en este punto, no se ha militarizado ni tanto así. El chusco tiene gracia, ningún donaire y de picardía nada, a menos que se pringue en salsa de callos, en alioli o se le embuta en las tripas una carretada de pimientos de Padrón, que son como las bombas de mano de la gastronomía. Pero la verdad —a pesar de estos olvidos— es que el chusco constituye en la milicia algo tan fundamental como el honor, los sargentos o la valentía. «Una tarde, para obsequiar a Juanito Allanegui y a Portolés (el pequeño, sargento de Artillería a pie) que venía a hacernos compañía —recuerda Cavero—, les elaboré a brazo unas migas, procedentes de un chusco, fritas con sebo y adobadas con coñac. Se chuparon los dedos».

—¡No ha comido chusco uno!—dicen los veteranos para presumir ante los quintos, y de ahí deriva chusquero, que es una bonita y noble papeleta a la que ya le llegará su turno.

A propósito del ceneque escribe Luis Antonio de Vega en su estimulante *Viaje por las cocinas de España*, que es «encuadernar una sardina de lata con un panecillo. A esa alimentación los chicos le llamábamos ceneque. Costaba diez céntimos, y la importancia del desembolso nos animaba a solicitar del tendero que pusiese en la miga de pan “moje” que era el aceite de la sardina. Me aseguraron que el inventor de los ceneques fue Ramón Zamacona, que tenía una taberna en la calle de las Cortes, en Bilbao»

En mi tierra, ceneque equivale a individuo duro de mollera; José María Iribarren, que es de Tudela, carga a Pamplona con el mochuelo del uso de la palabra en tal sentido. No importa, se diga como se diga es palabra cariñosa y llena de bondad, igual que el chusco nuestro de cada día.

LA CUCARACHA

Puede que llegada a España en el equipaje de Martín Luis Guzmán, «el generalito», aquel periodista que fue como un ministro de Propaganda particular del señor Azaña, *La Cucaracha*, canción de los revolucionarios mejicanos, alcanzó por acá un éxito mucho más folklórico que político. Se podía ser suscriptor de *El Debate* y cantar *La Cucaracha* sin cambiar la chaqueta ni comprometer lo más mínimo de las convicciones íntimas.

La Universidad cantó *La Cucaracha* con cierta frecuencia en aquel tiempo de motín y algarada. Recuerdo que dedicamos esta melodía, con letra cambiada, a excepción de la del estribillo, a dos ministros de Instrucción Pública tan distantes entre sí como don Marcelino Domingo y don Filiberto Villalobos. Algo de esto apunto en *Eugenio* :

El cabrón de Marcelino

amenaza con sanciones,

y nosotros le decimos

que nos toque...

Aquí conviene aplicar rigurosamente la fuerza del consonante, que tanto puede.

Es lo que cuenta el buen Quevedo:

Dije que una señora era absoluta,
y siendo más honesta que Lucrecia,
por dar fin al cuarteto la hice...

La Cucaracha, la Cucaracha...

Durante la guerra se cantó bastante, pero es que en la guerra daba tiempo para todo. Tiene esa monotonía adormecedora y rítmica que va bien a la tropa. En los camiones de la columna de Escámez —la del 19 de julio— la cantábamos con frecuencia y más de un juglar armado improvisaba coplas alusivas al momento, y, sobre todo, a las vinculaciones familiares, costumbres y virtudes de los prohombres del enemigo.

Caía el sol a plomo entre Almazán y Aranda de Duero, pasando por Burgo de Osma; ardía el suelo y un polvo seco, amarillo y calentón se nos colaba hasta los huesos. *La Cucaracha* nos refrescaba.

Era patética y alegre aquella resurrección de Mingo Revulgo en sus campos castellanos, bajo especie de campesinos, obreros y estudiantes navarros que se tocaban con boina roja, negra o caqui. El gorrillo falangista todavía no lo teníamos. Nos llegó a los pocos días, ya en Somosierra. Cantaba el coro y luego, en plena improvisación, alguien lanzaba la copla, que si era afortunada ahogaba en risas y gritos la primera parte del estribillo. A veces se veía un versolari con los ojos en blanco, arrebatado por la inspiración, que contaba sílabas a dedo sobre la rodilla mientras el coro machaconeaba con la historia de que *La Cucaracha* aquella no podía dar un paso por falta de marihuana.

Me gustaría conocer la verdad sobre *La Cucaracha*. ¿Fue acaso una soldadera toxicómana del tiempo de Pancho Villa? Hace algún tiempo pusieron una película con ese título y se me pasó. Ya la cazaré en algún barrio, alguna vez.

Hubo una escuadrilla de caza que adoptó este nombre. Lo cuenta Ruggero Bonomi en *Viva la muerte*.

«Los soldados del Tercio y los marroquíes han bautizado a los Fiat “Las Cucarachas”».

»Pregunto el por qué de este nombre y un oficial me explica que los soldados dicen que los Fiat bailan en el cielo como cucarachas y que a su aparición hacen bailar *La Cucaracha* a los nacionales por la alegría, y a los rojos por el miedo.

»Así, la escuadrilla de Dequal se llama desde hoy “La Cucaracha”».

Ese «hoy» es el 30 de septiembre de 1936. Hacía setenta y dos horas de la liberación del Alcázar. ¡No ha llovido nada desde entonces!

Koltsov, el activo corresponsal de *Pravda*, cuenta sus aventuras en cierta incursión hasta más allá de nuestras líneas de la Universitaria, por enero del 37, a través del subsuelo urbano. De repente, Koltsov y el ingeniero que le acompaña se deciden a emerger. Tienen dudas. ¿Dónde están? Se oye alguien que canta en la noche. El ingeniero saca su pistola. Investigan. Se acercan al pájaro canoro. Escuchan.

«—¿ Qué es lo que canta? A mí me parece *La Cucaracha*.

»—También a mi».

Y Koltsov añade:

«Un suspiro de alivio. *La Cucaracha* ha sido terminantemente prohibida en el Ejército fascista, Franco la considera una canción revolucionaria».

Ya ven, y nosotros sin enterarnos.

ENRAMAR

Las primeras lecciones prácticas —y teóricas— sobre el enmascaramiento militar se nos dieron al borde de los caminos, junto a pequeñas florestas, arboledas o bosques, o quizá a campo traviesa, entre los helechales, los trigos o los olivos, y siempre como hacen los buenos maestros: tomando pie en la realidad.

La realidad solía ser una batería enemiga, el ubicuo «Negus», alguna avioneta, puede que un «Breguet» o quizá alguno de los aparatos comerciales de la «Lape». El material más a propósito para un elemental camuflaje lo proporcionaban los árboles. Yo he viajado en la boca de «La Bidasotarra» con tantas ramas por encima y en torno, que más que atravesar Castilla parecía que atravesábamos la jungla. En nuestra boca de «La Bidasotarra» no se ponía el sol, pero era porque no lo dejábamos salir.

Estos enmascaramientos de urgencia, a base de ramas, dieron lugar a la aplicación militar del verbo enramar, que tiene un origen con olor a pólvora, puesto que enramarse es la astuta acción de seguridad que lleva a las piezas de caza a ocultarse entre las ramas. Muchos cazadores había entre los voluntarios de la primera hora, de modo que tampoco sería ajeno a su afición el uso del verbo enramar en este sentido. La única diferencia, para los cazadores, consistía en que en aquellos instantes ellos estaban de la parte de la pieza, y los cañones o el avión, de la parte de la escopeta. Se enraman con flores, frutas y ramos las puertas de las mozas en la noche de San Juan; pero esto es

una propina lírica, porque la cosa no estaba como para fiestas en aquel momento.

En el número de *Arriba España* correspondiente al 26 de agosto de 1936, y al pie de una foto que acompaña un reportaje sobre combates en el frente de Vera, se lee: «Los artilleros de Logroño en Vera, después de enramar las piezas, posan alegremente».

Se explica, porque el enramarse también da moral.

RATA

Aparato ruso de caza muy famoso en la guerra de España. Su ficha técnica no es de este mundo —del de estas papeletas, se entiende—, pero en ella no figuraba naturalmente con tan divertido nombre. (Creo que eran los «I-16» rusos.) He buscado el origen de esta denominación en *Guerra en el aire*, del inolvidable Morato, nuestro cazador celeste; no la encuentro. Sí, en cambio, la noticia de su debut en los cielos de España, precisamente sobre Madrid, en aquel tremendo noviembre de 1936. Dice Morato: «A su petición (del Gobierno de Valencia), los rusos enviaron un nuevo tipo de caza que conocemos con el nombre vulgar de “Rata” y otros con el de “Chatos”. Dotados de pilotos rusos, bien instruidos y de gran acometividad». Según Armiñán, el mismo aparato era llamado Rata por nosotros, y Chato por los rojos. El coronel Bonomi, voluntario italiano de los primeros, fundador de la Aviación legionaria, escribió un libro con sus experiencias españolas. El libro se titula *Viva la muerte*, y este vítor aparece sobre la portada en limpio castellano. Aquí he encontrado el origen del apodo con que se conoció a lo largo de toda la campaña a estos aparatos de caza. Traduzco un tanto a la diablo el relato de Bonomi, que fecha justamente el 17 de noviembre de 1936: «Un nuevo tipo de aeroplano de combate, monoplano de color oscuro, ha hecho algunas apariciones en los días pasados. Porque siempre se han presentado a baja altura desembocando del casco de Madrid, los hemos llamado en broma “Ratas”, porque, igual que ratones, parecen surgir de la tierra. Deben ser aparatos rusos».

Los Ratas proporcionaron algunos dolores de cabeza a nuestros aviadores. Barea, lógicamente, se refocila: «De la noche a la mañana se cambiaron las tornas: los cazas republicanos suministrados por Rusia —aquellas “ratas” y “moscas” que nos parecían tan maravillosos— cayeron sobre las fuerzas de avance... Las brigadas Internacionales se incorporaron al frente». Con absoluta objetividad nuestros aviadores señalaron el hecho: «La mayor velocidad y suavidad de maniobra de estos aparatos los hacían muy superiores a todo lo que los rojos habían presentado como oposición a nuestras fuerzas en el pasado», escribe Morato. «Casi cada día los “Ratas” solían volar en el frente de Madrid. Generalmente aparecían a última hora de la tarde, y esto nos hacía pensar que tenían una base en algún sitio cercano a la capital. Mi especialidad en vuelos de noche y sin visibilidad hizo que me asignasen

el servicio de encontrar dicha base. Un día, ya comenzando a oscurecer, salí a cumplir el servicio. Desde la distancia veía a los “Ratas” hacer toda clase de graciosas maniobras sobre las casas de Madrid tratando de mantener de este modo la moral de sus defensores. Finalmente se alejaron de Madrid en dirección a su base. Les seguí, y ya oscuro, les vi aterrizar uno a uno en un campo localizado a tan sólo unos kilómetros de la capital».

Descubierta así su alcantarilla, a los pocos minutos los ratas entraron en contacto con el primer bombardeo —certero y nada piadoso— de la Aviación nacional. El relato de nuestro as de la caza es simple y sencillo, como todo lo bueno. Lo abren estas magnificas y deportivas palabras: «Volar de noche es siempre magnífico; pero aún más en tiempo de guerra».

La gente de a pie también iba a tumbar ratas, por aquello del atún y del duque, con suerte más bien escasa. Era un blanco difícil, casi imposible, pero la esperanza nunca se perdía: «Coloma no podía contenerse — recuerda Cavero—. Arrebató el mosquetón a un legionario cercano y lo cargó nervioso. Cuando un “rata” pasó veloz sobre nuestras mismísimas cabezas, apuntó cuidadoso e hizo fuego.

»Y saliendo de su escondite gritaba alborozado:

»—¡Va echando humo!

»Hasta que alguien poco respetuoso con su entusiasmo, le atajó:

»—Es que fuma el piloto, mi capitán.

»Coloma se puso colorado como un chiquillo travieso».

De las ratas en tierra hay mucho que hablar, porque proporcionan asco, miedo, cuidados y entretenimiento. Mi primer contacto con las ratas de infantería, por decirlo de algún modo, fue puramente literario y a través de la prosa galdosiana. Badoret, Manolet y Gasparó, hermanos de Siseta, la novia de Andresillo Marijuán, e hijos del difunto y acrisolado patriota señor Cristoful Mongat, se hincharon de cazar ratas durante el sitio de Gerona. Todo un ejército de ratas que capitaneaba una gorda, fuerte, poderosa, con «el chispeante rayo de sus negras pupilas, con la oreja atenta, el hocico husmeante, las garras preparadas, el pelo erizado y extendida la resbaladiza cola, escamosa y parduzca». A esta rata, Badoret y Manolet le llamaron «Napoleón», y si Gasparó no le llamó nada era porque todavía andaba en la teta o debía de andar en ella, aunque el pobrecito no la cataba. La descripción que don Benito hace de las ratas gerundenses produce pavor. Recomendando su lectura, pero sólo para hombres. Es un prodigio literario que produce náuseas y ganas de echar a correr. Las ratas, que se alimentaban de la podredumbre humana, servían a su vez de manjar a los sitiados. Que se lo pregunten a los ilustres hermanos de Siseta, que las comían y las vendían, y al señor Nomdedeu, que las compraba y hasta las robaba

pura su hija Josefina. Los hermanillos Mongat, los dos mayores, de diez y de seis años, respectivamente, fueron los campeones de la caza a la rata, sin duda arrastrados por una parte de su apellido.

Después vi ratas a montones en todos los libros de la primera guerra mundial, *Sin novedad en el frente* —con una rata en la portada—, *Cuatro de Infantería*, *El fuego*, *El cabaret*, etcétera. Por entonces nosotros organizábamos cacerías de ratas en los fosos de las murallas de Pamplona, sin duda por no sacarlas de un determinado marco militar. Poco antes de nuestra guerra encontré ratas entre los soldados de Marruecos, en una novela de Ramón J. Sender, *Imán*.

«Dos soldados juegan al monte con una baraja mugrienta. Sobre la carta de la izquierda hay una rata muerta y colocan otra con el hocico en una punta del naipe.

»—De ésta, ¿cuánto va?

»—Tres perras y la otra entera.

»Hay amagos de peste bubónica, y se da un real por cada rata muerta que se presenta en el cuerpo de guardia, donde llevan unas listas. Antes no habla que presentar más que los rabos; pero los falsificaban, y ahora exigen la rata entera. Hay quien las recria, y ha surgido ya el terrible intermediario, el almacenista, que las paga a quince céntimos. Los soldados acuden a ellos, porque en el cuerpo de guardia no las pagan hasta cinco días después de presentarlas».

¡Siempre los dichosos trámites burocráticos obstaculizando la industria y el comercio!

En nuestra guerra, sobre todo en determinados frentes muy estables, se estimuló la caza de ratas con premios a los cazadores en forma de permisos. Hay hasta una excelente novelita corta que se titula *Cada cien ratas un permiso*. Es de Pedro Álvarez y se publicó en una separata de aquella insuperable revista *Vértice*, que produjo el genio de la Falange en medio de la guerra. Yo he visto jugarse muchas cosas a las cartas — incluso un teñido de pelo en color violeta, que hay que ver las consecuencias que le trajo al perdedor—, pero nunca vi jugarse ratas, lo cual no me molesta por la consideración que le debo a mi estómago.

Las ratas andaban por todas partes. Estaban de buen año las muy puercas y algunas mostraban una ferocidad repelente. Recuerdo sus carreras sobre las mantas que nos cubrían de los pies al cogote y sus inverosímiles ataques a toda clase de alimentos, fuese cual fuese la improvisada despensa. Vi salir una del tórax de un muerto acartonado que yacía entre líneas. «Llovía continuamente —escribe Pérez Sevilla—. Nunca llegamos a estar secos del todo, y el barro y las ratas nos molestaban mucho, especialmente las ratas, grandes como gatos y agresivas. Más vale no hablar de lo que comían. Un oficial español mientras dormía fue mordido como por perros».

En días apacibles los centinelas se entretenían en dispararles. En una chabola de Campillo, Teruel, volví a tropezar con «Napoleón», la rata que imperó en Gerona. Estoy seguro de que era ella, porque me sé de memoria sus características personales, no en vano me repasó a don Benito con mucha frecuencia.

Yo estaba de guardia. Mis camaradas dormían. Entré a calentarme en la chabola. Aticé el fuego, encendí una vela, me amorré a la botella de coñac y luego me puse a fumar. No tenía ganas de leer, así es que me entretuve viendo a una rata que entraba por un agujero, muy cercano al lugar donde el teniente guardaba los papeles de la compañía, y salía por otro, entre dos sacos terreros, justo enfrente de mi asiento. La rata lo estaba pasando muy bien. Procedía con seguridad y limpieza. No marraba ni una vez. Entonces me tiré a matar sobre el agujero de salida, y luego de un par de intentos, metí la bola que remataba mi cayada en pleno agujero. En esto —¡amigos!— llegó la rata y encontró taponada la salida. Giró enloquecida en torno a mi cachava; daba vueltas a una velocidad inimaginable. Era ya una rata circular cuando se plantó frente a mi con ojillos enrojecidos, furiosos, amenazadores. Pegó un chillido agudo, fino, penetrante —¡Uiii!—y sin esperar a más tiré de la cachava y le abrí la puerta. Había reconocido a «Napoleón», y algo helado me recorrió el trayecto que va de la nuca a la mismísima rabadilla. «Napoleón», levantado victoriosamente el asedio de su puerta de salida, se largó con viento fresco. Yo me conforté con los señores de Domecq, que para estos casos venden productos muy recomendables, y me fui a recorrer los puestos.

Mi última experiencia en ratas es muy feliz. Se trata de la rata «Juanita», una que viajaba a bordo del «Monte Albertia» cuando el primer viaje americano de los Coros y Danzas. Era una rata más bien lírica que se habla especializado en devorar cartas de amor. Se hinchó. Al desembarcar en Bilbao estaba tan oronda y lucida que sus familiares de la ría no se lo creían. «Chica, cómo vienes», le decían, y ella contestaba: «¡Qué viaje, hijas, qué viaje!» Fue una mañana de Santiago, hace ya bastante años. Lo cuento porque vayan aquí ratas de aire, mar y tierra.

BRAGADO

Según el *Diccionario* se aplica el adjetivo a la persona de resolución enérgica y firme. En este sentido, pero acaso con más énfasis, se emplea en la jerga militar, de modo que bragado es el hombre bien servido respecto al valor. Manfredi cuenta que el sujeto encargado de darle el tiro de gracia a José Antonio, comentaba después «que no había visto nunca morir a gente más bragada».

La braga, en tiempos, era tanto como el calzón o los calzones, y así, un tipo bragado era y es aquel sujeto que sabe llevar dignamente sus

calzones. Como el sustantivo braga ha pasado ahora a tener una significación específicamente femenina e infantil, bastará aludir —con la mayor delicadeza posible— a la braguita, para que las almas desconfiadas se acojan sin recelo al origen netamente masculino de la palabra. Queda esto suficientemente claro con aquella frase dedicada a cantar el valor inmaculado y sereno que anidaba en el corazón de nuestra Reina Isabel:

—¡Brava hembra; lleva bragas, que no calcetas!

Isabel la Católica sí que fue una Reina bragada. La otra Isabel, también; pero más a su aire. El adjetivo tiene igual acomodo respecto a grandes y pequeñas unidades.

SACA

Hasta la invasión comunista no creo que ningún español diese a esta palabra la menor importancia, porque tampoco era cosa de echarse a temblar pensando en las sacas de correos o en ese jueguecillo que se juega con unas tabas y una bola de cristal, de aquellas gordas y hermosas que taponaban las gaseosas de nuestra infancia.

Gracias a unas amigas mías estanqueras yo había oído esta palabra de otro modo:

—Mañana no vengas por aquí, porque tenemos saca —me decían a lo mejor.

Y es que iban por tabaco a la Tabacalera.

Después, la saca fue una operación poco militar —y por tanto generosamente practicada en la retaguardia roja—, que consistía en ir a la cárcel por presos para conducirlos directamente a la presencia de Dios Padre. Cuenta Foxá: «Sus milicianos hablan ido de madrugada a hacer una saca en San Antón, como represalia al último bombardeo».

Un sentido más pícaro y diplomático adquirirían las dos sílabas, cuando se empleaban en otro tipo de conversación. Por ejemplo, en éste, tomado de *Valencia 1936*.

«El cónsul de la República de X saca por dinero; es una combinación excelente: fingiendo que eres pariente suyo, te lleva en su coche hasta Francia».

Los perseguidos se preguntaban:

—¿En esta Embajada sacan?

Y generalmente sacaban, además sin cobrar un gordo, sobre todo los representantes de los países hispanoamericanos. Hay un curioso librito publicado en Buenos Aires, junio de 1989, por Clara Campoamor, una diputada republicana, y Federico Fernández-Castillejo, que enseña mucho sobre estas materias, singularmente en lo que se refiere a aquellos dos barcos-pimpinela de la República Argentina: el «Tucumán» y el «25 de Mayo».

Los deberes de la neutralidad y el haberse tragado una escoba por tradición obligaban a algunas Embajadas a guardar un excesivo respeto por las formas. Yo hubiera preferido al Cónsul del X. (Vid. ASILADO.)

En *Heroísmo criollo. La Marina Argentina en el drama español* se lee, entre otros episodios semejantes:

«Este oficial (un superviviente de las matanzas del «Jaime I»), viéndose en peligro y repugnando a sus ideales el servicio que se veía forzado a prestar, pidió asilo en un barco de guerra norteamericano que se encontraba en el puerto de Cartagena. Le fue denegada la hospitalidad que solicitaba, obligándole a salir del barco extranjero».

Edgar Neville, en una estupenda novelita titulada *La muchachas de Brunete* —cuyo nervio principal es el caso de las hermanas Larios, hechas prisioneras por los rojos en aquel pueblo—, las pinta huidas por Madrid: «Pasaron por delante de algunas Embajadas, pero la guardia que había en las puertas les asustaba, pues les hubiera hecho preguntas que no sabrían contestar... Pasaron también frente a la Embajada de los Estados Unidos, pero ni allí ni en la inglesa se socorría a nadie. Escudados en unas frías convenciones sin aliento humano, habían dejado asesinar a muchos centenares de desgraciados a quienes pudieron salvar».

Es tremendo. ¡Con lo que luego sufren por otras cosas y con lo que les emociona la libertad de los caníbales, de los «porcelanas» y de los brujos!

CHAQUETEAR

Este ilustre verbo no figura en la última edición del *Diccionario de la Academia*, lo cual no impide que sea un verbo muy de moda. Recuerdo, sin embargo, que don Julio Casares nos dio en uno de sus artículos puntual noticia de que chaquetear, según la opinión que la Academia expresará oficialmente a su debido tiempo, «es volver la casaca, apartarse uno del parecer o del mando en que militaba para ponerse al servicio del contrario», esto es, mudar de casaca, volver la chaqueta, cambiar la camisa. Reconocerán ustedes que tal definición más es un

retrato al minuto de mucha gente de nuestro tiempo, que fruto del sosegado trabajo académico.

Quizá la papeleta quedará redonda con el estudio que sobre tal vocablo hace actualmente nuestra Academia, pero lo cierto es que chaquetear equivale también a retroceder ante el enemigo, a vacilar en el ataque, a iniciar una retirada poco brillante:

Chaquetea el batallón,

adelante la Legión,

se le empinó, se le empinó... etc., etc.

cantaban los legionarios tanto en África como en nuestra guerra. Naturalmente que no faltó jamás la réplica:

Chaquetea la Legión,

adelante el batallón, etc.

Para replicar, como se ve, bastaba con invertir los términos.

«Allí en el Alto del León, el chaqueteo no es posible —escribe Francisco de Cossío; y aclara—: Allí el que llega ha de estar dispuesto a morir».

Los de la plana mayor de Asensio liberaron un mono de los calabozos del Instituto de Higiene de la Ciudad Universitaria, y hasta pensaron en hacerlo legionario de honor, «pero en vista de su cobardía manifiesta y su constante “chaqueteo” —anota el “Tebib”— le reputan hoy rojo y le llaman Rosemberg, porque, como el generalísimo ruso, no hay forma de verle nunca la cara, sólo se le ve aquello que empieza en el arranque del rabo».

Zamacois hace sonar en *El asedio de Madrid* el grito «Estamos copados», que lanza un miliciano, y a continuación escribe cartesianamente —para eso había vivido en París—: «En el acto la gente se desmoralizó y empezó a “chaquetear”».

Todos hemos leído y hemos oído y quizá hemos dicho alguna vez:

—Aquel día estuvimos a un paso del chaqueteo.

—Nos hicieron chaquetear tres veces, pero al cuarto empujón nos los llevamos por delante.

—Aparecer nosotros y chaquetear ellos, todo fue uno...

—¡Menudo chaquetazo les hicimos dar!

—Bueno, los fulanos de X son unos chaqueteros.

(Puede jurarse sin miedo que los «fulanos de X» son, en un veinticinco por ciento de los casos, los fulanos de las unidades que operan a derecha o izquierda de la del sujeto que habla; en un cincuenta, los de las unidades que alternan con la del sujeto que habla en las duras y cotidianas tareas de la guerra; y en un cien por cien los de la gran unidad que trabaja más o menos en tándem con la gran unidad a la que pertenece el sujeto que habla de «los fulanos de X».)

Decir que «los fulanos de X son unos chaqueteros» es todo lo contrario a decir que «los ceriñolos están farrucos».

Realmente el verbo chaquetear no necesita de avales, porque es de uso diario y muy difundido, y desde luego es utilizado frecuentemente en el menester literario, mucho en el político —ya lo creo, ¡y cómo!— y apenas nada en el militar, aunque sería tonto negar que también se recurre a él en ocasiones. La Academia, en cuyo recinto se escuchó siempre la voz magnífica de la milicia, seguramente que estudiará con calma la total papeleta de la voz chaquetear, chaqueteo, chaquetazo, chaquetero, aunque bien pudiera suceder que ya la hubiera estudiado rechazando la acepción de que aquí se habla. En todo caso, me consta que en el *Diccionario Enciclopédico de la Guerra* no figura el verbo chaquetear.

Pero también me consta que es un verbo en la flor de la edad, virulento, atosigante y significativo.

IMPERIO

Comunidad de oficiales en campaña para asuntos gastronómicos. Creo que los anglosajones le llaman *mess* o algo por el estilo. En Marruecos —y en buena parte del siglo XIX— se llamaron repúblicas, y así debe de ser, porque fue durante nuestra guerra cuando se saltó de la república al imperio, por lo menos en este sentido. También a la ensaladilla rusa se la nacionalizó casi bautismalmente. No había un bar que no anunciase: ensaladilla nacional. Son detalles que ahora se recuerdan con ternura. La mejor definición de república —o imperio— que conozco, está en el «Tebib»: «República en tiempos de guerra y entre gentes del oficio es el sistema o modo de vivir colectivo y circunstancial que se adopta por los oficiales para atender a la cotidiana exigencia del comer, dormir, lavarse los pañales, etc., etc., etc». Nadie ponga aquí los etcéteras de don Simón, porque eso cada cual se lo procura a su manera.

La administración de los imperios no era nada complicada y el escote mensual no subía mucho. El cargo de administrador turnaba entre los oficiales, si es que no había alguno con aficiones hosteleras. De la

comida habría mucho que hablar. Hubo imperios que el mismo Heliogábalo no hubiera desdeñado regir, pero la mayoría se parecían más a un curso de ascética que a la casa de Lúculo. Por cierto, *La casa de Lúculo o el arte de comer*, de Camba, fue uno de los primeros tomitos de la Austral que se vieron por las librerías de la zona nacional, ya muy al final de la guerra. Los menús imperiales, por fuerza, solían ser monótonos, pero para la juventud y el buen hambre apenas si existe la monotonía, de modo que se iba pasando. Mi emperador sufría una pequeña úlcera de estómago, lo cual siempre se reflejó dolorosamente en la comida común, pero con tal de no ocuparnos de aquello jamás pensamos en una revolución palatina. He oído contar de imperios fabulosamente organizados, pero sin precisas confirmaciones históricas. Me dijeron que en la División Azul se hizo famoso uno en el que con mucha frecuencia se servían exquisiteces de repostería, dulces, tartas, flanes. Al capitán de aquella compañía lo mataron al rechazar un ataque. Tuvo tiempo de santiguarse y decir: «¡Qué lástima! Hoy que tenía natillas de postre».

ECHARSE AL MONTE

También se dice echarse al campo, y yo diría que no es lo mismo que echarse a la calle.

Echarse a la calle tiene, en principio, un tufillo liberal; marxistoide y comunizante, después; mientras que echarse al campo suena a rebelión sagrada, a lucha hasta el fin, decisiva, tajante, que acaba en la victoria o en la muerte. Si alguien se echa a la calle se están viendo ya las barricadas. «¡A las barricadas, a los parapetos!», se gritaba en un himno anarcosindicalista, muy hermoso por otra parte.

Las barricadas son cosa de Víctor Hugo; el campo y el monte, de Zumalacárregui.

Lo que España hizo en 1808, incluso en las ciudades como Madrid, fue echarse al monte, al campo, a campear, a montear franceses. Igual ocurrió en julio de 1936. «Se echaron al campo —escribe Iribarren— al grito de “¡Por Dios y por España!”, con eco del “¡Dios lo quiere!” de los cruzados medievales». El mismo Iribarren apunta más adelante esto, tan agudo y tan justo: «Y al tiempo que las masas marxistas se echaban a la calle, los carlistas se echaban al monte. A los montes de prados y nieblas, de maizales y caseríos de Guipúzcoa. A las crestas de Somosierra, donde el aire delgado tiene un eco de serranillas del Arcipreste».

Al echarse al monte, al echarse al campo, se rompe con todo —no se va a una huelga, sino a una guerra—, se tira o se echa «p’alante», como en la jota aquella de «si se hunde el mundo, que se hunda».

Es una expresión con la que se resume un estado de ánimo tan desesperado como lleno de fe, y la entiende a la primera todo el mundo. Es irse a la romería de Sanaeacabó con la cachava en la mano.

«—A mí me ha dicho el del cierre que los militares de África se han echao al monte para quitar a Azaña, y que los de aquí (Pamplona) se echan al monte hoy.

»La señora Celes comenzó a comprender la situación. Echarse al monte era una frase precisa, popular, con un significado bien concreto y bien próximo, ligado a tradiciones familiares. Echarse al monte quería decir “acabar con todo”».

«Ir a la guerra, a su guerra —se lee en Casariego—, era en el país “echarse al monte”, lanzarse a la aventura, formar partidas y combatir ariscamente, con su mejor estilo guerrillero».

La noble rebelión del 10 de agosto —aparte de que no encontró a las fuerzas nacionales con la madurez que habría de proporcionarles el sucio tiempo que siguió— puede que fallase, también, porque fue el último echarse a la calle de los que creían en la Patria. Días antes de marcharse a Sevilla, el general Sanjurjo lea decía a sus íntimos, según testimonio de Esteban Infantes: «Como buen conspirador, estoy leyendo de nuevo las andanzas de Prim y otros generales del XIX». En torno al caudaloso valor militar y humano de Sanjurjo brotaban en aquellas jornadas montones de dificultades, y aunque el marqués del Rif era partidario del aplazamiento, tuvo que echarse para adelante. Era una situación espinosa, confusa, urgente. «Y ante motivos tan poderosos se ratificó el acuerdo —refiere el fiel ayudante de Sanjurjo— de echarse a la calle el día 10 de agosto, a las cuatro de la madrugada».

Hablando de aquellos días dice Millán Astray según los autores de *Centinela de Occidente*: «Franco no quiere intervenir en la política nacional ni ha pensado nunca sublevarse el 10 de agosto, pero yo sé que lo haría si viese que el Gobierno de la República disuelve la Guardia Civil o que llega la hora del comunismo. Ese día, sólo, con muchos o con pocos, se echará al campo».

La próxima vez, en contacto directo con la tierra de sus mayores, Sanjurjo se echaría al monte, al campo. Dios no quiso que llegase a ver los campos y los montes del rescate de España.

Un «echao p’alante» es, en lenguaje popular, un jabato, un bragado. Un valiente. «Radica era la sangre caliente de España, la audacia, el arrojo, la bravura desordenada y arrolladora —se lee en *Flor de hidalgos*—. Era el “echarse p’alante”, el meterse entre las balas enemigas, el conseguir las cosas por el “cueste lo que cueste”, por redaños, por hombría».

«Echao p’atrás» y «echarse p’atrás» no necesitan explicación.

—¡Al que se eche «p’atrás», lo tumbo!—gritaba un bravo teniente rojo que vio flaquear a un par de milicianos de los que iban al ataque de los requetés de Casariego.

DETENTE

Los había de tela, de paño —como los escapularios— y también de cuero. Como todo el mundo sabe, el detente es un pequeño emblema con el Sagrado Corazón de Jesús, pintado o bordado a veces, y una leyenda en torno que dice: «Detente, bala; el Corazón de Jesús está conmigo». Dentro de esta norma hay muchas variantes. Otras leyendas decían: «¡Detente! El Corazón de Jesús está conmigo». Sin especificar qué es lo que se habla de detener, y en uno que yo conservo se lee: «Detente enemigo; el Corazón de Jesús está conmigo», a modo de estas jaculatorias que son pareados. Tras el Sagrado Corazón solía verse la bandera nacional y también el yugo y las flechas o las aspas del requeté.

Creo yo que fueron las fuerzas navarras las que popularizaron el uso del detente. En la tarde del 19 de julio de 1936, cuando la columna de García Escámez salía de Pamplona camino de Madrid, se repartieron a la puerta de los cuarteles más detentes que fusiles. Todos marchamos con el pecho cubierto de detentes.

«—¿No has traído arma? —le preguntaron el 19 de julio de 1936 a uno de los voluntarios que llegaron a Pamplona. Y el contestó: —No he traído más que este detente», cuenta José María Iribarren en su *Vocabulario Navarro*.

En definitiva, el voluntario quería decir qué llevaba su fe como quien lleva un fusil, excelente manera de llevar la fe. Cuando Indalecio Prieto soltó aquello de que no se conocía animal más peligroso que un requeté recién comulgado, hacía, por supuesto que sin querer, el más estupendo elogio de la fe y del valor de los requetés. Su opinión fue confirmada más de una vez, entre muchas, por las carreras en pelo de su fiel «motorizada», que no era una broma, ni mucho menos. De un sujeto de pelo en pecho, desconocedor del miedo, decía un camarada suyo:

—A ése un día no lo salva ni el detente...

Las referencias de Hemingway a la zona nacional fueron escasas y erróneas, cosa que él mismo ha reconocido; pero no se equivoca en este diálogo:

«—¡Tú!—dijo la muchacha—. ¿Viste lo que llevaba él sobre el pecho?

»—¡Sí! ¿Por qué no?

»—Era el Sagrado Corazón.

»—SI, todos los navarros lo llevan».

También se hace referencia a la carta que una chica de Tafalla —¡Dios mío, qué buena tierra!, aunque no tanto, clavo, como Olite— dirige a su hermano: «La hermana rogaba a San Antonio y a la bendita Virgen del Pilar, así como a otras Vírgenes, que protegieran al muchacho y asimismo lo recordaba que estaba también bajo la protección del Sagrado Corazón de Jesús, que, según esperaba, no dejaría de usar sobre su propio corazón, donde le había probado innumerables veces — esto de innumerables veces venía subrayada— que tenía el poder de detener las balas».

El detente era el regalo de urgencia, la despedida, que se daba con voluntad de seguro de vida, lo mismo terrenal que eterna: «Había que esperar el paso de otros trenes, especialmente de los de viajeros — escribe Domingo Manfredi—. Cuando éstos llegaban, los soldados piropeaban a las mujeres asomadas a las ventanillas. Y ellas les regalaban escapularios en los que, alrededor de un rojo corazón, se leía, bordado minuciosamente con hilo amarillo: «Detente, enemigo, que el Corazón de Jesús está conmigo». Puede comprobarse aquí que en Andalucía aún no era popular el vocablo. En cambio a los regulares les enloqueció desde el primer momento. En la primera sobremesa que tuvieron Franco y Mola —Cuartel General de Burgos, 16 de agosto de 1936— el primero consumió un turno informativo que resume Iribarren: «Alabó el heroísmo de un grupo de rojos, que resistieron ocho días sitiados en la iglesia de Almendralejo. Comentó lo encantados que vienen los moros a la guerra. Llevan detentes del Corazón de Jesús que en Sevilla les colocaron las muchachas. Dicen: «Hacía tiempo que no podíamos luchar contra hebreos».

Los moros consideraban el detente como un simple portafortunas; los italianos de Fernando Pérez de Sevilla preferían un amuleto. El capitán Burnsaid tocaba un cuernecillo de marfil montado en plata. El capitán Colella protegía su fortuna con un amuleto de inspiración erótica, más bien indescriptible. Los dos salieron muy mal parados. Y comentaba Sevilla: «Decididamente, aquello de los amuletos no traía ni chispa de suerte», que es casi como decir: «No hay que ser supersticioso porque trae mal fario».

CHAMBERGO

Sombrero que la gente suele identificar con las glorias militares de España, e incluso con su poderío, sobre todo en las funciones teatrales de los colegios. La cosa no es para tanto. Hay un viejo grabado francés que representa a un castellanito de armas tomar, el aire indolente y retador, con pinta de fatiga y pereza, tocado con un chambergo que es

casi como una anticipada versión del sombrero cordobés, pero en un fieltro de lo más blando, galante y hasta sentimental. Al pie del grabado, esta leyenda, que cito peligrosamente de memoria:

Cet castillan croit'en merite

surpasser tous les Conquerants,

et la Terre semble petite

pour borner ses destins errants.

Para mi gusto este grabado es el verdadero monumento al chambergo, y hay en él su poquito de guasa. El chambergo tomó carta de naturaleza en nuestro vestuario militar ya en el siglo XVII, poco venturoso, por cierto. Lo pusieron de moda nuestros combatientes de Europa, que se cubrían la cabeza a la francesa porque siempre hay que tomarle algo al enemigo, y porque uno de los dos Schomberg que tuvimos frente a nuestros Tercios a lo largo del siglo, fue tan excelente militar a la hora de batirse como a la de hacer de Christian Dior de su tropa, de modo que hasta bautizó un sombrero, como le pasó a Ros de Olano. El chambergo se adornaba con plumas y cintas. Era la culminación de lo suntuario. Ortega cita esta descripción del Padre Rangel: «Las levas van de paso de España, tardas y para después... Madrid está lleno de botas y capas coloradas; las calles bermejean como eras de pimientos; si galas y plumas matan, no nos quedará quehacer en Francia y Cataluña».

Por ir vestida a la francesa se llamó chamberga a la guardia creada en 1669 por la Reina Gobernadora, guardia, por cierto, que cayó en Madrid como un tiro. Los tiempos visten como los soldados que en ese tiempo mandan, y basta echar un vistazo a los proyectos de los sastres militares para conocer al dedillo la marcha de la política internacional. Durante todo el siglo XVI el mundo había vestido a la española, y en el siglo XVIII los españoles —y sus Tercios, ¡Virgen Santa!— comienzan a chambergear. Por eso decía yo que la cosa del chambergo no era para tanto.

Cuando Millán resucitó el Tercio, se llamaron chambergos los sombreros legionarios, quizá por influencia de aquella alucinadora expresión literaria que ligaba el chambergo a la gran época española. Yo no he visto estos sombreros más que en algunas fotografías y se parecen bastante a los que trajeron a Europa los soldados americanos de la primera guerra mundial. El término chambergo está en la mejor literatura legionaria, en un momento triste, por ejemplo: «Y salí con otro camarada por la calle de tumbas, entre flamantes cruces, calado el chambergo hasta los ojos»; en un momento alegre: «Los chambergos y los gorros de madroño iban por los aires», y en otro de fin de campaña: «Los tres con trajes deslucidos y rotos: el de en medio, el más alto, con chambergo, los otros dos con gorro de cuartel». La misma literatura de *Tras el águila del César* es como un chambergo veterano, descolorido, agujereado a balazos.

¿Quiénes son esos soldados

de tan bonitos sombreros?

El Tercio de legionarios

que llena sacos terreros.

Al principios, por lo que se deduce, hubo su pizca de zumba. Pero aquello duró poco.

ARRIBA EL CAMPO

¿Por qué demonios se adoptó este grito para subrayar las más diversas situaciones? ¿Por qué a la voz de «¡Arriba el campo!» se contestaba siempre con un acorde ilógico, disparatado y coral: «¡Bien, coño, bien!»?

Estábamos en el cine un domingo por la tarde. Echaban *Alí Babá y los cuarenta ladrones* o algo así, de la Ufa, si no me engaño. La censura andaba en mantillas, de modo que nos solazamos cumplidamente con unas escenas en un mercado de esclavas. Todos notamos que la película tenía asma argumental o, por lo menos, como hipo: que no ligaba bien, y en esto se encendieron las luces y apareció en el escenario, delante de la pantalla, que tapaba el mundo de los Quinteros, el proyccionista, que era un hombre viejo, cortés y sabio, según comprobará quien siga leyendo.

El proyccionista dijo:

—Señoras, señoritas, caballeros cadetes, señores...

Olvidé decir que la cosa ocurría en Ávila, allá en diciembre del 1937, cuando la primera promoción de aquella Academia de Infantería cursaba en Santo Tomás.

Las señoras, las señoritas, los caballeros cadetes y los señores se dispusieron a escuchar. Entonces, el proyccionista confesó que se había hecho un lío con el orden de los rollos de la película, que había proyectado por error unos antes que otros y que por su causa la buena marcha del argumento andaba garringarreando. Que pedía disculpas al distinguido público y que anunciaba que iba a restablecer la situación, con lo cual, además de comprender todo lo que pasaba, íbamos a tener la ventaja de ver de nuevo el rollo del mercado de esclavas. Dicho lo cual se retiró por el lateral derecho. Una voz clara y rotunda inició la ovación con un grito que sonaba a satisfecha gloria:

—¡¡Arriba el campo!!

Y todos contestamos lo que se contestaba, tras de lo cual, en medio de enormes ovaciones, el proyccionista hubo de saludar repetidas veces.

Se gritaba «¡Arriba el campo!» en medio de una apabullante marcha, al paso de una chica guapa, al cruzar un pueblo, al liquidar una cuenta, en el final conciliatorio de una bronca. Desde Rusia recibí yo una postal en la que alguien me decía: «Aquí estamos defendiendo la civilización occidental, con buena temperatura y ¡arriba el campo!». ¿Por qué? ¿Y por qué se cantaba lo de:

¿Dónde estará mi dedal,

chis, chis,

mi dedal,

chis, chis, mi dedal;

dónde estará mi dedal,

chis, chis,

mi dedal, mi dedal, mi dedal?

O aquello otro con la misma música, pero con letra más emocionante:

¡Que viene el avión,

chis, chis,

el avión,

chis, chis, el avión;

que viene el avión,

chis, chis,

el avión, el avión, el avión!

Estas cosas que tocan a las musas resultan siempre muy difíciles de explicar. Lo vengo diciendo hace mucho.

TIERRA DE NADIE

La tierra de nadie nos sonaba a todos de las novelas y las películas que caracterizaron el suspiro de paz entre las dos guerras mundiales. Bueno, por lo menos entre la G.M. I y 1a nuestra, que fue donde aprendimos sobre nuestras costillas qué quería decir de veras eso de la tierra de nadie, cosa que, por supuesto, y bien prácticamente, conocían de sobra los africanos.

La tierra de nadie se extendía entre el punto de mira del fusil nacional más avanzado y el punto de mira del fusil rojo más próximo. La tierra de nadie no es absolutamente ajena a cualquiera de los bandos contendientes y las zonas de influencia de cada cual se llaman batidos. Tampoco es igual la tierra de nadie según que el frente sea disperso, distante, de posiciones aisladas, o continuo y cercano. La tierra de nadie de la Universitaria o de los alrededores de Huesca no era igual que la tierra de nadie en Alcubierre o en la parada invernal de Vizcaya.

Las dos mugas de la tierra de nadie, en cualquier caso, se parecían bastante, porque estaban llenas de embudos, de botellas, de trapos sucios, de envases de sardinas, de botes de melocotón en almíbar o de simple tomate. Lo curioso es que la tierra de nadie, separadora de por sí, también era el puente de la unión, bien por razones militares o por circunstancias dialécticas, conmemorativas y hasta familiares. Conozco a un muchacho nacional que se entrevistó dos o tres veces con su padre, que militaba en el campo rojo, en la tierra de nadie; padre e hijo contaban con el permiso de sus jefes. La guerra cruel se humanizaba para el abrazo o para la paella, según comprobará quien lea.

Creo que la primera vez que nacionales y rojos se encontraron en la tierra de nadie sin intenciones mutuamente ofensivas fue, más o menos, en la Nochebuena del 36. Se intercambiaron periódicos, cigarrillos y licores. En el *no man's land* de las novelas pacifistas y remarquianas se hizo un huequecillo para la paz de Belén, y las pisadas de unos y otros sonaron como un villancico militar.

Gómez Aparicio, corresponsal de guerra en Vizcaya, recuerda un caserío, allá por Mondragón o Larrachu, situado en tierra de nadie, que fue testigo de un idilio entre la hija de los *casheros* y un oficial del Tercio de Roncesvalles. Los tiradores requetés y los gudarís respetaban tácitamente una especie de tregua cotidiana para que el *cashero* pudiese dedicarse al huerto. En cuanto a los novios, se las componían por su cuenta o la hora de pelar la pava. Para el amor no había treguas. A veces la tierra de nadie era objeto de cultivo. El mismo don Pedro escribe: «De trincheras a trincheras, casi se puede asegurar que no quedó un palmo de tierra sin su normal cultivo. Aún recuerdo cómo amarilleaba aquel espléndido nabizal del Camino de los Toldos, entre nuestras posiciones extremas de la Campa de la Ascensión, frente a Elgueta, y las enemigas de los tres Inhortas. Y aún recuerdo los suntuosos trigales de los caseríos de San Juan, delante de nuestras avanzadillas de Vergara; trigales sembrados en "tierra de nadie", junto

a los embudos de los cañonazos y bajo las ráfagas de las ametralladoras».

Entre Elgueta y Vergara un *cashero*, propietario de muy buenas vacas, despachaba leche a unos y otros con gran ecuanimidad y diplomacia, procurando que nunca coincidiese en tomo al *kaiku* la clientela de diferente línea. Aquellas tierras saben manera desde las guerras carlistas, y en *La vida militar*, de Barado, se lee, a propósito de estos asuntos, que «también se concertaban unos y otros para bajar hasta el arroyo, beber un trago o cambiar ciertos artículos; y llegó a establecerse una timba común en las casas de Murrieta». El dibujo que ilustra esta nota es una delicia. Boinas rojas y rosas, en torno a una mesa, le tiran de la oreja a Jorge mientras la guerra duerme.

Por Guadalajara se cazaban perdices —de esto no entiendo más que en el plato— echándose a campear la tierra de nadie, y en Somosierra, donde se pasaron unos días de hambre, cazamos una vaca en la tierra de nadie. Cuando quisimos repetir la hazaña, porque la vaca nos supo a gloria, yo no sabía si íbamos de capea o de montería, cuestión que aún no he resuelto. Por el Campillo de Teruel participé en una corderada a base de las ovejas que el 12,40 le había despanzurrado a un pastor que conducía sus rebaños por tierra de nadie, tan campante, como si no pasase nada.

El no *man's land* o «tierra de nadie» siempre estaba desierto. Se poblaba en los ataques, quizá nada más que por un instante, y a veces durante la tregua acordada para que cada cual enterrase a sus muertos.

«A la hora indicada salieron los camilleros enemigos —escribe el doctor Héctor Colmegna en su *Diario de un médico argentino en la guerra de España*—. Se habían puesto máscaras antigases y comenzaron su misión. Fue un momento emocionante. Algunos de los milicianos salían de sus trincheras y se aproximaban a nuestras alambradas. Los nuestros hacían lo propio. Se entablaban diálogos. Los muchachos de la Bandera les ofrecieron vino y les regalaron latas de conserva. Uno de los enemigos, natural de Navarra, reconoció a uno de los falangistas. Era un paisano suyo, vecino de su mismo pueblo. Después de saludarse habló el miliciano:

»—Tengo en el bolsillo dos mil pesetas —dijo—. ¿Querías hacer el favor de entregárselas a mi novia?

»La respuesta no se hizo esperar:.

»—Pero hombre, si ese “papel” no sirve para nada...

»La conversación hubiera continuado si el adversario, desde una posición vecina, no hubiese comenzado a tirar sobre sus compañeros. La reacción de los nuestros fue instantánea.

»—Si continúan aquellos tirando, responderemos sobre vosotros.

»Los marxistas “fraternizadores” protestaban indignados por aquella actitud de sus compañeros. ¿Ignoraban acaso que aquel día tenían ellos que salir de las trincheras para recoger sus cadáveres? No, no lo ignoraban. Pero como seguían tirando, unos y otros tuvieron que meterse en sus respectivas trincheras y muchos cadáveres quedaron por recoger.

»Por los prisioneros supimos después que los marxistas habían tirado contra sus compañeros por temor de que se pasasen a nuestras filas.

»Durante todo el día que permanecemos aún en aquella cota, del campo, adverso, no se disparó un solo tiro contra nosotros».

La soledad y el miedo nacen en la tierra de nadie mejor que la hierba o la flor, y eso lo saben muy bien los que la atravesaron para pasarse, los que se perdieron en ella. Cuando la guerra conserva rasgos caballerescos, este último caso puede encontrar fácil solución.

«Sobrevino una noche una gran tormenta —escribe Barado en sus recuerdos de la segunda guerra civil—, y las avanzadas carlistas y liberales corrieron a guarecerse en unas casas que se les interponían en Las Carreras. Al tropezar unos con otros limitáronse a preguntar si había palabra; y como la contestación fuese afirmativa, mezcláronse todos y se repartieron los víveres que tenían. Otro caso no menos digno de referirse es el siguiente: al ir a ser relevada una avanzada liberal, traspasó la fuerza entrante su línea y fue perdida hasta la carlista. Encontrada por el enemigo, fue conducida hasta su destino».

Como se ve, todos estos encuentros fortuitos pueden caracterizarse por la buena educación y la mutua antología gastronómica. Cada cual pone lo que tiene a beneficio de un rancho extra. A Francisco Cavero, oficial de la Segunda Bandera del Tercio, se le ocurrió organizar un día un espectáculo por el estilo en los llanos de Almodévar. «Me hacia gracia la idea de repetir aquella escena tan conocida de que allá en el llano —tierra de nadie— se encuentren un rojo y un nacional y, entre insultos y pullas, se entreguen periódicos y a veces material comestible, para demostrarse mutuamente su buena alimentación corporal y espiritual».

El éxito de Cavero fue de los de garabatillo, según se desprende de su propio y divertido relato: «A la hora de empezar el suceso había en el llano de Almodévar un grupo parecido a aquel que se formaba delante de “La Maravilla” los domingos por la tarde, cuando tanta afición al fútbol».

Lo malo es que el gozo de Cavero enseguida se vio en un pozo, porque el teléfono de la posición legionaria dio paso a estas quejas superiores:

«—Pero, ¿qué haces, animal? Han avisado a la Comandancia, desde el observatorio de Artillería, que en el llano están haciendo una “paella”. Y el comandante viene a ver lo que pasa; ¡te la vas a cargar!»

Realmente, lo de la paella, que necesita su tiempo para llegar al punto sabrosón, resultaba exagerado. De todos modos, Cavero se las compuso para que en el momento de inspeccionar la posición el comandante encontrase todo a punto, menos la paella. Un par de ráfagas dieron a «entender a los rogelios que se había terminado el armisticio».

Era común que estas treguas fuesen honestamente respetadas. Casariego subraya, por lo que al cerco de Oviedo se refiere, «que por ninguna parte nunca hubo ni asomo de traición»; y el falangista Manuel González Cabeza, en sus *Apuntaciones de un voluntario de la decimoctava*, recogidas por Oscar Pérez Solía en *Sitio y defensa de Oviedo*, relata el siguiente divertido y emocionante episodio:

«Después de esta conferencia ocurrió que, al aparecer un avión que por la ruta que traía debía de ser enemigo, ellos mismos nos gritaron: “Camaradas, esconderse, que viene un avión nuestro”. A lo que uno de nosotros contestó: “Pierdan cuidado, y gracias”. El avión era, en efecto, de ellos porque apenas se acercó a Oviedo oímos el toque de alarma de las campanas de la catedral».

Las excursiones, voluntarias o no, por la tierra de nadie siempre tienen tomate. Alejandro Arnoux, en *El cabaret*, una de las más bellas relaciones de la guerra del 14, cuenta el caso del *poilu* Malquarré, que se emborrachó llevando el vino de sus camaradas y se perdió en la dichosa tierra de nadie. Lo peliagudo es que le dio por encender un cabo de vela —para orientarse— entre ambas líneas. Se organizó el correspondiente vendaval a cargo de todos los ingenios bélicos alemanes y franceses del sector. La cosa alcanzó al parte oficial. «En la noche del 25 al 26, al norte de X..., fue rechazado por nuestros fuegos de contención un fuerte reconocimiento enemigo. No hay nada que señalar en el resto del frente».

Es lo que luego decía Malquarré:

«—El fuerte reconocimiento enemigo soy yo, Malquarré. Y no hay nada que señalar en el resto del frente. Fíjate, Panouille: desde el mar hasta Suiza no hay nada que señalar más que una cosa, y es que en la noche del 25 al 26 Malquarré estaba borracho y encendió un cabo de vela en pleno campo».

El comunicado alemán también se refirió al mismo suceso, aunque desde su lado, claro, y especificando que el enemigo dejó muertos sobre el terreno. Y Malquarré se ufanaba:

«—El ataque francés soy yo; los muertos sobre el terreno soy yo. Hay un borracho en Francia que ha sufrido pérdidas sangrientas al atacar él solo, después de haberse bebido el morapio de Panouille y del sargento, a las trincheras alemanas al Sur de Z..., y ese hombre se apellida Malquarré. Firmado: Hindenburg y Ludendorff».

Arnoux llamaba a la tierra de nadie «país sin señor, país sin alma». Para demostrar que la tierra de nadie era más nuestra que del enemigo, un amigo mío muy retórico, pero muy cabal, saltó el parapeto y se paseó por ella. Le habíamos dicho: «Si es nuestra date un garbeo». Le tiraron mucho, pero con suerte. En la tierra de nadie morían dos hombres, un obrero y un señorito, que anduvieron por el *Frente de Madrid* de Neville, y el cielo de la tierra de nadie se llenaba a veces con la música y el improperio, con la agresión y el diálogo, porque nuestra tierra de nadie no era un país sin alma. Cuando los Altavoces del Frente se dedicaban al flamenco —cuenta Neville—, «se hacía un silencio absoluto en ambos bandos mientras durase la copla. ¡Desgraciado el ametrallador que disparase entonces ¡ Un severo siseo que partía de ambas trincheras le dejaba petrificado. Subía el fandango o la «soleá» por el aire de España hasta que al quebrarse de pena en el último tercio, un “olé” profundo y emocionado brotaba de ambos lados de la tierra de nadie».

Pero no es esto sólo. Desde la avanzadilla de la caseta del guardia de la Moncloa escuchó Neville este diálogo con un soldado enemigo a quien los nuestros llamaban «el Capullo»:

«Un soldado les explicó:

»—Hoy, como es lunes, le vamos a leer la reseña de toros del domingo, que es lo único que le interesa y nos lo pide por favor.

»Se oye la voz del “Capullo”, que se impacientaba:

»—Oye; leedme primero la corrida de Sevilla.

»Y el soldado, alumbrándose con una lamparilla eléctrica, empezó a leer: “Belmonte recibió a su primero con tres verónicas; el toro, que era corniveleto...”

»—¿Qué dices?

»—Corniveleto...

»—¡Sigue!...

»Y seguía la reseña, en medio de un silencio absoluto, pues era un tema que interesaba a ambos bordes de la tierra de nadie».

Y ya está bien de *no man’s land*, hermanos, salvo añadir que algunos decían: «Esa es tierra de nadie», refiriéndose a ciertas temperamentales muchachitas que permitían sorpresas, ataques, incursiones y golpes de mano, sin llegar nunca a la plena conquista o total ocupación.

ALEGRÍAS

Un cante mecánico y peligroso, tan lleno de zumba y gracia como el gaditano de su mismo nombre, con la diferencia de que este tipo de alegrías no lo puede cantar ni canta «El Gafas» —que según Manolo Mora era el «cantaor» universal del Ejército del Sur y el predilecto del Primer Tercio de Cádiz—, porque está reservado en exclusiva para pilotos de caza. Lo que ocurre es que lo cantan con su avión.

La gente de Talavera de la Reina registraba el cielo en cuanto se oían los motores de la caza, que volvía del frente. Antes de nada, si se disponía de observatorio adecuado, se contaban los aparatos con una cuenta de la vieja entre maternal y buena administradora para extraer consecuencias. A veces, sin embargo, no era necesario, porque los primeros en regresar de la línea venían dando tumbos y saltos, haciendo piruetas tan enrevesadas como sus propias denominaciones, subiendo y bajando sobre el campo y el caserío, de tripa, de costadillo, de cualquier modo...

La gente sonreía satisfecha, como quien ve a sus chiquillos brincar:

—¡Vaya, gracias a Dios! Vienen haciendo alegrías...

Así anunciaban los de la caza sus victorias, y había entre los mirones expertos en calibrar su dimensión por el tono de las alegrías.

—Lo menos se han «cepillao» cinco.

—¡Tú qué sabes!

—Si no hay más que verlos, hombre...

Lo que se veía era el modo con que la caza tiraba sus gorrillos al aire, daba sus jubilosas zapatetas y se echaba a coplear, y algún motor carraspeaba, jipaba y hasta gemía y todo, como la garganta de un flamenco.

FACCIOSOS

Casi todos los pontífices de la filosofía de la Historia coinciden en afirmar que la fecha del 18 de julio de 1936 significa la liquidación superadora del siglo XIX español. Sin duda por eso en los primeros días del Movimiento se usa una terminología con resabios decimonónicos. De este modo, el manifiesto de la Junta de Defensa de Burgos comienza con

estas dos palabras: «Al país», y los bandos de estado de guerra o las proclamas y arengas iniciales terminan con vivas a España con honra o con vítores a la República honrada. Los rojos, por su parte, se suministran del vocabulario liberal una palabra que ha de hacer fortuna: facciosos. Los facciosos éramos nosotros, igual que don Tomás de Zumalacárregui y sus voluntarios. Le cogieron tal gusto al término, que no se les caía ni de la boca ni de la pluma. Como sucede siempre que una palabra se emplea peyorativamente en una guerra, los que tratan de ser ofendidos con ella la toman a orgullo, de manera que la verdad es que nos gustó ser llamados facciosos, hasta tal punto, por ejemplo, que en zona nacional se publicó un libro, escrito por un hijo del general Goded, con este título: *Un faccioso cien por cien*.

A la vez que facciosos fuimos denominados rebeldes, insurgentes, fachas —derivación castiza, menospreciante y burlona de fascistas o fachistas, digo yo—, insurrectos y un montón de cosas más. Lo curioso es que los periódicos extranjeros —igual que el *Moniteur* de París, cuando Napoleón salió de la isla de Elba camino de los Cien Días— comenzaron a llamarnos rebeldes, traidores, facciosos, etc., para luego pasar a denominarnos nacionalistas y, finalmente, ya con el triunfo a punto de madurar, nacionales. Más de un periódico francés nos adelantó el tratamiento en vista del brío con que se atacó Irún. Iribarren lo precisa: «En algunos periódicos ya no se nos llamaba *les rebelles*, sino *les nationaux*».

También nos gustó mucho que nos llamasen rebeldes. A la gente joven siempre le encanta ser rebelde. Por eso cantábamos en las Academias de Provisionales:

Rebeldes nos han llamado,

rebeldes queremos ser.

España se ha levantado

con Franco para vencer

al judío masonismo

del Frente Popular,

y al bolchevismo internacional.

También nos cayó en gracia lo de insurrectos. Y al que le hizo feliz fue al asistente del capitán Gerardo Lastra, que mandaba la primera Centuria de Navarra, llamada «de la noche y del silencio» por su especialidad en golpes de mano nocturnos. Este asistente era un ribereño maduro, cazurrón, lleno de zumba. A fuerza de leer en la Prensa roja —que nos suministraba con cierta frecuencia «el Negus»— que los insurrectos se retiraban, los insurrectos se mataban entre si, los insurrectos esto y lo

otro, tomó el dulce tranquilo de aplicar la palabra directamente, de modo que para llamar a un camarada decía:

—¡Eh, tú, «insurreto», alcánzame esa baqueta!

—¿Llevas tabaco, «insurreto»?

El resultado es que le quedó de mote «el insurreto», y supongo que así le llamarán todavía en el pueblo, si es que vive, cosa que por cierto me gustaría mucho.

En los contactos más próximos y menos eruditos, los rojos no nos llamaban tanto facciosos, insurgentes, fachas o rebeldes, como hijos de cura o hijos de fraile. Con eso tenían una obsesión de suscriptores de *La Traca* y el *Fray Lazo*, aquellos dos «magazines» que tanta gloria dieron a las letras liberales españolas. Ya he contado en otro lugar, y mis buenos disgustos me costó, aquella frase del páter A..., capellán de una centuria, que harto de oír semejantes desvergonzadas acusaciones, opinó entre malicioso e irónico:

—¡Hombre, alguno habrá; pero decirlo de todos...!

A los rojos, que eran agudísimos en materia de propaganda, se les nublaban el talento al hablar de los curas y soltaban unos folletines en esta materia que sólo degenerados mentales del tipo de Maritain o Mauriac podían tragar sin ahogarse. En el libro de José María Iribarren se recuerda, al hablar del frente de Irún, que los periódicos enemigos decían ferocidades sobre «los clérigos armados de rifles que Mola lleva en su vanguardia», y también sobre «los curas que lanzan bombas desde los campanarios contra sus feligreses». Del mismo modo se reproduce lo que decía un vasco comunista: «Entre esos requetés van muchos frailes. Saltan como malditos. ¡Cada “sancada” dan aquellos!... Nosotros les veíamos arremangarse el hábito “pa” brincar».

Ya era ver. Claro que a lo mejor esto no era más que una simple transposición de la realidad en torno, al campo frontero, porque la única noticia que uno tiene de curas trabucaires en la guerra española es la de algún sacerdote jelquide, como de sobra se sabe. Los periodistas de la zona bolchevique también veían curas y frailes en el Tercio y hasta en los Regulares, que ya es decir. A propósito de esto, conozco una arenga que nuestra gente atribuía al general Yagüe, cuando todavía era teniente coronel y habla llegado con su columna ante las murallas de Badajoz. No sé si la anécdota es cierta o no. En todo caso viene como anillo al dedo y es muy hermosa. Según ella aquel Yagüe legendario, por el que uno sigue sintiendo verdadera devoción, se dirigió a los soldados que iban a dar el asalto a la plaza con estas contundentes frases:

—Legionarios: los rojos dicen que sois frailes disfrazados. ¡Entrad en Badajoz a decir misa!

NUBA

Música de atambores y chirimías característica de nuestras fuerzas indígenas en el antiguo Protectorado. Los sones de la nuba se suben a la cabeza y se adentran dulcemente en las entretelas del corazón, de modo que son muy difíciles de olvidar, según dicen los expertos. Los cuales, al parecer, no exageran ni tanto así en orden a la multiplicación de nostalgia que desarrollan dentro y fuera de sí quienes desfilaron al compás de una nuba, porque ha llegado a mis oídos el caso de un antiguo alférez provisional de Regulares, hasta hace poco Alcalde de su pueblo, que en la víspera de la fiesta del Santo Patrón de la villa —por cierto, nada menos que Santiago— no vacilaba en ordenar así a sus subordinados del Ayuntamiento:

—La nuba de chistularis que salga a las ocho en punto. En cambio, la nuba municipal que no salga hasta las diez, porque ha de acompañarnos a la misa y quiero que tengan los fuelles descansados. ¡Ahí, y como todos los años, que preparen una buena merendola para los chavales de la nuba del Hospicio.

Un caso evidente de mal de nuba.

BARUD

Fuego, tomate, follón. Viene del argot militar francés y puede que accediese al nuestro a través de los primeros desertores de la Legión francesa que acudieron a alistarse en el Tercio. Cualquier lector de novela del tipo de *Beau Gest* está harto de saber qué es el «barud» y qué el *cafard*. Unos dicen barud y otros baró, pero todos quieren decir lo mismo.

En *La Legión desnuda*, novela biográfica del Tercio, de Maciá Serrano, se lee:

«—Pero, bueno, ¿cuándo va a haber barud? —dijo Tarok con su acento extranjero.

»—Barud o lo que sea, aquí no lo hay como en esa guerra europea en que tú has estado. Aquí la muerte llega silenciosa, de puntillas, sin gloria. Cuando menos te lo figuras...».

El barud se olfatea, se presiente, está en el aire como un pájaro o una tormenta. En Marruecos se aseguraba que los buitres traían el barud y los blancos picabueyes la tranquilidad. Escribe Corrochano: «En términos castrenses se decía: “Va a haber barud, mucho barud, se huele a agresión”. Y en el lugar más inesperado saltaba la agresión y había barud, mucho barud». Asenjo lo toma con humor: «No hay que decir

que se mascaba el «hule» o el «baro», como se conoce en el argot de la guerra marroquí a las muchas bofetadas que «le íbamos a dar... el enemigo a nosotros».

Y Arrarás cita a Carlos Micó, legionario y escritor, que ve a Franco en Madrid, camino de Asturias. El legionario, que está herido, se hace cruces: «Le contemplo un poco asombrado, atónito de verle ileso. Yo le he visto siempre entre un horrísono barud y siempre tan indiferente que, como no llegué a creer en su inconsciencia, tengo que creer en lo que dicen los ocultistas de que un valor extraordinario hace volver a las balas sobre su camino».

MALA LECHE

De uso general, desgraciadamente. Lo mismo expresa pésima suerte que mala intención. Los recatados prefieren decir, en ambos casos, mala uva. Que quien oiga la frase entienda en el sentido en que se aplica, no depende más que del tono con que se diga.

A los dos o tres días de liberado Bilbao, se celebró un acto público cuya retransmisión a toda España aseguraba Radio Nacional. El Decreto de Unificación, promulgado un par de meses antes, provocaba algunos rozamientos, más a retaguardia que en la línea, entre elementos falangistas y tradicionalistas. Aquel día, en Bilbao, hablaban dos estupendos tipos. Uno de ellos, L.A., de la vieja Falange de Navarra. Un tipo extraordinario, humanísimo, divertido y además excelente, incansable y afortunado manipulador de todo género de tacos. El otro, también navarro, y cuyo nombre no recuerdo, provenía del carlismo. Los dos hablaron ante el pueblo; los dos lo entusiasmaron. Cerca de la tribuna estaban los heridos. Al finalizar el acto, L.A., rebasando el protocolo, cumplido ya sobradamente, se acercó de nuevo al micrófono y gritó:

—¡Camaradas: Arriba España!

Todo el mundo contestó con la unanimidad de un cañonazo:

—¡Arriba!

Esto picó a la otra mitad del tándem oratorio, porque algunos, incluso de buena fe, eran alérgicos a la palabra camarada y al grito de arriba España. así que, ni corto ni perezoso, tomó su parte de micrófono y gritó a su vez:

—¡Viva España! ¡Viva España! ¡Viva siempre España!

Y puso un énfasis especial en el último vitor, como restregándose a L.A., el cual, muy confidencial, pero con su vozarrón ronquillo, suspiró

en las bambalinas del micrófono, aunque no tan prudentemente como para que su amistosa y reprobatoria conformidad no fuese escuchada por toda España, azul y roja:

—¡Viva, coño, viva; pero sin mala leche!

OTTO CON OTTO

De algún modo había que llamar a las excelentes piezas del ocho con ocho que se trajeron los rubichis de la Cónдор entre el material antiaéreo. El «otto con otto» era eficaz, cantaba bien, se utilizaba como convenía y animaba un disparate. El chiste resultó muy fácil, porque antes de la guerra ya eran popularísimos en España los cuentos de Otto y Fritz. Estaba mascado, que dicen los castizos.

El «otto con otto» dio mucho que hacer en el Norte de África. Las victorias de Rommel tuvieron, según Paul Carell, un espléndido apoyo en el ocho con ocho al que califica de «arma maravillosa» y también de «el corazón que golpeó con inusitada fuerza».

Y resume: «Pero debemos ser sinceros. No fue sólo la valentía; fue también la fuerza de las armas y, sobre todo, del arma prodigiosa: el 8,8».

CHOCOLATADA

Lodazal, barro batido con pies casi lagareros, pringue feroz en la que se hundan las botas o resbalan, que todo puede darse. El origen de la acepción es clara y evidentemente metafórico, y está al alcance de cualquier fortuna. La palabreja se puso muy de moda entre las unidades que soportaron la espera invernal en las posiciones del frente Norte, y muy especialmente en los sectores donde la guarnición navarra fue más abundante, porque la palabreja forma parte del vocabulario navarro. Iribarren la recoge: «Barrizal espeso. Piso blandurrio como el chocolate». La chocolatada, en su más digna y succulenta acepción, es muy del gusto de mis paisanos, que con ellas celebran fiestas y jolgorios y hasta cifran en su torno sueños de amor y bienestar, según la copla que el mismo José María Iribarren transcribe en su *Retablo de curiosidades*:

¡Cuándo querrá Dios del cielo

y la Virgen soberana

que nos traigan a los dos

el chocolate a la cama!

Por donde, como se ve, asoma la vena erótica del chocolate, que entre sus verdaderos inventores, los aztecas, gozaba de fama afrodisiaca, basta el punto de ser alimento de bodas y supongo también que de algaras y excursiones fuerapuestas.

—Vivimos sobre una chocolatada— decían los que se acercaban a San Sebastián desde las cercanas líneas con uno de aquellos permisos de veinticuatro horas.

En «Edaska», en «Raga», en «Xauen», en el «Madrid», en las tascas del barrio viejo, hacia Igueldo, por la carretera de Tolosa y en Zabaleta, trataban de olvidar que los únicos mojicones de su chocolatada solían ser los morterazos.

CADENA

Ataque de aviación bajo, rápido y en forma de noria, de modo que el último aparato de la formación vea chupada su rueda por el primera. Parece ser que esta modalidad ofensiva comenzó a utilizarse por nuestros aviadores en la guerra de Marruecos y que entonces se le llamaba la pescadilla. ¡Quién le iba a decir a la modesta pescadilla de las patronas, casas de huéspedes y pensiones que alcanzaría la fama militar en las campañas de Marruecos, pioneras del aire! Entre los pilotos de los seis o siete aviones que formaban la pescadilla había un teniente jovencito y muy audaz llamado Joaquín García Morato. Se arrimaba tanto a los rifeños que llegó a contabilizar veintisiete impactos sobre su aparato en una sola de estas pescadillas que se mordían la cola a cambio de dar dentelladas al enemigo.

Aquel glorioso intento de los aviadores africanos cuajó en la maravillosa y eficaz cadena de nuestra guerra, durante la cual algunos la denominaron, con cierta rimbombancia de expertos publicitarios, «el carrusel de la muerte». Fue Joaquín García Morato el verdadero creador de este sistema. En las memorias de Ruggero Bonomi y en las anotaciones correspondientes al 25 y 26 de octubre de 1936, se lee: «La caza continúa prodigándose en escoltas y servicios de protección, y a falta de adversario las patrullas descienden a ametrallar tropas y columnas de camiones con arriesgadas y bellísimas maniobras en cadena. En este particular empleo todos los pilotos, y especialmente los españoles, se entusiasman. Todos querían hacer siempre la cadena, como ya la jerga de guerra ha bautizado al ametrallamiento terrestre verificado por la caza».

Como se deriva del contexto, la cadena ya había alcanzado popularidad mucho antes de octubre. Había sido Morato el inventor de la fórmula

que convertía a la Aviación en una fuerza de choque. El mismo la relata en *Guerra, en el aire*:

«Volando bajo sobre el campo de batalla, mientras vigilaba por si aparecían aparatos de bombardeo enemigos, me di cuenta de la labor difícil que tenía que realizar nuestra Infantería. Y fue entonces cuando decidí probar por primera vez el nuevo método de ataque que yo había ideado. Picando a toda marcha, una, dos y tres veces, atacué los nidos de las ametralladoras enemigas, bajando casi hasta tocarlas. Seis veces seguidas piqué sobre ellas, y fue lo suficiente para imponer silencio a las ametralladoras y permitir a nuestra propia Infantería alcanzar mejores posiciones».

Sucedió en el frente de Córdoba, para el cual fue Morato en las primeras semanas, como luego para tantos otros, una especie de ángel de la guarda con ametralladoras y media docena de bombas.

La cadena, verdadera «Infantería aérea» según Aznar, levantaban oleadas de admiración incluso en el enemigo. En *Las muchachas de Brunete* escribe Neville:

«Pero los nueve aviones hacían la rueda sobre la línea del frente; bajaban casi verticalmente disparando todas las ametralladoras y dejando caer granadas; al llegar a muy pocos metros del suelo detenían en seco su caída, pasaban rozando la tierra y luego volvían a subir vertiginosamente. Los nueve aviones formaban una cadena continua que giraba como apoyándose en el paisaje y llenándole de estruendo y de muerte.

»Un espeso telón de fondo se levantó allí donde giraba la noria aérea. las enfermeras y los soldados presenciaban la escena sobrecogidos, no ya por el miedo, sino por la belleza bárbara del espectáculo.

»—Tú ves —decía el chófer—, los nuestros no bajan así y nunca aparecen para protegerle a uno».

Y al chófer rojillo no le faltaba razón.

La cadena quemaba mucha gente, y conforme fue aumentando la reacción de tierra hubo que cuidar más su empleo. Los técnicos dicen que al final de la guerra se practicaba poco y que con los medios actuales sería imposible utilizarla. Yo no lo sé. Entonces fue un prodigio de valor, de reflejos y de camaradería. A la hora del ataque, cuando había terminado su labor destructiva la artillería y los bombarderos habían puesto el huevo, la cadena hacía su aparición como una celeste puntilla. Espíritus poéticos y tranquilos, ya dispuestos para el asalto, solían saludarla con este sencillo, coloquial, conocido y hermoso dístico:

Acabada la faena,

tírese de la cadena.

PARIDERA

El lugar donde pare el ganado, especialmente el lanar, o donde se recoge o acubila cuando llega la noche, tuvo una resonancia tan cordial como militar en muchos frentes de nuestra guerra. La paridera servía de cobijo accidental, de referencia o de hogar, dulce hogar. «Un todo defensivo —se lee en *Belchite*—, cuyas partes esenciales eran la loma artificial, la paridera y la línea de resistencia».

En una paridera de Somosierra nació aquella copla que cantaban los falangistas de Burgos al marchar hacia Sigüenza:

Somosierra, te dejamos,
y a Sigüenza nos marchamos
formando un gran batallón,
que manda ese comandante,
tan valiente y elegante,
llamado Milán del Bosch.

En la invención de la letrilla anduvo el ingenio de Manolo Morán, entre otros, según creo. Y la música, se ve a las claras, es de la *Chaparrita*, que ya entonces comenzaba a hacerse popular.

—La ametralladora está a la derecha de la paridera —indicaban los oficiales antes del asalto—. ¡A ver si nos la quitamos de encima!

En una de sus crónicas maestras escribía Víctor de la Serna a finales de 1938: «En la paridera —ya explicaremos algún día qué es la paridera y el alto significado poético y heroico de esta humilde choza de las sierras ibéricas—, en la paridera donde hoy se encuentra Morato con sus escuadras, terror del rojo, habrá un timón de un caza enemigo en el que figuran los nombres de los camaradas muertos —pocos, por fortuna— y tantos aeroplanos pintados como unidades han sido abatidas al enemigo; cuando yo vi ese timón la última vez, en una inolvidable noche de mayo, había cerca de 150 “aeroplanitos”. Hoy casi debe de estar doblada la cifra».

¡Qué hermosura si Víctor hubiese escrito sobre la paridera! Nos quedamos sin sus palabras y —lo que es peón— sin su compañía. Dios lo

tenga en una celeste paridera, hablando con Morato y con otros así del tiempo inmortal de nuestra guerra. Hablando, como él solía, de España.

Morato mismo describe su alojamiento. «Mi cuarto era una pequeñísima habitación, que varias veces se comparó con la celda de un monje, en una paridera que con lujo inmenso nos habíamos dado el gusto de blanquear totalmente».

Leyendo a Cavero me encontré con un sentido de la palabra paridera que no conocía. En el frente de Aragón —cuando Aragón era yunque y se preparaba para martillo—, se llamaba paridera al tomate, al cacao, a la ensalada; en suma, al combate. Supongo que la voz pudo ser general, pero desde luego era preferentemente utilizada por los de la Brigada Móvil, en cuyo seno nació el vocablo a su nueva vida.

«Galera, joven teniente coronel, inteligente y agradable, era el jefe de la Columna Móvil. Y según contaban “los antiguos”, cuando la Bandera llegó al frente de Aragón, la explicación de futuras operaciones era siempre:

»—Se trata de tomar una paridera sin importancia.

»Y por eso, paridera era el nombre antonomásico que se daba a todas las operaciones».

De modo que si el aire soplabá hacia el descanso, los de la Móvil cantaban:

Mañana no hay paridera,

aunque lo mande Galera.

Pero si el viento caía del cuadrante opuesto, los de la Móvil también cantaban, aunque otra cosa:

Mañana hay paridera

porque lo manda Galera.

La puntual estadística de Cavero nos hace saber que en ciento noventa y ocho días —los de su permanencia en la segunda Bandera— esta unidad tuvo «una paridera cada tres días laborables».

Reconozcamos que es una proporción escalofriante.

CARETA

Mucha gente dice que lo que va a pasar con la bomba atómica es lo mismo que pasó con los gases después de la G.M. I., que todos los Estados Mayores les pillaron miedo, de modo que cuando se «desencajonó» la G.M. II no hubo más gases que los corrientes entre la tropa. Nuestra guerra tampoco manejó gases o, por mejor decir, apenas tuvo episodios de guerra química, aunque no faltaron algunos. Resulta altamente satisfactorio el poder decir, con absoluta honestidad, que el empleo de esa arma puerca fue asunto exclusivo del Ejército comunista, como corresponde.

Iribarren, que estaba tan cerca de Mola, anota que los rojos atacaron con gas en el Alcázar, Oropesa y el Alto de los Leones. El ataque de Oropesa está puntualmente consignado en las crónicas de Manuel Sánchez del Arco (*El Sur de España en la reconquista de Madrid*): «A partir de la derrota de Oropesa se ha acusado el empleo de gases tóxicos por los aviones comunistas contra el Ejército del Sur. En la columna Asensio y en la columna Tella se han registrado ya los efectos de esos gases, medio criminal al que recurre el Gobierno comunista cuando ve perdida la batalla...».

Por si las moscas, los astutos moscovitas —traducidos— de Madrid lanzaron el rumor de gas; de este modo lo empleaban ellos y se ponían la venda por anticipado para seguir encandilando a los bobos demócratas del universo mundo. Aunque parezca mentira, los demócratas de entonces ya eran tan pasmados como los de ahora. En esto no se ha adelantado gran cosa. Gironella escribe: «Las emisoras de Madrid admitían la posibilidad de que el Ejército “fascista” del Sur se hubiera puesto en camino con el propósito de emplear gases asfixiantes».

Sánchez del Arco, a su vez, admitía la posibilidad de que el Ejército Nacional pudiera replicar al veneno, pero no fue así, Y eso que oportunidades no nos faltaron. Una casa inglesa que fabricaba un producto llamado *Tea-Smoka* lo ofreció a Mola: «Sin ser un arma muy ofensiva es muy útil en las guerras civiles para deshacer concentraciones, atacar al enemigo refugiado en casas o cuevas, etc. Se empleó en 1934 en Cuba con sumo éxito y se emplea actualmente en Palestina por los ingleses». Mola dio orden de archivar la carta, y añade Iribarren: «Era lo que decía cuando las cartas no tenían contestación. O cuando se trataba de cosas o noticias curiosas».

Mejor fue la oferta epistolar de un veterano carlista, recogida también en el curioso libro de José María Iribarren, y en la que explica a Mola la receta para tomar fortines o casas donde el enemigo se las tenga tiesas: «Primero se derriba la puerta a cañonazos. Luego se penetra en el portal por medio de un auto blindado, y una vez ganada la planta baja, se vierte en ella un costal de paja, se le prende fuego y se arroja sobre la hoguera una docena de guindillas bien secas, las cuales invadirán con un vapor todo el edificio que les pondrá en la alternativa de asfixiarse todos, entregarse o huir. Con este motivo le saluda este pobre veterano, cadete de Carlos VII, que desea el triunfo de la religión, de la patria y de

un rey católico que extirpe todas las herejías... Así se evitan derramamientos de sangre».

Echar el pulmón por la boca no le parecía derramamiento de sangre a este arbitrista militar, que no andaba muy descaminado en su invento, pues a guindillazos rindió Espoz y Mina, un tipo de una vez, a los gabachos que guarnecían Puente la Reina, en pleno camino de Santiago, y algo así hizo Zumalacárregui en la ribera de Navarra. El episodio se encuentra, seguro, en Henningsen, y me parece recordar que en Galdós. Cuando años después he llegado a conocer los pimientos de Padrón, me he asustado al adivinar el mundo de posibilidades ofensivas que hay en ellos.

He oído hablar de gases en Brunete, pero no me fío del que lo contó porque con la mejor buena fe del mundo larga unas bolas enormes en cuanto habla de guerra. Es de los de boca caliente. En cambio, relejendo al general Sagardía me encontré con este testimonio irrecusable: «Después de terminada esa operación que se realizó a unos ochocientos metros del pueblo de Cilleruelo, la artillería roja, que hasta entonces había estado muda, comenzó a tirar. Los primeros disparos cayeron cerca del grupo que me acompañaba, y nada se notó al principio que fuese anormal; pero a los pocos minutos algunos empezaron a sentir náuseas, vómitos y sofocaciones, dándonos cuenta de que los proyectiles rojos traían gases. Como no había caretas, dispuse que la gente se esparciese por el campo lo más lejos posible de donde caían los proyectiles, pero sin abandonar del todo el terreno, por temor a un posible ataque rojo. Este no llegó a producirse. Siguieron disparando proyectiles de gases, de los cuales algunos no llegaron a estallar y fueron analizados por nuestros laboratorios. Contenían iperita y fosgeno y eran de fabricación inglesa. (¿Serían los que desdeñó Mola?) Se evacuaron los enfermos más graves al hospital y se tomaron las medidas convenientes de saneamiento de los lugares donde cayeron y se proveyó de caretas a las tropas. Todavía la artillería roja disparó dos días más proyectiles de gases»

Sucedió esto el 30 de junio de 1937. Para entonces la careta era un elemento indispensable en gran parte de las tropas. La careta fue una gran cosa, no porque sirviese para nada, sino porque su funda constituía una especie de ensanche del macuto, una magnífica maleta ambulante. Se cogía el cacharro, se tiraba la careta, y lo que quedaba venía como anillo al dedo. Los expertos decían que en la careta —en realidad, en la funda de la careta, pero siempre se hablaba por síntesis de la careta— el tabaco se conservaba la mar de fresco. Jamás di tiempo a que mi tabaco se secara, así que no tengo opinión valedera. Por otra parte, a base de careta y carota se hicieron infinidad de chistea zarzueleros, que también son una ayuda para el soldado. Había chabolas donde al entrar uno quedaba muy mal si no decía: «¿Por qué demonios habré tirado la careta?». Y también algunas coplas que en Ávila cantábamos a los de Antigás.

Esto no quiere decir que yo confíe en que las bombas atómicas acaben de juguetes en un jardín de infancia, aunque ya me gustarla, ya...

TETA

Tan sustancioso vocablo, tan nutricia palabra, llegó a ser de aplicación universal. Como el comodín del póquer, ligaba con todo y en cada caso aumentaba el valor de lo que se pretendía elogiar, fuese lo que fuese.

Alguien volvía de permiso con la bota bien llena de un vino de su cosecha. Tras del primer tiento, el afortunado catador suspiraba:

—Buen vino.

—¿Te gusta? —trataba de subrayar el donador.

—A teta me sabe.

Una muchacha que estuviese francamente dotada para el agrado era una chica teta.

—¿Qué tal tu madrina?

—Teta.

—¿Cómo te encuentras? —se le preguntaba al camarada hospitalizado.

—Estoy teta —respondía a poca ocasión que para ello le diese su suerte.

O bien se discutía en un tren, intercambiando noticias, sobre los jefes, los compañeros, los amiguetes. Nadie podía extrañarse de oír confidencias de este tipo:

—El páter de mi batallón es teta pura.

—¿Qué te parece *La decadencia de Occidente*?

—Chico, un libro teta.

—Lo que nos salió teta fue el paso del Ebro.

No es que venga muy a cuento, pero ahora me acuerdo de una especie de nana que cantaba mucho Ismael Herráiz, y que creo que fue el arrorró de más de una noche en las posiciones de la Ciudad Universitaria:

Que no es lo mismo hilar

que darle teta al niño,

que no es lo mismo hilar

que darle de mamar...

En lo cual, si bien se ve, hay una lógica y lúcida diferenciación entre dos actividades femeninas.

ARENKA

Según la Academia, que de esto sabe bastante, viene del gótico no sé qué, que significa círculo. «Discurso por lo general solemne y de elevado tono. Tórnase con especialidad por el que se pronuncia con el sólo fin de enardecer los ánimos, y por cualquiera de los que solían poner los historiadores en boca de algunos personajes». Y en sentido figurado y familiar, segunda acepción: «Discurso, razonamiento largo, impertinente y enfadoso».

A mi entender está más en lo justo el *Diccionario Enciclopédico de la Guerra*, tras el viejo Almirante, que entiende por arenga una «alocución, precisamente oral, que se dirige por un jefe a sus subordinados para alentarles en el cumplimiento del deber o animarles a realizar actos extraordinarios de valor, de donde se desprende que ha de ser breve y enérgica». Y en la voz alocución precisa: «Bajo el fuego enemigo y en situación difícil, las palabras han de ser pocas y briosas; al soldado español le incita más al heroísmo o al sacrificio el gesto arrogante o el ejemplo personal silencioso, que las arengas brillantes que parecen extraídas de algún manual de elocuencia militar».

Moscardó no necesitó de grandes párrafos para arrastrar a sus soldados, y si bien se mira, una breve conversación telefónica —la que mantuvo con el miserable que mandaba las milicias rojas— le bastó no solamente para arengar a la guarnición del Alcázar, sino también a todo el Ejército nacional, que entonces nacía.

El sargento Anfloquio González arengó a su pelotón, creo que en el Bizkargui, de la manera más sencilla. Como un mortero le hubiese dejado colgado de una tira de pellejo su brazo izquierdo, se lo arrancó de cuajo con la mano derecha, lo arrojó hacia los catolicarras, gritó: «¡Adelante, muchachos, viva España!», y pudo con todo. Esta arenga tan lacónica mereció la Laureada. El sargento iba en un batallón de San Marcial que, como es sabido, era uno de los mejores Regimientos nacionales.

Hay arengas para la colectividad, que son las corrientes, y arengas individuales, que son al soldado como esas frases que el torero pronuncia más o menos por lo bajini para arrimarse al toro: «La masa de Caballería partía en aquel momento a la carga —escribe Salvador García de Pruneda—. Hería el sol las hojas de los sables y los cascos al galope herían el suelo con hueco estrépito. Piafaban los caballos de la cola antes de emprender la carrera, impedidos como estaban por los que les precedían, y se oían entrecortadas voces, viriles, arrogantes, persuasivas a la militar manera:

»—¡Adelante, muchachos, que son nuestros!

»—¡Apretad las piernas y que sea lo que Dios quiera!

»—¡Al toro, que es una mona!

»—¡Viva el quinto escuadrón!»

La primera arenga que oí en la guerra fue la de Mola, en la tarde del domingo 19 de julio. Estábamos en el patio del cuartel de Montaña, en Pamplona. La arenga fue muy breve y creo poder resumirla en algo parecido a esto: «Salimos con honor; volveremos con honor». Lo único que recuerdo con precisión es que se me nublaron los ojos, que tenía el pellejo eléctrico, la espalda fría y una especie de tormenta calurosa entre la garganta y el corazón. La segunda arenga la escuché de labios del capitán Gonzalo de la Lastra, en la amanecida de Santiago, precisamente cuando comenzó a tirarnos la artillería roja al atacar Somosierra. Marchábamos desplegados. Hubo, digamos, un instante de éxtasis, más de estupor que de vacilación, pero por si las moscas, el capitán gritó:

—¡Adelante: al que le den que se joda!

Lo conté en *La fiel Infantería*, y contribuyó con su parte alícuota al cupo extra de disgustos y sinsabores que se me vino encima. ¡Si eso les pasa a Goytisolo o a Barral, ya son a estas horas camaradas de la Orden de Stalin, Premios Nobel, más adorados en Francia o cosa por el estilo!

Quien llevaba gran fama de arengador era el general Millán Astray. Yo no le oí nunca, pero escuché los comentarios que sobre sus facultades en este terreno hacían los viejos legionarios que en Talavera de la Reina estaban sirviendo de madre a una nueva bandera del Tercio. Al parecer, oír a Millán aquello de «¡Caballeros legionarios!» resultaba enloquecedor. Metía fuego en los corazones y los tipos más fríos sentían la necesidad de vaciar sus lagrimales. Testimonios de esto se encuentran en todos los libros que hablan del Tercio, desde el de Asenjo al de Maciá Serrano. Hasta el pulido, delicado y donjuanesco Barea se hace eco de la garra de Millán a la hora de las arengas. Un amigo le dijo: «Vente a oírle. Es terrorífico cómo habla».

«El cuerpo todo de Millán Astray —apunta Barea— había sufrido una transformación histórica. Su voz tronaba, sollozaba, aullaba. Escupía en las caras de aquellos hombres toda su miseria, toda su vergüenza, su suciedad y sus crímenes, y después los arrastraba en una furia fanática a un sentimiento de caballeridad, a un renunciamiento de toda esperanza fuera de la de morir una muerte que lavara las manchas de su cobardía en el esplendor del heroísmo.

»Cuando la Bandera gritó con entusiasmo salvaje, yo grité como ellos.

»—¿Es un tío grande, no?—me dijo Sánchez, apretándome el brazo».

Claro que no sólo se trataba de hablar. Un poquito más adelante, el propio Barea cuenta cómo los legionarios se quedan clavados tras una cerca de piedras a causa de la dura resistencia enemiga. Cualquiera que intentaba levantarse caía fulminado.

«En medio del claro apareció un jinete galopando arriba y abajo; a su lado una figurilla corriendo incansable: Millán Astray y su cornetín. Hubo un alto momentáneo en la fusilada. El caballo se detuvo en seco. El jinete se enderezó sobre los estribos:

»—¡A mí la Legión! ¡A la bayoneta!

»Levantó un brazo manchado de sangre.

»Los hombres saltaron el parapeto de piedra en manojos».

Hay quien grita: «¡Maricón el último!», y le suena a pieza demosteniana, aunque esta arenga estereotipada lo mismo sirve para ir para adelante que para cerdear. En *La soledad de Alcuneza* se lee a propósito de los primeros combates del Ebro: «A poco apareció el comandante (en un embudo). Bajó corriendo el talud y sentándose en el suelo dijo:

»—Sacuden tanto ahí arriba que, como unos valientes, al grito de m... el último, nos hemos metido todos aquí».

El «Campesino», según César Falcó», solía gritar:

«—¡Dale allí, me cago en diez! ¡Duro! ¡Leche, pasan!... ¡Duro, muchachos!»

La «Pasionaria» se hizo muy famosa por sus arengas, la de vivir en pie en lugar de morir de rodillas; la del «no pasarán», que los servicios de propaganda roja le colgaron a ella; aquella otra pronunciada con motivo de unas deserciones y que remató con un chiste: «Franco, cierra la jaula, que se te van los canarios», que puede que como chiste fuese eficaz, pero que como profecía resultó un desastre. Lo que no hizo en la guerra la «Pasionaria» fue ponerse delante de nadie, a excepción de Antón, si ha de creerse a su camarada Jesús Hernández, y para

menesteres que Góngora hubiera situado en un dulce belicismo, aquel de «a batallas de amor, campos de pluma». La Nelken, en octubre del 36, arengaba machacando sobre el octubre asturiano, el del ensayo general con todo: «¡Debéis conmemorar esta fecha, gloriosa para nosotros, con una borrachera de sangre! ¡Ahí, en las cárceles, tenéis las cabezas de los fascistas y militares que han asesinado, en mil novecientos treinta y cuatro, a los hijos del pueblo! ¡Id a buscarlos!» (*Madrid bajo el terror*, de Adelardo Fernández Arias).

Las arengas llanas, coloquiales, de tono familiar, llegan muy hondo. Aquel picaseca que se colocó arrecaballico sobre los muros de Orán o Túnez y gritó a sus camaradas: «¡Arriba, muchachos, que esto no es sino corral de vacas!», ponía cátedra de sencillez. Con alguna mayor carga retórica cuenta la arenga de Alonso de Contreras: «¡A cenar con Cristo o a Constantinopla!», pero también tiene lo suyo de expresividad y derechura, igual que esta otra: «¡Atrás, por la muerte vengo!». Hay tipos que estimulan el ánimo con aquello de «Tira p'alante y viva el comandante».

Camilo José Cela cuenta que él movilizó a Galicia el 18 de julio de 1936. Según su historia, los gallegos estaban bien dispuestos pero no entendían algunas razones excesivamente metafísicas y universales que se les daban para llevarlos al combate. Entonces Cela arengó a sus paisanos: «¡Gallegos: contra Asturias!», y ni un solo gallego se quedó en casa. Juanito Allanegui era partidario de las arengas breves y en el idioma oportuno. Lo cuenta su camarada Caveró: «... cuando se le echaron encima cuatro tanques, Juanito no lo dudó. Y en vez de esperarlos salió "a por ellos". Él a la cabeza y animando a sus gentes. Tenía en la posición legionarios, moros y soldados. Y habla que oírle gritar:

»—Hala, morito estar valiente; mucho coger tanque, morito.

«—¡A mí la Legión! ¡Viva el Ejército!»

Se salió con la suya. Y Caveró también, que con el lío de la tropa heterogénea acabó dando «órdenes a unos morazos en inglés». Caveró se explica, que para eso es de infantería: «Yo creo que es la costumbre de ver películas americanas lo que me impulsó a usar este idioma, desconocido para ellos. Y para mí; hay que decirlo todo».

Y ya que andamos con el inglés, anotaré aquí algunas de las arengas pronunciadas por los jefes que mandaron la vanguardia aliada en el desembarco de Normandía: «Aunque os encontréis con el infierno o con marea alta, destruid esos malditos obstáculos». «¡Recordad Dunquerque! ¡Recordad Coventry! ¡Dios os bendiga a todos!». «Moriremos sobre la arena de nuestra Francia querida, pero no retrocederemos». «Las cosas están así: tenéis un solo billete, y éste es el final del trayecto. División 29, ¡vámonos!». «¡Escuchad esto! Esta va a ser probablemente la mayor fiesta a la que asistáis; salgamos, pues, a la pista y comencemos el baile».

En una arenga se promete la bienaventuranza eterna, así Churruca a bordo del «San Juan de Nepomuceno», cuando se iniciaba la batalla de Trafalgar: «Hijos míos: en nombre del Dios de los Ejércitos prometo la bienaventuranza al que muera cumpliendo sus deberes. Si encuentro alguno que falte a ellos le haré fusilar sobre la marcha...».

Porque en las arengas también es bueno inculcar a la gente que el portarse bien es un buen negocio. Un amigo mío —muy mentiroso, por cierto— contaba que su comandante solía arengarles dándoles a elegir más o menos entre la laureada o el piquete. Mi amigo comentaba:

—Lo raro es que eso anima mucho.

Zumalacárregui ofrecía a sus voluntarios el bastimento enemigo, o enaltecía su propia tierra: «Todos los navarros han preferido la muerte a la ignominia. ¿Seremos nosotros menos? Nuestra Patria, madre de tantos valientes, espera la libertad de vuestras bayonetas. No merecéis ser navarros si hoy no se la dais. ¡ Viva Carlos V! ». O bien: « ¡ Soldados! ¡ Las armas de los valientes las tiene el enemigo! ».

También entendía a su gente el general Fernández de Córdoba, que antes de una acción dada en la segunda guerra carlista, arengó a sus tropas de esta hermosa manera: « ¡ Compañeros! Vais a combatir delante de la Legión extranjera y a demostrar cómo vencen y perecen los españoles. El terreno es fácil: hoy es día de emplear la bayoneta. Esta tarde beberemos juntos en Mendigorriá ».

El beber, el comer, el suministrarse munición constituyen excelentes argumentos de cualquier arenga. El guerrillero Durán habló de este modo antes de cargar sobre los franceses refugiados en Soria: « Hijos, allí hemos de saciar nuestra hambre y remediar nuestras necesidades; mucho archiva en la plaza el enemigo, pero todo será para vosotros y para vuestros padres ».

La arenga, respaldada por el valor, cala hondo. Sender, hombre gélido en materia de entusiasmo nacional, pero honrado escritor, casi se deja arrebatarse en *Imán* por el recuerdo de una arenga. Es en las vísperas de Anual, en una posición cercada. « Los oficiales se estrechan las manos y uno, por la fuerza de la costumbre, sonrío al saludar. El comandante, desde un lugar estratégico, los pies juntos, los brazos pegados al cuerpo, las grises greñas al aire, da la voz de firmes, a la cual todos los soldados, menos los centinelas, se vuelven hacia adentro:

»— ¡ Soldados de España!

»Su voz rebasa el parapeto y sale sobre el campo de oro del amanecer.

— ¡ La Patria os pide! ...

»Granadas y ráfagas de ametralladoras ahogan su voz. El asalto se reanuda. El comandante grita tres veces epilépticamente: «¡Viva España!», con una embriaguez que lo transfigura. Bajo el tiroteo, entre los cañonazos, contestan a media voz aquí y allá, con afonía de catarro. El comandante arma su pistola y se asoma despreocupadamente el parapeto. Dispara apoyando el codo en los sacos térreos. Viance, viéndolo, siente un estorbo en el pecho, una ternura extraña. Una voz, desde lo más hondo, le infunde ánimo, llenándole de una confianza nueva».

En *Cuerpo a tierra* hay un comandante que «hacía a la tropa unas arengas vibrantes, salpicadas de tacos y exabruptos de cuartel, pero muy expresivas. Tenía un genio agresivo, de prontos. Agua de cerrajas. Todos conocían su gran corazón. Amaba a sus hombres y hasta el último instante de su vida compartió con ellos las incomodidades, el peligro, la zozobra, y también la alegría del triunfo. Era muy valiente, temerario incluso. Marchó en todos los ataques a la cabeza del batallón: «¡Venga!, ¡cantad, cantad!», les decía a los soldados. Y cantaba él con su voz fina el himno de la Legión, mientras asaltaban las trincheras del pueblo, las del Pedregal».

También la canción es una fórmula de la arenga, de tal modo que esa arenga íntima con que cada cual nutre su poco o mucho valor, se hace colectiva, impetuosa, como un vendaval, irresistible.

La arenga, a veces, es felicitación, como en el caso de Yagüe al revistar a las tropas que asaltaron Badajoz: «Merecéis el triunfo, porque frente a los que sólo saben odiar vosotros sabéis amar y cantar y reír. Allá lejos está Madrid, legionarios, y allí llegaremos todos, porque para guiar nuestros pasos en la lucha resucitarán los que aquí cayeron luchando por España. ¡Legionarios de la 16 Compañía: qué pocos habéis quedado y qué orgulloso me siento de vosotros! Gritad conmigo: «¡Viva España, viva la República, viva el Ejército!». (Manuel Sánchez del Arco: *El Sur de España en la Reconquista de Madrid*.) En FACCIOSOS se reseña lo que Yagüe dijo antes de este renombrado asalto.

El «Tebib» recuerda a un jefe que estimulaba a sus soldados en el Jarama con estas voces: «¡Arriba soldadito majo, que ya son nuestros! ¡¡Arriba!!». Hay quien grita: «¡Hala por ellos, que son pocos y corren mucho!», y no falta quien de una u otra manera se acomoda a lo que dijo en Flandes un veterano de Juan de Austria: «¡Vayamos a ellos cualesquiera que sean!». «¡Alante, majos, viva la Virgen de Ujué!» es elemental arenga que tuve el honor de oír. Hay arengas con estrambote, como la que cita Fernández de la Reguera: «El teniente les hizo una breve arenga. Augusto no entendió ni una palabra. En cambio, obedeció con rapidez cuando ordenaron:

»—¡Armen!

»Sacó de un tirón la bayoneta del tahalí. La colocó. Sus manos temblaban mucho».

Arenga muy notable y divertida es la que cuenta Fontana en *Los catalanes en la guerra de España*. Resulta que Cabanellas fue a visitar en 1936 a la centuria catalana de Nuestra Señora de Montserrat, que se batía en Espinosa. «Os traigo turrónes y vinos —relata Fontana—, y cuanto precisáis para pasar las próximas fiestas navideñas. Ya sé que estáis lejos del hogar, pero yo os prometo que pronto tendréis la Cataluña libre... (codazo del ayudante y sonrisas en la centuria), libre... ¡libre de los rojos que la subyugan».

Cuando las arengas necesitan su miajita de diálogo pueden ocurrir muchas y muy variadas incidencias, como acaeció en Pamplona una de las veces que Millán Astray anduvo por allí en los primeros meses de la guerra. El general pidió que si entre los voluntarios que se disponían a marchar a Guipúzcoa había algún rojo, que diese un paso al frente. Nadie dio un paso al frente. El general insistió. Era difícil encontrar rojos en Navarra, y tuvo que volver a repetir su petición. Pero el general necesitaba un rojo para el diálogo, y de esto se dio cuenta un amigo mío, con tres hermanos falangistas, que allí estaba chopo en mano. Mi amigo había pertenecido a Izquierda Republicana del mismo modo que cualquiera puede pertenecer a un círculo de recreo. Su partida de cartas «vivía» en Izquierda, y él no se la iba a perder. Así que como el general insistiese, dio un paso al frente, ante el estupor de muchos de los que le conocían. El general elogió su valor y para magnificar la maravillosa redención de sus culpas, que le esperaba en el combate, se puso a imaginar la vil conducta anterior de aquel que por fin había encontrado la Patria. Mi amigo palidecía. Desde el estupro al robo a mano armada, todo era material bueno para su anterior hoja de servicios. Mi amigo intentó hablar, pero el general, embalado, le cortó con un enérgico: «¡Cállate!», y mi amigo se tragó lo que iba a decir, que era: «Mi general, que yo sólo jugaba al tute». Total, aguantó hasta el final; sus camaradas se morían de risa al verlo con sudores fríos, y para remate allí mismo le hicieron cabo, para demostrarle la confianza que, a pesar de todo, depositaba la Patria en él. «Me he ganado el ascenso», comentaba en la cantina.

La arenga más aburrida de mi vida se la comencé a oír a un ilustre político; los altavoces fueron piadosos y se estropearon a tiempo; sucedió en una jura de bandera, y de haber oído aquella arenga completa creo que hubiésemos corrido el peligro de perder la guerra. La arenga más fulminante, una a la que hacía referencia cierta tarde del verano del Ebro uno de mis camaradas del Pabellón Blanco, en el Hospital Provincial, de Pamplona. Recordábamos nuestro paso por el frente; era todo lo que podíamos hacer.

—La cosa estaba dura de pelar y chaqueteábamos. Entonces el capitán nos echó una arenga y tiramos «p'alante».

—¿Qué os dijo? —le pregunté.

—Cabrones.

TIGRE

Amigo, camarada, hermano de armas.

—Hola, viejo tigre —suele ser el saludo del general Carlos Ruiz al echarse a la cara alguno de sus antiguos falangistas de la Primera Bandera de Navarra.

No sé nada sobre el origen de semejante acepción, pero me agrada suponer que debe de encontrarse en Emilio Salgari. Si bien se piensa, la generación que más duramente cargó con la tarea de la guerra se había hinchado de leer novelas de Salgari a lo largo del Bachillerato. Todos los que saltaron del camisón al pijama se encontraban más a sí mismos en Salgari que en Verne. Salgari fue la estrella narradora de su niñez y adolescencia, además de los que cita Fontana (*Los catalanes en la guerra de España*): Búfalo Bill, «Fitz Roy», Zane Grey, Oliver Curwood y Peter B. Kyne. Fontana dogmatiza con mucha gracia: «Los que no cambiaron la camisa de dormir por el pijama no son de la generación del 36».

Yo he leído a Salgari con camisón y también con pijama; y con una u otra prenda, la serie que más me golpeaba el corazón era la de *Los tigres de la Malasia*, aquella de Sandokán, Yáñez el Portugués. Kammamuri y toda esa gente.

—¡A mí, mis tigres de Mompracen!—gritaba Sandokán, en el fragor del combate.

Calculo que esto anda sonando en el asunto de los viejos tigres.

EL OJO DE MOSCÚ

Así se llamó, en general o en particular —según los casos—, la tenaz, persistente y liberal vigilancia que el partido comunista ejercía no sólo en sus cipayos de cuota o quinta, sino en todos aquellos que de una manera u otra le servían, desde los galápagos democráticos hasta los celtibéricos anarquistas, pasando por los catolicarras. Persona tan poco dudosa como Burnett Bolloten, transcribe en *El gran engaño*, al hablar de los socialistas que se pasaban al moro staliniano, un párrafo de Carlos Baráibar: «Todos ellos fueron aconsejados por la persona a la que solíamos denominar “el ojo de Moscú”, es decir, el representante

secreto de la Komintern (Codovilla)». El tal Codovilla era un argentino, como «Ché» Guevara.

En el mismísimo ojo de Moscú se atizaron brillantes patadas durante la guerra, y un sargento muy bien hablado del regimiento de América amenazaba siempre a los maulas con darles una patada en el ojo de Moscú, razonamiento infalible que conseguía un aumento de productividad en aquellos sujetos inclinados al *dolce far niente*, porque en su caso sabían muy bien dónde estaba el dicho ojo que amagaban — en principio retóricamente— el sargento y sus botas de clavos.

SANSESTABIÉN

Cariñoso remoquete con que los combatientes denominaron a San Sebastián, donde realmente se estaba pero que muy bien. La capital de Guipúzcoa, para su fortuna, no tuvo que pasar el calvario de Irún, ciudad a la que prendieron fuego los rojos en su retirada. El trágico verano del 36, desastroso desde todos los puntos de vista para San Sebastián, ciudad de turismo placentero, tuvo una brillante compensación con aquello que humorísticamente se llamó el «veraneo prolongado», y que no fue, ni más ni menos, otra cosa que la pacífica ocupación de San Sebastián por los veraneantes que no pudieron regresar a sus hogares y por los refugiados de la zona roja, que afluían hacia «San Sebas» de manera natural.

José María Fontana (*Los catalanes en la guerra de España*) hace un tierno y merecido elogio de la hospitalidad donostiarra. Los catalanes constituyeron quizá la más extensa colonia regional de San Sebastián. «Ya he aludido al veraneo prolongado —escribe—, expresión exacta si la mala intención permite quitarle lo frívolo que el giro pudiera parecer ante un país encendido en guerra civil ferocísima. En San Sebastián la vida era amable y grata, pero no frívola ni viciosa. Yo jamás entendí el por qué se quería por algunos que los refugiados vivieran incómodos, en poblachos y con caras malhumoradas y sucias. Creo que decían esto los caballeros resentidos que estaban condenados a vegetar siempre en aquellos lugares; pero, en cambio, a todos los combatientes les encantaba pasar unos días de permiso en San Sebastián, con aquel ambiente familiar que los refugiados, nostálgicos de hogar y de normalidad, supieron crear allí».

Más duro es el juicio que se expresa en *Las dos barajas*, y que carga en la cuenta de un agente doble de información y de una muchacha que ha visto asesinar en zona roja a su padre y a su hermano: «Sansesabién — le había dicho sonriente el jefe de Información cuando le expuso sus proyectos—. La ciudad más censurada de la zona nacional. Y la más visitada. Espero que no le deprima demasiado.

»No necesitó Lara mucho tiempo para darse cuenta de lo acertado del calificativo que los combatientes aplicaban a San Sebastián. La vida de lujo y frivolidad que se llevaba en la ciudad contrastada con el ambiente guerrero de las otras poblaciones españolas. En ella se habían concentrado los restos dispersos de algunos círculos burgueses y aristocráticos procedentes de las grandes capitales de la zona roja, y que, vueltos de espaldas a la trágica realidad de la guerra y a las nuevas corrientes de justicia social implantadas por una juventud que moría en el frente, reanudaban en la bello ciudad del Cantábrico sus antiguas costumbres de privilegiados de la fortuna.

»Paloma censuraba la sociedad que la rodeaba.

»—Da vergüenza —le dijo a Lara, paseando frente a la playa— que mientras los combatientes están defendiendo nuestra vida y nuestra comodidad a costa de la suya, aquí sólo se piense en diversiones. Yo no censuro a los muchachos que vienen unos días del frente ansiosos de olvidar angustias de las trincheras, sino a la gente de retaguardia que brindan con bebidas extranjeras por el éxito de las batallas y toman las victorias que nada les han costado como ocasión de nuevas diversiones. Conozco unas muchachas que tienen organizado un baile para el día en que nuestras tropas lleguen al Mediterráneo. Su único deseo es que no lleguen hasta después de Semana Santa, para poder celebrarlo. Lo más triste es que a varias de ellas les han asesinado los padres o tienen a sus hermanos luchando heroicamente en los frentes».

Eran dos tesis muy de moda, y el acogerse a una u otra muchas veces dependía del humor personal. Ahora uno se sonríe recordando todo aquello. La verdad es que San Sebastián fue un Baden-Baden del combatiente, aunque a ratos pudiera tomarse por frivolidad lo que era alegría del soldado, o al revés, por alegría del soldado lo que ya era frivolidad. En todo caso, ambas confusiones se basaban en la buena voluntad.

Los catalanes se inventaron un pareado, un dulce refrán, que también se cita en el fabuloso y hondo libro de Fontana:

San Sebastián es un confite

y quien lo prueba, repite.

Las tascas y las casas de comidas del barrio viejo —la gastronomía, el chiquiteo y el chicoleo—; los restoranes de cualquier parte de la ciudad; los cafés de la Avenida —«Madrid», «Raga», «Xauen»—; los tamarindos de la Concha; el gran mapa militar de *El Diario Vasco*, y aun otros lugares menos honorables, pero que se consideraban piadosamente necesarios y discretos en toda república bien organizada —¡oh, manes de Politarena, María Luisa y Zabaleta!—, eran una gran playa de reposo para permisionarios y convalecientes.

Peter Kemp (*Legionario en España*) lo recuerda: «A fines de la primera semana de septiembre ambos nos levantábamos ya y empezábamos a pasear por la ciudad, visitando el bar de Chicote todas las tardes, cenando a menudo fuera del hospital. Puede parecer sorprendente que la disciplina del hospital nos concediera semejante licencia, pero existía la teoría de que la libertad sería beneficiosa para nuestra moral, sin poner en peligro la recuperación total».

El aura liberal de las antiguas tertulias romanonistas se extendía sobre los heridos como un bálsamo. El viejo Casino alojaba el dolor de la guerra, y a sus espaldas había un barecito minúsculo, «Edaska» o algo así, donde se había refugiado la flor y nata de la galantería. Lo que dijo una de ellas: «Vine aquí para un agosto que ya dura casi mil días, y la verdad es que lo he hecho».

En San Sebastián florecía amor del bueno, y allí se tiraba *Domingo*, el popular semanario que dedicaba muchas páginas a la correspondencia de madrinas y ahijados. En «Nicolasa» cené por primera vez en mi vida a solas con una muchacha. Claro que cenamos a las ocho en punto, porque ella tenía que estar en casa a las nueve y media; pero, de todos modos, aquello hacía su efecto, porque era en noviembre y ya noche cerrada. Yo estaba tan emocionado que pedí —¡en la «Nicolasa», Dios mío!— una tortilla a la francesa y algo de jamón serrano, y por si fuera poco apenas si probé bocado. Quedamos novios, y fue muy bonito porque al día siguiente yo me iba a Pamplona y de allí al cursillo de Ávila. Nunca más he vuelto a saber de aquella chica, pero entonces la cosa me dolió mucho por espacio de quince días. También era de «San Sebas» una madrina que escribía muy lindamente y cuyas cartas aún debo conservar entre viejos papeles. En San Sebastián nacieron miles de idilios adolescentes, de novela de oficial y enfermera, y sus consecuencias ya han entrado en caja o han hecho abuelos a sus padres.

Renzo Lodoli (*Domani posso morire*) dedica a San Sebastián un par de nostálgicas páginas. Recuerda con melancolía la misa de una en el Buen Pastor, el paseo ritual antes de comer, el bar «Basque» y su ambiente cosmopolita, la abundancia de heridos y enfermeras, los periódicos, la Concha, «un oficial rumano de la Legión, en convalecencia; dos oficiales portugueses, también de la Legión, bien a su pesar en no sé qué hospital; un piloto irlandés, un príncipe romano con la boina roja del Tercio del Alcázar, un agregado militar alemán de uniforme deslumbrante, un legionario francés...».

En San Sebastián se veía a muchos escritores, se formaban compañías de teatro y se hacían semanarios de humor, como *La Ametralladora*, que dirigió Miguel Mihura y en la que Tono y él ganaron mucha popularidad; Aladrén modelaba los bustos de José Antonio y Franco, y Cabanas y Pepe Caballero dibujaban en «Gu». Sobre la explanada de los tamarindos caía la voz de Dionisio Ridruejo incitando a la victoria y a la revolución. Salvador Vallina, luchando contra su mutilación, veterano de Regulares y Flandes, recibía en el «Madrid». Se cantaba:

Si te quieres divertir
y tratar con gente fina,
vete al café de Madrid
y encontrarás a Vallina.

Otros decían: «y allí verás a Vallina» o «y te encuentras a Vallina», qué más da. Lo seguro es que allí estaba Salvador.

San Sebastián era un Madrid con mar y un micro-Barcelona. Durante la parada invernal del 36-37, que fue desde la otoñada hasta la virulenta primavera, San Sebastián era la ciudad soñada para los que montaban la guardia en los montes fangosos, en las aisladas bordas, en los caseríos de la línea y en las trincheras pringosas de chocolatada, frías, desapacibles, zaheridas por la terca y cruel monotonía de los morteros.

Con Sevilla y Zaragoza, San Sebastián fue una de las tres ciudades más amadas por el combatiente y que más delicadamente se dedicaron a él. Zaragoza, además, fue el gran andén para las batallas decisivas: Aragón, Levante, Ebro y Cataluña. Salamanca también gozó de fama por cierto parque de atracciones situado en el riñón de la ciudad.

Sansestabién se recuerda con limpia y honesta memoria, con el pecho henchido de juventud, y a veces uno piensa que en sus calles podrán encontrarse muchas de las cosas que al correr del tiempo se han ido perdiendo.

EL OPTIMISTA

Mote que los madrileños le colgaron a Neptuno en los años rojos.

En *Heroísmo criollo*, de Clara Campoamor, se lee: «Pues incluso del hambre, que era general y principal azote, hacían los madrileños chistes e ironías; en la confluencia de la famosa carrera de San Jerónimo con el paseo del Prado está la magnífica fuente de Neptuno. Como el dios mitológico se yergue majestuoso con su tridente, en forma de gran tenedor, los madrileños bautizaron rápidamente a Neptuno poniéndole “el optimista”».

Ya era optimismo tan sólo el recordar la forma de un tenedor, instrumento de escasa utilidad en Madrid a partir de noviembre de 1936, a menos que se fuese mandamás, intelectual de Alberti, diplomático o extranjero. Por eso un día Neptuno gritó: «O me echáis de comer o me quitáis el tenedor».

Por si no bastase con un mote, en cuanto a Neptuno le cubrieron con un caparazón destinado a protegerlo de los bombardeos, la gente dio en llamarle «el Emboscado»; lo mismo que a Cibeles, por la misma razón, le decían «la Pudorosa» y también «La linda tapada». Ya se sabe cómo opinaba la diosa, o al menos sus mandatarios. Un buen día apareció con un pasquín orientado hacia la Gran Vía en el cual estaba escrito: «¡Destapadme, que quiero verlos entrar!».

LUCEROS

Hay tres claras citas joseantonianas en cuanto a estrellas se refiere. En el discurso de la Comedia, precisamente en el último párrafo: «Nuestro sitio está al aire libre, bajo la noche clara, arma al brazo, y en lo alto, las estrellas»; en el segundo discurso del cine Madrid, un 17 de noviembre de 1936: «La Falange seguirá hasta el final en su altiva intemperie, y ésta será otra vez —¿os acordáis, camaradas de la primera hora?—, ésta será otra vez nuestra guardia bajo las estrellas»; y en un discurso pronunciado la primavera del 35 en Córdoba, donde estampó aquella hermosa afirmación política que el abuso de los fieles cómodos ha ido desnaturalizando: «Aquellos cordobeses (Séneca, Trajano, el Gran Capitán) sabían que, ordenando al mundo, ordenaban a España; sabían ya que, en la Historia y en la política, el camino más corto entre dos puntos es el que pasa por las estrellas».

Estos párrafos, por su cordial y emocionada resonancia, nos los sabíamos de memoria todos los muchachos de entonces. De la guardia bajo las estrellas era natural que se pasase, en un mundo donde el pistoletazo estaba a la orden del día, a la guardia sobre las estrellas, de modo que a nadie le extrañó la fabulosa metáfora incluida en la segunda estrofa del himno de la Falange:

Formaré junto a mis compañeros,
que hacen guardia sobre los luceros.

Calculo que fue la fuerza del consonante la que convirtió en luceros a las estrellas joseantonianas. Lucero, por entonces, era una palabra vagamente desvalorizada desde el punto de vista poético. El lucero del alba —¡tan hermoso, Señor!— se reducía a una especie de rebote contra el cual cada quisque lanzaba sus cuatro frescas; y el tiempo era enormemente propicio a soltar no solamente cuatro frescas sino cuatrocientas, y no sólo al lucero del alba, sino a quien se le pusiera a uno por delante. Había muchos luceros en las canciones andaluzas que ya comenzaban a influirse con la poesía de Lorca, y luceros a montones se encontraban en el padrón de machos, toros y perros. Al margen de cualquier contabilidad, como un patrón oro del amor, estaba el maternal y tierno «lucero mío».

Agustín de Foxá fue el que trajo los luceros a la Falange. El mismo lo cuenta en *Madrid de corte a cheka*, por donde transita como un personaje más: «Al día siguiente Agustín Foxá encontró la estrofa de los caídos. Se la llevó al anochecer a José Antonio.

Si caigo aquí tengo otros compañeros
que montan ya la guardia en los luceros,
impasible el ademán.

»José Antonio añadió tres versos para enlazar con la tercera estrofa:

Si te dicen que caí
me fui
al puesto que tengo allí.

»Reparó Agustín:

»—Dos veces caí no me gusta.

»—Pon en su lugar formaré y acompáñame a Recoletos».

Algunos cantaban con dulce ignorancia: «Imposible el ademán» o «Imposible el alemán». Luego aprendieron.

En la terminología de la uniformidad, luceros se llamaron a las estrellas de cuatro puntas que marcaban la jerarquía. Tres luceros de plata llevaba José Antonio como Jefe Nacional de la Primera Línea. La frase de «estar en los luceros» y «hacer la guardia sobre los luceros» pasó a la literatura periodística y llegó hasta la nota necrológica más o menos cuidada y también a la gacetilla que se despacha con premura y aburrimiento. Es lo natural en estos casos. Del mismo modo, el hallazgo poético fue utilizado con una sinceridad coloquial que aún escalofría:

—¿Y Manolo? —preguntaba al volver al frente uno que había estado de permiso o en el hospital.

—En los luceros —le contestaba su camarada. Y no había más que hablar.

Gabriel Araceli recuerda la despedida de seis oficiales prisioneros a bordo del «Mar Cantábrico», fondeado en aguas de Valencia:

«El teniente Lafuente, al ir a subir la escalerilla, se volvió a los que acabábamos de abrazarle y nos dijo en tono profético:

»—¡Nos veremos en los luceros!

»Lo recuerdo aún, agarrándose a la escalerilla con mano nerviosa; es una visión que jamás podrá borrarse de la memoria.

»Y allí, en los luceros, monta su guardia perenne el amigo querido, alegre y optimista, que compartía mi camastro».

Creo que fue José María Sánchez-Silva quien acuñó hace años una frase felizmente despiadada para situar sobre el mapa a ciertos caballeros demasiado vivos: «Ese está de vuelta de los luceros». Punto redondo, sin que lo haya dicho Blas, sino José María.

CERIÑOLOS

Soldados del regimiento de Ceriñola, que era de Cazadores de África y tenía su plana mayor en Tetuán.

Incluso en novela tan derrotista como *Imán*, de Sender, se reconoce la categoría de los ceriñolos. Al parecer, durante un tiempo tuvo incorporadas algunas compañías disciplinarias. «Como destinaban allí a ciertos delincuentes —una pena de muerte disfrazada— (augura lúgubrementemente el neoanticomunista), había el criterio de que las vidas de los «serinolos» valían menos que las de los demás. Aunque le quitaran luego esa misión correccional, todavía padeció mucho tiempo la mala fama, que trascendía, naturalmente, a las cantinas y a los prostíbulos, donde el 42 estaba muy mal visto, aunque no faltara alguna buena moza que al vernos el número en el cuello dijera: «Cuando veo el 42 me dan siete gustos».

El natural modesto de los ceriñolos no concede importancia a estos detalles. Los moros les llamaron siempre, incluso en nuestra guerra, «serinolos» o «seriniolos», que tanto da: «Mlej... farruco... Seriniola», gritan los moránganos de Sender, y a tanta distancia, y sin tener nada que ver con aquello, uno siente, por natural descendencia, el orgullo de aquellos ceriñolos que nos antecedieron en el uso de la palabra.

Ceriñola suena a buen jaleo. Tan bueno fue el que organizó allí el Gran Capitán —que entre las viñas de Barletta y las de Ceriñola ordenó el buen vino de la Infantería española— que la palabra pasó a significar contienda, revuelta, alboroto. Esto me lo sospechaba yo, y un buen día me encontré con que nada menos que don Julio Casares —que de esto sabe lo suyo— me daba la razón. «Cuando aún estaba vivo el recuerdo de la famosa batalla de Cerignola (pronunciado a la española “cheriñola”), el primer significado de chirinola fue el de contienda, reyerta». Y autorizaba la voz con un versito que casi es un carrasclás:

No fue poco sangrienta chirinola,
pues salieron heridos más de ciento;
de los cuales fue Diego de Orriola
y un Alonso Martín, que era sargento.

El versito pertenece a las *Elegías de varones ilustres de Indias*, de Juan de Castellanos.

Según el *Diccionario Enciclopédico de la Guerra*, el regimiento de Ceriñola se creó en 1872, aunque algunas veces ha cambiado de nombre y desde entonces se ha zurrado bien la badana en cuantas ocasiones —tristes o alegres— le deparó el Señor. Fui oficial de Ceriñola, allá por los helados Terueles, y he oído gritar y he gritado: «¡Adelante, ceriñolos!». Es una voz fraterna, caliente, fuerte como un vino, sabia y agrupadora, y levanta a los hombres en mitad de la noche y a la luz del día. ¡Oh, días del comandante Hernández, el capitán Lasa, el teniente Laserna, los alféreces de Carlos, Tizón, Lorite, Badía y otros muchos! Mi asistente granadino, mi enlace gallego, y aquel cabo discutidor y cenetista que se había enamorado del banderín verde de su sección y también de la Patria. Fue un amor violento, «seriniolo», farruco, y frente a Campillo se fundió con la tierra aquel cabito zaragozano, que era una maravilla. Dios le guarde.

Los ceriñolos quedaron bien en nuestra guerra, porque la chirinola la llevaban en la sangre, bien encastada. Hay un hermoso libro sobre mi batallón. Lo escribió otro cabo, precisamente de mi compañía, un chico llamado Ricardo Fernández de la Reguera. El libro se titula *Cuerpo a tierra*, y en él está, de mano maestra, todo el bárbaro, entrañable, cruel, tremendo y fraternal olor de la guerra.

Hace poco me encontré a Ricardo. No nos veíamos desde Loma Blanca, de cuya posición fui evacuado para cinco años. Ricardo es tan generoso como siempre. No bebimos vino de Intendencia, sino buen whisky. La fundación March amparaba nuestros tragos y también nuestra alegría. Ricardo me hizo una confidencia:

—De ti para mí; lo mejor que se ha escrito de nuestra guerra salió de Ceriñola.

Y yo, que tampoco tengo abuela, le dije que sí. Con los buenos camaradas hay que ser sincero, y todo lo demás son cuentos. Máxime cuando los buenos camaradas tienen razón.

REFUGIUM PECATORUM

Con tan dulce y mariana flor, reducida a puro modismo, se bautizó el cobijo que muchas gentes buscaron a la sombra de las mismas banderas que habían insultado o combatido. Fue una amplia maniobra, urgente, humanísima y natural. Cualquiera de los uniformes predominantes podía ser un excelente *refugium peccatorum*, y de hecho todos lo fueron. El concepto *refugium peccatorum* era sólo aplicable a la retaguardia, por supuesto, porque en los frentes no había pecadores, al menos en el sentido político de la palabra. La pólvora era un Jordán. El peligro redimía. La proximidad de la muerte fue el mejor quitamanchas nacional.

Al *refugium peccatorum* acudieron como a un panal de rica miel muchos hombres honrados, de buena fe, y también algunos avispados mangantes que así esperaban en un portal el paso del aguacero. Hombres de toda condición y clase, de procedencias diversísimas, culpables de poco, de mucho o de nada —a veces solamente de su edad—, arrancados en su mayoría de las más extremosas posiciones liberales, esas posiciones tan enternecedoras, ingenuas y aproximadamente soplagaitas, que de repente velan con gran susto cómo se liquidaban en una guerra cruel las últimas consecuencias de su doctrina.

Aunque muchos reaccionaron lealmente, espontáneamente, por un cordial impulso, y se fueron de cabeza, pero sin pensarlo, hacia aquellas organizaciones que sentían más próximas a el, no escasearon tampoco los que por un afán de enmascaramiento —muy en el ambiente bélico— buscaban su refugio en el campo diametralmente opuesto al que hasta entonces habla sido el de sus amores, de modo que a un anticlerical se le veía en las procesiones, y a un separatista se le hacía la boca agua al hablar del Imperio español de Carlos I y de los Reyes Católicos —los Reyes Católicos avalaron mucha gente, estaban muy de moda—, y a un hijo de la viuda le encantaba pasearse con aquel libro de don Pío publicado entonces: *Masones, judíos y demás ralea*, y no faltaron directivos de las antiguas Casas del Pueblo que vaticinaban la salvación de la economía, la política y el alma en un simple retomo a las alegres tradiciones de gremios y cofradías. Lo bueno de aquellos instantes excepcionales es que, en general, todos los que así pensaban lo hacían con una emocionante sinceridad.

La víspera del Alzamiento llegó a Pamplona el más ilustre y ejemplar caso de político español, previa y activamente acogido al *refugium peccatorum* que estaba a punto de abrirse, Joaquín Pérez Madrigal, el cual se adentró por las salas del Círculo Carlista, ya sublevado, con bastante más fe que por los pasillos del Congreso, pudridero nacional. Las páginas en que Pérez Madrigal narra su caso (*Augurios, estallido y episodios de la guerra civil*) son una maravilla de lealtad, modestia y valor, y su lectura confirma el ademán decidido con que el famoso diputado constituyente pasó por el *refugium peccatorum* para ocuparse luego en tareas más arriesgadas, combativas y fecundas.

Ahora veo a muchos socios del *refugium peccatorum* que han olvidado bastante. Los que más han olvidado son intelectuales y artistas, pero muchas de sus obras no han sido olvidadas, y bien que lo sienten ellos. Quiero creer en su honor que son sinceros ahora y que lo fueron entonces y también las varias veces que mudaron radicalmente de opinión, pero con algunos cuesta mucho trabajo seguir la pista de tantas nobles inquietudes y se precisa para creer en ellas algo más que la fe de un honesto carbonero.

Quizá sus obras fueron como los vítores de aquel fervoroso suscriptor del *Fray Lazo* y de *La Traca*, que entró en la iglesia a poco de ser asegurado el triunfo nacional en su ciudad. El hombre andaba distanciado de la religión en que fue bautizado por la misma razón que la religión en que fue bautizado ha andado siempre distanciada del *Muchas gracias*, *La hoja de parra* o las fotografías del señor Manassé, sólo que al revés. Para justificar sus regocijos visuales se hizo anticlerical y un poco radical-socialista de los de Albornoz, y junto a la más rica pornografía alineaba en su biblioteca dos o tres historias de la Revolución francesa y una edición primorosamente ilustrada de *Las mil y una noches*, con lo que sus debilidades trascendían hasta la literatura y la política. El hombre, digo, empezó a ir a todas las funciones piadosas para hacerse perdonar su anterior verborrea, del mismo modo que las pobres gentes de derechas que circulaban por Madrid iban sin corbata, en alpargatas, y con *Claridad* debajo del brazo, para disimular su condición; luego pasó al entusiasmo. Se le notó un día en que el sacerdote comenzó a dirigir desde el púlpito el rezo de una estación colectiva al Santísimo. Nuestro hombre le oyó decir:

—Viva Jesús Sacramentado.

Y poniéndose en pie y con el brazo en alto gritó a voz en cuello:

—¡¡¡Viva!!!

El ambiente popular pesaba mucho en aquellos tiempos. De todas maneras el mismo comprendió que había exagerado algo.

PITAR

Hacerlo bien. Dar buen resultado. Cuando salieron las primeras promociones de alféreces provisionales, precisamente de Burgos y de Sevilla, allá por octubre de 1936, hubo un momento de expectación en los mandos. A las cuarenta y ocho horas, un comandante le pidió al general Orgaz:

—Mándeme más de esos chicos, mi general, porque pitán de maravilla.

Era voz de uso corriente y ha quedado en el lenguaje popular para todo uso relacionado con la significación antedicha, de modo que un padre satisfecho por las notas de su hijo también dice:

—El chaval pita bien en todo, pero más que en nada en Matemáticas.

Como uno tiende a creer que las palabras felices nacen en su tiempo o en un tiempo próximo al suyo, debo declarar que me llevé una sorpresa al ver que un personaje de Galdós (*Las tormentas del 48*, cuarta serie de los *Episodios Nacionales*) ya le vaticinó a una intrigante ambiciosa: «Segismunda, tú pitarás, tú serás condesa». Entonces me fui al *Diccionario* de la Academia, pero no encontré el necesario aval de semejante acepción. Lo cual, claro, no impidió a ningún orgulloso guripa el proclamar que «la primera es la que pita», refiriéndose a su compañía y siempre en detrimento de todas las demás de su batallón.

Posteriormente, leyendo al «Tebib» (*El cerco de Madrid*), hallé en una crónica fechada el 6 de diciembre de 1936 en Navalcarnero, el siguiente párrafo: «Toda guerra tiene su argot especial. Sin saber su procedencia, se ponen en circulación unos cuantos modismos, que al cabo de corto tiempo emplea todo el mundo, trocándose en términos corrientes en la conversación. En la actual campaña, y entre nosotros, hay un término típico, el de PITAR. “Fulano es un jefe que pita... El batallón tal pita muy bien”. Quiere decirse con esto que el que “pita” es elemento de provecho, destacado; y el que no pita es algo deleznable, inservible. Quizá sea este término reminiscencia del célebre dicho de la no menos célebre *Verbena de la Paloma*, cuando el tabernero, con todo su poder caciquil de jefe de Comité de barrio, le dice al sereno: “Ni usted toca aquí el pito, ni aquí toca usted naa”».

¿O será por aquella tozuda locomotora de la canción?

Y ¡a máquina seguía

pita, pita, caminando.

¡Cualquiera sabe!

DESPISTARSE

Salirse de la pista, perderse, y por una derivación con retranca, tanto equivocarse como emboscarse o camuflarse. Se despista el que por error o atolondramiento retrasa el cumplimiento de una orden, por lo cual algunos oficiales subalternos suelen añadir a sus palabras de mando una coletilla bondadosa y previsoras: «Ojo, muchachos, que no admito despistes».

Tomás Salvador recuerda en *División 250* una canción muy en boga en Rusia durante los buenos días de la primavera y el verano:

Despístate a Riga o Köenisberg

o prepárate a ver helado el Wolchow

pues te pasarás, por lila,

otro invierno en Nowgorod.

El que se despista, en general, no llega nunca a la deserción. En el despiste puede haber ignorancia, vaguería o abuso, pero nunca mala uva. El que se despista aprovecha un poco más de lo debido —y en ocasiones usurariamente— una racha legítima y favorable, y así mi promoción se despistó cuatro o cinco días entre el de jurar bandera y el de presentarse en los estados mayores donde hablan de repartirse los destinos individuales. Fue ni estilo de Fuenteovejuna:

—¿Nos despistamos?—gritó alguien en la estación de Ávila.

—¡Pues vamos a despistarnos! —contestamos todos a una. También el que volvía del hospital se despistaba al finalizar su permiso, y luego comentaba en la chabola:

—Chico, me despisté dos días en Sansestabién y lo he pasado de toma pan y moja.

A veces, al conceder una breve licencia, quizá de horas, el jefe de la unidad advertía a algún pájaro demasiado volador:

—Preséntese a la hora en punto, que a mí no se me vuelve usted a despistar.

CHAUCHAU

Africano puro, africano inmaculado, la flor y la nata del lenguaje africano, el no va más del africano. Esta onomatopéyica voz, que compendia en dos sílabas toda la vana algarabía de un zoco, equivale a palabrería inútil, «palabrería liberal» —por decirlo de otro modo—, pierdetiempos dialécticos en el negocio, en la política, en la diplomacia, en cualquier fase de la relación humana.

Con certero instinto le advirtió un amigo a otro, excesivamente ilusionado sobre las posibilidades de explotación sentimental que ofrecía un frente de muy buen ver y al parecer fácil:

—No te fíes. Esa niña es de las de mucho chauchau, y luego, nada...

Que es lo mismo que se oyó decir en el «Royal» de Zaragoza cierta astuta y estrecha cabaretera:

—Para el alternen, mucho chauchau; pero a la hora de la verdad te rajas como nadie...

CUMPLIR

Ejecutar con exactitud lo que el deber exige, que es lo que hizo aquel soldado que volvía de un permiso junto a su mujer, y que a las preguntas de sus camaradas sobre sus actividades durante la vacación respondió lacónico, nostálgico y evocador: «Cumplí».

Pero cumplir es también liquidar el compromiso adquirido con el Ejército, bien voluntariamente o por llamada a filas. Cumplen los hombres y las prendas. El haber cumplido concede al hombre el doctorado de la veteranía y del mismo modo sus privilegios, como el que se señala en este estribillo de licenciados en la cantina:

Que no me levanto,

que no;

que no me levanto

porque estoy cumplido.

Que sí te levantas,

que si;

que sí te levantas,

porque eres un quinto.

Cumplen los capotea, las botas, las camisas; todo cuanto el soldado maneja, cumple, antes o después que él, y también hay reenganches entre las prendas como entre los hombres, aunque en el primer caso suele ser menos voluntarios que en el segundo. A veces el relevo tarda para las prendas como para los hombres, o no llega por razones tácticas, o el tiempo previsto para su desgaste se acorta a causa de riesgos extraordinarios. Este dialoguillo de *Imán* lo aclara todo:

«Dos soldados se hacen confidencias junto al mostrador, accionando con una delicadeza diplomática:

»—No voy descalzo. Media alpargata y un pedazo de saco. Hay que recapacitar que en la mili como en la mili. He ido al suboficial, porque ya hace tres meses que mis alpargatas cumplieron.

»—¿Y qué?

»—Me ha tirado una regla a la cabeza. Suerte que estaba en la misma puerta de la tienda. Yo creo que, como salimos mañana, no quiere soltar las alpargatas nuevas. Porque, vamos a ver, ¿quién le dice que no me dan un pildorazo? Y si me lo dan es un par menos.

»—¡Claro! ¡Es lo suyo!

»—Luego me ha dicho que le llevara la regla.

»—¿Y te ha sacudido?

»—No.

»—Con suboficiales así da gusto. A mi me tienen que durar las alpargatas mis buenos cinco meses, y me duran, si no tengo la desgracia de pisar una mierda, porque entonces se quema la suela».

En *La soledad de Alcuneza* están recitando las letrillas del toque de diana con clarines de Caballería:

«—La diana que toquen mañana es para los cumplidos que se van a ir.

»—La que toquen pasado mañana para los quintos que van a venir.

»—Aquí no se licencia nadie. Los cumplidos son únicamente los que caen muertos.

»—Es verdad —contestó el capitán tristemente; y miraba a los quintos que luchaban con sus caballos y que el trompeta contemplaba con suficiencia».

LAS SEMANAS DEL DURO

Las del asedio de Oviedo. Sucedió que desde el primor día de la guerra hubo de abrirse en la capital del Principado una suscripción con fines patrióticos, y como, gracias al asedio rojo, no había en qué gastarlo, esa platita se destinó al obsequio de soldados, guardias y voluntarios, cosa que, la verdad, estaba pero que muy bien pensada. De este modo, cada combatiente de tropa tenía una renta de dos cajetillas de tabaco y un duro a la semana, amén de extraordinarios de licores y mejoras en la comida —recuerda Casariego en *La ciudad sitiada*. Este régimen

subsistió durante todo el asedio, suprimiéndose poco después de la entrada de los gallegos. Debido a eso los combatientes del sitio bautizaron aquellos gloriosos meses con el gracioso remoquete de «las semanas del duro».

Un durito de aquellos de plata valía un mundo. En algunas tascas del Barrio Viejo, en San Sebastián, por un durito se hacía el menú del aldeano: entremeses, langosta y pollo. Si uno soltaba dos realitos de plus en concepto de propina, corría el riesgo de ser confundido con el Aga Khan, que entonces estaba en todo su esplendor.

No hay que ponderar, por otra parte, las virtudes del tabaco o el coñac en campaña. Como decía aquel, «se hacen mucho de querer». A la hora de matar el gusanillo en la trinchera le dijo uno de sus soldados al alférez Ridán: «Sin los generales Domecq y González Byass, sin los cañonazos de este benemérito anís de “La Dolores”, ¿cómo hubiésemos ganado las batallas? No dudo que Franco, cuando termine la guerra, concederá la Laureada colectiva a la ciudad de Jerez. No habrá condecoración más merecida».

PARTE

Al principio se llamaron comunicados, luego boletines y, finalmente, partes. El Parte Oficial del Cuartel General del Generalísimo era el pan nuestro de cada día, y si en zona nacional nadie se iba a la cama sin haberlo escuchado, en zona roja muchos se jugaban la vida por oírlo. El Parte cerraba la jornada y abría —otra vez— el turno de las oraciones que desde la retaguardia abrigaban el sueño, la intemperie y el riesgo de los combatientes. El Parte era como la comunión de la guerra, y a través de él todos los españoles participaban de la misma fe, de la misma alegría, de la misma impaciencia, del mismo dolor, de la misma esperanza. Caló tan hondo el Parte, que hace poco José María Pemán recordaba que aún hay mucha buena gente que a la hora del noticiario de las diez de la noche de Radio Nacional le llama la hora del Parte. El toque de «coronel par-té, coronel par-té», figura en el bagaje musical de los españoles mayores de treinta años, incluidos los sordos, con una calidad superior a todas las sinfonías de Beethoven.

El nombre del general Francisco Martín Moreno, que firmaba el Parte, era popularísimo en España, y lo mismo ocurría con la voz de Fernando Fernández de Córdoba, que era el locutor que los leía. (Por entonces se comenzó a hablar de locutores y no de *speakers*.) En el tono de voz se le notaba cómo venía el Parte, y muchos se fijaban más, de arranque, en la música que en la letra, porque ella les anunciaba el argumento bueno, malo o regular de los cantables. «Identificados plenamente con las emisiones —recuerda Fuenmayor al contar cómo se escuchaba el parte nacional en zona roja—, captábamos no solamente la palabra, el concepto y la idea, sino el matiz y el tono. Era fácil, claro, augurar un parte de victorias grandes cuando nos daban “unos minutos de música,

por no haber llegado todavía a nuestro Estudio el parte oficial de guerra del Cuartel General del Generalísimo”. Pero nuestra sensibilidad sabía intuir también que la victoria registrada iba a ser trascendental en mayor o menor grado, según el tono con que Fernández de Córdoba iniciaba la lectura del parte que, en las noches en que, a la voz del “Tebib”, nos poníamos en pie, emocionadamente, comenzaba así, con una pe rotunda, como un clarín y como un himno:

»—¡¡¡PARTE oficial de guerra...»

Fernando Fernández de Córdoba —lo cuenta en sus *Memorias de un soldado locutor*— también sabía eso: «Descubrí con sorpresa que no era capaz de dominarme, a pesar de la costumbre adquirida en veinte años de práctica teatral... Como en la sinceridad está la verdad, preferí dejarla fluir libremente... en algunas ocasiones tenía sus inconvenientes, como el día en que el Parte anunció la pérdida de Teruel, en que mis labios no disimularon la amargura infinita que me poseía».

Cuando rodamos *La fiel Infantería*, Fernando Fernández de Córdoba leyó un parte que servía de fondo a una escena más bien sentimental e íntima. Su poder de evocación le llevó a cantar como en los buenos días de buena cosecha, y luego tuvimos que rebajar el tono porque su voz añorante se lo comía todo. ¡Y ya habían pasado años, ya!

José María Iribarren, que tan hermoso testimonio nos ha dado de las jornadas iniciales, recuerda muchas cosas, y entre ellas, conmovidamente, «el primer parte de la guerra, que Mola me dictó cuando acabó de recibirlo por teléfono. Leyendo las historias de la guerra mundial —prosigue—, atrajo siempre mi atención el primer episodio, el de aquella patrulla alemana que se tiroteó con una avanzadilla belga en los alrededores de no sé qué localidad. Ahora, cuando los años van pasando, me acuerdo muchas veces de aquel primer mensaje enviado desde Aranda de Duero:

»A las once y media, el coronel Gistau comunica que el batallón número 22 sufrió intenso bombardeo de tres aviones durante dos horas y media, causando en la columna dos muertos y cuatro heridos. A las diez y media ocuparon Cerezo de Abajo, siendo de nuevo bombardeados. Ayer se efectuó un reconocimiento sobre Somosierra, donde Miralles se mantiene con moral excelente».

Nuestros partes eran escuetos, nada fantásticos, muy precisos y en ellos no se ocultaba nada, salvo lo que manda la tabla. Se hacían y decían las cosas con serenidad y buen humor. Cuando el capitán Medrano —hoy general— le pasó al Caudillo el parte con la pérdida de Teruel, se lo anunció así: «Un partecillo, mi general» los partes rojos, que a veces estuvieron muy bien redactados, tenían el grave defecto de confundir una comunicación oficial tan seria como ésa con un pasquín de propaganda, y a cambio de causar efecto convertían el comunicado en una especie de novela.

«Parejas hipérbolas —dice Iribarren citando un fantástico bombardeo de Valladolid que entonces no tuvo lugar— llenaban sus comunicados oficiales. ¡Qué diferentes de los nuestros! Muchas veces, en la época de Valladolid, recordé a cuenta de esto lo que refiere Henningsen de Zumalacárregui, el cual, cuando después de una victoria de sus tropas recibía la nota de los muertos recogidos al enemigo, le decía a su secretario:

«—Ponga usted la mitad en el Boletín».

El tacto y la prudencia nunca vienen mal, y menos en asuntos tan graves. En zona nacional se hablaba del disgusto que hubo en el Cuartel General por aquel famoso parte, dado con Teruel a cuatrocientos metros, ya a punto, que desmintió no la situación táctica, sino el nevadón que en aquel momento comenzó a caer, impidiendo así que nuestras tropas enlazasen con la guarnición de la plaza asediada cuando ya el enemigo se habla retirado. La nieve, aquella vez, fue roja, pero nuestro parte se anticipó a causa de la natural euforia victoriosa, que era una costumbre nacional. En realidad, aquello fue algo absolutamente imprevisible y, por tanto, disculpable, pero, como decía la gente siempre que comentaba la veracidad de nuestros partes, «buena se armó».

Se hilaba pero que muy fino, y aquí tienen otro botón del muestrario de Iribarren:

«En una de las visitas hechas por Mola al frente, y como el jefe del sector le mostrase el material cogido al enemigo, el general le arguyó así:

»—Me dijo usted que los cañones eran cinco y aquí no hay más que cuatro, ¿en qué quedamos?

»—Es que aquella fue la primera noticia y me informaron mal.

»—Pues que no vuelva a suceder. No vayamos a imitar a los rojos. Que el Parte es muy sagrado y en la duda es preferible pecar por defecto».

Así se consiguió que nuestro Parte fuese respetado por propios y extraños, dentro o fuera, lo mismo por nuestra gente que por la enemiga; Fernández de Córdoba puede escribir sin remordimiento: «Me constaba que lo que en él se decía era auténticamente cierto, que jamás se manchó con una mentira, y al leerlo me parecía que estaba leyendo un fragmento del Evangelio de la Santa Cruzada».

El Parte rojo no era tomado demasiado en serio ni por sus propios hinchas, había gentes que hacían con él contabilidad y estadística: «Toledo lo hemos tomado cuatro veces y una de verdad; el Alcázar diez, pero ninguna en serio; Granada lo hemos tomado siete veces; doce Huesca; ocho Córdoba». También había gentes cuya mofa del parte rojo era como para romperles la crisma, y el que ésta sea la opinión de un

nacional ya tiene su significado. De los rojos, en todo caso, podíamos reírnos nosotros; y ellos de nosotros; pero no, por ejemplo, ese Karkov que circula lleno de esposas, secretarias-amantes y amantes a secas, por la novela de Hemingway. Durante algún tiempo pensé que este Karkov fuese la contrafigura de Ilya Ehrenburg, que me cae gordo; pero ya saben que no, que es la de Koltsov, el de *Pradva*.

«—¿Has visto el comunicado del frente de Córdoba? —había añadido (Karkov), cambiando de tema—. ¡Es precioso! Actualmente es mi favorito entre todos los comunicados.

»—¿Qué dice? —inquirió Roberto Jordán. Acababa de volver del frente cordobés y sentía esa reacción que produce el que los demás bromeen sobre una cosa acerca de la que se supone que uno es el único que puede bromear.

»—Nuestra gloriosa tropa sigue avanzando, sin perder ni un solo palmo de terreno —declaró Karkov en su extraño español.

»—¡No dice eso!—exclamó Roberto Jordán incrédulamente.

»Karkov lo repitió su inglés, agregando:

»—Así dice el comunicado. Lo buscaré y te lo traeré.

»Roberto Jordán recordaba con pena a los camaradas caídos en la batalla de Pozoblanco. pero en el “Gaylord” se bromeaba hasta con eso».

Hemingway hace pura Historia con esta conversación. Hugh Thomas dice en *La guerra civil española* que durante esa frustrada ofensiva en el frente cordobés «se publicó el famoso comunicado: “Durante el día de hoy el avance continuó sin pérdida de ningún territorio”».

No estará de más repetir que el «Gaylord» era el cuartel general ruso en Madrid. Por otro lado, si bien se mira, el parte oficial rojo era un aliado de los nacionales. Más de algún incauto miliciano fue a parar a nuestras líneas por creer lo que escribían los redactores del parte comunista.

—Pero si nuestro parte dijo ayer que hablamos recuperado Talavera.

—Pues hay que aprender a leer entre líneas, muchacho —replicaba el sargento nacional que patrullaba a la altura de Maqueda, antes de enviar al prisionero —ahora sí— a Talavera de la Reina.

El parte cipayo abundaba en eufemismos que al final resultaban tan claritos como el agua de un nacedero. «En los partes oficiales del Gobierno rojo se hablaba de “consolidar posiciones”. Aquella frase — remacha Fernández Arias— equivalía a una paliza recibida por los rojos y un avance del Ejército libertador. La gente de izquierda que sabía leer

entre líneas —y éste no era el caso del miliciano de Maqueda— tiraba, con asco, los periódicos, cada día, ante la acumulación de tantas sandeces tan pobremente expuestas».

A veces se cansaban de mentir. Un poco antes de la recuperación de Teruel, Armiñán preguntaba al operador del Cuartel General de Aranda, qué habían dicho los rojos:

«—Anoche no dieron parte de guerra.

»Y el telegrafista se frota las manos y me guiña:

»—¿Se lea habrá acabado la imaginación?».

Era difícil que se les acabase: «Yo copié en *La Ametralladora* —afirma Tomás Borrás— la estadística que hizo un madrileño paciente, con datos oficiales y noticias de periódicos, hasta el día de mi fuga.

»Según los periódicos y los partes habían cogido o destruido a los nacionales 6.000 cañones, 13.000 aviones, 80.000 automóviles y causado 2.600.000 muertos. En un año. En los mismos partes y crónicas tomó el Ejército “leal” Córdoba, veinte veces; Zaragoza, nueve; Toledo, dieciséis; Oviedo, veinte, y Huesca, treinta y tres veces. En ningún parte rojo se podía hallar ni vestigio de derrota suya. Los relatos de sus cronistas y corresponsales y los telegramas hicieron saber a los “lealísimos” que Yagüe se había suicidado tres veces de tres tiros en la cabeza. Cascajo, el defensor de Córdoba, asimismo, se automató una vez, dos le asesinaron los requetés, otra vez los falangistas, y en diversas ocasiones las cordobesas hambrientas. Aranda, Varela y Moscardó murieron voluntaria o involuntariamente cada cinco semanas».

Más de una vez, el parte de Burgos era citado como testimonio de alta veracidad en cualquier discusión que surgiese entre dos o más rojillos. Esto ocurría también con las charlas de Queipo, que siempre se atuvo a la verdad —y algunas veces al vaticinio— mientras razones tácticas no le obligasen a mentir, como cuando anunciaba desembarcos de fuerzas africanas por toda España y singularmente en torno a Sevilla. La escucha del parte nacional en zona roja era un deporte peligroso y apasionante, que se practicaba con terquedad y sobra de precauciones. La manta fue la gran celestina del parte nacional. Las gentes tapaban con ella la radio y se tapaban ellas mismas para mejor oír sin que ni el menor sonido les delatase. Se seguían las operaciones como buenamente se podía. Fuenmayor, por ejemplo, con un mapita fabricado a fuerza de pegar los minúsculos Baylli Bailleére de las provincias; necesitaba lupa para hacerse una idea. Se inventaban las más disparatadas claves telefónicas para comunicar el Parte a familiares, amigos y hasta a enemigos que quisieran saber a qué atenerse. Pero cada noche el Parte era la voz amiga que guiaba a todos, la lucecita que nunca se extinguió y más de una vez la gran llamarada, la hoguera devastadora que aniquilaba el desánimo y encendía la esperanza.

En zona nacional el Parte se escuchaba en pie, en medio de un silencio denso, apretado como un racimo, y luego se oía el Himno Nacional en posición de saludo. (Me encanta recordar que escribí en una de mis novelas un capítulo titulado *Donde se escucha el Parte Oficial a medianoche mientras llueve lo suyo*. Aquel Parte era el fin de la guerra en el Norte.) Es difícil encontrar cualquier relato basado en la vida de la zona nacional sin una alusión a la hora del Parte y al modo de escucharlo. Quizá el nombre más repetido en nuestros Partes fuese el de la Ciudad Universitaria. Dice el «Tebib»: «...a diario surge el parte que en el Estado Mayor de la División, y en el mismo Cuartel General del Generalísimo, llaman ya “la letanía”. La Ciudad Universitaria es el “Ora pro nobis” de la campaña. Hay fuego aquí y allá; combates en éste o en el otro sector; pero donde no falta nunca a la “novedad” el “ora pro nobis” es en la Ciudad Universitaria». Al final de la guerra, el Parte necesitaba tanto espacio para el rico botín de noticias triunfales, que hubieron de habilitarse medios de difusión diversos para que no se convirtiera, cada noche, en un novelón río. El día 11 de enero de 1939 es la fecha. Torre Enciso la señala en *La marcha sobre Barcelona*: «En este día se han coronado tan importantes victorias, que el Cuartel General del Generalísimo decide iniciar sus famosos Avances de Parte, con sus ampliaciones de última hora. La expectación de los españoles aumenta extraordinariamente». ¡Y tanto!

En los hogares, en los casinos, en los bares, en las tabernas e incluso en lugares no muy apropiados para escucharlo, todo el mundo se ponía en pie y sentía cerca de sí a cuantos habían fabricado el Parte de aquella jornada. Luego venían los mapas, las banderitas, los alfileres, el cordón sangriento de la línea, que avanzaba un poco, que se quedaba quieto, que nunca retrocedía, aun en las fases desfavorables, cuando el frente se rompía por una avalancha roja:

—Déjalo así, es cuestión de unos días...

Muchas familias rezaban después del Parte. Una breve oración o quizá el rosario, tanto para dar gracias como para pedir por los hombres de la casa, que eran una millonésima del Parte. Al recordar las andanzas de los catalanes que vivían refugiados en San Sebastián, José María Fontana escribe: «La escucha del Parte de guerra, que leía el general Martín Moreno, era el último acto del día, incluso para los que iban al “Petit Casino” o a ver a Fernando de Granada y Tina Gaseó, única compañía teatral que en zona nacional quedó».

La equivocación respecto al nombre del locutor es lo de menos; lo importante es el ambiente.

Una tarde el teniente coronel Barroso, jefe de la Sección de Operaciones del C.G. del Generalísimo, llamó por teléfono a Fernández de Córdoba diciéndole que iba para la Radio con una botella de champán y sustituyendo al ordenanza que habitualmente era portador del Parte. Esto significaba, según una clave cordial, el fin de la guerra. Ruto Bañales, un corneta de Artajona —tierra navarra de un vino rojo con

tratamiento de usía— engalanó el cornetín. Antonio Tovar, Director de Radio Nacional, daba instrucciones a Fernández de Córdoba:

«—Después del Parte y del himno nacional di ¡Viva Alemania! ¡Viva Italia! ¡Viva Portugal! ¡Viva el Ejército español!, y da los gritos ¡España, Una! ¡España, Grande! ¡España. Libre! ¡Franco, Franco, Franco! ¡Arriba España!»

Estaban Barroso, el teniente coronel Peral, el comandante Medrano, el teniente Melgar, Tovar, Chávarri —un locutor de Pamplona que murió a poco—, algunos traductores, el cornetín, un fotógrafo de Prensa y Propaganda y otro de Burgos. Y Juanito Hernández Petit, periodista, que hizo un gran reportaje. Era Sábado de Pasión, víspera del Domingo de Ramos, once y cuarto en punto de la noche...

La historia del último Parte todos la conocen. Ese Parte lo firmaba Franco, que estaba engripado. Fue el único que firmó, y antes de hacerlo ya sabía que le estaba permitido coger la gripe porque aquel día se acababa la guerra, que si no, no la coge de ninguna manera.

MARISCO

Al comenzar nuestra guerra, Galicia quedó desde el primer instante en zona nacional. Hubo sus más y sus menos, como en todas partes, pero la fuerza arrolladora de la rebelión por la Independencia acabó pronto con los núcleos cipayos de las cuatro provincias. Desde el instante inicial de la Cruzada liberadora, Galicia aportó hombres, víveres, entusiasmo y decisión. El casi melancólico folklore de nuestra guerra está lleno de sus melodías, del mismo modo que los frentes de combate estuvieron repletos de gentes de la montaña, del bosque y del mar de Galicia. Y los humildes cementerios de la guerra, recoletos, improvisados, guardan por millares los huesos de gentes jóvenes nacidas en Galicia que, sin un titubeo, se alistaron voluntariamente bajo las banderas de la Falange o acudieron con modestia y ejemplaridad a los llamamientos de las quintas. Sobrios, socarrones, a veces morriñosos, pero siempre duros, tenaces y valerosos, los hombres de las Banderas, Tercios y Regimientos de Galicia contribuyeron amplia y generosamente a la victoria española.

Esto de que Galicia quedase para nosotros les cayó muy mal a los rojos, y no me extraña. Por entonces se atribuyó a la «Pasionaria» —y también a don Inda— aquella expresión menospreciante para los gallegos que habría de acabar siendo timbre de gloria. Se contaba que la «Pasionaria», en uno de sus ataques de arengorrea, dijo algo así como esto:

—¿Y qué nos importa Galicia, si de aquella región no salen más que mariscos?

Posteriormente he encontrado en el libro de Luis Moure-Mariño, *Galicia en la guerra*, datos exactísimos sobre esta cuestión. Me parece a mi que la versión histórica es justamente la de Moure-Mariño, que dice: «La palabra “mariscos”, en el sentido ofensivo que los marxistas quisieron infundirle, nació el día 11 de agosto de 1936, en la forma siguiente: la emisora roja de onda corta “2 F. P.” de Bilbao, sostenía una conversación con otra estación, roja también, radicada en Madrid. El locutor madrileño preguntaba a Bilbao noticias sobre la situación de Asturias, y Bilbao respondía, con cierta displicencia, que no se preocupasen por la situación de dicha provincia.

»—Es cierto —le explicaba el locutor de Bilbao a su compañero de Madrid— que han salido fuerzas gallegas hacia Asturias; pero no debéis de preocuparos— añadía textualmente—, porque en Galicia no hay más que “mariscos”, pero no hombres...».

A los gallegos les reventó la frase, tanto por lo que suponía de injusto desconocimiento respecto a las realidades productoras de su tierra, como porque ni siquiera una guerra puede justificar semejante menosprecio del marisco gallego. No hay decisión militar que explique, por ejemplo, la destrucción del cuadro «Las Lanzas»; del mismo ningún género de dialéctica autoriza a meterse con el marisco del Noroeste de España. Esto lo caló a fondo la emisora nacional de Oviedo, que —sigue Moure-Mariño— «inmediatamente respondía comentando:

»—De estas estúpidas baladronadas no queremos hacer el menor caso. Mucho menos de las inmundas injurias lanzadas contra nuestros hermanos, los gallegos. Ellos sabrán, a su debido tiempo, demostrar su hombría y vengar insultos tan viles».

La ardorosa unanimidad con que la juventud de aquellas cuatro provincias acudía voluntariamente a los cuarteles del Ejército y de la Falange —hay fotos de colas impresionantes, ¡colas para morir!—, se solidificó ante el insulto y de una manera popular, espontánea y llena de gracia, nació el propósito de salir a los frentes con el marisco al pecho. De este modo, centollos y nécoras, vieiras y ostras, cangrejos y langostas, cigalas y percebes pasaron a la heráldica militar, poblaron con sus siluetas en rojo las camisas azules y caquis, los capotes y los tabardos, los gorrillos y pasamontañas también, y se sintieron más de una vez bañados en la sangre de los hombres. Con la misma sencillez aquellos muchachos fueron llamados cariñosamente por nuestro pueblo los mariscos. De Galicia salían mariscos a miles, ya lo creo, ¡y qué mariscos!

Cuando la Legión gallega —o Bandera Legionaria Gallega de la Falange, que creo que éste era su verdadero nombre— llegó a Guipúzcoa allá por septiembre del 36, ya llevaban los voluntarios el marisco junto al yugo y las flechas, y me parece que algunos también en los gorrillos. Por mi parte siempre tuve la vaga idea, incluso, de que fue esta unidad, formada en su mayor parte por estudiantes del S.E.U. compostelano, la promotora de la idea y hasta creo recordar que

alguien me dijo que los mariscos se los habían fabricado en Pamplona. A la vista de los textos de Moure-Mariño esto último me parece exagerado, pero, en cambio, me confirma la primera parte de mi suposición. «El hecho es que el humorismo y la ironía de los soldados de Galicia les llevó a adoptar el marisco como insignia y mascota de la guerra. Los primeros en utilizarlo como tal fueron los voluntarios de la Bandera Legionaria Gallega de Falange. Con el marisco prendido en las guerreras asaltaban a los pocos días las alturas de Santiago-Mendi y el monte de Santa Bárbara, preparando con su heroísmo la conquista de San Sebastián».

Se decía: «La Legión Gallega ha operado en Santiagomendi» y en cambio unos días después: «Se han llevado a los mariscos hacia Huesca a toda prisa». En tan breve espacio de tiempo una palabra adquiría un nuevo sentido de cara a la Historia. Los gallegos que marchaban en socorro de Oviedo cantaban:

Os que vimos de Galicia

e que nos chaman mariscos,

¿cómo se chamarán eles

que fuxen de risco en risco?

En Huesca los mandaba Beorlegui, un coronel de una vez. Cayeron a racimos frente al manicomio y al cementerio. Los mariscos trepaban a las montañas, bajaban a las llanuras, se acercaban a Oviedo, peleaban en todos los frentes; poblaban la tremenda, dramática soledad de la Marina, daban su alma a los «bous» —los más alegres y valientes corsarios que ha conocido el mar— y cantaban siempre. Estaban en la crónica de guerra, en los titulares de los periódicos, en la conversación cotidiana y en las canciones. El marisco era su distintivo. «Se vivió entonces un período en el que no había nada más fácil de distinguir en los frentes, y aun en la retaguardia, que los soldados de Galicia. Aquel que ostentaba un marisco cosido en la guerrera, en el gorro o en el capote, ya no cabía duda que era un gallego. Pero no solamente eran los soldados quienes adoptaron la insignia del marisco. Fuimos millares los gallegos —anota Moure-Mariño— que, sin vestir el uniforme militar, llevábamos, sin embargo, sobre nuestra indumentaria habitual, la insignia diminuta del marisco».

Se fabricaban como insignias de solapa, como adornos para la mujer, con infinita variedad y siempre en color rojo. A una amable muchacha muy dada a coleccionar convalecientes gallegos, unos madrileños de San Sebastián la llamaban, a causa del despliegue de mariscos que llevaba en su blusilla, «el Vinces», por nostalgias de la calle de Luchana, y también «la Tropical», se supone que por lo mismo o por alguna otra razón igualmente *ad hoc*.

—Chico, date unas puntadas en el capote, que se te está cayendo el marisco —le decía un camarada a otro.

—Pues yo me he puesto de novia con un marisco que ha venido de Teruel con los pies helados —le confesaba una enfermera a otra mientras hacían camas.

—Los mariscos somos así —melancolizaba Benito, mi enlace, natural de Lugo, en medio de un fuego infernal.

Marisco, de este modo, pasó a ser sinónimo de gallego. Las frases de menosprecio siempre han dado la vuelta en la Historia.

Aquellos mariscos de 1936 le sentaron mal a la «Pasionaria». Convalece en Moscú.

ANTIAÉREO

M. virile.

PERISCOPIO

Idem de lienzo.

LICENCIA DE CAZA

En cierto hospital de guerra demasiado bien administrado, comenzó a notarse una sensible baja en la calidad y cantidad de la comida, lo cual causó alarma entre los hospitalizados. Algunas gestiones se hicieron cerca del director, pero éste las remitía al administrador. El administrador era duro de pelar, de modo que el endose del director equivalía, un poco, a aquello de «las reclamaciones, al maestro armero».

Así las cosas, un estampillado les dijo a sus compañeros:

—El administrador es cosa mía. Me va a oír.

—Ojo, no te vayan a meter un paquete.

—¡Bah! —respondió el estampillado—, eso no me preocupa. Yo tengo licencia de caza.

Dicho lo cual se fue en busca del administrador, y cuentan los que presenciaron la escena que nunca se ha manejado con mayor precisión, elegancia y claridad un tan extenso repertorio de improperios. La comida mejoró, almas y estómagos se sosegaron, pasó la tempestad, vino la calma y el estampillado continuó tan pancho. Su licencia de caza era un tiro de cabeza. Un tiro de cabeza, en determinadas circunstancias, puede hacer irresponsable a un hombre, de modo que da patente para tener buenas despachaderas. Prudentemente manejada, una licencia de caza sirve para mucho, pero no conviene abusar de ella, porque se corre el riesgo de ser declarado irresponsable del todo, y eso ya es un lío.

LA CHATA

Dulce, melancólico, preciso y hasta sensual sobrenombre de una de las tres o cuatro pistolas que componían el parque de la Falange primitiva. Personalmente yo no conocí a «la chata» —no quiero ponerme moños—, ni tuve relaciones con ella, aunque estoy en condiciones de asegurar que debía de ser como su propio nombre indica: de pequeño calibre, pero peligrosa, igual que las mujeres de que hablaba el Arcipreste.

Agustín de Foxá lo cuenta:

«Pero allí estaban con sus gorrillas y sus trincheras; los capitaneaba Pedro Otaño. Tenía el carnet veinticinco de la Falange y era jefe de Centuria.

»—Los que tengáis porras, detrás de los vendedores. Yo me he traído “la chata”.

»Y exhibía una de las pocas pistolas del Partido, porque eran tan escasas que las ponían nombres; otra se llamaba “el trabuco”».

Lo de «la chata» hizo fortuna hasta generalizarse, Mucho tiempo después de la guerra, y en ocasión de vemos en un apuro, un amigo que no estaba en antecedentes nos tranquilizó con estas mágicas palabras:

—No apurarse, que yo llevo «la chata» en el bolsillo.

Y con suma delicadeza montó una pistola del nueve corto que daba gusto de verla.

HERIDA DE SUERTE

La que facilita descanso, honor, gloria y un buen permiso a cambio de algún dolor, pero sin producir mutilaciones ni excesivas molestias. Los italianos, con agudeza, la llamaban «herida inteligente». Los americanos —ellos están por el patrón oro— prefieren llamarla «una herida de un millón de dólares». Entre nosotros también se usan otras expresiones: herida de fortuna, un tiro de suerte o herida de postín. La santa modestia del Padre Huidobro le hace escribir desde el hospital: «Mi herida me avergüenza. Ha sido una herida de postín, un tiro de suerte para provocar homenajes y felicitaciones por eso que se llama el “bautismo de sangre”. Y tanto me avergüenza que me consumo en deseos de volver al frente».

Vean una típica herida de suerte:

«El cabo Ruiz estaba al frente del pelotón de enlaces. Rodríguez había sido herido en el Pedregal. Le metieron un balazo en la pantorrilla. Bajó la cota riendo, saltando a pie cojo.

»—¡Eeh!, muchachos, ¿queréis algo para casa? ¡Yo me voy con permiso! —les gritó a los demás».

Una herida como ésta que cuenta en *Cuerpo a tierra* mi camarada Ricardo Fernández de la Reguera, era también un permiso dado por el enemigo, y merecía Placemes, aunque no tantos como en la ocasión recordada por Mola: «¡Un balazo de mucha suerte! Esto de la “mucha suerte” es la frase obligada en tales casos. Santamaría hizo un gesto que quería decir: “Si quieres, te lo regalo”». García Morato riza el rizo —lo cual es naturalísimo en él— al hablar de un chinazo de este tipo: «Con mi “Fiat” me agregué a una cadena, actuando en el frente de Teruel, y tuve la *mala buena suerte* de que el impacto explotase y me hiriese ligeramente en la pierna. Me costó una bronca formidable de mis jefes en la Brigada». Por el África de *Imán Dios* reparte la suerte: «Huele a gasa fenicada, Guerreras desgarradas y sangre en la nieve de los vendajes. Aquel blasfema al ladear la camilla y éste, que lleva un “tiro de suerte”, ríe al pasar y guiña un ojo desde la camilla: “A la plaza y dos meses de permiso en España”. En la baca del autobús se apilan los cadáveres, mal cubiertos con una lona impermeable. Oficiales, casi niños, y soldados. Sangre roja en menudos arroyuelos, ventanillas abajo». Estamos viendo, entre la muerte y el duelo, la saludable alegría del que pagó su precio y goza anticipadamente una renta de dolorosa felicidad. Por otra parte, nunca se tiene tanto miedo como durante la evacuación. Está la paz tan cerca que sólo entonces se ve cuán frágil y huidiza es; la sensación, aseguran, se parece a la que sentiría quien atravesase las cataratas del Niágara por el procedimiento de Blondín, pero sin que nada dependiese de él, ni siquiera el equilibrio.

La cotización de la herida de suerte, en cuanto a la calidad de sus destrozos, oscilaba según la intensidad del fregado. En algunos

combates del Ebro podía considerarse herida de suerte una que en cualquier otro sector hubiese sido calificada de catastrófica, pero es que de algunas zonas del Ebro o se salía así o no se salía. La cotización en Bolsa de estas heridas sufría fuertes oscilaciones.

«Tuvo suerte —se lee en mi *Fiel*— y salvo un permiso de quince días a un camillero —balazo limpio y redondo en la carnaza de la fuerte pantorrilla— alcanzó el puesto sin novedad».

Los demás se quedaban pegados a una loma que barrían las ametralladoras enemigas y sobre la cual ensayaban su tiro en aquel momento dos «chispún» escondidos en un pinar, y el famoso Atilano. Puede jurarse que nunca ha sido tan envidiado un camillero.

Si tu acción solicitaba refuerzos, a veces se cruzaban los heridos con los soldados que subían a la línea. Los tipos que habían agarrado heridas de suerte eran felicitados con bondadosa acidez:

—¡Hala, caminico del pesebre!

—¡Vaya permiso que llevas ahí, mamercio!

—¡Un mes presumiendo de chinarrazo!

—¡Enhorabuena, lechón!

Y muchas cosas por el estilo.

GALLINA

De uso general, al menos en su estricto sentido metafórico, porque en el real se reserva singularmente al caldo de las recién paridas y a la astucia zorruna y gastronómica de indígenas y paisas. Gallina y cobarde son una misma cosa. Sin duda, por la mucha afición que los regulares sentían hacia la gallina considerada como colaboradora de la Intendencia, la palabra no se les caía de la boca, aunque con otra intención. Cuando aparecieron en el frente rojo abundantes moros argelinos a pie y a caballo, nuestros mojamés los desdeñaban lapidariamente: «Moro argelino estar mujera, moro argelino estar gallina». O kaina, que tanto da.

Las gallinas y los soldados siempre mantienen muy buenas relaciones, se sienten en la órbita de unas irresistibles afinidades electivas, al menos si me atengo de la opinión de los soldados, porque con las gallinas nunca he conseguido hablar. En el género chico (¿será en *El cabo primero?*) hay un ejemplar coro en el que un soldado enseña a sus conmlitones cuanto es necesario saber respecto al delicado punto que nos ocupa:

Para comer gallina

se necesita...

Este numerito tenía siempre mucho éxito en las funciones de mi colegio, allá por los felices veinte, y estoy seguro de que entre los azares de la guerra más de un antiguo colegial de los Maristas de Pamplona recordó al buen Virto cantándolo mientras nos desternillábamos de risa. Como colofón de la toma de Alcorisa, plaza fuerte de la Intendencia roja del sector, anota Armiñán: «Los soldados, con esa práctica que parece otorgar la “mili” para retorcer el pescuezo de las aves sin que puedan exhalar el postrer cacareo, festejaron con honor la victoria rotunda».

La gallina es algo así como la amante gastronómica del soldado, y por ella se cometen locuras, como aquella operación nocturna sobre un pueblín entre líneas, en la que participaron el páter de la segunda Bandera, Cavero, que es, claro, el que lo cuenta; el maestro armero y dos enlaces. El botín fue de tres gallinas, y a la vista de tan fabulosa riqueza ni el comandante de la Bandera pió, y eso que estaba preparado para la bronca.

Sin embargo, hay que tener medida en todo, no como aquellos milicianos que pasaron por Papiol y se llevaron de tres a cuatro mil gallinas de una granja avícola. La gracia llega hasta la media docenita, y siempre que no haga daño al sujeto que padece la extirpación. Peter Kemp cuenta una historia legionaria en los tiempos del Alfambra:

«En aquel pueblo tropezamos con la única oposición del día: una vieja furiosa que, una hora después de nuestra llegada, entró precipitadamente en la habitación donde Mora habla establecido su puesto de mando, quejándose de que nuestros hombres lo habían robado un pollo.

»—¡Bandidos!—exclamó, amenazándonos con el puño—. Creyeron que no los habla visto, pero los vi bien. ¿Y vosotros sois los liberadores? ¡Sois peores que los rojos!

»Mora la dejó hablar. Creo que le hubiese arañado la cara de habersele ocurrido interrumpirla. Después le preguntó en cuánto valoraba la pérdida, le pagó la suma indicada y ordenó al oficial de vigilancia que encontrara a los culpables, que sufrieron un mes de pelotón. Imagino que el duque de Wellington, que mandaba azotar a sus soldados por parecidos delitos, hubiese dado su aprobación a la orden de Mora».

No hay un solo libro de guerra, sea novela o memorias, sin su episodio de gallinas. Con uno semejante —y la verdad, bien traído— se iniciaba *La fiel Infantería*, la película. Me imagino el panegírico que la viejecilla del capitán Mora haría de su desaparecido pollo. Ya se ha oído en nuestra literatura desde bien atrás, aunque en este caso sólo por aproximación pueda aplicarse al pollo de marras, por muy malas que fuesen sus costumbres: «¿Do mi gallina rubia, de la calza bermeja, o de

la cresta partida, cenicienta oscura, cuello de pavo, con la calza morada, ponedora de huevos?».

Cuando la ofensiva de Vizcaya, el «Tebib» visitaba un hospital de sangre. El doctor le presentó a un morito de Tiradores, muy distinguido en el asalto a un caserío de Lemona. Marchaba lo menos cien metros por delante de su sección, como un loco. El «Tebib» le felicitaba: «Estar aquí por farruco, por valiente». Pero el morito, con una modestia arrebatadora, denegó: «No; ¡estar aquí por kaina!» (gallina, ya saben). Insistía don Víctor, insistía el morito, y así hubiera llegado la paz si Hamed, que tal era el nombre del tirador, no se explica del todo:

«—¡Por Dios grande, estar herido aquí por kaina! Mira, yo haber visto antes asalto que kainas de caserío estar escondidas en chozas detrás caserío, yo querer coger primero que otros kainas para comerlas y venderlas; pero no llegué el primero y me dieron tres balazos. ¡Por Dios grande que estar aquí por kaina!»

De donde resulta, hermanos, que también las gallinas pueden ser motor de acciones heroicas.

Lo más sensato que se ha escrito sobre lo que significa el *affaire* de las gallinas en campaña, lo puso García de Pruneda en boca de un capitán de caballería que polemizaba con un teniente de Farnesio en torno a la posible desaparición de su arma común y amada. El teniente, entre otras cosas mucho más patéticas y bellas, pero que ahora nos atañen menos, dijo ésta: «Un hombre a caballo es soldado dos veces. Además, a la tropa se la tiene más sujeta, pues al acampar o al alojarse tiene que dar agua y pienso y limpiar el caballo y quitar la montura, y no tiene tiempo ni ganas de andar al merodeo, robando gallinas como los de a pie».

A lo cual contestó el capitán:

«—El robo de gallinas es la válvula de seguridad de los Ejércitos».

Y punto final; es el momento justo.

FORTIFICAR ES VENCER

Fue uno de los grandes *slogans* utilizados por el partido comunista durante la guerra. Creo que también se decía: «Resistir y fortificar es vencer», lo cual es más lógico, porque por mucho que se fortifique, como luego no se resista en las fortificaciones todo da igual. Las fortificaciones sin defensores no sirven más que para las parejas clandestinas y para los que van a hacer sus necesidades, ya se sabe.

El partido comunista español dio mejores *slogans* que soldados, aunque éstos no fueron malos, pero siempre peores que los sindicalistas o los procedentes de recluta, que esos al que eran buenos. Esto de resistir y fortificar es vencer se popularizó tanto que llegó a ser un timito de moda. Desde el mismo comienzo de la guerra se notó en el Ejército rojo una tendencia enorme a hacer agujeros y ponerles cemento alrededor; me imagino que fue como una deformación profesional. Al Ejército Nacional, que tenía más aire campesino, eso de hacer agujeros no le gustaba nada. A lo sumo hacía surcos. El pico y la pala eran considerados como dos maldiciones por los soldados de Franco. En una sección de enlaces. precisamente en la mía, ya en los primeros días de la guerra se cantaba cata letrilla:

¡Ay, enlace; ay, enlace,

cómo te van a j...,

con el pico, con el pico

y con la pala, y el capote

del teniente coronel!

Me parece que fue Foro, o alguno así, un campesino ribero, quien aclaró sus fines bélicos ante el capitán Lastra. Respetuoso y enérgico dijo:

—Mire usted, mi capitán; yo he salido voluntario «p'hacer» la guerra, pero de cavar, ni esto...

Y resumía:

—«Pa'iso» me quedo en casa.

Peter Kemp, inglés *de nativitate*, requeté y legionario, cuenta en sus memorias de guerra (*Legionario en España*): «Durante la guerra civil observé que no podía inducirse a los soldados españoles a que excavarán trincheras adecuadas, siendo éste también el caso de la Legión. Parecían creer que protegerse era indicio de cobardía».

Esto ya le pasó al Gran Capitán, que cuando se inventó los gastadores en la campaña de Barletta y Ceriñola, se las vio y se las deseó para convencer a su gente de que el pico y la pala no deshonraban. «Y el Gran Capitán, con muy dulces palabras —dice una crónica del tiempo—, persuadía a los soldados de aquel trabajo de los reparos». Como premio, a los gastadores —que son los que desgastan el terreno, los que lo limpian, los que lo preparan para el combate— les hacía desfilar delante de las tropas, luciendo, junto a sus armas, el pico y la pala.

Los rojos fiaron mucho en dos cosas: en la calidad y cantidad de las fortificaciones y en la opinión de *Pravda*. Habían dejado de creer en

Dios y se hacían traducir los editoriales de *Izvestia* como si fuesen el Evangelio. Para conseguir cantidad y rapidez no vacilaron, como por ejemplo en Bilbao, en emplear mujeres para los trabajos del «Cinturón», y esperaron el ataque confiadísimos porque el redactor de *Pravda* había dicho:

«—Mi opinión personal es la de que Vizcaya será el fin de la guerra. He llegado a la conclusión de que Bilbao no será tomado nunca».

En una visita de Gómez Aparicio al frente, pregunta a uno de nuestros soldados si se trabaja mucho. Y el soldado responde:

«—Más trabajan los rojos. Toda la noche, cuando no contratacan, se la pasan cavando; desde el parapeto les oímos».

Luis María de Lojendio, autor feliz de *Operaciones militares de la guerra de España*, un extraordinario libro, observa que «dentro de la gran afición que mostraron siempre los marxistas por obras de atrincheramiento y defensa, parece que las gentes vascas y asturianas, especializadas en trabajos de construcción y de minería, quisieron dar en sus frentes respectivos la demostración técnica de aquel cartel de propaganda enemigo que tantas veces recogieron las fuerzas nacionales en el curso de esta campaña: “La fortificación —decían— es la mitad de la victoria”, sin darse cuenta que esa su tendencia a resistir por el cemento armado denunciaba ya una actitud medrosa, puramente defensiva, y que en realidad la mitad de la victoria la da en toda guerra el espíritu y el empuje, es decir, la actitud ofensiva del Ejército que se lanza al asalto».

Algo de esto intuía Largo Caballero, todavía en su solio de «Lenín español» cuando decía, según Jesús Hernández, todavía en su fase de fidelísimo de Stalin: «Nuestros soldados pelean a pecho descubierto. España es un país de guerrilleros. ¿Dónde han visto ustedes que los nietos del Cid se metan debajo de tierra como los topos?» Dicho así, esto es tan estúpido como la consecuencia que saca Hernández, todo escandalizado: «Caían los hombres en el campo desnudo, sin el hondón de una trinchera, sin el tabique de un parapeto. El ministro de la Guerra, en su ceguera o en su estupidez, les había condenado a morir a pecho descubierto». Lo cual es una mentira, porque los atrincheramientos rojos nacieron el mismo 18 de julio.

Dicho sea en honor a la verdad, la bravura famosa de los contraataques en el Norte era más eficaz que las fortificaciones, y puede creerse que los mismos gudarís y aliados los preferían. Con frecuencia, al escuchar desde las líneas el rumor laboral defensivo, gritaba la gente nuestra: «¡Cava tu fosa, rojillo, cava tu fosa!». Porque en el frente es donde va bien el humor negro, y no en una cafetería.

Naturalmente que en determinadas zonas se fortificó en ambos bandos, o al menos se aprovechó lo que se pudo para guarecerse de la tormenta, desde un cementerio a un castillo, y más de una vez hubo de construirse

la fortificación con todo lo que se sacaba —de madera, hierro y lo que fuese— del pueblín más próximo. Se hacía pequeña filosofía:

Cuando las ganas de fortificar aprietan,

ni la paz de los muertos se respeta.

La fe de los milicianos en sus trabajos defensivos era tanta que Cavero cuenta lo que le oyó suspirar a uno de tantos prisioneros de los que su Bandera hizo por la parte de Bezas:

«—¡No hay derecho; nos matamos de trabajar en las fortificaciones y nos entran por la espalda...!».

Algo más escéptico se mostraba un famoso constructor de sistemas defensivos, que venía abriendo zanjas lo menos desde Maqueda, y que en los días de la llegada de nuestras tropas a Madrid comentaba en la capital con sus amigos:

«—No sé qué me pasa, que hago unas trincheras nuevas estupendas y en cuanto las termino se me llenan de moros».

Las primeras grandes fortificaciones rojas fueron las de Maqueda, entre Talavera y Toledo, levantadas bajo la experta dirección de Masquelet, pero la verdad es que no sirvieron de gran qué. El más ilustre monumento al «fortificar es vencer» corrió a cargo de Napoleonchu y su grupo de amigos, que hicieron aquella maravilla del «Cinturón de Hierro», situado equidistantemente entre la «Maginot» y la Muralla China, y que tampoco sirvió de mucho.

Moscardó, sin tanto refrán comunista, sin decir ni una vez lo de «resistir y fortificar es vencer», resistió como todos saben y venció del mismo modo. En realidad, los buenos tipos de entonces disparaban parapetados tras de su detente. Hay que reconocer también que, sin necesidad de la paremiología marxista, la irrenunciable casta española del soldado rojo dio hermosas muestras de su capacidad de resistencia en muchos sitios, desde Pandolls a Madrid, desde Caballs a Javalambre, de Espadán al Monsech, y así. La primera vez que Franco se encontró con Mola en la guerra, dedicó un buen rato a la alabanza del «heroísmo de un grupo de rojos, que resistieron ocho días sitiados en la iglesia de Almendralejo».

ENCHUFADO

El enchufe en su acepción de sueldo de guagua es tan antiguo como la misma Administración en cuanto a concepto se refiere, claro, porque la verdad es que no sería correcto decir, por ejemplo, que la máxima aspiración de los poetas románticos fue la de enchufarse en un

Ministerio. La acepción moderna del vocablo enchufe nació hace unos treinta y tantos años por obra del ingenio de Joaquín del Moral, que llamó enchufista al señor Cordero, un diputado socialista con doce cargos retribuidos a un tiempo. Buena marca que puede que haya sido tristemente batida por algún arribista de nuestro tiempo. Objetivamente puede decirse que en esto del enchufe, como en otras muchas cosas de mayor virtud, también hemos progresado.

Un enchufe se llamó a cualquier puesto situado al amparo de los peligros del frente, y era un enchufado el caballero que en los tiempos de la guerra de Remarque o Barbusse hubiese respondido al nombre de emboscado. Por supuesto que también se empleó el término emboscado para estos casos, pero el fuerte sentido nacional acabó por imponer una palabra de origen propio. Emboscado, enchufado, camuflado y hasta mimetizado, se utilizaron con idéntica intención reprobatoria y acusadora, que ganaba extensión, intensidad y popularidad en proporción directa al alargamiento de la guerra. Estos vocablos comienzan a usarse de verdad en el primer otoño de la campaña. Habla coplas de todos los guatos en honor de los camuflados. En zona roja se cantaba:

A la entrada de Madrid

lo primero que se ve

son milicianos de pega

sentados en un café.

¡Son milicianos de pega

que están tomando café!

A todos los emboscados

les debían de poner

primera línea de fuego

sin tabaco y sin comer.

¡Sin tabaco y sin comer!

Este tipo de milicianos los describió muy bien Edgar Neville: «Todo el mundo sonreía y quería hacerse simpático, menos los milicianos que bebían cerveza a la puerta de los cafés con el fusil entre las piernas y con aspecto cansado para que creyeran que venían del frente».

El concepto del enchufado varía según las latitudes. Un infante de Ruiz Ayúcar tiene sobre esto apreciaciones tan divertidas como concretas.

«—Bebed. A la salud de la Infantería. ¿Tú qué eres, que no te veo los emblemas?

»—Artillero.

»—¿Artillero? —repitió el soldado con gesto de repugnancia—. Entonces eres un enchufado».

Entre la gente que se reparte la vanguardia es un enchufado o emboscado todo el que no está con el que habla, o queda un poco más atrás o tiene un puesto que le evita ciertos trabajos. De este modo resulta emboscado un enlace, un asistente y hasta el comandante.

El camuflado, a veces, tiene un matiz muy sutil, que le lleva al silencioso heroísmo de aquellos oficiales que disparaban mal sus cañones y por eso morían al pie de ellos, fusilados por los milicianos. O de aquel ametrallador que también recuerda Neville:

«El centinela que había a la salida de la pasarela (de la Ciudad Universitaria) les explicó:

»—Hasta las ocho no se puede pasar con tranquilidad; pero a las ocho llega Felipe y ya no hay cuidado.

»Felipe era un ametrallador rojo que tiraba desde el Puente de los Franceses; pero cuando estaba él podía pasar el convoy sin temor. Tiraba mucho, eso sí; pero apuntaba al agua del río, que se ponía a hervir como cuando empieza a llover en verano. Era su manera de servir a la Causa de España.

»En aquel momento se oyó a la ametralladora repiquetear “una copita de ojen” y, como cosa convenida, comenzó el tráfico por la pasarela».

Gabriel Araceli (*Valencia, 1936*) nos da otro caso de habilidoso camuflado: «Yo me quedé asombrado el día en que tuvo lugar la manifestación “espontánea” en honor de Largo Caballero ante el Palacio de Benicarló, al ver, porteando una gran bandera de la C.N.T., nada menos que al también abanderado de los Josefinos de la Parroquia de Santo Tomás, antiguo conocido mío».

Conozco alguien —V.E.— que siendo apenas licenciado en Letras, se camufló de médico y hasta llegó a operar de urgencia. San Cosme y San Damián debieron de asistirle, a pesar de las pocas facilidades que les daban pura nada en zona roja, porque él sostiene que la cosa salió bien, aunque nadie ha oído la opinión de la parte contraria.

Recuerdo que en zona nacional se aplicó una letra de circunstancias — con voluntad de zurrido— a la música del *Cara al sol*. Me parece que la letra se publicó en *Unidad*, de San Sebastián:

Cara al sol,
al sol que más calienta,
me puse el mono antes de ayer.

Me hallará la muerte,
si me pesca,
sentado en un café.

Estas letras sufrían después abundantes modificaciones en cada unidad.
En una gallega decían:

Si te dicen que caí,
no es así;
yo nunca me moví de aquí.

Gironella sostiene, menos mal, que el camuflaje prosperó en zona roja desde los primeros días. Yo no lo creo, porque de ser así todo hubiera sido más fácil, y lo cierto es que el Ejército Nacional hubo de batirse a fondo. Cuando sale de Gerona la primera columna de voluntarios camino de Zaragoza, ya usan el epíteto apabullante: «A la salida de la ciudad los milicianos del control se sintieron como avergonzados. “¡Enchufados! —les gritaban desde los camiones—. ¿Os parió una abuelita, o qué?”».

En las primeras semanas, al menos por lo que recuerdo, apenas si se utilizó esta palabra. Y cuando ya hubo motivos para manejar el término se comenzó por decir emboscado, porque muchos hablamos leído las novelas de Remarque y su escuela, y todos habíamos visto en los cines *Sin novedad en el frente*, *Cuatro de Infantería*, etc., etc. Lo de enchufado vino después, casi como otra victoria nacional.

ASALTAPARAPETOS

El asaltaparapetos o saltaparapetos, que de los dos modos se dice, es un coñac o aguardiente que suele repartirse en dosis prudentiales y por escuadra cuando hay algo que celebrar, cuando hace mucho frío o cuando hay que echarse para adelante. El asaltaparapetos goza de mucha fama literaria, pero no de tanta desde el punto de vista del bebedor. Al fin y al cabo, la Intendencia, por buena que sea, no es un bar selecto, ni sus bodegas guardan exquisiteces, sino cantidades. El asaltaparapetos es una de las mayores víctimas de la guerra. El

asaltaparapetos es un incomprendido. El asaltaparapetos tiene buena o mala cara, según el cristal con que se mira.

Refiriéndose a los gudarís y a sus famosos contraataques durante nuestra ofensiva en Vizcaya, escribe un ilustre periodista que «el coñac «saltaparapetos» —refinada invención de los infrahumanos mandos bolcheviques— hacia de cada soldado un monstruo de Frankenstein» y que «la pócima cruel del coñac “asaltaparapetos”, suministrada a ríos por los sicarios de Moscú, era el verdugo de aquellos hombres». La verdad es que los gudarís eran hombres de pelo en pecho y que se batían bien, tanto que muchos de ellos, encuadrados posteriormente en el Ejército nacional, fueron magníficos soldados en la batalla del Ebro. Supongo que se amorrarían al asaltaparapetos como cada hijo de vecino, pero sin exagerar. Por su parte —que era la nuestra—, hacia muy bien mi distinguido colega en decir tales cosas del asaltaparapetos, porque justamente ésa es la misión de un periodista en tiempos de guerra. Llevar la guerra a sus crónicas y hacérsela al enemigo donde pueda, como pueda y con lo que pueda.

El refrán castellano dice, por ejemplo: «Soldado navarro y buen vino», y a nadie se le ocurre pensar que la Diputación o la Junta de Guerra se dedicasen en Pamplona a manipular misteriosamente el tinto de Artajona o el clarete de Olite para transformar a los soldados de Navarra en unos borrachos belicosos. Lo que pasa es que a los navarros nos gusta el vino y nos va bien, y un trago a tiempo no hace daño a nadie. Ningún buen soldado es un borracho vocacional, y menos a la hora de combatir. Ninguna Laureada se gana con un tonel en el lugar del corazón o una botella en el sitio del cerebro, aunque la elegancia de los valientes se inventase aquella frase que tanto corrió en nuestra guerra, y que es una excelente muestra del pudor de nuestros mejores: «Las Laureadas las ganan Domecq y González Byass».

En cierto modo, el saltaparapetos no pasa de ser un cordial. Recordando su primera guerra europea, escribe Maurois que en Ypres supo lo que eran las primicias de un violento bombardeo. Un coronel inglés se le acercó:

«—Beba —me dijo—. El doctor Johnson ha dicho que el *brandy* es la sustancia de que se hacen los héroes.

»Tenía razón. Algunos tragos de buen coñac me devolvieron mi natural optimismo y el bombardeo fue para mí un espectáculo. He conservado la receta y durante dos guerras me he servido de ella con éxito».

El asaltaparapetos es más una leyenda que una realidad, y su porción real levantaba ronchas, pero caía a modo. «Por la noche le ordenaron a Augusto que distribuyese rancho frío y una cantimplora de coñac por escuadra. Todos sabían lo que esto significaba», cuenta Ricardo Fernández de la Reguera en *Cuerpo a tierra*. Los alemanes de Rommel creo que llamaban al brebaje equivalente «espíritu de ofensiva», término que dicho en alemán tendrá, probablemente, más gracia.

TIROTEO

Esta palabra, cargada de peligrosidad en los días de la anteguerra, se empleaba después para señalar acciones sin importancia, cotidianas, y por contraste, con una ponderación por la otra punta, acciones de las de garabatillo.

—¿Cómo te va con esa chavala?

—Nada serio. Un tiroteo sin más.

O al revés:

—¿Qué hay por el Ebro?

—Un tiroteo, chico —y el respondón venía agujereado desde las tierras ásperas del gran río, de aquel caldero feroz, en cualquier fecha comprendida entre el 25 de julio y el 16 de noviembre de 1938.

He oído contar la ventura de unos calmucos que en el verano de 1941 fueron metidos en un tren poco menos que a puñados. Ellos no lo sabían, pero acababan de ser movilizados por Stalin para la defensa de la libertad y de la democracia. En las cercanías de Moscú los calmucos se vieron copados por los alemanes. No había a mano ningún intérprete, de modo que sin una previa clasificación los calmucos se integraron en una vasta columna de prisioneros que fue a dar con sus huesos a un campo de concentración. Como acertase a pasar por allí Vlasov, los alemanes empujaron a los calmucos al voluntariado anticomunista, y así, también sin comerlo ni beberlo, fueron movilizados por la causa de Europa y de la raza aria, tarea en la que se comprometieron activamente hasta que en tomo a Stalingrado, o cosa semejante, volvieron de nuevo a las filas rojas, de donde el azar les lanzó en otra ocasión a los occidentales, para regresar finalmente a su primario alistamiento, de modo que entre unas y otras zarandajas aquellos calmucos anduvieron metidos de hoz y coz en las más espantosas carnicerías de la G.M. II, hasta coronar su campaña ambidextra con la entrada en Berlín formando parte de las vanguardias rojas, en compañía de las cuales violaron, mataron, saquearon, incendiaron y robaron relojes en nombre de la democracia, la cultura y la libertad de los distinguidos señores Roosevelt y Truman, del señor Churchill y de otros muchos que sentimos recordar tan bien.

Con la toma de Berlín, los calmucos que partieron de Mongolia en 1941 encontraron un intérprete. Por fin podían enterarse de algo, conversar con alguien no ajeno a su lengua, aunque sí a su raza. Lo primero que hicieron los chicos fue salir de dudas. El más espabilado de todos se fue

para el trujamán y le espetó por las buenas, casi sin saludar, lleno de santa, curiosa y hasta indignada impaciencia:

—¡Eh, oiga! Lo que nosotros queremos saber es el por qué de este tiroteo...

MANTA

Cobijo del soldado, hogar del combatiente, refugio contra el frío, la lluvia, el sueño, el dolor o la desesperación. Un amigo mío, oficial de Regulares, me confesaba haber llorado bajo la manta porque el frío le dolía en los huesos y en el alma. La manta suele ser la penúltima lápida, la que cubre los muertos antes que la piedra familiar o la tierra sencilla. La manta y la lona tapan a los camaradas muertos. El «general Sagardía recuerda las jornadas de Teruel:

»La nieve era dura, helada; el frío, glacial; lentamente bajaba la teoría de heridos silenciosos con un interrogante en la mirada: ¿Sería grave? A otras camillas una manta las cubría totalmente: los muertos. Al pasar levantaba yo un extremo de la manta para reconocerlos».

La manta parda de los soldados era como la propia tierra y lo mismo daba refugio que sepultura. La manta hacía de madre, de casa, y uno se guarecía en la manta como en el regazo mátenlo, y entonces la manta era la frontera que nos separaba del dolor, la barrera que la muerte no saltaría nunca.

De la manta se salía a la realidad como en los años infantiles de la cama al colegio, apenas sin transición. Juan Cepas escribe: «Fue entonces cuando empezó lo peor. Nos abrigábamos como podíamos, con una manta sobre los hombros, y así, de esta forma, sacudiendo el hielo que nuestro aliento escarchaba sobre nuestras barbas, salíamos de los hoyos donde el frío no nos dejó descansar, pues la temperatura llegaba en la madrugada a tal cruel dureza que ni el agotamiento podía cerrar nuestros ojos. ¡Qué terribles aquellos amaneceres en Cerrogordo, el Muletón y las Celadas!»

La manta era tapete de juego, mantel de alegres merendolas, sábana, colcha, colchón y jergón, y el que ligaba manta y camilla era una especie de sultán de Los *mil y una noches*; la manta, a veces —no hay que fiarse mucho de lo que dice la gente—, era como descendiente de la capa de Don Juan Tenorio (q.e.p.d.), y siempre golosina apetecible. Lo mismo que se dijo del capote-manta se puede decir de la manta: que el que no haya robado una manta en determinada ocasión que arroje la primera piedra. Del mismo modo puede asegurarse que el que no haya tirado alguna manta a lo largo de una marcha o de un día de verano, o de un avance apremiante, tiene derecho a lanzar dos piedras.

La manta tenía algo de rincón de venta, de tertulia de café y hasta de balneario. Salvador García de Pruneda anota: «Latas de sardinas y peladuras de naranjas surcaban, con inmundicia, el suelo. A un costado de la senda, una compañía de Infantería hacía alto para descansar. Los hombres, agotados por la larga marcha, envueltos en mantas de color pardo, se dejaban caer, indiferentes, allí donde la orden de alto les había alcanzado».

La manta era el departamento de fumadores pura aquellos momentos en que ni siquiera la brasa de un cigarrillo podía exponerse a la atenta vigilia del enemigo. Ángel Ruiz Ayúcar lo recuerda con precisión: «Se echó la manta sobre los hombros y por dentro de ella encendió un cigarrillo. Fumó lentamente, manteniendo el fuego escondido. Para dar las chupadas metía la cabeza entre la manta».

La manta nos hacía pastores, penitentes, y también servía, como recuerda Francisco Caveró, para vestir el altar de Dios. «Hubierais llorado de emoción si hubieseis asistido a aquella sencilla misa que nos dijo el Páter; al aire libre, sobre una mesa, como mantel una manta; como cáliz, una copa de cristal. Y para alumbrar a la Persona Divina, dos velas de sebo en botellas de cerveza».

La manta era la manta, y si alguien no se da cuenta de lo que significaba tan poca, tan bella, tan cálida, tan cristiana cosa, peor para él.

BRAZO EN ALTO

Cualquiera que lea *La maravillosa historia del lenguaje*, de Mario A. Pei, sabrá que «el actual saludo militar remonta a la Edad Media, época en que los caballeros se alzaban la visera para reconocerse», y ya ven ustedes que aquí se explica todo, aunque hablemos de Caballería. Por su parte, el saludo romano, después llamado fascista, olímpico y nacional, tiene su origen en el gesto conciliatorio de los antiguos romanos, que de este modo expresaban su anhelo de paz. Alzando el brazo decían: «No llevo armas ocultas». Giménez Caballero sostiene que el saludo brazo en alto es una contribución celtibérica a la Roma materna. Se apoya —creo— en un texto de Sexto Pacuvio.

Me acuerdo que en los primeros días de nuestra guerra, allá por Somosierra, discutíamos un grupo de falangistas y requetés sobre nuestros asuntos, y un boina roja, de apellido Serrano, sí, señor, dijo:

—Lo que hay que desengañarse es de una cosa. El verdadero saludo internacional anticomunista es el de éstos —y nos señalaba a los de camisa azul.

La pura verdad es que el saludo brazo en alto precede en mucho al comunismo, al anticomunismo y al puño cerrado, de manera que sería más justo decir que el saludo con el puñito en alto es el saludo internacional antifascista, antirromano, antinacional, antitodo; pero en línea general, mi conmlitón Serrano dio en plena diana, no vale equivocarse.

Lo del puño cerrado se lo inventó un alemán, un tal Edgar Fauré — inglés por una parte y francés por la otra, de hacer caso al nombre y al apellido— fundador de la Sociedad de Combatientes Rojos, y parte de su popularidad de signo contrario fue debida al triunfo de Mussolini, que universalizó, dándole actualidad, el antiguo saludo de Césares, centuriones, senadores y legionarios.

Hasta por la confusión de saludos podría hacerse el diagnóstico de la anarquía reinante en España durante los años de la preguerra. Los requetés saludaban como el Ejército, porque se consideraban ellos mismos —y su historia lea daba razón— Ejército español, por cierto, en la más activa de las reservas. CNT-FAI saludaban encadenando sus manos por encima de la cabeza, no sé si como símbolo de la fraternidad humana o de la Alianza Obrera. Los de la JAP se llevaban la mano derecha a la altura del hombro izquierdo, igual que un soldado que saluda con armas. Me parece que el partido etiestético de Campón también tenía saludo propio, pero no podría jurarlo. Había el brazo en alto y el puño cerrado, y la profusión de modos de saludar crecía de tal manera que, en seguida, surgió el chiste de aquel que vio a dos tipos con mono laboral desfilando uno tras otro por la Gran Vía, con el brazo derecho doblado sobre el hombro derecho y la mano ni cerrada del todo, ni tampoco demasiado abierta. El curioso detuvo la columna y preguntó:

—¿Y ustedes de qué milicia son?

—¿Milicia?—se extrañó la vanguardia echando una miradita a su retaguardia.

—Bueno, ¿por qué saludan así?, Quiero decir...

Los del mono se miraron la mano y el hombro. Estaban estupefactos. Se interrogaron mutuamente:

—¡Anda! ¿Pero dónde habremos perdido el tablón?

Desde chistes hasta afortunadas frases políticas, de todo se hizo a cuenta de los saludos. Creo que fue don Miguel Maura quien al exilarse —desde zona roja—, dijo: «No volveré mientras no se salude ni con el brazo en alto ni con el puño cerrado, sino sólo con el sombrero». Es de suponer que don Miguel —uno de los políticos preconizados para jefe fascista en España— lleve ya varios años bajo el cielo de Madrid.

Ramón Barreiro, en un pequeño y curioso librito, *Metrala blanca del Madrid rojo*, cuenta una visita de Miaja al manicomio, por algo relacionado con la evacuación de los pobres locos hacia parajes más tranquilos que los madrileños de la otoñada del 36. Aleccionados por los doctores, que trataban de impresionar bien a Miaja para que no pusiese inconvenientes a la evacuación, los locos daban vivas de lo más variado. Vitoreaban a la República, a las Brigadas Internacionales, a la Junta Delegada de Defensa, al «general del pueblo» —que era Miaja— y al propio Miaja, por si no se enteraba bien de lo de «general del pueblo». En medio de aquella entusiasta armonía, un delegado susurró al oído de Miaja: «Hay uno que ni ha gritado ni ha levantado el puño».

«Miaja —cuenta Barreiro— llamó a aquel rebelde, que continuaba impasible:

»—¿Por qué no levanta usted el puño? ¿Por qué no da vivas a la República?

»—¡Ah, señor!—dijo sencillamente—. Yo no estoy loco; yo soy el conserje».

Claro que también habla otros locos —maravillosos, tristes, desesperados locos— que eran capaces de morir por el saludo de Fauré y todo lo que significaba. Francisco Caveró relata: «Estaba el campo sembrado de cadáveres rojos; recuerdo, por el mal efecto que me produjo, un miliciano con la cabeza arrancada de cuajo por un cañonazo y que, sin embargo, tenía el puño derecho cerrado a la altura en que debió tener la frente. Hablamos rescatado Santa Quiteña».

En la zona nacional se arrancaban los flamencos para precisar sus objetivos:

Te cantaré un fandanguillo

si eres del «puño cerrado:

me está cansando el morao

que está bajo el amarillo

debajo del colorao.

El saludo es de gran importancia. Jorge Vigón ha escrito muy acertadamente sobre ello —y me alegra estar de acuerdo en algo con él —: «Saludar es una muestra de subordinación. Dejar de contestar al saludo es faltar al orden establecido, es insubordinarse». Los rojos comenzaron por organizar la indisciplina, como pudo saberse a través de un famoso *slogan* cipayo de los primeros meses de la guerra, pero luego se vieron entre los carriles de la más feroz y despiadada de las disciplinas: la comunista. Para ligar el concepto anárquico de la milicia

con aquel que propugnaba el Quinto Regimiento, célula militaresca comunista que dio origen al Ejército llamado Popular o Rojo, se decidió que todo quisque saludase puño en alto, pero que los soldados y milicianos lo hicieran llevándose el puño cerrado a la altura de la visera. A esto no sé cómo se le llamaría en zona roja. En zona nacional se llamó «agarrarse el cuerno».

Los saludos llegan a representar tanto que, en la primera Olimpiada después de la G.M. II, el saludo olímpico fue vetado porque era igual que el fascista. No sé si posteriormente lo han depurado o no, pero me temo que no, a juzgar por los uniformes de los atletas de la última competición, que más recordaban un desfile de modelos para caballero en «Galerías Preciados» o en «El Cortés Inglés», que la parada de unos jóvenes atletas. ¡A este paso, en la próxima, en vez de jipis y chaquetas de paseo, llevarán hongo y levita! El mundo marcha hacia la levita, que es un traje un tanto funeral.

El saludo brazo en alto fue proclamado saludo nacional, pero antes de que esto ocurriera, ya lo había adoptado como tal, instintivamente, nuestro pueblo. En el Ejército, cuando se estaba descubierto, también se saludaba brazo en alto, y el Desfile de la Victoria, aquel del agua de mayo que tan bien le iba a venir a la tierra española, transcurrió bajo el signo del brazo en alto.

La combinación de brazo en alto y grito de «¡Arriba España!» dio lugar al primer autoestopismo que conocimos en nuestra Patria, hasta tal punto que se podían oír conversaciones de este tipo:

—¿Y cómo te las arreglaste desde Seo a Pamplona?

—Otra... Con el sistema «arribaspaña».

El sistema era el saludo. Un saludo que daba confianza. Naturalmente, como siempre ocurre, la novedad llevó a los entusiastas hasta el abuso, y había quienes terminaban sus cartas con aquello de «un abrazo brazo en alto», lo cual, si gimnástico, no era demasiado lógico. Hay cartas de bien alto copete terminadas con fervorosas expresiones muy parecidas a éstas, y algún día va a ser bonito darlas a conocer.

El saludo brazo en alto definía un poco a las personas, porque si hay estudios grafológicos, pongo por ejemplo, también puede haberlos de salutología. Por su manera de saludar brazo en alto hubiera podido averiguarse la profesión, el estado social y hasta el encuadramiento ideológico de cualquier ciudadano. Un desfile, o una manifestación de júbilo por la toma de una ciudad, o el paso del entierro de alguien muerto en el frente, bastaban para calificar totalmente al que saludase a su paso. Porque no levantaban igual el brazo los generales que los obispos, ni era el mismo saludo el de un viejo liberal que el de un rojo convertido, ni tampoco se parecía nada el brazo en alto de un capitalista al brazo en alto de un muchacho de la O.J., y no lo hacían del mismo modo don Álvaro de Figueroa y Pemán. Ni siquiera dentro de la

ortodoxia más pura dejaba de haber ciertas sutilezas de matiz determinadas por la tendencia ideológica del que saludaba. Era fácil darse cuenta de qué hombres estaban más cerca de lo romano que de lo teutónico, de lo socialista o lo sindicalista, simplemente por su manera de levantar el brazo.

Luego el saludo desapareció, fue suprimido, y la verdad es que la gente ya no saluda cuando pasa la bandera. No porque no les guste saludarla —«hola, bandera», les canta el corazón—, sino porque no saben cómo hacerlo. Waldo de Mier y yo, en la tribuna de Prensa de los desfiles, solemos ser como dos islotes de terquedad, porque continuamos saludando brazo en alto. A veces pienso que nuestro saludo tiene una intención tan reverencial y fiel como de gigantesca higa dedicada a los que pudieron alegrarse con la desaparición de los brazos en alto por las calles. Todavía hoy brotan por millares cuando llega el momento, y estos bosques antiguos aún guarnecen muchas y muy importantes cosas. El saludo era un gesto civil y militar, cordial y ofensivo, un persignarse laico, y se saludaba así a las personas que se cruzaban con nosotros, a los superiores y también al acabar el cine, cuando sonaba el himno nacional y se proyectaba el Franco de Crispin en la pantalla.

Claro que lo más importante de todo es el alma y no la fórmula exterior de un ánimo. El propio Jorge Vigón, en una nota de *El espíritu militar español*, recuerda una anécdota de Beorlegui, que aquí viene como anillo al dedo. Estaba el legendario coronel sentado a orillas del Bidasoa, viendo pasar por la carretera a un Tercio de requetés que venía del hule, donde se había comportado muy lindamente. La marcialidad de aquel Tercio iba por dentro, y sólo se le notaba por fuera a la hora de armar bayonetas, que es lo que habla hecho con todas las consecuencias unas horas antes. «Parecióle al coronel —escribe Jorge Vigón— que sería cosa de ir componiéndoles un buen gesto militar a aquellos valientes, y encarándose con uno cualquiera de los que pasaban, le detuvo, interrogándole bruscamente:

»—Pero oye, muchacho, ¿es que tú no sabes saludar?

»El interpelado, probablemente sorprendido por la pregunta, contestó sin vacilar:

»—¡Sí, señor!

»—Pues anda —repuso el coronel—, pasa otra vez y saluda como es debido.

»Volvió atrás el mozo desembarazadamente, tomó de nuevo el camino con toda naturalidad, y al pasar por delante del coronel le dirigió una mirada limpia y confiada, y con la mejor de sus sonrisas exclamó:

»—¡Adiós, «Biorlegui»!

»Yo no digo que esta práctica sea absolutamente recomendable; pero entre el saludo correcto y abstracto del oficial de Maurois, y el torpe y cordialísimo de aquel requeté de San Marcial, siempre optaría por el segundo».

Así, pues, digamos: «Hola, bandera; buenos días, bandera; adiós, bandera». Si las palabras nacen del corazón, valen; pero a mí me gustaba despedir a la bandera como en aquellas tardes en que la vida de las ciudades parecía paralizarse. Me gustaba el amaina bandera y recordar a los muertos. Y todo el mundo, quieto, firme, brazo en alto, hablaba bajito, bajito, con sus camaradas del frente, con los que cayeron, con los que iban a caer, para luego volver al carrasclás, a la novia o al hospital, que ya era tarde.

CHISPÚN

Onomatopéyico. Más onomatopéyico que la madre que lo trajo al mundo, el chispún o chispum llamaba por su verdadero nombre al cañón de los carros rusos. No sé bien por qué razones —quizá por la proximidad cinematográfica de la primera guerra mundial, *Cuatro de Infantería, Sin novedad en el frente, Remordimiento*, etc.—, en España se utilizó más el vocablo tanque que el vocablo carro. Tanque o carro, el objeto escupía que era un gusto, con puntería y rapidez. Era eficaz desde todos los puntos de vista, incluido el psicológico. Aquello le daba nervios al más templado y le secaba la boca a un odre de Cariñena.

«El sargento que le acompañó con una máquina ocupaba su puesto en los prismáticos. De vez en vez cantaban rápidos los chispum, siempre de distinto sitio».

Y además eso, la celeridad con que se desplazaba.

DISGUSTADOS

Delicioso vocablo que nunca oí en nuestra guerra, y eso que pertenece la palabrita al africano más puro y selecto. «La columna de Xauen cada vez estaba más distante de nosotros. Ya sólo se oía alguno que otro disparo suelto de los “disgustados”, como llamábamos en África a los tiradores que seguían molestando hasta última hora». El párrafo es del general Mola y puede leerse en *Dar Akobba*, esa estupenda relación de un hecho de armas en la que tan de cerca se respira, ahora mismo, el aire de la España de entonces.

En el orden civil, y por razones que saltan a la vista, ¿no se les llamaba los disgustados a las tristes parejas de romanonistas, a las de la Guardia Civil y no se si a las de la Guardia de Asalto?

LA GUAPA

Con el melón recién empezado, hubo en Valencia una milicia armada para servicios de retaguardia que se denominó Guardia Popular Antifascista Valenciana, la GAPV. Los *ches* le cogieron la vuelta a la sigla y comenzaron a llamarla «La Guapa», que hay que reconocer que es un gracioso remoquete. En su libro sobre la Valencia de aquellos tiempos escribe Gabriel Araceli: «Pues bien; para la Columna de Hierro la dicha organización era una especie de «Enemigo público número uno», por aquello de prestar servicio en la retaguardia con arma larga y, sobre todo, con el haber diario de diez pesetas. (La misma paga de los milicianos que servían en el frente.) Llegar a Valencia las pintorescas y temibles representaciones que de cuando en cuando mandaban los de Puerto Escandón y ponerse a cazar guardias populares, ya individualmente, ya en sus propias guaridas o Comisarías, era todo una misma cosa. ¡Allí de tiros, sustos, de echar los cierres de las tiendas, de persecuciones peliculeras por los tejados con acordonamiento de manzanas!»

Como se advierte, los de la Guapa, a pesar de sus precauciones, consiguieron tener frente propio.

AHÍ QUEDA ESO

Remoquete derrotista y altamente psicológico que mereció de sus propias tropas el general rojo Gamir Ulíbarri, nombrado jefe supremo de la defensa de Santander y Asturias después de la liberación de Vizcaya por las fuerzas nacionales. Gironella anota que «las órdenes que daba (Gamir Ulibarri) desde Santander revelaban tan escasa convicción, que sus propios subordinados empezaron a llamarle el general “Ahí Queda Eso”».

La cosa no era para menos. El hombre vivía emparedado entre Brunete y su propio porvenir. Además, si adoptó una postura escéptica fue debido al escepticismo que anteriormente había observado en el Gobierno rojo respecto a sus planes estratégicos. Gamir Ulibarri propuso pasar el Ebro más abajo de Reinosa y, apoyado en el foso que así le quedaría por la derecha, aislar Navarra y empalmar con las columnas catalanas por las líneas de Aragón. En su particular «Memorial de doña Elena» —sería demasiado llamarla santa—, Gamir Ulibarri recuerda: «No se aceptó este plan mío por la situación política

de Cataluña, a pesar del agrado con que se recibió», lo cual es como si yo digo que la OTAN no acepta mis indicaciones sobre operaciones en China a causa de una delicada cuestión en el seno del Jurado del Festival de Benidorm.

Pero, con todo y con eso, el hombre se desilusionó y, como consecuencia, se ganó el remoquete de «Ahí Queda Eso».

PONER EL HUEVO

Cagar.

—¿Adonde vas? —le preguntaba un oficioso a su camarada.

—A poner un huevo, ¿te importa? —le contestaba el urgido.

Los sentimentales cantaban para explicarse:

Aquí te espero

poniendo un huevo...

Y de este modo ya se entendía todo.

Los bueyes volaban, ponían el huevo y regresaban a su base, en la medida de lo posible. Era ésta una temible defecación.

LA MARCHA SOBRE MADRID

En la terminología popular, política y esperanzadora anterior al 18 de Julio, siempre se habló de la marcha sobre Madrid como de una especie de receta que lo resolvería todo. El mundo entero estaba lleno de resonancias de la marcha sobre Roma que Mussolini había hecho catorce años antes con muy buenos resultados, hasta tal punto que en aquella primavera misma —lluviosa, revuelta, dramática e inquieta primavera de los Madriles de 1936—, la marcha sobre Roma, como un excelente y puntual tren fascista, había llegado nada menos que hasta Adis Abeba. Entonces lo europeo era ocupar África. Ahora lo europeo es bajarse los pantalones o llamar terroristas a quien los lleva bien puestos.

Los socialistas intentaron su marcha sobre Madrid desde Madrid mismo, desde Asturias, Vizcaya y Cataluña. Los anarcosindicalistas amagaban Madrid desde sus numerosas revueltas catalanas,

aragonesas, andaluzas, riojanas, etc. Los comunistas aprovechaban ambos tranvías para montarse en ellos.

Falange Española estudió a su debido tiempo la posibilidad de marchar sobre Madrid desde la frontera portuguesa. «Se trataba de concentrar —anota don Manuel Aznar en su *Historia Militar de la guerra de España*— de cuatro a cinco mil militantes de Falange Española en la frontera de Portugal. Determinadas secciones de vanguardia irían provistas de ametralladoras, fusiles-ametralladores y fusiles de repetición; detrás marcharía la masa principal, armada con pistolas-ametralladoras y algunas dotaciones de bombas de mano. Los alzados intentarían seguir la clásica ruta de invasión que todos los tratadistas aconsejan para una fuerza que aspire a la conquista de Madrid viniendo de Portugal. Se había releído en algún cenáculo el curioso librito de Mor de Fuentes que trata de este sugestivo tema. Si la empresa salía adelante, todo quedaría bien logrado. Si, por el contrario, resultaba imposible forzar los caminos defendidos por las fuerzas del Gobierno, los alzados se batirían a la defensiva, con el designio de mantener hasta el máximo un estado de inquietud y de zozobra ante el cual —creían los autores del plan— tendría que rendirse irremisiblemente el Poder vigente en España. En el peor de los casos, Falange Española hubiera medido ampliamente sus armas y aumentado la lista de sus mártires, y puesto que mártires hacen religiones, la Falange se impondría a la conciencia española por su coraje y por su capacidad de combate y de sacrificio».

Se decía que el general encargado de mandar esta marcha pudiera ser Sanjurjo, a la sazón exilado, y por mi parte calculo que todo el plan arriba indicado fue uno de los temas de estudio de la Junta Política reunida en el Parador de Credos.

Aquellas pistolas-ametralladoras utilizadas masivamente eran un anticipo del subfusil, en cierto modo la prehistoria del Cetme. La evolución acelerada de los acontecimientos quemó el proyecto, pero el ánimo que lo impulsaba quedó. ¡Vaya que si quedó!

Sanjurjo, desde Sevilla, planeaba su marcha sobre Madrid, y no le faltó más que aquello que le dijo Franco al señor Azaña: «Veinticuatro horas». Los montes de Navarra, encendidos de boinas rojas con las primeras llamaradas de los incendios de conventos e iglesias en mayo de 1931, también albergaron sus sueños de marcha sobre Madrid, y cuando el Director impartía instrucciones desde el solitario despacho de la antigua Capitanía de Pamplona, ya especificaba bien claramente que apenas declarado el estado de guerra en las guarniciones, una serie de columnas, pequeñas, rápidas y efectivas, habrían de lanzarse sobre Madrid, tomando como eje de marcha las principales carreteras de la red general.

La marcha sobre Madrid era un tic nervioso en la España de la segunda República. La expresión se utilizaba con esperanza en diálogos y epístolas familiares. No tanto en prensa, claro, porque bajo la democracia kerenskiana la censura pitaba que era un gusto.

«El día 17 (julio 1936), tuve, con la carta de mi hermana, la primera noticia —escribe M. Morales—: me notificaba que Eduardo, su marido, el comandante de Aviación, Gallarza, había salido para Cádiz a probar un hidro; luego, hablaba largamente de sus chicos, y ya al final, comentando los acontecimientos repugnantes que se habla dado en llamar políticos, decía, “cuándo se hará la marcha sobre Madrid”».

Una vez estallada la guerra, Madrid estuvo siempre en el corazón de los soldados de Franco y en la mira de sus fusiles, disparasen éstos en el Norte, en el Sur, en el Este o en el Oeste. Madrid era la victoria. Personalmente puedo confesar que si el Alzamiento se inició de manera oficial, por lo que a Pamplona respecta, en la mañana del domingo 19 de julio —¡vaya un día de sol desde tempranico!—, en la tarde del sábado 18 cualquiera estaba harto de saber que en la jornada siguiente se formaría una columna con destino a los Madriles, y el que más y el que menos, todos queríamos formar en aquella privilegiada fuerza, inmediata protagonista de la marcha sobre Madrid. Algunos nos salimos con la nuestra.

Eso de la marcha sobre Madrid estaba tomado, indudablemente —ya lo dije más arriba—, de una terminología revolucionaria muy en boga por aquellos años, cuando Curzio Malaparte aún le dedicaba cantatas al Duce:

Spunta il solé

e canta il gallo,

o Mussolini

monta a cauallo.

Creo que se escribe así; en cambio, estoy seguro de que cuando componía el maravilloso escritor y desacreditado político estas cantatas, no vomitaba inmundicias sobre su propia bandera, como habría de ocurrir más adelante. Bueno, a lo que estamos.

Todos los proyectos insurreccionales de aquella húmeda y triste primavera, más pasada por sangre que por agua —¡y cuidado que jarreó!—, tenían, lógicamente, su estación Términus entre Atocha y Príncipe Pío, y hasta se habló de que un buen día iban a hacer la marcha sobre Madrid los cadetes del Alcázar; fue antes de mayo y soy testigo de que hubo gente esperándoles por la calle de Alcalá y algunas adyacentes. La espera acabó como el rosario de la aurora.

Pero Madrid, que bien lo vale —sobre todo si se le ve lo hermoso que está ahora—, se hizo desear lo suyo. Al principio en todas las columnas que punteaban sobre la capital española —Madrid era una tierra de fábula, la tierra prometida, donde la victoria se haría vertiginosa y fácil, aunque vaya usted a saber si aquella facilidad no hubiese sido trágica—, se daba en abundancia el tipo de voluntario que juraba no afeitarse la

barba hasta la Puerta del Sol. Otros, lo mismo en Somosierra que en los hombres de las legendarias y rápidas columnas del Sur, lo mismo en Navafría que en los Leones, se acordaban de los viejos romances fronterizos y hacían promesas tremendas y muy concretas —«ni con su mujer folgar»—, cuya liquidación fijaban los más escandalosos en lugares como «Miami», la respetable Madame Teddy o de muy parecido estilo. Pero calculo que ni los pilosos ni los sacrificaderos de la dulce holganza estuvieron en condiciones de cumplir su promesa, porque los isidros nacionales rondamos Madrid treinta y tres meses, y eso, la verdad, es mucha barba en todos los sentidos y con todos los respetos.

Jamás un verso fue tan profético como éste de Cristóbal de Castillejo:

A las tierras de Madrid

hemos de ir;

todos hemos de morir.

Pero se quería a Madrid aun a costa del pellejo. Madrid era como una alta estrella a la que se pretendía tocar con las manos y, al cabo del tiempo, a veces pienso que otra de las razones por la que los rojos perdieron la guerra fue porque no tenían, como nosotros, la ilusión de entrar en Madrid.

Madrid estaba en los rumores y en las mochilas. Algunas solitarias hojas provinciales avanzaban con mucha más rapidez que los ejércitos, y así, al mismo tiempo que leíamos en Somosierra cómo el general Franco acampaba en Córdoba, disponiéndolo todo para entrar en Madrid, nos enterábamos, con el júbilo consiguiente y desaforado, de que José Antonio, al mando de una columna de falangistas alicantinos, había rebasado Albacete y ya casi abarcaba con su brazo la cintura vallecana de Madrid. Esto nos lo creíamos a pies juntillas, aunque alguna duda nos corroía al leer la prensa de Madrid, que gentilmente nos arrojaba el mando rojo desde el famoso y ubicuo «Negus», donde se informaba de que los caballos desventrados apestaban las calles de Burgos, y de que nosotros, muertos de hambre y de fatiga, nos disponíamos a una última y desesperada defensa en la línea del Duero, y de que ya hacía una temporada que no vivaqueábamos en Somosierra, claro. Las guitarras joteras respondían fanfarronamente:

Navarricos, navarricos,

somos los hijos del Cid,

y aunque no quieran los rojos

entraremos en Madrid.

Desde primeros de agosto, los que se pasaban a zona nacional por nuestra línea nos contaban que en Madrid había mucho hambre, lo cual

resultaba evidentemente exagerado, dicho en términos generales, pero, por si acaso, todos reservábamos un rincón en nuestra mochila o nuestro macuto para urgente despensa de los familiares y amigos que esperaban en Madrid. Cuántas de aquellas latas de sardinas, de calamares, de mermelada o de melocotón en almíbar, despenaron los estómagos ateridos de las jornadas invernales, cuando el frente de Madrid se endurecía hasta más allá del diamante y los fantásticos soldados de Yagüe y de Varela le besaban la mano a Madrid por los desmontes de la Universitaria, igual que hacen ahora los novios —valga decirlo tan recatadamente—, aunque estos últimos casi con más dificultades, por asunto de los guardias y cosas así. Comenzaban los distingos en el vocabulario: «Éramos dos a recordar quince días escasos de guerra. Porque ya llamábamos guerra a la marcha sobre Madrid y faltaban muchos meses para que la llamásemos campaña».

Madrid estaba en la boca de aquellos valientes que se batían en las orillas del Manzanares, que cruzaban el río, que trepaban casi hasta la Cárcel Modelo. Recuerdo un día neblinoso, mustio, frío y sofocante al alimón, como esas mantas malolientes de la tropa aspeada, y veo a aquellos tres legionarios mal heridos a los cuales interrogaba un capitán de Estado Mayor:

—¿Dónde os dieron?

Uno contestó:

—En la calle de la Princesa.

(Camino de mi casa. Cerca de mi casa. Mi corazón petardeaba como una «Harley», que era una moto potente y muy de moda.)

El otro contestó:

—En la Plaza de España.

(Junto a mi casa. Al lado mismo.)

Y el tercero ya se pasó de mi casa y siguió más adelante:

—Justo al pisar la Puerta del Sol.

El capitán tiró de petaca, repartió pitillos y nos dijo melancólicamente mientras se rascaba sus barbas nazarenas:

—Los tres tienen «fiebre del frente». La verdad es que aún no hemos pasado las tapias de la Casa de Campo.

(Mi corazón, por un momento, se caló.)

Por esos mismos días —un poco antes, el 2 de octubre— el vate Luis de Tapia preparaba a sus lectores para impresiones algo más fuertes.

Oficialmente no habían perdido Badajoz y nos habían tomado el Alcázar, Córdoba, Granada, Huesca, Teruel y un poco de Valladolid, pero, sibilino él, Luis de Tapia profetizaba en versitos:

¡Si en la lid

se aproximan a Madrid,

en otras partes, con miedo,

huirán, de Álava y de Oviedo!

Aunque parezca mentira se llegó a decir que la centelleante marcha sobre Madrid de las columnas del Sur, era el resultado de lo bien que ellos les picaban la retaguardia desde el Oeste. El que no se consuela es porque no puede, y ateniéndose rigurosamente a esta consigna, Tapia exclama:

¡A la larga,

no puede sernos amarga

la lucha en todos terrenos!...

¡Somos los más y los buenos!

Y la verdad es que eran más y que eran buenos, y desde aquel momento iban a ser mejores aún. Lo que pasa es que el Ejército, la Falange y el Requeté les sacaban ventajilla. Porque en zona nacional las incitaciones al heroísmo nacían de la propia tierra, de la propia sangre, de la propia Historia. Los cipayos, en cambio, necesitaban «un magisterio del heroísmo» en caracteres cirílicos, como verá quien lea lo que sigue — del *Madrid*, de César Falcón—, siempre que tenga paciencia y no se lo brinque. Conviene, antes, hacer gárgaras preventivas contra la estupidez y el cinismo. Y una vez advertidos, hale, allá va:

«Con la misma fe trabajaban los demás comunistas. Una mañana han aparecido grandes flechas de madera en todos los postes de La Gran Vía. Señalan el camino del Capítol; anuncian *Los marinos de Cronstadt*. Un inmenso cartel de Renau cubre la fachada del cine: vibrante y poderosa alegoría del heroísmo proletario. La fuerza, la tenaz bravura de los defensores de Petrogrado aparecen simbolizadas en un puño gigantesco que dice a Madrid cuál es la magnitud de su propia fuerza.

»*Los marinos de Cronstadt*. El pueblo intuye su propia suerte. Los obreros se detienen a contemplar la potente composición de Renau. Miran y remiran, absortos, subyugados por la potencia revolucionaria del cartel, aquellos marineros que guardan los cañones proletarios, bajo la enseña del puño firme.

»—Esta es una película soviética, ¿verdad?

»—Ya lo pone ahí.

»Madrid está hoy pleno de historia; de la verdadera historia, la que crea el porvenir. Lo aparentemente más pequeño, más simple, entraña un acontecimiento de vastas proporciones. La ciudad, los hombres, las cosas, todo, hasta los menudos sucesos privados, trascienden del día, de la existencia cotidiana, y proyectan su significación en el futuro. ¿Qué significa hoy en Madrid *Los marinos de Cronstadt*? Es una escuela de lucha para nuestros combatientes. El ministerio de Instrucción Pública la presenta como una enseñanza de guerra, como el más alto y eficaz magisterio: el magisterio del heroísmo.

»Al estreno asisten el presidente de la República, el Gobierno, jefes militares, altos funcionarios. El señor Azaña llega de los primeros. Antes de la función, permanece varios minutos en el vestíbulo superior, rodeado de sus edecanes. Ante él, guardadas por dos milicianos del Quinto Regimiento, exhibense las banderas que las masas ganaron en Julio. El Presidente las contempla en silencio.

»En este momento alguien llama por teléfono al ministro de Marina y Aire. La charla es muy breve. Uno tras otro se marchan los ministros. La película, los himnos, las grandes emociones del público ocurren sin la presencia del Gobierno.

»Finaliza aquel magnífico episodio de la obstinada resistencia de los defensores de Petrogrado, cuando reaparecen los ministros. Acaban de tomar el acuerdo de poner a salvo la primera magistratura del Estado. El Presidente de la República sale del cine, camino de Barcelona. El pueblo le ovaciona fervorosamente, mientras su coche toma la ruta del destierro. El pueblo no sabe que ha caído Navalcarnero. Si lo supiese le aplaudiría, sin duda, con mayor firmeza. Porque ya ha comenzado a subir de nuevo la temperatura heroica de Madrid».

De este modo, cuando quisieron recitar los versos del 2 de mayo nadie los sabía ni les importaban nada. En Zaragoza, frente a los franceses, se representaba *La Numancia* cervantina: aquello tuvo más éxito que los marineritos de Cronstadt y que el acorazado Potemkin, del que puede decirse que, en cierto modo, naufragó en el Retiro.

Por aquel otoño estuvo la codiciada presa tan a mano que desde San Sebastián vino hasta los arrabales de la capital el primer número del periódico nacional falangista *Arriba*, fechado en Madrid, noviembre de 1936, número 35 —supongo que continuando el semanario—, Año II. Creo que se tiró en los talleres de *Unidad*, periódico donostiarra recién fundado para la Falange por José Antonio Giménez Arnau. No llegué a ver entonces ni un ejemplar; sé, en cambio, que aquella edición amarilleó en algún sótano de los Carabancheles hasta que alguien recordó que allí había papel bastante para encender fácilmente el fuego e incluso para otros menesteres. Poseer un ejemplar de aquellos sería

una curiosidad histórica de mucho valor. Gracias a la amabilidad de José María Sáenz, un camarada de Barcelona, conseguí fotocopiar tan raro número. La cabecera es la clásica del semanario. Domina la plana un párrafo del discurso de José Antonio en el cine Europa madrileño, pronunciado el 2 de febrero de aquel mismo año con motivo de las elecciones. Hay un retrato de nuestro Jefe Nacional, dos editoriales: *Al reaparecer* y *Nuestra vuelta*, y con el retrato de Franco una arenga pronunciada por el Caudillo ante la Falange el 24 de agosto de 1936. Por dos veces se repite la acuciante consigna: «Ahora o nunca». Y esto es todo por lo que a la primera plana se refiere.

Tronaban sobre la ciudad los 15 y los 7,5 de Alarcón de la Lastra, y muchas de aquellas pocas baterías procedían del parque rojo. Respondía la tormentaria cipaya con los regalos francosoviéticos. Se iniciaba el frente de Madrid y terminaba la marcha sobre Madrid.

Los periódicos de la zona liberada publicaron el 8 de noviembre una foto en que aparecía un mojón de O.P.: «A Madrid, 5 kilómetros». Esta foto dio la vuelta al mundo.

Me atrevería a asegurar que la marcha sobre Madrid acabó el 18 de noviembre de 1936. Mi convicción parte de una nota arrebatada al volumen *La guerra, de Liberación Nacional*, editado por la Cátedra Palafox, de Zaragoza, pilotada por García Arias, un antiguo estampillado, con todas las conferencias allí dictadas en ocasión del XXV Aniversario del Alzamiento; pertenece la cita a la que pronunció el general Asensio sobre el tema *El avance sobre Madrid y operaciones en el frente del Centro*. El teniente general Asensio, inteligente, valeroso, ejemplar —uno de los generales que mejor nos caía y nos cae a los provisionales—, dice: «Las obras de fortificaciones que nos oponían eran de mayor importancia, así como más extremada la defensa en las edificaciones de los arrabales. Se creó la Junta de Defensa, presidida por Miaja y constituida por representantes de los partidos políticos y de las organizaciones sindicales. El día 13 de noviembre, Miaja decía en una alocución: «Cincuenta mil hombres vais a aprestaros hoy a una lucha decisiva...».

Dos días después, cuando don Carlos Asensio pasó el Manzanares y se adentró, con el paso ligero de un estudiante, en la Ciudad Universitaria, la marcha sobre Madrid había terminado entre la mañana y la tarde. Doscientas ametralladoras rojas, en un sector pequeñísimo, le entonaban el réquiem. «La fatiga de los ataques llegaba a la extenuación —escribe don Manuel Aznar—. Cuando la jornada se iba esfumando en las sombras, la columna de ataque a Madrid no pasaba de los 1.500 hombres. Los demás eran bajas inexorables, o guarnición escasísima de los flancos inmediatos, montados al aire y sometidos a un castigo continuo». Y Lojendio añade: «El general Franco avanzaba para liberar Madrid y no para destrozarlo».

Comenzaron las nieblas. Dentro de la ciudad se corrió el rumor de que no había tal niebla, sino inmensas cortinas de humo tras de las cuales

iba a colarse de rondón la fuerza sitiadora. Lo recuerda el P. Cuadrado en *Mis diez meses de Madrid rojo*. También se hablaba de un gas adormecedor, de una gigantesca nana química que colocaría en brazos de Morfeo a todos los madrileños, permitiendo así la entrada de nuestras tropas; pero esto se decía más en Salamanca, porque en todas las plazas mayores cuecen habas imaginativas.

España se poblaría de crónicas en las que se describía a Madrid bajo la humareda de los combates, oculto en el polvo denso de los bombardeos. Aquello era ya el frente de Madrid. «Dos Ejércitos escondidos en dos paisajes de Goya y Velázquez —evoca un escritor madrileñísimo en el más noble sentido de la palabra—. Goya, en los Carabancheles, con fondos de cúpula de San Francisco el Grande. Guerra en la Pradera de San Isidro y a orillas del Manzanares; fusilamientos en San Antonio de la Florida, en los lugares de «La merienda» y «La maja y los embozados». Obuses y ametralladoras con fondo de tapiz y luz de «La vendimia».

«Y enfrente —continúa Neville—, la Casa de Campo: Velázquez; las jaras y los robles concretos y recortados sobre un cielo diáfano. Detrás y a lo lejos, los azules y las nieves de la sierra. Allí, sobre huellas de los gruesos caballos de los Austrias, se presentían hombres bien plantados, seguros de su equilibrio, con sonrisas de campesinos que beben vino y forjan espadas en la fragua de Vulcano».

Agustín de Foxá, madrileño con sangre de sardana, lo veía así:

«Estaba en Carabanchel. Aquello ya era Madrid.

«Recorría el adoquinado madrileño, los vías del tranvía y los postes, con el cuadrado rojo de la “parada discrecional”, y los cables del trole, caídos, sin corriente, inofensivos, sobre el suelo. Y ya el acento a la “elle” madrileña, mal pronunciada en los bares, en una lechería, en alguna tienda que aún estaba abierta. Todavía por el cemento de los solares, letras rojas. “Por la libertad de Prestes”. Y debajo, la hoz y el martillo... Libros, cartas, zapatos y un auto de pedales, abollado en medio de la calle. Se veían pisos, que habían sido felices, con las camas sin colchones».

Hubo entonces patrullas de guías; se trataba de chicos voluntarios, buenos conocedores del callejero madrileño, que se agregaban a las fuerzas de choque para conducir las por el laberinto de la capital. Uno de ellos me confesaba:

—¡Quién me iba a decir a mí cuando llegué a Madrid de cateto, hace tres años, que acabaría haciendo de *Guía de Madrid de Noche*!

Muchos de estos chicos se quedaron para siempre en las puertas de la ciudad tan fuertemente amada, y casi todos los supervivientes de la otoñada militar pasaron a incorporarse al Tercio y a los Regulares

después de hacer el curso de Alféreces, y también antes. Les había gustado la cosa.

A veces, desde Somosierra, subíamos a Burgos a pasar unas horas de aquel verano de 1936, y entonces los que «éramos» madrileños buscábamos caras paisanas en el Espolón, y era una alegría encontrar algún rostro vagamente universitario, pero, en fin, lo suficiente como para preguntar:

—Oye, tú... ¿Tú no estudiabas en Madrid?

Y en el caso de que así fuese, se pegaba la hebra un ratito.

—Y a Pezuela, ¿lo conoces?

—¿Sabes algo de Ródenas?

—¿Tienes noticias de Lostau?

Se intercambiaban informaciones más o menos precisas y noticias más o menos fantásticas en aquella lonja de la nostalgia madrileña. Así me enteré de la muerte de algunos amigos, del azaroso vivir de otros, de que Lostau se hacía pasar por francés y se llamaba «Lostó», de que a Eduardo lo mataron bellacamente en la carretera de Francia, kilómetro 13, el día en que nosotros llegábamos al 83; de que nada se sabía de Pezuela desde que se apagó la hoguera de la Montaña Príncipe Pío; incluso se tenían noticias de noviazgos, porque el amor podía con la guerra.

Le seguíamos la pista a Madrid desde las crónicas de los periódicos, desde los diarios rojos que caían en nuestras manos, desde los relatos de los fugitivos, desde las voces de la radio y, sobre todo, desde una aguardentosa, de dialéctica tabernaria, que solía pelearse a matar con Radio Jaca, donde tampoco se mordían la lengua para contestarle al sujeto aquel, que se apellidaba algo como López Caire, o Gómez Caire, o Fulano Caire; han pasado muchos años y la memoria falla; ustedes perdonen. Lo que no he olvidado es lo a gusto que nos reíamos cuando, después de soltar un florilegio de improperios que hubiese ruborizado al propio Mingo Revulgo, el orador de turno anunciaba con voz cortés: «Paso a la escucha», y se disponía a soportar la rociada de réplica.

Dentro de Madrid, incluso los presos de la Cárcel Modelo, sin radios a mano, supieron que las tropas nacionales marchaban aceleradamente sobre la capital. Según Arturo Barea, el ilustre robacorazones, «el 13 de octubre, Madrid escuchó por primera vez el ruido del cañón». Para Fernández Arias (*La agonía de Madrid*) el asedio comienza el 23 de octubre. «De día. Con un sol espléndido. A las ocho de la mañana, aviones del Ejército liberador vuelan sobre la capital».

Javier Martín Artajo olfatea las horas decisivas desde la Cárcel Modelo: «Algunos de los responsables procuraban entrar en contacto con los

presos que consideraban de mayor categoría social para que en su día pudieran protegerles. Retenían su odio y disimulaban su miedo, aparentando comprensión y hasta amabilidad.

»—La verdad es que ya tengo ganas de que se acabe esta guerra; al fin y al cabo todos somos españoles. Hay cosas que no están bien: matar por matar no tiene gracia».

Un poco después, la misma Cárcel Modelo pasaba a la nomenclatura de vanguardia. «El bombardeo arreció. Sin duda estaban batiendo el inmediato Parque del Oeste y la propia Cárcel Modelo. En ésta entraban a empellones milicianos heridos, unos por su propio pie y otros en camillas. Como los sanitarios no eran suficientes pidieron voluntarios entre los presos. Los purihueleros se ofrecieron para el humanitario servicio, con la esperanza, al mismo tiempo, de encontrar ocasión para fugarse».

Las Brigadas Internacionales estaban en Albacete. Algunos sabían muy bien esto. *Ahora*, del 27 de octubre, clama; «¡Ay de los vencidos! Que nadie ose pedirnos cuenta el día de mañana». Los moderados del *Ahora* rojo vendían la piel del faccioso con una ligera anticipación sobre el horario de caza, a la vez que pregonaban un magnífico repertorio de venganzas. Los ánimos eran buenos —aunque algunos pontificadores ya tuviesen apalabrada residencia diplomática para su refugio—, de modo que en la noche del 3 de noviembre todavía insistieron algunas radios rojas en la toma de Burgos y Valladolid. El parte oficial soviético era el opio del pueblo y como una ración extra de asaltaparapetos, el día 7 de noviembre los cipayos de *El Socialista* exaltaban la moral de los «defensores de la independencia» con algo que siempre ha tocado en la entretela cordial de los españoles: el aniversario de la caída de Petrogrado, que fue tomado por los rojos mismamente en tal fecha, con perdón. La gente se disponía a morir por Petrogrado con el tapabocas a media asta.

Barea precisa: «Aquel domingo, el interminable 8 de noviembre, desfiló por el centro de la ciudad una formación militar compuesta de extranjeros en uniforme, equipados con armas modernas: la legendaria Brigada Internacional, que habla sido entronada en Albacete, venía en ayuda de Madrid». El 11 de noviembre seguían llegando refuerzos bajo la llovizna helada. Fernández Arias consigna en su diario: «Por la mañana y a primeras horas de la tarde desfilaban por las calles céntricas columnas rojas con música estridente».

Mientras la columna de Asensio cruzaba el río el día 15, la Nelken, en funciones de vice-Pasionaria, exaltaba al pueblo con «buen intensidad», y aclaraba: «No es verdad que el Ejército faccioso está en Rosales, como falsamente se ha dicho», y a continuación mostró su extrañeza porque «un pueblo que tan heroicamente su estaba portando como Madrid, hubiese sacado a los balcones banderas blancas cuando aún ondeaba la bandera tricolor en los ministerios».

Los que no ondeaban eran los Ministros, ya en cubierta completa al amparo del Levante feliz. El Presidente consideró más oportuno asentarse en Barcelona; la frontera quedaba más aparente. En esos días se acuñó una expresión que ha adquirido valor universal; quinta columna. Y según parece, los rojos apellidaron a la noche de la retirada del Gobierno y buena parte de la Administración, la «noche del miedo» y la «noche de la gasolina», por lo mucho que se derrochó de ambas cosas, y de la primera por partida doble, ya que se temía incluso más que a los nacionales, a las patrullas anarcosindicalistas del control de Tarancón.

En cuanto a nosotros, vivíamos Madrid a través de las tarjetas de la Cruz Roja Internacional —que, por cierto, tuvo más de internacional y de roja que de cruz—, desde los prismáticos y anteojos de antena de la línea de cerco y también gracias a las fotografías de las revistas extranjeras con la jeta de Stalin —el pobrecito y desacreditado finado— en la Puerta de Alcalá, y nuestro dolor se hacía cada vez más angustioso y anhelante. No sabíamos que la marcha sobre Madrid había terminado; eso lo sabemos ahora. Sabíamos que la marcha sobre Madrid hacia un pequeño alto. Entonces fue cuando los españoles de la provincia nos graduamos de madrileños y entendimos la servidumbre y la grandeza de la capitalidad. Si enormes eran los pecados de Madrid, grandes fueron sus virtudes y amplió el río de sangre madrileña que los iba lavando sencilla, humilde, sacratísimamente. Se veía claro que aquello de «para Navidad, en casa» iba a ser archivado. Los optimistas fijaron plazos hasta la primavera mientras el cielo se ponía del color de panza de burro y comenzaban las nevadas. La esperanza renació en el Jarama.

Varela dijo; «No hemos entrado en Madrid, pero hemos conquistado Madrid», y no le faltaba razón. Kindelán sostiene que la Aviación de aquel momento pudo doblegar a Madrid, pero que no era cosa de despedazarlo. Franco se lo explicaba bien al embajador italiano, ya con la guerra metida en Vizcaya; «Las fracasadas ofensivas sobre Madrid me han enseñado que debo abandonar el propósito de una grandiosa e inmediata liberación total. Región por región, éxito tras éxito, sí. Las poblaciones del otro lado comprenderán y esperarán. Ninguna razón me podrá obligar a apartarme del plan gradual: me reportará menos gloria, pero más paz interna. A cada triunfo, el número de rojos disminuirá detrás de mi, como enfrente... No me interesa el territorio, sino los habitantes. La reconquista del territorio es el medio; la redención de los habitantes es el fin. Yo administro y me ocupo de los intereses incluso de los españoles rojos. Esta es una guerra especial, única. Ustedes la llaman guerra fratricida; Unamuno ha dicho que también es fraterna».

Madrid, pues, moderaba el ritmo de la guerra, y Madrid, con sus dolores auestas, aún encontraba fuerzas para comprender, esperar y sonreír. Entonces se inventa el dicho: «Entre Paco el Largo y Paco el tranquilo tienen a Madrid en vilo». Bendita tranquilidad de quien tenía en sus manos algo tan hermoso y quebradizo como el futuro de España.

Lo de Guadalajara pasó como un soplo y apenas si tuvimos tiempo de hacernos ilusiones, aunque el general Queipo, tan animoso como siempre, anunciase que Madrid iba a estar en la bolsa de costado de un momento a otro. Lo de Guadalajara fue algo muy especial y estableció como un primer nexo de mutua y admirativa unidad entre los españoles escindidos. Ya la guerra no se hacía con los planos turísticos de la guía Michelin, sino con la minuciosa cartografía militar del 1:50.000, y a las alegres y románticas columnas de Julio sucedía el rigor de las brigadas, las divisiones, los cuerpos de Ejército, los Ejércitos, y a la despreocupada manía epistolar de las primeras semanas, bajo cuyo amparo aquel que tenía a mano una oficina de telégrafos era capaz de ponerle un mensaje a su novia diciendo: «Sentado kilómetro 83 carretera Madrid-Somosierra envíote besos», sustituía las reservas de las estafetas de campaña y una lógica censura que impidiese arrebatos de precisión estratégica o previsiones tácticas en los instantes debidamente reservados para la pura efusión familiar. Madrid quedaba lejos y, sin embargo, estaba cerca, «apretao», como las «modis» esas de los chotis castizales y algo blenorragicos.

Sentíamos el tirón de Madrid, la nostalgia del Prado prisionero —con los patriotas de Goya y el Emperador Carlos en Mulberga, los cielos de Patinir, la maja desnuda y aquel espigado legionario de la mano al pecho—, y también de la cerveza y los mariscos de «Vinces», y el deseo de jugar al fútbol, como lo hacíamos antes, en aquellas explanadas que ahora cribaban las ametralladoras. Se cantaba como un sentimental ultimátum:

Si te quieres casar

con las chicas de aquí,

tienes que ir a luchar

al frente de Madrid.

Otros decían:

Tienes que ir a buscar

capital a Madrid.

Pero por si esto pudiera crear confusiones crematísticas, para nada aludidas por la inmensa generosidad del tiempo, otros preferían decirlo así, aunque la verdad es que no aclaraban mucho:

Tienes que ir a ganar

capital a Madrid.

En fin, yo nunca he precisado si este capital era masculino o femenino o neutro, pero en todo caso la intención cala del mejor lado.

Cuando me tocó hacer el cursillo de alferez en Ávila, siempre tan cerca y tan lejos, Madrid estaba otra vez al alcance de las manos. El general Cabanellas nos visitó en la Academia y nos arengó y nos dijo que éramos la promoción de la paz y que juraríamos bandera en la Castellana, y había que ver lo contentos que nos pusimos todos. Luego la promoción entera fue a parar a los campos nevados de Teruel, y más tarde a la guerra por Aragón, Levante y Cataluña; pero Madrid estaba en Zuera, en Tremp, en Balaguer, en el Maestrazgo, en el Ebro, en Montserrat y en Port-Bou. Continuaba el cerco, pero el agua y la luz, cuyas llaves estaban en la mesa de Franco, nunca se cortaron para Madrid.

Madrid cayó en primavera, que era cuando tenía que caer —sin que nadie se acordase de la marcha—, y trajo la victoria debajo del brazo —como se decía en tiempos de la marcha—, que era lo que tenía que traer. En el hospital alborotamos mucho, incluso los del Pabellón Blanco, que teníamos prohibido gritar, beber, fumar y todo, por prescripción facultativa. Yo estaba muy nervioso —aunque estar nervioso también quedaba terminantemente prohibido para los huéspedes del Pabellón Blanco—, y me puse a escribir un artículo en el que hablaba de las acacias de los bulevares, de la Cibeles, de la iglesia de San Marcos, de mi barrio universitario; en fin, de muchos tópicos. Pero luego lo rompí y opté por quedarme con la mejor parte, que consistió en escaparme del hospital por cuatro días y largarme a Madrid a bordo de un turismo de Auxilio Social que conducía un jerarca que apenas si veía más allá de diez metros. Menos mal que con nosotros viajaba el capellán, don Jesús.

Íbamos advirtiéndole:

—Curva hacia la derecha, suave, suave...

—Ojo, Luis, un carro.

—Cuidado, que hay niños...

—Espera, que vas a adelantar a un batallón, y no es cosa de que haya bajas, ahora que la guerra ha terminado.

Crucé las antiguas líneas de Somosierra, vi las viejas posiciones, los paisajes primerizos. Miraba hacia el monte, bajo el cielo gris, y sentía una como congoja que me fastidiaba bastante.

Entramos en Madrid —la primera «tumba del fascismo», para lo que gusten mandar—, cargados de laterío, y por Tetuán de las Victoria. Al pasar frente al cinema «Europa», donde había hablado José Antonio por última vez en un acto público, el corazón me pegó un brinco y por poco se me sale de la caja. Recordaba a muchos amigos que vi allí y que ya nunca volvería a ver. Madrid estaba sucio, triste la color, pero con el

alma relimpia y esperanzada. Madrid quedaba a la vista como el resumen astroso de toda una política castizales por un lado y extranjerizante por el otro: dos extremos mortales.

En estos años, ¡cómo ha crecido Madrid, cómo se ha rehecho, cómo se ha hecho —esto es más justo—, qué buen mozo nos ha salido! Castizales quedan pocos, gracias a Dios, y eso debe ser cosa a medias entre el DDT y los nuevos modos. El mejor Alcalde de Madrid ha sido Franco, a distancias astronómicas de cualquiera que nos extraigan por manera ejemplar los hombres-rana de la Historia, que ahora florecen más de la cuenta. Madrid nació aquel 28 de marzo de 1939 y ha estirado lo suyo a lo largo de estos veinticinco años. A mí me gusta contemplarlo desde la terraza del edificio España, justo cuando el sol se pega a la tierra allá por el Oeste, como se pegaban a la tierra los soldados de la marcha; justo cuando se van encendiendo las luces de Madrid me gusta hacerlo. Desde allí se ve todo; se ve, incluso con claridad, el sentimiento de nuestra vida en estos tiempos; se ve la dulce paz, la inquieta esperanza, la guerra aquella y también los años precursores. El tejado de la casa donde murieron mis padres, la terraza donde mi hija primera aprendió a andar, la iglesia de siete bautizos, el jardín de los novios, el huerto de las monjas, la Feria del Campo, la estación para Pamplona... Todo se ve, y Madrid está muy hermoso.

Y uno busca con los prismáticos aquel campito de los Carabancheles con un merendero, una parra y reservados, desde donde por vez primera clavó los ojos con deleite en el Madrid próximo y deseado mientras una compañía del Tercio atravesaba a paso ligero un rastrojo cubierto de cintas de bomba de mano, como si aquello fuese un carnaval solanesco en un descampado. Pero aquel campito no hay manera de encontrarlo, porque seguramente sostiene una fábrica, un bloque de viviendas o una escuela profesional. Se siente la satisfacción de comprobar que aquella dolorosa marcha sobre Madrid, ha puesto a Madrid en marcha.

EL FELIPE

Chulería madrileña empleada para designar a cierto cañón que funcionó al servicio de Miaja desde los primeros días del cerco hasta el día 20 de enero de 1937.

He aquí su pequeña historia, extractada de *La agonía de Madrid*, relato de Adelardo Fernández Arias, conocido por «El Duende de la Colegiata», que también es un seudónimo aparente. La primera referencia es del 2 de diciembre:

«Los rojos no tenían artillería antes y ahora poseen no solamente una abundante y moderna artillería, sino ¡hasta el cañón «Felipe!, pieza que se emplazó primero en el Observatorio Astronómico y ahora se ha emplazado en el Retiro, con otras baterías, y desde donde, muy “camuflado”, dispara sus proyectiles gigantescos. ¡Todo ruso!»

La segunda referencia, que como la primera refleja muy bien el ambiente de rumores que había en Madrid, es del día 9 del mismo mes y parece vacilar en la cuestión patronímica:

«No se oyeron disparos. Por la mañana, hacia las diez, suenan dos o tres grandes detonaciones. Parecen de “El Abuelo”, el cañón misterioso de los rojos, al que también llama el vulgo “Felipe”». (¿No resuenan los ecos del Gran Berta?)

El día 15 de enero de 1937, nublado, muy frío, silencioso, registra:

«Inútiles todos los disparos ¡ciegos! del cañón que ellos llaman “El Abuelo” y del que están orgullosos. Camuflado dentro del Retiro, dispara sin ton ni son, haciendo creer a la gente que da en el blanco».

(Que yo sepa, aunque de oído en algún caso —y no es mal sentido en cuanto a la artillería se refiera—, hay algún «Abuelo» más en nuestra Historia. Uno, en la guerra de la Independencia. Otro, en la primera carlista. Ambos fueron transportados por guerrilleros de un punto a otro de España. Valle Inclán se ha ocupado de este tema en su serie carlista, si no me equivoco. También en África hubo un «Abuelo». Asenjo habla de él: «“El Abuelo”, un viejo y voluminoso cañón nuestro, que cuenta más de un siglo y que cuando dispara tiemblan nuestros parapetos y los palacios de adobe de la oficialidad; aúllan los perros y cambian de amo muchas gallinas de distintas “repúblicas” aquí organizadas. Este cañoncito es el encargado de contestar (a las piezas moras que bombardean Ben-Tieb), estableciéndose un duelo de artillería que sólo interesa a las aves de corral».

En la segunda guerra carlista el primer cañón de que dispusieron los partidarios catalanes, fue uno de bronce liso, fundido clandestinamente en los breñales pirenaicos. Tosió una vez, en el ataque a Ripoll, y del golpe se desmontó y reculó desde el emplazamiento hasta el pueblo. De todos modos, más tarde, disparando a cero abrió brecha. Barado dice: «Se le llamó *L'Avi*, y trae a la memoria ni célebre “Abuelo” de Zumalacárregui».

Finalmente la dichosa pieza, siempre según referencias de «El Duende de la Colegiata», palma el día 20 de enero de 1937. Alabado sea Dios.

«Por la mañana, la Aviación nacional se presenta en el cielo de Madrid. Ha localizado bien el cañón “Felipe”, el famoso “Abuelo” de los rojos, que estaba “camouflado” en el Retiro, y... ¡lo destruyó! ¡Adiós, “Abuelo”! ¡Ya no rezongarás más! ¡A otra cosa!»

Pues R.I.P., aunque no sin añadir que respecto al «Felipe» hay también antecedentes. En *La Legión desnuda*, de Maciá Serrano, se lee: «Ya poco le importaba a Melilla que en aquellas noches de agosto, de corazón hondo y caliente, el “Felipe”, el cañón que los moros apresaron a los españoles, bombardeara la ciudad; la defendían los hombres del Tercio».

Según Tomás Borrás, lo que ocurrió es que los rojos, en el Retiro, tenían dos cañones de grueso calibre. Y se pregunta: «¿Por qué a uno le decían “El Abuelo” y al otro “Felipe”? Caprichos del ingenio popular, del pueblo auténtico». Tomás Borrás sostiene que el que cascó en enero del 37 fue el «Felipe», a manos de los artilleros del Cerro de los Ángeles. ¿Qué sería del «Abuelo»?

Tengo localizado otro «Felipe», de más entidad, en Peñarroya. Manfredi escribe: «El “Felipe” era una batería roja. La hablan bautizado así nadie sabía por qué». Y el padre Risco refiere que en el Alcázar llamaban los «Felipes» —y ya era dulzura de expresión— a los 15,5 que les arreaban. El capitán Vela —aquel que moriría al intentar el enlace con las Columnas del Sur— bautizó al conjunto como la dinastía de los «Felipes», más extensa que la de los Austrias del mismo nombre. Cuando él salió del Alcázar hacia su heroico fin, ya iban por «Felipe VIII»...

LA POLCA DEL HAMBRE

Remoquete popular con que fue conocido el *Himno de Riego*, esto es, el Himno Nacional que la República impuso, sin demasiada convicción, a los españoles, hasta el punto de que, recién proclamada, convocó un concurso para proveer a España de su correspondiente música representativa. Inconformistas —que siempre los hay— le llamaban también la machicha y el «chunda-chunda», así como la nueva bandera,

digna de tal himno, se apodó «la del permanganato». El Himno de Riego no fue respetado nunca, y nadie lo respetó menos que las masas populares que apoyaban a la República. Soy testigo —verano del 33, excursión de la Universidad de Jaca al valle de Ansó— de cómo mientras estudiantes alemanes, ingleses, italianos, franceses y españoles, republicanos o no, nos cuadrábamos decorosamente al escuchar sus compases, los fervorosos del pueblo, bien abastecidos de insignias pro-régimen en la solapa, con diablo y todo, lo bailaban endemoniadamente bien en la era, sin soltar ni un poco a sus parejas.

Por si esto parece exagerado copiaré un parrafito de la trilogía de Barea, en la fase descriptiva de los primeros días de la guerra: «Cuando se calló la banda, la multitud aulló por más. La Banda comenzó a tocar el *Himno de Riego*, el himno nacional de la República. La masa comenzó a cantar la popular parodia:

Don Simeón tenía tres gatos,
los daba de comer en un plato,
por la noche les daba turrón.

¡Vivan los gatos de don Simeón!

»Cuando terminó el himno recrudeció el escándalo. La Banda se lanzó a ejecutar una *Internacional* fantástica, con tambores y platillos y cencerros de *jazz-band*. Se callaron todos, levantaron el puño cerrado y comenzaron a cantar religiosamente».

Lo cual, si bien se mira, aclara bastante lo que fue nuestra guerra.

ENSALADILLA NACIONAL

Nombre que espontánea, unánime y urgentemente se aplicó a la ensaladilla rusa en la zona alzada contra la invasión comunista. Al primer aperitivo que se pudo tomar en paz, y muchas veces antes, ya se tenía humor para pedirle al camarero:

—Dos blanquitos y una de ensaladilla nacional con algo de pan y un par de tenedores.

Los más soñadores la llamaron ensaladilla imperial, y no hay inconveniente en reconocer que fui uno de ellos, igual que el teniente que invitó a Lara —el anarquista agente doble de las *dos barajas* — a tomar el aperitivo en Ávila:

«—¿Están bien los calamares fritos hoy?—decía al camarero—. Pónganos una ración. Caliente. Mientras la preparan, acérquenos ese

plato de ensaladilla. “Ensaladilla imperial”— explicó sonriente a Lara—. No queremos llamarla rusa».

Esto de capear con gracia las palabras desagradables por alguna razón política o militar, no es achaque nuevo en nuestra Patria. Cuando el pobre «Pepe Botella» intentó su aventura española, su nombre fue vilipendiado por todos los españoles decentes; nadie quería pronunciarlo ni en broma, ni siquiera en ocasiones más bien pías, de modo que nuestros más fervorosos beatos arreglaron a su modo la clásica jaculatoria:

—¡Jesús, María y... el padre de Nuestro Señor!

Desde los Carabancheles, allá en noviembre de 1936, yo miraba Madrid. Como cada quisque pensé en muchas y muy graves cosas. Veía mi barrio y casi mi casa, y mi padre estaba allí dentro. Pero con todo no me reprocho el haber dedicado cierta atención gastronómica a la memoria de una ensaladilla rusa que yo quería convertir pronto en nacional, la mejor ensaladilla que comí nunca. La preparaban en un bar que se llamaba «La Telefónica», al amparo de aquel único rascacielos que entonces nos hacía la higa, y la servían en unas conchas muy aparentes. Otro amigo y yo hacíamos a pie el camino de ida y vuelta a la Facultad —estudiábamos en la Ciudad Universitaria— para ahorrar unas perras que destinábamos a la ensaladilla famosa. El escepticismo que dan los años permite suponer que la caminata ilusionada —plaza de España, Facultad de Letras y luego vuelta a empezar, y hasta la calle de Hortaleza— también influiría en la bondad de aquella ensaladilla que ya nunca más probé.

PASEO

Paseo vale por asesinato. El modismo nació en Chicago, allá por los felices veinte, entre los cabileños italoamericanos del «gangsterismo» que por entonces reñían la batalla interior de «la Ley Seca». Se deshacían de sus rivales por el procedimiento más rápido, y uno de sus predilectos consistía en invitar al enemigo cazado en plena calle «a dar un paseíto en coche». Lo demás ya se sabe. Al parecer, la Policía de la ciudad no puso demasiados obstáculos a la faena porque, en cierto modo, le ahorran ulteriores trabajos.

Con tan ilustres antecedentes en la raíz de este frondoso árbol genealógico, es bastante natural que el terminacho feroz fuese adoptado y engrandecido por la horda roja. (Comprendo que es muy desapacible el recordar todo esto, pero el decidido interés que muestran algunos en que se olvide me hace pensar en que tal interés se confunde mucho con el deseo, latente en otros, de pillarnos descuidados y recomenzar los paseos sin peligro.)

Si la Policía norteamericana pudo, en determinados casos, contemplar con regocijo los paseos entre *gangsters*, el Gobierno de la República española dio un importante avance en materia de colaboración, hasta el punto de que el primer paseo de los cientos de miles que hubo en España se dio por orden expresa de aquella pandilla burguesa que ocupaba el Poder en los meses anteriores a la guerra. Este paseo tuvo lugar el día 13 de julio de 1936 y con el previo conocimiento de la autoridad lo ejecutó un capitán de la Guardia Civil, que llevaba bajo su mando oficiales y números de Asalto y algunos paisanos de las milicias rojas en función de entrenamiento. Esto es un hecho histórico suficiente y documentalmente acreditado. La víctima del primer paseo fue don José Calvo Sotelo, jefe de la oposición en las Cortes, alevosa y democráticamente amenazado en el salón de sesiones por la dulce y cándida paloma del Kremlin conocida por la «Pasionaria».

No conozco ningún serio antecedente español de la palabreja, si se exceptúa la muletilla de aquel cantinero cojo de *Imán*, que deseaba para sus enemigos un paseíto en coche. «Se refiere —dice Sender— al coche funerario; pero hay que explicarlo, porque nadie cae al principio».

Los paseos comenzaron a practicarse a escala intensiva en el mismo momento de comenzar la guerra. Madrid y Barcelona, visto y no visto, se transformaron en una jungla rebosante de animales de presa. Mucha gente se dejó cazar en su casa porque creía de buena fe que ante las paredes del hogar se detendría la barbarie que imperaba en la calle. El Gobierno rojo, lo mismo cuando contó con la colaboración personal de comunistas, socialistas y anarquistas, que antes de contar con ella, no pudo hacer nada por frenar aquella infamia, pero la verdad es que tampoco lo intentó. Su máximo esfuerzo en este sentido consistió en movilizar los conocimientos jurídicos de don Ángel Ossorio y Gallardo, y bautizar con el nombre de Tribunales Populares a las expendedorías de muerte que cada organización sindical y política de las que le apoyaban había montado por su cuenta. De este modo se tranquilizaba la conciencia y la cuenta corriente de muchos próceres del socialismo, tipo Spaak o Atlee, por ejemplo, o de majaderos de tomo y lomo, como aquel tal Chalmers, un inglés avecindado en Málaga, anfitrión de Koltsler. Chalmers, «decidido partidario de los republicanos —según cuenta Peter Kemp—, era algo ingenuo en sus esfuerzos por paliar los actos de los extremistas en Málaga. Admitió ante un amigo mío que varios millares de personas habían sido ejecutadas allí por los milicianos.

«—Pero —añadió— fueron ejecuciones legales».

En esto míster Chalmers coincidía totalmente con los conceptos jurídicos de don Ángel Ossorio y Gallardo y de García Oliver, el anarquista que se sentó en la poltrona de Justicia, después expulsado con vergüenza de la C.N.T. Burnett Bolloten, en *El gran engaño*, cita a este propósito un discurso de García Oliver: «Cada cual creó su propia justicia y la administró por sí mismo. Algunos solían llamarlo “despachar” a éste o a aquél, pero yo mantengo que era justicia administrada por el pueblo, en ausencia de los cuerpos judiciales

ordinarios». La mayor parte de los componentes de los cuerpos judiciales ordinarios había sido previamente paseada o esperaba turno en prisión.

Cuando don José Ortega y Gasset intervino en las Constituyentes para decir que la República se le estaba poniendo fea, los chuletas de la mayoría le dijeron en castizo: «Aquí lo que sobra es masa encefálica». En vista de lo cual, años después, comenzaron a derramar la ajena por el suelo. Bastaba un tiro. Fácil. Ahora hay gentes —que entonces vivían y actuaban y también que todavía no habían nacido— empeñadas en pensar que cuanto se dice en torno a los famosos paseos rojos es mentira o notable exageración, o que, en el mejor de los casos, se ufanan por equiparar lo ocurrido en ambas zonas, como si tratasen de forzar, a estas alturas, un empate a barbarie y a paseos. El imperio de la ley fue siempre la norma de la zona nacional, y algún hecho aislado — que nadie niega— no puede servir de fundamento a ninguna especulación de este tipo. Hay incontables testimonios rojos del nivel oceánico que alcanzó la moda del paseíto, y basta con leerse el capítulo IX de *La Llama*, III tomo de la trilogía titulada *La forja de un rebelde*, original de Arturo Barea, para repetir con el famoso *slogan* de Radio Nacional de Burgos: «Esto no lo decimos nosotros; esto lo dicen ellos». Ahorraré, por piedad, descripciones. Quien quiera saber que acuda al texto de Barea para que de este modo no pueda tacharme a mi de poco objetivo, aunque reconozco —honradamente— que en este caso ni lo soy, ni quiero, ni puedo serlo. Destacaré solamente el sentido del humor que caracterizaba a los recreadores del paseíto:

«Llegaron los camiones de la limpieza del Ayuntamiento de Madrid que venían a recoger los cuerpos. Uno de los chóferes dijo:

»—Ahora vamos a regar esto y lo vamos a dejar como la patena para el baile de esta noche».

En *Por quién doblan las campanas* también hay un capítulo, el X, que ofrece abundante información sobre el tema. Por entonces el Gobierno rojo puso remedio a la situación con un recurso filológico, esto es, lanzando el vocablo «incontrolados», con lo cual satisfizo, en parte, a su clientela internacional. Al lado de aquellos tipos, Poncio Pilato hubiese quedado como un juez la mar de decidido. El Gobierno hundía sus manos en sangre, como en aquel caso citado en *La agonía de Madrid*, donde algunos policías enviados por el Ministro de la Gobernación a las sacas de la cárcel Modelo, «pidieron ayuda a los milicianos porque, según frase gráfica y feroz: “¡Había mucho que matar en poco tiempo!”»; o bien, el Gobierno hacía de tonto de circo, como se cuenta en *Frente de Madrid*:

«La esposa del detenido había pasado la noche en la Dirección de Seguridad esperando noticias de su marido y de su hija, pero en la Dirección General no se atrevían a telefonar a los centros de la C.N.T

»—En cuanto se pregunta por alguien desde aquí —decían—, si no lo han hecho ya, lo fusilan».

Foxá relata la aventura de un nacional que es salvado de una checa por la intervención de un amigo suyo, rojo de campanillas: «Obsequioso, el Tribunal (Popular) les advertía:

»—Tenga ahora cuidado. Si usted tiene coche oficial, llévelo en él, porque a veces las milicias de abajo esperan a los que salen absueltos y los “pasean” por su cuenta».

Tan increíble era todo, que lo que más temía un encarcelado, por feo que fuese su porvenir, era la libertad. «Alguien nos habrá denunciado», comentaba un artillero detenido en Porlier al saber que le van a poner en libertad, porque la libertad era la muerte. Manuel Goded recuerda un día de lista en Montjuich. Aquel día uno de sus camaradas había sido fusilado y otro puesto en libertad. El responsable le daba bien al vino. Al pasar lista estaba en posesión de un moderado *delirium tremens*. Refunfuñó:

«—Aquí faltan dos, ¿qué ha sucedido?

»Contestó una voz: “Uno ha salido en libertad”. “Uno, bueno. ¿Y el otro?”. Se hizo un hondo, patético, delicado silencio. El responsable debió recordar su jornada laboral. Entonces dijo sonriente y con mucha broma: “¡Ah, sí!... el otro; ¡el otro también ha salido en libertad!”».

El Gobierno, siempre sin herniarse, metía la cabeza debajo del ala. La Brigada de Identificación recibió orden de no fotografiar más cadáveres. Se temía que aquella monstruosa verbena sirviese a la propaganda de los nacionales, y las cuentas del papel, revelador y fijador, estaban acabando con el presupuesto de la Dirección General.

Algunas semanas antes *El Socialista*, bajo la inspiración de Prieto, había escrito que «la República necesitaba que se limpiasen los amaneceres de Madrid».

Y esto fue todo lo que se hizo. Ahora, la verdad es que dio resultado. A partir de ese momento, los maestros del paseo se fueron a practicar algo más lejos, hacia Aravaca, Fuencarral y Comillas. Prieto le dijo a Pittaluga: «Hemos perdido la guerra». Más adelante dijeron que el terror había remitido. Pero lo que pasaba es que casi no quedaban corderos.

Se mataba de dedo: «Tú, tú, tú y tú». Y cuatro ciudadanos, culpables o no de rebelión, eran dados de baja en la vida, así, sin más. Héctor Colmegna escribe a propósito de Santander: «A algunos los mataban porque tenían bigote; a otros les hacían mostrar las palmas de las manos. Si no tenían callos les mataban. En caso contrario les decían:

»—¡Muere, por idiota!»

Una corbata podía ser una sentencia de muerte. En *Historias de mi calle* —una buena película apagada en los cenáculos del «Intourist» intelectual, por lo que quiere decir— un rojo pedante justifica un asesinato diciendo: «Toma bastoncito», porque su cliente lo pudo usar allá por 1926, y él, en cambio, no. Foxá recuerda un pobre sacerdote que blasfemó para salvar su vida ante el piquete comunista, sin conseguir otra cosa que cuatro tiros y esta lápida verbal: «Mejor, así se condena». De modo que se mataba por no blasfemar, y por blasfemar también, aunque notablemente menos. Se mataba por el recibo de una congregación, por ser de Pamplona o por tener un hermano cura. En la cárcel Modelo, cuando los milicianos estaban de buen humor, echaban los ficheros por el aire; las fichas que caían de cara, libraban; las que caían de cruz, paseo. Concedían un margen a la fortuna, organizaban su lotería de la muerte, como muestra de generosidad y de temple. Se matizaban los sangrientos *capolavori* con exquisito vocabulario: «Ven con nosotros, para una diligencia... Se trata de un detenido que ha dado tu nombre y dice que te conoce y queremos convencernos de si es verdad... En seguida vuelves a tu casa». De esa diligencia nunca se volvía. A veces sentían un enorme respeto hacia los enfermos. «Cuando protestaron los médicos del Sanatorio Riesgo, cercano, de que los ruidos de las descargas eran perjudiciales para los enfermos, se cambió aquel lugar de ejecución (las tapias del cuartel de la Montaña) por el cementerio de Aravaca». La cuestión era no aplazar la siega bárbara e incesante.

«"¿Con qué derecho registran ustedes mí casa?», se atrevió a decir el hermano del capitán médico señor Prieto (*Madrid bajo el terror*). El jefe de los milicianos le dio un rápido curso de Derecho marxista: "Con éste". Y lo dejó seco a base de pistola ametralladora, en presencia de sus familiares».

Astrana Marín le contó a Tomás Borrás cómo mataron a un ingeniero llamado Cuervo. Al ver lo malamente que leía en su documentación el sujeto que se la demandaba, aclaró el ingeniero: «Me llamo Cuervo».

»—¿Cuervo? ¡Mala pata!»

Y para demostrarlo, el cachondo le pegó un tiro.

Había especialistas en curas: a unos los crucificaban; a otros, los echaban a un pozo o los lapidaban. Los castizos preferían dar rienda suelta a su afición, así que los toreaban, con picadores, banderillas y estoques. El señor Maritain, el señor Mauriac, el señor Escarré, el señor La Pira —y algún otro— hubieran podido encajarse la peina, la mantilla, el mantón de Manila y los claveles, y hacer de presidentas.

El clima de terror era insuperable y movía con ligereza hasta la pluma de los intelectuales, que firmaban lo que fuera con tal de librar la pelleja. Unos así lo dijeron después, ya en el extranjero; otros se lo

callaron. En *Don Pedro Hambre* se lee: «Yo, en aquellos días — aseguraba un severo profesor de Metafísica—, hubiese firmado hasta abanicos». Zamacois canta el aria de la muerte: «Como el Ejército (Popular), la Policía surgió de pronto; una Policía integrada por obreros, empleados y estudiantes, en quienes el deseo de salvar la República y el constante ejercicio de su misión depuradora, suplían ventajosamente a la técnica». Y el tenor da el de de pecho: «Una justicia fulminante, como la decretada por Lynch».

El paseo era algo tan cotidiano y fatal como en otras épocas los cortes de agua y de luz, y a veces se avisaba del mismo modo. Fuenmayor cuenta en *Las catacumbas de la radio* que un miliciano simpaticón le dijo:

«—Si oyen ustedes tiros esta noche, no salgan. Es que, ¿sabe?, es posible que se traiga a la gente por aquí...».

Los organizadores de los paseos no perdían el humor. Siempre estaban dispuestos para bromear. «Hacían chistes con la muerte», decía Foxá.

«—Ponte de perfil, que te voy a retratar.

»—Vamos a “marearnos” un poquito».

Esto los castizos de la capital. Los catetos eran más rudos:

«—¡Nos vamos a Madrid a “pasear” a los señoritos!

»—¡Vecinos, os les vamos a traer vivos!»

Los había donjuanescos:

«—Pues esta condesa no está mal. Se la podía decir algo antes de pasearla».

Y más de una vez se lo decían. Ruiz Ayúcar acusa: «Pero la lujuria se unió al odio de clases y llegó el verano sangriento de 1936. Sería curioso saber cuántos vientres abiertos, cuántas gargantas cortadas y cuántas cabezas machacadas con piedras lo fueron por envidia sexual o por venganza política. Las violaciones ya se caracterizaban por sí solas. A la vez que aquella violenta explosión de los instintos sexuales en el hombre, la revolución producía una extraña masculinización de la mujer. Aunque sólo fuera por evitarlo, merecía la pena que ganaran la guerra los nacionales».

El paseo y el robo iban muy aparejados, y García Atadell, así como Pedrero y otros, llegaron a rizar el rizo en materia de organización económico-depredatoria. A éstos les hubiera hecho reír tanto la honradez como la modestia de aquella banda mixta de patrulleros barceloneses que se fueron a trabajar a unos almacenes. Iban por

comestibles, pero de paso arramblaron con toda la sección de perfumería. El puritano protestó:

«—A esto no hay derecho, compañeros. Hemos venido por víveres, que es lo necesario, pero no en busca de perfumes, que es lo superfluo.

»Una miliciana lo miró de arriba abajo, con mirada fría, y confió a otra compañera:

»—Al tío este tendremos que darle el “paseíto”, por fascista.

»No hay que decir cómo el «tío aquel» —comenta Domingo de Fuenmayor— acabó ayudando a cargar en el coche las cajas de jabón, los estuches de “polvos compactos” y los frascos de esencia».

Reconozcamos que en el negocio de los paseos también intervenían socios extranjeros, naturalmente desde posiciones más cómodas y rentables. Por ejemplo, «en París, en el boulevard de la Madeleine, frente al café Restaurant Viel, hay un establecimiento judío con un rótulo que dice: “Españoles: compramos joyas. Damos más que nadie”». Los aledaños de Cataluña se transformaron por la parte francesa en un Rastro de sangre. Bandadas de buitres comerciantes, de cuervos negociantes, daban y tomaban a cuenta del dolor de España. El robo fue la gran musa de la revolución comunista, y de este modo cuando la forzosa retirada de febrero de 1939, en un solo día lo que intervino la autoridad de Banyuls-sur-Mer, de éste o del otro bolsillito miliciano, fue valorado en setecientos millones de francos. En el gigantesco paseo a España pringaron todos, altos y bajos. «En las comisarías —escribe José Esteban Vilaró, *El ocaso de los dioses rojos*, Editorial Destino—, los lotes de joyas, lingotes y objetos preciosos procedentes del culto, se registraban por el peso. Así, por ejemplo, podía leerse en los partes diarios: «Incautado a Estado Mayor Líster: 125 kilos de joyas variadas, 150 kilos de lingotes de oro y plata. Oficialidad Líster: 200 kilos lingotes de oro, 300 kilos alhajas diversas. Jesús Llanedo Gutiérrez: 2 kilos joyas, 1 kilo alianzas, medallas y agujas corbata; 3 kilos sortijas, cadenas, broches con incrustaciones de brillantes. Daniel Domingo, de Mataró: 12 kilos de objetos diversos de culto, lingotes y alhajas». Y así lo que se quiera.

Metidos en el tobogán del paseo —y sin duda para no perder mano— los comunistas iniciaron la táctica de aplicar el procedimiento a sus propios aliados: comenzaron con la C.N.T.-F.A.I., siguieron con el P.O.U.M. y también con las Brigadas Internacionales, donde aquel repelente Marty hizo lo que pudo por justificar su honorable y merecido título de «carnicero de Albacete». Estos paseos, la verdad sea dicha, causaron poco pesar en nuestras filas.

«Por fin (un inglés), nos contó por qué se había pasado —relata Salvador García de Pruneda—. En su brigada hacían una depuración por motivos ideológicos:

»—El nuevo coronel, a los que no son comunistas, paseo —y se pasaba el índice alrededor del gañote».

Se habían embalado por la fuerza de la costumbre. Es lo que pasa. No en vano condenaban entre sonrisas, cerveza y facilidades.

«—¿Qué, “paseo”?

»—¡Hombre, como las balas!»

Y en la España de los paseos había que ser de mucho empuje para destacar algo en la materia. Tomás Borrás precisa este punto muy agudamente en *Checas de Madrid*, donde un miliciano de provincias se muestra desalentado y triste: «Yo no sé para qué me han traído aquí.

»—Pero tú, ¿qué oficio tienes?

»—Soy el verdugo de la Audiencia de Murcia.

»La miliciana se echó hacia atrás, con sus risas de ojos claros y toda su boca, fina oruga de dientes en frescas fresas:

»—¡El verdugo!... ¡Vaya ridículo el que estás haciendo en Madrid!»

Hemingway, en su constante inquisición sobre la muerte y el hombre, señala cómo morían los paseados. Ya he citado alguna vez, a propósito de esto, *Quinta Columna*, aquella comedia que si no alcanzó un gran éxito tiene, en cambio, un estupendo valor de testimonio. Morían bien. No quiere decirse que todos morían bien, pero la mayoría lo hacían con enorme dignidad, y muchos con heroísmo. Hemingway señala a los falangistas, a los requetés, a los militares, a los curas jóvenes. Se daban lecciones de buen morir en las noches silenciosas, en las madrugadas que nacían paradójicamente llenas de vida, a cualquier hora.

«Dos milicianos trajeron el primer prisionero, un muchacho de veintidós años, la ropa de buen corte llena de polvo y telarañas y los párpados enrojecidos» —escribe Barea.

»—¡Acércate, pajarito, que no te vamos a comer —bromeó “Mañitas”.

(Habla para bromear. La pieza a punto de cobrarse era un falangista.)

»—¿Tienes algo que decir en tu defensa? —preguntó el que hacía de juez.

»—Nada. Me habéis cogido, mala suerte— y el prisionero se volvió a encerrar en su silencio desdeñoso, la cabeza caída, frotándose las manos una con otra».

Hay montones de libros que recuerdan el temple portentoso de los hombres que eran asesinados y pocas veces me he sentido más conmovido que cuando leí *Un faccioso cien por cien*, de Manuel Goded. Sus relatos del «Uruguay» y del castillo de Montjuich son para leídos en pie y en posición de saludo. Al teniente Garcerán se lo llevaron cuando jugaba una partida con sus compañeros de celda. Se levantó serenamente: le despidieron con lágrimas.

«Un minuto de silencio quebrado en seguida por el acostumbrado vocerío del calabozo, y de entre los tres jugadores que quedamos uno dijo: “Hay que buscar el cuarto para seguir la partida”, asentimiento de los restantes y en seguida una voz interrogadora: “¿Quién quiere jugar con nosotros?”. Media docena saltaron de sus camastros hacia nosotros, y a los cinco minutos la partida continuaba con un nuevo punto ocupando el puesto del pobre Garcerán. Los ex-ocupantes del “Uruguay” teníamos ya los nervios de acero.

»A la mañana siguiente salió Garcerán hacia el foso con diez camaradas más de la Falange; insolentes y desafiadores todos los once, cantando a voz en grito: «Cara al sol, con la camisa nueva...».

Aquellos oficiales y paisanos que marchaban a la muerte «con los brazos y las manos sensiblemente separados del cuerpo, para que se notase bien que en ellos no existía el más pequeño temblor»; aquel comandante que se fue diciendo lo que cada noche decía al acostarse en el duro suelo, imaginando victorias cuando nada sabían de lo que en España estaba ocurriendo: «¡Adiós, señores, esto marcha. Somos los amos!». Botana, que dijo filosófica y tranquilamente mientras se ponía los pantalones: «¡Qué le vamos a hacer; alguna vez tenía que ser!»; o Fernando Vidal Rivas, que se vistió de etiqueta para morir; o «Goenaga, jinete de España, con Fleitas y tres oficiales más de Infantería. «¡Adiós; que nos vengáis; no dejar ni uno si vivís!», y Flores, que cortésmente se despedía: «¡Hasta el valle de Josafat!».

Uno de los tres hermanos Iturrino, los tres fusilados por los catolicarras guipuzcoanos, se dirigió a los del paseo: «El que me acierte en el corazón gana mi reloj». Y siguió fumando. Y aquel falangista, en el frío de Paracuellos, que al ver al rojo que le tocaba en suerte disfrazado con un gorro ruso, no dijo más que: «¡Gachó, qué feo!», y con ese juicio estético y desapasionado marchó a la muerte. Y el don Cayetano Hernández, de Foxá, que expresó su último deseo a solicitud de los que paseaban:

«—¿Quieres algo para tu familia?

»—Sí; ponerles un telegrama diciéndoles que estoy bien».

Tampoco las mujeres se libraban. Olvido Serrano, asesinada con su hijo en brazos. Magdalena de la Hoz, diciendo: «Quiero morir hermosa, como hermosa quiero a España». María Paz Unciti, apenas veinte años. Carmen Tronchoni, fusilada en los fosos de Santa Elena junto a cinco

oficiales del Ejército que, a falta de cinco rosas, le regalaron cinco claveles. «No me tiréis a la cara —les pidió a los milicianos—: dejadme morir bonita».

Y aquellos hidalgos marxistas apuntaron exclusivamente a la cara, porque había que demostrar corazón y puntería. Puntería sí que tuvieron.

Invocaban a Dios en silencio o a gritos, perdonaban o prometían venganza, tenían miedo, valor, coraje desesperado o una inmaculada y sobrehumana serenidad. Eran hombres sencillos frente al instinto primario, feroz y enloquecido que desató la revolución roja. Pío XI dijo ante algunos de los que consiguieron escapar del terror marxista: «Cuando hay de más humanamente humano y de más divinamente divino..., ¡todo! ha sido asaltado, arruinado, destruido, con los modos más villanos y bárbaros; con el desenfreno más libertino, jamás visto, de fuerzas salvajes y crueles que pueden creerse imposibles, no digamos a la dignidad humana, sino hasta a la misma naturaleza humana, aun la más miserable y la caída en lo más bajo».

Respondía el coplero Tapia acusando a los curas, frailes y monjas de andar matando gente por la calle. Y se encaraba con el Papa:

¿Por qué no habla don Pío
de esto con pena?...

¿Por qué no dice al mundo
que lo condena?...

¿Por qué de tales cosas
no dice nada?...

¿Es que lleva dos duros
en la jugada?...

¡El silencio del Papa
me causa espanto!...

¡La actitud no se explica
del Padre Santo!...

¡Venga, venga uva Encíclica
condenatoria

de esta fea y salvaje

presente historia!...

¡Si no, no va a costarnos

ningún trabajo

suponer que el buen Páter

está en el ajo!

Nadie podía suponer que en pleno siglo XX la calle se transformase en selva. Nadie se hubiera atrevido a profetizar semejante retroceso en la historia de la Humanidad. Hemingway, sin embargo, tuvo una premonición de todo esto en un libro apartado de cualquier intención política, en *Muerte en la tarde*, escrito entre las Ferias de San Isidro y los Sanfermines de los años veinte. Habla de la crucifixión de Goya, a la que califica de «cínicamente romántica» y dice «que podría servir de cartel en un anuncio de crucifixiones hecho al modo de los carteles de toros. Una crucifixión de seis Cristos, cuidadosamente seleccionados, tendrá lugar a las cinco sobre el Gólgota monumental de Madrid, con permiso de la autoridad competente. Intervendrán los siguientes notables, acreditados y honorables crucificadores, acompañados cada uno de sus respectivas cuadrillas de clavadores, martilladores, levantadores, enterradores, etc».

Así fue, y con el permiso y la complicidad de la máxima autoridad competente. En el Gólgota monumental de Madrid fusilaron al Cristo, le dieron el paseo al Cristo y se lo dieron, para que no hubiese dudas, en plena conferencia de Prensa, con fotógrafos y todo. Toda España era Gólgota —los Cristos y los hombres calan a millares—, y a las víctimas se les exigía hasta la sumisión del silencio. Un hombre, culpable de nada —como tantos otros—, fue llevado a dar un paseíto al amanecer de un día invernal. El pobre hombre, por decir algo, quizá por oír una voz humana cerca de él, por encontrar alguien que le diese la razón en algo, aunque sólo fuese en una pura cuestión de temperatura, susurró:

—¡Dios, qué frío hace!

Y uno de los paseadores le respondió:

—¡Quéjate tú, cabrón! ¿Y nosotros, que tenemos que volver?

CENSURA

Toda guerra exige una censura militar de modo imprescindible, y más la nuestra, donde la riqueza del corazón precisaba normas discretas que impidiesen transformar nuestras alegrías o nuestros deseos de comunicación en simples informes al enemigo. La censura, en sí misma, no es nada; pero la censura, para ser ejercida, necesita de censores, y éste es otro problema.

Las gentes mejores preparadas, profesional y vocacionalmente, que formaron parte de aquellas milicias de Segunda Línea, llamadas en general de Acción Ciudadana, fueron destinadas a estos servicios, y así, en lugar de recorrer las calles o vigilar los accesos de la ciudad armados con las escopetas de tirar perdices, prestaban sus servicios en dependencias civiles y militares destinadas a censura de cartas, intervención telefónica o lo que fuese.

Pemán sacó a un equipo de censores en una comedia titulada *De ellos es el mundo...*, que yo vi en Zaragoza. El mundo no era de los censores, sino de los jóvenes de España, muy simbolizados en los alféreces provisionales. Uno de los censores —todos telefónicos— decía: «Esto de la censura es como estar metido en un confesionario, y toda España confesándose. ¡Qué cantidad de dolor, de sacrificio, de temple!».

De los muchísimos catalanes que por unos u otros medios consiguieron pasarse a zona nacional, unos se largaron al frente y los de mayor edad ayudaban a ganar la guerra como podían. En su formidable saga de los catalanes en la guerra de España, Fontana cuenta esta anécdota: «Los teléfonos, como los correos, estaban controlados por los censores honorarios catalanes. Un día llega a San Sebastián un payés de Gerona y llama en seguida a un paisano de análoga condición:

» —*Soc en X...*

» —¡...!

» —*Si, tota be, l'avia...*

» Y de pronto el censor que interrumpe:

» —Les ruego que se expresen en castellano. Estamos en guerra.

» —*Ai, perdón! Escol... ¡Escucha!*

» No había manera de entenderse. Con la emoción, los comunicantes se armaban un verdadero lío. Al fin, el censor no pudo más y les interrumpió de nuevo:

» —*Aquí, la Censura. Parlin en catalá, però siguin breus*».

Los censores de correspondencia naufragaban a veces entre torrentes de amor. El amor se da mucho en la guerra, y suele ser tan violento

como un ataque a la bayoneta y tan indiscreto como una preparación artillera. El novio que escribía: «De vez en cuando, mi amor, echo una ojeada por la aspillera y veo el lugar donde estaba aquel quiosco en que bebíamos cerveza después de pasear por Rosales», se lanzaba a tumba abierta por los caminos de la nostalgia, pero también de la posible información. Al censor correspondía quitar información, sin suprimir amor, que es tan bonito. En las unidades militares solía ejercer la censura el Páter, y es muy seguro que, igual que al censor de Pemán, su tarea le recordase el confesionario. Conocí al campeón nacional de cartas amorosas. Lo curioso es que en amor él no hablaba ni pío; se limitaba a la acción; pero su abundante vena epistolar lo convirtió en un maestro del género, cuya pluma siempre estuvo a la disposición de camaradas imaginativamente débiles. Su estilo se caracterizaba por una extraña mezcla de pasión y suculencia, de gastronomía y sentimentalismo, y del hecho de haber comido pierna de cordero derivaba epistolariamente —«corderica mía»— unas consecuencias enloquecedoras.

Cuando Mola tomó Guadalupe, hizo una fotografías de los excesos allí cometidos por los rojocatolicarras. Iribarren lo cuenta: «El general, que obtuvo algunas fotografías de los lugares que recorrió, las mandó a los periódicos. El *Norte de Costilla* publicó una del puente de Endarlaza. Y ocurrió que otra de ellas no dejó publicarla la censura militar de Valladolid, ignorando que su autor era el general en jefe de los Ejércitos del Norte».

NOCHE POPULAR

Poco antes de las primeras Navidades de la guerra, casi cuando acababa de morir en labios de todos los combatientes aquella esperanzadora frase que nació en el verano: «Para Navidad, en casa», las emisoras rojas comenzaron a hacer mucha propaganda de la Noche Popular. Con tan sublime melonada querían sustituir los marxistas a la vecina y melancólica Nochebuena. Los separatistas catalanes, con su habitual zafiedad plutocrática y seudointelectual, afinaron más, y Gironella lo recuerda bien cuando dice: «La Generalidad de Cataluña quiso impedir que se celebraran la Navidad y los Reyes Magos, como antaño, y sustituyó esas fiestas por la Semana del Niño». También Madrid picó en ese anzuelo, y además, a base de escamotear lo imposible, organizó el Aguinaldo del Miliciano.

Todo esto entraba en el natural desarrollo de los planes de la burguesía republicana, que desde el Ministerio de Instrucción Pública, en las jornadas idílicas que todavía rondaban con aquella entelequia, que, según el «Botas» habría de patrocinar San Vicente Ferrer, lanzó la idea de las vacaciones de Primavera con el fin de pisarles el poncho a las que siempre —y por bien hondas razones— se habían llamado vacaciones de Semana Santa. La República trataba de camuflar las cosas para laicizarlas. Quería sustituir la Pasión por una especie de largo *week end*,

y cambiaba las tres Marías por la «Venus» de Boticelli, o las Cofradías por agrupaciones folklóricas en una batalla de flores. Lo peor de todo no está en su satanismo ni en su antirreligiosidad, sino en su espantosa cursilería. Como una consecuencia lógica, durante la dominación soviética el Cerro de los Ángeles se llamaba Monte Rojo; San Felú, Roses; Olias del Rey —aunque esto sea bajar el tiro hasta el cero—, Olias del Teniente Castillo; Talavera de la Reina, gracias a Riquelme, Talavera del Tajo; Ciudad Real, Ciudad Leal; Molina de Rey, Molina de Llobregat, y —por centrar las cosas— tras de Pins del Vallés paseaban el nombre de San Cugat. Hasta a la toponimia llegaba el rencor rojo. En Madrid, la calle del Divino Pastor se llamó de Javier Bueno; la de San Bernardo, Luis Ascaso; Santa Engracia pasó a ser Isaac Puente; Santa María de la Cabeza, Sebastián Faure; Santa Bárbara, Emilio Fernández Pallarás; Beata María Ana de Jesús, Luis Sirval; Amor de Dios, Roberto Castrovido; San Cristóbal, Mateo Morral; Santa Isabel, María Silva Cruz, «La Libertaria»; San Cosme, Lina Odena, y cosas por el estilo.

Cuenta en su libro Gabriel Araceli: «En Valencia, el año 1936, se organizó una cabalgata con el fin de propagar la “Semana del Niño”; se trataba de una colección de carrozas en las que la realización superaba en mucho a la intención: sobre carruajes tirados por caballerías ricamente enjaezadas y adornadas al estilo valenciano, conducidas por mozos y palafreneros igualmente ataviados típicamente, se exhibían toda serie de figuras y escenas que nada tenían que ver con la fiesta de los niños; eran representaciones de los personajes más Ilustres de la España nacional, a los que se ridiculizaba desde todos los puntos de vista. Esta cabalgata o desfile paseó por todas las calles de Valencia acompañadas de músicas y de heraldos a caballo».

Lo curioso es que ellos querían raer de su zona todo sentimiento religioso; pero, en cambio, en determinadas ocasiones se atrevían a reprocharnos a nosotros el saltarnos a la torera, por razones militares, la conmemoración de ésta o de la otra festividad sacra. En tono menor: si un miliciano se veía en peligro cualquier día de los de repique gordo, comentaba escocido: «¡Y luego presumirán de católicos!». Por lo visto su idea de los católicos iba ligada al algodón en rama. Cuando el Caudillo desencadenó la imparable ofensiva de Cataluña en la víspera de Nochebuena del 38, las radios rojas se mostraron altamente piadosas y todo era gemir: «Hay que ver qué gente la gente facciosa; ni respetan la Nochebuena ni nada. Esto es intolerable». El mismo día 22 las radios bermejas especulaban sobre una visita del cardenal Mathieu al Sumo Pontífice, en solicitud de una tregua de Navidad que el Papa habría de obtener de Franco gracias a su influencia. ¡Si en cualquier Navidad anterior pescan al Papa y al Cardenal, como quiera se ponen a hablar de treguas los feligreses de Stalin! En la primera Nochebuena se dedicaron a la caza de todos los que se habían arriesgado a salir de las Embajadas y otros escondrijos, atraídos por el hogar en fecha tan honda y casera, Napoleonchu se dolía de que los rebeldes arreasen estopa «en estos días cuyo nacimiento de un Dios celebra la humanidad creyente». Cuando Teruel no dijo eso, ni así, ni un poquito mejor dicho. Cuando Teruel, el Sumo Catolicarra brindó por el triunfo.

Ya se habían olvidado de la Noche Popular, de la Semana del Niño y de otras muchas pampiroladas por el estilo, sin contar, claro, el aumento del martirologio.

Reconozcamos que tenían sus motivos para estar escocidos. Gironella escribe a este propósito: «Axelrod se conocía de memoria la canción. Los “nacionales” eran así: tomaban sus grandes decisiones en jornadas de significación religiosa. De ahí que al finalizar la “alarma aérea” — una pacífica y masiva demostración de nuestras fuerzas del Aire en el cielo de Barcelona, justamente el día de la Virgen de Loreto— le preguntara al presidente Companys si por casualidad “se acercaba el aniversario de otra Virgen”. Companys, después de pensar un momento, le dijo: “El día 8 de diciembre es la Inmaculada Concepción”. ¡Inmaculada Concepción! Axelrod frunció el entrecejo. “Preparémonos para recibir cien mil kilos de dinamita”. Companys agregó: “Y luego..., Navidad”. “¿Navidad? Barcelona arrasada, como si lo viera”».

No fue para tanto, gracias a Dios; pero las trágicas zambombas y los tremendos panderos de aquella Navidad nos trajeron paz a todos para muchas Navidades, y lo que cuelga. A la hora de la Misa del Gallo, los falangistas de la Primera Bandera de Navarra y los soldados del Batallón de Plasencia, tras una marcha penosa, descansaban bajo las tiendas de campaña. Era una noche heladora. Los oficiales dormían en un establo. El médico de los falangistas, un argentino, Héctor Colmegna, salió del establo un momento. El lo cuenta: «El cielo estaba hermoso. Las estrellas brillaban en todo su esplendor. De rodillas pedí al Recién Nacido que en aquel instante sagrado velase el sueño de los soldados de España y poblase su imaginación con todos los recuerdos venturosos de su infancia; de los años pasados, cuando la Noche Buena transcurría para ellos en el calor del hogar paterno y en la atmósfera cordial de la familia».

El porvenir comenzaba con la diana. La cota 432 fue rebasada en la mañana blanca, escarchada, gélida, de la Navidad. Por otra parte, era difícil que los triunfos nacionales no coincidiesen con alguna celebración religiosa, porque, como cualquiera está en condiciones de saber, la Iglesia extiende su santoral a todos y cada uno de los días del año. De cualquier manera, había fechas escamantes: Santiago, por ejemplo, nos dio la alta llave de Somosierra en 1936 y la plana y difícil victoria de Brunete en 1937, y si permitió en su fecha de 1938 el susto del Ebro, luego se vio que fue para bien. Los soldados nacionales, con fe instintiva, ligaban los fastos victoriosos a sus devociones, porque no en vano aquella fue una Cruzada.

Yo he recordado en *La fiel Infantería* algo de esto. Hablábamos en las noches de la cuarta caseta unos cuantos estudiantes y campesinos. Un estudiante, lleno de precisiones de Historia contemporánea, vaticinó con optimismo:

—Veréis: el 10 de agosto entraremos en Madrid.

Y un campesino, reposado y bendito, le preguntó:

—¿Pues qué Virgen es ese día?

Un santo muy importante en nuestra guerra, pero del que hay que hablar en otra ocasión, fue Sansaecabó, a quien me permití llamar el patrón de los exasperados.

PASIONARIOS

Así se llamaba a los comunistas. Hay otro sentido para esta palabra, que nunca oí durante la guerra, pero que encontré en lecturas posteriores. Neville, en su novela titulada *Don Pedro Hambre*, de la serie *Frente de Madrid*, habla de los españoles que en París esperaban el salvoconducto de Burgos para regresar a España: «Los malhumorados recobraban su esperanza al oírle y hablaban menos mal de los “pasionarios”, que era como denominaban en París a los que ponían trabas a la repatriación».

Como digo, nunca oí hablar de los «pasionarios» en este triste sentido; pero los conozco, y tenían pero que muy mala uve.

AUTO FANTASMA

En la colosal baraúnda madrileña del verano del 36, en aquella selva más feroz que la del mismo Congo, los más audaces, desesperados y serenos elementos de lo que luego habría de ser la quinta columna, reaccionaron con fulgurante rapidez. Más de uno creyó que la Patria se había hundido para siempre, pero quiso seguir luchando por ella de acuerdo con las normas de la fides ibérica. Así levantaron la fe de muchos. Hubo quien saltó del patio del cuartel de la Montaña a cualquiera de los infinitos coches requisados por las patrullas milicianas. Pronto los altavoces de todas las radios multiplicaban los avisos de alarma. He aquí uno recogido por Agustín de Foxá, con el que se extiende la partida de bautismo de los autos fantasmas o coches fantasmas, que de ambos modos fueron llamados:

«—Atención, atención. El coche número 15326, de la matrícula de Madrid, marca “Chrysler”, pintado de verde, es un coche sospechoso y debe ser detenido por las milicias donde se encuentre».

Los pilotos y las tripulaciones de los coches fantasmas se acomodaban a los principios generales de una estrategia terrorista y utilizaban tácticas improvisadas, guerrilleras, inventadas sobre la marcha. Si pescaban un auto enemigo en condiciones, se le aproximaban con aire cordial y luego

lo ametrallaban. En la noche de Madrid jugaban el escalofriante juego de una Pimpinela motorizada, siguiendo a los coches de los paseos, uniéndose al festín democrático y progresivo a blasfemia limpia — porque la blasfemia era un salvoconducto en aquel mundo por el que babeaban los intelectuales y los grandes políticos de Occidente—, y liquidando la aventura con el castigo a los asesinos y la liberación de las víctimas. También en aquella ocasión pudo decirse que nunca tantos debieron tanto a tan pocos.

Arturo Barea (*La forja de un rebelde, La llama*), hace puntual referencia del pavor que estos pocos promovieron. Sucedió que a Barea le dieron un puestecillo en la censura roja —porque todos estos escritores liberales siempre resulta que han sido chupatintas en la censura—, y había que trabajar de noche. Así se lo dijo a un amigo. «Cuando le conté toda la historia a Ángel, que me estaba esperando a la puerta del Ministerio, comenzó a murmurar. Todo esto significaba que tendría que salir a media noche, y a esa hora los milicianos disparaban a todo bicho viviente, porque les daba miedo; además, era la hora en que se paseaban los automóviles fantasmas de Falange disparando a diestra y siniestra».

Los coches fantasmas cambiaban con frecuencia de color y de matrícula, y todavía más frecuentemente eran abandonados en cuanto se encontraba otro coche sin historia a mano. Alguno hubo que consiguió equiparse con una pequeña emisora de campaña. El final de la aventura por regla general era trágico. La vida media de un coche fantasma no llegaba ni siquiera a la vida media de un alférez provisional, que se calculaba por los más optimistas en dos pagas: la primera para el uniforme y la segunda para la mortaja, y por los pesimistas en algo así como treinta días, contando mucho con la buena estrella. Los autos fantasmas pagaban caro. Aquel que cruza como un grito de esperanza por las páginas de *Madrid de corte a cheka* es un buen ejemplo:

«—Hoy hemos tenido festejo.

» —¿Sí? ¿Qué ha sido?

»—Ná; un coche con facciosos que hemos cogido en la carretera. Ahora los verás a la salida de aquí; le hemos prendido fuego con ellos dentro».

Esto se decía en el andén de un pueblecillo. Luego «se puso el tren en marcha. En las afueras, cerca de las eras del pueblo, bajo los chopos de la carretera, ardía un automóvil. Olía a grasa y a pintura quemada».

¿Irían dentro Joaquín Mora y sus camaradas? Agustín se marchó sin decírnoslo. O acaso nos lo haya dejado dicho en *Salamanca, Cuartel General*, la segunda parte inédita de unos posibles y maravillosos episodios nacionales que ya nunca podremos leer.

Además de coches fantasmas, hubo entonces radios fantasmas —esto es, clandestinas—, una columna Fantasma —roja, claro está— y un Gobierno fantasma, el de Madrid. Esto de Gobierno fantasma nació en la antigua Capitanía de Pamplona, el día 20 de julio de 1936. Neville nos recuerda el rastreo de emisoras: «Cuando terminó Burgos, buscaron otra emisora en la onda extracorta y, de pronto, apareció recia, joven, burlona y extraordinariamente próxima una voz que repetía: Aquí, Raya T.U. Falange Española, Madrid...».

CHÍBIRIS

Lo primero que hay que hacer es ponerse de acuerdo sobre la ortografía de esta palabreja. Foxá la escribe con be, tal como va a la cabeza de esta papeleta. Sender la escribe con uve. Comprendo que puede que tenga razón Sender —por motivos elementales—, pero mientras la autoridad no se defina en esta cuestión, yo me quedé con Foxá, aunque a Sender lo admire tanto como a él. En esto, amigos, manda el corazón.

El sustantivo se origina en el desustanciado estribillo de una canción ratonera que va uniendo las coplas así:

Ay, chíbiri, chíbiri, chíbiri,

ay, chíbiri, chíbiri, chon...

Los chibiris tienen un claro antecedente goyesco, y muchos de ellos están pintados por Solana. El chibirismo también es una condición mental de la que no carecen actualmente algunos intelectuales de los de tronío. Los chibiris aparecieron en modestas bandadas allá por los meses iniciales de la República, pero la canción les había precedido con mucho. Yo recuerdo haber oído el «chibirichon» en una jira escolar celebrada por los tiempos de la Dictadura. las coplas chibirescas, por entonces, eran atrozmente escatológicas, y como el primer contacto de la infancia con el humor viene por sucios caminos intestinales, aquella era una serie poco romancesca que cantaban los niños. Bueno, que cantábamos, que aquí se dice todo.

Una vieja fue a lavarse

y no tenía jabón...

Renuncio a completar la copla porque en ella se explicaba con admirable poder sintético lo que la citada vieja bacía para proporcionarse jabón de olor.

Los chibiris se tocaban la cabeza con el gorrillo blanco de la marinería norteamericana. Todavía la pelirroja Clara Bow —fiel a su Marina—

presionaba sobre los públicos del mundo. Foxá señala la irrupción de los chibiris en las calles madrileñas:

«—¿Qué es eso?

»—Las juventudes socialistas que vuelven del campo.

»La gente lea llamaba los “chibiris”. Realizaban el programa laico y deportivo del campo y el amor libre. Era una imitación de Moscú con su desfile de muchachas atletas por la Plaza Roja... Cuando cruzaban por delante de una iglesia cantaban la *Internacional*».

A aquellos festivales de campo y amor libre alguien, muy celtibéricamente, los llamó «la repoblación forestal» y también «la fiesta del árbol».

«Yo me preguntaba —escribe Sender en *Ariadna* —: ¿quiénes eran los chibiris? Suponía que eran los jóvenes socialistas que volvían los domingos de la sierra cantando canciones con un estribillo donde se repetía esa palabra estúpida».

El chibirismo ofreció sus variantes, escasas, pero tampoco hay que hurtarle nada a su espíritu creador. De este modo, otra muestra de su capacidad poética consistió en aquellos soniquetes coreables con que se acompañaban las manifestaciones políticas, el «Hijos, sí; maridos, no; viva la madre que nos parió»; el «No queremos Dios, queremos comunismo que es mucho mejor»; el «Ya viene el verano, ya viene la fruta, ya se va quien sea, que es tal y tal cosa»; el «Queremos un cañón para hacer la revolución; queremos un fusil para el fascio combatir». El «Patria, no; Rusia, si»; o el «Lerroux es un traidor, Lerroux irá al infierno», estribillo éste que no lo repetían las Madres Oblatas o el señor Gil Robles —como podría derivarse ingenuamente de la letra—, sino angelicales pionerillos comunistas llenos de preocupaciones escatológicas y metafísicas. Sería indecoroso negar que el chibirismo nos salpicó a todos, porque yo recuerdo haber vociferado en la Universidad el «Un, dos, tres, muera Maciá», y alguna otra cosilla. Hay que ser objetivos, hermanos, lo objetivo está de moda.

Durante nuestra guerra muchas canciones fueron comunes a los dos bandos, lo cual era tan hermoso como natural. La canción del chibiri, no. Esa canción cayó solamente de un lado. También esto, si bien se piensa, era natural y hermoso.

TOMA

Santa palabra. Palabra hermosa; la toma, la entrada, la cogida de una ciudad...

Bueno, esto de la cogida es un navarrismo, pero parece que en cuestiones referentes a nuestra guerra habrá que admitir los navarrismos como de uso general y legítimo. José María Iribarren, en su famoso *Vocabulario navarro*, escribe: «Cogida. En el sentido de toma u ocupación de un pueblo, monte, etc».

«—Mi hijo murió de un balazo en la cogida de Mondragón» —decía un padre de Cirauqui.

Estar en la toma o en la entrada de una ciudad es el sueño de todos los soldados, y más de uno se despertó en el otro mundo cuando ya tocaba con las manos la ciudad soñada. La toma de Madrid fue la inquieta ilusión de todos los nacionales, y Madrid se iba alejando por las necesidades de la guerra, y entonces parecía que se tomaba un poco de Madrid en Málaga, y otro tanto en Bilbao y Santander, y cuando se llegó a Vinaroz, con su mar azul y cálido y sus langostinos casi naturales del estanque del Retiro, todos pensamos que nos habíamos mojado las manos en agua de Lozoya; y yo, que me moría a chorros aquel Viernes Santo, sentí de veras el agua de la fuente de la Salud en mis sienes y en mi garganta, y vi cómo la muerte se levantaba y decía: «Bueno, hasta otra», y se iba la muy golfa de mi cuarto de seminarista en el hospital de Alfonso Carlos.

Anticipar las tomas de las ciudades era un deporte tonificante en zona roja. Edgar Neville lo recuerda con delicada precisión en *F.A.I.*, una novelita de su serie *Frente de Madrid*:

«—Ya están cerca de Talavera; les han dado una buena en Oropesa —decía el republicano (porque a las pocas semanas mucha gente estaba de vuelta de muchas cosas, si aún le quedaba resuello)—. ¡Si al menos viviéramos para ver la toma de Madrid...!

»Esa entrada era la idea fija de los madrileños. Cada cual se la imaginaba a su modo y pasaba largas horas anticipando en su mente el momento histórico».

Por ver esa entrada se hicieron locuras. Personalmente, conozco la de un paisano, buen amigo de mi familia, que estaba de paso en Madrid cuando se enteró de la sublevación del Ejército de África. Este paisano tenía su residencia y su negocio en Córdoba y estaba muy relacionado con elementos afectos a la conspiración. Esa misma noche iba a salir para Pamplona, donde proyectaba pasar sus dos meses de vacaciones, pero lo pensó mejor y dijo:

—Me quedo. Total, pueden ser unos días de molestia; pero yo no me pierdo la entrada en Madrid del Tercio y los Regulares, y luego todos los que vendrán de toda España.

Se salió con la suya; pero esperó bastante, y no sin riesgos. Tampoco es mal ejemplo de curiosidad histórica y de lealtad a una tierra adoptiva, el que recoge Solís en su libro, a propósito de la comunicación que Aranda

hizo a la colonia extranjera en Oviedo: «El súbdito alemán señor Romer, en representación de las colonias alemana, austríaca, suiza, italiana y argentina, escribió una carta al coronel Aranda agradeciendo la invitación, pero rehusándola, pues preferían quedarse en la ciudad a esperar la gloriosa entrada de las columnas que se hallaban cerca de Oviedo».

La toma de una ciudad siempre tiene su copla, y supongo también que así habrá ocurrido siempre. De los legionarios de la Segunda Bandera aprendí la que se ocupa de la entrada de Tetuán:

A la entrada de Tetuán

me dijo una tetuaní:

¡Legionario, legionario,

vente conmigo a dormir!

Otros preferían la versión número dos, que expresa el mismo anhelo, aunque con distintas terminaciones; en los versos de la copleja nada más, claro es:

A ¡a entrada de Tetuán

me dijo una tetuana:

¡Legionario, legionario,

vente conmigo a la cama!

A lo largo de la guerra se aplicó esta plantilla a muchas otras ciudades y generosas ciudadanas. ¡Ya se sabe que a la gente le encanta presumir!

Había entradas tremendas, dramáticas, con el olor de la pólvora y el humo de los incendios y la carne fresca y rota de los hombres y mujeres que habían sido fusilados en montón momentos antes de la toma del pueblo. Esto era frecuente en los primeros meses, y de modo singular en la línea de marcha de las columnas del Sur. A propósito de la entrada en cierto pueblo andaluz —y lo mejor es no citarlo— relataba Manuel Sánchez del Arco: «Ni en la casa de Juan el Botero, de Nador, ni en la casa de La Ina, en Zeluán, allá en 1921, cuando las hordas rifeñas se cebaron en indefensos españoles, no combatientes, he visto horror igual». Tampoco el Norte quedaba mal con la barbarie. Recordando su entrada en Cilleruelo pudo escribir el general Sagardía: «¡Qué espectáculo se nos presentó a la vista! En una explanada que hay dentro del pueblo estaban los restos de unos cuantos de los nuestros, que habían sufrido los más horribles martirios y mutilaciones; todavía humeaba la hoguera en cuyas brasas los hablan quemado lentamente; otros habían sido arrastrados a la cola de un caballo, y uno aparecía con la cabeza cortada. Ni siquiera a las mujeres y a los viejos

respetaron. Cuadro horripilante y truculento al que no puede llegar ni una imaginación perversa. Yo no he presenciado otro parecido a lo largo de la guerra».

Donde aún las había se alzaban las campanas para explicar bien por quién querían repicar, y yo me acuerdo siempre de tres palomas que levantaron el vuelo hasta la torre de la Iglesia de Horcajo, y también que en las calles de Irún no se podía ni toser, a pesar del humo, porque ni la tos era fuerte, casi se venían las casas ardiendo encima de uno.

La retaguardia celebraba con un júbilo ruidoso, callejeante, sin pizca de respeto a los horarios ni incluso, cuando se presentó la ocasión, a las normas de oscurecimiento, la noticia de la entrada en una ciudad o la toma de algo importante.

Se vaticinaba:

—Mañana no habrá clase, porque Castellón está al caer.

—Ya podían tomarlo para la hora de Física, porque si me sanan me pillan pez —se le oía decir a un colegial poco estudioso.

También en zona roja se hablaba mucho de tomas de ciudades y de entrarlas en ciudades. Yo leí en *Somosierra* la toma de Burgos, contada por *La Voz*, de Madrid —y muy bien, porque me impresionó mucho— y a un amigo mío le describieron con pelos y señales la entrada de los comunistas en Tudela.

Neville sitúa al protagonista de *F.A.I.* en una pensión madrileña, huyendo, sin fiarse de los huéspedes, ni los huéspedes de él.

«—Vamos a ver qué noticias hay —dijo uno de ellos. Y poniendo el contacto, oyeron Madrid, que anunciaba la toma de Córdoba.

»—¿Pero ya son las cuatro?—dijo Antonio, sin pensar lo que decía,

»Los huéspedes le miraron un momento antes de reír; pero luego, al sonar la risa, se estableció una corriente de cordialidad entre todos, y cuando dijo: «Lo que también toman muy a menudo es Toledo», todos respiraron a fondo y hubo una conversación general, que sólo se interrumpía cuando el servicio entraba a retirar la mesa en el cuarto de al lado».

Los perspicaces decían: «El día de la loma de Madrid se acabó la guerra», y acertaron, aunque con un pequeño margen de error. En cuanto a los soldados que se hicieron más populares en una toma, quizás sean los cuarenta requetés de Artajona que mandaba el capitán Ureta cuando la cogida de San Sebastián. Se hablaba de los cuarenta de Artajona mejor que de los mil de Garibaldi, y con razón, porque los cuarenta hacían la guerra en serio.

(En voz baja: cogida equivale también a enfermedad *non sancta*. Son asuntos prehistóricos desde el descubrimiento de Fleming. Pero que quede constancia para mayor comodidad de los futuros investigadores.)

FUSAM

La capacidad de síntesis que caracteriza a los soldados les llevó a denominar «fusam» al fusil ametrallador, por las mismas o parecidas razones que les conducen, siempre que oyen hablar de máquinas, a descartar de su pensamiento las de coser, escribir o afeitarse, por ejemplo, para concentrarse sobre las ametralladoras.

El origen de la abreviatura calculo yo que viene de las famosas *Directivas circunstanciales de orden táctico y de tiro, arregladas a las exigencias de la actual campaña, para orientación de la enseñanza en las Academias de Alféreces provisionales*, donde la escuadra del fusil ametrallador se designa siempre esc. amt., y el fusil ametrallador fus. amt. Como ven ustedes, a cambio del largo título, el libro de texto de las provisionales estaba lleno de un contenido en el que no se desperdiciaba ni una letra. Seguramente que los primeros en utilizar lo de fusam fueron los propios alféreces, y así llegó el terminacho hasta la tropa.

El fusam, como decía uno que lo llevó mucho a cuestas antes de estampillarse, pesa bastante, de todos modos.

Por abreviar, algunos llamaban al comandante el comte. Y al batallón el bon.

—Le dije al comte que mis fusam estaban mejor emplazado que todos los del bon. ¡Y si no, que lo diga el alférez-comte!

Parece ser que Valentín González, «el Campesino», llamaba al fusil ametrallador de uso propio «el despanzaburros». ¿Estaría ya en aquellos tiempos al servicio del anticomunismo el ilustre delincuente español y piadoso conferenciante italiano?

FUSILA LOCA

En la pintoresca jerga de los moros vale tanto como ametralladora, y hay que reconocer que así está muy bien llamada. El fusil es la fusila y la ametralladora la fusila loca. Es un arma eficaz y estupenda, aunque algo histérica. A veces se enfurruña cuando más falta hace, y, lo mismo que los niños pequeños, se calla cuando debe hablar, o no hace su gracia cuando todos esperan que la haga. Tiene tanta sed como los buenos soldados, y cuando pide de beber hay que dárselo, sea como sea,

razón por la cual, en ocasiones, se hace una colecta de urgencia en un cubo, y cada cual pone de su vejiga lo que buenamente puede.

Un buen ametrallador es algo tan raro, difícil y distinguido como un violinista genial. Buenos violinistas hay muchos; pero Paganini, Sarasate, Menuhin o Kreisler se dan muy pocas veces.

En realidad, un buen ametrallador es siempre un virtuoso. Los hay que dominan la voz de la máquina —aparte de la puntería, que en este caso se da por descontada— hasta el punto de obligarle a cantar la *Copita de ojén* y otras coplillas por el estilo. A mí me contaron de un flamenco que en el frente de la Ciudad Universitaria interpretaba *La Traviata* a base de «fusila loca», pero, todo hay que decirlo, donde me lo contaron fue en el «Royal» de Zaragoza en noche de verbena, y el «Royal» era uno de los sitios donde más se mentía del mundo. «Castelló —se recuerda en *División 250*— intercalaba las ráfagas largas con las cortas, empleando mucho la copita de ojén y el date el bote, caradura». Oí la *Copita de ojén* con una «Hotchkiss» hace años. Estaba al violín el capitán Monreal, tocayo mío, e interpretaba semejante pieza de concierto para la película *La fiel Infantería*.

A los anarcosindicalistas la ametralladora les entusiasmaba y hay una novela — *Siete domingos rojos* — en la que una porción de ellos le cantan salmos a la «virgen Joquis». La novela es de Sender, que cuando la escribió era sindicalista. Después, según rumores, se hizo comunista, y lo siento, porque aún hay clases. Más tarde pasó al anticomunismo. La virgen Joquis, decían, es nuestra madre, nuestra hija y nuestro espíritu. Luego explicaban bien a quién iban a matar con la virgen Joquis, y la verdad es que no se libraba ni el gato. Sucedió esto durante una de aquellas frecuentes huelgas revolucionarias, que fueron como el ensayo general con todo para lo que luego habría de llamarse zona roja. Ahora se evoca a la zancuda «Hotchkiss» de nuestra guerra como a una niña zanquilarga y tierna. Pero ¡ojo con niñas así!

Recuerdo un mínimo y exquisito relato africano en torno a la «fusila loca». El relato es de Luys Santa Marina, soldado del Tercio, y forma parte de aquel extraordinario libro titulado *Tras el Águila del César*. El relato a su vez lleva éste encabezamiento: *Karl Ciltcher dispara su ametralladora discretamente*, y como ya digo que es brevísimo, lo voy a copiar, con permiso de Luys, que es mi jefe.

«Vio con el telémetro al “paco” pegado a la piedra, y enfilando cuidadosamente su máquina disparó una sola bala, que fue justa a la cabeza.

»Los jamidos próximos, como creyesen era un fusil y no la “fusila loca” salieron en grupo a recogerle; les dejó llegar, y cuando ya se lo llevaban descargóles un peine entero.

»No quedó ni uno».

SABER MANERA

Con decir que este Karl Ciltcher, camarada de Luys Santa Marina, «sabía manera», está explicado todo cuanto a la expresión corresponde. Nuestros africanos la recogieron de bocas indígenas, amigas o enemigas, y la aplicaron primero en el mismo sentido y luego en otros muchos.

«Todos los que hemos servido en fuerzas indígenas —escribe Francisco Franco en el *Diario de una Bandera* — conocemos la frase tan frecuente en esta guerra entre los moros: “teniente Fulano no saber manera”. Quieren decir con esto que no tiene todavía la malicia de la guerra y hace la aplicación rígida de los Reglamentos, sin amoldarlos a la índole especial del combate.

»En esta campaña hemos visto frecuentemente los casos en que por “no saber manera” (emplearemos la frase) se acrecentaron el número de bajas».

El saber manera alcanza a toda la vida militar, singularmente a la más activa. En sus memorias africanas escribe Mola: «A la impaciencia de la gente por salir pronto, opuse mi cachaza. Quería aguardar a que el camino estuviera protegido para ponerme en marcha, que en la guerra, cuando se va de viaje cara al pesebre no es prudente entablar combate, porque la gente está propicia a convertir el paso de maniobra en carrera desenfrenada, que es velocidad contagiosa y muy dada a degenerar en pánico. Este es asunto que conviene saber, aunque no se enseñe en las Academias Militares ni siquiera se hable de ello en los libros que tratan de Arte de la Guerra».

Eso es saber manera. Y también esto otro que recuerda Cavero de cuando fue desde la Octava Bandera del Tercio, en El Plantío, hasta la Segunda, en el frente aragonés:

«Llovía, como digo, y el tren no salía hasta las once del día siguiente. Y como “sabíamos manera”, decidimos instalarnos a dormir en el mismo coche que había de traquetearnos hasta Plasencia. Ocupamos un departamento, y Demetrio hizo una excursión al pueblo. A la media hora volvía con todas estas cosas indispensables. Una vela, una lata de atún, dos panes, algo de chorizo y cuatro huevos duros».

La frase se difundió rapidísimamente durante nuestra guerra. Gustaba mucho el repetirla; sonaba en los labios bisoños con un deje veterano; parecía dar al que la usaba patente de estar de vuelta respecto a eso de «saber manera». Por extensión se aplicó luego a todo. Había tipos que «sabían manera» con las chicas, y tipos que no daban una en tan importante asunto. Se podía «saber manera» o no a la hora de procurarse un permiso extra. Posteriormente he oído hablar de opositores a notarías que «sabían manera», lo cual pesaba mucho al exponer el tema ante el Tribunal.

La noche de la muerte de Roosevelt estábamos de cena un grupo de amigos. Se hizo un rápido balance de virtudes y defectos. Alguien dijo:

—Era un gran estadista.

—Puede —contestó otro—, pero no «sabía manera».

Es el mejor réquiem para un político desdichado. De que en el gran tema mundial Roosevelt no «sabía manera», ya no le cabe a nadie la menor duda, por desgracia.

CHIVANI

De origen moruno. Quiere decir: viejo.

El protagonista de *Imán* encuentra en los campos de la rota del 21 a un soldado que se ha vuelto loco.

El soldado loco tiene el pelo completamente blanco.

«¿De qué quinta eres? Pareces muy chivani.

»—Chivani como tú. Veintitrés años. Examinao pa cabo y una propuesta de ascenso, cuando salga esto en la orden».

No es infrecuente oír la palabreja entre gentes maduras y respetables.

—¿Cómo me encuentras?

—Pues, la verdad, para qué voy a engañarte: chivani perdido.

—Y tú, ¿te has mirado al espejo?

Estamos en edad muy propicia a semejantes diálogos. El tiempo, queridos feligreses, pasa con la velocidad de un permiso, con la fugacidad de las estrellas que cruzan las noches de agosto, como bien dijo un filósofo de caqui mientras se— despiojaba a la luz de una vela.

FRUS

Moruno. Quiere decir dinero. Por contagio, la emplearon mucho los europeos de Regulares, y al final, todo el mundo. El frus era importante, claro, para infinidad de cosas, y a veces daba menos vergüenza pedir un

pequeño empréstito manejando la palabra frus que no la de dinero, telángana, pastizara o dineracha.

Luis Santa Marina cuenta la sorpresa que le produjo en Dar-Drius un morenito pedigüño:

«—¡Frus...!, ¡Frus...! —gritó al vernos.

»—¿Qué dirá ese diablo...? ¿Qué será frus...?

»Y uno que sabía algo árabe explicó que era dinero. Volvimos al morito:

»—¿Y para qué quieres tú frus...?

»—Frus..., comprar fusila, matar españoles.

»No le dimos un cuarto», comenta recatadamente Santa Marina, y la verdad es que hicieron muy bien.

Algo de esto le pasó a «Pepe Botella» cuando el Corregidor de Madrid le llevó a su hijo de siete años vestido de guardia cívico, que era como el Quinto Regimiento de la época.

«—Oh, bravo, bravo *enfant*! —exclamó José Bonaparte—. *E, perché tienes tú questa spada?*

»—Para matar franceses —repuso el niño.

»El padre fue al quite:

»—Señor, perdone Vuestra Majestad... Cosas de chicos... Lo que oye a los criados y a toda la gente...»

Tremendo, sobre todo si el Corregidor aspiraba a un puesto diplomático.

GUERRA MICHELÍN

Se calificó así la de los primeros meses de la contienda, del mismo modo y por la misma razón que la de las primeras semanas pudo llamarse la guerra de los cazadores, porque, en general, un ella operaban partidas sueltas y pequeñas de voluntarios y soldados, que se movían con un conocimiento directo del terreno, cerca de casa, en tierras vecinas y amigas. O se exploraba y combatía en los alrededores de la propia ciudad, casi como esos apasionados de la caza que madrugan mucho para pegar un par de tiros antes de ir a la oficina.

Algo después, la escasez de cartografía adecuada dio mucho valor a los mapas Michelin de carreteras en los Estados Mayores de algunas columnas. «Casi todas las noches la Junta de Defensa —escribe Iribarren— se reunía en su despacho (el de Mola), en derredor de la improvisada mesa, unos tableros largos sobre caballetes, donde él extendía sus mapas Michelin, que me encargó comprara, y los planos del Instituto Geográfico».

Bertrán y Musitu confiesa que «en aquellos primeros tiempos la oficina (de los Servicios de Información del Noroeste de España) sólo poseía los planos de turismo Michelin y las cartas de las ciudades de sus manuales, y los de las Guías Tarride, algunas cartas parciales de Asociación de Turismo, sin cotas ni señalamientos precisos de los accidentes del terreno..., sustituyendo el genio militar tan fundamental deficiencia; pues si no he sido mal informado, las fuerzas del general Mola liberaron las Provincias Vascongadas sin mayores elementos que los que digo utilizaba el Servicio de Información General».

Pasado el tiempo, ya solidificada la guerra, aquella época era recordada como algo lejano, romántico, casi irreal. Fue entonces cuando alguien dijo: «¡Ah, qué guerra Michelin aquella!».

Y así quedó la cosa.

AVANCE MICHELÍN

Fue un tipo de avance característico, principalmente del comienzo y del final de la guerra. Al hablar de la guerra Michelin no se aludió a esta expresión, porque ambas me parecen muy distintas entre si. La primera calificaba un tipo de campaña revolucionaria, improvisada; en ésta coinciden la guerra Michelin y cualquier otra. El avance Michelin es el que busca la carretera para una progresión despreocupada, urgente, sorpresiva. Un avance Michelin es el de Rommel en Abbeville, por ejemplo; otro el de los italianos en Guadalajara, aunque en este caso el olvidarse de los flancos fuese contraproducente; otro, el que siguió a la ruptura del frente de Aragón en la primavera de 1938, después de Teruel, y hasta las cercanías de Lérida.

Pemán recuerda a las columnas del Sur en su biografía de Varela.

«Al caer la tarde de agosto, el general Yagüe, con su melena casi blanca, descompuesta sobre las anchas solapas de piel rubia de su capote, pronunciaba aquellas palabras, hoy famosas por su estoica sobriedad: «Legionarios de la Cuarta Bandera... ¡qué pocos habéis quedado!» Luego al doblar hacia el Este (se acababa de tomar Badajoz), buscando el acceso a la capital —siempre en un “avance Michelin”, como se llamó humorísticamente a aquel ir en punta de flecha por las carreteras—, la resistencia se fue endureciendo. Naval Moral y Talavera

de la Reina demostraron sucesivamente que el enemigo sabía lo que se buscaba por aquella carretera ancha y soleada».

El avance Michelín, ya es sabido, es uno de los que pueden acabar de peor manera. Algo de eso saben en Guadalajara.

LA CAZA

¡Oh bellas, dulces y buenas chicas de Ávila y Granada, de Tetuán, Fuentecaliente o Pamplona, de todos los sitios donde hubo Academias de Alféreces Provisionales! Es hermoso recordaros de mañanica, cuando uno salía de instrucción y os veía marchar a misa —o quizá volver de ella, que así las había de tempraneras—, y luego, al mediodía, al regreso de la marcha, harto de desplegar, de correr, de la gimnasia de fusil, de asaltar, de escuchar voces y de pegarlas, qué reconfortante resultaba encontraros en las aceras del camino, en el andén de la plaza o en los márgenes del paseo, a la espera de que pasase la Academia. La Academia éramos nosotros. El que más y el que menos de aquellos cadetes pudiera haberos dicho:

¡Tenedme los ojos quedos,

que me matais con ellos!

Las más audaces de aquellas chicas, las que esperaban a la cadetería, tanto en formación como después del toque de paseo, lo más cerca de la Academia, eran conocidas con el cariñoso sobrenombre de la escuadrilla de caza. La caza, simplemente.

—¡Ahí está la caza! —avisaba discretamente el hombre base al doblar Reyes Católicos para entrar en el Mercado, o bien al enfilear la salida de Santo Tomás.

Las chicas, como lindos pájaros bardaleros, solían estar sentadas en una cerca de piedra que quedaba frente a la Academia.

—Me he puesto de novio con la rubita de la escuadrilla de caza —decía un amigo que tuvo esa suerte. Por cierto, que fue abatido: cayó nada más terminar la guerra y hoy es familia numerosa. La rubita ha pasado a bombardero, nada de caza, como ella misma suele recordar con risa.

A despecho de la disciplina, les lanzábamos miradas incendiarias al pasar. Eran miradas con mensaje, como las botellas de los naufragos y la literatura de los moquiliquis trascendentes. Nuestro mensaje era muy elemental, algo así como:

Ojos morenos,

¿cuándo nos veremos?

Y los más encendidos proseguían:

Ojos morenos,

de bonita color,

sois tan graciosos,

que matais de amor.

¿Cuándo nos veremos, ojos morenos?

Generalmente nos veíamos en el paseo de los domingos, a la salida de misa en la catedral; bajo los soportales ateridos, en los bares de la plaza y en el cine los días de fiesta. Y diariamente al ir y volver de instrucción, pero, esto, me parece, ya lo dije.

MAKETO

De este modo designan los vascos al que no es de su tierra; el *Vocabulario Navarro* señala la Ribera como zona de aplicación, y la Ribera tiene poco de vasca. «Se usa también esta palabra en la Ribera, aplicándola al que no es navarro, y más concretamente al castellano».

Con el advenimiento del nacionalismo vasco la palabra adquirió un tinte ofensivo para todos cuantos no fuesen separatistas. Tan maketo era un gañán andaluz como don Ramiro de Maeztu. Con maketos como Solchaga y con unidades tan llenas de maketos de este tipo como las Brigadas de Navarra, se restituyó el vocablo a su primera acepción. En los recuerdos que sobre don Miguel de Unamuno, un maketo como una casa, escribió para *Arriba* don Wenceslao González Oliveros se leen las siguientes líneas:

«... me contó (don Miguel) que durante el verano precedente había dado una vuelta por Bilbao y que paseando una noche por el Arenal cruzóse con él un grupo de exaltados mozalbetes “nacionalistas” (lugareño eufemismo, según él), uno de los cuales le susurró al pasar, agresivamente:

»—Don Miguel, ¡gora Euzkadi azcatuta!

»—Pero tened cuidado —le replicó Unamuno, sin detenerse— de que vuestros padres no liberen Euzkadi de los clientes, los voltios, ni de los vinos “maketos”».

Respuesta breve y acertada, y más si se tiene en cuenta que la doctrina de don Sabino, nació entre los pellejos riojanos y las suculencias de la honrada cocina vasca. Don Sabino murió de una indigestión sufrida como consecuencia de un banquete de Navidad que se dio en la cruel prisión donde los sicarios de España le atormentaban dejando que comiese hasta hartar. Da gusto ver la celda donde vivía, que era como el cuarto de un hotel de primera, y que, comparada con las celdas y las bodegas de los barcos donde sufrieron prisión catolicarra los españoles de 1936, resultaba algo así como los palacios actuales de Ibni Saud al lado del barrio de las Latas. El honesto *tripaundi* y alucinado traidor se zampó lo que sigue, en compañía de su hermano Luis y otros dos amigos, a los que la opresión española toleró que fuesen a la celda para juerguearse decorosamente con Sabino: «Entremeses, aceitunas y anchoas, ostras, sopa de chirras, ensalada de alubias, bacalao en salsa roja, angulas, besugo, bermejuelas, merluza frita, caracoles en salsa roja, vino de Aramburuzabala, chacolí blanco, Jerez, Oporto, *Chartreuse*, compota de manzana, postre de pastel (*poudre* ruso), mazapán, turrón (Jijona y yema) y café».

Ramón Sierra Bustumante, de cuyo excelente libro *Euzkadi* recojo este menú, que ampara un dibujito a mano con la bandera vizcaitarra sobre el pregón de la gula, precisa: «Los nacionalistas sostienen que contrajo en la cárcel la enfermedad que le llevó a la muerte. Es posible; pero no tendría nada de extraño que su enfermedad se iniciara el día de Navidad de 1895, después de haber despachado ese menú pantagruélico, que tuvo como remate tanta exquisita confitura “maketa”».

Puede asegurarse que los fusilados de Guadalupe, Larrínaga y los barcos-prisiones no murieron de indigestión. Esto no es una hipótesis; es un hecho histórico.

PERDIGÓN

Caballero cadete o alférez alumno que pierde curso, según el lenguaje familiar de las Academias Militares. Quien pierde en el juego o malbarata su hacienda, es un perdigón, según la otra Academia, y de ahí, o simplemente del verbo perder, ha venido a ser perdigón aquel que también se llama repetidor, porque repite curso. Los perdigones han proporcionado excelentes oficiales a nuestros cuadros y más de un general ilustre, a quien nunca suspendieron en campaña, fue alegre perdigón en sus años mozos. Personalmente no tengo la superstición del perdigón, pero tampoco la del número uno, y esto en todas las carreteras habidas y por haber. Hubo un tiempo en que los números uno, por el simple hecho de serle, iban a parar incluso a puestos de mando político. Conocí un gobernador, número uno en varias oposiciones, que me sorprendió con su alucinante política de organizar «mítines para pobres». Como además de número uno en varias oposiciones era muy de derechas, le pregunté:

—¿Querrás decir mítines para las clases económicamente débiles?

—No, no —me aclaró muy ufano—; para pobres. Para pobres de los que piden limosna.

Daba mantas y comidas y también lecciones políticas. Los pobres iban con su tarterilla a una sala de cine, los domingos por la mañana, y volvían a sus casas con jersey, un cocido y el intelecto atiborrado de Derecho Constitucional y cosas así. Lo difícil debía ser ir a ese cine por la tarde.

Los números uno se me tambalearon bastante a consecuencia de esta mezcla de condumio, propaganda y formación política.

Tampoco está muy bien con los números uno ese glorioso general, perdigón a su debido tiempo, pero saltándose puestos en las aulas de Marruecos y España que daba gusto, y que decía en cierta ocasión:

—A los primeros de mi curso no me los encontré después casi nunca.

LA BRIGADA DEL AMANECER

Contra lo que pudiera creer un recién llegado, la Brigada del Amanecer no es el título de una película militar, por ejemplo, o de una película neorrealista sobre mangueros o barrenderos. La Brigada del Amanecer es el sobrenombre poético, o así, de una banda de *gangsters* del marxismo. La Brigada del Amanecer llenó de pavor, de sangre y de infamante porquería los amaneceres del Madrid rojo. Los periódicos encendían sus adjetivos más fulgurantes en honor de estos seres. «Jaleaban —dice Foxá— con vil prosa a las milicias que ejecutaban sus sueltos periodísticos, La brigada de los “Linces de la República”, las Brigadas del “Amanecer” y, sobre todo, la de García Atadell, ídolo de los periódicos».

La Brigada del Amanecer fue una enfermedad mortal de origen marxista, y no hay otro antídoto posible, cuando se presenta, que el de las Brigadas de Navarra, o cosa semejante. Y eso va a misa, se empeñe quien se empeñe.

LA ESCUADRILLA DEL ATARDECER

Unidad de la aviación roja que, naturalmente, no se llamaba así, sino que así la llamaban los marinos del «Cervera», quizá por buscar un contrapunto de humor a la siniestra Brigada del Amanecer, que ésa sí que se llamaba así en los Madriles de Indalecio Prieto. El nombrecito se

lo ganó la escuadrilla por su manía de salir a operar a la misma hora en que comienzan las dulces ruedas provincianas en todos los paseos, plazas y calleas destinadas a tan delicado menester. Veían los aparatos desde la cubierta del crucero, y así se los recuerda en *La guerra en el mar*, de José Antonio y Ricardo Jiménez Arnau.

«A la puesta del sol salen todas las noches aparatos de Santander, la escuadrilla del atardecer como aquí se les llama, que aprovechándose de la oscuridad, se acercan algo, no mucho, y les tiran con ametralladoras a los “pescaos”, como dice Marchena».

CHOPO

Fusil, mosquetón, carabina. También es correcto decir, además de chopo, escopeto, escopeta y escoba. Me parece que don Miguel Cabanellas se quejaba de los controles que había en los primeros días a la salida o a la entrada de los pueblos, donde hacían guardia los viejos y los niños, con escopetas de caza, a las que él elevaba, siquiera fuese en *argot*, a la categoría de fusiles. La verdad es que, dado el caso, como tales funcionaban.

—Te cortan el paso grullos armados con escopetos —solía referir en ratos de buen humor.

—Pues, a pesar de todo, si hiciera falta, aún cogeríamos el chopo los mismos idiotas de entonces —es frase que suele oírse entre veteranos.

Cuando los de la División Azul se fueron a Rusia, a dar lecciones anticipadas de anticomunismo práctico a Eisenhower, De Gaulle, el Rey de Inglaterra, Malraux, «el Campesino» y Kennedy, atravesaron toda Europa hasta Polonia, en tren. Luego tomaron el coche de San Fernando. Tomás Salvador cuenta en *División 250*, que es una novela ejemplar, cómo pasaron o creyeron que pasaban, por los alrededores de Berlín:

«El sólo nombre de Berlín atrajo a muchos camaradas a las portezuelas. Había unas barras de seguridad, pero podían sentarse en el suelo, dejando los pies colgando; otros podían colocarse detrás, en segunda fila, utilizando los bancos. Nadie sabía como se llegaría a la capital. Ni siquiera si se entraría allí para una última despedida, como soñaban algunos, no satisfechos todavía con lo pasado.

»—No seas primo —hubo que decir a Manuel Benito, que ya se veía desfilando bajo la Puerta de Brandenburgo—. Todo eso ya se acabó. Ya lo verás. Ahora, el chopo y el tubo...».

Cargar con el chopo equivale a hacer el servicio militar, o la guerra. Es voz bendecida por la Academia, y el *Diccionario Enciclopédico de la*

Guerra hace tres cuartos de lo mismo, autorizándola con un parrafito de Hartzenbusch, que ya da veteranía: «Ha empleado toda la tarde del día consagrado al Señor en atravesar la pradera de los guardias en todas direcciones con el chopo al brazo».

MIQUELETES

Eran la milicia foral de Guipúzcoa, más simbólica que otra cosa. Recuerdo a los miqueletes con la boina roja y un capote con esclavina, de color azul oscuro y botones de oro. También los veo en mi infancia con unos estupendos bigotes trabajados por tenacillas. Resultaban arqueológicos y veraniegos, allá por 1936, y aún antes, aunque habían tenido participación destacada en las muchas zarabandas bélicas de nuestro siglo XIX. Guardaban las mugas guipuzcoanas, y lo que no sé es si se ocupaban o no de los asuntos de arbitrios y consumos. Yo solía contemplarlos desde las ventanillas de «La Roncalesa», el autobús que enlazaba Pamplona con San Sebastián, y también desde la baca de las alegres excursiones escolares al Museo de San Telmo, al Acuarium de «San Sebas», al santuario de Loyola y a la casa de Zuloaga en Deva o Zarauz. Cuando yo los conocí eran más administrativos que otra cosa y ya apenas tenían que ver con el árbol genealógico que les otorgó Almirante, para quien el miquelete era un «hombre suelto, ágil, incansable: nieto del antiguo almogávar y padre del moderno cazador».

Según José María Iribarren, que recoge opinión de Olóriz, la copla de jota más antigua que se conoce en tierra navarra es una que se cantó cuando la invasión napoleónica:

Salieron los miqueletes
de la Casa Colorada,
y les hicieron volver
a bayoneta calada.

En ella ya se achuchan con violencia navarros y miqueletes. Al menos, los miqueletes que estaban al servicio del invasor y a los que les sacudieron los voluntarios navarros cerca del convento de los Capuchinos de Pamplona. Es curioso esto, porque los primeros encuentros que habían de tener las fuerzas navarras en la guerra de la Independencia de 1936 fueron también, al iniciarse el frente del Norte, y la que luego se llamaría campaña del Norte, con los miqueletes guipuzcoanos de Urto e Illarraza.

«Al lado de los rojos se baten los miqueletes de Urto —se lee en la *Historia de la Cruzada*—, y sus boinas encarnadas exasperan a los requetés, que ven en su mal uso una profanación». Aquí cae el primer

requeté, Joaquín Muruzábal, de San Martín de Unx. Me parece que es el único combatiente muerto sobre tierra navarra. Había salido una hora antes de Leiza, verdadera capital carlista, donde escuchó la arenga del comandante Tutor. Un testigo relata así el momento en que aquellos requetés comenzaron la guerra: «Pantaleón Zabala toca el chistu y cantamos el *Oriamendi* y el *Guemikako Arbola*. Desde el balcón del Ayuntamiento, la bandera bicolor nos saluda movida por el viento. Las mujeres nos despiden con sus pañuelos. En la torre de la iglesia daba el reloj la una y media».

A la una y media, poco más, entraban en fuego los requetés navarros y guipuzcoanos —llegados por los montes— de Tutor. Son ciento cincuenta hombres. Noventa y tres navarros, cuarenta y seis tolosanos y diecisiete donostiarros. Sus oficiales naturales se llaman Villanueva, Górriz, Zabala, Echevarría, Gorrospe, Querejeta y Almándoiz, lo que se dice unos invasores del País Vasco.

¡Qué sencillamente hermoso, con el verde paisaje de Leiza, la bendición de la iglesia y de la bandera, las voces de las mujeres y el agrio, montaraz y pastoril sonido del chistu! El chistu es un pífano silvestre, como el clarín de la *espatadantza*, en la que los antiguos soldados de la montaña vasca bailaban en torno a su jefe muerto, a su héroe muerto, a un eterno Joaquín Muruzábal, de San Martín de Unx, muerto con las armas en la mano siempre que Dios llama al combate. Es algo tan simple y tan hondo, tan claro y tan veraz, que me temo mucho que nunca puedan entenderlo los de la literatura de ratas, la panda de ropavejeros del instinto, los héroes de la alcantarilla, los buscones de la mierda, los mamacaldos de la letrina, los sacristanes de Sartre.

A la misma hora y el mismo día de la acción de Urto, setenta falangistas y treinta requetés, procedentes todos de la plaza de Castillo —que es un buen sitio—, atacaron la casilla de miqueletes de Illarraza. Los mandaban el comandante Checa y el capitán Vicondoa. Entre los falangistas iba la flor y nata del S.E.U. de Navarra. En Urto y en Illarraza, la victoria tiene un espléndido botín: la comilona que miqueletes y milicianos se hablan preparado con la cultura gastronómica de los *tripasais* guipuzcoanos, que es mucha y delicada. Debió de ser un buen rancho. Gargantúa siempre ha sido buen amigo del viejo Marte.

Después de esto apenas se oyó hablar de los miqueletes. Siempre los conocí con ese nombre y también con el de miguelotes, y tuve que meterme en historia para saber que su origen es catalán. En Cataluña eran fusileros de montaña, y su primer jefe fue Miquelot de Prats, de quien tomaron el nombre. El caso es que yo creía de niño que se llamaban miqueletes o miguelotes a causa de que andaban muy cerca del San Miguel de Aralar y de que eran soldados, hombres de espada. Lo que he de averiguar un día de estos es quién fue Miquelot de Prats, porque no tengo la menor idea, y me pica la curiosidad. El que sea amigo de César Borgia ya suena a interesante.

La única referencia a los miqueletes que encuentro en todo lo que hasta ahora he leído de nuestra guerra, está en *Porque callaron las campanas*, novela de V. Botella Pastor, editada en Méjico: «Siempre que subo por Gracia (en Barcelona) miro a los miqueletes de la guardia. Son altos y fuertes y tratan muy bien a los evacuados de las Vascongadas».

El autor de *El escándalo* sitúa a Parrón, bandolero granadino, como cabo de miqueletes, de los mismos miqueletes que le persiguen por Sierra Morena, y precisamente en una formación lo descubre con suato y asombro el gitano Heredia, el único hombre a quien Parrón perdonó la vida. Es un cuento titulado *La buenaventura*, de la serie *Historietas nacionales*. Lo leí de pequeño en un tomito de prosistas modernos de la Biblioteca Literaria del Estudiante, en cuya portada estaban los protagonistas de *¡Adiós, Cordera!*, y no lo había vuelto a recordar hasta el mismo momento en que esta papeleta daba las boqueadas.

(Veo el sol por los balcones de la calle de Mercaderes, la clara estantería de mi padre y una de menor tamaño, en la que yo iba formando mi biblioteca, y escucho la canción que cantaban los exploradores al bajar por la calle del Carmen, de vuelta de Capitanía. En el cuento también sale una Capitanía, la de Granada, y exploradores y miqueletes me bailaron una extraña pavana durante mucho tiempo.)

El cuento de don Pedro Antonio de Alarcón tiene pero que muchísima suspensión, y me extraña que no haya sido llevado al cine.

VIEJO

El jefe. En el batallón, el comandante; en el regimiento, el coronel, y en la división de guerra, el coronel o general que la mande. Indica confianza, y parece acogida la expresión a los beneficios de la experiencia, tan necesaria singularmente en la guerra, como si recordase *urbi et orbe* que incluso el diablo sabe más por viejo que por diablo.

Dos jóvenes alféreces hablan en *Provisional*, la novela de Juan Cepas:

«—Voy a acercarse al “viejo” a ver si sabe a qué hora nos vamos.

»—Dale recuerdos —farfulló su compañero sin alzar la cabeza, y añadió dirigiéndose al asistente—: ¡Manolo, trae un chusco!»

DESERTOR

Aunque se haga muy cuesta arriba creerlo hubo unos años en que este vocablo no resultó infamante, sino glorioso. La lentitud de los organismos burocráticos, su escasez de personal y la falta de imaginación que siempre caracteriza al mundo del balduque (más volcado por naturaleza a la rutina que a la improvisación), combinadas casi maquiavélicamente con la prisa que algunos soldados se dieron en servir su bandera, y no en desampararla, motivaron el equivoco. Convendrá advertir que popularmente no se distinguía entre prófugo y desertor. Daba igual una cosa que otra, dijera la ley lo que dijese.

Bandadas de muchachos que ni siquiera hablan entrado en caja al iniciarse nuestra guerra, eran ya veteranos con espolones en el momento de ser llamada su quinta a filas. Los periódicos de zona nacional publicaron edictos municipales con las listas de mozos que no hablan hecho su presentación en los Ayuntamientos y que serian declarados prófugos de no hacerlo en breve plazo. Ocurría que, por regla general, los prófugos estaban ya de sardinas en lata hasta lo campanilla, y con poco tiempo para la lectura de periódicos. Con frecuencia estas equivocaciones se desvanecían en los propios negociados municipales, pero no dejó de darse el caso de que más de un prófugo por la otra punta fuese diligentemente buscado en su domicilio por la pareja de la Guardia Civil. A veces la pareja se encontraba con las satisfactorias explicaciones de los familiares; a veces con la foto de un muchacho en marco enlutado, con el recordatorio de un adolescente «muerto por Dios y por la Patria». El muchacho solía llevar en la cabeza el gorrillo o la boina de los voluntarios. El gorrillo era de los falangistas; el gorrillo era negro, con el vivo blanco y blanco el madroño, o bien con el vivo rojo y el madroño rojinegro, pero en cualquier caso la borla caía graciosamente hacia el lado izquierdo. El muchacho solía llevar la boina roja, unas veces con la borla amarilla, otras sin nada. Si había fotos de éstas, era señal de que el muchacho disfrutó algún permiso. En caso contrario, las fotos eran de promoción de bachillerato, de primera comunión, de carnet laboral o político; quizá la foto de la tarjeta de socio de un equipo de fútbol.

Me parece que a Eduardo Crespo, autor de *Alféreces Provisionales*, le fue a buscar la Guardia Civil cuando ya estaba estampillado, y sé de uno que abrió él mismo la puerta a la pareja y no tuvo ni que abrir la boca, porque iba de uniforme y con la Medalla de Sufrimientos recién estrenada. Algunos decían «yo soy desertor» como quien dice «yo soy voluntario», y nadie se quedaba in albis.

Mi camarada Giraldo era un ribero discutidor. Organizaba un timborote polémico en la punta de un alfiler y estaba especializado en sacar de quicio a un sargento de Carabineros que todo lo que tenía de valiente y de buena persona lo tenía de ingenuo. Aquel día discutían a cuenta de los carabineros rojos. El sargento, antes de entrar en materia, para convencer a Giraldo de que los carabineros rojos ya no tenían que ver con el Cuerpo de Carabineros, emprendió una acción de flanqueo para

asegurarse la buena voluntad de Giraldo a base de cantar loores de su propia condición de voluntario. Giraldo cortó en seco:

—¡Y a mí que me vas a contar de eso, si yo soy desertor...!

LA PERDIZ

Releyendo el viejo, alucinante y veraz relato de Tomás Borrás, *Checas de Madrid* —libro que sería bueno poner de texto para desmemoriados y gentes de mala uva—; encuentro este párrafo: «No se oía el grueso bombo del cañón. Al lejano disparo del fusil contestaba con su «pál-pa-la» la ametralladora; los milicianos la llamaban “la perdiz”».

No lo sabía, pero es bonito.

(Luis de Diego, cazador, me pasó el recado de que el «pál-pa-la» es cosa de la codorniz, no de la perdiz. De modo que, o los milicianos no tenían ni idea; o Tomás Borrás lo pescó de oído; o, lo que resulta más probable, es que en estos asuntos de caza Tomás Borrás es tan experto como yo, que no distingo perdiz de codorniz. Que sea lo que Dios quiera.)

CORREAJE

El corraje militar se puso muy de moda entre la gante civil, ya antes de la guerra. Se usaba a derecha e izquierda en todas las organizaciones de tipo castrense que montaron los partidos políticos. El corraje no tenía mucha edad en nuestro Ejército, porque todavía en las campañas de Marruecos se llevaba el revólver pendiente del talabarte interior por medio de un gancho o cordón que se abría paso en la guerrera mediante un ojal. El corraje —y eso no pasa de ser una suposición que ya procuraré husmear en lo que tenga de real— forma parte de las variantes introducidas en el atuendo militar a raíz de la guerra del 14, que es la gran simplificadora del uniforme. Hasta el Marne casi todos los uniformes son más o menos napoleónicos. Después del Marne comienza la época del enmascaramiento, el caqui, el *bleu horizon*, el gris verdoso, y también la del corraje. Me parece que en África llamaron a la primera bandolera para el revólver —todavía no se usaba la pistola de calibre nueve largo— con este pintoresco nombre: «se acabó la guerra». ¿Acaso el origen del apelativo se encuentra en el hecho posible de que las bandoleras fuesen adquiridas en las liquidaciones de la Intendencia de la Primera Guerra Mundial?

Por aquí usábamos el corraje a la inglesa, cosa que no tiene nada de extraño, pues es regla general que todos los Ejércitos vistan a la usanza de aquel que ha ganado la última guerra. De manera tácita, se entendía

que el correaaje era asunto de oficiales, de modo que al correaaje del soldado, tomando la parte por el todo, se le denominaba con un nombre más antiguo: cartucheras. Los soldados siempre han dicho: «Me voy a poner las cartucheras», y no: «Me voy a poner el correaaje». Tan característico del oficial era el correaaje que hasta se debió promover algún pequeño conflicto, allá en el año catapúm, a cargo del deseo de las clases, que también querían correaaje. Me parece que Fernández Flórez gastó muchas bromas sobre la materia en *El secreto de Barba Azul*, donde los sargentos exigen el uso del impermeable y los jefes se acomodan, todo lo más, a estudiar la posibilidad de concederles el paraguas-bayoneta. Eran los conflictos de un mundo pequeño, apacible y burgués, que iba a ser liquidado en la guerra de las trincheras.

En principio, el correaaje era sencillo y sólo tenía una banda que iba del hombro diestro a la parte del ceñidor que caía sobre la cadera siniestra. La gente joven, primero en las secciones militares de todos los partidos políticos, y luego en la guerra, se sentía bastante satisfecha del correaaje. Los rojos cantaban:

Vale más el correaaje

que llevan los milicianos

que la guerrera con cruces

que tiene Queipo de Llano.

Un buen correaaje pedía a gritos muchas anillas y muchos ganchos, tanto para colgar diversos artefactos de utilidad militar como para presumir de reflejos. También las chicas utilizaron el correaaje. ¡Y cómo! Manuel Sánchez del Arco (*El Sur de España en la reconquista de Madrid*) hace referencia a unas milicianas hechas prisioneras por las tropas de Yagüe: «¡Qué lindas estáis, milicianas de Madrid, adolescentes milicianas de la Cava Alta, con vuestro “mono” azul, en el que afloran, ceñidos por el correaaje, los pechitos erectos! ¡Qué lindas! Pero, ¡qué pavor en los ojos!».

El truco de reforzar la propia belleza con el correaaje también lo conocían —claro está— las chicas de la zona nacional, pero en ella el correaaje duró poco para las mujeres, ya que en seguida fue considerado, con absoluta lógica, artículo «sólo para hombres». Su utilidad estética, de Pamplona a Sevilla, ¿qué fue, sino verdura de las eras? Lo mismo ocurrió con algunas pistolitas con cachas de nácar que se vieron en alguna pinturera cintura femenina. No pasó otro tanto con el fusil de las milicianas.

«Lara había visto todavía a alguna muchacha con correaaje, pero, por lo menos sin pistola al cinto —se lee en *Las dos barajas*—. Y, desde luego, ninguna iba al frente, sino era en servicios sanitarios, en contraste notorio con las milicianas que formaron en las columnas de la sierra en los primeros meses de la guerra, con un mono sobre la carne desnuda,

cerrado con una floja cremallera, y un fusil colgado al hombro. La gente se divirtió bastante en los parapetos, todo hay que decirlo, alternando los tiros con el refocilo. Pero con aquella orgía las columnas perdían batalla tras batalla, a la vez que aumentaban el consumo de permanganato».

El correa se llevaba sencillo, cruzado con la bandolera o con una correa semejante, y en trinchas, esto es, descendiendo verticalmente de las hombreras al cinturón, a la manera legionaria. Las trinchas tuvieron un éxito fabuloso y puede calcularse que en un plebiscito entre estampillados y voluntarios, las trinchas hubiesen copado el triunfo. ¡Aquellas bombas de mano que los primeros legionarios llegados a la Península llevaban colgadas de las trinchas, dieron mucho dinerito a ganar a los guarnicioneros! Mi antiguo camarada Dionisio Ridruejo lució siempre las más elegantes trinchas que conocí, y en la primera foto del Gobierno de la Victoria, agosto de 1939, puede verse con trinchas a Ibáñez Martín, ministro de Educación Nacional. Las trinchas gustaban a vanguardia y a retaguardia. ¡Qué tiempos!

Ni correa ni trinchas, en su acepción puramente militar, figuran en los Diccionarios autorizados.

EL ANILLO DE CASADO

Los madrileños llamaron de este bienhumorado modo al brazalete blanco que lucían las tropas del coronel Casado después de sofocar la revuelta comunista contra la Junta de Defensa de la capital. Durante los combates en el interior de Madrid, los dos bandos contendientes vestían el mismo uniforme, de manera que la pobre gente que no tenía más remedio que salir a la calle las pasaba canutas, como dicen los castizos.

«Días después —escribe Barreiro en *Metralla blanca del Madrid rojo* —, la situación quedaba dominada. En las calles, una novedad. Los milicianos que nos atormentaron tantos meses con sus brazaletes rojos y exigiéndonos detalles de nuestra vida, lucen otro brazalete. Ahora es blanco. ¿Es la venda marxista que se les cayó de los ojos? Madrid dice que es “el anillo de Casado”».

Blanco y todo, el brazalete fue el colorín colorao. Apenas unas horas después, las fuerzas del cerco entraban en Madrid.

BILAUREADO

Por antonomasia, el general Varela, único de los que hicieron nuestra guerra que tenía repetida la más alta de las condecoraciones militares

españolas y yo diría, sin rubor, que universales. Sanjurjo también ostentaba dos Laureadas, pero murió en accidente de aviación cuando trataba de incorporarse a Burgos para asumir sus previstas y elevadas funciones.

El tópico del bilaureado, popular gracias a la prensa, se incorporó a la conversación, de modo que sin el menor empacho retórico se podían escuchar cosas como éstas:

—¿Con quién andas tú ahora?

—Igual que siempre, con el bilaureado.

ALCAHUETE

Con el nombre de alcahuete o chivato designaba la gente de primera línea a los aviones de observación. Si el aparato era propio, los puristas le llamaban chivato con cierta generosa condescendencia; si era enemigo, se le denominaba alcahuete con indudable desprecio, pero esto no constituía una regla general, de modo que había seres escépticos que tanto les daba alcahuete como chivato, viniese el chivato o el alcahuete de donde viniera, líe aquí la tarea final de un chivato:

«Efectivamente, el observador se irguió en su carlinga y arrojó con fuerza un objeto que fue a caer a muy poca distancia de donde nos hallábamos. Era un tubo destinado a lanzar los partes de observación aérea. Dos muchachos corrieron hacia él, y mientras uno de ellos retornaba con un minúsculo papel en las manos para depositarlo a poco en las del coronel Vigón, el otro abría el tubo, del que salía una espesa humareda amarillenta, señal, para los ocupantes del aeroplano, de que el parte había llegado a su destino», cuenta don Pedro Gómez Aparicio, maestro y amigo, en su libro *¡A Bilbao!*

Esto explica lo que Giraldo le reprochaba a su primo:

—Eres un cerdo, y además operas como un chivato.

En Córdoba llamaron «las chismosas» a tres avionetas que husmeaban el campo enemigo al amanecer en beneficio de los dos únicos aparatos de bombardeo que allí había. A Lorilla, magnífico observatorio de Sagardía, la bautizaron los rojos —y ustedes perdonen el contrasentido— con el nombre de la «Alcahueta», y hasta intentaron romperle la crisma, sin conseguirlo.

Chivato en el lenguaje carcelario, es el agujero que en la puerta de las celdas permite a los guardianes la constante vigilancia de los presos, y también el robo perpetuo de su intimidad. Es voz que incorporo justamente a este *Diccionario*, porque las cárceles rojas eran un triste,

inmenso, silencioso y sacrificado sector del frente nacional. Dar el chivatazo equivale a denunciar, delatar, en suma, a ejercer de chivato. Los presos nacionales llamaban a los rojos que se infiltraban, por razones de información, en sus filas, chivatos y submarinos.

PAJARO TONTÓN

Es sabido que éste es el nombre que los soldados indígenas de Regulares daban al avión. Precisamente legionarios y regulares fueron los primeros soldados aerotransportados del mundo. Los regulares, al principio, no se fiaban mucho del pájaro tontón, pero cuando les dejaban embarcar con teteras, carneros y todo el ceremonial, ya se quedaban algo más tranquilos. Era lógico que los regulares llamasen pájaros, tontones o no, a los aviones, de modo que tampoco ha de extrañas que los españoles aplicasen términos de la zoología alada con la misma finalidad, y de ahí vinieron las pavas y los pavos, que yo nunca alcancé a distinguir bien. Lo único que me apetecía distinguir —en cuestiones de aparatos por encima— era si eran nuestros o no eran nuestros. En eso me quedaba con el refrán de los de Oviedo:

No te fíes del avión

aunque sea de León.

Con el debido asesoramiento estoy en condiciones de aclarar que los pavos, eran, según nuestros aviadores, los «Heinkel 45», y las pavas los «Heinkel 46», mientras que en tierra se llamaban pavas a los «Junker 52».

Lo cual queda certificado por este párrafo de Cavero:

«La segunda Bandera es así. Le conté lo que me decía Sanabria dos noches antes. Un bombazo le cogió de lleno y, aunque respetó su vida, le dio tal voltereta que lo lanzó un par de metros por el aire. Yo, que estaba en su inmediación, le recogí; y manando un hilillo de sangre por la boca me dijo:

»—Ya ve, mi alferé; haciendo la pava...».

«Hace pocos días que estreché su mano; lleva en la manga un galón más».

Aunque pertenezcan a otra clasificación zoológica, vale la pena recordar aquí a los ratas, de los que ya se habló, y a los bueyes, que en la jerga del aire eran los «Savola 81».

—Ya vuelven de soltar la cagada —se comentaba en los parapetos nacionales al verlos regresar.

«El fino instinto popular de nuestros muchachos —escribía Gómez Aparicio desde la línea de Vizcaya— ha bautizado a estos monstruosos ingenios de guerra, con los nombres más pintorescos: “pavos”, “bueyes”... “pavas”, porque es su oficio “poner huevos” de colosal tamaño; “bueyes”, por su imperturbabilidad tranquila, solemne, reposada y siempre inalterable».

Moscas, según Hemingway, eran los «Boenig P. 32 rusos, rojos, de alas verdes, que los rusos perfeccionaron, llamados moscas por los españoles». Había biplanos rojos con el nombre de rasantes y natachas; chatos, y a los «S-B 2» los llamaban Katiuskas que, la verdad, es un bonito nombre.

Lo divertido y lo curioso es que hasta en broma tenían alas los motores de los aviones. Fernando Pérez de Sevilla, que combatió en «Flechas Azules» un buen trecho de la guerra, publicó un breve tomito con sus memorias. El libro se titula *Italianos en España*, y cabe hacerle el gran reproche de que es demasiado corto y de que deja tremendas ganas de seguir leyendo. En «Flechas» llamaban loros a los aviones y también el loro, simplemente, a la aviación roja. Así lo cuenta Pérez de Sevilla:

«Cuando sonaba la aviación, nuestra tropa española les oía decir a los italianos, si se trataba de la aviación roja: «¡Sono loro, sono loro!» (“¡Es de ellos, es de ellos!”). La aviación roja se convirtió, en nuestro hispánico deseo de simplificar y ponerle motes a todo, en el “loro”. “¡Que viene el loro, que viene el loro!”, y el loro llegaba y sin hacer caso de matices humorísticos, nos ametrallaba o bombardeaba y algún bromista quedaba tendido en la cuneta».

Son cosas que pasan.

FALANGES

Así se llamaron popularmente, durante mucho tiempo, los falangistas. Esta deformación pegó tan fuerte que incluso la utilizaron en sus discursos algunos oradores. Se podía leer con frecuencia en los periódicos de la guerra del verano, la michelín, y también en los libros escritos en el calor del primer momento. Pongo por ejemplo: *La guerra civil en Guipúzcoa. Julio, agosto 1936. Con la columna «del comandante Galbis*: «En mis compañeros, los falanges de Segovia, no se notaba entonces actividad», escribe Morales, que unas líneas más adelante utiliza también, como era usual, fascio por fasciata: «En La Granja no había más fascio que Antonio Navas, un madrileño por cien...».

—Mi hijo está con los falanges —decía una madre, a quien le quisiera oír.

Y más de un padre tenazmente tradicionalista podía explicarse, como aquel del cuento:

—De mis tres hijos, dos son requetés, y el tercero me ha salido falange, pero también buen chico.

Habla mucha costumbre de escribir versitos y coplas desde el frente, sobre todo en períodos de calma, y raro era el periódico que no publicase esta correspondencia literaria, sencilla, ruda y generalmente octosílaba. Tengo ante mi un ejemplar de *Arriba España*, de Pamplona, del 4 de abril de 1937, Año I de la Falange, según reza la cabecera del diario. Es un ejemplar amarillo y emocionante que ha resucitado de entre mis papelea perdidos, con ocasión de un traslado de domicilio. En la página cuarta, sección *Correo del Frente*, leo estos versos, que firma Julián Torres. Bajo la firma hay un «¡Arriba España!» y un «¡Viva la Muerte!». Los versos forman parte de una larga tira dedicada a hablar de la vida de su centuria:

Cuando me toca el relevo,
cara cara a la trinchera,
siempre canto una jónica,
para que los rojos vean
que los falanges navarros
no abandonan las trincheras.

Y en el mismo número también hay un anuncio en el que se lee:
«¡Falanges! Brazo en alto. Casa Sanz. Precios bajos. Confeccionamos toda clase de prendas de uniforme», etc., etc.

DUELO DE ARTILLERIA

Singular combate entre las tormentarias respectivamente enemigas, que por poca voz que tengan siempre tienen mucha más que la de aquellos que ven pasar sus proyectiles por encima. Gómez Aparicio escuchaba los cañonazos del Norte: «Los del 7,5 con su detonación seca y el agudo silbido de sus proyectiles; los del 15,5, con su zumbido jadeante; las granadas del 21 y el 26, con su bronco rumor de barrena, con la simulación de una fatiga que parece que va a detenerlos a medio camino, sin fuerzas ya para seguir más adelante. Y el 8,8 y el 6,5 de acompañamiento, con su tiro rápido, nervioso, incesante, que al empalmar casi las detonaciones de salida, semeja el ruido de un mazo que golpease el parche de un timbal».

En *Cuerpo a tierra* mi mala memoria se espabila con el recuerdo de otro dicho:

«El tiroteo mengua en uno y otro campo. De pronto, docenas de proyectiles cruzan rugiendo bajo el azul.

»—“¡Las locas!”, “Las locas!”—grita Padrón.

»Han moteado así a las baterías del siete con siete por su veloz traqueteo».

De las dichas «locas» le ha quedado a Fernández de la Reguera la impresión de que acosaban al enemigo «con su terrible manguera de explosiones», y de las primicias artilleras en los campos de Zuera un mal sabor de boca, porque allí les tiraron «por vez primera con las temibles baterías del doce con doce, de tiro rapidísimo y extraordinaria potencia».

De Atilano ya hablamos en otra ocasión. Su terca y agria voz aún levanta pesadillas en más de uno de los españoles que ya no deben mojarse la barriga.

Respecto a los duelos de artillería los infantes guardan una postura de discreto escepticismo, como si realmente no creyesen su ellos:

—Bueno —parecen decir—, ellos comienzan a batirse mutuamente, eso sí; pero luego lo piensan mejor y arrean, por unanimidad, a los de a pie, cada cual al que le corresponde.

Los de a pie se defienden compadeciendo al vecino, sobre todo porque mientras le tiren al vecino hay menos probabilidades de que le tiren al poseedor del alma caritativa.

«Los dos alféreces —cuenta Juan Cepas—, velando los ojos con las manos en pantalla para protegerse del resplandor del sol vespertino, observaron hacia dónde caían las granadas.

»—¡Eh, mira!—exclamó Ridán—. Están tirando sobre la segunda. Eso está bien.

»—No te consueles tan pronto —arguyó el otro—, también nos tocará parte».

Uno piensa que la guerra es brutal e intolerable cuando le están zumbando a la unidad que está a la derecha o a la izquierda, y conforme el bombardeo se va acercando, la compasión aumenta por segundos, y también la intolerancia y la brutalidad.

Cuando el bombardeo está encima, aparte de protegerse lo mejor que se pueda y de colocar un refugio de jaculatorias y «Señor mío Jesucristo»

entre los proyectiles y su propio cuerpo, el soldado piensa que lo mejor de todo sería que otra vez —como cuando la Dictadura— se disolviese el Arma de Artillería, por lo menos la enemiga.

Este humano sentimiento trastorna a veces las relaciones entre infantes y artilleros. En *El Cabaret*, de Alejandro Arnoux, se pueden encontrar maravillas sobre el tema propuesto. Dibildos y yo no quedamos nada mal con el dialoguillo que sostenía Tony Leblanc con unos artilleros en la película *La fiel Infantería*. A mi modo de ver —y por si nadie lo dice— aquella conversación define muy bien esa arisca amistad, ese amor en punta que caracteriza los mutuos y agridulces resentimientos que unen a infantes y artilleros en campaña.

Hay un dolorido refrán que explica mejor que nada toda esta historia. El refrán dice, sencillamente: «Los duelos de artillería los paga la infantería».

Queda claro, ¿verdad? Sin embargo, también los artilleros tienen sus razones para sostener que los pipis exageran.

TOQUE

Digan lo que digan, en España no hay gran cultura musical; de modo que en los primeros días de la guerra los soldados voluntarios que no eran muy melómanos se pasaban el día preguntándose unos a otros:

—Oye, tú, chico, ¿qué han tocao?

—Cualquiera sabe; a mí, te lo juro, la solfa no se me da nada bien.

Entonces, ambos ignorantes, llevados de su buena voluntad, suponían que se había tocado fajina, la de comer, claro, y así se lo comunicaban, por lo que fuera, a un tercero, el cual acababa con sus ilusiones más de una vez:

—Chalaos... ¡Si lo que acaban de tocar es agua y pienso al ganado!...

Esto hería el orgullo de muchos.

Lo cierto es que entre aprender el manejo del fusil, pegar tiros y adentrarse en las intrincada selva de los toques militares, no habla tiempo para nada.

Así, a vuela pluma, he aquí algunos de los toques que había que saberse: diana, asamblea, reconocimiento, escuadra, compañía, batallón, generala, parte, oración, retreta, silencio, romper filas, ataque, fuego y alto el fuego, retirada, bando (en las Academias), paseo, revista y que sé yo cuantos más, sin contar las especialidades. Era un verdadero barullo.

En *La soledad de Alcuneza* puede verse: «Hay que enseñarle los toques —dije—. Ha estado siempre en Infantería y no conoce más que los de corneta».

Por regla general, los bisoños no discernían con claridad más que dos toques: el de diana y el de ataque, y eso porque el de ataque estaba muy popularizado de antiguo gracias a la difusión que todas las radios dieron desde siempre a un disco titulado *Los sitios de Zaragoza*. Lo mejor de *Los sitios de Zaragoza* eran las notas del toque de ataque, según aseguraban los expertos, que en esto yo ni entro ni salgo:

Cuatro van por aquí,

cuatro van para allá...

Y el de diana, ¿quién no lo conoce?:

¡Quinto, levanta,

tira de la manta!

¡Quinto dormilón,

tira del jergón!

Quizá nuestra guerra haya sido la última en que los toques de corneta se han escuchado en el campo. La perfección de los sistemas de transmisión y enlace parece que retorcieron el cuello a estos jacarandosos, estridentes y osados gallos de la milicia, que ahora sólo cantan en cuarteles y campamentos, en las guerras del celuloide y en dos evocadores instantes cotidianos de la Radio Nacional y la Televisión Española, por lo menos hasta hace poco. Que yo sepa, un toque de ataque se oyó en la bestial G.M.II

«El corneta de mando Ernst Springer, del primer batallón que saltó (en Creta), un cazador de la Alta Silesia, ya en el aire colocó la trompeta en sus labios y tocó una antigua señal de ataque. Resonaba como un clarín fantasmal desde el cielo sobre los confusos maoríes de la V Brigada Neozelandesa: «Sopa de patatas, sopa de patatas...».

En nuestra África, en cambio, chuflaron lo suyo:

«El campamento ya no tira y de nuestros tambores salen los gritos e insultos para el enemigo. Se les pide que vengan, que ataquen de nuevo y, en burlas y bromas en árabe, se cambian disparos. El enemigo, muy alejado, nos contesta en castizo castellano mil finezas.

»De pronto rasgan el espacio las notas vibrantes de un clarín de guerra. Se hace un silencio profundo en todo el campo y unos aires de Granada siguen dulces y conmovedores. La corneta parece interpretar el

momento, y, al morir sus notas, lentas y vibrantes, los vivos a la legión se producen hasta en los puestos del servicio avanzado...

»La corneta ha impuesto el silencio con su sentido canto y el campamento duerme, soñando con el recuerdo que evocó la corneta».

Esta viñeta legionaria puede encontrarse en el *Diario de una Bandera*, escrito por un joven comandante llamado Francisco Franco.

«Hasta el vibrar prolongado de la corneta anunciando “silencio” tuvo esta noche un tono de solemne emoción —recuerda Asenjo, el capitán periodista—. Hubo gritos, como todas las noches, al terminar sus floreos».

Una diana floreada es algo inolvidable, por ejemplo el día de la Purísima, aunque reconozco que en cuestiones de floreo, la Caballería nos pisa el poncho a los de a pie.

Las cornetas africanas madrugaron en el Sur, y quizá la que primero prodigó sus toques fuese la de «El Tigre», un legionario extremeño que no se separaba de su comandante ni a sol ni a sombra. Su comandante era Castejón, y su Bandera la Quinta, claro. Al comandante y al turuta los recuerda, siempre juntos, Del Arco, que con ellos subió desde Sevilla hasta Madrid.

En Badajoz se oyó tocar ataque: «A las tres de la tarde el cornetín de la Cuarta Bandera dio el toque de ataque, y la contraseña electrizó a los hombres, que calando el cuchillo, se lanzaron en torrente heroico por la brecha de la Trinidad, bajo la cortina mortífera que tejían las armas automáticas desde lo alto de la muralla».

Con toques de corneta se avisaba en el Alcázar la salida de las granadas del quince y medio que soltaba la artillería enemiga desde los apacibles, hermosos y vecinos cigarrales. El turuta en cuestión era de la Benemérita, y cada toque suyo era como darle la salida al tren de la muerte. Los turutas son de todas las edades, pero por regla general abundan los picaros gurriatillos.

Con toques de corneta se polemizaba sobre el buen estilo de las tropas de uno y otro bando, como pasó en Belchite, cuando Prieto dijo en telegramas, partes y declaraciones oficiales: «Belchite ha sido tomado a la española». Hablan llegado los de Prieto al punto dialéctico de necesitar de la Patria para una guerra que era la de Rusia. Tres combatientes de Belchite, supervivientes del sitio, defensa y rotura del cerco, precisaron su respuesta a esta afirmación de Prieto y le pusieron las peras a cuarto:

«De haber estado junto a sus fuerzas por aquellos días hubiera comprobado el valor de sus soldados, negándose a entrar a la bayoneta a pesar de los continuos toques que se lo ordenaban. Nosotros, que los oímos, se lo decimos: ¡hasta cinco veces!»

Bien es verdad que la flor y nata de los atacantes estaba compuesta de argelinos, ingleses, franceses y hasta holandeses de las Brigadas Internacionales. Pudiera haber ocurrido que oyesen el toque de ataque, pero no supieran traducirlo, en cuyo caso su culpabilidad no sería tanta. De todos modos, ese «¡Hasta cinco veces!» suena como el de un viejo aficionado que proclamase con escándalo:

—Los tres avisos le dieron...

El toque de oración detenía la vida un instante en los pueblos y las ciudades, y hasta el amor de los novios se iba hacia los que murieron en combate y hacia los que hacían tumo para morir. Un gran ángel con espada descendía de los cielos de España para velar la noche.

TURUTA

Sustantivo de origen onomatopéyico que sirve para designar al corneta, cornetín o trompeta. El turuta, en la mili, carga con la misma gloria que el monaguillo en los estamentos eclesiásticos, así es que lleva fama de travieso, desvergonzado y vivalavirgen. Personalmente no he conocido ninguno que dejase mal esta afirmación. El turuta de mi bandera fue siempre un olímpico de la golferancia; a veces, incluso, con mal estilo. El jefe de la bandera le solía dar lecciones de estilo a base de ricinazo. Entonces el turuta, que era un cañamón rondando los quince abriles, aguantaba como un caballero, tanto si el ricino le era administrado sin ceremonia como si se lo tenía que soplar ante la guardia formada. El tipo sacaba el pecho, hundía la tripa, miraba al frente y uno casi veía en aquel momento a un Diego de León frente a los fusiles del piquete. Luego se bebía su ricino sin rechistar, y aún llegaba en su insolencia a relamerse con cierta discreta moderación, que al jefe de la bandera le revolvía las tripas, como si también él participase de aquella orgía purgativa. Después, con la venia, pasaba al calabozo, donde el turuta procedía urgentemente, sin tocar trompeta ni baranda, a la delicada operación de hurgarse la campanilla con los dedos, y aquí paz y después gloria.

Aquel turuta manejaba el naípe como un tahúr —desplumó a más de un cándido camarada—, llevaba siempre el cigarrillo residenciado en una esquina de la boca, no le hizo ascos jamás al aguardiente y estaba muy lejos de creer que los niños viniesen de París. Era un producto soez y malaventurado del viejo espíritu cuartelero, la versión del golfo solitario acogido a un uniforme. Lo curioso del caso es que, sobre su cínica simpatía, hecha de muletillas, dichos y malicias, flotaba una imprecisa sensación de inocencia y bondad. Uno sentía ante él, ante sus actos y sus palabras, la misma o parecida sensación que debió experimentar la buena Jacinta cuando recogió aquel gurriato callejero —el que ella creía que era el hijo del pirandón de su marido con la Fortunata—, e

incitándole maternalmente a que soltase una gracia le oyó decir:
«Leche».

CONTRASEÑA

Pequeña, breve, aguda y eficaz melodía que sigue al toque de corneta, trompeta o clarín, para indicar, en el caso de que la confusión sea posible, a qué unidad afecta la orden que se acaba de dar. Toques y contraseñas suelen llevar una letrilla pegada a la música, tan pegada a ella como las cartucheras al soldado, con el fin de ayudar a la tropa a distinguir entre el variado repertorio de toques militares. No cabe duda de que si la corneta canta:

Soldadito de España,

no pases pena,

que en tocando fajina

la tripa llenas,

el soldadito de España que sea un poco orejón respecto a todo lo que se refiera al negociado del maestro Beethoven, podrá apoyarse en los cantables de la obra para traducir lo que la corneta pretende indicarle.

Las contraseñas también tienen sus letrillas que, de origen, suelen ser algo retóricas, pero que en la realidad cotidiana distan mucho de la pedantería para arrimarse a un tremebundo realismo o a un tono de broma desgarrada. Las contraseñas que de momento recuerdo son impublicables, así que más vale dejarlo. Ahí va, para compensar, este párrafo de *Imán*, levemente retocado:

«El cornetín del cuartel general toca a oración y contestan, como los gallos en los corrales, los toques de los batallones y las baterías. El centinela Viance, con ese aire distraído que le hace parecer tan lejano e indiferente, repite las contraseñas a medida que suenan:

»—Tengo la niña bonita, —el 16 de Infantería—. «Me c... en..., cuántas ratas» —Zapadores—. «¡A ver quién ha perdido el estopín!...».

«Al tiempo de calzarme la bota derecha escuché la contraseña, que era la de un tabor de Tiradores de Ifni», se lee en *La soledad de Alcuneza*.

La contraseña del Tercio es famosa:

¡Legionarios a luchar,

legionarios a morir!

Pero ellos mismos bromeaban:

¡Legionarios a comer,

legionarios a dormir!

La contraseña es también la palabra reservada que en unión del santo y seña sirve para el reconocimiento de los amigos. Los rojos —de creer a Gironella— batieron un récord de tosca fantasía al inventar sus propias contraseñas: «El Papa es un cabrón», «Arriba Carlos Gardel», «Los Borgias eran de aúpa», «A joderse, hermano», etc., etc.

RADIO MACUTO

Si quien podía decirlo dijo que nunca se mentía más que después de una cacería o antes de estallar una guerra, la verdad es que los soldadas que hacen la guerra mienten mucho, o dicho de otro modo, imaginan demasiado. El producto de esta imaginación es lo que constituye el cogollo informativo de Radio Macuto o la voz del soldado. El hecho de que Radio Macuto acierte de cuando en cuando no desvirtúa la anterior generalización. Si lo que cuenta Radio Macuto suena excesivamente a fantasía —como, por ejemplo, aquello de que los batallones de Cazadores de África iban a ir, allá por la primavera del 38, a descansar y reponer bajas en Marruecos—, la tropa lo rechaza con laconismo:

—¿Y tú te has tragado ese macutazo, pelanas?

—¿Yo? Ni que fuera un quinto, hombre —se excusaba el que ya soñaba con palmeras, baños a la orilla del mar y alguna que otra fatimucha—. Lo decía por decir, ¿pero verdad que sería bonito?

Asistentes y rancheros, con la ayuda de los enlaces, son los redactores más distinguidos de Radio Macuto, que también se llama Radio Ranchero, Radio Asistente, Radio Cocina, y por el aquel de ciertas horas punta en las que también con el diálogo se hace todo más comfortable, Radio Letrina. Esto me recuerda un chiste de Tony Leblanc, pero no lo ponga. ¿Para qué? Si acaso lo contaré al llegar al asunto letrina, con perdón. Lo que si puedo afirmar es que Radio Macuto y Radio Acemilero pertenecían a la misma cadena. Giménez Caballero, al hablar de esta última, ve las orejas del mulo como dos antenas. «Radio Acemilero —escribe— volaba tanto o más que los teléfonos oficiales a los puestos de mando. Y su información, aunque fantástica a veces, tenía emoción popular y directa en la noticia».

No faltan autores que conceden mucha autoridad a Radio Macuto, como por ejemplo, Tomás Salvador, «La (historia) real, para Languricu,

empezó cuando Radio Macuto —el que nunca se equivocaba aunque mucho exageraba— dio el notición de que la División no sería motorizada, como había sido la creencia general, sino hipomóvil».

Las instalaciones de Radio Macuto en el campamento de Grafenberg estaban en muy alto sitio, como se lee en *División 250*: «Las cantinas, por ejemplo, por aquel entonces, cuando ya se rumoreaba que estaban preparando los trenes que habrían de trasladarnos al frente, eran los micrófonos permanentes de Radio Macuto».

En las cárceles de la zona roja el equivalente de Radio Macuto era Radio Celda, aunque en este caso la emisora funcionase no solamente con la fantasía, el deseo y el rumor, sino también con las noticias que se filtraban por los rastrillos y que, por fortuna, respondían a realidades victoriosas. Tomás Borrás lo cuenta:

«Con los nudillos golpeó suavemente el tabique... Contestaron...

»—Poned Radio Celda.

»El militar se separó, arrastrando su vientre con varices; del agujero salió una cintita blanca. El lexicógrafo apoderóse de ella. Con sangre llevaba escrito: «TR».

»—¡Están en Tarragona! —anunció con voz sofocada.

»La emoción inmovilizó la celda. Uno llora, convulsivo.

»—Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea el tu nombre...».

Radio Celda, a veces, adoptaba otros nombres. Por ejemplo, en el barco prisión *Uruguay* se llamó Radio Palomeque. Goded dice que era también un periodiquito clandestino escrito —y muy inventado— por los propios presos. El cataba allí y lo sabe muy bien.

La Marina tiene su Radio Macuto específica. He aquí un párrafo de Ángel Marrero en su novela *Todo avante*, que pone las cosas en claro: «Radio Bolina, que es como aquí llama todo el mundo a los bulos y murmuraciones de dentro del buque (el «Canarias»), porque dicen que la bolina del coy es como una antena, asegura que por la tarde fondearemos en Ceuta».

El capitán Sánchez Oliva me informó de que Radio Macuto es voz válida en nuestras Fuerzas Aérea. Tampoco tengo la menor idea de cómo se llamaba tan importante y popular servicio antes de que el señor Marconi inventase la radio en su finca de Bolonia. A cambio de este cupo de ignorancia puedo ofrecer la compensación de comunicarles que durante los viajes del «Monte Albertia» y el «Monte Ayala», por América, con los Coros y Danzas de la Sección Femenina a bordo, el

equivalente de Radio Macuto entre las chicas tenía dos nombres: Radio Lavabo y Radio Lavadero.

Lo corriente era que Radio Macuto diese muy buenas —y anticipadas— noticias, o muy malas —y anticipadas— noticias. La áurea mediocridad informativa nunca fue su fuerte.

QUINTA COLUMNA

Así lo he oído contar y así lo cuento. Tengo, además, idea de haber visto alguna referencia literaria sobre lo que ahora sigue, pero no la localizo ni en broma. Pido socorro a los expertos. He revuelto bastantes libros y papeles y al final temo haberme distraído demasiado en la pista. Me parece que Tomás Mann pudiera tener razón a este respecto cuando decía: «Si uno sabe demasiado sobre un tema, se queda paralizado». Quizás yo me he quedado paralizado simplemente con intentar saber lo justo, no demasiado. Y me voy al toro.

Sucedió en Ávila, cuartel general del general Mola, que mandaba el Ejército del Norte, encargado por aquellos días de las operaciones en torno a Madrid, rompeolas donde se estrellaban bravamente las Columnas del Sur al chocar de frente con las defensas naturales de la capital, su densidad miliciana y el pistonudo refuerzo de las Brigadas Internacionales, calentitas aún.

El general Mola charlaba con los periodistas nacionales y extranjeros. Era un día gris y frío de noviembre de 1936. Alguien le preguntó al general que cuál de las cuatro columnas atacantes —Asensio, Barrón, Delgado Serrano y Tella creo que eran sus jefes— entraría primero en Madrid. El general Mola se sonrió tras de aquellas gafas gruesas, que le daban un aire japonés.

—Ninguna de las cuatro. Otra columna distinta, una quinta columna.

Los periodistas desconocían la existencia de esa quinta columna, y por mucha que fuese la discreción de sus organizadores, resultaba inverosímil que pudiese entrar en fuego sin haberlo ellos oído antes, de modo que solicitaron explicaciones. El general Mola aclaró que la quinta columna por él aludida era la de los patriotas que estaban dentro de la ciudad atacada, los cuales seguramente sabrían aprovechar la primera ocasión para poner dinamita en las espaldas de los defensores de Madrid.

No puedo asegurar que esto ocurriese así, ni siquiera que la frase naciese del ingenio dialéctico de Mola. Iribarren, su secretario, no hace referencia para nada al origen de la expresión en su archicitado libro, y a él no se le hubiese escapado algo tan importante. Por el contrario, en *El porqué de los dichos* y en *Cajón de sastre* le anota el tanto a Queipo

de Llano en una de sus charlas. Añade también un curioso antecedente español de la frase, que Francisco Javier Sánchez Cantón descubrió en una carta de Merimée a la madre de la Emperatriz Eugenia, fechada en agosto de 1870. En esta carta hay una frase, referida a los tres ejércitos que atacan París, que Sánchez Cantón supone de la Emperatriz: *Il y a la quatrième armée de M. de Bismark, et celle-là est à Paris.*

Fernández Arias, que lógicamente habla de oído, porque en esos días estaba en Madrid, atribuye el dicho a Franco o a Mola, y se nota que al decirlo así recoge el rumor madrileño. Salvador de Madariaga vota por Mola. El duque de la Torre, por Queipo de Llano. El *Diccionario Enciclopédico de la Guerra* dice que «parece ser» original de Queipo. Hugh Thomas sostiene que es de Mola, y anterior al traslado de su C.G. desde Valladolid a Ávila. Enrique Castro Delgado se inclina por Mola.

Roberto Cantalupo (*Embajada en España*) escribe: «En la Alhambra — supongo que se confunde con el Alcázar, porque sitúa el suceso en Sevilla—, donde se celebraba la recepción en honor de los moros notables, conocí a Queipo de Llano, autor de la famosa frase “quinta columna”».

Por su parte, César Falcón, historiador aúlico del soviet madrileño, se la cuelga a Mola:

«—¿Cuándo entrará usted en Madrid?—le ha preguntado un periodista reaccionario de Francia.

»—Muy pronto.

»—¿Cuál de sus cuatro columnas será la primera en ocupar la ciudad?

»—La quinta».

Lo malo es que César Falcón coloca el nacimiento de la frase mucho antes de que naciera. Habla de tres mil oficiales que esperan el momento oportuno, de centenares de pacos que disparan en la noche y a traición, de «reuniones secretas, emisoras clandestinas, depósitos de armas, espías y más espías». De los conspiradores a favor de la extraterritorialidad de las Embajadas. Y todo esto desemboca en el incendio de la Cárcel Modelo, que fue en agosto del 36, cuando ni Queipo, ni Mola, ni nadie soñaban en soltar la afortunada expresión.

Al ver las llamas exclaman las gentes: «¡Un complot de la quinta columna!». Luego se enfanga en una descripción de la batalla de la Cárcel Modelo que dejaría turulato a Julio César. Cuenta cómo la columna motorizada del comandante Puente ocupa la calle de Blasco Ibáñez, cómo los heroicos voluntarios rojos acampan en la plaza de la Moncloa, cómo Jesús Hernández toma el mando, reúne el comité y traza su plan. Los comunistas se aprestan a defender a los bellacos que incendiaron la cárcel que, claro, son los presos «fascistas» empeñados en achicharrarse.

No, realmente no se puede tomar en serio a César Falcón a menos que se le considere un *partenaire* de Pompoft y Teddy.

El hecho es que esta expresión, quinta columna, se acuña un día en que todo el mundo estaba convencido de que la caída de Madrid era cosa de horas. Tan convencido, que muchos de los periodistas que informaban desde la Telefónica redactaron sus despachos dando por cierta la noticia; tanto, que según cuenta también Barea (*La forja de un rebelde: La llama*), en la propia capital se recibió el cable de un Presidente hispanoamericano dirigido así: «General Franco. Ministerio de la Guerra. Madrid». El Ministerio de la Guerra estaba prácticamente vacante y todo el Gobierno rojo había tomado lo único que por el momento podía tomar: la carretera de Valencia. La respuesta roja al Presidente hispanoamericano y madrugador tuvo gracia. Le devolvieron el cable con la nota clásica: «Desconocido en estas señas».

La frase dio la vuelta al mundo en un tiempo récord. Esta expresión: «quinta columna», habría de ser, a partir de aquel momento, una de las que el idioma español incorporase al repertorio universal. La quinta columna es algo tan diáfano y específico en la terminología militar y política, que ya no necesita aclaraciones, y cada cual aplicó la expresión desde aquel día según sus conveniencias, de modo que los rojos hablaban de la quinta columna refiriéndose a los nacionales activos que había en su vanguardia y en su retaguardia, y al revés.

Yo no sé si fue Mola o fue Queipo o fue Franco quien acuñó la prodigiosa y explosiva expresión. En todo caso, los rojos la tomaron bien en serio. Foxá pinta una triste y frecuente escena de las madrugadas madrileñas: «Escribía un miliciano toscamente unas letras sobre un cartón, apoyándolo en la fachada. Lo colgó al cuello del muerto. Ponía: “Quinta columna”».

Castro (*Hombres made in Moscú*) da órdenes en la noche madrileña. La larga noche de noviembre del 86. Le dice a un camarada:

«—Comienza la *masacre*... Sin piedad... La Quinta Columna de que habló Mola debe ser destruida antes de que comience a moverse... ¡No te importe equivocarte! Hay veces que uno se encuentra ante veinte personas. Sabe que entre ollas está un traidor, pero no sabe quién es... Entonces surge un problema de conciencia y un problema de partido... ¿Me entiendes?»

Pero la matanza fue inútil. Aquel matar, matar, matar —del que el mundo todavía no ha querido enterarse— fue inútil. Dos años después lo certifica el propio Castro: «Por el camino ambos se dieron cuenta de que Valencia ya era campo enemigo: la “Quinta Columna” salía en los anocheceres en espera de una señal para la insurrección y la revancha».

Hemingway, en su comedia titulada precisamente así: *Quinta columna*, coloca en labios de un viejo socialista metido a rastreador de los

quintacolumnistas, un patético y tremendo elogio del valor que derrochaban al morir los silenciosos soldados de la quinta columna: los falangistas, los militares, los sacerdotes, los humildes hombres de España.

Pedrero definió así a la quinta columna: «Es como un dragón de cien cabezas: cortas una y aparece otra, cada vez más astuta».

La quinta columna sabotaba todo lo que podía, y sus efectos se notaban en el frente nacional. Por ejemplo: Cervera estaba aguantando en su posición pepinazos rojos. «La primera tarde fueron ciento treinta; ahora que, dando gracias a Dios, no explotaban ni por casualidad. Aquella tarde sólo lo hizo una; una granada del 7 que nos cortó el hilo telefónico. Así, pude enviar a Mayoral un enlace con este parte, que aún creo conserva: «Han caído ciento treinta granadas, que supongo enemigas, rompiendo el hilo del teléfono. Los hilos de nuestras existencias siguen sin novedad».

Tronaban los manifiestos rojos, poco menos que acusando de quintacolumnista a Largo Caballero: «Las autoridades saben que agentes fascistas con carnets de partidos republicanos, del Partido Socialista, del Comunista y de la U.G.T. y la C.N.T. han estado operando libremente en la España leal, y que sus actos criminales han logrado desorientar a muchos soldados y hasta personal civil republicano, cuyo limpio y sacrificado pasado certifican su fe y lealtad». (Véase *El gran engaño* .)

Los quintacolumnistas hacían de todo: terrorismo, golpea económicos, sabotaje, razias de víveres, espionaje; cumplían misiones de Pimpinela Escarlata y de castigo. Dejaban abiertos los grifos del agua, encendían las luces, falsificaban documentaciones, pasaportes, inutilidades. Lo que fuese.

En Valencia había una checa instalada en un palacio de la plaza del Poeta Liern, que se llamaba «La Quinta Columna». Allí acabaron muchas intrépidas existencias de quintacolumnistas. También en Valencia, en el Juzgado Especial núm. 4, había un sumario bajo el epígrafe: «La Quinta Columna».

Luego se volvieron las tomas y hasta hubo intento de nuevas invenciones, o modificaciones simples de la expresión. Bouthelier y López Mora (*Ocho días . La revuelta comunista*) cuentan lo siguiente: «Días antes de constituirse el Consejo (Nacional de Defensa, el de Casado) fueron suspendidos en Madrid varios periódicos, entre ellos *Mundo Obrero*, *C.N.T.*, *Ahora*, *Castilla Libre* y *La Libertad*, y se dieron instrucciones a la censura para que, en lo sucesivo, prohibiera los artículos contra la «quinta columna» y solamente se permitieran artículos constructivos, sin insulto para la España Nacional, ni para ninguno de sus valores».

Se armó la gorda, y ante los directores de los periódicos de Madrid, que pedían explicaciones, el representante de Casado le dijo a Mije, director de *Mundo Obrero*:

«—Desde este momento se han terminado las campañas contra la «quinta columna». En lo sucesivo hay que obrar contra la “sexta columna”, que son ustedes, los comunistas».

La quinta columna combatió con la tenacidad y la bravura de aquellas otras cuatro que atacaron Madrid. Su frente era oscuro y silencioso, y hasta sus batallas victoriosas solían resolverse en una cuneta, en una checa, ante una pared acribillada de balazos, sobre la tierra helada del amanecer. Nunca se dirá bastante de aquellos hermanos nuestros que hicieron la guerra por su cuenta, sin la voz animosa de las banderas, sin poder gritar sus verdades ni cantar sus canciones, rodeados por todas partes, anegados por el mar rojo, pero con el corazón tan a punto que les reventaba de alegre esperanza. ¡Dios los guarde!

ROJILLOS

El insultarse homéricamente siempre ha sido un achaque de combatientes, quizá porque el insulto, bien saboreado, añade intimidad familiar a la pelea. Los diálogos de trinchera a trinchera nunca han sido ejemplares, y nuestra guerra no constituyó ninguna excepción a la regla general. También en Marruecos se decían lo suyo, a juzgar por este delicado párrafo de Luys Santa Marina:

«Los moros aullaban:

»—Tersio cabrón, tersio cabrón...

»Y nosotros:

»—¡Ale juri, ale juri! (hijos de judío).

»—Tersio chacal... Hombres sin madre...

»—¡Ale juri! ¡Cofita misiana! (nalgas buenas)».

El repertorio universal de impropiedades puede variar superficialmente, pero se atiene a dos o tres motivaciones hondas y básicas que todos conocemos. Si se hiciera una antología con los mil mejores insultos de cualquier soldado, se verían a un tiempo la variedad de las flores y la casi unanimidad de sus raíces: la madre, la virilidad y la velocidad en marcha atrás.

La novelística de nuestra guerra, por ambas partes, recoge puntualmente el florilegio nacional y el rojo, que apenas si varían entre sí. A lo sumo, los rojos atribulan demasiada influencia al clero en el crecimiento demográfico, y nosotros exagerábamos la riqueza córnea del adversario, aunque quizá nos quedábamos cortos al calcular la liviandad de algunas de sus heroínas. Girónella ha reproducido con acierto unos cuantos de estos diálogos tan particulares.

Del mismo modo que los rojos nos llamaban fachas, facciosos y rebeldes —amén de otros nombres comprendidos en el elenco de cualquier otra guerra—, nosotros les llamábamos a ellos, sobre rojos, rojazos; bermellos, y no bermejos, quizá por influencia de aquella estupenda Radio Club de Portugal; y también bermellones, rogelios, por derivación castiza, y coloraos y encarnaos, me atrevo a suponer que por la presencia en filas de numerosos aficionados a darle gusto al dedo en el frontón, además de las naturales razones. Un camarada mío les insultaba llamándoles leales, y es el caso que pronunciaba con tan particular acento el impropio que, la verdad, sonaba a ofensa irreparable. Ya es sabido que Queipo solía llamarles «hijos de la Pasionaria y nietos de la Nolken». Aunque posteriormente lo han negado, la verdad es que les encantaba oírse llamar rojos. En este sentido es inolvidable el inocente testimonio de Luis de Tapia, que cantaba al gabinete de Largo Caballero así:

¡Me gusta el Gobierno nuevo

más que las sopas con huevo!

Y acababa suponiendo que Largo y Prieto se iban a dar el piquito:

¡Unida! ¡Qué soberano

placer!, que no tendrá precio,

será oír, de hermano a hermano,

que Paco dice a Indalecio:

«¡Camarada, esta es mi mano!»

¡Viva el rojo pueblo hispano!

Tapia está lleno de colorante rojo por todas partes, sin pensar que luego habría que disimular ante los botarates del liberalismo y la democracia. Al cantar a Mangada, el guerrillero teósofo y esperantista, termina sus ripios así:

Y República, al darte

su roja mano

dice: «¡Olé tu valiente

cuerpo serrano!»

Ahora bien, el primer premio de las denominaciones se lo llevó aquella dulce palabra: rojillos, porque fue siempre dicha con ternura, con admiración y con respeto para el adversario. Al decir rojillo parecía como si se tendiese un puente de humanidad desde nuestras líneas a las de enfrente. Lo curioso es que, al parecer, a los rojos no les gustaba que se les llamase rojillos. En *Los cinco libros de Ariadna* —la única novela mala y confusa que conozco de Ramón J. Sender, que por cierto se ha quitado lo jota a lo hora de firmarla— leo: «No nos llamaban republicanos, sino rojillos. El diminutivo me molestaba».

Por mi parte, he practicado una rápida encuesta entre amigos míos que hicieron la guerra del otro lado, y bien sinceramente, y salvo un par de ellos que se escocieron con la palabra, los demás no la encontraron ni mejor ni peor que otras. Supongo que a veces lo que molestaba era el acompañamiento, el retintín, como en aquella copla que cantaban los voluntarios de una Bandera de Castilla en sus primeros días serranos:

¿Quiénes son esos rojillos

que tenemos ahí enfrente?

Son los de la Joven Guardia

con los cuernos en la frente.

Se supone también que esta copla haría más bien felices a los milicianos de la C.N.T. y la F.A.I. que anduviesen cerca de los de la Joven Guardia, y hasta puede que la incorporasen a su repertorio antimarxista.

¿Quién sería el primero en utilizar el diminutivo? Hay quien se lo atribuye a Queipo en sus primeras charlas, cuando tronaba exagerando sus propios medios —que en aquel momento eran mínimos— y desdeñando los del adversario, que en aquel momento, y él lo sabía, eran, como los pajaritos del vasco tragantúa, todos. Puede ser, aunque más bien creo que surgiese de un modo popular, espontáneo, casi como en una descubierta de amor bajo el peso sangriento de aquel verano encendido de odio. Yo me inclino a creer que fue una aportación más de Navarra al vocabulario político y militar de la Cruzada. A los jugadores de Osasuna siempre les hemos llamado familiarmente los rojillos. De modo que era fácil el trasplante, me parece a mí.

Lo bueno es que muchos rojos y rojillos desteñían en cuanto entraban en contacto con el Ejército Nacional, y encuadrados en él fueron excelentes soldados; y lo mismo ocurrió con los que siendo nada más que nacionales geográficos, como entonces se decía, acabaron por serlo de corazón. Contaban que un minero asturiano, metido a legionario, decía

en el Ebro: «Bueno, yo, comunista hasta las cachas; pero con nosotros, los de Franco, no hay quién pueda». Parecía como si el propio Isaías pensase en los rojillos y en las virtudes purificadoras del Ejército Nacional cuando dijo: «Si vuestros pecados fuesen como grana, quedarán como la nieve, y si fueran rojos como el bermellón, se quedarán como la lana blanca».

COMISARIO POLÍTICO

No sé si fue Mosca o fue Guareschi el autor del chiste. En los escaños de Montecitorio doce diputados comunistas rodeaban a su jefe. Este tenía el dedo en la nariz y, naturalmente, sus doce subordinados también buscaban petróleo. Mejor dicho, uno de ellos, en las musarañas, conservaba las viejas normas de la educación, con evidente perjuicio de la disciplina.

—Eh, tú— le susurraba un compañero de escaño—, ¿por qué no tienes el dedo en la nariz, como el jefe?

—No lo había visto— se excusaba el correcto por distracción.

—Estas cosas —admonizaba el fidelísimo— no se ven: se sienten.

Cualquiera que entienda un poco la aguja de marear habrá reconocido en el fidelísimo la materia prima excelente para fabricar un comisario político. La institución del comisariado es soviética y estuvo muy de moda en España entre 1936 y 1939, justamente en la zona colonial del Kremlin. El primer regimiento cipayo, llamado el Quinto, empezó el melón, y entre todos se lo comieron sin que puedan excusarse ni socialistas ni republicanos burgueses. «El comisario es el alma de la unidad de combate, su instructor, su agitador, su propagandista —decía Carlos Contreras, comisario político del Quinto Regimiento—. Es siempre, o debe ser siempre, el mejor, el más inteligente, el más capaz. Tiene la obligación de ocuparse de todo y de enterarse de todo. Tiene que interesarse por el estómago, el corazón y el cerebro del soldado del pueblo. Tiene el deber de acompañarle desde el momento en que se alista y recibe su instrucción, hasta que parte para el frente y regresa de él; tiene la obligación de interesarse por sus comidas, sus horas de sueño, su educación y su modo de luchar. Debe comprobar que sus necesidades políticas, económicas y artísticas han sido satisfechas». «A decir verdad (comenta Bolloten, cuyo libro cito), no todos los comisarios se comportaron en la forma que se esperaba». «Hay comisarios políticos —afirmaba Contreras— que no mantienen un contacto íntimo con los soldados, no están con ellos en las trincheras y sólo desean estar cerca del oficial comandante».

Sólo cenetistas y faístas le pusieron mala cara a la innovación y se burlaron de ella, quizá porque les picaban felizmente las pulgas de la pelliza de Viriato.

La Prensa nacional —concretamente, *Arriba España* del 11 de abril de 1937— publicó fragmentos de un artículo que había visto la luz en Barcelona tres días antes, y en el que un escritor sindicalista se pitorreaba del comisariado y de los comisarios, no sin antes trazar un paralelo facilón entre el páter y el comisario. «El comisario político, generalmente, casi siempre es sobrio y morigerado. A un comisario político se le caería la cara de vergüenza si al exhortar a sus fuerzas a seguir el camino derecho, cualquier oyente pudiera echarle en cara una impureza. La austeridad y la convicción son dos piedras de toque del perfecto comisario político, llamado a escuchar la confesión laica de algún compañero que sintiese escrúpulos de conciencia y a decir delante de compacta formación de los hijos del pueblo una nueva especie de misas de campaña».

Madariaga, pontífice liberal, también se agarra a este extremo para hacer chacota de Álvarez del Vayo, «Comisario General del Ejército, algo así como capellán mayor marxista castrense, o lo que bajo la monarquía se llamaba obispo de Sion». Al hablar del paso de Prieto por el Ministerio de Defensa Nacional dice que «suprimió de un plumazo todo el sistema de comisarios o capellanes castrenses de la religión de San Marx. Este golpe asestado por el ministro a la propaganda comunista en las fuerzas armadas, propaganda que los comunistas consideraban como el camino real hacia la revolución, estaba destinado a ser el principio del fin de don Indalecio Prieto».

El artículo copiado por *Arriba España* atribuía finalmente a los comisarios políticos muy buenas y eficaces virtudes a la hora de comer, beber y divertirse en retaguardia. Los comisarios se hicieron pagar muy alto precio por esta arrogancia dialéctica. Sabían herir por la espalda con refinamiento, seguridad y puntería. Bien lo aprendieron entonces cenetistas y faístas. Precisamente en Barcelona, y sobre sus costillas.

Entre los oficiales y la tropa no gozaban muy buena fama, a juzgar por ciertos testimonios, todos ellos rojos, porque donde os seguro que no gozaban de la menor popularidad los dichos comisarios políticos era en las filas nacionales. No sería objetivo que diese la opinión nacional, en este caso. Por ejemplo, Nick Gillain, oficial de las Brigadas Internacionales, escribe de pasada al recordar uno de tantos casos: «No —me dijo Hautin, que aunque comisario y borracho era valeroso—. Es necesario esperar. Es posible que esto cambie».

El orgulloso lema de los comisarios políticos resultaba lapidario, como si hubiese sido directamente amamantado por la «Pasionaria»: «El primero en avanzar y el último en retroceder», pero la habitual socarronería popular le colocaba cinco palabras más: «...y el primero en comer».

Los comisarios abusaron lo suyo en vanguardia y a retaguardia y también entre dos aguas. El propio Jesús Hernández ha escrito: «El celo de algunos oficiales comunistas y comisarios era tan desenfrenado y tan poco diplomático que llegó al extremo de degradar oficiales y enviar a las líneas de fuego a quienes se negaban a hacerse miembros del partido comunista o de la JSU». O sea, que entre los comunistas lo de pegar tiros era un castigo; los tiros, para los movilizados, para el miliciano sin partido, para los anarquistas y los socialistas no unificados ni demasiado jóvenes. Bolloten, apoyándose en Baraibar, a quien glosa en este párrafo de *El gran engaño*, dice: «No obstante las acusaciones que oía de labios de colegas socialistas de que “en los mismos frentes, y hasta en los hospitales de guerra, los socialistas, por ser socialistas, recibían un trato ignominioso, mientras los comunistas eran favorecidos en todo y monopolizaban para sí la gloria”, y mientras podía verse un batallón anarquista o socialista “descalzo y andrajoso al lado de otro batallón de la misma brigada, pero de filiación comunista, equipado como si fuera a un desfile”, estuvo dispuesto a hacer honor a sus propósitos».

Los comunistas utilizaron el arma formidable del Comisario para favorecer a los suyos y dar de lapsos a todos los demás. Carlos Rubiera, socialista, declaraba: «Es lamentable tener que decir que para conseguir cordones de zapatos el soldado tenía que ser comunista. En los hospitales militares sucede lo mismo que en los días de las monjas, cuando para conseguir estofado, pollo o cualquier otra cosa había que venerar el escapulario y la cruz. Ahora se necesita la hoz y el martillo».

Cuando Largo Caballero —la cándida paloma que mereció el apelativo staliniano de «el Lenin español»— descubrió que su íntimo amigo Álvarez del Vayo le engañaba con el Partido comunista —todo Madrid lo sabía, todo Madrid menos él—, escribió en sus recuerdos una triste página directamente inspirada en la letra de aquel tango:

Era una noche de Reyes;

cuando a mi hogar regresaba,

comprobé que me engañaba...

Dan ganas de llorar ante tanta estupidez. Se asombraban de lo que el Comisariado hacía con el Ejército rojo o popular o republicano, o como diablos quieran llamarle, y sabían de sobra lo que el Gran Comisario Ruso hacía con España y con su Gobierno. El propio Largo Caballero, citado por Araquistáin, testimonia, y esto de que testimonia no es mió, sino de Bolloten: «El Gobierno español, y en particular el ministro responsable de la marcha de las operaciones, así como los oficiales comandantes, en especial en los cuarteles generales, no podían actuar con independencia absoluta porque estaban obligados a someterse, contra su voluntad, a la interferencia extranjera irresponsable, sin poder verse libres de ella, so pena de poner en peligro la ayuda que recibíamos de Rusia con la venta de material de guerra. Algunas veces,

bajo el pretexto de que sus órdenes no se cumplían con la puntualidad deseada, el embajador ruso y los generales rusos se tomaron la libertad de expresarme su descontento, manifestándome que si no considerábamos su cooperación necesaria y adecuada, debíamos decírselo claramente a fin de informar de ello a su Gobierno y emprender la retirada».

¡Cuánta exquisitez para contar tan miserable esclavitud! Los comisarios negaban o daban pollo y estofado según se fuese o no buen comunista.

El

Gran Comisario daba o no daba cañones —previo pago de su importe— según que el Gobierno fuese o no lo suficientemente cipayo.

Y ustedes perdonen; me voy a vomitar, que era lo que siempre estaba haciendo el pobre Barea.

PALMAR

Elegante, sencilla, despreocupada manera de decir algo tan tremendamente patético como esto: morir. Está admitido por la Academia.

El general Mola, al referirse en sus relatos marroquíes a una mala situación, escribe: «No cabía duda: allí iba a “palmar” hasta el Potito».

En una crónica africana de Tomás Borrás se lee: «Así se había incorporado a aquel ejército, Franquito, el “dueño de la hora”, uno más entre los muchachos que arribaban al campamento con su “A las órdenes de usía, mi coronel. Se presenta el segundo teniente Fulano de Tal”. Y los paisas, mirándole diciéndose: “Mañana, palmao”».

—¿Qué fue de Fulano?— preguntaba alguien.

—Palmó como un ángel— le respondía alguien bien informado.

A la hora de tirarle de la oreja a Jorge, afición que nunca ha estado reñida con las costumbres de la milicia —ni tampoco enamorada hasta las cachas—, palmar es lo mismo que quedarse a cero, que es el morir.

MONO

El mono es a la zona roja lo que las gaitas a las tropas escocesas, el paso de la oca al viejo Ejército alemán y los problemas del trasero a la última ola del cine italiano; es decir, algo que caracteriza. Quizá por eso cuando la plaga de intelectuales antifascistas necesitó un órgano de

expresión se sacó de la manga *El mono azul*, que dirigía Rafael Alberti y en el que colaboraron algunos señores que después habrían de figurar en instituciones situadas a la derecha del integrismo, quién sabe si por disimular. Los intelectuales antifascistas hacían guardia y toda la pesca. «Un intelectual débil, con gruesos lentes, vestido con un mono, hacía centinela en la puerta. No tenía gracia, ni garbo para sostener el fusil», anota Foxá. La puerta era la del palacio de Heredia Spínola, requisado para uso de intelectuales; y casi no es necesario añadir que antifascistas, porque ya se sabe que los fascistas no han producido jamás un intelectual.

El mono uniformó al proletariado, pero el proletariado le encontró el gusto al uniforme y lo consteló de estrellas, luego barras, pañuelos de colores, distintivos y demás fantasmagorías. El poeta Tapia, que cae sí que era un intelectual como un castillo, arrancó a su lira un himno al miliciano, al mono y a las alpargatas. Lo mejor que puede hacerse a beneficio de cualquier hígado es copiar alguna de sus estrofas:

¡Miliciano

fuerte y sano,

tan galano

con su mono de azul dril!

¡Miliciano,

flor de abril!

Lo que uno no se explica es cómo don Antonio Machado, después de leer eso, no se hizo noruego. Tampoco se lo explica uno de Alberti, que es un comunista regular, pero un poeta extraordinario. Allá ellos. Lo que tampoco sé es por qué se metían con don José María Pemán. Y allá va otra estrofa. Por si lo de «flor de abril» les sabía a poco, el poeta subió una octava su lira y le salió lo que sigue, palabra de honor:

¡Adelante, roja dalia,

pionero bajo el sol;

tu alpargata es la sandalia

de Valencia y de Tesalia,

que eres griego y español!

Dalias y abril iban con sus monos al frente, al registro y al asesinato.

«El mono proletario es el traje único», proclamaba con orgullo César Falcón. Esto sucedió desde el primer momento; Jesús Hernández lo

recuerda: «En aquella tarde caliente de julio, Madrid tenía una alegría de cartucheras relucientes, de bayonetas, de sables, de pistolas. Miles de muchachos y muchachas, con el mono azul de los milicianos y con los primeros fusiles en las manos». Emilio Carrere lo veía de muy distinto modo: «A las doce de aquella noche, Joaquín Moliner entró apresuradamente en el café Universal, inundado de gentualla de mono azul. Borrachos que acababan de ser ladrones y esperaban la madrugada para ser asesinos. Mujeres ebrias de coñac y de un lujurioso deseo necrofílico; las lumias que presenciaban las ejecuciones».

El mono lo llevaban ministros y generales. Casares Quiroga se vistió de mono para ir al frente. Se tocaba la cabeza con un sombrero de esos de colonias escolares. Largo Caballero, para distinguirse, usaba un pichi y un sombrero de segador; luego ordenaba que enviasen agua mineral a los milicianos. ¿No iban a perder la guerra nuestros tristes hermanitos? Si en las Brigadas de Navarra se llega a beber agua mineral, a estas fechas toda Europa sería comunista. La musa de Luis de Tapia se extasiaba a la hora de pensar en los generales con mono. Creía en el mono mucho más que en el talento, la ciencia y el valor.

¡Por fin, la generalada

va a tomar modernos giros!...

¡Galán, Asensio, Mangada!...

¡Generales que oyen tiros!

... ¡Generales con el mono

azul abierto a las balas!

¡De los que no se dan tono

con uniformes de gala!

Y luego venía Varóla con sus guantes blancos y les daba todas entre las dos orejas. E incluso cuando vistió mono.

También las milicianas usaron el mono, y hasta abusaron de él. El mono de las milicianas, sin duda por el aquel de dar facilidades, llevaba cremallera. Había milicianas elegantes que en vez de mono azul lo vestían de color blanco, aunque sin azahares, modestamente. Unas de buena gana y otras a la fuerza, fueron muchas las milicianas que enfundadas en su mono marcharon a la primera línea. Ya se sabe que resultaron muy buenas aliadas de la causa nacional. Por Robregordo anduvo una miliciana de mono blanco y cremallera generosa, hecha prisionera en los alrededores de Buitrago. Era tan guapa que sólo por eso ya parecía buena chica, hasta que el testimonio de varios testigos de vista aclaró para qué usaba la muchacha las mesas de los altares. Me parece que una periodista roja —Lina Odena, o cosa así— vestía mono

blanco cuando se suicidó al ser copado su coche por las fuerzas nacionales en el frente de Córdoba o Granada. Recuerdo haberlo leído no sé dónde.

Iribarren recuerda a las milicianas de Navafría:

«—¡Pasaros! —gritaban los milicianos—. ¡Tenemos coñac, tabaco de una veinte y mujeres!

»—Mientras vosotros rezáis el rosario, estamos de jaleo con éstas!

»Estas eran las milicianas. Milicianas de mono blanco —con cremallera presta a descorrerse—, que les hacían a sus camaradas tantas bajas como nuestros fusiles en el paqueo diario».

Cuando la primera centuria de Navarra —la de Gerardo Lastra— asaltó Navafría, ni los tres mosqueteros de Mendavia podían contar sin ruborizarse lo que allí encontraron. Era un botín no apto.

Se veían milicianas con el mono, el correaje, las cartucheras y el fusil al hombro. La Prensa roja se complacía mucho en publicar fotos de este tipo; milicianas disparando, desfilando, etc. Lo más etcétera de todo quizás lo reprodujese gráficamente *La Traca* o acaso *Estampa*, aunque sin Manassé. Yagüe interrogaba a dos prisioneras:

«—¿Y ese uniforme?

»—El que nos dan a todas. Nos dejan en cueros y sobre las carnes nos colocan el mono, sin duda para que no nos escapemos si llevamos otra ropa debajo. Nos dan el correaje, el fusil, y al campo».

El mono avalaba tanto que enseguida se utilizó como primer parapeto por los que tenían necesidad de defenderse.

—Hay que hacerse con unos monos, salir de Madrid y pasarse al otro lado —era lo que programaban los jóvenes perseguidos.

Bolloten reproduce en *El gran engaño* testimonios —a la izquierda y a la derecha— del imperio del mono y de su utilidad como prenda enmascaradora, y además da una lista de trabajos que lo confirman. Desaparecieron el sombrero, la corbata y el jabón. Pero la verdad es que todo era inútil. En *La Marina Argentina en el drama español* se lee: «El señor T. logró obtener un mono, uniforme miliciano, industria que se confeccionaba ya en cuantas casas había varones, y transformó sus gafas en gafas ahumadas. Sintióse casi feliz. Poco le duró. A los pocos días, alguno de los diarios que, dominados por miserables, daban consignas para “a caza del hombre” a la de “Cuidado con los falsos milicianos!” y otras más expresivas, agregaron: “¡Cuidado con los que llevan gafas oscuras! ¡Tras de ellas se esconde un traidor!”».

También en zona nacional se usó el mono, aunque muchos, instintivamente, preferían llamarlo buzo, como se verá enseguida.

El Ejército de la II República española estaba muy mal armado y con lo puesto. Aquellos pantalones con polaina abotonada se agotaron en menos que canta un gallo, y lo mismo les pasó a las guerreras. Yo entré en el cuartel a las ocho y media o nueve de la mañana del 19 de julio, y no me alcanzó más que a pantalón y a boina, caquis los dos. Como yo iba con la camisa azul, la cosa quedó bien. Se improvisaban brazaletes. Todo un Tercio de requetés perfectamente uniformado —creo que el de Pamplona— nos causaba envidia, pasmo y admiración. Hubo gente que salió a la guerra con su ropita de lucir el talle los domingos, y más de un bisoño murió como un veterano con toda la barba enfundado en un príncipe de gales o en un terno azul marino con la chaqueta cruzada. En este sentido, el buzo o mono fue un gran aliado.

Yo vi comprar monos en Aranda de Duero precisamente a espíritus elegantes, que con el buzo trataban de preservar su traje. Uno de ellos especificó:

—Chico, así tendré algo decente para la entrada en Madrid.

El mono militarizó. Imprimía carácter, era una especie de noviciado del uniforme que llegaría un poco después, cuando comenzase la Intendencia a improvisar talleres y telares, que de todo escaseaba en la España nacional; cuando principiaron a coser las chicas: cuando cada cual, en la medida de sus fuerzas, constituyó su propio fondo de masita. Iribarren apunta con agudeza: «Mi espíritu se transformó ante la realidad con la misma facilidad con que mi traje dio paso al buzo azul».

Los falangistas se lanzaron sobre el buzo azul porque hasta el color les iba bien. Por cierto que con el buzo azul de las centurias y el mono azul de los milicianos, así como con los colores de las banderas falangistas y los de las enseñas de las unidades anarcosindicalistas, se organizaban barullos y confusiones que acababan en pura risa o en tragedia. En Somosierra se hizo una expedición de castigo —a cargo de una centuria de Falange— sobre un pueblecito situado un poco más allá de las líneas rojas. En aquel pueblo habían atado a un pino dos falangistas prisioneros y los habían quemado vivos. (De paso, ¿algún novelista de los del empate podría señalarme un sólo caso semejante en zona nacional?) Sus camaradas se descolgaron sobre el pueblo al atardecer. Iban con monos azules muchos de ellos: otros con la camisa azul y un bombacho del mismo color sobre el pantalón corriente. Los menos con la camisa azul y el pantalón caqui. Les recibió muy amablemente un tipo vejete, confundiendo a los milicianos rojos. Les contó la quema de los falangistas con pelos y señales —él había contribuido con un bidón de gasolina—, mientras sus oyentes le escuchaban en asombroso silencio.

—Ardían como la yesca —dijo.

Al rato, el narrador se fijó en el yugo y las flechas que llevaba uno sobre el mono. Suspiró:

—Me parece que de ésta no salgo.

—No, señor, no —le contestaron.

El mismo Iribarren puntualiza: «Si julio fue el mes de las barbas, lo fue también el de los buzos. Todo el mundo, con buzo de garajista. El Mando hubo de ordenar que los militares retirados se proveyeran de uniformes».

El mismo general Varela —con don Pablo Martín Alonso a la cabeza de los generales que vestían en la batalla como en una fiesta de gala— usó el mono en los primeros días. Mientras escribo tengo delante de mí las fotos que lo atestiguan. Está con el coronel Sáenz de Buruaga. Creo que cuando fue a Sevilla a entrevistarse con Franco por vez primera después del Alzamiento, también llevaba su mono caqui. En la liberación de Antequera aparece con su mono —y siempre la gorra roja de los regulares— junto a una miliciana gordita; que, claro, viste mono azul y lleva canso y gafas de motorista: les rodean algunos oficiales, unos de reglamento y otros no tanto, y un par de guardias civiles, con mono blanco o con un caqui clarísimo. En las fotos de las operaciones sobre Ronda ya va Varela en mangas de camisa, la mar de correcto, y con sus famosos guantes blancos. Pemán consigna la composición de las columnas sureñas de aquellos días: «Un corto núcleo de tropas de infantería y un aditamento de paisanos con un mono azul por todo uniforme».

El mono azul predominó en el Norte y tuvo sus más ilustres antecedentes en el Centro, en la prehistoria de nuestro tiempo, allá por la Dictablanda: «Ernesto Giménez Caballero les recibió con su "mono" azul de cremallera, con olor a imprenta y sus gafas cuadradas donde chispeaban sus ojos».

Es Foxá quien lo cuenta en su famosa novela, y ya en la primavera del 36 nos da este diálogo:

«—¿Y José Antonio?

»—Está bien; en la cárcel... Lleva un "mono" con cremallera y recibe a las visitas tan alegre como siempre. Hace gimnasia, juega al fútbol en el patio, toma duchas y está falangizando a toda la cárcel».

Las centurias andaluzas pusieron de moda el mono caqui o crema, remangado. La vuelta de las mangas dejaba asomar la camisa azul, y lo mismo pasaba con el cuello y los puños en azul, y finalmente, en la época de mayor uniformidad, algunas banderas llevaban la camisa caqui, con puños y cuello azul. Un intelectual que yo me sé —antes de descubrir hace un par de años que era monárquico liberal de toda la vida— llevaba uno de estos monos con un yugo y unas flechas

primorosamente bordados, unas trinchas preciosas y un pistolón que daba miedo. Un personaje muy conocido en Lausana y Estoril vistió mono azul, boina roja, con la cruz de Santiago y el yugo y las flechas: el completo.

Jorge Vigón recuerda su primera entrevista con el coronel Beorlegui, un personaje legendario, un guerrillero nato y un militar de Academia: «Para mí aquella madrugada fue la del primer encuentro con el coronel Beorlegui, y no se me podrá borrar nunca la impresión que me produjo ver apearse de un coche a la puerta de la venta de San Miguelcho, un joven comandante de Artillería, Martínez Campos, su jefe de E.M. y una especie de tremendo gigante, con sus tres estrellas de coronel sobre un mono azul, con un vozarrón proporcionado a la ruda presencia y con un léxico flexible y pintoresco. Con una prolijidad de figuras retóricas irreproducibles, me explicó sus planes para el día siguiente y lo que necesitaba».

Beorlegui mandó la campaña de Guipúzcoa con su mono azul y su recia cachava. Con el mono tomó Oyarzun, San Marcial, Behovia, Irún y San Sebastián. Con su mono azul fue a morir a Huesca. Frente a Rentería sus vanguardias sufrieron un tiroteo horroroso. «Beorlegui —cuenta Iribarren—, con buzo y alpargatas, blandiendo su garrote en medio de los tiros, maldecía a los rojos:

»—¡Ya me las pagaréis, canallas, ladrones! (No decía *ladrones*, sino un vocablo parecido)».

Todos lo recuerdan así: «con sus alpargatas, la boinica y el mono», según M. Morales, el autor de *La guerra civil de Guipúzcoa*, uno de los libros mañaneros sobre nuestra Cruzada.

Otro jefe famoso también muerto y también muy querido de sus soldados, iba siempre con mono: el teniente coronel Teijeiro, que estaba a las órdenes de Martín Alonso, comandante de las estupendas columnas gallegas que marchaban sobre Oviedo, con Ceano y López Iglesias. «Teijeiro —escribe Moure-Mariño—, vestido entonces con su "mono" color "kaki", sin estrellas ni condecoraciones, la pistola al cinto y una ruda cayada en la mano derecha, iba siempre al frente de sus soldados».

Uno de los monos que mayor fascinación ejercieron sobre mí fue el de un capitán de Estado Mayor que nos ayudó un día a raziar cierto depósito de Intendencia, bajo la activa absolución de un páter que estaba por las latas de melocotón en almíbar. Organizamos una merendola imponente mientras nos tiraban desde Villavieja sin quitarnos el apetito. Para que todo quede claro diré que llevábamos dos días sin echarnos nada a la boca. La merienda consistió principalmente, en alubias, mermelada y vino. El mono de aquel capitán fue el primero que vi de color caqui. Luego, en Sevilla, me regalaron uno que no me quité en una buena temporada. Yo lo llamaba «mi pellejo».

Después vino la uniformidad, aproximadamente...

TRAGAR

Verbo que en la jerga militar tiene numerosas aplicaciones, como esas navajitas con abrochabotas, sacacorchos, abrelatas, lima de uñas y cuya hoja, además, sirve para cortar el pan y la tortilla de patatas, lo cual ya es excesivo. A los soldados estas navajitas les gustan mucho.

Calculo que el empleo del verbo tragar se relaciona bastante con el sentido que suelen darle los taurinos, consagrado oficialmente por nuestro pontífice Cossío en su biblia especializada, donde cualquiera puede averiguar que tragar es tanto como «aguantar con firmeza las embestidas violentas de la res, sin rehuir el riesgo». Quizá por eso, desde la valla de las trincheras más de una vez se lanzó el grito coreado de: «¡Otro toro, otro toro!», después de haber rechazado un contraataque rojo. Con el mismo soniquete e idéntico ritmo nosotros pedíamos: «¡Otro avión, otro avión!», a poco de sufrir el primer ataque desde el aire. Visto a tanta distancia, uno sospecha que el sujeto que nos tiró las bombas sobre el parque menudo y verde de Soria, allá hacia el 23 de julio del 36, debía de ser o un mal bombardero o un afectísimo y seguro servidor de la causa nacional que aún no había tenido ocasión de pasarse. Sólo así se explica nuestra flamenquería.

En la acepción de aguante, tragar no es acción que de un modo exclusivo se refiera a un estilo de soportar la presión de los de enfrente, porque también se traga paquete de un sargento, de un alférez, de un capitán y, en general, de cualquier superior, quizá por dar pábulo a aquel dicho bienhumorado y tradicional en la milicia, que así compendia su código especial: «Artículo único: El inferior será severamente castigado».

Tragar es, también, quedarse con todo lo que a uno le dicen, con todo lo que le explican o le informan, con todo lo que oye. A propósito de Mola, escribe Iribarren: «Era asombrosa la facilidad con que se penetraba de los asuntos más intrincados. Gráficamente me decía una vez su ayudante comentando esta facultad:

»—Es un hombre que se *traga* todo lo que le dicen».

Tragar, por ejemplo, es picar, morder el anzuelo, y en este sentido se emplea en *Guerra, en el aire*, cuando se hace referencia a un supuesto ametrallamiento de tanques enemigos atrapados en reposo:

«De regreso en el campo, el comandante decía: “Eran unos distintos: parecían más grandes, y no he conseguido verles la torreta; debían tener algo cubriéndoles”. Vázquez no estaba muy convencido de que fueran tanques; le escamaba el que después de incendiados dejasen tan poco volumen de restos. Efectivamente; después se comprobó que

habían “tragado”, como se dice en el argot aviatorio, confundiendo tres montones de paja con tres tanques, cosa que no es de extrañar, si se tiene en cuenta que éstos, cuando se ven obligados a estacionarse al sol, suelen cubrirse con ramas o paja para disimularse y evitar un excesivo recalentamiento, y la gran velocidad de pasada impide fijarse en detalles».

Traga el que admite soborno, el que soporta, el que se engaña, y traga toda mujer excesivamente generosa de sí misma. En *División 250* de Tomás Salvador, se lee: «El fulano les dio dentera hablando de las mujeres, que según él tragaban de lo lindo».

SAN PALERMO

Delicada invención metafórica que alude, generalmente, a previsiones inmediatas o a memorias más o menos cercanas y más o menos gloriosas, según recuerden las costillas cómo les fue en el lance. Es voz recogida por José María Iribarren en su *Vocabulario navarro*, cuya lectura puede recomendarse a cualquiera que guste de las obras de entretenimiento, porque es obra que se deja leer mucho mejor que las de Kafka y tipos así. Equivale a paliza, tunda, somanta, repuso y por extensión, a la leña repartida en encuentros de más categoría que los individuales o los colectivos, pero puramente folklóricos. Se apoya en el santoral y en el gusto por la acción, dos nobles pasiones de mi tierra.

Por el año treinta y seis no era raro escuchar esto:

—Se va a armar un San Palermo de primer orden...

COEFICIENTE

Cuenta corriente de buena conducta mediante la cual se anticipa a los alumnos de las Academias Militares una cantidad de confianza sobre la cual descontar las posibles faltas. Tener el coeficiente bajo no es nada bueno, tanto por lo que significa en al como porque augura un porvenir tanto más malo cuanto más bueno haya sido el próximo pasado, porque ya es sabido que a la alegre aventura sigue el trullo como la sombra al cuerpo.

Pero la palabreja tiene un significado más familiar y preciso, reconocido en el *Diccionario Enciclopédico de la Guerra*: «Persona que acompaña en sus exámenes al aspirante a ingreso en las Academias Militares».

En su biografía del general Varela, escribe Pemán: «El (Varela) ha ingresado en la Academia sin coeficiente, discreta y evasiva

denominación que los alumnos dan a la influencia, posiciones sociales o relaciones militares que ayudan a la carrera de algunos alumnos o fuerzan sus puntuaciones».

NO INTERVENCIÓN

El Comité de No Intervención se formó durante nuestra guerra por todas aquellas naciones que de un modo u otro, más o menos claro, estaban decididas a intervenir en ella. Nació en Francia, el 3 de agosto del 36, y su partero fue el señor Blum, que para esas fechas ya tenía manchas de sangre española hasta en los codos. Fue una variante internacional de la acreditada cofradía del pasteleo, y como es lógico tuvo su sede oficial en Ginebra, aunque me parece recordar que se reunía en diversos sitios, todos caros. No contentó jamás a nadie e irritó a todo el mundo. En este sentido, las cosas como son, trazó caminos para la unanimidad de los españoles. El primor empujón a tan distinguido comité, lo dieron los soviets a bombo y platillo. La prensa madrileña del día 24 de octubre de 1936 sacó su tipografía de gran gala para anunciar que Rusia iba a ayudar con armas y bagajes al Frente Popular, pasándose los acuerdos de la No Intervención por donde le pareciese más oportuno. A los pocos días ya atacaban en masa con carros rusos por la parte de Esquivias; concretamente el día 29, de modo que en cinco días la gran democracia roja tuvo el tiempo de mandar a paseo la No Intervención, empaquetar los carros, embarcarlos con destino al Levante feliz, desempacar los «chispún», llevarlos hasta Madrid y luego salir al campo por la parte de Esquivias. Los voluntarios de las Brigadas Internacionales, llegados a España bajo la delicada guarda de Blum, santo patrono de la No Intervención, bramaban contra el famoso Comité. El comunista inglés Edgell Rickword, citado por Hugh Thomas, escribió un poemita titulado «A la esposa de un estadista de la No Intervención», que dice así:

Excusadme, Madama, si es que invado

por un instante la paz de vuestro estrado,

¿Dije invadir? Es demasiado fuerte.

Soy voluntario, y, por tanto, inerte

habéis de estar; no alcéis la voz aguda,

ni llaméis a Bautista en vuestra ayuda.

Lo de la No Intervención fue rápidamente motivo de chufra.

—Ese tipo está por la No Intervención —se decía de alguien que buscaba la manera de emboscarse.

Nuestros marinos del Cantábrico llamaban al «Ciscar» y al «José Luis Diez», bien agazapados en Bilbao, sin salir del «bocho» por miedo a los catarros, «el Comité de no intervención», según se lee en *La guerra en el mar*.

—Ese también es de la No Intervención —se decía de un caballero a quien le anularon el matrimonio por muy privadas razones, de las que solamente su tímida fisiología era culpable.

Un amigo mío, treintón corrido y hombre que se las sabía todas, L.P., mandaba una noche la vigilancia en Zaragoza. En Zaragoza todas las noches solían ser moviditas por la misma razón que suelen ser moviditas esas noches de *saloon* que vemos en las películas del viejo y lejano Oeste. Mi amigo me invitó a una ronda de lugares alegres, a una especie de *tournée de grands ducs* para combatientes que llegaban a la retaguardia como un beduino al pozo, o para combatientes que se despedían de la retaguardia con febril ternura. En todos los oasis recibían a mi amigo con respeto y a él y a mí nos ofrendaban el pan y la sal, aunque traducidos a bebidas alcohólicas. Hicimos alto en el «Royal Concert», para los amigos «Royal» —fue en tiempo de guerra cuando se simplificó su denominación—, cabaré que murió con su nombre puesto porque ya no le alcanzó la traducción obligatoria de los títulos que vino nada más terminar la contienda. No tiene nada de extraño que muriese incluso antes, porque, para compensar, su vida fue muy intensa. Allí habla variedades. L.P. y yo vimos unos cuantos números y mi amigo hacia de bondadoso cicerone. Algunas chicas le saludaban afectuosamente mientras evolucionaban y a mí se me ponía la carne de gallina y notaba ciertas dificultades al tragar. En cierto momento, L.P. me dijo:

—Luego salen las chicas a la pista y alternan con la clientela. Se baila, en fin, se pasa bien...

—¿Dices que salen a bailar las artistas? —pregunté con el natural interés de quien siempre se ha sentido llamado por el mundo de la creación.

—Claro. Eso digo.

Nos soplamos el tributo de la casa, que consistió en dos coñas con sifón y hielo. Luego terminaron las variedades y mi amigo se levantó para marcharse. Mi antigua vocación artística se sublevó ante aquella frialdad para con el espíritu.

—¿Pero nos vamos a ir ahora?

—Sí.

—¿Precisamente ahora, hermano?

—Si.

—¿Ahora que empieza el baile?

—Justamente por eso, nunca mejor dicho. Por tu boca habló la sabiduría. Ahora salen las chicas, monísimas, como habrás visto, y muy acogedoras —te lo digo yo—, y todo el mundo quiere bailar con ellas. Cada uno con cada una, porque en noches así nos sentimos muy monógamos, tú lo sabes; pero como hay veinte cada unos por cada una, los cada uno desdeñados se agrupan para conseguir quedarse con la exclusiva sea como sea. Mira, ya se ven corrillos...

Se veían corrillos de todos los colores, de todas las Armas, de todos los Cuerpos. A veces el corrillo era multicolor en apariencia, pero si uno se fijaba bien se daba cuenta de que todos los componentes de aquella pequeña, urgente y aguerrida tribu, llevaban en la manga izquierda el mismo distintivo divisionario. Era fácil apercibirse de que los grupos se disponían a pasarlo de rechupete y a disputarse con alegre encarnizamiento su ración de fox, de pasodoble, carioca, rumba o tango. Este alegre encarnizamiento derivaba a veces hasta los puntos de sutura. Allí habla galones, estrellas y emblemas de todo calibre. Mucho para un teniente, y más de vigilancia.

Mi amigo el teniente de vigilancia resumió su filosofía, su estrategia y su táctica:

—Jopa, querido, que para estos casos se ha inventado la No Intervención.

Y no hubo quien le apease del burro.

LOS AVIS

Apócope familiar y cariñosón con que las chicas distinguían a los aviadores que operaban en el Protectorado. Entonces llevaban las alas sobre el uniforme de procedencia; después también se pusieron uniforme azul, como los marinos. Durante nuestra guerra comenzaron a adoptar el gris actual. Por eso ahora, las hijas o las nietas de las madres del Protectorado, les llaman a los aviadores, en conjunto, la peste gris, pero la verdad es que la mayoría de ellas están deseando contagiarse; por la iglesia, claro.

Y ya que estoy a colores, digamos que a los agentes de la Policía Armada se les denomina popularmente los grises.

CONFERENCIA DEL DESARME

Traigo aquí esta referencia por pura curiosidad, y por estar vinculada a los orígenes de nuestra guerra. Se designó con tan rimbombante, y en seguida veremos que graciosa denominación, a la conferencia interpartidos convocada por el Comité del Frente Popular en cuanto las derechas abandonaron las Cortes a raíz del asesinato de Calvo Sotelo. La reunión fue fijada para el 21 de julio. De cómo andaban los ánimos, incluso en el seno de la conocida liga pacifista del Frente Popular, dará cuenta el testimonio poco sospechoso de Hugh Thomas: «Los dirigentes de los diversos partidos dirigieron a sus diputados una nota en la que se les rogaba que al acudir a la asamblea dejaran sus armas en el vestuario, por lo que esta reunión, que nunca se llegó a celebrar, fue inmediatamente conocida con el nombre de “conferencia del desarme”».

BLINDAO

Cualquier vehículo al que se le echaba encima una albarda de acero o cualquier metal que, siquiera fuese a la vista, podía pasar por él o dar el pego. Usted mismo, con un poco de ingenio, se hacía un blindado, al que había que llamar blindao, en su propia casa, como se hacían radios con cajas de galletas, viejas bobinas y un par de lámparas, según algunos anuncios optimistas que se publicaban en los periódicos. Había blindaos que eran destrozones de un carnaval solanesco, de tal manera que se les atravesaba el blindaje con un tirabeque cargado de garbanzos, pero al principio impresionaban mucho. Cuando dejaron de impresionar resultó que mejoraron los blindajes, y el que confió en que todo seguía como antes no lo paso muy bien.

Desde Somosierra seguimos, por la Prensa, claro, las primeras acciones de los blindados en Guipúzcoa. Estos blindados procedían del botín, porque las columnas del Norte, siguiendo la buena tradición de los soldados de Zumalacárregui, se aprovisionaban en los parques enemigos. Los blindados más inservibles se exhibían como trofeos en las plazas mayores de nuestras ciudades, que eran verdaderas plazas de armas. Recuerdo haber visto fotos con blindados de este tipo en la plaza del Castillo y en calles de Vitoria. Iban llenos de letreros, porque los rojos gustaban mucho de la retórica, de los nombres rimbombantes y de las siglas. La sigla más famosa era aquella de U.H.P., de la que ya hablaremos, pero que con un poco de imaginación y rudimentos de ortografía, cualquiera puede interpretar por su cuenta sin necesidad de estudiarse la papeleta correspondiente.

También habla algún blindado procedente de depósitos nacionales y del ingenio vivo de aquellos días. Morales, en sus memorias guipuzcoanas, los califica de «temerosos armatostes» y recuerda sus primeros tripulantes: los tenientes Iriarte y Cardeneto y los alféreces Gorricho y

Borbón. Gorricho, más tarde, desapareció en una acción de tanques en Madrid. Era un falangista navarro. Los rojos protegieron su retirada de Enderlaza con un tren blindado. Este es el primer tren blindado, arma favorita del enemigo, que sonó en mis oídos.

Los blindados más efectivos —hasta que llegaron los tanques, tanquetas y carros armados— fueron aquéllos que usaban los guardias de Asalto para defender la República de los mismos que la trajeron. Hicieron buen papel en la guerra. Los blindados tenían cierta leyenda de poder e imbatibilidad, y sus primeras apariciones causaban alarma gorda.

«—Venga, dos enlaces.

»Saltamos Mario y yo. Nos apretamos la cartuchera y en la mano —seguro lebre— los fusiles.

»—A sus órdenes, mi teniente.

»—Al capitán Gonzalo, que tenga ojo. Se le viene encima un blindao. Que lo aguante como pueda. Va por allí.

»De pie, señalaba a lo lejos una pista ferroviaria sin terminar, amenizada a veces por árboles solitarios».

Aquel blindao le costó una pierna a un amigo mío, y la pista ferroviaria, que era la del ferrocarril Madrid-Burgos, ahí está, tal cual, igualita que entonces. Que yo recuerde, éste es el único blindao con el que trabé contacto en los días de Somosierra. Mis camaradas del Norte tripularon estos cacharros, ¿verdad, Silvio y Míquelito Istúriz, Yoldi, Hualde...?

El capitán Gonzalo, que es Gonzalo Lastra, mandó luego tanques o carros y se llevó a ellos falangistas de la Ribera, tudelanos en buena proporción y también burgaleses, paisanos suyos. Organizaron pequeñas «santanas» a las orillas del Jarama, que ya es humor.

Los primeros blindaos se parecían a los caballos de plaza con el peto puesto, y lo mismo que los jacos, dejaban las patas al descubierto. Un buen tiro a la rueda les quitaba los humos. También llamábamos «el blindao» al comandante Sotelo, que mandaba un batallón de América en Somosierra. Era menudo, moreno y sordo. En medio de un diluvio de balas permanecía en pie, tan tranquilo, ajeno a cuanto no fuese su trabajo. El era, ya digo, sordo, pero la verdad es que tenía un valor frío e impresionante. Lo volví a ver en Teruel. Mandaba una media brigada en mi División. Me acogió bien, con su sonrisa de siempre, y me deseó suerte. Fui tan imbécil que no le hice caso y no la tuve, qué le vamos a hacer.

—Préstame tu blindao para impresionar, que voy con un parte a Burgos —se justificó un presumido que le pedía el casco a un camarada.

Los blindaos eran adorados por los rojos, que les llamaron tiznados y chivatos. Yo creo que hasta les dieron culto, cosa lógica, porque ellos eran más maquinistas que humanistas y «al fin, de un lado se adoraba al tanque y del otro al portador de la bomba que le ponía las tripas al sol». Los acólitos de este culto pienso yo que serían de la Orden de los Stajanovistas y rezaban un plan quinquenal cada sábado inglés. Sus vestales llevaban mono blanco con cremallera, y a los que habían sido buenos les dejaban montar en el Tren Blindado, que fue para ellos una especie de Ser Supremo, de Gran Manitú con cara de robot, cerebro electrónico y muchos tornillitos. Los primeros meses rojos están llenos de trenes blindados por todas partes. A uno que operaba con base en la estación de El Escorial le dieron mulé mis amigos de la columna Rada. Otro atacó duramente por Parla, y antes de llegar a Toledo también hubo trenes blindados para los hombres de Yagüe. Hugh Thomas dice que «en el frente de Talavera se hablan fundado grandes esperanzas en el uso de un tren blindado, el artefacto favorito de la guerra civil rusa». Rusia era la estrella polar de los cipayos marxistas, y en lugar de buscar razones y estilos en la guerra de la Independencia, a la que acudirían muchos meses después en un intento de engañar al mundo, «los oficiales españoles (rojos) tenían constantemente presente la guerra civil rusa — como atestigua el citado Thomas—, con el fin de intentar buscar precedentes que les ayudaran a resolver sus propios problemas en la dirección de un ejército del pueblo».

Los marxistas hablaban del tren blindado como de la máquina que les ganaría la guerra, y lo llenaron de canciones y poemas:

Me subí a un pino verde
por ver si Franco llegaba,
y sólo vi al tren blindado
lo bien que tiroteaba.

El arranque de la copla pudo ser un tanto sospechoso para la Santa Cheka, pero como era cosa de *El retablo rojo*, entretela de Alberti, no ofreció nunca dudas sobre su ortodoxia. En *El retablo rojo* se cantaban coplas de ciego con letra soviética y se representaban farsas muy lindas, tituladas *El fascista* o *El emboscado*. Con todo ello lo pasaban muy bien los alegres muchachos de la intelectualidad roja, cuyo antimilitarismo, con honrosísimas excepciones, llegaba hasta escabullirse del servicio en tiempo de guerra, por muy ejército del pueblo que fuese el que les reclamaba, porque para morir ya bastaba con los carpinteros, los campesinos y los oficinistas. En cambio, se ponían tibios de inventar letrillas, como por ejemplo este estribillo, siempre a base de tren blindado:

Anda jaleo, jaleo,

que ha venido el tren blindado

y Franco se va a paseo.

Y Franco sin hacerles caso. ¡Estos generales que desdeñan tanto a la intelectualidad...!

LA CHARLA

Bastaba con decir «la charla» para que cualquiera estuviese al cabo de la calle. La charla fue, durante toda la guerra o por lo menos a lo largo de buena parte de ella, la del general Queipo de Llano ante un micrófono de Radio Sevilla. Queipo ganó a la ciudad para la causa nacional con una audacia increíble y un micrófono sobre su mesa. Paseó a veintiún legionarios de la bandera Castejón —los del teniente Gassols— por todos los barrios, con la técnica de las compañías pobres que improvisan el Ejército de Napoleón a base de seis comparsas que entran al escenario por el foro derecho, salen por el foro izquierdo y corren entre bastidores, tras el telón de fondo, para volver a salir por el foro derecho.

Queipo fue el primer hombre que supo darle al micrófono un valor absolutamente equiparable, en cuanto a potencia militar, al de una división veterana y bien armada. El desembarco de los marcianos en Nueva York, que hizo Orson Welles años después, no fue más que una mala copia de lo que se inventó Queipo para Sevilla.

En la *Historia de la Cruzada* se cuenta puntualmente cómo sucedió aquello:

«—¡La radio es nuestra del todo! —entra diciendo en el despacho del general el teniente Parladé.

»—¡Es un peso que se me va!—exclama Queipo.

»—¿Y por qué no dice usted algo por la radio? —le sugiere al general su amigo el abogado señor Cuéllar, presente en Capitanía desde los primeros instantes de la lucha.

»—¿Y qué he de decir yo?

»—Informar a la gente de la marcha del Alzamiento...

»—¿Dónde está la estación?

»—Si usted quiere, aquí mismo se le instala un micrófono.

»—Venga, en seguida..., aunque no he hablado nunca por la radio. Seguramente no voy a servir».

Las charlas de Queipo no fueron nunca un modelo de galanura —el general nunca aspiró a una letra en la Real—, pero aún pudieran servir de texto en una Academia que estudiase el valor militar de la palabra radiada y su adecuada aplicación a los métodos de la guerra revolucionaria. Queipo dotaba a sus palabras de una feroz y trepidante carga polémica, buen meollo informativo y profusión de epítetos. Su información era veraz y optimista. A veces el optimismo superaba a la veracidad, pero, en definitiva, el general, a la corta o a la larga, siempre sacó adelante sus propósitos. Sus exageraciones —por el aquel de radicar su base en Sevilla— se achacaban al temperamento meridional, olvidándose de que el general era castellano. «Los periódicos que llegaban diariamente a Villaharta les llevaban noticias frescas. De noche, las charlas del general Queipo de Llano les llenaban de optimismo. El cabo Domínguez no quería creerse que el general era castellano. Decía que tenía que ser forzosamente de Sevilla. A lo más que se alargaba era a que fuese cordobés», cuenta Manfredi en *Las lomas tienen espinos*, novela donde la guerra andaluza de las semanas iniciales adquiere una especial palpitación.

Mucha gente, a los dos lados de la barricada, creyó que don Gonzalo era andaluz, y a propósito de ello, de buena y de mala fe, le colgaron alguna leyenda a la espalda. Es imborrable el recuerdo de aquella voz ronca, fatigada, carrasposa, en las noches de las primeras semanas de la guerra. «Está templando», decían sus hinchas al oírle toser ante el micrófono. Su voz era como una llama en medio de la oscuridad. Su voz convocaba a los fieles perseguidos, a los que buscaban esperanza, a los hombres que ya combatían, y vengaba las humillaciones y el dolor de los que cada día tenían que sufrir en silencio. Su voz era —también— el primer fuego de campamento que ardió en España, alegre, mordaz, coplero. Era la vieja voz de Mingo Revulgo, sarcástica, atroz, incisiva, despellejante, pero pasada por una oficina de Estado Mayor. Su voz era como la voz de un cantaor que cantase a una España tan elemental y verdadera que los maricas intelectuales no la entendiesen bien, pero que, en cambio, entendían las masas populares de uno y otro lado. (Hay una foto suya junto al micro que es una foto de cantaor; sin corbata, la camisa blanca, los ojos entornados, el gesto limpio y decidido.) Las charlas junto al fuego del alilailó de Roosevelt no fueron más que una pésima imitación —en finolis— de las charlas de Queipo de Llano, con la diferencia de que Queipo contribuyó a barrer al comunismo, y Roosevelt le dio teta. Siempre que he leído aquello de César: «De repente estalló la tormenta y en medio de la oscuridad de la noche las puntas de las lanzas de la quinta legión se iluminaron», he pensado en las charlas de Queipo. Todos le escuchábamos. Todos le escucharon. Con una charla, por ejemplo, rindió Huelva; con otra, Carmona, y sus famosos camelos, que a veces causaban risa o hacían pensar a los mal pensados en la influencia del vinillo, eran comunicaciones en clave, muchas de ellas destinadas al Santuario de la Cabeza. Al protagonista de *Un millón de muertos*, un sujeto inútilmente llamado Ignacio, hombre de pocas

convicciones y con problemas de objetor de conciencia a la hora de hacer fuego en el frente, las charlas de Queipo le parecían funestas y amorales. Total, porque le llamaba cornudo a Blum. Ya saben, hay tipos muy susceptibles.

El sambenito de sus borracheras es un infundio vil. El general Queipo no bebía. Cuando Fernández de Córdoba fue a verle hizo sacar copas y unas botellas. El mismo sirvió a sus amigos. «Maquinalmente — recuerda Fernández de Córdoba— le ofrezco una copa, que él rechaza. No puedo menos de decirle lleno de sorpresa:

»—Mi general, ¿es posible?

»Y él afirma sonriente y comprende mi sorpresa... Le atribuyen un vicio que jamás tuvo, el de la bebida».

La leyenda ética llegará hasta los novelistas objetivos, fríos y cristianos.

«Pero el odio de la guerra, que ya estaba en el campo, en el mar y en el aire —se lee en *Madrid, de Corte a cheka*— llegaba hasta el cielo eléctrico y misterioso de las ondas. Había interferencias, silbidos. Se machacaban unas estaciones a otras. Unión-Radio apagaba a Burgos. Entre las proclamas imperceptibles y las arengas que llenaban de esperanza a los perseguidos, las “radios” madrileñas incrustaban un pasodoble. Únicamente de noche se percibía, limpia, Radio Sevilla y la voz optimista y fuerte de Queipo de Llano, carraspeando ante el micrófono y saludando sonoro: “Buenas noches, señores”».

»¡Cómo les animaba aquella broma en medio del horror que les rodeaba! Escuchaban, sonriendo, “la canalla marxista, los hijos de la Pasionaria, Largo Canallero, Martínez Birria, Ossorio y Bigardo”.

»Contra aquella voz que se burlaba, era inútil toda la vigilancia de las milicias. A través de los retenes, en medio de los registros, en los propios cuarteles rojos, sonaba, segura de la victoria.

»Les interesaba a los propios milicianos. La utilizaban como testimonio inapelable.

»—*Amos* anda, pero si lo ha dicho Queipo».

El «vamos a ver si cogemos a Queipo» fue una frase ritual en zona roja; para unos, porque la decían bajito y casi religiosamente; para otros, porque podían decirla en voz alta y porque él les daba el tono del otro lado. Los primeros días, las primeras semanas, los primeros meses, la charla de Queipo fue pieza fundamental. Todos los periódicos la reproducían, y en cuanto se pudo todas las emisoras nacionales conectaban con Sevilla a la hora de la charla. En zona roja los teléfonos no contestaban mientras el general estaba hablando y en torno a los receptores se organizaban partidas de parchís, de tute, de mus y de

dominó a efectos de la posible coartada. En la Rambla de Cataluña había una horchatería a la que la gente le llamaba Radio Sevilla, porque allí se reunían con diversos pretextos los entusiastas del general a fin de comentar la charla de la noche anterior.

En la *Historia militar de la guerra de España*, de don Manuel Aznar, se recoge la importancia psicológica de sus charlas: «El primero que empleó la radiodifusión como elemento importantísimo de lucha —¡y con qué resultados maravillosos!— fue el general Queipo de Llano en Sevilla. Parecido método siguió en Oviedo el general Aranda. Los rojos dedicaron asimismo una parte considerable de sus esfuerzos a guerrear por medio de las estaciones de radio».

Yo recuerdo los duelos verbales de Radio Jaca, nacional, y una estación roja localizada en Madrid a cargo de un tal Marín Caire o cosa parecida. Más de una vez las he seguido a ambas junto a Domingo Medrano en una cabina de escucha de *Arriba España* de Pamplona. Me tengo por buen dominador del vocabulario insultante, pero reconozco que a Marín Caire y a Radio Jaca debo mis mejores lecciones sobre la materia. Asombraba el sosiego casi parlamentario —y me refiero a un parlamento alojado de nuestras latitudes— con que uno y otro locutor decían, tras el chaparrón: «Paso a la escucha, paso a la escucha», porque nadie que lo haya oído puede imaginarse qué es lo que había que escuchar.

Hay muchos testimonios extranjeros del locutor Queipo de Llano. He aquí el de Roberto Cantalupo: «Era un soldado rudo y simpático, alto y de afable gesto, popularísimo en toda la región por la audaz maniobra con que se había adueñado de la ciudad con el auxilio de escasas tropas sarracenas (eran del Tercio; estos diplomáticos siempre tan bien informados), que habían aparecido, desaparecido y vuelto a aparecer en determinados lugares, siempre las mismas, de modo que el enemigo habla creído que se trataba de un ejército numeroso. Siempre se hallaba rodeado por oficiales inferiores, era muy amado por las tropas, le circundaba una aureola de valentía y astucia y ejercía un gran ascendiente moral sobre la población civil, mediante una romántica, humana y pintoresca charla que pronunciaba por radio todas las noches».

Fue un adelantado, anárquico si se quiere, pero eficaz y prometedor, de la revolución agraria que un día se hará en Andalucía. Sobre este aspecto la gente popular especulaba mucho y con grandes esperanzas.

López Pinto, desde Cádiz, le comunicó a Queipo:

—Cuento con la radio y el teléfono...

—Yo casi ni con eso —le respondió don Gonzalo.

Pero en cuanto contó con la radio se hizo el amo de Andalucía. Don Gonzalo era así. La Laureada la ganó por radio, que ya es formidable. Además, era jinete, y eso le va bien a Sevilla.

MULLAR

Asesinar. «Nosotros no matamos; asesinamos», le dijo un mandamás malagueño a un falangista paisano suyo que pedía que le despenasen de una vez. Para no desgastar abusivamente tan querida y legítima voz de cualquier Diccionario marxista, los cípayos malagueños se inventaron — sacada el diablo sabe de dónde— esta palabreja: mullar. Se mullaba a porrillo. «Vamos a mullar a Fulano», decían los tipos patibularios en cualquier freiduría. Un experto en lexicografía malagueña —D.F.B.— me asegura que él no oyó nunca esta palabra antes de que el general Pachot hiciese caso a don Diego Martínez Barrio, la sirenita del mandil.

CHABOLA

Construcción ligera, hecha con medios de fortuna y por supuesto aprovechando lo mejor que se pueda el terreno, que sirve para refugiarse de la inclemencia del tiempo o para hacerse la ilusión de estar a cubierto. Un talud, un paredón, un agujero discreto, eran bendecidos como fundamentos de un hogar cristiano en el que generalmente vivían el cabo y los de su escuadra, de modo que el cabo era el cabeza de familia, entendido a la romana, igual que lo entendía Alonso de Contreras cuando escribió: «Mi cabo de escuadra, a quien yo respetaba como al rey», y todos los demás, los hijos.

La situación de la línea, la antigüedad de un frente, el tener o no tener a mano un pueblo desventrado por la artillería, la fantasía de los usuarios, su sentido del confort y del lujo, y el hecho de que estuviesen o no batidas, eran factores muy dignos de ser tenidos en cuenta a la hora de precisar la calidad de una chabola. Una chabola podía ser casi un palacio «y también una manta o una lona sujeta con cuatro cantos al rincón de un murete de piedra o de la cerca de un prado. No he visto ninguna chabola con baño, pero todas ellas contaban con una o varias duchas en cuanto los cielos se ponían a moquear. El teléfono, claro, ya era más usual, por supuesto que entre la clase dirigente, porque los demás nos dábamos los recados al oído. Un amigo mío la llamaba, con ternura, «el hogar del soldado».

Juan Antonio Liaño Huidobro evocaba en *ABC* las de la Ciudad Universitaria, que fueron las mejores: «Las nuestras tenían una especie de *living*, y en la parte más honda el dormitorio. Las más confortables eran las del locutor, el médico y el Páter: por eso las mejores tertulias se

organizaban en ellas. La del comandante tampoco era manca, pero allí, por exigencias de la disciplina, sólo acudíamos en fechas muy sonadas. Todas estaban encofradas y su confort, a los que proveníamos de los frentes del Norte, nos parecía maravilloso».

En una chabola del Jarama, los días de Jueves y Viernes Santo de 1937, celebró el Padre Huidobro los cultos de la Semana Santa, y cajas de munición sirvieron para el Monumento, mientras los legionarios velaban a Cristo. El Padre Peiró, biógrafo del capellán de la Cuarta Bandera, cuenta que el Padre Huidobro «tendió en el suelo de aquella reducida chabola su capote militar y sobre él colocó el Crucifijo. Se retiró un poco, como manda la rúbrica, y en medio del impresionante silencio de los legionarios, que se apiñaban a su alrededor, se descalzó y, postrándose en tierra, adoró y besó, tras de las correspondientes genuflexiones, los pies del Santo Cristo. Después todos fueron haciendo lo mismo...»

Chabola es una palabra de las características de nuestra guerra, y no tengo idea de cuándo datará su incorporación al *Diccionario*, donde, por cierto, no encuentro el sustantivo garigolo, que tiene el mismo significado. También se utilizó en nuestra guerra, aunque más en la de Marruecos. Mola la emplea con frecuencia. «Mientras tanto, Matías y yo, en el garigolo, a la luz de una vela colocada en un caneco, redactábamos y poníamos en limpio la orden de la columna». O bien: «Pérez Rama completaba el cuadro recitándonos en el garigolo a Losada y a mi sonetos y romances de su inspiración, no malos del todo, aunque siempre de un marcado matiz romántico, poco acorde con cierto sarpullido que padecía y los parásitos que nos disfrutábamos».

El Garigolo fue el título de la Hoja de Campaña que editó para su información y regocijo la Tercera Bandera de la Falange de Burgos. Nació el 1 de febrero del II Año Triunfal, o sea 1937, y se extinguió dulcemente con el mayo de la Victoria. Tenía por rotativa una multicopista y su tinta, a fuerza de lógica y lealtad, era azul. Lo contó muy bien el capitán Marchante Gil en *Arriba*, aunque no dijo nada sobre los posibles parásitos que afectarían al periódico.

Porque, eso sí, chabolas y garigolos eran los más lujosos y confortables mesones de piojos, hostales de pulgas y fondas de otros bichos que pudiéramos llamar, por su origen, de *meublé*. Mientras la familia se rascaba la miseria, la chabola escuchaba relatos de amor, homéricas narraciones de tragaldabas, ensoñaciones de los que hubieran vendido su herencia por una botella de cerveza, cartas de casa, chistes verdes, problemas religiosos, música intestinal, noticias de radio macuto, oraciones y también, entre otras muchas cosas, las cantinelas que acompañan al libro de las cuarenta hojas, el rasgueo de la guitarra y el crujir de los cerebros dedicados al ajedrez o a la batalla naval.

Para qué vamos a engañarnos. Las chabolas no olían bien.

PELOTA

Confieso que nunca había oído esta voz. La encontré en la primera página del relato de Cervero y me limito a transcribirla: «Al mediodía comenzó el trajín. Cargar las cocinas, las ametralladoras, los morteros, las bombas, las cajas de municiones; toda la impedimenta que lleva a su cargo la “Sección de trabajos”, como se llama oficialmente (o la “Pelota”, si preferís el *argot* de la Legión)».

PIERNAS

Menospreciante. Se utiliza siempre en plural; un piernas, o unos piernas.

Un piernas es un tipo de escasa valía —humana, política, social, militar, sentimental—, al que más bien se le desdeña que se le combate. Un piernas jamás provoca odio; en línea de máxima, si acaso, un salivazo. Como todos los improperios españoles, usado en confianza, puede significar todo lo contrario.

—¿Pero eso qué va a ser un político?— decía un requeté cuando vio que Gil Robles entraba en España a poco de iniciarse la guerra—. Eso lo que es, es un piernas.

—¿Tú un ligón?—le replicaban a un presumido—. Un piernas, y gracias.

Aquel comandante de caballería, aragonés, que marcha a pie y a caballo por la novela de Salvador García de Pruneda, utiliza la expresión como nadie, precisamente al hacer las honras fúnebres, urgentes y sobre el campo, de cierto capitán muerto horas antes según las reglas del honor:

«—Todos los buenos soldados mueren en campaña. Es como una maldición. Al final sólo quedarán los piernas».

Es curioso que en español se diga: un piernas, con desdén, y en italiano, un giro aproximadamente igual, *in gamba*, en pierna, signifique todo lo contrario.

EL VERRUGAS

Mote que la oposición dedicó a don Manuel Azaña a causa de unas verrugas que florecían en su cara. Los caricaturistas sacaron mucho partido de esa circunstancia, y de modo singular «Kin», del semanario *Gracia y Justicia*. A don Manuel Azaña también se le llamó «doña

Manolita», yo creo que combinando el nombre de la popular lotera madrileña con cierta leyenda según la cual Azaña no pudo ser militar — pese a su vocación— por sus costumbres. Personalmente no creo en esa leyenda, quizá porque en España a todo el que destaca, sea por lo que fuere, se le suele colgar el remoquete de marica o el de hereje, pero es evidente que también los caricaturistas aprovecharon esta especie con la mayor de las eficacias. Si bien como político fue un desastre, como dialéctico brilló lo suyo, y nadie puede dudar de que fue un frío y estupendo escritor. Sobre su condición medrosa, su acritud y su soberbia, ha escrito de modo implacable su compañero de conspiración y Gobierno, don Miguel Maura (*Así cayó Alfonso XIII*), que al final, siquiera sea sin contarlo al curioso lector, dice que conoció un Azaña muy mejorado espiritualmente.

SOBRAS

El haber del soldado se descompone en dos partidas: el socorro diario y la masita. Con la masita se atiende a la renovación y entretenimiento del vestuario. El socorro diario abarca dos atenciones: una, el rancho, santa palabra; la otra, las sobras, dulce voz. El haber del soldado se llama prest —galicismo enquistado en nuestra administración desde 1700, fecha del diluvio gálico— y la parte que de su conjunto sobre después de acudir, con poco, a tanto cotidiano remedio, se entrega en mano. Eso son las sobras, mágica palabra que a todos nos ha proporcionado un rato de mínima alegría, pero alegría al fin y al cabo.

—¿Cuándo pagan las sobras? —es una pregunta llena de esperanza en todo tiempo, pero que en campaña, si la respuesta es tal y como se desea— «Ahora mismo», «Mañana» o «Ya las están pagando»—, pone los corazones en volteo, igual que si fuesen campanas.

Hay quien sostiene que el júbilo producido por las sobras es de condición casi metafísica, y aunque ello esté muy cerca de la verdad, no por eso deja de fomentar el gozo, porque el soldado se atiende mucho a las circunstancias, es feroz y profesionalmente realista, y piensa, con razón, que menos es nada. Ya Almirante, refiriéndose en general al socorro, escribió: «En el día ha tenido aumento, aunque no tanto quizá como exige el valor descendente de la moneda». Los toros y los dineros siempre nos parecen chicos hoy, y grandes, gordos, relucientes, poderosos y fuertes, no más que ayer.

Una dama galdosiana explicaba la sargentada de La Granja (*Luchana*) con las sobras en la mano:

«—Puede que ahora —observó mi amiga— salgan estos infelices con que han armado toda esta tremolina para pedir aumento de paga, lo que me parece muy justo, porque ya sabrá usted que ya no les dan más que nueve cuartos, de los cuales ocho son para el rancho. Reconozcamos

que el soldado español es la virtud misma, pues por un cuarto diario consagra a la Patria su existencia, por un cuarto se somete a los rigores de la disciplina, por un cuarto nos custodia y nos defiende hasta dejarse matar. No creo que en ningún país exista abnegación más barata».

Entiendo poco —o por mejor decir, nada— en cuestiones referentes a la devaluación de la moneda, pero creo que un cuarto de 1856 vendría a equivaler, más o menos, a lo que cobraban en mano los soldados de la segunda guerra carlista y tiempos posteriores. El haber del soldado, entonces, era de sesenta y siete céntimos por plaza y día, a saber, treinta y nueve para el rancho, trece para la masita y quince para los dispendios. «Por manera —apunta Barado—, que con estos quince céntimos ha de comprar hilo, agujas, betún, blanquete, cera, tabaco, papel y algún que otro sello de correos. Más, ¿qué ingenio deja de aguzarse a compás de la estrechez? Y cuando no, una Eva compasiva acude a remediar las tribulaciones del recluta, máxime si éste resulta paisano o amigo de un paisano. Estas amistades se entablan pronto, y muchas veces con beneplácito de las amas: «Porque (como decía doña Toribia) la gente de tropa tiene pocas horas de salida, y además... es necesario hacer algo por el Ejército».

En estos asuntos se puede opinar libremente, de modo que me permito sostener que las pocas horas de salida son más eficaces, en cuanto a la austera administración de las sobras se refiere, que los donativos voluntarios de esas Evas compasivas, que puede que abundasen en las jornadas románticas del siglo XIX, pero que, según mis noticias, han desaparecido de la circulación, como las monedas de oro, hace ya luengos años. Hasta tiempos muy recientes, rondando a la guerra de Cuba, fue una triste y gloriosa tradición militar la de cobrar mal y a veces nunca. Ya el Gran Capitán pagó soldadas o sobras de su propia escarcela, y algo así hicieron muy magníficos capitanes con sus magníficos hermanos y camaradas, los señores soldados de los Tercios de Flandes e Italia, los cuales más de una vez se cobraron sus emolumentos en ciudad ajena y con motín al canto. Por cierto, los más extraños y disciplinados motines de que la Historia tiene noticia, porque estaban sujetos a una espontánea y rigurosa reglamentación.

Mi camarada Giraldo, príncipe de las definiciones, le dijo a un miembro de una organización militar profesional con el que discutía —por matar el tiempo— sutiles cuestiones sobre el patriotismo en nuestra guerra:

—¿Patriota tú? ¿Tú patriota por diez cincuenta? ¡Patriota yo, con dos reales!

De la cantidad devengada diariamente por el profesional es de lo que no respondo.

También se llaman sobras los restos del rancho que acostumbraban a repartirse a los necesitados en la puerta de los cuarteles. Los miserables, que diría don Víctor Hugo, valoraban gastronómicamente la calidad de las sobras, y unos preferían las de este cuartel, y los otros,

las del de más allá. Algunos se inclinaban por la Artillería, otros por la Infantería. En fin, lo de siempre, sin que faltasen los exquisitos:

—Las papas con bacalao, como en el cuartel de Conde Duque en ningún lado...

MULO

Santo, sabio, terco, fuerte y algo mala uva, el mulo es uno de los mejores amigos del soldado aunque el refrán militar establezca tajantemente que «del jefe y del mulo cuanto más lejos, más seguro». De todas maneras, esta áspera flor de la paremiología castrense ha alcanzado enorme difusión y ya se usa como moneda corriente en todas las carreras y empleos civiles, donde siempre hay jefes, pero donde también suelen abundar los mulos, aunque en este caso no tengan su alojamiento en las cuadras regimentales, sino en un despacho de buen ver. Conozco un montón de mulos de este género, pero no pienso dar nombres por no dar pistas. Acaso por la íntima ligazón de la vida militar con la religiosa, hay igualmente un refrán frailer que advierte: «De la muía y del prior, cuanto más lejos, mejor». Y otro, con modificaciones sanitarias, que dice: «Del obispo, del médico y del sol, cuanto más lejos mejor».

El mulo o la muía es un *jeep* natural —¿no pensarían los creadores del *jeep* en una versión mecánica del mulo?—, y lo mismo transporta munición de boca que de guerra, heridos o visitas de inspección, periodistas u obispos. Si el mulo no estuviese inventado habría que inventárselo a toda prisa, al menos mientras subsistan montañas, de las cuales es rey indiscutible. Sin pertenecer a la Sociedad Protectora de Animales, me atrevo a sostener que la mala fama del mulo y de la mula es debida a la falta de talento y tacto del acemilero, así como a su escasa imaginación, y conste que no soy nada partidario de aquella famosa malaventura: «Permita Dios que te mueras y que cuando resucites seas acemilero», con que esta iracunda clase suele injuriar a los mulos y mulas. El hecho de que fuese una mula —y no una jaca de polo o una perra *setter*— el cincuenta por ciento de la calefacción del Santo Niño en el portal de Belén, acredita mejor que nada la bondad natural de estos animales. Creo que es su contacto con el hombre el que los echa a perder, pero no tanto como se dice por ahí. Los americanos han hecho de la mula Francis, muy señora mía, una estrella que en punto a talento apenas tiene nada que envidiar al viejo Truman, que en cuanto a expresión es mejor que Rock Hudson, y que de gracia anda más ligera que Tennessee Williams. La mula Francis es la Greta Garbo de las mulas militares y, desde luego, resulta mucho más fina que Krustchev, más civilizada que Lumumba y huele mejor que Fidel Castro.

La aguda percepción de los italianos, cuya sensibilidad es exquisita, elevó al mulo, creo que en Villa Borghese, el único monumento que yo recuerde dedicado a tan paciente y silencioso servidor de las armas.

Siquiera sea con palabras, nuestro Barado levantó también a fines del XIX un hermoso monumento al mulo:

«Cuanto más se parece al mulo al caballo, mejores condiciones reúne. Los de hermosa presencia, cuello de toro, anchos de pecho, finos de remos, vientre recogido, corvejones y rodillas grandes, lomo recto y algo arqueado, ojos vivos y orejas muy movibles, son con seguridad los más útiles, con tal que reúnan sanidad completa. Más resistentes en las fatigas que el caballo, si bien menos ágiles y sueltos en sus movimientos, pueden algunas veces, sin embargo, competir con él en la carrera y en el salto. Su casco pequeño y su paso rastrero los recomiendan para caminar por sitios quebrados con pasmosa seguridad; son sobrios en la comida y la bebida, y aguantan perfectamente sin beber los días de más calor y fatiga; resisten mejor que el caballo a la intemperie; su piel, más dura que la de éste, los preserva también más de las enfermedades, y la circunstancia de tener la espalda más vertical, ser algo estacados de manos y tener el lomo recto, los hacen más aceptables y preferibles para la carga».

El mulo es listo y acepta con resignación los castigos merecidos, pero guarda rencor hacia aquellas personas que le tratan mal por cuestiones puramente racistas. Tiene un gran concepto de la jerarquía, y distingue los grados mucho mejor que los intelectuales que presumen de antimilitaristas porque un día les tocó barrer la compañía, y, sobre todo, porque les mandaba un teniente que no habla leído a Kafka. Conocí a un mulo que no se dejaba montar más que de comandante para arriba. Era un mulo aristocrático y casi tan imperialista como Kipling. Yo me apañé con una estrella de seis puntas, pero tan grande como un huevo frito, igual que un mantecado, y me acerqué al susodicho mulo. El tal era socarrón

como un sargento veterano —se soplabá su litro de vino diario—, de modo que me dejó montar y luego me tiró por las orejas. Un alférez recién incorporado y algo cegato, me dijo, en cambio; «A sus órdenes, mi comandante», lo cual me alivió dolores. De otro mulo supe por referencia que jamás dejó acercarse a su vera a nadie que llevase galones de sargento, y ello a causa de una fenomenal e injusta paliza que le diera un sujeto de esa graduación.

Cavero, siquiera sea poéticamente, sostiene que el mulo tiene conciencia de la unidad en que sirve. Encuentro la afirmación en un romance jocoso dedicado al descarrilamiento que sufrió la Segunda Bandera camino de Albarracín, con la ayuda de dos petardos que colocaron en la vía algunos guerrilleros rojos:

Ya está embarcado el ganado.

Loe mulos, ¿qué saben ellos?

piensan con orejas tiasas

que son los mulos del Tercio.

El mulo transporta los víveres, la munición, los pequeños encargos que el soldado hace a la inmediata retaguardia; su propia carne sirve de generosa despensa en casos de asedio, como en el Alcázar, por ejemplo, y a la hora de racionarse una tropa en apuros ellos son los primeros en sentir el hambre. Mola los recuerda en Dar Akobba: «Los pobres animales privados de ración hablan acabado con todas las hierbecitas y raíces del campamento, y en el colmo de su desesperación, entre lastimeros quejidos de dolor, locos en plena furia, en cuanto lograban romper el ronzal se lanzaban sobre las tiendas para comerse los vientos, roer los tentemozos y mordisquear las correas de los equipos... Aún no he olvidado aquellas mañanas en que el teniente García Valdés tiraba al suelo las bestias con sólo empujarlas en las ancas, y si alguna no podía levantarse se la arrastraba a la barranca, dejando a jirones la piel en el trayecto, donde eran pasto de los grajos, que a cientos nos rodeaban, como si su instinto les hubiese hecho saber que allí podrían tener carne muerta en abundancia».

El mulo, en ocasiones, evacua a los heridos, a lomo o en artolas, y a los muertos. Asenjo cuenta que «los mulos que llegaban con sus pilas de cadáveres cruzados sobre sus lomos eran descargados para ser sustituidos por algunos heridos». Cruzarse camino de la línea con un convoy de estos que baja de ella, es algo particularmente duro. Creo que en *La fiel Infantería* —la película, digo— Pedro Lazaga consiguió un magnífico efecto a base de esto.

Aunque se murmure mucho de los mulos, la verdad es que el soldado los quiere. Edgar Neville se enternece con gravedad y buen estilo recordando a un mulo que quedó muerto al cruzar la pasarela de la Universitaria:

«En medio de la pasarela yacía muerto un mulo que habla querido pasar antes de irse del todo la luz. El hombre que le llevaba había conseguido cruzar herido, dejando abandonado a su compañero de faena. Aquellos soldados del puente, labradores castellanos, sentían toda la pena debida por la muerte del mulo. Era de esos mulos españoles, hechos a las eternas rectas polvorientas, duros y sobrios. Camellos de España, auxilio y compañero del labriego y del soldado, que, indiferentes a la metralla, abastecían todas las noches a la brigada de vanguardia. Todos sentían en el corazón la muerte de aquel mulo tendido allí en medio, con sus grandes huesos estirando la dura piel, y con la grupa esquilada en artístico floreo, como un campo de “golf”. ¡Qué borriquillo lejano esperaría ya siempre, grave y triste, el regreso de su compañero de labranza!».

También suele ocurrir que entre el mulo y su acemilero se establezcan relaciones afectuosísimas, y que duerman juntos. En las nieves de Teruel, donde hasta los mulos palmaron de frío, más de uno salvó con su natural calentura al conductor. Barado cuenta el caso del licenciado que cuando escribe a los compañeros que dejó en el cuartel «nunca deja de preguntar por su “estimado amigo”. Carta hemos leído, dirigida al capitán de la Batería por uno de estos licenciados, en que las primeras líneas estaban consagradas al estado de salud del mulo, sin perjuicio de añadir a renglón seguido: “Deseando que la de usted sea buena también, como la mía (a Dios gracias)”».

ESCALA

Nombre en clave del puesto de mando del General Jefe del Ejército del Norte.

LA PAJARERA

Según Manuel Goded —que allí estuvo— «“La Pajarera” era el nombre jocoso puesto por unos milicianos rojos a unas habitaciones donde, mientras estuvimos en Montjuich, dormían su última noche los que de madrugada eran ejecutados».

Aunque otra cosa pensemos los exagerados, la verdad es que los patibularios eran tan graciosos como el Pandit Neruh, pongamos por ejemplo de payaso divertido.

TARJETA

Ignoro cuándo comenzó a usarse la expresión; la he visto utilizada con diversas y ligeras variantes en relatos africanos, y la oí por vez primera en nuestra guerra sobre la pista del ferrocarril Madrid-Burgos, a un legionario de la Segunda Bandera, que mandaba Carbonell. «Una vez más —anota el soldado locutor— se cumplía el aforismo tan corriente entre los militares de que “las balas llevan tarjeta”».

La expresión a que me refiero tiene un aire elegante, estoico y hasta fatalista, y parece pedir disculpas por un cierto desdén hacia las consecuencias, cuando asegura que «todas las balas llevan tarjeta» — igual que los ramos de flores— y que, por tanto, es inútil esconderse de ellas, porque si en la tarjeta va nuestro nombre, la bala nos será fatalmente entregada. «Las balas son como las cartas —gustaba de

decir Mola—; cuando escriban el sobre de la mía tendré que recibirla». Y a Iribarren, que le encomiaba los sótanos de uno de sus Cuarteles Generales, le atajó:

«—Déjeme de sótanos. Mire, Iribarren: las bombas y las balas son como las cartas; todo dependo de a quién van dirigidas. Si son para usted, le arrean, por mucho que se cubra; si no llevan dirección, lo mismo da quedarse quieto».

También se decía: «Las balas traen sobre», o no lo traen, y el padre Huidobro solía explicar su pasmosa suerte así:

«—No, hombre, no; los rojos no matan, mata Dios».

Un payés de Gerona, citado por Fontana, prefería argumentar su valor diciendo que *les bales són toves*, las balas son blandas, y como si lo fuesen se movía entre ellas, hasta que una le dio bien. En la breve agonía, abrió los ojos para decir: «*No... ho són... de... toves...*».

Esto es: «No son blandas», cosa que sabía de antemano, pero que llenaba de sereno humor la hora de la muerte. Era un gerundés como para hacerle la tertulia a don Mariano Alvarez de Castro.

VIRIATOS

Quizá por aquello de «Viriato, pastor luso...» de los tiempos infantiles, fueron llamados viriatos los voluntarios portugueses que vinieron a combatir en las filas del Ejército Nacional. Se dieron tanta prisa para volar en nuestro socorro como para morir. En mi promoción de estrella había un viriato. El mismo día de la jura se largó al frente y cascó antes de justificar su primera paga. No recuerdo su nombre, pero todos mis camaradas de la primera de Ávila lo recordarán: era aquel chico alto, rubio, que llevaba un jersey azul con gola y al pecho el escudo de Portugal, rojo y verde.

Siempre he pensado que el Pacto Ibérico lo hicieron aquellos muchachos que yo vi en la representación del Tercio en Talavera de la Reina, allá por la otoñada de 1936. Olía a pólvora de lo lindo, aunque ya la guerra solamente flanquease la succulenta vega talaverana. Resultaba la ciudad en aquellas jornadas como una diminuta y austera Capua para cuarteles de otoño de un par de horas a lo sumo. Se podían comer riñones al jerez —plato del día en honor de las columnas del Sur—, en un bajo de la plaza, y el chateo del aperitivo, o la copa de coñac tras el condumio se amenizaban con la pura presencia, entre la clientela de la terraza, de gentes como Joaquín García Morato —las dos manos al aire, relatoras de un combate aéreo— o como el comandante Rodrigo, jefe de Tabor, que convalecía de un chinazo junto al teniente Aguirre. Cruzaba a veces por la plaza el ademán brioso de Yagüe, y por allí pasó también, tendido

en un coche, cuando ya golpeaba la muerte en su gran corazón. Y estaban en la plaza de Talavera el capitán Botelho, la voz de los viriatos, y la agudeza periodística de su compatriota Félix Correia, y la permanente alegría de Sandro Sandri, aquel corresponsal italiano que iría a morir en Shanghai. Botelho tenía nuestras preferencias. Su voz era como un lanzallamas. Derramaba chorros de fuego por el aire, escupía a la cara de Europa las razones de una guerra santa.

Los portugueses, con su aire melancólico y saudadoso, se alistaban en el Tercio a toda prisa y hacían instrucción frente a la plaza de toros. Fueron los viriatos soldados duros, tremendos en el ataque; serenos, tercos, inmovibles en la defensa. Al llegar a la noche de Talavera la racha de himnos nacionales, a mi me gustaba verlos cuando se oía el de Portugal. Se les llenaban los ojos de lágrimas y de orgullo, y a todos nos dolía el brazo de tanto tenerlo en alto. Pero la banda de la Legión no perdonaba pieza representativa ni daba descanso.

Hasta aquí lo poco que yo conocía de los viriatos. Desde aquí algunas precisiones sobre su origen que, a través de una carta al director de *Arriba* con motivo de un artículo mío, facilitó amablemente don Miguel Morlán, de Villanueva de Alcaudete: «Por cierto, que García Serrano no sabe el origen de los “Viriatos”, y se lo voy a contar: Estábamos, a fines de otoño de 1936, en Talavera de la Reina, Yagüe, otros muchos y yo. Pedí audiencia a Yagüe y le dije que si le parecía bien que con algunos escudos que yo tenía en Lisboa le trajese legionarios portugueses que podíamos llamar “Viriatos”. Aprobó mi idea, puesto que sería por mi cuenta y riesgo hasta la frontera.

»Le traje setecientos, hasta que se me acabó el dinero. Me protegió el Gobierno portugués, me ayudó el marqués de Contadero y me demostró su antipatía Gil Robles, por el cual yo había votado las veces que he votado. ¡Santa Lucía bendita me conserve la vista para votar!

»Al general Yagüe le dije que no quería cargos, ni honores, ni dinero. Entonces me dio un oficio para que se me apuntase lo hecho en la hoja de servicios, y escrito está.

»Después vinieron otras expediciones mejor organizadas que la mía».

DERROTISTA

El derrotismo es una enfermedad mortal que lo mismo ataca al hombre que a las sociedades. Tan derrotista es el que tiene un ojo en Las Vegas y el otro en Siberia para poder pronosticar lúgubrementemente: «Esto va a pegar un estallido el día menos pensado», como el que se agarra un catarro y se diagnóstica ante sus familiares: «Despediros cuanto antes porque tengo un cáncer de nariz».

Las colectividades humanas son tan propensas al derrotismo como al optimismo, y de igual modo se lanzan a la terrorífica creencia del Milenario, como a la esperanza de que a partir de pasado mañana — fecha, por ejemplo, de unas elecciones— se van a atar los perros con longaniza.

El derrotista prospera, sobre todo, en situaciones de peligro. Durante nuestra guerra los hubo en ambos lados, y me atrevería a jurar que los de zona nacional hubieran merecido medalla de oro en cualquier olimpiada del derrotismo, porque a la menor contrariedad pasaban de la tertulia del doctor Pangloss a la de aquellas terribles comadres griegas más conocidas por las Parcas.

En zona roja llegó a profesionalizarse el derrotismo en beneficio de la causa nacional, de tal modo que durante un interrogatorio de prisioneros jovencitos, en los últimos días de la batalla del Ebro, pudo escucharse esto:

—¿Tú qué eras antes de movilizarte? —preguntaba un oficial.

—¿Yo? Yo derrotista —contestó el chaval

A veces ser derrotista era más eficaz que ser terrorista, y podían correrse parecidos riesgos. No me extraña la interior satisfacción con que certificaba un amigo sus servicios durante la guerra: «Yo fui derrotista en zona roja», y lo decía con el mismo orgullo del que cuenta: «Yo hice toda la guerra en la 13, la de la Mano Negra».

Los derrotistas sinceros son, pues, desgraciados que viven en perpetua agonía y por eso es muy justo que los defensores de Gerona frente a la invasión napoleónica, los llamasen agonizantes. El derrotista voluntario, en cambio, lo pasa bien en el ejercicio de sus diversas actividades.

En la época de Madridgrado andaban unos cuantos muchachos por la Cibeles. Uno de ellos propuso a los demás:

—¿Vamos a desmoralizar la retaguardia?

—Sí—contestaron.

Y se orinaban a ojos vistas en plena vía pública, a ver quién llegaba más lejos.

Me contó el episodio uno de sus protagonistas años después, cuando, por así decirlo, «desmoralizábamos la retaguardia» sobre un rastrojo, en el curso de un largo viaje. Hacía un sol frío, seco y despabilado como el Ribeiro blanco.

El arma favorita del derrotista es el bulo, y los bulos son de dos clases: ofensivos y defensivos, igual qué las granadas de mano. A veces el bulo

no es más que una noticia anticipada, entre el deseo y la profecía. «Mañana entran los nacionales», decían muchos madrileños en 1936; esto era un bulo. «Mañana entran los nacionales», decían muchos madrileños en marzo de 1939; esto era una noticia. Bulos y noticia podían confundirse en ciertos casos, como el de aquella señora de la que habla Barreiro en sus memorias madrileñas del tiempo, que se tragaba las más inverosímiles nuevas de orden militar siempre que favoreciesen a los nacionales, pero que un día, al oírle contar a su hijo que había comido huevos fritos con patatas, un filete, pescado, queso manchego y mermelada, le replicó con indignación y rebeldía: «Rafaelito, ¡eso es un bulo!».

Barreiro define el bulo como «clave de la salvación de nuestros sistemas nerviosos», o como milagro que se operaba en el ánimo «para no dejarnos caer en pesimismo contraproducente, sino por el contrario, sobrellevar la serie de infortunios y contrariedades que el cielo nos había impuesto y el marxismo habla de ejecutar».

El bulo nace como puede y donde puede, pero rara vez deja de tener algún fundamento, por lejanísimo y estrambótico que sea. Fernández de Córdoba nos ilustra perfectamente sobre ello, cuando narra la llegada a Salamanca de la primera emisora de Radio Nacional, que había sido la que funcionó en Berlín durante los Juegos Olímpicos del verano del 36: «Fue desembarcada en Vigo, y el paso de los (siete) camiones portadores por las carreteras gallegas, las cuales, en algunos puntos, hubo que ensanchar por el enorme tamaño de los mismos, atrajo sobre ella los más pintorescos y variados comentarios. Como se guardaba el más absoluto secreto sobre el material que transportaba e índole del mismo, la fantasía corrió libremente y las más absurdas suposiciones se forjaron. Había quien al ver la antena, que se recogía por un procedimiento parecido al de los catalejos marinos, y que venía montada sobre un dispositivo especial, dijo que aquél era un aparato que lanzaba unos rayos que incendiaban en el aire a los aviones y que, por tanto, de aquel aparato saldría la destrucción de la aviación enemiga... Otros aseguraban que se trataba de unos cañones potentísimos, de unas propiedades extraordinarias».

Yo doy testimonio de haber oído hablar del rayo antiaéreo de la muerte y de una especie de supergranberta que iba a entrar pronto en acción. ¡Cualquiera se imaginaba que todo aquello no era más que una simple emisora, pero que trabajó como una buena división!

El bulo mal empleado es contraproducente, ya que una noticia falsa propagada con algún fin indeterminado se cae por su base de cara a la información directa. El hecho de que un periódico rojo anunciase, en plena guerra, un mitin de Azaña en Valladolid, provocaba risa en Valladolid; si una radio marxista denunciaba que los mariscos que avanzaban sobre Oviedo eran todos analfabetos al mando del obispo de Mondoñedo, daba ocasión a una buena juerga entre la tropa de Martín Alonso; cuando por zona nacional, justo en el momento en que Beorlegui empujaba hacia Irún, se dijo que Petain se había sublevado en Francia y

que Blum estaba a punto de ser fusilado, supongo que en el país vecino se partirían el pecho a carcajadas.

La capacidad inquietante del bulo es enorme, como puede comprobarse por este episodio que relata Iribarren:

«El general Cabanellas... le dijo a Mola:

»—Hemos tenido en Valladolid una reunión de la que hemos salido peleados.

»—¿Usted?

»—Sí, y en Zaragoza una columna nuestra se ha pasado al enemigo. (Nos dejó sin aliento.) Eso acabo de oír ahora mismo por Radio Barcelona —añadió riendo al advertir el estupor de todos.

»—Pues nos ha dado usted el gran susto —le dijo Mola».

De todos modos, derrotistas, agonizantes y bulistas podían luchar por su bandera nada más que explotando serenamente las agorerías de los miedosos. En situaciones especiales, una fábrica de bulos se agradece tanto como una de cañones, y unos y otros son de manejo delicado y requieren mucha precisión.

ALTAVOCES DEL FRENTE

Durante las últimas tensiones internacionales, una cosa me ha parecido notar en el orden de la guerra de la propaganda, y ha sido algo así como un silencio natural de estupor y de espanto. Como si nadie, realmente, quisiera lanzar la palabra peligrosa, el insulto decisivo. A las puertas de la guerra caliente se miden más las palabras que en plena guerra fría, donde toda desvergüenza tiene su asiento y sus zapatos sobre el pupitre.

Nuestra guerra fue, también en esto, un anticipo de la evolución general de los métodos tácticos. Aquí se inventaron el picado y la cadena —que tenía su origen en «la pescadilla» africana—, los ejércitos aerotransportados, el puente aéreo y hasta la aviación de montaña, así como un eficaz método antitanque para uso particular de la Infantería. Del mismo modo, la genialidad de Queipo transformó un simple micrófono en arma ofensiva y defensiva, y en la guerra de las ondas, con capacidad de bombardeo destructivo y a la vez de infantería que ocupa, don Gonzalo es como don Cristóbal Colón respecto a las Américas, y Aranda, en Oviedo, como Juan de la Cosa. También aquí se inventaron las Compañías de Propaganda, que tanto juego habrían de dar posteriormente en los ejércitos que combatieron la Segunda Guerra Mundial.

Lo más curioso y nuevo de esta propaganda a vanguardia, fue lo que se llamó Altavoces del Frente. Si bien se mira, estos Altavoces nacen por un impulso natural del combatiente de una guerra civil, esto es, por la necesidad del improperio, que limpia la sangre y depura los humores, o por la del diálogo. Hasta el rezo del rosario colectivo en las posiciones avanzadas de los primeros días, era una fórmula más del diálogo, de la propaganda —descontando, claro, las puras razones religiosas—, un puente dialéctico hacia la otra orilla y algo como una mina espiritual puesta a los pies de los que argumentaban con un lenguaje de señoritos de cabaré, ofreciendo música, vino y mujeres.

Los Altavoces del Frente nacieron con el gesto de aquel soldado que hizo bocina de sus manos para gritar un insulto o llamar cariñosamente rojillos a los enemigos, o con el celo de aquel que rebuscó hasta dar con un embudo que le sirviese de amplificador para decirles a los rojos que se fuesen jorobando, que el Alcázar ya había sido liberado; o con el sermón que el Padre Huidobro, capellán de la Cuarta del Tercio, soltó a los milicianos desde un piso alto del Hospital Clínico, allá en las Navidades del 36.

«Ayer —escribía el santo Padre Huidobro, futuro Patrón del Tercio, a su Provincial— vinieron a verme unos legionarios para pedirme que hablase desde las avanzadas a los rojos. Por cierto, que me avisaban que no me alarmase porque me mentarían a la madre, etc., etc. Como los legionarios encuentran de todo, y a media tarde había pedido yo un altavoz, después de cenar, que era la hora señalada para la alocución, ya teníamos uno muy bueno. En una esquina de los pisos altos del Hospital, apoyando la bocina en el agujero que habla producido un cañonazo, llamé a los rojos: “¡Atención, atención, soldados del frente de Madrid! Callen un momento los fusiles y hablen las razones. Si es de hombres empuñar los armas cuando las cosas llegan al último extremo, más es de hombre hablar y entenderse con razones”».

El intento acabó en controversia y en algunas otras expediciones dialécticas del Padre Huidobro por aquel frente. El comandante de su Bandera comentó después: «Sabían los marxistas que era un sacerdote quien les hablaba y, sin embargo, le escucharon con absoluto silencio. Creo firmemente que muchos de los que se pasaron a nuestras filas lo hicieron convencidos por la palabra de nuestro capellán».

El entonces comandante Arias Paz, de Ingenieros, contaba con una radio de aficionado, que montó en un turismo. Dominada la situación en Galicia, al poco tiempo se trasladó con todo a Toledo. «Un coche de turismo, que en La Coruña se había utilizado para la propaganda comercial por medio de altavoces, fue el punto de partida para montar grandes equipos móviles de propaganda en los frentes —escribe Aznar en su tan citada *Historía Militar*—. Se instalaron altavoces de trincheras, con un amplificador y su micrófono; de este modo se predicaba la doctrina de la Causa Nacional a pocos metros de los parapetos enemigos».

Madrid fue el primer escenario de esta modalidad, quizá porque la constitución de su frente era la más propicia para su desarrollo. Gregorio Marañón Moya cuenta: «En Salamanca, el Cuartel General del Generalísimo me honró con el encargo de organizar los “Altavoces del Frente”, que fueron la fuerza de choque de la propaganda nacional. Los locutores de aquellos inolvidables altavoces fueron soldados con la misión de dar a conocer al enemigo el sentido exacto del Movimiento Nacional. La voz de los locutores fue en las trincheras la voz de la Patria. Vaya hoy mi recuerdo entrañable a los camaradas locutores todos que formaron aquel equipo y, sobre todo, a los heridos en los frentes. Y vaya nuestra oración a los que cayeron para siempre —y fueron varios— mientras predicaban, en las más peligrosas vanguardias, nuestra razón y nuestra verdad».

O sea, que predicaban y daban trigo, que es lo bueno. Por los Altavoces anduvieron muchachos y hombres jóvenes que posteriormente habrían de ser muy conocidos, como Herráiz, Salas Pombo, Neville, «Gilera», Alfonso Sánchez, José Ramón Alonso, Riaño, Cacho Zabalza, y el editor Carmona y otros que ahora no recuerdo. Neville, en su novela *Frente de Madrid*, curioso y apasionante documento literario de aquellos días, traza unos apuntes, por cierto divertidísimos, sobre la vida de aquella unidad. Habla de un locutor catalán, Trape Pi, «también llamado Ríos Trapapé Pi, para confundirle con el fantástico jefe de la Brigada de Vanguardia», especializado en provocar el paso a nuestras filas de los milicianos más extravagantes. Neville cita tres casos. Uno que llamó a las alambradas diciendo: «¡Facciosos! ¡No tiréis, que me paso!»; otro que huyó de la posición roja con dos enormes maletas llenas de ropa y, finalmente, «aquel antiguo sargento que, en un acceso de deformación profesional, había arrestado al llegar a nuestras filas al centinela, que se había encontrado adormilado».

El frente de Madrid, encarnizado y familiar, fue ancha plataforma para los Altavoces. El propio Neville cuenta:

«El tiempo había establecido una especie de amistad entre aquellos hombres, y algunos hasta se conocían por sus nombres.

»—¡Eugenio, Eugenio...!

»—¿Qué? —contestaba otra voz—. ¿Eres Enrique?

»—Sí —replicaba el otro—. ¿Qué habéis comido?

»—¡Lentejas! ¿Y vosotros?

»—Nosotros, carne con patatas y pescadilla.

»—¡Narices! —chillaba uno.

»Y entonces se organizaba un torneo de injurias o bien los del Tercio utilizaban un cohete de propaganda para enviarle al enemigo una muestra del rancho».

Los rojos también tuvieron bus Altavoces del Frente, y en el *Madrid*, de César Falcón, se encuentran datos sobre el asunto, pero tan rebozados en retórica comunista que cuesta trabajo entender lo que dice. Unos y otros propagandistas coincidieron en el invento del cohete como elemento lanzador de propaganda. Los rojillos llenaban sus cohetes de octavillas repletas de dialéctica marxista y cosas así. Los nacionales, con un realismo español verdaderamente ágil y objetivo, preferían utilizar los cohetes como portadores de muestras de rancho, y esto ponía a cien a los Comisarios Políticos, sobre todo porque ellos eran los que se zampaban las muestras y no podían menos de reconocer que nuestro rancho estaba de rechupete.

—¿Han tirao esos cabrones su bazofia de hoy? —preguntaba desdeñosamente Álvarez del Vayo desde su despacho de Comisario General del Ejército Popular—. ¡Ah, sí! Tráiganmelo inmediatamente, que hay que analizar eso...

Y se lo daba a sus pobres, porque a él no le faltó nunca el lujo gastronómico, aunque a veces no resistía la tentación y los pobres se quedaban con sus bostezos.

Lo de la comida constituía en el mando marxista una verdadera obsesión. A los nacionales que resistían en Belchite se los trabajaban los Altavoces cipayos con esta matraca: «Matad a vuestros jefes. Pasaos a nuestras líneas. Os están engañando: mientras vosotros morís, ellos comen fantásticamente». Así se cuenta en el libro del capitán de Diego y los tenientes Quintana y Royo, que también relata cómo un comisario les incitaba a rendirse diciéndole por altavoz «que la República les esperaba por ser valientes y que allí hay alegría, banquete y mujeres; y que, además nos guardan champán muy frío».

Lo dicho, señoritos de cabaret y lectores de novelas francesas, con seductoras de «Maxim's» y botellas en el cubo del hielo. La revolución roja hubiera podido detenerse con vales para las casas de lenocinio y un estímulo protector, con primas de bajo precio, a los cosecheros de champanes nacionales. Los Altavoces nuestros se ocupaban de la guerra sicológica, también inventada aquí antes que Mao o los coroneles franceses de Indochina, que la llevaron a la perfección. El famoso bombardeo de pan que hizo sobre algunas ciudades la Aviación nacional fue una obra maestra.

Domenech, en su *Diario de Campaña de un Requeté*, cuenta sus impresiones de movilizado rojo que entra en línea: «Los nacionales ya se han percatado del relevo. Saben también que somos forzosos. Así nos lo anuncian por medio de altavoces, incitándonos a que nos pasemos, por lo que nos prometen buena recepción».

La música era un buen parque para los Altavoces. Fabricaban nostalgia a toneladas, conmovían a los más gélidos y preparaban el terreno para ulteriores operaciones dialécticas, informativas o gastronómicas.

Los Altavoces fueron un arma peligrosa, porque a veces una guitarra vence a un cañón y una frase de ingenio a tiempo paraliza a un Cuerpo de Ejército.

POR DIOS Y POR ESPAÑA

Si en la zona comunista las esquelas sin cruz eran como fríos corrales de la desesperación, en la zona nacional, bajo el nombre de los muertos en combate se leía: «Murió por Dios y por España». Los muertos quedaban en los urgentes cementerios del frente o, también, eran llevados a sus pueblos. Jorge Vigón ha escrito en su biografía de Mola este párrafo estremecedor:

«En cualquier carretera de la zona en que dominaban nuestras tropas ningún viajero dejaría aquellos días de encontrarse más de un taxi de la matrícula de Navarra, de Logroño, de Vitoria, de Burgos o de Zaragoza, en el que viajaban unas mujeres enlutadas y llorosas, y sobre el techo del coche un ataúd modesto con un jirón de bandera amarilla y roja prendida sobre la negra tabla».

Aquel «murió por Dios y por España» era algo diferente de la esquila recogida por Agustín de Foxá en su *Madrid de corte a cheka*, que decía: «Con motivo de la muerte de don Salvador Sánchez, la familia ha acordado hacer una donación al partido de Izquierda Republicana». Aquello —sigue Foxá— sustituía al «después de haber recibido los santos sacramentos y la bendición de Su Santidad».

Se vieron esquelas con el por Dios, por la Patria y el Rey; por Dios, por España y la Falange. En Somosierra un amigo «nos enseñó el documento que llevaba sobre sí para evitar ser un soldado *desconocido*. En un pliego había escrito: «“El camarada Mario murió por la Patria, la Falange y José Antonio”, y la dirección de su padre al dorso». Pero el por Dios y por España era el lema que cubría mejor tanta generosidad.

José María Pemán pronunció en Sevilla, con ocasión del primer Aniversario del Alzamiento Nacional, un estupendo discurso, como Consejero Nacional de la Falange. De él extraigo este ejemplar párrafo: «Y eso por una convicción, por una espontaneidad, que es la que hacía que en los primeros días del Movimiento, cuando caían los primeros mártires, el padre de familia que tomaba la pluma para trazar la esquila mortuoria del hijo, eligiera lacónicamente aquella fórmula que en ningún otro país del mundo se ha escrito nunca en ningún movimiento: «Muerto por Dios y por España», con lo cual el padre de familia creía que había escrito la esquila mortuoria de su hijo, cuando

lo que había escrito en realidad era todo el programa político de Falange Española Tradicionalista y de las J.O.N.S».

Un amigo de *Don Pedro Hambre*, personaje recreado por Neville, se preparaba un epitafio que decía: «Murió por la Patria y porque le dio la gana». Gregorio Marañón cuenta que una vez recogió a «un soldado herido que se creía próximo a la muerte, aunque sólo tenía un sedal y curó en pocos días. Pero en aquel momento, aterrado, me pidió papel y pluma y me redactó la siguiente esquela para que ya la enviara a sus familiares y la publicaran en los periódicos: “Félix Rodríguez García murió en el frente de Madrid cuando buscaba un refugio. Murió, desde luego, por Dios y por su Patria. Félix Rodríguez García era el popularmente conocido en su pueblo por ‘alias el Chevalier’. Aunque tenía sus cosas, era un buen hombre. ¡Pobrecillo! ¡Presente!”».

Aterrado y todo, Félix, por lo que se ve, era un chungón de grueso calibre.

Un alférez a quien le toca operar en las últimas horas de la guerra se malhumora en *Provisional*: «¡Una cochina gracia! Ahora que todo está terminado, que te den un tiritito y te archiven para la siembra arropado con las dichosas letras: “Por D. y por la P”; y allá tiesecito con un lucero en la frente a esperar al tío de la trompeta».

Por Dios y por España proclamaban las esquelas de tanto y tanto mozo, y los derrotistas le encontraron la vuelta, y también los egoístas que trataban de defender sus propias y bastardas limitaciones, y así algunos comentaban socarronamente: «Murió por Dios, por España y por primo», o «Por Dios, por España y por tonto».

Por Dios y por España se hizo frase habitual y estaba en las conversaciones, en las arengas, en los artículos de fondo y en las crónicas. Estaba incluso en los chistes —por ese sentido confanzudo del humor negro que casi nunca abandona al español—, como aquel de un páter de batallón que interroga a un recluta bastante negado, de lo que él no tenía la culpa, y también el pobre escasamente instruido, de lo que todos éramos responsables, desde los primeros pobladores a don José Ortega y Gasset. El páter quiso ver cómo andaba el hombre de catecismo, y el muchacho andaba bastante pez. Le preguntó si sabía quién era Cristo, y dijo que el Hijo de Dios, pero ya no hubo quien le sacara más detalles. El páter, bondadosamente, le dio un pitillo para que con el humo se le disipase la timidez, elogió la respuesta y volvió a insistir:

—Bueno, hombre, muy bien. Cristo es el Hijo de Dios, exacto. Dime, y ¿sabrías decirme por quién murió?

Y el recluta, como el rayo, le contestó:

—Eso sí, páter. ¡Por Dios y por España!

(Lo cual, mirando hacia el Cerro de los Ángeles, por ejemplo, tampoco era ningún extraordinario disparate).

CHITIVÚ

Roberto Cantalupo cuenta en su libro titulado *Embajada en España* cómo en los primeros días de 1937 se organizaba el Cuerpo de Tropas Voluntarias (C.T.V.), que los españoles más presumidos de lingüistas pronunciarían delicadamente «Chitivú», para dar envidia a los que se limitaban a decir «ceteuve», y no digamos a los que declan «los italianos», sin más, como Dios manda.

Con exactitud milimétrica el general Kindelán señala el 26 de diciembre de 1936 como fecha del desembarco de los primeros tres mil voluntarios italianos. «En las filas rojas pasaban, ese día, de cuarenta mil los extranjeros». Esto está comprobado documentalmente por todos los archivos históricos nacionales y extranjeros. Algo antes llegaron aviadores italianos para construir lo que se llamó Aviación Legionaria. El famoso tenor Fleta fue destinado a servirles de intérprete, y algún babieca celtibérico poco menos que pensó que a los italianos había que hablarles cantando. Estos aviadores fueron muy buenos pilotos de guerra. El C.T.V. llegó cuando ellos tenían ya justa fama.

Esta sigla habría de hacerse popularísima. Los voluntarios eran en su mayor parte jóvenes fascistas, recientes veteranos de Abisinia y también antiguos combatientes. Cantalupo ficha breve y certeramente la composición humana del C.T.V.: «Participaban algunos oficiales a título personal, voluntarios y legionarios de Etiopía, escuadristas y jerarcas, oficiales de la milicia y ex militares, valerosos combatientes de otras guerras, intrépidos mutilados y condecorados, y después desocupados y espíritus aventureros, demasiado rápida y superficialmente instruidos en el riesgo del combate, heterogénea milicia de muchachos maduros, de generosos y de intelectuales, que de todos modos podían constituir un verdadero cuerpo de expedición, y daban de sí todo lo que podían, sacrificándose sin tasa. Los más románticos militantes del fascismo se habían trasladado a España».

El *Corpo Truppe Volontarie* participó en numerosas acciones a partir de la toma de Málaga, y su fortuna fue varia, como es natural en todas las guerras. Hay varios relatos italianos sobre los hechos de armas del C.T.V., pero el que más me gusta es uno de Renzo Lodoli, *Domani posso moriré*. No creo que sea conocido en España. A mí me lo regaló un chico del *Guf* en los últimos *littoriali* que se celebraron en paz. Días después entraba Italia en la Segunda Guerra Mundial, y allí acabó todo, al menos por el momento. Recuerdo que cenamos con los ex combatientes de España y luego fuimos a una especie de sala de fiestas donde nos recibieron a gritos:

—¡Guadalajara, Guadalajara, Escudo, Escudo, Málaga, Málaga!

El jefe de los ex combatientes se volvió hacia mí y me dijo por lo bajito:

—Estos imbéciles no saben qué fue lo de Guadalajara, ni siquiera saben que en palacio Ibarra aguantamos como los buenos. Estos imbéciles no saben nada de nada y algún día lo pagaremos.

Los del C.T.V. nos trajeron su amistad y su sahariana, un montón de canciones y costumbres y una especie de renacimiento del espíritu amoroso entre Italia y España que hubiese encantado a don Miguel de Cervantes, pongo por ejemplo de soldados. ¿Quién no cantó *Faccetta nera*, *Parlami d'amare* o las desvergüenzas que en su propio elogio entonaban los aviadores?:

L'Aviazione, corpo elegante,

non va al canino, ma c'è l'amante.

Se oía el *Himno a Roma*, el *Mamma ritomo*. «Con aire solemne —escribe Pérez de Sevilla—, en grupo y pasándose los brazos por los hombros entre sí, saboreaban las estrofas de un aire melancólico que llamaban *A rapporto signor Colonnello*, bajo la escucha chungona de nuestra gente... Había la *Osteria* número 1, la 2, la 3, y así sucesivamente. Eran a cual más obscenas, pero tenían gracia. Algo así como el *Dónde le puse la mano*, que se canta en la Legión desde que se fundó.

«Cantar, para ellos, era una función tan normal como la respiración».

Hubo sus más y sus menos a raíz de Guadalajara —peripecia militar ferozmente exagerada con fines dialécticos— y entonces se decía lo del *Corriere de la Sera* y otras cosas por el estilo. Reguera cuenta cómo confraternizaban ceriñolos e italianos, hasta el punto de cantar juntos «con esa sana despreocupación, ese desparpajo con que se habla y se burla de todo, y amistosamente, en las trincheras:

«Guadalajara no es Abisinia,

corre que corre que se nos echan encima».

Para cuatro fantasiosos que —según Peter Kemp— «hicieron imprimir las palabras *Vincitore de Málaga* en sus tarjetas de visita», hubo muchísimos tipos sencillos, cordiales y llenos de buena voluntad. Y es del todo evidente que los del Chitivú se batieron infinitamente mejor que los de la «Garibaldi», aunque con mucha peor prensa.

Los del C.T.V. dejaron entre nosotros unos millares de muertos, y esto ningún bien nacido puede olvidarlo. Esos muertos pesan dulcemente sobre el corazón de España.

Las bromas son aparte. Aquí se hace chiste de todo y se riñe con todo el mundo. El bromear y el reñir casi son pruebas de confianza. Por eso Cantalupo exagera cuando refiere con aire dramático su llegada a Salamanca;

«Después de medianoche, un suboficial de la Misión militar italiana vino a preguntarme a qué hora podría recibir, al día siguiente, al jefe del Estado Mayor de nuestras unidades, en visita de servicio. La placa de matrícula de su coche llevaba las iniciales del *Corpo Troupe Volontarie*: C.T.V. El conductor me dijo que los españoles, cuando pasaba, leían: “¿Cuándo Te Vas?”. Me retiré fatigado a mi habitación, bajo el techo cargado de nieve».

EL ABUELO

Así llamaban popularmente los carlistas navarros a don Alfonso Carlos de Borbón y Austria-Este, hermano de Carlos VII y Regente y Abanderado de la Tradición en el momento de surgir el Alzamiento.

Al pasar por los pueblos de Navarra, camino de Logroño, la columna de García Escámez, «Patasebo», mote con el que todos llamábamos con cariñosa barbarie a un requeté jovencísimo que salía hacia la guerra cojo y todo, no cesaba de gritar asomado a la ventanilla:

—¡Viva el abuelo!

—¿Pero quién es ese abuelo?—le pregunté.

Y él me lo explicó casi como quien misiona. También me enseñó una canción:

Y en realidad, ya tenemos Rey:

¡Qué viva Alfonso Carlos

que gobierna bien!

El día de Santiago apareció en Pamplona un anciano vestido de general, la barba blanca y noble y una boina roja sobre la cabeza. La gente decía: «Es el Rey, es el Rey», y muchos gritaban «¡Viva el Abuelo!»

Aquel anciano era el general don Miguel Cabanellas, presidente de la Junta de Defensa de Burgos, militar de larga tradición republicana.

Los socialistas llamaban «el Abuelo» a don Pablo Iglesias, verdadera alma de su partido en España. «¡Si el Abuelo hubiera vivido, habría imitado a Cristo echando a latigazos del templo de la política a los

mercaderes del Gobierno y de la Ejecutiva!», suspira Largo Caballero en *Mis recuerdos*, refiriéndose a la actuación en la guerra de Negrín, Prieto, Zugazagoitia, Puente y otros.

Don Pablo Iglesias era un anciano de aspecto venerable e inteligente, en la línea fisionómica de don Alfonso Carlos, don Antonio Maura y don Miguel Cabanellas.

En la Marina se llamó «el Abuelo» al viejo acorazado «España», y los soldados de la parada de Vizcaya denominaban así a un aparato nacional, solitario y casi ubicuo, que hacía lo posible por tenerles despojado el techo de la presión aérea rojoseparatista. Este aparato lo tripulaba el famoso Ansaldo, a quien estuvo a punto de derribar a causa de una falsa alarma el teniente que mandaba unos «pichis» en Vergara. Este teniente de tan excelente puntería al servicio de una mala información se llamaba José Luis Sáenz de Heredia. De otros abuelos ya hemos hablado con EL FELIPE.

EL PALOMAR DE NEGRÍN

Así se designaba también a la aviación roja en las últimas fases de la campaña, cuando el famoso catedrático era el cónsul de Stalin para asuntos españoles. Entre Espluga de Francolí y Montblanch atacaba la Primera Bandera de Navarra. «Unos treinta cazas enemigos volaban sobre nosotros; el “Palomar de Negrin”, como llamaban los muchachos a la aviación enemiga», atestigua Héctor Colmegna.

LOS CIEN MIL HIJOS DE NEGRÍN

El conjunto de levas distinguidas con que el doctor Negrín nutrió al antiguo Cuerpo de Carabineros para convertirlo en una especie de fuerza de choque del Ejército Popular. Nació con voluntad de Tercio, pero no.

Según Gabriel Araceli los cien mil hijos de Negrín eran «jóvenes a los que el haber de diez pesetas diarias del miliciano raso parecía poco y ansiaban ganar quince». Supongo que habría de todo, como en botica, y es cierto que algunas de estas unidades se batieron muy bien. Hugh Thomas destaca a la 40 División de Carabineros, que mandaba el teniente coronel Nieto, llamada la «lepra verde» a causa del color de sus uniformes y de lo difícil que era desalojarla de las posiciones que ocupaba.

PÍLDORAS DEL DOCTOR NEGRÍN

Las lentejas; las dichosas, las renombradas, las malditas y queridas lentejas que fueron sustento —relativo— de los españoles ubicados en la zona soviética. «En la República existía ya una escasez de alimentos aterradora —escribe H. Thomas—. En Madrid, durante el invierno 1938-1939, más de medio millón de personas vivieron con un racionamiento diario de dos onzas de lentejas, guisantes o arroz, y algún reparto esporádico de azúcar o bacalao. Las lentejas, que constituían el alimento más corriente, eran llamadas «las píldoras de la victoria del doctor Negrín»

Píldoras de Negrín, a secas; píldoras de la resistencia del doctor Negrín y píldoras de la victoria del doctor Negrín, eran los mote más corrientes. El culto a la personalidad era tan grande en aquella época, que el doctor Negrín daba nombre a todo, a sus Trece Puntos, que luego fueron nada más que Tres —en Figueras, por enero, sin duda por las grandes rebajas de invierno—, a las lentejas, los aviones, los carabineros y lo que se quiera.

Las lentejas alcanzaban incluso a la numerosa población penal de la zona, aunque en determinadas condiciones que recuerda Carrere; «Cada dos días les entraban un caldero de agua sucia con unas algarrobas con gorgojos flotantes —las infra-lentejas—, que fueron las improvisaciones culinarias que con mejor éxito inventó el hambre durante la era marxista». Otro de sus hallazgos fue el de las pipas de girasol. Las lentejas servían también de patrón en muchas operaciones de trueque. A la bolsa de la calle de Alcalá, se decía, acudió Negrín para cambiar una «resistencia» por una maleta. El propio Negrín, que se hizo famoso por su bien abastecida mesa, fue llamado el Doctor Lenteja, denominación popular según asegura Fontana.

LACEROS

En zona roja se notó una cierta tendencia a no hacer caso de las órdenes de movilización. El CRIM, Centro de Reclutamiento e Instrucción Militar, tuvo que hacer horas extraordinarias, destacando una vigilancia especial para memoria de olvidadizos y estímulo de distraídos. Esta vigilancia investigaba en plena calle el estado de las relaciones entre el ciudadano y la cartilla militar; iba por parejas armadas de buen fusil y con un brazalete rojo como distintivo. En Madrid, a los componentes de este servicio se les llamó laceros y también cazas.

FLECHA

El más viejo y el más joven de cualquier unidad falangista, y por extensión de cualquier otro tipo de unidad, y hasta de simple tertulia, peña o casino. En los Tercios de requetés, para expresar lo mismo, se empleaba el término paralelo, esto es, el de pelayo. Los flechas y los pelayos eran las denominaciones corrientes de las organizaciones juveniles falangistas y carlistas. La carlista, como es lógico, tiene más antigüedad. Los pelayos llevaban ese nombre en recuerdo de un niño mártir en tiempos de Abderramán III. El origen de los flechas salta a la vista. Flechas y pelayos se cansaban con frecuencia de la retaguardia y se escapaban a los frentes. Más de uno murió en esta gloriosa aventura. El flecha Vicente, que atravesó las aguas heladas del Turia para huir de Teruel, recién ocupado por el enemigo, conmovió al mundo entero. Llevaba en brazos a su hermanillo, que murió helado, como tantos y tantos soldados de aquellos días. Otras veces, era la vanguardia la que se acercaba a los flechas, como en el caso de Belchite: «Los muchachos, no importa su edad, van con fusil. Muchos ni tan siquiera alcanzan las mirillas y han de ponerse sobre un montoncito de piedras. El retroceso del arma al disparar tira a alguno..., pero no importa, están llenos de entusiasmo y fervor..., y ya han aprendido a morir gritando «¡Arriba España!». Saltan con agilidad asombrosa, y desde los escombros colaboran perfectamente en la defensa», se lee en el libro del capitán De Diego.

En el mismo libro se habla de los flechas por la otra punta; «otros han cogido un fusil, porque ellos estuvieron en Cuba y saben mucho de estas cosas y luchan en primera línea: los manda el Registrador de la Propiedad. Todos bajo las órdenes del Alcalde heroico».

En Madrid, antes de la guerra, a los niños falangistas se les llamaba *balillas*, por pura resonancia de los noticiarios extranjeros, y aún se conserva esta denominación, tan a la italiana, en una famosa centuria, cuyos supervivientes, bien batidos en el Madrid de la anteguerra, en la zona roja, en la nacional y también en Rusia, ya no tienen de *balillas* más que el nombre. Son ya padres de familia, algunos de ellos calvos y todo, y más de uno con aquel ensanchamiento corporal que, sin demasiado respeto hacia nuestro sentir más verdadero, nos empeñamos en llamar curva de la felicidad. El espíritu, sin embargo, lo conservan tan ágil, leal y alegre como entonces.

También se llamaban *balillas* unos coches ligeros, de la Fiat, que, si bien conocidos antes del 18 de julio, proliferaron con éxito durante la campaña.

Pioneros fueron los equivalentes de flechas y pelayos en la versión comunista. El proselitismo de los cipayos del Kremlin llegaba a extremos sospechosos: «En la iglesia de San José, de la calle de Alcalá, han colocado en la puerta un Niño Jesús vestido de “pionero”. En la mano le han puesto una pistola amarrada, y al cuello le han colgado un

cartelón que recuerdo dice: “Traicioné a los fascistas para hacerme comunista”», le contaba un rapaz de trece años, José Ozores, a Sánchez del Arco en el Hospital de San Prudencio de Talavera de la Reina. Creo que el Niño llevaba pintada en el pecho la puerca sigla: UHP, y el cartel decía exactamente:

Yo no soy fascista;

ahora me he hecha comunista.

La verdad es que flechas, pelayos y pioneros derivaban de Baden-Powell, aunque los jefes de los exploradores marxistas presionaban lamentablemente sobre los pequeños. ¿Quién ha olvidado aquellas voces infantiles que cantaban o silabeaban cosas como estas que van aquí?

No queremos Dios;

queremos socialismo,

que es mucho mejor.

No queremos catecismo,

que queremos comunismo.

En ambas zonas los niños vestían de uniforme, si es que pertenecían a estas secciones. También, a veces, sin pertenecer, por aquello que ya retrató Galdós en ocasión de otras disputas civiles. El buen don Benito habla de la familia Cordero y dice:

«En aquel tiempo (1824) las familias discurrían el modo de congraciarse con el bando dominante, y uno de los sistemas más eficaces durante el trienio (liberal) habla sido vestir a los niños de milicianos nacionales. Cambiadas radicalmente las cosas, doña Robustiana, que quería estar en paz con la situación, siguió la moda general, vistiendo a los borregos de frailes. Los domingos, Primitivo y Segundito sallan a la calle hechos unos padres priores que daban gozo».

Durante nuestra guerra era corriente que los chavales hiciesen su primera comunión con el uniforme de flecha o de pelayo. Basta hurgar en cualquier devocionario para que cualquiera encuentre en él un recordatorio con foto demostrativa.

Conozco a un llamado flecha, por razón de verde edad en los años de la guerra de España, que pasó lo suyo aquí, en los dos bandos, y aún le quedó ánimo para irse a Rusia y volver con una Medalla Militar individual al pecho. ¿Verdad, Ricardo?

CHATARRA

Discreta y púdica manera de nombrar las condecoraciones. Es como poner ceniza en la frente de las vanidades.

A cierta edad, cuando un amigo le pide a otro que le preste la chatarra, la pregunta inmediata es:

—¿Cuándo te casas?

Pasada la edad casadera, si un amigo solicita de otro el mismo favor, ya no hay pregunta inmediata. De antemano se sabe que la chatarra es para misa solemne, acto oficial, audiencia o fiesta mayor. O para casar a una hija, lo cual, si bien es alegre, también echa años encima.

El pecho pluricondecorado es una cacharrería. Envidiable, pero cacharrería. Los mariscales soviéticos, con medallas hasta en la bragueta, son los chatarreros más espeluznantes de la tierra. A uno de estos chatarreros le puso bigotes —a efectos de reproducción fotográfica en *Arriba*— Ismael Herráiz. Era en la época del acoso a España con los rojos y sus queridos democráticos en el Pirineo. Un ministro le llamó a Ismael lleno de susto:

—Por Dios, Herráiz, ese bigote...

—¿Qué, señor ministro?

—Una provocación, una verdadera provocación...

—¿Pero usted se cree, señor ministro, que por bigote más o menos nos van a declarar la guerra esos chatarreros?

Y ahí quedó la cosa.

ALZAMIENTO

Señálase así el gesto insurreccional con que España reaccionó ante la invasión comunista. El Alzamiento tiene tres fechas: 17, 18 y 19 de julio de 1936, y lleva el merecido apellido de Nacional. Francisco de Cossío escribía en tiempo de la guerra: «Los alzamientos españoles no han sido nunca guerra civil. La guerra civil implica dos concepciones diversas o antagónicas, dentro del proceso histórico, sin que ninguna de ellas atente a los fundamentos esenciales de la integridad nacional. Uno y otro bando son españoles, y la pugna no afecta a las raíces, sino a las ramas, no es el casco del barco nacional lo que pelagra, sino las arboladuras. El alzamiento se caracteriza porque el enemigo es exterior, porque el pueblo con él se defiende de una invasión extranjera, porque

la lucha no se entabla entre españoles divididos en dos campos, sino entre españoles y contraespañoles. En el caso presente, ved frente a nosotros, de una parte, al internacionalismo materialista, y de otra, al escisionismo separatista. ¿Queréis una clave más clara y evidente? Separatistas y marxistas se han entendido no más que por ser enemigos de España. Les ha unido el desamor a España, y esta unión, que es consecuencia lógica del odio, es la que califica la actual contienda, dividiendo los dos bandos beligerantes en dos sectores perfectamente definidos: españoles y extranjeros».

El antecedente inmediato de 18 de julio es el 2 de mayo de 1808. También entonces las zonas del poder y los estamentos representativos de la nación se entregan al invasor. No hay diferencia entre los Borbones de 1808 y don Manuel Azaña, ni se diferencian mucho Murat y sus relaciones con las autoridades madrileñas, de Rosemberg y sus relaciones con las también autoridades madrileñas y estatales. Como en 1808, en 1936 son el Ejército y el pueblo los que inician el combate, y la Junta de Defensa de Burgos tiene un eco noble de las Juntas del tiempo de la francesada.

Inmediatamente después del Alzamiento, los periódicos solían titular las apasionantes noticias de aquellos días: «El Movimiento triunfa arrolladoramente en toda España». Con un aire, sin duda, decimonónico —no se olvide que 17, 18 y 19 de julio de 1936 son los tres primeros días del siglo XX en España— al Movimiento se le apellidó de Glorioso: el Glorioso Movimiento Nacional.

Mucho más adelante, en plena guerra, el feroz humor negro del español le sacó a todo esto partido para un chiste, en el que amparaban su desaliento los entusiastas con momentánea rabieta o desánimo circunstancial. Era una gracia quevedesca. Se decía: «Primero vino el Alzamiento, luego el Glorioso Movimiento, y después...»

Bueno, ya ustedes se lo imaginan.

EL BIGOTES

Siempre creí que éste era el apodo que daban a Stalin los italianos, más los anticomunistas que los comunistas: *il baffone*. Jesús Hernández, en su libro *Yo, ministro de Stalin en España*, coloca esta expresión en la cuenta de Díaz, aquel siniestro desgraciado que fue a Rusia, después de hacer en España cuanto mal pudo, para morir a manos precisamente de Stalin.

En el curso de una conversación entre Díaz y Hernández, aquél declara, según puntual testimonio de éste, lo que sigue:

«Si no fuera por la fe que tengo en «El Bigotes» —así llamaba a Stalin— me habrías dado motivos para estar cavilando un poco. Pero «El Bigotes» es un gran tipo. En sus manos están los hilos de la gran madeja revolucionaria del mundo. Y podremos no comprender las sutilezas de su juego, pero dudar..., ¡nunca!», afirmó Díaz.

PROVISIONALES

«¡Salvadnos, jóvenes!», gritó don Miguel desde su cátedra de Salamanca, y todos los jóvenes le oyeron y le hicieron caso —que tiene mérito—, porque ya hay gente que oye y se hace la sorda, ya lo creo que la hay. Los universitarios, los que Aparicio llamó la «quinta del SEU», respondieron más o menos con eso de: «¡Aquí estamos!», que hoy todavía figura en la heráldica de los alféreces provisionales, por supuesto que con más de fuerza motriz que de nostalgia. Ya se sabe que hubo alféreces y sargentos provisionales, y que tan buenos fueron los unos como los otros, pero esto no obsta para que la poesía y la leyenda se cogieran del brazo de los alféreces igual que dos chiquitas de aquellas de Burgos o Ávila, de Sevilla o Tetuán, de Pamplona o de Granada, en fin, de donde hubiese Academia. También hubo tenientes y capitanes provisionales, pero hasta ellos mismos, si se les pregunta hoy qué fueron en la guerra, declaran con sencillez:

—Alférez provisional.

Se llamaron provisionales porque su enganche, digámoslo así, era para durar lo que la guerra —ya lo hubieran querido muchos—, y estampillados por el parche o estampilla de tela negra en el que lucían la estrella sobre el pecho. (Véase PARCHE.)

Cumple ahora dar algún detalle más sobre los alféreces provisionales como especie militar y española.

Entre los estudiantes se consideraba tan natural ser alférez que ni siquiera la mala uva previa con que está adornado —y muy justificadamente— cierto capitán de Cuerpo a tierra hace extraño este dialoguillo:

«—Ah, ¿tú eres nuestro famoso furriel? Me han dicho que estabas estudiando.

»—Sí, señor.

»—¿Y por qué no te has hecho alférez?

»—No he terminado el bachiller. Me falta un año.

»—Gandul. ¿eh?

»—No, señor. Trabajo desde los diecisiete años y...»

Las primeras promociones salieron de Burgos y Sevilla nada más iniciarse la otoñada del 36. Pocos quedaron de aquellos pioneros. Las últimas promociones fueron bautizadas con el remoquete de las de «el arco iris», por aquello de aparecer tras del diluvio. Pero esto no quiere decir nada, porque yo creo que algo semejante dijeron los de la primera de los de la segunda, y los de la segunda y la primera, cogiditos de la mano, de los de la tercera, y así sucesivamente. Con mejores palabras, llamándonos la «promoción de la paz», nos soltó a todos nosotros una arenga muy propia el general Cabanellas. Fue una tarde gris, sucia, fría, en la roquera de Ávila. Al mes siguiente, que era diciembre, cayó una nevada famosa: la de Teruel.

Saco a relucir esta historia para que se vea que todo es relativo en cuestiones meteorológicas, y que en la más modesta guerra se equivocan hasta los más ilustres adivinos profesionales, y que donde uno ve el arco iris otros aguantan un nevadón borracho.

A la gente le cayeron muy bien los provisionales desde el primer momento, quizá por aquel hermoso artículo publicado en el Boletín Oficial del Estado, periódico escasamente vocado hacia la literatura, que decía:

«Los alféreces provisionales prestarán servicios únicamente en las unidades armadas, con preferencia en las que forman parte las columnas en operaciones».

Como las noticias que llegaban del frente demostraban que aquellos alferecillos no eran tan sutiles como para apuntarse a lo de «soldado que se esconde vale para la segunda vez», y como se veía que los aspirantes a alféreces competían en un maratón de recomendaciones para conseguir marchar a cubrir las bajas de los que duraban en la línea menos que un suspiro, la buena gente comenzó a inventarse un refranero aplicable al caso.

De modo que se decía:

—Alférez provisional, cadáver efectivo.

—Los alféreces provisionales son animales que nacen, crecen, se estampillan y mueren.

(A reproducirse casi no daba tiempo, generalmente.)

—La primera paga para el uniforme y la segunda para la mortaja.

Pero esta última frase no era nueva, porque ya se aplicaba a los alféreces de la guerra de África, aquellos que asomaban su cara de niño en el papel satinado de *Blanco y Negro* con una nota que decía: «Gloriosamente muerto en la acción de Casabona», o la que fuese. Además, muchos no cobraban la primera paga y otros morían incluso antes de pasar la primera revista de comisario.

«Estaban preparándose para el tercer contraataque —cuenta mi camarada Fernández de la Reguera, que estuvo en la cabeza de puente de Balaguer, justo en el epicentro del tomate, que era el de los ceriñolos —, cuando se presentó aquel oficial. Acababa de salir de la Academia.

»—Llega usted con mucha oportunidad —le dijo el alférez Comas—. Casi no tenemos mandos.

»El novato sonrió tímidamente. Era muy joven, con gafas, de poca estatura, sonrosado, un poquitín rechoncho.

»Solamente avanzó unos metros al frente de la sección. Abrió los brazos y cayó de espaldas. Nadie supo ni siquiera su nombre».

No resisto a la tentación de copiar un extenso párrafo de *La soledad de Alcuneza*. Salvador García de Pruneda me lo perdona, pero creo que en pocos libros se habrá alcanzado, para dar la llegada al frente de unos provisionales, un mayor patetismo con una tan grande y acertada economía de medios:

«Una tarde, por la empinada cuesta llegó un camión con alféreces provisionales recién salidos de la Academia de Granada. Venían los alféreces somnolientos. Llevaban cuatro días de viaje, y sin pausa ninguna, porque la necesidad apretaba, eran incorporados a los batallones en la misma línea de fuego. Eran pasmosamente jóvenes, y a su lado parecíamos viejos. Traían en el pecho sus flamantes estrellas, cuyo oro nuevo relucía sobre el fondo negro de las insignias. En los ojos un fulgor de coraje se despertaba cuando del camión saltaban a la explanada del puesto de mando, donde el comandante del batallón a que iban destinados los distribuía por compañías.

»—¿Cuántas bajas de oficial hay en la tercera?

»—Dos, mi comandante —contestaba un brigada que consultaba un papel.

»—¿Y en la segunda?

»—Todas.

»—Ayer tenían la plantilla completa.

»—En aquel morro han quedado todos esta mañana —y el brigada señalaba un pico romo.

»—No tengo oficiales bastantes —musitó el comandante.

»Miraron los alféreces de hurtadillas al morro. Luego se cuadraban como si no fuese nada.

»A uno de ellos, alto, muy rubio y de faz aniñada, que por paradoja se llamaba Moreno, le destinaron a aquella segunda Compañía. Le vi perderse entre las retamas, camino del morro, con un enlace que le acompañaba para enseñarle el que debían seguir. Llevaba unas botas nuevas y rutilantes y un calzón de pana acanalada.

»Al caer la tarde, por el mismo camino, le trajeron muerto.

»El comandante de su batallón se inclinó sobre la camilla:

»—Pobrecillo. Ha mandado sección unas horas escasas.

»Las botas, que ahora estaban llenas de polvo, rebasaban la camilla y estaban quietas».

También se les llamaba «angelitos al cielo», porque, en general, los alféreces eran todos de muy pocos años, aunque no faltaron, ni mucho menos, los gloriosos abuelos y los tíos maduros que se rejuvenecían en el peligro. La edad límite por abajo eran los dieciocho abriles, y nunca se han falsificado bajo palabra de honor tantas fechas de nacimiento, ni tantos títulos de bachiller, porque se exigía el bachillerato como mínimo. El truco era fácil, ya que, por alivio de trámites, bastaba con una declaración jurada, y además siempre se podía afirmar que la parroquia de uno había ardido o que su título de bachiller quedaba del otro lado. Jamás se mintió con mayor elegancia y con más desinterés, y calculo yo que a aquellos extraordinarios troleros no les tomarían sus bolas en cuenta al llamar a las puertas del cielo.

Víctor de la Serna escribía en una crónica:

«Algo que no se ha dado, me parece, jamás, en ningún Ejército del mundo: se han tenido que tomar medidas para «represión del heroísmo». El desprecio del alférez provisional por la muerte es tal que se han tenido que dar instrucciones muy severas que llegan incluso a la desposesión del empleo, aunque se premie el acto heroico, cuando éste se juzgue excesivo por el Mando».

Ángel Ruiz Ayúcar, que también fue provisional, los describe muy bien: «Aquellos jóvenes oficiales improvisados habían llevado al Ejército nacional un aire alegre de heroica competición deportiva. En vez de arañar milímetros en el salto de altura, o décimas de segundo en los cien metros lisos, competían ahora en el número de ángulos de herido o

de citas en la orden, o de acciones más arriesgadas. Era la juventud universitaria, con sus virtudes y sus defectos, trasplantada en pleno a los cuadros de mando subalternos de las unidades combatientes. Audaces, intuitivos, pendencieros, románticos, sufridos y vanidosos. Con una inclinación excesiva a la acción espectacular de la que, con frecuencia, la muerte era el mejor adorno... Ante el fenómeno de los oficiales provisionales, pensaba que en ellos radicaba en gran parte la diferencia de eficacia de los dos ejércitos en lucha. Carentes ambos de mandos subalternos, los nacionales los habían sustituido con universitarios que a su preparación cultural unían la fe inquebrantable en la causa que defendían. En cambio, los rojos nombraban oficiales a los milicianos más caracterizados en su organización política, o al más hábil, o al más duro, aunque fueran analfabetos. El resultado podía verse en cualquier batalla».

La vida en las Academias era dura y hasta los madrugadores encontraban francamente exagerada la hora de diana. En cambio, no se paraba hasta el mediodía; instrucción, marchas, supuestos tácticos, sin que faltasen las bromas nocturnas con generala a todo pasto y compañías saliendo a tomar posiciones. Por la tarde había que hincar los codos y también demostrar facilidad de movimientos tácticos en el cajón de arena. A mí hay dos pesadillas que todavía me atormentan: una es que me han suspendido en Química de sexto y no he podido terminar el Bachillerato, y otra es que me sacan a la pizarra de la Academia para explicar el problema del tiro. Me despierto sudando, con ahogos, y a veces incluso tengo que tomarme un atarax y una copa de coñac para tranquilizarme y recuperar el sueño y el ánimo. Claro que en lo del problema ése no llego a la desfachatez de aquel amigo que cuando se enteró de que en Teruel se estaban poniendo calientes las cosas —y esto de calientes es un decir—, pontificó:

—Me alegro, porque con esto van a necesitar oficiales a toda prisa y no creo que pierdan el tiempo investigando cómo estoy de problema de tiro.

Y dejó de estudiarlo y acertó un pleno y unas semanas más tarde le acertaron a él en medio del pecho muy cerca del cementerio de Teruel.

En las Academias se cantaba mucho y todas las melodías lograban acompasarse al paso ciento catorce, que era el que estaba de moda. Se cantaban a paso de marcha el *Cara al Sol*, el *Himno de Infantería* —que suena maravillosamente con el metrónomo de los zapatos—, el *Tercios heroicos* y, por supuesto, el *Yo tenía un camarada*, que daba gozo soltarlo a volar por las mañanicas, bajo un cielo azul, despiadado de frío, y *Tierras de España, cielo español*, que hablaba de que al volver de la guerra uno se casaría con su novia, lo cual siempre es bonito y ensancha el corazón, y además aquel himno no era patético, porque al final se ponía optimista:

Y así me río de la muerte

del peligro y del sufrir,

del sufrir.

Por España seguiré luchando,

por mi novia tengo que vivir,

que vivir.

El problema era para los que no teníamos novia.

Se contaba *Rebeldes nos han llamado* y *Camisa azul*, en dos versiones, y cuando llegábamos a una estrofa en la que se decía no me acuerdo qué del «estado sindical», un amigo mío carlista modificaba la letra a favor del «estado clerical». También se cantaba *Ana Mari, jo, jo*, y *Cuando sale la primera* y *Yo soy de la segunda compañía* y un montón de cosas. A nosotros, los de la primera promoción de Ávila, nos enseñaba a cantar el alférez Oliva, y siempre se salió con la suya, menos una vez que quiso que aprendiésemos una canción de Pemán con música de Falla, y no hubo manera. Desentonábamos como un orfeón de orates, y ya que no llegábamos nunca a la nota justa yéndole de cara, la atacábamos por los flancos, lo cual tácticamente es muy bueno, y hasta mereció los Placemes de nuestros monitores, pero musicalmente no da el menor resultado, palabra de honor.

También se cantaban la *Chaparrita*, las dos Asunciones —la honesta muchacha que no lo era tanto a la hora de vender su vino, y aquella otra que a más de alzarse la camisa con facilidad tenía un defectillo del que mejor es no decir nada—; la picara, dulce, oscilante y balizadora *Irene*, tan encandilona, y algunos otros romances o coplas de Mingo Revulgo poco recomendables, pero tremendamente eficaces como baterías pesadas del improprio.

Y aquella estrofa como un *ave, Caesar*:

La juventud esté en nuestras filas

y nuestro es también el porvenir;

España, te haremos Una, Grande y Libre,

aunque nosotros vamos a morir.

No era retórica. De cuarenta mil alféreces provisionales veinte mil se quedaron sobre el campo. Algunos partidarios del humor negro se saludaban así: «Hola, cadáver», y los que tenían fervorosas inclinaciones optimistas modificaban suavemente: «Hola, vicecadáver». Eran unos críos y podían permitírseles estos pequeños lujos, así como cierta presunción donjuánica que se formuló en el famoso chiste del viaje de las once mil vírgenes a la tierra.

«Vinieron a la tierra las once mil vírgenes, aburridas de hacer punto, siempre sentadas sobre esas nubecitas rosas del cielo. Esas de postal de palomas. San Pedro les acompañaba y todos los días le ponía al Señor un telegrama con el parte: “Visitamos Londres. Espléndida sesión Comunes. Sin novedad las once mil vírgenes”. Al día siguiente: “Visitamos París. Magnífico desfile. Sin novedad las once mil vírgenes”. Al otro...

»—Sí, sin novedad las once mil virgenes. ¿Qué más?

»—Llegamos zona nacional. Nos recibieron alféreces provisionales. Sin novedad las once mil».

Realmente, los estampillados eran muy críos.

«Rapaz. No es más que un rapaz —piensa un guía levantino frente a un alférez en la novela de Juan Cepas, *Provisional*—. Le doblo la edad, por lo menos. No tendrá los veinte —¡qué va!— ni los dieciocho. Y está en apuros. Estas guerras sacan a tos críos de sus nidos y los hacen hombres a porrazos. Buena escuela, y mala también».

O el rojo aquel que había estado en Codo y le contaba a un teniente estampillado, Ridán, el amigo de Cepas, su asombro ante la defensa de una posición:

«—¿No conoce Codo? es una aldea sin relieve, con una docena de casas de adobe agrupadas alrededor de una iglesuca fea y ruinosa. Con mi tanque, con un par de pasadas hubiese dejado aquel lugarejo como la palma de la mano... Bueno, pues allí estuvimos dos días sin poder pasar. ¡Miles de hombres contra apenas un centenar! ¡Tanques y artillería contra fusiles solos! Lo más aguerrido de las brigadas internacionales asaltando una y otra vez aquellas casas defendidas por diablos... ¿Sabe quién mandaba aquello? Un chiquillo que casi no sobrepasaba la veintena. Los encontramos entre los cadáveres de sus compañeros, cosido a balazos y empuñando aún el fusil.

»—Era un provisional —dijo sencillamente Ridán».

Venían de las Universidades, de las Normales de Maestros, de las Escuelas Técnicas, de las bancas de los Institutos, y habían escuchado la voz de un maestro que gritaba: «¡Salvadnos, jóvenes!», y que se había quitado el sombrero ante el piquete de soldados que proclamaba el estado de guerra, dando un viva a España, y que luego había dicho cuál era su idea sobre lo que en aquel momento debería hacerse con Azaña; tres razones por las cuales Unamuno no cae bien entre los dispensadores de credenciales a cierta crediticia inmortalidad que apenas si tiene que ver con el alma. Eran chicos que hubiesen gustado al otro don Miguel, ni soldado viejo que tan excelente opinión tenía de los estudiantes, seguro que por la noble razón de que también él lo fue, y

que escribió, para que no hubiese dudas, aquello tan traído y llevado desde que apareció en el *Persiles*:

«... no hay mejores soldados que los que se trasplantan de la tierra de los estudios en los campos de la guerra; ninguno salió de estudiante para soldado que no lo fuera por extremo, porque cuando se avienen y se juntan las fuerzas en el ingenio y el ingenio en las fuerzas, hacen un compuesto milagroso, con quien Marte se alegra, la paz se sustenta y la República se engrandece».

Quien quiera saber muchas cosas de aquellos muchachos puede ir a orientarse en un libro bueno y sencillo: *Alféreces Provisionales*, de Eduardo Crespo, que a su vez es guía para otros que de una o de otra manera tratan de la aventura de los estampillados.

Un alférez cobraba una bonita paga, capicúa por donde quiera que se la mire, trescientas treinta y tres pesetas con treinta y tres céntimos, cantidad que escrita así y bien leída tiene mucho de parecido con un redoble de tambor. La paga, y más aún con sus pequeños pluses, daba de sí, y por si fuera poco el frente acumulaba pagas que luego, en un permiso —de los normales, esto es, los concedidos por herida de fuego o hierro enemigo; o de los otros— inundaban alegremente las cajas registradoras de la retaguardia. Eduardo Crespo anota agudamente que las piastras de la paga «daban al imberbe, del durito semanal en casa, un tono y un rumbo que no se lo saltaba un millonario». Ahora recuerdo que por entonces se bebía mucho vino andaluz y sería curioso saber qué tanto por ciento de estas pagas iba a parar a los faralaes de la «Gitana», una marca que me suena como de entonces, la «Jandilla» y la «Pochola», bautizada así esta última en honor del famoso restorán de «Las Pocholas», de Pamplona, que por aquellas fechas cambió de calle y de nombre, pasando a ser el «Hostal del Rey Noble».

El amor a la estrella de seis puntas sobre el parche negro arrastró a los jóvenes españoles y el general Orgaz, que fuera el creador de los provisionales, debió de sentirse satisfecho de su obra porque ya, hasta su muerte, llevaba como la más preciada condecoración la estrella estampillada en su uniforme de general. Con amarga satisfacción sabía que era llamado el «proveedor del cielo». El buen trabajo de nuestro general es reconocido hasta por nuestros propios enemigos, o por gentes que se precian de historiar nuestra guerra objetivamente, aunque esa objetividad sea bien dudosa. Hugh Thomas anota: «El general Orgaz, jefe supremo nacionalista en el Jarama y uno de los primeros conspiradores contra la República, recibió el encargo de crear una serie de academias militares para la formación de oficiales y suboficiales que cubrieron los huecos que en tales puestos iban dejando las bajas en las filas nacionalistas. Los jóvenes soldados que hablan pasado seis meses en el frente pasaban dos meses estudiando y volvían como oficiales. Gracias a la eficacia de Orgaz, casi todos los jóvenes de clase media de la España nacionalista sirvieron como oficiales. La ayuda de los oficiales alemanes en estas academias resultó de gran valor. El primer comandante de la Legión Cóndor, general Sperrle, apuntaba en *Die*

Wehrmacht, en mayo de 1939, que 56.000 oficiales españoles habían pasado por las manos de los instructores alemanes».

Desde luego los únicos profesores españoles que yo conocí lo eran bien a su pesar: heridos de larga y penosa convalecencia, mutilados irrecuperables, hombres de edad incompatible con el frente.

Hubo alféreces provisionales de todas las armas y cuerpos del Ejército de Tierra, alféreces con alas y también de Infantería de Marina. Si sonaban más los de Infantería, era cosa natural en la Patria de ella y también porque lógicamente abundaban mucho, metían ruido y porque se les veía más que a los demás, sin duda —aparte de otras muchas virtudes que mis camaradas tenían— porque gastábamos, llegada la ocasión de lucirlas, las espuelas de mayor tamaño que nadie pudiera imaginar. También en espuelas debió irse un chorrotón de platita.

No faltó más de uno que comenzó su carrera militar de voluntario para llegar, al final de la guerra, a verse al mando del batallón, tercio o bandera que le crió a sus pechos. Héctor Colmegna recuerda al capitán provisional Miranda. «Los muchachos se regocijaron mucho al enterarse del nombramiento. Todos estábamos orgullosos de que un oficial provisional, un hijo de la Bandera, hubiera llegado a ocupar cargo tan importante. Sabíamos que con él la Unidad seguiría su tradición gloriosa». Efectivamente, el capitán Miranda debutó con una brillante operación en Sierra Llena, desde donde se veían y dominaban Uldemolins, Poblet, Espluga de Francolí, entre otros pueblos. Un hermoso escenario, ya cerquita del mar.

Hoy tenemos coroneles efectivos —y a punto de generales— procedentes de provisionales, como mi amigo y paisano Ángel Campano. También Juanito Zavala comenzó de requeté raso, de boina roja, en el Tercio de Navarra y allá por Extremadura, al compás del Ebro, ya lo mandaba en jefe. Debía dar gloria eso.

La limpia fama de los provisionales llegó incluso a oídos de los escritores rojos, y leyendo *Los cinco libros de Ariadna*, una novela que aunque parezca mentira a quien la lea pertenece a la pluma realista de Sender, encontré esta deliciosa perla en medio de la conversación de unos banqueros, aristócratas y reaccionarios natos que hablan de un muchacho falangista algo así como tres o cuatro semanas antes del 18 de Julio:

«—Ese chico está en la edad militar. Lo movilizarán y lo matarán en los primeros choques. Entonces su padre cotizará de algún modo su buena fortuna de padre que ha dado el mejor hijo a la causa.

»—El chico lo sabe. Dice que lo harán alférez provisional y cadáver efectivo».

Saber es.

Sin pensarlo demasiado, la juventud de entonces se sintió cómoda con la estrella, del mismo modo que aquel poeta italiano que escribía en 1918:

En este uniforme de soldado

reposo como si fuese la cuna de mi padre.

Juan Cepas tiene finos aciertos psicológicos al tratar de los alféreces. Por cierto, claro, que él lo fue. Lo digo por sí se me había pasado puntualizar este detalle. Al ascender a teniente, el alférez Ridán nota pena «porque —dice— me encontraba bien de alférez; era como si me hubiesen hecho el grado a mi medida, sin duda porque lo hicieron ajustado a la juventud española y yo formo parte de ella».

Por eso —por afinidades electivas— parecían compañías de novios cuando juraban bandera, aunque con una elegancia desprovista de toda retórica le echaban agua al dulce fuego que les abrasaba:

Ya pronto juraremos la bandera

—¡ya era hora!—

con los quintos de la nueva promoción

—¡No te jode! ¡Me cabrea!—

Volveremos otra vez a las trincheras

y los quintos al campo de instrucción.

Sobre la palabra alférez, como casi sobre todas, hay sus más y sus menos a la hora de discutirle el origen, lo cual siempre es bonito, y aún más si son el latín y el árabe quienes se disputan su paternidad y su maternidad, porque, en fin de cuenta, el latín y el árabe son como las dos alas de España, como el cuerpo fuerte y rotundo del castellano, que a veces se alegra también con la cerveza germánica o con la ambrosía griega y el pulque y la chicha americana u otras bebidas de menor calidad. Bueno, que me voy...

La cuestión es que unos dicen que la palabra alférez deriva de *aquilifer*, o sea, el portador del águila en el Ejército romano, el abanderado de las legiones; y otros, que del vocablo árabe *alfaris*, que quiere decir el jinete. Calculo que a los alféreces de todos los tiempos no les ha preocupado en demasía esta divergencia filológica, porque si bueno es descender del portador de las águilas romanas, tampoco es manco lo de ser un caballero desde el primer día. Así es que bien pueden emparejarse en el corazón y en el origen de los alféreces al muchacho toscano partidario de Catilina y enrolado después en las legiones de César, con el rapaz andaluz que siguió a Abderramán, Almanzor o Boabdil, el pobre, y que quizá fue también *alfaris* o alférez de una

antigua y anticipada Academia granadina, que todo es posible en estos asuntos, y más tratándose de Granada.

La función del alférez fue muy alta y eficaz, porque realmente era nada menos que el abanderado del Rey, su representante militar y su viva y humana espada. En el *Código de las Siete Partidas* se le califica como el primero entre los oficiales y servidores del Rey, «e el más honrado», y hasta se especifica que ha de ser de linaje noble «porque haya vergüenza de facer cosa que le esté mal». Ya es sabido que nobleza obliga. Más tarde el alférez fue el lugarteniente del capitán, el portaenseña, y si de día la bandera la llevaba un abanderado, de noche la bandera se iba al alojamiento del alférez, casi como una mujer, como la mujer, y allí se estaba, de codos en la ventana, marcando a la tropa el lugar de la adunata. A cargo del alférez, pues, iban tanto la moral como el buen orden de la casa, porque llevaba también la lista de los soldados,—y sin lista no hay paga—, y de él dependían los pífanos y atambores. La moral y la gloria, el oro y la música, pasaban por las manos del alférez, y es texto clásico aquel que dice que el alférez «debía ser dispuesto y gallardo para abatir la insignia en los saludos con gracia y donaire».

Dispuestos y gallardos, con gracia y donaire, los alféreces fueron en tiempos modernos los alegres alevines del Cuerpo de Oficiales, los cadetes graduados y con mando de tropa, y toda su larga tradición militar, empalmada limpiamente con el famoso batallón literario de los estudiantes compostelanos, resucitó en la hora de la Cruzada bajo la estrella de oro y el parche negro. Cobró entonces la categoría de alférez un ademán irremediabilmente juvenil y aquella provisionalidad de su grado era como un símbolo, muchas veces, de la fugacidad de sus vidas.

Dios estaba con ellos, y las menudas estrellas que adornan en Granada el manto de la Virgen de las Angustias constituyen el balance más patético que existe, porque cada una de ellas representa a cada uno de los alféreces que cayeron en combate.

Fueron buenos ante sus jefes y ante su tropa, y siempre brotaba de ellos un manantial de ánimo. Ante la cola de penitentes que esperan confesarse con el páter horas antes de un ataque, un compañero le dice al tantas veces citado alférez Ridán:

«—Habrás que esperar —después añadió—: He estado dando ánimo a la gente, siempre conviene, ¿no te parece?»

»—Sí, pero a nosotros, ¿quién nos lo da?»

Como buenos cristianos, los alféreces gustaban de bautizar sus promociones. Por ejemplo, nosotros, los de la primera de Ávila, íbamos a cristianar la nuestra con el nombre de Moscardó, porque Carmelo, el hijo pequeño del general, estudiaba también en el Santo Tomé abulense. Luego se cruzó el día de San Silvestre, cuando a boca oscura llegaron noticias de que se había recuperado Teruel, y en un arrebatado de

entusiasmo, una inspiración unánime, justo en el mismo instante en que por vez primera se nos llamaba Caballeros Alféreces, nos condujo a dar el nombre de Teruel a nuestra promoción. Fue la noche de la nevada. Teruel no había podido liberarse porque el general invierno se puso en contra. «La nieve se ha hecho roja», pudo decirse entonces. En cierto modo acertamos con el nombrecito, porque todos los que lo aclamamos fuimos derechos a Teruel, sin tocar baranda.

También bautizamos, aunque esta vez con vino, a nuestra promoción, llamándola la «del huevo duro», a cauca de la insistencia con que se nos daba ese plato tanto al mediodía como en el rancho que precede al silencio.

Lo bueno es que hace unos años, Rafael Gómez Montero me dedicó unos versos en *El Diario de Ávila*. Los versos se titulaban *Romance del Príncipe Alférez*, y con mi perspicacia en un instante de particular brillantez en seguida caí que eran a propósito del infante don Juan, el hijo de los Reyes Católicos que está enterrado en el convento de Santo Tomás, donde estuvo instalada nuestra Academia. El príncipe murió de amor, y ella se llamaba Margarita —Margarita se llamaba su amor— que no está mal; Margot para los íntimos.

A lo que iba. La dedicatoria que Gómez Montero tuvo la amabilidad de brindarme decía así: «A Rafael García Serrano, alférez de la Promoción Príncipe de Santo Tomás de Ávila».

Con lo cual se demuestra que el ritmo vital de los provisionales era tan intenso que no tuvimos tiempo ni siquiera para enterarnos bien del nombre de nuestra promoción.

CASCAR

Verbo comodín, con muchos significados; de delicadísimo empleo, porque, según como se diga, vale por una u otra cosa: morir, herir, pegar, padecer o pasarlas negras...

—A Fulano le cascaron en Belchite.

Esto equivale a decir que a Fulano le hirieron en Belchite.

Pero si usted oye comentar: «Fulano cascó en Belchite», es que el pobre Fulano, desde aquel día, no levanta cabeza.

—En esta posición nos va a tocar cascar a base de bien.

Esto es tanto como que todos los augurios permiten suponer que en la dichosa posición hay mucho hule, o va a haberlo, y viene a ser como el

capacico de las desgracias —por buen nombre—, que, como decía aquel, «nunca vienen solas, sino con artillería».

«A ese tipo le voy a cascar el día menos pensado», es un anuncio de bofetadas para una fecha un tanto indeterminada, en la cual casi nadie cree hasta que oye:

—¡Vaya, por fin le casqué!

Vale por contar, delatar, cantar, chivar: «En cuanto entró en la checa tuvo miedo y lo cascó todo».

A un austríaco que monta a caballo en *La soledad de Alcuneta*, le sirve la palabra de punto de apoyo para una digresión entre filosófica y filológica:

«—En vuestro argot militar, unas veces decís “palmar”; otras, “diñar”; otras, “cascar” y aún empleáis circunloquios como “poner el pijama de madera” o “criar malvas en el cogote”; pero casi nunca “morir”».

Y aún queda otro significado, equivalente a palabrería, chau-chau, bambolla, presunción, fanfarria:

—Mucho cascar, mucho cascar, pero a la hora de la verdad se te arruga el ombligo.

Lo cual, bien pensado, es incómodo y feo.

ENLACE

En realidad, agente de enlace, pero como siempre se le utiliza con prisa, nadie se anda por las ramas, de modo que se grita: «¡Un enlace!», y ya está.

El enlace ha de ser vivo, ligero, con buenas piernas y buen fuelle. Un oficial de la Ribera de Navarra los seleccionaba así:

—A ver, los que tengan más correa, un paso al frente...

El enlace ha de tener agudeza y rapidez de entendederas, porque muchas veces, con la urgencia o algún defectillo de pronunciación, se farfulla más que se habla. Entonces el enlace, sin preguntar nada, debe traducir rectamente, porque aquí si que no cabe que la traducción degenera en traición, según el conocido dicho: *Traduttore, tradittore*. Sería fatal para todos, comenzando por el enlace. Un jefe de Almería que hable de prisa y cerrado puede transformar al enlace en adivino.

Debe de ser voz militar relativamente moderna, porque no figura en el *Diccionario* de Almirante, y sirve lo mismo para designar el sujeto que realiza la acción que a la acción misma: «A Mario tenía que adivinarlo galopando en un enlace desde hacía horas. Un enlace lejano por caminos que sólo presentía». El enlace lleva fama de no dar golpe, de ser un poco señorito, de sabérselas todas. No presta servicios mecánicos —al menos mientras no hace falta—, ni pela guardias —si no es preciso—, vive cerca de los oficiales y presume de estar enterado de todo antes que nadie, y a veces resulta que lo está. «Pero cuando vienen mal dadas —escribe el comandante Sáez de Govantes en el *Diario de un combatiente* —, el enlace cobra vida. Entonces se pone de manifiesto lo que vale y para lo que sirve. Y él, a su vez, exhibe como pruebas su ligereza, su ingenio, su valentía y su resistencia. Los hombres, tumbados en cualquier bancal, en cualquier talud. Y él, venga, corre que corre de una sección a otra, del capitán al comandante, de esta loma a aquel cerro. Y todo batido. Todo rabiosamente cubierto de balas».

Hay una novela, para mí muy querida, en la que se lee a propósito de su misión: «Echamos a correr la cuesta abajo. Mario iba delante, saltando las piedras y los matojos. Hala, camarada, veloz hacia los trigos de la llanura, veloz en el descenso del cerro pedregoso, con las cercas desdentadas, sitiados del fuego. A veces estallaban las espigas, heridas de muerte, y un viento maligno se dejaba oír junto a los atolondrados oídos. Hala, camarada, hasta el trigo del llano. De morir, morir con las espigas. Caímos varias veces al suelo: Mario se levantaba más rápido que yo. Es difícil correr con la mochila, la bolsa de costado, el capote cruzado, el casco, las cartucheras, la cantimplora, el fusil y, por añadidura, la pistola del nueve que nos dieron a los enlaces cuando no había suficiente fusiles».

A los camilleros y los enlaces los califica Asenjo —*¡Los que fuimos al Tercio!*— como «los héroes de esta guerra», y habla de la de África. El enlace, según aquel periodista soldado, debe tener incluso el valor de no dejarse matar: «El capitán me dejó sus gemelos mientras escribía en un papel los objetivos para cada sección, que yo me apresuré a llevar, recomendándome mi jefe mucho cuidado y nada de alardes estúpidos de valor. “Si te matan —me dijo—, yo no consigo hablar con mis oficiales”. Ante aquella lógica cruda, salí convencido de que debía llegar sano a mi destino por encima de todo».

Las memorias de Sagardía están llenas de cálidas menciones a sus enlaces. Recordando las jornadas sangrientas de la Lorilla, Espinosa y Cilleruelo, donde hizo falta echar mano de todo, el general dice: «Hasta las mujeres acarreaban municiones a los puestos de combate, y más de una me sirvió de enlace, marchando a caballo por sitios peligrosos, sin temor a las balas ni a encontrarse con el enemigo».

El alférez Ridán, de *Provisional*, perdido con su compañía, mirando a su enlace, hombre de monte, guardabosques en las lindes de Galicia y León,

se siente seguro en la noche: «Roca firme en mi abandono —pensó—, Dios lo puso a mi lado».

El enlace es una voz de ánimo, la mano de todos buscando la mano de los demás, el que procura al soldado esa tibia sensación de compañía que da seguridad, el que armoniza la maniobra a fuerza de echar el bofe.

—¿Pero tú quién te crees que eres? —argumentaba con ira un soldado ante un enlace.

—Tu cordón umbilical, mamercio —respondió el otro.

«Por eso —concluye Govantes—, cuando no vuelve, cuando nos enteramos de que va en aquella artola, en aquel mulo escorado por su cuerpo sangrante, parece que sufrimos una despiadada mutilación».

Y es verdad. Dicho lo cual no hay inconveniente en confirmarles a ustedes lo que quizá están pensando. Pues sí, señores, yo también fui enlace. Y calculo que mi amigo Sáez de Govantes, ídem de lienzo.

DINAMITEROS

Los dinamiteros surgen como una aplicación militar y lógica de una habilidad proletaria. El dinamitero siempre había existido en todas las revueltas mineras, singularmente en las olas de asalto que se conocieron bajo el nombre de huelgas generales y revolucionarias. Y no digamos en el octubre asturiano.

Minero y dinamitero fueron casi sinónimos en el lenguaje de la guerra, y las poblaciones que se sintieron directamente amenazadas por la proximidad de una cuenca minera, lo mismo decían, en las jornadas iniciales: «Viene sobre nosotros una columna de mineros», que «Hay que cortar el paso a los dinamiteros». Los rojos decían que los dinamiteros eran su Tercio.

Gironella sitúa el nacimiento oficial de los dinamiteros como fuerza específica en los Madriles:

«El y el capitán Culebra habían visto por Madrid a unos hombres forzudos que llevaban una gran mecha amarilla cruzándoles el pecho, y al preguntar por ellos supieron que eran “dinamiteros”, nuevo tipo de combatiente surgido a raíz de la estabilización del frente de Madrid. Buena cosa le pareció a José ser dinamitero, habida cuenta de que ansiaba vengarse del mundo. Horadar la tierra y, ¡pum!, hacerla estallar. Fue admitido, junto con el capitán Culebra, y en el momento en que la yesca amarilla, amarillo de espiga, les cruzó el pecho, ambos se sintieron importantes».

Lo cual concuerda con los datos de Fernández Arias en *La agonía de Madrid*, donde se reseña el eficaz trabajo desarrollado por las brigadas de dinamiteros en la Ciudad Universitaria.

Los dinamiteros desempeñaron un papel de explotación terrorista en las primeras semanas de la guerra, y en la propaganda nacional venían a ser lo que los moros en la roja, para acabar luego en funciones puramente defensivas. Miguel Hernández, un grande y triste poeta, cantó a una dinamitera:

Rosario, dinamitera,

sobre tu mano bonita

celaba la dinamita

sus atributos de fiera.

Esta Rosario, según parece, trabajó en Buitrago. Los dinamiteros tenían tanto cartel en zona roja que cuando Hemingway quiere realzar la categoría del protagonista de *Por quién doblan las campanas*, hace que sus colaboradores españoles hablen de él así: «El inglés que está con nosotros como dinamitero».

La condición fabulosa del dinamitero rojo llegó hasta zona nacional. Moure-Mariño escribe: «Los gallegos salieron a luchar contra el mito de los terribles dinamiteros revolucionarios; contra los hombres que se exhibían como ejemplo combativo entre los marxistas». Los alegres mariscos pudieron con ellos, y los hombres de Aranda, encerrados en Oviedo, se hincharon de morder los cartuchos de dinamita más que de morder una buena pata de cordero. González Cabeza, voluntario de la 18 Compañía de Asalto, que mandó Oscar Pérez Solís, anota en su *Diario*: «Si antes eran solamente los rojos los afamados dinamiteros, hoy quizá somos los azules más famosos que ellos en esta materia. Aparte de que se creó un grupo especial de dinamiteros para hacer emboscadas por las noches». Esta nota corresponde al día 31 de agosto de 1936, lo cual quiere decir que el cursillo para dinamiteros nacionales fue en Oviedo, práctico, intensivo y eficaz.

Los dinamiteros madrileños de Gironella parecen cumplir funciones de ingenieros y zapadores. Y los dinamiteros del resto de España, como digo, se especializaron en funciones defensivas: «Entre Elgoibar y Málzaga, y a más de ser destruido este excelente puente sobre el ferrocarril del Norte, los dinamiteros cortaron la carretera por cinco puntos, no distantes más de una treintena de metros uno de otro», se lee en *¡A Bilbao!*

Y un poco más adelante se comprueba el empleo ultradefensivo de los que habían venido al mundo de la guerra como una arrolladora fuerza de choque: «Como el batallón de Dinamiteros de Gallarta, cuya roja bandera fue recogida por nuestros soldados en el Ayuntamiento de

Marquina, batallón que tenía la misión de llevar al día un estudio de los puntos más estratégicos de todas las comunicaciones cuya eliminación más eficazmente pudiera contener el avance de las columnas nacionales, de tener constantemente prevenida la carga para su voladura... y de volarlos cuando se estimase llegado el momento».

Total, que de eso de ser como el Tercio, nada, y no por falta de condiciones humanas, sino por puro empleo táctico: «Los dinamiteros asturianos —sigue Gómez Aparicio— vuelan a su paso todos los puentes, y nuestros batallones han de vadear los ríos, crecidos por la incesante lluvia, con el agua hasta el pecho. Pero nada les detiene».

Nada les detuvo. Ni siquiera los dinamiteros. Y éste, no puede negarse, es lo que se llama un dato objetivo.

TABACO

Siempre que vuelvo la vista atrás me veo luchando contra el tabaco. Ahora el doctor me ha dicho que me conviene dejar de fumar, y esto —que yo ya sabía, como cualquiera— es un incentivo para mis ansias de tabaco. Sin embargo, las cosas van bien. Casi no fumo. Lo malo es que de repente vienen las Navidades o alguna otra fiesta y se hace un excesillo, o su encuentra uno tan a gusto en la charla con los amigos que, vencido todo escrúpulo, se dedica a asaltarles las petacas. Debilidades, pequeñeces, miserias. Creo que si el tabaco desapareciera repentinamente del mundo, la Humanidad sufriría una convulsión mucho mayor que cualquiera de las originadas por hechos tan importantes y catastróficos como el hundimiento del Imperio Romano, la toma de Constantinopla por los turcos, el desventurado nacimiento del Presidente Francklin D. Roosevelt o la llamada descolonización.

El tabaco tira del hombre con una fuerza secreta, misteriosa, potente y tangible, como la clásica sogá de tantas ilustres y amorosas comparaciones. Con el tabaco se sueña y se recrea, se calman los nervios, se descansa, se medita, se hacen soportables las horas estériles y la ansiedad de las esperas. Quizá donde más tabaco consume el hombre sea en las clínicas de maternidad y en la guerra, lo que equivale a decir que el hombre fuma junto a la vida y junto a la muerte. Un legionario de Asenjo filosofa: «El cigarro suele consolar bastante cuando se acerca uno a la muerte, y fumábamos con verdadera furia, sirviéndonos del tabaco como sedante de nuestros nervios». Es clásico el cigarrillo de los condenados a muerte, y hasta los rojos se estremecieron ante la inmaculada serenidad con que lo fumó el general Goded en los fosos de Montjuich. Por cierto que sus últimas palabras las escribió en la envoltura de una cajetilla de setenta, con pulso firme, momentos antes de ser fusilado. «El recuerdo de aquella sonrisa despectiva y de aquel cigarrillo humeante frente a la chusma de políticos y milicianos —escribe Fontana—, en el quieto amanecer del

foso de Montjuich, nos llena de simpatías y de dolor por aquel general valiente que supo morir como vivió».

El honorable vicio del tabaco es común a todos los hombres: pero el español, quizá por su condición de pionero de la fumatina, lleva fama de excederse en la amable y confortadora tarea. *Les espagnols son très sobres: du pain, de l'eau et des cigarres leur suffiraient; mais ce dernier objet est de première nécessité*, dice el señor vizconde de Naylies en sus *Mémoires sur la guerre d'Espagne*. Ya lo ven: con pan, agua y tabaco marchamos hasta el fin del mundo, siempre que no falte el tabaco, considerado de «primera necesidad», aún más de primera necesidad, según Nayles, que el pan y el agua. Por cierto que sus *Memorias de la guerra de España* se refieren a la otra guerra de la Independencia; no a la nuestra, sino a la que se hizo contra Napoleón. El mariscal Mac Mahon, conquistador de Argelia para Francia, tuvo a sus órdenes muchos soldados carlistas que sirvieron con Zumalacárregui y Cabrera. En sus *Memorias* hace de ellos un elogio impar, de su resistencia, bravura, disciplina, alegría; para él eran los mejores combatientes de la recién fundada Legión Extranjera. Destaca que «fumaban sus cigarrillos incansablemente».

Antes de rodar *La fiel Infantería* me divertí mucho en los trabajos de ambientación, y cuando dimos con auténticas cajetillas de tabaco de la época, por poco se me saltan las lágrimas. ¡Pues no había tosido yo poco con aquellos «Bisontes» y «Americanos». ¡Hubo un sujeto que se metió mucho con la ambientación a cuenta del tabaco y el tío pontificaba en un periódico: «Hasta “Bisontes” fuman en la película. Anacronismo evidente». Seguramente que creía que los «Bisontes», el Mediterráneo y la luz del sol nacieron en el mismo momento en que él aprobaba su Bachillerato, porque era crítico joven.

De tabaco siempre anduvimos bien en la zona nacional —salvo circunstancias especiales—; pero, en cambio, el papel de fumar escaseaba mucho. Yo fui de los que menos lo notaron, y como yo todos los que tenían la costumbre de fumar cigarrillos hechos. Pero los compadres del petacón, la cajetilla aquella verderola —barata y buena, de hacer caso a los aficionados— y de la de setenta, de color casi caqui, por cierto, las pasaban negras. Aún los fumadores de las cajetillas de setenta podían arreglarse liando el pitillo en la propia sábana de su presentación; pero aquel papel era como de estraza y había que morderlo y echarle mucha salivilla para que pegase, y de todos modos siempre acababa por desliarse. Los soldados canarios tenían, claro está, franquicia postal, e igualmente todos aquellos paquetes que sus familiares les enviaban desde las islas a la Península. En las divisiones donde había soldados canarios se fumaba bien y barato. Recuerdo unas ruedas de cigarrillos —como ciento, o así— que eran una delicia, y eso que yo ya andaba metido en el rubio, que me placía estéticamente y que me evitaba complicaciones manuales para las que no me siento particularmente llamado.

«Bambú» y «Zig-Zag» eran las marcas de papel de fumar que más se usaban. La primera tenía la cubierta del librito en hueso y con la marca en diagonal, y la segunda, en color rojo. No lo aseguro, pero si cierro los ojos lo veo así. (Es raro; en este mismo momento me doy cuenta de que hace muchos años que no veo un librito de papel de fumar. Claro que más años hacia que no se escuchaba aquel *Fumando espero* que encandiló a las señoritas y chachas de los felices veinte, y ya lo están oyendo ahora. Todo vuelve, y si los libritos desaparecieron, aunque sólo fuese de mi vista, acabarán por volver también).

Juan Cepas presenta dos alféreces provisionales de tertulia prenavideña en el frente. Fuman. Hablan:

«—Aún me queda un librito de «Zig-Zag», dijo sacándolo como un tesoro y dándole una hojita a su amigo; después, tomando otra para él, añadió: “Cuando se acabe, Dios proveerá”».

«—Los muy cochinos —comentó Ridán mientras extendía con cuidado el tabaco sobre el transparente papel—. No tuvieron mejor ocurrencia que bombardear la única fábrica de papel de fumar que teníamos en nuestra zona. Podían haber tirado sus bombas en el catre de la Pasionaria».

Ridán no tenía razón al protestar. Una fábrica de papel de fumar siempre es objetivo militar, antes y después de la guerra psicológica. Comparto, en cambio, la segunda parte de su proposición por razones elementales y porque, según el testimonio de José Díaz y Jesús Hernández, semejante bombardeo no hubiera dañado sólo a la Pasionaria, sino también a Antón, que mandaba mucho en los Comisarios; aunque comprendiendo sin apasionamiento —¡para que luego digan!— que el catre de la Pasionaria nunca pudo ser objetivo militar de los rojos.

El tabaco sirve para ligar conversaciones, hacer amigos, y, desde que las mujeres fuman en público, el tabaco es arma indispensable del donjuán, así como del enamorado tímido. El tabaco y el vino —en sus distintas variantes, en su amplísimo repertorio, del tintorro al cóctel— sirven en la guerra y en el amor como dos excelsos soldados, y si a veces tienen sus puntas de alcahuetes, no es suya la culpa, sino del que así los emplea tácticamente.

El español es generoso de tabaco y su petaca es tan ancha como su corazón, a poco que pueda, y a veces aun sin poder. Por esos mundos de Dios las gentes sacan los pitillos encendidos, igual que dos ilustres escritores españoles —por otra parte muy dadivosos— que son la única excepción que yo conozco en cuanto a la regla enunciada anteriormente se refiere. El tabaco y el vino podrán hacer la guerra, pero su profunda vocación es la paz, lo mismo que ocurre con los buenos Ejércitos y los buenos generales. Por eso se fumaba en tiempos la pipa de la paz entre los pieles rojas y por eso se brinda en señal de buena voluntad. Nuestra guerra se liquidaba entre ansiosas bocanadas de humo. Torre Enciso habla de la toma de Barcelona: «Creían que iban a entrar (las tropas

nacionales) soltando tiros a diestro y siniestro, y lo que repartían era comida, pan y tabaco; el tabaco, sobre todo, era para los barceloneses un maná por el que se peleaban ante el regocijo de los soldados».

La liberación de una ciudad olía a tabaco y aún hay quien al encender un buen cigarro retorna al aroma del día en que entraron los nacionales. Pemán escribe al pisar el Madrid del 28 de marzo: «Sobre aquel delirio, flotaba un solo y unánime comentario: “¡Gracias a Dios! ¡No saben ustedes lo que ha sido esto!”. Sin que alguna vez faltara la "salida" castiza, madrileña, denunciadora también, al cabo, de la íntima y frívola tragedia de muchos: “¡Viva Franco! ¡Arriba España!... ¿Tienen ustedes tabaco?”».

Las pequeñas paces en medio de la guerra solían tener como base el canje de tabaco por papel de fumar, el intercambio de vinos, licores, periódicos y latería en general. El primer gesto de paz era echar un pitillo, y cuando a un prisionero se le invitaba a fumar, tenía la impresión de que no estaba ya tan prisionero.

En una de sus crónicas de Vizcaya, el «Tebib» recuerda: «Estos prisioneros de hoy han acogido con frialdad indolente mi saludo. El "buenas tardes" sólo ha tenido como réplica un refunfuño. Me he sentado cerca de donde están y he acudido a ese embajador supremo entre gentes españoles que es el cigarrillo.

»—¿Quieren ustedes fumar...?

»Movimiento de innegable sorpresa. Casi todos aceptan y hasta algunos, al tomar el pitillo, apuntan una sonrisa de agradecimiento. ¡Gran consuelo este del tabaco! ¡Cuántas penas se consumen, se diluyen, se funden en sus leves espirales de humo azulino!...»

La guerra saca a relucir lo bueno y lo malo de cada cual en sus zonas más deslumbrantes, y a los roñosos de tabaco se les podría aplicar, como lema vital, aquella copleja que yo recuerdo desde mi infancia, y que probablemente es bastante anterior —y quizá nacida en un campamento, porque sólo un soldado es capaz de usar de la irreverencia con aire tan tierno y piadoso—, pero que durante la campaña de Liberación tuvo mucha resonancia (era cantada en formación por una famosa bandera del Tercio, dentro de una paella lírica y disparatada que me gustaría reconstruir), y que no deja de ser infantilmente irrespetuosa de cabo a rabo:

Corazón Santo,

tu reinarás;

de mi petaca

no fumarás.

En determinados momentos un soldado es capaz de dar su vida, pero no de hacer caridad con su tabaco.

Los que menos echaban en falta el tabaco eran los faístas; Burnett Bolloten, el de *El gran engaño*, dice: «Es digno de notarse que el puritanismo era característico en el movimiento libertario. El beber y el fumar resultaba casi siempre censurado. En el pueblo libertario de Magdalena de Pulpis, por ejemplo, la abolición del alcohol y el tabaco fue saludada como un triunfo». Uno piensa que los excesos puritanos están cerca del crimen, y en este sentido la FAI, el calvinismo y Savonarola son un buen ejemplo.

La mitad de los relatos de los nacionales que pasaron la guerra en zona roja está hecha de nostalgia de tabaco; la otra mitad, de terror. Hay quien presume de haberse fumado una herboristería y quien se vanagloria de haberse acercado a los comisarios políticos más de lo prudente, nada más que por hacerse cargo de la colilla del puro. También hay quien presume de haber recogido colillas, «pero, eso si, ninguna de comisario; de los comisarios, ni eso».

La escasez de tabaco comenzó muy pronto en la zona comunista y los marinos argentinos del «Tucumán» y el «25 de mayo», empleaban el tabaco como amistoso soborno con los guardias del puerto de Alicante. «Las consignas a bordo de los barcos argentinos, daban al tabaco su verdadero e inapreciable valor. Nadie desembarcaba sin llevar en los bolsillos varios paquetes del inestimable auxiliar en aquellas ímprobos tareas diplomáticas», puntualizan Clara Campoamor y Federico Fernández-Castillejo, en su libro al alimón: *Heroísmo criollo. La Marina argentina en el drama español*. A un sacerdote de ochenta años que pontificaba sobre los peligros del tabaco para la salud y la conveniencia de no fumar ni en broma, le contestó el oficial que acababa de salvarle:

«—No sea ingrato, padre F. Yo no digo que usted deba la vida al tabaco, pero cuando la “resolución de su caso”, hubo de consumirse mucho más tabaco que en otro alguno. Tendría usted que reconocer que el fanático nicotinado, al menos se dulcifica».

La carencia de tabaco obligó a improvisar plantaciones particulares en los tiestos, y también a habilitar de tabaco a cualquier cosa que de cerca o de lejos se le asemejase un poco. Se fumó serrín, cáscara de cacahuets bien machacada, hojas de avellano, hojas de maíz — cosechadas en antiguos colchones—, serrín, cacao, tila, hierbas de todo género. Los carabineros, fuerza selecta del Ejército rojo, vendían de estraperlo sus raciones de «labor de guerra», al parecer no muy recomendable, pero ponían los precios en las nubes y se llegaron a pagar hasta cinco pesetas por cigarrillo. Ese precio le ofrecieron al chófer de Pemán, al entrar en Madrid, por el pitillo que se estaba fumando. Un kilo de tabaco decente alcanzó precios que oscilaron entre las mil cien y las mil quinientas pesetas. Hubo tabaco mejicano y también ruso, pues no faltaba más, unos cigarrillos largos y delgados, con unas boquillas largas que solamente habíamos visto los españoles

en *Ana Karenina*, de la Garbo, o en *Rasputín*, de la jarca Barrimore. Hemingway cita unos que venían en una caja de cartón «que ostentaba en la tapa la figura de un acorazado grande y coloreado». No sé de quién demonios serían donativo. Pero el tabaco escaseaba hasta lo dramático. Armiñán examina cartas cogidas al enemigo hacia Levante: «Hay frases reveladoras —escribe—. Una de ellas da las gracias por el envío de un cigarrillo y dice que cuando pueda se le envíe otro».

Todo el mundo lo pasó muy mal en tocando al asunto del humo, en zona roja, pero los que además de fumadores eran nacionales, peor. Tomás Borrás nos presenta al maestro Padilla en el velatorio de Serafín Álvarez Quintero, sacando su petaca de colillas y ofreciendo una ronda a los amigos. Y también nos cuenta que en los estancos llegó a colocarse un letrero que decía: «Cerrado hasta nuevo aviso». Naturalmente, el aviso vino con la liberación.

Fontana nos cuenta la divertida historia de Emilio Vendrell, que por hacerse con una caja de librillos de papel de fumar, tuvo que acceder a la petición de un frescales que le propuso:

«—Si quiere llevarse la caja de libritos que tengo encima de la mesilla de noche, no tiene más que cantar para mí (que soy un gran admirador suyo) *La taverna d'en Mattol*».

Y Vendrell cantó para aquel extraño melómano que pagaba con papel de fumar y escuchaba a su tenor favorito tumbado en la cama y en pijama.

En zona roja había muchos que escuchaban con toda impavidez el menú sabroso y barato que solía dar Radio Nacional, pero Fuenmayor, probablemente el campeón de la escucha de estaciones franquistas, recuerda este dramático episodio:

«Radio Tenerife hablaba una tarde con Pontevedra. El locutor isleño dijo esta cosa insignificante:

»—Un momento. Perdona un momento, que voy a liar un pitillo...

»Por única vez durante los treinta meses de tortura, desconecté el aparato, indignado, para no continuar oyendo una emisora nacional».

No tiene nada de particular que la pasión de un fumador nacional en terreno enemigo llegase a estos extremos, si se tiene en cuenta que hubo sus más y sus menos entre milicianos e internacionales por causa de la distinta medida que aplicaba su intendencia al suministro de tabaco. Los sangrientos bigardos de las Internacionales recibían buena picadura, hebra para pipa y hasta unos puritos, de las fábricas de Madrid y Alicante, con una vitola cariñosísima que decía: «España a sus hermanos marxistas». Más de una vez esos puros fueron para los hermanos falangistas y similares, y uno de mucha conciencia se la tranquilizaba explicando a sus camaradas:

—Yo aquí leo «España a sus hermanos maristas», y como soy ex colegial creo que tengo derecho...

Y echaba humo como un condenado. De todos modos el tabaco del botín, cuando en el botín había tabaco, que sólo fue al principio de la guerra, sabía mejor que una labor especial. Los que entraron en Cebreros no lo pasaron mal, según la narración de Francisco de Cossío: «En un portal aparece una profusión enorme de tabaco. Tabaco de los rojos de todas clases y marcas. Cajas de habanos, paquetes de cuarterón, mazos de cigarros peninsulares, cajetillas de emboquillados e “ideales”... un gran botín de humo, que se va a distribuir entre estos valientes».

Malo fue para los rojos perder Cebreros, pero tampoco dejó de ser un golpe tremendo el de la pérdida de todo ese tabaco, porque el tabaco es un gran amigo del soldado, y en más de una ocasión su mejor y más fiel camarada. ¡Qué se lo cuenten a los de Dar-Akobba, como muy bien recuerda Mola, que precisamente habla solicitado del mando el refuerzo del tabaco!.

«Eran ya las tres de la tarde —escribe Mola—, e íbamos perdiendo las esperanzas de que mi ruego al general Aizpuru fuera atendido, cuando de improviso estalló un griterío ensordecedor en el campamento; me asomé a la puerta de la tienda con los demás jefes y al punto nos informaron de que en aquel momento habían aparecido en el horizonte unos puntos negros. ¡Eran aviones! Les vimos acercarse veloces y descender como si fueran a tomar tierra en el campamento, despreciando con el heroísmo propio de nuestros brillantes aviadores las descargas que las guardias enemigas hacían sobre ellos. Y empezaron a caer sacos terreros atestados de tabaco de todas clases. La alegría en Dar-Akobba fue indescriptible; los soldados se lanzaban en busca de los sacos que caían fuera del recinto sin hacer caso de las balas enemigas... Como la mañana anterior, Dar-Akobba volvió a parecer un manicomio».

La mañana anterior se le había dado un buen palo al enemigo. Con el tabaco llegaron cartas de felicitación de don Miguel Primo de Rivera, del general jefe y de Capaz.

«Habla mandado traer los sacos a mi tienda y en la confianza propia del regocijo apenas podía contener a la tropa. Por fin, conseguimos, entre los jefes y Marías, hacer un reparto lo más equitativo posible entre todas las fuerzas; y poco después, despreciando el fuerte paqueo, quien más quien menos veía cómo ascendía en el ambiente cálido de una tarde de verano en tierras africanas la columna de humo de su cigarrillo, esfumándose en volutas variadísimas que al fin se perdían, se perdían lo mismo que nosotros, pobres confinados tras los parapetos de aquel Dar-Akobba en “situación delicada”, como dijo con frase certera el general Primo de Rivera, íbamos perdiendo la esperanza de nuestra salvación».

Mola habla solicitado el tabaco como premio al buen comportamiento de su tropa sitiada. El tabaco, pues, era como una laureada de humo, además de un vigoroso estimulante de la resistencia.

En nuestra guerra, por unas migajas de tabaco podía combatirse duramente. Uno de los episodios que más me impresionaron en el severo y ceñido relato que Antonio Valencia hizo de su aventura en el Alcázar, es éste: «Creo que la salida de Maximiliano Fink, que halló en ella la muerte, fue por buscar tabaco. La confidencia de un sitiado que vivía en tiempos de paz en una de las casas fronteras, ya en ruinas, de que tenía tabaco allí, le decidió a la descubierta. Al querer retirar su cadáver, Godofredo Bravo murió también. La frase hecha de jugarse la vida por un pitillo, tenía realidad».

«Radio Nacional —se lee en las *Catacumbas de la Radio* —, a raíz de la liberación del glorioso Alcázar toledano, nos habló una noche de cómo una de las cosas que más hacían sufrir a aquellos héroes, era la falta de tabaco. Y refirió la anécdota del “puro histórico” que decidieron, tras laboriosas deliberaciones, respetar en su vitrina del Museo de la Academia... y desapareció luego “misteriosamente”».

En momentos de escasez o de una abstinencia de humo provocada por la situación militar, los cigarrillos se fumaban algo así como por escuadras, según el sistema de chupetón, bocanada y paso atrás. Era fumar la pipa de la guerra y también comulgar todos en la misma miseria. La pava nunca caía al suelo. Se extinguía entre el pulgar y el índice del más afortunado.

Iribarren cuenta su visita al Alcázar recién liberado:

«Me introdujeron en un portal cuyo interior, en ruinas, fue taller.

»—¿Ve usted ese agujero del techo? Ahí se apostaban dos o tres guardias del Alcázar. Miliciano que se descuidaba a entrar aquí, lo tumbaban; luego, con una pértiga de gancho, izaban el cadáver.

»—¿Para qué?

»—¡Otra! Para quitarle todo el tabaco que llevase. ¡Usted no sabe lo que es pasarse un mes de lucha sin fumar!»

Años después de leer este párrafo, encontré en Antonio Valencia la confirmación del hecho, e incluso más. El extracupo va al principio y al final, como se verá: «En el fondo de reservas favorables que más allá de las palabras y de la situación, se encontró, según rumor común, en el comandante Rojo (antiguo profesor de la Academia que sirvió a los comunistas y fue su jefe de Estado Mayor, y que estuvo en el Alcázar como parlamentario del Gobierno de Madrid), entró quizá el hecho de que, al saber el ansia de fumar de los defensores, había volcado su petaca.

»Cuando se reconquistó la ruina dominante, invadida el día de la misa, el enemigo, en la huida, había dejado una bandera; pero el premio a la victoria más a la mano fueron sus colillas. Y desde la posición, que se llamó del “Simplón”, un túnel que se adentraba dominando la cuesta del Alcázar, se llegaron a pescar, con ganchos y sogas, los muertos enemigos de la tierra de nadie, para ver si tenían tabaco en los bolsillos.

»Y, naturalmente, fue lo primero que nos dieron los legionarios y regulares el día de la liberación, de todo lo que llevaban. En las primeras bocanadas de humo, tosíamos como perros».

Fernando Pérez de Sevilla, que sirvió una gran temporada en Flechas, recuerda las generosas raciones de tabaco que les suministraba la Intendencia italiana. Encuentra que «estos pitillos, aromáticos y bien presentados, eran, sin embargo, completamente insípidos. Fumábamos los *Tres Stelle*, *Nazionali*, *Macedonia* y *Príncipe di Piemonte*. Estos últimos venían en una cajita de cartón y dentro había un anuncio de un insecticida para perros que decía así: *Per la pulizia dei vostri animali domestic, usate la saponeta insetticida alla nicotina*. Cuando alguien se rascaba, en una de las muchas rachas de sarna que sufrimos, nos acordábamos de la nicotina y de la *saponeta*» .

Para Pérez de Sevilla, los *Tres Stelle* eran los más ricos, entre otras razones porque a la hora del trueque con ellos se podían conseguir más «Bisontes», de los que fabricaba nuestra Arrendataria con ínfulas de *Lucky*, o así.

La zona nacional tenía en su retaguardia buzones de tabaco donde todo el mundo echaba cigarrillos para los combatientes. Un amigo mío dio en la flor de tirarle algún viaje que otro al primer buzón de éstos que topaba:

—Es un anticipo a cuenta —explicaba—. En cuanto regrese al frente los devolveré, o que me los descuenten.

Lo cual eran ganas de hacerse ilusiones, porque ya no volvería nunca al frente desde que se dejó allí la pierna derecha.

Referente a mi situación actual respecto al tabaco, puedo declarar que me retiro lentamente y en orden, de modo que ahora mismo me voy a fumar un cigarrito y luego continuaré mi eterna abstinencia.

PAPELETA

Un veterano que se las sabía todas, el teniente general Esteban Infantes, escribe en su biografía de Sanjurjo:

«Estaba capacitado para llenar las misiones más difíciles. Si observamos las muy delicadas que se le confiaron en su carrera, veremos claramente que, según el argot de la época, le colocaron todos los embolados y todas las papeletas».

Y Millán Astray le decía a Mola, en el difícil agosto de 1936, que fue de los peliagudos:

«—A ti, Emilio, te toca siempre bailar con la más fea. Porque, ¡hay que ver qué papeletas has tenido en tu vida! Dar-Akobba; luego, la Dirección de Seguridad en las vísperas de la República, y ahora, este levantamiento...».

Del otro lado también tenía validez la palabra, al menos en el momento a que hace referencia esta parte del relato de Gabriel Araceli: «Cuando el Gobierno de Largo Caballero tomó el camino de Valencia y dejó, por toda herencia, el embolado de la defensa de la capital y una repetición del timo del sobre a Miaja y su flamante Junta de Defensa de Madrid».

Papeleta y embolado tomaron carta de naturaleza entre el elemento civil, de modo que cualquier explicación sobre su significado es descubrir el Mediterráneo. Al embolado, claro está, se le ve desde lejos su condición peligrosa, porque la vaquilla embolada o el toro embolado están al tanto de todos los recursos necesarios para voltear al que se les ponga por delante y patearle luego, e incluso, como hacen las más sabias vaquillas, orinarse sobre el vencido, igual que en Nuremberg.

Cursar o echar papeleta es, en la milicia, pedir destino. «Seguramente no podré —dijo el aludido—, porque he cursado papeleta y espero destino este mismo mes», se lee en los recuerdos africanos de Mola. En la biografía de Lizcano de la Rosa se cita un texto de Tomás Borrás: «Frente a ella (a la anti-España), silenciosa, la juventud, aquellos cadetes que “echaban papeleta para Marruecos”, donde era tradicional el chiste de las dos pagas: la del primer uniforme y la del ataúd».

Suponía yo que de aquí arrancaba su equivalencia con dificultad o sobretasa de riesgo, porque, según como corresponda el mando a la papeleta cursada, pueden ir bien o mal las cosas. Encontraba cierta lógica en la explicación y, sobre todo, no disponía de otra hasta que Antonio Cattáneo y el teniente coronel de Ocerin, muy amable y oportunamente, me facilitaron el acceso al verdadero origen de la acepción, que tiene que ver con la vida escolar de las Academias militares, donde se llama papeleta a la lección o tema que a uno le corresponde en un examen. Estas papeletas —literalmente papeletas— se sacaban a suerte, y siempre habla el temor de que al examinado le cayese o le tocase una mala papeleta, y hasta que para excusar su desventura, exclamase:

—¡Menuda papeleta me ha tocado!

—¡Vaya papeleta la que me largaron!

La extensión hizo todo lo demás, y así, saberse la papeleta es dominar las situaciones, ser el dueño de la hora —que decían en Marruecos—; el “Tebib” elogia a don Fidel Dávila precisando que “es un general que se sabe la papeleta”».

A modo de consuelo, los jefes suelen quitar importancia a los embolados, diciendo:

—Nada, nada. Cuando vosotros lleguéis, la papeleta ya estará resuelta.

Al disponerse Franco a salir de Las Palmas con rumbo a Tetuán, pocas horas después de proclamado el estado de guerra, trabajó a un ritmo intensivo que justificaba con una serena sonrisa y esta frase, tan militar, dirigida a sus colaboradores:

«—No os quiero dejar papeletas».

LA CASA

Según Hugh Thomas, «la casa» era la expresión que empleaban los comunistas españoles para referirse a Moscú.

Esto es cierto, pero también lo es el hecho de que los comunistas rusos que patronearon el Ejército rojo español utilizaban la misma expresión, de modo que uno no sabe si los cipayos celtibéricos copiaron a sus señoritos rusos, o el asunto fue al revés.

Hernández —*Yo, ministro de Stalin en España*— cuenta que cuando «Marcos» le dio la orden de comenzar la caza de Nin y los del P.O.U.M., como preguntase la razón de la orden, el citado «chequista *pur sang*» —el calificativo es del propio Hernández— le respondió, con Rosenberg por testigo: «Porque me han dicho en la “Casa” que usted es un hombre de acción, y para nuestro trabajo necesitamos hombres enérgicos y decididos».

Bastante antes, en agosto del 36, el mismo Hernández recuerda que el general ruso Goriev le tranquilizó respecto a los suministros rusos con esta frase:

«—No pasen cuidado —afirmó Goriev—. Ya hemos informado a la “Casa” y espero que dentro de unos días estarán aquí nuestros aparatos».

Esto hace suponer que el modismo comunista procedía de las altas esferas moscovitas, y que en Madrid fue puesto en circulación extensa y

popular dentro del P.C., a través del consulado mayor de la «Casa», que como se sabe fue el hotel «Gaylord». Sin embargo, tampoco rechazó la tesis contraria, ya que la emigración urgente y no escasa que siguió al ensayo general de octubre del 34, pudo muy bien haber exportado hasta el cebolludo Kremlin, la expresión periodística que en los medios madrileños llamó siempre la «casa» —y en términos de broma de amigos, incluso la «santa casa»—, a la Editorial Católica. El mismo contraste ideológico contribuiría a ello, aunque, bien pensado, para eso los comunistas hubieran debido disponer de un sentido del humor incompatible con la línea del Partido.

NAPOLEONCHU

Remoquete con que se conoció en zona nacional, y luego en todo el mundo, a José Antonio de Aguirre, jefe catolicarra, primer ministro y hasta presidente de Euzkadi, más o menos.

No sé quién se lo inventó, pero quien fuese tuvo gracia y oportunidad; yo me atrevo a suponer si no sería don Aureliano López Becerra, aquel extraordinario periodista cuya pluma levantaba ronchas cuando él quería. Desde luego el mote nació en Bilbao. Lo confirmo Miquelarena: «Los nacionalistas vascos, en contubernio con la hez de la calle de las Cortes —sede de la tunanta y el marxismo—, no han podido asfixiar la elegancia de Bilbao; del Bilbao que les despreciaba y se burlaba de ellos con el más fino ingenio, pese a todas las persecuciones. Del Bilbao que llamó «Napoleonchu» a esa angula de hombre que es Aguirre». Del mismo modo me atrevería a fijar la fecha del nacimiento del mote, por los días de la ofensiva rojoseparatista sobre Villarreal.

Se supo entonces, con pelos y señales, que Aguirre se había hecho con un caballo blanco para entrar en Vitoria montado sobre él, y en sus previsiones estratégicas tampoco faltaron muy precisas disposiciones sobre el menú con que celebrarían la toma de la capital alavesa sus íntimos colaboradores y su aliado español, general Llano de la Encomienda. Los catolicarras siempre se han periclitado por el pantagruelismo, y ya se sabe que su santón originario murió de una indigestión, o a consecuencia de ella, luego del banquetazo que la opresora España le autorizó a darse en la cárcel, una Navidad, en compañía de parientes y amigos a los cuales se dejó que entrasen a la celda —¡y qué celda, caballeros!— desde sus domicilios, nada más que porque el mártir no pasase semejante noche solito. Exactamente la misma conducta que sus sucesores observaron, como es público y notorio, con los presos nacionales, igual antes que después de las matanzas de Larrínaga. «Aguirre —según el prodigioso Jacinto Miquelarena en su libro *Cómo fui ejecutado en Madrid*—, dio la señal de avance disparando una pistola, como si aquello fuera un *cross-country* o la Vuelta Ciclista al País Vasco». Y añade que poco después se

decía en la capital vasca: «Ha ganado Aguirre. De todos los que han corrido “de regreso”, ninguno ha alcanzado su marca. Es un campeón».

Al tratar de temas militares, concretamente de la operación Alonso Vega para desbaratar el ataque a Villarreal, el general Jorge Vigón alude a «las desmesuradas esperanzas de Aguirre, el presidente del Gobierno vasco, de cuyas andanzas ecuestres en aquellos días podrían haberse obtenido recursos cómicos bastantes para asegurar el éxito de una temporada de circo».

A mí me huele que lo del caballo blanco lo copió de Mussolini, por quien es fácil que sintiese admiración, ya que al menos anduvo en gestiones con agentes fascistas, para pedir árnica.

Algunos escribían Aguirrenapoleonchu, todo seguido, y otros preferían llamarle «El Chocolatero», creo que aludiendo a una honorable industria familiar, Gómez Aparicio recoge el testimonio de que en el colegio y en Deusto era conocido por «Josechu el Tonto», aunque honradamente me siento inclinado a pensar que de tonto no tuvo un pelo, si bien se pasó de listo. Sin embargo, fue un mal capitán y un pésimo político, que dispuso de muy buenos soldados, y la prueba es, además de los famosos contraataques que caracterizaron la campaña de Vizcaya, el excelente resultado que dieron muchos de sus gudarís en las filas nacionales. Poco original, su divisa es antigua y triste: *Siamo veneziani, poi cristiani*.

Los sitiados de Belchite publicaron un periodiquito que tiraban en multicopista velógrafo. En el primer número daban noticia de la toma de Santander —para impedir la cual se había desencadenado la ofensiva que padecían—, y en la sección de anuncios podía leerse:

«SE DESEA inquilino en Villa Piquío, en Santander, recién restaurada para alojar al chocolatero Aguirre, que renuncia a su veraneo por temor a que los aires nacionales le sienten mal. Dirigirse a doña Manolita en Valencia. Calle de la Amargura, número 13».

Cuentan testigos presenciales que Ramón Alfonso, el alcalde de Belchite, se reía a torrentes con el anuncio. Luego moriría como un baturro de 1808, tan terne. Uno siente cierta gratitud hacia el Napoleonchu, que alegró las últimas horas del heroico regidor aragonés.

CEMENTERIO DEL EJÉRCITO DEL SUR

En general, el Ejército del Sur mantuvo una silenciosa, dura y tremenda batalla defensiva. Soportó, como dice el general Cuesta Monereo, «una acción de desgaste en beneficio de los otros Ejércitos».

El combatiente, que una vez en el bureo, ama la bulla, solía mirarlo con misericordia siempre que no estuviese en él. Manfredi Cano, que se formó en el Ejército del Sur, recoge en su novela, real y llena de buen aire, *Las lomas tienen espinos*, esta opinión:

«"El alférez hablaba con cierto desprecio del frente del Sur.

»—¡Bah!, de juguete. Primero me hago cartero rural... Donde se ponga la Universitaria...».

El frente Sur ardía de repente con llamaradas de una crueldad infinita, explosiva, llena de atormentadas urgencias. En las partes sonaba el nombre de Peñarroya. Leyendo a Manfredi se aprende a entender aquel frente hostil, triste y feroz bajo la luz del más hermoso sol del mundo. «Cruzaron el andén, dejaron atrás las vías, salieron a la carretera de nuevo. Dos kilómetros más: Peñarroya. Se oía un lejano tiroteo de fusil y alguna que otra ráfaga de ametralladora. Y un cañoneo intermitente».

Lo que se llama un día tranquilo, como de paz. Un día para aburrirse, con oscuros muertos; muertos en la mirilla, en un batido, en la mala pata del mortero, en el tiro artillero de hostigamiento, en el vaciadero. Un día aburrido y melancólico a la espera de que se arme la gorda.

«Un viento muy frío pasaba desde Fuenteovejuna camino de Peñarroya. El acemilero cordobés bajaba con su mula camino de El Porvenir de las Industrias. Iba cantando por soleares:

Mal fin tenga ese cartero

que cartita no me trae

de la mujé que más quiero...».

Pues bien, este sector de Peñarroya fue, como muy bien asegura Cuesta Monereo, que entonces era jefe del Estado Mayor de Queipo, aquel en que «se libraron las batallas más duras, donde la línea adquirió más densidad, y al que por el crecido número de bajas se le calificó con propiedad como el "Cementerio del Ejército del Sur"».

PIJAMAS

Billetes de cinco pesetas puestos en circulación por el Gobierno cipayo. Lo recuerda Tomás Borrás en *Madrid, teñido de rojo*, y da la razón del modo: «¡Como no sirven más que para andar por casa!».

CHOQUE

Aparte de su estricto sentido militar —acción corta y violenta que no puede ser llamada batalla—, esta palabra tiene otro, más civil, literario y político, si se quiere, pero de hondo influencia en alguna generación española.

Con la invención de los Regulares y la afortunada resurrección del Tercio, la palabra choque se engancha con la palabra tropa para formar una breve expresión que alucina a muchos: Tropas de Choque. (Por cierto, esta terminología irá a parar con muchísimo refocilo al vocabulario de los políticos que manejaron el antimilitarismo y el pacifismo profesional de manera exclusiva, de modo que mientras en tiempos anteriores, a una fuerza destinada al mantenimiento del orden se la bautizó con el nombre de Guardia Civil, el equipo de 1931 denominó Guardia de Asalto a formaciones que iban a emplearse en idéntica misión. Casares Quiroga y Gallarza presumieron mucho de esta idea, pero la verdad es que se limitaron a sacar de un cajón de la mesa que ocupó Mola en sus tiempos de último Director General de Seguridad de la Monarquía, el proyecto correspondiente. Menos mal que Casares Quiroga, años después, fue capaz de declarar: «El mejor Director de Seguridad que ha tenido España es el general Mola»).

Desde los campos de Marruecos la dura fortuna de las tropas de choque contagia a las organizaciones políticas más *a la page* —salvo a los requetés, cuya existencia militar es por entonces, finales de la Dictadura, predominio de la Dictablanda y caída de la Monarquía, ya casi centenaria y gloriosamente acreditada—, y de este modo los más enconados partidos de signo antimilitarista se afanan en la creación de sus pequeños y privados ejércitos.

Los socialistas van en cabeza, y en cabeza de los que ellos llaman Grupos de Choque, los estudiantes. El espíritu de los Jóvenes Bárbaros —que si hicieron odiosas zanganadas en el orden religioso no se portaron mal, sino todo lo contrario, frente al separatismo catalán—, resucita entre los republicanos, que tampoco le hacen ascos a lo de marcar el paso, siempre que el marcar el paso sea en la Península y no sobre la gaba marroquí. Reguengo lo recuerda en *Guerra sin frente*:

«La coalición republicano-socialista formó los grupos denominados «grupos de choque», con misión especial de protección. Se designan a este fin unos ciento cincuenta jóvenes bien seleccionados, y, en gran parte, estudiantes de Derecho y Medicina, que si adolecían del espíritu de clase del obrero, gozaban de gran combatividad y firmeza. De estos ciento cincuenta, sólo veinte fueron armados con pistolas para proteger la propaganda y a los dirigentes. Los demás sólo llevaban porras y llaves inglesas».

Sin el espíritu de clase del obrero, pero con dos generosos riñones, aquellos estudiantes se batieron bien frente a los chicos de la AET y de

la Juventud Monárquica. Ellos manejaron las primeras pistolas voluntarias que se conocieron en las calles madrileñas, porque las alquilonas ya eran conocidas de sobra por los empresarios de la subversión y también por algunos de sus oponentes. Muchos de estos ciento cincuenta estudiantes encajaron más tarde el ímpetu revolucionario y la pasión nacional a través del falangismo. De esa lista se podrían sacar nombres de estampillados y nombres de comisarios políticos, y hasta puede que el de algún general moscovita.

La Guardia Cívica creada por las Juventudes Socialistas —que no se hartaban jamás de su propio militarismo— era más modesta y mansurrona, pero llena de espíritu de clase. Sus objetivos en las últimas horas de la Monarquía consistían en «pegar al Nuncio y quemar unas cuantas iglesias». Para esto último, los cabileños marxistas no tuvieron que esperar más allá de veintitantos días. Lo primero, o no lo intentaron o les falló.

Durante la República, los grupos, secciones y patrullas de choque proliferaron en todos los partidos, porque aquella República no fue otra cosa que un gran campo de maniobras para la guerra civil, algo así como la Vuelta del Castillo era el campo de Marte en que practicaban su instrucción militar la guarnición de Pamplona.

Algunas unidades de voluntarios tuvieron, ya en la guerra, sus propias secciones de choque, aunque la verdad es que allí chocaba todo el mundo. José María Fontana escribe en *Los catalanes en la guerra de España*, que es un libro para leer un par de veces al año:

«La sección de choque (del Tercio de Requetés de Nuestra Señora de Montserrat) la mandó, hasta su gloriosa muerte, Miguel Regás (hermano del esteta Xavier), y él fue el autor del banderín con una inscripción humorística que decía:

Xoc, xoc, xoc,

vi, vi, vi;

la mare que'ens va parir».

La traducción salta a la vista:

Choque, choque, choque,

vino, vino, vino;

la madre que nos parió.

¡Cómo le dolerá este detalle a cierto puritano comentarista que se lamentaba de que en *La fiel Infantería* los soldados de Barleta cantasen un estribillo en el que se gritaba: «¡Viva la madre que nos parió!» ¿Qué diría el atribulado melón de otras muchas canciones que por entonces

estaban en órbita y se cantaron sin pizca de mala intención, pero con sobra de «palabros», escatalogía, dulce impudicia y un alegre, feroz y sano tremendismo, el único tremendismo sano que yo he conocido? Waldo de Mier hacia observar con mucha gracia que aquel ejército de Dios que fue el Nacional, se complacía en un romancero a veces brutalmente materialista, o al menos malsonante, mientras que, por ejemplo, soldados que combatían por razones tan materiales como los de la pura raza —que es un argumento de sementales—, entonaban cánticos con puras Anamarías y cándidos pajarillos que piaban en las ramas. Sabido es que los mejores campeones chequistas entonaban, entre asesinato y tormento, bellas coplas, líricas coplas escritas por el delicadísimo y extraordinario poeta Rafael Alberti.

Bueno, me voy de caña. Aquí lo que importa es la frase con que Fontana cierra su elogio del Tercio de Montserrat, que para más elogio no es tal, sino simple, objetivo y llano informe: «Fue tan brillante la actuación de todo el Tercio, que Regás ordenó que sus hombres se arrancaron la calavera que les distinguía, porque... *tot el Tere, es de xoc!*».

Más o menos esto es lo que pasó, a escala nacional, en el conjunto de las tropas de Franco, y también en las rojas. Ya se ha citado aquí lo que un general le dijo a don Manuel Aznar: «Ya, en el Ejército español, todo es Tercio». Todo era tropa de choque: el Tercio, los Regulares, las Banderas de la Falange, los requetés, los Cazadores, la Infantería de línea, la Marina, la Aviación. Todos.

Años después hubo hasta importaciones de choque, pero yo no sé si esto tiene algo que ver con el tema de esta papeleta.

TRANSMISIONES

Los de Transmisiones hacen mucho más de lo que aquel disparatado infante suponía:

—¿Para qué tanto presumir de transmisiones? Les llevo un mes pidiendo conferencia con mi novia y no hay manera de que me la den...

Pasaba junto al observatorio instalado en la avanzadilla y le decía al telefonista:

—A ver si te dejas de tonterías y me enchufas con el tantos tantos de Zaragoza...

Saéz de Govantes, puro recuerdo de pipi, los ve con ojos que suenan a cuento de Navidad: «Es una noche de perros. Esos dos chicos de Transmisiones tienen que salir al mundo, a la oscuridad y al peligro, para localizar la avería. Nosotros, calentitos en la chabola, les rendimos un callado homenaje de admiración».

¡Dios mió, qué cosa tan feble, relativa y delicada es la felicidad!

Los que entienden del asunto llaman a los de Transmisiones y a sus trabajos, «el sistema nervioso de la guerra», y el «Tebib», en una crónica que hizo días antes de lo de Teruel, recogía la opinión que este servicio merecía a dos distinguidos jefes. Uno declaraba que «las transmisiones me permiten cubrir el frente con sólo disponer bien las reservas», y el otro que «cuando mis tropas avanzan yo las veo y las sitúo en el plano sin moverme del puesto de mano, merced al servicio de Transmisiones».

Más modestamente, aquel soldado que pudo regresar a su posición en una noche oscura y de mucha agua gracias a que se agarró al cable telefónico, igual que un corrélineas, también habla situado a su gente mediante las Transmisiones. El lo explicaba de otra manera:

—Casi me he vuelto tranvía.

El trabajo de los soldados de Transmisiones es duro. «La Plana Mayor estaba en Ara —recuerda Cavero—, y toda la geografía que se extiende en diez kilómetros a la redonda fue escenario de nuestras correrías. De día y de noche subíamos y bajábamos, siempre seguidos por los telefonistas; os haría gracia ver que, como comíamos en un lado y cenábamos en otro, los pobres soldados se volvían locos desarrollando hilo para recogerlo dos horas más tarde».

Si alguna vez Penélope fuese santa, habría que pensar en ella para patrona de estos chicos.

En la descripción que hace Sagardia de un alborear de batalla, por cierto con unas fenomenales observaciones sobre el mando en el combate, hay un párrafo sobre las Transmisiones que siempre me ha emocionado al releerlo: «Los Ingenieros de Transmisiones van terminando el tendido de las líneas telefónicas, nervios del sistema; líneas que, con ser tantas, van a acabar en una, que durante el combate estará unida a mi. Por ella recibiré a cada momento todas las impresiones: buenas, malas, de calma, de angustia, peticiones de más hombres, de más artillería, de municiones; optimismo, desánimo, dudas; en una palabra, todas las sensaciones que experimentan aquellos que están en las zonas de la muerte y tienen la responsabilidad del mando de unidad».

Parece así que los cables y los aparatos se humanizan, que son una prolongación de nuestro propio cuerpo, que llevarán hasta el general nuestro ánimo, nuestro miedo, nuestras dudas, nuestras decisiones con la perfecta y necesaria objetividad.

Aunque no tanta, claro, como la de aquel vascorro sereno y bonachón que estaba al servicio de la centralita de la Comandancia Militar de

Pamplona, nada menos que en las horas candentes del Alzamiento y que, según cuenta Iribarren, «era notable hablando»:

«—¿General de Brigada, dices? Aquí tienes Mola. ¿Quieres al coronel? Ya te pongo despacho».

AGUADA

Sitio en que hay agua potable y a propósito para surtirse de ella. La palabra se hizo más que famosa cuando las campañas de Marruecos, porque en torno a la aguada se organizaban líos de mucho copete. El paco cazaba en la aguada a la espera y a favor de la sed del paisa. José Asenjo puntualiza uno de los sistemas:

«Los moros sitiadores, en su crueldad, los iban dejando (a los soldados) acercarse al precioso líquido, tan codiciado en aquellos calurosos días de agosto. Y cuando estaban a punto de mojar sus labios con fruición, eran muertos y destrozados a su capricho. Allí, junto a la aguada, con las cabezas pegadas al regato del puente, vimos ocho o diez cadáveres, que se iban dando la mano con otros que salpicaban el camino, hasta cerca de la posición».

En la Ribera de Navarra, aguada equivale al número de días en que un pueblo tiene derecho exclusivo a determinadas aguas de riego. Quizá esto sirviese, por extensión, a determinado juego metafórico que oí más de una vez entre mis paisanos:

—Me voy de aguada.

Y se arrimaban a una tapia.

GURIPA

Es voz de germanía, y vale por pícaro, tunante, bribón; con tan pocas relaciones oficiales que no la he visto en ningún diccionario respetable, donde las palabras penetran a través de un ceremonial parecido al que precede al ingreso de un caballero en un círculo aristocrático, ni tampoco en diccionarios menos estrictos y algo más especializados en cuestiones de milicia.

El *Vocabulario navarro*, de por sí llano, ancho y acogedor como el zaguán de una casona ribereña o la cocina de una casa de la Montaña, si que le abrió la puerta; lo malo es que autoriza la palabreja con un texto mío, y que yo no la conozco más que de oído. Al oído suena con cierta nostalgia que quizá le arrebatara lo que pueda tener de ofensiva o

menospreciante. En el Ejército tiene un sentido muy particular, y como sucede con otros muchos vocablos, lo mismo se usa con intención despectiva que con intención laudable. Todo depende del tono, del matiz, del gesto, de la circunstancia. Otro tanto ocurre en la vida civil. «Yo soy la Marlene, y éstos los guripas», decía un muchacho de vocación alborotadora y poca talla, a quien siempre acompañaban amigos de gran envergadura.

Su delimitación social nos la da mejor que nadie Salvador García de Pruneda, cuando escribe: «Encaramados en las cajas de los camiones venía toda la guripancia de asistentes, machacantes, rancheros y furrieles».

El guripa es zorro, tuno y alegre; vivo como el que más y dotado de mucho «pesquis». Al teniente Alcuneza le indicaba su amigo el conde austríaco: «Fíjate en ese guripa —y me señalaba al asistente del comandante, que con porte legionario, largas patillas, y el gorro en la hombrera de la guerrera, evolucionaba en derredor de la mesa con más personalidad que Rafael el Gallo—. Con tipos como ése, Freud no habría existido porque no hubiese encontrado ningún complejo. Esa es vuestra gloria y por eso estoy aquí —y alzando el vaso, enardecido por el vino, exclamó—: ¡Viva España!»

Esto está pero que muy bien anotado, porque en realidad, si un guripa de raza se tropieza con un complejo, lo atrapa, le retuerce el cuello, lo despluma, lo guisa y ya no piensa más que en encontrar el vino para remojarlo.

El guripa es también el pararrayos de las clases superiores, y así, aquel alférez cuarentón, harto de vivir en el campo toda su vida, decía para disculpar sus dificultades técnicas en cierta mesa:

—¡Estos jodios guripas lo ponen todo «crúo»! —y continuaba el hombre intentando comerse las uñas de los percebes.

HUESO

Grave dificultad, cosa peliaguda; sujeto duro o exigente, o las dos cosas a la vez, de carácter no muy sencillito. Yo no sé si este vocablo, en el sentido que nos ocupa, habrá pasado de los toros a la mili, como tantos otros; de pinchar en hueso a un toro que no se da bien, se pasa a decir que el toro era todo hueso, y de ahí a calificarlo elípticamente de hueso no hay ni tanto así. La significación, en todo caso, queda clara. Se usaba ya al final de la segunda guerra carlista, y al referirse a la eficaz rigidez con que el entonces Capitán General de Madrid, don Emilio Terreros, laureado, trataba de volver a mandamiento a las tropas que regresaban de la campaña, escribe en su *Mosaico Militar* el general Bermúdez de Castro: «Con este sistema, andábamos todos de cabeza y

calificábamos de *hueso* al capitán general; calificación que perdura en el Ejército y se adjudica a cuantos superiores hacen cumplir con su deber a sus subordinados». Luego, por extensión, ha pisado otros terrenos.

Creo que Millán Astray, refiriéndose a la carrera de Mola, solía decir: «A Emilio siempre le tocó roer huesos duros». En África se utilizaba mucho el timito: «La papeleta era un hueso, como se dice en el argot de la guerra... pero el hueso hablamos de pelarlo nosotros en Taxuda», leo en la novela legionaria de Asenjo. Iribarren, hecho a los modismo y giros militares por su convivencia con el Cuartel General de Mola, escribe: «Madrid constituía el hueso duro del Levantamiento», y anota: «Navafría es un hueso, le oí decir a Mola días antes».

En el hueso de Navafria se mellaron heroicamente los dientes los requetés de Rada, y, por fin, lo mordieron a modo los de la Primera Centuria de Navarra, que a Gerardo Lastra llevaban por capitán.

—Es un tío hueso —se dice de alguien.

—¿Pero tanto? —pregunta un tomista.

—¿Qué si tanto? De taba.

Lo de taba pondera mucho la calidad del hueso, y de los huesos de taba conviene estar todo lo lejos que la decencia permita.

PESCADILLAS DEL CANTÁBRICO

Remoquete que aplicaron los rojos a los bous nacionales. El rasgo de ingenio se apoyaba en la euforia de dominio de los mares que les entró a los piratas cipayos en cuanto pusieron en práctica las enseñanzas teóricas que recibieron en aquellos cine-clubs —¡oh, los cine-clubs de los felices treinta! —, que siempre daban *El acorazado Potemkin*. Los piratas de Giral «potemkinizaron» muy bien, pero otra cosa fue a la hora de la batalla; un buen día se enteraron de que una flotilla de bous se hacia a la mar bajo pabellón nacional y con intenciones ofensivas, y se mondaron de risa.

El bou, según el *Diccionario Enciclopédico de la Guerra*, de López Muñiz, es un «barco de pesca que la realiza con artes de ese nombre. Durante la Guerra de Liberación se aplicó el nombre genérico de bou a pequeños pesqueros que, ligeramente armados, se dedicaban a la vigilancia de las costas nacionales, y a interceptar en lo posible el tráfico enemigo».

Moure-Mariño, *Galicia en la guerra*, los define más literariamente: «Los bous eran frágiles barcos destinados a la pesca, remolcadores antiguos

y con su maquinaria cubierta de óxido, anclados en los puertos gallegos. Estos barcos, una vez reparadas sus máquinas en Vigo o en El Ferrol, fueron artillados con cañones de 47 milímetros».

La verdad es que en esto de los motes, los rojos no estuvieron demasiado acertados, sobre todo con dos que aplicaron en los primeros días y en relación con Galicia y sus voluntarios, ya que las pescadillas del Cantábrico, por mar, y los mariscos, por tierra, se les indigestaron de un modo increíble.

La aventura de los bous fue maravillosa, y si nuestra Cruzada, al parecer, no fuese un tema vedado a la delicada epidermis de la mayor parte de nuestros productores cinematográficos, la película sobre los bous hubiera ya dado la vuelta al mundo, porque además de derrochar valor e ingenio por toneladas, los tipos de los bous fueron la gente más divertida que se puede uno imaginar. Sus tripulaciones se reclutaron entre voluntarios, muy preferentemente falangistas y requetés, y abundaron en ellas, junto a los pescadores, los universitarios, algunos de ellos sin más experiencia marinera que la que se desprende del honesto uso de la bañera doméstica. Más de uno se alistó porque le gustaba recitar, mientras remaba en una piragua de su río natal, aquello de «Con diez cañones por banda — viento en popa a toda vela», etcétera, y acabó siendo un lobo de mar perfecto.

El cañoncito daba seriedad a un barco que parecía como de locos o de niños, donde, según el relato del autor de *Galicia en la guerra*, «los tripulantes disponían, en casos de abundancia, de media docena de fusiles, algunas escopetas de caza, alguna pipa de vino del Ribero y una gaita. La vida era dura y terrible. Como el bou no dispone de espacio para prestar acomodo a todos sus hombres, se hacía preciso dormir en los departamentos frigoríficos, que normalmente servían para el transporte del pescado».

Con gaita o con acordeón, según perteneciesen —digo yo— a la flotilla gallega, con base en Ribadeo, o a la vasca, con base en Pasajes, los bous tenían su ración de asaltaparapetos con aguardiente de semifusas durante los ataques que sufrían por parte de la aviación enemiga, y a popa se apañaban con un antiaéreo de madera, a cuyo teatral amparo un voluntario disparaba cohetea verbeneros. Los gallegos, que son muy burlones —digámoslo así, aunque la palabra justa sea otra—, llamaron al encargado de tirar los cohetes, el *fogueteiro*, nombre justamente arrebatado para la gloria militar de las romerías de la tierraña, donde se llama así al encargado de quemar la pólvora festiva.

Los primeros bous fueron gallegos y se hicieron a la mar en las fechas iniciales de agosto del 36. He aquí sus nombres «Galicia», que era un remolcador; «Argos», el buque de salvamento de Corcubión; «Tiburón», «Tritonia», «José Ignacio», «Txit-Ona» «Guimerá» y «Denis». Algunos cambiaron de nombre, por ejemplo, «Guimerá» pasó a ser «Virgen del Carmen». Pasajes fue una activa madriguera de bous y supongo que también por el Mediterráneo y Atlántico Sur los habría, pero no tengo

más datos que un párrafo de *Cuando el mar no era un camino*, libro de Julio Pardo Canalis, donde se lee: «En la Carraca, el cañonero "Cánovas del Castillo" estaba terminándose de reparar, a la vez que se artillaban unos grupos de barcos de pesca, que aun a pesar de su poca velocidad y no tener defensa alguna, hablan de desempeñar una misión heroica vigilando las cercanías de Cádiz, en las que pululaban destructores y submarinos piratas, para permitir la entrada y salida de los buques mercantes que se dirigían a aquel puerto y tener la posibilidad de atacar a algún submarino audaz que intentase alguna maniobra o agresión. La «Escuadra», constituida por aquel grupo del «Lanzón», «Toralla», «Atlántico», «Pemartín» (bautizado con este nombre en recuerdo del malogrado capitán de Intendencia muerto en el "Cánovas del Castillo" la noche de la sublevación de la Carraca), «Iñasi», «Miguel», guardacostas «Alcázar» (jefe de la flotilla), «Virgen de la Cinta» y «Huelva», fue lo que al principio se opuso a los buques piratas que navegaban por los alrededores».

He oído hablar de una novela sobre la vida en los bous, pero nadie me ha dado razón precisa de ella. Considérese esto como un «sos», de modo que si alguien me puede facilitar su pista le quedaré muy agradecido.

El «Virgen del Carmen» fue entregado en Bilbao por su tripulación, en la que no había ni un solo voluntario. Su comandante, Javier Quiroga, y su fogonero, Cándido Pérez, dieron una lección de bien morir ante los fusiles catolicarras. Pocas veces se habrá visto tanta cristiana y militar elegancia a la hora de dar la cara ante un piquete. José Antonio Giménez-Arnau recuerda que unos días antes había comido con Quiroga en una mesa de trece, y también que horas antes de salir a la mar «Juan Ramón nos ofreció un pitillo, y, por empeño especial de Javier, encendimos los tres».

José Antonio Giménez-Arnau le preguntó:

—¿Por qué no llevas voluntarios, Javier?

—¡Bah! —le contestó Quiroga—. Para la mar, marineros.

Todo esto sucedía en diciembre de 1936, y para que se vea la actividad desplegada por los bous, bastará con indicar que entre muchos servicios de vigilancia, patrulla y minado, el «Virgen del Carmen» se distinguió por la presa del «Monte Arrate», entre La Rochelle y Castro; por haber señalado al «España» un barco llamado «Lolita», que iba para Bilbao con carga de guerra; por cañonear a un barco inglés y a una bonitera en las mismas narices del «bocho» y de su artillería de costa, y por la presa del «Galerna», que iba de Bayona a Bilbao y fue a dar en Pasajes. Supongo que este «Galerna» es el mismo que luego figuró destacadamente en la escuadra de bous y que una vez le conminó al «Hood»:

—Apártese o lo hundo.

La grandeza de estos lobeznos del mar llegó a tales extremos que alteró incluso la flema británica, de modo que la tripulación de un destructor inglés, al cruzarse con una pareja de bous, les dio la gran ovación. Con sus diez nudos por hora tabaneaban la costa, los mercantes y los destructores rojos, cuya velocidad era de treinta y seis nudos horarios y cuyo armamento podía hundir, con una leve tos, a la flota de bous entera, con su cañoncito, alguna ametralladora que se fueron ganando e incluso el acordeón. Los bous se atenían, en versión valerosa, a la frase de aquel cojo que cuando un toro atacaba a su pandilla de amigos, gritaba: «¡Quietos todos, que es peor correr!» Los bous no corrían; encorrían al enemigo, lo mismo el «Juan Ignacio» que el «Ciriza», el «Juan Mari» que el «Tito», el «Virgen de Iciar» que el «Fantástico» o el «Alcázar de Toledo».

Mendizábal, Ozámiz y Saldaña son apellidos de oficiales —bueno, entre otros muchos que de verdad siento desconocer— que sonaron mucho sobre la cubierta de los bous. Los hombres de Ozámiz entraban en el fregado al son de pasodobles interpretados por el acordeonista de a bordo. «Antes de entregarse, hunda el barco», le ordenó el «Cervera» sabiéndole atacado desde aire y tierra a la entrada de Santander, donde vetaba el acceso a un mercante protegido. Ozámiz contestó: «Ni me entrego ni hundo el barco; me los como», y sus tripulantes disparaban con fusil sobre tres trimotores rojos. Desde Santander, también por telefonía, le exhortaban: «¡Ríndase! Le perdonaremos la vida. Gente como usted no merece morir de esa manera»; a lo cual Ozámiz replicó más o menos como Cambronne, pero en más extenso. Tuvo un montón de heridos, pero el mercante no entró en Santander.

El himno de los bous tomó su música del de la Legión, muy justamente:

Es del mar absoluta señora

la valiente flotilla de bou...

Y terminaba con «¡¡Submarinos a correr!! ¡¡Aviones a escapar!!», y una triple invocación que decía sencillamente: «¡Esto va que chuta, esto va que chuta, esto va que chuta!», que es un hurra pero que muy bien adaptado a la celtiberia navegante.

Operaban metiéndose en la costa de tal modo que los rojos les paqueaban desde el monte, pero es que ellos lo que querían era ayudar a la Infantería, y menos navegar por carretera —y esto por razones entre técnicas y tácticas— hacían de todo. A los aviones les gritaban: «Baja, que te cepillamos la cola». Lo mismo sembraban minas, que hacían presas de importancia, que jugaban a tapar las calles del mar con una alegría frenética. El «Galicia», sin ir más lejos, hundió al submarino «B-6», acudiendo al remate el destructor «Velasco». Entonces, desde Ribadeo, le comunicaron a Queipo, cuya charla era uno de los grandes momentos del día a bordo: «Pescadillas Cantábrico comiéronse tiburones. Solicitamos V.E. cambio denominación». Aquella misma noche accedió Queipo a la petición de los marinos, y en una

charla rebotante de buen humor, les dio el nombre de «bous-acorazados».

Total, que los potemkinizadores se rieron mucho al principio, pero la carcajada final fue la de los bous, llamados también las hormigas.

UN QUINCITO DE BOLAS

Chulería madrileña para solicitar de su proveedor un periódico de aquellos que tomaban el Alcázar en todas sus ediciones dos veces a tres a la semana. Chulería, por supuesto, de uso restringido, ya que utilizada por un miliciano era una gracia del Madrid castizo, y dicha por un nacional era una sentencia de muerte. La cosa deriva del «¡Deme un quincito de bolas!», que era la frase con que, según Tomás Borrás, «se pedían los buñuelos, bajo don Alfonso». Como una bola, ya es sabido, es una mentira gorda, el asunto se prestaba al juego de palabras la mar de bien.

EL GALLINERO

Denominación que tira a fondo sobre el corazón de aquellos hombres que sufrieron encarcelamiento en Montjuich —si, donde se fusiló a mucha más gente que a Ferrer, pero al contrario que en su caso, con el complaciente silencio de la prensa burguesa, intelectual y progresista de todo el mundo—, porque les recuerda muchas cosas. Copio de Manuel Goded: «Para la visita habilitaron en el foso un enrejado de malla de alambre, que no más verlo designamos con el nombre de “El Gallinero”».

DISCO

Equivalente a pega, o sea dificultad, y también a rollo, o sea, latazo. «El Tebib» lo aclara más y escribe «Pega, oficiosidad, ganas de embrollar cosas o situaciones, que todo esto quiere decir en lenguaje de cuartel la palabra “disco”».

Colocar o soltar el disco es tanto como plantear ante alguien algo monótono, previsto o difícil. Lo mismo vale decir respecto a rollo.

—De este permiso no pasa el que la coloque el disco —decía un combatiente enamorado mientras trazaba sus planes respecto a la señora de sus pensamientos que, por cierto, estaba hasta allí.

Probablemente la única vez que el término ha sido usado de modo oficial por la burocracia militar fue en La Marañosa, a 2 de febrero de 1937, en el Batallón Triana, Brigada 48 no divisionaria, Ejército Popular, donde un cabo y un miliciano dieron parte de haber encontrado a dos oficiales arrimando candela otro miliciano «maniatado de brazos, piernas y cabeza», para mayor seguridad; parte que transmite por escrito al jefe de batallón el comandante de la tercera compañía. Aquí acaba la historia. Nunca sabremos más, salvo que el comandante del batallón Triana anota al pie del parte, bajo el sello de Plana Mayor: «Comuníquese al capitán de la tercera compañía de ese batallón que se abstenga en lo sucesivo de hacer este género de denuncias contra compañeros suyos, porque esto no remedia la indisciplina, sino que así la agrava. Estas cosas o no se ven o si se ven, se castigan en el acto, pero no se ponen discos al mando».

Tres días después caía La Marañosa en manos nacionales, cosa que no puede extrañar a nadie, y así nos lo cuenta «el Tebib» en una crónica recogida en su libro *Campañas del Jarama y el Tajuña*, escrita toda ella en torno a un documento hallado en el archivo de la Plana Mayor roja y del cual se derivaba el concepto que de la justicia, la disciplina y el disco se tenía en el Ejército rojo.

AYUDANTE

Su propio nombre lo indica, y con ello basta, aunque haya habido y haya tantas clases de ayudantes. Quien quiera saberlo todo sobre la materia, no tiene necesidad de acudir a Salamanca; basta con que abra el *Diccionario* de Almirante por la página correspondiente, y se sabrá la papeleta de pe a pa.

Con los ayudantes, por aquello de que en tiempos se llamaron entretenidos y gentiles hombres, puede haber de cuando en cuando su poco de guasa, y este achaque tampoco es nuevo, porque ya Almirante escribía: «Una costumbre, o más bien una preocupación que no por estar arraigada es respetable, hace mirar este importante empleo con injusto desvío y a veces con cierto rencor epigramático».

Los distintivos del ayudante son los cordones rematados con esos herretes metálicos que también van en las cadeteras de los alumnos de las Academias Militares; los herretes se llaman, en este caso, agujetas, y tienen un curioso origen. Al parecer el Duque de Alba amenazó con ahorcar a una compañía de regulares indígenas flamencos —que también los tuvimos y eso es lo que no nos perdona la egregia loca que Bélgica tuvo la desdicha de soportar como Reina— por evidente chaqueto en el campo del honor. Picados en su amor propio, los flamencos se colgaron al cuello una cuerda y un clavo, con el fin de dar facilidades al Gran Duque de Alba si de nuevo se comportaban malamente, cosa que nunca más hicieron. Antes al contrario, su

conducta fue tan buena que aquel distintivo se convirtió en signo de valor.

La función que desempeña el ayudante es de primer orden tanto desde el punto de vista profesional como desde el humano, y sus riesgos han de ser tantos como los de su jefe, y uno más, pues debe estar dispuesto a cubrir su vida a costa de la propia. Se lee en la biografía del Caudillo, de Joaquín Arrarás: «A dos de sus ayudantes y a su abanderado vio Franco desplomarse a sus pies», ya de jefe, en África.

Don Pablo Martín Alonso mereció de sus camaradas el sobrenombre de «fiel ayudante» porque siéndolo en Marruecos de González Tablas, salvó la vida de su jefe con grave riesgo de la suya en el curso de un encarnizado combate.

A propósito de un alférez provisional, ayudante de Bandera, que no habla cogido onda respecto a cierto comentario de su natural jefe y señor —o su señorito, como también se le llama— le aclara éste:

«—Es la postura correcta de un ayudante. En general, la misión de los ayudantes es la de no entender ni media palabra de lo que dicen sus ayudados con el fin de que éstos tengan sobre quien descargar sus iras y disculpar así sus propios errores.

»—De eso no me había dado cuenta —ofreció gentilmente el alférez ayudante de Bandera».

Al leer *La guerra civil en Guipúzcoa* encontré esta deliciosa anécdota que cuenta su autor entre combate y combate: «Pepote Jaúdenes, entonces ayudante de mi padre, el almirante Morales, encontró un día a un compañero suyo, en ocasión en que almirante y ayudante acababan de desembarcar del “Jaime” y se hallaban en expectación de destino.

»—¡Hola, Pepote! ¿Qué hace ahora el almirante?

»—El almirante, nada —contestó Pepote.

»—Y tú, ¿qué haces?

»—Yo —dijo seriamente Pepote—, yo le ayudo».

SALVOCONDUCTO

Palabra mágica en ambas zonas y por idénticas razones. La fiebre del salvoconducto llenó los primeros meses de la guerra con un frenesí que, visto a distancia, resulta divertido. Entonces, no tanto, para qué nos vamos a engañar. Las carreteras estaban llenas de controles y eran campesinos armados sumariamente, con escopetas de caza por regla

general, los que solicitaban la exhibición del importante documento, verdadero pasaporte interior. Los de Gumiel de Hizán llevaban esto tan a rajatabla que tuvieron al general Cabanellas inmovilizado en su coche un buen rato. Le pedían con insistencia cortés, pero de firme intransigencia, su salvoconducto. Si lo enseñaba podría continuar su viaje; de lo contrario, nones. Argumentaba don Miguel con infinita paciencia:

—Pero, hijos míos, ¿cómo queréis que lleve yo salvoconducto si soy el que los firma?

En un alarde dialéctico pudo convencerlos, y luego contaba en Burgos, con iracundia salerosa, que le habla detenido, o poco menos, una «partida de grullos con escopetos».

La marca mundial de salvoconductismo la ostenta aún la zona roja, porque ya se sabe que no hay nada más burocrático que una revolución comunista y anarquizante. Todos los testigos coinciden en señalar que fue una verdadera orgía de sellos, autorizaciones y firmas la que pesaba sobre el salvoconducto rojo; eso contando sólo los sellos que podríamos llamar legales y sin prestar atención a los falsificados, que florecían milagrosamente. Barreiro cuenta el caso de un caballero detenido por no llevar salvoconducto. Fue a parar a la cárcel, y un buen día se arrimó —autorizado— a la puerta de la prisión, donde la guardia no le hizo el menor caso, ocupada en una partida de siete y media. Se asomó a la calle, le sonrió el centinela, y al ver un estanco abierto, no resistió a la tentación de comprar un paquete. Luego, honesto e infeliz, regresó a la cárcel, donde no le dejaron entrar porque no llevaba salvoconducto. De modo que cuando sus amigos le preguntaban:

—¿Y a ti por qué te soltaron?

—Por lo mismo que me detuvieron —contestaba—. Por no llevar salvoconducto.

La cotización emocional del salvoconducto subía aparatosamente en cuanto la marcha de las tropas hacia prever que pronto se iba a ocupar una ciudad importante. Esto dio lugar a las naturales cortapisas, a veces muy severas. Cossío contaba: «Los salvoconductos para ir a Bilbao los ha restringido de tal modo el mando, para evitar en los primeros instantes aglomeraciones, que apenas han conseguido el documento una veintena de personas, aparte del elemento oficial que va a encargarse de los servicios».

¿Pero quién le pone puertas al campo? La gente, anhelosa de ver su tierra, su casa, su familia, sus amigos —y en más de un caso simplemente ávida de emociones— tocaba los resortes más extraños e inventaba los recursos más extravagantes para incorporarse a esa fabulosa primicia que es la entrada militar en una ciudad. Por gracia de Dios, estas sensaciones no se conocieron más que en zona nacional. El salvoconducto comportaba un inmediato dispendio en víveres, porque

todos querían llevar a los estómagos recién liberados el consuelo del pan. Fontana recuerda que cuando sonó la hora de Barcelona los catalanes buscaban recomendaciones para el salvoconducto «hasta del Cardenal Primado (Goma, un catalán de pro), no faltando quien los solicitara del propio Caudillo; para demostrar que, cuando nos afanamos por algo, queremos siempre lo mejor».

Con un humor, tan patético como lleno de enorme ternura, Neville evoca en su novela *Don Pedro Hambre* la tertulia del «Café de la Régence», en París, formada por «comerciantes, abogados, profesores, médicos, escritores; toda clase de gentes evadidas de la España roja y que estaban haciendo la espera o lazareto para entrar en España, aguardando respectivamente que su filiación política quedase debidamente aclarada en Burgos».

La tertulia, por cierto, estaba muy claramente definida en orden a los acontecimientos. He aquí su declaración de principios, para que no haya dudas: «Aquí estamos, políticamente, a la derecha de Don Pedro el Cruel», y con esta frase advertían a los novatos. «El tema central de la conversación de aquella tertulia —y ya entramos en materia— era el "salvoconducto". Ese misterioso y codiciado papel parecía ser la aspiración máxima de los contertulios, y cuando por casualidad llegaba uno por aquellas latitudes, recorría todas las manos de aquellas gentes, que lo examinaban con detenimiento y veneración, mirándolo por todos lados, hasta que al final volvía a manos de su dueño, que lo guardaba en la cartera con un gesto de orgullo y de satisfacción, que hacía palidecer de envidia a los demás».

Un obseso del salvoconducto —cuya relación sentimental con su novia atravesó trances como de Capuletos y Montescos—, convidaba a sus camaradas en la terraza del «Xauen» de San Sebastián:

—¡Tomad lo que os dé la gana, que pago yo! Por fin me caso. Ayer por la tarde el padre de mi novia me dio el salvoconducto...

En un coloquio entre viejos y jóvenes —yo figuraba de viejo— me pidieron que trazase una línea fronteriza entre la generación de la guerra y aquellas otras que no la vivieron ni de lejos. Estaba la cosa tan por las alturas, que yo me limité a decir, bajando el tono:

—La única diferencia es que unos conocieron el salvoconducto y otros no.

Hoy es, gracias a Díos, palabra olvidada. Nosotros tuvimos que usarlo y padecerlo, para que los demás no lo conocieran. Como tantas otras terribles cosas.

COLUMNA

La pura columna es una masa de tropas dispuesta en formación de mucho fondo y poco frente. La columna mixta —hoy conocida por agrupación táctica— y la columna móvil se forman con unidades de las diversas armas, con efectivos muy variables y adaptados a la misión que se le encomiende, que en las columnas volantes suele ser de diversión o finta.

Todo esto es, como si dijéramos, latín táctico, porque la verdad es que la columna —de tanto y tan brillante empleo en las guerras del XIX, lo mismo civiles que coloniales, y en las campañas de Marruecos— fue la cuna de la guerra de Liberación, el tremendo andador de sus primeros pasos, la escuela militar de unos soldados que el mismo día de entrar en fuego aprendían el manejo del máuser o de la bomba de mano.

—Este cochino fusil, no tira —decía uno, parapetado tras de los peñascales—. Debe ser sabotaje o así.

—Quítale el seguro y prueba —le aconsejaba otro que ya pasó la mili.

Y ni sabotaje ni nada. Ignorancia a montones. Una vez practicada la pequeña operación, el fusil tiraba que daba gloria.

Las columnas carlistas y liberales andan, chocan, se burlan y se entrecruzan por la Tercera Serie de los *Episodios Nacionales* como por la misma tierra española. La prosa de Galdós es tan variada, tan hermosa, tan dura, tan dulce, tan cruel, tan llana y tan alta como nuestra geografía. Don Benito es a la vez un soldado y un páter, un arriero y un alcalde, el señorín de un pueblo y el contrabandista, un calavera liberal y un seminarista en la facción, un castellano de la Princesa y un ribereño de los Guías, un guerrillero y un militar de Academia, y a la vez tiene nombre de pueblo español. Seguro que don Benito anduvo descalzo con el Zorro de las Amézcoas, aquel patilludo Zumalacárregui, y con alpargatas valencianas o con buenas botas de caballería en la columna Diego de León, llamada la de la Ribera, porque la patrullaba de arriba a abajo, tanto que, hartos los tafallicas de tener que alumbrar calles, ventanas y balconea cada vez que al más romántico de los generales se le ocurría volver con su tropa de noche, le sacaron una copla con su mijita de guasa:

La columna la Ribera

hace jomadas sin fin,

desde Lerín a Tafalla,

desde Tafalla a Lerín.

La columna tiene personalidad propia y un alma que flamea como una grande e invisible bandera. En la columna se compensan los débiles con los fuertes, y lo curioso es que aquí la estadística no tiene nada que

hacer con sus promedios, porque si la columna es buena, los fuertes arrastran a los débiles hasta el alarde, y si la columna es floja, los débiles y los maulas contagian con su desánimo a los demás.

«Ni un árbol protector, ni un pozo, ni una fuente. Tres horas de marcha y ya la bota se encuentra arrugada... Sin embargo, alguien canta y ríe en la columna, no todos experimentan por igual la fatiga y el abatimiento del espíritu. “Será un soldado viejo”», escribe Francisco Barado, infante, en el maravilloso álbum de *La vida militar en España*, que ilustró Cusachs, artillero. Su columna es una de tantas de la segunda guerra carlista, pero eso poco importa, porque todas son iguales en todos los tiempos.

El mismo Sender —sindicalista primero, comunista después y parece ser que anticomunista de urgencia hoy—, se deja ganar por la poderosa atracción de la columna, a la que fija con su pluma soberbia

«En las sombras, la columna se forma, se sitúan las baterías enganchadas, los tractores que arrastrarán los grandes cañones de los grupos de instrucción y los carros de asalto. El gran monstruo va recogiendo sus miembros, poniendo en tensión sus músculos bajo la noche. Las lámparas de bolsillo son mil ojos parpadeantes, nerviosos. Antes éramos otros: vino, cantina, miedo nocturno a los moros y diurno a la disciplina. Pero, al fin, soldados; hombres que piensan y hablan. Ahora cada cual es un pelo, una uña, un diente de este monstruo que acaba ya de desperezarse y asoma su hocico de acero sobre las alambradas con zumbido de motores y entrechocar de blindajes. En la oscuridad todo esto parece de una grandeza dramática. Un aire épico nos mueve el ala del sombrero, y un andaluz, siempre risueño, jactancioso sin vanidad, dice:

»—En cuanto que despleguemos voy a casá los moros como en mi pueblo los sigarrones; a sombrerasos».

Las gentes de mi edad oyen hablar de las columnas de Marruecos hasta que aquello se liquida tras de Alhucemas. Con un pie en el bachillerato elemental y otro en el universitario —que vas a desaparecer—, vemos formarse las columnas que van hacia Jaca, donde algo pasa. Hay columnas a porrillo a cada intentona anarcosindicalista. Las intentonas anarcosindicalistas, con proclamación de comunismo libertario, se suceden en el tiempo de la República tan rigurosamente como las estaciones. Luego viene lo de Asturias, y allí todos aprendemos mucho, unos y otros. Las columnas mineras, la columna de Yagüe, la de López Ochoa; todo se vuelve hablar de columnas.

Cuando el Alzamiento se prepara, ya se piensa en que apenas se declare el estado de guerra en las guarniciones, una serie de columnas pequeñas, rápidas y efectivas, deberán lanzarse sobre Madrid tomando como eje de marcha las principales carreteras de la red general. Estos avances iniciales se llamarían «avances Michelin», que no hay que confundir con lo que se llamó la «guerra Michelin». Fernando

Fernández de Córdoba, escribirla a propósito de las escaramuzas primeras en la ciudad de su apellido: «Entonces comenzó lo que yo denominaba la guerra de “aficionados”».

Cada columna era apenas un puñado de voluntarios y soldados y un nombre. El nombre de un jefe conocido o que iba a darse a conocer. «El Jefe —coronel Ortiz de Zárate— echó un breve discurso destinado a enseñar su cara a los que estaban ya bajo su férula», anota el general Martínez Campos, y prosigue respecto a su propia tarea: «Personalmente —como Jefe de Estado Mayor— hice llamar a los oficiales, con el fin de darles cometidos. De un sitio y otro surgieron seis o siete solamente: dos de uniforme, y los demás con vestimenta destinada a vivir en pleno campo».

¡Oh, Dios mío, cómo suenan aún las columnas de Eacámez y Beorlegui, de Redondo y Latorre, de Los Arcos y Cayuela, de Martín Alonso y Ortiz de Zárate, de Serrador y de Sagardia! ¡Cómo cantan las columnas del Sur, las de los tres mosqueteros, Yagüe, Barrón y Asensio; las de Castejón y Telia, las de Delgado Serrano y Varela! ¡Cómo se recuerdan incluso las columnas enemigas, la de Mangada y Perea, la de Puigdemgola y Mera, la de Uribarri y Bayo, la Maciá-Companys o la de Durruti!

En zona nacional, las columnas llevaban el nombre de sus jefes.

—¿Tú con quién saliste?

—Yo con la columna Escámez. ¿Y tú?

—Con la de Beorlegui, pero al poco fui a parar a la de Sagardia.

Sólo las columnas del Sur se llamaron, en conjunto, la columna de Madrid, aunque a Madrid íbamos también por Somosierra y el Alto de los Leones. En familia, los hombres de Escámez y Rada, los que salimos para Madrid de Pamplona en la misma tarde del día 19 de julio, llamábamos a nuestra columna, «la columna del 19», puede ser que por marcar una cierta prioridad. Oficialmente nuestra columna era la de Navarra, según consta en los documentos oficiales, y en su sello figuraba una flor de lis, producto de jardinería que a algunos no nos hacía demasiado felices.

En la zona roja las columnas tuvieron nombres más sonoros, quizá porque fueron retóricos los hombres de las unidades con que se formaban. «Fue la época —escribe Barea, que no es dudoso— en que surgían batallones de milicianos con nombre rimbombantes tomados de los cuadernos de novelas de indios y *cow-boys*, tales como “Los Leones Rojos” o “Las Águilas Negras”». (Será honesto declarar que en semejante pestilente cursilería también cayeron algunas unidades menores nacionales en los primeros días y para tareas no militares. Pero esto se cortó a tiempo.) Ahí van, como muestra, algunas denominaciones de batallones cipayos: «Exterminio», «Pasionaria»,

«Venganza», «Águilas Libertarias», «Linces de la República», «Linces de la Victoria», «Tigres de la República» y de no sé qué más. Leones y águilas se cotizaban mucho, como en la más cavernaria heráldica. «Chacales del Puente de Toledo», «Lobos grises de la Pasionaria», «Chacales del Progreso», «Germen», «Hienas antifascistas» — nombrecito que ahí está, con el morro sangriento, hozando en los despojos, con su hedor y su puerca risita— y otros muchos por el estilo. Además los había de otro tono, como «La Pluma», el «Escuadrón de la Muerte», «Los Castizos», «Los Truenos», «Los que no corren» —que como se ve, entre ellos mismos era un síntoma de distinción— y aquel tan delicado que se llamaba así: «Somos la Rehostia». El personal de bares y tabernas se enroló preferentemente en «Los Leones Rojos», sin tanta lógica como los esquiladores comunistas, que se fueron tras la bandera del batallón «Fígaro». A Pablo Iglesias y a Maurín les hicieron el honor de titular con sus nombres un par de batallones, y a la Pasionaria le dieron un regimiento, por cierto con el número 13, mientras que a Largo Caballero, con el número 5, le hicieron patrón de otro regimiento.

Si es ley natural esa del palo y la astilla, a nadie puede causar extrañeza el que dentro del Ejército rojo hubiese la Columna Acero, de la Victoria, Dimitrof, Internacional, París, de Hierro o Fantasma.

Los «Aguiluchos» de la FAI y los pardillos del Estat Català —estos últimos hacían la campaña con tartera y recordando mucho a Tartarín de Tarascón— formaron en la columna Maciá-Company, que hacía la guerra imperialista en torno a Zaragoza y Huesca, mientras que Teruel fue zona de influencia de la Columna de Hierro, salida de Valencia. Burnett Bolloten dice de esta unidad: «Reclutada en su mayoría entre los elementos más fieros del movimiento libertario, sus tres mil miembros incluían varios centenares de reos convictos libertados de la Penitenciaría de San Miguel de los Reyes... criminales empedernidos que no habían experimentado ningún cambio en el corazón y se habían alistado en la columna sólo para ver lo que podían conseguir de ella, aceptando la etiqueta anarquista como camuflaje».

Con esta fuerza iba una pintoresca y cruel partida mandada por un tipo que se hacía llamar Pancho Villa, cuya seudouniformidad se ajustaba al más puritito patrón folklórico mejicano. La Columna de Hierro operaba con frecuencia en acciones de retaguardia contra cierta milicia popular valenciana (Vd. LA GUAPA), en los paseos del Saler y en operaciones de crédito a larguísimo plazo, como aquella que el Estado Mayor de la Columna explicó en un manifiesto: «Durante nuestra estancia en Valencia fuimos notificados que aunque nuestras negociaciones para la compra de armas hablan fracasado por falta de dinero al contado, en muchas tiendas había gran cantidad de oro y otros metales preciosos, y fue esta consideración la que nos indujo a coger el oro, la plata y el platino de varias joyerías». No desdeñaban el ataque al jamón y al gallinero ni tampoco las sutiles raterías burocráticas, como la denunciada por Martín Blázquez, oficial de la confianza de Azaña, según la cual, «la Columna de Hierro, que cuenta con sólo tres mil hombres...

recibe paga para seis mil todos los meses». En este terreno, como ponderadamente hace notar Bolloten, tampoco los comunistas eran mancos, porque su Quinto Regimiento crecía a efectos de nómina igual que el de la Guardia de Napoleón conforme se acercaba a París desde la isla de Elba, y en sólo quince días las milicias antifascistas de Málaga chuparon del presupuesto «cuatrocientas mil pesetas más de la suma real».

Valencia —la pobre— fue también el nido originario de otra columna que dio mucho que hablar e incluso que reír. Nació esta columna en los corrales de la plaza de toros de Valencia, y esto no es un dato chispeante, demagógico y facilón, sino un hecho cierto, porque allí acudieron los primeros voluntarios para comerse el ganado bravo con que la ciudad pensaba celebrar la feria veraniega de 1936. Los cornúpetas fueron cazados a tiros y merendados con buen humor. La plaza de toros sirvió de cuartel general al capitán Uribarri, de la Guardia Civil, fundador y director de la Columna Fantasma, que tal fue el nombre elegido para aquella fuerza. «La Columna Fantasma — escribe Gabriel Araceli— no había tomado su nombre, como algún malicioso pudiera suponer, del hecho de que no se la viera por parte alguna, sino porque su misión era la de aparecer inesperadamente donde menos se la esperase, dar el golpe de mano y retirarse a “sus bases”». Pero, eso sí, allí donde apareció se le pudo dar lo suyo, según se certifica con lacónica moderación en los diarios de operaciones, por ejemplo, de Asensio y Castejón, entre otros jefes nacionales.

Es difícil resistir a la tentación de copiar el emocionante y aleccionador diálogo que cita Diego Sevilla en su *Historia Política de la zona roja*, escrito nada menos que por Uribarri: «El 20 de julio, a los que se ofrecían a luchar no se les pedía un carnet ni sindical ni político, de esos que luego se han prodigado tanto a los que no se ofrecieron para nada en aquellos días críticos... (Hay una supresión de la censura), firmaban su hoja de enganche, su compromiso de cumplir el reglamento de las milicias y... ¡al combate! Se me presentó uno que tenía ficha de ladrón desde hacia algunos años. Yo le conocía bien. ¡Le habla llevado a la cárcel en cierta ocasión! No sabía leer ni escribir. Tenía veintiocho años:

»—Camarada Uribarri, yo quiero pelear al lado de usted contra los fascistas... ¿Sabe usted quién soy?

»—Sí; me acuerdo... —no pareció quedar muy convencido, y añadió:

»—El de las gallinas de Burjasot... (y sonreía...) El “Fede”... Federico Pérez Margarit.

»—Sí. Que las “afanaste” del chalet del catedrático Gozalbo. Pasa a la oficina y que te filien...

»—Tres meses “a la sombra”; pero fue la primera vez que no me pegaron los guardias. ¡*Estic agrait!*

»—¡Bien venido seas! —le tendí mi mano. Me miró un poco asombrado antes de tomarla, como no comprendiendo... Volvió a reír y apretó contra la mía, de capitán de la Guardia Civil, su mano de ladrón profesional».

La Columna Fantasma anduvo en Baleares, en el Guadarrama, se negó a ir a Somosierra y pasó hacia Extremadura y Andalucía. El Monasterio de Guadalupe tentaba a su Estado Mayor con vistas a una operación de crédito del tipo de la realizada por su hermana la de Hierro. Creo que fue Castejón quien puso fin a sus hazañas, tomándole veinte camiones, seis coches ligeros, dieciséis ametralladoras, cincuenta mil cartuchos, un mortero, material sanitario y muchos prisioneros, amén de buena parte de su parque de atracciones, que el previsor Uribarri llevaba para favorecer *le repos du guerrier*. En fin, que la Fantasma se fue para el Este, de donde había venido, no como el Fantasma de René Clair que se fue al Oeste; y a ese Fantasma o Fantasmón sí que pudo llamarle camarada el estupendo poeta Rafael Alberti.

La columna de Mangada, el «tontiloco» de las *Memorias de Azaña*, desfiló por Madrid llevando como botín las cabras y las vacas que había afanado por la sierra. Mangada postineaba con un Cuartel General lleno de intelectuales, periodistas y amables mecanógrafas —de aquellas que se anunciaban a precios módicos en el órgano de la trata de blancas—, y disponía de cuatro mil hombres, cifra increíble en aquellas fechas, para desarrollar sus concepciones tácticas. Jorge Vigón le reconoce al «pintoresco ciudadano» cierta fortuna en sus primeros pasos y certifica «la maña que se dio para perder la magnífica ocasión de haberse apoderado de Ávila». Su única operación de envergadura —cortar por cinco minutos la carretera de Valladolid a León— le proporcionó un triste éxito: la muerte de Onésimo Redondo, el caudillo de Castilla. Mangada era un esperantista activo y meneaba la péñola que daba guato. Hay un libro sobre Santander «tradukita kaj verkita de Julio Mangada».

También fue famosa la columna Bayo, que desembarcó en Mallorca por Porto Cristo y reembarcó a toda prisa lo que buenamente pudo. Se la conoció por la columna de la sífilis, a causa de que sus banderines de enganche se abrieron en ciertas casas del Paralelo y el Barrio Chino de Barcelona.

No vaya a creerse que las columnas nacionales eran muy fuertes. Más bien fueron columnas ligeras, pero resistentes. Sobre ellas se asentó la estructura del Ejército Nacional, y el general Martínez Campos, que las vio nacer, testimonia: «La campaña del Norte empezó, según lo dicho, con dos simples batallones que salieron de Pamplona. Pero el aumento fue de tal naturaleza y tan rápido, que en San Sebastián —un mes después— nuestras fuerzas disponían de cuatro regimientos. A Bilbao llegamos con seis brigadas y a Gijón, con doce».

He aquí los elementos que componían las columnas en la infancia de la guerra: «El día 20 de julio —dice Aznar— se organizó en el valle del Baztán una columna de la que formaban parte una compañía de requetés, unos voluntarios falangistas y unos carabineros. El 21 tomó el mando de estas tropas el coronel Beorlegui, que incorporó una nueva compañía de requetés. Al propio tiempo, el teniente coronel Cayuela se puso al frente de cuarenta requetés, treinta falangistas y algunos soldados de los batallones de América y Sicilia para marchar hacia Tolosa por la carretera de Betelu».

Las columnas enemigas contaban con más elementos, desde el personal hasta el parque, porque los grandes depósitos cayeron de su lado. Por nuestra parte, la cosa no andaba tan mollar, aunque no faltaban ni voluntad ni voluntarios. El día de Santiago, Beorlegui envió un mensaje a Mola: «Estoy en las inmediaciones de Oyarzun, en un monte denominado Zabaldi. Necesito socorro. Sólo cuento con cuatro cajas de municiones». Y Mola, a su vez, le puso en telegrama a Escámez cuando se disponía a atacar Navafría, que paralizó a las fuerzas de Somosierra: «Ni un tiro más. Sólo dispongo de 26.000 cartuchos para todo el Ejército del Norte». Lo que nos llegó a nosotros de este telegrama fue la orden de no disparar más que sobre blanco seguro; algo así como la orden de no disparar más que con la bayoneta.

Aquellas columnas eran alegres y decididas, vivían sobre el terreno con espartana moderación, y en la mía, por ejemplo, para evitar los problemas que forzosamente habrían de derivarse de la ausencia de una Intendencia organizada, nos dieron el haber de cinco días en mano, tres durazos, para que nos arreglásemos por nuestra cuenta. Así llegamos desde Pamplona a Somosierra, donde ya no había tiendas para hacer nuestras compritas. Las columnas que operaban con base en una ciudad, por regla general cercada o semicercada, hacían su salida cotidiana y por la noche regresaban a casa. «Entonces —cuenta con jovial desparpajo Fernando Fernández de Córdoba—, nos íbamos al hotel a bañarnos, a descansar un rato y a cenar, y vuelta al (paseo del) Gran Capitán a comentar la “operación” mientras tomábamos café y volvíamos a escuchar de boca del General (Queipo de Llano) los sucesos de la jornada».

Cada cual se llevaba el arma a casa, y también el cansancio y la gloria.

«Sería útil recordar a los españoles de hoy —escribe acertadamente José María Pemán en su biografía del general Varela— lo que era aquel ejército liberador: voluntarios que partían desde sus domicilios particulares —donde iban con fusiles y granadas de mano para causar susto a las madres y una honda y secreta satisfacción al padre— para entrar, rodeados de aplausos, en las poblaciones conquistadas: moros, legionarios, marineros, infantes, falangistas, con un absurdo “mono” azul y gorrillo negro; requetés con la boina roja, como una auténtica diana para los blancos del enemigo; hombres talludos que en su día fueron “cuotas” para evadir la mínima molestia del servicio en la paz y que ahora caminaban kilómetros y kilómetros con una permanente

canción de juventud en las gargantas maduras; y chicos imberbes con la autorización paterna arrancada bajo la amenaza expeditiva: “Pues entonces me escapo...”. Un ejército de la alegría y de la fe como quizá, salvo en las guerras carlistas, no se había visto en el mundo desde el siglo XVI; porque tampoco se había vuelto a ver una guerra de ideales tan claros, tan limpios y altos como aquella».

Cartucheras a media ración, revólveres Colt, que para muchos eran una prolongación de las sesiones de cine infantil o de las películas del Oeste vistas junto a la novia adolescente; dieta de armamento que, a veces, se prolongaba hasta que el voluntario podía entrar a saco en el botín enemigo; anárquica indumentaria en la que, sin embargo, latía aquel deseo de uniformidad que era la expresión más clara de un anhelo de disciplina, de concreción política; detentes en los pechos de los soldados de Cristo y crucifijos en los capós de los camiones y coches ligeros, y una voluntad tan grande de combatir, que nadie faltaba a la cita con la muerte, por más facilidades que tuviera. «Como digo —continúa Fernández de Córdoba—, la noticia de la formación de la columna corría de boca en boca y de mesa en mesa. No preguntábamos detalles. Sólo se nos decía: “A tal hora (que siempre solía ser de madrugada) en el Cuartel de la Victoria”, y a tal hora corríamos a ocupar nuestros puestos. Cada cual llevaba el armamento que poseía».

Se hablaba de las columnas a todas horas. Lo mismo de las propias que de las ajenas, y es cierto que para valorar los efectivos de éstas había un lógico y notable tremendismo que los jefes pasaban por el tamiz de su serenidad y su experiencia. El coronel Moreno Calderón, el del parte, comentaba: «Todas las columnas que aparecen estos días son de cuatro mil hombres. Este número se ha hecho crónico. Esta misma mañana me llaman desde un pueblo:

»—¡Envíen fuerzas urgentemente: se acerca una columna de cuatro mil hombres; los pastores han visto los camiones por la carretera!

»Se me ocurrió preguntarles:

»—¿Cuántos camiones serían?

»—Lo menos treinta.

»—Pues multiplique usted por veinte, que es el promedio de hombres que pueden ir en un camión, y verá que los cuatro mil hombres no son más que seiscientos».

Bajo el carnaval un tanto ingenuo de sus denominaciones atronadoras, la verdad es que los milicianos de las columnas rojas se batían bien, duramente, y cada vez hacían más difícil —salvo en el espectacular avance de las Columnas del Sur— la progresión nacional. ¡Con qué pena se contemplaba la equivocada fe de los hombres que de buena voluntad luchaban enfrente y con qué anhelo se soñaba en una futura España compacta, unida, sin grietas! Las columnas rojas de Asturias peleaban

contra las famosas columnas gallegas de Martín Alonso. Entre tanto, en Oviedo se soñaba con ellas, y así lo cuenta el capitán Casariego: «Los más exaltados las veían ya en los cumbres del Naranco o en los altos de Sograndio. Se figuraban a los duros y heroicos mozos de Galicia avanzando en cabalgata homérica por montañas y bosques, como una floresta de bayonetas ensangrentadas que se movían al ritmo de las gaitas nostálgicas y de los patrióticos himnos de guerra; un, dos, un dos, un paso por cada latido del corazón:

»—*¡Ey carballeira!*

»—*¡As bandeiras nosas!*

»Pero, a pesar de todo, no se perdía el humor, Ese fino humor de los asturianos.

»De pronto entraba uno dando saltos de júbilo.

»—*¡Ya tan, ya tan aquí les colunes!*

»—*¡Ye mentira!*

»—*¡Mentira! ¡Viles yo!*

»—*¿Dónde?*

»—*N'os soportales del Fontán.*

»—*¡Babayu, mazcayón, pa chirigotas tá unu!»*

Mi columna —bueno, la columna en que yo iba— fue sonada. La mandaba Escámez. El ala derecha la mandaba Rada y el ala izquierda, Cebollino. Atacamos desde Venta Juanilla, la madrugada de Santiago; en Venta Juanilla, siglo y pico antes, Napoleón había planeado la batalla de Somosierra con la caballería polaca como reserva. Mi columna fue de las más fuertes, y sus efectivos se contabilizaban entre los 1.200 y los 1.600 hombres. Pasamos por Logroño y Alfaro, por Nájera y Soria; llegamos hasta Jadraque, volvimos hacia Almazán, y desde allí, por Burgo de Osma, nos plantamos en Aranda de Duero. Luego, Somosierra. Trigos, viñas, pinares, huertas de ribera y tierras secas, altas, con tomillo y rocas, fueron vivificadas por aquel cierzo violento que soplaba del Norte, desde los montes de Navarra.

Otra columna muy famosa fue la de Sagardía, formada con falangistas navarros y guipuzcoanos como madre. Con el tiempo llegó a ser la División 62. Cantaban una copla que se hizo muy popular:

Artilleros, al cañón;

hacer buena puntería,

que hoy avanza la columna

del coronel Sagardía.

Las columnas de julio, agosto y septiembre de 1936 son el verdadero sustento de España. Nacieron «cuando la guerra —como dice José María Iribarren— era una guerra en mangas de camisa, feroz, brava y romántica». Nadie le ponía pegas, entonces, a dar la vida, ni en las columnas de un color ni en las de otro, y hubiera sido imposible que se oyera en ellas aquello que se oyó en la Cataluña de la segunda guerra carlista, cuando algunos combatientes, hartos de no cobrar su soldada, cantaban:

Si avui no'us pagan

ni demà tampoc,

vindrà la columna

y no li farem foc.

No; realmente esto, entonces, hubiera sido imposible.

EL RECADERO

Así se le llamaba en Cataluña al avión nacional que atacaba sistemáticamente la carretera de la costa. Venía desde Mallorca con toda puntualidad y se ponía a fisgar, lleno de ojos, hasta que descubría la pieza. Probablemente le llamaban «el Recadero» porque, aparte de dar recados al Estado Mayor, seguía la carretera como un cosario. A veces también le decían «la Lechera». El «Douglas» rojo que le arreaba a Granada diariamente a horas fijas —6 y 11 a.m. y 5 p.m.— fue bautizado con el remoquete de «el tío de la leche». Así, sin más, que ya es paciencia.

Por la parte de Benicarló llamaban «el Semolero» al hidro de Pollensa que les visitaba al atardecer, a la hora, más o menos, de comer la sémola, cocimiento de harina de maíz.

EVACUADO

Se llamó así, sobre todo en zona roja, al procedente de ciudades o pueblos ocupados por el Ejército nacional en sus avances. La primera masa de evacuados, casi todos ellos con destino a Madrid, fue empujada por la prodigiosa marcha de las columnas del Sur, así como por el

empentón de Beorlegui a San Sebastián. Esta masa se calificaba, indistintamente, de evacuada o refugiada; ambas denominaciones pesaron, y no sin razón, porque en ella había quienes buscaban refugio ante la llegada de las tropas nacionales y quienes se veían obligados a evacuar sus hogares por la fuerza de la ley miliciana, que era muy dura, pero apenas ley. *Dura lex, sed mala lex*, que dijo un aprendiz de abogado.

Este sutil distingo no tuvo ocasión de aplicarse en la zona nacional, donde las escasas veces en que hubo que retroceder se hizo con el acompañamiento voluntario de las poblaciones civiles, de modo que allí, a los que pasaron por tan dolorosa aventura se les llamó siempre refugiados, porque de verdad se refugiaban de la tormenta roja; pero nunca evacuados. Refugiados eran también, en zona nacional, aquellos a quienes el Alzamiento, por razón de su fecha veraniega o por cualquier otra circunstancia fortuita, había sorprendido lejos de su habitual residencia.

—Salgo ahora con una refugiada que es un bombón —se le oía decir a un herido que convalecía en Sansestabién, y la refugiada era una chiquita madrileña que veraneó en la Concha desde primeros de julio de 1936 hasta el día del desfile de la Victoria.

La caza (Vid. LA CAZA), en Ávila, estaba constituida por un grupo de refugiaditas madrileñas que eran una maravilla.

Las milicias arreaban a la masa evacuada por procedimientos aproximadamente animales. Usaron del terror a los moros con absoluta destreza, porque la propaganda la manejaban bastante mejor que los nacionales, y en este caso con un cierto abono a su favor de la psicología histórica. Iribarren escribe: «Por Talavera pasó la legión de los huidos de Navalморal, de Calzada, de Lagartera, de Oropesa... Pobres gentes a las que los rojos obligaban a alejarse del pueblo cuando se aproximaban nuestras tropas. Les prometían que volverían cuando pasase el riesgo de los bombardeos. Luego, los muy truhanes, les engañaban: “¡Vienen los moros matando a todo el mundo!”»

Con la prisa dividían las familias, separaban a los padres de los hijos, al marido de la mujer. Más de un niño, por una confusión de éstas, es ahora bandolero en la estepa rusa; más de una niña anda por eso de ramera en Moscú, y muchos cientos de niñas y niños españoles, por la peste de la evacuación forzosa, son simple tierra extraña y fría. Lo atestiguan Jesús Hernández y Castro Delgado, por ejemplo.

Los evacuados llenaron Madrid de un aire rural. «De lo que se deducía —apunta Tomás Borrás— un burro asomado al balcón de un tercer piso en la calle de Serrano, o las gallinas poniendo huevos en el sofá de tapiz, o, como en mi casa, guisar en el suelo quemando una colección imponderable de teatro. Ellos no tenían la culpa, honrada y desventurada gente española, gente de bien».

Por tener confianza con el mando, los únicos que se quejaban a gritos de los evacuados eran los propios rojos, los cuales, por cierto, de modo singular en Madrid, no querían ser evacuados a su vez, lo que originó grandes conflictos con las famosas patrullas de control.

El evacuado, sobre todo en las ciudades grandes, era un personaje próximo e impersonal. Me conmovió mucho leer la nota correspondiente al día 2 de julio de 1937 en el diario de Antonio Ramos Martín, tan certeramente comentado por Tomás Borrás: «2.—Día ya más caluroso. A las tres de la mañana falleció en el piso tercero una evacuada. Hubo cañoneo intermitente toda la madrugada». Etcétera, etcétera...

¿Quién sería esa mujer consignada así: «una evacuada»? ¿Qué paisaje de pueblo le llenaba los ojos en la agonía? ¿Qué campanas hubieran doblado por ella en Extremadura o Andalucía?

Barreiro recuerda la respuesta de una chula, a la que se le escapó en el tranvía una invocación a la Divinidad, ante el encarnizamiento dialéctico de una tiorra que le decía, escandalizada en su condición de beata marxista:

«—Pero oiga usted, ¿es que hay Dios?»

Y, puestas las cosas así, la chula se remangó lo justo para soltar:

«—¡Ah, es verdad, mujer! No me acordaba de que le habían evacuado ustedes».

Y es cierto: tanto de Madrid como de toda la España sometida al coloniaje soviético, los rojos evacuaron a Dios, o al menos intentaron evacuarlo, de modo que Dios andaba escondido en una gigantesca catacumba, porque en cuanto lo pillaban en la calle le pegaban dos tiros, como en el Cerro de los Ángeles.

Claro que como Madrid dispone siempre de abundantes reservas de humor, también tomó a chufra estas historias, y así, los grandes menús del hambre pronto conocieron, por ejemplo, la famosa «merluza a la evacuada», una de cuyas recetas se copia aquí: «Esto se lograba cocinando arroz hasta dejarlo hecho una pasta, y en frío se “moldeaban” rodajas a gusto del consumidor. Por último, se rebozaban en harina, y a la sartén». Tomás Borrás dice que en los Madriles se llamaba «merluza a la evacuada» a lo blanquecino de la cáscara de la naranja.

Un amigo mío entró en su casa de Málaga y la encontró llena de evacuados. La casa estaba cuidada dentro de lo posible, y los evacuados eran buenas personas. Le invitaron a gazpacho. Mi amigo declinó cortésmente la convidada, no porque tuviese mucha prisa, sino porque observó que hacían el gazpacho en el bidé.

CUERO

La cazadora, el chaquetón y el tres cuartos de cuero fueron prendas de singular atracción para los chequistas y sus auxiliares.

En zona nacional, la cazadora de cuero, sin llegar a ser muy popular, tuvo su clientela, y los chaquetones y tres cuartos de cuero los usaban casi exclusivamente los enlaces motoristas.

En ambas zonas, cazadoras, chaquetones y tres cuartos se llamaron, indistintamente, cueros. «Acércame el cuero». «¿Qué vale este cuero?» «Ayúdame a ponerme el cuero».

La aristocracia roja, que, como se sabe, se cruzaba en el hotel «Gaylord's» de Madrid, perdía el trasero por el uso de los cuerecitos esos, y era natural. En una reunión de «Gaylord's» descrita por Hemingway se puntualiza estadísticamente: «Cuatro de los hombres vestían uniforme. Los demás llevaban rompevientos y chaquetas de cuero».

Tanto se identificó esta prenda con el marxismo, y de modo especial con esa especie de sumos sacerdotes de los cultos marxistas y leninistas que son los chequistas, que cuando la gran retirada de Cataluña, en Francia, según se cuenta en *El ocaso de los dioses rojos*, de José Esteban Vilaró, «a toda persona con guerrera, pelliza, chaqueta o blusón de cuero, indumentaria más o menos parecida a la de la milicia roja, se le pedían los documentos».

Los cueros más apreciados en zona nacional eran los que procedían del botín. Con ellos, y es más que natural, se presumía un rato largo. Tengo entendido que eso mismo, pero al revés, sucedía en zona roja con las chilabas.

EL PAPÁ

Sobrenombre con el cual, según Hugh Thomas, era conocido en el Ejército anterior a la guerra el general Miaja. No he podido comprobarlo.

Thomas atribuye el mote cariñoso a su carácter bonachón. Esto tiene visos leales, ya que incluso la tajante conversación que Mola mantuvo con Miaja en la madrugada del 19 de julio está teñida de cierta mutua campechanía, que si en Mola —hombre más bien seco— es explicable a causa de la relación de subordinación y amistad que le unió

profesionalmente, como oficial, a su superior Miaja, en éste sólo cabe atribuir a su particular condición humana, reforzada, en tan trágico instante, por el hecho de acabar de ser nombrado ministro de la Guerra.

Zugazagoitia, citado por Bolloten, pone en boca de Miaja estas palabras:

«—Cuando voy en mi coche, las mujeres me aclaman: “¡Miaja! ¡Miaja!”, y se gritan unas a otras: “¡Ahí va Miaja, ahí va Miaja!...”. Yo las saludo y ellas me saludan. Ellas son felices, y yo, también».

El «Papá» debía de estar encantado con la resonancia de su nombre, ligado por la maquinaria comunista de la propaganda a la defensa de Madrid. El coronel Casado escribe a este propósito: «Más de una vez me dijo que el entusiasmo popular había llegado a tal extremo que hasta las mujeres le besaban en las calles».

Largo Caballero confirma que Miaja pertenecía a la U.M.E. (Unión Militar Española), Liga nacional de oficiales que preparó el Alzamiento, así como que su primera actuación en plan de ministro de la Guerra fue acercarse a la Dirección General de Seguridad y llevarse la ficha acusadora —así como la de su amigo y colaborador Rojo—, que en aquel instante resultaba escandalosamente peligrosa. Medida acertadísima, porque el ministerio le duró tres horas o así.

Arturo Barea, que fue buen amigo y paniaguado suyo, nos dejó un excelente retrato del general: «Miaja era bajo, panzudo, la cara roja, la nariz larga y carnosa, con unas gafas inverosímiles que convertían sus ojos en ojos de rana. Le gustaba beber cerveza tanto o más que beber vino... Con Ilsa, que escapó a su antipatía hacia todos los intelectuales por sus curvas y sus buenos ojos, nunca sabía cómo comportarse. A mí me trataba como un buen muchacho. Muchas veces disfrutábamos bebiendo juntos, maldiciendo juntos de intelectuales y políticos, y compitiendo en el peor lenguaje cuartelero, en cuyo uso encontraba escape del florido lenguaje a que le obligaba su dignidad oficial».

A Barea, que le llevaba de visita locas del tipo de la duquesa de Atoll —¿no se llamaba así «la duquesa roja»?—, le decía con indudable razón que «por qué diablos no le llevaba chicas guapas o al menos gentes sensatas que nos mandaran armas y municiones». También en la segunda parte tenía razón, porque todas las armas eran pocas, y cuidado que las recibían en cantidad.

Su popularidad fue algo indiscutible, para bien y para mal suyo. Porque si le besaban las milicianas también tuvo que aguantar los chaparrones de Queipo, que eran de una alegre ferocidad, y la chistografía madrileña, que siempre está a flor, de modo que todo aquello de «hay que ver lo malito que está Miaja, que todo lo que toma lo devuelve y, además, no puede evacuar», compensaba el incensario comunista. Miaja daba la cara y el que tiraba de los hilos era otro. Burnett Bolloten lo afirma: «Las operaciones que mandaba Miaja nominalmente estaban

planeadas y dirigidas por el general soviético Goriev, verdadero organizador de la defensa de Madrid, y por sus ayudantes rusos, que controlaban las Fuerzas Aéreas, los Cuerpos de tanques, la artillería y las defensas antiaéreas, y que actuaban en todos los intentos y propósitos independientemente de los Ministerios de la Guerra y del Aire de Valencia». Botella Pastor recuerda que a Miaja y a su Junta de Defensa, la gente le llamaba «el Viejo y los Chavales».

Moscú, que hinchó el globo, le metió la punta del cigarro en cuanto le convino. Mije, que era del Politburó —delicioso y bárbaro nombre con el cual también se contribuía a la independencia del español—, escribía nada más acabar la guerra: «Para falsear la verdadera situación referente a la defensa de Madrid, ha habido y aún hay personas interesadas en atribuirlo todo al traidor Miaja. Los que han hecho y continúan haciendo tal propaganda no saben nada de lo que ha sucedido, ni de los “frutos” militares que Miaja es capaz de dar. Nunca supo más de lo que se le decía, en relación con lo que sucedía en Madrid. Nunca sintió la situación terrible y difícil en su plena intensidad. La tragedia de aquellos días en Madrid no pudo penetrar en el cerebro de un general lerdo, carente de todo conocimiento del pueblo».

Uno se asombra de que los empresarios de Miaja tardaran tanto tiempo en darse cuenta de lo que Mije dice a toro pasado. Un poco antes, lo mismo para Mije que para sus señoritos, Miaja era un genio, un Alejandro, un César. En fin, todo se lo dijeron ellos...

Ismael Herráiz, cuando pasó por Méjico, hizo un pequeño y periodístico retrato de Miaja, nostálgico de su mando en Madrid sobre la mesa de no sé qué café de la capital mejicana, meneando fichas de dominó sobre el mármol frío, igual que antes movía divisiones, entre frases rememorativas:

—Aquel día en Quijorna, si me hubiesen hecho caso...

El otro gallo, que nunca cantó, se pavoneaba por el triste café.

VALE

El primer vale fue oral. Un grupo de milicianos entró en una cervecería —porque aquellos días apretó de lo lindo—, y a la hora de hacer la jarrita, el más vivo de todos levantó el puño y dijo: «¡U, hache, pe!», que daba mucho resultado, y a continuación hasta los más tacaños comenzaron a pagar rondas.

Las primeras jornadas de la guerra fueron pródigas en vales, y creo que esta afirmación es aplicable a los dos Ejércitos que desplegaron a finales de julio de 1936. Yo he visto firmar vales con cierta alegría en Aranda de Duero, y supongo que algo semejante pasaría en otros

muchos sitios; pero la grafomanía se acabó por nuestra parte en menos que canta amenes un cura loco, gracias a Dios. Pérez Solís apunta en sus memorias ovetenses: «Y ningún proveedor podrá decir que se le despachó con un puñado de vales de esos que reparten a voleo los rojos y que después no son canjeables ni por un ochavo».

En zona roja la técnica del vale rizó el rizo, y gracias a ella hubo unas semanas en que los mandamases y los mandados experimentaron la deliciosa sensación de ser multimillonarios o de llevar en el bolsillo la lámpara de Aladino. Se daban vales para todo, con firma, con sello, con dedo pulgar, con la boca del fusil o de la pistola. «Los vales corrientes —puntualiza Barea— había que aceptarlos y comenzaron a amontonarse sobre la mesa de mi hermano papeles mojados que nadie se hacía responsable de ellos». El mismo precisa: «Fue aquella... la época de los vales. Cada grupo, cada batallón, cada sindicato, hacía vales, les estampaba un sello de caucho y los presentaba a canjear por artículos de comer o beber, de uso personal o material de guerra».

El vale se aplicó a zonas muy importantes de la economía, y si no que se lo pregunten al Consejo de Aragón, en el que se daban la mano representantes de los Ejércitos de ocupación de la F.A.I. y de la Ezquerria. Los billetes editados por el Consejo de Aragón se parecían mucho a aquellos cartoncitos con los cuales suplían en las panaderías de mi infancia la falta de céntimos y cuartos; pero valían mucho menos, aunque cantasen mucho más. Con la equivalencia en billetes del Consejo de Aragón del cartoncito rosa que daba la panadería de la calle Curia para acreditar dos céntimos, se podría empapelar la Torre de Madrid. Los vales duraron toda la guerra, aunque al final solamente sirviesen para comer en los comedores colectivos de los sindicatos.

El vale más famoso de todos los expedidos por el Ejército Popular fue aquel que llevaba un miliciano hecho prisionero entre Talavera de la Reina y Toledo. Este vale también es probablemente el más famoso del mundo. Está escrito sobre un papel cuadriculado, quizá de bloc, y lleva la garantía del sello. El vale dice: «Vale por una novia para esta noche. Santa Cruz, 9-IX-936. El Comité». Tengo delante de mí el facsímil, en la página 38, tomo XXVIII, volumen VII de la *Historia de la Cruzada*.

El vale antedicho es muy finolis. En Sigüenza, y nada menos que en el convento de las Ursulinas, que los cipayos de Stalin transformaron en su Cuartel General, se encontró, según cuenta Iribarren, un «vale por dormir una noche con la camarada Rosario, y un acta, ya firmada, con el acuerdo de requisar para los camaradas las muchachas más bonitas del pueblo». Gironella establece la tabla de recompensas ofrecida por el idealista Durruti a sus compañeros de lucha: «Las acciones heroicas se premiarían con permisos para ir a la retaguardia; con botín; con ascensos y con vales para dormir con mujeres fascistas detenidas en las cárceles de la zona... José Alvear y el capitán Culebra recibieron cada uno un vale que decía: “Vale por una dormida con una mujer fascista”. Al capitán Alvear le correspondió la cárcel de El Burgo, entre cuyas mujeres detenidas podría elegir, y al capitán Culebra la cárcel de

Alfajarín». Nadie puede negar que aquel Ejército era un verdadero Ejército de ocupación.

El vale, siempre según Gironella, lo extendieron a más. «Jefes y oficiales lo eran “de dedo” e incluso “de vale”». En efecto, antes de separarse de Durruti, Ascaso le presentó a éste, por escrito, una lista de hombres con capacidad de mando. «Vale por un comandante, tres capitanes y cinco tenientes».

Cuando se pusieron finos inventaron o adaptaron a sus usos y costumbres cierto billetito amoroso, o especie de toma de contacto sentimental, en el que se leía: «La chica que más me gusta es usted, ¿quiere hablar conmigo»? El billetito tenía una línea de puntos por el centro, y a la derecha decía «No» y a la izquierda «Sí», como corresponde. Debajo, esta advertencia: «Rómpala por la mitad y entrégueme el trozo que más guste». Debe reconocerse que frente al vale, esto suponía una severidad moral impresionante, y era algo así como pasar de una orgía romana a un monasterio trapense en plena Semana Santa. Martín Blázquez, militar al servicio de los rojos, autorizó un vale sindical para la incautación de trescientos sostenes, según él mismo cuenta en un librito citado por Villegas.

Por lo que parece, los vales de «carne», al menos en alguna de las expendedorías madrileñas, eran de un color verde, muy propio, un acierto de color. Tal se desprende del diálogo que tienen en *Porque callaron las campanas*, novela del autor republicano, unos milicianos que trabajan en el embalaje del oro del Banco de España para su traslado a Rusia.

«—Ayer me dieron en el sindicato un vale de esos verdes y me dí una buena empachina con una gachí.

»—Ten cuidado con los verdes, que esas barbianas y las de la sierra causan más bajas que los “fachas”».

El ministro Hernández afirma lo siguiente: «El “vale de comer, beber y arder” era la moneda de pago de las colectividades anarquistas. Todo el mundo recibía la misma cantidad de comida, etcétera, que era lo que expresaba el indicado vale».

El vale más famoso expedido en zona nacional, lo firmó Carlos Valcárcel, que Dios tenga en su gloria, y la historia es muy conocida. Yo la he contado varias veces, una de ellas, con bastante fortuna, en *Bailando hasta la Cruz del Sur*. Andaba Carlos con una guerrilla de falangistas de Burgos, apenas una centuria, por los alrededores de Pancorbo, en un intento de asegurar aquel decisivo paso. La resistencia era dura, y desde posiciones claramente ventajosas los rojos repartían leña abundante. El jefe de la centuria, Sáinz de la Hoya, había muerto de un balazo. Carlos Valcárcel tomó el mando. Su primera medida fue enviar un enlace a Burgos con un vale. El vale decía: «Vale por un cañón. Carlos Valcárcel. Pancorbo, a tantos de tantos».

—Lo grande —exclamaba Carlos Valcárcel cuando me lo contaba— es que me lo dieron.

Así quedó franco el desfiladero de Pancorbo. Con un vale por un cañón para un ratito. Sólo para un ratito. Nosotros, entre otras razones, ganamos la guerra porque nuestra gente firmaba vales por un cañón y los rojos firmaban vales por una dormida con una mujer fascista y presa, o camarada y libre.

PÁTER

Satanás también tiene sus beatos. Unos cuantos de ellos se encargaban de redactar *La Traca* y *Fray Lazo*; por cierto, dos hermosas muestras de lo que dan de sí la tolerancia y el ingenio de nuestros demócratas liberales, cuya brutalidad, sin embargo, siempre resulta más inocente que la untuosa vaselina de algunos colaboradores de *La Croix* o la calenturienta precipitación de algún distinguido eclesiástico italiano a la hora de firmar telegramas. De hacer caso a lo que escribían aquellos devotos del azufre, cualquier observador hubiera deducido, entre otras muchas atroces cosas, que los clérigos españoles andaban de modo permanente con el trabuco a la espalda y también que eso de tomar las armas por una causa era costumbre privativa de nuestros sacerdotes, los cuales alternarían el estudio del latín con el de la logística, y el de la Teología con el de la Estrategia.

Seguramente que los usufructuarios exclusivos del vocablo «trabucaire» se sorprenderían mucho al trabar conocimiento con los clérigos activos de la Resistencia francesa o con el P. Bach o con el P. Dreyer, dos pastores alemanes a quienes la movilización puso, junto a otros cientos de hermanos suyos que no alcanzaron fama, al mando de soldados del III Reich. De ambos hay abundante noticia en un curioso y atrayente libro de Paul Carell titulado *Los zorros del desierto*, que es, ni más ni menos, la historia grande y menuda del *África Korps*.

El padre Bach era capitán de Infantería y nada más llegar a Tobruck tuvo que hacerse cargo del mando de su batallón. El padre Bach usaba bigote en el frente, quizá por militarizar un tantico su aspecto, y a sus subordinados les llamaba «hijos míos»; ordenaba con mesura y persuasión, como quien alecciona a un penitente. Le obedecían porque además era un tipo capaz de hacer él mismo cuanto mandaba. Se distinguió en el Paso del Halfaya y sus camaradas hacían chistes con el padre Bach y el infierno del desierto. A causa del Halfaya, los ingleses, que admiraron su heroísmo y su saber, le pusieron por nombre «el pastor del Purgatorio». Fue hecho prisionero y enviado al Canadá, pero el mayor Bach está en la lista de los buenos soldados alemanes.

Lo del padre Dreyer es más breve. Era valiente, conocía la guerra y, por si fuera poco, manejaba las perlas que daba gusto. Es fama que nadie

asó mejor las gacelas. Predicaba con el ejemplo, derramando trigo a manos llenas. Para su epitafio valdrían las palabras de Carell: «Nadie sabía cómo alabarlo. Es de observar que en los actos de enterrar a los muertos realizaba su tarea con tal respeto y fervor, que todo el mundo acabó creyendo porque él creía». Misionaba entre la pólvora y mandaba los hombres en el combate; les firmaba permisos para la lejana Alemania o les arreglaba el pasaporte para el cielo. También él tuvo su Padrenuestro a la hora de morir. El mismo lo rezó delante de sus soldados entristecidos.

La espada de San Pedro puede tener sucesores, igual que su Silla, bien claro está; ¿pero a quién sucedería aquel curita húngaro que encontró la ocasión de servir a su Patria en territorio enemigo? Desde El Cairo enlazaba con el Cuartel General alemán por medio de una estación de radio que escondía «debajo del altar de la iglesia de Santa Teresa, en el barrio cairota de Shoubrah». El hombre tenía sus dudas sobre la legitimidad moral de sus actividades. Quizá le hubiese ayudado a salir del paso aquel Prior de Ujué que suministraba informaciones a las guerrillas de Espoz y Mina sin que se tenga noticia de que algún escrúpulo sutil le quitase el sueño, porque al fin y al cabo aquella era una guerra santa.

Ya se sabe que los curas, los frailes y hasta las monjas, no solamente fueron motor importante en la rebelión antifrancesa, sino que no tuvieron ni pizca de capitanes Araña. (Una de las razones de la mala prensa de nuestro clero en el mundo, arranca del rencor que provocó en los historiadores franceses por su vigorosa actitud frente a la invasión napoleónica. Quizá cambien de modo de pensar ahora, viendo cuánto cura activista ha habido tanto en el regreso de De Gaulle al poder, como en la defensa de Argelia y consecuencias metropolitanas.)

Don Santiago Sas, el páter Sas, mandó dos compañías de escopeteros en la defensa de Zaragoza; «le dieron el mando de dos compañías de escopeteros voluntarios de la parroquia de San Pablo —escribe García Rodríguez— para defender las puertas de Sancho y del Portillo, privilegiados que en él tenían capitán y capellán: don Santiago lo mismo arriesgaba su pelleja que absolvía a un mal herido».

«Vimos al Cartujo, al Capuchino y hasta las Monjas resueltos a no admitir paz alguna con los impíos, y a repeler con la fuerza las agresiones de los enemigos de Dios y del linaje humano; trocar el olivo por la espada, y el hábito de penitencia por la insignia militar», se lee en *Idea histórica de los principales sucesos ocurridos en Zaragoza durante el último sitio*, que escribió el capellán del Ejército, doctor Sebastián Hernández de Morejón, combatiente en Zaragoza.

En Gerona, aparte de los curas y frailes que pelearon por su cuenta, hubo compañías enteras formadas por eclesiásticos, por ejemplo, la Compañía de Eclesiásticos Seculares, que mandó como capitán un canónigo de la Colegiata de San Félix, llamado don Francisco Condom, y la Compañía de Eclesiásticos Regulares, que tenía por capitán al

reverendo Padre Fray Manuel Cúndaro. Las dos compañías se batieron el cobre de lo lindo.

En Galdós tenemos al famoso Trijueque, a quien el anticlericalismo formal de don Benito cuida con amor y hasta se deleita un tantico —casi penetrando en el recochineo— con la historia de su traición. ¡Pero qué fabuloso tipo nos regala! La agitada vida militar del siglo pasado debió producir algunos ejemplares de curas castrenses más apegados a la espuela, la cantina y la dialéctica cuartelera, que a las sanas costumbres, según se ve a través de la literatura testimonial. Es una especie absolutamente desaparecida en la actualidad, con las humanísimas excepciones. En *Fortunata y Jacinta* hay un castrense así.

A don Jerónimo Merino, los franceses, por burla, le llevaron arreando, cargado con el bombo de su banda de música, desde Villoviado a Lerma, pero el hubieran sabido lo que les iba a rentar la gracia en desdicha, seguro que carga con el bombo cualquier mariscal en buen uso. Cada arre de aquellos lo pagaron con decenas de muertos y con la vergüenza de un montón de escandalosas derrotas.

Ya en tiempo de la guerra de las Comunidades, el obispo Acuña formó una compañía con cuatrocientos clérigos, y dio mucho que decir. «Peleaban valientemente; y un clérigo sólo derribó once hombres con la escopeta, que tiraba detrás de una almena, y cuando asestaba, los santiguaba con la misma escopeta. Pero antes de que el combate se acabase le santiguaron a él los de fuera, y fue tal la herida que sin poder confesar murió allí». P. Kemp recuerda al P. Vicente, páter del Tercio del Alcázar como «el hombre más arrojado y audaz —dice— que he conocido en España. Creo que hubiera sido mejor soldado que sacerdote».

Lo que ocurre es que era buen sacerdote, como lo explica el propio Kemp un poco más adelante: «El padre Vicente saltaba de la trinchera y corría hasta donde el cuerpo del hombre se encontraba, arrodillándose junto a él, sin temor a las balas, que punteaban la tierra a su alrededor y silbaban junto a su cabeza, rezando por la salvación del alma del caído».

Al padre capellán castrense todo el mundo le llama el páter. Los páteres de nuestra guerra no fueron activos combatientes, aunque no renunciaban, en algunos casos extremos, a su propia defensa. El guerrillerismo clerical cayó esta vez por la parte de los catolicarras. Fueron buenos camaradas, excelentes consejeros, pastores armados de la fe en medio de parroquias armadas con todos los ingenios de la guerra, y pueden simbolizarse en aquel páter Huidobro, de la Legión, de quien pudo escribirse: «No odiaba a nadie; modelo de soldado en el cumplimiento de su deber, pero su arma era el Crucifijo, que llevaba ostensiblemente sobre el pecho».

Esto no quiere decir que muchos de los páteres no se sintiesen muy a sus anchas en el cacao o les supiese a buena copita el olor de la pólvora;

pero eso son otras cuestiones y cada cual tiene su alma en su almario. A la tropa le agradaba verlos en su puesto, y gente tan dura y al parecer escasamente vocada para la admiración de virtudes basadas en la resignación, como los legionarios, pasearon en hombros al páter Huidobro, al verle asistir a heridos y moribundos de ambos bandos en medio de la tormenta del Jarama. Fue en una de estas acciones donde el valor inmaculado de aquel jesuita delgadillo e iluminado mereció la Medalla Militar Individual.

Héctor Colmegna cita en su libro muy buenos casos de capellanes de primera. He aquí el retrato de uno de ellos: «Don Manuel era un hombre de estatura mediana, delgado y de rostro enjuto. Infatigable pastor de almas. Jamás abandonaba a sus “muchachos”, exponía su vida a menudo y nunca rehuía el esfuerzo. Era un admirador de la vida militar. Se servía de sus prismáticos para observar al enemigo siempre que el caso lo requería. Era tal su entusiasmo por las cosas militares, que se le llegó a llamar el “General Calamúa”, sobrenombre festivo que el buen humor de los muchachos había sacado del nombre de una de las posiciones del frente que el bueno de don Manuel gustaba de observar constantemente».

El propio Colmegna certifica conmovido: «En aquella ocasión, una noche, vino a verme el “Páter” don Domingo, agotado físicamente por tan dura campaña. Me confesó llorando lo desesperado que estaba porque no podía continuar siguiendo a las columnas. Le convencí de que a sus años —¡tenía sesenta!— su puesto no estaba en el frente y le obligué a aceptar la baja». Y ya metidos en los recuerdos de este médico argentino, me permitiré autorizar la papeleta con sus propias palabras: «El término “páter” es la expresión familiar y afectuosa que se suele emplear en el Ejército para designar al capellán del batallón». El páter aguantaba bromas —esas feroces bromas de los hombres solos y a caldo en cuestión de mujeres—, y a veces se formaban tertulias en torno al cura para plantearle desde sutiles dudas teológicas hasta pegas de cualquier otra índole. «¿Y si para curarme la gonorrea tengo que fornicar, peco o no peco?» Un páter de Pemán —*De ellos es el mundo ...*— se explica:

«El otro día me preguntaba un amigo:

»—¿Y usted para qué está en el frente?

»Yo le contesté:

»—Para absolver a los que mueren... y a los que vuelven de unos días de permiso.

»—A lo cual apostilla un interlocutor:

»—¡Valiente barbián está el páter!»

Al páter de una bandera de Navarra le cantaban en broma sus feligreses:

El páter de nuestra Bandera

se llama don Faustino;

a él le gusta el coñac

y a nosotros el vino.

Lo que no conozco es la razón que obliga a latinizar el vocablo, de modo que hasta el guripa más alejado de las Humanidades le llame páter al padre cura. Y aquí sí que no cabe ligar con las legiones romanas y todas esas cosas que tan bonitas suelen quedar en las citas literarias y que tanta genealogía conceden a lo actual.

Unos chicos del SEU llamaban el «páter Lorre» a un capellán no muy afortunado en sus gracias faciales; en una Bandera del Tercio contaban la historia de un páter que, comisionado para entregar los restos de un oficial en casa de sus padres, tuvo la mala suerte de dormirse en el tren —a causa de la disparatada mezcla de vinos y licores que le hicieron trasegar unos picaros piadosos—, y perdió el cadáver; en otro lugar he contado la agudeza dialéctica del páter Aguirre. Pero todo esto son bromas: la verdad está reflejada en aquel admirado amor de los legionarios por el páter Huidobro. «Cuando aquella noche cesa el fuego —cuenta el P. Francisco Xavier Peiró, S. J.—, ve con sorpresa el capellán que los camilleros traen conducido un herido más, que ha estado varias horas desangrándose en el campo. El diálogo entre el herido y el capellán es sublime, en medio de su sencillez:

»—¿Dónde caíste herido?

»—Padre, en los olivares de la derecha.

»—¿En los olivares? ¡Pero si estuve yo por allí mismo buscando heridos!... ¿No me oíste llamar?

»—Sí, padre, que te oí.

»—Pues entonces, ¿por qué no me respondiste?

»—Porque yo estaba en un sitio muy peligroso y no quería que te diesen a ti».

En la vanguardia roja hubo un capellán. No en funciones sagradas, claro, sino militares. Formaba parte del batallón inglés de las Brigadas Internacionales. Tuvieron estos ilustres delincuentes la mala suerte de tropezar con la gente de Asensio y de Buruaga. Total, de seiscientos ciudadanos británicos quedaron vivos, al finalizar la jornada,

doscientos. Hugh Thomas lo precisa: «Entre los muertos más notables de aquel día se encontraron un pastor protestantes de Kilkenny, el reverendo R. M. Hilliard, y Christopher Caudwell, infatigable eacritor comunista». El reverendo, según aclara una nota adicional, era más conocido por «el párroco boxeador». No hace falta ser un lince para suponer que debió de formarse religiosamente bajo el delirio magistral del deán de Canterbury.

En *División 250* hay todo un magnífico capítulo, el titulado *Dios en el frente*, en el que puede encontrarse explicada como pocas veces la misión de un páter en el frente. El Caudillo la resumió en su despedida al padre Huidobro, que fue a cumplimentarle en su Cuartel General de Cáceres:

«—Trabaje usted, *Páter*, y sus compañeros cuanto puedan por el bien espiritual de nuestros soldados».

Los riesgos de los capellanes eran iguales que los de cualquier guripa, e incluso algunos más, como certifica José Sanz y Díaz cuando cuenta la entrada en Sigüenza con los veteranos de Somosierra y el Tercio de María de Molina. Parece que las enfermeras —y según se cree también enfermadoras— rojas, decidieron avalarse con entusiasmo, de modo que comenzaron a repartir abrazos y besos a troche y moche.

«Las enfermeras rojas —escribe Sanz y Díaz— se nos abrazaban con fingido entusiasmo, daban vivas a España y hasta trataban de besarnos.

»Las delataba la voz, que sonaba a falsa, y las rechazamos sin violencia; pero con repugnancia y asco. Por cierto que allí ocurrió algo divertido de veras.

»Una de aquellas “damas”, creyéndole un oficial corriente —¡qué sabia ella de insignias!—se dirigió a nuestro joven capellán, don Pascual Cerrada, un santo y castísimo varón, le echó sus brazos torneados al cuello y ni corta ni perezosa empezó a cubrirle las mejillas de sonoros besos. ¡Pobre “Páter”!

»Rojo de rubor, sudando ante aquel ataque inesperado, hubiera querido en aquel instante que se abriera la tierra y lo tragara. Aún hoy, cuando alguno de los testigos alude a la escena, se pone sin remedio encendido como una guinda. Yo le pido perdón por esta cita histórica».

Y al perdón solicitado por Sanz y Díaz en *Por las rochas del Tajo*, añado yo una súplica semejante, al cabo de los años, por la recita, no sin antes de acabar referirme una vez más al incomparable Barado, que dice así del páter decimonónico:

«El Páter es una de las individualidades más típicas del Ejército. Hombre por regla general de carácter afable, cuando no decidor y gracioso; servicial, muy buen amigo de sus amigos y conocedor del mundo y de sus flaquezas, tiene siempre un consejo para el mozo, un

distingo para el descreído y una peseta para el necesitado... Los he tratado en paz y en guerra, en guarnición y en campaña, y siempre tuve ocasión de admirar, bajo su sotana o bajo su uniforme, un corazón abierto a la amistad y al amor de sus semejantes».

Y comenta Barado, hombre de una época parecida a ésta que ahora, desde un punto de vista capilar, parece iniciarse, poblada de barbas jóvenes: «Resulta un militar desprovisto de bigote».

TANQUE

En otras papeletas (Vid. CHISPÚN, TANQUETA e incluso BLINDADO) ya se rozó este tema, pero ello no importa a lo que ahora se trata de decir aquí. La historia del tanque está al alcance de cualquiera y tiene, como casi todas las armas, antecedentes ilustres. Los primeros tanques, en realidad, fueron los elefantes, en cuyo empleo táctico se distinguieron tanto los cartagineses. Estos tanques superpesados resultaron literalmente hechos polvo por otros más ligeros, si bien utilizados masivamente por Orisson. Me refiero a los toros con haces de leña encendidos en los cuernos. Esta invención fue española y sirvió para derrotar a Amílcar Barca probablemente a orillas del Ebro. Como se ve, el Ebro siempre ha sido un río decisivo. Leonardo de Vinci, que en fantasía superó a Julio Verne, presumió ante el duque de Milán: «Yo puedo construir coches cubiertos e indestructibles, dotados de artillería, y que, rompiendo las filas enemigas, destrozarían las tropas más sólidas; la infantería les seguiría sin dificultad». Y hasta el señor Voltaire, culpable en cierto modo del desmantelamiento espiritual del Occidente, se sacaría de la mollera un «carro de guerra», ofrecido al mariscal de Richelieu «para oponer una táctica nueva a los esfuerzos de la barbarie, procedente por igual del Norte que del Oriente, y defender así la civilización con tanto esfuerzo adquirida por Occidente y establecerla de una manera definitiva en el mundo». El libidinoso anciano intentaba fortalecer con armas ofensivas el mismo bastión que deshacía con sus escritos.

Fue el espíritu práctico de los ingleses quien dio con la fórmula del carro armado, casi como una consecuencia lógica de su vocación marinera aplicada a la tierra. Los tanques —que debutaron en Cambray a finales de 1917, ante la estupefacción del servicio alemán de espionaje, que los había calificado poco menos que de chatarra—, se llamaron así por la etiqueta enmascaradora que cubrió su transporte hasta el frente: «Tanques de agua». La tropa —según se cuenta en *El porqué de los dichos*, de donde tomo casi todos estos datos—, los denominó «pastillas de menta» a causa de su color verde.

Tanques, bien modestos, manejó nuestro Ejército en Marruecos. Al comenzar nuestra guerra, los tanques o carros eran muy poco numerosos en los parques, de modo singular en los nacionales. Los rojos tenían más, aunque no demasiados. Hemingway anota que «en

esas épocas, los españoles le llamaban tanque a cualquier cosa», y, en el caso concreto a que él se refería, a «un viejo automóvil blindado». Rafael Miralles, en un testimonio inédito que por pura casualidad he podido consultar, habla de una especie de tanques barceloneses «integrados por coches que iban totalmente envueltos en colchones amarrados con cuerdas». Y Solís recuerda un combate en Oviedo, a lo largo del cual «se impuso el coraje de los nuestros, y al arma blanca fueron echados los rojos más allá de la primera línea de San Esteban, sin que les valiera el amago de forzarla con un remedo de tanque blindado, que era una apisonadora recubierta con planchas de acero».

Con todo, la verdad es que los primeros tanques o carros que se vieron en España fueron los rusos. Asomaron su peligroso hocico ya cerca de Madrid, allá por Seseña, y el general Varela los contempló impávido, a cuatrocientos metros, desde su puesto de mando. Fue entonces cuando se resolvieron problemas que venían preocupando a muchos Estados Mayores del mundo, a base de valor, ingenio, botellas de gasolina y granadas de mano. Pemán estaba entonces en el Cuartel General de Varela y recuerda el episodio: «En el núcleo militar hay dos psicologías espléndidamente constituidas para la improvisación personalista: la legionaria y la marroquí. A pesar de la total apariencia arrolladora, los cañoncitos del “carro” tienen una zona muerta, un breve sector de círculo que un instinto casi animal y selvático hace encontrar rápidamente a regulares y legionarios. Desde allí se estrellan contra el sapo de hierro unas botellas de gasolina. En seguida, granadas de mano. Trea carros calcinados han quedado en la plaza de Seseña. Cuando aquella tarde los visité con Varela, todos nos aventuramos a fáciles generalizaciones traslaticias acerca de la victoria del Espíritu sobre la Materia». Sin duda este impacto produjo más tarde un poema titulado *Poema de la Bestia y el Ángel*, en el que se ve morir al tanque:

Su cuerpo duro y negro, con tardos estertores,

cada vez más distante se quejaba

como se queja el Volga entre las flores.

Tras de la versión poética, vaya esta otra, puramente periodística, de Fernando Fernández de Córdoba, que estaba allí: «Rápidamente se lanzaron los moros sobre la fortaleza en llamas, impidiendo la salida de sus conductores y servidores, que perecieron abrasados; unos y otros prefirieron suicidarse».

Agustín de Foxá canta un responso a los tanques rusos despanzurrados en Castilla:

y os cubrirá la tierra, la lluvia, las hormigas,

la alondra de los cielos, las campesinas flores,

Y mientras vuestra herrumbre retoma a ser paisaje,

vuelve a llenar de Santos, Castilla, su horizonte.

HABILITADO

Oficial o jefe a quien se da por capaz para el ejercicio de un cargo o empleo superior. El *Diccionario Enciclopédico de la Guerra* informa de que «la escasez de mandos que desde los primeros momentos se hizo sentir en el Ejército Nacional obligó a habilitar para ejercer empleos superiores a un elevado número de jefes y oficiales». Los habilitados tenían de su empleo superior todos los honores, obligaciones, responsabilidades, prerrogativas y derechos, menos el del sueldo, que se acomodaba a su grado real. El distintivo de la habilitación era semejante al parche de los provisionales, y también se llevaba al pecho, más o menos sobre el corazón. La realidad, a más de a fin de mes, se notaba cotidianamente en las estrellas, o mantecados, o huevos fritos que el habilitado ostentase en sus mangas o bocamangas.

Un frescales con muchos latines —era maestro rebotado de cura— decía que si la ola habilitadora continuaba, bien podría él verse habilitado de capellán a causa de sus estudios, y que vista la escasez de sacerdotes que había en España con motivo de la persecución roja, bien pudiera él verse habilitado de obispo, con el tiempo y una caña. En estos cuentos de la lechera eclesiástica pasaba muy buenos ratos.

Pero ni en sueños le hubiese valido, porque todas las habilitaciones cesaron a poco de acabar la guerra. Cuando le veo por ahí, tan barbián, aún continúa la broma:

—No me resigno, Rafa; no me resigno. Con un poco de suerte me tendrías ahora en el Concilio...

Después, por el aquel de las glorias y las memorias, nos tomamos unos chatitos.

El verbo habilitar fue de gran fuerza y pegó mucho, hasta el punto, por ejemplo, de que el alférez Caverro recuerda que «sobre colchas “habilitadas para manteles” (os haría gracia ver el ingenio que despliegan los cocineros de la bandera para improvisar servicios en el campo), comimos varias perdices y algún conejo».

El padre Risco, en su libro sobre el asedio del Alcázar, «habilita» de capellanes en la fortaleza defendida por Moscardó —donde no hubo más clérigo que Vázquez Camarasa, orador, y eso por un ratito— al comandante de Infantería Martines Simancas, al capitán de Caballería Sanz de Diego y a don Andrés Martín, que dirigían los rezos colectivos de la población sitiada. Por eso el padre Risco los cita como «los tres *capellanes*, que así se pueden llamar los tres caballeros cristianos que dirigieron los rezos». Del capitán Sanz de Diego escribió un periodista

andaluz de los que llegaron con las columnas liberadoras: «Aquel capitán dicharachero, jovial y alegre, aquel capitán olvidó su alegría y su optimismo. Quiso ser el más humilde, el más dado al sacrificio, y se encomendó a sí mismo la triste misión de dar sepultura a los que caían con el nombre de la Patria en sus labios».

En fin, y por alegrar las pajarillas después de este patético y hermoso inciso, diré que los donjuanes trataban de habilitar de novias a todas las chicas que conocían, y no faltaron los que las habilitaban para algo más. ¡Las cosas de la guerra!

BOINA

Al parecer, la boina es de origen escocés, y a través de un bearnés que estuvo prisionero en Escocia pasó a su tierra hacia finales del siglo XVIII, desde donde se extendió a toda Navarra y a las provincias vascas, lo mismo en España que en Francia. Algunos sostienen que la boina entró en Navarra con las bayonetas napoleónicas, pero esto ha sido documentalmente desmentido por Madoz en su *Diccionario geográfico-estadístico*, y bien apoyado por la comunicación que el general García dirigió a cierta autoridad delegada del Pretendiente Carlos V —con motivo de haber dictado éste una Real Orden por la que se limitaba el uso de la boina al Ejército—, en la que se decía: «Teniendo presente que los habitantes de la montaña (de Navarra) inmediata al Reyno de Francia, como V.E. no ignora, usan de mucho tiempo a esta parte de la boina, que es su distintivo nacional, no se puede a aquellos pueblos privarse del uso de dicho distintivo».

Sea como sea, la verdad es que la boina es ya tradicionalmente navarra, vasca y finalmente española, porque desde veinticinco años a esta parte ha extendido su dominación a todas las regiones de España y a un elevado tanto por ciento de las cabezas de sus habitantes, que no creo que baje del cincuenta. De modo y manera que la boina vasca y el chotis madrileño, por arte de inmigraciones varias, son escoceses. Las paradojas del casticismo.

La zona montañosa de Navarra adoptó la boina antes de la guerra de la Independencia; en cambio, costó más su aceptación en la ribera del Ebro, hasta el punto de que Tiburcio de Okabio sostiene que en 1855 no era usada en Artajona, pero sí en Mañeru. De ser cierto esto, no cabe duda de que los de Artajona, si bien tardanicos en la apreciación de la boina, se muestran orgullosos de ella, y en determinado caso la proclaman como su particular documento de identidad, según se deriva de esta jota que se cantó en nuestra guerra:

¡No me preguntes quién soy,

lo dice mi boina rojal

¡Voluntario de don Carlos,

del Requeté de Artajona!

Durante mi infancia y buena parte de mi adolescencia creí que la boina era un atributo exclusivo de mi tierra, de aquella región vasconavarra que decimonómicamente se llamaba «las Provincias». Al terminar mi Bachillerato conocí, en unos cursos de verano en la Universidad de Jaca, a varios estudiantes belgas, uno de los cuales se hizo grande amigo mío, Joss Larrochette. Joss se colocaba en la cabeza, de modo preferente aquellos días que él consideraba como de precepto estudiantil, una enorme boina de terciopelo verde oscuro, una boina flamenca, de pintor costumbrista, de pintor de rubias gordales, merendolas y tíos que han embarcado mucha cerveza y luego tienen que arrimarse a una tapia. Neorrealistas de hace siglos, vamos.

La boina de Joss estaba llena de insignias: la de su Universidad, la de un jocundo club de bebedores —un tonel doradito y un estudiante sentado encima, jarra en mano—, las de varias sociedades deportivas, la de una congregación religiosa, las que representaban, con su sola presencia, un recuerdo sentimental. La boina era, en sí, una especie de museo de recuerdos, aficiones y trofeos eróticos. Aquella boina, que Joss me regaló al despedirnos, parecía blindada. Aún la guardo, por cierto junto a un gracioso sombrero de goliardo italiano, rojo de color, lleno a su vez de insignias de asociaciones fascistas y también de objetos portafortuna —el jorobado, la higa, el trébol, el cerdo, un número 13 de guardarropa, la herradura, un cuernecllo de coral como el que usaba Fra Diávolo, en fin, una antología riquísima de amuletos y antigafes—, y, claro, de memorias del corazón. No necesito aclarar que tanto Joss Larrochette como Dante Dilello, que así se llamaba el goliardo de los últimos *littoriali boloñeses*, me confesaron que había tiendas especialmente dedicadas a vender a los estudiantes recuerdos amorosos, caza ya muerta para cazadores no muy confiados en su suerte o en su puntería. *Typical love*. Supongo que algo semejante pasará con las cintas de nuestros tunos.

A Joss y a Dante los perdí en la tormenta de la guerra. Joss me escribía al hospital. El verano del Ebro, cuando lo de Munich, me dijo: «No te he escrito durante estas últimas semanas porque he estado movilizado en la frontera». Unos meses después estalló la guerra por la libertad de Polonia y nunca más supe de Joss. Con Dante Dilello me carteeé hasta casi aquel día de Santiago de 1943. Luego ya no tuve noticias, ni siquiera cuando años después estuve en Italia e hice gestiones por encontrarlo.

Por ahí andan, en casa, emparejados, el gorrete goliardo, medieval, gracioso, alegre, y la boina flamenca, tan señorona. O andaban, porque, supervivientes de tantos azarosos años, de mudanzas y otras cosas, calculo que difícilmente superarán la prueba de ser útiles al juego de mi particular tribu de salvajes. La boina de Joss —permítanme que lo confiese— resultaba particularmente turbadora, porque nada más

ponérmela se me llenaba la cabeza de señoras del tipo de «Las tres gracias», de Elena Fourment y de Isabel Brandt, de diosas opulentas y fáciles, todas rubias —entonces lo rubio estaba muy de moda—, todas muy en la línea de las *vedettes* que admirábamos por una peseta y las obligaciones de la cla, desde aquella Conchita Leonardo, rubia, a aquella Margarita Carvajal, morena. Tuve que dejar de ponerme la boina porque aquel simple acto de tocado resultaba incompatible con mis traducciones de *La guerra de las Galias*. El sombrero goliardo, en cambio, no me llevaba más que a Simonetta Vespucci, y eso era tanto como llevarme a una compañera de Facultad. La boina de Joss —eso sí— me demostró que había más boinas en el mundo que las de mis paisanos. Fue un verano de grandes enseñanzas aquel del 1933, porque, también en Jaca, oí hablar por vez primera de las JONS y trabé conocimiento personal con dos o tres jonsistas, uno de los cuales habría de morir más tarde de legionario en Indochina. Aprendí también que como tenorio me esperaba un escaso porvenir. Ya digo que fue un verano de grandes enseñanzas.

Acababa, con mi Bachillerato, mi infancia y también cierta convicción muy semejante a esa que hace creer a los gitanos que en el mundo no hay más que dos razas de hombres aparte de la suya: los españoles y los ingleses, genéricamente conocidos por «payos», y que a mí me hacía creer, en mis días colegiales, que los niños eran de dos castas: la de los portadores de boina o la de los portadores de gorra a la inglesa (de cuadros, según recuerdo). Estas dos grandes familias diferenciadas por el cubrecabezas, se unían solamente por los sabañones y los pañuelos negros que aliviaban el dolor de muelas. De los sabañones me libré; del dolor de muelas no me fue evitado ni un poco.

A veces, las madres, por eso de la moda, intentaban empujarnos al imperio de la gorra, pero nos arreglábamos para perderla en seguida, porque si no, se pasaba muy mal con las bromitas del colegio. Además, los portadores de gorras a la inglesa eran también portadores de guantes, y eso ya constituía, en nuestro código infantil, un atentado a la dignidad humana.

Los tremendos fríos del invierno, las enormes nevadas, muy constantes además, nos importaban menos que las pullas de nuestros compañeros. Desde entonces siento una como repugnancia al uso de los guantes, que me transforman las manos en esa especie de jamones que son las de algunos soldados en día de gala. Mi natural torpeza manual se acrecienta con los guantes, de modo que me quedo como manco de los dos brazos si oso ponérmelos. Me puse los guantes en Teruel, el año de la jarana, y así me fue. Luego volví a ponérmelos —preciosos, con ventilación y todo— cuando tuve coche, y al poco tiempo me vi obligado a venderlo por aquello de los grupos de presión. Los guantes, lo digo de veras, son gafes para mí.

Ustedes perdonen si me extiendo tanto en torno al tema de la boina y mi infancia, pero han sido tantos los amigos de entonces que luego

murieron con la boina puesta, que el asunto se torna entrañable, apasionante y melancólico como una reunión de veteranos.

La boina era un Instrumento de alta utilidad y recuerdo que inventamos un juego precioso con ella. Una especie de híbrido de tenis y fútbol, a base de dos jugadores y dos porterías —generalmente el espacio comprendido entre dos ventanas del patio escolar o los límites naturales del claustro del Instituto— y el argumento de la obra consistía en tirar a gol con la boina. La boina se cogía con la mano derecha, se le metía un meneo a dos manos para hacerla como un disco, se posaba después sobre el hombro izquierdo y a base de mucha muñeca y buen ojo —con guiño y todo— había que engañar al rival, amagando, fintando; tirando flojo y colocado por alto, y duro y raso, por bajo. El otro paraba o no la boina, encajaba o no el gol; pero en todo caso era su turno, y tiraba. El primer boinóbolo, entonces, se encomendaba a Ricardo Zamora. Los partidos se concertaban a tantos goles como se quisiera. Generalmente no se ventilaba más que el punto de honor, pero también, de cuando en cuando, se cruzaban un par de bocadillos de sardinas, crujientes buñuelos de viento, muy azucarados, o un rico helado de dos gustos por lo menos.

La boina servía también para limitar las porterías de ese fútbol eventual y urgente que se jugaba en cualquier campillo improvisado, al borde de la ley de la escolaridad. «Del árbol a la boina, la portería», dogmatizaba el portero en función de Comisión de Límites, y un marco de aire, milimétrico, preciso, fuenteovejunesco, daba frontera a la portería, de modo que casi por aclamación se gritaba: «¡Fuera!» o «¡Alta!» o «¡Huuuuy, por qué poquito!», en el único caso de arbitraje popular y con *quorum* que yo conozco.

La boina era disco y también *boomerang*, a poca habilidad que se tuviese al lanzarla, y era hermoso verla entrar en órbita y volver a las manos del boinóbolo después de describir una magnífica y matemática curva en el espacio. Entre mis amigos había varios boinóbolos de primera división, pequeños y modestos anticipos de la gloria de Von Braun. No niego que intenté emular sus proezas, pero tampoco que todo cuanto conseguí fue encalar la boina repetidas veces en los balcones vecinos.

Pero la boina no se quedaba solamente como un aperitivo de la conquista del espacio, sino que asumía, en el mundo infantil, el papel de la tonsura en la política de la monarquía visigoda o del esquileo en la de Dalila, de modo que capar una boina, esto es, extirparle el remate, el pico, el pirigurcito, significaba una ofensa de tal tamaño que a menos que mediara un poquito de sangre procedente de las narices —propias o adversarias—, el dueño de la boina mutilada se clasificaba automáticamente en la clase social de los estigmatizados. Una curiosa supervivencia de este código del honor infantil la he encontrado en los puertos, donde algunas broncas de marineros se originan por el afán que suelen demostrar los elementos más osados de otras marinas de guerra, en la caza y corte del pompón que llevan en su gorra los

marineros franceses. Creo que esta caza contribuyó a alegrar muchas horas de permiso entre los componentes de las diversas flotas que al servicio de la No Intervención anduvieron por aguas y puertos españoles en tiempos de nuestra Cruzada, sin excluir del jolgorio a los mismos franceses, que tampoco eran mancos.

Lo curioso es que la simple pronunciación de la palabra boina me liga más a la industria que a la literatura, y eso incluso cuando me he enterado de que el origen de la palabra es latino, *birrus*, que da *buruku* en vasco, birrete en castellano y barretina en catalán, lo cual, dicho sea de paso, me parece una maravillosa lección sobre los caminos de la unidad. Sucede que mis primeras impresiones sobre la industria nacional van ligadas a la boina. Siempre que desde el Instituto de Pamplona partíamos de excursión —a Bayona, a Biarritz, a San Juan de Luz, a San Sebastián, incluso a Bilbao—, se acababa pasando por Tolosa, y en Tolosa era obligado visitar alguna fábrica de boinas. Calculo que habré visto la de Elósegui de tres a seis veces por lo menos. Todo aquello se me quedaba dentro, y siempre que se habla del INI, de la industrialización y de todas esas cosas, yo pienso, no sé por qué, en una inmensa boina que cubre la cabeza laboral y combatiente de España.

Un caricato bastante bueno definió la boina de esta manera: «Es una cosa que se levanta y debajo hay un cateto». La frase, que es de Gila —al que admiro sinceramente, de verdad—, tiene gracia, aunque no demasiada; un periódico la calificó de genial, lo cual es tan exagerado como pensar que la boina y el cateto son entidades inseparables que se necesitan mutuamente o que se complementan de un modo dogmático. Así, podría decirse que no bajo todas las boinas hay un cateto, pero que, en cambio, todos los catetos están debajo de su correspondiente boina; podría decirse y sería falso, porque circula por el mundo mucho cateto bajo el flexible, la gorra e incluso a pelo. Si el cateto es, como nuestra madre Academia indica, el palurdo o lugareño, resulta que ni siquiera el buscar la gracia en los extremos disparatados justifica la definición que de la boina hace el famoso caricato.

Después de leer las líneas antecedentes, cualquiera habrá podido darse cuenta de que yo uso boina, y de que me atengo a las costumbres típicas españolas, en cuanto a la susceptibilidad se refiere, de ese modo tan rasposo y delicado que hace que todo gremio, corporación o colegio se rasgue las vestiduras, particular y colectivamente ofendido, al en una película, pongo por ejemplo, aparece un colega suyo que es tonto y sirve de risa al público. No digo nada si el pitorreo o la simple historia toca en los predios calderonianos. Como yo uso boina, ya se nota que la definición del humorista me ha caído gorda, aunque reconozco que me ha hecho sonreír y que es injusta. La gracia y la justicia, hasta donde alcanza uno, no andan unidas nunca, e históricamente apareadas sólo fueron un ministerio y un semanario satírico. Se puede hacer mucha gracia con cosas injustas, y no es muy aventurado suponer que buena parte de la risa que consumimos se basa en injusticias pequeñas, simbólicas, surgidas casi en función de impotente represalia. Pero ésta

es otra historia y por cierto con mucha más barba. Casi la barba del doctor Freud.

El tema de la boina le queda a uno demasiado próximo, íntimo, entrañable. Tiene tanto vuelo como la chapela de Ataño y tanta poesía como la que le dieron Zumalacárregui y sus guías. La boina de los artistas, flamenca, borgoñona, *bon vivant* y también algo vivalavirgen, estuvo en la testa imperial de Carlos I de España y V de Alemania —uno se imagina a Carlos de Gante buscándole las cosquillas a Bárbara de Blomberg con la sonrisa trémula y caliente bajo la boina—, y aquel tremendo e interesante marimacho que se llamó literariamente Jorge Sand usaba mucho la boina, y no digamos Wagner, el famoso magnificador del ruido. A Enrique VII todos lo hemos visto en el cine con la boina puesta, dado a comer y a arder, con injusta y simpática ferocidad. Naturalmente, que yo tardé bastante en averiguar que la boina había tenido tan excelente clientela, y por el momento me parecía que el más ilustre boinóforo, o portador de boina, era aquel Ataño I, formidable pelotari, que llevaba una familiar, gigantesca, como el paraguas de un cura gallego, una verdadera marquesina, una seta gigante. (A la boina también se le llama seta.) A Vázquez Díaz lo he visto con una boina situada a igual distancia de Ataño que de Carlos I, lo cual no es mala ubicación en la Historia, se mire por donde se mire.

La boina es algo tan particular, tan individual, que es casi como el reflejo del alma, y hay eruditos que sostienen que el verso de Calderón no es tal y como lo recitaba don Ricardo Calvo, sino que en el original decía así: «... pero la boina es patrimonio del alma, la boina sólo es de Dios». Comprendo que son exageraciones de los boinófilos, pero algo de verdad hay en ello, ya que a los reyes y emperadores les colocan las coronas por mano ajena, generalmente sagrada, pero la boina no hay manera de imponérsela a nadie, de modo que o so la pone uno mismo o va a pelo o tiene que recurrir a otro tipo de cubrecabeza. Con la boina todos somos un poco napoleones y nos coronamos a nosotros mismos.

Como prenda militar sí que era famosa la boina, y nadie lo ignoraba, ni entonces —que lucía en los mítines, los *aplecs*, las concentraciones, la guardia de los Círculos, la instrucción clandestina y siempre que había que dar la cara—, ni ahora, cuando su ejecutoria castrense quedó revalidada y engrandecida en los años de la Cruzada. Nadie desconocía la historia de la boina blanca y de la boina roja, ni el perfil de águila de don Tomás Zumalacárregui, agudizado por el pico de su boina, que parecía buscar un imposible paralelismo con la nariz del más genial guerrero de la montaña. Por cierto, que no me explicaba bien cómo la boina del tío Tomás podía adoptar la forma airosa y algo extravagante que exhibía en el dibujo de Heninngsen o en el grabado de Maeztu, y tuve que esperar a ver a los primeros requetés andaluces para descubrir el truco de la arandela, que es el que utilizan los soldados del Regimiento de la Guardia del Caudillo, lo mismo con la boina roja que con la blanca. Zumalacárregui, que como bien dice Iribarren, «logró reducir y aligerar de manera pasmosa el equipo de sus soldados; que frente a los incómodos morriones y chacós de las tropas Cristinas

estableció las boinas baztanesas como tocado típico de los carlistas», transformó una prenda campesina en el tocado militar de la montaña, y un siglo y pico después un general británico, Montgomery, la convertiría en la prenda militar del desierto.

Zumalacárregui, Montgomery, Ataño y Paulino Uzcudun —que también fue un boinóforo de gran categoría en el deporte de los felices veintes—, entran en el estadillo de los *chapelaundis*, esto es, portadores de la boina grande, del mismo modo que los palurdos del Martín y un servidorcito —hace ya cinco lustros corridos— se colocaban, junto a Juan Borotra, el estupendo tenista francés, en el estadillo de los *chapelchikis*, o sea, portadores de la boina pequeña, como una cabeza de alfiler negro, específicamente llamada seta. Goiburu, Severiano Goiburu, el que marcó el gol de la victoria frente a Inglaterra en aquella legendaria tarde del Metropolitano, era *chapelaundi*. Por supuesto, fuera del campo. Dentro de la pradera me parece que Antón, un jugador del Oviedo, correteaba por las bandas de *chapelchiki*, igual que Marín, del Madrid. Los tiempos actuales parecen inclinarse por los *chapelaundis*. Sin embargo, los catetos de Gila y de Ángel de Andrés todavía llevan la boina pequeña. Es, por lo visto, de gran efecto cómico, aunque en otra época fue síntoma de elegancia. *Sic transit...* Windsor —ya saben— la llevaba diminuta, entre caída de caballo y partido de fútbol con los mineros huelguistas.

En las áreas de la crema la boina vasca y reducida la puso de moda el príncipe de Gales, el que luego dimitiría de Rey como quien dimite de consejero delegado, y hasta nuestras Infantas usaron la boina a partir de aquella proclamación brummelesca de la compatibilidad de la boina con la superelegancia. Nada se hacía sin permiso de Inglaterra entre la gente bien e incluso en otras esferas. Inglaterra era como el Vaticano de la distinción, con dogma de infalibilidad y todo. Windsor se mostraba más propicio a usarla de color azul que negro. Los dos colores son serios y van bien, y la boina, bien llevada, es tan severa y elegante que se puede utilizar con traje de etiqueta sin desmerecer ni tanto así. Baroja la llevó a la Academia —fue de frac y boina— y ahora los paracaidistas la acercan al cielo, donde la pondrían de moda si no se les hubiesen adelantado notablemente los requetés.

Chapelgorris son los que llevan la boina roja y *chapelchuris* o *chapelzuris* los que la llevan blanca. Blanca la llevaron en la primera guerra carlista Zumalacárregui, Cabrera, el Cuarto Batallón de Guipúzcoa y algunas unidades de Navarra —Pirala sostiene que el E.M. de Zumalacárregui la llevaba roja—. El resto de la tropa carlista, toda ella voluntaria, lucía, si hemos de hacer caso al *Diccionario* de Almirante, la boina corriente y moliente, la boina nuestra de cada día, que él describe así:

«La gorra circular, chata, de punto, usada por los vascongados, y que en la guerra civil del 33 al 40 constituyó, con gran borla en el centro, el distintivo carlista como prenda de uniforme». De modo que aquellos paisanos armados se militarizaban por su voluntad y el signo de la

disciplina del traje, para dar mayores facilidades a la pobreza del Ejército, era la prenda de cabeza —azul o negra— que de ordinario utilizaban todos, con el estrambote de la borla, por aquello de la fantasía que tanto bien hace en la vestimenta del soldado. El mismo Almirante añade: «También la usaron algunas tropas francas isabelinas, que se llamaron *chapelgorris* o *chapelchuris*». Los propios soldados se fabricaban su boina, la tejían en los descansos, y hasta las campañas de Carlos VII no se industrializó la producción de cubre-cabezas.

Los *chapelgarris* de la primera guerra civil se llamaron así, aunque no llevasen boina, sino un chacó escarlata, que fue el que distinguió a los famosos voluntarios de la división de Jáuregui, «el Pastor». A estos soldados, los carlistas les apodaron peseteros, porque cobraban una peseta diaria y un pan. Los peseteros, desesperadamente cristinos, eran una fuerza muy apreciada por don Baldomero Espartero, que fue un gran tipo. Los peseteros se batían el cobre de lo lindo y muy alegremente. Eran dignos rivales de los voluntarios del Zorro de las Amezcoas. Hay una canción que dice:

Ya llegan los chapelgorris

con corneta y clarín

al sitio de Bilbao

a beber chacolí.

Me imagino que esta canción es de la primera guerra carlista, porque me la enseñó como liberal, una señora de clara ascendencia cristiana. Hasta la segunda guerra civil —por esas cosas de la paradoja española y también del natural intercambio—, la boina roja no fue el símbolo de los carlistas. Tapando el remate llevaba un disco metálico con la cifra «C. VII», y me supongo que a causa de esto llamaban Carlos Chapa a Carlos VII, los republicanos, los cantonales y los alfonsinos.

Las cosas de España son de tal manera, que para intentar su incorporación en Somosierra se puso la boina roja el hijo de Alfonso XIII; los miqueletes, que defendieron las mugas de Guipúzcoa del ataque de soldados, falangistas y requetés de Navarra, también llevaban la boina roja; y entre los voluntarios de Navarra formaban los nietos de los partidarios del Zorro de las Amézcoas y los nietos de los partidarios de Jáuregui, «el Pastor», es decir, unos doce Tercios de Requetés y unas nueve Banderas de Falange. Ya se ha dicho, por ejemplo, que la Falange es el último gran movimiento liberal de España.

Fue don Miguel Primo de Rivera, anticipador de muchas cosas, quien reconoció oficialmente la españolidad y la estirpe militar de la boina, y así, a la hora de reformar la uniformidad del Ejército, con color caqui fue a parar a la testa de los soldados de los batallones de Montaña y creo que a algunos de Cazadores. La boina caqui era del tipo de las de *chapelaundi*, y solamente en nuestra guerra se comenzaron a ver en

plan de *chapelchiki*, supongo que por ese relajo de la uniformidad que provocan las guerras, y mas la nuestra, que en ese aspecto, como en otros muchos, partió casi de cero. Mi primera boina —me la soltaron el 19 de julio en Montaña— fue de *chapelaundi*. Mi última boina caqui, *chapelchiki*, perísima, me la dejé en una alambrada de las posiciones del Campillo turolense. Descanse en paz.

Me parece que fue Bagaría, en *El Sol*, quien publicó una caricatura protestando de la iniciativa de don Miguel, en cuyo texto recuerdo que decía algo así como «vaya boina carlistona que nos ha puesto la Dictadura». Había un quinto de los que acababan de saltar del ros a la boina, de la guerrera tiesa y azul a la caqui, y de los pantalones rojos a los caquis de polaina o venda. Quizá si Bagaría se hubiese enterado de que el historiador Pirala señalaba que «algunos años después de la guerra se vio al Ejército francés, al sardo y al prusiano el mismo vestuario que usaban los carlistas: la canana, una levita y un gorro ligero a la cabeza», no hubiera dicho lo mismo, porque muchos de estos europeístas españoles encuentran bien lo nacional a condición de que nos lo avale el extranjero, y esto sirve para los europeístas autóctonos de todos los tiempos. La «inteleztualidad» española, que es siempre de izquierdas, no admite más que traducciones del francés. Todo lo demás hace bárbaro. La izquierda es para nuestros intelectuales como la Cofradía de Jesús del Gran Poder del Talento y de la Buena Crítica.

Blanca o roja —y en esto no le faltaba razón a Bagaría—. la boina siempre fue decididamente carlista, tan indispensable e inseparable, que figura entre el bagaje elemental del buen requeté a la hora de echarse al monte. No es solamente una prenda del uniforme. Ni siquiera el uniforme, que si que lo es. Se diría que forma parte de su anatomía, que es una porción de su propio pellejo, la embajada sartoria del corazón, algo como del alma, como el alma misma. Su antigua y hermosa copla lo dice bien a las claras:

Cálzame las alpargatas,

dame la boina, dame el fusil;

que voy o matar más guiris

que flores tienen mayo y abril.

Y en el segundo sitio de Bilbao nació esta otra canción, en cuya letra se precisa la identidad requeté y boina roja, nacidas precisamente en el curso de esa campaña:

Por el rio Nervión

bajaba una gabarra

—rumbalarrumbalarrún—

con once requetés

de boina colorada

—rumbalarrumbalarrumba,

larrumba del cañón—.

La boina negra la usaron ciertas unidades de las Brigadas Internacionales —es de suponer que por la influencia de los alpinos franceses—, las Milicias Vascas que anduvieron por la Universitaria y Guadalajara, y los gudarís. Marty, el delicado camastrón que se ganó a pulso el sobrenombre de «El carnicero de Albacete», llevaba una boina del tamaño de su mala uva, y a su sombra se amparaba la flor y nata de la gallofa. Hay una foto de Hemingway en el frente de Madrid luciendo una boina negra. Debería haberla llevado roja, y en zona nacional, porque Hemingway era una especie de Bradomín traducido al *slang*. A través de una versión argentina, no muy afortunada, de *Por quién doblan las campanas*, se puede encontrar una alusión a «los birretes ladeados a la manera navarra» que llevan unos soldados de la Caballería nacional por el sector de La Granja. El disparatado señor Nenni se llevó de España —descontando otras cosillas de orden puramente económico— la costumbre de usar boina. Resulta curioso verificar que los nacionales residentes en el Madrid rojo, viesan en la boina un símbolo del desorden y de la revolución anarcocomunista, según se desprende del relato de Tomás Borrás:

«—Antonio —le preguntaba Calleja a Ramos Martín—, ¿por qué cuando hay revolución nos vestimos todos de vascos?

«Todos de boina, en efecto, incluso él».

Son los misterios de la paradoja española, que hace, por ejemplo, que la bandera de Navarra sea roja, para desesperación de los invasores soviéticos.

—Pondremos la bandera roja en todos los campanarios de Navarra —vociferaba un energúmeno del *Heraldo de Madrid*.

Y le contestaba un guasón de la parte de Olite:

—Mire usted, no se molesten. Prácticamente ya la tenemos puesta.

El propio Borrás señala otra paradoja a cuenta de la boina, cuando escribe: «Los Quintero, de boina —¡sevillanos, y de boina!—, iban al Beatriz o a cualquier teatro donde era posible hallar cómicos amigos sin rebaba de escarlatina». Para esa fecha, ¡cuántos sevillanos, cuántos andaluces hablan muerto con la boina roja en la columna Redondo! Los jonsistas, antes de unirse a la Falange, usaban, según Ximénez de Sandoval, unas pequeñas boinas negras. Esto resucitó cuando las

necesidades militares dieron de lado al tácito sinsombrerismo de los de F.E.

Varias banderas falangistas navarras, y creo que también castellanas, prefirieron la boina negra al gorrillo azul o negro que con sutás y madroño rojo, o rojinegro o blanco, llevaron, según latitudes y modas, estas unidades de Primera Línea. La boina roja, negra o caqui fue frecuente en generales, jefes y oficiales: Beorlegui, Valiño, Juan Vigón, Utrilla, Rada, Monasterio, Troncoso, Redondo, Carlos Ruiz, así, recordados al vuelo. El que mejor la llevaba era el general de las Brigadas de Navarra, Solchaga, pero eso en él era natural. También la usó don Agustín, que empezó su guerra con aquellas antológicas unidades.

Corrientemente, y sobre todo al principio, la boina, si no iba en cabeza navarra o vascongada, caía mal, pero poco a poco se fue aprendiendo el difícil arte de llevar bien la boina, o todos nos fuimos acostumbrando a no ser excesivamente rigoristas respecto al estilo boinístico. En Somosierra nos hicimos a ello inmediatamente porque estaba allí el marqués de Rozalejo, excelente caballero que en aquel momento era el hombre que peor llevaba la boina de todo el mundo.

Uno de los muchos apasionados del Caudillo, navarro de pro y entusiasta de la boina, solía exclamar:

—Dios mío, es lo único que no sabe hacer bien este hombre: ponerse la boina.

A los soldados de tanques les encantó la boina negra, y con una calavera y unas tibias —que siempre sientan a las mil maravillas en el folklore de la guerra— se la plantaron como distintivo. Aún perdura en la cabeza de los tanquistas o carristas de casi todo el mundo.

Un buen día en la Cámara de los Comunes hubo un debate en torno a la boina. Precisamente a la boina roja. Lo cuenta Peter Kemp en su curioso libro de memorias de la guerra de España. El jaleo fue a cuenta de un periodista, Harold Cardozo, corresponsal del *Daily Mail*, el cual, dice Kemp, «como buen católico sentía romántica así como religiosa atracción por los requetés. Su costumbre de llevar la boina roja carlista en España provocó una interpelación en la Cámara de los Comunes».

Me gustaría saber qué se dijo en el curso de aquella interpelación, quién la hizo, por qué la hizo y qué consecuencias tuvo. Me gustaría saber qué complicadas derivaciones políticas se dedujeron nada menos que en la Cámara de los Comunes del hecho de que un periodista inglés en zona nacional usase una prenda de cabeza típica de soldados, contrabandistas, almadieros, pelotaris, pastores, campesinos, tratantes, seminaristas, macas... bueno, de todo un pueblo, sin censos profesionales, por poéticos que resulten. Y les aseguro que en cuanto pueda ir a Londres me entero de pe a pa.

La boina se hizo archifamosa durante nuestra guerra, a través de ambos bandos, pero singularmente del nacional y de modo especialísimo, merecido y lógico, a través de los requetés. Esta fama tendría consecuencias militares —porque la milicia es más práctica y objetiva que la Cámara de los Comunes—, de modo que enteras divisiones británicas usaron la boina desde que Montgomery se la puso; de manera muy rara, pero se la puso. Se la puso como en los carnavales, las fiestas y las pequeñas orgías varoniles y báquicas de mi tierra, suelen lucirla, bajo el influjo alcohólico, algunos fidelísimos de esta prenda; con la badana para afuera. La badana de la boina fuera, la chaqueta o el chaleco al revés y los calcetines y las ligas por encima de los bajos del pantalón, son siempre síntomas de alegría entre los pacíficos trompas del Norte. Con arreglo a esta modo llevan lo boina los «paras» de casi todos los Ejércitos, y la de los ingleses, además, es roja, mientras que la de los españoles no, creo que por no imitarles. El escepticismo siempre es la fiel compañía de toda investigación. Comprendo que soy un pesado, pero me complace repetir una vez más que encontraría de una lógica apabullante el color rojo en la boina de los paracaidistas españoles.

Los voluntarios italianos también se enamoraron de la boina. Llegaron a España por el Sur y entraban en las tiendas de Sevilla, como le pasó a Renzo Lodoli, pidiendo un *basco*, que es la palabra italiana para decir boina, con lo cual se organizaban algunos divertidos equívocos. Cuando se aclaraban decían: *Un basco, che diavolo, anche se si chiama boina*. Y se calaban con varia fortuna su flamante adquisición.

Hubo boinas rojas, blancas, negras, azulea, caquis, verdes. A la boina roja se le llamaba familiarmente tomate o pimiento. Un gallego que andaba con Casariego en el Oviedo sitiado, hacia el elogio de Santiago de Compostela y lo concluía así: «Y también hay requetés con gorra de pimiento, como la de estos señores». La boina verde la usaban los voluntarios de Renovación Española, a los cuales, por eso mismo, se les denominaba «requetés sin madurar». Un amigo mío cuenta que llegó a Pamplona un pariente suyo, procedente del Madrid rojo, monárquico hasta las cachas, y mi amigo, que además de requeté es un chungón tremendo, le advirtió que se anduviese con ojo, porque había oído decir que en un pueblo de Navarra se había fusilado a un señor por ser suscriptor del *ABC*, esto es, alfonsino, cosa muy mal vista en mi tierra. Naturalmente, que el otro, conociendo a su pariente, lo tomó a broma, pero no respiró a sus anchas hasta que, yendo a cenar —otro ejercicio que alucinaba a los procedentes del virreinato soviético—, vio en la plaza del Ayuntamiento una amplia concentración de boinas verdes. Esto puso su corazón a cien:

—Mira, mira —le daba con el codo a su primo—, boinas verdes...

—Sí, son los serenos de Pamplona que llevan la boina verde porque ése es el color de la ciudad —le replicó mi amigo, que lo había conducido expresamente a aquel lugar y a aquella hora nada más que por eso. Y

para compensarle del chasco le hizo catar las creaciones de la cocina del «Iruña», que está junto a la plazuela del Ayuntamiento.

Aquí tenemos otra paradoja, siquiera sea puramente local: el color verde de Pamplona, que no le va por una doble razón, política y sicalíptica.

Para dar una idea de la cantidad de requetés navarros que salieron en los primeros días, bastará con decir que se agotaron las boinas rojas, lo mismo en los depósitos oficiales que en el comercio, así que hubo que decidirse a emplear las blancas, que, al parecer, usaban las margaritas, o sea, las chicas de las organizaciones femeninas carlistas. Bueno, las chicas o las señoras. A las mujeres, según la ortodoxia lírica del carlismo, tanto les daba un color como otro para la boina, porque los dos les quedaban perfectamente; al menos eso proclamaban los requetés en esta canción:

Qué guapa eres,

que bien te está,

la boina blanca

y la colora...

Me parece que el Tercio de María de las Nieves, que salió de la plaza del Castillo rumbo a Zaragoza, llegó a utilizar la boina blanca, aunque no muy a gusto del consumidor, y sólo como un remedio de urgencia en tanto llegaban las boinas rojas. Por lo que se refiere a las margaritas, finalmente se decidieron por utilizar la boina roja, y la verdad es que les sentaba que era un primor, igual a las rubias que a las morenas.

Boina roja y requeté, son sinónimos, y a la vez símbolo maravilloso y acreditado de todo un estilo de vivir y de morir. Un requeté es un soldado de la Tradición y una unidad de la organización militar carlista equivalente a la compañía o a la centuria, aunque más nutrida de plazas (Vid. REQUETÉ), cuyo elemento primario es el boina roja, esto es, el voluntario. La boina roja es, para el requeté, la frontera entre lo divino y lo humano, la muga que mira a Dios y a la tierra, a un tiempo. «Sobre mi boina roja, sólo Dios», decía un carlista citado por el general Redondo y el comandante Zavala en su magnífico libro *El Requeté*. Esto de «sobre mi boina roja, sólo Dios», recuerda de nuevo la popular estrofa calderoniana, ya citada en esta misma papeleta por otro motivo. Tanta importancia tiene la boina roja para el carlista, que no en vano puede leerse en el *Devocionario del Requeté*:

«Haz bendecir tu boina litúrgicamente. Impóntela después de comulgar».

Lo cual equivale a ser coronado con la boina por las manos de Dios; a hacer sagrada, en su más hondo sentido, esta prenda.

El apego del requeté a su boina le singularizaba peligrosamente en el combate, pero no por eso renunciaba a ella, y más de uno, en la agonía, pedía su boina roja para morir con ella puesta. Antes hablé, en un orden puramente estético, de lo difícil que es llevar bien la boina, sea del color que sea. Me parece justo terminar esta papeleta dejando a la consideración del lector lo difícil que es, en el orden moral y militar, llevar bien puesta la boina roja.

ASILADO

El que se acogía al derecho de asilo, el que se asilaba o refugiaba en una Embajada, Legación, Consulado o edificio anejo o protegido oficialmente por una bandera extranjera y el consiguiente privilegio de extraterritorialidad.

El derecho de asilo, cuya vigencia es antiquísima, podríamos decir que se puso de moda desde la gran convulsión de nuestra guerra, y después de ella su eco ha llegado, según se recordará, incluso a países de fronteras tan herméticamente cerradas como las de la U.R.S.S. A él pretendieron acogerse, con la pretensión de adorar a Dios libremente, unos cuantos campesinos rusos. Los diplomáticos norteamericanos, a cuya casa llamaron los campesinos, saben muy bien que para adorar a Dios no es estrictamente necesaria la libertad, de modo que avisaron a la política soviética, con el fin de que «desescombrase» la embajada de sucios campesinos y salvaguardase así la pureza del parque. «Pedimos a los que creen en Dios y en Cristo que nos ayuden», decían los campesinos, y esta ayuda se tradujo en unos perros calientes y unas tazas de café, del mismo modo que cuando los húngaros solicitaron algo semejante, los Estados Unidos les consolaron, antes de dejarlos morir, con unas estupendas emisiones de radio, tan buenas, por lo menos, como las que habían estimulado el levantamiento anticomunista. Luego dieron asilo al cardenal Midszenty y se consideraron cumplidos.

La más espectacular manifestación del derecho de asilo que yo he visto en mi vida, fue en Lima, en cuya Embajada de Colombia se hallaba asilado Haya de la Torre, el líder aprista derrotado en el Callao en 1948. Por octubre del 49 me sobrecogía al observar el impresionante aparato de vigilancia dispuesto en torno al edificio diplomático. Había reflectores, alambradas, carros armados, abundancia de centinelas y una cortés y minuciosa disciplina que nunca se opuso a mi curiosidad. En Roma, el Vaticano ejercía, luego de la victoria aliada del 45, una eficaz práctica del derecho de asilo —que pude comprobar personalmente a través de mis visitas a algunos importantes miembros de la Legión del Arcángel rumana—, aunque muchos asilados de los años anteriores gruñían por ello, sin acordarse del beneficio que

obtuvieron previamente. ¿No han visto *El Federal*? El Vaticano fue generoso, amplio, de modo que el cursitronante Nenni anduvo vestido incluso de fraile —porque los socialistas revolucionarios, de Prieto a Nenni, jamás han rechazado ningún disfraz a la hora de eludir responsabilidades—, recordando en la paz conventual sus tiempos de incendiario y chequista de honor en España, cuando galleaba en «Rolls» a prudente distancia de los frentes y requisaba tapices. ¡Los viejos tiempos que no volverán, don Pietro!

En la literatura de nuestra guerra, singularmente en los libros informativos y confesionales escritos a raíz de la Victoria, abundan las dedicatorias de sus autores a diplomáticos extranjeros y, sobre todo, hispanoamericanos. Ellos, con la práctica del derecho de asilo, concedieron humanidad a la jungla roja.

Las Embajadas eran como islas, y así las llamaban muchos. Wenceslao Fernández Flórez —conocido por «míster Blum» en la Legación de Holanda—, tituló *Una isla en el mar rojo* la novela que recoge sus impresiones de refugiado o, mejor, asilado. Asilado era solamente el que aprovechaba el derecho de asilo, y refugiado, además del que se refugiaba en una Embajada o donde fuese, era también el que huía de su pueblo ante el avance nacional en busca de refugio en Madrid o en cualquier otro lado. (Vid. EVACUADO.) Madrid envió refugiados por centenares a Valencia, y según se lee en el libro de Gabriel Araceli, el uniforme de las refugiadas era el albornoz: «Mujeres vestidas con albornoz de baño, gritando y disputando en el mercado y en la vía pública con el típico acento de los barrios bajos del Madrid castizo; otras lucían fastuosos abrigos de pieles, pero calzaban la democrática zapatilla... las mujeres y las niñas con albornoz, que, por lo visto, habíase convertido en uniforme de las refugiadas, lo invadían todo».

Las manifestaciones rojas precisaban al pasar frente a las Embajadas o al ver los coches con bandera extraña que iban a la repesca de los condenados: «¡Asilaos, fuera!»; grito que no sonaría nada bien en los pobres oídos de los que estaban dentro. Volviendo a los asilados madrileños, puede decirse que su número alcanzó los veinte mil. Esta es la cifra que Burnett Bolloten, tomándola de Álvarez del Vayo, da como cierta. Núñez Morgado hablaba de quince mil para arriba, y estaba muy al tanto del problema. El propio Bolloten calcula que no son muchos veinte mil, si se tiene en cuenta que solamente la Legación noruega, una de las Misiones menos importantes que dispensaron asilo a los refugiados políticos, albergó novecientos, según Félix Schlayer (encargado de Negocios noruego), *Diplomat in Roten Madrid*.

Pocas veces el valor personal y profesional de los diplomáticos habrá brillado a la altura que brilló en el Madrid rojo. En todas las escuelas diplomáticas del mundo, la lección de los Pérez Quesada, Núñez Morgado, Morla, Schlayer y sus compañeros debería ser aprendida al pie de la letra y en posición de firmes. Corrieron más riesgos que Pimpinela y fueron de una eficacia impresionante. He leído y me han contado mucho sobre este mundo increíble, y cada vez que pienso, por

ejemplo, en la famosa y arrogante serenidad de «el Gaucho», que era el nombre cariñoso con que todo Madrid conocía al encargado de Negocios argentino, siento el orgulloso de ser hombre.

Schlayer era un caballero perfecto, capaz de salvar vidas humanas, de ofrecer a una duquesa encarcelada que se dolía de ciertas faltas de parque higiénico, un ramillete de hojas de papel del «Elefante» con el delicado gesto de quien ofrenda un ramo de rosas, y también de pararle los pies a un miliciano que a su cortés adiós respondió que «no había Dios», diciéndole, más o menos:

—Usted se calla, y además hay Dios... ¡Yo creo en él!... ¡Y yo he sido jefe en el Ejército alemán!

Con lo cual, el miliciano se quedó en un puro pasmo, sin entender nada.

Naturalmente, los diplomáticos no hacían distinciones políticas, de modo que si bien la mayoría de los asilados en Madrid eran nacionales, no faltaban tampoco los rojos, y esto en plena guerra. Cualquier momento difícil de las armas rojas arrastraba un aluvión de periodistas, políticos y hasta militares cipayos hacia el usufructo de un derecho de asilo al que atacaban día a día. En noviembre de 1936 había caballeros que después de escribir ardorosos artículos encomiando la resistencia y el numantinismo, pasaban la noche en una Embajada amiga en previsión de un ataque inesperado que pudiera tener éxito. Tenían miedo de dormirse en zona roja y despertarse en zona nacional, para lo cual dormían en Méjico, en Francia o en Turquía.

Gentes como el fiscal del Tribunal Popular, el Alcalde de Madrid y otros conspicuos —cuyos nombres no vale la pena citar— se ampararon en el derecho de asilo, e hicieron bien, nada más oír las armas de Franco. El embajador de Méjico, algún tiempo después, ya estabilizado el frente de Madrid, tuvo que dar una nota explicando que en su Embajada habla «asilados de diferentes ideologías», así como «armas para defender la Embajada contra turbas irresponsables hasta que lleguen fuerzas gubernamentales que la defiendan». La cosa debía de estar dura, ya que el Gobierno de Méjico era amigo del rojo y le suministraba y municionaba con indiscutible generosidad, sobre todo si se compara con la soviética, que era al contado y aun con anticipo.

Desde luego, el embajador de Méjico en el Madrid del 36 fue más decidido que el embajador gringo en Moscú cuando el caso de los campesinos rusos, cosa que, desde luego, tampoco me extraña. Inglaterra y los Estados Unidos, al parecer, no fueron demasiado partidarios del derecho de asilo, y lo que es seguro es que si lo practicaron en alguna excepcional ocasión fue atendiendo mucho más al *pedígrée* social que a otras consideraciones más urgentes. El melancólico profesor que regentaba la representación norteamericana en España hacia pinitos literarios en un balcón de Hendaya, desde el cual no consiguió ver derrotado a Beorlegui, y eso que encendió velas a San Franklin y Santa Eleonora; además presumía de hacer unas

expediciones mixtas de Pimpinela, Simbad y Onasis por las costas nacionales, rescatando vidas y bienes. Era —o es— un indio cursi. En su libro sobre el SIFNE, Bertrán y Musitu da a conocer el drama que se oculta en este anuncio publicado en la zona roja: «Con familia inglesa o norteamericana desearía habitación joven español». Y el autor comenta a continuación: («El anunciante, mísero perseguido por cualquier “checa” de la España roja, busca el asilo de un hogar extranjero para ampararse del acoso de que es víctima, y hace un ensayo azaroso para encontrar sentimiento de humanidad entre los nativos de los dos únicos países que, con Rusia, han rehusado en las Embajadas de Madrid todo amparo a los perseguidos por la ferocidad roja.)».

Los patrulleros rojos refunfuñaban refiriéndose a los asilados:

—Aquí hay que hacer como en Rusia. Hay que ir por ellos...

Pero en la mayoría de los casos no se aventuraron a intentarlo. En este sentido, la actitud de la diplomacia gringa en el caso de los campesinos cristianos, supone un trato de nación más favorecida con respecto a los milicianos moscovitas. Esto no sorprende a quien conozca bien las historias de la guerra de España, antecedente fuera de serie para explicarse muchas conductas y única regla de oro para conducirse frente al comunismo. Pues bien; tampoco entonces los Estados Unidos utilizaron el derecho de asilo, si se descuenta la protección a algunos altos jefes rojos en Valencia, Gandía y Alicante, cuando iban a ser capturados por el Ejército nacional; menos mal que, aunque tarde, se dieron cuenta de la labor que podrían haber realizado a lo largo de aquellos pasados treinta y tres meses. Por cierto, que ante unos *whiskys* estimulantes, el representante norteamericano fue testigo de una curiosa conversación entre Casado, anticomunista de la Junta de Madrid, y Gustavo Durán, comunista, jefe de una brigada, en la que mutuamente precisaron el lugar y la actividad a que prefería cada uno ver dedicado al otro, y al parecer, lugares y actividades eran coincidentes.

El «pimpinellismo», en cambio, fue practicado particularmente por muchos anglosajones de ambas orillas del Atlántico, con inteligencia, denuedo y deportividad, y son muchos los que recuerdan con gratitud las hazañas de un caballero inglés que actuó como Pimpinela en Madrid y que vino hace poco a recoger la gratitud pública por sus hazañas de aquel tiempo, y del cual no doy con el nombre, ni tampoco da con él el archivo de *Pueblo*; pero en modo alguno estas iniciativas individuales contagiaron a sus Embajadas, según se desprende, verbigracia, de textos como los que siguen:

«La muchacha secó sus lágrimas. (Advertiré que le acababan de matar dos hermanos, falangistas; no lloraba por capricho.)

»—Procuraré ir a una Embajada. Sólo tengo amigos en la inglesa; pero ni ésta ni la norteamericana dan hospitalidad a los perseguidos; iré, si puedo, a otra cualquiera».

El párrafo pertenece a una novela titulada *F.A.I.*, cuya trama transcurre en el Madrid cipayo. El otro texto dice así: «Corrían por Madrid los nombres de esos seres selectos que, utilizando su condición diplomática, habían salvado de la muerte a tantos millares de perseguidos. Los Morla, Estadella, Pérez Quesada, tantos otros apellidos que quedarán incorporados a la historia de España.

»Pasaron también frente a la Embajada de los Estados Unidos, pero ni allí ni en la inglesa se socorría a nadie. Escudados en unas frías convenciones sin aliento humano, habían dejado asesinar a sus puertas a muchos centenares de desgraciados a quienes pudieron salvar».

Este último párrafo pertenece a una estupenda novelita titulada *Las muchachas de Brunete*, que relata el caso de las hermanas Larios, hechas prisioneras por el Ejército rojo. Las dos novelas son de un excelente escritor español poco aficionado a exagerar ni a descomponerse, que hizo la guerra en el Ejército nacional, pero que siempre fue sincero amigo de los anglosajones.

La vida de los asilados en las Embajadas se ha descrito en muchos libros. Joaquín Calvo Sotelo llevó el tema al escenario con *La vida inmóvil*. Hubo quien pasó toda la guerra en su asilo diplomático, quien allí se casó y vio nacer su primer hijo; hubo quien prefirió el riesgo de la calle al tedio de la seguridad; hubo quien consiguió salir de España e incorporarse al frente con los nacionales, y quien tuvo que empeñar su palabra de honor de no regresar a España hasta que la guerra acabase.

Conozco el caso, porque me lo contó el propio interesado, de un escritor antifascista que fue acompañado hasta Bebé Morla por dos falangistas a los que él había ayudado unos meses antes. Acababa de tomarse Madrid y en el edificio diplomático —desoladamente vacío— aún quedaban dos asilados navarros, a la espera de trasladarse a su tierra, y ellos fueron los que hicieron el relevo de asilo con el escritor, al que mostraron gentilmente los trucos íntimos de la casa, el manejo de la cocina, el mejor lugar para el petate.

En medio de la grandeza de alma de tantos diplomáticos, no faltó algún abuso: «Volviendo a esos diplomáticos —acusa V. Botella Pastor en *Porque callaron las campanas* —, don Luís no silenció que Embajada hubo donde al ofrecer asilo a un matrimonio se precisó que era el del lecho del embajador para la mujer. De lo contrario, la calle y el riesgo de las “checas”... Otros más modestos se conformaron con trocar el derecho de asilo en prebenda provechosa y le ponen precio fuerte. Así ciertas representaciones se han convertido en negocios hoteleros, canongía que se extiende a pisos y más pisos, casas y más casas. Y esa gentuza se permite farfullar de los “rojos”».

Puede que algo hubiera. Lo que no podía fallar es el que los rojos montasen una falsa Embajada para la caza de nacionales. Este infame artulugio dio origen a las matanzas de «el túnel de la muerte». Ruiz Ayúcar relató esta historia en su ejemplar novela *Las dos barajas*.

Finalmente, un antiguo «chileno» se asombraba de que los campesinos rusos hubiesen llamado en demanda de socorro donde lo hicieron.

—No llamen a esa puerta —les hubiese dicho yo—. Ahí no, amigos. Llamen a la puerta de cualquier Embajada donde se hable español. Hay puertas a las que es inútil acudir. Allí no ayudan ni a Cristo.

REQUETÉ

Tengo la opinión de que si ser español es una de las pocas cosas serias que se pueden ser en el mundo —lo dijo José Antonio, y todo parece confirmarlo en el actual—, ser requeté es una de las pocas cosas serias que se pueden ser en España. Otra es ser falangista, aunque no quedemos muchos. El número poco cuenta; la calidad del producto es lo que importa. Ser los cabales en la hora precisa, que nunca coincide, por cierto, con la de atrapar carguitos.

El requeté tiene su ademán particular, de modo que es pura historia de España, y de la mejor clase, y en cambio no está bien definido por la Academia de la Lengua, como demostró Iribarren. El estar, aunque mal definido, supone cierta ganancia, porque en la edición del *Diccionario* correspondiente a 1926 ni siquiera figura en la lista de vocablos. El requeté quedaba a la intemperie, que no es mal lugar a veces, de la misma manera que lo propio ocurre hoy con el vocablo falangista.

El origen de la palabra requeté es un tanto misterioso, o por lo menos lo era hasta que Azcona lo aclaró definitivamente. En la primera guerra carlista, el voluntario que los liberales llamaron faccioso se llamó a sí mismo realista. En la segunda y postrimerías de la primera, ya fueron carlistas, y andando el tiempo serían jaimistas. En sentido despectivo, los liberales les llamaron carcas y carcundas —corrupción menospreciante de carlistas—, denominación que, como suele ocurrir en casos semejantes, acabó siendo aceptada como timbre de honor.

—Sí, señor; carcunda y a mucha honra —era frase muy fácil de oír en los tiempos de la segunda República, con lo cual quedaba desvirtuada la intención de una copla liberal y antigua:

Carcunda, carcunda,

toca la cometa,

que viene Moñones

con la bayoneta.

La conciencia de aquel miliciano rojo que meditaba sobre la abundancia de internacionales y rusos en los cuadros de mando de su Ejército, le

dice bondadosamente, «por bulerías», según Manfredi: «Te estás haciendo un carca, pelmazo». El teniente Moreno, el asesino de Calvo Sotelo, pedía en Villa Rosa: «Tú, Bernardo, canta una seguidilla republicana para fastidiar a esos carcas». Luego venían las bofetadas.

Los liberales llamaron también carlinos y carlines a los partidarios de Carlos V, y según demuestra Azcona fueron los vendeanos quienes inventaron la palabra carlista. Iribarren ilustra con dos ejemplos ambas variantes. En una cancioncilla se acaba gritando: «Muera todo carlín», y en otra, algo menos comprometida, se dice así:

Y venza el progreso,

venza el carlino,

mientras tenga mi jarro

lleno de vino.

Para mucha gente española constituyó una sorpresa la pujanza del requeté en la hora del Alzamiento; para quien observase los acontecimientos con más atención histórica que política, con el ojo más puesto en las silvestres realidades españolas que en los pasillos del Congreso, no fue motivo de pasmo. Seguramente, por ejemplo, que a Azaña no le pilló de susto, ya que nada más proclamarse la República y celebrarlo con la quema de los conventos, supo que Navarra estaba dispuesta a todo, tanto que para prevenirse envió hacia aquella tierra toda una brigada que anduvo de maniobras por los montes de la carlistada, donde se rememoraba muy a lo vivo cuanto esta palabra evoca, incluso en el sentido más puramente militar.

«En el Ejército carlista se llamaban carlistadas aquellas empresas que no se amoldaban a las reglas tácticas, y en que se veían noventa y nueve probabilidades de perder y una de triunfar», según Carlos Cruz Rodríguez, citado por José María Iribarren.

Vamos; la continuación de la guerrilla y el anticipo de los comandos.

La carlistada —como la francesada— tiene un son entrañable. Lo dice, recogéndolo en la vena popular, y en plena Cruzada, Luis de Armiñán: «Éibar está rodeado de pueblos en los que el tradicionalismo alentó siempre. Se habla en ellos de la “carlistada” como si se saborease un buen dulce. El calificativo es de la gente del pueblo, de los caseros, y tiene dejos familiares y cariñosos».

El requeté, para muchos, era algo lejano y desaparecido, casi folklórico, y esto no es de extrañar que ocurriese en 1931 y hasta en 1936 si se tiene en cuenta que en *La vida militar*, cuya publicación es muy cercana a la segunda guerra carlista, se habla de los requetés con cierta

vaguedad legendaria, como de cosa olvidada, curiosa y estimable a pesar de todo:

«Las compañías de *requeté*, mocitos desalmados de trece a dieciocho años, distinguíanse también entre los batallones carlistas, si no por su marcialidad y disciplina, por el cinismo y arrojo de que hacían gala. Marchaban en muchas ocasiones los primeros al asalto, y dieron no escaso tributo de sangre a la causa».

No es necesario aclarar que el texto es liberal y que puede que sea uno de los primeros en citar la palabra *requeté*. Lo que no sé es si Francisco Barado no confunde los términos, porque *requetés* se llamaron en la segunda guerra carlista a los voluntarios del tercer batallón de Navarra y también a los chiquitos de catorce y quince años que formaban una especie de guardia del príncipe don Jaime, hijo de Carlos VII. Algo así como una profecía de los pelayos. Haya o no equivocación en Barado, lo que si es cierto que en el voluntariado español de todo género, y el carlista lo es de primer orden, siempre se dan combatientes de edad casi infantil. No sé qué pasaría en las guerras civiles decimonónicas, pero en nuestra Cruzada se escapaban a los frentes verdaderos críos, con tanta insistencia en la aventura que muchos de ellos murieron como veteranos: dos recuerdo ahora, los dos *requetés* con quienes me unían vínculos de amistad: Garisoain, que cayó por la parte de Sigilenz, y Madoz, «Madocico», que fue de los primeros muertos en Guipúzcoa. Entre los dos no creo que llegasen a los treinta años ni aún añadiéndose un par.

La palabra *requeté*, estupenda e irrefutablemente investigada por mi ilustre paisano don José María Azcona, padre de tres voluntarios falangistas, tiene su origen en la primera guerra carlista. *Requeté* era el nombre de una canción que no se les caía de la boca a los mozos del tercer batallón de Navarra, junto al de Guías, los dos favoritos de Zumalacárregui, que no es parvo elogio en cuanto a virtud militar toca. El título de la canción se derivaba de su estribillo. El voluntario canta mucho, unos veces bien y otras mal; pero siempre en cantidad. Podría decirse que soldado que no canta algo tiene en la garganta. (Por algo al miedo, en la Legión, se le llama «dolor de garganta».) Los cuatro batallones iniciales del fabuloso Ejército que mandó Zumalacárregui, adquirieron su *nom de guerre* —nunca mejor dicho— tomándolo, como botín, de sus canciones favoritas, de modo que hay una copla que equivale a un estadillo lírico:

El primero, la Salada;

el segundo, la Morena;

el tercero, el *Requeté*,

y el cuarto, la Hierbabuena.

Quien quiera saberlo todo sobre este asunto ha de recurrir al libro de Azcona: *Zumalacárregui, Fuentes históricas*, y a una infinidad de notas sobre la cuestión debidas a Iribarren. Hay una separata de la *Revista Príncipe de Viana* en la que este mismo autor sintetiza muy bien todas las pistas, falsas y verdaderas, que conducen a la verdad sobre esta palabra. *Sentido y origen de la voz requeté*, es el título del artículo contenido en la separata. En él se parte a la búsqueda de la verdad desde las numerosas definiciones que se encuentran en los diccionarios a propósito de la palabra requeté, en general, o incompletas o desacertadas.

Lo que verdaderamente cuenta es que en todo el mundo basta con decir requeté para que cualquiera sepa de qué se está hablando. Bueno.

Lo del requeté era una canción de marcha. Iban los del tercero de Navarra a buen paso, ni muy uniformados ni siquiera muy vestidos, y estimulaban su natural buen humor con la canción cuyo estribillo decía:

Vamos andando, tápate,

que te se ve el requeté.

Azcona asegura que «el sentido indeterminado de esta palabra le daba cierta malicia inocente y estimulaba la picardía infantil de los soldados».

La tropa siempre tiene su lenguaje de cábala, como si quisiera aislarse de quien no esté a su lado. Iribarren supone que Zumalacárregui, en su afán por aligerar desde la impedimenta al uniforme de sus soldados, pudo ensayar con el tercero de Navarra el uso de lo que en Navarra se llama la gatera, esto es, una «abertura en la parte trasera de los pantalones de los chicos para que éstos puedan hacer sus necesidades sin tener que desabrocharse ni bajarse los pantalones».

Apoya su teoría diciendo que el tío Tomás, «que había peleado en la Francesada y que sabía mucho de guerras, no podría olvidarse de los miles y miles de soldados que, a través de la Historia, fueron “cazados” en las inmediaciones de sus campamentos o al borde del camino, mientras realizaban, apartados de los demás, el citado menester fisiológico». En efecto, muchas veces buscar la desenfilada es un verdadero problema, con gatera o sin ella, aunque la gatera, indudablemente, a cambio de un incómodo fresquito, reduciría los tiempos del riesgo.

Otra variante del dichoso y divertido estribillo es ésta:

Tápate, soldado,

tápate que se te ve el requeté.

Ignacio Baleztana, que en cuestión de coplas se las sabe todas, parece confirmar las suposiciones de Iribarren con esta otra variante que él ha documentado, procedente también de la segunda guerra carlista:

Requeté,

tápate el culo, que te se ve.

Por donde resultaría que los requetés. todo lo contrario de los *sansculottes*, tendrían algo estético en común con los revolucionarios franceses, además de que en francés la palabra requeté designa un toque de caza que los oficiales de esa nacionalidad debieron poner de moda en las filas carlistas.

Puede ocurrir también que esa visibilidad, un tanto íntima, que ofrecían los barbianes del tercero de Navarra fuese debida a la escasez de ropa o al mal estado de sus pantalones, bien por delante o bien por detrás. Determinadas alusiones son muy populares en España, en cierto régimen de pesas y medidas que se aplica a la estimación del valor de los hombres.

De todos modos, cuando la voz requeté empieza a adquirir dimensión nacional es en el largo período anárquico, enloquecido y entontecido que precede a nuestra Cruzada. Los carlistas catalanes que luchaban contra los jóvenes bárbaros y el incipiente e inventado separatismo, gustaron de llamarse requetés. De ahí pasó el gusto a los mozos levantinos que se sacudían con los seguidores de Blasco Ibáñez, y después al reato de España. *El Requeté*, un magnífico libro del general Redondo y del comandante Zavala, es la guía a seguir por quien quiera conocer la historia de su organización y empresas en nuestro tiempo.

Los requetés se han considerado siempre como Ejército español. No pensaban en milicia. Siempre practicaron más en el campo que en la ciudad y gustaban de la maniobra entreverada de romería; del *aplec* más que del mitin. «Echarse al campo» era su frase. El requeté tuvo incluso el acierto de organizarse militarmente, en su última versión, bajo la santa advocación del Tercio, que es la unidad castiza, española, de cuando la moda castrense del mundo era impuesta por nuestra gente. Su uniforme se acomodaba al del Ejército, y en su aspecto más conocido al de los soldados cuya uniformidad va desde la reforma de la Dictadura hasta la de don Manuel Azaña; color caqui y polaina con botones, casi como los granaderos de Prusia. En sus luchas antirrepublicanas, el requeté prescindió de la guerrera y se quedó, según el estilo del tiempo, en mangas de camisa. Caqui, por supuesto. (Los jefes legionarios del Requeté, como Rada, verían con agrado esto; y también aquel selecto grupo de militantes que fue a Italia a prepararse como oficiales.) Su saludo era exactamente igual que el militar, pero no faltaron algunos requetés que preferían el saludo brazo en alto, considerándolo algo así como el signo universal anticomunista.

El requeté tiene un estilo tan propio e incontagiable que ni siquiera el contacto con eso que se llama el café y el casino pudo contaminarlo de comodidad. Los Círculos Carlistas no eran otra cosa que casinillos o cafés, pero tan distintos a todos que realmente constituían campamentos, cuartos de bandera, cuarteles, casonas de una gran familia. Jamás hubo nada más llano, igualitario y democrático que un Círculo Carlista, porque la auténtica democracia, en España, siempre cae del lado de la tradición.

Si en España se dice: «Voy al Círculo», nadie piensa en el Círculo de la Unión Mercantil o en cualquier otro género de respetable círculo, más o menos económico o social, sino en el Círculo Carlista más próximo. Los Círculos se mantuvieron en constante rebelión contra la pobrecita, desangelada y paratífica Monarquía liberal, y hasta la defendieron en las elecciones de abril de 1931, según vi yo en Pamplona, aunque luego escuchase también la opinión que la retirada de Alfonso XIII merecía, por ejemplo, a Javier Astraín, carlista de cepa complicado hasta las cachas en aquellos comicios. En el Círculo de la plaza del Castillo funcionaba una Academia Militar del Requeté, donde se graduaron de cabos, sargentos y oficiales un buen número de amigos míos.

«Los Círculos Carlistas —escribe Casariego— solían adornarse un poco infantilmente, con aire pueblerino, fuera de las exigencias de la moda francesa o inglesa, que imperaba. Lo más frecuente era que dominasen los motivos heráldicos en los que se multiplicaban flores de lis y boinas bermejas. Su iconografía era siempre religiosa y militar. Cuadros de Santos y de Caudillos, románticas y descoloridas litografías de guerrilleros y de escenas de batallas y vivacs».

Por mi parte, insisto, puedo decir que nunca he conocido nada más democrático que un Círculo Carlista, ni más totalmente politizado. En el de Pamplona había un pim-pam-pum de uso infantil con los retratos grotescos de Azaña, Prieto y otra gente enemiga. Los chavales les arreaban unos pelotazos fenomenales y más de uno de aquellos críos se escaparía a la guerra en cuanto ésta reventase, de modo que de tirar al pim-pam-pum pasaron a tirar con fusil o a lanzar granadas de mano y, con frecuencia, a morir.

Los Círculos Carlistas eran como blocaos en medio de la noche, como pequeñas luces orientadoras en medio de la tempestad. Jugar al dominó en un Círculo Carlista era mucho más decisivo para España que perorar en las Constituyentes, y una partirla de mus en el Círculo de Artajona, pongo por ejemplo, valía más que un Gobierno radical con participación de la Ceda o un brioso discurso de don José María Gil Robles. Eso sin contar con que el vino de Artajona tiene usía y es de por sí un parque de municionamiento. Por algo se dice, «Soldao navarro, buen vino». Uno de los espectáculos más reconfortantes en la época de los amigos de la U.R.S.S., los intelectuales listillos y la apertura a la catástrofe, era ver el zaguán del Círculo Carlista de Pamplona convertido en cuerpo de guardia, con requetés de uniforme, armados y sabiendo usar las armas.

Los requetés nunca han engañado a nadie, razón por la cual incluso llegaron a molestar a cierto tipo de políticos tradicionalistas que ya estaban en aquello de que «no era cosa de jugar a los soldados». ¡Cómo se reían los requetés, pasado algún tiempo, al ver a más de uno de estos en gran uniforme, cubierta la boina de florea de lis y hasta con botas altas! Peter Kemp opinaba muy bien de los requetés, pero afirma que su «mando político era inepto». Algunos de los así calificados doblaron el espinazo en Estoril.

La lengua de los requetés fue siempre lengua con manos, y osaba hablar, y cómo.

He aquí, por ejemplo, la orden circulada en los turbulentos tiempos de la anarquía barcelonesa: «Al insulto responded con la bofetada, a la bofetada con el palo, al palo con el tiro». Esta escala progresiva y madrugadora es de gran eficacia, altamente práctica.

El requeté combatió siempre bien, siempre cantando, siempre de cara y siempre rezando. Lojendio, al hablar de la reconquista de Asturias, escribe: «Respondía la guerra al tipo romántico y heroico —modo de guerrear que por antonomasia puede llamarse del requeté navarro— que ya se había empleado en la lucha sobre las montañas vascas, cuando ya en marchas inverosímiles los soldados escalaban los montes ocultándose entre matas de carrascas y de argomas, protegidos por la niebla baja que descendía por el flanco de la montaña». Cristo era su Capitán, igual que el de Juan de Austria y su gente en la ocasión de Lepanto. Los Tercios de requetés llevaban al Cristo en vanguardia, delante incluso de las banderas que jalonaban el avance. Se hicieron famosos, de modo singular, los cristóforos de Montejurra y Lacar. En cuando el padre Huidobro pasó a España se fijó en la religiosidad de los requetés. Entró por Dancharinea, y a través del Baztán y de los bosques de Velate fue a Pamplona. Inmediatamente escribió una carta a sus superiores: «¡Qué muchachos! ¡Cómo hablan de la muerte!... Confiesan y comulgan con mucha frecuencia y ellos son apóstoles de los otros. Este espectáculo de un pueblo que sólo sabe rezar y luchar es algo grande».

Los requetés fueron en la guerra nuestra algo bien distinto a lo que quiere que sean el novelista de la objetividad, señor Gironella, que los pinta como una turba mitad fanática, mitad supersticiosa. ¡Aquel requeté de Estella que Gironella saca de un chiste bastante popular por entonces para convertirlo en historia! «Poco antes de la guerra — escribe— habla practicado la devoción de comulgar nueve primeros viernes de mes seguidos. De pronto, cuando la batalla de Oviedo, le vino a la memoria que el Sagrado Corazón había prometido la perseverancia final —“no morirán en mi desgracia ni sin recibir los Santos Sacramentos”— a aquellos que, como él, hubieran llevado a buen término tan piadosa costumbre. El requeté de Estella, monstruosa mezcla de fe y de ignorancia, razonó: “Así, pues, dado que el Sagrado Corazón no puede equivocarse ni mentir, es obvio que si estoy *en desgracia de Dios, o sea, en pecado mortal, no moriré...*, lo que equivale

a decir que *los rojos no me matarán*". El requeté, sin pérdida de tiempo, se dirigió a Oviedo dispuesto a pecar, a "ponerse en desgracia de Dios", hecho lo cual, concienzudamente, en el primer burdel de que tuvo noticia, regresó al frente. A partir de este momento se sintió tan inmunizado, tan a salvo y a trasmano de las balas, que en ocho días llevó a cabo una retahíla de acciones heroicas que le valieron una Medalla Militar Individual».

Indalecio Prieto conocía a los requetés bastante mejor que Gironella, y por eso aseguraba con su desvergonzado lenguaje que no había animal más peligroso que un requeté recién comulgado. La fabulilla fanática del requeté de Estella es haber oído campanas —valga la expresión, que no vale mucho que digamos en este momento— sin saber dónde. Mucho más cierto es que el cristóforo de uno de los más brillantes Tercios de Navarra, famoso porque avanzaba sin armas y sin escurrir el bulto, fue reprendido cierta vez por su comandante, que estaba extrañado al ver que aquel día el mozo se pegaba al terreno mucho más de lo que fuera de desear. El requeté se explicó:

—Es que ayer tuve un plan y hoy estoy en pecado. ¡Y eso de morir en pecado no me gusta nada!

El requeté tiene una actitud vital llena de alegría cristiana, de la más gentil tradición española, que suena a fe y al júbilo de Berceo y del Arcipreste. Su confianza en la «Gloriosa» y en la eficacia de las tres Avemarias llega hasta los nombres de sus unidades: nada menos que diecisiete Tercios llevaban el nombre de la Virgen en diversas advocaciones. ¡Tercios de la Virgen del Camino, del Puy, de Nuestra Señora de Estívaliz y de la Virgen Blanca, de Nuestra Señora de Begoña y de la Antigua, de Valvanera y de Covadonga, del Pilar y de Montserrat, de la Virgen de los Reyes y de la del Rocío, de la Merced y de la Victoria, de las Angustias y de Guadalupe!

Y algunos de estos nombres eran «repes», como dicen los chicos de mi tierra.

El grito de «¡Viva Cristo Rey!» solía ser la última jaculatoria del requeté muerto sobre el campo. López Sanz cuenta en uno de sus libros la muerte de José García Imaz, de Larraga, acaecida a los catorce meses de frente en las filas gloriosas del Tercio de Lácar. «A un hermano (suyo), sargento en el mismo Tercio, le avisaron de la desgracia:

»—Tu hermano José ha caldo gravemente herido.

»Marchó a buscarle y le encontró moribundo. Le abrazó y le dijo:

»—Grita ¡viva Cristo Rey!»

Jesús Lambea, un requeté navarro, alférez provisional, que habría de morir al frente de una sección de la Primera Bandera de la Falange de Navarra, explicaba su valor con gran modestia en una carta familiar:

«Al subir el monte para tomarlo, recé tres Avemarias a la Virgen Santísima y no dejo de repetir la hermosa jaculatoria: “Sagrado Corazón de Jesús: en Vos confío”».

Lambea se municionaba en el mejor parque posible: en el de la fe en Dios. Por si fuera poco, asistía a los moribundos de uno u otro bando, si el capellán no estaba a mano, ayudándolos en el trance con las oraciones del *Devocionario del Requeté*. Se le llamó el Alférez de Cristo Rey, que no es parvo sobrenombre. Seguramente que Jesús Lambea se hubiera extrañado leyendo aquello que cuenta en *España* don Salvador de Madaringa: «En plena batalla del Ebro, el cura castrense de un regimiento navarro que solía rezar un rosario al anochecer, se encontró sorprendido con que la tropa le hacia una “huelga” de padrenuestros al llegar el momento de orar “por nuestros caídos”. “¿Qué pasa?”, preguntó. Y un barbudo navarro le contestó con voz varonil: «Que se diga por nuestros caídos y por los de nuestros hermanos de enfrente».

Cualquiera sabe que esto de rezar por todos los caídos era una costumbre muy extendida desde el primer momento. En *La fiel Infantería* anotaba yo este recuerdo de los días de julio y agosto en Somosierra: «Acabamos con un responso por todos los muertos de la campaña, por sus muertos también». De modo que, agradeciendo la buena intención del reverendo don Salvador, de la S.N. (Sociedad de las Naciones), lo de su «huelga» es otra cosa, así como lo del requeté de Estella. El alférez protagonista de los *ojos perdidos*, que está en línea ortodoxa, «pidió por sus amigos muertos a los dos lados y pidió por todos los muertos de su bando y también por los enemigos muertos, excluyendo, eso si, a los checos, los franceses, los norteamericanos, los ingleses, los yugoslavos y, en general, a todos los hijos de mala madre de las Brigadas Internacionales. Pidió perdón por excluirlos, pero no lo podía remediar ni aun sabiendo que los hijos de mala madre de las Brigadas Internacionales también eran hijos de Dios».

La fe de los requetés era algo tan vivo como el universo; tan suyo como su piel; tangible y próximo como su cantimplora o su bota.

«—¿Crees que es importante la herida, Babil?» —le preguntaba un alférez carlista a su enlace, un chico de como dieciséis años, según cuenta Zavala.

«—No lo sé, mi alférez; pero, por si acaso, vamos a rezar juntos el Señor mío Jesucristo»—le contestó Babil, a quien también le habían cascado.

Rezar el Señor mío Jesucristo por si acaso es una buena fórmula para vivir bien y morir con decencia.

Peter Kemp nos da un testimonio de excepción: «El hospital se llenó pronto con los heridos que llegaban del Ebro. Un joven oficial navarro de los requetés, con una pierna destrozada, fue aposentado en mi habitación. Sufría horribilmente, y su cara era verde bajo el sudor.

Contrariamente a mí, jamás se quejaba de su herida, y se manifestó encantado de compartir una habitación con un inglés llegado para combatir por la causa de España. Cierta día, al despertar de un período de inconsciencia, vi que había desaparecido. Eileen O'Brian me explicó la razón: el hospital estaba atestado, debido a los numerosos ingresos, y uno de nosotros dos debía ser trasladado a otro punto más lejano. Estaba inconsciente cuando llegó la orden, pero el requeté afirmó que, puesto que yo era un voluntario inglés, tenía prioridad sobre él, y a pesar de que su estado no era mejor que el mío, insistió en ser trasladado. Profundamente emocionado, pedí a Eileen que procurara encontrarle y le diera las gracias en mi nombre, pero ella negó con la cabeza.

»—No puedo. Murió durante el viaje».

Cantar, cantaban a modo los requetés. Nuestra guerra, al menos en el lado nacional, fue bien cantarína. Cantaban requetés y falangistas, pipis y paisas, legionarios y regulares, marineros y aviadores. Algunas de las canciones de los requetés, que poseían un extenso romancero lírico, expresaban, más o menos a las claras, cierta veta medieval de las que pueden caer por el lado de nuestro inconmensurable Arcipreste.

A mi me encandilaba aquel balance —un poco como de «Hostería del Laurel»—que aprendí en «La Bidasotarra», el autobús que nos tocó a los enlaces para el camino de Somosierra. Mis profesores eran Ardanaz, Cirauquí, Corellica, Goñi, Istilar:

Neskacha polita, navarra

graciosa, alavesa airosa,

la aragonesa amable,

la dulce castellana,

venid con fiaves todas

a poner a los carlistas

en sus sienes las coronas.

No la recuerdo completa, pero siempre me gustó aquella en la que se pronostica a una muchacha:

Y dormirás en un lecho de flores

con cuatro requetés

que te hablarán de amores.

Tampoco es manca, ni teológicamente hablando, ni al hablar de otro modo, la que proclama:

Viva Dios, que nunca muere,

y si muere resucita.

Viva la mujer que tiene

amores con un carlista.

Esta, amigos míos, al menos desde un punto de vista puramente cuantitativo, era más modesta que la chica del «lecho de flores».

Cantando daban lecciones de moral militar y de un cristiano entendimiento de la vida y de la muerte:

No llores madre, no llores,

porque tus hijos

a la guerra van, a la guerra van.

¡Qué importa que el cuerpo muera,

si al fin el alma gozará

en la eternidad, la eternidad!

¡A las armas, voluntarios,

a las armas a luchar por nuestra fe!

Moriremos defendiendo la bandera

dé Dios, los Fueros, Patria y Rey.

Otros simplificaban la cuestión en el último verso:

... de Jesucristo, Nuestro Rey.

—Chico, tener tanta fe, lo comprendo, es como jugar con ventaja —me decía en la Cuarta Caseta un requeté de Pamplona a la vez que atacábamos una lata de sardinas en amor y compañía a la vuelta de un enlace que nos había hecho pasar muy malos tragos. Tragos, por cierto, que pasamos por el garganchón con la ayuda— a Dios, lo que es de Dios y al César lo que es del César— de la bota de vino.

Por esto se permitían aquellas bromas bradominescas sobre determinado meridiano que pasa por la cintura, y también hacer humor negro de excelente calidad, no de carrico de muertos y taza de *water*:

Si prompte vols ésser enterrat

ves al Terç de Montserrat.

O también aquel pareado de la más hermosa unidad de todo el Ejército Nacional, que proclamaba con la resignada y valerosa chungueta del soldado que tiene confianza en su jefe:

Para el General la faja;

P'al requeté la mortaja.

Pero vitoreaban a su general y morían a sus órdenes sin tiempo siquiera para probarse la mortaja.

Casariego los ve así camino de la muerte: «Las recias abarcas de becerro vuelto y ancha suela claveteada pisaban, firmes y acompasadas, la tierra fragosa de un bosque tupido y melancólico por el que el Tercio subía en larga y serpeante hilera de combate. Los requetés —camisa despechugada y descolorida boina calda sobre la nuca— marchaban lentamente, bajo la pesadumbre de sus equipos y cartucheras».

El general Rada —a cuyas órdenes tuve el honor de servir en Somosierra— les decía en las puertas de Madrid: «Por ser requetés tenéis que ser buenos cristianos, buenos soldados y buenos caballeros; ningún acto sería por mí tan castigado como el que lleve envuelto un afán de crueldad o de lucro; cuando lleguéis a las casas madrileñas, ser requetés es ser valientes, pero ser humanitarios; ser implacables, pero ser ecuanímenes».

Nada más comenzada la guerra, el jefe carlista Joaquín Baleztena difundió esta orden: «Los carlistas, soldados, nietos y biznietos de soldados, no ven enemigo más que en el campo de batalla; por consiguiente, ningún movilizado, voluntario, ni afiliado a nuestra Comunión debe ejercer acto de violencia, y si evitar que se cometan en su presencia. Para nosotros no existen más actos de represalia que los que la autoridad militar, siempre justa y prudente, se crea en el deber de ordenar.— El Jefe Regional, Joaquín Baleztena».

Un periodista francés, André Villoboeuf, de *Gringoire*, los vería así en el desfile de la Victoria: «De pronto, un grito inmenso se sobrepone a todos los vítores. Es que avanza la infantería navarra, mandada por el general Solchaga. Se toca con la boina roja y ondula como un campo de amapolas entre los árboles de la Castellana. ¡Requetés y navarros! Bravos entre los bravos, siempre en los puestos de peligro, helos aquí, ahora, en el del honor. ¡Qué hermosos resultan sus rostros devorados

por la fiebre patriótica, detrás de sus grandes crucifijos de cobre que acarician las banderas maculadas de sangre! Yo, que formé durante la gran guerra en nuestros batallones de Cazadores, que afrontaron con honor las embestidas de los más rudos regimientos alemanes, puedo afirmar que a esta hora no hay en Europa una infantería superior a la navarra. Existirán las que se le puedan comparar, pero no las mejores. Matriz de toda la infantería española, legión alerta, mordiente, posee un fuego, una elegancia en la marcha, que electriza a la multitud y desencadena a su paso huracanes de vítores».

Se me ocurren mil maneras de terminar esta papeleta, y sin falsa modestia, juro que todas brillantes. Pero renuncio a ello. Prefiero liquidar el artículo con la más caliente estadística. Copio, pues, del libro de Zavala:

«El Tercio de Lacar fue de todos los navarros el que tuvo más bajas en la Cruzada, 720 muertos y 7.500 heridos, es decir, un 102 por 100 de muertos y un 1.071 por 100 de heridos, si tenemos en cuenta que la plantilla de un Tercio es de unos 700 hombres. Por este Tercio pasaron alrededor de 12.000 hombres durante toda la campaña, es decir, los efectivos de una división».

PODENCO

Tanto como guardián de cárcel roja o chequista, al menos en ciertos lugares de Asturias. Guillén Balaya escribe:

«—Silencio, que viene un "podenco".

»El podenco tiene un puro en la boca. Se llama "Pachu" y es un vulgar asesino... Su misión consistía en facilitar listas al minotauro insaciable de la cheka».

NACIONALSEMINARISTAS

Cuentan que Foxá —al que se le cargaban todas las ingeniosidades habidas y por haber— pronunció una frase estupenda en el momento de producirse un cambio fundamental en el Ministerio de Asuntos Exteriores. La frase era, más o menos:

—Hemos pasado del azul prusia al azul purísima.

Este azul, de distinto tono que el falangista, tuvo gran influencia en la política española desde los primeros momentos de la guerra. A su cuenta, pues, va también esto de llamar nacionalseminaristas a

nacionalsindicalistas de incorporación apresurada, aunque de excelente intención. En la postguerra se llamaron así, principalmente, los equipos de la propaganda que durante mucho tiempo tuvieron su sede en Montesquiza, 4, cuna del Ministerio de Información.

Desde luego, allí convivían el azul prusia, el azul purísima y el azul mahón, el simple y llano azul de la Falange. Durante la primera época las paredes mismas estaban llenas de consignas e invocaciones falangistas.

Samuel Ros le dijo una vez a Arias Salgado que le tenía que dejar llevarse a casa la Vicesecretaria para leérsela por la noche, en la cama. Toda esta literatura mural desapareció un buen día —o malo, según se mire, y yo lo miro como malo— y ya no se volvió a ver. Sobre el nacionalseminarismo como actitud política se podría escribir un rato largo, pero no es éste el lugar apropiado.

LA QUINTA DEL SEU

Expresión político-militar inventada por la agudeza de Juan Aparicio para definir cronológica y sentimentalmente a la porción más joven y combativa de lo que viene llamándose generación del 36.

CAMARADA

Las palabras, como casi todo lo que el hombre usa, unas veces están de moda y otras no; el valor de una palabra sufre las mismas oscilaciones que los cotizados en la Bolsa, y sube y baja con tanta frecuencia, ligereza y capricho como la altura de la falda de las mujeres respecto al suelo. Quien esté situado entre los cuarenta y los cincuenta años ha conocido en este último terreno todo lo que hay que conocer, desde el tobillo poco menos que parcela acotada para la pura observación erótica, hasta el muslo como zona sin misterio. Ya en mi adolescencia se cantaba aquello de que la tobillera acabaría en muslera, y aún insinuaba el ingenio del autor de la copleja:

... al paso que tú vas

de fijo acabarás siendo muslera...

¡Muslera y algo más!

Con la palabra camarada pasa que no está de moda. Tampoco están de moda muchas otras vinculadas con el uso de la palabra y, en general, un

clima bastante insolidario hace que ni siquiera la camaradería esté en boga.

Es, sin embargo, palabra antigua y hermosa, más bien de uso literario en los finales del siglo XIX, y resucitó a la vida popular —que casi siempre arranca en la milicia— allá por los tiempos de la clasificada como G.M.I. Calculo que a la gente de mi generación le llegó a través de la novela pacifista. (No hay nada que provoque tanto el gusto por la guerra como una novela profesionalmente pacifista, y tengo para mí que mucha culpa de las exaltaciones belicistas en los veinte y los treinta la tuvieron los Remarque, los Barbusse, los Zweig, los Yale Harrison y gente por el estilo.)

Camarada era el título de un libro escolar que no nos caía demasiado en gracia a los que hicimos la primaria en tiempos del charlestón, y también encontramos el vocablo en aquel enternecido *Corazón* de Edmundo d'Amicis. Pero nuestro enamoramiento con el uso de la palabra camarada vino a través de *Sin novedad en el frente*, y me refiero no sólo a la novela, sino también a su versión cinematográfica.

Por entonces ya andábamos en los años mayores del Bachillerato, y nos tocó asistir en corporación a la apertura de un Hogar del Soldado en el cuartel de uno de los Regimientos que guarnecían Pamplona. Jamás supe por qué, me designaron a mí para decir unas palabras en nombre de los estudiantes a la vez que se entregaban unos pocos libros, regalo de las letras a las armas. Cumplí como pude, pero lo que sí es seguro es que causé una cierta sensación al comenzar la lectura de mi par de cuartillas así:

—Camaradas soldados...

Uno de los capitanes —mandaba ametralladoras— me premió sentándome en el sillón de una máquina y haciéndome tirar un peine de fogeo. Fue la primera vez que olí la pólvora. Ese capitán, tres o cuatro años después, mandaría la primera Centuria de Navarra en Somosierra, y más de una vez fui a su puesto de mando llevando un enlace y olfateando la pólvora en serio.

El *Diccionario* de Almirante dará al curioso lector todas las necesarias precisiones —y aun imprecisiones— sobre el origen del vocablo. Parece que en el nacimiento de la artillería, o poco más, significó algo así como batería. «Por la parte de tierra —escribe Carnero, citado por Almirante — se había plantado otra camarada de otras doce piezas, que ambas a dos hicieron gran batería».

De lo que no hay ni la menor duda es de que el vocablo es de origen militar, lo cual atestigua, entre otros, nuestro padre Covarrubias. De cámara y de cama puede derivarse camarada, y antes de significar amigo entrañable, compañero de armas y aventura, vino a ser algo así como república o imperio, es decir, fraterna administración militar para asuntos de rancho y vida en común. Unas Ordenanzas del siglo XVII

cantan «la buena y loable costumbre que solía haber de que los soldados viviesen en camaradas..., que son las que han conservado a la nación española».

Ni más ni menos.

La palabra está en las arengas de los grandes capitanes de Flandes e Italia, que a su gente calificaban de magníficos señores, soldados y camaradas.

Fue una generación totalmente politizada la que volvió a usar, con un regusto entre militar e ideológico, tan hermoso vocablo. Esta generación es la que los escasos cursis que sobreviven dentro del Plan de Desarrollo llaman de «los cainitas», es decir, la generación que aceptó la guerra con honor, tanto de una como de otra parte. Recuerdo como dos grandes impresiones de mi juventud la primera vez que me oí llamar camarada en el palacete de Riscal y la primera vez que canté — casi sin conocer la letra— el *Yo tenía un camarada*; fue en un entierro falangista que acabó como el rosario de la aurora, allá por el camino de las Sacramentales viejas. Esta canción sería a finales del 37, junto a las murallas de Ávila, una de las que primaban a la hora de marchar los cadetes de la primera promoción de aquella Academia de Infantería.

La palabra tropezó con resistencias reaccionarias, tanto en el mundo de las derechas como en el de las izquierdas, que para mi siguen siendo bastante parecidas en gustos. A los socialistas les complacía más decir compañero, y cuando los de derechas se referían a los falangistas pronunciaban la palabra camarada con el mismo «retantán» que los socialistas al hablar de los comunistas y de los rusos.

Gabriel de Aracelí cuenta en *Valencia 1936*, refiriéndose a los rusos que pilotaban la guerra desde el lado rojo: «Mangoneaban bastante. Iban vestidos de paisano, a lo más con uniforme caqui abierto, pero sin insignias ni distintivo alguno. Los intérpretes eran casi siempre muchachas, algunas guapas y casi todas judías polacas que fumaban como carreteros. Entraban y salían mucho; nadie parecía mandar en ellos, y utilizaban el teléfono durante largos minutos, gritando con el receptor al oído como demonios. Se les llamaba “los camaradas”, y con ese eufemismo se les conocía».

Al eufemismo se apuntaban, también con su miajita de sorna, los comunistas indígenas.

En zona nacional también tropezó la palabra con muchos inconvenientes, tan respetables como injustos. Fue Pedro Lain quien mejor defendió el vocablo, verdadera bandera dialéctica de mi generación, en un artículo publicado en *Arriba España* de Pamplona, primer diario falangista, el 18 de abril de 1937, en plena ofensiva de Vizcaya. «Viene hoy en busca de esclarecimiento esta palabra de “camarada”, que —para escándalo de viejos y débiles— sale con gozo y brío nuevos de los labios nacionalsindicalistas. Todos hemos oído la

objeción pacata. Acaso muchos de entre nosotros lo hayamos sentido un poco, porque venimos de una sociedad radicalmente burguesa, y nada hay que conserve huella tan honda como las blanduras».

Era un artículo estupendo, preciso, riguroso. Decía que la palabra camarada tenía «solera de Tercio viejo», lo cual es cierto, y también que la Falange «bautizó al camarada para hacerle hermano», lo cual, al menos entonces, era verdad. Acaso nos hemos olvidado ya de lo que aquel vocablo significó para todos y también de todo aquello a que nos comprometía.

La palabra adquirió un aire generacional, definitorio, de tal modo que en el *Frente de Madrid* de Neville, un agente nacional de información que pasa las líneas hacia la capital a través de una mina, convoyado por otro agente nacional que allí trabaja, lo hace notar sobre la marcha:

«—Que descanséis, camaradas —les dijo al dejarles pasar.

»Siguieron unos pasos en silencio. Luego dijo Javier:

»—Resulta curioso oír decir camarada a los rojos.

»—Eso llevan aprendido para después».

Hace algún tiempo asistí a una reunión de antiguos combatientes de la guerra más política del mundo, reunión ya tan despolitizada que con tal de eludir el uso de la palabra camarada —precisamente por la significación que tuvo en la guerra y en la postguerra—, muchos de los asistentes caían en el uso y abuso del «compañero», con lo cual todo sonaba como a Saborit, Carrillo o Llopis. Menos mal que uno de los allí presentes tuvo la ocurrencia de referirse a sus camaradas de una bandera de la Legión diciendo:

—Como recordarán mis colegas de bandera...

La palabra camarada aún significa para muchos españoles el hermano del 18 de Julio. Y esto, pase lo que pase, tiene fuerza y tira a peso de la cabeza y el corazón. Cosa, a mi modo de entender, que un día u otro ha de verse.

SEDAL

Una bendición de Dios, sobre todo si las cosas iban bien. Si las cosas iban mal, lo decoroso era aguantarse con el sedal. He aquí dos típicos ejemplos de una y otra actitud tomados de un mismo relato, el de Salvador García de Pruneda:

«—Me han dado, mi teniente —dijo el zapador de Marchena.

»Tenía un sedal en el brazo izquierdo.

»—De ésta escapas.

»Alegre como unas castañuelas se fue barranco abajo, utilizando como cabestrillo del brazo herido el correaje».

Queda claro que esta cita se refiere a cuando las cosas iban bien.

«Por una senda, monte abajo, apareció el capitán ruso-austríaco. Tenía el monóculo empolvado y llevaba el brazo en cabestrillo, sostenido por una venda sucia.

»—¿Te han dado?

»—Sí, pero es un sedal sin importancia.

»—Evacúate.

»—Aún es pronto. Arriba la cosa va mal. *On est foutu*. Nos retiramos sobre esta eminencia».

Precisamente sobre esa eminencia quedó muerto el capitán.

No falta quien considera que el sedal, en los barós de primera, es ave de mal agüero, algo así como el signo que la muerte deja sobre sus elegidos, igual que si dijese:

—Espérate, que ahora vuelvo...

Pero esto son interpretaciones individuales que no significan nada desde el punto de vista general.

BATALLÓN DEL TALENTO

Grupo de intelectuales antifascistas que se daba la gran vida en los cuarteles generales de Modesto y Lister, conocidos protectores de las artes y las letras, verdaderos mecenas de la vida y de la muerte.

Como uno no lleva fama de simpatizar demasiado con los intelectuales y su principal tic nervioso, se limita a transcribir aquí la definición que este grupo merece de Enrique Castro Delgado, fundador de Quinto Regimiento, cuna del ejército rojo. «(Los comisarios de Modesto y Lister) se limitaban en la mayoría de los casos a controlar y alimentar el llamado “Batallón del Talento”, integrado por un grupo de poetas y

escritores que vivían como pequeños cortesanos, lanzando incienso, disfrazando a los enanos de gigantes y envenenando a las gentes con la peor y más miserable de las literaturas: la literatura del elogio, de la baba, de la sumisión al jefe, de la exaltación al jefe, de la adoración al jefe...».

En Pamplona, y mientras estuvo allí la Jefatura Nacional de Prensa y Propaganda, hubo una llamada Casa de la Sabiduría donde se alojaban poetas e intelectuales, pero la verdad sea dicha, muy en otro tono. Por allí pasaron Rosales, Vivanco, Ridruejo y otros que no recuerdo.

PERNOCTAR

Según el famoso sargento del que todos hemos oído hablar alguna vez, «dormir fuera del cuartel».

GERUNDIO

Pertenece el vocablo al africano típico. Parece que significa tanto como paisano, civil, hombre que no pertenece al mundo de las armas.

—Perdone, mi general —le dijo un famoso jefe de nuestro Ejército a un capitán general—; no le había conocido vestido de gerundio.

EL TERCIO

Fue Raimundo Lanás, de la ribera del Ebro, quien puso de moda por las vísperas de nuestra guerra, una jota que dio mucho quehacer, junto con la de la noche de lo Bardena en que llovía y nevaba, la de la flor plantada a las orillas del Arga, la del pajarraco que quería volverse yedra por aquello de ir por atún y a ver al duque, y la del más lindo querer que, como saben, es el querer sin esperanza.

La jota a que me refiero decía:

Tengo un hermano en el Tercio

y otro tengo en Regulares,

y el hermano más pequeño

preso en Alcalá de Henares.

El alma más cándida encontrará en la copla una evidente intención de menosprecio que va muy bien con aquella época de pacifistas profesionales y armabollos escandalosos que tan gentilmente llenaron de retórica nuestra preguerra.

Era muy corriente por entonces rubricar la jota con un grito de «¡Jodó, qué familia!», sin duda porque el Tercio, desde un punto de vista burgués y hasta político, no tenía buena fama, y otro tanto pasaba con los Regulares. De lo de Alcalá no hay por qué dar explicaciones, aunque ya faltaba muy poco tiempo para que el que tuviese un hermano en el Tercio, otro en Regulares y el hermano más pequeño preso en Alcalá de Henares, pudiera andar por ahí con la frente bien alta en la seguridad de que todo el mundo iba a saludarle con honesta envidia en aquella naciente, pequeña y crecedera España que fue la zona nacional, como miembro de la mejor casta de familias españolas.

Los conocimientos que sobre la condición, calidad y origen histórico del Tercio de Extranjeros, fundado el 4 de septiembre de 1920, dando así solidez militar a una aguda idea de Millán Astray, pudiese tener el español medio eran muy escasos. El Tercio no resultaba familiar a los españoles, sino más bien algo lejano y distante. En aquella época no viajaba casi nadie y Marruecos quedaba en el otro mundo, dicho sea, popularmente hablando, en todos los sentidos posibles. El Tercio, en cambio, tenía son.

Para las mujeres era el Tercio una especie de misterioso convento de perdularios a donde iba a parar «lo mejor de cada casa»; para los hombres, una guarida de aventureros profesionales, un eventual «refugium peccatorum» para quien quisiera esquivar la justicia, algo inevitable y bueno para tenerlo lejos; un correccional de Santa Rita al fuego, útil para los cimarrones de cualquier calibre. Una simple nómina de funcionarios de la muerte.

De todo había, como se verá, pero en bueno.

«Sindicalistas rojos, sindicalistas blancos, pistoleros a sueldo, jefes de cabeza cotizada, cómplices, autores quizá de atentados famosos, perseguidos de cerca, envueltos acaso en sus mismas redes, se acogieron a la Bandera Negra, como en otro tiempo a la Casa de Dios —escribe Luys Santa Marina, que con ellos estuvo, recordando a los primeros legionarios, y termina—: De nuevo, tétrica enamorada, exiges varones de pro, y los que mataban por instinto, o por odio, o por hambre, o por miedo, te tendieron los brazos, y como hidalgos de cuatro linajes, mataron, murieron por tu honra, por la honra de España».

No faltaban españoles que elogiase plenamente al Tercio por aquellas calendas democráticas, pero con ademán pulido objetaban que sus soldados eran mercenarios. ¡Los hay finolis!

«¿Quién buscó dineros en este Tercio que hubiesen acaudillado orgullosamente Gonzalo de Córdoba y el duque de Alba, y que don Lope

de Figueroa hubiese defendido —“contra la mentira, contra la verdad”—; este Tercio, jamás amotinado... y sin la esperanza de opulentas villas en que entrar a saco... ¡A sueldo...! es inicuo y grotesco a la vez. ¡Ya estamos hartos de calumnias! El Tercio no es una banda de condotieros, no es una Legión. Formóse casi exclusivamente con españoles (y por españoles cuento también a los hispanoamericanos) que amaban a España sobre todas las cosas».

Con estas palabras termina Luya Santa Marina el mejor libro que se ha escrito sobre el Tercio; en él narra algunas de sus impresiones de los años veintiuno y veintidós en tierras de África y bajo el guión de la catorcena compañía, dicha «de las cabezas», a quien está dedicado *Tras el águila del César*. El libro salta del escalofrío al lirismo con la misma facilidad que un legionario pega un brinco sobre el parapeto. Naturalmente, después de este libro y de otros muchos, los hombres sesudos siguieron calificando de mercenarios a los soldados del Tercio. Pero con esto ya contaban los de la catorcena, dicha «de las cabezas», Luys Santa Marina y el Tercio entero. Por todo lo cual cantaban entre Anual y Alhucemas, casi como en un poético balance:

¡Ay, tira; ay, dale;

que en el Tercio, en dos días,

se ganan diez reales...!

Por semejante jornal morían a chorros y eran considerados muertos de tercera, de los que no hay que dolerse, hasta el punto de que Asenjo recuerda a propósito de un combate africano en el que hubo más de quinientas bajas, la aclaración brindada a la retaguardia y al comentario, nada menos que por el boletín de guerra, el cual, «para dulcificar la noticia —escribe Asenjo—...agrega al final esta indecencia: «En su mayor parte de indígenas y legionarios...».

A los chicos de mi quinta, el Tercio nos traía locos. A través de los periódicos, de las conversaciones hogareñas, de cambios de impresiones entre reales y fantásticos en los patios elementales, y hasta de contactos de buena y admirada vecindad con legionarios que venían de África, heridos o de permiso, con las patillas flamencas pintadas por Velázquez, nos daba en las narices un tufo a romance bueno.

Los tristes héroes de nuestra infancia —aquellos episodios de Dick Turpin o el pirata Drake, y en los raptos de patriotismo, las entregas semanales sobre las hazañas de Jaime el Barbudo, Diego Corrientes o el Tempranillo— chaqueteaban ante la verdad que suponía en nuestro horizonte la simple presencia de aquellos hombres. Se parecían a los amigos de Búffalo Bill y olían al sudor de los amigos de Rodrigo Díaz — que, a veces, cruzaba el aula colegial en los versos de Manuel Machado — y también a los amigos de Gabrielillo Araceli, a quien yo particularmente había sido presentado por mi padre.

Pienso que el Tercio anda ya por los cuarenta y cuatro añitos, los mismos que cumplen los escalones más juveniles de la generación de la guerra, y me gusta descubrir que la dadivosa promoción de los voluntarios —los que a un lado y a otro quisieron arreglar las cosas de España para siempre—, de los soldados del 36 y de los alféreces provisionales, nació, más o menos, con el Tercio: que de su espíritu se nutrieron el Reglamento de la Primera Línea de la Falange y las Ordenanzas del Requeté y que del Tercio salió el hombre de la paz de España.

De todos modos, hecho a la batalla, ajeno y altivo ante alabanzas, vituperios o deformaciones, el Tercio tiene buena opinión de sí mismo, y es razonable que la tenga. A veces la expresa incluso en sus canciones, que no suelen ser muy correctas, y siempre procurando picar a sus más próximos compañeros de trabajos africanos. (“A la Legión —anota Asenjo— le toca madrugar siempre de la mano de los Regulares, los eternos, sufridos y leales compañeros de vanguardia”».)

Una copla bien famosa se vociferó por todos los campamentos de nuestra guerra, y no hay bar ni cantina ni estación que no la haya escuchado alguna vez. Es aquel lerele que va definiendo con soez e injusta maestría a los Regulares, primero, y a los de la Mehala, después, para acabar, claro, en el propio laude:

Y, en cambio, los del Tercio,

leré, leré,

y, en cambio, los del Tercio,

leré, leré,

son buenos hombres, leré,

son buenoa hombres, leré,

leré, leré, leré...

¡muy-bue-nos-hom-breees!

Pero al llegar aquí me doy cuenta de que bien considerado tampoco es muy cierto que el Tercio naciese en 1920. Sería mejor decir que resucitó.

En 1920 esta unidad voluntaria, creada para el choque, se denominará de modo oficial Tercio de Extranjeros. «Por cierto —relatan Galinsoga y Franco Salgado—, que Millán Astray no admitió nunca lo de Tercio, y cuando algún oficial pronunciaba esta palabra solía replicarle:

«—¿Te refieres a la Legión? Pues yo no sé lo que es eso del Tercio».

Sin embargo, según una crónica de Tomás Borrás, el propio Millán gustaba de llamar terciarios a los soldados de su Legión. Tomás describe el camino de la reconquista de Tetuán: «Y filas de uniformes caqui, los Regulares de González Tablas, el guipuzcoano elegante, filas de *paisas* de la Corona, el batallón de Almería y los de Málaga cantando, filas gris azuladas de los “terciarios” (así los llamaban y los llamaba Millán Astray) recientes, casi novatos, ya con la leyenda, las patillas y el arremango».

En febrero de 1925 se le llamó Tercio de Marruecos, y unos días después, en marzo, simplemente el Tercio. Pero todo este recorrido burocrático había sido abreviado por el pueblo español, que desde el minuto inicial le llamó así, el Tercio, quizá porque le había reconocido a primera vista, porque le había vuelto a ver desde unos tiempos lejanos y maravillosos. ¿No se lo inventó Gonzalo de Córdoba en las hermosas tierras de Italia? ¿No estuvo en Flandes y en Alemania, en Europa entera? ¿No iban ya legionarios con Cortés y con Pizarro y con todos los claros varones de la Conquista? ¿Qué fueron sino Tercio voluntario y de choque los guías de Zumalacárregui, los catalanes de Prim y los morenos retintos que con sus hermanos blancos formaban en los Cazadores de Valmaseda, a las órdenes de Weyler?

A propósito del *Diario de una Batidera*, y en el prólogo a una bella edición, escribe Manuel Aznar estas palabras que tan bien se acomodan con la denominación de Tercio y con la historia de su nacimiento, renacimiento o resurrección, a elegir:

«¡Qué Primera Bandera de la Legión! En ella comenzó a transmutarse en viva sustancia española el retintín francés que precedió a su nacimiento. En ella empezaron a resucitar de verdad los Tercios; y a la *Madelón* sucedió la música celtibérica de *Los novios de la muerte*».

Es por octubre de 1920.

«Al embarcar en Algeciras se apiñan en las barcazas, al costado del barco, un centenar de hombres de distintos aspectos; al lado de los trajes azules de mahón blanquean los sombreros de paja, trajes claros, rostros morenos curtidos por el sol, hombres rubios de aspecto extranjero y mozalbetes de espíritu aventurero. Silenciosos, dirigen su mirada enigmática al barco que los ha de conducir a Ceuta, y momentos después desfilan rápidos por las escalinatas, dirigidos por una clase.

»En el bureo, en franca camaradería, comienzan las bromas y distracciones, forman corro sobre la cubierta, el juego del paso se generaliza y pronto españoles y extranjeros saltan y ríen, dando al olvido su vida anterior —parece que vuelven a ser niños—; pero los fuertes vaivenes del barco imponen la formalidad, y mientras unos se tumban otros, en pie, dirigen su vista hacia la costa, a donde les lleva su nuevo destino.

»Estos son los futuros legionarios».

Va a comenzar la increíble gesta del Tercio en Marruecos, en la cual tanta importancia ha de tener el mismo hombre que ha escrito las líneas anteriores: Francisco Franco, autor del *Diario de una Bandera*, a quien también pertenecen las que siguen, y que describen a los hombres del barco unos pocos meses después, cuando ya son gente, cuando el fuego es su labor cotidiana y cuando ya son conocidos por el propio enemigo:

«Durante las noches se cruzan mil insultos con los cabileños, que han aprendido los nombres de las clases y oficiales, hasta el extremo de que la misma noche que los legionarios llegaban preguntaban los moros: “¿Si llegar los del *Tresio* ?”»

Los muy cucos lo notaban hasta en el estilo de disparar. (O de no disparar, como ocurría por disciplina de fuego en los campos de Nador, según relata Asenjo: «La Legión tiene orden de no disparar, y el centinela qué lo hiciera habría de traer al día siguiente, como prenda, la cabeza del moro. Se imponía la economía de cartuchos». Y comenta con orgullo: «Nada prueba mejor las virtudes guerreras de una tropa como esa sobriedad y corrección con que presta sus servicios de noche».) Melilla, en agonía, lo notó antes.

Ella fue la primera ciudad española que vio volver a los aguiluchos del Gran Duque, a los fuertes y poderosos hijos de don Juan de Austria, a los señores y amigos de Alejandro Farnesio. El Tercio resucitaba gracias a una justa idea de Millán Astray. No se advierte en la tropa el menor cariz mercenario. El Tercio guarda para los doblones —o las pesetillas, o los reales— un desdén castellano; los despabila desenfadadamente en cuanto hay un momento de respiro, los dilapida con un garbo multimillonario, se los juega, jugándose, al tiempo, otras cosas: o el pelotón de castigo por quebranto de la disciplina, o la vida, porque, para evitar el pelotón de castigo, las timbas, con frecuencia, buscan lugares entre líneas y batidos, con el fin de no ser descubiertas.

Realmente nadie se expone por un puñado de monedas a llevar guirindolas de sangre sobre la camisa verde. Ni diez ni diez mil reales hacen mercenario a un hombre que pone su carne en el asador. Menos a los hombres que acudían a ponerse bajo las banderas resucitadas con el gesto de quien se retira del siglo (apunta el libro de un soldado: «que fue barbero en el siglo») para meditar en un convento peligroso, en un monasterio militar, en una Tebaida de pólvora y hierro.

En dos días, por un sortilegio de estirpe, el Tercio ganó la fama, rescató para sí la fama de los Tercios antañones, venció —todavía sin combatir— su primera batalla. La calidad de sus primeros jefes era garantía segura de su eficacia militar. Por eso los legionarios del período de la fundación aguantaban impávidos las bromas de los pipis africanos, que les cantaban al verlos bajo los chambergos:

¿Quiénes son esos soldados

con tan bonitos sombreros?

Y los mismos pipis —hermanos «seriniolos», de Bailén o de América, de Sicilia o de Alcántara— se contestaban con sorna:

El Tercio de legionarios

que llena sacos terreros.

Pronto los iban a vaciar en sus fulminantes ataques, en su precisa y ardiente práctica de la sorpresa nocturna, en su afición a recortar las distancias frente al enemigo, en sus alegres y frenéticas cargas con el cuchillo. «El machete y la navaja son armas preferidas al fusil o a la ametralladora», escribe el general Silva, que estuvo allí.

—El camino más corto entre dos puntos pasa por la bayoneta —me dijo un camarada universitario que hacía su doctorado en el Tercio.

—*Voilà une Armée !* —exclamará Lyautey al verlos pasar como un cierzo violento.

El mismo Franco recuerda en su *Diario* la impaciencia que todos sentían al tener entre sus manos el arma tremenda del Tercio sin que el Mando les diese ya la orden de entrar en el barud.

La historia de nuestras últimas campañas africanas está llena del heroísmo del Tercio, entroncado con la gran escuela militar española. Junto a los Regulares, la otra magnífica fuerza de choque, y al lado de la seca bravura de nuestros soldados, el Tercio tiene un aire ligero y fanfarrón. Alguien dijo: «No he conocido ningún buen soldado que no sea ligeramente fanfarrón». Y el caballero Brantôme se burlaba de la fanfarronería española mientras los Tercios de España pasaban bajo su ventana, lo cual hace disculpables sus bromas.

Un poco de fantasía nunca hace daño, ni siquiera en el uniforme, en el paso, en el saludo. También a los viejos Tercios les gustaba el color. «Las calles bermejean como eras de pimientos; si galas y plumas matan, no nos quedará quehacer en Francia y Cataluña», dice pícaramente el padre Lucas Rangel, citado por Ortega. Pero aquellos y estos Tercios son de la misma madera a la hora de la verdad. Otro padre, el padre Huidobro, capellán de la Cuarta Bandera en nuestra guerra —y futuro Santo Patrón del Tercio, si Dios lo quiere—, le dijo a un compañero suyo del otro Tercio, del de Loyola, del de Jesús: «Hay momentos en que el grito legionario ¡viva la muerte! es un grito de salvación».

La canción de *El novio de la muerte* les da una popularidad extensa y romántica, y yo he contado cómo a unas chiquitas amigas mías, que gustaban mucho de los legionarios, les llamaban «las cuñadas de la

muerte». Hay cuplés de los felices veinte para el Tercio que acaba de volver, y es nada menos que Raquel Meller, la más universal de las tonadilleras, la que canta uno que se llama *Luis Miguel*. Ángel Zúñiga lo recuerda:

Legionario, legionario,
legionario quiero ser,
para olvidar las traiciones
que me ha hecho una mujer,
y ha de ver esa mocita
lo que soy capaz de hacer.

El Tercio llena de canciones a una España poco propicia a la canción.

Las hay para todos los gustos:

Legionario, legionario soy,
y mi niña dice cuando a verla voy:
¡Niño mío!, yo quiero ser la primera
que se abrace a la bandera
ganada por la Legión...

Desde el primer momento no hay duda para los hombres del Tercio. Desde que se cubren con el chambergo o con el gorrillo isabelino, el del madroño rojo, ellos son tipos *per bene*, que dicen los Italianos:

¿Qué pasa? ¿Que hay peligro
allá arribita en la loma?

Aé, la chamelona.

Pues vamos los legionarios
que somos buenas personas.

Aé, la chamelona.

Las coplas de la chamelona son infinitas, como los carrasclás, y ayudan a caminar. Son como vino en píldoras, carne en píldoras, amor en píldoras. Píldoras líricas:

¡Ay, qué lata, qué lata, qué lata!

ya vienen los moros a damos la lata.

En África hablarán de Abd-el-Krim o de «El Gato»:

Ya le llevan a enterrar,

tirular, tirular,

al hermanito del «Gato»,

tirulato, tirulato...

Y en España de Prieto, de Azaña o de los *rabassaires*. Preguntarán por los *rabassaires* con el soniquete de *¿Dónde están las llaves?*, cuando los tartarines de la Ezquerra ensayan su epopeya. Pero, en el fondo, y a veces en la forma, la copleja es la misma y alegre en las marchas como un trago de clarete frío:

Azaña se subió al cielo

a pedirle a Dios perdón,

y San Pedro le repuso:

Pídeselo a la Legión.

La respuesta no es mala, teniendo en cuenta que San Pedro es el único Apóstol que manejó la espada antes de la santidad, porque después también Santiago salió peleador. Hay otras respuestas de San Pedro, sobre este mismo patrón, indudablemente menos correctas. Por ejemplo:

Azaña subió a los cielos

a pedir un par de duros,

y San Pedro le contesta:

Anda y que te den...

El estribillo que sigue a estas coplas de circunstancias viene de la Legión francesa:

C'est le pinard, c'est le pinard,

la mejor cosa pa marchar...

Cuando está lleno el pistón,

¡adelante la Legión!...

El *pinard* es el mostagán, el tintorro, la vinacha. Y el *pistón*, en jerga militar francesa, el capitán. No desdeñaban el tintorro los capitanes del Tercio, pero les solía bastar con el tinto de la Ordenanza, que es de mejor calidad. El estribillo, claro es, sufrió las correspondientes adaptaciones celtibéricas, de modo que el *c'est le pinard, c'est le pinard* se transformó en:

Se le empinó, se le empinó,
al comandante de la Legión,
chaqueta el batallón,

¡adelante la Legión!

Se le empinó, se le empinó...

Junto al *Himno de los legionarios*, el *Himno de la Legión* y *El novio de la muerte*, florece una enorme silva de coplas y canciones del Tercio, cuya variación es enloquecedora. El amor, la muerte y el vino son temas esenciales, y un feroz humor surrealista preside a veces la disparatada canción con que toda una Bandera comienza, cada mañana, su vida militar en plena guerra:

Las hermanas carmelitas
con delantales azules
nos recuerdan a los cielos
cuando se cubren de nubes.
Somos tiernas palomitas,
nuestro candor es aún infantil.
¡Que viva Benedicto XV,
que viva la Revolución,
que viva el alférez Cuadrado,
que nos llevó al Pingarrón!

Hay copina para la mujer que no quiere y para la que quiere, porque de todo debe haber en la viña del Señor:

¡Déjala que se te vaya,

y si quieres, que no vuelva;

tú tienes para elegir

en otras ocho Banderas!

La mujer que quiere, sabe lo que quiere y a costa de qué:

Mi madre me pega palos

porque quiero a un legionario,

y al son de los palos digo:

¡Viva el Tercio y sus soldados!

La primera vez que oí el grito de ¡viva la muerte! fue también la primera vez que vi legionarios en mi vida. Legionarios en Bandera, se entiende. Venían de Asturias, cuando lo del 34, y cruzaron Madrid desde Príncipe Pío a la estación de Atocha, camino de Algeciras o de Málaga. Fue el más hermoso vendaval que yo recuerdo. Por entonces, o un poco antes o un poco después, echaban en el cine de la Prensa *La bandera*, de Duvivier. Por cierto, la primera edición de *La bandera* estaba dedicada en los títulos de crédito a Millán Astray, fundador, y a Franco, jefe de la primera unidad legionaria. Posteriormente, en algún festival cinematográfico retrospectivo, esta dedicatoria estaba anulada. Ciertos gabachos son siempre igual, qué le vamos a hacer. ¡Allá la política con los suyos y vivan los centuriones!

Los falangistas flanqueamos a los legionarios en su trayecto por Madrid. Nos hinchamos de gritar, de vitorearles, de tomar tono, como decía el bueno de Sthendal al desayunarse con el Código. Con el paso del Tercio y con nuestras voces se enfriaron de repente todos los oficinistas de una Españita desmedrada y profesoral que habla puesto en su Constitución aquella majadería beatífica, tan del gusto de la otra, la «Pepa», que nos hacía a todos «justos y benéficos» por mayoría de votos en la Comisión. La dulce pavada a que me refiero decía que «España renunciaba a la guerra», como si eso fuese cosa de uno sólo.

También entonces el ¡viva la muerte! era un grito de salvación. Lo he oído a los de la Segunda Bandera, que mandaba Carbonell, junto a la Cuarta Caseta, cerca de los túneles del Madrid-Burgos, en el agosto caliente de Somosierra, y también en las calles de Irún, y luego, más tarde, en el manicomio de Huesca, con los mariscos de la Legión gallega. En Talavera de la Reina, cerca del inolvidable Yagüe. Lo he oído también en las noches de Teruel y en otros lugares semejantes, y siempre me ha parecido un grito detonante, tremendo, inexplicable, paradójico, de curso legal solamente entre españoles. Lo escuché, ya en

paz, en Málaga, donde el Tercio guardaba a su Cristo de la Buena Muerte en la iglesia de Santo Domingo.

Guardaba el Tercio a su divino y muerto camarada con inimitable rigidez militar —esa que deja a los prusianos a la altura de una banda de francotiradores indisciplinados—: los gastadores, altos y barbudos, parecían estatuas de piedra, y uno de ellos era como un San Juan armado, como un San Juanín terrible y casi niño que no se hubiese dormido jamás. A los pies del Crucificado, los guiones del Tercio, aquellas cuatro hermanas primeras —la roja, la negra, la amarilla y la morada— y las hermanas que vinieron después, reposaban como fieles mastines, con la heráldica de sus nombres que taján como dientes, como dagas, como aquellas navajas cabriteras de la francesada.

Si a mí —antes de aquella noche de un lejano Jueves Santo malagueño— alguien me hubiese dicho que podría escuchar *El novio de la muerte* en una procesión, es seguro que me hubiese reído hasta desjarretarme. Pues bien, amigos; como nadie me lo dijo nunca, nada tuve que rectificar, porque lo cierto es que tras del Cristo de la Buena Muerte la banda de música del Tercio, con el contrapunto de cornetas y tamborea, a paso lento y duro, dejaba oír esa melodía que canta la aventura y desventura del legionario desconocido, y puedo jurar sin miedo que ninguna otra música sonaría mejor en semejante caso. Ni la de Haendel, ni la de Beethoven, ni la de Wagner, ni la de nadie. Toda la gentil fanfarria de la Legión, toda su fabulosa existencia codo a codo con la muerte —«Muy señora mía», parecen decirle estos soldados—, se colocaba humilde y disciplinadamente a los pies del Cristo que cobija bajo sus brazos dolientes y poderosos de Capitán a los legionarios de España. «Cristo es nuestro Capitán», dijo don Juan de Austria en memorable ocasión.

Me daba a mi el palpito que los del Tercio podrían exclamar como aquel rey merovingio que escuchaba la lectura del evangelio de la Pasión: «¡Ah, si yo hubiese estado allí con mis soldados, no hubieran matado al Cristo!»

Estos tremendos cofrades de la Muerte y de la Buena Muerte que me encontré en Málaga después de haberles visto en otros sitios y en otras latitudes, están en su derecho si algún día se les ocurre decir esto o algo parecido: «Donde nosotros estuvimos no mataron al Cristo, y hasta donde la geografía nos lo permitió rescatamos para el Cristo cuanta tierra se nos puso por delante».

En los ojos de los legionarios hay un brillo especial. Y esto no es una figura retórica, sino una simple y comprobada realidad. «La mirada de Franco relampaguea —escribió a propósito de Belchite, el “Tebib”—. Es un curioso fenómeno éste de los ojos del Caudillo. Su mirada es siempre luminosa, pero hay momentos en que salta en sus pupilas lo que yo llamo “chispa o fulgor legionario”, y entonces, por prodigio extraordinario, adquiere su mirar unos centelleos, un deslumbre que atrae, capta y fija los mirares ajenos en fenómeno de deslumbre

parecido al que «e sufre cuando de noche nos enfocan potentes faroles. Es el momento emocional típico del legionario, y el Caudillo, con su Jefe de Estado y Generalísimo, sigue teniendo “yo emotivo” enteramente de la Legión».

El Tercio tiene planta. El Tercio es también, una manera de ser y de estar. «Había en su empaque, en la manera de estar en el combate — anota García de Pruneda—, cosa harto importante, agarrados a la tierra y listos al salto, como reposando sobre un resorte cuyo seguro está pronto a zafarse, una total decisión de lograr la victoria, de imponer su voluntad al adversario. Con los gorros torcidos sobre la oreja, animados de una moral de triunfo que casi se hacia táctil, ocupaban el terreno con una total eficacia».

De la disciplina del Tercio no hay ni que hablar. Ni tampoco de sus sistemas disciplinarios. No hay español que no los conozca en sus más diversos matices, desde el famoso pelotón de castigo hasta el avanzar sin armas delante de la guerrilla. Peter Kemp subraya la disciplina legionaria con el relato de un episodio minúsculo y en cierto modo tradicional en todos los ejércitos del mundo: el robo de gallinas, que es un deporte para cualquier soldado medianamente aficionado a su tarea. Y el que no haya robado nunca una gallina, que tire la primera piedra. (Vid. GALLINA.)

Peter Kemp opina del Tercio que «es el *corps d'élite* del Ejército español y (que) durante la guerra atrajo a los mejores oficiales del Ejército regular y a los más aventureros reclutas y voluntarios. La selección estaba estrictamente basada en el mérito».

En cuanto al grito de ¡viva la muerte!, también tiene sus ideas: «Fácil es para naciones más flemáticas burlarse de ese “culto a la muerte”, que está completamente de acuerdo con el carácter español y produjo los mejores soldados de la guerra civil: hombres virtualmente insensibles al frío y al hambre, al peligro y a la fatiga. Como inglés, sólo puedo decir que el orgullo de servir en ese Cuerpo y mandar tales soldados fue una de las mayores experiencias de mi vida».

González Oliveros le hablaba a Unamuno de que la libertad, para Séneca, era la muerte, a lo cual contestó don Miguel:

—¡Buen antecedente para los vivos del Tercio!

Este espantoso y paradójicamente vital grito, no sé por qué me parece a mí que tiene mucho que ver con la resurrección de la carne, y siempre lo he ligado a aquella original canción de los requetés que dice así:

Viva Dios, que nunca muere,

y si muere, resucita;

viva la mujer que tiene

amores con un carlista.

Solamente quien cree en una vida real más allá de la humana, de la muerte, del amor y del pecado, puede dar este grito tan salvaje como supercivilizado. «¿Quién nos ha llamado eternos?», clama en su verso el jefe legionario Maciá Serrano.

Los del Tercio son duros ante cualquier circunstancia. «Uno de mis sargentos —relata, con objetivo asombro, Peter Kemp— me contó con satisfacción cómo hablan logrado él y varios de sus camaradas pasar una noche cómoda al aire libre bajo fuerte lluvia, después de un ataque en la Casa de Campo. Explicó que el terreno estaba encharcado, pero afortunadamente (sic) se hallaba cubierto de cadáveres, que recogieron, colocándolos en hileras; luego se acostaron sobre ellos, cubriéndose con los capotes». Al llegar a la Universitaria, los del Tercio y los Regulares le metieron mano al conejar del Instituto Rubio, donde los ejemplares estaban inoculados de un montón de porquerías con fines científicos, los conejos asados, con tomate o sin él, no causaron ni una baja en aquellos estómagos blindados.

La ruleta rusa, ese bonito juego que consiste en colocar una bala en el tambor de un revólver y darle vueltas a ciegas para luego disparar por turno apuntando a la propia sien, es un divertimento bárbaro, pero tiene grandeza practicado por los legionarios.

Parece como si cantasen:

Legionario se ha hecho el sol

y legionaria la luna,

y legionaria la rueda,

la rueda de mi fortuna.

La rueda de su fortuna reventaba a veces una cabeza tan loca como valerosa. Regateaban a la muerte o le entraban en plancha, según les diera, aunque siempre a base de arriesgar la pelleja. «A derecha e izquierda pardeaban al sol los cadáveres de los legionarios, que supieron morir como siempre —recuerda Caveró—. El sargento Soler, que venía a mi lado, lea dedicaba un responso legionario:

»—Bien hacían cuando se divertían en Zaragoza».

En la Legión se puede entrar en fuego como lo hacía Lizcano de la Rosa —laureado, fusilado en Monjuich sin que nadie firmase por él—, tocando el violín, que es algo que queda tan fuera del orden de combate, y mantener la disciplina incluso más allá de la muerte, como en Tizzi-

Azza, donde Asenjo vio cómo «algunas secciones, que hablan caído enteros, conservaban en el suelo su perfecta alineación».

Gironella hace decir a sus estupendos rojos: «Y los hay valientes —les contó Sigfrido—. Fijaos en ese pedazo de tierra... Corresponde a la esquina de un solar, en el que los legionarios juegan al fútbol. Como véis, el jugador que lanza el córner se expone a que desde aquí cualquier centinela lo seque de un disparo. Pues bien, ¡siempre hay voluntarios para lanzar el córner!»

Esta extrañeza entre admiraciones fue un mal cálculo por parte de los rojos, al menos de los rojos descritos por Gironella. El culto legionario por el valor llega a extremos increíbles, pero no tanto como a confundir la falta de higiene con la virilidad, como supone Gironella, que pinta a un muchacho al cual le gastan bromas arquetípicas y definitivas los del Tercio, simplemente porque se limpia los dientes. «“¡Dentífrico y todo! ¡Jolín con el marqués!” El cepillo de dientes era para aquellos hombres el símbolo de la buena mesa y de lo sedentario. Era afeminado y lo debieron inventar los franceses».

A mí me da en la nariz que la imaginación se le ha desbocado al objetivo Gironella, cosa que siempre les pasa a los objetivos. Cualquiera bien enterado sabe que el legionario es el ejemplo del soldado limpio y que nada hay tan pulido, frotado y relimpio como un campamento del Tercio, en paz o en guerra.

El valor legionario es expansivo, da de comulgar, y muchos encontraron sus propios arrestos en el modelo del Tercio, en su contagio bendito. Indro Montanelli cuenta que el famoso general Della Rovere le dijo en la cárcel: «Un oficial está siempre en vida provisional, es un *novio de la muerte*, como dicen los españoles... Nosotros somos dos *novios* próximos a la boda».

Indro Montanelli reconoce que la medicina es buena: «Y aquella noche (en la que esperaba ser fusilado por los alemanes) estuve verdaderamente solo en el mundo, solo con mi bellísima novia, la Muerte, olvidado de mi mujer, de mi madre. Y la Patria parecióme una cosa verdadera e importante».

La Legión, pues, tiene valor hasta para exportar.

Y estimula el consumo interior con su sólo nombre. Tercio Azul llamarían en Oviedo a los guardias de Asalto de Caballero; Tercio Chico llamaría la Prensa andaluza a las milicias voluntarias que operaron en torno a Málaga junto a los Regulares; y Rodríguez Volta animaría a los orensanos para alistarse en el Tercio de Martín Alonso, también conocido por el de Orense, que como el Tercio va a comportarse: «¡Paso al Tercio!», gritaban en Santa Ana al lanzarse sobre el enemigo a la bayoneta. Bandera Legionaria de la Falange Gallega, fue el nombre de una brillante unidad. Y legionarios llamaría a los suyos el doctor Albiñana. Siempre el Tercio es un ejemplo.

El Tercio, como en Italia, como en Flandes, como en los Ejércitos aldeanos y sublimes de Zumalacárregui, consideraba la Intendencia enemiga como cosa propia, y no porque les hiciera falta, sino porque eso hace chiquito el pie y el corazón grande. Los de la bandera que primero pasó a España se suministraron allá por Casar de Talavera.

«Cogieron los de Castejón varios camiones y coches ligeros, cuatro ametralladoras, fusiles y correaes, y, caso curioso que demuestra los indignos ardides a que el enemigo recurre, uniformes del Tercio, confeccionados en Madrid para vestir a unos cuantos infelices y engañar al pueblo —cuenta Sánchez del Arco en su libro *El sur de España en la reconquista de Madrid*—. La sorpresa de los legionarios de la Quinta Bandera no es para descrita; grata sorpresa, pues Madrid les ha deparado ocasión de reponer el vestuario».

Cantaban mucho y bien —Franco, en África, según el «Tebib», era el primero en cantar—, y aportaron al folklore de la guerra un importante aguinaldo de letras de marcha, de reposo y de ataque. Desde aquella canción teñida de melodramática y sincera melancolía; *El novio de la muerte*, hasta la versión celtibérica de la *Madelón*:

Vamos al frente vivos y ligeros,

a la vanguardia, que es puesto de honor,

a demostrar que somos los primeros,

a demostrar el Tercio su valor.

Y también la firme legislación de su concepto de la camaradería:

Y antes de abandonar

a uno sin compasión,

habría de quedar

entera la Legión.

Nuestra bandera es brava y decidida,

todos hermanos en el corazón,

que ¡viva España! sobre nuestra vidas,

que ¡viva España y viva la Legión!

Igual cantaba el *Corazón Santo* con una letra extravagante, que los loores de aquella Asunción que no se lavaba los dientes —digámoslo así—, o que lo de *Soy un novio de la muerte*.

Ahora es hermoso —bueno, siempre es hermoso, pero más al filo de estas fechas— pensar en todos aquellos que combatieron bajo las banderas del Tercio:

Sobre la tierra, la banda de azores
se abatió con las alas desplegadas;
nada quedaba oculto a las miradas
agudas de sus ojos avizores.

Así cantaba Santa Marina; y así, José Antonio Cortázar, autor de *Poesía legionaria*, versos de la guerra de España:

El verde campamento sobre las sombras
arde en fuegos y canciones de guerras y de amadas.

Y, bajo las banderas, los muertos de la tarde
están de centinela junto a sus camaradas.

Es hermoso pensar en aquel claro nido de Riffien y en aquellas banderas que tremolaron sobre la gaba marroquí anunciando la resurrección del Tercio y sobre la retama española anunciando su gloria:

Cinco hermanas tremolaron
bajo el sol de África;
negra, purpúrea, azul,
morada y gualda
eran las brillantes
sedas de las hermanas.

Es hermoso repasar los paisajes de su sacrificio, los cerros de África y las altas montañas. Tazarut, Nador, Casabona, Buharrat. Monte Magán, la vega del Tajo, las riberas del Ebro, los olivares de Arganda, las fronteras de la Casa de Campo, los picos de Asturias, los soles de Brunete y de Mediana, las nieves de Teruel, la brecha de Badajoz, la desesperada cuña urbana de la Universitaria. Los desiertos de Ifni. El

largo camino de los mancebos que casaron con mujer brava, de los novios que ya casaron con la muerte.

Es hermoso pensar en los 9.674 muertos del Tercio; en sus 35.068 heridos; en sus 776 desaparecidos; en sus 45.518 bajas.

Junto a ellos pongo mi oración y también, porque fueron soldados alegres y jóvenes, alegres y viejos, aquello que ellos mismos cantaban antes de morir y que quizá canten después de muertos, empujando así esta enorme y difícil vida de España. No es nada solemne la letrilla, ni la música es solemne, pero tiene una grata memoria de caminos y aventuras, de amigos y camaradas y huele a buen tiempo de abril y espanta a la muerte, la gran damisela, la gran sota, la gran madre:

A la Legión le gusta mucho el vino,

a la Legión le gusta mucho el ron,

a la Legión le gustan las mujeres

Y a las mujeres les gusta la Legión.

ZAPATONES

Hidros. Se aplicó sobre todo en la costa mediterránea, sometida a la influencia de los hidros de Mallorca. El remoquete es gracioso y justo. Yo no lo había oído. Lo encontré en una novela del exilio, *Porque callaron las campanas*, de V. Botella Pastor, edición mejicana. Las autoridades de Rosas comentan: «Anoche derribamos un “zapatonos”. Un hidro —dice don Fulgencio frotándose las manos—. Villegas explica que se llamaron así en zona roja «por la gran visibilidad de sus flotadores». Molero Masaa habla de un avión fantasma «pesadilla de los rojos valencianos..., a quien el vulgo ha llamado “La Pava” y “El Zapatonos”». En realidad, este avión fantasma era toda la aviación de Pollensa. Sepúlveda Velloso, un voluntario portugués, piloto en el mismo grupo de Carlos Valcárcel, me asegura que los rojos llamaban a los zapatonos «Los cabrones de los zapatos largos».

TABARDO

Prenda de uniforme que no llegó nunca, ni antes de la guerra, ni durante la guerra, ni mucho menos después, a la extrema popularidad. La verdad es que era poco airoso, y eso siempre cuenta, y que su practicidad fue superada por la canadiense, que además llevaba forro y

cuello de piel. El tabardo, realmente, no pasaba de ser una especie de guerrera acorazada, sin llegar ni al gabán corto ni al tres cuartos.

Giménez Caballero lo poetizó delicadamente: «Es la zamarra de la guerra, que da aire de pastor ibérico a nuestros jefes, apoyados en bastones nudosos, como en espadas de leño. (El general Aranda era un gran guerrero de tabardo y cayado.)»

CENETEAR

De clarísima etimología. Arranca de C.N.T., como Dios pintó a Perico, y lleva dentro de sí una carga de mala intención cuyo origen es comunista. Equivale a chaquetear. No estoy en condiciones de afirmar si fue o no de abundante uso en zona roja, pero puedo traer aquí un parrafito de Jesús Hernández en *Negro y Rojo* —feroz libelo antianarquista escrito en su época de devotísimo cipayo del Kremlin— y que cada cual juzgue como quiera. Por decencia, sin embargo, me niego a creer en la cobardía colectiva y profesional de los hombres de la C.N.T. y la F.A.I.

Sitúense, por favor, en noviembre de 1936, en torno a Madrid, y escuchen a Jesús Hernández: «Los hombres de Durruti, acostumbrados a los Placidos frentes de Aragón, se derrumbaron estrepitosamente, “cenetearon”, como el pueblo de Madrid, decía jocosamente para denominar el “chaqueteo”, y permitieron que el enemigo ocupase algunos edificios de la Universitaria. El bautismo de fuego de la columna que había venido a salvar Madrid, con una semana de retraso, no pudo ser más lamentable».

FAICISTAS

En el mismo sentido se usaba este vocablo, con una clara intención denigratoria. Corresponde al failangistas que se inventó la derecha española para cubrirse ante la revolución económica que, entre otras cosas, planteaba la Falange. Es curioso que los reaccionarios de ambos bandos, esto es. Los comunistas en la España invadida por Rusia, y las derechas en la zona nacional emparejasen a falangistas y anarquistas en un desprecio común, y por las mismas razones.

Jesús Hernández, todavía con la uva oficial del Kremlin, escribía: «Pero, claro, esto no rezaba para los “revolucionarios” *faicistas* —como les llamaba el pueblo en su fina intuición—...»

MARCELINEAR

Verbo del hambre, verbo del que sueña con un buen cocido desde las tripas huecas, verbo del Madrid que se encandilaba pensando en el Levante feliz, donde aún se comía. Verbo de los inventores del «filete repujado» y el «huevo viudo» y otros platos semejantes. «La Marcelina» valenciana era un auténtico paraíso culinario del que la mayor parte de los madrileños conocía la existencia por un simple acto de fe. Marcelinear se decía por darse la gran vida, comer a modo, alejarse del peligro.

Después de ver la gran parada gastronómica de «La Marcelina», opinaba un personaje de *Porque callaron las campanas*:

«—Me explico que en Madrid se odie y envidie esto, y se huya creado el verbo *marcelinear*. Es muy significativo, ¿eh?»

AGUILUCHOS

faísta, preferentemente joven. El nombre se empleó oficialmente para bautizar diversas unidades militares de la F.A.I.

«Que no se diga que retrocedemos —arengó Durruti, citado por Eduardo Guzmán en *Madrid rojo y negro* —; que nadie diga que huimos. Los hombres de la C.N.T., los aguiluchos de la F.A.I., tenemos que dar ejemplo al mundo».

De este modo, animal tan heráldico, romano y napoleónico fue alistado en las filas del anarquismo combatiente. Hay en su uso una cierta ternura que seguramente hubiese conmovido a *sir* Badem-Powell y sus *boy-scouts*.

LIQUIDAR

La crueldad es siempre la musa de toda guerra. Más, de una guerra fraterna. Pero la crueldad batió todas las marcas de la inspiración en la zona roja y basta con un recorrido por su más entrañable vocabulario para levantar un testimonio eficaz. Me molesta recordarlo incluso en una simple junta de vocablos, pero no hay mas remedio, primero porque la terca actividad del enemigo —y aún más de los compañeros de viaje— demuestra a la vez la fortaleza de nuestras posiciones y la inoportunidad de bajar la guardia, como sugieren algunos cocodrilos sentimentales que dicen que «ya es hora de dejarnos de eso», mientras releen a Barea, firman manifiestos y se entusiasman con los posibles

sucesores del novelista en su más específica tarea literaria. La literatura narrativa del empate —un cura en zona nacional y un cura en zona roja — sufre tremendas sacudidas en cuando la triste realidad pone al descubierto hechos que nadie tiene interés en remover, pero tampoco en recatar, si se hace necesario.

Aun reconociendo que cierta iracundia en el lenguaje es achaque tristemente común a todos los españoles —del mismo modo que un elemental y malhumorado gallismo es culpa colectiva que se denuncia cada día en la actitud de los más bondadosos compatriotas en cuanto toman un volante en sus manos—, la verdad es que en la cancha «democrática y liberal» del 36 al 39 nos pasamos de rosca, porque uno, si bien nacional, se considera responsable de todo cuanto en España sucede, incluso de lo que sucedió en el virreinato moscovita.

Si en las vísperas napoleónicas se llamó «vigurizar», esto es, hacer en cualquier otro lo que en La Habana se hizo con el afrancesado y godoyista don Luis Viguri —matarlo y arrastrarlo por las calles—, excusado es decir la de verbos que se hubiesen podido crear a base de ilustres y modestos apellidos españoles a partir del 13 de julio de 1936, en el tiempo de la dominación soviética.

La muerte estaba en la charla de las gentes como una comadre más; no la noble, tremenda y casi nunca deseada muerte del soldado, sino la muerte de un ser indefenso, acorralado, sometido a todas las vejaciones, incluso a la de romper su dignidad con dosis masivas de terror.

Matar era eliminar, dejar al margen —en las márgenes de un río, en la cuneta, en el borde de la acera, en un solar— a infinidad de compatriotas. Era un vocablo técnico casi, frío y puro, de modo que ya no hedía a sudor, a sangre, a descomposición y a miedo cuando lo empleaban los delicados redactores de *Política*, órgano de la burguesa Izquierda Republicana, para decir cosas como éstas: «El fascismo de las zonas de retaguardia ha sido eliminado principalmente como consecuencia de la labor inteligente y hábil de las milicias» (cit. por Bolloten, *El gran engaño*), aunque dejasen sin explicar por qué estas milicias, tan inteligentes y hábiles en sus tareas eliminatorias de retaguardia no tenían, en aquella misma fecha, 18 de septiembre de 1936, tanto éxito en las zonas de vanguardia, donde los «fascistas» no eran una lengua sin manos.

Para entonces ya les gustaba mucho el empleo de la palabra purga, que en lugares no soviéticos tenía una expresión literal, aunque punitiva. De todos modos, la purga, para ellos, adquiría un aire lógicamente interior, de sus propias tripas; purgaron a la C.N.T., a la F.A.I., al P.O.U.M., a las Brigadas Internacionales...

Con término taurino se ventilaba la vida de un hombre, y si bien supongo que la fórmula sería usada igualmente por los comunistas y los anarcosindicalistas, calculo que su origen, por español, estará más cerca de los sindicalistas que de los bárbaros importadores del «buró» y

otras lindezas por el estilo: me refiero al verbo despachar, tal y como lo emplea oficialmente (vid. Bolloten y PASEO) el anarquista García Oliver, ministro de Justicia en el Gobierno rojo: «Cada cual creó su propia justicia y la administró por sí mismo. Algunos solían llamarlo “despachar” a éste o a aquel, pero yo mantengo que era justicia administrada directamente por el pueblo, en ausencia de los cuerpos judiciales ordinarios». (Los cuerpos judiciales ordinarios habían sido despachados, claro está, y se hallaban, en el mejor de los casos, tumbados en el depósito para identificación.)

En Málaga, donde alguien declaró públicamente: «Nosotros no matamos; asesinamos», se llegó a inventar un verbo para designar la acción última y menos cruel de la «justicia del pueblo», esto es, la de matar: «mullar». (Vid. MULLAR.) No sé cuál será el origen de este vocablo, ya lo dije, pero me consta que fue de curso legal en la Málaga roja.

Liquidar equivalía a otro tanto y abunda en la literatura de aquella época, lo mismo en la periodística —como, por ejemplo, en *Tierra y Libertad*, del 13 de agosto de 1936: «La Iglesia ha rendido ya sus cuentas. Los templos han sido pasto de las llamas y los cuervos clericales que no pudieron escapar han sido liquidados por el pueblo»—, que en la novelística, como en este pasaje de Hemingway que transcurre en un puesto de mando rojo:

«—*Liquidados* —repitió insolentemente el oficial, como hablando consigo mismo—. Otra nueva palabra que tiene muy poco de castellano.

»—¡Fusilados, entonces!—dijo Gómez—. Eso es buen castellano. ¿Lo entiendes?»

Igual puede decirse de apiolar y de cepillar, aunque este segundo verbo —por eso del amor y de la muerte y de la voluptuosidad, que tanto gusta a las gentes de países fríos y a los novelistas franceses y anglosajones— tiene un oculto sentido sexual, que, como se sabe, fue puesto de manifiesto en más de una checa de las que manejó en España el nuevo humanismo.

Se aplicó la vieja terminología militar a acciones que no la merecían, de modo que se dijo limpiar la retaguardia y hacer la limpieza, con un encarnizamiento que no es habitual en tales usos. Otras aplicaciones de la limpieza, más escatológicas y escabrosas —limpiar fondos, limpiar el fusil—, quedaban en conservadores cuentos de cuartel junto a la ferocidad dominante en la milicia roja de retaguardia. Yo siempre he creído que semejantes cosas son típicas de la gente de atrás. Botella Pastor (*Porque callaron las campanas*), no parece demasiado convencido. El sabrá por qué. «Los milicianos van a la sierra como de caza. Los que anidan ideales guardan las trincheras con los más calmos. Otros vuelven en la noche a ver la novia, la mujer, los amigos y contar... Los cobardes vengán sus miedos buscando fascistas en la noche, sacándolos de sus casas y fusilándolos en las afueras. Lo mejor queda

en la sierra, pegado a los fusiles, lo peor vuelve a la ciudad». En fin, Botella estaba allí, con ellos, honestamente convencido de que luchaba por la libertad y la República...

Picar venía de más lejos, y yo me Imagino que con repasar ciertas novelas del sindicalismo e incluso colecciones de periódicos entre 1900 y 1939, se encontrará con frecuencia. Picar tenía, sin embargo, un cierto ademán de riesgo, que fue totalmente eludido en la fase del proconsulado comunista, donde se picaba con toda seguridad. Molero Maasa cuenta en *La horda en el Lavante feliz*, que durante la vista de una causa ante un Tribunal popular, al leerse la lista de procesados, de cuarenta y uno sólo comparecían dieciocho, por la siguiente razón: «El secretario leía: Capitán Suárez Vigil, desaparecido». Y el público comentaba entre risas: «¡Ese ya está fiambre!» Y seguía el secretario: «Capitán Fernando Manglano, desaparecido». Y decía en voz alta un criminal de aquellos: «Ese ya está “picao”»...

Unas páginas más adelante puede leerse: «Los subieron (a los detenidos) a un coche, con gran protesta de la gente del puerto, que chillaba: “¡Matadlo! ¡Matadlos!”. Y los milicianos trataban de calmar a los que gritaban diciendo: «No os preocupéis. Esta noche o mañana los “picamos”».

David y Olga, dos personajes muy sentimentales de Gironella, contemplaban cómo «los prisioneros (nacionales de la parte de Belchite, verano del 37) cogidos con el arma humeante eran llevados “al picadero” y los milicianos decían luego que había habido “corrida de toros”, y en su crónica gerundense anota que «a las patrullas sin control que *pican* por su cuenta a los fascistas, las llaman: “Servicio a domicilio”».

ZARAGÜELLES

Los famosos pantalones de los Regulares. La palabra es árabe, la prenda también, y ambas cosas, palabra y prenda, tienen su directísima traducción al castellano. Valencia y Murcia han conocido el uso de los zaragüelles hasta hace bien poco. Como prenda es cómoda, y además creo que solucionaba algún problema de etiqueta religioso militar entre los moros, De gran amplitud, se prestaban a divertidas interpretaciones.

Sender los define con gracia: «Calzón amplísimo como una falda, la bragueta en las rodillas, que tanto regocija a los peninsulares».

He oído contar que un combatiente buscaba por un zoco próximo al frente algo que aliviase la monotonía del rancho. Su escuadra le había confiado la captura de alguna pequeña fantasía gastronómica. El hombre husmeó entre los vendedores y no vio nada de particular. Con

mucho sigilo, un moro de aquellos que se dedicaban a operaciones mercantiles, le sopló al oído:

—¿Tú querer gallina güina?

Se le alegró el ojo al soldado. Puso cara de recién parida. Tal rostro de jubilosa aceptación vio el mojamé, que sin vacilar metió mano en lo hondo de sus zaragüelles y tras de rebuscar un poco sacó, triunfante, una oronda, hermosa y algo pálida gallina.

ZOCO

Y ya que estamos en el zoco, hablemos de él. Naturalmente, que el zoco del que aquí me ocupo es el que se llamó así en nuestra guerra, justamente porque sus industriales preferentes eran moros, venidos Alá sabe cómo tras de su gente, y con frecuencia desertores, turistas, distraídos, de los que siempre hay en la tropa y, por tanto, también en los tabores indígenas. Toda esta turba pintoresca se dedicaba al comercio en pequeña escala, con el mérito indudable de plantar sus instalaciones, elementalísimas, en el mismo frente. Allá por Teruel, yo los vi así:

«En una plazoleta inmunda, con olor a guerra inmóvil, había un zoco moruno; se vendía allí de todo. Para beber, para fumar, para escribir, para coser, para amar, para después de haber amado... Serios y cetrinos, con voz siseante, dialogaban los vendedores, en cuclillas, sapos mercantiles. A una oferta indigna ni levantaban la cabeza».

Los almacenes de cada zoquista consistían en un par de sacos, o en un macuto, alguna mochila, quien sabe si una vieja maleta, y, por supuesto, los zaragüelles, si ha de hacerse caso a mis informes. Llegué a ver en Zaragoza un moro que guardaba su mercancía en una barquillera de aquellas infantiles y montañesas.

En el zoco se pregonaba de todo: güivos, conia, tabac, foforo, cocholate, galletas, galinas, y cosas mucho menos nombrables, aunque no por eso menos solicitadas. El escaparate solía ser una zarrapastrosa arpillera con la que el comerciante preservaba sus artículos del contacto con la inmundicia. Era enternecedor verlos preocuparse tanto por la higiene. Llegaban con su mercadería hasta donde hiciese falta y más de una vez se quedaron allí donde habían llegado. Atilano barrió más de un zoco en menos que canta un gallo. Por el Campillo recuerdo de uno que quedó casi arrasado.

El autor del *Diario de un Requeté* precisa que él comió hermosas tajadas de sandía, a quince céntimos una, en un zoco instalado en pleno Coso zaragozano.

Como siempre, Cavero da en el clavo a la hora de describir a los vendedores morunos, que «sentados en cualquier rincón, al sol, aguantaban estoicamente el regateo de los legionarios:

»—¿Cuánto quieres por estos “bisontes”?

»—Tres “peseta”.

»—Te doy dos.

»—Tú “estar arrojado”, hombre.

»Así todo el día. A la noche, agotado el stock, se iban para abajo, en busca de cualquier camión que los llevase al más inmediato centro de abastecimiento. Un día y otro nos acompañaban con su pregón ingenuo:

»—Papel “pa fumá”. Papel “pa escribe”. Piedra “pa mochero...”».

No es que uno se ponga sentimental pensando en los zocos, pero la verdad es que algo supusieron en la tarea de hacer la vida un poco menos dura a una generación que no pasó su juventud entre rosas, pero que se dio el gustazo de presumir de saber árabe porque de vez en vez, por boca de cualquiera de sus componentes, decía:

—¡Eh, paisa! ¿Tú vender güivos?

CARRASCLÁS

Misteriosa palabra a cuyo conjuro se huele, se palpa, se masca, se oye y se ve nuestra guerra. No sé dónde tiene su origen, ni de dónde viene, ni cómo nació, ni qué tropa la cantó primero. Era un soniquete poco o nada conocido, una melodía tosca, rasposa, sin gracia, que, de repente, alcanzó fortuna. Era la voz de un coro doloroso, tremendo y alegre, que sacaba fuerzas de flaqueza, que se echaba el cántico entre pecho y espalda como un trago de vino, que se cubría con él como un capote manta, que a proa y a popa del refrán iba atando sus coplas de Mingo Revulgo:

Carrasclás, carrasclás,

qué bonita serenata,

carrasclás, carrasclás,

ya me estás dando la lata.

Esto lo decía gravemente el coro y a continuación se arrancaba el versolari de turno, que inventaba una copleja de circunstancias o modificaba una conocida de acuerdo con el viento que soprase o simplemente entonaba una de aquellas que son poco menos que eternas porque hacen referencia a la humilde vida del soldado. Cada final de verso era coreado con base en las terminaciones. Por ejemplo:

En la puerta la Academia...

Y el coro, si era como había que ser, clamaba: «¡Emia!», mientras el juglar, reconfortado por el unánime asentimiento de sus camaradas, continuaba:

... hay un farol encendido

¡Ido!

con un letrero que dice:

¡Ice!

¡Joderse y no haber venido!

También las había más líricas, porque el carrasclás era capaz de todo, y lo mismo tocaba la política que el miedo, la cuestión gastronómica que

la internacional, el pique interunidades o resquemores partidistas. El carrasclás no se arredraaba ante nada:

Las chicas de Zaragoza

¡oza!

se asoman a los balcones

¡ones!

y se dicen unas y otras:

¡otras!

¡Mi novio tiene cojones!

La verdad es que nunca se dijeron cosas semejantes las chicas de Zaragoza, jamás se hicieron confidencias de este tipo sobre sus novios, y menos de balcón a balcón, pero el carrasclás era así, «era vulgar, atroz, imposible, Pero era como el *Tipperary* que inventara en 1914 Jack Jurge. O como la *Madelón* », escribió Giménez Caballero, mi querido maestro Ernesto, que del carrasclás, como de tantas otras cosas, dijo lo mejor, lo más justo, me atrevería a asegurar que lo insuperable en un curioso y breve libro titulado *La Infantería Española*.

Algunos me han indicado que probablemente era de origen navarro, pero yo pienso que no, porque aparte de que me parece que entonces lo hubiera sabido, en el *Vocabulario* Navarro de José Marta Iribarren, publicado después de la guerra, ni siquiera aparece el vocablo. Tampoco está en el *Diccionario de la Academia*, ni en el *Enciclopédico de la Guerra* —que adolece de escasa información sobre la nuestra—, ni en algunas otras posibles fuentes a las que me he asomado.

La atribución del carrasclás a las fuerzas navarras —que ni afirmo ni niego, aunque me parece dudosa— debe originarse en una confusión, y es que algunos soldados, navarros o no, decían «carrascal» en lugar de «carrasclás». El alto del Carrascal era un término geográfico muy querido para las fuerzas navarras, y puede que los eruditos se apoyasen en esto para suponer navarro el «carrascal» o «carrasclás». Giménez Caballero lo identifica como «jótica navarroaragonesa con algo de seguidilla castellana». ¡Allá mi maestro con la estirpe musical del carrasclás! Acaso Antonio Valencia, que sabe de guerra y además de ópera, pueda orientar mis pesquisas.

La confusión entre carrasclás y carrascal ha alcanzado incluso a libros publicados después de la guerra por antiguos, eruditos y expertos combatientes. Tal es el caso de José María Fontana, que en *Los catalanes en la guerra de España*, escribe:

«Un día nos levantamos de buen humor. Estamos con los amigos o con los hijos y, sin saber cómo, cantamos:

Carrascal, carrascal

qué bonita serenata...

»Nos sentimos jóvenes, aunque ya no lo somos, y a nuestra risa alegre se mezcla una extraña emoción que pone chispitas acuosas en el mirar. Es la visión de nuestra propia sombra juvenil y el recuerdo de muchísimas sombras que se quedaron sin cuerpo por la causa de la Patria común».

Las confusiones, en esto de canciones e himnos, siempre son fáciles. Un falangista de pueblo le decía a un camarada suyo durante el curso de una ceremonia en la que tomaban parte algunos pilotos de la Cándor:

—¡Chico, de qué buena pasta son estos alemanes...!

—¿Y a qué viene eso?—preguntaba el otro.

—Fíjate lo que les acabamos de decir en el *Cara al Sol*, y los tíos tan ternes. Y mira que aquel de allí habla español como tú y como yo...

—¿Pero qué les hemos cantado, melón?

—Hombre, eso de «imposible el alemán» están presentes en nuestro afán...

Tal y como van las cosas, el carrasclás acabará por ser música sentimental. Y la verdad, se lo tiene ganado. Fue como un bárbaro villancico cantado en el Belén de la Patria, en el portalico de España, en el Nacimiento de un mundo nuestro distinto del anterior.

PASADO

Un pasado es un desertor para aquellos que abandona y un valiente para aquellos a los que se incorpora, siempre que no sea demasiado inoportuno. El cristal con que se miran estas cosas varía incluso el matiz sonoro de la palabra a la hora de pronunciarla, de modo que no os lo mismo decir: «Fulanito es un buen tipo; se nos pasó en Talavera», que decir: «Menudo cabestro nos resultó el tal Mengano. ¿No sabes que se pasó cuando lo de Teruel?»

No es tan fácil hacer el golondrino y volar de una línea a otra, por muchas ganas que se tengan; ni en todas partes le aceptan a uno con la misma voluntad. Mina el Mozo, por ejemplo, rechazaba a cualquier

francés que se le pasara —que los hubo—, o bien le aconsejaba, «dando desahogo a la indignación, que fuera a juntarse con la partida del cura de Valcarlos, a quien tenía por cobarde y bandolero».

Pasarse, en nuestra guerra, desde las líneas rojas a las nacionales por un sector guarnecido por Regulares, comportaba mayor número de riesgos que hacerlo de cara a un sector guarnecido por cualquier unidad europea.

El pasado tenía conciencia de si mismo y de su propio valor y se mostraba, lógicamente, orgulloso tanto de haberse atrevido a intentarlo como de haberlo conseguido. A veces con las glorias se le calentaba demasiado la sinhuera, de modo que García de Pruneda, al hablar de cierta información hiperbólica, comenta: «Como suelen ser las que dan los pasados, que con datos espeluznantes esperan obtener un trato de favor».

Los caminos fronterizos de Cataluña y la tierra de nadie de los frentes inmensos saben mucho de los que se dejaron la pelleja en la intentona. El pasado tenía prestigio y contaba de antemano con un claro y hermoso aval, razón por la cual más de un avisado prisionero trataba de mejorar su situación recurriendo a un truco humanísimo:

—¡Eh, oiga! Ni prisionero ni nada, que lo que yo estaba haciendo era pasarme...

Pero a los pasados, en un noventa y nueve por ciento de los casos, se les conocía nada más que con mirarles a los ojos. En el inevitable margen de error conozco un par de buenas carreras, y eso que, por razones de seguridad, se hilaba delgado.

«La recepción no solía ser demasiado calurosa y se caracterizaba por cierta preventiva y quizá explicable dureza —escribe José María Fontana—. A mi, Jefe Provincial de la Falange de Tarragona, con jerarquías que esperaban mi llegada, me interrogaron, y el Jefe de Fronteras me preguntó:

»—Y usted, ¿por qué no se ha pasado antes?»

Esta preguntita, que casi era de precepto, irritaba naturalmente a los pasados. Escuché entonces la historia de un joven capitán, sublevado en alguna plaza que quedó por los rojos, y que sufrió lo suyo antes de conseguir pasarse. Fue interrogado en Irún. Luego le dijeron lo mismo que a Fontana, y él respondió que se había pasado en el mismo momento en que pudo. Benévolamente le advirtieron, por ejemplo:

—Pero usted estaba en Madrid. Si usted se va de Madrid a Fuencarral, a la salida de Fuencarral, a mano derecha, hay un camino que lleva todo seguido y sin obstáculos hasta las líneas nacionales.

El capitán tragó paquete. Continuó su informe. Todo fue bien. Cuando se despedía con todas las bendiciones dijo:

—Con su permiso. ¿Podría hacer una pregunta?

—¡Hágala!

—¿Cómo es que ustedes no han entrado todavía en Madrid?— y antes de que su interlocutor pudiese terminar de sorprenderse añadió muy seguro—: Mire, mi comandante. Desde las posiciones sobre Fuencarral, hacia la mano izquierda, hay un camino que lleva todo seguido y sin obstáculos hasta el mismo Fuencarral, y de allí a Madrid es cosa de coger el tranvía.

El capitán salió aquella misma tarde para el frente, que es lo que buscaba y por lo que se pasó en cuanto pudo.

No era lo mismo pasarse por el frente que por la frontera. Los técnicos aseguran que la frontera resultaba más dolorosa que el frente. Un catalán de armas tomar le agarró por el correaje a un carabinero que le interrogaba lleno de desconfianza:

—*Miri, miri* —le dijo—, ¿usted cree que ahora se sale de Barcelona como antes, a las siete cuarenta y tres?

Había pasado el Pirineo a pie, en una desastrosa expedición, y tuvo que descansar cuatro días en Andorra. El descanso, por lo visto, le resultaba al carabinero como una especie de matute.

Algunos que veían llegar gente por la frontera de Irún, se preguntaban asombrados:

—¿Pero a quién puñeta matan esos bestias de Madrid?

Porque no todos los que llegaban eran bien acogidos por sus propios compañeros. Revoluciones y guerras echan para adelante lo mejor y lo peor de cada sujeto, y había sujetos que casi todo lo tenían peor. Sé de unos cuantos.

Me parece que fue Tono, y creo recordar que en *FE* de Sevilla, quien hizo el mejor chiste sobre el afán de pasarse que había en zona roja. Se encontraban dos de sus estupendos monigotes, muy serios, y se daban la mano al tiempo que se decían a manera de saludo:

—Que usted se pase bien.

En zona nacional a los ciegos, con un chiste de mala pata, se les llamaba rojos, porque siempre pedían ayuda para pasar al otro lado. En Gironella he visto que la misma poca gracia también estuvo de moda en

zona roja, donde a costa de los ciegos se hacía el chistecito de llamarlos fascistas por las mismas razones.

Los rojos, por lo menos a la hora del primer otoño junto a Madrid, se trabajaban el pase de nuestra gente a sus líneas. Ofrecían diez duritos, un mes de permiso y viaje pagado al lugar del virreinato soviético que se quisiera. Algunos picaron, aunque supongo que no por las ventajas económico-turísticas, sino porque de todas maneras se hubiesen pasado. Nuestra gente tenía más descuidado este tipo de propaganda, pero de todas maneras siempre tuvimos mucha clientela, a Dios gracias.

Al principio, lo de pasarse o era un delirio de valor o era un truco. La bandera blanca y el decir que vengo a pasarme hacían desconfiar a cualquiera. A Pico, un jefe de centuria, santanderino, incorporado como alférez a la Primera Centuria de Navarra, se lo cargaron a la salida de Sigüenza con un truco de esos. «¡Hermano —le gritó un rojo— voy a pasarme!» Pico, que era un alma buena, salió a su encuentro a abrazarle, y allí se quedó. En un barullo semejante cayó Juanito Allanegui, o a consecuencia de algo muy parecido. Fue así: «De los rojos se destacó un hombre, que brazos en alto (lo veíamos con gemelos), se dirigió resueltamente hacia el «Carnicero» (nombre de una posición). A poco, otro imitó su ejemplo; nosotros comentábamos:

»—¡Se pasan, se pasan! ¡Viva España!

»Pero Rivera, que sabe manera (por algo lleva más de treinta años de servicio), no estaba tranquilo.

»—Algo traman, Cavero; verá usted...

»Y tenía razón. Al cuarto que llegó al parapeto, como si fuese una señal convenida se lanzaron todo al asalto, tirando bombas si Dios tenía qué».

Allanegui estaba allí con su sección. Rechazó el ataque, pero él cayó.

Ángel Ruiz Ayúcar pone de manifiesto la desconfianza con que a veces se acogía a los pasados a causa de estas y otras aventuras, por muchas efusiones patrióticas que prodigasen: «Los camaradas se dejaron abrazar sin mucho entusiasmo. Aquel individuo venía de los rojos y todavía estaba por ver quién era».

A un paisano y amigo mío, el doctor Y., le pescó el Alzamiento en Madrid, precisamente celebrando el éxito de sus oposiciones a forense. Cuando despertó a la mañana siguiente a la noche anterior, el Cuartel de la Montaña había sido asaltado. Mi amigo decidió que él tenía que volver a Pamplona fuese como fuese, de modo que en cuanto se enteró que existían unas Milicias Vascas, o quizá Baskas, se alistó en ellas como médico. Al cabo del tiempo fue destinado al frente de Guadalajara, ya después de la famosa batalla.

A mi amigo, como a cualquier navarro, le gustaba el vino; pero dominaba sus preferencias, aunque, desde un punto de vista puramente propagandístico y espectacular, se hacia pasar por un trompa empedernido precisamente para pasarse. Cada noche salía fuera de las defensas para insultar «más de cerca» al enemigo. Sus improperios eran buenos, cotizados y, en cierta manera, seguros, puesto que en aquel frente las posiciones eran discontinuas y lejanas. A fuerza de barbaridades retóricas les pasaba la mano por el lomo a sus milicianos y con ese sistema iba habituando a los guardias que combatían en territorio maketo a considerar que su médico era un rojo fervoroso, un calamocano impenitente y un sujeto de modales disparatados, estrafalarios y aventureros.

Era un verdadero suplicio aquello de no catarlo para que la verdad de los borrachos y de los niños no saliera de su boca, y hacer, en cambio, como que se encandilaba a diario. Así aguantó hasta la noche que le pareció propicia para pasarse.

Esa noche insultó mejor que nunca y braveó lo suficiente para alejarse de las alambradas de modo natural. Los de la gudarostia se reían a mandíbula batiente; pero más se reía, aunque un tanto a lo conejo, el doctor. Y echó a andar hacia las posiciones nacionales. Se guiaba por las estrellas y por sus meticulosos y disimulados estudios del terreno. Al principio todo fue bien, pero luego le cayó encima la niebla y el doctor comenzó a desorientarse. Cuando horas más tarde tropezó con una alambrada, después de dar mil vueltas ciegas, no sabía dónde estaba, y antes de que pudiese reaccionar y serenarse escuchó una voz alarmante y perentoria que le daba el alto:

—¡Alto! ¿Quién vive?

El doctor Y., *politique d'abord*, se tiró a tierra. Comía gaba hasta sudar. Oyó el chasquido de un cerrojo.

—¿Quién vive?

El doctor Y., *politique d'abord*, se tiró a tierra. Comía gaba de responder: «¡España! ¡Vengo a pasarme!»; pero, por otro lado, una elemental prudencia le aconsejaba camuflar sus verdaderos sentimientos, porque con el aquel de la niebla bien pudiera sucederle lo que a otros muchos, esto es, que se habían dado de narices con los rojos y con el piquete de fusilamiento. En la posición se oía el leve rumorcillo de la alarma. Todo estaba listo. El centinela repitió la pregunta, probablemente porque era un santo varón:

—¿Quién vive?

El doctor Y. no lo pensó más. Su ángel de la guarda le sugirió una respuesta apresurada, ecléctica, rebosante de sentido diplomático:

—¡Coño, un desgraciao...!

De este modo y dando palmadas, como un vecino que llamase a las puertas de España, se adentró en la posición. La posición era nacional. La posición, por si fuera poco, la mandaba un compadre suyo, el teniente provisional A. Lo celebraron fuerte. Lo celebraron a modo. Lo celebraron por todo lo alto. Por vez primera en muchos meses bebió vino con toda confianza. De todos modos aún le dio tiempo, antes de la obnubilación, para localizar sobre el plano unas cuantas baterías rojas que al amanecer fueron desmontadas por la artillería nacional. Luego se fue a Pamplona y se alistó.

La disparatada política roja provocó conflictos semejantes al que tan elegantemente superó el doctor Y., dentro de sus propias líneas. Una nota de Hugh Thomas, dice: «Míster Richard Bennett (que entonces se encontraba en Radio Barcelona) me ha contado cómo, en aquellos días —mayo de 1937, tiros entre anarquistas y comunistas—, la puerta de su domicilio de Barcelona fue abierta por dos jóvenes que llevaban bombas de mano, y que le preguntaron ásperamente: «¿En qué lado está usted?» «En el vuestro», contestó prudentísimamente.

En las calles de Madrid, cuando casadistas y comunistas andaban a trastazos, ya en las boqueadas de la guerra, la gente de paz, que no podía quedarse en casa y que corría el riesgo de equivocarse a la pregunta de tantas y tantas contradictorias patrullas, encontró el pasaporte universal.

—¿De quién sois?

—Somos de los leales.

Y no había que explicar más, por lo menos muchas veces.

Los locutores de altavoces del Frente provocaban verdaderas oleadas de pasados. Neville recuerda uno «especializado en frentes donde hubiera catalanes del otro lado, porque les hablaba en su idioma, no sólo gramatical, sino moral». También cita el caso de «aquel antiguo sargento que, en un acceso de deformación profesional, habla arrestado al llegar a nuestras filas al centinela, que habla encontrado adormilado». Armiñán recuerda a uno que al pisar tierra nacional dijo: «¡Gracias a Dios que se puede decir gracias a Dios!»; y Pemán escribe en su relato de la toma de Madrid, al hablar del mediodía del 28 de marzo en la Ciudad Universitaria: «“Como tardemos en entrar en Madrid, es Madrid el que va a entrarse en nosotros”, comentaba el coronel Losas ante la afluencia de “pasados”».

En algún momento y en algún lugar debió darse el caso de unos cuantos canarios procedentes de batallones de recluta que eligieron pasar de zona nacional a zona roja, porque se atribuye la «Pasionaria» una frase parecida a ésta: «Franco, cierra la jaula, que se te van los canarios».

No renuncio al mejor remate que puede tener esta ya larga papeleta, acudiendo al incomparable Cavero, que cierta vez, al final de un ataque, recogió un perro procedente del campo soviético. El perro era negro y llevaba dibujado en el lomo, a fuerza de tijera, una hoz y un martillo. «Lamía mis manos cuando lo até con una cuerda de esparto —escribe el alférez—. Cuando terminó el ataque envié un enlace al coronel Galera, con la documentación de los muertos y con el perrillo y una nota que decía: «Adjunto remito a V.S. un individuo pasado del campo enemigo. Interrogado solo contesta *guau, guau*, por lo que creo pertenece a Brigadas Internacionales...».

»E1 enlace volvió con el perro y un duro de propina».

Considera, alma cristiana, que por un durete se hacían muchas cosas en zona nacional.

FEA

Sigla cuya significación exacta es: Falange Española Auténtica. Comenzó a circular popularmente a raíz de la Unificación. Reconozco que a mí me tira mucho, cada vez más.

JERARQUÍA

Denominación aplicada singularmente a los jefes falangistas. Esto de llamar al grupo de autoridades más inmediatas a cada cual, según la escala de cada cual, los jerarcas, tiene un cierto tufo italiano. Cosa, por otra parte, natural. Italia era muy importante en aquel tiempo.

El abuso del término lo descalificó un tanto, como siempre pasa, de modo que a un ilustre escritor y político se le atribuye este epigrama destinado a una determinada jerarquía, pero un poco de quita y pon, para utilizarlo a conveniencia:

Tenías mucho mando

y la cabeza hueca;

la sartén por el mango

para asar la manteca.

Parece que la jerarquía directamente aludida se rió mucho con el epigrama y comentó:

—Es el autorretrato más cínico que he oído en mi vida.

Jerarquía fue también una espléndida revista intelectual nacida en Navarra, al amparo de Fermín Yzurdiaga y Ángel María Pascual. Se editaba con tapas negras y llevaba un subtítulo algo barroco, muy del tiempo, que decía «La Revista negra de la Falange. Gozo y flor de las cuatro estaciones». Fue un maravilloso alarde que honraba a sus promotores. La escuadra de *Jerarquía* estaba compuesta, bajo la jefatura de Yzurdiaga, por Carlos Foyaca de la Concha, Rafael García Serrano, Alfonso García Valdecasas, Ernesto Giménez Caballero, Pedro Laín Entralgo, Eugenio Montes, Martínez Grispín, Ángel María Pascual, José María Pérez Salazar y Víctor de la Serna. La simple lectura permite comprobar que el orden es puramente alfabético.

En un número de *Arriba España* apareció un anuncio de *Jerarquía*, en el que la jota era sustituida por la ge, como en tiempos de Almirante. La cuestión es que ello no fue debido a una errata, ni a vocación arcaica, sino a un alarde de italo filia de Ángel María. ¡Cómo se rió al verlo!

La revista *Jerarquía* mantuvo un tono espléndidamente dorsiano desde su arranque: «Guía nationalsindicalista del Imperio, de la Sabiduría, de los Oficios».

LA CABRA

Delicada manera de denominar a una famosa ametralladora roja emplazada en el sector del Alto de los Leones de Castilla. Refiriéndose a las indicaciones que le hacían durante su visita, escribe Fernández de Córdoba en sus *Memorias de un soldado locutor*: «Otro nos indicaba que al llegar al puente lo rodeásemos en vez de pasar por su centro, porque “La Cabra”, así llamaban a una ametralladora roja emplazada en lo alto de un pico, no dejaba con sus ráfagas pasar tranquilos el referido puente».

CHAPA

Placa militar de identidad, metálica, ovalada, con un número, destinada a la identificación de bajas. Se llevaba como pulsera. Hacía bonito y se presumía mucho con ella. Entonces se inventó la chapa particular, generalmente regalo de la novia o la madrina. No tenían ninguna forma reglamentaria y solían ser placas alargadas en las que se leía el nombre y apellidos del homenajeado, el cual, a su vez, acostumbraba corresponder con un regalo semejante destinado a la donante, en el cual podía ir su nombre, el de su novia o madrina, acaso los dos, y muchas veces una estrellita —o las que fuesen de justicia— y el emblema del

Arma o Cuerpo; se sujetaban a la muñeca con una cadena o cadenita, a gusto del consumidor, y eran plateadas o de plata, sin que faltasen algunos potentados que las llevaban de oro. Pero si a uno le cascaban en serio daba lo mismo que la chapa fuese de reglamento o francotiradora, plateada o de plata, de oro o de platino. Todo era igual.

SOCORRO AZUL

Por natural contraposición al Socorro Rojo, se llamó Socorro Azul a la organización falangista que planteó y resolvió en la mayoría de los casos los problemas de la ayuda a los presos y los perseguidos. Algunos le llamaron también Auxilio Azul. La fundadora del Socorro Azul fue María Paz Unciti, asesinada a los veinte años por una partida de milicianos incrustados en los organismos de Seguridad. En su ficha se leía: «Ferviente propagandista de Falange».

El Socorro Azul proporcionaba refugio, amparo, milagrosa comida, medicinas, dinero, informaciones, conductos subterráneos para el paso a la otra zona, en fin, cuanto viniera bien al alma y el cuerpo de los perseguidos. A veces había nacionales que servían en las filas rojas. A veces, creyéndose en lugar seguro, se iban de la lengua. Hasta allí llegaba el Socorro Azul, según cuenta Tomás Borrás en *Checas de Madrid*:

«En el bolsillo de la zamarra el miliciano encontraba al día siguiente un papelito: “No seas suicida. ¡Cállate, por Dios! El café es un nido de espías. No digas nada de nada, no tengas confianza con nadie”. Letra febril, tendida, rápida, angustiosa, del Socorro Azul o del Socorro María Paz Unciti».

Hasta seis mil mujeres se lo jugaron todo por servir silenciosamente, clandestina y esforzadamente en este menester misericordioso.

EL AUSENTE

Modo de aludir a José Antonio en la zona nacional. Parece que es invención debida al ingenio, la piedad y la camaradería de Víctor de la Serna. La expresión nació después del 20 de noviembre de 1936, pero entonces no lo sabíamos casi ninguno. Ignoro si el sebastianismo que siguió en nuestro lado a las noticias —un tanto confusas, nunca confirmadas y más de una vez tácitamente desmentidas— de la muerte de José Antonio, fue un hecho deliberadamente preparado, provocado al menos, por nuestra propaganda o nuestros elementales laboratorios de la guerra psicológica. Me inclino a suponer, y hablo por experiencia personal, que nació de un modo espontáneo, porque la gente de las banderas, el falangista de filas, creía metafísicamente imposible la

desaparición de José Antonio. Esto puede que extrañe ahora, pero entonces resultaba absolutamente normal.

El ambiente se pulsa con la lectura de cualquier novela bien documentada que aluda a aquella época, con un repaso a las colecciones de periódicos y también con el estudio de testimonios bien objetivos. Héctor Colmegna, el médico argentino tantas veces citado, describe un tipo muy corriente en las unidades azules: «Nuestro amigo Lapaza se negaba en absoluto a aceptar su muerte (la de José Antonio); decía que los falangistas de la otra zona, donde José Antonio estaba prisionero, lo salvarían, costase lo que costase. Y agregaba:

»—Yo estoy convencido que en estos momentos ya está fuera de peligro escondido en algún lugar seguro. Cuando termine el Movimiento volverá a reunirse con nosotros».

Este fue un tipo de bulo que llegó a dar precisiones increíbles de puro reales, razonadas y lógicas. Por desgracia, todas mentira.

Ruiz Ayúcar pinta muy exactamente la escena en que un pasado —que además tiene motivos de sobra para estar seguro de que José Antonio ha sido asesinado—, informa a los falangistas que guarnecen el sector por donde acaba de dar el salto:

«Miró a Lara (que es el que viene del otro lado) con mirada indecisa y luego le preguntó:

»—Oye, camarada. Tú que vienes de Madrid, ¿qué sabes de José Antonio?

»Lara le miró sorprendido. En la zona roja todo el mundo sabía que el jefe nacional de Falange había sido fusilado en noviembre. ¿Cómo era posible que aquellos muchachos lo ignorasen? Contestó ambigualmente:

»—No sé... Decían que lo habían fusilado.

»—¡Mentira! —gritaron varias voces a la vez.

»Lara contempló con estupor los rostros airados de los falangistas. Le miraban como si hubiera dicho una blasfemia. Se excusó:

»—Ya os he dicho que no lo sé. Los rojos decían eso, pero a lo mejor era para engañarnos.

»—José Antonio sigue vivo —dijo el jefe—. No ha podido morir. Nosotros esperamos con fe ciega su vuelta. Todos le llamamos «El Ausente», y la ilusión de volver a verle nos sostiene en los combates más difíciles.

»Miraba fijamente a los ojos de Lara, y debió de ver en ellos algo descorazonador, porque le dijo:

»—Además, si hubiera muerto... nos lo hubieran dicho, ¿no crees?

»—José Antonio no puede morir —ratificó uno de los campesinos».

No he querido abreviar la cita ni un poco. Precisamente porque éste era el ambiente, y ésta toda la lógica que se aplicaba al caso: «José Antonio no puede morir».

En *El Puente*, de José Antonio Giménez Arnau, un jerarca falangista le da la noticia fatal a un camarada. Este responde:

«—Es imposible.

»—No, Alberto. Es así. Lo han fusilado.

»¿Fusilarlo? Entonces —pensó— quería decir que habían fusilado a toda una generación. Sí. Era eso. Con aquel hombre, sin que ellos mismos lo supieran, habían caído todos aquellos que él puniera en pie. Quedaban, sí, unos cuerpos que luchaban, unos brazos que descargaban sus fusiles; pero su espíritu no estaba ya dentro. Quedaban también otros hombres nacidos antes de este siglo y quedaban otros jóvenes que crecerían rápidamente. El país sería conquistado y caminaría hacia el triunfo. Pero la generación que se había encontrado los días de la caída del Régimen, la generación que quemara o impidiera quemar las iglesias, la generación revolucionaria, la que tocara a rebato, despertando al país de su siesta, ésa había caído fusilada».

A mi, por cierto, me parece esta afirmación una de las más patéticas verdades que se han dicho nunca.

Y un alférez de *La fiel Infantería* les dice a sus soldados:

«—En Madrid me dijeron que su muerte es cierta. Allí nadie piensa otra cosa. Pero yo...

»—Calle; sí Dios está con nosotros, ¿qué puede pasarle?»

Se hablaba del Ausente con toda naturalidad, y yo adivino que había en todo ello tanto un instinto poético como un oscuro deseo de no pronunciar el nombre por no gafarlo. Las guerras están llenas de pequeñas supersticiones que los soldados aceptan al principio con una sonrisa de burla, y luego casi en serio o totalmente en serio. Cualquiera que entonces viviese en zona nacional recordará haber oído gritar «¡Viva el Ausente!» en las manifestaciones, e incluso en las formaciones de más de una unidad falangista.

De todos modos, una honda corriente de desconsuelo latía por bajo del sebastianismo, porque en ocasión de hablarse de una mediación extranjera para hacer la paz entre ambos Ejércitos, en zona nacional era corriente argumentar:

—De acuerdo, pero a la conferencia de armisticio enviaremos estos tres representantes: José Antonio, Calvo Sotelo y Pradera...

Lo cual indicaba bien a las claras que la conferencia no podría tener lugar.

Camisa azul, una novela de Felipe Ximénez de Sandoval que alcanzó enorme popularidad a través, primero, de *Fotos*, y luego de varias ediciones, terminaba con la historia de un falangista que se hacía matar al enterarse del fusilamiento de José Antonio. Este no es un hecho fantástico, literario, imaginativo. Se dieron casos.

Había una copla, que yo he citado miles de veces, en la que los hombres de entonces parecían decirse un secreto a voces sin que nadie quisiera creerlo, sin dar nombre, por si acaso, pero con tan desolado realismo, con tal cantidad de señas, que de por sí eran mortales:

Echale amargura al vino

y tristeza a la guitarra.

Compañero, nos mataron

al mejor hombre de España.

La esperanza es como una gran llama que nunca se extingue, y por eso también había otras muchísimas coplas en que se recordaba al Ausente de manera directa, clara e ingenua. *Arriba España* del 5 de mayo de 1937, publicaba entre la correspondencia del frente una serie de jotas escritas por uno de tantos falangistas que andaban en los tiros:

Montecico del Naranco,

manantiales de aguas buenas,

yo escribí en los arbolicos:

¡Viva Primo de Rivera!

El mito de la ausencia acabó el 20 de noviembre de 1938, cuando el Caudillo, desde Burgos, comunicó personal y oficialmente a todos los españoles que José Antonio había sido fusilado en Alicante.

En el libro titulado *Mis recuerdos*, de Largo Caballero, se viene a decir que el fusilamiento fue ilegal: «El Consejo (de Ministros) no quiso tratar una cosa ya ejecutada, y yo me negué a firmar el enterado (del cumplimiento de la sentencia) para no legalizar un hecho realizado a falta de un trámite impuesto por mi a fin de evitar fusilamientos ejecutados por la pasión política».

Largo Caballero era entonces jefe del Gobierno rojo.

«Hemos pensado y seguimos pensando —escribió Diego Abad de Santillán, teórico anarcosindicalista, en *Por qué perdimos la guerra* — que fue un error el fusilamiento de Primo de Rivera. Españoles de esa talla, patriotas como él, no son peligrosos, ni siquiera en las filas enemigas. Pertenecen a los que reivindicamos a España y sostienen lo español, aun desde campos opuestos. ¡Cuánto hubiera cambiado el destino de España si un acuerdo entre nosotros hubiera sido tácitamente posible, según los deseos de Primo de Rivera!»

Lo que sí está claro es que aquel sebastianismo ayudó a ganar la guerra, y que tan irremediable ausencia pesará definitivamente sobre la historia de nuestro tiempo, ayer, hoy y mañana.

CHAPUZA

Operación de poca importancia. Modesta manera de denominar, también, a otras que pudieran tenerla, y abundante. Estos términos, por regla general, dependen mucho, a la hora de entenderlos, del puro matiz.

«Hoy hemos tenido una chapucilla, que no sé si figurará en el parte», escribió a su casa el alférez Cavero. Y resulta que aquello fue un caso de Medalla Militar y felicitación del Caudillo.

Por extensión se llamaba chapuza igualmente a cualquier operación de índole reservada que pudiera llevarse a cabo con activa colaboración femenina.

VETERANÍA

Estado vital, social y hasta sacramental en la milicia, como en otro orden puedan serlo la soltería, la viudez, el matrimonio o el sacerdocio. Impalpable condición que da prestigio, lustre y seguridad. Veteranía y sabiduría quieren decir lo mismo, en cierto modo. El viejo Almirante sostiene que ser veterano equivale a llevar un «título de honor y respeto»; en este caso la veteranía es el invisible uniforme del veterano, su coraza, su medalla, su hoja de servicios jamás escrita.

La única Universidad del veterano es la experiencia. Se trata de una carrera dura, cuyo grado es siempre difícil de alcanzar, aunque no sea en todos los casos cuestión del mismo tiempo, sobre todo cuando hay guerra. «Ya no tengo fuerzan nuevas; después de estos tres días de combate, todas son veteranas», le decía un general al «Tebib»,

refiriéndose a los que se libraban en torno a Madrid durante el terrible otoño de 1936. «Lo sabía todo o casi todo, y no era un hombre viejo, era un veterano», escribí a propósito de un lejano camarada.

La guerra da el paradójico veterano joven y la veteranía se nota en los hombres y en los animales. «Los caballos poco fogueados —escribe García de Pruneda al describir el prelude de una ofensiva, con fuerte preparación artillera— daban muestras de inquietud y se defendían con malas artes. Los veteranos temblaban imperceptiblemente y no se meneaban».

Lo contrario del veterano, y su materia prima, es el llamado quinto, quinterro, quítate ese gorro, etc., etc...

EL QUESO DE GRUYÈRE

Así se llamó a la Telefónica, casi la única edificación que realmente alzaba el gallo en el Madrid de aquellos tiempos. «Llamaba a la Telefónica el gracejo de Madrid “el queso de Gruyère” por los agujeros que le hacían los obuses», anota Tomás Borrás en *Madrid, teñido de rojo*.

La Telefónica era un observatorio estupendo sobre las líneas nacionales, centro de comunicaciones y residencia de la censura de Prensa roja, donde trabajaba con encarnizado entusiasmo el liberal Arturo Barea. Como se sabe, todos los escritores que presumen de liberales, y esto vale para el campo nacional y el marxista, han trabajado en la censura, les tira mucho la censura, les gusta la cosa y están por la faena.

Los que no somos tan liberales, sin embargo, nunca hemos puesto nuestras manos en esa masa, aunque sí hemos sufrido las embestidas de los que lo son, tanto desde sus posiciones de la censura como desde las puramente literarias o políticas.

Cosas de la vida, ay...

COLUMNA DE BARULLO

Fórmula militar de marcha —que es inútil buscar en ninguna Directiva de orden táctico— equidistante de la disciplina y la anarquía; centrada, fundamentalmente, en la comodidad. Para mejor hacerse a la idea, veamos un ejemplo de Ruiz Ayúcar: «Se detuvo para ver pasar una formación de requetés en columna de barullo camino de la estación. Sus uniformes descoloridos denotaban que eran tropas veteranas. Según pasaban piropaban a las chicas. Ellas les sonreían y contestaban a sus

palabras. Los hombres iban sonrientes a la muerte, y sonrientes les despedían las mujeres. Si alguien sentía pena se la tragaba. Al exterior sólo dejaban salir la alegría».

¿Está claro?

MILI

Toga viril; frontera del tiempo, medida del tiempo —antes de la mili, después de la mili, durante la mili—; fresco pozo de nostalgia; manantial de amistad. Todo esto va dicho en esas dos sílabas que abrevian cuarteleramente la solemnidad del sustantivo milicia. Hacer la milicia parece demasiado campanudo y comprometedor; hacer la mili, en cambio, es otra cosa.

Cuando los rojos aludían a alguno de sus jefes u oficiales que pertenecían al Ejército anterior al 18 de julio, solían decir: «Ese es de la vieja mili».

Visto desde la mili el mundo de los paisanos es como el extranjero. El paisano es de otra raza, y cuando el paisano entra en la mili parece como si cambiase de alma y de piel, pero cuando torna a su condición anterior hay algo del alma militar que no se le quita del todo. La mili es al paisano lo que las aguas bautismales al neófito. Se entiende muy bien lo que el teniente de Farnesio de *La soledad, de Alcuneza* le dijo a un comisario político que se empeñó en demostrarle que el verdadero Ejército era el rojo, el del pueblo. Lo que le dijo fue esto:

«—Hombre, yo ya sabía que los rojillos dicen enormidades de nosotros, pero nunca pude imaginar que nos llegaran a llamar paisanos».

LA TÓMBOLA

El momento en que se leía la lista de condenados a muerte por el Tribunal Popular en el barco prisión «Uruguay». El Tribunal bendecido por la suma sabiduría jurídica de don Ángel Ossorlo y Gallardo, juzgaba lunes, miércoles y viernes, de modo, escribe Manuel Goded, que «los martes, jueves y sábados era el día de lo que nosotros llamábamos en nuestro macabro buen humor «La Tómbola».

Este sí que es un humor negro de verdad, no como el que han puesto de moda nuestros jóvenes y viejos inconformistas. «La Tómbola» —añade Goded— era un juego emocionante... En seguida nos arremolinábamos alrededor de los señalados por la suerte, a los que sólo les quedaban

cincuenta y cuatro horas de existencia terrena, y procurábamos hacerles humana y caritativa compañía».

AHORA O NUNCA

Tan breve proposición pasó a ser un timito de moda en virtud de uno de los primeros carteles de propaganda falangista que se vieron en zona nacional. Había en el dibujo un camisa azul fusil en mano, muy estilizado, como se decía entonces, y se leía: «Ahora o nunca: la Falange os llama».

A propósito de un ilustre personaje que evitó cuidadosamente su estancia en las líneas, se contaba este diálogo de dos camaradas suyos, que estaban en los Leones:

—¿Y ése no oye que la Falange nos llama?

—Sí, pero ya contestó que nunca.

Lo curioso es que el tiempo demostró hasta qué punto tenía razón el de la informativa y escéptica aclaración.

LA PERDICIÓN DE LOS HOMBRES

Billetes de peseta emitidos por el Gobierno rojo. Por un lado, se veía una mujer medio tumbada; por el otro, un racimo de uvas. Realmente hay que reconocer que en esta ocasión se lo pusieron fácil a la clásica zumba española. No hubo que esforzarse mucho, de modo que cípayos y nacionales residentes en el proconsulado soviético coincidieron en el remoquete. Dice Borrás: «Fueron laicamente bautizadas esas pesetas: “La perdición de los hombres”».

RETAFUSI

O lo que es lo mismo, retaguardia. Personalmente no recuerdo haber oído esta palabra. Me informan de que se usó bastante en algunas zonas andaluzas. No he encontrado ningún texto para autorizarla. De todos modos, ahí queda.

LEVANTE FELIZ

Dos palabras capaces de poner los dientes largos, para la ira o para la envidia, a cualquier residente en la zona marxista no censado en el reino de Valencia. Porque el Levante feliz era, justamente, Valencia. La expresión es de origen madrileño y nace en el momento en que el Gobierno de Largo Caballero, llamado de la Victoria, chaquetea con toda lógica camino de la costa y sienta sus reales en Valencia.

Para los combatientes rojos aquello fue una traición —sobre todo porque así convenía presentar el asunto desde el punto de vista del P.C.—, y desde ese mismo momento consideraron a Valencia como una Capua para uso de derrotistas y emboscados, impresión agravada después por la gastronómica leyenda de un Levante sustancioso, basada, por otra parte, en hechos ciertos. Tan natural como la retirada del Gobierno a Valencia fue la reacción de los milicianos madrileños, que pasaban hambre, frío y miedo.

Gabriel Araceli atribuye a los periodistas de *La Voz* el invento de la expresión: «Entonces fue cuando empezó a hablarse en Madrid, creo recordar que desde *La Voz*, del “Levante feliz”, remoquete otorgado por los periodistas madrileños a Valencia y su región. Se contaban cosas del “Frente de la calle de Ruzafa”, que tenían sabor de leyenda».

Los valencianos y sus huéspedes comían decorosamente, y, según los mal hablados, de la guerra no sabían más que por un cartel en la plaza de Castelar, en el cual se advertía que mucho ojo, que el frente estaba en Teruel, a 150 kilómetros. Hugh Thomas afirma: «En Valencia, la población pudo comer bien durante toda la guerra y, a veces, los visitantes eran obsequiados con banquetes de diez entremeses y diez platos», razón que pesó mucho a la hora de invitar a los escritores antifascistas de todo el mundo, y sobre todo a la hora de aceptar el viaje a Valencia los Escritores Antifascistas de todo el mundo.

Decir Valencia bastaba para que a cualquiera de los súbditos de Moscú se le hiciera la boca de agua. Valencia se convirtió en el maniqueo derrotista improvisado por todos los retóricos del PC, cosa que a los valencianos no lea quitaba el sueño. Hemingway pone en labios de Karkov —contrafigura de Kolstov, el auténtico corresponsal de *Pradva* en España— frases como éstas: «Acabo de regresar de Valencia (u Madrid), donde he visto a mucha gente. De Valencia, nadie vuelve optimista. En Madrid uno tiene una sensación de limpieza y de bondad, y no se admite otra posibilidad que la de ganar. Valencia es algo muy diferente».

¡El talento que tenía Valencia, Madre mía de los Desamparados!

Karkov prolongaba el Levante feliz hasta Barcelona, de la que decía que continuaba siendo «una ópera bufa..., paraíso de los revolucionarios románticos y violentos..., de los soldados de pega, de esos a los que les

gusta llevar uniforme y pavonearse y darse tono con sus distintivos rojinegros, y a los que les gustan todas las cosas de la guerra, menos la lucha».

Y el probo funcionario soviético resumía: «Valencia te pone malo y Barcelona te hace reír». Lo que él no podía imaginar es que Stalin le iba a hacer morir en la purga de 1942. ¡Todo es efímero en esta vida, pero algo más efímero en la URSS!

Hugh Thomas cuenta que los valencianos se sacudían las pulgas murmurando que «los catalanes no estaban por la guerra», y el propio Companys era de la misma opinión cuando dijo el 18 de enero de 1939 que los «catalanes no son gente de lucha porque la tierra ubérrima de Cataluña hace a las gentes más propensas para la dulzura que para el combate».

No pensaban lo mismo los catalanes de zona nacional, porque se batían muy bien en el frente y en el trabajo de retaguardia, tanto que una de las bromas corrientes en la España liberada era contar que los catalanes en ella residentes le habían puesto un telegrama a Companys diciéndole: «Ríndete stop Burgos es nuestro».

El Levante feliz fue una realidad y a la vez el sueño de muchos combatientes rojos. Claro que también tenía sus inconvenientes, porque la perfección, hermanos, no es de este mundo. A un alto funcionario gubernamental trasladado desde Madrid a Valencia, le aleccionaba un amigo suyo de la misma profesión y categoría:

«—No creas que allí estarás a salvo. Hay que andar a tiros con los sin control. Sobre todo con una famosa “columna de Hierro” que es la flor y nata del penal de San Miguel de los Reyes, con estado mayor y todo. Aquí (Madrid) Miaja ha dicho que mientras él mande no se dará «ni un paseo más», y ya sabes que sus órdenes se cumplen, pero en Valencia no es igual».

Los dos altos funcionarios producían balduque con un heroísmo legionario, según podrá apreciar quien se asome a *Porque callaron las campanas*, que es donde encontré esta perla.

La expresión Levante feliz estuvo en el diálogo, en la novela, en el teatro, en la polémica política, en todas partes. *La horda en el Levante feliz* es el título de un libro de Luis Molero Maasa, en el que puede encontrarse una buena información para saber hasta qué punto hubo mucha gente en el Levante feliz sin participar de ninguna de sus ventajas y sí, en abundancia, sin tasa, de todos sus inconvenientes.

ORIAMENDI

Himno del Requeté. Cumplió ciento veinticinco añitos el día 16 de abril de 1962, y está hecho un mozo, gracias sean dadas a Dios.

Lo bueno del *Oriamendi* es que es una canción liberal, hecha prisionera y ganada fulminantemente para la causa, de modo que ya desde su origen demuestra dos cosas: la fuerza proselitista de la verdad y el indomable valor de los requetés, que se municionaban en las cartucheras del adversario, disparaban con los fusiles y los cañonea del botín y hasta cantaban con la música de los liberales.

Naturalmente, no todos los que se sienten ganados por la grandeza histórica del carlismo tienen tanta perseverancia como el *Oriamendi*. Ya he contado cómo en los comienzos de la Cruzada se llamaron «requetés sin madurar» a los que llevaban la boina verde de Renovación Española, y estaba muy bien traído, porque un proceso de madurez conducía a muchos de los antiguos dirigentes de la Monarquía liberal a aceptar la boina roja. En familia, también lo dije, llamábamos a la boina roja el pimiento o el tomate, de ahí lo de requetés sin madurar. Maduró el verde de muchas cabezas, incluso de egregias cabezas que posteriormente reposaron en los alegres pradillos del sufragio universal y otras zarandajas. También, triste y sano es decirlo, alguna boina roja sufrió el proceso colorante o decolorante a la inversa y puso su boina roja a los pies de la boina verde. De procesos colorantes y decolorantes los falangistas sabemos mucho. Los de la Falange, digo, ¿se acuerdan?

Las Brigadas Internacionales de Isabel II, mandadas por el general Evans, se habían apuntado para victoriosas en las laderas del monte Oria, o sea, Oriamendi. Fue el 16 de marzo de 1837, justo un siglo y unos días antes de que Mola desatase la ofensiva sobre Vizcaya desde tierras guipuzcoanas y alavesas. Al parecer, los liberales de San Sebastián, por mediación de las musas que asistían a un oficial de la Milicia Nacional, llamado Santisteban, habían regalado a Evans una canción de marcha, o al menos la música para una canción de marcha, porque de aquella letra liberal nunca más se supo, si es que se supo algo alguna vez.

La música no era un prodigio. «Muy mal considerado por los críticos musicales, su música no debe ser, por lo visto, ninguna obra de arte», escriben el general Redondo y el comandante Zavala en *El Requeté*. ¡Y qué más da! La música era un tanto pastoril, montañera, como de la tierra. Algunos entendidos dicen que sabe a zorziko. Si es así, yo diría que en ello reside la primera razón de su popularidad, porque de seguro les entró bien por el oído y por el pecho de ezpatandantzaris a los que capturaron la banda de música, partitura y toda la pesca.

No sé si los inglesitos de Evans aguantaron con los instrumentos musicales algo más que sus compatriotas desalojados del monte Oria por las bayonetas carlistas, así es que ignoro si recibieron a sus vencedores tocando aquel zorziko que en esa misma jornada entraba en la Historia. El hecho más parecido del que tengo referencia directa

sucedió en San Sadurní de Noya, y lo cuenta Torre Enciso en *La marcha sobre Barcelona*:

«En esta villa, como en tantas otras catalanas, nuestros soldados son aclamados con inenarrable emoción, dándose el caso peregrino de que la banda de música de la División del Campesino se rompe los pulmones tocando en la plaza el Himno Nacional, como bienvenida a nuestros soldados. Ni más ni menos que si hubieran perdido una huelga y cambiaran de patrono».

Seguramente que los primeros en usufructuar el botín musical fueron — como cuando de gallinas se trata— los que estuvieron directamente en la acción. El *Oriamendi* recién nacido lea sabría como un buen *kaiku* rebotante de leche; como sidra agria, verde, fresca y alegre; como un vinillo blanco, seco y reconfortante. Los soldados son siempre los mismos. Algún poeta popular —las compañías están muy bien provistas de copleros, de gentes que fijan una batalla en una jota o en un carrasclás— recitaría la primera letra del *Oriamendi*, que me extrañaría mucho que no hablase precisamente de lo buena que era la unidad del coplero.

Andarina, como buena guipuzcoana, gentil, con buen aire, la música del *Oriamendi* se extendió por todo el Ejército carlista y sirvió de perpetua tentación a los poetas elementales de las compañías, que a mí me caen mejor que Quasimodo, pongo por caso de tipo fino, con su bolsa de viaje hacia Moscú y con su premiecito Nobel y todo. Tuvo letras en vasco, en castellano y en catalán, hasta que un día fue consagrado como himno guerrero del requeté, como canción de marcha de unos soldados que siempre dieron ejemplo de honor y de valentía.

Sucedió esto en una concentración carlista celebrada en Zumárraga allá por 1908. La propuesta fue de Ignacio Baleztana, ingenioso escritor y templado carlista navarro. Al parecer, la letra es comunitaria, casi plebiscitaria, como también le ocurre al *Cara al sol*. Con este himno y el de la Legión, el *Oriamendi* fue señalado por decreto como canto nacional. Había obligación de saludo. No sé qué habrá sido de esta disposición.

SAN GIBARSE

Abogado navarro del aguantoformo. Gibarse equivale a jorobarse, amolarse, hacerse la pascua uno o que se la hagan a uno. Cuando algo sale mal acostumbra a decirse «San Gibarse cayó en viernes», no sé por qué, acaso porque el viernes es en algunas partes considerado dio gafe, como nos pasa aquí con el martes; sea por lo que sea, sirve para fijar el día de más devoción a tan extraordinario y fantástico santo, que nunca estuvo en el santoral.

Otro dicho popular navarro precisa que «San Gibarse está en Catarroso, debajo del puente», y parece que la frase, según investigación de José María Iribarren, se debe a que un santo no identificado, pero de los de verdad, quedaba en su hornacina debajo del puente de Caparroso que se llevó la famosa riada de 1787. La situación del santo sobre el río Aragón, nada cómoda por cierto, hizo que se le aplicase lo de gibarse, que ya era de uso corriente, porque las razones para gibarse, con santo o sin él, son eternas.

—¡A gibarse tocan! —era frase para la resignación.

Lo mismo daba decir:

—¡A sangibarse tocan!

A mi, personalmente, me guata escribirlo así, verbalizando el nombre de tan bárbaro y reconfortante santo. Incluso como nombre propio va bien todo junto, como Santiago y también como Sanseacabó, su paisano, del que ya hablaremos, lo mismo que ya hablamos de San Palermo.

PASAR LA CUENTA

Cobrar el barato de un servicio que no tiene precio. Expresión menospreciante, porque el pasar la cuenta estaba muy mal considerado por todos. Se hilaba muy fino al hablar de esto e incluso se exageraba, entonces, al tocar el tema. Por cierto, que con harta nobleza. Al conocerse la toma de Madrid, dos oficiales provisionales de la novela de Juan Cepas, estudian su porvenir. El uno lo tiene asegurado; el otro, al aire. El primero le dice al segundo;

«—Podrás quedarte en el Ejército, supongo.

»—¿Y pasar la cuenta? No, compañero. Nuestro trabajo no fue de los que admiten cuenta a su terminación. En fin... Dios dirá».

Sin duda, el muchacho aquel se pasaba de la raya. Pero esto marca la pureza de intenciones de toda una generación que, dicha sea la verdad, ni ha pasado la cuenta, ni nadie se la ha pagado. En plena guerra se escribió un hermoso libro, *Manolo*, de Francisco de Cossio. Manolo era un chaval falangista con dieciocho años recién cumplidos. Murió en Quijorna, con la quinta de Castilla. Su padre se pregunta en el libro; «¿Qué pedirá después (de la guerra) la clase media? Posiblemente nada, nunca ha pedido nada. Si pasase la cuenta de su revolución, dejarla de ser lo que ha sido siempre, el refugio sagrado de las mejores esencias de España».

MIERDA

Gran palabra, de tradición y uso en la guerra, y más desde Cambronne, que en paz descansa. Lo mismo sirve para calificar a un tipo que para formular el destino que se desea a otro, o a una institución, que en eso no hay distinguos.

—Es un tío mierda —es frase que basta para congelar el aprecio que pueda sentirse hacia una persona, si se dice de él con justicia en plena línea.

Los carlistas cantaban en su segunda guerra una copla que también sirvió para la nuestra;

Don Carlos tiene un cañón

que se llama Bocanegra,

y el día que lo dispare

¡la República a la mierda!

Como validez menospreciante a la hora de ser intimado a la rendición, Fernández de Córdoba recuerda algo que ocurrió en la ciudad de su apellido: «A la fanfarrona llamada que le hizo (Miaja) al coronel Cascajo invitándole a rendirse, contestó éste con una frase como la del general Cambronne...».

El apestoso sustantivo equivale a borrachera.

—Lleva una mierda como un piano —es cosa que puede decirse sin equivocar a nadie sobre lo que lleva encima el sujeto en cuestión.

El empleo de esta palabra refuerza considerablemente cualquier intento retórico, dándole una contundencia muy expresiva, como por ejemplo ocurre en el final del discurso que le echó al coronel Serrador, a la sazón desterrado por la República en Villa Cisneros, un pobre, razonador y compasivo indígena, que según el relato feliz de Joaquín Pérez Madrigal en *España a dos voces*, se extrañaba mucho de ver que la República enviaba a aquellos andurriales, castigados, a españoles de toda clase y condición: obreros, señores: «Y también los santones. A este señor obispo tampoco quier tinerlo la Ripública. Dime —concluía el salvaje, tenaz—: si la Ripública castiga isclavos y siñoren, probes y ricos, ginirales y paisas, a pirros y santos, ¿qué mierda la que no disgusta a la Ripública y con qué mierda si forma su gobierno?»

Se piense como se piense, es preciso reconocer que el indígena de Villa Cisneros tenía razón que le sobraba.

También puede utilizarse la palabra como juicio crítico de urgencia y sin apelación:

—Una buena mierda —le oí decir a un desalentado joven después de ver *El buen amor*.

ANTIGÜEDAD

Algo que cuenta mucho en todo, pero entre las gentes de armas con un cierto ademán ennoblecido. El que se diga de modo habitual aquello de que «la antigüedad es un grado», precisamente en organización donde los grados cuentan tanto, valoriza el signo moral de la antigüedad.

La antigüedad, sin embargo, también proporciona pequeñas satisfacciones, singularmente entre la gente más moderna, que por lógica la toma más a broma.

En *Provisional* un alférez que viene de servicio se queja ante otro que descansa en paz, dicho sea en el más mundanal sentido de la expresión.

«—...Estoy reventado; toda la noche he estado zancajeando por ahí mientras tú dormías como un señorito. ¡Burgués asqueroso!

»—¿Qué quieres, joven? La antigüedad».

Hay maniáticos de la antigüedad, gentes que vocacionalmente desean ser siempre los más antiguos de todo. Conocí un caballero que al saber que yo era de la Vieja Guardia me dijo:

—Bien, muchacho, pero seguramente no con tanta antigüedad como yo.

—Seguramente —le repuse, sin más interés en la cuestión porque yo sabía que había pertenecido a una agrupación derechista de casi toda la vida e incluso que usaba botines y guantes amarillos en los días de gala.

—Ya puede decirlo, joven. Yo me apunté en Falange en el año 1923.

El caballero —palabra de honor que lo que cuento va a misa— estaba en que la Falange fue fundada por don Miguel Primo de Rivera.

U.H.P

Con arreglo a la ortodoxia marxista —que también la hay, aunque otra cosa creyese un sacristán muy echado para adelante—, la sigla quiere

decir Unión de Hermanos Proletarios, o Uníos Hermanos Proletarios, que se acomoda más ajustadamente a las iniciales, sin necesidad de preposición. Parece que el U.H.P. nació como sigla estratégica y coreable con el octubre de Asturias, especie de ensayo general para la muerte montado por los socialistas y los republicanos de izquierda para protestar de que las derechas acatasen el régimen del 14 de abril, que por lo visto históricamente no querían ni mayoritario ni nacional; la conjunción republicano-socialista tenía un concepto feudal de la política y aspiraba al usufructo de la finca llamada República, por las buenas o por las malas.

Cuando la rebelión de octubre estuvo casi dominada, saltó a la palestra roja un comité reserva. Este comité tomó una primera decisión de alto interés. Sustituyó el U.H.P. por el T.R.S., que equivalía a «Trabajadores Rojos, Salud». A pesar de lo cual, Yagüe entró en la cuenca minera.

El U.H.P. encontró traductores mal intencionados en los campos contrarios, como es natural, de modo que los moderados entendían la sigla como enmascaradora de esta piadosa frase: Unos Hombres Perdidos, sin preposición, y otros no tan delicados metían la preposición, y explicaban que aquello equivalía a Unos Hijos de Puta o Unión de Hijos de Puta.

A lo cual, razonablemente, cualquier santón marxista hubiera podido responder lo de aquel sacerdote que escuchaba cómo en Somosierra nos llamaban a todos los nacionales allí presentes hijos de cura:

—Hombre, alguno habrá. ¡Pero decirlo de todos...!

En política, ya se sabe, siempre se exagera.

El grito coreado de ¡U hache pe, u hache pe! tenía una grandeza masiva y amenazadora, sobre todo en las ciudades, durante las huelgas revolucionarias y los motines, o en los actos de propaganda. Ya en la guerra su valor de intimidación orfeónica desapareció barrido por el campo. Era otra música la necesaria para el combate al aire libre.

La sigla se repetía en las portezuelas de los coches de la primera hora, en carros blindados, trenes blindados, tanques, camiones y todo género de transportes. A veces era saludo telefónico y hasta contraseña. Moure cuenta que unos mariscos de Martín Alonso se colaron en una avanzada roja y sobre el teléfono leyeron la advertencia de que antes de contestar se repitiese por tres veces la famosa sigla. Así lo hicieron, con tanta convicción que obtuvieron el envío de tres camiones con municiones.

Era pasaporte para la concordia entre grupos tan dispares como comunistas y anarcosindicalistas, al menos según Barea, que testimonia el valor balsámico del U.H.P. en un café cantante de la calle de la Magdalena. Se mascaba la bronca entre unos y otros y alguien les sermoneó con las tres letras. Barea certifica que «se estremeció el salón cuando la multitud repitió las tres mágicas letras en un ritmo seco. La

banda la emprendió con un fox-trot furioso y las parejas se lanzaron en un remolino desenfrenado».

De todos modos, añade: «Había sitio para bailar ahora, muchos se habían marchado». Lo cual quiere decir que el aceite retórico no bastaba.

Oscar Pérez Solís escribe en sus notas ovetenses: «Cuando los enemigos no se ponen pesados, dormimos unos panza al sol, si el camarada Febo no se siente demasiado U.H.P., o nos tumbamos...».

LEONAS

Otra manera de aludir a los cañones del 12,40, esto ea, a Atilano y a «la una menos veinte».

Escribe el doctor Colmegna: «El enemigo tiraba con los famosos cañones del 12,40 fabricados en Rusia, sobre modelos ingleses de la casa Armstrong. Nosotros, en nuestro *argot* militar, les llamábamos las “leonas”».

NICANORAS

Cañón de acero de montaña, del siete, tiro rápido, modelo 1908. Lo que se llama un cañón de Infantería. Marchaba a lomos de mulo y era muy buen compañero. Con el mismo nombre se llamaron también a unos hermanitos italianos de menor calibre, 6,55 creo, que tiraban con enorme precisión.

El nombre puede originarse por el contraste que su voz, cantarína, ligera, atropellada, implacable, femenina, ofrecía frente a la voz ronca, varonil y pausada de nuestros clásicos calibres. Iribarren anota en sus jornadas con Mola: «La falta de antitanques fue suplida con los cañones de acompañamiento, con las castizas “Nicanoras”, que llenaron su cometido con eficacia insospechada». Cavero la señala en una de esas operaciones puramente artilleras que acaba por pagar la Infantería: «Pero entonces empezaba la contrabatería desde Alcubierre. Dos piezas del 10,5 y una “nicanora” la tomaban con nosotros. Con nosotros, porque como la batería del 7,5 estaba bien oculta, nos metían todos los pepinazos en mi posición».

¿Podrá venir el patronímico de alguna canción que estuviese en boga cuando comenzaron a oírse estos cañoncitos?

PETAQUEAR

Andar, y además con prisa. Africano legitimo, o al menos eso supongo. A Mola, que va a dar la orden de marcha para socorrer al blocao de Abada, le dice uno de sus subordinados:

«—Eso es lo que espera el jefe de la posición; tanto es así, que no ha hecho más que recibir el telegrama y ha dicho, saltando como un loco alrededor del palo de la tienda: “Ya estoy viendo a los Regulares salir ‘petaqueando’ camino de Abada...”. A ese pollo —comentó con indignación— debe hacerle mucha gracia contemplar desde la barrera del parapeto cómo andamos fuera de él a tiros. ¡Realmente la guerra es una buena distracción para los que la disfrutan de lejos!»

Sobre su origen —y bien que lo siento— no puedo ofrecer más que suposiciones, probablemente livianas.

Nuestra Madre Academia da esta primera acepción de petaca: «Arca de cuero, o de madera o mimbres con cubierta de piel, y a propósito para formar el tercio de la carga de una caballería. Se ha usado mucho en América». El hecho de que la tropa, a veces, vaya cargada con exceso —«vamos como mulos» es frase corriente— pudiera haber creado el verbo petaquear, andar cargados como con las petacas que llevan las caballerías, en cuyo caso esta voz de la milicia sería anterior al lenguaje africano e incorporado a él por los veteranos de Cuba, Filipinas y Puerto Rico. A mí me parece poco convincente la novela, pero tampoco es cosa de callársela.

Otra explicación que se me ocurre, y ésta más lógica, haría que de la acción de liar el petate y salir zumbando hacia los tiros se derivase en primera fase el verbo petatear; su evolución hasta petaquear es sencillo, tanto por cuestión de mayor facilidad a la hora de pronunciarlo, como por esa tendencia a soñar con tabaco que tiene la tropa, disponga o no de él. Si lo lleva, porque lo quiere mejor; y si no lo lleva porque le hace falta.

COCINAS

Motor de las tripas que llevan los pies, hospital transitorio, sanatorio permanente donde los rebajados hacen reposo, mentidero inigualable, centro de información y estación de servicio para el regodeo seguro del comandante, el médico y el páter del batallón, además de los amigos particulares del cocinero; en cierto modo, la gloria, aunque ésta no se reseñe en la hoja de servicios.

Los rancheros son como los jefes de gobierno constitucional de la cocina, donde los furrieles reinan pero no gobiernan. Se instalan

siempre a cubierto, divinamente, rodeados de sacos, cajas, maletas, baterías —de cocina, claro, porque las otras procuran tenerlas lejos—, paelleras y otros muchos chismes como garrafas, envases, pellejos y cántaros. Un pellejo o una bota son su bandera, la enseña de este «núcleo fundamental de la milicia formado por los rancheros, furrieles y adláteres reunidos todos en santa hermandad en torno a la olla cotidiana», según escribe Juan Cepas.

Sumos sacerdotes del reenganche, reparten la justicia con las alubias o el estofado a cazazo limpio, y hay quien opina que nadie como un buen ranchero para poder alcanzar el grado de natural objetividad y buen juicio necesarios para formar entre los magistrados del Tribunal Supremo. Soportan el calor, el humazo, los fuertes olores de la comida, las agrias censuras de los camaradas que están en la posición y también los siniestros halagos de los pelotilleros o hambrones de nativitate. En cuanto a informadores —recuérdese lo que significaba la llamada Radio Ranchero—, creo que nadie les hizo un elogio como el mio, cuando hago decir a un alférez de *La fiel Infantería*:

«—Veterano —Ramón hablaba napoleónicamente—. Si se la oíste (esa noticia) a un capitán, es mentira. Las noticias ciertas sólo se les oyen a los rancheros».

La importancia del rancho y del ranchero presionan sobre la Historia. Los rancheros trabajadores, valientes y habilidosos, refuerzan la moral de un batallón tanto o más que una arenga. «No entiendo nada de fortificaciones, pero si el rancho sigue así, aseguro que esta línea es inexpugnable», le oyó decir José Antonio Giménez Arnau, más o menos, a un periodista que visitaba la línea Siegfried. «¡Marranos, que nos “habis” tenido tres días sin comer!», gritaban los soldadicos que se defendieron cercados en Santa Quiteria a los rojos que se retiraban bajo el empuje de la Brigada Móvil; y disparaban para aplacar el hambre, o si se quiere a manera de aperitivo, porque con la Segunda Bandera del Tercio les llegaba, también, el rancho.

La comida del soldado es un indicativo de valor militar, y por eso algunos panes de los del Alcázar figuran hoy en museos. El «Tebib», en una de sus crónicas de la toma de contacto con Madrid, refiere que un prisionero informaba de que aquellos días sólo les habían suministrado «una lata de sardinas, un panecillo menos que una barra de Viena y una lata de conserva rusa de berenjena que “no hay quien pueda atravesar”, según su frase textual».

Por todo esto fue un gran acierto de la propaganda nacional —Altavoces del Frente— el envío de cohetes con las muestras del rancho y aquella succulenta emisión de la Radio que daba los menús y los precios de los restaurantes de la zona liberada. Una de las mayores victorias psicológicas de nuestra Aviación fue el bombardeo de ciudades y pueblos de la zona roja con rico, tierno, hermoso pan candéal.

(Por cierto, he oído decir que los comunistas contestaron a esto con un bombardeo de medias de seda, que escaseaban mucho de nuestro lado. Nunca he podido comprobar si esto ocurrió o no. De todos modos, un Ejército puede ganar una guerra sin medias de seda que ponerse, pero difícilmente vencerá sin pan que llevarse a la boca. Cuando la ofensiva de las Navidades del 38 comenzó a dar sus frutos, se cantaba en las manifestaciones jubilosas de Pamplona o de Burgos o de Salamanca:

Dicen que traerán medias

de Cataluña, ay, ay;

de Catalu-ná, de Cataluña...)

En esa misma ofensiva, ya rebasada Barcelona, la velocidad del avance era tal que no daba tiempo más que al rancho en frío, o sea, a la famosa ración de etapa. Fernando Pérez de Sevilla, refiriéndose a las Brigadas Mixtas, escribe: «Con esta alimentación (sardinas en aceite hasta tocárselas con los dedos) sufrieron bastante los italianos, sobre todo los nuevos, a los que este régimen dietético no les agradaba en absoluto. Alguno no quiso comer en alguna ocasión un rancho calentito dejado por los rojos en su huida, ante el temor de un envenenamiento». Y Pérez de Sevilla, con la boca de agua, añade: «Eran unos imaginativos».

Los rancheros como manda Dios, esto es, casi todos, se tomaban desvelos por su gente, y muchos de ellos eran capaces de inventiva, de modo que, por ejemplo, en un largo desplazamiento ferroviario servían rancho caliente a base de meter tierra en el vagón de las cocinas y sobre ella encender una hoguera de padre y muy señor mío. Su uniforme rebosaba grasa, era como un depósito de grasa capaz de utilizarse en caso de emergencia. Distribuían el rancho a cucharonazos con una equidad sobrenatural —aunque se dejasen caer disimuladamente del lado del corazón—, y se cuenta de un ranchero que le dijo a un soldado que ponía su plato en perola no suya:

—Venga, lárgate a tu batallón; esto es «pa» los requetés.

El soldado insistió modestamente, con ojos de buen apetito. Otro ranchero acudió en auxilio de su compañero:

—Anda, melón, sírvele, que es el coronel.

Y era Muñoz Grandes, el cual iba con capote y boina caqui, sin insignias y con ganas de comer, porque era la hora pasada.

En llegando la ocasión, el ranchero pegaba sus tiros como cualquier otro. Uno de los furrieles del esforzado Tercio de Montserrat escribe: «Continúo yo en mi desdoblamiento de destino: posición y manutención», o sea que en aquellas jornadas del Ebro, Doménech combatía con el suministro y el fusil, y su excelente aprecio del valor

personal de su gente era tal que en su *Diario* anota: «¡Que le siente bien al esforzado héroe!, pues él no temió al continuo bombardeo ni a la peligrosa situación para procurarse unos cuantos ejemplares del salchichero zaragozano!»

Si se tiene en cuenta que deseaba una feliz digestión al que acababa de robarle unos excelentes lomos, podrá advertirse su grandeza de alma. Sucedió en Castuera, donde el Tercio anduvo cercado. Sobre la cocina caían pepinazos por todas partes. Los rancheros y furrieles estaban en la línea, ayudando a contener el ataque rojo. Y mientras, un animoso varón, un requeté sin par, se metía en la vorágine de las cocinas, bajo el fuego de la artillería, para procurarse unos lomos con los que alegrar la vida y casi diríamos que la muerte.

Solís encomia a las mujeres de Oviedo que, presididas por la mujer del comandante Caballero, preparaban el rancho para los combatientes sin temor al fuego enemigo. En su libro las llama, con serio y bienhumorado talante, «voluntarias del fogón». Todo un título de honor. Digamos, para acabar, que el rancho, como la salud, es algo que sólo preocupa cuando falta. Cuando es cosa corriente, incluso se protesta de su monotonía, pero Tomás Salvador, que sabe de eso, da fe de que en Rusia «los furrieles suspiraban por la grasaza, la carnaza y las judiazas de los ranchos españoles».

Cosa curiosa: a los que transportaban la comida desde las cocinas a la trinchera jamás se les cayó la sopa, ni los garbanzos, ni las lentejas, ni la carne. Sólo el vino; el vino, sí. El vino, de cuando en cuando, se les caía. ¿Qué misterio encierra la gravedad que parece atraer al vino, aunque sea de Intendencia, más que al bacalao, aunque sea de las «Pecholas»?

PASADA

Sobrevuelo de la Aviación sobre el infeliz sujeto que está debajo esperando que le arreen, sin creer en ese axioma infantil que asegura que «lo que cae del cielo no hace mal», ni consolarse con la ley de las probabilidades, según la cual es muy difícil que le den a uno a menos de estar en la mismísima y relativa vertical, lo cual ya sería mala pata.

Una pasada efectiva se convierte automáticamente en un planchado, nada agradecido, por cierto.

—Nos dieron tres pasadas —contabilizaban los soldados.

El vocablo derivó hacia otro tipo de operaciones, así que no faltaban los presuntuosos que relataban su aventura en la chabola:

—¿Os acordáis de aquella rubita? Pues a ésa es a la que yo le di una pasada discreta...

OLER EL ALIENTO

Cierto tufo a peligro que hace percibir anticipadamente la desagradable dureza de un ataque a un determinado punto. Esta sensibilidad olfativa la tiene especialmente el veterano, el hombre de gaba, y entra a banderas desplegadas en la tabla de condiciones del saber manera. Refiriéndose a una columna en operaciones, escribe Mola: «No había podido alcanzar ni aun siquiera los primeros contrafuertes del macizo de Ben-Ider, al cual, como solíamos decir en nuestra jerga de guerra, “le olía el aliento”».

Calculo que la frase es del repertorio africano.

DISTINTIVO

Aquel signo exterior que dentro del uniforme sirve como de hoja minuciosa para el empadronamiento rápido y visual del soldado y singularmente del combatiente, porque con la guerra, como hace notar Giménez Caballero, se exalta el gusto por el «atavío mágico». Las estrellas, los galones, las barras, las sardinetas, las raspas, los emblemas divisionarios, las calaveras, las manos negras, los colores de bordados y las diferencias de sutás, todo forma parte del mundo de los distintivos.

En ambas zonas surgió una pequeña industria, o artesanía —como quieran— para dotar al combatiente de los necesarios y hasta innecesarios distintivos. Había tiendas con escaparates preciosos. Yo me he complacido en describir uno de ellos en los *ojos perdidos*, en *La fiel Infantería*, y también la sensación que los colores diversos me produjeron en el inolvidable «Salduba» zaragozano.

Salvador García de Pruneda tiene una hermosa vivencia en torno al valor de los distintivos. Anda la tropa por la noche y sin saber bien por dónde ni entre quién. Cerca hay un río. «Vi que la corriente arrastraba unos como pequeños pedazos de tela. Intrigado, me agaché y miré atentamente. Eran distintivos de mando del Ejército enemigo: estrellas rojas de cinco puntas, galones de oficial, iniciales de partidos políticos. En un remanso de la orilla, los galones y las estrellas se apretujaban unos contra otros en un agua cenagosa, como infantería en derrota.

»Metí la mano en el agua y cogí una estrella. La miré con alivio. Ahora no cabía duda de la desbandada enemiga, “de la infantería en derrota”,

como sabia y gráficamente describen la retirada desordenada los antiguos Manuales de Puentes militares».

GRITOS DE RIGOR

Atroz frase hecha con la que se alude incluso desde antes de la guerra a la triple invocación de España reglamentaria luego del *Cara al sol*, así como al ¡Arriba España! de ritual y al ¡viva Franco! Personalmente nunca me he podido acostumbrar a ella, y cuando leía —esto, la verdad, ahora apenas se lee, y no por falta de gritos, sino de ministros que los den— que un ministro cualquiera había dado los gritos de rigor, me lo figuraba casi con un tam-tam al lado y en plena selva.

A la vuelta de un permiso fanfarroneaba protocolariamente el castigador de turno. Su relato parecía centrarse de modo especial en la inauguración de cierta fervorosa enamorada. Un curioso se metió en detalles:

—¿Pegó muchos gritos?

—Hombre —repuso el tenorio—, los de rigor...

Suponiendo así que todos tenían su experiencia en materia tan delicada por naturaleza.

PANADEROS

Un modo como otro cualquiera de señalar cariñosamente a los soldados de Intendencia. En sus recuerdos bisoños de Somosierra, camino del ataque, escribe Carlos Valcárcel: «Pasamos la última venta, cosida a cañonazos. Los “panaderos”, como llamamos a los soldados de Intendencia, nos animan con frases risueñas y nos ofrecen al paso el vientre fresco de las botas de vino».

BOLSA

Palabra típica de nuestra guerra y que, en cierto modo, la define desde el punto de vista táctico, ya que, como dice el *Diccionario* de López Muñiz, «en nuestra guerra de Liberación tomó carta de naturaleza... aplicada a la táctica». En sentido ofensivo, significa «el envolvimiento y cerco, por medio de las adecuadas maniobras, de fuerzas enemigas, más o menos numerosas, que no han sido directamente atacadas», y en

su sentido defensivo, «el entrante de mayor o menor extensión superficial que en el despliegue defensivo o en su retaguardia produce el ataque».

Desde Monelli a Gironella, todos cuantos conocen la palabra la acreditan como criada a nuestros pechos. Posteriormente alcanzó enorme popularidad durante la G.M. II. De todos modos, no deja de ser curioso que en esta acepción puramente militar no haya sido acogida aún por nuestra Madre Academia. Barroso le dijo a Tomás Borrás que nuestra guerra fue la del «movimiento contra estabilización» y que sus invenciones fueron la bolsa, la cadena, el empleo de los carros en masa y lo iniciativa individual contra los tanques.

En cuanto Franco se lanzó a hacer bolsas, los soldados le cogieron el aire a la maniobra y los cronistas y corresponsales le pillaron cariño a la palabra. En las mesas de mármol de los cafés y en las sobremesas del comedor familiar, lápices y tenedores, fichas de dominó o cepitas para licor, marcaban la iniciación o la conclusión de una bolsa. El incomparable Cavero recuerda su participación en una de ellas. «Una de esas bolsas —dice— que tanto han acreditado los cronistas de guerra. Desde Albarracín íbamos a ocupar un monte llamado El Coscojar para, desde allí, batir la única carretera que les quedaba a los de Marcelo en su huida».

Moneda corriente para el gasto del paisa, uno que gustaba de jugar a Emperador romano le dijo a uno de sus amiguetes en el paseo de la Independencia de Zaragoza, justo a la hora de la noria sentimental, con docenas de chicas bonitas en el andén central:

—¡Hazme una bolsa, centurión, que no quiero que se me escape ni una!

No sé en qué quedaría la cosa.

VUELTA DE LA TORTILLA

Capovolgimento de la situazione, que dicen los italianos. Siempre sonó mucho en España. Durante todo el siglo XIX la vuelta de la tortilla acarreaba para muchos el quedarse sin ella, apartados de los comedores burocráticos por la vaivén de la política. Es expresión tan española y mesocrática, que huele a Galdós por todas partes. Anda en coplas.

Cuándo querrá Dios del cielo

que la tortilla se vuelva,

y los pobres coman pollo

y los ricos coman mierda.

Una tal Agueda, marmota delincuente que cruza por *Checas de Madrid*, cantaba por la ventana para ilustración del patio:

Por fin ha llegao el día

y la tortilla ha dao vuelta;

los pobres comemos pollo

y los ricos coméis mierda.

CHUSQUERO

El oficial que procede de la clase de tropa, veterano sabedor de todos los secretos de la milicia, ducho en el cuartel y en la guerra. Se le llama así —salta a la vista— por el mucho chusco que ha comido a lo largo de su carrera, y por la misma razón algunos le llaman patatero o patata, y pasando de la comida a los utensilios que para atacarla se emplean, también se les dice oficial de cuchara o cucharón. Hay, pues, la escala del chusco, de la patata o de la cuchara, a elegir. Chusqueros, patatas y cucharones los ha habido hasta en el generalato. «Me emplearon en los menesteres más desagradables —escribe don Alejandro Lerroux en sus *Memorias*—. Me harté de barrer, fregar, lavar tablas y banquillos, escudillas y ollas de rancho. Yo pensaba: ¿Habrían fregado y barrido así Espartero y los demás generales patateros, como se llama en el argot de cuartel a los jefes que proceden de la clase de tropa? Me parecía imposible».

El mejor chusquero de toda la literatura de nuestra guerra se lo debemos a la maravillosa pluma de Salvador García de Pruneda. Su teniente de Farnesio es el arquetipo del chusquero, lleno de vocación por su carrera, de amor por su Arma y sus tradiciones, estampa viva de la Ordenanza, claro ejemplo de virtudes, lleno de valor y prudencia, de tacto y sobriedad. Hombre de pocas palabras y todas razonadas y justas, o bien de mando, que tanto da.

Peter Kemp ofrece también un magnífico retrato de uno de estos oficiales: «El teniente Noriega, individuo pequeño, nervioso, de cabellos grises, con muchos años de servicio, que había ascendido desde soldado raso. En general, los legionarios no querían a los oficiales de cuchara, pero Noriega era una excepción, pues les trataba con una mezcla perfecta de severidad y bondad, y ellos sabían que jamás les pediría algo que él mismo no estuviera dispuesto a hacer. Noriega no era ni remiso ni cobarde. Sus modales eran taciturnos, poseía un seco sentido del humor y notable conocimiento del mundo. Antes de alistarse en la Legión fue marinero, habiendo servido en el yate de Pierrepont

Morgan. Después fue contrabandista de armas durante la guerra del Chaco, creo que en favor de los paraguayos».

En mi batallón había uno que siempre llevaba el casco cubierto con tela de suco, y era socarrón, agudo y valiente. Otro que suspiraba por Tetuán, donde tenía un pisito como picadero, y se divertía mucho contándonos a los jóvenes provisionales sus conquistas amorosas, a base de gramófono, vino y un atractivo juego de luces, como en «Corrientes, tres, cuatro, ocho, segundo piso, ascensor...».

Y otro, que es el que más me impresionó a mí, porque un día en que Juanjo y yo le hablábamos de amor —porque los dos estábamos enamorados como dos bestias románticas—, nos dijo:

—Pues si yo no llego a llenar a mi novia antes de casarnos, no me caso. Sin la garantía de que me iba a dar hijos, ni hablar de boda...

Casi nos sofocamos del susto, y, desde luego, hubo necesidad de darle un tiento a la botella.

METRALLA

Delicada manera de aludir entre muchachas enfermeras a ciertas enfermedades de origen tan divertido como turbio, poco aludibles, en fin, y escasamente ortodoxas desde importantes puntos de vista.

—¿Qué tiene el teniente Fulano?

—Un metrallazo.

Así lo oí en un hospital exclusivamente de enfermos de Teruel. Y como el teniente Fulano me había hecho el honor de sus confidencias, no pude evitar una mirada confusa y rápida a las muchachas que me estaban haciendo la cama, lo cual hizo que ellas se echasen a reír, apresurasen su faena y se largaran. La una era rubia; la otra, morena. Y yo, pobrín, una piltrafilla.

FALANGIO

Despectivo, por falangista. También se dijo «falangitas», a iniciativa de *El Socialista*, y no sé por qué. Falangio, según la Academia, es segador, en primera acepción; la segunda se refiere a una planta de la familia de las liliáceas con virtudes de antídoto. Hablando de Inglaterra y de la No Intervención, se lee en Botella Pastor: «Vista de lince para los republicanos, ceguera de topo pura los falangios».

COJONES

Ustedes perdonen la desfachatez, pero no hay más remedio, porque se trata de un sustantivo plural empleadísimo en la milicia y en la guerra, desde donde fue catapultado, vaya usted a saber cuándo, hasta la vida civil. O quizá ocurrió al revés, que todo puede darse. En realidad, su utilización en el diálogo —hasta hace poco no ha penetrado en el lenguaje escrito— es un vicio español, más que una costumbre; o, si se quiere, el achabacanamiento de una virtud, su chulesca democratización. Don José María Pemán, por boca del «Séneca», escribe: «Mire usted, a mi no me gusta eso de cifrar la honra del español en la marchosería y el valor personal. Creo que en España, y lo he comentado con usted, ha sido vicio eso de traducir las ideas en virilidades glandulares». Eugenio Noel cree que este vicio, y otros muchos, nacen de la llamada fiesta nacional: «De las plazas de toros salen estos rasgos de la estirpe: la mayor parte de los crímenes de la navaja; el chulo; el hombre que pone la prestancia personal sobre toda otra moral; la grosería; la ineducación nacional, el pasodoble y sus derivados; el cante hondo y las canalladas del baile flamenco, que tiene por cómplice a la guitarra; esa definición extraña del valor que se concreta en la palabra riñones y que ha sido y será el causante de todas nuestras desdichas...».

Sin duda es uno de los vocablos más populares en todos los medios de la sociedad española, y si alguien se molestase en hacer una estadística sobre la cuestión, comprobaría que de cada cien palabras que se pronuncian en España, en cuarenta casos al menos todos dicen esta misma, y en otros veinte más, algo que se deriva de ella, de modo que el sesenta por ciento de las palabras que se pronuncian aquí a la vez, en una milésima de segundo, está dominado por la cabecera de esta papeleta o por su familia. Si contabilizamos sinónimos y eufemismos, es muy posible que el tanto por ciento se elevase considerablemente.

El *Diccionario* de la Academia no la recoge, en lo cual yo no sé si hace bien o mal —aunque por razones puramente sentimentales más creo que hace mal que bien—, y tampoco la he visto en diccionarios usuales, si se exceptúa el vocabulario taurino que Hemingway incluye al final de *Muerte en la tarde*, para ilustración de aficionados anglosajones. Recomiendo la lectura de lo que don Ernesto dice a este propósito, porque es una pequeña e injusta maravilla. En el *Diccionario Etimológico* de Corominas sí que está, en singular, como es lógico; pero el vocablo militar es plural, se mire por donde se mire, y a ello me atengo. Claro que todo lo que dice Corominas vale tanto para el singular como para el plural.

Mientras preparaba mi trabajo me preocupé, como es natural, del origen de la palabra. ¡Cuántos se asombrarían si supieran quién me dio la primera pista y con cuánto entusiasmo y buen humor! Opinaba este

caballero que la palabra derivaba del griego, y aún conservo la nota que escribió en una hoja del bloc cuadriculado que tenía sobre su mesa de despacho, una de las más importantes de España:,,,,.

Mi viejo camarada de tantas cosas —Bachillerato, vacas de Olite, Universidad, sanfermines, somosierras y otras aventuras— J. J., me facilitó la versión Corominas, que resumo: viene del latín vulgar *coleo-onis*, el cual deriva del latín —decoroso, supongo— *coleus*, que significa testículo, de donde procede la única palabra de este árbol etimológico que bendice nuestra Madre Academia, esto es, «cojudo», que define así: «Dícese del animal no castrado». Díganme, pues, si no voy por buen camino.

Parece que el singular de mi papeleta —o puede que también el plural— aparece en el *Glosario del Escorial*, en 1400, y en el *Cancionero* de Baena. Es palabra común a todas las lenguas romances, cuya vinculación a cierta temperatura vital, espontánea, pronta por temperamento, es aceptada universalmente. Tenemos palabreja, con mayor o menor gravedad, en italiano, en rumano, en francés, en occitano, en asturiano, en mallorquín, en portugués, en logudorés, en catalán, en valenciano, en gallego...; en fin, prácticamente en todas.

Llamándose criadillas, el vocablo marca su presencia en la cocina española, de muy diversos y suculentos modos. Criadillas quiere decir, con toda legitimidad, testículos, y hay criadillas de mar y de tierra, un pólipo y un hongo que toman su nombre por razones formales y estéticas, como comprobará quien acuda al *Diccionario* de la Academia. La vocación española hacia esta palabra se extiende hasta la gastronomía, y quién sabe si la gente dice criadillas por lo mismo que explica al saborearlas: «De lo que se come se cría», y por aquello de que hay que criar de lo que se come, bien pudiera llamarse criadillas a lo que se come para criar algo muy específico y digno de todos los elogios. ¿Por qué se comen tantas criadillas en España? ¿Por qué este plato es tan popular? A veces pienso que los antropófagos se comen el corazón de sus enemigos porque en él hacen residir el valor y la inteligencia, y que éste pudiera ser un buen antecedente de la amplia aceptación que las criadillas tienen en el mercado español, sin llegar a deducir las consecuencias que del hecho extraía cierto exagerado amigo mío, que opinaba que en España el sexo le podía al cerebro, simplemente porque él veía comer más criadillas que sesos. El sexo contra el seso. Don Carnal contra Doña Cuaresma.

Acojonar es dominar, meter miedo, imperar, y acojonarse es echarse para atrás, mostrar debilidad, dar muestra de cobardía. Resulta curioso que en italiano la palabra equivalga a majadero y en francés, a hombre flojo y sin energía. En italiano la he oído emplear en el mismo sentido que le damos nosotros.

Cojonudo es el adjetivo que califica a un hombre cuando es valiente, bueno, noble, desprendido; o a una cosa cuando resulta excelente.

Los falangistas de una Bandera de la Falange de Palencia que iba con Sagardía, cantaban:

Cojonudo el comandante,

cojonudo el capitán,

cojonudos los sargentos,

y los falangistas, más.

Y un aviador navarro, Ureta, anterior incluso a Kindelán, se dedicaba a adiestrar a sus colegas de la Cónдор en el manejo del superlativo castellano. La lección se celebraba en las «Pocholas», que, según certifica Akim Tumiroff, es el mejor restorán del mundo. Ureta pontificaba pacientemente:

—Bueno, muy bueno, cojonudo. Malo, muy malo, jodidamente.

Y el coro de aviadores de la Cónдор lo repetía con paciencia, disciplina y tenacidad germánicas:

—Bueno, muy bueno, etcétera...

Un *ersatz* del superlativo favorito de Ureta es corajudo. A Ramiro Ledesma Ramos le gustaba mucho el utilizarlo literaria y políticamente, y Juan Aparicio lo popularizó después de la guerra.

Tener cuajo, aunque no se acomode demasiado a lo que la Academia define, también significa tener eso de que estamos hablando, es decir, valor. Más lógico es afirmar de alguien con un corazón valeroso que tiene riñones, porque la Academia concede que tener riñones es tanto como ser esforzado. El hecho de que redaño valga tanto como mesenterio, no obstaculiza a las gentes para asegurar que Fulano tiene redaño, o muchos redaños, por decir que tiene cojones o muchos cojones; redaño, con la bendición de los inmortales, puede emplearse como fuerzas, brío, valor.

Pelendengues o perendengues también valen para decir lo que ustedes ya saben, y sólo en su condición de colgajos se justifica la licencia; como equivalencia de pendiente puede pasar la cosa, ya que no podría pasar como adorno mujeril de poco valor.

Hígados y cojones son hermanitos; hígado, con la venia académica, es tanto como ánimo y valentía. Cualquiera se da cuenta de que todo va ligado, por lo que afecta al tema que nos ocupa, a la serena reacción del hombre ante el peligro o a su buena reacción, lo mismo si es serena que si es arrebatada, y de la misma manera se observará que el plural es usado casi de un modo exclusivo, por razones tanto fisiológicas como psicológicas.

La paradoja española quiere que huevos sea sinónimo de cojones, y en cambio gallina —el animal cuyos huevos son más apreciados por la tropa— sea sinónimo de cobarde. Un huevón es un dontranquilo, que por nada se altera y a nadie teme, y un huevudo es un tipo estupendo, en la línea del corajudo, el cojonudo y el pelotudo. Porque decir pelotas es lo mismo que decir cojones. «Uno de los muertos era el teniente Galiana, un tío con unas pelotas enormes», escribe Tomás Salvador. Hay una copla —¿rojilla, nacional, común?— de circunstancias, aplicada a un triste y exagerado episodio de la guerra de España, que dice así:

Bergonzoli, sinvergüenzi,
general de las derrotas;
para tomar a Jadraque
con los bambinos que portas,
no basta con pelotones:
hay que venir con pelotas.

Pantalones es el sinónimo más finolis del vocablo que nos ocupa y alude al contenido por el continente, de la misma manera que si pedimos en el restorán otra botella, nos la sirven de vino. Al hablar de su relámpago victorioso sobre la nieve, Botella Pastor escribe: «También hubo en Teruel un momento de emoción; fue al recibir la noticia de que se rendían los batallones navarros. ¡Ya sabéis qué pantalones se gastan los tíos! Aquello me hizo pensar que las cosas iban muy bien». La noticia, como se sabe, resultó ser un bulo.

Descojonarse es derrengarse, hartarse: nos descojonamos de risa equivale a nos hartamos de reír, nos morimos o nos matamos de risa. Descojonación, en cambio, tiene múltiples empleos, y su entendimiento depende del tonillo, como suele suceder con las palabras que son comodines. Vale por catástrofe, desorden, cosa deleznable o cómica, laudable o digna de desprecio. ¡Quién le pone puertas a este campo!

A veces pienso que si la estrella de los vocablos españoles no figura en el censo oficial, es porque no lo necesita, ya que nadie acude al diccionario para buscar una palabra cuyo significado conoce de sobra; tan bien, que hasta cuando es eludida todos —señoras y caballeros, niños y militares sin graduación— sabemos que allí está. Y así nadie precisó de explicaciones para entender qué quería decir aquella magnífica pancarta que lució en la manifestación de Madrid contra el cerco, en diciembre de 1946: «Si ellos tienen ONU, nosotros tenemos dos». Creo que el hallazgo polémico es del numen de Salvador Vallina, y lo hago constar porque es frase que merece tener padre tan conocido y honrado como Salvador.

Del mismo modo, nadie que supiera leer —fuese cual fuese su condición y sexo— dejaba de reírse ante aquel rótulo con que un artesano pamplonica encomiaba sus productos: «No hay pelotas como las mías».

En zona nacional se atribuía a las chicas de Zaragoza (vid. CARRASCLÁS) cierta copla con valor informativo en la que se utilizaba el famoso y celtibérico vocablo descaradamente, según unos, y algo más diplomáticamente según otros. De prestar oídos a César Falcón, el juglar aúlico del P.C., las mujeres de Madrid no se paraban en barras por cuestiones de palabra de más. Falcón las sitúa construyendo fortificaciones y en determinado momento «la capataz verifica su fortaleza, palpando el muro».

Un miliciano le apunta con ironía:

«—No tenga usted cuidado, que ellos no van a intentar derribarla con los puños...

»—Para eso estáis aquí vosotros. ¿O queréis que vengamos a defenderlo las mujeres?... Ni un solo *jodío* fascista tiene que asomar por aquí los morros... Vosotros veréis... Si les dejáis pasar, os cortamos los huevos».

Todo cuanto alude al vocablo dichoso se entiende a la primera, y por eso se partió de risa Cataluña enterita —y diré partió con absoluta infidelidad al tema que desarrollo— cuando el Gobierno de la Generalidad llenó ciudades y pueblos con la propaganda, escribe José María Fontana, de «la desafortunada y risible *Batalla de l’Ou*». El planteamiento de la batalla era económico. Se proclamaba oficialmente desde muros, vallas, radios y periódicos: «Si cada familia catalana criara una gallina y supiera hacerla criar, el verano próximo sería un verano de abundancia». Un panorama de tortillas, flanes, bizcochadas y revueltos encandilaba los estómagos. Fontana relata implacablemente: «Terminó la campaña con otro *slogan* que fue casi un sabotaje: *Dintre de dos anys tindrà Catalunya els ous que necessita*». Lo cual quiere decir: «Dentro de dos años tendrá Cataluña los huevos que necesita».

Con el permiso de mi admirado y querido Fontana, más que un sabotaje aquello fue una profecía.

El sustantivo es muletilla, interjección, vale para lo admirativo y también para la ira, igual para el desprecio que para el simple desahogo. Decir que un caballero nos toca ahí, es el último signo del desdén, pero alcanza un valor barométrico por lo que a la ira respecta si anunciamos que Fulano, o un asunto cualquiera, ya nos está tocando esto y lo de más allá. Si decimos que no tuvimos más tal y cual que hacer una cosa, es que no hubo remedio, bien por nuestra culpa o por la presión de los demás. Se utiliza para conceder a una pregunta el tono del enojo, sin que esto impida que a la vez sea cariñosa: «¿Qué cojones quieres ahora?» o «¿Qué cojones pasa?» Hacer algo con dos cojones viene a decir que nos lanzamos a ello sin mirar las consecuencias, a

tumba abierta. Se ponderan dificultades, agravios o absurdos con un «Tiene cojones la cosa...».

Está en los bárbaros cancioneros de la guerra significando ni más ni menos que lo que quiere significar, de manera rotunda, concluyente, terminante. No respeta a nadie, entre otras razones porque en estos casos su invocación supone siempre elogio, y a nadie le molesta ser laudado por la tropa. Ni siquiera al cura de Villalpando, el de los doce bueyes sudorosos.

Los escuadristas de la anteguerra cantaban sobre los dos camiones o vagones que José Antonio necesitaba a la hora de viajar, detallando minuciosamente el por qué, y no hay un diálogo español sin referencias al caballo de Espartero, o a las vivas criadillas del toro, y entre expertos he oído decir que las buenas han de ser precisamente como las de los toros bravos. Puesto en masculino: «Pequeños, duros y pegaditos al culo».

Se buscaban los términos exactos de la comparación:

Para leche, la Montaña;

para tabaco, el estanco;

para m... Azaña,

y para cojones, Franco.

La gente roja, harta de milicianos de retaguardia, de tipos profesionales amedrentadores, de emboscados que se parapetaban tras los uniformes de los servicios especiales, inventó una copla para decir en voz alta que a ella no se la daban con queso:

Las chaquetas son de cuero,

los pantalones también,

y a quienes vuelven del frente

los cojones se les ven.

La palabreja halla acomodo junto a las matemáticas y a la sombra de la poesía, y así lo mismo la empleará un capitán de Ingenieros en un informe urgente, que un espléndido poeta en sus improperios.

Miguel Hernández la utiliza en su poema los *cobardes*, de su libro *Viento del pueblo*, poesía en la guerra, subtítula él mismo, a cargo de las Ediciones «Socorro Rojo»:

Valientemente se esconden,

gallardamente se escapan
del campo de los peligros
estas fugitivas cacas,
que me duelen hace tiempo
o en los cajones del alma.

Al capitán de zapadores de *La soledad de Alcuneza*, que antes la petición de volar un puente hace sus cálculos a base de regla, le dice un comandante de Caballería:

«—No me pongas pegas. Tira esa especie de metro raquíptico al campo y si no tienes trilita vuélalo con los dientes.

»El capitán respondió con sequedad:

»—Con los materiales no hay recursos psicológicos como con los hombres, mi comandante. Una posición puede caer o no caer, según el coraje con que se la ataque o se la defienda, pero la destrucción de un puente entra dentro del dominio de la mecánica y no hay dientes ni c... que valgan contra sus leyes».

Donde se demuestra que el vocablo define un elemento de aplicación militar perfectamente valorable, útil, en este caso, para la toma de una posición, pero no para la voladura de un puente.

A veces, la palabra entra a formar parte de un vítor o de muchos y en este sentido recordaré siempre los vivas que daba la gente en el desfile de la Victoria de 1945, cuando se dijo que Franco sería víctima de un atentado y que inmediatamente nos invadirían por los Pirineos tropas aliadas precedidas, a manera de gastadores, por unidades de milicianos. Algo así como la invasión de los cien mil hijos de Lenin. Pues bien, Franco, por primera y única vez en la historia de estos desfiles, se presentó a caballo, revistó la línea a caballo y regresó a la tribuna a caballo, acompañado, a la distancia reglamentaria, por el Ministro del Ejército, que era don Carlos Asensio, y por el Capitán General de la 1ª Región, que era don Agustín. Me parece que de la tribuna de prensa partió el primer vítor a lo que ustedes imaginan, y aquello ya fue un clamor. Por cierto que la gente observó que los caballos que montaba los generales Muñoz Grandes y Asensio resbalaban en el pavimento de la Castellana, y el del Caudillo, no, ni en broma. Se atribuyó esto a su estrella, como casi siempre. Parece que al descabalar, don Agustín hizo notar al Caudillo esta circunstancia y que éste la explicó de inmediato:

—Ordené que le pusieran herraduras de goma.

Con lo cual demostró, una vez más, la compatibilidad del coraje y la dialéctica, para sosiego espiritual de los discípulos de don José Ortega.

El indiscreto y entero terminacho sirve también para señalar el nivel que alcanzaron, alcanzan o van a alcanzar las aguas de la indignación, como en el caso de *Hombres made in Moscú*, cuando Sendín le dice a Castro al comentar la marcha de los acontecimientos en la zona cipaya: «Tengo la seguridad de que tú también estás hasta los cojones de muchas cosas».

El mismo Castro pone en boca de un sargento comunista que comenta la habilidad del P.C. para alzarse con el santo y la limosna del flamante Ejército Regular Popular a través de la maniobra iniciada con el Quinto Regimiento, la siguiente expresión: «Es cojonudo el Partido».

«—La frase no es muy elegante —respondió Castro sonriendo—, pero, camarada, es justa, maravillosamente justa... “¡Es cojonudo el Partido!...” Yo te comprendo, camarada, como te comprenderá el pueblo, porque la palabra es española, ciento por ciento española...».

Y no le falta razón a Enrique Castro Delgado. Con alguna mayor delicadeza metafórica aludieron a la necesidad de una política militar más enérgica, los jefes y oficiales del Ejército de África. Según cuenta Barea, cuando el Dictador —que en algún momento de su mandato pareció inclinarse al abandonismo en el problema marroquí— visitó al Tercio, fue obsequiado con una comida curiosa y reveladora, ya que «todos los platos que se sirvieron eran platos de huevos fritos, escalfados, cocidos, tortillas, y yo no sé en cuántas formas».

He oído hablar infinidad de veces de esta comida, con mil versiones distintas, pero todas coincidían en el menú monotemático. Algo debió de haber, porque lo cierto es que para plantear y discutir tan delicado tema hubo que poner el menú sobre la mesa. Ponerlos sobre la mesa es tanto como jugarse el todo por el todo, a una sola postura.

En cambio, me parece exagerada la interpretación —por otra parte favorable al argumento y los cantables del término en torno al cual se escribe—, que alguien daba a cierta estrofa conmemorativa de la gloria de Juan Sebastián Elcano, que dice así:

Con instrumento rotundo,

el imán y el derrotero,

un vascongado primero

dio la vuelta a todo el mundo.

—A base de instrumentos así—comentaba el tal entusiasta— es como siempre se han hecho las grandes cosas...

También hay quien opina que cuando el general Wellington decía de los españoles de la otra guerra de la Independencia, que la hacían «sin medios, pero con mucho entusiasmo», esta última palabra sustituía a otra más expresiva, seguramente considerada *shocking* por las buenas maneras británicas. Todo es posible con nuestro vocablo, al que nada humano le es ajeno. ¿Cabe algo más surrealista que afirmar de una cosa que es de cojón de pato, por asegurar que es de primera? Quizá su equivalencia dialéctica con el hígado derive todo hacia el *foie-gras*, pero no creo que ese sea el camino. ¿Ya qué viene esa otra expresión comodín de los riñones y un palito?

No sé si fue un corresponsal inglés o uno alemán el que puso la palabra en el mundo al descubrir la infantería española el primer antitanque eficaz, allá en la otoñada madrileña, cuando los carrós rusos hicieron su aparición en Castilla. El periodista, en cumplimiento de su deber, transmitió la fórmula: «Los soldados de Franco cazan los tanques con una botella de gasolina, una bomba de mano y otro material llamado cojones».

Aquellas primeras botellas hablan tenido antes vino, coñac, anís, aguardiente. Luego se fabricaron botellas especiales que se distribuían ya llenas de gasolina. Cuenta Cervero que en cierta ocasión, ante una emergencia automovilística, a él se le ocurrió acudir a estas botellas para hacer arrancar un coche ligero. No lo consiguió porque el ciclo se había cerrado, y del mismo modo que las botellas hechas para contener vino, habían contenido gasolina, las botellas fabricadas para la gasolina habían acabado por contener vino. Y con vino —o, incluso, con cazalla— los coches no se ponen en marcha. Lo que dirían los legionarios: «Marchar, no; pero lo que es arder, lo mismo arden los tanques con gasolina que con aguardiente de orujo».

Este descubrimiento antitanque constituye, según el general Barroso, una de las novedades de nuestra guerra, junto con la maniobra de las bolsas, la cadena de los aviadores y el empleo de carros en masa. Yo añadiría el puente aéreo. Naturalmente, los rusos se han apropiado la invención bajo el nombre de «cóctel Molotov». Si le llamasen «cóctel para Molotov» estarían más cerca del espíritu de su auténtico inventor. La glosa poética de tanto ingenio militar no se hizo esperar ni un poco:

Dicen los rojos que tienen
que tienen mucho armamento,
pero no tienen cojones
«pa» luchar con los del Tercio.

El elogio público de esta palabra, su puesta de largo, su entrada en sociedad, fue en Tudela de Navarra, según me informan, con ocasión de imponer una M.M. individual a un esforzado hijo de aquella ciudad. Presidía el acto el general Millán Astray, y, como es natural, allí estaban

todas las autoridades, civiles, militares y eclesiásticas, además del padre del voluntario condecorado, que era un tipo famoso por su entereza y su vocabulario. Alguien gritó, llevado de su entusiasmo:

—¡Que hable «el Pite»!

«El Pite» era el padre. Millán lo empujó a primer término. «El Pite» estaba lloroso y no podía arrancar. Eso asombró a uno de sus paisanos que, sin contenerse, lo manifestó en voz alta:

—¡Andá, si «el Pite» está llorando...!

A lo cual respondió el viejo con dignidad varonil:

—Llorando, sí; pero con muchos cojones...

Y antes de que pudiera reventar la carcajada o recogéndola con fines polémicos —que sobre esto no tengo información precisa—, intervino el general Millán Astray para darle la razón al «Pite» y cantar las alabanzas del padre, del hijo y de todo lo demás.

ALFERECÍA

El conjunto de los alféreces de una unidad.

Suena a palabra efervescente, bulliciosa, alegre.

A propósito de la futura misión que ocuparía a la Segunda Bandera del Tercio al desembarcar del tren en que viajaba, escribe Caveró: «Sin embargo, las primeras horas, en el departamento que ocupaba la «alferecía» (como se nos llamaba con cariñoso desprecio) se hicieron mil conjeturas».

A Caveró, por sus muchas virtudes, sus camaradas le llamaban el «Alferecísimo».

BORREGO

Quinto, bisoño, novato. «Menos éste, que es borrego, todos somos veteranos», se explica un ceriñolo en *Cuerpo a tierra*, de Ricardo Fernández de la Reguera.

QUINTO

Según Almirante, «el soldado por suerte; mejor, el paisano a quien toca la suerte de soldado». La Academia completa muy bien la definición al añadir: «Y mientras recibe la instrucción militar».

Es sinónimo de inocente, con cierta razón, como lo prueban expresiones habituales del tipo de las que siguen:

—Me engañaron como a un quinto.

—¡A mí me la vas a dar de quinto!

—¡No seas quinto, hombre!

Igualmente es sinónimo de la ignorancia del novato frente a la suma sabiduría del veterano. En este sentido la empleó Mola al contestar a Echave Sustaeta, presidente de la Diputación de Álava, que le decía cuando lo de las peñas de Lemona, según refiere Iribarren:

—Usted es el nuevo Zumalacárregui.

«—Por Dios, señor Presidente; al lado de Zumalacárregui yo soy un quinto. Zumalacárregui era el genio de la guerra».

Por entonces le faltaban pocos días para morir como Zumalacárregui, a las puertas de Bilbao. Lo que pasa es que esta vez no se llevó las llaves de la despensa y las gabarras con once requetés, soldados y falangistas llegaron hasta la desembocadura de la ría.

El «ya se van los quintos, madre» es un tópico en la literatura del XIX y una buena muletilla en ocasiones.

La razón de nuestra guerra caló tan hondo en la gente, que cuando se llamó a filas la quinta del 38 en zona nacional, a los diez meses de bien duros combates, los quintos se incorporaron cantando, lo cual asombró no sólo a los corresponsales extranjeros, sino al propio «Tebib», que sobre ello escribió una magnífica crónica recogida después en *La conquista de Vizcaya*.

Ser quinto siempre es duro, pero más en guerra, cuando de la instrucción se salta a la muerte.

Los rojillos llamaron tantas quintas y tan de prisa que la zumba de la gente se dedicó a sacarles mote. Hubo la quinta llamada del arroz, porque al menor descuido se pasaba; la del biberón, porque estaba compuesta por los mozos del 41, rapaces todos de dieciséis años; ésta es la que fue a parar al Ebro. Las divisiones nutridas por estos pobres chicos —que por otra parte cuando se batían, se batían como mayores de edad— se llamaron «divisiones *baby*». La quinta del hospital era, sin

distinción de edades, la formada por todos aquellos que se procuraban enfermedades para no servir a los rojos. Hubo la quinta del colorín, colorao —que según Tomás Borrás, de quien saco la mayor parte de estos datos— fue la del 15. La del 15 sería la de los nacidos en 1895. ¿O se referirá a la de los que nacieron en 1915, esto es, la del 35 ó 36, que ya no me acuerdo si se servía a los veinte o a los veintiuno? Lo de «colorín, colorao» podría ser motivado por el color, o también porque allí se acababa todo, con cuento o sin él. No lo sé. La que estaba en filas al comenzar la guerra se llamó la del «adiós a la vida». En zona nacional los más jovencitos pertenecieron a la quinta del chupete. Gente prófugas de la quinta del biberón fueron las que organizaron en Madrid el famoso «complot del moco», denominado así porque el mayor de los activos conspiradores no llegaba a los quince años. El complot —que preocupó con hartos motivos a los sabuesos del Kremlin— parecía organizado por personas responsables, tan eficaz era, y los mocosos coleccionaron cinco penas de muerte y siglos de cárcel.

Juan Aparicio acuñó una feliz expresión, la quinta del SEU, para referirse a la de los estudiantes que hicieron la revolución y la guerra en las filas de la Falange. Ahí caben desde los estudiantes que vendían *FE* por las calles españolas hasta los del Alto de los Leones, y desde los alféreces provisionales hasta los que andaban mezclados en el complot del moco. Una de las características de esta quinta —hablo en general— es que al acabar la guerra se consideró a la mayor parte de sus componentes muy jóvenes para tareas políticas de responsabilidad, y al llegar a su madurez biológica se les ha venido a decir que ya son muy viejos para ocuparse de esas cosas. Total, que han saltado de la adolescencia a la senectud sin darse cuenta. Por lo demás, su vejez es de las más activas, prometedoras y pimpantes que se conocen. Algunos de ellos opinan que están purgando aquel artículo de los estatutos jonsistas que recusaba para el mando a los mayores de cuarenta años.

FIAMBRE

Cadáver. Término desvergonzado y cruel, incurso en el repertorio de palabras y actitudes imprescindibles si se quiere «vivir la tragedia de la guerra con la despreocupación que es indispensable para vencerla», según anota Mola en sus memorias africanas.

No sé desde cuándo se usará, pero lo cierto es que en Marruecos se empleaba. Asenjo escribe que iban «a enterrar a todos los “fiambres”, como llámase sin respeto alguno a los muertos abandonados en la trágica retirada de julio». La de Anual. Y al hablar de un legionario recién llegado a la línea puntualiza que «no hay más que mirarle a la cara, para ver en ella el sello del “fiambre”».

Tengo para mí que es compatible el hecho de llamar fiambre a un muerto, con el debido respeto, aunque parezca mentira. Instintivamente eso quise decir cuando escribí en *La Fiel Infantería*, comentando la

frase de un requeté que había bajado un muerto desde el Alto a la carretera:

«—Olía mal el fiambre. Y pesaba.

»Hablaban así de desgarrado Nicolás, el buen camarada, el mismo que se cargó a hombros aquel cuerpo muerto y le apartaba las moscas de la cara. Quería disimular sus bellas acciones con un lenguaje de novela pacifista».

A veces resulta que toda la bambolla de los duros, no es más que el enmascaramiento de su ternura.

MANDAMÁS

Es de las voces políticas más popularizadas a lo largo de los años de nuestra guerra, y a mi modo de ver de las que quedarán como características de una época. Es como la flor y nata de la anarquía desatada. El mandamás es el jefe irresponsable, caprichoso y audaz, típico de las situaciones revueltas. Los mandamases lucieron mucho en la retaguardia roja; en la vanguardia no hubo mandamases, sino jefes. El anecdotario del mandamás es tan pintoresco como sangriento.

Tomás Borrás juega con la palabra; «Al alba un recién mandamasado mandamás abre bufete de juez en una mesilla sobre la escalinata. “A ver, en fila, a declarar”. Declaran, los cogen del cogote y los echan en dos apartes: uno, para fusilar en cuanto vuelva la noche; el otro, para que decidan en Madrid los más mandamasones».

BOTA

El vocablo es de lo más corriente y ordinario y si me atrevo a incluirlo aquí es porque me parece misterioso que signifique a un mismo tiempo dos cosas tan ligadas a la guerra como la bota, es decir, el calzado militar o un calzado militar, y la bota, mágica despensa donde reposa el vino; ambos artículos del mismo cuero.

De la importancia del calzado en la guerra no hay nada que decir, porque todo está ya dicho. El bisoño lo intuye así, y por eso puede leerse en el libro de Morales que relata los primeros pasos de la campaña guipuzcoana, este párrafo, que es una precisa viñeta bélica: «Las conversaciones —tumbados en la cuneta— interrumpidas por el paso de los aeroplanos que dejan el campamento silencioso, hundido bajo tierra, versan, en largas discusiones, sobre la ventaja o desventaja de la

alpargata respecto a la bota, porque en la guerra los pies tienen extraordinaria importancia».

¡Si estarían estos discutidores en la orilla misma de la guerra que aún llaman a los aviones, aeroplanos, como en tiempos de Vedrines! Pronto empezarán a denominarlos con una variedad increíble de remoquetes, y lo de aeroplanos quedará como un recuerdo de infancia o como una broma de veteranos.

Bota viene de botar y éste verbo del germánico *botan*, que significa golpear. El rigen es rudo, como corresponde a término tan vinculado a la tropa, pero lo que ya roza las lindes de la metafísica es que con sustituir la *b* del vocablo germánico por una *w* basta para que se nos aparezca el dios de la guerra, Wotan, lo cual filológicamente no tiene la menor consistencia, pero si nos metemos en los «mengues» llega casi a asustar.

La hermana bota, la del vino, carga con el combustible que a veces permite menear las otras botas cuando ya parece que dar un paso más es tarea sobrehumana. Es fiel compañera del soldado y está presente en toda nuestra literatura militar con categoría de protagonista. Algunas botas tenían nombre propio y otras llevaban el de su propietario; en algunos casos ostentaban una leyenda. La más graciosa que recuerdo decía así: «Prétame, que te mareo».

La bota era inseparable de las fuerzas navarras y en cierto modo las caracterizaba —el refranero apunta «soldao navarro y buen vino»—; pero siempre ha estado de moda en todo el Ejército español. Es práctica y de fácil manejo. Entre la guerra y los sanfermines ha llegado a conocerla el mundo entero. En el libro del padre Sagaseta sobre su viaje en la «Niña II», encuentro a este propósito una nota que lo mismo puede ser suya que de su colaborador y prologuista Vicente Galbete, porque los dos saben muchísimo de esta materia: «Hace algunos años, durante unas maniobras militares en el Pirineo, a las que acudieron como observadores jefes del Ejército de los Estados Unidos, los norteamericanos se admiraban tanto de la bota que corrió por los campamentos la broma de que la consideraban como la auténtica arma secreto española».

Yo no digo tanto, pero que algo de eso hay, ¿quién lo duda? En la letanía de los combatientes escribí como última bienaventuranza rezada por los enfermos de la guerra, aquello de «Bienaventurados los que mueren con las botas puestas». Se conoce que con la fiebre se me olvidó añadir: «Bienaventurados los que con la bota crían sangre», aunque no se me pasó por alto una mención justísima: «Benditos los que reparten su vino».

Un culto aficionado al mosto me confesó que él solía decir a la hora de saltar fuera de la trinchera, fusil en mano y bota en bandolera:

—Dios mío, de morir, morir con la bota puesta.

No se salió con la suya y por ahí anda, mozo viejo y terne.

MACHACANTE

Ni Almirante ni López Muñiz, por nombrar dos diccionarios de distinto tiempo, recogen la voz. Nuestra Academia, sí; pero sin citar su origen. El machacante es el soldado que sirve a los sargentos. No tengo idea de la antigüedad de la denominación, pero me huele a las guerras del XIX, quizá el machacante es el que macha, el que machaca el ajoblanco, pongo por ejemplo de comida que satisface a los sargentos típicos, y bien mirado a cualquier hijo de Dios, porque se compone de ajos crudos, miga de pan, sal, aceite, vinagre y agua, todo bien machacado por el machacante, al que también se le llama: el machaca, Y cuando repican gordo, se le añaden almendras. ¿No es verdad que eso de la sal, aceite y vinagre suena a militar, a pura Ordenanza?

PAISA

Vocablo moruno, de origen castellano, para designar a los soldados españoles. Nacido en las campañas de Marruecos, adquirió carta popular de naturaleza durante nuestra guerra y ya está totalmente incorporado al tesoro de la lengua.

Los indígenas escuchaban a nuestros soldaditos gritar el clásico «¡Atrás, paisano!», cuando estaban de centinela a la puerta de los cuarteles y campamentos, a todo individuo no uniformado que intentase entrar en los recintos militares. Del mismo modo les oía llamar paisanos a muchos de sus compañeros, y lo que es más importante, se oían llamar paisanos ellos mismos, en tanto en cuanto no llevaban uniforme, esto es, en cuanto eran sujetos civiles, no militares. Como es frecuente, tomaron el vocablo tan familiar como pasaporte para entrar en relación con quienes lo usaban, y para dirigirse a un soldado decían:

—Eh, tú, paisa...

Se aceptó el giro rápidamente. Franco recuerda a los moritos que corren detrás de los soldados gritando: «¡Paisa, trai pirra!», y también que algunos se sentían generosos y echaban perrillas a los pedigüños. Mola deja que sus regulares exhiban unos cuantos cadáveres de rifeños «para que los vean los “paisas” de cazadores». El vocablo, al principio, tiene en boca española un cierto retintín desdeñoso. Los legionarios veteranos se metían con los bisoños reglamentariamente: «Nos llenaban de motes —escribe Asensio—: pipía, paisas, pipióles y cuantos pudieran encerrar menosprecio para nuestro carácter de novatos». Olmedo, ya en nuestra guerra, certifica así un éxito nuestro en las Navidades

andaluzas: «No hicieron falta fuerzas profesionales para el logro de victorias. Triunfaron y triunfarán, como siempre, las benditas alpargatas del "paisa" ya protejan los pies del infante movilizado o del falangista o del requeté voluntario». La palabra amplía sus dominios abarcando mucho más de lo que apretaba en sus comienzos. Cuando se asaltaba el Gorbea, el «Tebib» escribe: «Anteayer, en menos de una hora, nuestros "paisas" se apoderaron de Gorbea y su peña famosa, el hito situado en lo más alto de todo el país vasco y sobre el linde de Álava y Vizcaya».

Pero la palabra da la vuelta, y así son los españoles los que también comienzan a llamar paisas a los moros. Domenech recuerda el afecto con que le trataban «los "paisas" que por méritos de guerra han conseguido instalar sus zocos en el Coso».

Cuando el padre Huidobro, capellán de la Cuarta Bandera, se adelantó como parlamentario hacia Aldea del Prado, él solito, con la fuerza a un kilómetro de distancia, sin más arma que el Crucifijo que enarbolaba en la mano, un hombre del pueblo —bien batido por la propaganda roja— se le acercó lleno de miedo:

—Paisa, yo no estar rojo. Paisa, no matar. Yo besar santo.

«Y el pobre hombre —cuenta el padre Peiró— tomó y besó el Crucifijo, muerto de miedo. Cuando, después de entrar la Bandera, se enteró el buen hombre de quién era "el moro del Crucifijo", él mismo se rió contando la escena a los demás: "Fijaros cómo estaría yo de aturdido, que tomé al capellán jesuita por un moro. Y me puse a hablar en árabe". "¿En árabe?—dijeron los demás—. Pero, ¿tú sabes árabe?". "Un poco; lo aprendí cuando estuve en Alhucemas"».

Decir paisa y usar el infinito concedían diploma de estudios de lengua arábica. Esto pasaba mucho.

CAQUI

Es palabra indostánica, cuyo significado equivale a color del polvo, y que ha pasado al universal lenguaje de la milicia de la mano de los señores ingleses. Por extensión se ha convertido en una de las palabras que simboliza —como mili— mucho de lo que al Ejército se refiere.

Marcar el caqui es vivir la vida cuartelera y también, de modo especial, el periodo de instrucción.

—Pues no he marcado el caqui yo aquí —dice cualquier licenciado, y más si ya es absoluto, cada vez que pasa por el que fue su particular campo de Marte.

Vestir el caqui es tanto como ser soldado, y Guillén Salaya recuerda que un camarada suyo del Tercio, la autenticidad de cuyo nombre era materia sobre la que se dudaba tanto como sobre sus orígenes, solía decir a los que se interesaban por su nombre, su pasado y su futuro:

«—Yo me llamo José San José y San José, y quiero morir en caqui».

Morir en caqui es una expresión bella y digna de la popularidad.

CACHARRA

Así llaman a la pistola los muy familiarizados con ella y luego, claro, todos los demás, hasta los que la cogen con papel de fumar por la parte del cañón. Decir la cacharra en vez de la pistola parece restar importancia a la cosa, pero no es así, sino que muy cucamente se concede un prestigio de gran desdeñoso a la palabra.

Sandoval cuenta que yendo a cuerpo limpio con José Antonio por la calle, en plena peripecia electoral, se le aproximó Goya —aquel magnífico camarada que habría de morir en Salamanca— y le dijo: «“¿Llevas la cachurra?” "No". “Entonces déjame el sitio”».

Porque, cacharra y todo, sirve de mucho en ocasiones.

SEGUNDA VUELTA

Expresión de la mecánica electoral que durante la guerra tomó un rumbo inesperado en el lenguaje de ambos bandos. Había en su utilización cierta ferocidad que la mayor parte de las veces, por fortuna, resultó retórica. Quizá era la presión del recuerdo de lo que fueron las segundas vueltas del sufragio en la primavera de 1936. *Remember Cuenca*, muchachos. En general, lo de la segunda vuelta se aplicaba a la que en cada zona pensaba darse, tras de la victoria, en perjuicio de gentes que momentáneamente pasaban por amigas o aliadas.

El 21 de octubre de 1936 publicaba Francisco Bravo, en *Arriba España* de Pamplona, un artículo titulado *La segunda vuelta de la Revolución Nacional*, y tras de explicar que la expresión está de moda entre los combatientes, limita los futuros objetivos de la operación política a «una larga teoría de emboscados, de gentes que tuvieron relación provechosa con el azañismo y aún con el marxismo (y que) se agazapan ahora a impulsos del miedo, en las proximidades de nuestras filas o en los mismos rangos de la retaguardia nacionalista. Y también (a) una gran cantidad de hombres religados a lo peor del viejo juego de los partidos, a los intereses reaccionarios que nunca podrán aceptar la revolución

nacional-sindicalista; subalternos de lo caduco y de lo viejo, pretenden confundir el perfil, el contenido y la orientación de este alzamiento popular que aspira a una nueva España».

Ruiz Ayúcar escribe en su novela, tantas veces citada aquí: «Muchos combatientes dicen que al terminar la contienda tendrán que dar una segunda vuelta, pero que entonces no será contra os mismos enemigos».

En realidad, la segunda vuelta era algo que debía comenzar al día siguiente de la victoria, y que cada cual interpretaba a su modo. Los anarquistas, por ejemplo, trataban de reservarse armas. Neville describe una curiosa tertulia roja en la que «se aventuraban las hipótesis más remotas por ver de compaginar el programa de los comunistas con el de los republicanos y el de éstos con los anarquistas».

Las conclusiones eran cristalinas.

«—Cuando estalle la paz —decía uno— nos veremos las caras».

Refiriéndose al parquecito que los anarquistas se preparaban con vistos a la futura polémica, escribía Jesús Hernández: «¡Eso era lo importante! Prepararse para la “segunda vuelta”, para el día de la victoria disponer de las armas necesarias a fin de imponer el régimen libertario por los mismos procedimientos empleados en Aragón y en Valencia».

Los comunistas no precisaban ejercitarse en el ahorro clandestino de armamento. Sabían que en caso de victoria el «Bigotes» sería generoso.

Según se cuenta en *Rojo y azul en Granada*, de Gollonet y Morales, los cipayos moscovitas de Motril tuvieron tiempo de organizar su segunda vuelta. Fingieron que entraban las tropas nacionales en el pueblo para ver quién salía a recibirles y así hacer un último escarmiento antes de la definitiva evacuación de la plaza. El truco, objetivamente, no estaba mal pensado, aunque tenía demasiada mala uva dentro. Les falló gracias a una oportuna y generosa delación y nadie picó en el anzuelo.

Tanto se popularizó la expresión que quedó en timito, y todavía subsiste, y aún tuvo su nueva época de esplendor en los tiempos del cerco diplomático, los augustos manifiestos y los neomilicianos en la frontera, pero refiriéndola, con humor entre negro y numantino, a la que darían los rojos a su regreso.

DEPURACIÓN

Palabra antipática y cruel que suena rencorosamente en todas las revoluciones, sean del signo que sean. El superlativo de una depuración es una purga, y lo que son las cosas, el invento de esa marca de la barbarie nadie se lo disputa a los comunistas. Una depuración lo mismo

desmonta a un hombre del escalafón que del Registro Civil, y siempre que se comienza con el manejo caprichoso del cese se puede acabar con un fusil en las manos disparando frente al paredón. «El primitivo comandante había regresado a España —escribe Tomás Salvador en *División 250* —, se decía que por haber sido depurado». Y Guillén Salaya señala en el Gijón rojo: «Por aquellos días actuaba por su cuenta una partida de "chequistas". Eran los que iban más allá del crimen, en lo que ellos llamaban la depuración de la retaguardia». Tailorizaron el ciclo mortal: la *Gaceta* cipaya destituía a troche y moche, La prensa daba noticia de los cesados y las patrullas de control se cuidaban del resto.

El depurador de oficina es más cruel que el depurador sangriento y activo, porque éste mata, pero el otro obliga a vivir en condiciones que pueden ser miserables. Supe de un ilustre depurador de oficina que ungía de inocencia a sus víctimas previo paso por su alcoba. Este sujeto era también aficionado a depurar bibliotecas. Caca.

La palabra fue tan hosca y repulsiva que a un loco de atar que se lavaba al aire libre y a torso desnudo bajo la nevada de Teruel, le dijo uno de sus camaradas:

—Sí, sí, tú juega al Tarzán, que ya te va a depurar una pulmonía...

CUARTEL GENERAL

Término con resonancias misteriosas al oído del sencillo combatiente, que entiende mejor esta institución cuando se presenta, más de trapillo, en su aspecto de puesto de mando; hablar del cuartel general en una chabola de la línea es como hablar del Vaticano en la choza de un ermitaño o en la sacristía de una parroquia de pueblo. Quizá por esto un capitán de E.M. solía llamar al C.G. de su Cuerpo de Ejército, la oficina; y cuando iban al puesto de mando decía que se iban a misiones. Son las bromas de la guerra, como cuando un veterano comandante de Regulares decía que iba de protectorado civil, porque marchaba a descansar unas horas junto a una amiguita suya, muy mona y muy cariñosa. El C.G. y el puesto de mando dicen mucho de la personalidad del jefe. Don Carlos Asensio ponía sus puestos de mando tan junto al tango, que de él comentaba un subordinado:

—El día menos pensado va a meter su puesto de mando en el de Líster, como si fuese a jugar al ajedrez...

En cambio a un comandante recién estampillado le llamaban abril porque su puesto de mando aparecía siempre detrás del de Marzo.

El único C.G. que conozco bien es el de los *silencios del coronel Brambley* y *Las paradojas del doctor O'Grady*, de modo que aquí eso no sirve.

Un poco de confusión —quién sabe si sacra confusión— arrastra la palabra desde sus orígenes, a juzgar por lo que escribe Almirante con mesura y prudencia. Los CC.GG. son entidades con tendencia a la obesidad y engordan sin consideración en poco tiempo. Parece que esto es una regla fija porque persona tan experta en la materia como Jorge Vigón dice así: «Desde que Jean de Pierrefeu escribió su *G.G C* ningún agregado a un Cuartel General, con humor de cronista, ha dejado de señalar el aumento de volumen que la instalación va adquiriendo al correr del tiempo». «Cuando Mola se fue de Pamplona —escribe Iribarren— necesitó un coche. Cuando salió de Burgos siete automóviles y un camión. Al salir de Valladolid, los coches eran diez, más un autobús para los requetés y dos camiones para la impedimenta».

Me gustaría saber la caravana que se movilizó al ir Mola desde la casa del marqués de Benavites, su Cuartel General en Ávila, a donde llegó precedente de Valladolid, para Vitoria, pero tendré que quedarme con las ganas porque para entonces José María Iribarren ya no estaba con él.

Los CC.GG. pueden estar donde quieran, en un palacio, en un castillo, en una granja, en un tren, en tiendas de campaña, en camiones y remolques, pero siempre tienen el mismo aire. «Había allí gran movimiento —anota Iribarren—. Caras de agotamiento. Ir y venir incesante por los pasillos. Clima de operaciones, en una palabra». Otro tanto cabe decir sobre el puesto de mando correspondiente, que define así Armiñán: «Suelen ser puntos de observación desde los que se atisba el horizonte y se advierte la línea que ha de combatirse. Un vértice, una casita, la paridera del ganado de la tierra; pequeña referencia y lugar para los oficiales y jefes; el chalet solitario o la casa infanzona digna de albergar al general».

Cualquier escritor que entra en contacto con un C.G. lo primero que observa es el ademán febril y urgente que allí hay, y lo traduce a su modo literario de manera fulminante, como hace graciosamente Edgar Neville cuando escribe: «Aquella casa era, como todos los Estados Mayores del frente, la casa donde parece que está naciendo un niño. Todo el que entraba traía el aspecto de médico que acude en el último momento; todo el que llegaba simulaba traer consigo la última palabra, la de la solución».

Un C.G. tiene algo de laboratorio y de templo y se diría que en él pesa gravemente aquello que dijo Zumalacárregui: «El corazón del hombre, al considerar que ha de llevar a la muerte a otros, se transfigura hasta querer sacrificar su misma vida por ellos». Francisco de Cossío da una estupenda estampa del C.G. de Orgaz durante las operaciones en tomo a Madrid, que he completado con la lectura de algunas crónicas del «Tebib» escritas en el mismo periodo de la guerra. «Yo confieso —dice

Cossio— que habiendo visitado en distintos momentos de mi vida a altos dignatarios que encarnaban los más fuertes poderes, nunca he sentido la emoción que sentí esta noche al subir estas escaleras. Porque en esta casa se concentra la inteligencia, el impulso de mando, la coordinación militar, de toda esta gran máquina de ocupación y conquista, que la rodea en muchos kilómetros».

Cossio lo ve como un club de gran tono donde la manía consiste en atender teléfonos y consultar el barómetro, mientras Kindelán habla de lluvias y a Varela le empiezan a brotar canas de tanta inactividad.

Pemán les cogió el aire agudamente. He aquí su afortunada descripción de varios lugares de éstos desde donde se oye, se interpreta y se quiere hacer cesar pronto la música de la danza de la muerte: «Cada Cuartel General tiene su tipo y fisonomía inequívoca. El de Aranda, tiene aires de casa grande y principal, donde los huéspedes son obsequiados con rumbo principesco. El de Varela, es alegre, ruidoso, acogedor, con una exactísima y disimulada disciplina. El de Yagüe, es militar cien por cien, duro, vehemente, discutidor: campamento y almena. El de Solchaga, es como el trasplante de una buena casa navarra o alavesa. Tiene Misa todos los días y se ufana de su excelente cocinero. Los chistea cuarteros se dicen por los rincones, y el General, paternal y sonriente, se hace el disimulado».

Sandoval llamó a la Cárcel Modelo de Madrid el Cuartel General de la Falange, y efectivamente lo fue en aquella primavera sangrienta de 1936, porque allí estaban el Jefe y su Estado Mayor, sus ayudantes y sus servicios, y desde allí se ordenaba, encauzaba y dirigía la acción revolucionaria y guerrillera de las centurias, así como se instruía sobre táctica política y conspiración a quien lo hubiera menester.

En los primeros días del Movimiento vi un enorme cartel con letras negras que decía: «Cuartel General de Falange Española». Lo vi en una plaza de Aranda de Duero, camino de Somosierra, y allí nos recibieron en palmitas a todos los falangistas de la columna de Escámez y nos hartaron de cordero, huevos fritos y clarete. El cordero y el clarete de Aranda tienen más que usía, y no pueden recordarse sin lágrimas en los ojos. Aquel fue el único C.G. gastronómico que tropecé en mi vida.

Al C.G. de García Escámez, con su camisa legionaria remangada y su laureada al pecho, fui un par de veces: una, llevando un parte, y otra, llevando dos prisioneros. Siempre me quedé en el jardín, sin entrar al chalet. Estaba en Robregordo, en una finca que ahora es residencia de Educación y Descanso. En aquel jardín murieron muy buenos amigos, y también un primo mío, al estallar una bomba que se lo desprendió a un aparato nuestro que tiraba un lanzapartes. A un legionario le cogió tan de lleno que, como conté en *La fiel*, «días más tarde enseñaban en Robregordo, alrededor del chalet del coronel, trozos del legionario que destrozó una bomba. Tan lo redujo que era frecuente encontrarse pedacitos de carne, ya negra, pegada a la tela de la descolorida camisa.

Y uno no sabía si aquello era un cadáver ni cómo había que tratarlo. Generalmente se enmudecía, como un pasillo a otra conversación».

Hemingway hay pintado superiormente los CC.GG. rojos, y la verdad es que no salen muy favorecidos. En realidad los pone a parir, señalando, de paso, la enorme influencia que en ellos ejercía el Comisario Político, el cual «solía apuntar con el dedo algún punto numerado, destacado por círculos delgados de líneas marrones entre el verde de los montes, cortado por la línea sinuosa de algún camino paralelo a determinada corriente de agua, para decir sentenciosamente:

»—¡Aquí! ¡Este es el punto vulnerable!»

Como consecuencia de esta pirueta estratégica del analfabeto militar — y con frecuencia total— que era el Comisario Político, murieron a chorretadas españoles de buena fe que creían en los caciques del marxismo y en la justicia social que los prometían. El mismo Hemingway lo recalca: «Hombres que nunca vieran el mapa y que sólo oían el número del cerro un momento antes de la partida... treparían por las laderas en pos de su muerte, cuando no eran detenidos por el fuego de ametralladoras ocultas entre los olivares, que ni acercarse les permitían. O en algún otro frente, resultaría que ascenderían sin hallar resistencia, para encontrarse con que no habían mejorado en nada su posición anterior».

Habla una cierta tendencia al refinamiento en los CC.GG. rojos. Ya se sabe que Líster llevaba su batallón del talento, para socratizar entre borrachera y borrachera, y también que Gustavito Durán (a) «El Porcelana», tocaba a Chopín para Rafael Alberti en su C.G. de Brigada.

La caza y la lectura eran entretenimientos más corrientes en los CC.GG. nacionales. García de Pruneda señala un capitán de E.M. que se fabricaba él mismo, con artesanía improvisada, los perdigones; e Iribarren deja constancia de las lecturas de Mola en el otoño del 36: un libro sobre Zumalacárregui y una biografía de Bismark. El mismo García de Pruneda alude a un C.G. donde se cotizaba un cantaor de flamenco, y en el Ejército del Sur se hizo famoso «El Gafas» por sus recitales en éste o el otro C.G.

Esto me trae a la memoria la estupefacción de un coronel que revistaba su regimiento por vez primera y que vio en el fondo de un patio unos soldados desaliñados, tumbados al sol, sin hacer caso ni de cornetines, ni de órdenes, ni de voces. El coronel, a punto de estallar, se acercó a ellos.

—¿Cómo no estáis en la formación?

—Estamos daos de baja —le contestó el más activo de aquellos vagos.

—¿Por qué?

—Es que somos los flamencos del capitán Baena.

Aquello fue el Bailén de la flamenquería.

C., un amigo mío que se cascó toda la campaña del Norte de oficial en uno de los Tercios de Requetés más zurrados, pasó más tarde a un C.G. divisionario.

—Esto da gusto. Es como ver la guerra desde un balcón. En España, con esta orografía que nos gastamos, se ve la guerra que es un primor.

Cuartel General y puesto de mando entraron a formar parte del lenguaje familiar.

—Yo en cuanto voy a Valladolid instalo mi Cuartel General en el «Cantábrico».

O bien:

—¿El comandante? Desde que está en Zaragoza tiene su puesto de mando en el Tubo.

Y cualquiera sabía a qué atenerse, a menos que fuera tonto de capirote, especie que no abundaba.

En *Hombres made in Moscú* se describe el C.G. de Miaja durante la batalla de Brunete:

«Castro ha ido a comer al Canto del Pico. Allí están Prieto, Rojo, Miaja, Álvarez del Vayo, Francisco Antón y mucha gente más. Y una mesa. Y todos sentados en torno a ella. Y el ministro llevándose con los dedos las patatas fritas a la boca. Y hablando mal del general Kleber. Y Miaja con su cazurrería de siempre poniendo una vela a Dios y otra al diablo... Y de pronto, afortunadamente, el ruido de aviones... Y una lluvia de bombas incendiarias... Y Prieto que deja de comer patatas fritas. Y Miaja que deja de reír para precipitarse hacia el piso de abajo. Y Antón disimulando su miedo que una extraordinaria palidez delata. Y los soldados apagando los incendios».

Las cosas, por lo que se ve, no iban muy bien. Para Castro era fácil saberlo, puesto que estaba allí. En cambio, Neville lo adivinaba precisamente porque no estaba allí, sino a las órdenes del C.G. de enfrente. En su extraordinaria novelita *Las muchachas de Brunete*, ve a través de la bola de cristal de su bien-humorado talento lo que está pasando en la casita del Canto del Pico:

«El dedo del general Miaja no podía separarse de Brunete. Intentaba resbalar hacia Boadilla y unos trazos de lápiz rojo le detenían; intentaba escurrirse hacia Villaviciosa y apenas si lograba adelantar el negro de su uña fuera del círculo que limitaba Brunete; a veces intentaba una

escapada a Navalcarnero, pero un hombre gordo con boina que observaba su manejo, despectivamente le decía:

»—Narices...».

Era Prieto, que ya de Marruecos conocía a Miaja, a Varela y a Franco.

TOMATE

Aquí ya hemos visto algunas otras aplicaciones de esta palabra, pero sin duda la que ahora tocamos es la más popular, extendida y emparentada, porque tomate es tanto como baile, bollo, cacao, danza, ensalada, fandango, festejo, follón, fregao, jarana, jaleo, juerga, música, tango o zambra. Y estoy seguro que algún otro sinónimo se me queda dentro del macuto, mejor dicho, en este caso: fuera del macuto.

Puede que su color de sangre haya permitido al vocablo tomate adquirir poco menos que el uniforme —«Menudo tomate el de San Marcial», o el del Alto de los Leones o el que sea— y, como consecuencia, un valor convenido de circunstancia espinosa, difícil, confusa, tan evidente que permite decir:

—Eso tiene mucho tomate.

Y nadie se queda con la menor duda. De modo que así había golpes de mano con tomate o sin él, y lo mismo operaciones de mayor envergadura, desde una rectificación de líneas hasta una ofensiva general. ¿O esto del tomate se liga en principio a la Infantería porque ella rompe más calcetines que nadie?

A mi me parece, nada más que por puro olfato, que el origen belicoso de tan pacífico y reconfortante vocablo debe de buscarse en aquellas riñas de mercado que tanto se daban en otros tiempos y de las cuales tenemos buenas referencias en el género chico —recuérdese *Gigantes y cabezudos*—, en los sucesos finiseculares y en cierta literatura costumbrista.

Esta es, a mi modo de ver, la opinión de García de Pruneda, a juzgar por lo que le explica el clérigo de *La saledad de Alcuneza* a un escritor francés que les visita en el frente.

«—Ayer —continuó el francés—. en una posición en que había mucho fuego, aprendí una curiosa expresión castellana. Un capitán me dijo que había mucho tomate. No entendí lo que quería decir. Un oficial de Estado Mayor, que me acompañaba, me explicó que tomate equivalía a fuego, a lucha encarnizada. *C'est drôle, c'est drôle*, y se quedó de nuevo mirando al techo.

»—Lo de tomate se dice —aclaró el clérigo— porque en los mercados las verduleras, cuando riñen, se tiran tomatazos. Los tomates son los proyectiles de las verduleras».

De un guindilla dando el parte en la Prevención: «Señor Comisario, hoy se han tirado muchos tomates», a decir, el mismo guindilla u otro cualquiera, ya por la fuerza de la costumbre: «Hoy ha habido mucho tomate», no va nada. Y ahí está el nacedero de una expresión que ha hecho fortuna.

En un artículo publicado en *ABC*, Cañabate contaba su incorporación a las tareas del *Los Toros*, de Cossio. Fue una mañana del verano madrileño de 1937, más bien movidita. Cañabate recuerda que al salir por la boca del Metro de Ríos Rosas «una mujeruca, al cruzar por mi lado, rezongó: “Ya se ha organizado el tomate en la Universitaria”». Cañabate, para que no haya dudas, lo explica: «El crepitar de las ametralladoras y los fusiles fue apagado por el tronar de los cañones y de los morteros».

El tomate es algo que se huele, que está en el aire, que se ve venir, sobre todo para olfatos y ojos veteranos. Maciá Serrano lo participaba bien originalmente a su amigo Caverro. Le mandó un enlace con un versito:

Vamos a Santa Quiteña,

camino de Caminreal.

Si siguen así las cosas

te aguardo en el Hospital.

El tomate llega a desearse, aunque esto parezca mentira, por mil razones, incluso para sacudirse el frío. Al narrar la marcha sobre Barcelona, en pleno mes de enero, Torre Enciso anota: «Haciendo gala de tan inestimables cualidades guerreras, nuestros soldados avanzan sobre el duro terreno, pidiendo muchas veces que hubiera algo de “tomate”, porque cuando se encontraba resistencia enemiga no había duda que se entraba en calor».

Para espíritus menos avisados o más escépticos que Maciá Serrano, hay otros signos augúrales, a los que también se refiere Torre Enciso: «La abundante provisión de municiones hacía correr de boca en boca y de posición en posición que el “tomate iba a ser de aúpa”». Santo Tomás, de ser guripa, hubiera estado entre los de ver y tocar primero el municionamiento y luego creer en el tomate.

Jarana y jaleo tienen alguna mayor ligazón con el *Diccionario* de la Academia —por lo que a su sentido militar se refiere— ya que equivalen, entre otras cosas, a diversión bullanguera de gente ordinaria y también a pendencia y alboroto, con lo cual una sencilla, generosa y despectiva

transposición explica el regustillo combatiente de estas dos palabras. Jarana cuenta, además, con noble antigüedad, ya que se emplea en este sentido nada menos que en una carta anterior al 2 de mayo de 1808, citada por J. M. García Rodríguez en su obra sobre la francesada. Lo curioso es que, como antiguo provisional, el historiador emplea en el párrafo otro sinónimo de tomate. Ustedes lo van a ver: «En Carabanchel, el de arriba, el día de Miércoles Santo, el presbítero don Andrés López mató de un tiro al capitán francés Mr. Moté, de la Legión 1ª de la brigada del general Cassayne. Y un testigo, en carta particular, cuenta lo siguiente de otro bollo: «Ayer (18 de abril), en el Puente de Toledo se armó una gran jarana con los soldados franceses y los nuestros por haber querido aquellos besar a una mujer honrada».

Lo de siempre.

Por si alguien se inquieta retrospectivamente por el resultado de la jarana o el bollo —a elegir—, estoy en condiciones de asegurarle que fue de cuatro o cinco a cero: un francés muerto y tres heridos, seguros, y un herido más, probable.

De donde le venga al bollo el olor a pólvora, yo no lo sé, ni siquiera me lo supongo, y tres cuartos de lo mismo pasa con el resto de las palabras que acompañan a tomate al principio de esta papeleta. Los soldados cantaban mucho en nuestra guerra aquella copla con aire valenciano, que dice:

Viva el follón, viva el follón,

viva el follón bien organizao,

porque con él, porque con él

unos a Huesca y otros a Teruel.

Pero en la lista oficial de valores significativos no hay ni uno ni medio que autorice a decir:

—Para follón gordo, el que tuvo mi compañía.

Sin embargo, se dice y con una amplitud que va desde lo puro individual y aun pacífico, hasta eso que se llama la prolongación de la política por medios contundentes, que es la guerra. De modo que un compadre de Tomás Salvador, camino del frente ruso, piensa: «Un soldado español no sería español, ni soldado, si estuviera más de media hora sin armar follón», y después de echar la pensadica se pone a cantar como un pájaro, arrastrando a todo el vagón de ganado hacia una especie de pienso lírico y coral. De la misma manera que Morales, camino de la toma de Irún, reflexiona sobre la situación general y escribe de vuelta de muchas cosas: «Ahora me interesaba únicamente andar a cintarazos al grito de Dios y Patria. Hasta Dios, Patria y Rey se extendían muchos

sin que ello me molestase, y deseaba que tras mucho follón, puesto que era necesario, se estableciese en España el imperio de la ley».

El follón duró tres años, han pasado ya veinticinco, y de él se habla cada día en el mundo sin que el tiempo lo aleje.

La única parentela soldadesca de esta palabra, y eso echándole imaginación al asunto, vendría por los caminos de su quinta acepción oficial; sucios y malolientes caminos. Suele aplicarse en estos canoa un refrán: «Entre frailes y soldaos cumplimientos excusaos», aunque la verdad es que el silencio no acostumbra a ser virtud castrense en las circunstancias a que me refiero, ni tampoco religiosa, como recordarán los que dormían, en la posición de Somosierra llamada la cuarta caseta, cerca de un popular y querido clérigo. Y, en fin, más vale dejar esto y continuar adelante, que aquí es fácil despeñarse, y en materia tan etérea y delicada solamente Quevedo fue un alpinista de categoría.

Yo no sé si el que ama el follón perece en él, pero sí aseguro que sus amigos le llaman follonista. «Un tío follón» o «Un follón de tío», es tanto como un hombre lioso, pesado o poco claro.

Pero, volviendo al bollo, pienso ahora que en su *Vocabulario Navarro*, Iribarren asegura que la palabra tiene en Pamplona el sentido de lío, follón, barullo, confusión. A mi siempre me ha sonado así y es natural, porque soy de Pamplona. ¿Será entonces esta acepción algo como un voluntario más de los que dio Navarra en aquel verano del 36? Durante bastante tiempo así lo creí, porque no encontraba en los relatos africanos que iba leyendo nada referente a esta palabra, hasta que en la *Historia de la Cruzada* di con esta frase del desventurado general Campins, viejo y notable africano, que al reunir a los jefes y oficiales de la guarnición de Granada por orden, al parecer, del Ministro de la Guerra, les habla de este modo, según recalca la citada obra:

«—En Melilla ha habido “bollo” —les dice textualmente—. En Marruecos se ha declarado un movimiento militar sedicioso que ya puede considerarse fracasado».

El empleo de este vocablo por un general de prestigio, con brillante hoja de servicios, ante sus compañeros de armas, sólo es posible en el caso de que sea de uso familiar entre ellos, de que forme parte de la jerga profesional.

Al soldado tanto le agrada dar importancia a lo que hace como quitársela, de manera que al comenzar una batalla puede decir: «Ya empezó el baile» o «Ya empezó la danza», sin que piense ni por un momento en que aquella es la danza de la muerte. Todo depende de como le pille el cuerpo y también el alma. Además, en estos casos, las impresiones personales cuentan mucho, y don Miguel Cabanellas, aquel general republicano que tenía el aire de un monarca carlista, observaba que cuando un soldado ve caer muy cerca de él a dos de sus camaradas,

piensa que aquello es Waterloo, aunque esas dos bajas sean las únicas de toda la operación.

Hay un cierto misterio en esto de que la tropa emplee palabras que normalmente significan fiesta o algo que a ella concierne, para designar al duro trance del combate. Se presta a muchas y hasta muy hondas meditaciones, a interpretaciones bien españolas, semejante hecho, que desde luego no tiene nada de casual, y que es tan paradójico como aquel verso de Machado:

Tengo el vino triste

y alegre la tristeza.

Lo cierto es que baile y danza, festejo y fandango, música y juerga, zambra y tango, sirven entre los combatientes para indicar una misma cosa: los tiros.

«Hay juerga en Anual», escribe Sender en una triste y hermosa novela marroquí, y todos entendemos que lo hay en Anual es el combate de Anual.

Gironella dice de los legionarios: «No les gustaba el frente estabilizado y deseaban pelea, a la que llamaban “tomate” o “tango”».

Tomás Salvador habla de su experiencia rusa: «Los soldados, cuando escuchaban en la noche ruido de motores aproximándose al frente se decían: “Mañana, música”». Y acertaban, porque el ruido de motores era la señal inequívoca de que se acercaban a la línea los «organillos de Stalin» montados sobre camiones, desde los cuales, para menor fatiga, disparaban lo suyo.

Uno de los sargentos de Ridán, el de *Provisional*, explica su actuación bajo el bombardeo: «Ordené a la gente que se refugiara como mejor pudieran y que no se moviesen hasta que termine este fandango».

Si no estuviera tan usado lo del bordoneo de los cañones, era el caso de utilizarlo ahora para acompañar el fandango, o bien la zambra, a que alude Mola rememorando en Burgos aquella entrevista que tuvo en Irache con Batet: «Si Batet, en vez de ir con un coche, va con dos, allí se arma una zambra». Si se tiene en cuenta que la entrevista se celebró el 17 de julio de 1936, por la mañana, y que se temía una añagaza por parte del jefe de la División, las palabrita de Mola quedan bien claras.

Cavero opinó en cierta ocasión sobre la intensidad de un combate. Dice: «Cuando di cuenta a Mayoral de mi opinión sobre el “festejo”, se indignó».

El festejo formaba parte de toda una serie de ataques rojos. Cavero opinaba que aquel era el ataque más suave. Luego confiesa

humildemente: «Fue el más fuerte de todos. Siempre me equivoco. Para eso soy alférez».

Lucio del Álamo copla una curta de Alfonso de Churruca, escrita con cierta impaciencia desde el frente: «Estoy muy contento, pero deseando empezar a bailar “la carioca” para terminar de una vez». La carioca estaba entonces muy de moda. Se entró en la guerra a paso de carioca y se salió de ella a paso de tiroliro.

Le he dado muchas vueltas a la cabeza y ni siquiera me asomo a las razones que abonan el empleo del sustantivo cacao como sinónimo de todos estos de que hablamos. Calculo que sería un buen detective, un buen historiador y hasta un buen adivino el que nos precisara por qué decimos: «Se organizó un cacao de dos mil pares de esto o de lo otro». Ya me gustaría saberlo, ya, porque es muy peliagudo llegar a entender cómo fue alistado en la legión de los términos militares éste que sirve para designar un árbol americano de la familia de las esterciliáceas. Ni siquiera el ser mejicano de nación lo justifica, aunque el origen de Méjico sea tan heroico y sangriento.

El fregado y la ensalada ya quedan un poco más a mis alcances, aunque sea por vías metafísicas o poéticas. El fregado conduce a la limpieza, y uno de los fines de toda violencia razonable es el de llevarnos a condiciones sociales, políticas e históricas de mayor transparencia, de superior claridad, de nitidez relativa, que al fin no somos más que hombres y nadie entre nosotros se llama don Perfecto. Algo de esto calcula Ridán cuando comenta delante de una cola de penitentes, la víspera del ataque: «El fregado espiritual, antes del fregado de tiros que se va a armar». Y a continuación él mismo se dispone a lavar su alma y ponerla a tender.

Lo más corriente es decir fregao, e incluso escribirlo, aunque sea con bastardilla, como lo hace Iribarren: «Talavera, aunque alejada del *fregao*, daba una plena sensación de guerra».

Acaso el fregado no sea más que una derivación humorística de aquellas operaciones de limpieza que en Marruecos costaban tanta sangre. Acaso sea anterior a esa campaña.

Lo que sí parece seguro es que quien primero dijese: «Se armó una buena ensalada de tiros», impulsado, quizá, tanto por un alma poética, metafórica, como por esa nostalgia gastronómica que siempre va con la tropa, acuñó una feliz expresión y dio pie a que la fresca ensalada sirviese también para denominar el estruendo, el peligro y la varia voz de la batalla, en la que cantan condenadamente todos los ingenios de la muerte.

En torno al Gurugú escribía Asenjo: «El enemigo no daba grandes señales de vida. Solía molestar por las noches, armándose todas ellas una ensalada de tiros que la primera vez nos alarmó».

He aquí, pues, cómo con palabras en general de bureo, pertenecientes en su mayoría al sindicato de la alimentación, la limpieza y el espectáculo, se apañan los soldados para hacerle una mueca de burla al peligro, desdeñarlo elegantemente y, de paso, dominar su miedo, que de eso siempre hay incluso en los corazones más valientes.

A este batallón de palabras le preceden, como la escuadra de gastadores, los verbos armar y organizar en todos sus tiempos.

NO ME DIGAS, PEPINILLO

Timito de moda en zona nacional. Tuvo su origen en las aventuras de Pepinillo y Garbancito, dos héroes infantiles que la facundia de Jacinto Miquelarena creó en Radio Nacional para entretenimiento de los niños de toda España, y también para su alivio, porque ni Pepinillo ni Garbancito hablaban de la guerra. La frase se hizo muy popular entre los mayores y todavía más entre la gente de la vanguardia, que gozaba de buen humor. José de Juanes escribió a la muerte de Jacinto: «Una de sus frases usuales —el famoso “¡No me digas, Pepinillo!” —hizo furor en las trincheras y se repetía como grito de victoria cuando la Prensa o la radio enemigas hablaban de triunfos propios o de desórdenes en la zona contraria».

Con frecuencia, el deslenguado que trataba de colar liebre por gato en sus cuentos al retorno de un permiso, veía cortado su autobombo sentimental con la expresión que mejor demostraba un bondadoso y cordial escepticismo, aplicado por igual a las victorias del hermano enemigo que a las conquistas femeninas del hermano amigo:

—¡No me digas, Pepinillo!

Y ahí empezaba el melón.

TUPI

El café del desayuno militar. Viene de tupinamba. Los tupinambas eran unos indígenas amazónicos con los que tropezaron los descubridores. Según Iribarren, este nombre sirvió de marca a una casa cafetera catalana que instaló, como propaganda, lugares de degustación en los que daba tacitas de café ya hecho a un precio baratísimo. Estos establecimientos se llamaron tupinambas. El público se lanzó al cafeteo y al apócope. Sucedió esto a primeros de siglo y todo lo que queda hogaño de aquella Itálica famosa y comercial de antaño, es lo que escribe García de Pruneda: «Se sirvió café de desayuno, que los

soldados llaman tupi, y todos nos deleitamos con ello, pues hacía muchos días que no lo catábamos».

ALARMA

Casi desde los tiempos de los corsarios berberiscos y turcos no había tenido vigencia en España esta palabra, hasta que los pacifistas de Madrid iniciaron el bombardeo de poblaciones civiles con el primer vagido de la guerra: Ceuta y Tetuán lo saben.

Campanas, sirenas y radios daban la señal de alarma. Las primeras alarmas provocaron una nube de disparos. La gente tiraba hacia el cielo con pistolas del 6,35 o escopetas de caza. Luego vino la fase del gran miedo. Miedo, por otra parte, lógico. Después, la de la indiferencia. La gente se quedaba en casa esperando con fatalismo la lluvia de bombas. A veces, ni siquiera era fatalismo, sino sueño, como nos pasó a unos cuantos alféreces que por fin habíamos conseguido cama en Zaragoza, precisamente en un hotel del Coso, frente a la calle Alfonso, encima de cuyo tejado mugía previsoramente y terca una sirena.

La Generalidad lo organizó todo muy bien. Se avisaba por altavoz: «¡Atención, barceloneses! ¡Hay peligro de bombardeo! ¡Id tranquilamente a vuestros refugios!» Y cuando no había ya pájaros en el aire: «¡Ya ha pasado el peligro! ¡Abandonad vuestros refugios y reanudad vuestras ocupaciones habituales!»

Lo cual, como apunta Fuenmayor, sonaba entre la chunga y el chiste a las tres de la mañana.

Había tipos muy serenos ante las alarmas urbanas, y más de un curtido combatiente no se encontraba demasiado a gusto escuchando los sirenazos. Sin duda, el campo abierto actúa de sedante. Los había puntillosos de las normas de oscurecimiento, como aquel de Botella Pastor que le advertía a un amigo en noche de presumibles alarmas:

«—Porte cuidao que'eixe abriguet es masa clar...».

Ante la alarma cedía incluso el instinto polémico del español, de modo que hasta un debate agitado se cortó al escuchar el sirenazo:

—Por asuntos de vital interés se levanta la sesión,

Y todos se lanzaban al refugio.

CHECA

Aportación rusa al vocabulario español. Dios se lo pague; gracias a ello sabemos a qué atenernos. Quizá la Academia, al aceptar este vocablo entre los de la lengua española, debió conservar el exotismo de la k como una bandera de sangre, para que nadie olvide nunca su origen.

Tan delicada institución proliferó en las ciudades del virreinato marxista a velocidades increíbles y desde el primer momento.

Sólo en Madrid, escribe el general Villegas, «llegaron a funcionar hasta 266, según datos fidedignos, de ellas 126 comunistas; 53 anarcosindicalistas; 83 socialistas; tres trotskistas; una de Izquierda Republicana; dos de los nacionalistas vascos, y ocho pertenecientes a organizaciones diversas. Había entre estas “checas” unas que pertenecían a las milicias; otras al partido, a las juventudes, etc. Tal era el espectáculo caótico y trágico de la capital de España a la sazón».

Las había que llevaban su nombre y todo, como si fuesen teatros o tiendas de modas: «La quinta columna», en la plaza del Poeta Liern, Valencia, o la de Fomento, en Madrid, que se llamaba «El Tribunal de la Sangre». La buena organización de los sicarios catalanes les llevó a solicitar el asesoramiento de los técnicos rusos a la hora de industrializar el terror. Como se sabe alcanzaron un enorme éxito. La gente no se engañaba a la hora de señalar el origen de aquellas oficinas de la barbarie científica: «En Madrid —escribe Tomás Borrás—, azules y rojos llamaban a las dos cárceles —Ministerio de Marina y colegio de la calle de San Lorenzo— “las lubiancas”». Porque de tal palo tal astilla, ya que las misiones soviéticas del horror se extendieron generosamente por todo el país, lo mismo en las zonas cultas que pedían ayuda para mejorar su estilo de matar, como ocurrió en Barcelona, que en las zonas subdesarrolladas sin un mal hecho diferencial que llevarse a la boca. Aquellos que Radek llamó «especialistas en el arte de separar el alma del cuerpo», trabajaron sin descanso y sin prejuicios, porque lo mismo torturaban a un falangista que a Andrés Nin, y lo mismo aplicaban su refinada maquinaria a un requeté que a un antifascista de la FAI.

Hay un excelente retrato del chequista o «inkadevista» —de N.K.V.D., la siniestra sigla equivalente, que antes había sido G.P.U.— debido a la pluma de Jesús Hernández, que los conoció en su propia salsa y fue uña y carne de ellos y les sirvió pero que muy lealmente: «Son funcionarios de una autoridad y formación especial. Fríos, crueles, sin alma. Su espíritu de cuerpo les lleva a sospechar de todo y de todos, hasta de su padre y de su madre, a los que pegarían un tiro en la nuca con la mayor naturalidad, en cumplimiento de su misión. Viven constantemente alerta y recelando de cuantos lea rodean. El jefe no sabe si el subalterno es el confidente de confianza del escalón superior. Puede darse el caso de que el portero o el ordenanza que abre la puerta resulte una jerarquía más alta que la del jefe en funciones. Su deber es no creer en la sinceridad, ni en la honradez de nadie. Un “inkadevista” debe ser un hombre sin entrañas, un ser deshumanizado, que tenga por lema “es preferible condenar a cien inocentes que absolver a un culpable”. Fanáticos, en principio, degeneran hasta la animalidad. Primero matan y torturan

porque así se lo ordenan o porque lo dispone el reglamento. Después van sintiendo la necesidad de oír los gritos de dolor y los estertores de sus víctimas. Les resulta armonioso el estampido del pistoletazo. Como el morfínmano busca el placer de las drogas, el “inkadevista” lo busca en la sangre y en el sufrimiento de los demás. La vida de un hombre nada significa si se la pueden arrancar a pedazos o a balazos».

Con literatura o sin ella, la checa es la misma en *Checas de Madrid*, una formidable acta acusatoria de Borrás, que en la Causa General o en cualquiera de los incontestables documentos probatorios que pueden exhibirse en tomo a este asunto. La ternura de los Gobiernos que hicieron política con la checa y el paseo, se manifestó casi poéticamente con aquella famosa orden que suprimía los lutos.

Cátedra del nuevo humanismo marxista, laboratorio de terror, seminario de rufianes, consulado del infierno, patio de bergamines, sima de la vergüenza de ser hombre, cúspide de la inhumanidad, pus de Lenin: esto es la checa.

Detente, viajero, y vomita.

LETRINA

Casi viene arrastrada la palabra después de la anterior. Sin embargo, ésta —con ser como es— resulta más limpia y noble.

La letrina siempre se necesita, pero es indispensable en los frentes estabilizados porque, como decía un veterano, en operaciones cada cual se las arregla a su aire. «El organismo —evoca Asenjo—, afectado en esa hora cruel, de tan encontradas emociones, como es la de levantarse en el día de un combate, fue reclamando sus derechos, y unos tras otros fuimos desfilando precipitadamente en busca de la aireada letrina, para lucir nuestras desnudeces “popa” al aire y “cara” el enemigo».

La letrina trata de reprimir, en beneficio de la salud general, ese fondo anarquista del español que le lleva a hacer lo que necesita donde le da la gana. Ismael Herráiz me contaba lo que le dijo un monitor alemán durante su curso de alférez en Granada, a la vista de los resultados de esta anarquía en un olivar plateado, con el fabuloso paisaje de fondo:

—Dios mío, tienen ustedes la tierra más hermosa del mundo y a veces se empeñan en convertirla en una letrina.

Lo malo es que en los frentes quietos, los del otro lado acaban por conocer nuestra casa como la suya y esto podía reflejarse en cierto tiro de hostigamiento que perturbaba mucho a la hora de limpiar fondos. Sobre esta cuestión hay un divertido episodio en *Las lomas tienen espinos*, de Manfredi, cuyos protagonistas son el sargento Domínguez,

nacional y aficionado a leer el periódico en determinada posición, y un rojillo de Constantina muy tentado a la risa.

No hay soldado que no haya meditado alguna vez sobre la enorme tristeza, la grotesca tristeza de caer en ese momento, ni tampoco que haya dejado de sentir una compasión especial hacia aquellos a quienes lea tocó la china en tal instante.

Tan necesaria instalación puede ser como un faro en la noche, o al menos así la vi yo cierta vez en que trasladando mi sección de un lado a otro de la carretera en un frente continuo y algo enrevesado, me perdí. El camino lo había hecho por la tarde, con luz; y el traslado era de noche y más oscura que la del alma. Llevábamos andando un buen rato y ya comenzaba a pensar que me había saltado la línea por algún maldito hueco, cuando tropecé con las letrinas. No creo que Rodrigo de Triana gritase tierra con más contento que el que embargaba mi ánimo al decir, con prudente tono: «¡Las letrinas, chicos!» Desde allí no había más que tirar a la derecha para tomar posesión de nuestro nuevo hogar. Así lo hicimos, pisando con mucho ojo.

La letrina, para un táctico ingenioso, se convierte en instrumento de venganza. Tal es el caso de aquel oficial provisional que despide a un coronel cascarrabias en el límite de la posición, y que entretiene a un compañero suyo que forma parte del séquito. Lo cuenta Juan Cepas. El coronel se aleja mascullando venablos, rodeado de su corte. El provisional dice a su amigo:

«—A propósito; toma esa otra vereda que sale a la derecha.

»—¿Pero no conduce a la Primera Compañía?

»—Si, también. Pero es que la otra pasa por las letrinas...».

Los soldados de Manfredi opinaban en contra de las letrinas: «Eso de ponerse juntos con las posaderas al aire no va con los españoles, a menos que los amarren». Desde luego, a nadie le gusta transformar la letrina en un club, pero a veces es forzosa la coincidencia y aun el diálogo, como en aquel terrible caso que me contó Toni Leblanc de dos soldados a quienes sorprendió un violento bombardeo precisamente en pleno disfrute de la letrina. Uno de ellos decía que él no tenía el menor miedo. El otro, en cambio, confesaba que estaba hecho polvo. Galleaba el primero. Hasta que el segundo, tartamudeando de pavor, le preguntó:

—¿Y si no tienes miedo por qué llevas cinco minutos limpiándome el culo a mi?

BARRETAS

Barras, distintivo con el que se sustituyó en el Ejército Popular a las clásicas estrellas de seis, ocho y cuatro puntas. Al principio se usaron las estrellas a barullo, en aquel militarismo desenfrenado que les entró a los antimilitaristas entre el asalto al Cuartel de la Montaña y el cerco de Madrid. Ya conocen ustedes el caso del alcalde rojillo de Peguerinos y su ceguera entre contable y estética. (Vid. HUEVO FRITO.)

Las barras debieron de venir con la transformación de las Milicias Populares en una especie de Ejército regular, lo mismo que el saludo reglamentario con el puño cerrado junto a la sien. A propósito de los trabajos proselitistas, escribe Hernández en sus memorias de ministro de Stalin: «Quien se resistía a firmar su boleta de ingreso en el Partido o en la Juventud (Comunista) sabía que era candidato a las primeras líneas del frente en las unidades de choque, y que sus galones o barretas peligraban».

Un chófer miliciano le dice a Ridán en las últimas horas de la guerra, al verle un par de estrellas en la estampilla: «¿Teniente, no?... Es que después de tanto tiempo viendo sólo barras, acaba, uno por olvidar las estrellas».

Los oficiales del Requeté llevaban barras de plata u oro, según el grado. Alféreces y tenientes, de plata. Capitanes, de oro. Una, dos y tres barras respectivamente. «La tarde nos sorprendió en un trigal que el resol doraba de un color viejo, como las barras del capitán Ozcoidi», escribí en uno de mis relatos de Somosierra.

Luego comenzaron a llevar flores de lis y desaparecieron las barras.

FUNA

Moruno: vaca. «Existe entre ellos (los moros de Marruecos) una figura de traza simpática —recuerda Asenjo en sus relatos legionarios—, que se ha popularizado en nuestros campamentos, y que todos conocemos por “el moro de la carne”, que es quien suministra este duro y precioso alimento a base de “funa” (vaca) escuálida y tuberculosa, a nuestras tropas».

Traída por los militares africanos, la palabra cayó de pie entre los combatientes peninsulares. En Somosierra, allá por agosto, tuvimos un tabor de Regulares que no pasó de Cerezo de Abajo, lo cual no impidió que en la línea —tan quebrada— organizásemos alguna que otra cacería de «funas» extraviadas en el barullo.

Me han asegurado que en un pueblo de la Ribera de Navarra anunciaron que por fiestas se correrían funas de la acreditada

ganadería de Díaz para diversión de los mozos. No me consta, pero pudiera ser.

HORAS DE VUELO

Veteranía, saber manera, suma experiencia, alta práctica. Procede, claro, de la jerga especial de los aviadores y ha tomado carta de naturaleza en la vida civil. Un jefe de negociado puede tener, en bueno o en malo, muchas horas de vuelo, y lo mismo ocurre, para bien o para mal, con una mujer guapa.

Hace ya algún tiempo pasé por Santiago de la Rivera, junto a San Javier, y cerca del bar del hotel «Los Arcos» tropecé con un buen montón de cadetes del aire que le tiraban de la oreja a Jorge con eficacia y silencio. Por la manera de dar —discretamente me abstuve de meter la nariz— aquello parecía bacarrá. Un señor al que acompañaba me dijo con extrañeza:

—¿Y eso?

Señalaba hacia la silenciosa mesa de los cadetes.

—Estarán haciendo horas de vuelo —contesté, y encogiéndome de hombros lo llevé hacia el bar, donde amarramos sin novedad.

REQUISAR

He aquí un verbo que saltó desde su modesta significación militar — hacer requisición de caballos, vehículos, alimentos, etc., en tiempo de guerra— a otra muy distinta y bien amplia: robar. Requisa hubo en las dos zonas, claro está, y abusos también. En zona nacional fueron los abusos normales. En zona roja, según testimonio rojo, la requisa fue como el sueño dorado de un quincenario, de un cuatrero, de un ladrón.

El general Aranda, al escribir sobre el Cuerpo de Ejército de Galicia que con tanto honor mandó, dice: «Enemigo de la requisa, que todo lo desorganiza con escaso rendimiento, opté por la compra directa, ya que había fondos en abundancia, gracias a una Junta Central de donativos, cuya gestión fue maravillosa».

Actitud muy distinta fue la de los cipayos soviéticos. Allí la requisa fue universal, de modo que lo mismo se requisaba una apisonadora — supongamos que para improvisar un tanque—, que un mechero de oro y brillantes, por razones simplemente personales. A propósito de los primeros días revolucionarios en Valencia, escribe Araceli: «Los

domicilios particulares de los oficiales han sido asimismo “requisados” (empieza a tomar el nuevo verbo carácter oficial). Veo objetos íntimos, personales, inservibles para quienes no fueran los interesados; muñecas y ropas de niño; cacharros de cocina, sombreros de señora que el populacho exhibe en su desvergüenza».

Con modestia que se adivina atribuye Gabriel de Araceli a un amigo suyo una frase que define lo que supuso para los rojos su revolución: «El descubrimiento de tres palabras: “cremallera”, “control” y “requisa”».

Al significado de latrocinio se refiere Jesús Hernández en una de sus homilías antianarquistas contenidas en *Negro y Rojo*. Más o menos lo mismo decían los anarquistas de los comunistas, y seguramente que todos tenían razón. «Si en el campo (los de la FAI) arrebatában la tierra a los campesinos y les cobraban las rentas, en Barcelona “requisaban” hasta las tiendas de los pequeños comerciantes. Nada escapó a esa “colectivización” general: ni los establecimientos, ni las comunicaciones, ni los servicios urbanos... ni las prostitutas».

El verbo encuentra acomodo inmediato, precisamente en su sitio: «Las tiendas fueron asaltadas —escribe Gironella—. Había voluntarios que requisaban artículos prácticos, otros cualquier chuchería que se colgaban del cinto o de las cartucheras y que les serviría de amuleto». Asalto y requisa son dos acciones que se complementan. El mismo autor pone en boca de Durruti esta frase con que tranquiliza a un compañero que se inquieta por si habrá o no materia prima para premiar a los milicianos más valientes:

«—No te preocupes, todo lo requisado por mis hombres está guardado, intacto, no muy lejos de aquí».

Por eso no vacila Carrere en caracterizar a uno de sus monstruos metido a miliciano, con estas palabras que explican una reciente adquisición: «Este coche lo acabo de requisar. Quiero decir que lo he robado. Ahora, al robo se le llama requisa».

Igual que hogaño se ven en verano muchos letreros que dicen: «Cerrado hasta septiembre», se vieron aquel verano, sobre todo en las grandes ciudades que quedaron del lado soviético, abundancia de rótulos en los que se leía: «Requisado». Y luego la firma: por ésta o la otra milicia, comité, responsable, mandamás o lo que fuera. Nunca se decía para qué, porque ya todo el mundo estaba al cabo de la calle. Se requisaba incluso en los cadáveres: «Quitarles las municiones, las botas y los sacos de cuero —anota Hemingway—, estaba perfectamente bien, y en cuanto a los objetos do valor, el quitárselos era solamente una cosa práctica, pues así sólo se impedía que se apoderaran de ellos los anarquistas».

¡Qué bueno era tener anarquistas a mano para echarles la culpa de todo! La requisa fue una epidemia. Todo se requisaba; una finca, una

mujer, un aparato de radio. Parece ser que un miembro de la Sociedad de Autores se especializó en la requisa de hotelitos en la Sierra, por lo cual le pusieron de mote, según cuenta Tomás Borrás, «El Requisón de Miraflores». Todo puede perderse en este país, menos el humor.

Cavero, en cambio, reflexiona ante dos «fusam» que acaba de requisar a bombazos: «Si hubieran resistido, dos nada más —con aquellos fusiles ametralladoras, cuyo mecanismo limpio admiraba— no hubiera llegado vivo (a la posición roja) ni uno de los (legionarios) que ahora me enseñaban alegremente la requisa». Esto es, gorros de hule, cazadoras, quién sabe si un par de botas. La influencia del vocablo llegaba hasta el botín. En otra ocasión dice: «Los de mis ametralladoras no quisieron llegar tarde al “requiso” y entraron al asalto con los fusileros».

Nuestra requisa era más alegre, nutricia y elemental, como anota en su diario ovetense González Cabeza, precisamente el día 8 de agosto de 1936, una jornada de fuego para los voluntarios de la 18ª de Asalto: «El teniente Mayoral llegó con una ristra de chorizos enfilados en una vara y nos dio uno a cada uno. Antes el capitán nos había dado un traguito de vino blanco. Todo ello había sido requisado en un “chigre” de junto a la carretera».

La vigencia popular de este verbo transformado llega hasta nuestros días. Hace bien poco escuché esta conversación entre dos jóvenes empleados:

—Es bonito ese bolígrafo, macho...

—Sí, lo requisé en la oficina.

LA PARADA

No me refiero a la de Palacio, ni a la de sementales de la Remonta —llamada el cabaré por ciertos aburridos falangistas y requetés que esperaban en la frontera la hora de combatir—, ni a un desfile cualquiera, ni siquiera a la del tranvía. Nada de eso.

Hablo de la parada de Vizcaya, o la parada del Norte, como muchos denominaron al período que va desde un poco después de la toma de San Sebastián hasta el comienzo de la ofensiva que habría de terminar en Gijón. Aquel otoño y aquel invierno fueron muy húmedos y tristonos y los breves permisos para bajar desde la línea a San Sebastián, por ejemplo, dieron origen al nombre de «Sansestabién» que se ganó gentilmente la ciudad.

Hay un síntoma revelador en la expresión, porque la guerra tenía un espíritu ágil, móvil, impetuoso para aquellos soldados, de modo que aquella detención provocada a medias por el tiempo y por la fuerza —

refuerzos de armamento polaco consignado a Méjico fueron a manos de los rojoseparatistas— se llamó así: la parada. Cuando dos de aquellos soldados se encuentran, fechan cualquier recuerdo de aquellos meses diciendo:

—Eso fue cuando la parada de Vizcaya...

Y surgen los nombres de una serie de pueblos que enumera Gómez Aparicio al hablar de esa época: «Unzá, Uzquiano, Oyardo, Sarria, Zárate, Manurga, Murúa, Acosta, Cestafe y Villareal, en Álava; Salinas, Escoriaza, Arechavaleta, Mondragón, Vergara, Placencia de las Armas y Elgóibar, en Guipúzcoa, y Ondárroa, en Vizcaya, de la que era el único núcleo importante de población ocupado».

Son los meses de las posiciones de Urganregui, Arrate, Calamúa, Peñas de Muneta y tantos otros nombres que huelen a niebla y a humo de leña fresca, a «chocolatada» y tedio. A relevo y a desinsectación. Se oyen los tercios y cochinos morteros y también las risas de las chicas de los pueblos cercanos y el rosario de la tardada y las canciones alegres o melancólicas y las jotas desafiantes de los ribereños de Navarra. Se hace instrucción y se muere en los parapetos. Es un grave instante: están naciendo las Brigadas de Navarra en la cuna de los montes vascos.

No conozco mejor descripción de este tiempo que la hecha por Héctor Colmegna en sus recuerdos de la Primera Bandera de Navarra. Elegiré dos, de igual valor lírico: «Estábamos en el límite de las provincias de Vizcaya y Guipúzcoa. Delante de nosotros se extendían las montañas de Vizcaya. El mar se divisaba a unos diez kilómetros de distancia. A lo largo de la costa distinguíanse los poblados de Motrico, Ondárroa y Lequeitio. El Monte Calamúa y el pueblo de Marquina surgían por el lado opuesto. Hasta la más mínima parcela de terreno aparecía verde y cultivada. Campos de maíz y hermosas praderas se veían por todas partes, así como manzanares y bosques extensos de pinos».

Una edénica belleza incluso para contemplarse con la barba apoyada en un saco terrero o por la mirilla de tirador. En el segundo recuerdo también canta la poesía, esta vez con un sentido más hogareño: «Los capitanes de las Compañías se preocupaban de que la gente estuviera bien alimentada. Se les daba generalmente un plato de sopa, otro de alubias y patatas con tocino, y un plato de carne. El desayuno consistía en una taza de café con leche caliente. Cada hombre recibía dos “chuscos” diarios —panes de medio kilo— y tres cuartos de litro de “tintorro”».

Este clima favoreció las empresas literarias. Los periódicos de Pamplona, San Sebastián y Vitoria, singularmente, venían llenos de crónicas, cartas, versos y coplas que enviaban desde las chabolas y los caseríos los hombres de la parada de Vizcaya. Recuerdo —¿y tú no, querido Blas del Cerro?— las que aparecieron en *Arriba España* con la firma de un tal barón de Legarregui, más bien zumbón el tipo...

Todo esto acabó cuando, en la mañana del 31 de marzo de 1937, treinta y cinco baterías nacionales abrieron fuego sobre el frente rojo. «La alegría reinaba en la Bandera —anota Colmegna—. Todos cataban deseosos de proseguir, al fin, la campaña, después de aquel largo intervalo de espera». Manuel Aznar escribe ante el brío y el denuedo que mostraron en el primer ataque: «Parecía como si aquellos soldados se vengaran de la inacción relativa de los meses anteriores».

COPADOS

«“Estamos copados”. Esta era la expresión máxima de pánico en la lucha», se lee en *Por quién doblan las campanas*. Ciertamente que la agilidad maniobrera de las Columnas del Sur —aquellos fantásticos legionarios y regulares, veteranos de África— iba al copo de las fuerzas rojas y las copaba con frecuencia, pero también es verdad que en ocasiones el copo estaba solamente en la imaginación del miliciano. Aquel verbo tan electoral y de partida de la porra recobraba su validez militar en horas solemnes, en el gran juego de la muerte.

Fue un grito que resonó a lo largo de toda la guerra, pero nunca como al principio. Mola se rió muy a sus anchas cuando leyó una orden general de Mangada, que se encontró en El Tiemblo, sobre todo al llegar a este párrafo: «Es derrotista y fascistizante el temer a la aviación enemiga y exclamar: "Ya están aquí! ¡Corramos!", y otros que tienden a producir el pánico y la desbandada. Es fácil sortear el peligro en el campo. El enemigo no dispone de bombas buenas; la envoltura de una, cogida ayer, es una lata para chorizos en conserva».

Pero los milicianos de agosto del 36 no eran los del Ebro. En documentos oficiales circulados antes de la batalla, puede leerse: «Para siempre ha de desaparecer de nuestro lenguaje la palabra copo». Pruneda cuenta que su comandante logró aislar a una veintena de enemigos:

«—¡Estamos copados!—gritó uno de ellos.

»Un mocetón que a su lado estaba, alzó su fusil y con la bayoneta le atravesó al tiempo que exclamaba:

»—Tú ya no desmoralizas a nadie.

»Estrechamos el cerco y a poco los veinte se rindieron, menos el mocetón, que lanzándose sobre nosotros cayó deshecho por una bomba de mano.

»—No he visto en mi vida hombre más bravo —dijo el comandante».

Desde luego sentirse copado tiene que ser una sensación muy desagradable, casi lindante con el desamparo absoluto, pero el español, por regla general, suele reaccionar bien ante ella. El general Gámbara decía: «La fabulosa serenidad con que los soldados españoles continúan batiéndose en una posición completamente aislada y cercada me ha producido siempre asombro». Españoles eran, sin embargo, los que hicieron popular, trágico e irrisorio el grito de «¡Estamos copados!». En esto, no cabe duda, influyó notablemente la falta de buenos mandos subalternos, de esos que con su sola presencia, con una voz, con un gesto o con un improperio oportuno, frenan el primer instante de pánico, que puede darse entre las mejores tropas del mundo. El comandante Burillo se lo explica muy bien al comandante Castro, según cuenta este último en *Hombres made in Moscú*:

«—Tienen (los milicianos) una idea clavada en el cerebro: la caballería mora; y un miedo metido en el alma: el miedo de ser copados. Y basta que vean un grupo de moros a uno de sus flancos para que salgan gritos que espantan a millares de hombres: "¡Los moros!... ¡Por allí!... ¡Y por allí!... ¡Estamos copados, camaradas, estamos copados!..." Y usted ve en unos minutos cómo miles de gentes con el espanto en la cara corren y corren...».

Estas carreras, sobre todo a partir de Talavera, fueron trágicas. He oído contar al eminente doctor G.D. que entonces atendía un hospital de guerra en Madrid, cómo curó a hombres a los que les asomaba el hueso por la parte del talón, a fuerza de correr enloquecidos. Meses más tarde estos mismos hombres se pegaban a la tierra, copados o no, dispuestos a hacerse matar en su puesto.

La tesis oficial del Partido Comunista atribuía a los provocadores tan singulares movimientos de pánico, como verá quien lea *Madrid*, de César Falcón. Se supone que los milicianos van arrollándolo todo y se acercan a Talavera: «Entonces actúan los provocadores. Los hombres que van adelante, cantando, frenéticos, entre los albores del triunfo; que ven ya ante ellos las calles de Talavera, donde los moros y legionarios abandonan las casas del suburbio para reconcentrarse en las del centro, oyen, de pronto, vocea espantadas que gritan:

»—¡Estamos copados! ¡Estamos copados!

»Todos buscan, llenos de alarma, a un lado y otro. No ven nada. Un miliciano insiste, señalando vagamente hacia las colinas de la derecha;

»—¡Por allí vienen los moros! ¡Nos van a cercar! ¡Sálvese el que pueda!»

Y así comienza la desbandada, por culpa de un reaccionario disfrazado de miliciano, truco que pudo darse alguna vez, no lo niego, pero que evidentemente no era cosa de diario, aunque lo diga César Falcón por orden del Partido.

Esto tipo de propaganda siempre es negativo, como se demuestra en ese cuento de la vieja ugetista que está encantada de la vida porque ha leído en *Claridad* que los milicianos han hecho un brillante repliegue, hasta que se entera en el diccionario de lo que significa repliegue.

PEGA

Objeción, dificultad. (Vid. DISCO). Indudablemente, su sentido militar se deriva de la acepción que la Academia le da: «Entre estudiantes, pregunta difícil de contestar en exámenes».

Del Alcalde de Belchite dicen en su libro el capitán de Diego y los tenientes Quintana y Royo: «El mando no encontró en él nunca “pegas” ni dificultades, porque se adaptaba al ritmo desesperado de los días, ya que voluntariamente difirió un viaje el mismo día en que el pueblo fue sitiado».

Poner pegas ea objetar. «Durante dos meses y medio los rojos nos han tirado bombas un día si y otro también —se lee en *La guerra en el mar*—, sin tener más compensación que la de ver de cuando en cuando unos “Savoyas” muy viejos que se atrevían a todo y que no ponían nunca “pegas”».

—No poner pegas al mando —es frase usual e irónica a la que acude cada quisque para evitarse inconvenientes, trabajos o simples molestias.

TRULLO

Prevención, corrección, calabozo, chirona, saco. Ni adivino por dónde viene el nombrecito, porque no creo que tenga nada que ver con el ave de invierno, del orden de las palmípedas, ni con el lagar a que hace referencia la Academia. A no ser que como ese lagar tiene precisamente un «depósito interior donde cae directamente el mosto cuando se pisa la uva», algún ignorado poeta produjese una metáfora mezclando su idea del calabozo, su particular pateadura y, en fin, su desdicha toda, con el depósito interior donde cae el pobre mosto harto de pisotones.

LA TUMBA DEL FASCISMO

Expresión acuñada por la propaganda roja para referirse al Madrid asediado y resistente. Es frase feliz y traslaticia, porque después de eso

la tumba del fascismo, antes y después de su derrota militar, ha estado en muy diversos lugares.

Los nacionales se apropiaron el *slogan* a su manera, y recuerdo que don Fermín Yzurdiaga contaba a carcajadas cómo le había dicho Agustín de Foxá, cuando don Fermín era Delegado Nacional de Prensa y Propaganda, que no era verdad que él hubiese largado en el «Condestable» de Burgos: «Yzurdiaga será la tumba del fascismo».

Muchos falangistas —los cuales, por cierto, no tienen ni un pelo de fascistas— llaman la tumba del fascismo al edificio de Alcalá, 44, donde está instalada la que fue Secretaria General de Falange y ahora lo es del Movimiento.

NACIS

Aunque parezca raro, así se llamaba, al menos en Navarra, a los miembros del Partido Nacionalista Vasco. Supongo que en ello había una triple motivación: la comunidad emblemática, esto es, la esvástica; lo de nacionalistas, que sonaba a nacionalsocialistas, y la moda. Porque los nacis de Euzkadi también argumentaban como los sementales, con problemas de raza, y según parece el ario Hitler y el ario Aguirre tuvieron algún momento de mutua comprensión.

COTA

Prescindiendo de su pura definición técnica —que la Academia hace así; «Número que en los planos topográficos indica la altura de un punto, ya sobre el nivel del mar, ya sobre otro plano de nivel»—, la verdad es que la palabra se alza viva e independiente entre los soldados.

Para ellos es un mojón perdurable y sangriento —aquella famosa cota 333—y también algo así como la manera de llamar a ciertas lomas, colinas, alturas, elevaciones de terreno. «Bajó la cota riendo, saltando a pie cojo», se lee en *Cuerpo a tierra* de uno al que le han dado un tiro de suerte.

—¿Por dónde va la segunda?

—Por aquella cotica de la derecha, hacia el pinar.

Porque incluso se le podía echar la ternura del diminutivo, del mismo modo que el general Martínez Campos se apoyaba en tan seca y militar palabra para arrancar un hermoso párrafo en el que da cuenta de la dramática monotonía del Ebro: «Los días se parecían, por no decir que

eran iguales. Las “cotas” eran semejantes, y a veces resultaban ser la misma. Sus nombres eran números que también se parecían, y que nadie conservaba en la memoria; y tales números formaban un listín que era preciso coordinar con el dibujo panorámico, para, después, localizar los verdaderos objetivos».

«—¿Cuál será la cota que tendrá el cielo?» —le preguntó Evaristo de Churruca a Javier de Ibarra. El conde de Motrico era un falangista, teniente en Flandes, y al poco rato supo con toda exactitud la respuesta a su pregunta. Fue a la vista del Mediterráneo.

Pertenece el vocablo a ese grupo de los que huelen a guerra, como vaguada, cresta, contrapendiente, desenfilada y loma, por ejemplo. A la loma se le echa mucha fantasía, mucha poética, mucho color. Loma Quemada, Loma Verde, Loma Blanca, Loma Rubia, Loma Negra —«Papá, la tierra de la guerra es negra ¿a que sí?», me dijo una vez mi hijo Eduardo, que andaba por los seis años—, Loma de los Pinos, Loma de la Muerte...

Lo menos tres Lomas de la Muerte recuerdo: una que cita Sagardía, situada en Sargentos de Lora; la que cita Manfredi, en Peñarroya, en la otra punta de Sargentos, y la que cita Casariego, en Asturias. Esto sin ponerse a rebuscar. Manfredi tiene un gran acierto cuando titula su novela de guerra así: *Las lomas tienen espinos*.

ESCUADRISTA

Así como la voz escuadra es antigua en la milicia, la de escuadrista es tan reciente que ni siquiera ha alcanzado su pequeño puesto al sol del *Diccionario*. El escuadrista, claro, es el componente de una escuadra. En este caso de una escuadra perteneciente a una milicia política. Al comenzar a usarse el término es indudable que aparecía lleno de resonancias italianas. El *squadrista* negro, pendenciero y camorrista de la marcha sobre Roma. Allá por el 34 o el 36, el Cine Club del SEU programó *Comicia nera* y para entonces ya hablamos leído las *Memorias de un escuadrista* que se publicaban no sé si en *Haz* o en *FE*, Todo esto le daba lustre al vocablo.

Calculo que aquí se acogió bien la voz, primero porque gramaticalmente es lógica y perfecta, y segundo porque ya en aquellas calendas de la preguerra a ninguno nos gustaba que a los pertenecientes a las Milicias de Falange se le llamase milicianos. Olía a decimonónico, a morrión esparterista, a charrasco parlamentario. Cuando alguna vez oí llamar milicianos nacionales a los pertenecientes a la Milicia Nacional —que así se denominó después de la Unificación el conjunto de tropas de la Falange y el Requeté—, me daba a todos los diablos. Afortunadamente nadie hizo caso del nombrecito y siguió hablando de falangistas y

requetés, de Banderas de la Falange y de Tercios de Requetés. De milicias, ni esto.

La escuadra falangista se componía de tres elementos, cada uno de los cuales, a su vez, se formaba con tres escuadristas. Eran, pues, nueve hombres más un jefe y un subjefe. Este sistema sirvió hasta la guerra. Entonces se adoptó el clásico militar, a base de un cabo y cinco hombres por escuadra. La escuadra, que tanto quehacer dio en la calle durante los trágicos meses que precedieron al Alzamiento, fue el belén donde nacieron las centurias y las banderas, ya que las que estaban constituidas hubieron de dispersarse, en la mayoría de los casos, para encuadrar y servir de madre a las unidades que se formaban a favor de la riada voluntaria.

Al principio, salvo gloriosas excepciones, se contaba —entre nosotros— por escuadras. Una escuadra falangista se componía, ya lo dije, de once hombres. Generalmente cuatro de ellos, o menos, llevaban la camisa azul; el resto se aviaba con un brazalete rojo y negro, o sin nada. Eran como la solera y el vino nuevo, joven, agrio, impetuoso. Todos remangados y todos con fusiles. Bueno, a veces no había fusil para alguno, que tenía que apañarse con un *colt* romántico, de película del Oeste —¿de dónde saldrían tantos *colts* en aquellas jornadas?—, o con una pistolita del 6,35 con la que se disparaba incluso contra aviones. En este caso, el fusil siempre venía como un premio a la primera acción en campo abierto y solía proceder del botín, esto es, de las manos de un muchacho de igual edad muerto bajo la bandera equivocada. Un muchacho que era como nuestro.

Veamos una de aquellas escuadras, casi al microscopio. Hay —porque se vaya entendiendo— dos estudiantes, un dependiente de comercio, cuatro labriegos de la Ribera, un chupatintas, un ebanista y dos mecánicos, estos tres últimos alumnos de los Salesianos. Hace escasamente dos días que se conocen. Los cuatro de camisa azul, en cambio, ya se conocían de más antiguo.

Están tumbados en un gran salón con espejos dorados y divanes raídos que han desgastado infinitos fondillos de pantalones burgueses, de funcionarios y pequeños comerciantes y de algún militar teósofo y masón, o cosa así. Sobre un velador que no conoció en su vida emociones mayores que las derivadas de los inocentes chasquidos del dominó, las caricaturas del profesor de dibujo —y también, a petición, por las noches, sus picardías gráficas—, el recuelo de tres a cinco y las improvisaciones poéticas de un horterilla, descansa ahora, solemnemente, la munición de la escuadra. Su parque. Veinticinco disparos por barba. Acaso en ese rincón de la tertulia se habló de demostrar el progresismo de la ciudad a base de un recital de Alberti y la quema de un convento.

Los once hombres están con sueño, rendidos del sol rabioso de julio, agotados de acudir a cien sitios distintos, a cien lugarejos donde aguantan los rojos, y no sólo aguantan, sino que atacan. Lo saben sobre

sus propias costillas. Los once hombres han restablecido las comunicaciones con un pueblo, protegido un convoy —¡ah!— de tres camiones, que iba a recoger los voluntarios de otro villorrio solitario. Hace ya mil años que son soldados y les requema el olor de la pólvora veraniega, esta vez tan distinta de la habitual, hecha para festejar al Santo y a la cosecha recién recogida. Son los once camaradas de la escuadra 21, y el más risueño de los estudiantes le llama «el equipo de fútbol». Ni «lincs de la República», ni «Hienas del Progreso», ni «Chacales de la Pasionaria», ni «Leones» de esto o de lo otro, ni *Terror dos mares*, ni cosa que se le parezca: el equipito de fútbol nada más.

Todavía no se saben mutuamente sus nombres, lo cual no es extraño si se tiene en cuenta que ni siquiera saben el nombre del primero de ellos muerto frente al enemigo. Se presentó voluntario a las diez de la mañana; venía de un pueblo, a pie; a las once salieron de escolta del convoy; a las doce le pegaron un tiro en la cabeza y no dijo ni ay. Fue el día en que hubo que retroceder a buen paso, cubiertos por una sección de Infantería. Lloraban porque se dejaban el muerto a la entrada del pueblo, pero el teniente se impuso.

—Mañana volveremos.

Pero por allí ya no volvieron ellos. Cuando pasen un par de meses, los que sobrevivan le recordarán con estas sencillas palabras:

—¿Te acuerdas de aquel jabato? Si, hombre, aquel bajito con el pelo al rape —y con la voz más baja, avergonzado aún, las señas inequívocas—. El primero. El que nos mataron en la carretera de Aragón cuando el fregao del veintiséis de julio...

Todavía no se han enseñado las fotografías de su novia o de su mujer, de su madre o de sus hijos. El más joven de los once tiene dieciséis años y acaba de terminar el bachillerato; el más viejo, cuarenta y cinco, y es analfabeto. (Más tarde, ya en la parada de Vizcaya, con el invierno en la mochila, el joven bachiller le enseñará a leer y a escribir al más viejo, y cuando el más viejo escriba su primera carta a su hijo, el más joven se sentirá algo así como el don José Ortega y Gasset de la escuadra. De don José lleva un libro en el macuto el otro estudiante, y también otro de Marañón, que se titula *Raíz y decoro de España*.)

Hay cuatro casados y un viudo. El viudo es el más viejo y dejó sus tres hijos al cuidado de sus tías. Los tíos no hubieran podido ocuparse de ellos porque también están en el jaleo hasta el cuello: son de los afortunados, de los que salieron el primer día y ya están a punto de entrar en Madrid.

Los once velan sus armas en torno a un velador de café, en un salón isabelino donde se reunían los de enfrente, donde proyectaban, como un método eficaz para salvar a España, civilizarla, incorporarla a las modernas corrientes de la cultura y de la ciencia, el celebrar un baile cuando pasase bajo los balcones la procesión del Santo Entierro.

Ahí están los once, esperando. Hay cuatro botas de vino, pero ahora beben de la del «abuelo», que es como le llaman al viudo. La escuadra falangista es de once hombres. Ahí están.

El timbre de un teléfono se parece bastante al de un despertador. Del cubículo donde estaba la secretaria de los últimos representantes de la Ilustración, sale un camarada. Es un jefe. Es factor de la Estación del Norte, y ahora lleva entre manos la más delicada de las mercancías: la movilización de las escuadras.

—A ver —dice—, los de la escuadra 21... ¡Listos para salir!

Y enseguida, las instrucciones. En tal sitio no se sabe lo que pasa. No se sabe lo que pasa siempre quiere decir que pasa algo malo. Es otra vez la carretera, el sueño que se disipa, el miedo que se disimula, los tiros, el trago varonil del combate. Con frecuencia, la muerte. Si hoy suertecilla, luego, con almazarrón, sobre una pared cualquiera, una lápida conmemorativa, una estela de urgencia: «FE. Escuadra 21. ¡Arriba España!». Y debajo de «Escuadra 21» el eterno fanfarria, el cronista sectario y dichoso, un tipo nada objetivo —¡a la basura los objetivos, que España está que arde!—, escribe de prisa: «Que es la que pita», o quizá algo más celtibérico, depende. Asoma la oreja el clan. Pero también el espíritu de unidad.

Desde Navarra, desde la plaza del Castillo, hacia Guipúzcoa, hacia los Monegros, hacia Huesca. Desde los núcleos urbanos de Galicia hacía las aldeas, como una plataforma para mayores empresas; desde Sevilla a la contornada anárquica, exasperada, hacia los anchos y solitarios cortijos. Desde Valladolid a donde haga falta. Desde Burgos a los altos de Villarcayo, a los páramos de la Lora. Desde Zaragoza a la implacable serranía de Alcubierre, a la tierra dura y desértica, a la huerta verde. Desde cada cuartel de la Falange al cielo. «Se gana el cielo con la espada», rezaba el epitafio de un soldado de Flandes, según una crónica de Eugenio Montes que el estudiante leyó una mañana en el tranvía que le llevaba a la Facultad. «Se gana el cielo desde un camión», podría rezar el epitafio de muchos escuadristas.

Las escuadras son guerrillas que van dando tiempo, ganando tiempo para que se formen las centurias y éstas den paso a las Banderas. Las grandes unidades están en germen, las escuadras son su cuna. Acuden a las escuadras hombres de todo tipo. Muchos acaban de sentir la llamada hondo de la Patria y de la revolución. Otros ya la hablan escuchado antes, y no faltan los que todavía no la han escuchado, pero que van — porque los demás fueron, por vergüenza, por un inexplicable y misterioso tirón, porque hay a quien le gusta la bulla, por no estar en casa, porque les da la gana, por pasarse al enemigo—, y todos acabarán por sentirse escuadristas, camaradas, hermanos. Como en el Tercio, a nadie se le pregunta nada, no importa su vida anterior. (Personalmente, con un abuelo carlista y otro republicano, yo me sentía dentro de la camisa azul tan grande como para estrechar con una mano la de mi

tatarabuelo y acariciar con la otra la cabeza de mis nietos.) Hay junto a estos hombres una nana de pólvora escrita por Mingo Revulgo.

Más tarde, cuando ya la guerra fuese un mecanismo de relojería, por todos los caminos iniciales se encontraría testimonio escrito de la historia de la primera semana, de los primeros días. «Escuadra 30: viva Peralta», «Escuadra 18, la mejor», «Escuadra 27: los de la viña y ¡arriba España!», «Viva Dios, Escuadra 21», «Este caserío lo tomaron los de la E. 12 de F.E.» Y de cuando en cuando una cruz, o un presente, o las dos cosas.

Todo eso no importaba para que los once escuadristas, rendidos del duro bregar, al oír la voz de «listos para salir» sacudiesen su fatiga con la indiferencia de un can al espantarse las pulgas. Uno cualquiera decía:

—Así como así, ya me iba aburriendo...

En torno a los veladores continuaba la guardia. Otros escuadristas venían derrengados, a dormir. Los que salían montaban en una camioneta o en un par de ligeros. Acaso en dos taxis, y si había algún estudiante de Historia en seguida contaba lo de la «movilización Gallieni» y la batalla del Marne.

—Déjame de Marnes a mí —se excusaba uno que lo que quería era echar una cantata para quitarse el miedo.

Pero había otras cosas que echar antes. Se santiguaban y «el abuelo» proponía:

—Vamos a echarle un Padrenuestro a San Rafael para que nos dé un buen viaje.

Pero San Miguel. Príncipe de las Milicias Celestiales, también lo escuchaba y lo hacía suyo.

Después se ponían a cantar. Cantaban siempre. Morían cantando.

ESTAR FARRUCO

Por aquello de que se oía: «Tiniente estar mocho farruco», la gente creía que «estar farruco» era una expresión típica de fuerzas indígenas, que se hacían eco del lenguaje español. Pero como farruco deriva del árabe *farruq*, que quiere decir valiente, impávido, estamos empatados a uno. Con muchas expresiones de los moros de regulares viene a pasar algo así como con algunas palabras de los doblajes de Perry Masón, que son más españolas que las utilizadas por nosotros en su lugar. Al bueno del «Tebib» le explicaba un morángano los combates de La Granja, y

para finalizar le resumía así sus impresiones: «Tropas españolas mucho farrucas».

CHINAZO

Por extensión, de golpe dado con una china pasa a ser golpe dado por fuego o hierro enemigo. Por regla general, tiene carácter de herida leve, salvo cuando se precisa más, verbi gracia: «A Fulano le arrearon un buen chinazo». En el prólogo de *Guerra de salvación* cuenta Cosssio de un soldado que se presenta a su capitán a pesar de la orden de no moverse del puesto, y se explica así:

«—¿Y quién piensa en moverse de allí, mi capitán? Pero es que como ha mandado usted treinta hombres, y no quedamos más que tres, y dos están sirviendo la única máquina que podemos utilizar, y a mí estoy viendo que me dan un chinarrazo de un momento a otro, vengo a ver si puede mandar allí otro soldado para que si a mi me matan no falte munición».

Como se ve, este soldado, con el aumentativo, agravaba las consecuencias del posible chinazo.

Sucedió en el Jarama, y el puentecillo que defendían los tres paisas aquellos no cedió.

MILICIANO

En general, se hablará aquí del miliciano, de la miliciana y de la milicianada. Comenzaré, con toda galantería, por la miliciana. Y con un verso de su poeta favorito, Luís de Tapia, que las cantó estremecidamente, mitad lírico mitad gastronómico:

Rojas amazonas,
guerreras del frigio,
con el puño en alto,
con el pecho erguido
y una boca grana
cual homo encendido,

en el que se cuece

el clamor de un grito.

Lo curioso es que los antimilitaristas organizaron batallones hasta de mujeres —quizá por seguir la táctica comunista de enviarlas por delante en las manifestaciones—, y sobre todo batallones mixtos, con milicianas y milicianos. La euforia vencedora de las primeras semanas, unida a aquella vinculación que se establecía entre el amor libre, la bandera roja, la tricolor y las diversas fórmulas revolucionarias al uso en la zona cipaya, trajeron funestas consecuencias de todo orden. Por algo a la bandera tricolor se le llamaba la bandera del permanganato.

Se comenzó a gritar «¡Hijos, sí; maridos, no!» a partir de octubre del 34; se hizo lo que se pudo hasta que estalló la guerra; luego vino el alistamiento y finalmente se acababa igual que la amiga del teniente coronel Miranda, según puntualiza Hemingway; «Muchacha de veinticinco años, (que) estaba a punto de tener un bebé, como lo estaban casi todas las muchachas que se iniciaran como milicianas en julio del año anterior».

Julio anterior, claro, es julio de 1936.

El abuso fue tan evidente, el relajo tan feroz, las lógicas derivaciones tan fulminantes, que los bonzos marxistas se tragaron sus más caras convicciones y comenzaron a escribir como creían ellos que escribían los redactores de *El Debate*. En el periódico *Verdad*, 5 de septiembre de 1936, se habla de las milicianas que «con su gorrito inclinado sobre los falsos rizos del ondulado lustroso; con un maquillaje exagerado se ridiculizan a sí mismas».

Los periódicos encontraron en ellas tema gráfico muy del agrado de sus lectores, de modo que por menos de nada publicaban fotos de milicianas agraciadas, con el mono sobre el pellejo, frescachonas, sonrientes, alegres, haciendo como que disparaban sobre el enemigo. Fontana recuerda una primera plana de *La Vanguardia* con miliciana guapa que aprende la instrucción de «Mauser» y un pie informativo explicando que las milicianas se entregaban al manejo del fusil con «movimientos de ardoroso patriotismo». La gracia tuvo lugar el 9 de agosto de 1936. En zona nacional, por fortuna, no se pasaba de cantar, en la línea, claro, aquella melancólica evocación titulada *Muévete Irene*, y más discretamente recordar los «ardorosos mordiscones» de la *Chaparrita*, que, como se sabe, era una buena muchacha. Fuera de la línea cada cual se administraba según conciencia.

Todo esto no hubiera pasado del pintoresquismo marxista y un tanto degenerado, si no se hubiesen sentido milicianas otro tipo de mujeres. A partir de ese instante las enfermedades venéreas causaron tantas bajas en las filas rojas, que ellos mismos llamaron a las milicianas las «ametralladoras». La propagación de esta peste alcanzó con tremendas salpicaduras a gentes alejadas del frente y do sus orgiásticas capuas.

Los primeros en tomar medidas fueron dos auténticos luchadores: Durruti, anarquista, en Bujaraloz, y Castro, jefe del Quinto Regimiento comunista, en Madrid. Este convocó a las sospechosas en grupos de diez, que hizo entrar a su despacho. El relato puede encontrarse en *Hombres made in Moscú*.

Las chicas venían pegando. Pertenecían a unas compañías formadas bajo la bendición y revista de «La Pasionaria». «Pelo teñido, mucho carmín, desenfado en los ojos. Y grandes ojeras.

»—¡Desnúdense!

»Abrieron los ojos con sorpresa.

»—¡Desnúdense!

»—Con que se levanten las faldas es suficiente, comandante.

»Y ellas se levantaron las faldas. Castro se volvió de espaldas. Y esperó a que el capitán se dirigiera a él.

»—Siete con gonorrea, comandante.

»—Siga ya solo, capitán».

El informe que le entregaron fue desastroso: «Doscientos milicianos enfermos e inutilizados para combatir por un largo periodo... De doscientas milicianas reconocidas, el 70 por 100 padece de enfermedades venéreas... «¡Hijas de p...! Debería fusilar a unas cuantas!», pensaba Castro. Entonces se fue a ver a «La Pasionaria», a la que llama «la santa roja». Doña Dolores dijo que aquello era una maniobra de Castro y defendió a las chicas. Castro le hizo una buena pregunta, con el permiso de la santa: «¿Por qué entre los combatientes y las putas das preferencia a estas últimas?» Hubo portazos, pero Castro, de momento, se salió con la suya. En el cuartel reunió a la banda del gonococo. El cuartel, por eso de que el partido comunista siempre ha sido respetuoso con los católicos, ocupaba, entre otras edificaciones, una iglesia. Castro se subió al púlpito y desde allí preguntó:

»—¿Queréis saber por qué os echo?

»Silencio.

»—Por putas; oidlo bien, por putas».

Y la arenga, precisa, dura, bienintencionada, fue todavía mucho más expresiva. Castro pensaba en que su revolución empezaba a ser «seda. Sífilis. Cornudos al por mayor; y prostitutas en serie».

Durruti no habló tanto. Cargó en Bujaraloz un tren con rameras y homosexuales. Se fue para la estación con su escolta, mandó correr, por

turno, las puerta». Y disparó hasta hartar. No dejó ni una. Ni uno. Gironella lo cuenta, muy bien, por cierto.

Uno de los personajes de *Plaza del Castillo* tiene sus ideas sobre la cuestión y se le ocurren precisamente al ver la obscena pared de la celda en que le tienen preso la víspera de estallar la rebelión: «Era curioso comprobar que los más feroces libertarios, de guiarse por el plano mental allí a la vista, se hubiesen transformado en conservadores de tomo y lomo en cuanto la sociedad les hubiese concedido patente de perro o, al menos, un talonario de vales para cualquier palacete de la prostitución. Se notaba que muchos eran comunistas o anarquistas, o de las juventudes unificadas, como muchos burgueses eran abonados a la fila cero, o suscriptores de periódicos rijosos. A falta de valor para capear los grandes y bravos temporales de la castidad o el donjuanismo de alto copete, los burgueses se echaban una queridita en nombre de la *Liberté*, pongo por ejemplo, y los otros fichaban por el partido que más posibilidades les diese de satisfacer sus instintos sin grandes complicaciones: el «chibirismo» era un buen banderín de enganche».

Naturalmente que estas reflexiones proceden de un falangista y como tal —lo reconozco— no son demasiado objetivas. Pero Castro, años después, ofrecería este lúbrico balance que corresponde, además, a la época más pura de su revolución. Todavía Franco no ha tomado Toledo y ya se han visto las siguientes cosas: «Dolores, nuestra nunca bien ponderada “Pasionaria”, a la que se quiere presentar como el símbolo de la mujer española, ha comenzado a acostarse con Francisco Antón, del que se rumorea que van a hacer miembro del Buró Político; Giorla, ha abandonado a su mujer, a María, a la tuerta, ha violado a una muchacha del “Radio” Oeste a la que llaman la “Chata”, con la que vive. Hernández ha dejado a su mujer y dicen que anda más o menos enredado con la mujer de otro compañero; Delicado, olvidando a su mujer y a sus numerosos hijos y acostándose con la hermana de otro miembro del Buró Político. Uribe, buscando las casas de prostitución de lujo, en donde deja de ser un hombre para convertirse en un cerdo... Ahora descende: Diéguez cuentan que ha enfermado a su mujer de gonorrea; yo resolviendo la impotencia sexual de Claudín y haciéndole una obra de caridad a Josefina... Visita —le dice a Castro su viejo camarada Sendín—, visita la casa del Comité Provincial y te encontrarás con un gimnasio en el que las mujeres de los dirigentes medios se dedican a darse masajes para conservar la línea; en donde se ha cambiado el percal por la seda; en donde sólo hueles a perfumes de Francia. Líster ha dejado a su mujer y se dedica al sabroso deporte de buscar a las mujeres de los camaradas que están en los frentes; Modesto ha llevado a su mujer a la retaguardia y tiene una miliciana a la que hace bailar flamenco, cantar y acostarse con él... Y podría seguir contándote... Contándote, por ejemplo, que en la calle de Príncipe de Vergara el Partido se ha incautado de una casa que en realidad no es otra cosa que un gran prostíbulo...». (Vid. BALDOMERAS.)

Ahora conviene respirar aire puro, pero con precauciones, porque nos puede marear al salir de esta inmunda cochiguera. Con irónica ternura,

Hemingway habla de un militar «que habla perdido el amor de su esposa en Madrid y el apetito en Marruecos, y que se había hecho republicano al descubrir que no podía divorciarse». Más dramáticamente, se pregunta Castro ante el caso de Lister: «Si nosotros queremos cambiar a España, ¿qué de extraño tiene que los “héroes” quieran cambiar de mujer?»

En ciertos aspectos, lo de la zona roja no es cuestión de política o de policía; es algo que solucionarían después de una conferencia conjunta, un psiquiatra y un chirrionero, a base del carro de la giña, los calmantes y las duchas frías.

Todos los milicianos de los primeros días —con excepción, quizá, de los comunistas, o por lo menos de los comunistas del tipo Castro— mostraron una decidida inclinación hacia la carnavalada. Realmente tenían motivos para considerarse victoriosos, no tanto por la euforia gubernamental como por el análisis que una mente alejada del partidismo podía hacer de la situación, favorable del todo a la causa roja. Celebraron su triunfo con una enorme misa negra, colocaron juntos a frailes y monjas momificados, vendían los periódicos en los confesonarios, transformaron en alcobas las Iglesias, quemaron a San Miguel y entronizaron al diablo —literal—, y celebraban procesiones revestidos con las vestiduras que habían robado de las sacristías. Afiliaron al Niño Jesús a los pioneros y le pegaron cuatro tiros a Jesucristo en un descampado: el cerro de los Ángeles.

Era algo entre diabólico y solanesco. Gironella los ve así: «Sombreros a lo “gángster”, pañuelos en cucurucho, jipijapas, cascos, ¡orinales rotos! Decapitaban el palo de los pajares y se incrustaban los orinales rotos en la cabeza, orinales que pronto tiraban a la cuneta para evitar que los compañeros los utilizaran para repiquetear».

Conocí tres falangistas ribereños que salieron al frente con sombrero flexible, negro. Eran tres campesinos, me parece que de Mendavia. Pero la fantasía era debida a algo más noble. Aquellos muchachos habían visto recientemente en el cine *Los tres mosqueteros*, y con ese remoquete se les conoció, igual durante los pocos días que les duró la fantasía mosqueteril del flexible que en adelante.

Al tanto de algunas interioridades que aquí mismo se han expuesto —y no por testimonio nacional— bien puede decirse que el buscar orinales por cubrecabezas obedecía en la milicianada a algún movimiento de ese dichoso subconsciente que tanto nos delata.

El desfile de máscaras a pie duró una buena temporada. Se vestían como les daba la gana, rebasando la sencilla austeridad del mono. Esto le entusiasmó a Luís de Tapia y el hombre pulsaba la lira y cantaba:

¡Nada de tabardos

hechos por contrata!...

¡Nada de uniformes
de tela barata!...
¡Cada miliciano vestido
a su modo;
pero defendido
del agua y del lodo!...
¡Un impermeable para
el que se moja!...
¡Un ruso que cubra
la camisa roja!...
¡Una capa a uno,
o un poncho de lana;
a otro una pelliza,
que es prenda serrana!...
¡Ropas requisadas
a los señoritos!...
¡Milicianos peras,
pero abrigaditos!...

Los milicianos están llenos de iniciativa en aquellos instantes. A cada minuto se les enciende la bombilla con una idea nueva: el paseo, la requisita, el control, la checa, el vale. Descubren «Chicote» y «Aquarium», la Gran Peña y el Casino. Pueden descubrirlo porque hay otros milicianos que han salido hacia el frente, que luchan en Somosierra y en Guadalajara y en el Alto del León. Sólo que incluso éstos han de padecer la proximidad de las milicianas y de los que hacen la guerra por jornadas de ocho horas.

El comandante Aberri, republicano, citado por Bolloten, cuenta que cerca de Sariñena le pararon su coche unos milicianos:

«—¿Adónde vais?—pregunté con sorpresa.

»—A Barcelona, para pasar allí el domingo.

»—¿Pero no estáis en el frente?

»—Si, pero como no hay nada que hacer nos vamos a Barcelona.

»—¿Os han dado permiso?

»—No. ¿No ves que somos milicianos?»

Ángel Ruiz descubre que su nombre no le gusta y se las compone para ser legalmente llamado Luzbel Ruiz. Sucedió en Barcelona y se recoge en *Un muerto*, de Vilarrubias y Lizcano de la Rosa. «En Barbastro, un miliciano de Ascaso se presentó en la cárcel del pueblo para ver a su padre, detenido por carlista, y en cuanto lo tuvo delante le pegó dos tiros», certifica Gironella. Otros descubrían un estilo nuevo de pregonar periódicos, y lo mismo gritaban para estimular la venta de cualquier papel de aquellos: «¡Con la cogida y muerte de Salazar Alonso!», al que ellos mismos acababan de asesinar, que «¡Con la muerte de la mula de Mola!», ingenioso juego de palabras que, me parece recordar, es debido a la lírica imaginación de Alberti. Otros descubrían que su *hobby* era coleccionar joyas; otros, más modestos e historicistas, se conformaban con coleccionar las balas que daban fin a la vida de hombres enemigos de cierta resonancia: «y hay cincuenta milicianos que sostienen que la bala que tienen en su poder, de recuerdo, es la que ha cortado la vida al heroico capitán Lizcano. Y lo curioso, lo inverosímil, lo trágico, lo espeluznante es que todos tienen razón. Porque al bravo Lizcano de la Rosa le tiraron bastante más de cincuenta disparos». Descubrieron, pues, los piquetes a barullo e importaron a la honesta y bárbara Celtiberia el pistoletazo en la nuca. La URSS ganaba mercados.

Descubrieron la *Gaceta*. La *Gaceta* es de gran utilidad, ya se sabe. De modo que un día se leyó un decreto cuyo primer artículo rezaba así: «Artículo 1º. Quedan cancelados todos los antecedentes penales relativos a delitos cometidos con anterioridad al 16 de julio del presente año». Y luego, fecha y firmas: «Dado en Barcelona, a 19 de diciembre de 1936 —Firmado, Manuel Azaña y Díaz. Presidente de la República. — El ministro de Justicia: Juan García Oliver». También los republicanos burgueses, demócratas y progresistas hundían sus brazos en sangre, hasta más arriba de los sobacos.

Descubrían —y esto hay que apuntárselo como un detalle casi contrarrevolucionario, como un asomo de conservadurismo retrógrado — el matrimonio miliciano. «Pues ya estáis casaos», decía el responsable tal día como hoy; y a la semana siguiente dictaminaba: «Hale, ya estáis descasaos», y listos. Si se tiene en cuenta las facilidades que se daban para salvar este penoso trámite legal, nadie me tachará de exagerado al sostener que este detalle es aproximadamente integrista, dadas las circunstancias.

Descubrían los coches. En las dos zonas hubo un momento tragicómico con esto de los coches. En zona nacional las proximidades de la línea aparecían florecidas de coches estrellados por conductores tan voluntarios y enardecidos como inexpertos. En zona roja eso pasaba en los frentes y en la retaguardia; probablemente, ésta estuvo más motorizada que la vanguardia. Procuraban que los coches metiesen mucho ruido, que soltasen mucho escape, que petardeasen como bólidos y, sobre todo, que las ruedas chirriasen en las curvas, Igual que en la» películas de *gangsters*, que eran sus favoritas. Ante un detallito de estos, filosofaba un personaje de Edgar Neville: «Además de todo son unos cursis».

Descubrieron, durante algún tiempo, que cada cual podía hacer lo que le daba la gana, y los más audaces organizaban su propia milicia, como aquellos que se acercaron a M.F., periodista riojano, para informarle, a primeros do agosto del 36, que estaban preparando una columna cuyo objetivo era la inmediata liberación de Logroño. Calculaban que la toma era cosa de días y a tal fin le suplicaban un donativo de cuarenta duros para los primeros gastos, que el periodista, como es natural, entregó rápidamente, no sin dejarse caer:

—¿ Pero es que piensan ustedes tomar Logroño a sable?

Descubrieron la gloria. La gloria, en boca de un escritor, un político, un general o un poeta nacional, era algo risible. Pero ellos estaban metidos de lleno en la gloria y babeaban de puro gusto ante versos como estos que se publicaron en *Informaciones*:

A luchar, a luchar, buen miliciano!

R ompa el silencio tu clarín de guerra!

R oja de sangre, sin temor, al viento

I za gallardamente tu bandera.

B ravo en la lucha; en el descanso, parco;

A vencer! ¡A vencer!, ese es tu lema;

E scribe en indelebles caracteres.

S obre un pasado vil, la historia nueva.

P orque eres juventud, y fuego, y vida:

A cero que se rompe y no se entrega;

N uevo titán que en soberano impulso,

A batirá de España, las cadenas.

Firme en tu puesto, miliciano, firme!

El presente glorioso te contempla.

La edición de *Informaciones* se agotó velozmente, no sé si con ayuda o no de la Policía, ya que, como comprobarán ustedes, la clave del acróstico se encuentra en los iniciales de cada verso, y canta que da gusto: ARRIBA ESPAÑA FE. Meter la eñe hubiera sido rizar el rizo.

Descubrieron que hacer la guerra no era tan fácil como hacer una huelga, y que los militares servían para algo más que para ser escarnecidos desde *El Socialista*. Según Kaminski, que caía de su lado, «los ataques nocturnos eran iniciados con vivas a la revolución: la artillería se colocaba con frecuencia en la misma línea que la infantería», y a veces se abandonaba una posición después del rancho, por buscar el postre en un viñedo. Luego del postre se enteraban de que el enemigo, algo menos refinado y exigente a la hora de la comida, había ocupado en silencio la posición. El ruido venía más tarde. Esto no es una fantasía. Lo cuenta el autor citado en *Ceux de Barcelonne*.

Descubrieron lo divertido que resultaba convertir las iglesias en almacenes, garajes, clubs de baile, polvorines y otras muchas cosas, y calentaban el rancho con cuadros del Greco y esculturas de Juan de Mena. En un altar de la catedral de Málaga vio Barreira —y dice, aunque hizo la guerra en Infantería, que ésta es su impresión más feroz de aquellos años—, un burro que comía su pienso en un pesebre allí instalado, los tubos del órgano majestuoso convertidos en tendedero de ropa y una fila de féretros de pino sin pintar con muertos dentro. Los muertos eran refugiados. Al socaire de la alarma aérea se atrevió a preguntar si tomaban alguna precaución sanitaria. «No —le contestaron—; aquí están hasta que se los llevan. Nosotros con tacharlos de la lista, cumplimos» ¡Cómo estaría la catedral malagueña que en el momento de la liberación los bomberos tuvieron que entrar en ella con las máscaras antigás puestas! «Por las calles (de Madrid) se vende los *Sin Dios*, semanario de los “intelectuales antifascistas”; los dibujos repiten el tema de la Roma de Diocleciano: Cristo con cabeza de burro», comenta Tomás Borrás.

La *Gaceta* era como una publicación humorística, donde se podían leer cosas como ésta: «El miliciano perteneciente al Cuerpo de Telégrafos, Fulano, que fue expulsado del mismo porque se llevó unas miserables pesetas, víctima de la sordidez del ambiente que le rodeaba, y juzgado inflexiblemente en aquellos ominosos tiempos de la Dictadura, será repuesto, etc». Las sanciones del Código de Justicia Militar se resolvían, para los milicianos, en multa, de modo que una deserción era un día o dos de haber. El trágico sainete llegó a tales extremos que una Orden General del Ejército del Centro, la número 254, 4 de septiembre de 1938, prohíbe los banquetes en las unidades militares. Hay que prohibir

muchas cosas, aunque no sea sólo más que para salvar la cara. En *Mis recuerdos*, de Largo Caballero, se lee este escalofriante párrafo: «Como era mi deseo que la guerra se hiciera en las mejores condiciones posibles de humanidad y justicia, publiqué un decreto prohibiendo que se fusilase a los prisioneros, o se les procesase sin previa autorización del Gobierno».

El Gobierno mismo era una risa: «Días después supo Ignacio —se lee en *Porque callaron las campanas* — que a los propios Ministros los detuvo en Tarancón una columna de milicias, célebre por sus *desafueros y hazañas militares en terreno gubernamental*». Del subrayado respondo yo.

Las hojas de servicios eran muy singulares y la relación de méritos lo más parecido a un manual de prácticas de criminología. El gran elogio que hacen de su jefe los guerrilleros de *Por quién doblan las campanas*, es éste: «Mató más gente que el cólera... Al principio del movimiento, Pablo mató más que la fiebre tifoidea... mató más personas que la peste bubónica». Para que no haya duda, unas páginas más adelante, Pilar, la compañera de Pablo, cuenta minuciosamente el primero de estos hechos de armas: «Pablo hizo que los mataran a palos y luego los arrojaron ni río desde un peñasco». Eran veinte. Como aperitivo, el tal Pablo se habla liquidado el puesto de la Guardia Civil. «Pablo pasó por detrás de ellos y con la pistola les fue disparando a cada uno un tiro en la nuca, y cada vez que lo hacía se desplomaba uno de los hombres». Eran cuatro guardias. Carrasco, de la Junta de Defensa de Madrid, proclamaba ante la Radio que «él había ascendido a comandante de milicias porque había machacado muchas entrañas. A la vez, uno de estos guerrilleros le confiesa a Jordán, el profesor americano metido a comunista de acción en España: «Nunca he visto una batalla sin huir... No sé cómo me comportaría». Según César Falcón, José Díaz pasaba por el frente como una especie de taumaturgo de la guerra; le bastaba tocar una ametralladora para que batiera más terreno y disparase con más ritmo. Con criterios tan milagrosos poco se podía hacer. Entretanto la literatura pornográfica llenaba los parapetos. He visto en las manos de Sandro Sandri un montón de novelas verdes manchadas de barro, sangre y semen; estaban en sus trincheras de Navalcarnero. Navafría era un cabaré. Resistió tres asaltos, pero era un cabaré. «Se ocupa Cherta en las primeras horas de la mañana. No encontramos ni un solo habitante, pero si montones de literatura pornográfica abandonada por los rojos», testimonia Pérez Sevilla. Y Cavero anota después de un ataque victorioso: «Leí muchísima prensa roja y desprecié bastantes novelas pornográficas (Los parapetos estaban sembrados de femeninas prendas íntimas)... El capitán Pastor requisó todo el material de un hospital rojo, donde la mayor parte de la terapéutica estaba orientada a las enfermedades venéreas, por extraña coincidencia...». Se ponían motes grotescos. Armiñán cuenta que «entre los prisioneros (de Lemona) hubo uno que lanzó su apodo con cierto orgullo:

»—Yo me digo “Malatesta”.

»—Bien; pero su nombre. ¿Cómo se llama usted?

»—“Malatesta”.

»Ya hemos cogido —contabiliza Armiñán— no sé cuántos “Mateottis”, una veintena de “Luxemburgos” y algún “Angiolillo” que otro. Como si viviéramos en plena reencarnación de locos y monstruos...».

La ola de asco llega hasta el Gobierno: «Han venido nada más que a ganar las diez pesetas», cuenta Falcón que melancolizó Largo Caballero. Pero la verdad es que hay milicianos que cubren con su valor toda esta bazofia, que resisten bien, que se batan enérgicamente, que mueren como caballeros. Antes de entregarse, uno se suicida en el Hotel Lino, donde desayunaba el comandante Mizzian, en las revueltas horas que siguieron a la liberación del Alcázar, cuando se combatía calle por calle y casa por casa. O aquel Martín del Llano, comandante de milicias de la FAI. «Martín del Llano era un anarquista puro. Recuerdo la fiebre de su mirada de alucinado —escribe Sánchez del Arco—, el tic nervioso que tenían sus morenas facciones agudas en constante movimiento. “Quiero conocer —nos dijo— al capitán de la batería que ha desmontado mis piezas, para felicitarle; es un gran artillero. Si nosotros tuviéramos artilleros así, ganaríamos la guerra”». Quería conocerlo antes de morir. O los de Badajoz o los de Almendralejo, o los de tantos y tantos sitios.

«No debe negarse a las gentes milicianas un tesón que, aunque a veces cede, rebrota —escribe Armiñán en *Bajo el cielo de Levante*—. Ello es un orgullo más de nuestra raza. Creo que cualquier Ejército que sufriera los desastres que sufre el rojo, lo más que haría a estas fechas es mantenerse a la defensiva. Sin embargo, estos españoles que luchan equivocados enfrente del Ejército nacional, derrotados, sabiéndose vencidos, aún se lanzan al ataque, aunque busquen para ello las ventajas del tiempo. Y los nuestros, sobre un terreno helado, en altos donde mantenerse de pie es un problema, empapados en nieves y fango, vigilan atentos y combaten como si el mejor sol de la costa mediterránea calentara su sangre. Es España, y no hay más que decir».

Los periódicos comienzan a clamar. Se notan demasiados fusiles en la retaguardia. Y *El Socialista*, apuntando hacia la CNT, aconseja: «Sería mejor que disparasen sus fusiles en el frente, a donde no van». Se discuten las órdenes en comité o asamblea y un tal Santillán le grita a Asensio: «Nos están engañando... ¿Por qué no van ustedes delante de nosotros y no que nos echan para que sirvamos de carne de cañón?» Hay chistecitos, como aquel de que ya están los moros en las Ventas, con lo que se produjo una desbandada, y resultó que los que estaban en las Ventas eran los toros. Es como lo de la bayoneta y la camioneta. Los periódicos siguen clamando: «El uniforme de miliciano sirve para combatir y no para presumir ante las mujeres, en los cafés y calles madrileñas». Se grita con el chinchín chibireño:

No queremos vagos.

Queremos milicianos.

Y por el mismo sistema se sugiere una medida eficaz para desalojar de fusiles la retaguardia:

Un, dos, tres

¡que cierren los cafés!

Un, dos, tres, cuatro

¡que cierren los teatros!

Los comunistas apresuran su organización. Saben que la llegada de una norma es imprescindible y urgente para transformar la horda en un Ejército, y convierten su Quinto Regimiento en una escuela de mandos. La época de la milicianada está a punto de acabar. Resisten los anarcosindicalistas, aunque no sé si en la medida grotesca denunciada por Hernández. Los anarcosindicalistas quieren continuar con su sistema, el de la Columna de Hierro, que es la arquetípica de las columnas rojas. Esta fuerza anunció a bombo y platillos la toma de Teruel, pero se detuvo en Puebla de Valverde. Lo cuenta Hernández en *Negro y Rojo*:

«Alguien llegó jadeante, desorbitado, al Estado Mayor:

»—¡Venid, venid! He visto algo enorme. ¡Venid!

»Acudieron los jefes, los oficiales... Un ¡oh! de asombro los clavó a todos con la vista obsesa. Allí, allí mismo, en el patio de sol limpio, suspensos de los ganchos de acero, pendían cien, mil, millares, un bosque de jamones frescos, tiernos, dorada la piel morena y macizo el pernil.

»Eran los secaderos de Barrachina, un conocido comerciante de Valencia. Los jefes de la Columna de Hierro, cuando pudieron reaccionar, decidieron:

»—Compañeros, esto pertenece a la revolución. Que se inventaríen los jamones y que se detenga la columna.

»Cuando la cifra se corrió entre los milicianos —10.000 jamones, *diez mil jamones* —, un viento de entusiasmo agitó a los hombres.

»¡¡Diez mil jamones!!

»Y la Columna de Hierro desalojó las casas, emplazó las armas y se detuvo para siempre ante la posición del secadero de Barrachina, en aquel frente que el pueblo de Valencia había de conocer por el “frente de los jamones”.

»En las líneas de Teruel, los combatientes seguían esperando los fusiles, las municiones, los tanques de la “Columna de Hierro”.

»La Columna de Hierro podía muy bien haber enviado sus partes: “Ya vamos por el jamón 973”...».

La inquina de Hernández hacia los anarquistas —por lo menos la inquina que por orden superior sentía cuando escribió este libro— puede que exagere la historia, pero algo de verdad habrá en ella, por lo menos en cuanto a la independencia de criterios tácticos y estratégicos se refiere. Cada cual tiraba del carro a su manera, y así no se va a ninguna parte, como tampoco con la ilimitada confianza en la URSS que ponían los comunistas. «¿Se acordarán de nosotros en Moscú?», pregunta con tierna nostalgia un miliciano de Falcón. ¿Se acordará de nosotros mamuchi?. Y mamuchi les envía postales animadas con *Los marinos de Kronstand* y el *Potenkim* y chispunes y fusiles y se lleva el oro sigilosamente. Largo Caballero ve los primeros milicianos con aire organizado y desconfía: «Esos son los mismos que vienen corriendo desde Talavera».

Por la parte de Somosierra se les canta a los milicianos, con música de *Las lagarteranos*:

Miliciano que estás en el frente, haciendo el melón,

mientras Indalecio se forra el riñón,

y la “Pasionaria”, Mangada y Azaña

se largan de naja y te hacen traición,

llevándose el oro como precaución.

Miliciano, traigo para ti

las noticias que no te darán,

pues Illescas y Oviedo y Navalcarnero

en nuestro dominio ya están.

Tienen los dirigentes ya preparados los aviones

y se van a Levante, donde mandaron ya sus millones.

Aunque somos contrarios sinceramente os lo pedimos,

¡no dejéis que se escapen y os dejen solos,

no hagáis los primos!

La canción anticipaba demasiadas cosas y suponía que la fruta estaba madura antes de tiempo. Aun quedaba por descubrir la veta militarista de los milicianos —que se mostró, con tanto exceso como en el anárquico refocilo, en la posterior complacencia por el uniforme y el saludo—; mejor dicho, lo que quedaba por descubrir era la condición española del miliciano. Aunque aletee a lo largo de la contienda, la milicianada termina el 30 de septiembre de 1936, fecha en que se dispuso, según precisa en su estudio sobre *El avance sobre Madrid* el teniente general don Carlos Asensio, «que las fuerzas de las Milicias tuviesen carácter, condición y fuero militar». Y añade: «Tal vez se encuentre en lo anterior la justificación de la duración de la guerra, más que en la presencia de las Brigadas Internacionales. La calidad de tales Brigadas no podía aventajar en nada a las que se constituyeron en España, como no fuese en la disciplina y en la instrucción que ahora se les iba a dar también. En aquello y en la defección de la Escuadra roja, que no permitió el paso por el Estrecho hasta el 29 de septiembre, creo que pudiera encontrarse la razón de que la guerra durara cerca de tres años».

Cuando el inicial desastre italiano en Guadalajara puso la euforia roja a toda presión, Miaja se frotaba las manos de puro gozo. Y su jefe de Estado Mayor, Rojo, le preguntó:

—¿Está usted muy contento, mi general?

—¿Y usted no? —replicó Miaja.

—Para usted y para mi, profesionales —le contestó Rojo—, tiene que ser dolorosísimo que un Ejército numeroso y bien dotado, haya sido batido por cuatro de Artes Blancas, dos de la Construcción y tres mecanógrafos...

Creo que exageraba un tanto, y algo de esto intuyó Alberti, porque al enterarse de la recuperación de Teruel por las tropas nacionales comentó con su acompañante:

—Somos capaces de tomar Teruel o lo que sea en un arrebató, pero incapaces de conservarlo. En seguida vienen los otros, y nos corren a gorrazos.

Parece que personalmente no se vio nunca en semejante riesgo.

DEJARSE LOS DIENTES

Fracasar decentemente en un intento de asalto, estrellarse contra la posición enemiga sufriendo buen número de bajas; no conseguir, en las mismas condiciones, un objetivo cualquiera a cualquier escala. Una crónica del «Tebib» cuenta que las tropas de Escámez intentaron cuatro veces el asalto a la Casa Forestal «y todas cuatro veces —dice— “se dejaron los dientes” en el objetivo —como se dice en el argot militar—, aquellos soldados de insuperable bravura y acometividad».

La Casa Forestal la tomaron los de Gerardo Lastra, la Primera Centuria de Navarra.

GEOGRÁFICO

Adjetivo que de la mano de los sustantivizados nacional y rojo, podía ser despectivo, calificativo e informativo, pero que en todo caso servía para designar a aquellas personas que aparecían como nacionales o rojas simplemente por razones geográficas. No se aplicaba a los indiferentes o pancistas de ambas zonas, que apenas si hubo, sino a los que de buena o mala fe, por instinto de conservación o por enmascaramiento de otras actividades, adoptaban una actitud política que no se correspondía con sus antecedentes, aunque sí con su suerte sobre el mapa.

«Los que por razón que llamábamos geográfica — “rojos geográficos, azules geográficos” — se encontraron por sorpresa en una u otra zona y no podían descubrirse...», escribe Tomás Borrás en *Madrid, teñido de rojo*.

Puedo atestiguar sobre un nacional geográfico que salió al frente con la intención de darse el bote y acabó con tres estrellas, y además convencido de que era nacional de toda la vida. Si se tiene en cuenta que tenía veinte años al comenzar la guerra, resulta que la razón está de su lado. Y el corazón, también.

CHORTA

En el *Vocabulario Navarro* se dice que da voz de germanía y que equivale a quinto o sorche. Sorche tiene las académicas bendiciones en tanto en cuanto se acomode, familiarmente, al significado de recluta en su quinta acepción, que es la de soldado muy bisoño. A mi eso de sorche me suena a fino, y mi orejón y mi memoria infantil lo que recuerda,

familiar y popularmente, es el término chorchi, que indudablemente de él deriva. Según mis recuerdos, el soldado es un chorchi, y los pitillo que fuma se llamaban chortas. Resulta que chorta, en vasco, significa fajo, haz —y aquí vuelvo a mi Iribarren— y aquellos atados de cigarrillos se denominaban precisamente así porque los vendían sujetos por una faja de papel. Catorce chortas, diez céntimos. Un precio tirado. Los primeros cigarrillos que fumé en mi vida fueron chortas. Fue antes del Bachillerato, yendo a los Maristas. Los compramos otro y yo, a medias, en un estanco del paseo de Valencia. Los chortas eran algo así como la «flor de andamio» al tabaco habano. Fumamos un cigarrillo antes de entrar en clase, y escondimos la cajetilla en una ventana del convento colegio de las Ursulinas, frente al bosquecillo de castaños de la Taconera. Cuando salimos, acompañados por el Hermano, una breve inspección nos permitió comprobar que los chortas ya no estaban. Supusimos que nos los habrían limpiado los chorchis que marcaban el caqui en la explanada de la Ciudadela, o bien las chicas de las Ursulinas. Me inclino a creer que fueron estas últimas. Chortas y «flor de andamio» han gustado mucho a las muchachas de mi quinta.

FLAMENCO

Aunque dicho con desgarro, vale por valiente, bravo, bragado, entero. En la guerra se le quita cuanto pueda tener de achulapado el vocablo, de modo que resta muy sobrio y definidor. Así lo utiliza Cervera, aunque subrayándolo, al hacer el inventario de una posición recién conquistada: «Vi el cadáver del único *flamenco* que había hecho cara a la segunda Bandera».

La letanía de los muertos violentamente que escuchó mi pobre Ramón (*La Fiel*), en uno de sus últimos delirios, comenzaba con «Benditos sean los tíos flamencos», para acabar con «Bienaventurados los que mueren con las botas puestas».

PAREDÓN

Trágico aumentativo, bestial aumentativo que designaba el lugar de la muerte. «En vez de redactar listas para el paredón, debería usted devolverme los soldados licenciados e indicarme el número de voluntarios con instrucción militar que podría poner a mis órdenes», le dice el general de Gerona a Cosme Vila, uno de los jefes rojos de Gerona, en la novela de Gironella.

La palabra parecía olvidada y ha vuelto en labios de los castristas y lo que es peor con abundante actualidad. Nada de extraño si se tiene en

cuenta que junto a los barbudos forman algunos de los más ilustres afeitados por el Ejército Nacional, como Bayo, Líster y otros.

En la redacción del extinto semanario *Primer Plano* había una pared cubierta por todas las portadas que nunca se pudieron publicar y por las fotos que algunas de nuestras actrices se hacen para el consumo exterior. Todavía impresionado por «las noticias que acababa de leer sobre Cuba, Barreira, el más grande periodista cinematográfico de España, miró hacia las fotos, suspiró y dijo con melancolía:

—Este es un paredón, y no el de Fidel...

RESPONSABLE

Truco anarquista para evitar la palabra justa: jefe. Los hubo en todos los órdenes, desde la milicia al trabajo, pasando, claro está, por la checa. Bolloten anota con cierta extrañeza: «Es singular que los anarquistas no llamasen jefes a los personajes más prominentes de su movimiento, porque dicho término implicaba autoridad y control. Por el contrario, utilizaban las palabras “representantes”, “delegados”, “militantes”». Exagera en lo de militantes y se queda corto porque no incluye lo de responsable. Foxá deja las cosas claras: «Le habían nombrado Responsable, porque los anarquistas odiaban la palabra jefe». Y Tomás Borrás certifica el instante en que nace el término: «Como “mandamás” hizo fortuna el voquible “responsable”», en su precitado *Madrid, teñido de rojo*.

Podría derivarse de todo lo dicho una suposición de humildad franciscana en los que aceptaban ser llamados responsables y no jefes, pero no es así, y hay que hacerlo constar. El mandamás del «Legazpi», un barco que hizo de prisión en Valencia, llevaba sobre el pecho un pedazo de tela en el que se leía:

«Legazpi» RESPONSABLE

Esto podía pasar, pero lo que ya era más escandaloso es que la caligrafía fuese bordada en oro. Lo cuenta Gabriel de Araceli, que añade: «Pero todo el mundo le llamaba Paco Tarancón, que ése era su nombre».

PATRONA

La Virgen o la Santa que ampara y patrocina a los diversos Ejércitos, Armas o Cuerpos. La Inmaculada o Purísima, la del Pilar, el Carmen, Loreto, Santa Teresa, Santa Bárbara, etc. Con decir: «La Patrona»,

cada cual está al cabo de la calle y todos se entienden. La Patrona más Patrona de todas, por aquello de que a todos alcanza, ya que en España; por tradición, todos somos de Infantería —un poquito más, un poquito menos, pero todos—, es la Purísima. Tan vinculada está a todo el Ejército que, naturalmente, también por eso la hacían blanco de sus iras los anarcomarxistas. Fernández Arias, en su diario del asedio de Madrid, anota el 7 de diciembre de 1936: «La Prensa toma como "motivo principal" ¡el día de la Purísima!, que será mañana. Y escupe blasfemias. *El Socialista*, recordando que ¡la Purísima! es la Patrona del Arma de Infantería dice, asegurando que mañana va a producirse "la ofensiva" del Ejército, que: "con la bayoneta calada, habrá que enfrentarse con la Patrona". Luego, la Radio de la CNT dio al mundo la sensación triste de un "rojo" vomitando blasfemias, groseras, indecentes, bestiales, asquerosas, infames, a costa de la Purísima».

El día 8 amaneció con un cielo azul claro, sin nubes. «La Prensa — vuelve a anotar Fernández Arias— insiste en "encararse con la Patrona". Y las tropas de Franco, sin preocuparse del aturdido miento de "los rojos", oyen misa y celebran ¡el día de la Patrona! ¡solemnemente!».

En zona nacional, a poco que se pudiera, los frentes celebraban a la Patrona por todo lo alto. «Las fiestas de San Francisco Javier, Patrono de los navarros, y de la Inmaculada, Patrona de la Infantería —escribe Colmegna—, fueron celebradas por nuestra gente. Hubo misa de campaña y desfile. El día de la Inmaculada se organizó un almuerzo campestre; los oficiales comimos con los soldados. A continuación hubo baile. Después del almuerzo los muchachos llevaron en andas al comandante Ruiz, jefe de la Agrupación, y a los comandantes Elio y Pombo, jefes, respectivamente, de nuestra propia Bandera y de la Bandera de Palencia».

Fue en Velilla del Cinca, a pocos días de la gran ofensiva de Cataluña, que prácticamente iba a liquidar la guerra. La Agrupación falangista estrenó banda de música, dirigida por Taberna. Los de Carlos Ruiz no se privaban de nada.

En general, la tropa llama patrona al ama de la casa en que se aloja. Cuando el Ejército de O'Donnell parte para Marruecos, escribe Alarcón: «Y los soldados, siempre sonriendo, pero enternecidos profundamente, se contentan con los relicarios y un abrazo, y parten a todo correr, diciendo: —"¡Hasta la vista, patrona!"— a lo que contestan las pobres mujeres levantando al cielo los lagrimosos ojos...».

El patrón, claro, es el marido de la patrona o, en su defecto, el hombre de la casa. En el mismo *Diario de un testigo* se lee: «Aquí (en Málaga), en vez de alojamiento, encontré obsequiosa hospitalidad: el "patrón" lo agregó a su familia y lo sentó a su mesa, mejoró su equipo y le siguió a la revista para penetrarse de su bélica actividad. Llevólo adonde de balde afilasen sus armas, y además añadió alguna navaja del país

para que hiciese juego con la gumía de los Moros».

Hay una canción que gusta mucho a los soldados y que habla de la manía que tienen los estudiantes navarros cuando van a la patrona, que consiste, por lo que allí se informa en que

Lo primero que preguntan

¡chimpún!

jódete, patrón,

saca pan y vino,

chorizo y jamón,

pim, pam, pum,

dónde duerme la criada.

O «por el cuarto la criada», según otros autores. No lo sé. No puedo afirmar ni negar. He sido estudiante, soy navarro, pero apenas he estado de patrona. La pregunta, preciso es reconocerlo, es inteligente y previsor. Por otra parte, el previo conocimiento del terreno facilita mucho la maniobra.

PATO

Nombre familiar que los estudiantes dieron al cisne que figura en el emblema del SEU. David Jato, en su libro *La rebelión de los estudiantes*, cuenta cómo nació el emblema: «Cuando se decidió tener insignias propias, el problema consistió en encontrar una que fuera al mismo tiempo universitaria y falangista. Como la pluralidad de guiones y banderas realzaba el espíritu y aire militar, se proyectó que el guión de mando tuviera como color de fondo el de la Facultad a que perteneciera el Jefe Nacional, y que la bandera fuese negra y como escudo el de Cisneros, con el yugo y las flechas. Esta elección dio lugar a unas bellísimas cuartillas de Rafael Sánchez Mazas, inspirador del símbolo cisneriano».

Las cuartillas de Rafael son, en verdad, maravillosas. El cisne fue prendido en la camisa azul, en la caqui y en las cazadoras, saharianas y guerreras de muchos voluntarios, luego oficiales. En *La Fiel* se lee: «También Lázaro le dejó por aquella tarde el cisne blanco, el familiar pato, para el bolsillo derecho de la camisa. Venía con él desde el Norte, donde quedó la centuria del SEU navarro, a la altura de Santander, clavada en las alambradas enemigas mientras atacaba cantando con

una vieja tonada antínglesa de la guerra de los boers, la letra de las marchas:

Con un cisne de plata

en la camisa azul...».

La música la aportó el seuista Juan Manuel de Iraburu, que también escribió la letra, según Jato, en colaboración con José María del Moral. Juan Manuel murió de alférez provisional a poco de acabar la guerra a consecuencia de una herida que ganó con la centuria del SEU navarro, única unidad totalmente estudiantil que combatió en nuestra guerra. La mandaba Jesús Romeo Gorría, ministro de Trabajo veinticinco años después. Todos los escuadristas lucían el pato, y la bandera, también.

CUOTA

Soldado de cuota. La cuota era, según el *Diccionario Enciclopédico de la Guerra*, la «cantidad que para redimirse del servicio militar de guarnición, en tiempo de paz, tenían que abonar los mozos de un reemplazo y que se fijaba en 1.500 pesetas». También había redenciones en tiempos de guerra, previo pago de su importe. Un asco. Mola resume su impresión sobre el asunto con profunda náusea:

«Sabido es que a la injusta ley que permitía la redención a metálico y otorgaba el privilegio de la sustitución a los reclutas nacidos en determinadas provincias siguió la que estableció el servicio militar obligatorio, que hizo más patente la división de clases con la creación de los llamados “soldados de cuota”; y aunque algún Gobierno quiso que pobres y ricos sufrieran por igual los peligros de la guerra, bien pronto los adinerados obtuvieron concesiones que les colocaron a cubierto de las penalidades de la vida de campaña y aún de las molestias de la de guarnición. Ello, sobre aumentar el antagonismo entre humildes y poderosos, sentó el siguiente absurdo: que la obligación de defender la Patria con las armas era mayor en quienes nada tenían que perder que en quienes tenían algo que guardar».

Loa soldados de cuota tenían muchas ventajas: podían elegir cuerpo, vivir en casa o de pensión, no estaban obligados sino a servicio de armas o de los señalados para soldados de primera o distinguidos. Debían pagarse el equipo, incluido el caballo si se elegía plaza montada, y subsistir a su costa, salvo maniobra o guerra. En cambio, debían acreditar que estaban al tanto de la instrucción, lo mismo teórica que práctica, y de las obligaciones del soldado y cabo. La puerta se abría para el cuota que quisiera acceder a la oficialidad por la escala de complemento.

Allá en los felices veinte y arranque de los treinta, yo recuerdo unas pintorescas Academias donde los aspirantes a cuotas aprendían la instrucción entre el polvo de una bajera. Un cuota consiguió de uno de sus futuros sargentos que le diese clases particulares en casa, para mayor comodidad y aprovechamiento, y en el pasillo burgués se escuchaban las voces de mando del viejo sargento, ornamentadas por un vocabulario que encendía el pelo. Dicen que otro cuota solicitó permiso para llevar el fusil —con bayoneta, por supuesto— a su domicilio, a fin de que le vieran sus padres. Eran bromas del tiempo.

La verdad es que llegada la suprema ocasión los cuotas se portaron muy bien. Muchos ya eran oficiales de complemento y más de uno de los que sobrevivieron continúa en el Ejército, después de haber pasado por los cursos de transformación. Fernán describe una columna andaluza en los primeros días de la guerra y anota en ella la presencia de «hombres talludos que en su día fueron “cuotas” para evadir la mínima molestia del servicio en la paz y que ahora caminaban kilómetros y kilómetros con una permanente canción de juventud en las gargantas maduras».

Felizmente, en nuestro Ejército ya no hay castas económicas.

CHAPARRITA

Todos los soldados necesitan mujer. Los casados porque se la dejaron en casa; los solteros, porque no la tienen o por recordar a la novia o por soñar con que un día podrán tenerla. Pero en la línea, salvo excepciones tan notables y disparatadas como se dieron en zona roja (Vid. MILICIANO-A), no es fácil ver satisfecha esta necesidad. Entonces nacen esas mujeres de la canción, que acompañan a la tropa, que son como amores colectivos, como novias para todos y para uno, como pasiones compartidas cándidamente, pícaramente, líricamente.

La Chaparrita fue la novia militar de nuestra guerra, la gran estrella sentimental del 36-39, del mismo modo que la Madelón hizo este papel en la primera contienda mundial, y Lili Marlén en la segunda. La Chaparrita, si bien se mira, era una muchacha que con cada uno de sus adoradores podía tener un plan distinto: lo mismo quedaba como la novia para casar, que como el entretenimiento de un permiso, que como la chica apasionada capaz de dar a un soldado melancólico cuanto le pidiese, Todo dependía de la intención del que tocara la guitarra. En esto se distinguía de la Madelón, que fue un pendejo desorejado y simpático, y de Lili Marlén, que no se sabe bien si fue un pellejo, un plan, o una chica con mucho corazón y algún desasosiego particular.

«A los gallos viejos —ha escrito César González-Ruano, en un prodigioso artículo, como casi todos los suyos—, “La Madelón” nos pone la carne de gallina». Bueno, pues la Chaparrita no es de las que ponen la carne de gallina, sino que más bien parece tener vocación de comerse la

gallina después del parto, previo matrimonio con el soldado que la ronda. Hay en ella algo maternal, y si por casualidad llegase a escurrirse —por aquello tan de su tiempo de que «un tropezón cualquiera da en la vida»—, seguro que diría:

—¡Ay, Dios mío! ¡Ay, Virgen del Carmen! ¿Pero qué hemos hecho?...

Y con lágrimas oceánicas, añadiría, llena de curiosidad primero y de decisión, después:

—¿Me querrás ahora lo mismo, Manolo?,... Anda, vamos a confesarnos en seguida y a casarnos cuanto antes... Tienes que hablar con papá...

Pero si se hiciese un plebiscito entre los combatientes del 36-39, seguramente que una abrumadora mayoría iba a expresar su pasión por la Chaparrita novia. Simplemente novia, sin más excesos que los contabilizados en la misma letra de la canción:

Me da besos a montones,

ardorosos mordiscones

que a veces me hacen llorar.

Ella a veces también llora

y el llanto la decolora,

pero se vuelve a pintar.

La Chaparrita, como el carrasclás, se cantó en ambas zonas. Supongo, sin embargo, que en la parte cipaya habría alguna pequeña modificación en la fase inicial de la copla —salvo que la entonase el ministro Irujo, representante de los catolicarras, o aquel pobre cura renegado que se ofreció a blasfemar una misa en Barcelona—, porque el arranque de la Chaparrita era comprometedor para los que vivían en el virreinato soviético, según puede comprobarse a continuación:

Chaparrita, la divina,

la que al templo se encamina

muy pronto para rezar;

le pide a Dios y le implora

que se la lleve en buena hora

a su seno a descansar.

Como chaparra equivale a persona baja y gruesa, yo soy de la opinión que el diminutivo la deja simplemente en persona menuda, y las mujeres chicas siempre han estado de moda en España desde el Arcipreste. A veces también la veo alta, morena, bien puesta, de breve cintura y largas piernas.

Donde nació la melodía no lo sé. Me inclino a creer que es popular y mejicana, pero mis indagaciones no han dado el resultado apetecido. En la Sociedad de Autores existen varias fichas con el mismo título, pero no está la música de ninguna de ellas, razón por la cual es imposible precisar cuál es la novia colectiva de tantos cuarenta-cincuentones españoles. Los expertos sostienen que, por la fecha de grabación, corresponde a la registrada como arreglo de una melodía popular a nombre de Ramón Aramburu Sarasola. Como la palabra chaparro-a deriva del vasco, pudiera ocurrir que la melodía también tuviese el mismo origen. No lo sé. Vascos y mejicanos tienen mucho en común, incluso en los gritos del júbilo, el ánimo y el canto, y para mí que el *irrintzi* lo llevó a Méjico alguno de los navarros o vascos que allí fueron con Hernán Cortés. Así me explico los gritos mariachis, entre otras cosas porque el argumento me gusta mucho.

La Chaparrita, como mujer y como canción, tiene ilustres antecedentes. Dos, por ejemplo, en la guerra de la Independencia: la Piconera y la Cachucha:

¡Vámonos, Cachucha mia!
y contempla a tus paisanos,
que estaban fuera de si
y casi desesperados...
¡Admira, mi Cachuchita,
el valor inimitable
del valiente Luis Daoiz,
del bravo Pedro Velarde!...
¡Ay no ceses de llorar.
Cachucha del alma mía,
sobre la tierra que cubre
la honra de la Artillería!

También hay otra copla que la menciona:

Tengo yo una Cachuchita
que siempre está suspirando,
y tus ayes y suspiros
se dirigen a Femando.

¡Qué pobre Cachucha, y qué bellaco destinatario buscaba para sus penas!

La Madelón y Adelita —aquella moza del tiempo de Pancho Villa— también están por delante en el escalafón. *Adelita* apenas se cantó en España, al menos en zona nacional, donde, en cambio, la Cucaracha —seguramente apodo de una soldadora aficionada a la marihuana—, tuvo mucha clientela. A la hora de las responsabilidades, el Gobierno mejicano siempre podría defender su neutralidad diciendo que si a los rojos les hartó de armamento, munición y víveres, cigarrillos incluidos, a los nacionales nos suministroo melodías, porque yo recuerdo más de una a la que se abanderaba con letra de circunstancias, como en el caso de mi promoción y mi compañía en Ávila:

Yo soy de la segunda compañía
y me gustan las chicas un horror;
si puedo me emborracho cada día
y me juego la vida con valor.

El tono de la mejicanada traía aromas de tequila y machismo, y estaba francamente en boga.

Cuando leía la *Historia del cuplé* me encontré con la letra de una canción muy popular en 1926, el año de Alhucemas y el «Plus Ultra», que si no tiene la música igual que nuestra Chaparrita, desde luego es de la misma familia, o se trata de un sosias lírico irreprochable. Basta canturrear un poco:

Galleguita, la divina,
a que a una playa argentina
llegó una tarde de abril,
sin más prenda ni tesoro
que tus negros ojos moros

y tu cuerpito gentil.

Claro que esto lo digo en plan de pálpito, y a la documentación que le den dos duros.

De la Chaparrita conozco una parodia vil, titulada la Remigia, pero más vale no hablar de cosas tristes. Me gusta recordar a la Chaparrita en una tarde de lluvia y oigo su canción igual que en aquel primer otoño y en aquel primer invierno de la guerra. La veo morena, menuda, con sus botas «katiuska» y un pañuelo a la cabeza, mientras los soldados montan en los camiones o bajan hacia la estación cantando bajo la lluvia o soportan la inclemencia de la línea. Tiene los ojos oscuros, apasionados, la nariz remangada, graciosa, entre la insolencia y la picardía, y una boca con la que los soldados soñarán ya todo lo que les quede de vida, de modo que algunos todavía seguimos soñando con ella.

La Madelón no gustó a los gallos jóvenes más que bajo la forma en que se la entregaron los veteranos de África; como un plinto retórico, como el cimiento musical de cien letras que hablaban de la guerra, de los jefes, de las unidades, de los enemigos, de los combates.

Para la hora del vino estaba Asunción, la sietecallera, con su vino que ni es blanco, ni es tinto, ni tiene color, pero que entonces y ahora se subía dulce y enredador a la mismísima sesera. Otra Asunción hubo, solanesca y emparentada con Madelón por la parte de la música, con aire zarrapastroso y sucio; era casi como unas disciplinas aplicadas sobre la lujuria, como un cilicio para prevenir los ataques de la libido, como un eficaz antiafrodisiaco administrado por vía coral. Como un Valdés Leal relativamente lírico, como el sueño de la gloria interpretado por un profesional del neorrealismo. En fin, para no cansar: que era una guarrada.

Cuando Asunción te levanta la comisa

un mal olor invade la habitación...

Nunca se supo el nombre de «la sobrina del cura, la más pequeña — recatada señorita, alguna de cuyas privadas particularidades daba a conocer la canción muy a su pesar—, pero esto no tiene importancia. La muchacha de que hablo venía desde las montañas vascas y el que más, el que menos, la conocía desde los uñas del bachillerato, que casi siempre son atroces. La tal sobrina pertenecía por rama colateral a la familia folklórica de aquella otra muchacha que era alta y delgada como su madre, cosa que para unos era motivo de bendición hacia la rama que tiene el buen guato de salir al tronco, y para otros origen de chanza a la hora de completar los parecidos, ya que, según ellos, la muchacha alta y delgada como su madre tenía bigote como su padre, lo cual, por cierto, no era obstáculo para que las almas generosas considerasen también esta pilosidad motivo de bendiciones respecto a la bendita rama que al tronco salé, morená, saladá. Las dos canciones eran báquicas, y como tales fueron incorporadas al servicio militar en

tiempo de guerra. Realmente, todas éstas así eran mujeres sin importancia en la vida de los soldados.

Alguna más tuvo la encandiladora Irene, con su pinta de señorita lanzada o de baldomera de prestigio. Irene tenía caderas de rumba, cintura de carioca, y unos ojos con ese brillo apagado de las lámparas de los cotorros o picaderos, y unas pestañas como los flecos de esas mismas lámparas y un aire derrengado, lánguido y algo roto, como los muñecos que entonces tenían sobre los divanes las artistas de variedades y revista y las entretenidas de tono medio. Si yo tuviera que establecer la filiación de Irene diría que nació en Buenos Aires, justo en Corrientes, tres cuatro ocho, segundo piso, una casa con ascensor, sin portera ni vecinos, un pisito que puso la acreditada casa Maple, con piano, estera, velador, un teléfono, una victrola con discos de tangos y un gato de porcelana. En un apagón de aquellos comenzó Irene, y era mujer cuajada al estallar nuestra guerra.

Irene era el pecado; un pecado retórico, apenas imaginativo porque cuando se canta no se piensa —y eso explica cómo es posible que haya alguien capaz de cantar ópera—, pero un pecado de tomo y lomo, aunque agradable. Irene se situaba entre las marquesas del XVIII, de cuya libertad de lenguaje tanto se ha dicho; las chavalas de Penagos, de las que algo tenía, y las chicas que querían vivir su vida.

Las cosas que los combatientes le decían a Irene eran terribles. Hasta llegaban a balizar con farolillos lugares insospechados. La canción, arrastrada y candonga, comenzaba la historia por el final, o más bien por las postrimerías. Digamos, pues, adiós a Irene, y allá ella, y cada cual, con su conciencia:

Muévete, Irene,

purrumpumpún,

querida Irene,

muévete despacito...

También se ligó a ratos con aquella «Mariú» que trajeron los italianos, la del *Parlami d'amore*, y bastante más con la deliciosa *Carita morena*, quiero decir *Faccetta nera*, que vino desde Abisinia. Naturalmente esta melodía tuvo letras variadísimas, algunas poco ortodoxas desde el punto de vista de su origen. La canción pasó a zona roja, donde los tenores de la «Garibaldi» la arreglaron a su modo; fue lo más brillante que hicieron en toda la guerra.

Lili Marlen, de sobra lo saben, es posterior en fama, aunque nació por los tiempos de la primera G.M.; maduró a los veintiún añitos, como cualquier muchacha que hace las cosas por sus pasos contados, y dominó el mundo. Rebasó las líneas alemanas y alcanzó las inglesas, y luego la totalidad complejísima de los aliados, excepto Rusia, como

cantan los pasaportes. Tiene una melancolía que arranca del romanticismo alemán, y, cada día más, va siendo la bandera melodiosa de una generación derrotada. A veces hace sonreír; a veces, llorar. Al entrar en casa de Antonio Hernández Navarro —autor de un magnífico libro sobre la División Azul— el capitán Palacios, que regresaba de los campos de concentración soviéticos, fue saludado con un disco antiguo de Late Anderson; y al hombre duro se le cuajaron de lágrimas los ojos. A mi me suena en los noticiarios, en los trenes que devolvían a algunos viejos camaradas que regresaban de Rusia, en el acordeón de Mignone y en la voz de una triestina alta y rubia que la cantaba, cuando la primera incursión de «Los Vieneses», y también en el acordeón de Payno bajo la chopera de Burlada, cuando lo de «Sancho el Fuerte». La oí en los barracones norteamericanos del tiempo de la ocupación de Italia y en *Il grappolo d'oro*, en Venecia, mientras lo bailaban las parejas de soldados victoriosos con las *signorine* procedentes de la derrota. También bailaban tan delicada melodía los corresponsales de Prensa que habían ido a informar a sus periódicos sobre las peripecias del proceso al mariscal Keysserling, con sus colegas del llamado sexo débil, con oficiales de las fuerzas auxiliares femeninas y también con las *signorine*. Determinadas áreas de la ocupación estaban saturadas de *signorine*, y daba pena ver un pueblo como el italiano sumido en la miseria y en la humillación, pero, eso sí, con dos Cámaras.

Aquellas noches procesales de Venecia cada cual hizo lo que pudo, pero yo me quedé con las ganas de bailar —me era imposible bailar aquella música— estrechando entre mis brazos a un apuesto capitán de melena rubia y ojos azules, que me parece que era de Iowa. Resultaba bonito bailar con un capitán y poder llevar los dos la frente muy alta. Toda la noche sonó la misma música, y para variar, el bugui, que entonces estaba en la flor de la edad, pero que a mi no se me daba ni pizca. No estaba ni mínimamente contra el bugui, pero por razones de pura resistencia física estoy incapacitado para la acrobacia desde que hice gimnasia por los campos de Teruel. En cambio, había una pareja, compuesta por un sargento negro de la Infantería de Marina americana —una muchacha pintada por Tizziano, que daba gloria verla, aunque estaba un tanto desmejorada por una alimentación deficiente y el mucho velar y el traqueteo y así. Era como un Otelo 1947, febrero de 1947, con Venecia nevada, fantasmal, hermosísima, y con una Desdémona que meneaba el bolso por Rialto.

Había también en los campos de nuestra guerra una mujer cuyo nombre nunca se supo, pero a la que se aludía a diario muchas veces. Era aquella cuyo retrato formaba, con una simple carta, toda la impedimenta sentimental y acreditativa del legionario de historia desconocida, pero con el lobo del dolor royéndole desde los zancajos al corazón. Aquella mujer era «una divina mujer», y el legionario se hacía «novio de la muerte», por ir a su lado, a verla de nuevo, a estar para siempre con ella. Quizá es el caso único en que un hombre engaña a una mujer, siquiera sea haciéndose novio de la muerte, nada más que por volver a ella.

A veces —me contaba Waldo de Mier— cuando algún legionario recibía la foto de una chica —novia, madrina, amiga— sus camaradas le decían:

—Anda, hombre, ánimo y enséñanos a tu divina mujer.

Otra ilustre desconocida, pero que todos nos la imaginábamos estupenda, era la de los aviadores. Aquella de *Yo me enamoré del aire*. Se presumía que esta muchacha volvería alguna vez como vuelve la alondra a su nido, aunque la verdad es que la pobre no iba a encontrar el calor esperado. ¡Cosas de la vida! En torno a esta desdichada se hacía un poco de filosofía:

Yo me enamoré del aire,

del aire de una mujer;

como la mujer es aire,

del aire me enamoré.

Estaba la rubicunda Ana María de *Anne Mari, jó, jó*, delicada y poderosa, ancha y capaz, la novia de todo el batallón y aún de algo más, puesto que ella misma confesaba:

Mi regimiento es mi amor...

Y aquella ruiseñora loca de pasión que entregaba lo entregable en una pradera, al amanecer...

En fin, de todas estas mujeres —las Asunciones, la Madelón. Adelita, la otra soldadera apodada «La Cucaracha», la del retrato, la de la alondra tan voladora como volandera, la Ana Mari regimental, etc., etc.—, sigue siendo Chaparrita la que más me llega al corazón, y creo que al de casi todos los lejanos mozos de aquella época, y eso aunque Fernando Pérez de Sevilla diga que nos vino «inexplicablemente infiltrada desde la zona roja»; yo prefiero pensar —y puede que también Fernando— que se nos pasó, como tanta gente.

Pero si no fue así, tampoco me importa, porque entonces puedo decir que con ella empezó la paz en medio de la guerra.

RAMONA

Manera de llamar en algún imperio a aquel de los asistentes de los oficiales encargado de servir la mesa —es un decir—, tanto si lo hacía de manera permanente o según turno. No he comprobado la extensión en cuanto al uso, pero de su intensidad respondo. En *La fiel* escribía, y

ustedes perdonen, pero no encuentro otro aval: «En la lejana derecha tronaba la artillería y la tierra estremecida les legaba un temblor de batalla que subía a veces hasta los tranquilos cachelos que suministraba al mediodía la embigotada ramona». El remoquete se aplicaba también al oficial encargado de los asuntos del imperio, antigua república.

LO QUE MARCA LA TABLA

Lo que dice la tabla, lo que marca la tabla, lo que canta la tabla; esto es, lo que hay que hacer, lo que es natural, lógico y recomendado en cada caso. Esta tabla debe ser, por afinidad, la de logaritmos, empleada con una extensión que a veces resulta metafísica, como por ejemplo cuando Mola escribe a propósito de la situación de Dar-Akoba: «Había que ir creyendo en la frase del capitán Manso: "La tabla dice: palmar"».

SACUDIR

Golpear, disparar, derrotar. Depende del énfasis con que se pronuncie o escriba. Solía recordar «un tanque de combate que avanzaba hacia nosotros», y añade: «Le sacudimos unos morteros, y la sección del teniente Mayoral saltó sobre él, saliendo de los parapetos».

«Me sacudió dos guantazos» es tan válido como decir «donde nos sacudimos a modo fue en el Jarama». Tiene también otro sentido, de lo más erótico. Lo emplean mucho los fanfarrias y lenguaraces: «Te lo digo yo, hermano, que esa chavala sacude».

RUSO

Chaquetón de cuero muy usado en zona roja. Tomó su nombre de la nacionalidad de sus primeros y principales usuarios, que actuaron desde los primeros momentos, a juzgar por este versito de Luis de Tapia, fechado el 22 de septiembre de 1936:

¡Un ruso que cubra

la camisa roja!...

PAPARDOS

Bombarderos nacionales. No sé si «Junkers» o «Savoias», porque con esto de los mote de los aparatos he llegado a hacerme un lío bastante curioso, del que participan muchos de mis informadores, atribuyendo indistintamente éste o el otro sobrenombre a diversos tipos de aviones. Espero que algún especialista bien dotado de memoria y documentación ponga los mote sobre los fuselajes el día menos pensado. «Desgraciadamente los “Papardos” —nombre que los muchachos daban a aquellos grandes aparatos de bombardeo— comenzaron por error a soltar grandes proyectiles, precisamente donde estaban los nuestros», escribe en los alrededores de Ochandiano Héctor Colmegna. Con algún más divertido cinismo, con alegre desparpajo, escribiría Caveró: «Luego vino la aviación, que bombardeó muy bien a propios y extraños, y con éstas pasó todo aquel día gris».

MÁQUINA

Por antonomasia, ametralladora. El incomparable Caveró escribe: «Yo fui destacado, con tres máquinas, a pasar la noche allá».

DAR LA NOVEDAD

Ritual militar que a veces, como en el caso de Moscardó, alcanza zonas sublimes. El «sin novedad» es frase obligada, de repertorio, y por eso la tropa lo emplea a su modo en los ratos libres con verdadero acierto.

Uno de los voluntarios falangistas que andaban combatiendo en torno a Teruel durante las primeras semanas, volvió a la ciudad después de un mes de ausencia. Al hombre le pescó la guerra recién casado y cada retorno a la base era para él motivo de un lógico y hermoso júbilo, que sus camaradas comentaban con harta buena intención, pero no muy discretamente. Aquella vez tuvo mala fortuna, porque apenas habla llegado a casa una alarma hizo que su unidad volviese a campar. Fueron a buscarle dos de su escuadra. Llamaron con grandes voces, explicando el estado de la cuestión. Les respondió la voz entre rabiosa y melancólica del recién casado, que decía:

—Esperad un poquico, que me están dando la novedad...

EL DIRECTOR

Seudónimo con que el general Mola firmaba sus instrucciones secretas para el Alzamiento. Todas ellas fueron escritas en Pamplona. Algunas

aparecían fechadas en el Peloponeso, otras en Madrid. La primera fue provocada por los incidentes ocurridos en Madrid, Zaragoza y Palma de Mallorca, principalmente, con motivo de los desfiles conmemorativos del

14 de abril. «Mola dicta entonces —puntualiza el general Jorge Vigón— la "Instrucción reservada número 1", en la que se sientan las bases de una organización militar de la rebelión, que ha de quedar montada en un plazo máximo de veinte días. La firma —con un regusto «aviranetiano», en el que se adivina a un lector de Baroja— "El Director"».

La Comandancia de Navarra, en el viejo y destartado caserón virreinal, con conventos flanqueadores, el silencio de la plazuela, el aroma próximo de la calle donde los barquilleros tenían su industria, y la vista a la vega del Arga y a la contornada orográfica y militar de Pamplona, se prestaba mucho a sentir, a poco lector de Baroja que se fuese, la influencia de sus historias. A un paso de donde Mola vivía se abre el llamado portal de Francia, con puente levadizo y todo, por donde el «tío Tomás» se largó a la facción. Ahora se llama, muy justamente, portal de Zumalacárregui.

Otro seudónimo famoso en aquellos días fue el del teniente coronel de E.M., Valentín Galarza, residente en Madrid. Por él pasaban todos los hilos conspiratorios que unían Canarias y Marruecos con la Península en general, y con Pamplona y Madrid en particular. Me parece que también usó el sobrenombre para firmar algunos documentos. El mismo Vigón escribe sobre Galarza: «"El Técnico" se le llamaba para enmascarar su nombre, y lo era en verdad: maestro del sigilo, del orden, de la organización; maestro, sobre todo, de lealtad. Nadie tuvo que nombrarle jefe de Estado Mayor de la gran conspiración en marcha, porque lo era, de hecho, desde que se iniciaron sus primeros brotes».

Lo curioso es que el nombramiento de Galarza como futuro jefe del E.M. conspiratorio lo firmó don Manuel Azaña siendo Ministro de la Guerra, según lo recuerda el ilustre tribuno en sus memorias: «He dejado disponible (29 de agosto de 1933) a otro teniente coronel del Estado Mayor Central, Galarza...; es muy inteligente, capaz y servicial, escurridizo y obediente. Pero decididamente está del otro lado. En la causa no aparece nada contra él. Sin embargo, es de los más peligrosos».

También ea de aquel tiempo, incluso algo anterior, el seudónimo de «El tío Pepe», empleado por el general José Enrique Varela —quizá como un eco de legendario «tío Tomás»— desde finales de 1933, para supervisar el Requeté. Lo recuerda Pemán: «Perfila (Varela) de acuerdo con el general Rada, su oficial instructor y técnico, la organización militar del "requeté", y mantiene el fuego sagrado de éste con continuas circulares y soflamas donde se disfraza con el seudónimo de "El tío Pepe"».

Me parece que aquí debe de haber algún pequeño error en cuanto a las fechas, porque el general Rada, a la sazón teniente coronel retirado, que

hasta más allá de octubre del 34, oreo que hasta finales de ese año o principios del 35, Jefe Nacional de Milicias de la Falange. «La separación (de la Falange)... del teniente coronel Rada, de los hermanos Ansaldo y de algunos otros que prefirieron seguir la bandera do la Restauración monárquica a la bandera de la Revolución Nationalsindicalista, se hizo de manera cordial y llena de respeto humano y mutuo afecto», certifica Sandoval en su famosa biografía de José Antonio, situando este hecho a caballo del 34 y el 36.

ASAR

Hay dos verbos del arte culinario que se alistaron en la legión de los terminachos militares: uno es asar y el otro es freír. Los dos significan lo mismo: batir duramente con fusilería, máquinas, morteros, artillería o aviación. Por regla general, se emplean más para referirse a las propias penas que a las del prójimo, de modo que es más corriente decir: «Nos estaban asando» que «Los asamos», o «Nos frieron vivos» que «Les freímos a base de bien». Son particularidades para las que difícilmente se encuentra explicación.

LEGIÓN CÓNDOR

Así se llamó aquella formación alemana que comenzó por ser un grupo de voluntarios y a lo largo de la guerra alcanzó la dimensión de una gran unidad. García Arias determina documentalmente que «en octubre de 1936 había ya en la España nacional algunas formaciones militares alemanas que no alcanzaban el total de quinientos hombres». Eran, en su mayoría, pilotos e instructores de aviación y artillería, así como especialistas que acompañaban el material vendido por Alemania al Ejército nacional. Un documento oficial alemán, citado por Bolloten, especifica que «el primer destacamento de carros blindados fue enviado en octubre de 1936. Consistía en Plana Mayor, dos compañías y una compañía de transportes, y además de tomar porte en la lucha, formó una escuela de Instrucción para españoles en el uso de los carros armados, cañones y lanzallamas». La fecha, que es la de salida, confirma el incremento que a partir de ese momento y hasta fin de año va a tener el número de voluntarios alemanes, así como la densidad de material, respondiendo de este modo al despliegue franco-soviético y mejicano. García Arias sigue así: «En noviembre, comenzarían a llegar contingentes de la Fuerza Aérea (de combate, caza y reconocimiento, así como destacamentos antiaéreos), que se elevaron antes de terminar el año 1936 —según el General Sperrle— a seis mil quinientos hombres».

Este es el origen de la Cónдор, que mandaron los generales Sander y Von Riehthofen. Usaban un uniforme caqui confeccionado —me imagino

— según la interpretación del uniforme español a través de un sastre prusiano. El gorro era muy parecido o igual al que años después popularizaría la *Wehrmacht* en todo el mundo. Se trajeron instructores de Infantería para las Academias de Provisionales, una mochila llena de canciones, excelentes aparatos de caza y bombardeo, el famoso «otto con otto», el paso «ciento catorce», el «tenderse» por tiempos y otras cosas así. Se dejaron algo más de trescientos muertos —cifra dada por Aznar—, y si se tiene en cuenta que realmente sólo combatieron en Aviación y antiaéreos y en muy pequeña proporción dentro del cuadro general del Ejército, esta cifra bien acredita, como dice Aznar, «el brío con que tomaron parte en el combate».

Fueron francamente queridos y estimados: eran gente seria, que vivía un tanto al margen de todo y que apenas se mezclaban en la vida española. A los que yo conocí les gustaban un disparate los huevos fritos y el vino de Málaga: incluso llegaban a comer huevos fritos generosamente regados con Málaga. Esto, para cualquiera de nosotros, era tan difícil de comprender como el alemán. Nacionalsocialistas sinceros en su mayoría, tenían prejuicios muy notables, por ejemplo, con la música, y fruncían el ceño ante la rumba, la carioca y otros adorables ritmos, a los que recusaban por negroides. Eran excelentes camaradas y las dos veces que les vi en Ávila marcar el paso de la oca me quedé turulato; solían hacerlo, al regresar de su trabajo de instructores en la Academia, unos metros antes de entrar en su acuartelamiento. Por entonces me dijo alguien que el paso de la oca era el de los antiguos Tercios españoles —de quienes lo habían aprendido los alemanes— y mi turulatismo subió de punto.

La Cóndor, pues, nace con aquellos pilotos que llegaron a Marruecos con los primeros «Junkers» comprados a Alemania. La imaginación meridional, allá a finales de 1936, encontró en la llegada de los germanos motivo para volar a gran altura. Lo mismo rojos que nacionales escuchaban, se decían, temían o deseaban al compás de una serie de rumores que ahora hacen partirse de risa a cualquiera, pero que entonces fueron tema de conversaciones muy serias, de graves pronósticos cafeteriles, de informaciones «de muy buena tinta».

Los bulos sobre el material alemán eran tremendos. Se hablaba de tanques que tendían puentes. La versión madrileña de estos carros está recogida por Fernández Arias cuando escribe que: «desarrollaban unos rieles, al modo de las escalas de los bomberos y que, en una distancia de cincuenta metros, podían colocarlas de una orilla a la otra del río, haciéndola correr, después, entre los rieles, una tela metálica, muy densa, que permitía, en pocos minutos, establecer un puente, sobre el que podían pasar tropas, cañones y tanques».

Se habla de tanques con velocidades de «Buggatti» y de cazas con posibilidades fantásticas, aunque no tantas como aquel que imaginó el autor de cierta comedia presentada a un concurso de la postguerra, una de cuyas acotaciones señalaba: «Entra un caza nacional por el balcón y sale por el otro». Muchos apacibles burgueses soñaron con aquel

prodigioso gas que se traían los de la Cóndor en el macuto; un gas que adormecería delicadamente al enemigo, de modo que se ganaría la guerra sin una sola baja. El gas-nana o gas-arrorró dio mucho que hablar en la Navidad de 1936. La primera vez que oí hablar de él fue a mediados o finales de noviembre, en Salamanca, en un café de la Plaza Mayor, y el que me lo decía «había bebido en muy buenas fuentes».

Fernando Fernández de Córdoba cuenta los rumores a que dio origen la llegada de las primeras instalaciones de Radio Nacional, y a su puntual testimonio me atengo para que nadie crea que exagero:

«La emisora se hallaba todavía en período de pruebas y la constituían siete camiones, sobre los cuales venía montada, incluso la antena, y que fueron Instalados en una explanada próxima al paseo de las Carmelitas, lindando con el frontón de San Bernardo, un viejo edificio, en el cual se construyeron los estudios. La estación era de procedencia alemana y había estado funcionando durante los Juegos Olímpicos celebrados en Berlín. Fue desembarcada en Vigo, y el paso de los camiones portadores por las carreteras gallegas, las cuales, en algunos puntos, hubo que ensanchar por el enorme tamaño de los mismos, atrajo sobre ella los más pintorescos y variados comentarios. Como se guardaba el más absoluto secreto sobre el material que transportaba e índole del mismo, la fantasía corrió libremente y las más absurdas suposiciones se forjaron. Había quien al ver la antena, que se recogía por un procedimiento parecido al de los catalejos marinos, y que venía montada sobre un dispositivo especial, dijo que aquél era un aparato que lanzaba unos rayos que incendiaban en el aire a los aviones y que, por lo tanto, de aquel aparato saldría la destrucción de la aviación enemiga.

«Otros aseguraban que se trataba de unos cañones potentísimos, de unas propiedades extraordinarias».

El genio arbitrista de la raza brilló como en pocos instantes de su historia, y sería un libro bien curioso aquel que recogiera todo el armamento que la imaginación española, a uno y otro lado, puso en el parque ruso y el alemán.

Los de la Cóndor tuvieron pocos incidentes —como sus primos ingleses see cocían en su propia salsa—, aunque desde luego alguno hubo, y bien sonado. Pero eran incidentes individuales, a veces por puntos de honor militar, a veces por ese ambiente de pelea que suele respirarse en los lugares de diversión más o menos próximos al frente. Hasta para lo que llamaríamos «prestaciones sentimentales» tenían sus propios despachos. Ruiz Ayúcar escribe: «Otro tanto a favor de los alemanes, era la mayor discreción con que trataban a las muchachas. En España se perdona a los extranjeros casi todo, menos la competencia en cuestión de mujeres. Los italianos parecía que habían venido a España más para hacer el amor en retaguardia que para luchar en el frente. Y tenían más éxito en lo primero que en lo segundo».

Esta es una evidente exageración —arrastrada popularmente desde lo de Guadalajara—, pero la verdad es que los italianos lucharon. Se lea veía más porque eran muchos más —y su Gobierno, desde luego, más generoso que el alemán— y porque estaban más cerca de nuestros modos, usos y costumbres. A un italiano le era fácil piropear a una chica; a un alemán le resultaba prácticamente imposible.

Los de la Cónдор nos dejaron un indudable gusto por el taconazo. Pero fueron responsables de más de una lesión en el tobillo al intentar seguirles en esta característica actividad tan propia de la disciplina prusiana. Una vez aprendido el truco, los celtíberos le sacábamos chispas al taconazo. En la Academia los propios monitores tudescos se admiraban de lo bien que lo hacía un tipo moreno, entre moro y judío.

El tipo, ya en confianza, se explicaba en la cantina:

—Los tengo locos. Creo que han enviado varios informes sobre mi taconazo al Estado Mayor de Hitler.

Y enseñaba unos pequeños refuerzos instrumentales con los que conseguía para cada uno de sus taconazos sonidos verdaderamente wagnerianos.

Los alemanes de la Cónдор levantaron oleadas de admiración y respeto. Algunas minorías —incluso dirigentes— llegaron al éxtasis. Los más acreditados representantes de estas minorías se hicieron partidarios de un sistema tan radicalmente prusiano, que en vista de que no lograron imponerlo, con una desilusión también romántica y germánica, dieron el pendulazo y pasaron al otro lado al cabo de los años. Si se repasan, por ejemplo, las listas de la Asociación Hispano-Germana, se encontrarán en ella nombres que hoy cobran subsidio norteamericano por ser rojos, otros que presumen de extremistas liberales, e incluso algunos que también figuran en la Asociación Hispano-Norteamericana, que así se llama, según creo; porque de esto no estoy seguro, ya que nunca pertencí ni a la una ni a la otra.

PUES QUE BIEN...

Muletilla que estuvo muy en boga. Se aplicaba a todo, y adquiría mayor estimación cuando rubricaba algo dicho en tono de humor de patíbulo, que era como entonces se llamaba a ese humor que ahora se llama negro, y que si hoy es pura retórica, en aquel tiempo era algo vivo, vital.

—Le envió a usted a la primera compañía —le soltaba un comandante a un estampillado que acababa de regresar a su unidad procedente del hospital—. Ha tenido siete bajas de oficial en quince días, tres muertos...

Y si el estampillado tenía confianza con el comandante, con la unidad y, en general, con la vida, sonreía diciendo;

—Pues qué bien, mi comandante.

«Era el timo de moda», se lee en *La fiel*. Me parece que *La Ametralladora* lo usó mucho, pero a estas alturas no podría jurarlo.

DOCKER

Barracón prefabricado que se usó mucho en la guerra de África. En nuestra guerra, no tanto. Viene aquí porque fue en uno de ellos donde se celebró la famosa junta de generales que decidió el nombramiento de Francisco Franco como jefe total del Movimiento: Generalísimo de los Ejércitos y Jefe del Estado español. Kindelán precisa que este histórico acontecimiento tuvo lugar «en un pequeño barracón de madera de cuatro por ocho metros, que servía de oficina de información en el aeródromo de San Fernando, amueblado con una gran mesa central y una docena de sillas y adornadas con mapas las paredes». El comandante de aquella base, instalada en una dehesa salmantina de Pérez Tabernero, era el comandante Lecea. Rindieron honores una centuria de Falange, un piquete del Requeté y una Compañía de Aviación.

Cuando se celebró el XXV Aniversario de la exaltación de Franco a la Jefatura del Estado, yo tuve la suerte de visitar aquel «docker», montado nuevamente en el mismo lugar en que estuvo un cuarto de siglo atrás. La verdad es que me comía el barracón con la mirada, acaso con ojos de don Bonito, y ustedes perdonen, pero así era. Alguien me dijo:

—No es el mismo. Veto a saber dónde estará ahora el original. Ni se sabe. Pero éste, más o menos, es igual.

Previsión histórica, las cosas como son, siempre nos ha faltado.

G.N.R

Bajo esta sigla se escondió aquella desdichada parte de la Guardia Civil que ayudó a los rojos. La sigla respondía a estas tres palabras: Guardia Nacional Republicana. «El primer paso significativo en la reorganización de las fuerzas de la Policía regular fue dado por el Gabinete Giral en 31 de agosto de 1936, con la promulgación de un decreto disponiendo la purga de la Guardia Civil, que desde aquel momento se denominaría Guardia Nacional Republicana», escribe Bolloten. Desapareció el tricornio y comenzó a usarse el gorro

cuartelero, según recuerda Gabriel Araceli, que añade: «Se le cambió su nombre por el más “democrático” de Guardia Nacional Republicana».

Manuel Goded, hijo y camarada de armas del general fusilado en Barcelona, sostiene en su libro *Un «faccioso» cien por cien*, que «naturalmente, hasta los mismos rojos les hicieron la justicia de quitarles el nombre de Guardia Civil». Sobre la dramática y traidora actuación del 19 Tercio de la Guardia Civil en las jornadas del Alzamiento en Barcelona escribe páginas tremendas, mojadas en sangre, pero a la vez serenas, distinguiendo perfectamente entre la Guardia Civil y determinados cobardes o traidores o pobres hombres rebasados por los acontecimientos. Goded dice que ante la activa y solapada defección del 19 Tercio sintió «la misma dolorosa emoción que debe sufrir un hijo, que devoto de su madre, a la que considera la representación de la pureza, en un momento de vértigo, descubre que la que le dio el ser es una prostituta vulgar».

Las páginas 60 a 67 de su libro, edición de Zaragoza, Talleres Heraldo, 1938, III Año Triunfal, contienen un juicio severísimo sobre aquel episodio y a él remito al curioso lector, no sin antes copiar este párrafo:

«¿Vosotros habéis visto alguna vez el cadáver de un cretino vicioso y enfermo? Se descompone en poquísimas horas; se hincha, se pone verde y azul y amarillo; hiede a pus desde diez metros, y da náuseas verlo y olerlo hasta al estómago más fuerte. Pues eso le pasó al famoso 19 Tercio a las cuarenta y ocho horas; si resucita el Duque de Ahumada, al verlos, se suicida. Destocadas las cabezas o con el tricornio en el cogote, desabrochadas las guerreras, al cuello pañuelos rojos, insignias comunistas o anarquistas sobre el pecho, ademanes de chulos baratos para todo y el puño en alto y la blasfemia en los labios a cada paso».

La verdadera Guardia Civil estaba en el Alcázar, en los pequeños y solitarios puestos donde se moría quemando el último cartucho, en el Santuario, en aquel capitán de Albacete, en cientos de guardias veteranos o jóvenes que caían de cara al enemigo de España, como aquel sargento y aquellos números de Calaceite.

F.A.I

La Federación Anarquista Ibérica, para los amigos y los enemigos, la FAI, sustantivizando la sigla, comienza su paradójica historia desde su misma etiqueta, porque federar anarquistas es tan gracioso como sistematizar el caos. El hecho de que formase tándem fraternal con los sindicalistas de la C.N.T. (Confederación Nacional del Trabajo) también entra a banderas desplegadas en el campo de lo paradójico. FAI-CNT, CNT-FAI, tanto monta, monta tanto, pesaron gravemente en el acontecer español; sus organizaciones eran fuertes; sus militantes, decididos; su presencia o su ausencia en los comicios decidían resultados electorales.

Su desdén por la política al uso, su desprecio por la maquinaria democrática y sus confusos deseos de renovación nacional, me cayeron siempre muy bien. Reconozco que antes de la guerra leí con verdadera pasión aquella especie de saga anarcosindicalista que escribió Ramón J. Sender, *Siete domingos rojos*, que además de una extraordinaria novela me parece un formidable reportaje sobre el alma de aquellas gentes.

No estoy al corriente de las interioridades CNT-FAI, pero es frecuente escuchar lamentaciones en orden al predicamento ejercido por la minoritaria FAI sobre la CNT: «Esta asociación sindicalista era un juguete en las manos de la FAI e instrumento de rebeliones, huelgas y atentados para la conquista del Estado. Fue una lástima esta desviación terrorífica del sindicalismo catalán», se lee en *Un muerto*. Nadie ignora las relaciones que existieron entre la Falange y los sindicalistas. Recuerdo un artículo de Miguel Primo de Rivera, publicado en *ABC*, en el que se hablaba de aquella especie de frente secreto falangista que José Antonio manejaba con un fichero. Miguel razonaba que algo muy profundo y conmovedor debía de estar pasando en España, cuando él encontró en aquel fichero dos nombres tan dispares como los de un aristócrata amigo suyo, montero, jugador de polo, de cuyo título no consigo hacer memoria, y el de Ángel Pestaña, líder sindicalista. Pero, en fin, este asunto no es de este libro.

La FAI cubrió con su bandera la victoria revolucionaria en buena parte de la zona amplísima que quedó del lado rojo. Aunque con sarcasmos feroces, así lo testifica incluso Jesús Hernández, que centra en Barcelona y Valencia los mayores núcleos faístas.

«Barcelona amaneció el 20 de julio roja y negra —escribe el antiguo ministro de Stalin en España—. Rojinegros los vagones de ferrocarril, los tranvías, los letreros de las tiendas, los taxis, las puertas de los cafés. Un delirio de banderas rojinegras en los autos, que quemaban ríos de gasolina. Banderas tatuadas de calaveras en los Ateneos libertarios, en las estaciones, en los barcos, en los pañuelos de la “militancia” y en los portales de los prostíbulos».

Se calla que en Madrid tuvieron también una enorme preponderancia y que gracias a ellos pudo la zona roja suplir con exceso de hombres los tremendos fallos de organización que provocó el desorden sistemático. CNT-FAI fue al Gobierno rojo lo que la densidad inmediata de voluntarios de Navarra fue al Estado Mayor del Alzamiento Nacional. La FAI impuso sus modos y maneras con rapidez, y los que iban tras ella chupando rueda se quejaron primero blandamente, con chistecitos, como aquel de traducir la sigla por Federación de Automóviles Imponentes, a causa de los muchos y buenos que se apropiaron los faístas, o la de la CNT por Carcas No Temáis, aludiendo así desde el lado marxista a la supuesta protección que los Cenetistas ofrecían a los hombres de la Falange y también a los de derechas. Las quejas acabaron en piquetes de ejecución.

Lo cierto es que la FAI tenía un tono celtíbero, profundamente español en su crueldad y en su generosidad, y que no se sometía a manipulaciones extranjeras. Fontana recuerda que la *Soli* de Barcelona era el diario más leído: señala como uno de los culpables del éxito a Ezequiel Endériz y sus crónicas desde el frente, y observa: «Endériz había estado en África, y tuvo cierta relación con Sanjurjo. Tanto en sus crónicas como en sus otros escritos políticos palpitaba algo indefinible, y quizá involuntario, que olía a nacional». En sus novelas de la guerra, Neville juega con frecuencia esta carta, y vemos cuatro sanguinarios anarquistas que luego son cuatro hermanos Paúles refugiados en el mono faísta. El tipo de Lara, el anarquista de *Las dos barajas*, de Ángel Ruiz Ayúcar, responde a una realidad, todo lo paradójica que se quiera, pero que se dio. Sánchez del Arco señala en sus crónicas de las operaciones de Castejón por Andalucía: «La vieja semilla de las rebeldías andaluzas tiene su expresión en los anarcosindicalistas, y para honor de estos militantes rojos, y porque es justo quede así reconocido, allí donde el anarcosindicalismo plantó su bandera, ha habido un mínimo de humanidad, ha flameado algo español.

»Las crueldades del Arahal están a cargo de ese conglomerado de la U.G.T. (fracción de Largo) y comunistas, españoles que dejaron de serlo alistándose en la bandera de Rusia».

Esto está escrito en las primeras semanas de la guerra y recogido en un libro que fue de los editados allá en el otoño de 1936 en zona nacional.

«¡Cállate, que nos van a conocer!», le dice un cenetista —según un chiste recogido por Tomás Borrás en la zona soviética— a un nacional que, harto de sufrir, busca la muerte acercándose a un grupo anarcosindicalista al grito de «¡Arriba España, viva Franco!». Todo esto responde a un clima más o menos difuso, seguramente exagerado con fines polémicos por los comunistas y sus aliados, pero que alguna base real tendría. La paradoja anarcosindicalista nadie puede negarla. «Antes me pego un tiro que llamarme ministro», cuenta César Falcón que dijo Juan López, «lleno de emoción tribunicia, en el mitin del Coliseum». Y luego hubo ministros anarquistas —¡y en Justicia, entre otras carteras!— y hasta traicionaron sus convicciones con ocasión de la purga de la primavera del 37. «Los anarquistas con las balanzas de la Ley, ¿qué le parece?», le dice un masón de Gironella a otro masón de Gironella. «Matar a Dios, si existiese, al calor de la revolución cuando el pueblo inflamado de odio justo se desborda, es una medida muy natural y muy humana», clamaba un ilustre anarcosindicalista, Peyró, y cuando murió el pobre Serafín Álvarez Quintero en los madriles del hambre, «Joaquín hizo guardia ante la cruz que protegía a su hermano, por primera vez decidido a lo extremo», como cuenta Borrás. La cruz no fue atacada por nadie. «El anarquista Melchor Rodríguez (que estaba allí), tipo delirante de fondo honrado, muy prepotente a la sazón, sentenció: “Si usted quiere la caja con Cristo, con Cristo irá”; y sacó la pistola». La única pistola dispuesta a defender a Cristo en 1ª zona roja era la de un anarquista, como anarquistas fueron los fusiles que lo fusilaron en el Cerro de los Ángeles. Lo cual no impedía ni dejaba de impedir que un

ministro anarcosindicalista se explayase así en un manifiesto: «El anatema general contra los mosqueteros con sotana y los requetés engendrados a la sombra de los confesonarios fue tomado tan al pie de la letra que se ha perseguido y exterminado a todos los sacerdotes y religiosos únicamente porque lo eran... La destrucción de la Iglesia es un acto de justicia».

El poderío anarcosindicalista fue inmenso. Con envidia manifiesta lo acusa Hernández: «Barcelona fue víctima de una incautación anarcosindicalista casi total. La CNT-FAI se apoderó del transporte, del comercio, de los teatros, de los cines, de la industria, de los hoteles, del puerto y de la frontera. El Gobierno de la Generalidad era un fantasma que, cuando pedía ayuda al Gobierno central, encontraba la desolación del señor Giral o la soberbia despectiva de Largo Caballero. La FAI exigía, con sus pistolas, en los despachos oficiales. Eso era realmente Barcelona en el verano de 1936: la víctima de un atraco inmenso, inaudito, a cargo de un ejército de pistoleros y de aventureros dispuestos a despojarla del último botón».

Loa celos por el botín arrancan, sin duda, esta póstuma lamentación, en la que nada se dice de la parte que los anarcosindicalistas tomaron en el aplastamiento de la rebelión nacional en Cataluña, cosa que Companys reconoció humildemente cuando Durruti y los Ascaso entraron en su despacho. Y eso que Companys no les podía ver, entre otras cosas, porque le resultaban excesivamente españoles. «Las organizaciones políticas y las centrales obreras celebraron una manifestación con grandes pancartas y transparentes en catalán —escribe Botella Pastor en su novela, a propósito de la toma de Teruel por los rojos—. Sólo los de la FAI, los más numerosos, se expresaban en castellano ganándose las simpatías de los no catalanes». La náusea que los anarcosindicalistas sentían hacia los separatismos les hacían coincidir con cualquier español decente de cualquier ideología.

Tampoco midió nunca Hernández la aportación anarcosindicalista a los frentes de combate, que él minimiza en cuanto puede, limitando a cuatro el número de divisiones propiamente faístas, la 25, la 28, la 14 y la 26, y a otras tres aquellas «con predominio anarquista», que según él eran la 70, la 65 y la 16. No lo sé, son Pláticas de familia.

Pudorosamente, Hernández se escandaliza con las prédicas y prácticas libertarias del amor libre, como si en su casa no cociesen habas.

«Los faístas practicaban el amor libre violando a las mujeres aterrorizadas. En Bujaraloz dejaron huellas sombrías de su “libertarismo” amoroso.

»El amor libre tenía diversas manifestaciones. En unas partes era una simple cuestión de violencia; en otras, como en Oliete, se trataba más bien del amor obligatorio. Las leyes libertarias establecían el matrimonio por trece días, provisionalmente. La conciencia de un hombre libre no permitía establecer, sin la “prueba”, vínculos más

duraderos. El resultado era que al cabo de trece días los cónyuges se separaban y contraían un nuevo enlace por otros trece días. El ensayo condujo a que muchas muchachas quedaron embarazadas, sin que nadie se determinara después a reconocer la paternidad del hijo».

Hernández, un virtuoso de la abstinencia, casi un «kostka» del buró central, no había leído, sin duda por penitencia, aquel salmo publicado en *Leviatán* para uso de marxistas: «Si la religión es el opio del pueblo, la moral sexual es su morfina. Renunciando las masas a estos dos narcóticos, conseguirán reavivar una cantidad enorme de energías para emplearlas para las banderas rojas». Lo cual, en cierto modo, era convertir las banderas rojas en toallitas. Parecía que bastaba con quitarse los pantalones para ganar la guerra y edificar el porvenir. Lo cierto es que las grandes revoluciones nunca se hacen sobre la cama. Y la cama, los anticonceptivos y el bidé formaban parte principal del escudo de armas de la ideología roja, sin distinción de tribus.

La paradoja CNT-FAI culmina en el episodio de la muerte de Durruti, atribuida, parece que con acopio de razones, a un famoso grupo faísta llamado de los «Vengadores». El crimen, según los anarquistas, va por cuenta de los askaris del Kremlin. Se dice que Durruti estaba a punto de pasar al comunismo, o muy propicio a entenderse demasiado bien con los comunistas. Esto no casa mucho con la idea, forzosamente primaria, que yo tengo de Durruti. Hemingway escribe que Durruti era un gran hombre «y (que) su propia gente lo fusiló en el puente de los Franceses, porque él les pedía que atacaran: lo mataron en la gloriosa disciplina de la indisciplina». Esta es la tesis comunista. Hernández se acoge a ella — cómo no, si entonces estaba en eso— y sitúa la muerte de Durruti, según datos de Eduardo Guzmán, anarquista, cerca de una casucha de ladrillo que era cantina de los trabajadores de la Universitaria. La versión Guzmán atribuye la muerte de Durruti a una bala salida del Clínico, punta de flecha nacional metida en Madrid; para Hernández la «bala del Clínico» salió de los fusiles de diez anarquistas que estaban agazapados tras la cantina y a los que Durruti había reprochado su cobardía. Claro que cuando Hernández no dispone del suficiente acopio de razones, datos o simples suposiciones, recurre a la imprecación y el insulto, mirando la confusa, bullente y tremenda humanidad de FAI-CNT con los ojos de un turista soviético en un tablao flamenco: «Originalidades de la técnica ácrata, en cuyos arcanos sólo pueden penetrar los preclaros intelectos de los “Hijos de Puta”, de los “Dinamita Cerebral”, de los “Sin ley”, de los “Incontrolados”, de los “Peripatéticos”, y añade en una nota entre sonriente y explicativa: «Nombres con los que se denominan a sí mismos los grupos específicos de la FAI».

Las taifas con sigla eran abundantes en la zona roja, y a base de ellas se vio en una pared del Ministerio de Hacienda lo que el ingenio madrileño podía obtener de aquella sopa de letras; es un hecho relatado por Borrás y que tiene gracia. He aquí el parte de la guerra de las letras:

F ue

u **R** ss

f **A** i

c **N** t

p **C**

p **O** um

El más cavernario de los derechistas españoles —y no faltan algunos con marca olímpica— no podría escribir jamás una catilinaria más sangrienta sobre el anarcosindicalismo nacional que la firmada por Jesús Hernández. Reconozco que este brutal ataque basta para que un hombre simplemente objetivo pueda mirar a los anarcosindicalistas con cierta benevolencia. Todo lo que ataca encarnizadamente el comunismo tiene alguna virtud. Personalmente siento hacia el anarcosindicalismo una curiosidad humana, política y literaria; veo en él una desesperada legión que la magia de un hombre —yo sé cuál— hubiera podido transformar en una fuerza radicalmente española. A veces pienso por qué misterioso designio fueron a caer asesinados en un mismo 20 de noviembre de 1936 dos hombres tan distintos como José Antonio y Buenaventura Durruti.

INFILTRARSE

Desde su clara significación militar deriva por extensión, como suele acaecer, hacia otros sentidos, siempre muy relacionados con la vida de la tropa. Hay quien se infiltra en una boda, en una fiesta, o en un guateque o en otros lugares. Tomás Salvador, en *División 250*, escribe: «Pero en Artillería se habían infiltrado muchos recomendados, muchos Langaricas, estudiantes de Derecho, escribientes, cobradores de facturas, etc., que en su vida sólo habían visto el caballo del lechero». Lo dice en vísperas de la marcha a través de Polonia, cuando muchos aprendieron lo que quería decir eso de hipomóvil. Un verdadero espectáculo: «Para ver a Langarica sacar de la cuadra al semoviente venía gente hasta del Campamento Sur», apunta con insolente suavidad el bueno de Tomás Salvador.

LA NEGRILLA

Nombre cariñoso con que los aviadores nuestros llamaban a la aviación alemana que, a través de la Legión Cóndor, tomó parte en nuestra guerra. A propósito de las celebraciones de Loreto en plena campaña, me escribía un ilustre aviador: «Asistía todo el mundo. La Aviación

Nacional, la “legionaria” y la “negrilla”; los compañeros de Tierra y Mar, las fuerzas vivas y las muertas... Una multitud».

La «legionaria» era el nombre de la aviación italiana. A los oficiales alemanes se les llamaba los «negrillos», con implacable lógica y cierta irreverencia por lo que al color de la raza aria respecta.

Hasta el momento no he conseguido averiguar la razón de este remoquete, ya que los amigos aviadores consultados tampoco tienen la menor idea.

ARRIGULAR

Por los años de nuestra contienda se decía mucho: «Esta guerra no la ganarán ni los buenos ni los malos; esta guerra la ganarán los regulares». Tampoco cabe la menor duda de que tan ingeniosa previsión era debida a la agudeza de cualquier «arrigular» europeo, probablemente oficial de uno de los muchos y buenos tabores que en España lucharon. La verdad histórica es que la guerra la ganaron los buenos, los malos, los regulares y los medianos, esto dando de lado la cuestión militar; y no dándola, es indudable que los Regulares tuvieron buena parte en la victoria.

Los Regulares ya traían de África una leyenda combatiente. Creo que los fundó don Dámaso Berenguer y que fue suya la idea de dotar a estas tropas con cierta fantasía en el vestuario, tanto porque la fantasía va bien a los marroquíes, como porque el general estaba convencido de que la estética también juega a la hora de pedir destino, y más si ese destino exige una copiosa dosis de decisión. Cuando los Regulares llegaron a ser lo que fueron, era más fácil —dentro de lo que cabe— pertenecer a Regulares, pero en los primeros tiempos resultaba un puro misterio y hasta para muchos un anticipado fracaso. Eran los tiempos de «el mejor moro, muerto».

El general Larrea, a quien Berenguer encargó de la organización de estas fuerzas, se consideró obligado a consultar con el padre de un joven oficial que aspiraba a alistarse en ellas: «Tu hijo acaba de presentármese. Está empeñado en ingresar en Regulares. Dime qué quieres que haga». La respuesta fue conforme al honor militar. De este modo ingresó en Regulares el primer oficial. Se llamaba Emilio Mola Vidal, y la anécdota se la debemos a la buena memoria de Iribarren.

Había que estar alerta. Los moros cambiaban de frente con una desenvoltura escalofriante; cobraban lo que fuese —a ser posible en plata— y se llevaban el fusil al otro lado. Eran ligeros como sombras. Mola recuerda: «Dormíamos sin dejar de la mano la pistola y con un ojo abierto, como suele decirse, y como cuentan que Santa Cruz dormía». La oficialidad tenía que jugarse el bigote para ganar prestigio ante

aquella gente todavía incierta. Se la metieron en el bolsillo; los que quedaron vivos, claro.

He oído contar que Berenguer observó un mayor número de solicitudes para el ingreso en las Fuerzas Indígenas Regulares, cuando aclaró algunos detalles de indumentaria. No me extrañaría. Nadie ignora que en nuestra guerra el tarbús, la chilaba, la gorra con el plato rojo —o verde de las mehalas— y el suljan, ejercieron su atractivo entre los más lanzados de los jóvenes, así como la aventura de mandar moros; Antinea tenía la cara y el cuerpo de Brigitte Helm y los *Tres lanceros bengalíes* habían tocado a fondo los corazones adolescentes; todo esto, claro, asentado sobre la base fundamental, que era la de entender perfecta y activamente las razones de la guerra. Sender cuenta en *Imán*, la novela del desastre del 21: «Han caído varios amigos de Viance; aquel que quería pasar a Regulares porque cobran 2,60 diarias y llevan un fajín azul».

También el general Mola toca este tema, aunque con mayor lógica y exactitud, cuando dice que de nuestro soldado se obtiene lo que se quiere «si quien le manda sabe mandarle y, sobre todo, si tiene autoridad para mandarle. Es esta la razón por la cual aquellos “paisas” que todos cuantos pasamos por África conocimos obedientes, sufridos y resignados, las más de las veces sentándoles el fusil como a una princesa la escoba, pálidos en las reservas, les veíamos convertirse en valientes regulares y bravos legionarios, superando siempre en bizarría a los reputados indígenas, tan pronto cambiaban la descolorida boina o el alicaído sombrero por el tarbús de larga fantasía o el gorro isabelino de graciosa borlita. No eran estas prendas las que operaban el milagro de convertir un inofensivo pipiolo, devorador de “trompitos”, en un buen soldado, sino el oficial de la sección, el capitán de la Compañía, el jefe..., sobre todo, ¡el jefe!».

Jovencitos o chivanis destacaban por su astucia y por una especie de vocación telúrica para el combate. Eran sobrios, al menos mientras fuese necesario serlo, y con un puñado de higos o unas cebollas en la capucha de la chilaba, podían pasarse las horas muertas al acecho, aparentemente dormidos, pero con la fusila lista, mucho visor por ojo y una puntería endiablada. Para ponerles contentos había que cantar los loores de su puntería. Los expertos —es un decir— decían que eran mejores tropas de ataque que de defensa. Que había en ellos una cierta tendencia a la desmoralización, muy peligrosa, y que por eso sus oficiales tenían que ser de primerísima calidad. Un viejo amigo —A.R.A.G.— me contaba su debut con una mehala tumbada en un pinar, patas arriba, esperando el tiritito mollar que los devolviese a la retaguardia. El jarabe de estaca —noblemente apreciado si se aplicaba con justicia— les volvió a la razón. Asenjo, que los conoció en África, comenta al ver caer un moro de la jarca amiga: «Lo traían entre diez o doce moros, que son muy humanitarios cuando se trata de escurrir el bulto y separarse de la guerrilla». Al tono de humor de Asenjo hay que añadir la íntima competencia que siempre ha existido entre regulares y legionarios. Asenjo era legionario.

Su vista era de gato, y con ellos cerca se podía dormir tranquilamente. Los típicos fregaos nocturnos, nerviosos, se extinguían como una ola mansa al pie de las posiciones que ocupaban, en mi división, los Tiradores de Ifni, variante especial y geográfica de los regulares: «morazos de tez más oscura..., más creyentes y más alborotados; más moros, en una palabra», según Caveró. Ayúcar describe así a los regulares: «Eran buenos mozos, altos y espigados, en los que lo primero que se veía eran las ridículas bolsas que les formaban por detrás los pantalones, colgándoles hasta las rodillas, a pesar de lo cual parecían tan contentos» (Vid. ZARAGÜELLES.) Peter Kemp los nota más menudos, quizá partiendo de su propia estatura: «Eran hombrecillos felices y rientes, algunos de tez más clara que la mía y uno de ellos pelirrojo. Pronto se convirtieron en amigos nuestros y nos tratan vasos de té con menta». Eran corteses, de voz aguda, ceremoniosos con frecuencia, de gran capacidad maniobrera e intuición militar. Cuando les convenía se transformaban en pedazos del propio terreno de combate. Asenjo se fijó muy bien en ello durante su campaña africana: «El moro parece muchas veces que es un accidente más del propio terreno. Se ata a la cabeza ramaje que arranca de sus observatorios, y con ella se cubre de nuestra mirada».

Toda la melancólica y desgachada solemnidad de su paso de desfile se transformaba en relámpago a la hora del ataque. Se lanzaban «en vertiginosa carrera —anota Caveró—, inverosímilmente agachados sobre el terreno; dando la sensación de que corrían con el vientre pegado al suelo y que sobre aquella teoría de multicolores chilabas volaban unas babuchas».

Canturreaban salmos coránicos, oraciones suyas, y muchas veces atacaban rezando y cantando, por donde se demostraba que aquello de «a Dios rogando y con el mazo dando», tanto puede ser un refrán católico como mahometano, porque sus cánticos, oraciones y gritos eran tan eficaces, en cuanto a utilidad militar se refiere, como pudiera serlo una excelente base de fuego. A César Falcón se le escapa, con permiso del Agitprop, esta afirmación: «El alarido ensordecedor de mil moros al ataque sobrecoge más a los milicianos que las ráfagas de las ametralladoras». Que es lo que nos contaba a un grupo de amigos, en Talavera de la Reina, el capitán Aguirre, llamado por sus íntimos «el Pichi»:

—Chicos, hasta aquí hemos venido pegando gritos...

Y su comandante, que era Rodrigo, sonreía y afirmaba. Los dos estaban heridos.

Su lenguaje pintoresco, su castellano *hassani*, conmovieron un tanto a todos, y se puso de moda dárselas de horas de vuelo con el tic de intercalar expresiones de su jerga en mitad de la conversación: el chauchau, el suai-suai, el saber manera, la fusila loca, el pájaro tontón...

En cualquier parte se oye decir gualo, nada; baracalofi, gracias; inchalá; misiano, bueno, valiente; jaudulilá, gracias a Dios, que aproveche, de salud sirva, y cosas así. Hay quien las confunde con buena intención y puede que por seguir la tradición me paso a mí tres cuartos de lo mismo. Los que saben decir seguido «arrojo serual utá», o sea, rojo calzones caídos, creen que Asín Palacios y García Gómez son dos analfabetos, y no es extraño oír juicios estéticos, al paso de una chavala, expresados discretamente en árabe: «Vaya cofita misiana, guapa».

Por cierto que el pájaro tontón impresionó mucho a los primeros regulares que inauguraron el puente aéreo entre el Protectorado y la Península, hasta el punto de que fue necesario el prestigio mágico de la oficialidad para conseguir que embarcasen. Luego, lo que son las cosas, les gustó, y uno de aquellos «arrigulares» le decía a su oficial:

—Tiniente, pájaro tontón estar mejor que «Valensiana...»

«La Valenciana» era una famosa empresa de autobuses de nuestra zona marroquí.

Esta jerga de los «arrigulares» ilusionaba a muchos, que creían enriquecida su cultura con un idioma de porvenir. Neville recuerda un caso: «Entre los moros y aquel oficial, que habla hecho su carrera en África, había una entrañable relación, y entre unos y otros habían inventado un idioma que Salmerón creía que era árabe y los moros español; pero que, en todo caso, les servía para entenderse».

Se contaba de un provisional que quiso apuntarse a no sé qué mejora, para acceder a la cual había que demostrar el conocimiento del árabe. Los exámenes fueron eminentemente prácticos, de modo que en el zoco más próximo a la posición, el examinador le dijo:

—Venga, póngase a hablar con ese moro.

Y el provisional se le acercó muy dignamente y con pronunciación perfecta le espetó:

—Eh, paisa, ¡tú vender güivos?

¿Quién no sabía llamar lalla, o sea, santa, a su enfermera? El día 16 de septiembre de 1936 se lee en un titular de *Arriba España* de Pamplona: «Los moros se quejan de que “los rojos estar gallinas”».

Los moros, los morancos, los morárganos, los moracos, los mojamés, los jamidos, caen bien, y también los pinchitos ensartados al estilo de los riñones a *la broche*, pero mejores, el cuscús y el té. Sin embargo, no hay objetividad en este mundo; las mismas virtudes que se ensalzan en zona nacional, son ferozmente atacadas como vicios desde la zona roja, de modo que Matilde de la Torre, una diputada marxista, escribe en *El*

Socialista quejándose de la traidora condición de los regulares, que atacan de noche, cuando la gente descansa de las fatigas de una larga y ardiente jornada. Es risible, pero antes de reírse convendrá recordar que nuestra prensa puso de chupa y dómine a los marinos rojos porque después de atacar con éxito al «Balears», salieron zumbando hacia casita, la misión cumplida. Peter Kemp señala que «la Prensa nacionalista fue algo ingenua al imprecuar a los destructores enemigos por “huir cobardemente entre la oscuridad”, después de lanzar sus torpedos». Reconozcamos que la señora De la Torre estaba en mejores condiciones de ser ingenua, que la Prensa nacional. Hay que cargar con las propias culpas.

Los regulares atravesaban un momento de gran popularidad, y de exaltarle se encargaban los mismos muchachos que iban a ponerse al frente de sus secciones. Los lereles cambian de orientación según quien los entone, de modo que los regulares hablan muy bien de ellos —«todos los regulares, leré, leré»— y algo peor de los de las mehalas y bastante peor de los del Tercio. Los del Tercio hacen lo mismo con regulares y mehalas, y otro tanto los de las mehalas con regulares y el Tercio. También los Tiradores se apuntan a la rueda de alabanzas e imprecaciones. Se canta por todo lo alto. Aquella guerra fue muy cantada. Quizá la última guerra cantada que conozca el mundo:

Los regulares son gente fina;

lo mismo beben peleón que gasolina.

Los regulares son gente bruta...

Renuncio a la similitud propuesta por la copla —con música de *Facceta nera*— y que cada cual haga funcionar su memoria o su imaginación. Es un caso más sencillo de resolver que cualquier damerama, y de juego de damas se trata.

La gloria de los tabores llamaba a la juventud de España, y ésta acudía con generosidad. También aquella radical diferencia, aquel exotismo de nuba, de jaita y atambor, de colores y vestimentas, de fantasía y de tono, atraía a la buena gente. Arrebatado de entusiasmo me contaba un amigo sus primeras impresiones:

—De verdad, Rafa, es un mundo distinto hasta en la manera de mear.

Y tenía razón. Por la manera de hacer pis descubrieron, cuando la guerra de Marruecos, a un oficial nuestro que se había metido en terreno enemigo disfrazado de cabileño.

Como aquí no se trata de hacer la gloriosa historia de los Regulares —¡y cómo me gustaría escribir alguna vez la Historia de las Fuerzas de Choque!— basta con apuntar esos sueltos recuerdos que le llegan a uno como una bandada de viejas tarjetas postales; aquellos dos moros, uno chivani y el otro casi un niño, que pasaban bajo el arco burgalés de

Santa María, cogiditos de la mano, y a los que veíamos con asombro, porque eran los primeros de nuestra vida, sin que nos cantase al oído el escepticismo de Sender: «Van agarrados, no porque se estimen, sino para tranquilizarse sabiendo que ninguno de los dos será robado por el otro en un descuido». La fastuosa cacería de conejos que organizó P.B. en Somosierra para honrar con una comilona al primer tabor que cayó por allí, que, por cierto, no llegó a operar, no pasó de Cerezo; al obsequio de mi amigo y camarada respondieron los indígenas con un desdeñoso: «Moro no matar, moro no comer», y mi aspeado compadre, que había trabajado lo suyo en aquello, hubo de replicarles de un modo eficaz, sonoro y muy poco protocolario, que aún se recuerda al pie del histórico Puerto.

Los moros y los borregos, sus borregos, en caravanas casi bíblicas, y aquellas latas de carne que al decir de los entendidos llevaban un letrero en el que se leía: «Este carnero fue sacrificado por tal y tal mirando hacia la Meca», y el misterioso poblado de Arroyo Molinos, donde el mando montó «un café moruno, en el que bailan y cantan mujeres de la raza Árabe y donde se sirve un té maravillosamente perfumado con hierbabuena de las orillas del Manzanares». El café cantante era, como todos los cafés cantantes, algo más que un café cantante. Estaba prohibida la entrada a los europeos y creo que solamente fue violada esta norma por un camión de Altavoces del Frente que se arriesgó a una especie de razzia sentimental, penetrando en el poblado con el truco de ir derramando música moruna a todo pasto. La acampada de los indígenas en la plaza de Talavera de la Reina, donde murió Joselito, y en cuya enfermería despanzuraban los borregos suyos de cada día.

Un té con hierbabuena a la atardecida helada, en el gris noviembre de Madrid, amparados en un bardal desmochado, mientras un «arrigular» le declaraba a mi compañero, sobrino del famoso González Tablas: «Mizziano tiniente coronel, mizziano tu tío». Aquellos regulares que se emborrachaban decorosamente en un tugurio de Talavera, que bebían copitas de coñac y de anís dulce con una solemne parsimonia, casi con el mismo deleite con que hubiera tomado su sorbete, si el tomarlo fuese pecado, la arquetípica marquesa del XVIII.

(A los árabes andaluces les debió de gustar el chateo, y hay muestras de que le buscaron las vueltas al Corán con tal de no privarse de la vinacha. Puede que eso sea más corriente de lo que parece entre los hidalgos del turbante. El propio Solimán el Magnífico, haciendo oídos sordos a la prohibición coránica, le daba bien al Tokay, quizá porque era un vino húngaro y como tal, enemigo, y habla que aniquilarle sus bienes al contrario, como decía en tiempo de la guerra, y también cuando el acoso a España, un sujeto que justificaba así su vocación por determinadas marcas de tabaco rubio. El Profeta había proclamado que la bebida es la madre de todos los vicios, pero el poeta Hafiz retrucaba: «Esta madre de todos los vicios se nos antoja más dulce que el beso de una doncella». ¿De dónde viene lo de pescar una turca? En aquel tugurio de Talavera fue donde se propuso un pacto hispano-moro por el

cual ellos se comprometiesen a empinar el codo y nosotros, en justa compensación, a adoptar la poligamia; pero la cosa no cuajó, al menos oficialmente. Fue una lástima.)

Y aquel moro que llevaba auestas una máquina de coser entre un montón de ruinas que desventraba a diario la artillería, y aquel otro que vendía dos máquinas fotográficas: una vieja, descomunal y destartada «Kodak» de cajón, y una «Leika» último modelo; la «Leika» se la quitó de encima por cinco duros de plata y la «Kodak», como la veía tan grande, pedía un precio tan exorbitante que a estas horas calculo que, si 110 le enterraron con ella, aún seguirá intentando vender el cacharro. Sentían hacia su pequeño botín un amor desafortunado, y en *La soledad de Alcuneza* se lee este episodio:

«Atravesamos por entre las camillas. Había muchos moros. Uno, con una pierna totalmente destrozada, el turbante medio caído, rezaba su rosario entre ayes:

»—Ya Allah, ya Rasul Allah.

»Mientras rezaba su letanía, miraba un saco, que vigilaba sin cesar para que no se lo quitasen.

»Otro, con un pacazo en el vientre, no podía ver el suyo porque lo tenía debajo de su camilla. Al pasar a su lado, me dijo:

»—Teniente, tú mirar si yo tener saco debajo.

»Le tranquilicé sobre el cabal estado de sus propiedades. Sus ojos se animaron un instante».

Y los zocos vecinos al frente (Vid. ZOCO), servidos por extraños mojamés, a veces desertores, distraídos o retrasados de los tabores. Y aquella errata de un periódico de Zaragoza en su sección religiosa: «A las siete, en La Seo, las cuarenta moras», y aquel morángano que le explicaba a su oficial:

—Saragosa estar güina kabila...

Y los dulces que preparaban —hubo quien se alistó en Regulares por la repostería— y los pinchitos, picantes, abrasadores, anticoránicos, y los gritos y las canciones. Hace poco me apuntaron la letra de una con la que comenzaron la guerra:

Voluntaria llegó, voluntario llegó,

voluntario llegó «Ciudad de Mahón»,

¡viva Franco y olé!

Y aquel verso de Paco Vighi:

... La noche es capitán de Regulares,
media luna y tres estrellas.

Y su delicada, tierna y feroz devoción hacia las gallinas. Una de las veces que Ismael Herráiz, con el tarbús, la chilaba y la cachava — estrella de alférez en pecho— pasó por Zaragoza, José Pla, el gran periodista y escritor catalán, mordido de ausencias natales, le suplicaba:

—Hombre, Herráiz, dense ustedes una vueltecita por el Ampurdán con su tabor. Aunque no quede una gallina, Herráiz, aunque nos dejen sin una sola gallina...

¡Qué tiempos aquellos, eh, señor Pla!

GUDARI

Palabra vasca que quiere decir guerrero. Los gударis fueron los guerreros, los soldados de Euzkadi; el Ejército, en su sentido orgánico, y también como equivalente de tropa, se llamó *Gudarozte*. No es extraño que —en *Checas de Madrid*, de Tomás Borrás— un rogelio madrileño, castizales y cainita, se pitorrease del vocablo, que a él le sonaba raro y familiar a un tiempo: «Esto es la gudarostia, que le dicen los vascos...».

Los gударis, a su vez, tuvieron origen en los *mendigoitzales* o montañeros, aficionados a subir montes, primer núcleo de la organización paramilitar de los catolicarras. Sus intenciones primitivas no se inclinaban al secesionismo, o al menos las disimulaban. En el *Euzkadi* de Ramón Sierra se dan a conocer los contactos que buscaron con el general Orgaz, allá en los meses iniciales de la República, para ofrecerle cuadros de mendigoitzales y hasta solicitar oficiales del Ejército español para su debido entrenamiento. ¡Las vueltas que da el mundo!

Los gударis fueron buenos soldados. Sus contraataques se hicieron famosos en la campaña de Vizcaya. Los veteranos del Norte hablan de ellos con noble respeto militar, y lo mismo sus aliados, por lo menos hasta el momento de la derrota, en que todo se tornaron depreciaciones de su coraje. «El frente de Vizcaya —llega a decir un escritor socialista— estuvo defendido de verdad por milicianos de Asturias, de Santander y de otras provincias, mientras los nacionalistas vascos se entretenían en jugar con su Estatuto, sin comprender el verdadero sentido de la guerra y de la revolución». Este es un claro ejemplo de literatura menospreciante, del que tampoco faltan casos en el bando nacional, como puede comprobar quien lea lo que sigue: «¿Es indomable el

vasco? se pregunta un ilustre escritor, sin duda un tanto arrebatado por las circunstancias del momento—. Yo pienso que no, que el vasco es el español más domeñable y más flojo. Es decir, que no es hombre de guerra. Estos “gudaris” han dado un resultado lamentable como guerreros». Lo cual no dejaba de ser un argumento un tanto extraño precisamente en el momento en que los muchos vascos que mandaba Solchaga en las Brigadas de Navarra demostraban lo excelentes soldados que eran.

Cossío los ve «buenos mozos, fuertes y arrogantes» y Valiño opina que «los nacionalistas vascos, fuera de Euzkadi, pierden todo su valor combativo». Al derrumbarse la Gudarozte hubo prisioneros por millares, hasta tal punto que la palabra gudari se hizo, para muchos, sinónimo de prisionero. En este sentido la emplea Manfredi: «Pero para entonces Justino estarla ya vestido de “gudari”, arreglando la carretera de Talayera de la Reina». Eran contradictorios y algo en su interior no marchaba demasiado armónicamente. El «Tebib» cuenta de uno que se suicidó por no gritar ¡viva España! y Armiñán refiere cómo «se entregaron tres batallones y saludaron a la bandera nacional al grito de «¡Viva España!», justo a la entrada de Bilbao. Steer, corresponsal del *Times* inglés en Vizcaya, en su libro *The tree of Gernika*, cuenta que el jefe del Estado Mayor vasco, coronel Montaud, le decía:

«—Nuestros campesinos, si quiere usted oír la verdad, están de corazón más con el enemigo que con nosotros».

Liquidada la guerra en el Norte, bacantes gudaris fueron incorporados a unidades nacionales combatientes, donde no lo hicieron nada de mal. Entre la escuadra protagonista de *Se ha ocupado el kilómetro 6* figura un tal Valentín, gudari, llamado mamá Valentín por sus camaradas a causa de su generoso corazón. Valentín muere por España en el Santiago del Ebro.

Los gudaris dieron nombre a un pantalón militar, el pantalón gudari, que era algo así como una especie de pantalón noruego. Los combatientes del Norte lo usaron mucho, singularmente los requetés, y terminó siendo adoptado por el Tercio, ya en tiempos de Teruel, donde, por cierto, se creó una mala situación a nuestras tropas como consecuencia de la desertión de algún gudari. «Abroché sus pantalones de “gudari” sobre la caña de las botas», escribe Juan Cepas, dando fe de la popularidad de aquella expresión relativa a asuntos de indumentaria.

Gudari quedó también incorporado al vocabulario como sinónimo de rojo, y aún hoy se oye decir de cuando en cuando:

—Menudo gudari está hecho ese sujeto...

Aunque el sujeto sea de los alrededores de Sevilla o de cualquier otro lugar tan maketo como el que acaba de citarse.

RETIRADO

Sobre su natural significado, se llamó así en tiempos de la II República, por extensión política, al militar profesional acogido a la famosa Ley de Azaña, especie de puente de plata —más bien de calderilla— con el que nuestro reformador quiso eliminar obstáculos. La mayor parte de los que entonces se retiraron lo hicieron por bien nobles razones de lealtad hacia la Monarquía —ridículamente dimitida— o por gusto o conveniencia personal. Galinsoga y Franco Salgado recuerdan en *Centinela de Occidente* la respuesta que Franco dio a quienes le consultaron sobre el caso:

«—Haga usted lo que entienda que le conviene más, pero no olvide que el militar sirve a su Patria por encima de toda otra consideración y, por tanto, puede serle mucho más útil dentro del Ejército que abandonándolo cuando deja las armas».

Giménez Caballero escribió palabras muy hermosas sobre los retirados y su misión. Llamó al retirado «estampillado profesional».

KATIUSKAS

No tienen nada que ver con la guerra, pero este tipo de bota femenina estuvo muy de moda entonces, aunque ya venía arrastrada de la última *saison* republicana. Eran botas de tipo ruso, impermeables, y hacían bonitas todas las piernas femeninas, como ahora pasa con las *scooters*. ¿Ustedes han visto alguna mujer que tenga las piernas feas, al menos mientras va montada en una «Vespa»? A mí me parece que tomaron su nombre de aquella zarzuela de Sorozábal que se titulaba precisamente *Katiuska*, y que trajo cosacos, comisarios, princesas y aires vascongados —vestidos de rusos— a nuestros escenarios.

Hubo sus más y sus menos en orden a la interpretación política de las katiuskas. Veán, por ejemplo: «Empezaba a caer una ligera llovizna — describe Ruiz Ayúcar—. Se cruzaron con un grupo de muchachas vestidas con faldas acampanadas y botas “katiuskas” que se cubrían la cabeza con un pañuelo atado al cuello.

»—Fíjate —comentó Paloma (a Lara, doble agente de información)—. Ni siquiera en la moda acertamos. Nuestras chicas se visten como las campesinas rusas».

La frase fue pronunciada en San Sebastián, ya con la guerra próxima al fin.

MORIDERO

Lugar de morir, que lo mismo puede ser una posición comprometida, que un frente de mucho hule, que el cuarto del hospital adonde se lleva a los moribundos; o simplemente, el espacio acotado por un biombo en la sala general y dentro del cual queda la cama del que agoniza. Nicuesa, cuando luchaba y colonizaba en el Caribe, solía decir a sus subordinados: «Andá, íos al moridero», que lo mismo era un combate que el trabajo de alzar la colonia de Nombre de Dios. Cuando se emplea la palabra «matadero» ya se sabe que se alude solamente al frente. En una novela de nuestra guerra se lee: «Llevaron un enfermo de la sala general al moridero, un cuarto individual, tabique con tabique respecto al suyo. Tres horas le duró el vecino».

CIENTOCATORCE

Este fue al paso de las Academias de Alféreces Provisionales de Infantería; era un paso de buen ritmo, diríamos que sin prisa y sin pausa. Exactamente, ciento catorce pasos por minuto. Con él se midieron muchas canciones autóctonas y otras importadas y hasta nacionalizadas. «Habían pasado días enteros cantando y marcando el paso hasta dominar el “cientocatorce”» se lee en *La fiel*.

Todavía hay quien se canta el cientocatorce para mantenerse erguido y acompasado frente a la adversidad o el peligro. Lo escribo todo junto por la misma razón que así lo hice con carreramar. Cosas del pájaro intercostal.

BIGOTE FASCISTA

Los rojos de la anteguerra la tomaron con la corbata hasta tal punto que el hecho de llevarla podía ser origen de un atentado. Bato resulta absurdo visto desde el día de hoy, cuando la corbata la llevan o no la llevan los hombres de todas las clases sociales según la moda, la estación o el gusto personal. Pero así fue, por desgracia, y al historiador no le queda otro remedio que reseñarlo. Pues algo parecido ocurrió con el bigote. Hubo un bigote que se consideró fascista y el cargar con él suponía el mismo riesgo que vestir de legionario, de falangista o de requeté en las calles de Madrid durante la guerra. Se condenaba a muerte por navarro, por suscriptor del *ABC*, por católico, por usar corbata o por ornamentarse el labio superior con un bigotillo. Miquelarena (*Cómo fui ejecutado en Madrid*) da una lista de cincuenta apabullantes y contradictorias razones rojas que comportaban, más o menos automáticamente, la pena de muerte. Entre ellas no figura la de

poseer un bigote fascista, lo cual quiere decir que se quedó corto. De todos modos, las cosas como son, no les faltaba algún argumento a los rojillos, porque el mismo Juan Aparicio habla del bigote como un distintivo capilar de la quinta del SEU. Las señas, pues, son mortales. O lo fueron. Fernando Fernández de Córdoba testifica: «Alberto Martín Fernández, “Spectator”, a quien los aficionados al deporte conocíamos por “Juan Deportista”, es alto, fuerte, usa gafas y en el labio superior un bigotito recortado, que los marxistas denominaban “fascista”».

VIUDAS

Aparatos rojos, creo que de caza; pero no aseguro nada. En asuntos de aviación me siento pez, y ni siquiera de hidros entiendo. Gironella escribe: «David se estremeció al oír que los aviones agrupados y negros eran llamados “las viudas”». David era un rojo de Gerona.

CAMISA VIEJA

Manera de señalar a los falangistas de antes de la guerra. Incluso hay una fecha tope que cae hacia el 16 de febrero de 1936, data de las elecciones que dieron paso a la contienda, y que marca el límite cronológico de los camisas viejas con los camisas nuevas. En el fondo, todo esto es arqueología, porque lo importante no es ser camisa vieja o nueva, sino camisa permanente, y de esos —¡ay!— van quedando menos de los que era de esperar y más de los que espera el enemigo.

José Antonio Cortázar, oficial del Tercio, escribió un estupendo libro de poemas titulado *Poesía legionaria*. Séame permitido que sus versos, escritos con la noble mano de arrojar las bombas Laffite, vengán a autorizar una expresión ya sellada por el hábito coloquial e incluso el oficial. En la *Oración por los muertos de la Bandera de Castilla* se lee esta emocionante estrofa:

¡Camisas Viejas, muertos del Jarama

bajo la angustia de los olivares!

¡Arriba, en pie, que la Falange os llama

a una empresa de espadas y cantares!

Y en el *Romance del río Jarama* se canta también a la Vieja Guardia — otro modo de designar a los camisas viejas— con estos limpios octosílabos:

¡Los mejores de Castilla
han caído en el Jarama
con cinco flechas al pecho
y una flor en la mirada!
¡Verdes olivares largos!
¡Velad sus tumbas rosadas
que allí, esperando el relevo,
descansa la Vieja Guardia!

La Vieja Guardia, los camisas viejas, muertos o vivos, del cuartel de la Montaña al río Wolchow, desde la ilusión al desengaño, todavía, gracias a Dios, permanecen en pie. Su lema podría ser aquel verso inmortal:

Dar el alma y la vida a un desengaño.

DAR EL CALLO

Equivalente a dar la cara. Hay variantes: como, por ejemplo, dar el morro o dar la jeta. La cuestión es quitarle importancia a algo que, en definitiva, sí que la tiene: morir. Ahora se utiliza también con un sentido laboral. «Caspé asintió —escribe Tomás Salvador—. Empezaba a creer que ni llegarían vivos al amanecer. Aunque, bien mirado, peor lo pasaría la sección que estaba dando el callo».

U. M. E

Sigla de Unión Militar Española. Al parecer, fue fundada cuando la disparatada «trituration» del Ejército se dejó sentir de un modo efectivo. Vigón describe su nacimiento: «De otra parte, los esfuerzos para crear una coherente opinión militar adversa al régimen (la II República), consiguieron, por lo menos, dar un rótulo común a los discrepantes. Poco más que un rótulo, en efecto, era en aquel momento la Unión Militar Española (U. M. E.), cuya actividad denunciaban de cuando en cuando algunas hojas volanderas».

No estoy en condiciones de saber quiénes fueron sus organizadores, ni en todo caso éste sería el lugar apropiado para investigarlo, pero

popularmente se atribuye mucha influencia en sus orígenes a dos distinguidos jefes del Ejército: Valentín Galarza y Barba.

En la carta que Franco dirigió desde Canarias a Casares Quiroga, con fecha 23 de junio de 1936, se alude a esta organización y a su réplica gubernamental, la U.M.R., o sea, la Unión Militar Republicana, sobre la que naturalmente ejercía control el propio Casares, a la sazón Presidente del Consejo y Ministro de la Guerra: «Los escritos que clandestinamente aparecen con las iniciales de U.M.E. y U.M.R. son síntomas evidentes de su existencia (se refiere a la existencia práctica de unas renovadas Juntas Militares) y anunciadores de futuras luchas civiles, si no se procura evitarlas, cosa que considero fácil con providencias de equidad y de justicia».

Lo que ocurre es que Casares Quiroga, beligerante contra media nació —por lo menos— no estaba por la paz. Los pacifistas oficiales raramente están por la paz cuando creen que tienen el triunfo en la mano. Y éste era el caso de Casares Quiroga.

Burnett Bolloten documenta ampliamente un hecho singular: Miaja y Rojo, destacados jefes militares del Ejército comunista, pertenecían a la U.M.E. Al iniciarse el Alzamiento, Miaja se ocupó personalmente de «raptar» las pruebas que obraban en este sentido en la Dirección General de Seguridad. Miaja acababa de ser nombrado —por menos de veinticuatro horas— Ministro de la Guerra en el gabinete Martínez Barrios, que intentó paralizar la ofensiva nacional, y que de hecho consiguió sus propósitos en Valencia y Málaga, donde el general Patxot, dueño ya de la calle, se rindió al canto de sirena del inefable don Diego. Pagó con su vida. Arrebatada, claro, por los secuaces del citado don Diego. Conviene decirlo, para que no nos lo carguen a los nacionales, según costumbre poco menos que histórica en esta clase de asuntos.

Hubo también, ya en el despeñadero, una llamada U.M.A., más a la moda, de manera que sus componentes consideraban poco menos que cavernícolas a los de la U.M.R. La U.M.A. era la Unión Militar Antifascista, a la que pertenecían, entre otros, los asesinos de Calvo Sotelo. César Facón nos da una escueta biografía de esta banda en las líneas siguientes, que describen los momentos en que corre por Madrid la noticia del asesinato del teniente Castillo, crimen no tan atribuible a la represión de las fuerzas nacionales como al deseo gubernamental de justificar su intento punitivo sobre Calvo Sotelo en la persona que se había negado a ejecutarlo: «En las tertulias militares del Café Colón la protesta indignada, voraz, corre de mesa en mesa, como una lengua de fuego. Castillo era de ellos, de este grupo de oficiales, núcleo militar del antifascismo, que ha formado la Unión Militar Antifascista. Durante el bienio reaccionario, los oficiales republicanos, socialistas y comunistas, se han reunido en este café para seguir de cerca las maquinaciones de los conspiradores; de aquí han salido muchas noches a montar la guardia en las esquinas de la Puerta del Sol y en la vecindad de los cuarteles».

BANDERA

Almirante declara esta voz sinónimo de compañía. Cuando con la Legión resucita el Tercio viejo, la unidad equivalente al batallón toma el nombre de Bandera, lleno de antiguas y nobles resonancias. Al organizar la Falange su milicia, reserva el nombre de Bandera a la agrupación de tres centurias —el número tres era básico en la milicia falangista: tres escuadristas un elemento, tres elementos una escuadra, tres escuadras una falange, tres falanges una centuria, tres centurias una bandera, tres banderas un tercio, tres tercios una legión— y así fueron conocidas las unidades azules durante la guerra y antes de ella; después, no. Después no se conocieron y a veces ni siquiera se reconocieron. El Reglamento de la Primera Línea falangista se inspira mucho en el Credo Legionario, de modo que es muy posible que de ahí haya salido también el uso de la palabra bandera, en su sentido orgánico.

A estas alturas me parecería estúpido y hasta denigrante hacer lírica —barata o cara, da igual— en torno a las Banderas de la Falange en la guerra. Lo más hermoso sería hacer un comentario puramente estadístico. Número de Banderas, número de combatientes aprontados por la Falange, principales recompensas individuales y colectivas, hechos de armas más importantes, itinerarios que cubrieron —¡qué peregrinaje por la tierra de España, qué delicada canción, qué bonito romance de camino, qué ritmo de marcha, qué soberbio carrasclás, qué perpetuo réquiem!— número de muertos, número de mutilados, número de heridos, número de falangistas que salieron de las Banderas para nutrir el Cuerpo de Oficiales de nuestro Ejército a través de los estampillados, número de escuadristas que alcanzaron la estrella por méritos...

Eso me gustaría: hacer estadística casi al estilo de aquel capitán español en Rocroi, que dijo: «Contad los muertos», para contestar a quien le preguntaba cuántos eran antes de la batalla. Me gustaría contar los muertos y hablar de los vivos y también contar las hazañas de los vivos y de los muertos, pero la verdad es que esto es difícil porque nuestra gente —al parecer— se ha ocupado en algo más importante que redactar nuestra propia historia. Nuestra gente se ha ocupado en hacerla al servicio de España, y así, en lugar de acudir a los archivos y los relatos acudimos a la memoria, y en lugar de usar de la investigación, usamos del manantial de recuerdos que se nos vienen a la cabeza y al corazón siempre que tocan a hablar de estas cosas. Y existe un montón de lugares donde toda aquella gloria descansa bajo el balduque y espera la mano ordenadora que la saque de nuevo a la luz, y entonces sí, sobre la fría y maravillosa estructura de las cifras, merecería la pena de hacer lírica —ahora sí, de la buena, de la mejor, de la garantizada— sobre la Historia Militar de la Falange. Yo no le reprocho a nadie que haga historia, pero la verdad es que también conviene escribirla, porque luego vienen los gélidos con el cuento de la

objetividad y con los textos del enemigo y le cuelgan a uno tal leyenda negra que no se la levantan ni al fin de los siglos.

Entretanto, y por si esa ocasión de escribir llega, convendrá avisar que las Banderas nacieron para la guerra a través de aquel verano del 36 y también en el otoño. las primeras semanas del Alzamiento fueron guerrilleras y entonces predominaron la escuadra y la falange. (Vid. ESCUADRISTA.) Generalmente, donde ya había constituidas centurias antes del Alzamiento fueron fragmentadas en los primeros días para servir de solera cerca de la gente moza y nueva que clamaba por un fusil. La tarea de sofocar núcleos aislados, ir asegurando comunicaciones y transportes de armas, se encomendaba a escuadras veteranas, fogueadas de sobra en las luchas de la preguerra. Solamente en aquellas regiones donde el triunfo inicial fue rotundo, sin más complicaciones que las reglamentarias de toda revolución —que ya son de por sí bastantes—, se pudo disponer desde el primer momento de unidades de centuria o Bandera, equivalentes a compañía o batallón, para batirse junto a los esqueléticos cuadros del Ejército que nos había dejado Azaña, esta vez por obra de su *ersatz* Casares Quiroga.

Valladolid y Navarra, por ejemplo, estaban en este caso, Navarra se desbordó de tal manera que el propio general Mola, seis horas después de haber proclamado el estado de guerra, tuvo que dirigirse por radio a la provincia pidiendo que no enviase más voluntarios a Pamplona. Naturalmente, Navarra no le hizo caso. Fue, quizá, la única orden de Mola que no cumplieron mis paisanos. De Valladolid salieron inmediatamente varias centurias para diversos frentes, y no sé si la fuerza que batió todas las marcas del heroísmo en los Leones —los hombres de Girón y de Vicén—, constituían orgánicamente Bandera o simplemente fueron centurias sueltas que trabajaron, de momento, agrupadas; por mi parte, las dos primeras centurias que vi con fusiles fueron la Primera y la Segunda de Navarra, que salieron camino de Madrid, vía Soria-Guadalajara inicialmente, y luego pasando por Somosierra, la misma tarde del domingo 19, fecha del Alzamiento en Navarra. Las mandaban dos capitanes falangistas, Gonzalo y Gerardo Lastra. La Primera se especializó en ataques nocturnos, muy estilo legionario, y ganó el honroso sobrenombre de «Centuria de la Noche y del Silencio». Entré en fuego por vez primera enlazando a la Segunda, que mandaba Gonzalo Lastra, con la P.M. del Batallón de Montaña Sicilia número 8, dentro del cual formaba la centuria. Fue en la madrugada de Santiago, escalando el murallón de Somosierra.

De la primera Bandera que tuve noticia fue de una gallega que se llamó precisamente Bandera Legionaria Gallega. La mandaba Barja Quiroga, comandante de Estado Mayor, que luego murió en Teruel. Estaba constituida por la flor y nata de la Vieja Guardia galaica y de los literarios del S.E.U., y combatió con valor supremo en la conquista de Santiagomendi, clave para la ocupación de San Sebastián. Fue citada en el parte oficial: «En esta operación se ha distinguido notablemente la Bandera Legionaria Gallega de Falange —decía el comunicado de Burgos del día 12 de septiembre de 1936—, recién llegada a este frente,

que fue la que realizó, con una valentía rayana en la temeridad, el asalto definitivo a la posición...».

Estos gallegos fueron los primeros en usar el marisco como distintivo. Unas semanas después los vi luchar en Huesca a las órdenes de aquel legendario coronel Beorlegui. Eran unos locos fabulosos y ante su recuerdo hay que ponerse en posición de saludo. Creo que, de verlos, hasta don Miguel Maura hubiese levantado el brazo.

Banderas y Tercios igualaron en valor y destreza militar a las más veteranas unidades del Ejército de Marruecos, y otro tanto les pasó a los batallones de pipis. ¡Batallones de Flandes y Ceriñola, San Marcial y América, de Argel y la Victoria! Un ilustre general acabó diciendo: «Ya, en el Ejército nacional, todo es Tercio».

Las Banderas de la Falange no tenían nombre: eran, simplemente, la Primera de Navarra, la Quinta de Castilla, la Tercera de Aragón, la Bandera de Marruecos —con la camisa azul y el tarbús roja—, la Cuarta de Burgos, etc. La Bandera Móvil de la Falange aragonesa (vid. BRIGADA MOVIL), que mandaba Lostaló, hizo una guerra insuperable, lo mismo cuando Aragón era yunque que cuando comenzó a repartir martillazos. Formaba parte de la Brigada Móvil que mandó Galera, y desde Zaragoza salía como una centella a apagar los fuegos en cualquier parte que hubiese hule. A ésta o a otra Bandera de Aragón pertenecían «los sesenta de Alcubierre», aquellos falangistas que murieron sin retroceder un paso, literalmente clavados —con picos democráticos— en el puesto cuya guarda les fue encomendada. (¡Oh, Dios mío! ¿Cuándo desataremos el balduque para saber todos con precisión lo que ahora solamente saben los supervivientes de cada Bandera? Confieso que siempre he admirado mucho a mis camaradas de los Tercios de Requetés, pero envidia sólo se la tenía por los nombres de sus unidades. ¡Qué hermosos, sugerentes, estupendos nombres! ¡Tercios de Lácar y Navarra, de Montejurra y San Fermín, de María de las Nieves y de Montserrat —con permiso del señor Escarré—, de la Virgen de Begoña y de la Virgen Blanca, de Roncesvalles, de Almogávares, de Cristo Rey, de San Miguel, de Zumalacarregui, de Oriamendi, de San Rafael...; Hay en su sola enunciación como una brisa de fe, como de aire de las montañas, como de rumor del gran río de la Historia.

Acaso algún día se escriba la gesta de nuestras Banderas en la Cruzada para honor de los muertos, nostalgia de los veteranos, lección de los jóvenes y utilísimo memorial para escarmiento de bobos, traidorzuelos, olvidadizos y aventurerillos. Entonces no habrá que olvidar a las famosas Banderas Clandestinas que hicieron la guerra por su cuenta en zona roja y que, en más de un caso —como en Valencia, por ejemplo— anticiparon la toma de la ciudad.

Al jefe de la Bandera, siempre un falangista distinguido por su historial, se le llamaba el Bandera. Al hacerse cargo de la jefatura de estas unidades capacitados jefes militares, los banderas fueron habilitados de

oficiales, pero la mayor parte ganaron sus estrellas por méritos o bien, como cada quisque, pasando por la Academia, dando así, entre otras cosas, un ejemplo singular de disciplina.

Eran los hombres de las Banderas gente dura, valerosa y estoica. Para ellos vale aquello que cuenta Luis Antonio de Vega de una de sus andanzas por el frente de Vizcaya: «En el derruido pórtico de la iglesia de Durango me encontré con unos mocetones sentados junto a un fuego de tablas. Uno tocaba la guitarra, otros habían requisado un sombrero de copa, todos cantaban, y uno, gentilmente, me tendió la bota:

»—Tú, ¿de dónde eres?

»—Yo, de Vizcaya. ¿Y vosotros?

»—De Cintruénigo.

»—Quedáis pocos.

»—Ya parirá mi abuela».

Parió la abuela. Sólo de Navarra salieron al frente nueve Banderas falangistas.

Hay un curioso libro de J. Antonio Martínez Barrado, *Cómo se creó una Bandera de Falange*, en el que se cuenta el nacimiento de la Bandera de Calamocha, una de las buenas de Aragón. Es un libro sencillo y emocionante, escrito en 1938, entre los tiros, y cuya reedición aliviaría de pedantesca problemática a algunas colecciones políticas patrocinadas por la crema de la intelectualidad. Pero ya se sabe que ahora gustan muchos filósofos y técnicos, a los que, por mi parte, no considero incompatibles con las memorias, lo testimonial y lo poético.

La mayor parte de las Banderas se uniformaron primero a la buena de Dios; luego, más sistemáticamente, en general con camisa azul y pantalón caqui. Se usaron mucho las vendas tipo inglés, en azul y en caqui. Después la camisa solía ser caqui, con el cuello y las vueltas de las mangas en color azul, y siempre el yugo y las flechas en rojo, al pecho. También se usó el mono azul, y el caqui. El gorrillo era el clásico isabelino, en negro o en azul, con el vivo y el madroño en rojo y negro, y durante una larga temporada en blanco. Algunas Banderas navarras llevaban la boina negra, preferentemente pequeña. Los capotes manta fabricados por las chicas de la S.F. a base de mantas, abrigaban mucho, y daban un tono pintoresco y vario a la uniformidad, que por lo pronto se notaba en el corte. Había mantas de casi todos los colores y con un número de rayas —también de diferente color— variable. El calzado oscilaba desde la alpargata valenciana a la bota, pasando por la alpargata bota y, sobre todo, por la abarca navarra, que se popularizó en otras muchas unidades. Al principio, sin embargo, más de un voluntario murió con los zapatos de aquel virulento domingo de julio.

LA PARRALA

Avión ruso que amargaba la existencia a los muchachos de la División Azul. Naturalmente, no era un solo avión, pero sí el que fastidiaba en un determinado punto un determinado momento. Tomó su nombre de 1ª canción que hizo famosa Conchita Piquer, muy en boga cuando la División marchó hacia Rusia. En cierto modo equivalía al dichoso «Negus» de los comienzos de nuestra guerra. Los divisionarios cantaban *La Parrala* en los vagones de ganado que se los llevaban a Francia: «Terminó por soñar —escribe Tomás Salvador en *División 2SO*—. Soñar que aquel vagón era una inmensa olla, donde, al fuego lento del entusiasmo, se iban cociendo todos los camaradas. Las camisas se desteñían, los huesos se descarnaban y desprendían. Al final, sólo quedaban las cabezas, agrupadas como en un cuadro del Greco, con un brillo en los ojos entre báquico y místico, cantando “La Parrala”...»

La canción gustó tanto a los divisionarios y a sus conmlitones de la *Wehrmacht*, que hasta hubo quien la tradujo, más o menos en camelo:

Die Parrola sagen Sie war von Moguer,

und andere sagen Sie war von Die Palma...

De ahí a traducir el apodo militarmente, no había más que un paso, que se dio en seguida. El propio Salvador dice: «Una alarma lo encendía todo. Tiroteo en la retaguardia, hacia Scheweleva; follón gordo en Possad; moscones de la Parrala». O bien: «Y vendría la Parrala, como todas las noches, de un tiempo a aquella parte».

Los rusos de la zona divisionaria —que por cierto se llevaban divinamente con los españoles—. se aplicaron el cuento: «“Noche buena, pan Alvarez... *jarassó*”, “*Da, da*, Micha; una noche estupenda”. Se dejó oír un ruido lejano: “¿*Chest takoi*, Micha?” “La Par-rala, *pan...*”. “Sí, claro, la Parrala a j... la noche”. “*Da da...*”, contestó el otro, echándose a reír».

Servía de consigna de urgencia, de pasaporte celtibérico. En un lugarejo con doble guardia, la contraseña se dio con un nombre germano de pronunciación enrevesada, porque se entendía que dar una contraseña para españoles y otra para tudescos era un verdadero desperdicio militar y lingüístico. Lo malo es que aquel español pronunciaba tan mal el alemán —incluso el, digámoslo así, «piquinglis» alemán— que hizo desconfiar a un centinela de su propia nacionalidad; el cual, sin embargo, tocado de la duda metódica, que es una cosa que estaba muy de moda entre los que habían estado heridos en Heildelberg, solicitó ciertas aclaraciones mientras se disponía a disparar unamunescamente. El amenazado voceba:

—¡España! ¡España! ¡Soy español!

El centinela halló una manera de que se lo demostrasen:

—Si eres español ¡canta *La Parrala!*

Y después del recital, el otro tuvo derecho al asiento a la lumbre y al tanganazo de coñac, ambas satisfacciones dura y justamente ganadas.

JANDULILA

Moruno de lo más corrompido al llegar hasta nuestros pecadores labios. «Como final (de la comida árabe), el “Janduc-lialah”, que pronuncia el anfitrión y que equivale al “aproveche” de nuestra lengua», certifica Fernández de Córdoba.

La gente soltaba su jandulilá, o jandulilac, e incluso abjandulilá, con frecuencia; unas veces al final de una comida; otras, al comienzo de una aventurilla del camarada. De todo había en la viña del Señor.

LA OREJA DEL FASCISMO

Cualquier tipo curioso, entrometido, escuchador y cotilla. Nació el timito en zona roja, donde proliferaron ciertos carteles con una enorme oreja, toda ella alerta, como un anticipado radar, y con una leyenda que advertía, más o menos: «Cuidado, el enemigo escucha». En el Metro, en la taberna. en la calle, aquel orejón pasó a ser la oreja del fascismo. Después fue coser y cantar el definir a una portera:

—Esa tía es la oreja del fascismo...

Sin que esto tuviera nada que ver con la real filiación política de la señora portera.

El timito sigue su uso, tan bien conservado al cabo del tiempo.

FOGUEADA

Adjetivación que conviene a la tropa veterana o ya casi en trance de veteranía; o simplemente a la que se ha iniciado en los tiros con ardorosa serenidad. Por extensión se aplicaba a otros menesteres no tan

bélicos. De una muchacha bastante valiente, sobre la que dudaba un táctico, oí decir:

—Entrále ya, babieca, que ésa está muy fogueada...

PELAR GUARDIAS

Hacer guardia, guardias, monótona, continua, casi eternamente. Es expresión cuartelera que se acomodó perfectamente a la vida del frente, con lógica implacable, aunque sufriendo alguna pequeña modificación, no reglamentaria, pero si usual, de modo que pelar guardia y pelar parapeto venían a ser lo mismo, por más que la peladura de parapeto tuviese, en casos, alguna mayor extensión. «Desde octubre hasta marzo —escribe Tomás Salvador—, en las posiciones del Majala Wolchow, pelando guardias junto al puente, junto al cadáver ruso medio tapado por la nieve, menos aquella mano que Marcelo nunca olvidaría, aunque sólo fuera por los esfuerzos y maniobras a que se vela obligado para no pisarla».

Me supongo que aquí hay una especie de transposición culinario militar. Pelar patatas es algo muy frecuente en el soldado, a poco que se haga por merecerlo. De ahí, a pelar guardias, no hay ni el canto de un duro.

CHECHIA

El *Diccionario Enciclopédico de la Guerra* dice: «Especie de fez, pero más alto, usado como cubrecabezas por algunos cuerpos de los antiguos Ejércitos europeos de Marruecos, como Cazadores de África, Espahis, etc». Algunos escriben o dicen chichía. Ni chechía ni chichía se alojan en el *Diccionario de la Academia*; ni tampoco turbus, que es voz equivalente, al menos según el uso. Hasta aquí, nada de particular. Lo gordo empieza en la información de uno de mis buenos amigos, donde leo textualmente que el tarbús es una «prenda de cabeza, tronco cónica, de fieltro color rojo, con o sin la fantasía de la borla de flecos negros, llamada chichía o chechía», y ahora aténme ustedes esas dos moscas por el rabo. El caso es que cuando yo serví en Cazadores, no usábamos ni chechía, ni chichía, ni tarbus, con o sin flecos —y bien que lo sentía yo, vocacionalmente dado a la fantasía—, de modo que ahora no puedo aclarar la cuestión por conocimiento personal. Giménez Caballero entiende la chechía como fez, y no dice nada del ornamento colgante. Los textos —abundantísimos— en que aparece citada, no echan luz sobre el asunto, y mi amigo informador fue un brillante oficial de Regulares, de modo que tampoco puedo dudar de lo que él me dice. Así es que me quedo con todas las versiones: chichía o chechía como equivalente a tarbus o fez, y chichía o chechía como fleco de adorno en

el tarbus o en el fez. Tampoco sé por qué hay un refrán militar que dogmatiza: «Galopando y con chichía, regular de Infantería».

Total, que de esto no sé ni pun. Sánchez del Arco contempla el avance sobre Teruel en la tarde de San Silvestre del 37, cuando aún quedaban unas horas de luz y todavía no había comenzado a nevar: «Yo tenía clavados los ojos en el campo de operaciones. Por las barrancadas iban ya al asalto las rojas “chichías” de los Regulares, confundidos con las boinas rojas de la división navarra y con los gorrillos de los batallones de Falange».

ESCUCHA

Calculo yo que de puesto de escucha —y por ahorrar palabras, que es una de las pocas cosas que suelen ahorrarse en la guerra, al menos en la caliente, porque en la fría ya es otra cosa—, viene lo de llamar escucha al soldado que presta este servicio especial de centinela, generalmente incomodísimo, además de peligroso. Pero esto último es natural. El escucha es el ojo, el oído y el timbre de alarma de la posición, lo cual no impide que a veces no funcione, sobre todo por sueño, aunque el del escucha suele ser como el de las liebres, a Dios gracias. Es servicio que exige buen temple y serenidad; pero no es por esto por lo que algunos les llamaban serenos, sino más bien por broma.

«Sospecharon (de unos cencerros que sonaban demasiado cerca) y se ordenó que aquel lugar fuese batido con bombas de mano. Los escuchas creyeron percibir unas figuras humanas que corrían. Cuando al amanecer se hizo una exploración, encontraron el cadáver de un miliciano envuelto en una alfombra vieja, como si quisiera imitar el color y la forma de una vaca. Cerca de sus manos crispadas había una campanilla. Un poco más allá recogieron bombas de mano, botellas de gasolina y líquidos inflamables». Lo cuenta Casariego en *Flor de hidalgos*.

EXÁMENES PATRIÓTICOS

Se llamaron así los convocados durante la guerra, ya a finales del 37 y comienzos del 38, en beneficio de los universitarios que estaban a falta de aprobar una o dos asignaturas para acabar sus carreras. Había en los catedráticos una cierta ternura nacional que garantizaba el éxito de la operación a los que en realidad no podían haber tenido tiempo de llevarse el temario a la boca. Claro que no siempre fue así. Conocí a uno que contaba el examen durísimo que les hizo M., un famoso catedrático de Zaragoza. Terminaron sus pruebas a las diez de la noche y el tribunal se reunió a calificar. Hartos de espera, a eso de las doce se soliviantaron un poco, reclamando ser conducidos a presencia del

tribunal. El bedel les informó de que el tribunal se había retirado en buen orden y silencio hacia sus habitaciones particulares, dejando tras de él un rastro de suspensos, con la orden de que la escabechina no se hiciese pública hasta el momento en que los examinados reclamasen noticias sobre su suerte. Una medida exagerada, pero llena de prudencia y de lo que se dice saber manera. El señor M. sostenía, no sin razón, que una cosa era la guerra y otra la ciencia; sus compañeros de tribunal sostenían, también con razón, que poco daño podrían hacer con su carrera acabada aquellos muchachos que iban a tomar el tren de Teruel unas horas más tarde. Hasta insinuaban que en la esquila siempre haría bonito el que pudiera leerse Licenciado en tal o en cual, además de su condición de combatientes, encima de la frase consagrada: «Murió por Dios y por España en...».

Mi amigo aseguraba que aquella faena nunca se la perdonaría al señor M.

—¿Por el cate?

—No, porque me hizo perder dos horas del permiso, más las tres del examen, cinco. Y cinco horas son muchas horas en Zaragoza...

A juzgar por su aire al reintegrarse a la unidad, el hombre intentó victoriosamente la recuperación de *le temps perdu*. Era mucha Zaragoza; y mucho mozo, aquel mozo.

Al acabar la guerra, todos los exámenes que finalizaban los cursillos intensivos merecieron también ser llamados patrióticos. Y en muchos casos lo fueron; yo juzgo por mí.

CONTROL

Una de las palabras mágicas de la zona roja. Para Bolloten controlar y confiscar venían a ser tres cuartos de lo mismo: «... así como infinidad de otras empresas, quedaron confiscadas o controladas por Comités de obreros, poseyendo cada una de ambas denominaciones casi igual significado en la práctica».

Como confiscar equivalía a requisar, y requisar a robar, ejercer control sobre algo era tanto como meterle mano hasta el fondo, robarlo con todas las de la ley, que era entonces, precisamente, la de poder hacer lo que se quisiera, siempre que lo que se quisiera fuese relativamente poco decoroso.

Se controlaba desde una empresa hasta una organización política, pasando por una oficina del Estado o una mujer. «La CNT "controlaba" —¡otra palabra siniestra del "momento rojo"! — la Dirección General de la Policía», se lee en *Madrid, bajo el terror*.

Y César Falcón, que de eso sabía un rato, aseguraba que controlar e incautar eran verbos gemelos.

—A esa gachí la controla el responsable —solía decirse en el lenguaje de los tenorios marxistas.

«La subversión fue tal —escriben Clara Campoamor y Fernández Castillejo—, que no sólo en el taller mandaba el aprendiz, en el Banco un ordenanza y en la Biblioteca Nacional un mozo de almacén, sino que en los propios centros oficiales y ministerios se colocaron sobre el ministro unos pequeños soviets o comités de control».

Los Comités de control de puertos y estaciones eran particularmente peligrosos y con frecuencia sanguinarios. No faltaban las historias picarescas, como la de aquel tipo que ejercía el control muy dura y cortésmente en el Ministerio de Hacienda, limitándose, en general, a cobrar por la imposición del sello un durete a beneficio de los Milicias. Al cabo se descubrió que era un frescales, colón de una nueva forma de vivir sin dar más golpe que el del sello de caucho. El relato está en *Heroísmo criollo*.

COMITÉ.

Palabra que nos llega por vía gálica y retórica, como casi todo lo peor. Fue de enorme aplicación en la zona roja, y cuando el Comité se apellidaba de control y lo ejercía sobre vías de comunicación el conjunto era capaz de poner la carne de gallina a un paquidermo. Los rojos fueron muy aficionados a los Comités. Los Comités les encantaban. Se pasaban la vida haciendo Comités y haciendo colas. Y si no era oportuno hacer cola, se avisaba correctamente: *No feu cua, no hi han calletes*, o sea: No hagan cola, no hay galletas.

El poder de los Comités llegó a ser prácticamente infinito. «Los Comités —según el periódico *C.N.T.*— son órganos creados por el pueblo para oponerse a la insurrección fascista». Como corresponde a los sindicalistas, la definición es casi nacional; para ello le hubiera bastado a *C.N.T.* con escribir Junta donde Comité, e invasión comunista donde insurrección fascista; cosa que muy al final hicieron sobre poco más o menos. Bolloten reconoce que los comunistas luchaban «para reunir en sus manos todos los elementos del poder del Estado apropiados por los Comités revolucionarios al estallar la guerra civil», y Peiró, ministro anarcosindicalista, llegó a pronunciar estas significativas palabras: «O el Gobierno o los Comités son superfluos».

La partida de bautismo de tan influyentes Comités la extiende Falcón: «Comienza entonces (cuando Yagüe se aproxima a Madrid) la actuación de los Comités. En todas partes surge el “Comité de Control”, “Comité de Vecinos”, “Comité de Industria”, “Comité de abastecimientos”,

innumerables Comités. Cada fábrica, cada taller, cada oficina, incluso las casas de vecindad abandonadas, eligen el suyo». Asunto, este último, nada claro; porque si las casas de vecindad están abandonadas, no tienen vecinos, y sin vecinos no hay posibilidad de elegir Comité, a menos que fuesen las propias casas las que lo eligiesen a tejados levantados, como por aclamación.

Los Comités, en el frente, decidían las operaciones. A Burillo, un comandante al servicio de Moscú, le atajaron cuando daba órdenes:

«—Nosotros peleamos —le responde un grupo— donde lo acuerde nuestro Comité».

Falcón lo cuenta, ya no tan entusiasmado con los Comités.

A un ilustre escritor —J.L.R.— que acudió nada menos que a Azaña para conseguir el visado en su pasaporte, le contestó el estadista:

—Pero si yo aquí no soy nada... De todos modos procuraré ayudarle, pero más vale que se busque el aval de algún Comité de sindicatos...

El consejo de Azaña fue bueno para compensar el hecho de que su influencia fuese tan escasa. Por medio de unos obreros del cine, el escritor consiguió largarse con el visado a punto.

Los Comités intervenían en la guerra, en la economía, en la política, en la administración, en la vida y en la muerte. Foxá cuenta de unos milicianos que sospechaban de un médico, al parecer falangista. Y uno remachaba:

«—Y tanto. Ya ha dicho el del Comité, que como se le muera en la operación uno de los nuestros, hay que darle el “paseo”».

Fontana refiere la demanda que el Comité de la Casa Cros planteó por sus sistemas legales: «En los primeros días, se presentaron en las oficinas centrales los miembros del Comité de la fábrica de Badalona, ornamentados con los clásicos pañuelos rojos y no menos clásicos naranjeros y pistolas. En los anuncios y membretes de la Empresa habían leído —los más cultos—: “Cros, S.A. Capital: 200 millones de pesetas”».

Lo gordo era la consecuencia:

«—¡Salud, camaradas? Venimos *a por* los 200 millones, porque el pueblo y la República los necesitan para aplastar al fascismo».

Y en Valencia, el presidente de un Comité que discutía asuntos financieros importantísimos con los representantes franceses de fosfatos, suspendió por unos minutos la reunión ante una llamada urgente y cuando volvió dijo, según Fontana:

» —¡*Che*, ya perdonarán; pero este c... de ascensor sólo yo sé arreglarlo...».

El Comité simbolizaba algo casi omnipotente, y esto se entendía perfectamente en zona nacional. Cuando los soldados de Aranda escuchaban los cañones del «Cervera» batiendo los alrededores del cuartel de Simancas, en Gijón, sabían bien lo que el Comité significaba, de modo que Casariego recuerda:

«A veces alguno intervenía con el mejor deseo y rabia reconcentrada:

»—¡¡Si cayese una granada que matase a todo el Comité ¡¡»

Puede que algunos encuentren en todo esto de los Comités motivo exclusivo de risa. A mí me parece que también hay en ello cierta grandeza. Los Comités fueron, en muchos casos, criminales; en todos, patéticos y grotescos. Pero dentro de ellos palpitaba un ansia de poder y responsabilidad que también sería criminal, patético y grotesco desconocer.

HEBREO

Por contagio moruno, despectivo, para decir piernas, chaquetero, gallina, sinuoso; en fin, un montón de cosas poco gratas. Estar como hebreo equivale a estar detestable desde el punto de vista militar. «Aquí los revolucionarios no *están como hebreos*, por decirlo en el gráfico lenguaje de los guerreros africanos —precisa Sánchez del Arco—. Y nuestros soldados se complacen ante la resistencia tenaz, desesperada... así pueden nuestros soldados exhibir su capacidad maniobrera, su resistencia al fuego, su disciplina». El parrafito está escrito allá por Llerena, en los primeros pasos de las columnas del Sur, donde los rojos se batieron numantivamente, provocando los primeros elogios caballerosos del enemigo. Los primeros Regulares llegados a la Península decían: «Hace tiempo que no podíamos luchar contra hebreos». Y se colocaban a la vez un detente.

Este curioso calificativo aparece en nuestro idioma militar sin pizca de racismo ni cosa parecida. Un ilustre jefe del Ejército me ha asegurado que en los batallones de Cazadores de África combatieron con gallardía muchos hebreos de nuestra zona, de modo voluntario. Por la otra parte, no faltaron judíos en el virreinato soviético. El Comisariado de las Brigadas Internacionales, Ediciones, publicó algo más que un folleto y menos que un libro, titulado *Los judíos luchadores de la libertad*, por Gina Medem, con un prólogo sentimental de Luigi Gallo, tan tierno el pájaro; con fotos y nombres de jefes, oficiales y soldados internacionales de raza judía, que tomaron parte en nuestra guerra.

Hasta editaban un periódico del frente, sólo para judíos, el *Freiheitskaempfer*.

Sin embargo, lo de hebreo y alejuri son cosas muy anteriores a esta intervención. Vienen de Marruecos, a través de nuestros hombres de Regulares.

A veces su significado es bastante canónico, dentro de lo que, por regla general, se piensa del judío considerado comercialmente. Armiñán se acercó al moro de un zoco en busca de tabaco, pero otro moro se lo llevó aparte:

«—No compres —me dijo.

»—¿Por qué?

»—Ese está “hibreo”.

»—¿Caro?...

»—Ya te advertí. Está “hibreo”. Sinvergüenza».

A Armiñán le chocó que el morángano advertidor se quedase al acecho del hebreo, y quiso saber por qué lo hacía. No hubo vacilaciones en la explicación:

»—Cuando acabe, sube al parapeto, y a lo mejor...

»—Ya».

Con esto se trata de demostrar que los hebreos de esta papeleta se dan en todas las razas y religiones.

Cuando los voluntarios de la División Azul se pusieron en contacto con los conceptos racistas del nacionalsocialismo, sintieron cierta repulsión, manifestada hasta en sus bromas. «En el segundo pelotón de la primera sección hay un gachó que se llama Samuel Tarragano —cuenta Tomás Salvador—. El pobre lo está pasando bastante mal, pues somos muy malitos. “Samuelito, hijo —le dice el masalombra de Cudillero—; no te alejes mucho”. “¿Por qué?”, dice el otro. “Te van a pescar los alemanes y te van a colocar una estrella amarilla. No te separes de mi lado, que yo te defenderé”... Y el pobre Samuel despotrica por todo lo alto. Y nosotros, nos reímos en grande».

Nunca hicieron caso los de la División de la estrella de David ni para compartir su comida, ni su ayuda, ni su amistad, ni su amor, si se terciaba, con gentes de raza judía. A David Jato, que iba a recoger el paquete que se le había caído a una anciana en la plataforma del tranvía, le advirtieron: *Verboten*, señalándole la estrella amarilla de la pobre mujer. Y Jato, sonriente, se señaló el escudo de la División, con los

colores nacionales, y recogió el paquete y se lo entregó a aquella señora.

Todo lo cual no era obstáculo para que los divisionarios, de acuerdo con las tradiciones de los africanos, incorporadas al Ejército nacional, continuasen llamando hebreos a los piernas, chaqueteros, gallinas, sinuosos, etc. El vocablo tiene aplicación todavía, sin que ello signifique menosprecio hacia el valor macabeo de los judíos de Israel, que como soldados son pistonudos.

El término se ha generalizado mucho y ya está en la vida civil. Yo mismo tengo muy cerca de mí unos cuantos hebreos impresionantes. Algunos casi arios; otros, de comunión diaria.

EL SEVILLANO

Famoso tren que enlazaba Sevilla con Hendaya, recorriendo la máxima distancia en zona nacional. Se metía por Extremadura —lindando la joroba del frente marxista— y Salamanca para enlazar con la línea normal de los que entonces todavía se llamaban los Ferrocarriles del Norte, o algo parecido. El horario del Sevillano, quizá por hacer honor a su nombre, no era muy preciso, ni podía serlo, pero en cambio era seguro —cosa que siempre vale un Perú, y más en tiempo de guerra—, y ni siquiera el ataque de los guerrilleros rojos lo detuvo nunca. El Sevillano no era muy cómodo, pero servía, y siempre contó con abundante clientela, mucha clientela, quizá demasiada. Era un convoy largo, compuesto por todas las clases, de camas a terceras y en su vagón restorán era fácil encontrar timba.

El primer capítulo de *Los ojos perdidos* transcurre en este ya legendario tren, y un oficial opina así: «El “Sevillano” es la flor de la maravilla, tan pronto mustia, tan pronto brilla. Pita como el Oriente Exprés o es una edición de lujo del “tarazonica”».

Desde luego no faltó quien contase aventuras de amor y de espionaje ocurridas en el Sevillano, pero ya se sabe que nuestra imaginación más bien peca de fogosa. Era el príncipe de los trenes de la guerra, su edición de lujo, el fruto de una excelente organización sobre la cual nadie pudo hacer frasecitas como aquella que corría en zona roja respecto a sus propios transportes: «Ganaremos la guerra a pesar del Cuerpo de Tren».

CAPONÍFERO

Africano puro, en el sentido de que en el Ejército de África nació el término y en él se crió y prácticamente en él acabó. Salvo en los medios estrictamente militares, no es usual. Caponífero viene de capona que, según Almirante es «la hombrera o charretera sin fleco que empezó a usarse hacia 1812, por los subalternos, imitando a los franceses». Por lo que Almirante cuenta y por lo que amplía el *Diccionario Enciclopédico de la Guerra*, la capona ha tenido gran éxito en nuestra milicia, y todavía la usan los lanceros de la Escolta del Caudillo en el uniforme de gala. «De charretera a capona de lana», se lee en *Clemencia*, de Fernán Caballero.

Por ahí no le encontraba yo sustancia al derivado —que viene a querer significar algo así como enchufado, truquista, rata de cuartel, todo a un tiempo—, hasta que entre el *Diccionario Enciclopédico* y Asenjo me dieron la solución.

Asenjo escribe en su libro legionario, a propósito de un tipo: «Se ha hecho “caponífero”, como aquí llaman, un poco arbitrariamente, a los que son enemigos del frente. Nadie sabría explicarse lo que significa esta palabra por la aplicación; pero vayamos a la “etimología”, y seguramente nos haremos un lío. Helo aquí: caponífero, de capona, ración militar de etapa o de campaña, que se daba al Ejército y a sus familias en anteriores épocas de África. La capona comprendía determinadas cantidades de aceite, alubias, carne, vino... Con tres caponas, o sea, medio duro, comía una familia numerosa y parte de las amistades. Esto ha desaparecido, pero ha quedado el título infamante de “caponífero”».

Ahora bien, ¿por qué se llamaba capona a esta ración servida como por un buen economato? De las famosas hombreras francesas, no resultaba lógico que derivase, si no era porque aplicando su nombre quería significarse un privilegio o exclusiva militar. Así es que suspiré de alivio cuando en el *Enciclopédico* tropecé con la siguiente explicación: «El precio de esta ración era inferior al valor de los artículos que la integraban, de donde, sin duda por estar aquel «capado», le vino el apelativo de capona».

Las cosas, claras. Vivir de capona equivale a vivir de gorra.

ANGELITOS

Aviones, probablemente de caza o cazabombarderos. «Ya los bombarderos han entrado, y los “angelitos”, tan finos y ligeros, llegan hasta la hondura del campo enemigo», escribe Luis de Armiñán.

Esto de los angelitos yo no lo recordaba, pero es que además con los remoquetes de la aviación siempre me hago un lío. Creo que ya lo he dicho, pero por si no es así lo advierto ahora. Entre lo hostil que me

resulta el mundo de la técnica, y la fantasía y el ingenio de nuestra gente, que le pone veinte motes distintos a una misma persona o cosa, cada vez que toco algo de aviación siento como si entrase en barrena o, al menos, como si me marease un poco.

DÍA DE BODAS

En familia, el día D, o sea el del hule; lo de día D es muy criptográfico y marcial para el uso cotidiano. En la *Historia de tres días*, de Pemán, se lee: «Sin embargo, todos advertían que el nerviosismo de “día de bodas” —como llaman los militares a esta emoción de los inicios de batalla— estaba, en esta ocasión, como aminorada y suavizada por esa convicción firme de estar en el principio del fin», lo cual era cierto, porque lo que Pemán cuenta en el folleto citado es la historia del 27, 28 y 29 de marzo de 1939.

PAPELA

Voz también africana, típica de Regulares. Permiso, licencia, pasaporte, baja, orden por escrito. Armiñán escribe: «El capitán parece no escuchar. Firma y le da un papel (al moro que acaba de atender como médico). Los ojillos negros sonrían. “Papela” es un permiso, las horas necesarias, unos duros que se giran a la ciudad querida».

Papela hizo fortuna y ha pasado al lenguaje corriente. Manuel Goded cuenta que en el barco prisión «Uruguay» llamaban la papela a la lista en que estaban escritos los nombres de aquellos que iban a ser juzgados al día siguiente y ejecutados al otro. El teniente Alcuneza fue separado bruscamente de un tormentoso amor con cierta viudita provisional que conoció en los días del Ebro, y no le sentó bien: «Atónito leí y releí la orden... Estaba perplejo, con la papela delante de mí, en la habitación del Ayuntamiento que me servía de puesto de mando...».

Un camarada de Academia nos hablaba de sus altibajos sentimentales:

—La última vez que mi novia me dio la papela, fue cuando se enteró que durante el permiso, después de dejarla en casa, salía de noche...

—¿Por eso te dejó?

—Bueno, precisamente por eso no; más bien por el modo que yo tenía de pasar las noches.

ESCAMOT

En catalán quiere decir vigilante. Los *escamots* constituyeron primero una milicia política al servicio de la *Generalitat*, y luego el Ejército catalán. En ninguna de sus dos misiones hicieron gran cosa, quizá porque ya desde sus comienzos preferían dedicarse a otras especialidades menos arriesgadas como, por ejemplo, dar tortura a sus prisiones. En plena euforia republicana se produjo el hecho que reseña Joaquín Arrarás en el tomo II de su *Historia de la Segunda República Española*:

«Una de las actuaciones más sonadas de los *escamots* fue la captura de dos sindicalistas, a los cuales, con el pretexto de que preparaban un atentado político, los secuestraron en el Centro de Esquerra de la calle de Viladomat, aplicándoles tortura para que confesasen sus proyectos».

Dencás y Badía fueron los promotores de esta milicia. Tronaban tartarinescamente allá por 1934: «Los diez mil jóvenes que hoy han desfilado pueden convertirse en otros tantos soldados, que, si es necesario, pasarán la frontera del Ebro para implantar la democracia en el resto de España, si aquella es arrollada en las próximas elecciones».

Llevaban una camisa verde y muchos de ellos pantalón corto. Porque lo curioso de todo es que los partidos más oficialmente antimilitaristas fueron los primeros en organizarse militarmente a la llegada de la República: los socialistas, los de la Ezquerra, y también los primeros en aludir al uso de la fuerza para el caso de que los acontecimientos electorales no corriesen a su gusto. O sea, que los primeros pobladores fascistas de la política española fueron los antifascistas. A lo largo de este vocabulario ya se ha insistido sobre la constante paradójica de lo español.

De todos modos, los *escamots* no dieron resultado, a pesar de lo mucho que prometían: «Las gentes sencillas, maravilladas de nuestros jóvenes —escribía *L'Humanitat*— se decían: son bellos, fuertes y optimistas, alegres y simpáticos».

Eres joven, eres guapo y eres rico, ¿qué más quieres, Federico?

Para el anarquista García Oliver, los *escamots* no merecían más que «una zurra en el culo y a dormir».

Un triste juicio, sí señor, tanto más si se tiene en cuenta lo bien que se batían los catalanes de la Legión, del Tercio de Monserrat, de las Banderas catalanas y de tantas y tantas otras unidades del Ejército nacional.

PISTOLAS

Cañones italianos de pequeño calibre y tiro rápido. Colmegna los recuerda en Sarrión: «Los artilleros italianos emplazaron sus piezas ligeras de campaña, aquellas que llamábamos “pistolas”».

Aunque no venga a cuento, recuerdo ahora haberle oído a algún amigo mío del otro lado, que los rojos llamaban pistoleros a los aviones de la cadena. Realmente es que descendían hasta el punto de colocar el cañón de sus ametralladoras en la espalda de los milicianos.

CRUZADA

Nombre propio de la guerra española del 36-39. No tiene otro, ni debe tenerlo. Aquella guerra fue una cruzada de arriba a abajo, y acaso correspondió a Navarra marcar este tono desde el primer momento. «Cruzados eran sus voluntarios —afirma Iribarren—, que llenaban su pecho de escapularios y medallas, que comulgaban antes de combatir y se echaron al campo al grito de “¡Por Dios y por España!”, eco del “¡Dios lo quiere!” de los cruzados medievales».

Como Cruzada fue definida por el Episcopado español, y como tal fue reñida. ¡Aquellos rosarios en las tardadas de Somosierra y de tantos otros lugares, eran actos de piedad de verdaderos cruzados!

Un tipo iba corriendo hacia la estación del Norte, en Pamplona, y un amigo le preguntó:

—¿A dónde vas con tanta prisa?

—¡Es que si me descuido pierdo el tren «pa» la Cruzada!— contestó el que tenía que incorporarse al frente.

Fue, pues, término popular y caló hondo porque estaba lleno de verdad y porque la gente sencilla lo entendía superiormente. En línea más modesta se organizó también una cruzada contra el frío. El mismo Iribarren lo recuerda: «Por aquellos días (noviembre del 36), tomó (Mola) con singular empeño la venta de sellos de la “Cruzada contra el frío”. A todo el que pedía pases o entraba a visitarle le invitaba a engrosar la suscripción, y consiguió vender muchísimos de aquéllos. Todo para que a sus soldados no les faltasen prendas de abrigo».

El hermanico pequeño de un amigo, devuelto del frente por la Guardia Civil una media docena de veces, me abrió su corazón:

—En cuanto cumpla los quince años me largo otra vez a la Cruzada y no vuelvo. Ya no aguanto más.

PAPAGAYOS

Aparatos rojos de bombardeo. El enemigo nunca resulta muy agradable, pero además los papagayos tenían una presencia francamente fea. Quince papagayos dieron dos pasadas sobre el puesto de mando de Aranda, en Teruel, y Armiñán, que estaba allí, apunta el dialoguillo siguiente:

«—¿Por qué les llaman “papagayos”?»

»—Por lo feos».

Y Luis de Armiñán apostilla a fuer de cronista sincero: «Puede ser; a mi me han parecido horribles».

CENTURIA

Unidad falangista equivalente a una compañía. Me gusta dejarlo por escrito ya que en algunos libros especializados, cuando se habla de la centuria terminan su historia con Roma, y listos. Sin duda por gusto romano se llamaron centurias a estas unidades falangistas —por cierto, que en la organización del Requeté había decurias—, y puede que a esa misma tendencia obedeciese el hecho de que los anarcosindicalistas llamasen también centurias a sus compañías. Los anarquistas, además, se llamaban Gracos, Espartacos y así. Bolloten recoge en *El gran engaño* un documento oficial de la Columna de Hierro, que dice: «En la actualidad sólo unas tres centurias quedan en espera de ser relavadas. Cuando esto haya sido efectuado se convocará una asamblea de toda la columna... en la que con nuestra seriedad de costumbre y sentido de la responsabilidad, se decidirá la postura a adoptar y el camino a seguir». Eso de la «seriedad de costumbre y sentido de la responsabilidad», parece como de risa hablando de la Columna de Hierro, que fue la más pintoresca —sin entrar en otro tipo de marcas— de toda la zona roja.

El propio Bolloten nos habla de la organización militar anarquista: «La unidad básica era el grupo, compuesto generalmente por diez hombres; cada grupo elegía un delegado, cuyas funciones eran afines a las del suboficial o clase de tropa, pero sin la autoridad equivalente. Diez grupos formaban una centuria, que elegía su propia “columna”, a cuya cabeza había un *comité de guerra*». En el frente de Madrid las centurias se organizaron por batallones.

Lo» jefes de centuria se llamaron precisamente así, y no centuriones, porque los gustos romanos tienen un límite, y en España cuando hablamos de un centurión es que nos referimos a alguno de los que salen en las procesiones de Semana Santa. Las centurias, a veces, adoptaban nombres sonoros, como aquella primera de Navarra, tantas veces citada aquí, «Centuria de la noche y el silencio», o la que mandó de capitán Carlos Ruiz, llamada de «la calavera», por la que se habían plantado en el gorro sus voluntarios, casi como un anticipo a cuenta. Hace poco leí que una centuria leonesa llevó el sobrenombre de «Las Campanillas», pero no he sabido la razón. La única centuria exclusivamente estudiantil que hubo en toda la guerra fue la del SEU de Navarra, formada por universitarios y bachilleres. Fue una excelente centuria y quedó deshecha por el fuego enemigo al asaltar una posición alambrada en el frente de Santander. La mandaba Jesús Romeo Gorria, de la Vieja Guardia de Pamplona.

Creo que hubo una centuria de donadores de sangre por el frente de Madrid.

Funcionó a medias una Academia de Jefes de Centuria, en Pedrollen, y digo que a medias porque me parece que ni la primera promoción llegó a recibir los despachos. Con un cursillo de dos o tres meses, se salta jefe de centuria y teniente de Infantería. Al trazar el retrato de von Hartmann, militar finlandés, sobrino de Mannerheim, escribe Peter Kemp: «Durante los primeros meses de la guerra civil española, mandó una centuria de voluntarios de la Falange, en el frente de Santander; más tarde recibió el mando de una escuela de cadetes, cerca de Salamanca. Luego se mezcló en el complot de Hedilla, siendo arrestado y privado de su mando». Esta «escuela de cadetes» es, según sospecho, la Academia de Jefes de Centuria, que debió ser clausurada a raíz de la Unificación, cuando los misteriosos sucesos de Salamanca, de los que tanto se oye hablar y tan poco se sabe. Los futuros centuriones fueron a parar al trullo y luego al frente.

En el primer invierno de la guerra se habilitó a los jefes de centuria, de sargentos, sin duda a efectos de remuneración. Prácticamente ya no mandaban la centuria, porque en la mayoría de los casos, de un modo lógico, este mando era ejercido por un militar profesional. Entonces se vieron muchos galones en los gorrillos falangistas, al modo legionario, no a proa, sino a babor o estribor. De la banda es de lo que no me acuerdo.

PERMISO

Santa palabra. Se la mire por donde se la mire, en cualquiera de sus formas, santa palabra, consoladora palabra, dilapidadora palabra. Un bombón de palabra. El permiso era siempre bien venido, pero acaso más que ningún otro se agradeciese aquel imprevisto, el que caía como

un don de Dios, bien como complemento horario de un servicio que exigiera desplazamiento a la inmediata retaguardia o bien como fruto de la magnanimidad del mando. Al principio, todos los permisionarios regresaban diciendo que no acertaban a dormir en cama, y a más de uno se le oyó decir que él se había tumbado en el suelo, sobre la esterilla. Ganas de presumir de duros. «Los viajes a Pamplona —escribe M. Morales—, generalmente, eran viajes relámpago; pero en otras ocasiones, más afortunadas, teníamos tiempo de bañarnos y luego tomar café en la plaza; y ver mujeres, y señores con corbata, cosas ambas extrañas, tan exóticas para nosotros como lo hubiera sido una cebrá entre las acémilas de Lesaca».

Otro enlace y yo acompañamos al capitán Vicario desde Somosierra a Burgos. Íbamos con nuestros fusiles en el ahitepudras, ya con más de un mes de frente —y el primero, que eso cuenta—, tiesos como un uso, derramando presunción. El Espolón nos pareció lo más hermoso del mundo —y probablemente por ahí le anda—, la cerveza, la más fría del universo y las chicas la más directa representación de la gloria. ¡Qué chicas aquéllas!

Durante los permisos relámpago de la parada de Vizcaya fue cuando San Sebastián comenzó a ganar los entorchados de Sansestabién. Estos permisos de veinticuatro horas exigían una enorme fortaleza física por parte del que los disfrutaba, porque al efímero plazo de un día todo quisque quería extraerle una renta de jolgorio equivalente a la de un año, y movidito. Esto daba lugar a profundos y dramáticos cansancios, como el de mi amigo y camarada V.G., que sintió necesidad imperiosa de dormir y en vista de que no encontraba dónde hacerlo, rompió la luna de un escaparate y se acostó en una magnífica alcoba que allí estaba puesta para tentación de novios; V., sin embargo, se acostó solo. Y durmiendo solo estuvo hasta que llegó la vigilancia.

Zaragoza conoció, con inda probabilidad, los más espectaculares permisos; Ruiz Ayúcar hace referencia en las *dos barajas* al modo de pasarlo la gente durante ellos. Hay que tener en cuenta que Zaragoza fue mucho tiempo el trampolín desde donde el combatiente se lanzaba al barullo, y allí coincidían todos los tipos de permisionarios: los que regresaban de un Placido descanso con la familia y querían entrar en calor; los que apuraban la última fase de un permiso de convalecencia —hartos ya de cuidados—, antes de reintegrarse a su unidad; los que no tenían familia en zona nacional y preferían olvidarlo en compañía de amigos y amigas. Como dice Ayúcar, por Zaragoza «pasaban los heridos, los combatientes en ruta, los permisionarios, los desertores. A ella acudían aventureros, negociantes, personajes turbios y gente alegre. En resumen, era una ciudad cosmopolita, llena de atractivos y diversiones, con la que soñaban todos los combatientes».

La alegría de Zaragoza era como una guerra chica, y hay quien sostiene que hubieran podido darse partes oficiales sobre las batallas reñidas por el establecimiento de una cabeza de puente en el mostrador de un bar, o por el dominio de algunas vías internas en los cabarés de fama. El

«Royal» fue un Marne de la bullanga, aunque no faltó quien lo comparara más con el Camino de las Damas. «Aquí se arma cada follón de miedo —puntualiza un personaje de Ruiz Ayúcar—. Se suele empezar en broma, por un viva a la Legión, a Regulares o a lo que sea. Y acaba el bar convirtiéndose en una batalla campal; las mesas hacen de tanques, las botellas de bombas de mano, el mostrador de parapeto y las sillas de mazas. Se hacen añicos las lámparas y se rajan los espejos. Las mujeres chillan y los camareros se retiran a las puertas y esperan respetuosamente a que se les llame. Unas veces viene la vigilancia militar, otras no viene, y otras, aunque viene, es como si no viniera. Por fin se acaba la gresca en forma tan disparatada como empezó. Los contendientes, con un ojo morado o con una descalabradura, se van cogidos del brazo, cantando y dispuestos a seguir divirtiéndose en otra parte. Desde luego, las acciones contra los italianos han sido las más espectaculares».

Los destrozos se pagaban o no, según el ánimo económico de los contendientes, o cómo les cantase el vino, pero nadie perdía allí nada —salvo la salud—, porque el mismo personaje de Ayúcar sostiene una curiosa tesis comercial que a mi parecer no anda descaminada: «Los dueños no protestan. Ganan todos los días lo que quieren con nuestra presencia. Si no organizáramos follones, estoy seguro de que los simularían ellos para atraernos».

Era un pequeño filósofo este muchacho, porque también hizo en esa memorable ocasión un paralelo afortunadísimo entre la similitud de los frentes y sus ciudades más próximas. Aun a costa de alargar la cita, no me resisto a copiarlo:

«—En el ejército del Centro— le decía a un camarada procedente de aquellos sectores— no sabéis vivir. La lucha de posiciones ha acabado anquilosándoos. Desde Brunete no habéis tenido nada bueno. Las ciudades de retaguardia son el espejo del frente que tienen delante: Ávila es el frente del Centro; Zaragoza, el frente de Aragón».

Juan Antonio Liaño Huidobro recuerda unos permisos de cuarenta y ocho horas, probablemente reglamentarios, que había en el frente de Madrid: «Se les daba un nombre feo, el cual —dice—, por feo precisamente, no repito». He de preguntárselo para mi colección.

El descanso de una unidad, naturalmente, era un permiso multiplicado por seiscientos y entonces ocurrían cosas memorables, como aquella que cuenta Cavero, cuando le dijeron que unos legionarios suyos «que estaban cenando en un bar han derribado un tabique *involuntariamente...*».

El permiso abría las compuertas de muchos embalses económicos y tenía algo como de *amok*, que, por cierto, era una novelita muy leída por entonces en frentes y hospitales.

BLOCAO

Este tipo de fortín ligero, generalmente reservado a la Infantería, estuvo muy de moda en las últimas guerras coloniales de España, y no digamos en las campañas de Marruecos, que fueron la gloria del blocao con el cabo Terrero, de la Legión, y otros muchos episodios. En el libro de Asenjo se encuentran abundantes menciones de los famosos blocaos, que también tuvieron su representación en nuestra guerra. Naturalmente, los más distinguidos quedaron del lado rojo, por aquello de su tendencia fortificadora, incluso en los primeros momentos de la campaña, cuando todo lo tenían ganado de verdad, aunque ésa fuese la opinión de Indalecio Prieto.

«Al amanecer se ocuparon (unas lomas), en brioso asalto, cayendo en nuestro poder lo que la Prensa de San Sebastián titulaba el “blokaus de acero” —inexpugnable, según ellos—, quedando en nuestro poder la guarnición completa, con sus armas y municiones».

Quien escribe el párrafo anterior es el general García Valiño, en la época aludida, mes de agosto de 1936, comandante. Es curiosa la tendencia marxista a prestigiar a base de acero una porción de cosas, los blocaos, los batallones, hasta la poesía.

Allá por septiembre del mismo año. Iribarren consigna que las trincheras de Navafría «eran blocaus “Bernal”, escondidos en la espesura del pinar, trincheras forestales hechas de troncos y enmascarados con ramaje verde».

PATRULLEROS

Flor y nata de lo que luego, curándose en salud, llamarían incontrolados los demócratas y socialistas españoles y algunos otros extranjeros, aunque también eso es mentira. Para favorecer el clima de terror «se idearon las tristemente célebres “Patrullas de Control” —escriben Vilarrubias y Lizcano—, que el Gobierno rojo dijo que eran de “incontrolados” cuando en realidad estaban completamente controladas por él. (Con una chapa en el cual bajo las “cuatro barras” había un número y el título Patrullas de Control-Generalitat de Cataluña)».

Verde y con asas, señoras y caballeros.

Los más exquisitos prohombres del marxismo, como don Ángel Galarza. Ministro de la Gobernación con Largo Caballero, declararon cosas así: «Estas fuerzas, ya bien o mal, eficiente o ineficientemente, algunas con absoluta buena fe y otras llevadas por las ambiciones y los malos instintos, realizaron una función en la retaguardia... y fueron las únicas fuerzas que en un tiempo podían ser utilizadas contra los fascistas en ciudades y pueblos».

Nada menos que el virginal y objetivo Burnett Bolloten opina que «el Gobierno liberal formado por José Giral el 19 de julio de 1936 era impotente para hacer frente al terror revolucionario ejercido por los organizaciones de la clase obrera, a través de sus escuadras de policía y patrullas que llevaban a cabo investigaciones, arrestos y ejecuciones sumarias».

Aparte de que llamar Gobierno liberal al del señor Giral está muy bien puesto, porque como él suelen ser todos los Gobiernos liberales, al menos por estos pagos, Bolloten se apoya en Barea para especificar que los patrulleros de las sindicales o los partidos, establecieron «su propia policía, sus prisiones propias, verdugos propios y el lugar especial de las ejecuciones». Y los bien organizados contaban con cementerios propios, dando trágica respuesta a aquella humorada contra el machismo que preguntaba: «¿Y usted, dónde entierra?»

Tomás Borrás opina que las patrullas volantes o de control servían a los patrulleros de «pretexto para no ir a la trinchera y de paso (pinchar) alguna chapuza de registro». Pero Tomás Borrás resulta un moderado junto a Bartolomé Soler, que en *Los muertos no se cuentan* ha escrito páginas decisivas sobre la siniestra epopeya de los patrulleros. Los había muy accesibles a la dialéctica financiera: «Tenemos unos patrulleros comprados, don Juan —dice un personaje de Soler—. Respondo de ellos, a pesar de sus actividades».

En sus negocios, al parecer, resultaban serios, y tenían una división de trabajo perfectamente establecida. «Sabía qué patrulleros locales paseaban en otros pueblos, y sabía cómo patrulleros de Monistrol, de Hostalets de Balañá y de la Garriga eran tan carne y uña de los patrulleros de Caldas, de Castelltersol y de Tarrasa, que se hermanaban hasta compartir el botín y el “trabajo”, como tiene que ser entre camaradas de verdad, hasta dejar a los patrulleros foráneos que fuesen ellos quienes *limpiasen* en la noche señalada».

César Falcón señala los objetivos de las patrullas volantes madrileñas: «Las patrullas volantes prefieren ir alerta, las pistolas apercebidas, y perseguir implacablemente, en un combate feroz, muchas veces desigual, a los automóviles fascistas. Así, en lucha franca, los exterminan a todos». Se estremece uno de pavor al ver el tremendo riesgo que corrían estos patrulleros volantes luchando por la calle de Alcalá en condiciones notablemente inferiores, o bien, como los reseñados por Fontana: «Piquetes armados —“patrulleros”— que, vestidos con mono, gorrito de borla y abundancia de insignias, recorrían calles y domicilios en busca de víctimas, clientela destinada a nutrir “el número de hemorragias internas que asoló a toda la región”».

Fueron la espuma de la andante caballería marxista, la más completa antología de truhanes, asesinos y violadores, y cubrieron con su deshonor al miliciano que combatía por sus ideas. Sólo «Marcos Ana» podría cantarles.

FIL TEMPERAMENT

Expresión germana, *viel temperament*, que al oído celtibero suena más o menos así: «fil temperamen». Tomás Salvador lo escribe en *División 250* tal y como se lee en el encabezamiento de esta papeleta.

Durante nuestra guerra se oyó poco y en general con aplicaciones estrictamente técnicas. Mucho temperamento, o temperamental, es algo que puede comentar muy a modo la actuación de una tropa española, desde el punto de vista de un observador alemán. Pero la expresión pertenece con todos los derechos y con toda su riqueza de matices, a la División Azul, y a su convivencia con germanos en el frente y con alguna que otra germana en la retaguardia. Tomás Salvador tiene en su famosa novela divisionaria un capítulo titulado *Fil temperament*, que es una delicia.

«Arrestado también estaba Darío Gomella, un andaluz muy aficionado a las faldas. Terminaba de contar su aventura de la noche anterior:

»—Y ella me dijo que tenía fil temperament...».

Claro que eso mismo le dijo una tal Qual a Gervasio Jurado, que cuando se colocaba en plan de don Juan se hacía llamar Manolo, porque lo de Gervasio le parecía de escasa rentabilidad erótica, y la verdad es que entre Qual y Manolo-Gervasio, no hubo nada más que una bicicleta:

«—Espanien... ¡fil temperament!»

El fil temperament ha quedado en Alemania como algo tan vinculado a lo español que puede confundirse con la mantilla, la navaja en la liga o los toros. Fil temperament y navaja ligan muy bien, y hay toda una leyenda germana sobre los españoles y sus navajas. Cuando hablan de fil temperament, los veteranos de la División Azul tienen los ojos llenos de lucecitas de verbena y se les nota como muy picarones.

En una crónica para *Marca* escribía hace poco Carlos Bribián, que estaba viendo un partido de tenis en no sé qué lugar de Alemania: «Mi encantadora colega de la Deutsche Agencie, Kay Brückner, se pasó la noche exclamando: «Oh, Karl! Spanischer, viel temperament!» Esto del “mucho temperamento” lo sacan los alemanes a relucir en cuanto huelen a un español. Y las alemanas, también. ¡No faltarla más!... Porque es tanta la admiración que por todo lo español existe aquí, que tan pronto le hablan a usted del rey Carlos I y V, como del Real Madrid, la Legión Cóndor, los toreros, la “Blau División” o el sol. Siempre poniendo su ¡oh! entre admiraciones por delante... Los que salían conmigo de la reunión tenística no hacían otra cosa que decir: “Oh, Gimeno! Viel temperament!”».

Hubiera sido tonto desdeñar esta carta de crédito, de modo que nuestros divisionarios, con música de *Lili Marlen*, compusieron cierta letrilla poco menos que anunciadora de sus muchas virtudes:

Nicht soldaten ruski,

nicht soldaten doich,

¡gut soldaten spanis

fil temperament!

En esta especie de papiamento oriental, de «espiqueinglis» castrense, viene a decirse a quien lo hubiera menester que nada de soldados rusos, nada de soldados alemanes, que los que cortan el bacalao son los soldados españoles.

LAS BRIGADAS

Se decía: «Las Brigadas», y todo el mundo entendía las Brigadas de Navarra. Esto, claro, por lo que a zona nacional se refiere. Supongo que

nadie dudará de que se conocía la existencia de las Brigadas Internacionales, pero a éstas se las llamaba, simplemente, las Internacionales.

Las Brigadas de Navarra se engendraron en la plaza del Castillo, en la mañana del 19 de julio, y su cuna fueron los montes de Álava, Guipúzcoa y Vizcaya, en los tiempos de la parada, cuando las columnas de los primeros meses reposan, se entrenan, se endurecen en la paciencia y crecen. Valiño recuerda que en vísperas de iniciarse la ofensiva del Norte, las fuerzas que allí lucharían se organizaron «en 4 Brigadas (de Navarra), compuestas por 10 batallones de Infantería y dos grupos de Artillería con sus cuarteles generales y servicios, y estaban desplegados a lo largo del Deva, teniendo como cabecera las villas de Ondárroa, Vergara, Mondragón y Vitoria».

Mientras se avanzaba sobre Bilbao se crearon dos nuevas brigadas, la 5ª y la 6ª. La 1ª absorbió a la 3ª, no sé cuándo.

He aquí los nombres de sus primeros mandos: la 1ª, teniente coronel García Valiño; la 2ª, coronel Cayuela; la 8ª, coronel Latorre; la 4ª, teniente coronel Alonso Vega; la 5ª, coronel Juan Bautista Sánchez, y la 6ª, coronel Bartoméu. Todas estas unidades gozaron —y gozan— de gran fama, pero acaso más que ninguna, la 1ª, y luego la 4ª. Las Brigadas de Navarra fueron un arquetipo de valor y eficacia bajo el mando del general Solchaga, que tenía de su lado, en el E.M., a aquel prodigio que fue el coronel Vigón. Es curioso pensar que dos años antes se había producido una como premonición de estas famosas unidades, también en el Norte y también contra el comunismo. Precisamente durante el octubre asturiano coinciden algunos de estos nombres en el despliegue nacional frente al marxismo armado: Solchaga manda una columna que desde Bilbao marcha hacia Llanes, y a la altura de Ribadeo se le presenta el teniente coronel Juan Vigón, en situación de retirado, y se le incorpora al E.M., mientras que el comandante Alonso Vega se ofrece como conocedor del terreno y opera con las fuerzas que van a la conquista de Noreña.

El general Kindelán escribe a propósito de las Brigadas: «El prestigio personal y las dotes del general Mola, hicieron que el Generalísimo le concediera gran libertad ejecutante, y la circunstancia de que el mando regional siguió en Burgos, limitándose a sus misiones de segunda línea, sin intervenir en las operaciones, hizo que las unidades que se llamaron, primero, Columnas de Navarra, y luego, Brigadas del mismo nombre, no se sintieran oprimidas por el peso de múltiples mandos, pues su jefe, el general Solchaga, a quien ayudaba el coronel Vigón, convivió con Mola y juntos los tres formaban un solo Cuartel General que conducía las operaciones, dejando a los jefes de columnas la necesaria autonomía que nunca degeneró en intempestiva independencia. Ello se tradujo por de pronto en una mayor agilidad operatoria y en un mayor rendimiento de las escasas fuerzas de que se disponía —dos docenas de batallones— y, más tarde, tuvo la consecuencia beneficiosa de acostumar a los mandos a la iniciativa y a que, apreciando sus ventajas, la practicasen

en otras operaciones de guerra. Las Brigadas de Navarra fueron plantel de generales que supieron emplear la iniciativa y la obediencia activa».

Las Brigadas ganan pronto su sitio en el corazón del pueblo y a partir de su bateo militar, celebrado el 31 de marzo de 1937 —bien estruendosamente por cierto, según testimonia Jorge Vigón: «Quizá por primera vez en esta guerra, el 31 de marzo se emplea la artillería en masa en una acción coordinada y potente»—, no dejan de escuchar loores, ni tampoco de sentirse acosadas por la lluvia. La lluvia y la niebla serán compañeras inseparables de todas sus acciones, y no precisamente para favorecerlas. «La niebla se ha hecho roja», dirá Mola el mismo día de su muerte, horas antes de que la niebla lo lleve a estrellarse contra un cerro de Alcocero.

Las Brigadas —anota Valiño, que las conoce muy bien—, «en realidad eran pequeñas Divisiones, muy ágiles, maniobreras y fácilmente adaptables a toda clase de terrenos, incluido el de alta montaña». Cuando Asensio ve bajar a la 4ª y a la 5ª desde Santander hacia Brunete, escribe que «de Brigadas no tenían más que el nombre, pues eran auténticas Divisiones».

Pasaron a ser oficialmente divisiones al acabar la campaña del Norte e iniciarse la de Teruel. Entonces tuvieron un merecido descanso, lleno de gloria, entre Navarra y las Vascongadas. La 1ª descansó en Pamplona y fue revistada por Franco, que ese día impuso la laureada a Navarra. El juicio de Valiño no deja margen a la duda y confirma aquello que el pueblo sintió desde el primer momento al hacerlas sus favoritas: «La organización de las Brigadas Navarras fue un acierto indiscutible. Ligeras y maniobreras, capaces de embeber unidades de refuerzo, aptas para la acción ofensiva y defensiva y, sobre todo, para moverse en ese terreno áspero, frío y endiabladamente atormentado, fueron la clave del éxito final».

Las Brigadas levantaron torrentes de literatura periodística y poética, y es de esperar que algún día tengan su precisa conmemoración literaria e histórica. Operaron siempre en familia, como tales Brigadas; luego, ya de Divisiones, sus actuaciones fueron más desperdigadas, pero la resonancia popular las unía siempre. En la sierra de Cuera, cerca de Llanea, nació la canción que las caracterizaba. Fue un *impromptu* al acordeón, sobre una melodía mejicana y una letra que iba inventando el propio tañedor del instrumento:

Adelante las Brigadas de Navarra

avanzando y avanzando siempre van.

La Primera, como siempre, la primera,

que las otras le seguirán detrás.

La canción, claro, nacía en la 1ª, pero es justo reconocer que sus hechos la colocaron a la cabeza del más glorioso escalafón. El último verso de la primera estrofa tiene algunas variantes sin importancia: «que las otras siempre marchan detrás» o «que las otras marchan siempre detrás». Total, nada; y en seguida viene la graciosa enumeración de las unidades:

La Cuarta de Camilo no es camelo.

La Segunda y la Tercera, ¿dónde están?

La Sexta que nos llega de relevo

y la Quinta que no lo hace mal.

La pregunta sobre la 2ª y la 3ª no tiene malicia. Se refiere a que en aquel instante no andaban con la 1ª, sino que iban por la parte de León sobre Asturias, y el juglar y sus compadres no las veían. En cuanto a la 6ª era una confirmación poética de un hecho normal, porque según parece la 6ª solía ser el relevo habitual de la 1ª. La copla se remataba así:

Avanzando las Brigadas de Navarra,

avanzando y avanzando siempre van;

la Primera porque es siempre la primera

y de ella la Agrupación de Gual.

Queda bien claro, con arreglo a todas las tradiciones lírico-militares, que la Agrupación de Gual era la del juglar, un capitán de complemento que mandaba las ametralladoras del 6.º Batallón de América, y la de los primeros alegres cantores. Este capitán se llamaba Sergio Senador — hijo del famoso notario Julio Senador, el de *La canción del Duero* —, más conocido en el Ejército de la postguerra por teniente coronel Gómez Alba. De modo que para que en España pudiera escucharse un día la canción del Duero, y de tantos otros ríos, el hijo del notario del 98 tuvo que hacer la guerra e inventarse la canción de las Brigadas de Navarra, al final de Santander y al comienzo de Asturias, hacia Panes.

Han pasado veinticinco años sobre la última acción de estas unidades y todavía tienen una inconfundible vigencia en el lenguaje. Las Brigadas siguen siendo, para el español, las Brigadas de Navarra, y el orgullo de haber servido en ellas alcanza, como una bendición, a los hijos de aquellos soldados.

LA MÓVIL

Apellido de otra Brigada famosa, la Brigada Móvil que mandaba Galera. Eran los tiempos en que se aguantaba a duras penas en la línea aragonesa, que tenía sus seiscientos kilómetros de desarrollo entre las mugas fronterizas del Pirineo y los montes Universales. Se decía por entonces, con un cierto modo de consuelo seco y varonil, aguntoformo de noventa grados, aquello de que «Aragón es yunque, pero será martillo». En cuanto Aragón fue martillo, del primor martillazo se llegó al Mediterráneo —un Viernes Santo, inolvidable para todos, y que a mi, por razones bien particulares, jamás se me borrará de la memoria—, pero hasta que ese martillazo llegó, la condición de yunque de Aragón fue de la calidad que hizo famosa su cabezonería magnífica de los Sitios. Los nombres de Alcubierre, San Simón, Santa Quiteña, Almudévar, Zuera, Quinto, Codo, Mediana, Belchite y tantos otros, evocan las hazañas de los hombres que guarnecían el frente de Aragón ante el empuje de los anarcosindicalistas, los *escamots*, la caballería argelina y los internacionales de diversas madres.

La Brigada Móvil se componía de varias unidades de primer orden. La Séptima Bandera de la Falange de Aragón, conocida por el apellido de su comandante, o sea, la Bandera Lostaló; la Segunda Bandera del Tercio; un grupo de Guardias de Asalto de Zaragoza, los «sanjurjos», un batallón de carros, un Tercio de requetés —no sé si el de María de Molina u otro—, dos tabores de la Mejala y otros servicios. El conjunto lo mandaba el teniente coronel Galera, hoy teniente general.

A la Móvil se le llamaba «la apagafuegos», y a su gente, muy dura de pelar, «los bomberos». Fue el ungüento curalotodo del frente de Aragón. Hay un hermoso librito, frecuentemente citado en éste, que cuenta con sencillez las aventuras de la Móvil. Su autor es el alférez provisional de la Segunda Bandera de la Legión, Francisco Caveró, y según mis noticias murió sobre el campo a poco de publicar sus alegres y fabulosas memorias. Caveró definía así a la Brigada —al principio, Columna— Móvil: «La fuerza que en sus cuarteles de Zaragoza estaba siempre dispuesta a acudir “a donde fuere necesario”, como aquellos bajeles de Barceló en su romántica época de piratas berberiscos». También los berberiscos rusos que anduvieron por aquel frente infinito y terrible de Aragón, se acordarán de la Móvil.

«Esta Brigada Móvil —escribe Manuel Aznar— parecía el “curalotodo” del frente de Aragón. Allá donde sonaban unos tiros insistentes acudía la unidad mencionada con el encargo de resolver un problema táctico que, generalmente, era muy superior a sus posibilidades. De Teruel a Huesca, de Huesca a Zaragoza, de la Sierra al llano y del llano al río o a la huerta, lo cierto es que la Brigada Móvil no se detenía un instante. A ella se deben verdaderos prodigios de valor y de eficacia; sin ella, no se explica lo sucedido en el frente de las provincias aragonesas».

A la Bandera Lostaló, la Séptima, también se le llamó la Móvil. Era algo antonomásico. Se distinguió mucho en todas partes, pero era especialista en la Sierra de Alcubierre. «Preguntad a cualquiera de los falangistas de Lostaló, que saben algo de la sierra», apunta en su estupendo librico el alférez Caveró. En Alcubierre está la posición de «los sesenta», llamada así por los sesenta camisas azules que murieron pegados al terreno antes que ceder un terrón reseco al enemigo. Los de la Brigada Móvil encontraron sus cadáveres, todavía en orden de combate, casi como en aquel fuerte de *Beau Geste*, una novela que muchos leían entre los tiros. Entonces se cantaba:

En le Sierra de Alcubierre

hay una fuente que mana

sangre de los falangistas

que murieron por España.

La «hermana muerte», por decirlo con bien santa palabra, era la compañera de aquellos hombres en los que tanto confiaba Mola, ya por los días inciertos y duros de agosto del 36, cuando decía: «A Zaragoza no hay quien la tome. Los baturros no se dejan comer el pan del morral y hay cuarenta y ocho piezas de artillería defendiendo la plaza». Para otros era la novia, según sabe quien conozca al Tercio algo mejor que los melancólicos papanatas del progresismo. Hermana, novia o «muy señora mía», como decían otros. Los falangistas de la Móvil están retratados por Aznar: «Descendiendo con rumbo al Ebro, nos encontramos con la sierra de Alcubierre, toda ella guarnecida de batallones rojos en los mejores observatorios; el coraje, indescriptible valor y espíritu de sacrificio de los falangistas aragoneses consiguió filtrar varios puestos diseminados en las barrancadas de la Sierra, y allí se mantuvieron durante meses, completamente dominados por el fuego enemigo, y forzados a combatir en condiciones de manifiesta inferioridad».

Estar en la Móvil, Brigada o Bandera, daba motivo suficiente para presumir.

COMERSE LA ORDEN

Voracidad táctica que conduce a un rebosamiento total de los objetivos señalados en la orden de operaciones. Hay que tener mucho ojo con el apetito, porque a veces la gula puede conducir al desastre. Algo de eso les pasó a los italianos en su avance en flecha por la zona de Guadalajara.

«Al llegar a... Mascaraque, nos encontramos con una españolísima y brava novedad. “Nos habíamos comido la orden”: como ellos dicen — anota Pemán en su *Historia de tres días* —. Con una marcha inexplicable de treinta kilómetros, nuestras tropas hablan coronado los últimos objetivos de la orden del día, con el sol todavía en el horizonte. Y había surgido la idea de apurar más la jornada gloriosa y dar un último empujón a Mora: cabeza de partido y ciudad de mayor importancia».

PEGAR TIROS

Combatir. Sería excesivo emplear expresiones más solemnes. Contra lo que suele creerse el español no es demasiado retórico, de modo que se apaña decorosamente para quitar importancia a algunas cosas propicias al desbordamiento. Ni combate, ni lucha, ni pelea: pega tiros, quitando así pompa al acto y reduciéndolo a algo tan sencillo y normal como irse de caza.

Cavero, al final de su libro, hace un gracioso balance: dice que los hechos en él referidos se desarrollaron entre el 7 de abril y el 21 de octubre de 1937, o sea, a lo largo de ciento noventa y ocho días. Y saca la cuenta:

«31 días de descanso “oficial”

37 días de parapeto.

130 días “pegando tiros”.

198 días».

A veces los tiros se pegaban con alguna menor alegría de la que le rebosaba a Cavero. El «Tebib» cuenta que a un prisionero natural de Baracaldo, de cincuenta y dos años y casado, le preguntó que cómo con todo eso y cinco hijos estaba combatiendo en primera línea. Y el otro le contestó:

«—¡Qué quiere usted!. Si no salimos a pegar tiros no comemos, porque en Bilbao ya sólo pueden comer los de primera línea».

EL SITIO DE LOS TIROS

El frente, la vanguardia, el puesto de peligro. Es expresión tan usual como la anterior y a veces se emplea como emplazamiento fatal para fanfarronea:

—Eso ya me lo dirás en el sitio de los tiros...

En su biografía de Varela escribe Pemán: «El teniente Varela marcha en vanguardia a la ida, y en retaguardia a la vuelta: en el “sitio de los tiros”, como se dice en el “argot” militar».

Lo que equivalía en aquel tiempo a ir abriéndole paso al convoy por la mañana y protegiendo su retirada por la tarde. Un trabajo muy duro, la mayoría de las veces resuelto a tiro limpio.

MATAR TIERRA

Caer las bombas de la aviación en terreno donde no hacen pupa, por estar vacío de tropa, máquinas o avituallamientos. Después de una pasada enemiga, resume Armiñán: «Medio centenar de bombas pequeñas “han matado tierra”».

Lo que le pasa a la madre tierra, es que la tía aguanta mucho. Y ahí está, tan campante.

BALDOMERAS

La guerra pisa a fondo el acelerador en cuanto a virtudes y vicios se refiere, y en medio de su alborotado regazo lo mismo reposan los grandes castos que los buenos perdularios. Para los perdularios más elementales y alegres están las baldomeras, a las que siempre se trata más discretamente y a escondidas que a otras muchachas, aunque no falten muchos a los que tanto les da.

Hay una comedia de Lope de Vega que es justamente la versión española del tema de Romeo y Julieta, ése que Shakespeare haría universal. Esta comedia se titula *Castelvines y Monteses*, que de por sí ya recuerda a Capuletos y Montescos. En este *Rameo y Julieta* de Lope, cuyos protagonistas se llaman Roselo y Julia, hay unos delicados versos varoniles que aluden a ese género de chicas de que me estoy ocupando, y nunca mejor dicho, ni verbo más afortunado.

En uno de los versos se recuerda. ¿No podrían haberse recitado estos versos entre dos combatientes que en la tremenda mugre de la vanguardia evocasen ciertas aventuras de juventud?

¡Bien haya el día que te di la mano
de amigo, el vino que bebimos juntos,
y las muchachas, cuya limpia casa
fue de aquella merienda campo ilustre!

¿Acaso no pudo decir un amigo u otro, este camarada al de más allá, al encontrarse los dos en Zaragoza, en Sevilla o en San Sebastián, que fueron las tres ciudades más o menos Capua para los combatientes, no pudo decirle, al saludarlo en la estación o en un bar o en el banderín de enganche o en la casa de baños o en la peluquería o en la representación, algo muy parecido a esto:

Hoy por esta merced quiero llevarte
en cata de dos bellas forasteras,
donde verás con una guitarrilla
todo el donaire que despierta el gusto?

Las muchachas de la casa que fue campo ilustre de meriendas, las bellas forasteras de la guitarrilla, tenían también su nombre, y aparte de los conocidos de sobra, para unos fueron las baldomeras y para otros las bizcochas —nombres evidentemente derivados de los de sus patronas— y también las nenas, las niñas, las lobas y las palomas. Bizcocha, nombre dulce si los hay, venta de una ilustre residencia, creo que granadina, conocida como casa de «la Bizcocha». Las nenas fueron así bizcochas y bizcochitas y sus numerosas amistades prodigaron tanto el nombre que subió hasta el Norte y desde allí llegó a toda España. Lo de baldomera supongo que tiene un origen semejante, pero mi investigación erudita no ha llegado a establecerlo de manera definitiva.

La verdad es que siempre hubo mujeres así junto a los Ejércitos, bien cerca de la línea, si la situación permanece estabilizada, o en toda la retaguardia, desde la más próxima hasta el hondón, en cualquier caso, y unas veces son aquellas Monna Giulla o Julia Campana, llamada «la Ferraresa», que trataron a fondo los soldados del Gran Capitán y otras las soldaderas mejicanas, y otras las cantineras de *Madame Sans-Gène*, y otras, como recuerda don José Ortega y Gasset en su prólogo magistral —y no firmado— a las *Aventuras del capitán Alonso de Contreras*, las quiracas, «egregias ramerías del Mediterráneo, ornadas de gran hermosura y sazonadas con todas las picardías y añagazas del mundo».

Lo de la hermosura puede ser cierto, y muchas veces lo es; pero la hermosura, con frecuencia, la pone la imaginación del soldado, que vive

en zonas vedadas y propicias, por tanto, a toda fantasía. Las picardías y añagazas ya son harina de otro costal, al menos para Alonso de Contreras, que tenía debilidad por las quiracas, y ellas lo sabían y le esquilmaban.

«Vino luego socorro de más de 3.000 moros a caballo y a pie; por lo cual dimos fuego a la ciudad (La Mahometa, en Berbería) y nos embarcamos. Nos costó tres caballeros y cinco soldados, que se perdieron por codiciosos, y volviéndonos a Malta, contentos, gasté lo poquillo que había ganado, pues las quiracas de aquella tierra son tan hermosas y taimadas, que son dueñas de cuanto tienen los caballeros y los soldados».

El peligro pone belleza donde quizá no la haya, la añade si hay de qué, y, además, Alonso de Contreras, que era entrón y sentimental, sobre poner belleza ponía pisos y algo de corazoncito.

»Dióseme lo que me tocaba de los esclavos, que los toma la Religión a 60 escudos, malo con bueno, y del monte mayor me tocó el siete por ciento. Gastóse alegremente con amigos y la quiraca, que era la que mayor parte tenía en lo que yo ganaba con tanto trabajo. En este tiempo llegó el día de San Gregorio, cuya ermita está a seis millas de la ciudad, donde va toda la gente y el Gran Maestre, y no queda quiraca en el lugar. Yo tenía que ir, pero por celos no quise, ni tampoco que fuese la quiraca».

Lo que son las cusas... Esta determinación le dejó a aquel fantástico levante solo ante el peligro, pues unos esclavos tomaron las de Villadiego, bien armados por cierto, y fue el capitán Contreras quien les dio caza con una fragata, ganando así una sustanciosa recompensa que dio al traste con los morritos de la damisela, pues apunta el amante que quedó «la quiraca satisfecha de no haber ido a la fiesta, porque gozó de todo lo que hurté en la barca, y hoy tiene una casa bien buena, labrada a mi costa».

Por si alguno quiere saber cómo acabó la historia, les diré que Alonso de Contreras se fue de operaciones, y al volver se encontró con una anticipada versión de aquel tango que cuenta lo que le pasó a un cornudo cuando llegó a su casa una noche de Reyes y se encontró con que su mejor amigo se le había adelantado en regalos y efusiones. Acaso sea mejor copiar el parte oficial del capitán Alonso de Contreras:

«Entre tanto, la quiraca que estaba gastando la hacienda, que tanto me costaba buscarla, la hallé encerrada con un camarada mío a quien yo hacía mucho bien; dile dos estocadas que le pusieron a la muerte, y, curado, se fue de Malta por temer a que le matase, y la quiraca huyó; aunque me mandó mil rogadores y rogadoras jamás volví con ella, que, como había donde escoger, presto se remedió, y más siendo yo pretendido como los de importante oficio».

Ele, si señor.

Parece, pues, que con las quiracas había cierta tolerancia por parte de los jefes de los levantes. En esto, como en todo, ha habido modas, interpretaciones, manga ancha, vista gorda y a veces, como en el caso del general Castaños, absoluta intransigencia. García Rodríguez lo comenta: «Sin embargo, Castaños no fue amigo de las apuestas cortesananas que con los Tercios viejos del duque de Alba vio pasar para Flandes Pierre de Bourdeille». Hay una orden a todas las divisiones de su Ejército, firmada en su Cuartel General de Utrera, a 27 de junio de 1808, que no deja lugar a dudas, y a menos de un mes Bailén vino a dar la razón a sus prevenciones: «Conociendo ser un mal muy perjudicial a la Santa Religión que profesamos, en cuya defensa hemos tomado las armas, a la Patria a quien deseamos libertad, y del todo contrario a una buena política militar, los muchos excesos que con dolor he advertido en la tropa, por la compañía frecuente y trato criminal con las mujeres públicas que se presentan cada día, y acompañan con escándalo al Ejército, cuyas consecuencias se notan ya de bulto; y que además de irritar en extremo la ira de Dios debilitan a los soldados, afean su conducta, y los desproporcionan para el mejor y más acertado manejo de las armas, haciéndose así imitadores de los excesos de los franceses, cuyas abominaciones los hacen con sobrada justicia aborrecibles a Dios y a todo el mundo, Mando...».

Y ya venían las disposiciones.

Parece como si esto de ser «imitadores de los excesos de los franceses», pesase un tantico en aquella frase de uno de los soldados de *La Fiel*, que cuando ya está de hoz y coz en el ajo se limita a decir: «Nos ha llegado la civilización al bajovientre». Otros caen del lado contrario y elogian incluso desafortunadamente tan grata compañía. En *Cuerpo a tierra* pasa algo de esto, cuando se alude a las modestas baldomeras así: «Mujeres que tendrán con ellos (con los soldados) un ademán compasivo, que los estrecharán contra su seno. Admirables mujeres. Hay que decirlo. Ellas los darán ternura como nadie. A ellas les hablan los soldados. Como a nadie les hablan y les cuentan. Están ahí con su vida amarga y triste, con su dolorosa "vida alegre". Y comprenden. Y lloran con el soldado y lo consuelan. Sí, maternales».

Yo comprendo que hay cosas que se agradecen mucho, pero también que hay en el párrafo una pizca de folletín, que es tanto como decir exceso. Luys Santa Marina tiene dos pequeños episodios de nenas en *Tras el águila del César*, que son dos deliciosas y contrastadas miniaturas: uno se titula *Magdalena*, y cae del lado de la demagogia baldomeril, pero con un final arrebatador, y el otro se titula *Noche de aguiluchos*, y es como un Saco de Roma a escala reducida o como una profecía de lo que acaeció en cierta ciudad española con una casa llamada de «la Turca», episodio al que ya se ha tenido el honor de aludir en este *Diccionario*. (Vid. MILICIANOS DE LA CULTURA.)

Imán, la imborrable novela de Sender, precisa sobre los trabajos de ciertas cantineras o pupilas de cantineros, y cuenta la historia de una tal Rosita, a la que llenaron de gozo, con sus celos fingidos, dos sargentos

bromistas. Barea, en el segundo tomo de su trilogía, demuestra su erudición en la materia y de paso, como siempre, nos confiesa modestamente que le pisó a un general su ninfa Egeria, que venia a ser una tal Luisa, muy buena moza, poco virtuosa y dueña o encargada de una mansión que bien pudiera llamarse de reposo con cierto descuento de verdad. Barea presenta Marruecos como un burdel de arribabajo, mientras él lee *Aphrodite*, de Pierre Louys, en versión original.

Gracias a Asenjo conocí el por qué se les llama también lobas a estas desdichadas —«¿Y dónde dice usted que viven esas desdichadas?», le preguntó un severo catedrático de Valladolid al secretario del Tribunal Tutelar de Menores, que le hablaba de dos hermanitas muy valientes—, y como la cosa tiene salero la traigo aquí, para alivio del tema: habla del campamento legionario de Riffien y de los nombres de sus barrios más o menos provisionales, y llegado a uno de ellos escribe: «El más pintoresco y visitado, que viene a ser el Montmartre de esta ciudad ruda y, a la vez, galante, ha sido bautizado en inglés: *Love street*, que los legionarios han traducido graciosamente por “Calle de las Lobas”, por otro nombre, “Calle del amor”. Yo le hubiera puesto —concluye Asenjo— “Villaviciosa”».

Por allí circularon damas ilustres que ocultaban sus auténticos nombres bajo eufónicas y definitorias banderas de combate, tales como «la Santita», «la Moño Triste», «la Tío», «la Sultana», «la Guayabo», «la Paulina» —a causa de lo mucho que recordaba a Uzcudun— y «Miss Piojo», tan culibaja que levantaba polvo con el trasero. ¡Ah, y la «Chata», «la Damajuana» y «la Cuerpo-bueno»!

El mismo Asenjo acierta a dejarnos una impresión muy directa de aquella Melilla rodeada de tiros por casi todas partes: «Sobre la ciudad ha caído, además, una plaga de “señoras” de todos los “tonos” y precios, que acabarán con este ejército ambulante, de “descanso”, que diariamente se renueva en la plaza y que gasta a la medida de esta frase: “Para los cuatro días que vamos a vivir...”, plazo que suele reducirse para Regulares y legionarios, que suelen ser los más asiduos colaboradores de toda juerga en las falsas “Caleta” y “Eritaña” melillenses».

Calculo que siempre ocurre lo mismo, con pequeñas variantes, pero lo primero que se hacía en un permiso era bañarse, lo cual es muy lógico.

Juan Cepas lo recuerda muy bien en *Provisional* :

«—Baño, baño, baño. Ya siento el agua tibia chocar contra las paredes de la bañera y flotar la espuma de jabón sobre ella.

»—Y a los piojos.

»—Yo no tengo piojos —protestó muy digno Ridán.

»—No, se los comieron las ladillas.

»Quedaron un rato en silencio y luego dijo el primero:

»—Después iremos a las nenas».

Nadie debe de alarmarse con estas historias, tan viejas, tan pasadas, tan lejanas, tan eternas y reales. Hasta de clave sirvieron nenas y niñas, como ocurrió con aquel famoso telegrama que García Escámez hizo llegar a Mola, y en el que le indicaba el estado de ánimo de una guarnición andaluza ante las perspectivas de la inmediata rebelión nacional: «Las niñas, regular; las encargadas, pésimas». Telegrama, por cierto, que al ser conocido en plena guerra por un periodista rojo, le hizo prorrumper en escandalizadas expresiones. Ya es sabido que los escritores rogelios tienen, generalmente, obsesión sexual —¡cómo se apuntaba cueros Arturo Barea!—, que disfrazan con aire de hombres de espíritu fuerte, y lo que en ellos es cosa de la santa libertad, en los demás es asunto rijoso, hipócrita y otras gaitas. Yo siempre he tenido la convicción de que en el liberalismo español, y en sus inmediatas derivaciones, hay algo de inquina al sexto mandamiento, y de que muchos se hacían masones como quien se hace cliente de un cabaré o bien se apretaban a la República como un triste descuidero de la galantería a su compañera de viaje en un Sol-Ventas de hora punta.

Agustín de Foxá lo vio muy bien al evocar el 14 de abril: «Era el día de los instintos sueltos. Nadie pagaba en los tranvías ni en los cafés. Vomitonas en las esquinas, abortos en la Dehesa de la Villa, pellizcos obscenos y el sexo turbio que se enardecía en los apretones:

»—Oiga, joven; no se aproveche.

»—Para eso estamos en la República».

A idéntico concepto de las cosas corresponde la anécdota que cuenta Ramón Sierra en su formidable *Euzkadi*: «Hace algunos años tomó posesión de la farmacia de un pintoresco pueblo vascongado un boticario levantino. Hombre joven, de temperamento mediterráneo, y con la agravante de ser viudo, se interesaba extraordinariamente por todas las bellezas más o menos perfectas de la localidad. Naturalmente, organizaba sus paseos a base del médico, del notario, del Juez municipal y un indiano que había venido a consumir su madurez en la tierra que le vio nacer. Salvo nuestro protagonista —dice Ramón Sierra—, que aseguraba ser liberal, todos sus amigos eran fervorosos carlistas. Una tarde, cuando realizaban su habitual paseo, cruzó ante ellos una bellísima forastera. El juez municipal tuvo ante ella una reacción perfectamente mediterránea, y después de admirarla concienzudamente exclamó:

»—¡Buena pieza!

»—¡Cómo!—dijo el boticario—, ¿pero se puede ser carlista con esas aficiones? ¡Entonces yo también me hago carlista! ¡Es lo único que me separaba de ustedes!»

Aquel «Hijos, sí; maridos, no», explicaba bastante bien las más hondas raíces del progresismo español. Los problemas íntimos, que para unos se resuelven con la gracia de Dios, con la fortaleza o con el confesionario, para otros se resolvían echándolo todo a rodar. Pero, en fin. temo salirme del tiesto.

Desde «las reliquias del Saco de Roma» hasta *Irene* o la *Chaparrita*, siempre ha habido mujeres junto a la tropa, y por algo hablaba Isabel la Católica de «los lindos pecados del cardenal». *La Madelón* se deriva de otra copla:

A nos poilus que sont sur le front

Qu'est qui leur faut come distraction?

Une femme!

Une femine!

Qu'est-c'qui leur ferait gentilment

Passer un sacré bon moment?

Une femme!

Une femme!

Mola, con su asombroso realismo, con la larga vista de sus ojos reforzados por los gruesos cristales de las gafas, nos habla de las quiracas, baldomeras, bizcochas, nenas, lobas, palomas y niñas de Marruecos:

«En un tropel de hombres y bestias que formaban casi lo último de la columna de Taguesut venían dos mujeres, dos infelices de esas que, despreciadas de la sociedad, siguen a los Ejércitos en campaña. El espanto que se reflejaba en sus rostros daba verdadera pena. Agarradas a las colas de los mulos, apoyadas en soldados y casi a rastras pudieron llegar al sitio donde se hallaba la compañía de Juste. El espectáculo que allí se ofreció a su vista fue impresionante: hacinados, en un pequeño recodo del camino, habla un buen número de muertos y heridos, pues las camillas no daban abasto. El terror las hizo huir inconscientemente en dirección a la guerrilla, donde sintieron inmediatamente los efectos de un fuego brutal. ¡Ya no pudieron más! Una cayó al suelo sin sentido y la otra se desplomó en los brazos de un teniente que la mantuvo cogida unos momentos con gesto de protagonista de drama romántico; mas éste, ante el peligro que ambos corrían, optó por echársela auestas y

ponerla a cubierto; a la otra costó Dios y ayuda sacarla sana y salva del sitio en que había caído, por ser uno de los sectores más batidos del frente de combate. Cuando pasaban por donde nosotros estábamos iban hechas unas Magdalenas: “¡Dios mío! ¡Dios mío, qué horror!”, decía una de ellas; la otra iba rezando. La tropa reía a carcajadas al mismo tiempo que les hacían alusiones más o menos groseras con esa gracia ruda propia del soldado viejo. “¡Pobres mujeres!”, exclamó uno de nuestro grupo. Los demás asentimos».

Tirios y troyanos andan de aquí para allá con baldomeras y bizcochas, y partidos tan organizados como el comunista se ocupan de menesteres necesarios en toda república con una afición y un mimo que definen. Enrique Castro habla en *Hombres made in Moscú* de una «casa de varios pisos, situada en la calle del General Pardiñas». Había centinelas y toda la pesca, y un encargado de negocios llamado Baena. «Y Buena comenzó a enseñar la casa a Castro; una sala lujosamente amueblada; varios dormitorios montados con lujo y con pequeñas y discretas luces. Y bebidas y tabaco americano en cada dormitorio. En uno de ellos, Baena se sentó en un sillón e invitó a Castro a sentarse en el otro:

»—Esto será tu dormitorio.

»—De acuerdo.

»—Puedes venir a la hora que quieras. Y llamar a la criada. (La criada era, según especifica Castro unas líneas más arriba “una muchacha joven con delantal blanco y aires de doméstica celestinesca”.) Ella te preparará el baño, la cena si quieres cenar, te dará ropa limpia... En fin, lo que quieras».

Y hay una sonrisita que dice que lo quieras es lo que quieras, de modo tajante. Y confidencias sobre los que viven en la casa y sobre sus actividades. Un informe preciso sobre el enamoramiento de la «Pasionaria» y Antón: «Y Dolores que siempre tiene una habitación reservada al lado de otra habitación que tiene reservada Antón y que se comunican entre si... Pero esto, Castro, no lo debe saber nadie... Si te lo he dicho es porque tú eres un viejo camarada...».

A ninguna persona decente, liria o troyana, le puede extrañar la respuesta de Castro, porque ciertas cosas cada cual las liquida como puede, pero es muy feo que toda una organización política se dedique a mantener un tinglado oficial para estos menesteres.

«—No vendré, Baena... Es preferible dormir en el coche en pleno campo, o en las trincheras aunque te llenes de piojos o de sarna... Todo es preferible a dormir en el gran prostíbulo del Partido».

El activo Baena habla sido encargado por el Partido de «cuidar de los camaradas dirigentes... ¡Tú debes asegurar —le espetó Castro— su comer, su dormir, su fornicar y su higiene!... No deja de ser un trabajo

del Partido, camarada... ¡Hay que cuidar a los jefes...! ¡Hay que cuidar a los jefes!»

De modo que el Partido tenía su Celestinium como su Presidium, a fin de controlarlo todo, y seguramente que el pobre Baena recibió instrucciones sobre su discreta regencia en base a los reglamentos que en Moscú rigen la llamada Casa de Monino, lugar lujoso y abundante en todo, como verá quien lea *Vida y muerte en la URSS*, del distinguido propagandista democristiano Valentín González (a) «El Campesino», el cual se encontró allí a su llegada de general invencible, pero derrotado, dos chiquitas jóvenes y estupendas, «encargadas —dice angelicalmente— de jabonarme y atender a mi tocado. Sentía mucho pudor y sonrojo desnudarme ante ellas y utilizar sus servicios.

»Mi amigo alemán me susurró al oído:

»—No protestes y sométete a todo; destila comunismo a cada instante, que cada palabra o gesto tuyo será cuidadosamente anotado y transmitido.

»Había una “doncella” —el entrecomillado es de “el Campesino”— también joven, guapa, bien vestida y perfumada para cada refugiado de categoría.

»No tardé en saber que todas estas muchachas, disfrazadas con el carnet del Komsomol pertenecían en realidad a la NKVD y estaban destinadas a compartir nuestro lecho y a adivinar nuestros pensamientos y a vigilar nuestras acciones. Aquello era una especie de prostitución generalizada al servicio del espionaje comunista».

Con más delicadeza, cierto soñador amigo mío solía quejarse:

—Ni una espía. Ni siquiera una espía me han echado los Estados Mayores enemigos...

Porque él estaba dispuesto a dejarse castigar por la espía y luego darle los planos de una finquita que tenía por la parte de la Ulzama.

Sin duda por el mucho frío que hace en Moscú, esto de las baldomeras, singularmente para las clases elevadas, estaba muy bien llevado. El propio «Campesino» relata: «Delante de la “Academia Frunzé” (alta escuela militar soviética) hay un parque inmenso. A la llegada no había nunca nadie en él; por el contrario, a la salida estaba lleno de señoritas elegantemente vestidas, provocativas hasta el exceso, las cuales seguían infatigablemente a la mayoría de los profesores y de los alumnos. Se presentaban a ellos como estudiantes de colegios y universidades, como oficinistas o como simples trabajadoras. La mayoría de ellas conocían diversos idiomas. Los invitaban a sus casas y les servían vodka y excelentes manjares.

»Eran las “stajanovistas del amor” al servicio de la NKDV».

—Ahora me explico por qué se hablaba tanto del paraíso soviético — opinó un vivalavirgen después de leer a Castro, al «Campesino» y a otros autores especializados en los viajes a la gran madre Celestina URSS.

Volviendo a la zona cipaya, los que sí hicieron algo tan original como tragicómico, fueron los raciales del anarcosindicalismo. Jesús Hernández lo cuenta con muy mala uva en *Negro y Rojo*, pero ya es sabido que de este libro hay que quitar aquella parte de hierro que era pura obediencia a las consignas de Stalin. Hay que reconocer, sin embrago, que el cuadro está trazado con pulso firme y buena condición sarcástica. En pleno imperio de la requisita, el control y la incautación, los de la FAI inventaron los «liberatorios de prostitución», y el que quiero saber qué es eso no tiene más que seguir leyendo, esta vez a Jesús Hernández: «La F.A.I. extendió su poder a los burdeles y a los *cabarets* del Barrio Chino en Barcelona y Valencia. Las pandillas anarquistas se presentaban en los prostíbulos. La dueña acudía con su vieja mirada sagaz:

»—A ver, muchachos, ¿qué queréis? ¿Mando bajar a las chicas?

»Los faístas se derrumbaban en el peluche marchito de los sofás, colocaban las bombas de mano en las mesitas, echaban una ojeada a los espejos y se indignaban:

»—¡Ni chicas ni nada! Aquí se ha acabado la explotación de las mujeres, víctimas de la sociedad. ¡La F.A.I. no puede tolerar esa vergüenza! ¡Esta casa queda incautada!

»La dueña torcía el guiño:

»—Y que lo digáis, compañeros. Esta es una vida muy perra. Todo el mundo te desprecia y te maltrata. Y luego por unas cochinas pesetas. Ahora tiene que ser otra cosa. Pero vosotros no consentiréis que una pobre vieja como yo se muera de hambre...

»La celestina hipaba un sollozo, limpiándose los párpados con la esquina negra del mandil.

»Los faístas la consolaban, sentimentales:

»—Eso, no, abuela. Nosotros sabemos que tú eres otra víctima. Además, la prostituta cumple una función social. Y tú has trabajado aquí toda la vida. No te preocupes. La F.A.I. pone bajo su control la casa, pero tú puedes seguir en tu puesto.

»Y quedaba constituido un "liberatorio de prostitución". En la puerta, un miliciano con fusil (igual que en la casa discreta de General Pardiñas y

obsérvese de paso la afición militar de los antimilitaristas) y un letrero: «Incautado. C.N.T.-F.A.I." Arriba, las prostitutas con carnet.

»La Sevillana y Madame Petit eran dos burdeles muy conocidos en Barcelona. En La Sevillana y Madame Petit, previamente "liberados", los volantes que valían por una mujer llevaban en un ángulo los colores rojo y negro y los anagramas C.N.T.-F.A.I. En algunas casas públicas exigían en la puerta el carnet de la C.N.T. o de la F.A.I. Este era un servicio "social" que no tenía igual en el mundo, según aseguraban algunas hojas anarquistas, propagandistas de los "liberatorios de prostitución".

»En algunos liberatorios, la conmovedora redención faísta había fijado la siguiente advertencia: "Compañero: la mujer pública merece todos los respetos, es una víctima más de la explotación. No la insultes, no la ofendas, piensa que cumple una función social y que puede ser tu madre o tu hermana.—El Comité"».

Comer, beber y arder, suelen ser desahogos a los que se dan los soldados a poco que puedan. Las dietas y los peligros estimulan cierta sed de vivir, que a veces no es ortodoxamente aplacada. La misericordia de Dios, con ser infinita, probablemente echa un suplemento de ternura en favor de los soldados que se olvidan, bien que momentáneamente, de ciertos preceptos.

Bares, figones, casas de comida, hostales y restoranes poblaron la retaguardia nacional, que fue segura y alegre, puede que porque el soldado nacional fue seguro y alegre también. Sería divertido —un día— trazar el gran mapa gastronómico de una zona en la que no falló el condumio ni un momento, y cuando hubo algún apretón fue porque las provincias nacionales se volcaban en el regalo, la ayuda y el puchero de las provincias últimas en ser liberadas. Aparecerían en él «las Pocholas», famosas por su buena mano en el guiso y por su belleza, y «Salduba», en el andén de la muerte; «Víctor» y la «Nicolasa», «Rimbonbín» y aquel sótano en la plaza de Talavera, donde los riñones al jerez, sin bromas, eran el plato del día; el «Cantábrico», el «Kutz», el «Madrid», el «Iruña», el «Raga», «Xauen», «Gambrinus», el «Royalty», el «Suizo», el «Navarra», «El Oro del Rhin», el «Niza», una freiduría sevillana que se llamaba «Málaga», con su pescadito dorado y su tinto con sifón, y la tasca del «Patás», el coloso «Marceliano», «Catachú», y los heridos de Lecároz recobrando la salud en el Casino de Elizondo, o con los guisos del «Hotel Lázaro». Y «La Flor de Castilla», para los hombres del dulce, igual que «Pomares» o «Garicano» o cien mil cuyos nombres lamento no recordar, pero el dulce no me tira; y «La Modesta», de Oviedo, donde jamás se cerró el comedor ni en los peores días. «Guisaba lo que tenía, pero guisaba», y al mismo tiempo la gente de Aranda se decía: «Hemos terminado Sagunto y comenzamos Numancia». Y aquel convento vitoriano citado por Armiñán donde se comía «como lo hacíamos en nuestras casa», descubierto por alguien de la escolta de Mola, y el «Hotel Frontón» y la lejana y pantagruélica Galicia, que hacia la boca de agua a cualquiera que la nombrase, y los pasajes del «Tubo», con aroma de chilindrones y menestras. Y aquel

parte de Radio Nacional con los menús y los precios de tascas y hostales, que fue una de las cosas que más minaron la moral roja. ¿Y quién no estuvo en el «Maravilla»? ¿O en el «Chicote» donostiarra —que con frecuencia se convertía en motorizado para obsequiar con copetines a la clientela de los frentes— y en donde la primera copa era siempre por cuenta de la casa para quien vestía uniforme? ¿O en «Edasca», el «Bar Bosque» o el «Choko»?

Cada cual puede rehacer su propio mapa, o el que supo por referencias, y no sólo a la hora de comer, sino también a otra, y entonces se trazarían las líneas elementales del gran callejero de la noche, del gran plano de las baldomeras, con los hitos ilustres y preclaros de la Aurora y Pepita «la Guapa», Politarena y «la Canija», «la Bizcocha» y «la Mediateta», «la Jota» y «la Turca», tantos 15 y 17, 9 y 44, como graves y antiguos parajes —la Alameda en Sevilla o aquella calle empinada que trepaba por el costado de la catedral de Burgos—, la calle de Zabaleta o los dominios de «la Fatimucha», de Anita «la Mierdaseca», y de tantas otras egregias damas que hicieron virtud de su incontinencia, caja registradora de su liviandad y plaza pública de lo que debe ser recatado e íntimo. ¡Manes de aquellas tremendas Marías, la Vasca y la Gallega, la Catalana y la Maña, la de aquí o la de allá y barrios vedados y nocturnos, como el poblado moruno del frente de Madrid, o el rico chino de Salamanca, tan cosmopolita —periodistas, diplomáticos, espías y contraespías, gentes extrañas, con cante y curiosidad— y aquel itinerario sin pierde que dejó señalado Caveró: «Cuando yo estaba de vigilancia me limitaba a salir un rato, después de cenar; por el arco de Cinegio a la calle de la Verónica, vuelta hacia la de Bureta; una vueltecita por la de Peromarta y a casa. Encontraba al pleno de la Bandera». O aquellos activistas programas reseñados por Peter Kemp: «Comparándola con la de Londres, la vida nocturna de Zaragoza ofrecía pocas diversiones. La belleza de las muchachas debíase más al maquillaje y las luces amortiguadas que a la juventud; el licor hubiera dado mala fama a un contrabandista. Pero a nosotros todo aquello nos parecía magnífico y alegre. Algunas veces era asimismo excitante, pues, debido a la influencia del coñac que se servía en los *cabarets* y, supongo, a la tensión de la guerra, los oficiales eran ruidosos, primero, y belicosos después; sacaban las pistolas y las balas empezaban a silbar por el local. En más de una ocasión se arrojaron bombas de mano, resultando de ello heridos y muertos. Cierta noche, un oficial de carros italiano, al que se negó la entrada en un establecimiento nocturno que estaba ya lleno, regresó media hora después en su tanqueta, entrando con ella hasta la pista de baile».

Oí narrar una entrada semejante a caballo, no recuerdo si en el «Royal» o en «La Conga».

Ya ya sé que nada de esto era hermoso, pero se hermozeaba con la clara luz de la juventud y con el reflejo constante de la muerte. Uno, con sus miserias a cuestas, no puede menos de recordar a bizcochas y baldomeras con alguna ternura, como ocurrió en cierto Consejo o Asamblea de ex combatientes, donde hubo alguien que se levantó a

rendir homenaje a las madres y a las novias, y también, dijo, a aquellas tiernas bizcochas que estaban con nosotros cuando nosotros no estábamos ni con Dios, ni con la Patria, ni con la madre, ni con la novia, ni siquiera —acaso— con nosotros mismos.

Fue muy aplaudido.

JELKIDE

Palabra vasca que se deriva de la sigla J.E.L., Jel en familia. La sigla compendia las iniciales de *Jaungoikua eta Legizarra*, que quiere decir Dios y Leyes viejas, postulado de los catolicarras puesto en ridículo por ellos mismos en virtud de su alianza con los comunistas, anarcosindicalistas, masones, teósofos y ateos del conglomerado cipayo que hizo frente al Ejército nacional. En este sentido, un jekide o jelquide era, ni más ni menos, un nacionalista vasco o basko, por mayor precisión. Alvarez del Vayo le escribía a un colega de Gobierno, en carta citada por Bolloten, lo que sigue, tan altamente revelador como vergonzoso para los vascos que cayeron en la trampa: «Es necesario... dar al mundo exterior la impresión de una tendencia burguesa (en el Gobierno). Nada nos ha favorecido tanto en el exterior como nuestra unión con el Partido Nacionalista Vasco». Aguirre, según Bolloten, se avergonzaba de esto, pero —pienso yo, sin el andador de Bolloten—, seguía en el machito. Digamos ambas cosas en aras de la objetividad dichosa.

ERTZAÑE

Otra palabra vasca. Según Armiñán, *ertzañe* «quiere decir policía del Gobierno. Son los agentes de Aguirre. Llevan una larga levita azul, pantalones mil rayas de esos que se ponían los nacionalistas, azul clavo con rayitas blancas y boina con una chapa». Parece que fueron muy eficaces en la tarea de aterrorizar a la retaguardia e incluso a sus propios milicianos de primera línea, que les llamaban «los del levitón». Ertzañe, en vasco, significa pastor, o al menos eso les parece a algunos de mis particulares eruditos, sin llegar al quórum. Es seguro, en cambio, que funcionaron en dos secciones, la una de a pie, y la otra motorizada.

INCONTROLADO

Término que el Gobierno rojo usó casi siempre en plural —tal era el número de incontrolados que, también casi siempre, controlaba para sus propios fines— con el fin de llamar de algún modo a tantos

saqueadores y asesinos como pulularon por la zona soviética: algunos incontrolados procedían de las cárceles, donde purgaban por delitos comunes. Otros, de las milicias, donde florecieron lujuriantemente al socaire de la anarquía y la seguridad del triunfo. En realidad, los incontrolados eran una especie de excusa permanente para la disculpa oficial, diplomática o periodística. Era como encogerse de hombros.

«En aquellos días —bajo el signo de Giral, el buen burgués patibulario —, esa fauna hórrida llamada de los “incontrolables” —farsa inmundada, ya que estaban dirigidos y burocratizados por el Gobierno— se jactaba a pleno sol, en el corazón de la vieja ciudad simpática y civilizada, de haber asesinado a gentes de iglesia, cetrería de sacerdotes y de religiosas y “razzia” feroz y sin comprensión contra la Falange», escribió Emilio Carrere.

Y en *La agonía de Madrid* se lee: «Esa es la “frase hecha del día”. ¡Ah! ¡Los “incontrolados”! ¿Qué son los “incontrolados”? No se atreven ni el Gobierno de Valencia ni la U.G.T. a *definirlos*. Quiere “dejar suponer” que *los incontrolados* son... ¡la C.N.T. y la F.A.I.! Pero... ¡no lo dice con claridad! Deja, en la confusión, que la gente los defina. Son los “incontrolados” algo intangible, algo indefinido; algo inaferrable; pero... ¡que existe! Son... el punto neurálgico de todas las culpas que las “autoridades rojas” descargan sobre ellos. ¿Hay uno o varios asesinatos algo sensacionales? El Gobierno dice: “los incontrolados”. Pregunta alguien ¿por qué “los controles” siguen funcionando de una manera “mixta” a pesar de las Disposiciones oficiales? El Gobierno responde: “Esos incontrolados”. Se roba, se saquea, se pillan con el mismo impudor que en el mes de agosto... ¡“Los incontrolados”! ¿Promete el Gobierno a una Embajada respetar la vida de un número de “asilados” que evacúan? ¿Les sucede “algo”, a pesar de “la promesa formal” del Gobierno? Y el Gobierno “lo siente mucho” y exclama; ¡“Los incontrolados”! ¡Triste vida la de Madrid que, desde julio de 1936, está sufriendo el “terror”, corrosivo, que, día a día, le horada como si cada veinticuatro horas le cayese sobre la cabeza una gota de plomo, líquido, calentado “al rojo”».

Si alguna vez ha existido un comodín político más barato y rentable, no cabe la menor duda de que es éste de los incontrolados. Si alguna vez ha existido una prestimanía más sangrienta que la del Gobierno cipayo de España, con la historia esa de los incontrolados, el que la sepa que vaya y levante el dedo. La acción gubernamental frente a los incontrolados se limitó a legalizar su barbarie, de modo que las checas de aquel verano sangriento, los mataderos humanos clandestinos de toda aquella época, recibieron las bendiciones de Ossorio y Gallardo, pongo por ejemplo, y tomaron el nombre de Tribunales Populares, con lo cual el Gobierno se quitó un peso de encima, mientras don Ángel, por la merced de su aval, se quitaba de en medio. Foxá recuerda prodigiosamente esta escena, que yo me limito a esquematizar:

«Llegó (don Ángel) a la cárcel campechano, sin chaleco, con su gran panza burguesa. Recibiéronle los del Tribunal Popular con toda clase de consideraciones y le invitaban, apremiantes, a subir a estrados.

»Sentóse entre aquellos asesinos. Allí no había códigos, ni artículos, ni el juego ingenioso de atenuantes y agravantes, que él manejaba con destreza de malabarista...

»Ante él, pálidos, temblando, aparecían los reos detenidos por ir a misa, por poseer unas estampas, por haber regañado a la criada.

»Eran hombres modestos, padres de familia, muchachos de la clase media, que habían vivido siempre mucho peor que don Ángel. Y en sus pisos baratos, lloraban las esposas, las madres, las hermanas.

»Pero don Ángel sonreía; salió del Tribunal con todos los honores. Unos milicianos le acompañaron hasta la puerta. Había ungido con su prestigio de jurista aquellos asesinatos. Los periódicos dieron, satisfechos, la noticia al día siguiente. Aquellos infelices podían ya morir tranquilos. El mejor abogado de España garantizaba su fusilamiento.

»Subió al coche. El Gobierno quedó muy satisfecho. Apuntaba Indalecio Prieto:

»—Creo que como premio, podíamos darle la Embajada en París».

Y fueron y se la dieron y él la tomó y se quedó en ella mientras pudo. Dios le haya perdonado.

SIM.

Otra sigla famosa. Responde por Servicio de Investigación Militar, aparato debido al talento de organizador que siempre distinguió a Indalecio Prieto. Fueron los socialistas sus fundadores, pero en realidad estuvo perfectamente controlado por los comunistas. Disponía el SIM de checas a la última, con la técnica más moderna, recién importada de Rusia, fresquísima, acabada de llegar. Sus cátedras principales se establecieron en Madrid y Barcelona. Para disimular, las llamaron Preventorios, y se quedaron tan anchos. Numerando preventorios (Preventorio A, B, C, etc.) casi dan fin al alfabeto. Su crueldad era tan refinada, sus medios tan infrahumanos y mecánicos que, según Bartolomé Soler, alguien dijo, con más razón que un santo: «Era preferible la navaja cabriteras de la FAI».

Quien quiera saber de las checas del SIM puede acudir a un documental rodado en Barcelona por Neville, nada más tomarse la ciudad. Del SIM hallará abundante definición, informativa y literaria, en *Los muertos no se cuentan*, de Bartolomé Soler; toda la obra está llena del aroma

inconfundible del SIM; y si el estomago del lector es excesivamente delicado, acaso le baste con el extraordinario retrato que del SIM se hace en el capítulo 2 de la tercera parte de este libro. (Primera edición, páginas de la 365 a la 369, ambas inclusive.) Igualmente recomiendo *Checas de Madrid*, de Tomás Borrás, y vuelvo a repetir que se trata de un libro que los desmemoriados, e incluso los que no lo son, deberían leer al menos una vez al año. Las chicas nacionales detenidas por la burocracia sangrienta del SIM cantaban:

Si te quieres casar

con las chicas de aquí

nos tendrás que probar

que has estado en el SIM.

Pero, coplas aparte, como quiera que mi información pudiera parecer tendenciosa, me limito a transcribir lo que Largo Caballero escribe en *Mis recuerdos*, a propósito de esta creación roja.

«No han organizado los campos de concentración, pero Prieto organizó el S.I.M. (Servicio de Investigación Militar); organismo que no quise yo constituir a pesar de los requerimientos de que fui objeto; organismo que sirvió para todo menos para información militar, y que ha desprestigiado a la República en el extranjero».

Este testimonio, convendrán ustedes, no es ni el de un falangista ni el de alguien que haya padecido persecución por parte de los «simios», que es como se llamó en zona roja a los agentes del SIM.

FLECHAS AZULES

Brigadas mixtas de españoles e italianos que se constituyeron a principios de 1937 en diversas partes de Andalucía y Extremadura, y que poco después entraban en fuego por aquellos frentes y en seguida por el Norte. Hay un libro pequeñito —lástima—, nada retórico, muy sincero y altamente eficaz, escrito por Fernando Pérez de Sevilla; su título, *Italianos en España*. Pérez de Sevilla era entonces un alférez provisional de Infantería que fue destinado a la primera Brigada Mixta Legionaria Flechas Azules, constituida el día 1 de febrero de 1937 en el colegio de Villasís de los Jesuitas, en Sevilla, donde precisamente habla estudiado de niño aquel estampillado.

Hubo sus más y sus monos en o] primer contacto humano. Los italianos llegaban de Abisinia, llenos de legitimo orgullo, y les parecía que nuestra guerra era cosa como de broma. «No comprendían la

estabilidad de nuestros frentes por aquellos días ni el por qué no hablamos acabado ya con los rojos.

»Escuchábamos con frecuencia la palabra Abisinia, con insistencia que llegó a ser molesta, llegando unos y otros a mantener la susceptibilidad a flor de piel.

»Nos menospreciaban, y muchos llegamos a temer el fracaso de tal mixtura militar».

Habla pareceres contrapuestos en todo: en la manera de cantar, en la de comer, en los uniformes de la oficialidad; los españoles venían rotos, del frente; y los otros, por fortuna paro ellos, del almacén. Los italianos se habían encaprichado de la boina negra, y los estampillados no renunciaban al gorrillo isabelino y al madroño. Pequeñas y grandes puerilidades que chirriaban al Iniciarse la relación.

«La denominación de “Mixta” que se le dio a la Brigada no dejaba de ser ampulosa, y sólo era exacta en cuanto a los mandos. Por lo que afecta al Batallón de nuestra historia —anota Pérez de Sevilla, que era el que ganó en Sierra Argallén fama militar y su propio nombre, tomado de aquella acción—, la proporción por nacionalidades era la siguiente:

«De diecinueve, entre jefes y oficiales, once éramos españoles y sólo ocho italianos.

»Los oficiales estaban a partes iguales, y en cuanto a la tropa, antes queda dicho: sólo un 6 por 100 eran italianos.

»Con las consiguientes vicisitudes, la composición era análoga en las restantes Compañías del Batallón y en los otros Batallones del Regimiento. Aumentando la proporción aún más a favor de los españoles al irse produciendo bajas de italianos, que no fueron cubiertas».

La resonancia de Guadalajara —cuyas noticias debieron abatirse sobre los campos de instrucción como una tormenta—, fue tremenda, pero los italianos la encajaron bien. «Su moral, pese al natural disgusto, permaneció inalterable e incluso se hizo más firme al ser más auténtica, perdiendo énfasis». Comenzaron a entender la guerra de España, su dureza, sus razones, y en cuanto entraron en fuego junto a los falangistas extremeños y andaluces y guardias de Asalto de aquellas dos regiones, que poblaban las nacientes unidades, dio principio a una estimación que a través del libro de Pérez de Sevilla se ve que fue mutua. «No volvieron a hablar más de Abisinia ni tampoco a fantasear», pero murieron como buenos soldados, *in gamba*. Poco después de las primeras ensaladas a base de bien, llegaron algunos oficiales que venían directamente de Italia. Uno de ellos, en el imperio, le dijo a un compatriota suyo: «El soldado italiano es el mejor soldado del mundo». El silencio fue penoso; nos dábamos con los pies por debajo de la mesa, y su interlocutor le respondió —cuenta Pérez de Sevilla, que estaba allí

—: «Acabas de llegar al frente. Ya formarás tu juicio más adelante». La contestación fue espontánea y hecha también en voz baja; ambos quedaron confusos, salvándose la situación al reanudar acto seguido uno de nosotros las bromas y voces que se habían interrumpido».

La verdad es que los españoles causaron una extraordinaria impresión en los voluntarios italianos, y del mismo modo que se adaptaron a una parte de la comida española, de igual modo que los nuestros también engulleron *pasta*, se sintieron deslumbrados por lo más característico de nuestra relativa uniformidad. «El gorro legionario y la guerrera abierta, con o sin corbata, de nuestro caqui clásico descartó a la boina negra. Nos distinguíamos de las restantes fuerzas nacionales —sigue Pérez de Sevilla— por el color de la borla del gorro, que fue azul o negra, según el color de las brigadas y por el emblema que llevábamos en el brazo izquierdo, consistente en un escudo que, además de la inscripción “Primera Brigada Mixta Legionaria Flechas Azules”, consignaba en el mismo el lema “Agredir para vencer”, producto de la exaltada imaginación de quien lo ideara. El yugo y las flechas en azul, y en el centro del escudo, completaban el distintivo».

Además de los Flechas Azules, hubo Flechas Negras y Flechas Verdes, y no sé si se llegó a formar, o sólo se habló de ello, la Brigada de Flechan Rojas. Las Negras y las Azules, en realidad, nacieron a la vez. Hay un libro italiano. *Le «Frecce Nere»*, en el que el propio jefe de la Brigada, general Piazzoni, relata su campaña.

Villegas escribe al final de la guerra: «El Cuerpo de Tropas Voluntarias al retirar, por acuerdo internacional, 10.000 combatientes extranjeros, había quedado, en realidad, constituido por la División “Littorio”, formada por legionarios italianos; la de “Flechas Verdes”, mixta de italianos y españoles, y las de “Flechas Negras” y “Azules”, que sólo tenían soldados españoles. Estos eran 27.000, en total, en el Cuerpo de Ejército citado».

Combatieron en Andalucía, Extremadura, en el Norte y luego en los frentes liquidadores de la campaña. Unos y otros soldados de estas Brigadas Mixtas se parecían mucho, la que ocasionaba divertidos equívocos. «En un departamento del tren iban durmiendo, en una ocasión —refiere mi amigo y camarada Pérez de Sevilla—, dos oficiales del Batallón, uno italiano y español el otro, y entraron entonces dos italianos de otro Regimiento que no les conocían, poniéndose a charlar. Se despabiló el español y pudo escuchar lo siguiente: «Los españoles son inconfundibles; fijaos si no en eso que va dormido. ¿Quién podría tomarlo por un italiano?». Y el dormido era de Palermo».

Lo cual, históricamente, tiene sus justificaciones.

Como las siglas del Cuerpo Voluntario y las cartelas de sus nutridos servicios y representaciones se veían mucho en retaguardia —¡aquellos famosos *Comando Militare di Stazione!* —se creó «un falso estado de opinión que nos dio muchos disgustos, pues cuando nos veían en

retaguardia, como en aquellos días —se indigna Pérez de Sevilla—, lo que creían era que nunca sallamos de ella. En aquellos lugares de esparcimiento (de Zaragoza) se aclaraban estos y otros conceptos, no siempre en tono dialogal».

El sosiego de la Historia vierte una luz clara sobre aquellos muchachos italianos que vinieron a luchar en España. Con muchísimo respeto copio aquí la gran verdad: «Cuatro mil ciento cincuenta y siete (4.167) quedaron enterrados bajo nuestro suelo patrio.

»De ellos, tres mil setecientos ochenta y cinco yacen en el Osario de Zaragoza y trescientos setenta y dos en el cementerio de Puerto del Escudo».

En un enterramiento de Guadalajara se lee: *Sul mio riposo veglia la Spagna risorta nobile e pia.*

Y así es, porque España vela su eterno descanso desde una paz feliz, noble y dichosa.

DECA

Sigla cipaya para expresar, lo más rápidamente posible, esto: Defensa Contra Aviones. Lo malo fue el pitorreo propio, que tradujo Deca por aquello de «Dejamos Escapar Cada Avión».

Yo no diría tanto, ni nuestros aviadores menos. Pero la verdad es que lo dijeron ellos.

BAYONETA

La bayoneta, según Clonard, citado por Almirante, arranca de 1610,. de modo que es muy vieja, pero se conserva bien. «El nombre de esta arma proviene, según dicen algunos autores, de Bayona, donde suponen se ha fabricado por primera vez. Según varios historiadores vascongados, hay en los Pirineos una posición llamada *Bayoneta*, que fue célebre por un combate que en ella tuvo lugar entre españoles y franceses, y en que los vascongados, habiéndoseles acabado las municiones ataron sus navajas en la punta de sus fusiles y lograron triunfar de sus contrarios, arrojándose sobre ellos con el denuedo que distingue a este heroico e industrioso pueblo: de aquí habría derivado el nombre de que se trata en el concepto de estos escritores».

Aunque la versión sea muy amable para los españoles, suena más a leyendaria que a histórica, del mismo modo que los que la derivan de

pequeña vaina o *vaineta*, de donde se deduciría lógicamente bayoneta, parecen pasarse por idéntica nube.

En el lenguaje de la tropa, bayoneta, machete o cuchillo valen por lo mismo, aunque no lo sean. El machete nace de la machera, arma que los romanos adoptaron por el buen uso que de ella hacían los españoles. El machete, unido al fusil o la carabina, adopta un aire, según Almirante, de artesana, aunque algo corta. Tantas bayonetas son tantos soldados de Infantería, en contraposición a tantos sables, que contabilizan Caballería.

Posiblemente desde los madrileños de Goya, que se metieron debajo de los caballos mamelucos y de los famosos coraceros y dragones de Murat con el fin de despanzurrarlos limpiamente, el español tiene fama universal en cuanto al uso de la navaja se refiere, y como consecuencia, de la bayoneta y del machete. Los de la División Azul solían esgrimir navajas, las más de las veces en broncas de retaguardia —lo cual, gracias a esta leyenda, les procuró un respetable suplemento de santa veneración—, y los lectores de periódicos recordarán que hace poco, un obrero español que trabajaba en Alemania y se volvió loco —no precisamente por trabajar en Alemania—, impuso tal respeto navaja en mano a la Policía germana, que hubo de ser reducido a tiros, porque a brazo resultaba peligroso.

Los rojos usaron una bayoneta rusa, triangular, larga, aguda y temible.

En las campañas de África los legionarios solían menear la navaja, y hay un pequeño relato de Santa Marina —*Los conocimientos nunca estorban ...*—, que da frío, y en el que un murciano canta:

La navaja es una cosa

que se mete y que se saca,

¡una alhaja!

«El ataque al arma blanca —escribe García Rodríguez a propósito de una carga que dio don Enrique O'Donnell en la Guerra de la Independencia— ha sido siempre nuestra especialidad. El español es hombre al que le gusta ver de cerca el rostro fiero y sanguinolento, el blanco de los ojos de su enemigo. Para el pecho de un invasor no hubo entonces mejor cosa que un palmo de hierro, o la punta de un chuzo».

Parece que algo hay de esto, porque en el Credo Legionario el postulado primero dice así:

«El Espíritu del legionario: es único y sin igual, es de ciega y feroz acometividad, de buscar siempre acortar la distancia con el enemigo y llegar a la bayoneta».

Las coplas militares se muestran de acuerdo con tan tremenda tesis. Lo vimos en el cante del murciano de Santa Marina, en los testimonios de la Francesada; está en las guerras civiles y coloniales del siglo XIX y en las canciones de hace veinticinco años.

Por el Norte de Burgos se cantaba:

La centuria diecisiete,

la trece y la Catalana

hemos tomado La Herbosa

a bayoneta calada.

Busco una copla de los requetés del Tercio de Lácar —¡fuera gorros!— con referencia a la bayoneta o al machete. José María Codón no ha podido proporcionármela, y él tiene el mejor cancionero carlista del que yo tenga noticia. Le di la pista y me envió cata letrilla:

Somos los del Tercio de Lácar,

los que arrastran el capote,

acostumbras al ataque

por el día y por la noche.

A los de Lácar no hay que comparar.

¿Por qué?

Porque es un Tercio muy popular.

Habiendo vino, siempre hay buen humor,

y margaritas, mucho mejor.

Bueno, pues con base a esta canción tan veraz, ingenua y encomiástica, yo recuerdo haber oído una variante que mi mala memoria me impide precisar en toda su pureza, pero en la que los propios muchachos de Lácar se pitorrean de si miamos porque después de asegurar lo que es cierto —algo así como «hemos tomao todo el Norte a bayoneta calada»—, dicen, apoyándose en la rima fácil y popular de capote, que usan el machete para abrir un bote. Y juraría que el tal bote era de melocotón en almíbar. Puede que me haya hecho un lío, pero la copleja me zumba en la memoria como un divertido abejorro.

Debo a Pío García Viñolas una canción de la División Azul en la que también se alude al machete. Pío es uno de los hombres más recatados

en punto a recuerdos bélicos, entre todos los que yo conozco. Jamás habla de lo que hizo, e hizo lo suyo, pero a ratos tengo la virtud de tirarle de la lengua. En una de estas ocasiones me cantó —muy mal, por cierto, porque hay que decir las cosas como son— cierta letra con música de *Giovinazza*, a la que pertenece lo que sigue:

Nada nos importa el frío
teniendo la sangre ardiente;
si se nos hiela el fusil,
el machete es suficiente
para que el mundo se entere
de que el infante español
sabe morir en la nieve
lo mismo que cara al sol.

Un estampillado de *Las dos barajas* presume porque puede, y hay que reconocer que muy razonablemente:

«—Hay muchos con más heridas que yo, desde luego; pero heridas corrientes, balazos, metralla y cosas por el estilo. Eso lo tiene cualquiera. En cambio, un bayonetazo como el mío hay muy pocos españoles que puedan enseñarlo... Además, de bayoneta rusa, de esas triangulares, ya sabes. El agujero es pequeño, pero deja una preciosidad de dibujo».

Asenjo cita a algunos legionarios que atacaban con pistola y cuchillo en los campos de África, y en Somosierra se habló, singularmente en la centuria de Gerardo Lastra, de hacer otro tanto cuando se atacase Madrid directamente. No hubo ocasión, como es sabido.

Numerosas referencias —y entre ellas una de los hermanos Giménez Arnau en *La guerra en el mar* — atestiguan que los legionarios y regulares del sin par Convoy de la Victoria, aquel que protegió el «Dato» ganándose la Laureada, armaron bayonetas pensando que se verían obligados a lanzarse al abordaje sobre los barcos de la Escuadra pirata. Pero la Escuadra pirata, con sobra de discreción, no dio motivo.

Los de Belchite evocan a Santapau: «Allí está también Santapau, cargado de prestigios increíbles, fuerte y sereno, como si mantuviera íntegro su caudal de posibilidades de héroe de leyenda: rostro serio, las manos se apoyan en su cinturón de bombas de mano; a un lado pende su cuchillo de monte; son las razones de la hora que se aproxima».

Ultima ratio; la guerra.

Ultimisima: el cuchillo, el machete, la bayoneta.

¡Dios nos libre!

INTERNACIONALES

No era necesario especificarlo, porque con decir los internacionales, tanto en una como en otra zona, se aludía a los combatientes de las Brigadas Internacionales, del mismo modo que si alguien mentaba a las Internacionales, ya se sabía que su referencia iba derecha a señalar las Brigadas Internacionales, y no a las ligas políticas así llamadas.

Esta selecta tropa del comunismo, especie de Legión o Tercio Internacional, fue una creación soviética, rusa, porque en el Presidium siempre han estado dispuestos a combatir hasta el último cipayo. En la misma guerra de España, los rusos recibieron orden de mantenerse «lejos del alcance de la artillería», para no comprometer la política de Stalin. En los primeros días de agosto un cerrajero de nombre Kleveko, no sé si de Moscú o Leningrado, propuso que los obreros rusos aportasen un tanto por ciento de su salario mensual, con el fin de crear un fondo de ayuda a los republicanos españoles. La suscripción se puso rápidamente en más de mil millones de francos. Ese dinero lo administraban —es un decir— Palmiro Togliatti, la «Pasionaria», José Díaz, Largo Caballero y Thorez. Ese dinero no dio un paso fuera de Rusia. En cambio, con el señuelo de la suscripción, acabó en Moscú todo el oro español, con el que se pagó la larga y cara cuenta militar de la U.R.S.S., y otras muchas cosas. El negocio fue redondo para todos menos para el imbécil del cerrajero y los sufridos proletarios rusos.

Pues bien, a la sombra de los francos del cerrajero Kleveko se pensó en organizar una Brigada Internacional que echase una mano a los milicianos. Y dicho y hecho.

Los banderines de enganche se abrieron en todo el mundo, pero Francia fue la que se llevó la palma. Los banderines de enganche solían ser claramente comunistas, o aparecían dulcemente enmascarados con etiquetas menos llamativas y algo más democráticas, sin que tampoco faltase la piadosa mentira de la recluta de técnicos y obreros para funciones específicamente laborales. Hubo algún ingenuo que picó, y en lugar de encontrarse con una fresadora se encontró con un fusil ametrallador en las manos.

Las Brigadas Internacionales fueron la palanqueta con que los rusos y sus cipayos españoles forzaron todas las decisiones políticas de la zona roja; sirvieron a Rusia de pretexto para alejar comunistas extranjeros en vísperas de purga nacional y garantizaron pretorianamente la

influencia de la U.R.S.S. en su nueva colonia. Rosenberg funcionaba como un virrey, daba órdenes como un virrey, imperaba como un virrey, y esto no lo digo yo, sino que lo afirma nada menos que Araquistáin: «Más que como embajador, Rosenberg actuaba como un virrey ruso en España. Hacía visitas diarias a Largo Caballero, a veces acompañado de rusos de alta categoría militar o civil. Durante las visitas, que duraban horas, Rosenberg trataba de dar al Gobierno español instrucciones sobre lo que se debía de hacer para dirigir la guerra con éxito. Sus sugerencias, que eran prácticamente órdenes, se referían principalmente a los oficiales del Ejército».

Solía actuar de intérprete en estas conversaciones Álvarez del Vayo, a la sazón Ministro de Estado, de modo que el jefe de la diplomacia republicana era la lengua de Rosenberg. Uno se siente honorablemente representado por la cólera nacional que un día se despertó en el pecho de Largo Caballero —nunca es tarde si la dicha es buena—, el cual firmó su sentencia de muerte política al arrojar violentamente a Rosenberg de su despacho, lo mismo que a su acólito, el precitado Ministro de Asuntos Exteriores. Fue un pequeño 2 de mayo que hay que apuntar en la cuenta de aquel enorme equivocado que, con sus desplantes de «Lenin español», contribuyó como pocos al desencadenamiento de la tormenta.

Toulouse, Burdeos y Perpignan fueron las bases de partida de los internacionales, amorosamente tutelados por el Gobierno del Frente Popular francés, cuyo Presidente, el señor Blum —conocido también por «El judío blanco» y «El Camello»— confesaba llorar de emoción con los primeros relatos militares de su intervención en España. «Pronto, el tren 70, que salía de París por la noche, fue conocido por “el tren de los voluntarios”», certifica Gironella. Tito montó desde la orilla del Sena el llamado «tren secreto», que lo era a voces.

La recluta era fácil, porque había dinero y también porque a la hora de morir nunca faltan los idealistas; se presentaron muchos ex combatientes de la primera Guerra Mundial, muchos profesionales de la revuelta, los aventureros del Chaco, Abisinia y la China; desertores de mil ejércitos; universitarios y obreros; delincuentes profesionales atraídos por la increíble tolerancia que en su favor trascendía al mundo desde la zona roja; en suma, gente de bien, gentucilla, gentuza y criminales. De los mandos dependería convertir aquel turbión fétido en una fuerza coherente y disciplinada. Miquelarena veía a las Brigadas Internacionales como «todo el “apachismo” de Europa volcado en una España roja de sangre y de vergüenza». Se quedó corto.

En el agosto inicial podría considerarse como una aportación de las Brigadas Internacionales aquella fuerza aérea organizada por André Malraux, con unos setenta aparatos y los correspondientes pilotos, titulares y de repuesto. De estos setenta aviones —escribe Fischer, un incondicional de la causa roja—, «cincuenta se vendieron por compañías francesas, con el consentimiento del Gobierno francés. De ellos, treinta y cinco eran de caza y quince de bombardeo y de

reconocimiento. Los otros veinte eran aeroplanos viejos que se vendieron extraoficialmente a André Malraux. En esta ocasión prestó André Malraux un inestimable servicio histórico. Su Legión Extranjera del Aire, reclutada fuera de España, y que maniobró los aparatos que él había comprado, luchó por el dominio del aire contra los fascistas y reforzó la resistencia de los republicanos en un momento en que pudo haberse derrumbado, en agosto de 1936».

Malraux metió también en España a Michel Koltsov, otro regalo.

La verdad es que corrieron en socorro de nuestros rojillos —que entonces lo tenían todo, según demostró muy bien don Indalecio Prieto—, porque en el mismo agosto del 36 ya dieron muestra de su eficacia en infantería. A propósito de la batalla por el portillo de Irún, testimonia irrecusablemente García Valiño: «Los ataques y contraataques se suceden casi sin interrupción durante los días y noches restantes del mes de agosto; pero las posiciones se conservan intactas. El fuego enemigo es continuo y potente en toda la extensión del frente, y fracasan todos los intentos de infiltración por nuestra parte. No cabe duda que nos hallábamos ante la posición principal de resistencia, consistente en una fuerte línea de trincheras flanqueadas de reductos de hormigón y con abundancia de armas automáticas. Toda ella protegida por alambradas y guarnecida por tropas internacionales al mando del belga Renard». ¡Qué madrugadores!

El 7 de agosto, *L'Humanité*, órgano comunista editado en París, proclama: «El Gobierno francés autoriza la formación de grupos de voluntarios para acudir en ayuda de los trabajadores españoles». Y a los pocos días ya estaban los voluntarios, debidamente encuadrados, pegando tiros en España. Todo lo cual, como la famosa concentración de atletas en la Olimpiada Popular de Barcelona, indina el ánimo más objetivo a pensar que algo había de previa conspiración roja en cuanto a España se refiere.

Ahora bien, el grueso de los internacionales no entra en fuego hasta noviembre de 1936, precisamente en el frente de Madrid.

Todos los voluntarios que llegaban del mundo entero iban siendo concentrados en Albacete, donde el domador oficial nombrado por Moscú, señor Marty, se dedicó a amaestrarlos para mayor gloria de los dioses rojos. El chovinismo de Marty eligió para sus pupilos un uniforme francés rematado con la boina de los Alpinos galos, y con el conocido casco de cresta de gallito. Nunca una más honesta boina militar ha cubierto mercancía más averiada. También pusieron muy de moda el cuero, tanto en su versión completa, como en la de una especie de chaleco, naturalmente sin mangas. Marty tenía unas ideas muy singulares sobre el valor de sus hombres, ya que lo justipreciaba públicamente en lo que costase el cartucho preciso para despenarlos; algo menos de dos reales, supongo. Marty era un agitador profesional; un chequista especializado; un traidor *de nativitate* y me imagino que es

el único parlamentario del mundo que ha visto levantarse a un colega de cámara para preguntarle en plena sesión:

—Dígame, Marty, ¿es usted un asesino?

«Esta pregunta —escribe José Esteban Vilaró— no fue el exabrupto del diputado que lanza una imprecación desde su escaño, ni la interrupción sin alcance ni respuesta. Era la pregunta de un diputado en la tribuna, formulada oficialmente, incitando en nombre de la mayoría a que el acusado se explicara. La pregunta se repitió tres veces, sin ser contestada. La minoría comunista ahogó el balbuceo vacilante del solicitado con un trueno de improperios epilépticos».

Porque es el caso que Marty se sirvió de su poder en las Brigadas Internacionales para ejercitarse en el asesinato con fines particulares. De este modo liquidó cuentas con un antiguo agente del *Deuxième Bureau*, que le detuvo en el Mar Negro allá por el año 1919. Ente agente, Gaston Delasalle, se hizo al poco tiempo comunista y en 1936 vino a luchar a España con el grado de capitán. Marty lo rastreó hasta saber si era «su» Delasalle, después le dio un abrazo y no más que en enero de 1937 lo hizo fusilar en Albacete. Al Capone era más mirado y cuidaba más «el qué dirán».

Mataba Marty con la enorme facilidad de los cobardes, y bastaba un leve gesto dubitativo ante la calidad del rancho para que la pistola de este venerable masón disparase con la alegría de un *cow-boy* de la partida de Jesse James. Sus propios hombres le llamaron «El Carnicero de Albacete». El retrato que de este tipo hace Hemingway en *Por quién doblan las campanas*, parece como subvencionado por Gabriel Arias Salgado, y sin embargo, no es así. Lo que pasa es que Marty si era así, «un anciano corpulento y alto, cubierta la cabeza con una boina de las que suelen llevar los *chasseurs a pied* del ejército francés, envuelto en un capote, llevando una cartera y calzada al cinto una pistola». Mixto de burócrata, de *gangster* y de abominable hombre de las nieves.

Esto por lo que a su geografía humana toca. Luego viene lo demás: «está más loco que una chinche. Tiene la manía de fusilar gente... Ese viejo mata más que la peste bubónica... Hemos fusilado a franceses, belgas y a gentes de todas las nacionalidades y de todos los tipos. Tiene la manía de fusilar gente, siempre por motivos políticos. Purifica más que el "Salvarsán". ¡Está rematadamente chiflado!».

A través de la pluma de Hemingway lo vemos como un ancianito con la sesera perturbada, lleno de fijaciones sanguinarias, entre el tonto de pueblo y el sacramantecas, a medias alilailó, a medias heredosifiltico; sin entender nada de lo que se le dice. Los generales rusos soñaban —los días que habían sido buenos— con que fusilaban al purulento tontiloco. Uno de ellos piensa mientras le escucha con paciencia y temor: «Debería fusilarte, André Marty, antes de permitir que pusieras ese dedo inmundo sobre mi mapa. ¡Que te lleve el diablo, para que respondas de todos los hombres a quienes has enviado a la muerte por entremeterte

en asuntos de los que nada entiendes! Maldito sea el día en que dieron tu nombre a una fábrica de tractores, y a las aldeas y a las cooperativas, convirtiéndote así en símbolo intocable. ¡Vete a otra parte a sospechar, a exhortar, a intervenir, a denunciar y asesinar, pero deja en paz mi Estado Mayor!».

Quien mejor le torea es Karkov —el legítimo Koltsov—. Porque Marty era un favorito de Stalin, y Koltsov otro, y al parecer en aquella época Koltsov estaba más cerca del candelero que el otro, de modo que por eso —en la peripecia reportada que sirve de fondo al retrato hemingwayno del Marty— le gasta chufas escalofriantes: «Me gustaría saber si no es posible cambiarle el nombre a la fábrica de tractores».

Parece que, al fin y a la postre, el que le quitó el nombre a Koltsov fue Marty.

Desde la base de Albacete impartió el terror por toda España, y lo único que tenemos que agradecerle son dos cosas: una, que su furor homicida se saciara principalmente con sus enemigos personales, sus amigos personales y sus propios soldados, con lo cual le quedaba poco tiempo para dedicarlo a matar españoles, aunque también en esto hizo lo que pudo. El segundo motivo de gratitud es que por su pavor a los bombardeos —y también por una justa previsión militar— mandó hacer entre Albacete y la Roda unos refugios subterráneos de primerísimo orden, a mitad de camino del centro de la tierra. Estos refugios son ahora criaderos de champiñón, y lo dan excelente. Tan delicada ofrenda gastronómica es debida, pues, al genio de Marty, y justo es consignarlo.

En noviembre del 36 aparecen en Madrid los internacionales. Al principio, en el mismo Madrid, los toman por rusos. Van bien vestidos, marchan bien, tienen el ademán veterano, no hablan español y abundan mucho los rubios. Además de *La Internacional* cantan *Joven Guardia*, *La Carmagnole*, su *Madelón*, el *Tipperary*, *Bandiera rossa* y un completo repertorio de obscenidades que viene de las trincheras del 14-18. «Desfilan Gran Vía abajo, encuadrados, severos, militares —se entusiasma César Falcón—. Un verdadero ejército. Madrid no he visto nunca tal espectáculo. Las hileras tiradas a cordel, unánimes, rítmicas, movidas instantáneamente por la voz de mando. Todo un cuerpo organizado, disciplinado, férreo. Hombres y mujeres se detienen, estupefactos, al borde de la vereda. Les parece una visión maravillosa. Un hombre estrecha, convulso, el brazo de otro, gritando:

»—Esto es lo que nosotros necesitamos: ¡un ejército!».

La novelería popular los hace rusos en un periquete: son los arcángeles del paraíso soviético que vienen a repartir caviar, felicidad y victoria. Hugh Thomas asegura que, al verlos, «muchos (madrileños) pensaron que la Unión Soviética se había decidido al fin a intervenir».

«A nuestro paso —recuerda Nick Gillain de su entrada en Madrid—, los milicianos y milicianas nos aclamaban. Se oyó la *Internacional*, y

mientras los caballos tenían que franquear una barrera humana, el grito de ¡Viva Rusia» retumbó en el ambiente.

»La equivocación nos pareció divertida. Había entre nosotros dos o tres rusos, aunque, desde luego, rusos blancos. A la larga, estos ¡Viva Rusia! acabaron por calentar las orejas de mis muchachos.

»—¿Pero es que tenemos nosotros cara de rusos? Somos franceses, belgas, polacos...

»Nada de esto importaba. Para la multitud, nosotros éramos una *sotnia* de cosacos, enviada por Moscú en auxilio del Madrid rojo».

El «Tebib» anota que en «el poblado de Boadilla, contáronse noventa y seis muertos, como ayer dije, la inmensa mayoría franceses y rusos». Los rusos son también franceses, polacos, belgas, alemanes, italianos, ingleses, americanos, incluso negros y chinos. En zona nacional la leyenda de los rusos también cuaja, y hay quien en aquel triste, oscuro, plomizo noviembre, siente desánimo al pensar en la tremenda invasión que se avecina. Pero el realismo se impone, y la gente, en vez de hablar tanto de los rusos, pone en circulación dos vocablos menospreciados que arrancan de 1808: franchutes y gabachos, porque se da cuenta de que Francia nos envía aquel regalo y de que participa abundantemente en semejante paella militar. Los «arrigulares», por su parte, se limitan a redoblar su expresión favorita, de modo que los internacionales no serán para ellos ni rusos, ni gabachos, ni franchutes, sino, simplemente, «bisinios dobles».

Acaso lo que más conmueve al soldado de filas es la excelente condición de la indumentaria internacional: sus botas, sus pistolas, sus cueros, son ambicionados, y esto no es demasiado bueno para los internacionales. El soldadito de Franco piensa que después de todo, la URSS también puede amadrinarle manos y pies.

En *Cuerpo a tierra* el comandante de Ceriñola interroga a unos aldeanos.

«—¿Son muchos?

»—Muchos, si, señor. Y casi todos extranjeros.

»—¡Ah!, una brigada internacional.

»—Sí, señor.

»—¡Vaya!

»—Están muy bien equipados, y no como ustedes, perdone que se lo diga —aseguró el paisano con un aire que parecía más ladino que ingenuo—.

Y, además, tienen cinco tanque» como casas y una *sinfinidad* de baterías.

»—Mucho mejor —dijo el comandante—. Dentro de un par de días se lo habremos quitado todo».

O sen, que el comandante ya estaba pensando en el sistema Espoz y Mina y Zumalacárregui, patentado.

El Parte Oficial del C.G. del Generalísimo alude por vez primera a los invasores el día 13 de noviembre de 1936: «En los barrios Sur de Madrid, el enemigo intentó llevar un ataque en todo el frente, siendo rechazado con graves pérdidas y perseguido por nuestras tropas, que le cogieron más de trescientos muertos, entre ellos muchos extranjeros, franceses, belgas y rusos, y órdenes filmadas por un general ruso, así como un parte de un comandante francés».

El «Tebib» vio en Navalcarnero una bandera roja con una inscripción rusa que decía: «Tercera Brigada Internacional».

Los escritores antifascistas de todo el mundo aporrean a la puerta de las musas para cantar a la gallofa internacional. Hay algunos que lo consiguieron, singularmente entre los anglosajones. En cambio, la poca poesía española que conozco en honor de los Internacionales queda a bajo nivel; ni siquiera al gran Miguel Hernández le sale lucido el soneto que dedica *Al soldado internacional caído en España*. El celtíbero siempre ha sido poco amigo de ver extranjeros sobre su suelo, incluso como aliados. Los escritores antifascistas franceses —u cosa por el estilo— les regalaron un camión imprenta, con el cual luego tiró un periodiquito en no sé cuántas lenguas la tropa de Marty.

Las Brigadas Internacionales hacen torcer el morro, a ratos, a los milicianos, porque en escala militar vienen a ser como esos inaguantables compañeros que todos hemos tenido en la escuela, y a los que profesores, padres y familiares nos ponían siempre de modelo. Toda la Prensa cipaya —y aquí no libra nadie, si siquiera la anarquista— canta fervorines a las Internacionales, pero con un espinazo de gelatina. En *La agonía de Madrid* se toca este punto: «La Prensa “roja” exalta o la “Brigada Internacional”, poniéndola “como ejemplo” para que “aprendan”, de ella, los *milicianos* españoles cómo se combate».

Pero como este testimonio pudiera ser recusable por partidista, acudiré a Bolloten, donde quien quiera puede encontrar abundante material corroborador. Nada menos que Eduardo Guzmán, director de *Castilla Libre*, órgano de la FAI, escribía a propósito de la entrada en fuego de los internacionales: «Nuestros hombres lea observan y con ese maravilloso poder de adaptación que posee el pueblo español les imitan sin pérdida de tiempo».

A los soldados de la zona nacional se les copiaba su manera de combatir, y algunos de mis métodos, donde lo caza del tanque a la

cadena, habrían de universalizarse. Los soldaditos de zona roja, también españoles, tendrían que ponerse a imitar a los internacionales. ¡Una pena!

Junto a Marty mandaban mucho dos italianos —a los que tuve el gusto de ver mucho en Montecitorio, presumiendo de civilizados—, llamados Luigi Longo y Giuseppe de Vittorio. Longo se puso «Gallo» como nombre de pelea, y según Thomas por ser apodo de torero famoso. ¿Estaría Luigi al tanto de las espantadas? ¿O le tomó el pelo algún guasón? Era un tipo cruel, inteligente y con aire fino. En cambio, el de Vittorio andaba más cerca del tentemozo que del bípedo racional, y no sólo por su facha, sino por los frutos de su intelecto.

Todo era heterogéneo en las Internacionales, desde el mando al armamento, y Gillain escribe a propósito de la 14 que «esta brigada, verdaderamente internacional por sus efectivos, lo era también por su armamento y su equipo. Los fusiles eran austríacos; los fusiles ametralladores, franceses; las ametralladoras, americanas. Nuestros uniformes eran los del Ejército francés y el calzado de fabricación rusa».

Hay que reconocer que el pisto dio resultado, porque los internacionales se batieron bien.

Peor era su conducta. «Se conducen como en país conquistado, sin consideración a nadie ni con nada —anota Fernández Arias—. En los urinarios modernos, de agua corriente y constante, de los cafés de lujo, los soldados y oficiales extranjeros hacen sus “necesidades mayores”, no se sabe si por incultura o por vejación».

Puede que fuese por ambas razones. Sus borracheras eran olímpicas, dotadas de ese ademán homicida que caracteriza la alegría de los países escandinavos, o el fin de semana, inyectado de *martinis*, de los norteamericanos, o el anegamiento brutal de los eslavos, con sus trompas de poceros dormidos. Muchos de ellos más que beber, parecía que se drogaban. Abundaban los pederastas, y los fusiles nacionales los iban retratando antes de morir, como en *Belchite*, donde se lee: «Aquel miliciano rubio ha caído con una forzada sonrisa, mostrándonos los dientes estúpidamente. Parece primo hermano de *míster* Roosevelt».

Un sujeto de aquellos se dedicó a hacer proposiciones «sentimentales» a los prisioneros nacionales, a cambio de la libertad. No tuvo éxito, pero lo peor fue que lo pescaron en un contraataque, y los caballeros cortejados por el internacional se dieron el gustazo de arrearle unas cuantas patadas en un sitio muy preciso al donjuán de la cáscara amarga, con excepción de un amigo mío, que no pudo porque tenía un tiro de pierna.

De la vida de los internacionales en España tengo tomadas muchas notas, y algún día las daré a conocer en un relato que pienso titular *La kermesse de mierda*, en contraposición a aquella heroica que fue la de

los españoles en Flandes. Creo que de ahí saldrá una buena y divertida película que nunca rodará nadie. Uno de sus generales —Walter— llamaba a los internacionales «mis queridos bandidos»; las aventuras de la «Garibaldi», la brigada con mejor propaganda, pueden producir dificultades respiratorias de tanta risa; las historias de sus matrimonios a lo largo y a lo ancho de la zona roja dejan encogido a Casanova; sujeto hubo que en cuatro meses tuvo seis esposas legítimas, y éste es el caso del ayudante Poirot, cuyo récord, según Gillain, consistió en que «él sólo hizo más tonterías que toda la brigada reunida».

Los internacionales llamaron pingüinos a los milicianos. Gillain lo explica: «Después del triste espectáculo de los batallones Líster, retrocediendo en vez de avanzar, la derrota no contribuyó nada a elevar el prestigio del soldado español a los ojos de los internacionales. Estos tomaron la costumbre de despreciarlos y les daban el sobrenombre de “pingüinos”».

Hubo en las Internacionales hombres de cincuenta y cuatro países. Inglaterra fue el país europeo con menos contribución de material humano, y aún así echó cuatro mil soldados a los pies de Marty. En el homenaje que se les tributó en Barcelona, Marty declaró a la Prensa que el 29 por 100 de los internacionales eran franceses; polacos, el 9; yanquis, el 8; italianos, el 5, y el resto quedaba dividido entre todas las demás nacionalidades. Si se tiene en cuenta que entre las participaciones sin censar está la inglesa, puede calibrarse en sus justas proporciones la limpieza que el Ejército nacional le hizo al mundo entero. Se estiman en más de 125.000 los soldados que pasaron por estas Brigadas, que mantuvieron constantemente en pie de lucha de 30.000 a 50.000 hombres, según las épocas. Se calcula que dejaron 12.000 muertos, y que el número de heridos rebasa el de 25.000. A su amparo también cundieron los senegaleses y los argelinos que prestaba, vendía o alquilaba el Gobierno del Frente Popular francés. Pero ésta es cuenta aparte. Combatieron desde Irún al Ebro, y en la opinión del coronel Priego, del S.H.M., el gran río fue «el verdadero cementerio de las Brigadas Internacionales».

Fueron unos auténticos invasores, y el propio Gillain reconoce que el pueblo de la zona roja les miraba hostilmente. Las Brigadas han sido el aula magna para doctorarse en política comunista, y la mayor parte de los gerifaltes rojos que mandan en el mundo sometido a Moscú —o en el que quiere someterse, caso de Italia, por ejemplo— hicieron el curso completo de la guerra en España.

En zona nacional —para qué vamos a decir otra cosa— se hablaba de ellos pestes, aun reconociendo su valor militar. Ante ellos se desplegó siempre con el suplemento de iracundia que produce en el español la idea del invasor. Los internacionales prisioneros iban a parar a un campamento en Miranda de Ebro, y de vez en cuando salían a bombo y platillo para sus respectivos países. Algunos repetían; la mayor parte, no.

Peter Kemp vio fusilar en la línea a unos internacionales.

«—¡Dios mío! —dije a Cancela (su capitán), sintiéndome algo enfermo—. ¿Están matando a los prisioneros?

»Cancela me miró.

»—Son de las Brigadas Internacionales —repuso, ceñudamente».

Cancela sostenía que sin la aparición de las Brigadas Internacionales la guerra hubiese acabado en noviembre del 36. «Nosotros —le explicaba a su excelente oficial inglés— no habíamos recibido ayuda alguna del extranjero aún. ¿Qué nos importan los ideales de esas gentes? Lo sepan ellos o no, son simples instrumentos de los comunistas y han venido a España para destruir nuestro país. ¿Qué se les da a ellos de los destrozos que aquí causen? Necesitaremos muchos años para remediar el mal que han hecho a España».

El general Kindelán abona esta teoría: «Ni un solo soldado italiano, alemán o portugués combatía en las filas de Franco —escribe en *Mis cuadernos de guerra* —, cuando desfilaban por las calles de Madrid, sin disimulo alguno, en los últimos días de octubre de 1936, la Brigada Internacional número 11, a las órdenes del bolchevista Kleber, con sus batallones mandados por el yugoslavo Petrov, el alemán Haz, el francés Dumont y el italiano Pacciardi».

Pero esto son minucias. Lo importante es lo que entonces dijo el doctor Marañón: «Aunque en el lado rojo no hubiera un solo soldado, ni un solo fusil moscovita, sería igual: la España roja es espiritualmente comunista rusa. En el lado nacional, aunque hubiera millones de italianos y alemanes, el espíritu de la gente es, con sus virtudes y con sus defectos, infinitamente español, más español que nunca. Y es inútil atacar con sofismas esta absoluta y terminante verdad».

Un periodista muy conocido en el campo nacional presencié cierto combate entre el Tercio y los internacionales. Los del Tercio sacudieron duro. Cuando la lucha se apagaba, vieron cómo un sujeto alto, rubio, tiraba el arma, alzaba los brazos y decía sin soltar la pipa de la boca:

—Yo soy ciudadano inglés. Avisen a mi cónsul.

La respuesta, escasamente diplomática, corrió a cargo de un sargento legionario, y de resultas el ciudadano inglés falleció.

TERMINUS

Nombre en clave del Cuartel General volante del Caudillo. Franco tuvo residencia fija, durante la guerra de España, en Sevilla y Cáceres, muy

brevemente, y luego en Salamanca y Burgos. En es las ciudades, pues, fijó su Cuartel General; pero como la peripecia bélica reclamaba su presencia en los frentes se creó «Terminus».

Villegas escribe: «Cuando las atenciones militares lo exigían —lo que era muy frecuente—, Franco se desplazaba al frente, seguido de sus ayudantes y un pequeño Estado Mayor, que formaba corrientemente su Jefe de la Sección de Operaciones, Teniente Coronel Barroso y el de la Sección Cartográfica, Capitán Medrano. El resto del Estado Mayor enlazaba con éste desde Burgos. El Cuartel General volante así formado tomaba siempre el nombre genérico de “Terminus” y se instalaba bien en un convoy automóvil o en vagones de ferrocarril. Desde "Terminus" el Generalísimo se desplazaba casi diariamente a los frentes de combate que recorría de manera constante».

El «Terminus» más permanente fue el de Pedrola, establecido en el castillo del mismo nombre, famoso porque en él estuvieron Don Quijote y Sancho a su paso por Aragón. Allí se celebraron varios Consejos de Ministros. Los Ministros llegaban desde las distintas provincias, porque en la zona nacional los ministerios estuvieron desperdigados, no sé si por evitar tentaciones a la aviación roja, por dificultades de alojamiento o por ambas razones al alimón. Había ministerios en Burgos, en Zaragoza, en Bilbao, en San Sebastián, en Vitoria, en Santander y en Valladolid.

El «Terminus» de Pedrola tuvo una especie de sub-«Terminus» muy activo con ocasión de la batalla de Teruel. Entonces el Caudillo vivió en un convoy ferroviario que recorría el valle del Jiloca. Llevaba un coche dormitorio, un coche-comedor, un coche-cocina, un coche-despacho, un coche-salón y otro de oficinas. Desde Pedrola se dirigió la gran batalla de Aragón.

De Pedrola, creo, «Terminus» saltó hasta Alcañiz en el momento en que los rojos cruzaron el Ebro el día de Santiago del año 1938. Al igual que en Pedrola, este «Terminus» era fundamentalmente automovilístico. Desde las proximidades de Alcañiz el Caudillo vivía la batalla, sobre todo en el puesto de mando del Ejército del Norte, en Monte Moro. Allí se decidió la victoria definitiva; allí dijo Franco: «No me comprenden», cuando la bien abastecida retaguardia nacional se impacientaba por la monotonía de «una batalla fea»; allí se decidió la neutralidad española en una posible contienda europea que ya estaba a punto de reventar, conflicto al que todos los días encendían velas los dirigentes rojos, que así pensaban solucionar su desdichada papeleta.

Después estuvo en Tamarite, y luego, para la ofensiva de Cataluña, en el Castillo de Raymut, muy cerca de Lérida, junto a ilustres bodegas. Allí mismo rodamos unas escenas de *La fiel Infantería*, y a mí me gustaba ver soldados de pega donde los hubo de verdad, y evocar un poco aquel ambiente.

Desde que la reliquia de la mano de Santa Teresa fue encontrada en el equipaje del general rojo Villalba, con ocasión de la toma de Málaga, esta reliquia va siempre con el Caudillo. «Ni una sola vez ha dejado de acompañarle», certifican Franco Salgado, su ayudante y primo hermano, y Luis de Galinsoga en *Centinela de Occidente*. Como ellos mismos dicen esta devoción ha dado lugar a muchas leyendas, lo cual es bueno.

Ahora el Cuartel General está en el Palacio de El Pardo, y su «Terminus» constante es la España de las fábricas, los pantanos, los regadíos, las centrales térmicas, las nuevas barriadas. Esa España que «cambia de piel», como tan hermosamente escribió Waldo de Mier.

EL TUBO DE LA RISA

La derecha española denominó así a la feliz iniciativa de don Inda encaminada a establecer los enlaces ferroviarios en la capital de España. La expresión tuvo éxito. Al comenzar la guerra nadie se acordaba de los enlaces ferroviarios, pero sí de la expresión, que fue aplicada a uno de tantos sistemas de tormento como se utilizaron —por invención, adaptación, traducción o reforma— en zona roja.

Según Gollonet y Morales (*Rojo y azul en Granada*) corresponde a cierto lugar granadino el hallazgo de este procedimiento: «En el local (de la Casa del Pueblo) se firmaban dos largas filas de “verdugos” que con vergajos y correas hacían los honores al detenido. Le obligaban a pasar entre filas propinándole una fenomenal paliza». Esto de febrero a julio del 36.

Este es el sistema empleado por los guerrilleros rojos de Hemingway, con la variante de que el «tubo» acababa en un precipicio sobre el río.

Con tales antecedentes, no tiene nada de particular que los presos nacionales de Montjuich llamasen «el tubo de la risa» al pasillo de los condenados a muerte. «Por culpa de aquella noche de mayo —se lee en *Un ventanal en Montjuich*, espléndida novela corta de Antonio Hernández Navarro— estaba ahora en el Castillo de Montjuich, encerrado en aquella celda, una celda más asomada al mar, entro todas las que había para los condenados a muerte a lo largo de aquel oscuro pasillo que la gente llamaba el tubo de la risa».

GAFE

Impalpable y efectiva aprensión que cuenta mucho entre los hombres que andan cerca de la muerte. En vísperas de tomate, los soldados, a

voces, vigilan sus menores gestos, por si de ellos se desprende la gafancia. (Recuérdese el americano que jugó hasta perder los dos mil dólares que habla ganado a los dados, porque creía que su mala suerte en el juego iba a garantizar su buena suerte en el desembarco de Normandía, como así ocurrió en efecto. Y pongo este ejemplo ilustrativo porque la película está muy reciente, calentita casi).

Napoleón consideraba la suerte —la estrella— como un factor importantísimo en la guerra, de modo que el no tener suerte, que es estar a las puertas de ser gafe o de tener el gafe, también cuenta mucho. «Tranquilícese, capitán; no estoy de servicio», le dijo con gentil choteo una egregia personalidad española, con fama de gafe en Italia, a cierto capitán romano que no pudo evitar al saludarlo el llevarse índice y corazón a las *stellette* metálicas del cuello de su uniforme.

Hay personas con gafe, cosas con gafe, asuntos con gafe, ciudades con gafe, dinastías con gafe, negocios con gafe, unidades con gafe. «Contratiempo de Teruel —escriben Franco Salgado y Galinsoga—, cuando de nuevo el Generalísimo planeaba la ocupación de Madrid, que parecía tener lo que en términos vulgares se llama “gafe”».

Cuando el derrumbamiento de la comandancia de Melilla, Asenjo da al vocablo un cierto matiz de derrotismo. «El susto dejó a alguno de sus habitantes sin habla. En cambio, otros hablan demasiado. Son los “gafes”, que se dedicaron a abultar las proporciones de la catástrofe y se gozan ahora en aumentar el número de bajas habidas en los diarios combates...».

Mola llamaba la atención de los periodistas extranjeros —y de modo singular de los fotógrafos— por su manía antifotográfica. Es decir, por la terquedad que empleaba en la tarea de evitar que le fotografiasen, ya que, por otra parte, él era muy aficionado al uso de la «leika», y la llevaba siempre al cuello.

El origen de esta manta era bastante razonable. El mismo hace alusión a ello al recordar el final de Dar Akobba:

«La tienda estaba atentada de jefes, oficiales y periodistas; entre éstos, Garcilaso y Pepe Díaz. Me esperaban para felicitarme por la defensa de Dar Akabba y por el feliz resultado de la jornada. Uno me acometió con su cámara fotográfica: era preciso un grupo de todos. ¡La “foto” de mayor actualidad!».

»—No; eso no —protesté con energía—. Retrátame usted a quien le dé la gana; pero a mi de ninguna manera. Soy supersticioso y no lo niego. Tengo la preocupación de que a retrato publicado batazo seguro: el fotograbado es “gafe” para mí».

Parece que una serie de hechos ligaban tiros y fotos en la vida de Mola, con lo cual nadie podía reprocharle que tratara de cuidarse. En su libro marroquí hay alguna otra alusión a la existencia del gafe:

«Indiscutiblemente, como decíamos en África, el número 13 es un número “gafe”; pero en aquella ocasión lo fue para el enemigo». Menos mal.

Durante las primeras semanas del Movimiento le acosaban fotógrafos nacionales y extranjeros. «Me viene ahora a las mientes —escribe Iribarren— la estampa de un fotógrafo tremendo. Le veo en la penumbra del pasillo aguardando paciente, horas y horas, con su cuello de pajarita, cargado con el trípode y la cámara descomunal. Era Daguerre resucitado, y fue penoso para mí tenerle que decir al cabo de dos días que al general no le gustaba retratarse a causa de un terror supersticioso, pues tal era la excusa que me hacía alegar para evitarle asedios fotográficos».

En cambio, él lo pasaba la mar de bien con su máquina a cuestas y fotografiando a sus soldados, que en cuanto lo veían se ponían en *pose* formando esos grupos ingenuos, mitad de colegiales de excursión, mitad de futbolistas antes de comenzar el partido. Un domingo vallisoletano, en su Cuartel General, fotografió en la secretaría a sus ayudantes Pozas y Cerdón, y también a Iribarren. «Después —dice éste— puso en mis manos la máquina para que le retratase. Quizá seamos Jalón, Ángel y yo los únicos que durante la guerra fotografiamos al General, queriendo éste». La gafancia y el gafe siempre pesan, pero en la guerra más, y de ahí se derivan un montón de costumbres, tics nerviosos y gestos de diverso tipo que, examinados serenamente, causan risa. A Beorlegui, que operaba en África acompañado siempre de un gigantesco botijo, los pacos lo reventaron el rallo en las narices infinidad de veces. Y «cuando sus compañeros le hablaban de *gafancias* y *jettaturas*, él replicaba:

»—Yo soy cristiano y no creo en agüeros. Si está de Dios, me matarán, con botijo y sin él».

No lo llevaba ni cuando lo hirieron en Irún, junto al Puente Internacional, ni cuando murió en Huesca a consecuencia de ese mismo balazo.

Por mi parte, tampoco creo en gafes ni gafancias, pero los hay.

Un buen amigo mío, rojillo hasta las cachas, con excelente hoja de servicios en el Ejército, me contaba que ellos perdieron la guerra —entre otras razones— porque en sus filas había un gafe muy grande, llamado el Innombrable a causa de que la sola mención de su nombre puede acarrear graves desgracias al imprudente.

Este gafe antifascista lo era desde antes de su primera comunión y de él se contaban hazañas impresionantes. Una vez le pidió su fusta a un capitán amigo —de aquellos que gustaban de imitar en los felices veinte a los oficiales Ingleses—, y se la puso debajo del brazo, con el ademán de un colonial británico. Luego le devolvió la fusta al amigo, el cual, como consecuencia, tuvo tales golondrinos que en un tris estuvo de morir. Los peores fueron los del sobaco izquierdo, de más uso. Otra vez

le pasó la mano a un hermoso gato de Angora que era el orgullo de la redacción de *El Sol*, y el pobre gato apareció muerto tres días después debajo de la rotativa. Esto hubiera podido parecer un accidente, una pura coincidencia, si a la desdicha no se hubiese añadido el escarnio, porque al gato de Angora le estaba mordiendo la oreja, en el momento de ser descubierto, el más insignificante y tímido de los ratoncitos.

Parece que algunos responsables rojos, conocedores de lo que era capaz de promover el gafe, cipayo de los más entusiastas, decidieron neutralizarlo a toda costa, a cuyo fin pensaron contratar en Nápoles los servicios de un *angelo* —el antitanque del gafe— que era una maravilla. Aquel *angelo* gozaba justa fama en todo el Mediterráneo; liquidaba las sequías con un parpadeo; embarazaba a las estériles sólo con mirarlas delante de sus maridos y le bastaba pasar su mano por el morro de un motor averiado para que el coche más reacio se pusiese en marcha.

—Hay que apresurarse a traerlo antes de que Mussolini reconozca a Franco —estimulaban los más realistas.

El *angelo* llegó a Barajas en los primeros días de agosto. Le recibieron tres o cuatro de los más distinguidos mandamases, entro los que llevaban la responsabilidad de la operación *angelo*.

El *angelo* era un ser radiante, un morenito con la salud reflejada en los ojos y en la piel; su sonrisa iluminaba al mundo y puso el corazón de aquellos marxistas cerca de los cuentos de hadas.

Dio sus instrucciones:

—Mi sistema es rápido. Nada de esperas. El ataque violento, fogoso, inmediato. A estilo...

Fue a decir a estilo fascista, pero le pareció indiscreto en aquella ocasión, y él nunca ofendía a su clientela.

—Ahora, al llegar al hotel, vamos al bar, me lo presentan, nos tomamos una copa y yo subo a mi habitación para cambiarme y meditar la táctica conveniente al caso. Bajo en seguida, nos vamos a comer, y para la noche su problema estará definitivamente resuelto.

Aquellos marxistas —que se reían de la devoción a San Antonio y fusilaban por llevar una estampa de Santa Rita— sentían en su corazón el nacimiento de la más pura y alegre esperanza.

Llegaron al hotel, entraron en el bar. tomaron unos *whisky* —el *angelo*, un verdadero patriota napolitano, prefirió un *amaro* —, le señalaron discretamente al Innombrable en el momento de las presentaciones, el *angelo* sonrió como quien dice «pan comido», y pidió perdón porque necesitaba retirarse un momento a su habitación para cambiar de indumentaria.

Cuando subieron a buscarlo —más allá de los cuatro *whiskys* de espera — lo encontraron muerto sobre la cama, sujetándose con la mano izquierda aquella derecha que habla estrechado el Innombrable. Mi amigo dice que tenía en la cara un gesto a la vez de dolor, de impotencia y de sorpresa.

—Así ganasteis la guerra —me suele soltar cuando está de mal humor.

—Entre otras razones —le contesto, porque con el Innombrable aprendí a tener cierto respeto a algunos gafes, aunque no crea en ellos.

Una vez nombré al Innombrable y tuve un vómito de sangre. Fue en Burguete, y el hecho de que aquel día fuese también martes y 13 no le quita mérito al vencedor del *angelo*.

SANSEACABÓ.

Eficaz y piadoso terno destinado a rematar las cuestiones. Suele ser bastante invocado en España y equivale al «esto s'ha rematau» que sueltan los de la Ribera de Navarra cuando quieren liquidar un asunto por la brava o con urgencia. En *Plaza del Castillo* se lee:

«—Dios nos asista.

»—No nos asistirá mientras España no recurra a su santo Patrono.

»Le miraron con asombro. Marino, muy a gusto, se explicó:

»—Queda Sanseacabó. ¿Quién ha rezado a Sanseacabó? Yo no sé de nadie; pero yo, claro, no entiendo de política ni me ocupo de ella. Me aburre.

»A don León se le iluminaron los ojos.

»—Sanseacabó. A ese santo si que yo le encendería velas...».

Toda España se las encendió el 17, 18 y 19 de julio de 1936. Por eso me gustó siempre llamarlo el patrón de los exasperados. «¡Qué limpio sonaba el Sanseacabó entre Pamplona y Madrid, con humillo de pólvora en lugar de incienso!»

CHAPAR

En términos carcelarios, cerrar las celdas de los presos por la parte de fuera. Es operación a la que asistieron en zona roja infinidad de españoles. Verbo triste, humillante y doloroso, hasta aquel momento utilizado sólo por el hampa. «Se les servía la comida en las celdas — apunta Miquelarena— y se les “chapaba” a las siete de la tarde. El ruido de los cerrojos —toda la chatarra de la Modelo (de Madrid) sonando a un tiempo— producía en los detenidos verdadero terror».

Los que estuvieron en Regulares —y otros muchos— saben que este verbo también tenía otra significación, y el que quiera saber más que se lo pregunte a la Remigia.

ERA AZUL

Contraseña cronológica inventada por Teófilo Ortega, que todos sus artículos los fechaba así: «Año I (o II o III de la Era Azul». La Era Azul comenzó el 18 de julio, y si bien se mira terminó antes del fin de la guerra. Fuimos muchos los que seguimos a Teófilo Ortega en esta costumbre, que admitía variantes dentro de la ortodoxia: Año de la Falange, Era Triunfal, Año de Salvación. La idea se concretó oficialmente, según recuerdan las *Memorias de un soldado locutor*, el 18 de julio de 1937, en el que «Su Excelencia conmemora con un discurso el primer aniversario del Glorioso Movimiento, estableciendo, a partir de este día, la costumbre de fechar toda clase de documentos con “Año Triunfal”».

Fue uno de tantos recursos psicológicos utilizados en la movilización del alma española. Pero lo curioso es que los promovió, antes que nadie, el alma española misma, esta vez por la pluma de Teófilo Ortega. Cuando la guerra acabó, 1939 fue, para los soldados y los burócratas, el Año de la Victoria.

Después se dejaron esas coletillas, y más tarde, otras. Cosas de la desmovilización, unas acertadas, y otras no tanto.

INCAUTAR

Sería exagerado decir que este es un verbo exclusivamente marxista, pero no el asegurar que quienes lo magnificaron hasta la categoría de símbolo fueron precisamente los marxistas españoles, si es que ambos vocablos no se repelen de manera natural, ya que es imposible ser español al tiempo que marxista, del mismo modo que nadie es capaz de ser rubio y moreno a un tiempo.

César Falcón, a quien nadie podrá tachar de nacional, escribe en *Madrid*: «Las puertas y fachadas de Madrid están llenas de carteles: “Incautada por el Sindicato...” “Incautada por el Comité de Control”. Son los signos de la victoria, las banderas del triunfo. Mientras en la sierra, devorada por el fuego, el combate continúa suspenso, la lucha silenciosa e incruenta (? y el signo de interrogación va por mi cuenta) del interior de la ciudad logra relieves magníficos. El enemigo ataca desde los libros de contabilidad, tras el montón de papeles indescifrables sobre cuyas líneas varios obreros pasan afanosamente la noche hasta descubrir el hilo de la trama comercial, hasta pulverizar al adversario».

Naturalmente que el enemigo atacaba desde otros puntos más sólidos que los libros de contabilidad, pero aquella murga era un buen pretexto para meter la mano en el bolsillo ajeno.

No se puede afirmar impunemente, como hace Falcón, que «cada letrado de incautación o control señala un reducto vencido, un enemigo derrotado», sin incitar a la parte más endeble y menos pura de una masa que pretende ser combatiente, a encontrar Austerlitz en la tienda del vecino; Bailén, en el piso de enfrente y Cannas, en cualquier otro sitio o cosa que apetezca disfrutar o poseer sin esfuerzo apenas.

Enrique Castro Delgado se dio cuenta, y por eso en aquellos mismos días le decía a su compañero Sendín: «Aquí en la región centro ha habido incautaciones en donde había magníficas bragas, combinaciones y camisones; y medias de seda; y zapatos de lujo; y pieles a pesar de que estamos en pleno verano».

Austerlitz se resolvía en ropa interior para el amor libre; Bailén, en medias de seda, y Cannas en abrigo de pieles, mientras los milicianos honestos guarnecían la barbarie muriendo de cara a los fusiles nacionales.

El Gobierno marcaba el tren, y el verbo incautar flameaba como una bandera en toda la zona roja. Pasear e incautar fueron dos verbos de los que conocieron la conjugación completa y perfectamente hasta los analfabetos. Generosamente se apunta en *Madrid bajo el terror*: «Otra palabra que surgió también entonces para luego abusar de ella».

De modo que en cuanto el Gobierno inició la política de incautaciones «inmediatamente después —escribe Jacinto Miquelarena—, todo el mundo se dedicó a incautarse de algo...».

Al parecer, el verbo se inauguró con un hotel de Urquijo en la calle de María de Molina, a la vez que en la calle de Serrano los comunistas debutaban «haciéndose cargo» del edificio de Acción Popular. Preparaban sus poltronas ministeriales ajustándose a la línea gubernamental. Los de María de Molina obraron más espontáneamente.

Ellos, pasaban por allí...

«El hecho de que en esta casa existiera una bodega magnífica —anota en su estudio Miquelarena—, en la que se guardaban los últimos ejemplares de varios “crudos” que desaparecen del mundo, no fue obstáculo para la incautación. Los asaltantes de la casa se vistieron con las mejores ropas que allí había, hicieron sociedad, bailaron alegremente y secaron los “incunables”».

Una de las características reseñables en la tropa incautadora era la de su feroz antimilitarismo, no obstante lo cual signaban todas sus incautaciones con la rúbrica del centinela. Enemigos del Ejército y de la disciplina hasta el fin, pero con centinelas hasta en los vespasianos, para mejor control de las necesidades del pueblo. Cada casa, cada palacio, cada oficina, cada tienda, cada iglesia, cada convento del que se incautaban, centinela o centinelas al canto. Una orgía de centinelas armados hasta los dientes donde siempre bastó con un guardia para toda la calle o con un sereno. Alguien pensó que el centinela era una manera de dar a leer a los analfabetos el rótulo donde se explicaba que aquel edificio estaba incautado por tal milicia, tal grupo, tal sindicato, tal partido o tal grupo de amigos con mono y fusil.

Los centinelas prestaban su servicio muy cómodamente, bien a sus anchas, y el ir de centinelas era —para los que podían permitirse ese lujo sin miedo a las consecuencias— algo como ir de escaparates en tiempos de paz: un espectáculo atrayente, barato y variado.

El centinela, siempre según Jacinto Miquelarena, «generalmente era un “caballero” con un viejo fusil y la bayoneta calada, que se tumbaba, con el arma entre piernas, en una butaca o en un sofá que había sacado a la acera. Estos centinelas se vestían con lo más estrepitoso que encontraban en las casas incautadas. Por ejemplo, en un hotel que hay en 1ª calle Diego de León, casi esquina a Velázquez, el centinela lucía un magnífico *habit rouge* para cazar la zorra: levita roja, *breeches* blancos, botas altas de charol y una magnífica “visera” de terciopelo. En otro hotel, otro centinela se paseaba con cierta parsimonia exhibiendo sobre su cabeza un bicornio de ministro. Un tercero era ovacionado por la muchedumbre —¡ encantada!— cuando le veía dormido, en su sillón de mimbre, con un bonete de sacerdote sobre uno de los párpados; en cada una de las puntas de su bonete, aquel hombre había clavado, como una vela, una bala de maüser».

También tuvieron mucho éxito los confesonarios transformados en garitas de centinela y en puestos de periódicos.

Pero de la más gigantesca incautación de aquellos días nadie dijo nada. Sobre todo el cielo de la España roja, alguien había puesto un letrado bilingüe, en ruso y en español, con pequeñas aclaraciones en vasco y en catalán para satisfacción de las nacionalidades oprimidas: «Incautado por la U.R.S.S». Y de centinela, el Partido comunista.

VOLUNTARIOS

Elijo el plural, que suena a Julio caluroso —aquel Julio— cuando los voluntarios duraban lo que verduras de las eras y, sin embargo, toda España aparecía como una pradera, verde de la esperanza de aquellos hombres de todas las edades.

Elijo el plural porque también suena a 2 de Mayo, cuando la otra Guerra de la Independencia, y porque fue plural, pluralísima, la presencia de los voluntarios de ambos bandos en aquel patético verano de 1936.

Elijo el plural porque aún tengo en los oídos el fabuloso chinchín de la marcha de *Los Voluntarios*, que fue la música de aquellos días, la que daban las radios, la que acompañaba a los que salían pura el frente, la que sirvió de contraseña nacional en la zona alzada por Dios y por España.

Acaso esta actitud de voluntariedad ante el peligro sea, como con agudeza intelectual apunta Julián Marías, una de las cosas que le salen fácil al español, que no le cuesta trabajo hacerla: «El español ha sido siempre —y es todavía— uno de los hombres más fácilmente dispuestos a jugarse la vida; la historia entera de España lo atestigua».

La contrapartida, según Marías, consiste en que «el español está dispuesto a jugarse la vida *de una vez*, pero no “a plazos”, es decir, porciones de ella: un puesto, una ventaja, la comodidad, la “buena prensa”, alguna seguridad, un privilegio».

Es posible, pero en todo caso resulta hermoso que así sea, porque la contrapartida demuestra que el español ama la vida con tanta pasión como cualquier otro pueblo. Conozco algunos que para dar la cara a esos «plazos», se animan con el recuerdo de aquella ocasión en que jugaron a pleno y sé de más de una decisión a contrapelo —tomada con todas las consecuencias— en que el valor civil de un hombre cargado de obligaciones tomó tono, con permiso de Stendhal, silbando por lo bajini *Los Voluntarios*, que es música vinculada al valor militar.

Es muy difícil marchar contra una constante histórica, y esta condición española reseñada por Marías, lo es. En un artículo de Antonio Tovar, publicado en *La Gaceta Ilustrada*, leí lo siguiente: «En todo lo que sabemos de más de dos mil años de Historia nuestra, parece que sólo en tiempos del emperador Adriano los españoles dieron motivo de preocupación en las altas esferas por su pérdida de virtudes guerreras». La verdad es que no sé cuáles son las razones que entonces llevaron a las altas esferas a formular seriamente esta incapacidad española, pero

me basta la autoridad científica de Antonio Tovar —antiguo voluntario— para creerlo a pies juntillas.

Juanito Allanegui, voluntario muerto en el frente de Aragón, llamaba a los voluntarios los «capitalistas de lo guerra», con vocablo taurino, y su definición es inmejorable, porque hay en el ademán del voluntario algo como de echarse al ruedo por las buenas y a ver qué pasa. Pasaba, entre otras cosas, que los «capitalistas», quizá porque les venía de casta, se hacían pronto diestros, lo cual no dejaba de dar ocasión a Clavero para echar una pensadica.

Andaba en apuros una fuerza falangista destacada en Almodóvar y los de la Segunda del Tercio fueron a ayudarles. Mandaba a los falangistas Jorge Cervero, hermano del Cervero legionario. «Al poco rato —escribe éste último— llegó el alba y con sus luces la estación de Almodóvar. Abracé a mi hermano y al decirle: “¿Qué hacéis por aquí?”, me respondió: “Esperaros a vosotros”. Reflexioné sobre la guerra y sus sorpresas; mi hermano, militar profesional, reclamaba el auxilio de un simple aficionado: un “capitalista” de la guerra, en frase del llorado y heroico Juanito Allanegui».

Pero esta espera fue anterior a las incidencias puramente militares de la guerra, porque en el Ejército se sabía que los pronunciamientos eran agua pasada, que nunca jamás moverían el más pequeño molino histórico español. Mola, por ejemplo, tenía la obsesión de los voluntarios tanto por razones políticas como por razones profesionales. Según Félix Maíz (*Alzamiento en España*) la única vez que vio vacilar a Mola fue cuando el general temió que le fallase el concurso de una fuerza civil. «Está dentro de lo posible —le oyó decir su fiel enlace—, que uno de estos días pida, el retiro».

Maíz le tranquilizaba diciendo que «los de los fusiles», los voluntarios, no fallarían a pesar de lo que dijese los políticos. La verdad es que todo se arregló a punto.

Al mismo Maíz le vaticinó Mola:

«—Pronto llegará el día que en los cuarteles se distribuyan las armas... No pierda usted esta ocasión de ver quién va con nuestras fuerzas. Y si en el primer momento del Alzamiento ve usted que se incorporan entre los voluntarios un cinco por ciento de dirigentes políticos y burgueses de los bien acomodados, confesaré que he sufrido una de las mayores equivocaciones de mi vida. Los verá usted, sí, aplaudir a las tropas desde sus ventanas. Y preguntar si ganaremos... Pero cuando acabe la guerra seremos nosotros los que preguntemos».

A la preocupación política por la incorporación de los voluntarios, singularmente los de la Falange y el Requeté, que aportaban toda una concepción doctrinal y un claro estilo al futuro Movimiento, se unía la puramente profesional, porque tanto falangistas como requetés tenían cuadros muy fogueados en aquella sorda guerra civil que había

estallado el 17 de febrero de 1936, al día siguiente de las elecciones, cuando Pórtela tomó el olivo y dejó el poder político en la calle, como una colilla de puro. Gente fogueada y que supiera qué es lo que quería para después de la victoria, resultaba algo fundamental en los presupuestos del Alzamiento: el voluntariado era la solución.

En los sanfermines del 36, Mola habló por vez primera con Rodezno, justo el 8 de julio. Le confesaba sus inquietudes:

«—Los soldados de esta guarnición son en su mayoría asturianos influenciados por las organizaciones societarias, de las que muchos tienen carnet. Con este soldado —mal soldado— se puede ir a África, a una guerra con extranjeros; se iría mal, pero se iría. Ahora bien; a la rebelión no se puede ir con quienes no sienten ese ideal. Pero si entremezclo 1.500 ó 2.000 muchachos navarros, entonces levanto la moral de todos y nos vamos a Madrid».

Rodezno, como Utrilla y Maíz y todos los jefes falangistas y carlistas de Navarra, le decía que contase sobre seguro con millares de voluntarios. Mola callaba, pero en el fondo no lo creía. Un jefe militar tiene el deber de no hacerse ilusiones, de juzgar la realidad implacablemente, de plantearse los problemas a base de datos verídicos, sin sombra de falsificación, porque entonces los resultados pueden ser fatales.

«—¡Hombres, hombres!... ¿Miles de hombres?... ¿No vencerá el optimismo a la realidad?» —le planteaba Mola a Félix Maíz, a bordo de cuyo coche —un «Buick», NA. 3287— hizo muchos kilómetros de conspiración.

Y Félix Maíz le retrucaba:

«—¿Me permite una pregunta, mi General?

»—Venga,

»—¿Usted conoce Navarra?

»El General Mola no me contestó» —concluye Maíz.

Lo cierto es que en aquel tiempo la juventud no tenía demasiado ambiente. Es cosa que sucede con frecuencia con la juventud, en todas las épocas. Francisco de Cossío, que escribió el mejor retrato de un voluntario en su libro *Manolo*, una serie de reflexiones en torno a la muerte de su hijo, falangista de una Bandera de Castilla, caído en Quijorna —cuando Brunete— con un balazo cerca del corazón mientras disparaba su ametralladora, recuerda el poco cartel de la juventud de 1936: «Los predicadores se desgañitan en los púlpitos escandalizados por los hábitos de esta juventud. El teatro de costumbres nos la ofrece como una juventud medio tonta, sin ideales, entregada no más que a los estímulos de la sensualidad y del ocio. Se anuncia la disolución de la sociedad, por la pendiente en que se halla esta juventud. Ni padres ni

maestros pueden con ella. Los hijos saben más de todo que los padres. No existe disciplina. El concepto de la jerarquía se ha perdido. “Estas son ideas rancias”. “Hay que marchar con los tiempos”, “los viejos están chochos”... Las normas morales las da el cinematógrafo, y por cualquier parte advertimos síntomas de disociación familiar. ¿Para qué va a servir esta juventud. Dios mío?»

Esa juventud fue la de la generación de los voluntarios, la que siguió con fidelidad celtibérica, hasta más allá de la muerte, la bandera que habían levantado unos cuantos hombres jóvenes y a la que sirvieron ejemplarmente, como una alegre guerrilla, como una venturosa profecía, los jóvenes que ya luchaban por España antes de que el Ejército levantase su espada.

Pero las dudas previsoras del general Mola tenían su punto de apoyo, y no eran producto de un escepticismo vano y sin fundamento.

Fue la riada de los voluntarios la que garantizó la riqueza política del Alzamiento, dándole —escribe Valiente— «un alcance popular y nacional que le aparta de los Pronunciamientos del siglo XIX, famosos en el mundo. Ningún periódico de ningún país empleó, en 1936, la palabra Pronunciamiento al referirse a los hechos de nuestra Patria».

Fue la presencia de los voluntarios la que garantizó la necesaria estabilidad militar en las primeras semanas de la guerra, cuando el Ejército de África permanecía inmovilizado en sus bases, sin poder ni siquiera pisar las frágiles cabezas de desembarco preparadas por Queipo y Varela. La transfusión de sangre se hacía gota a gota y eso no aliviaba la salud de la Península. Los voluntarios ganaron el tiempo preciso para que sus generales levantasen un Ejército sin par.

Al referirse a la campaña de Guipúzcoa, persona tan autorizada como el general García Valiño, escribió: «Las Unidades, organizadas con voluntarios —en su mayor parte— y con material escaso, llevan a cabo una acción que pudiéramos llamar guerrillera en gran escala, jugando un importantísimo papel la audacia que, unida a la iniciativa, facilita la obtención de la sorpresa. Puede decirse que el Mando nacional no perdió en ningún momento la iniciativa, y si bien es verdad que la voluntad de vencer se puso de manifiesto en ambos bandos, fue la mejor técnica la que se impuso, apoyada en el valor y espíritu de sacrificio de aquellos bisoños soldados».

En Castilla, en Galicia, en Oviedo, en Aragón, en Navarra, en Andalucía y Extremadura, son los voluntarios los que mantienen la línea, los que la empujan hacia adelante, los que saben batirse en retirada sin perder el ánimo, ni la compostura, ni el humor.

«Y comenzó la marcha otra vez sin que a ninguno de nosotros le nublase la vista el pesimismo —se lee en *La Fiel* —; le enseñábamos la rueda de repuesto al objetivo más deseado, hacíamos el mismo camino que unas

horas antes, pero al revés, y las canciones eran idénticas, la voz más ronca, el cuerpo alerta y baqueteado».

Se iba a la guerra con alegría. Esto, a estas alturas, puede parecer un disparate —y acaso lo sea, no lo discuto—, pero entonces fue así, y eso no hay quien lo mueva, y nadie está en condiciones de discutirlo seriamente. Una fuerza sagrada empujaba a los hombres a la lucha. Hubo voluntarios de todas las edades, desde chavales de catorce años a viejos de setenta. Se despoblaban las casas y las familias, y en más de un lugar se produjeron algunos tristes acontecimientos precisamente porque en el pueblo no quedaban más que las mujeres y el enemigo.

«En Somosierra —recuerda Iribarren— se dio el caso de juntarse en la misma Compañía las tres generaciones, el padre, el hijo y ¡el abuelo! Se apellidaban Errandorena».

Jacinto Miquelarena situó esta historia auténtica en un famoso artículo, *Unificación*, haciendo que los tres requetés se apellidasen Hernandorena, y que la segunda generación muriese mano a mano con un falangista de Castilla. La segunda generación lo encomienda al falangista que dé sus noticias a «José María Hernandorena, sesenta y cinco años, Tercio de Montejurra. Es mi padre»; y en caso de no hallarlo, a «José María Hernandorena, quince años, Tercio de Montejurra. Es mi hijo».

Me gusta decirlo aquí porque no falta ya quien cree que todo esto es leyenda y literatura de propaganda, y resulta que es verdad. A los fríos les entusiasma la estadística. Pues ahí va estadística, y además de fácil comprobación para quien quiera honestamente varear sus dudas. «De julio a octubre (de 1936), Navarra le dio a Mola 40.000 voluntarios, la décima parte de su población total».

Uno de cada ocho dejó su vida en el campo, y eso está escrito, con nombres y apellidos, cendeas, merindades, concejos, pueblos, villas y ciudades, en piedra viva, donde no se borre. Basta acudir a la Basílica de los Caídos que la piedad de Navarra alzó en Pamplona y leerse las paredes.

Permítanme que una vez más recurra a Iribarren. Ya queda poco. Pero es tan bueno...

«El matrimonio Mansoa-Andía, del pueblo de Murieta, dio a la Patria ocho hijos voluntarios. Una señora de Torres del Río le escribía a su hermano herido: «Cada vez estoy más orgullosa de poder decir que tengo cinco hermanos y el marido luchando porque Cristo vuelva a reinar en España», y el que esto no lo entienda el mameluco de Giorgio La Pira es algo que ensoberbece a un franciscano.

«El peraltés don José Asín, a pesar de sus cincuenta y ocho años, dejó su casa en los primeros días y marchó al frente, donde luchaban seis de sus hijos. Un viejo de Marcilla, de sesenta y dos años, peleó en las campañas

de Teruel y Castellón con el Tercio de doña María de las Nieves. Martín Vidaurte, de sesenta años, vecino de Esténoz, combatió en el frente de Guipúzcoa y en Beasaín cayó herido de tres balazos. Cuando en el hospital de Estella, su esposa le reprochaba su atrevimiento, decía él: «Pues si me curo, he de volver». Poco después moría. El falangista Julio Elarre, carnicerero de Artajona, de más de cincuenta años, abandonó mujer e hijos y se hizo famoso por sus alardes de valor en los frentes del Norte.

»En *Le Jour*, H. de Vilmorin contó el caso siguiente:

»En uno de los hospitales de Pamplona agonizaba un requeté rodeado de su madre, de cuatro hermanos pequeños y de otro de quince años. Cuando expiró, la madre cogió un fusil de un rincón de la sala y, desasiendo la boina roja que apretaba en sus manos el muerto, entregó uno y otra a su hijo mozo, dictándole:

»—Ahora te toca a ti, hijo mío; ¡pórtate como un valiente, como navarro que eres!».

Se moría en escalones familiares. Una ligera investigación nos iba a dar, con muy poco tiempo, la lista interminable de familias que dieron dos, tres, cuatro hijos al sacrificio: los Primo de Rivera, los Miralles, los Aznar, los Itarrino, los García Noblejas, los Ruiz de Alda, los Rodenos, los Pezuela, los Cabañero...

«En Galicia éramos bastantes (los falangistas) —escribe Mauré Marino—. Los suficientes para que el día 18 de julio, cuando sonó 1ª voz de guerra, se nos asociaran millares de voluntarios que llevaban en sus brazos —porque aún no había camisetas azules para todos—, el distintivo rojo y negro de la Falange.

»En las ciudades y los campos gallegos, el Ejército y los voluntarios falangistas confundidos, fueron los que salieron a las calles y a los caminos de las montañas, para gritar: ¡¡Basta ya!!»

Oviedo, el primer día, dio ochocientos cincuenta y seis voluntarios, de los cuales seiscientos noventa y uno eran de Falange Española, según Pérez Solís. Y estaban cercados y nadie daba ni un pimiento por la suerte de la ciudad, condenada, de hacer caso a las más lógicas, sensatas y equilibradas previsiones, a ser presa de los mineros en el curso de la jornada siguiente. Los voluntarios eran «de todas las edades, incluso algunos que peinaban muchas canas; pero, naturalmente, prevalecían los muchachos de quince a veinte años».

Después aumentaron en número, y el propio Solís habla de las «voluntarias del fogón», que bajo la tutela de la mujer del comandante Caballero proveían a la buena alimentación de los que pegaban tiros, a quienes hacían llegar el condumio con otros voluntarios, menos aptos para las armas, que soportaban el fuego enemigo sin más defensa que el caldero del rancho y además sin que se les «cayese el vino». La «caída

del vino» es uno de los accidentes más sensibles y frecuentes entre los que pueden ocurrir cuando el portador del vino es aficionado al mostagán, y además, voluntario.

«¿Dónde están los chicos? Todas las casas han quedado vacías de chicos — recordaba Cossío—. Y yo tengo como una imagen remota, la silueta de Manolo, entre dos guardias de Asalto, escalando un tejado en persecución de un *paco*. “Pero ese chico está loco... y ésta era la palabra, loco; de una sublime locura”».

Y la buena gente de enfrente, loca de una tremenda equivocación, asentada, por desgracia, en evidentes razones de desequilibrio social.

Los chicos se largaban de casa para hacer la guerra, y la epidemia fue tan fuerte y alarmante que Mola tuvo que ordenar en los primeros días que volvieran del frente los menores de diecisiete años. Se mentía la edad, y muchos hacían esfuerzos inauditos para dejarse la barba, como los mayores. Los frentes se poblaron de una ingenua pelusilla que aspiraba a frondosidades imposibles. Había alféreces veteranos a los que su general llamaba «el niño», o «el nene», porque apenas tenían los diecisiete años, como en el caso de Salvador López de la Torre.

Los voluntarios de catorce y quince años no se iban del frente por nada del mundo, y cuando la Guardia Civil los localizaba, y estaban todavía vivos, se los llevaban conducidos hasta su hogar.

—Deberían llevarlos con el arma presentada todo el rato —oí decir a un capitán veterano.

Entonces se puso en moda lo que se llamó la escapada, y consistía en dejar la casa sin decir ni pío, borrando huellas con una astucia casi de delincuentes profesionales, y alistarse en La Legión —donde había como una especie de derecho de asilo la aventura y donde no se entretenían en preguntar demasiado— o ir a buscar el amparo de los hermanos mayores, o de los amigos de los hermanos mayores, en una Bandera de Falange o en un Tercio de Requetés.

Se buscaban recomendaciones para ir al frente, se falsificaban autorizaciones paternas, se mentía descaradamente. La cuestión era engancharse en alguna unidad y hacer la guerra por Dios y por España, y también por aquella inmaculada justicia que todos soñábamos.

Alfonso de Churruca había sido herido. Su mutilación hizo que le clasificaran para servicios especiales. «Pretendió ingresar en los cursos de alféreces —cuenta Lucio del Álamo—, y el director lo rechazó al ver el estado de su brazo. (La bala le había seccionado el nervio cubital y magullado el radio, y dos dedos de la mano quedaban encogidos y sin mando. Querían operarlo y se opuso, porque ello representaría una tardanza en su regreso al frente)... Pero insistió. Pedía el alta sin estar curado, y la impaciencia se le iba haciendo inquietud nerviosa. Un día, frente al general Alonso Vega, habló su padre, junto a él:

«—Mi general: Nunca he pedido nada para mi hijo; ahora solicito su influencia para que vuelva al frente.

»Pocos días después, Alfonso ingresaba en la Academia de Fuente-Caliente.»

Sería el último muerto de la guerra de España, Alfonso de Churruca, estampillado.

El coronel Adrados le contaba a Luis de Armiñán que en cierta ocasión solicitó seis voluntarios para una misión tan peligrosa que, salvo milagro, la tabla cantaba como sin posible retorno. Para que no hubiese dudas, el coronel explicó pe a pa la papeleta. Luego dio la voz clásica:

—¡Voluntarios!

Como en esas películas que les parecen detestables a los que sólo tienen ojos para el neorrealismo italiano aplicado a sus propios temas militares, todos dieron un paso al frente.

«Tuvo que señalar al azar —testifica Armiñán las seis siluetas heroicas, y cuando aquéllos fueron, para no volver más que tras ellos, un soldado, uno, como si quebrara sollozos, dijo: “¡Todavía hay recomendaciones en España!”».

Y esto pasaba con la guerra metida en el Mediterráneo, no la explosión entusiasta de los primeros días, cuando la fatiga no pesaba ni un poco y todas las emociones estaban por estrenar.

Gironella puede decir lo que quiera sobre la alegría y a tristeza de la zona nacional, pero la verdad es la que reseña, con su corazón recién partido por el dolor, Francisco de Cossío:

«...salta a la escalera para bajar los escalones de tres en tres, cargado con su macuto, con su manta, con su capote, con su mosquetón..., parece que lleva alas. Se cruza con unas monjas que suben a casa, y éstas, al entrar, dicen: “¡Qué contento iba ese muchacho! ¡Cómo se conoce que va a la guerra!”. No es incongruente esta observación de las monja. Todos aquellos muchachos estaban contentos porque iban a la guerra. ¡Sublime voluntariado de dieciocho a veintidós años! ¿Cuántos de aquellos volverán? ¿De cuántos sabemos que no volverán nunca?».

Se buscaban razones para convencer a los padres. Eso, claro, los menores de dieciocho años. Los mayores, se despedían. Como la guerra era una Cruzada, algunos argumentaban ante la madre: «Ahora estoy muy bien preparado para morir», como si de ahí fuera a brotar la firma que autorizase su marcha al frente.

Los voluntarios de dieciocho años, al hablar de los de catorce y quince, decían con cierto deje paternal, cariñosón, como de tipos que están muy de vuelta, abuelos perdidos:

—Esos mocosos...

—¡Pero qué críos!

Pero todos ellos confundían al más experto. Una personalidad extranjera visitaba las líneas nacionales por la parte de Lemona. Había habido un duro combate. La gente procuraba pasarlo lo mejor posible y huelga gala de buen humor. El extranjero se extrañaba. Con él iba Luis de Armiñán:

«—Estos chicos —nos decía— parece que no están en la guerra.

»—Es verdad, señor —le contestamos—. Pero así son.

»—Cuando vean y padezcan el fuego, su carácter variará.

»—Estos chicos —le aclaramos— son los que han sostenido el ataque de esta mañana.

»—¡Imposible!

»—Pregúnteles a ellos».

Eran, claro; y habían recogido con piedad y respeto a los enemigos muertos, entre ellos a «uno que lucía el galoncillo dorado de capitán de las hordas. Nos acercamos. Era un niño, un pobre niño, por su edad y por su cuerpo... Tendría los quince años, poco más...».

Se aguantaban los contraataques con entereza, y luego, más de una vez, se gritaba: «¡Otro toro, otro toro, otro toro!», pidiendo pelea, o reventaba como una granada «el *Cara al sol* y después el Himno de la Legión y otros», como recuerdan los autores de *Belchite*.

«Se les rechaza fácilmente, y se les ve correr hacia sus trincherones — se lee en *Bajo el cielo de Levante* —. Y entonces —¿quién dio 1ª señal?— toda la sierpe de la posición, y luego otra y otra, hasta convertirse la línea en orfeón inmenso, canta las estrofas inmortales:

... que tú bordaste en rojo ayer.

»Cada vez se alzan las voces con mayor brío y más tono.

»—¡Que vuelven!

»—¡Dejadles llegar bien!

»Otra vez se les rechaza, y de nuevo el himno brota magnífico».

También se oía el rumor grave de *La Internacional*, cuya belleza no es merecedora de la gran blasfemia.

Conviene decir que el voluntario suele ser un soldado difícil, porque a ratos pone precio a su voluntad con pequeñas rabietas, como en los casos en que se toma un permiso, incluso colectivo, porque cree merecerlo, o porque le viene en gana. Fue muy sonado en las Brigadas de Navarra uno con motivo de un San Fermín. ¡Y la cuestión es que ni siquiera había encierro, pero la tierra tiraba! Claro que a las veinticuatro horas, una vez celebrada la fiesta, todo el mundo había vuelto.

Conocí un voluntario que se negaba a hacer guardia en cuanto estuviese a más de mil metros de la línea. Y se dé otro que con su manía de cantar una *Internacional* espacialísima, dio lugar a que la Prensa roja echase las campanas a vuelo.

Era éste un falangista de San Sebastián, propietario de una joyería que se llamaba —y creo que se llama— «Joyería Internacional». Sus más directos rivales en el comercio era «La Joyita» y Epelde, de modo que Victorino, que éste es el nombre del protagonista de la presente historia, se lanzó por su cuenta a una reforma de la letra del himno marxista que seguramente no hubiera merecido el Placeme de la U.R.S.S., ni siquiera del señor Spack.

Una noche, ayudado por sus camaradas, entonó la letrilla heterodoxa en las trincheras de Vizcaya, cuando la parada invernal.

El relojero Victorino

tiene un surtido colosal.

¡Abajo Epelde y «La Joyita»!

¡Viva la Internacional!

A distancia la cosa sonó como una bomba, tanto que al otro día la Prensa de Bilbao reseñaba meticulosamente una serie de rebeliones marxistas en plena línea nacional.

Iribarren cuenta de un peraltés entrado en años, casado y con hijos, que se fue a la guerra el primer día. Su valor le hizo ganar los galones de cabo. Al cabo de los meses, cuando ya la situación militar estaba más clara, el hombre quiso atender los ruegos de su mujer y de sus hijos, muy pequeños, que le reclamaban apoyándose en que ya habla hecho bastante, sobre todo teniendo en cuenta que por muchas quintas que se llamasen a él no le iba a coger la obligación de ningún modo. Así que,

haciendo de tripas corazón, se presentó al capitán para que le licenciase.

«El capitán trató de disuadirle:

»—Parece mentira; con lo valiente que eres y lo mucho que todos te queremos.

»—Nada. Que quió volvéme a casa. Ya está bien cuatro meses. Más falta hago yo allí que aquí.

»—Pero bueno: ¿Tú no saliste voluntario?

»—Sí señor..., pero me s'ha quitáu la voluntá.

»El capitán no pudo menos de reírse. Había ya resuelto acceder a tan justa petición, pero trató de hacerle fuerza con un nuevo argumento:

»—Además, eres cabo; tú no debes abandonar así a tu escuadra...

»—Si soy cabo, ¡que me descaben!—replicó el peraltés, inventándose un nuevo verbo».

Volvió a casa porque se lo merecía y porque la voluntad de un voluntario es muy difícil de torcer.

Tan difícil de torcer que muchos se jugaban la vida por acudir a la bandera desde la zona roja. Unos lo conseguían. Otros se quedaban para siempre en el camino. El señor Guardia Fort, asegura Fontana, vivía en tierras de Gerona. Sus cinco hijos dieron el salto para alistarse en el Ejército Nacional. Los milicianos cazaron al señor Guardia Fort, campesino:

«—¿Cómo es que tienes cinco hijos luchando en las filas de Franco...?»

Y el señor Guardia Fort respondió:

»—*Es que només en tinc cinc...!*»

Que quiere decir: «¡Es que sólo tengo cinco...!»

Aquellos voluntarios que quisieron la guerra consolidaron la paz, muchos de ellos sin asomarse a la victoria. Dios los guarde.

A mí, esta palabra, voluntario, me parece una de las más hermosas del idioma español y por eso he querido cerrar con ella esta junta de vocablos.

Y ahora, para celebrar el punto final, silbaré los *Voluntarios*. No tengo buen oído, pero ese chinchín se me da bien, y por si acaso, para

entonarme, beberé un trago de vino. Yo también me lo he ganado,
hermanos.

LAVS DEO

Madrid, agosto 1960, junio 1964.



Rafael García Serrano nació en Pamplona en 1917 y murió en Madrid en 1988. Estudió Filosofía y Letras en Madrid y fue uno de los fundadores del SEU. En 1936, el Alzamiento Nacional lo sorprendió en Pamplona, y el primer día se incorporó como voluntario a la columna García Escámez. En octubre de 1936 fue nombrado subdirector de *Arriba España*, fue corresponsal de guerra y alférez provisional, y mientras se encontraba gravemente enfermo apareció su primera novela, *Eugenio o proclamación de la primavera* (1938); su segunda novela, *La fiel infantería* (1943), obtuvo el Premio Nacional de Literatura, pero debido a la oposición de ciertos sectores eclesiásticos fue recogida durante catorce años. Reincorporado al periodismo, fue corresponsal de *Arriba* en Italia y dirigió *Haz*, *Arriba*, *Primer Plano*, *Siete Fechas* y la agencia Pyresa. Publicó veinte libros y numerosísimos artículos, crónicas y reportajes. Fue galardonado con infinidad de premios periodísticos

